

JONATHAN
STRANGE



Mr NORRELL

a novel



Susanna Clarke

Lectulandia

A principios del siglo XIX, las hazañas del Rey Cuervo, el más grande de todos los magos de la Edad Media, perviven en la memoria y la leyenda, pero la práctica de la magia ha sido completamente olvidada en Inglaterra. Hasta el día en que el esquivo señor Norrell, de Hurlfrew Abbey, logra que las piedras de la catedral de York hablen. La noticia del retorno de la magia se extiende como la pólvora y el señor Norrell, convencido de que debe poner sus artes al servicio del gobierno en la guerra contra Napoleón, se traslada a Londres. Allí conoce al joven Jonathan Strange, un brillante y voluntarioso mago, y tras superar algunos recelos, consiente en acogerlo como discípulo. En una época en la que sólo los charlatanes se hacían llamar magos, Norrell y Strange se proponen limpiar el buen nombre de su oficio, al que consideran una ciencia con mayúsculas. Bajo las órdenes de Wellington, realizarán decenas de actos mágicos, y su éxito es tal que muy pronto se los consultará sobre muchos otros problemas, desde la curación de la locura del rey Jorge III hasta la mejor venganza para amantes despechados. A su paso encontrarán amor y muerte, portentos y crueldades, y arrastrados por la ambición y la rivalidad, el camino de la gloria los acercará irremediabilmente al abismo.

Lectulandia

Susanna Clarke

Jonathan Strange y el Sr. Norrell

ePUB v1.4

dukoman 09.07.11

más libros en lectulandia.com

Título original: Jonathan Strange & Mr. Norrell
Traducción de: Ana María de la Fuente
Edición base: Salamandra, Barcelona 2005
Ilustraciones de cubierta e interior: Portia Rosenberg

A la memoria de mi hermano,
Paul Frederick Gunn Clarke, 1961-2000

Libro I. El señor Norrell

Rara vez hablaba de magia, y cuando lo hacía
era como una lección de historia,
y nadie lo soportaba



1. La biblioteca de Hurtfew (Otoño de 1806 – enero de 1807)

HACE años, había en la ciudad de York una sociedad de magos. Los socios se reunían el tercer miércoles del mes y se leían unos a otros largos y aburridos trabajos sobre la historia de la magia en Inglaterra

Eran caballeros magos, lo que significa que a nadie habían causado mal con la magia, como tampoco bien. A decir verdad, ninguno de ellos había obrado hechizo alguno, hecho temblar una hoja de un árbol, inducido a una mota de polvo a modificar su trayectoria ni movido un cabello de la cabeza de alguien. Pero, con esta pequeña reserva, tenían fama de ser los hombres más sabios y los caballeros más mágicos de Yorkshire.

Un mago eminente dijo de su profesión que sus practicantes «... han de estrujarse el cerebro para adquirir hasta el conocimiento más insignificante, y muestran siempre una natural inclinación a la polémica»¹, y hacía años que los magos de York habían demostrado la exactitud del aserto.

En el otoño de 1806, se unió a ellos un caballero llamado John Secundus. En la primera reunión de la sociedad a la que asistía, el señor Secundus se levantó para hacer uso de la palabra. Empezó su discurso felicitando a los reunidos por su relevante historial y enumeró los muchos y prestigiosos magos e historiadores que, en uno u otro momento, habían pertenecido a la *Sociedad de York*. Insinuó que el conocimiento de la existencia de tal sociedad había influido no poco en su decisión de ir a York. Recordó a su auditorio que los magos del norte siempre habían sido más respetados que los del sur. Dijo también que había estudiado magia durante muchos años y conocía la historia de todos los grandes hechiceros de épocas pretéritas. Él leía las nuevas publicaciones sobre el tema e incluso había colaborado, modestamente, en algunas de ellas, pero había empezado a preguntarse por qué los grandes prodigios de la magia cuyos relatos leía, sólo existían en las páginas de los libros y ya no se los veía en la calle ni aparecían en los periódicos. Deseaba saber por qué los magos modernos no eran capaces de practicar la magia que describían. Ansiaba saber, en suma, por qué ya no se«hacía» magia en Inglaterra.

Era la pregunta más simple del mundo. Era la pregunta que, antes o después, todos los niños del reino plantean a su institutriz, a su preceptor o a sus padres. No obstante, a los doctos miembros de la *Sociedad de York* no les gustó oírlo, y no les gustó por esta razón: porque tampoco ellos tenían respuesta.

El presidente (el doctor Foxcastle) le contestó a John Secundus que su planteamiento no era el correcto.

—Su pregunta presupone que los magos tenemos una especie de obligación de

practicar magia, lo cual es una insensatez. No creo que a usted se le ocurra sugerir que sea tarea de los botánicos la creación de flores nuevas. Ni que los astrónomos tengan que modificar la posición de los astros en el espacio. Los magos, señor Segundus, estudian la magia que se practicaba en el pasado. ¿Por qué se habría de esperar de ellos algo más?

Un anciano socio de ojos azul apagado y traje de color apagado (llamado Hart o Hunt, el señor Segundus no oyó bien el nombre) apuntó, con voz apagada, que no importaba en absoluto si alguien esperaba tal cosa o no. Un caballero no practicaba la magia. La magia era lo que simulaban los embaucadores callejeros para birlar unas monedas a los niños. La magia (en su sentido práctico) estaba muy desprestigiada. Tenía connotaciones negativas. Se la asociaba con caras mugrientas, gitanos y ladrones; habitaba en sórdidos cuartuchos de sucias cortinas amarillas. ¡Ah, no! Un caballero no la practicaba. Un caballero podía estudiar la historia de la magia (nada más noble), pero no «hacer» magia. El anciano caballero miró al señor Segundus con ojos apagados y paternales y le dijo que confiaba en que no hubiera tratado de realizar sortilegios.

Segundus se ruborizó.

Pero la máxima de aquel famoso mago era cierta: dos magos —en este caso, el doctor Foxcastle y el señor Hunt o Hart— no pueden mostrarse de acuerdo en algo sin que otros dos piensen todo lo contrario. Varios socios empezaron a darse cuenta de que opinaban lo mismo que el señor Segundus y que, en todo el debate académico sobre la magia, no podía haber cuestión más importante que la por él expuesta. Entre los que apoyaban a Segundus destacaba un caballero llamado Honeyfoot, un cincuentón afable y cordial, de cara colorada y cabello gris. En varias ocasiones, a medida que la discusión se agriaba y el tono en que el doctor Foxcastle se dirigía al señor Segundus derivaba hacia el sarcasmo, Honeyfoot se volvió hacia este último para susurrarle frases de ánimo tales como: «No le haga caso, caballero, yo soy de su misma opinión», «Tiene usted mucha razón, no se deje influir» y «¡Está en lo cierto! ¡Por supuesto que sí, señor! El que nadie plantease esa pregunta era lo que nos impedía avanzar. Ahora que ha llegado usted, haremos grandes cosas».

Estas palabras de aliento encontraban a un oyente agradecido en John Segundus, cuyo semblante reflejaba una viva turbación.

—Temo haberme indispuerto con estos caballeros —le susurró a Honeyfoot—. Nada más lejos de mi intención. Yo deseaba merecer de ellos una buena opinión.

Al principio se lo veía abatido, pero una frase especialmente mordaz de Foxcastle despertó en él una ligera indignación.

—¡Este caballero parece decidido a que nosotros corramos la triste suerte de la *Sociedad de Magos de Manchester*! —exclamó el doctor clavándole una fría mirada.

Segundus, inclinando la cabeza hacia Honeyfoot, dijo:

—No esperaba hallar tanta obstinación en los magos de Yorkshire. Si la magia no tiene amigos en Yorkshire, ¿dónde vamos a encontrarlos?

La amabilidad de Honeyfoot para con Segundus no se agotó aquella tarde, ya que lo invitó a cenar en su casa de High-Petergate, en compañía de la señora Honeyfoot y sus tres bonitas hijas, invitación que el señor Segundus, soltero y nada adinerado, aceptó encantado. Después de la cena, la hija mayor tocó el pianoforte y la mediana cantó en italiano. Al día siguiente, la señora Honeyfoot le dijo a su marido que John Segundus era todo un caballero, pero temía que eso no le sirviera de nada, ya que no estaba de moda ser modesto, discreto y bondadoso.

La amistad entre ambos hombres se consolidó con rapidez. Al poco tiempo, el señor Segundus pasaba dos o tres veladas de cada siete en la casa de High-Petergate. En una ocasión había multitud de gente joven, lo cual, naturalmente, hizo que la reunión acabara en baile. Era todo muy placentero, pero Honeyfoot y Segundus solían escabullirse para hablar del único tema que realmente les interesaba: ¿por qué ya no se practicaba la magia en Inglaterra? Pero por más que hablaran (a veces hasta las dos o las tres de la madrugada), no acertaban con la respuesta; aunque quizá eso no fuera tan sorprendente, puesto que la misma pregunta se la habían hecho magos y estudiosos durante más de doscientos años.

Honeyfoot era un caballero alto, jovial y vigoroso que no sabía estar sin hacer o planear algo, y pocas veces se detenía a reflexionar sobre si ese algo tenía sentido. Su tarea actual le hacía pensar en los grandes magos medievales² que cuando se encontraban ante un problema aparentemente insoluble, emprendían un viaje de un año y un día sin más compañía que la del criado duende que los guiaba, y al término de ese plazo siempre hallaban la solución. Le dijo a Segundus que, en su opinión, nada mejor que emular a aquellos grandes hombres, algunos de los cuales habían ido hasta los más remotos rincones de Inglaterra, Escocia e Irlanda (donde más poderosa era la magia), mientras que otros habían cabalgado fuera de este mundo y nadie sabía adónde habían ido ni lo que habían hecho una vez allí. Honeyfoot no proponía llegar tan lejos —en realidad no quería ir nada lejos, porque era invierno y los caminos estaban horribles—. No obstante, tenía la convicción de que debían ir a algún sitio y consultar a alguien. Le comentó a Segundus que, según le parecía, ambos se estaban anquilosando; sería inmenso el beneficio que había de reportarles conocer una opinión nueva. Pero no se le ocurría qué destino fijarse ni con qué objeto. Empezaba a desesperarse cuando pensó en el otro mago.

Años atrás, la *Sociedad de York* había oído rumores de que había otro mago en Yorkshire. Ese caballero vivía en un apartado lugar del campo, donde (según se decía) pasaba los días y las noches estudiando raros textos mágicos de su fabulosa biblioteca. El doctor Foxcastle averiguó su nombre y dónde se lo podía encontrar, y le escribió una carta muy cortés invitándolo a ingresar en la *Sociedad de York*. El otro

mago contestó agradeciendo el honor que se le dispensaba y manifestando un profundo pesar: le era imposible... la gran distancia entre York y Hurlfrew Abbey... el mal estado de los caminos... el trabajo que no podía abandonar... etcétera, etcétera.

Todos los magos de York examinaron la carta y expresaron la duda de que una persona con una letra tan pequeña pudiera ser un mago aceptable. Luego —no sin cierta desilusión por la maravillosa biblioteca que nunca verían— apartaron de su pensamiento al otro mago. Pero Honeyfoot le dijo a Segundus que la importancia de la pregunta «¿por qué ya no se practica la magia en Inglaterra?» era tal que harían muy mal en no tomar en consideración cualquier posibilidad de avance. Quién sabía, la opinión del otro mago podía ser valiosa. Así pues, le escribió una carta en la que preguntaba si él y el señor Segundus podrían tener el placer de hacerle una visita el tercer jueves después de Navidad, a las dos y media de la tarde. No tardó en llegar la respuesta, y Honeyfoot, con su buena disposición y amabilidad habituales, inmediatamente mandó llamar a Segundus y se la mostró. El otro mago, con su letra diminuta, escribía que tendría sumo gusto en conocerlos. Eso bastó. Honeyfoot se sintió muy complacido y sin más fue en busca de Waters, el cochero, para advertirle de cuándo precisaría sus servicios.

Segundus se quedó solo en la habitación con la carta en la mano. Y leyó: «... Confieso que me siento un tanto desconcertado y no acierto a explicarme el súbito honor que se me hace. Es casi inconcebible que los magos de York, con el incalculable beneficio que ha de reportarles la suma de sus saberes, sientan necesidad de consultar a un estudioso solitario como yo...»

El texto tenía un aire de leve sarcasmo; su autor parecía mofarse de Honeyfoot con cada palabra. Segundus pensó que, afortunadamente, su amigo no debía de haberlo notado, o no hubiera ido a hablar con Waters con aquella euforia. Tan displicente le parecía la carta que sus deseos por conocer al otro mago se diluyeron. «En fin, no importa —se dijo—, debo ir porque el señor Honeyfoot lo quiere... Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede ocurrir? Lo conoceremos, nos sentiremos decepcionados y asunto terminado.»

El día fijado para la visita llegó precedido por tiempo borrascoso; los desnudos campos de tierra oscura estaban encharcados, los tejados relucían como fríos espejos de piedra y el calesín del señor Honeyfoot viajaba por un mundo que parecía contener mucho más cielo gris y frío y menos tierra sólida y acogedora de lo habitual.

Desde la primera tarde, Segundus deseaba preguntar a su amigo por la Sociedad de Magos de Manchester que había mencionado el doctor Foxcastle, y entonces lo hizo.

—Era de fundación bastante reciente —respondió Honeyfoot—. Sus miembros eran clérigos modestos, antiguos comerciantes, boticarios, abogados, molineros retirados, personas respetables que habían estudiado un poco de latín; en suma,

hombres a los que cabría calificar de medio caballeros. Me parece que el doctor Foxcastle se alegró cuando la sociedad se disolvió; no le parece bien que esa clase de personas se dedique a la magia. Sin embargo, había entre ellos hombres muy capaces. Empezaron, lo mismo que usted, con el deseo de resucitar la práctica de la magia. Eran tipos sensatos que deseaban aplicar los principios de la razón y la ciencia a la magia, como los habían aplicado a las artes de la manufactura. «Taumaturgia racional», la llamaban. Cuando comprobaron que sus esfuerzos eran infructuosos, cedieron al desánimo. No se les puede reprochar. Pero se dejaron arrastrar por la frustración a una tesis radical. Empezaron a pensar que la magia no había existido en el mundo, no ya ahora, sino nunca. Decían que los magos *aureate* o eran unos farsantes o habían sido engañados. Y que el Rey Cuervo era una invención de los ingleses del norte para librarse de la tiranía del sur, idea que les resultaba atractiva, por ser ellos gentes del norte. Oh, sus argumentos eran muy ingeniosos... Ya he olvidado cómo explicaban la existencia de los duendes y otros seres sobrenaturales. Pero, como le decía, se disolvieron, y uno de ellos, un tal Aubrey, si mal no recuerdo, tenía la intención de escribirlo todo y publicarlo. Pero llegado el momento, se sintió presa de una profunda melancolía y falta de ánimo para acometer la tarea.

—Pobre caballero. Deben de ser los tiempos. No son propicios para la magia ni para sus estudiosos, ¿verdad? Prosperan los comerciantes, los marinos y los políticos, pero no los magos. Nuestra época ya ha pasado.—Segundus se quedó pensativo un momento—. Hace tres años —prosiguió—, en Londres, me encontré con un mago callejero, un individuo con una extraña desfiguración y aspecto de vagabundo y farsante. Aquel hombre me convenció de que le diera una buena suma de dinero a cambio de revelarme un gran secreto. Cuando le di el dinero, me anunció que un día dos magos restaurarían la magia en Inglaterra. Yo no creo en profecías, desde luego, pero el recuerdo de sus palabras me impulsó a tratar de descubrir la causa de nuestra decadencia; ¿no es curioso?

—Tiene usted mucha razón: las profecías son una tontería —sonrió su amigo. Pero de pronto, como si lo asaltara una idea, dijo—: Nosotros somos dos magos. Honeyfoot y Segundus. —Pronunció los nombres como tratando de descubrir el efecto que causarían cuando aparecieran en los periódicos y los libros de historia—. Honeyfoot y Segundus... Suena bien.

El otro sacudió la cabeza y dijo:

—Aquel hombre conocía mi profesión, y parece lógico que tratara de inducirme a pensar que uno de los dos magos sería yo. Pero después me dijo claramente que no lo era. Al principio no parecía muy seguro. Veía algo en mí... Me hizo escribir mi nombre y estuvo largo rato mirándolo.

—Supongo que lo que vio era que no podía sacarle más dinero.

Hurtfew Abbey estaba a catorce millas al noroeste de York. Toda su antigüedad

residía en el nombre. La abadía había existido, sí, pero hacía mucho tiempo; la actual casa no tenía más de un siglo, había sido construida en la época de la reina Ana. Era un bello edificio cuadrado, de sólido aspecto, rodeado de un magnífico parque lleno de árboles que aparecían empapados y fantasmales (empezaba a bajar la niebla). Por el parque discurría un río (llamado Hurt) que los visitantes cruzaron por un hermoso puente de líneas clásicas.

El otro mago (de nombre Norrell) los esperaba en el vestíbulo. Era un hombre pequeño, lo mismo que su letra; y su voz, cuando les dio la bienvenida a Hurtfew, era sorda, como si no estuviese acostumbrado a utilizarla para manifestar sus pensamientos. Honeyfoot, que era un poco duro de oído, no entendió sus palabras.

—Me hago viejo, caballero... es un defecto común. Confío en que tenga paciencia conmigo.

El señor Norrell llevó a sus visitantes a un elegante salón con un buen fuego en la chimenea. No había velas encendidas; dos hermosas ventanas daban luz suficiente, aunque era una luz grisácea, un tanto melancólica. No obstante, Secundus no se libraba de la impresión de que en aquella habitación tenía que haber otro fuego encendido, o velas, y volvía la cabeza una y otra vez tratando de descubrirlas. Pero no había nada... sólo, quizá, un espejo o un reloj antiguo.

Norrell dijo que había leído el relato del señor Secundus sobre las andanzas de los criados duendes de Martin Pale³.

—Un trabajo estimable, caballero, pero no menciona al genio Fallowthought. Un espíritu menor, desde luego, cuya utilidad al gran doctor Pale era discutible⁴. No obstante, sin él, su pequeña historia quedaba incompleta.

Hubo una pausa.

—¿Un espíritu llamado Fallowthought? —preguntó Secundus—. Yo... bien... es decir, nunca había oído hablar de semejante criatura, caballero, ni en este mundo ni en otro.

El señor Norrell sonrió por primera vez, pero la suya era una sonrisa dirigida hacia dentro.

—Desde luego, lo olvidaba. Está en el relato que Holgarth y Pickle hicieron de sus relaciones con Fallowthought, que usted no puede haber leído. Le doy la enhorabuena por ello, ya que eran una pareja nada recomendable, más criminal que mágica: cuanto menos se sepa de ellos, mejor.

—¡Ah, señor mío! —exclamó Honeyfoot, imaginando que el señor Norrell hablaba de uno de sus libros—. Hemos oído grandes alabanzas de su biblioteca. ¡Todos los magos de Yorkshire sintieron la comezón de la envidia al saber del gran número de libros que usted posee!

—¿En serio? —repuso con frialdad—. Me sorprende oírlo. Nunca hubiera imaginado que mis asuntos fuesen de dominio público... Sin duda será cosa de

Thoroughgood —agregó con aire pensativo, mencionando al hombre que vendía libros y antigüedades en Coffee Square, de York—. Childermass ya me ha advertido más de una vez que Thoroughgood es un parlanchín.

El señor Honeyfoot se sintió desconcertado. De haber tenido él tal cantidad de libros, le habría encantado hablar de ellos, que lo felicitaran por su posesión y que la gente los admirase, y no podía creer que a Norrell no le ocurriera otro tanto. Así pues, deseoso de ser amable y de infundir confianza en su anfitrión (porque se le había metido en la cabeza que aquel caballero era tímido), insistió:

—¿Me permite expresar el deseo de ver su espléndida biblioteca?

El señor Segundus estuvo seguro de que Norrell se negaría, pero éste los contempló fijamente un momento (tenía unos ojos azules muy pequeños y parecía escudriñarlos a través de ellos desde un secreto lugar interior) y accedió a la petición de Honeyfoot, el cual se deshizo en muestras de agradecimiento, muy satisfecho al pensar que había complacido al señor Norrell tanto como a sí mismo.

Norrell los condujo por un corredor que, según pensó Segundus, no tenía nada de extraordinario, con suelo y paneles de pulido roble, en el que olía a cera de abeja, hasta una escalera —quizá sólo tres o cuatro peldaños— de la que partía otro pasillo donde el aire era algo más frío y el suelo, buena piedra de York: todo perfectamente normal. (¿O quizá el segundo pasillo estaba antes de la escalera o peldaños? ¿O había una auténtica escalera?) El señor Segundus era uno de esos afortunados mortales que en todo momento saben si miran al norte, al sur, al este o al oeste. No era un don del que se sintiese especialmente ufano: le parecía algo tan natural como saber que mantenía la cabeza sobre los hombros; pero en aquella casa su sentido de la orientación lo abandonó. Después no sería capaz de recordar el orden de los pasillos y salas que atravesaron ni cuánto tardaron en llegar a la biblioteca. Ni en qué dirección estaba situada; era como si Norrell hubiera descubierto un quinto punto de la brújula, ni oeste, ni sur, ni este ni norte, sino algo totalmente distinto, y ésa fuera la dirección hacia la que los guiaba. El señor Honeyfoot, por su parte, no parecía advertir nada extraño.

La biblioteca era, quizá, más reducida que el salón que acababan de cruzar. En la chimenea ardía un fuego generoso y todo era comodidad y silencio. Sin embargo, tampoco allí la luz parecía guardar relación con las tres altas ventanas de doce cristales, y, de nuevo, John Segundus se sintió incomodo por la persistente sensación de que en aquella estancia tenía que haber más velas, más ventanas o bien otro fuego que justificara tanta luz. Las ventanas daban a una amplia extensión de crepuscular lluvia inglesa, por lo que no distinguía el panorama ni podía adivinar en qué parte de la casa se encontraban.

La sala no estaba vacía; sentado a una mesa había un hombre, que se levantó cuando ellos entraron y de quien Norrell dijo lacónicamente que era Childermass, su

hombre de confianza.

Honeyfoot y Segundus no en vano eran magos, por lo que no necesitaban que nadie les dijese que la biblioteca de Hurtfew Abbey era para su dueño el máspreciado de sus bienes, y no les sorprendió observar que el señor Norrell había construido un bello joyero para contener su mayor tesoro. Los muebles-librería que cubrían las paredes, de maderas inglesas, tenían forma de arcos góticos profusamente labrados. Había tallas de hojas (secas y retorcidas, como si el artista se hubiese propuesto representar el otoño), de raíces y ramas entrelazadas, de bayas y hiedra, todas bellamente reproducidas. Pero la maravilla del continente no era nada comparada con la maravilla del contenido.

Lo primero que aprende el estudioso de la magia es que hay libros sobre magia y libros de magia. Y lo segundo, que en una buena librería puede conseguir un ejemplar perfectamente respetable de los primeros por dos o tres guineas, mientras que los últimos son más preciosos que los rubíes⁵. La colección de la *Sociedad de York* se consideraba bastante buena, casi notable: entre sus muchos tomos había cinco obras escritas entre 1550 y 1700 que podían en justicia ser consideradas libros de magia (aunque uno de ellos sólo tenía un par de hojas muy deterioradas). Los libros de magia son escasos y ni Segundus ni Honeyfoot habían visto en bibliotecas particulares más de dos o tres. En la de Hurtfew, todas las paredes estaban cubiertas de estanterías y todos los estantes estaban llenos de libros. Y los libros eran todos, o casi todos, antiguos; libros de magia. Sí, desde luego, muchos tenían tapas limpias y modernas, pero era evidente que el señor Norrell los había hecho encuadernar (al parecer, sentía predilección por el cuero liso y los títulos estampados en mayúsculas plateadas). Pero muchos tenían tapas viejas, viejas, viejas, con lomos y cantos que se desmenuzaban. El señor Segundus miró el lomo de los volúmenes de una estantería cercana; el primer título que leyó rezaba: *Cómo preguntar a la oscuridad y entender sus respuestas*.

—Un libro necio —dijo Norrell.

Segundus dio un respingo; no había notado que su anfitrión estaba tan cerca.

—No le recomendaría que desperdiciara en él ni un momento —añadió. Así pues, Segundus miró el siguiente: *Instrucciones*, de Belasis.

—¿Conoce a Belasis? —preguntó Norrell.

—Sólo de oídas. Se dice que tenía la clave de muchas cosas, pero también he oído decir, es más, en eso coinciden los mayores estudiosos, que todos los ejemplares de sus *Instrucciones* fueron destruidos hace tiempo. Sin embargo, aquí está. ¡Extraordinario, caballero! ¡Prodigioso!

—Espera usted mucho de Belasis —observó Norrell—. Hubo un tiempo en que yo era de su mismo parecer. Recuerdo que, durante muchos meses, dediqué ocho horas de cada veinticuatro al estudio de su obra, deferencia que no he tenido para con

ningún otro autor. Pero, en el fondo, es decepcionante. Es místico donde debería ser inteligible... e inteligible donde debería ser oscuro. Hay cosas que no deberían ponerse en los libros, donde puede leerlas cualquiera. Por mi parte, ya no tengo una gran opinión de Belasis.

—Tiene usted aquí un volumen del que nunca he oído hablar *Excelencias de la magia judeo-cristiana*. ¿Qué puede decirme de él?

—¡Ja! Data del siglo diecisiete, pero no me merece gran respeto. Su autor era un embustero, borracho, adúltero y bribón. Me alegro de que se le haya olvidado por completo.

Al parecer, el señor Norrell no juzgaba con severidad sólo a los magos vivos, sino que había sometido a examen también a los muertos y los había encontrado deficientes.



Entretanto, Honeyfoot iba rápidamente de estantería en estantería con las manos levantadas, como un metodista alabando a Dios; apenas acababa de leer el título de un libro cuando su mirada buscaba el de otro situado en el extremo opuesto.

—¡Oh, cuántos libros, señor Norrell! —exclamó—. ¡Sin duda aquí encontraremos respuesta a todas nuestras preguntas!

—Lo dudo, caballero —respondió el otro secamente.

Su hombre de confianza soltó una breve carcajada, una carcajada provocada sin

duda por el señor Honeyfoot, pero que Norrell no censuró con una palabra ni con una mirada siquiera, y Secundus se preguntó qué asuntos podía confiar Norrell a semejante persona. Con sus greñas largas y desflecadas como la lluvia y tenebrosas como el trueno, el tal Childermass parecía salido de una novela de la señora Radcliffe y habría estado en su elemento en un páramo azotado por el viento o acechando en un oscuro callejón.

Secundus tomó las *Instrucciones* de Jacques Belasis y su mirada tropezó enseguida con dos pasajes que, pese a la pobre opinión expresada por el señor Norrell, le parecieron extraordinarios⁶.

Luego, consciente de que el tiempo pasaba y sintiendo la mirada curiosa de los oscuros ojos del hombre de confianza, abrió *Excelencias de la magia judeocristiana*. No era, como él suponía, un libro impreso, sino un manuscrito anotado apresuradamente en el dorso de toda clase de papeles, la mayoría viejas cuentas de cervecería. Allí leyó la narración de maravillosas aventuras. Aquel mago del siglo XVII se había servido de sus parvas artes para enfrentarse a poderosos enemigos: batallas que un mago humano nunca debería haber intentado librar. Había garabateado la historia de sus varias victorias cuando sus enemigos ya lo tenían cercado. Mientras escribía, el autor sabía que el tiempo se le acababa y que lo mejor que podía esperar era la muerte.

La habitación se oscurecía y la vieja escritura palidecía en el papel. Entraron dos lacayos que, bajo la mirada del siniestro Childermass, cerraron las cortinas de las ventanas y echaron más carbón al fuego. Secundus creyó oportuno recordarle a su amigo que aún no le habían expuesto al señor Norrell el motivo de su visita.

Cuando salían de la biblioteca, Secundus observó algo que le pareció extraño. Cerca del fuego había una silla y una mesita en la que descansaban las tapas de piel de un libro muy viejo, unas tijeras y un enorme cuchillo de aspecto fiero, como el que usaría un jardinero para la poda. Pero las hojas no se veían por parte alguna. «Quizá las ha dado a encuadernar de nuevo», pensó. No obstante, las viejas tapas aún parecían bastante sólidas, ¿y por qué habría de molestarse el señor Norrell en separar las hojas, a riesgo de dañarlas? Para esa operación, la persona más apta era un buen encuadernador.

Cuando estuvieron sentados en el salón, Honeyfoot le dijo al anfitrión:

—Lo que hoy he visto aquí me ha convencido de que usted, caballero, es la persona indicada para ayudarnos. El señor Secundus y yo opinamos que los magos modernos andan por mal camino; desperdician sus energías en trivialidades. ¿No le parece?

—Oh, desde luego.

—Nuestra pregunta es por qué, en nuestra gran nación, la magia ha decaído desde el lugar preeminente que ocupaba. Nuestra pregunta, caballero, es por qué ya no se

practica la magia en Inglaterra.

Los ojillos azules de Norrell se tornaron más agudos y brillantes y sus labios se contrajeron, como si tratara de reprimir un secreto gozo interior. «Es como si hubiera esperado mucho tiempo a que alguien le preguntara esto y tuviese la respuesta preparada desde hace años», pensó Secundus.

—No puedo responder a su pregunta, señor mío —dijo Norrell—, porque no la entiendo. Es una pregunta equivocada. En Inglaterra no se ha acabado la magia. Yo mismo soy un mago practicante bastante aceptable.

2. Posada La Vieja Estrella (Enero – febrero de 1807)

CUANDO el carruaje salía por la verja del jardín, Honeyfoot exclamó:

—¡Un mago practicante en Inglaterra! ¡Y, además, en Yorkshire! ¡Qué buena suerte la nuestra! Ah, señor Segundus, a usted hemos de agradecerse. Usted velaba cuando los demás nos habíamos dormido. De no ser por su acicate, podríamos no haber descubierto al señor Norrell. Y estoy seguro de que él nunca nos habría buscado a nosotros; me ha parecido un poco reservado. No nos ha dado detalles de sus logros, sólo ha señalado el simple hecho de su éxito. Eso se me antoja una prueba de modestia. Señor Segundus, creo que convendrá usted en que ahora nuestra misión está clara. A nosotros incumbe vencer la innata timidez y la modestia de Norrell y conducirlo en triunfo ante un público más amplio.

—Quizá —dijo el otro con escepticismo.

—No digo que sea fácil, por supuesto. Es un poco reservado y no muy sociable. Pero al final comprenderá que, por el bien de la nación, tiene que compartir con otras personas sus vastos conocimientos. Es un caballero, sabe cuál es su deber y lo hará, estoy seguro. ¡Ah, señor Segundus! Se merece usted el agradecimiento de todos los magos del país.

Pero fuera lo que fuese lo que el señor Segundus se mereciese, la triste realidad es que, en Inglaterra, los magos son una especie ingrata. Honeyfoot y Segundus bien podían haber hecho uno de los mayores descubrimientos de la historia de la magia, que de poco les hubiese servido. No hubo ni un solo miembro de la asociación de York que, al enterarse, no se sintiera convencido de que él lo habría hecho mejor, y el jueves siguiente, cuando se celebró una reunión extraordinaria de la *Sociedad Cultural de Magos de York*, fueron pocos los que se abstuvieron de decirlo así.

A las siete de la tarde del martes, la sala del piso de arriba de la posada *La Vieja Estrella* de Stonegate estaba abarrotada. La noticia que habían conseguido Honeyfoot y Segundus parecía haber atraído a todos los caballeros de la ciudad que hubieran tenido alguna vez un libro de magia en sus manos... y York, a su manera, todavía era una de las poblaciones más mágicas de Inglaterra; quizá sólo Newcastle, la ciudad del Rey, podía ufanarse de contar con más magos.

Había en la sala tal cantidad de socios que algunos tuvieron que quedarse de pie, a pesar de que los camareros no hacían más que subir sillas. El doctor Foxcastle se había instalado en una alta, negra y curiosamente torneada, una silla regia que, combinada con el cortinaje de terciopelo rojo que había detrás, daba un aire francamente magistral a su ocupante, que mantenía las manos cruzadas sobre el abultado abdomen en augusta actitud.

Los criados de la posada habían dispuesto un excelente fuego para paliar el frío de la tarde de enero, y en torno a él se sentaban varios magos muy ancianos —al parecer, de la época del rey Jorge II—, de tez amarillenta y surcada por una telaraña de arrugas, envueltos en grandes chales a cuadros y acompañados por lacayos no menos ancianos con frascos de medicinas en los bolsillos. Honeyfoot los saludó diciendo:

—¿Cómo está, señor Aptree? ¿Qué tal, señor Greyshippe? Espero que se encuentre bien, señor Tunstall. ¡Celebro verlos aquí, caballeros! Supongo que habrán venido a compartir nuestra viva satisfacción. Los años de nuestra larga travesía por el desierto han terminado. Ah, nadie sabe mejor que usted, señor Aptree, o que usted, señor Greyshippe, lo que han sido estos años, ustedes que han tenido que vivir buena parte de ellos. ¡Pero ahora volveremos a ver magia, la consejera y protectora de Gran Bretaña! ¡Y los franceses, señor Tunstall! ¿Qué sentirán los franceses cuando se enteren? ¡Ah!, no me sorprendería que esto provocara una rendición inmediata.

Honeyfoot tenía muchas más cosas que decir del mismo tenor; había preparado un discurso con el que se proponía explayarse sobre las maravillosas ventajas que el feliz hallazgo había de reportar a Gran Bretaña. Pero no le permitieron decir más que unas frases, pues parecía que todos y cada uno de los caballeros presentes en la sala rebosaban de opiniones sobre el asunto que debían ser comunicadas a los demás sin dilación. El doctor Foxcastle fue el primero en interrumpirlo. Se dirigió a él desde su gran trono negro con estas palabras:

—Lamento vivamente ver cómo usted, señor mío, desacredita la magia, hacia la que me consta que siente gran estima, con historias imposibles e invenciones desaforadas. Señor Segundus —dijo, volviéndose hacia quien consideraba causante de toda aquella agitación—, no sé qué será lo acostumbrado en el lugar del que usted procede, pero en Yorkhire no nos agradan los hombres que pretenden crearse una reputación a expensas de la paz de espíritu de los demás.

Hasta ahí llegó el doctor Foxcastle antes de que su voz quedara ahogada por las airadas exclamaciones de Honeyfoot y los partidarios de Segundus. El siguiente que pudo hacerse oír se preguntó cómo era posible que Segundus y Honeyfoot hubieran podido dejarse engañar. Era evidente que Norrell estaba loco; no era mejor que cualquiera de esos orates de ojos saltones que andaban por las calles pregonando que eran el Rey Cuervo.

Un caballero de pelo rubio dijo, profundamente emocionado, que los señores Honeyfoot y Segundus habrían debido insistir en que el señor Norrell abandonara de inmediato su casa y llevarlo triunfalmente a York, en carruaje descubierto (aun en enero), para que pudiera arrojar hojas de hiedra a su paso⁴; también uno de los ancianos de la chimenea parecía fuera de sí, pero, por ser tan viejo, tenía la voz débil y nadie le hizo caso ni se enteró de lo que decía.

Había en la sala un hombre alto y discreto llamado Thorpe, un caballero con muy pocos conocimientos de magia, pero con un sentido común insólito en un mago. Él siempre había pensado que el señor Segundus merecía ser respaldado en sus esfuerzos por averiguar qué se había hecho de la magia práctica inglesa, si bien, al igual que los demás, no esperaba que Segundus encontrara la respuesta tan pronto. Pero ahora que la tenían, el señor Thorpe opinaba que no podían desestimarla sin más.

—Caballeros, el señor Norrell dice que practica la magia. Muy bien. Todos sabemos algo de él, hemos oído hablar de los raros textos que supuestamente posee, y sólo por eso haríamos mal en no tomar en cuenta su afirmación. Pero los argumentos más sólidos que abogan por Norrell son éstos: dos de los nuestros, ambos eruditos competentes, lo han visto y han regresado convencidos. —Se volvió hacia Honeyfoot—: Usted cree en ese hombre, cualquiera puede leerlo en su cara. Usted vio algo que lo convenció. ¿No querría decirnos qué es?

La reacción de Honeyfoot fue, quizá, un tanto extraña. Al principio sonrió a Thorpe con gratitud, como si eso fuera precisamente lo que más deseaba: la oportunidad de exponer las excelentes razones que tenía para creer que el señor Norrell podía practicar la magia; y abrió la boca para responder. Entonces se quedó en suspenso y miró en derredor, como si aquellas excelentes razones que tan sólidas le parecían hacía un momento estuvieran desapareciendo, disolviéndosele en la boca, y no consiguiera atrapar ni una sola con la lengua y los dientes para articular una frase coherente. Por fin, logró articular unas palabras acerca del aspecto de hombre honrado del señor Norrell.

A la asociación de York no le pareció una razón satisfactoria (y menos se lo hubiera parecido de haber tenido ocasión de ver el aspecto de Norrell). Así pues, Thorpe miró a Segundus y dijo:

—También usted vio al señor Norrell. ¿Qué opina?

Entonces todos repararon en lo pálido que estaba Segundus, y algunos caballeros cayeron en la cuenta de que no había contestado a su saludo, como si le costase coordinar las ideas para responder.

—¿Se encuentra mal, caballero? —le preguntó Thorpe con suavidad.

—No, no —murmuró—. No es nada. Gracias.

Pero tan desorientado se lo veía que un caballero le ofreció su asiento, otro fue a buscar un vaso de vino canario, y el exaltado caballero rubio que había manifestado su deseo de arrojar hojas de hiedra al paso del señor Norrell empezó a alimentar la secreta esperanza de que Segundus estuviera hechizado y fueran a presenciar algo extraordinario.

Segundus suspiró y dijo:

—Muchas gracias. No estoy enfermo, pero hace una semana que me siento

pesado y torpe. La señora Pleasance me ha dado arruruz y decocciones calientes de regaliz, pero no me han hecho efecto, lo cual no me sorprende, ya que creo que el trastorno está en mi cabeza. Aunque ya estoy algo mejor. Si ahora ustedes, caballeros, me preguntaran por qué creo que la magia ha vuelto a Inglaterra, yo diría que porque la he sentido. Donde más vívida tengo la impresión de haberla sentido es aquí y aquí... —Se tocó la frente y el corazón—. No obstante, he de admitir que no he visto obrar magia. El señor Norrell no realizó ningún hechizo mientras estuvimos en su presencia. Por tanto, supongo que debo de haberlo soñado.

Nueva inquietud de los socios de York. El caballero apagado esbozó una sonrisa apagada e inquirió si alguno de los presentes podía sacar algo en limpio de todo aquello. Entonces Thorpe exclamó:

—¡Santo Dios! Es tontería que sigamos discutiendo si el señor Norrell puede o no puede hacer esto o lo otro. Todos somos seres racionales, supongo, y la respuesta es bien simple: le pediremos que realice un acto mágico para nosotros, en prueba de su afirmación.

Esa proposición era tan sensata que, durante un momento, los magos enmudecieron, aunque ello no quiere decir que estuvieran todos de acuerdo, ni mucho menos. A algunos (el doctor Foxcastle entre ellos) no acababa de gustarles la idea. Pedirle a Norrell que hiciera un hechizo era exponerse al peligro de que lo hiciera realmente. Ellos no querían ver magia; ellos querían leer libros que trataran de cómo se practicaba. Otros opinaban que la asociación de York quedaba en ridículo con tan modestas aspiraciones. Pero al fin la mayoría de los magos se mostró de acuerdo con Thorpe, que concluyó:

—En nuestra calidad de estudiosos de la magia, lo menos que podemos hacer es brindar al señor Norrell la oportunidad de convencernos.

En consecuencia, se decidió que alguien le escribiera otra carta.

Todos veían con claridad que Honeyfoot y Segundus habían llevado el asunto muy mal, y, por lo menos respecto a un punto (el relacionado con la maravillosa biblioteca de Norrell), daban prueba de palmaria estupidez, al no ser capaces de hacer una descripción inteligible. ¿Qué habían visto? Oh, libros, muchos libros. ¿Un número considerable? Sí; en aquel momento les pareció considerable. ¿Volúmenes raros? Ah, probablemente. ¿Se les había permitido cogerlos y hojearlos? ¡Oh, no! El señor Norrell no había llegado a invitarlos a ello. Pero ¿habían leído los títulos? Sí, desde luego. Bien, entonces ¿cuáles eran los títulos que habían visto? No lo sabían, no podían recordarlos. Segundus dijo que uno empezaba por B, pero ésa fue toda la información que pudo ofrecer. Era muy extraño.

Desde el primer momento, el señor Thorpe se había propuesto escribir él mismo la carta a Norrell, pero había en la sala muchos magos que no deseaban sino ofender a éste por su arrogancia, y, muy acertadamente, convinieron en que, para insultar al

señor Norrell, nada mejor que permitir que fuese el doctor Foxcastle quien la escribiera. Y así se hizo. A su debido tiempo, se recibió una airada respuesta.

Hurtfew Abbey, Yorkshire 1 de febrero de 1807

Muy señor mío:

Durante los últimos años, en dos ocasiones me he visto honrado por sendas cartas de los caballeros de la Sociedad Cultural de Magos de York, en las que se solicitaba entablar relación con mi persona. Ahora llega una tercera carta por la que se me informa de que he incurrido en el desagrado de la asociación. Al parecer, la buena opinión de los socios se conquista con la misma facilidad con que se pierde, sin que uno sepa qué ha hecho para merecer lo uno o lo otro. En respuesta a la particular acusación contenida en su carta de que he exagerado mis facultades y alardeado de poderes que no puedo poseer, sólo diré esto: otros hombres gustan de atribuir su falta de éxito a un defecto del mundo antes que a su propia falta de conocimientos, pero la verdad es que la magia es tan factible en nuestra época como lo fuera en cualquier otra, como he comprobado a mi entera satisfacción en numerosas ocasiones durante los veinte últimos años. Pero ¿cuál es mi recompensa por amar mi arte más de lo que hayan podido amarlo otros hombres? ¿Por estudiar con más ahínco para perfeccionarlo? Ahora se dice por ahí que soy un fabulador, se desdeña mi talento profesional y se duda de mi palabra. Imagino que no ha de sorprenderles en demasía que, en semejantes circunstancias, no me sienta muy inclinado a complacer a la asociación y, menos aún, acceder a su solicitud de que haga una demostración de magia. La Sociedad Cultural de Magos de York se reúne el próximo miércoles, y ese día les informaré de mis intenciones.

*Su seguro servidor,
Gilbert Norrell*

Todo eso tenía un aire de inquietante misterio. Los magos teóricos esperaban con cierto nerviosismo a ver lo que les enviaría el mago práctico. Lo que el señor Norrell les mandó no fue algo más alarmante que un abogado, sonriente y ceremonioso, un simple abogado llamado Robinson, con pulcro traje negro y pulcros guantes de cabritilla, y con un documento como nunca habían visto los caballeros de la *Sociedad de York*: el borrador de un convenio redactado según el arcaico y olvidado código del derecho mágico de Inglaterra.

El señor Robinson se presentó en la sala superior de *La Vieja Estrella* con el aire del que sabe que se le espera. Tenía un bufete con dos pasantes en Coney Street y era bien conocido de muchos de los presentes.

—He de confesarles, caballeros, que este documento es, en su mayor parte, obra de mi cliente, el señor Norrell —sonrió—. Yo no soy especialista en derecho

taumatúrgico. ¿Y quién lo es, hoy en día? En cualquier caso, si en algo me equivoco, espero que tendrán a bien corregirme.

Varios magos teóricos asintieron sesudamente.

Robinson era un hombre pulido, tan limpio, sano y complaciente que resplandecía, cualidad que sólo cabe esperar de un hada o un ángel, pero que resulta un tanto desconcertante en un abogado. Mostraba gran deferencia hacia los caballeros de la asociación, porque él nada sabía de magia, pero pensaba que se trataba de un arte muy difícil que exigía una gran concentración mental. Sin embargo, aunque era consciente de la modestia de su profesión y sentía auténtica admiración por la *Sociedad de York*, en aquel momento lo invadía una grata vanidad al pensar que aquellos cerebros monumentales deberían dejar de meditar cuestiones esotéricas durante un rato y prestar atención a sus palabras. Se ajustó sobre la nariz unas gafas con montura de oro, añadiendo así otro pequeño brillo a su reluciente persona.

Y a continuación dijo que el señor Norrell se comprometía a realizar un acto de magia en un lugar y momento determinados.

—Espero, caballeros, que no tendrán inconveniente en que mi cliente fije hora y lugar.

Los caballeros no lo tenían.

—Entonces, en la catedral, quince días después del próximo viernes².

Anunció que si el señor Norrell no conseguía realizar el acto de magia, se retractaría públicamente de su afirmación de ser mago practicante, más aún, de ser mago de cualquier clase, y se comprometería bajo juramento a no volver a reivindicar tal condición.

—No es necesario que llegue tan lejos —dijo Thorpe—. No tenemos ánimo de castigarlo; sólo deseábamos comprobar su aseveración.

La sonrisa de Robinson se apagó un poco, como si aún quedara por decir algo un tanto desagradable y no supiera cómo empezar.

—Aguarden —pidió Secundus—, aún no hemos oído la otra parte del trato. No sabemos qué espera él de nosotros.

El abogado asintió. Al parecer, Norrell se proponía exigir a todos y cada uno de los magos de la asociación la misma promesa que hacía él. En otras palabras, si él triunfaba, ellos deberían disolver la *Sociedad Cultural de Magos de York* sin dilación y comprometerse a no atribuirse el título de «mago» nunca más. Robinson añadió que, al fin y al cabo, eso sería lo justo, ya que su cliente habría demostrado ser el único mago auténtico de Yorkshire.

—¿Y habrá una tercera parte, un árbitro imparcial que dictamine si se ha obrado la magia? —preguntó Thorpe.

La pregunta pareció desconcertar al abogado. Pidió que lo disculparan si se había formado una idea equivocada, nada más lejos de su ánimo que ofenderlos, pero creía

que todos los presentes eran magos.

Oh, sí; los socios asintieron en bloque: todos eran magos.

—En tal caso, sin duda reconocerán un acto de magia cuando lo vean. ¿Podría haber alguien más cualificado para ello?

Otro caballero preguntó qué clase de hechizo pensaba realizar Norrell. El señor Robinson se deshizo en corteses disculpas y largas explicaciones: no podía informarles, puesto que lo ignoraba.

Sería abusar de la paciencia del lector repetir aquí los múltiples e intrincados argumentos que llevaron a los miembros de la *Sociedad de York* a suscribir el convenio del señor Norrell. Muchos firmaron por vanidad; habían declarado públicamente que no creían que Norrell pudiese practicar la magia, lo habían desafiado públicamente a hacerlo: en tales circunstancias, habría resultado ridículo cambiar de actitud... o eso les pareció.

Honeyfoot, por su parte, firmó precisamente porque creía en los poderes mágicos de Norrell. Él esperaba que, con la demostración de sus dotes, el señor Norrell conquistara el reconocimiento público y, a partir de entonces, las utilizase para el bien de la nación.

Algunos se sintieron desafiados a adherirse por la insinuación (apuntada por Norrell y transmitida en cierto modo por Robinson) de que, si no firmaban, no se mostrarían como verdaderos magos.

Así pues, entonces y allí, los magos de York suscribieron uno tras otro el documento que les presentó el abogado. Sólo faltaba el señor Segundus.

—Yo no firmaré —dijo—. Porque la magia es mi vida y, aunque tiene razón el señor Norrell al decir que mis conocimientos son escasos, ¿qué haría yo si tuviera que renunciar a ella?

Silencio.

—¡Oh! —exclamó Robinson—. Bien, es decir... ¿Está seguro de que no desea firmar el acuerdo, caballero? Ya ha visto que todos sus amigos han firmado. Se quedará solo.

—Estoy seguro, sí. Muchas gracias.

—Pues, en tal caso, he de reconocer que no sé con exactitud cómo he de proceder. Mi cliente no me ha dado instrucciones para el caso de que sólo firmen algunos caballeros. Consultaré con él por la mañana.

Se oyó comentar al doctor Foxcastle, dirigiéndose al señor Hart o Hunt, que, una vez más, el recién llegado era el causante de una perturbación general.

Pero dos días después, Robinson fue a visitar al doctor Foxcastle con el mensaje de que, en ese caso en concreto, el señor Norrell no tenía inconveniente en pasar por alto la negativa del señor Segundus a firmar y estaba dispuesto a considerar que su contrato quedaba establecido con todos los miembros de la *Sociedad de York*, con

excepción del señor Segundus.

La noche anterior a la fecha señalada por Norrell para realizar el acto mágico nevó en York, y por la mañana la suciedad y el barro de la ciudad habían desaparecido y todo lucía de un blanco inmaculado. El ruido de los cascos de los caballos y de los pasos de la gente quedaba amortiguado, y las mismas voces de los habitantes de York habían sido sustituidas por un silencio blanco que absorbía todos los sonidos. Norrell había fijado una hora muy temprana de la mañana. Los magos de York desayunaron solos, cada cual en su casa. Observaron en silencio cómo la criada les servía el café, partía los panecillos calientes y les llevaba la mantequilla. La esposa, la hermana, la hija, la nuera o la sobrina que habitualmente se encargaba de esas pequeñas tareas aún estaba en la cama, y se echaba de menos la grata charla doméstica que los caballeros de la *Sociedad de York* aparentaban desdeñar, pero que en realidad era la dulce cantinela que se acompañaba con la música de la vida diaria. Y los comedores en que desayunaban estaban distintos de la víspera. La penumbra invernal se había disipado, dando paso a una luz formidable: sol de invierno muchas veces aumentado por la nieve que cubría la tierra. El blanco mantel de lino resplandecía. Las rosas que decoraban las bonitas tazas de café de la hija casi parecían bailar en ellas. La cafetera de plata de la sobrina fulguraba; y las risueñas pastorcillas de porcelana de la nuera relucían como ángeles. Era como si la mesa la hubieran puesto las hadas con su plata y su cristal.

Segundus, asomado a la ventana de un tercer piso de la plazuela de Lady Peckitt, pensó que quizá Norrell ya había obrado su prodigio, y era ése. Sobre su cabeza sonó un sordo crujido amenazador y él se retiró rápidamente de la ventana, justo a tiempo de esquivar un bloque de nieve desprendido del tejado. Segundus no tenía criada, ni esposa, hermana, hija, nuera o sobrina, pero la señora Pleasance, su casera, era madrugadora. Durante los quince últimos días lo había oído suspirar muchas veces sumido en la lectura de sus libros, y esperaba poder infundirle ánimo con un buen desayuno compuesto por dos arenques asados, calentitos, té, leche recién ordeñada y pan blanco con mantequilla, servido en una fuente de porcelana azul y blanca. Con el mismo generoso propósito, la buena mujer se sentó para darle conversación. Al verlo tan abatido exclamó:

—¡Oh, cómo me irrita ese viejo!

Segundus no le había dicho que el señor Norrell fuera viejo, pero ella suponía que tenía que serlo. Por lo que le había contado su inquilino, se lo imaginaba como un avaro que atesoraba magia en lugar de dinero, y en el curso de mi relato dejaré que el lector juzgue por sí mismo si esta descripción se ajusta al carácter del señor Norrell. Al igual que la señora Pleasance, yo siempre imagino que los avaros son viejos; aunque no sabría decir por qué, ya que sin duda en el mundo ha de haber avaros jóvenes y viejos. Por lo que respecta a si el señor Norrell era realmente viejo,

digamos que era la clase de hombre que es viejo a los diecisiete años.

La casera prosiguió:

—El señor Pleasance, que en paz descanse, decía que en York no había nadie, ni hombre ni mujer, que hiciera un pan que pudiera compararse con el mío, y también otras personas han tenido la amabilidad de decir que en su vida habían probado un pan tan bueno. Yo siempre he servido una buena mesa, porque me gusta hacer bien las cosas, y si uno de esos genios de los cuentos de Arabia saliera ahora de esa tetera y me concediese tres deseos, no me mostraría tan mezquina como para pedir que ninguna otra persona pudiese hacer un pan tan bueno como el mío, ya que eso a mí en nada habría de perjudicarme, y sería mejor para ellos. Vamos, pruébelo —dijo, acercando una fuente del tan ensalzado pan a su huésped—. No me gusta verlo tan delgado. La gente dirá que Hettie Pleasance ha perdido sus dotes de cocinera. No esté tan triste. Usted no firmó ese pérfido documento, y cuando los otros caballeros tengan que abandonar, usted, señor Segundus, podrá continuar, y ojalá haga grandes descubrimientos, y quizá entonces ese señor Norrell, que tan listo se cree, se alegre de tomarlo a usted como socio y se arrepienta de su tonto orgullo.

Segundus sonrió y le dio las gracias.

—No creo que eso ocurra. Mi mayor dificultad será la falta de material. Yo poseo muy poco, y cuando se disuelva la asociación., bien, no sé qué será de sus libros, pero me parece que a mis manos no vendrán.

Se comió el pan (que era tan bueno como aseguraban el difunto señor Pleasance y sus amistades) y los arenques y bebió té. El poder de aquellos alimentos para disipar las penas debía de ser mayor del que él suponía, porque de pronto se sintió algo mejor. Y así vigorizado, se puso el gabán, el sombrero, la bufanda y los guantes y echó a andar por las nevadas calles en dirección al lugar que Norrell había señalado para los prodigios del día: la catedral de York.

Espero que mis lectores tengan ya una idea de lo que es una vieja ciudad catedralicia inglesa, pues de lo contrario me temo que se les escape el significado de la elección del señor Norrell. Deben tener presente que, en una vieja ciudad catedralicia, la catedral no es uno de tantos edificios, sino el más importante, distinto de los demás por sus proporciones, belleza y solemnidad. Incluso en los tiempos modernos, en que una vieja ciudad catedralicia puede haberse dotado de excelentes edificios públicos, locales de fiestas y reuniones (y York estaba bien provista de ellos), la catedral se eleva por encima de todos, dando testimonio de la devoción de nuestros antepasados. Es como si la ciudad tuviera dentro algo mayor que ella. Cuando uno se interna en el laberinto de calles estrechas pierde de vista la catedral, desde luego, pero cuando la perspectiva se abre allí está de nuevo, mucho más alta y más grande que cualquier otra construcción, y uno comprende que ya ha llegado al corazón de la ciudad y que, en cierto modo, todas las calles y pasajes conducen allí, a

un lugar donde habitan misterios mucho más profundos que los que pueda conocer el señor Norrell. Tales eran los pensamientos del señor Segundus cuando entró en el recinto y se detuvo frente a la vasta sombra azulada de la fachada oeste de la catedral. En ese momento apareció por la esquina el doctor Foxcastle, navegando majestuosamente como un barco negro y gordo. Al descubrir a Segundus, puso proa hacia él y le dio los buenos días.

—¿Sería usted tan amable de presentarme al señor Norrell? Tengo grandes deseos de conocer a ese caballero.

—Será un placer —dijo Segundus, y miró en derredor.

El tiempo había retenido en casa a mucha gente y sólo unas cuantas figuras negruzcas se escurrían por el blanco campo que se extendía frente a la mole gris de la iglesia. Una mirada más atenta descubría en ellas a caballeros de la *Sociedad de York*, clérigos y auxiliares de la catedral —sacristanes y pertigueros, vicemaestros de coro, deanes, limpiadores y similares—, enviados por sus superiores al nevado exterior con recados de la iglesia.

—Nada me agradaría más que complacerlo —agregó—, pero no veo al señor Norrell.

Sin embargo, alguien sí los veía a ellos.

De pie en la nieve frente al templo, era alguien oscuro, de aspecto no del todo respetable, que los miraba con vivo interés. Una cabellera lacia y apelmazada le caía, como una cascada de agua negra, sobre una cara recia, descarnada y tortuosa como la raíz de un árbol, rematada por una nariz larga y afilada; aunque la tez era pálida, parecía tener un componente oscuro: quizá la sombra de los ojos y de aquel cabello negro y grasiento. Al cabo de un momento, el personaje se acercó a los dos magos, esbozó una reverencia, les pidió disculpas por abordarlos y explicó que se le había indicado que estaban allí por el mismo asunto que él. Dijo llamarse John Childermass y ser asistente del señor Norrell en ciertos menesteres, aunque no especificó cuáles.

—Me suena su cara —dijo Segundus con aire pensativo—. ¿No nos hemos visto antes?

Algo cruzó el oscuro rostro de Childermass, pero muy fugazmente, imposible decir si sorpresa o regocijo.

—Vengo a York con frecuencia por encargos del señor Norrell. Quizá me haya visto en algún establecimiento de venta de libros de la ciudad.

—No. Lo vi en... lo tengo presente... ¿Dónde...? Oh, enseguida lo recordaré.

Childermass alzó una ceja como dando a entender que lo dudaba.

—Pero el señor Norrell ha de venir personalmente, ¿no? —dijo Foxcastle.

Childermass respondió que, con perdón, no creía que el señor Norrell acudiese; no pensaba que tuviera necesidad de acudir.

—¡Ah! —exclamó el doctor—. ¡Eso es que renuncia! Bien, bien, bien. Pobre

señor. Se sentirá en ridículo, imagino. Bien, en cualquier caso ha sido un noble intento. No le guardaremos rencor, por supuesto. —Le aliviaba saber que no iba a presenciar un acto de magia, y por eso se mostraba generoso.

Childermass respondió, de nuevo con perdón, que temía que el doctor Foxcastle no hubiera interpretado bien sus palabras. Ciertamente, el señor Norrell practicaría magia; lo haría en Hurtlefew Abbey, y el resultado se observaría en York.

—A los caballeros no les gusta apartarse de su chimenea si no es indispensable. Imagino que si usted, señor, pudiera ver los acontecimientos desde su sala de estar, no estaría ahora aquí, con frío y mojado.

El doctor Foxcastle inspiró bruscamente y le lanzó una mirada dándole a entender que ese comentario le parecía muy insolente.

Childermass no se mostró muy compungido por esa opinión, antes bien, divertido.

—Es la hora, señores. Deberían ocupar sus puestos en la iglesia. Creo que lamentarían perderse algo de lo que va a ocurrir cuando es tanto lo que de ello depende.

Pasaban veinte minutos de la hora y los caballeros de la *Sociedad de York* iban entrando en la catedral por la puerta sur del crucero. Algunos miraban en derredor antes de entrar, como despidiéndose emocionadamente de un mundo que no sabían si volverían a ver.

3. Las piedras de York (Febrero de 1807)

UNA iglesia grande y vieja en lo más crudo del invierno es, en el mejor de los casos, un lugar poco acogedor; sus piedras exhalan el frío de cien inviernos preservado en ellas. Los caballeros de la Sociedad de York permanecían de pie en la fría penumbra, dispuestos a dejarse asombrar, sin saber si la sorpresa iba a serles grata.

Honeyfoot trataba de sonreír animosamente a sus colegas, pero en un caballero tan ducho como él en la práctica de la sonrisa animosa, el intento resultaba poco convincente.

En aquel momento empezaron a oírse campanadas. Procedían del campanario de San Miguel, que daba la media, pero en el interior de la catedral tenían un sonido extraño y lejano, como de campanas de otro país. No eran alegres ni mucho menos. Los reunidos sabían bien con cuánta frecuencia se relacionaban las campanadas con la magia, en particular con la de los seres sobrenaturales; sabían que, antiguamente, sonaban campanas de plata cuando un inglés o una inglesa de gran virtud o belleza iba a ser raptado por duendes y llevado a tierras extrañas y encantadas para no volver. El mismo Rey Cuervo —que no era un ser sobrenatural sino un mortal, e inglés por más señas— tenía la deplorable costumbre de raptar a hombres y mujeres para llevárselos a vivir con él en las *Otras Tierras*⁴. Ahora bien, si tú, lector, o yo tuviéramos la facultad de apoderarnos por ensalmo de cualquier criatura humana de la que nos encaprichásemos, y de mantenerla a nuestro lado toda la eternidad, me parece que nuestra elección recaería en alguien un poco más atractivo que cualquier miembro de la *Sociedad Cultural de Magos de York*, pero a los caballeros que se encontraban en la catedral de York no se les ocurrió esa reconfortante idea, y varios empezaron a preguntarse en qué medida habría molestado al señor Norrell la carta del doctor Foxcastle, y a sentirse asustados.

Cuando se apagaron las campanadas, desde las alturas en penumbras empezó a hablar una voz. Los magos aguzaron el oído. Algunos experimentaban viva ansiedad y creían que iba a darles instrucciones, como en un cuento de hadas. Imaginaban que se les comunicarían misteriosas prescripciones. Tales órdenes, según sabían por los cuentos de hadas, suelen ser un tanto peregrinas, pero no muy difíciles de observar... o así parece a primera vista. Por lo general son de este tenor: «No comas la última ciruela de la compota de la jarra azul que está en la alacena del rincón», o «No golpees a tu mujer con una vara de ajenjo». Sin embargo, según se relata en los cuentos, las circunstancias siempre conspiran en contra de la persona que recibe las instrucciones y, sin darse cuenta, se encuentra haciendo aquello que se le ha prohibido, ganándose así un destino terrible.

Los magos suponían que, con aquel lento recitado, como mínimo se les estaba anunciando su perdición. Pero no estaba nada claro en qué lengua hablaba la voz. A Secundus le pareció oír una palabra que sonaba a «maleficio» y, después, *interficere*, antiguo vocablo latino que significa «matar». La voz no era fácil de discernir; no tenía semejanza con una voz humana, lo cual no hacía sino acrecentar el temor de los caballeros a que, de un momento a otro, empezaran a aparecer duendes. Era áspera, cavernosa, cascada, como si alguien estuviera restregando dos piedras rugosas, pero los sonidos que producía parecían palabras... eran realmente palabras. Los caballeros escudriñaban la oscuridad de las alturas con aprensión, mas lo único que se veía era el contorno borroso de una pequeña figura de piedra que surgía de la nervadura de un gran pilar y se proyectaba hacia el oscuro vacío. A medida que se habituaban al extraño sonido, iban reconociendo más y más palabras, de inglés antiguo y latín antiguo, entremezcladas, como si quien hablaba no fuese consciente de que eran dos lenguas distintas. Afortunadamente, esa detestable mezcolanza no ofrecía grandes dificultades a los magos, puesto que la mayoría estaban acostumbrados a descifrar las intrincadas divagaciones de los eruditos de antaño. Lo que dijo la voz, traducido a un idioma comprensible, fue:

—Hace mucho, mucho tiempo, hace quinientos años o más, en el crepúsculo de un día de invierno entró en la iglesia vacía un joven con una muchacha que llevaba hojas de hiedra trenzadas en el pelo. Y sólo las piedras vimos cómo la estrangulaba. El joven no fue castigado por su crimen, porque no había más testigos que las piedras. Pasaron los años y cada vez que el hombre entraba en la iglesia y se mezclaba con la congregación, las piedras gritábamos que él era el asesino de la muchacha de las hojas de hiedra trenzadas, mas nadie nos oía. ¡Pero aún no es tarde! ¡Nosotras sabemos dónde está enterrado! ¡Está en el ángulo sur del crucero! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Traed picos! ¡Traed palas! Levantad las losas. ¡Desenterrad sus huesos! ¡Que sean aplastados con la pala! ¡Despedazad su cráneo arrojándolo contra los pilares! ¡Que también las piedras se cobren su venganza! ¡Aún no es tarde! ¡Aún no es tarde!

Apenas habían acabado los magos de asimilar esto, y mientras aún se preguntaban quién contaba aquello, se oyó otra voz pétrea. Ésta salía del presbiterio y sólo hablaba en inglés, pero un inglés extraño, lleno de palabras antiguas y olvidadas. Se quejaba de unos soldados que habían entrado en la iglesia y roto unas ventanas. Cien años después, volvieron y destrozaron una mampara del coro, borraron las caras de los santos y robaron objetos del culto. En una ocasión habían afilado la punta de sus flechas en el borde de la pila bautismal; trescientos años después, dispararon sus pistolas en la sala capitular. Esta voz no parecía saber que, si bien una iglesia puede durar milenios, los hombres no viven tanto —¡Se recrean en la destrucción! —gritó—. ¡Y ellos mismos no merecen sino ser destruidos!

Ese orador, al igual que el primero, debía de haber permanecido muchos años en

la iglesia, y sin duda habría oído infinidad de sermones y plegarias; no obstante, las más dulces virtudes cristianas —misericordia, amor, mansedumbre— le eran desconocidas. Como la primera voz seguía lamentándose por la muerte de la muchacha de las hojas de hiedra, las dos ásperas voces se entrechocaban de un modo bastante desagradable.

El señor Thorpe, que era un caballero valiente, atisbó en el presbiterio para averiguar quién hablaba.

—Es una estatua —dijo.

Y entonces los miembros de la *Sociedad de York*, entornando los párpados, levantaron nuevamente la mirada hacia las penumbrosas alturas, en dirección a la primera voz misteriosa. Y esa vez fueron muy pocos los que dudaron de que era la pequeña figura de piedra la que hablaba, porque la vieron agitar los bracitos con aflicción.

Entonces todas las estatuas y monumentos de la catedral empezaron a hablar, diciendo con sus voces de piedra todo lo que habían visto durante su vida de piedra, y el ruido, como le diría después Segundus a la señora Pleasance, era indescriptible. Y es que los muros de la catedral tenían esculpidos a mucha gente pequeña y extraños animales que batían las alas.

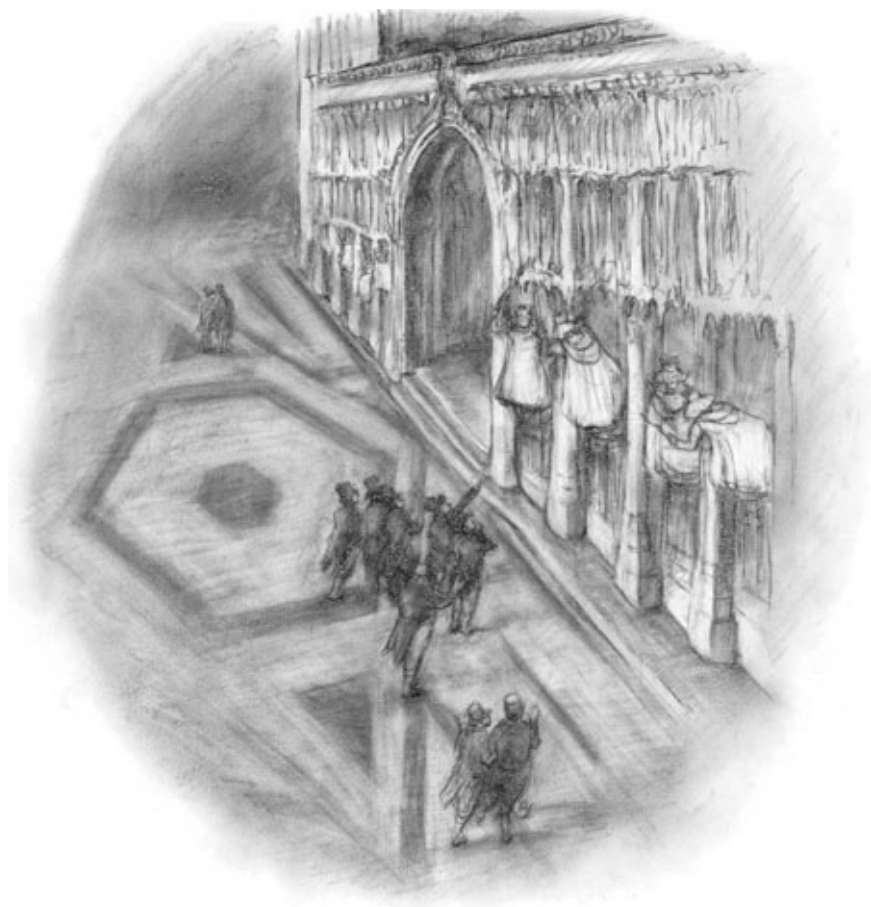
Muchos se quejaban de sus vecinos, lo que quizá no sea tan sorprendente, ya que habían estado obligados a permanecer juntos cientos de años. En una gran mampara había quince reyes de piedra en sendos pedestales. Tenían unos bucles muy prietos, como si se hubieran puesto papillotes y no se hubiesen peinado; la señora Honeyfoot no podía mirarlos sin decir lo mucho que le gustaría meter el cepillo en aquellas reales testas. Desde el momento en que pudieron hablar, los soberanos empezaron a pelear y reñir; porque todos los pedestales tenían la misma altura, y lo que más detestan los reyes (aunque sean de piedra) es que los pongan al nivel de otros. En lo alto de una vieja columna, un pequeño grupo de extrañas figuras con los brazos entrelazados contemplaba el mundo con sus ojos de piedra, pero tan pronto se dejó sentir el hechizo, cada una comenzó a empujar a las otras para apartarlas, como si hasta los brazos de piedra se resintiesen al cabo de un siglo y las criaturas se cansaran de estar ligadas entre sí.

Una parecía hablar en italiano y nadie se explicaba por qué, pero Segundus descubrió después que era una copia de una escultura de Miguel Ángel. La estatua describía una iglesia totalmente distinta, una iglesia en la que negras sombras se recortaban con nitidez contra una luz brillante. Describía, pues, lo que la escultura original veía en Roma.

Segundus observó con agrado que los magos, aunque muy asustados, se mantenían firmes en el interior de la iglesia. Algunos estaban tan asombrados por lo que veían que pronto olvidaron el miedo y empezaron a ir de un lado al otro, ansiosos

por descubrir más y más portentos, haciendo observaciones y tomando notas en pequeñas libretas, como si no recordaran el insidioso documento que, a partir de ese mismo día, les impediría estudiar magia. Los magos de York (que muy pronto, ¡ay!, dejarían de serlo) estuvieron largo rato deambulando por los pasillos y contemplando maravillas, mientras la horrenda cacofonía de mil voces pétreas que hablaban al unísono hería sus oídos.

En la sala capitular había doseles en los que multitud de cabecitas de piedra tocadas con extraños gorros parloteaban animadamente. También había magníficas tallas de cien árboles ingleses: espino, roble, endrino, ajenjo, cerezo y brionia. Segundus vio dos dragones, no mayores que su antebrazo, que, uno en pos de otro, se deslizaban entre las ramas, las hojas, las raíces y los zarcillos del espino. Parecían moverse con tanta soltura como cualquier criatura, pero el sonido de sus músculos de piedra rechinando bajo una piel de piedra, rozando costillas de piedra y chocando contra un corazón de piedra, así como el de garras de piedra arañando ramas de piedra, era insoportable, y el caballero se preguntó cómo podían resistirlo. Una pequeña nube de un polvillo áspero, como el que suele acompañar el trabajo del picapedrero, los rodeaba y se elevaba en el aire, y pensó que si el hechizo les permitía seguir moviéndose mucho tiempo, se desgastarían hasta quedar reducidos a obleas de piedra caliza



Las hojas y hierbas pétreas se estremecían y temblaban como movidas por la brisa, y algunas emulaban a sus equivalentes vegetales con tanta fidelidad que hasta crecían. Después, cuando se rompió el conjuro, se encontraron ramas de hiedra y escaramujo de piedra que trepaban por sillas, atriles y libros de rezos, donde antes no había hiedra ni escaramujo de piedra.

Pero no sólo los magos de York vieron prodigios aquel día. Se lo propusiera o no el señor Norrell, su magia trascendió del recinto sagrado y se extendió por la ciudad. Tres estatuas de la fachada oeste de la catedral se encontraban en los talleres del señor Taylor, que debía repararlas. Siglos de lluvia de Yorkshire habían erosionado las imágenes y nadie sabía ya a qué grandes personajes representaban. A las diez y media, cuando un ayudante de Taylor acercaba el cincel a la cara de una de aquellas figuras con intención de esculpir las bellas facciones de una santa, la estatua dio un grito y alzó el brazo en actitud defensiva, con lo que el pobre hombre cayó desmayado. Las esculturas fueron devueltas al exterior de la catedral intactas, con la cara lisa como una galleta y tan blanda como la mantequilla.

De pronto, el sonido pareció cambiar y las voces enmudecieron una a una, hasta que los magos oyeron las campanas de San Miguel, que volvían a dar la media. Aquella primera voz, la de la figura en lo alto, siguió un rato con su tema del asesino impune («¡Aún no es tarde! ¡Aún no es tarde!») después de que las otras callaran, pero finalmente también se apagó.

Durante el tiempo en que los magos permanecieron en la iglesia, el mundo se había transformado. La magia había vuelto a Inglaterra, les gustara o no. Se habían producido también otros cambios de índole más prosaica: ahora cubrían el cielo grandes nubes cargadas de nieve. Su color, más que gris, estaba entre un extraño azul pizarra y un verde mar. Tan curiosa coloración creaba una luz crepuscular como la que imaginas que ha de alumbrar los reinos fabulosos del fondo del mar.

Segundus había quedado extenuado tras presenciar aquel episodio mágico, más portentoso de lo que hubiera podido suponer, pero aun así, ahora que había terminado, sentía una viva agitación de espíritu y deseaba volver a casa sin hablar con nadie. Mientras se hallaba en tan susceptible estado, se vio abordado por el hombre de confianza del señor Norrell.

—Tengo entendido, señor —le dijo—, que ahora deberá disolverse la asociación. Lo lamento.

Quizá fuera efecto del cansancio que experimentaba, pero lo cierto es que a Segundus le pareció que el ayudante, pese a su respetuosa actitud, se reía secretamente de los magos de York. Childermass era una de esas personas de incómodo trato que, por su modesta extracción, están destinadas a servir a sus superiores toda la vida, pero, por su perspicacia y habilidad, se creen merecedoras de reconocimientos y recompensas que están fuera de su alcance. De vez en cuando, por

una insólita combinación de circunstancias afortunadas, esos hombres llegan a la preeminencia, pero lo habitual es que se sientan amargados por la frustración de sus aspiraciones, se dejen ganar por la desidia y desempeñen sus funciones igual —si no peor— que sus compañeros menos capaces. Se vuelven insolentes, pierden el empleo y acaban mal.

—Disculpe, señor, si le hago una pregunta —dijo Childermass—. Confío en que no lo considere una impertinencia, pero me gustaría saber si lee alguna vez los diarios de Londres.

Segundus respondió afirmativamente.

—¿Sí? Qué interesante. A mí también me gustan. Pero tengo poco tiempo para leer algo que no sean los libros que caen en mis manos en el desempeño de mis tareas al servicio del señor Norrell. ¿Y cuáles son las cosas que puede uno leer hoy en día en un periódico inglés? Perdone que le haga esta pregunta, pero es que el señor Norrell, que nunca lee periódicos, me lo preguntó ayer, y no me sentí capacitado para responder.

—Bien —dijo Segundus, un tanto desconcertado—, hay cosas muy diversas. ¿Qué desea saber? Hay crónicas de las acciones de la Armada Real contra los franceses; discursos de los miembros del gobierno; noticias de escándalos y divorcios. ¿A eso se refiere?

—¡Oh, sí, señor! Lo explica usted muy bien. Me pregunto —agregó con aire pensativo— si los diarios de Londres publican noticias de provincias... si, por ejemplo, los notables acontecimientos de hoy merecerían mención.

—No lo sé. Me parece posible, aunque ya: sabe usted que Yorkshire está muy lejos de Londres. Quizá los directores de los diarios londinenses no lleguen a enterarse de lo ocurrido.

—¡Ah! —exclamó Childermass, y no dijo más.

Empezó a nevar, al principio en copos dispersos, que fueron haciéndose más y más densos, hasta que un millón de motas blancas descendían de un cielo gris verdoso, guateado, grávido. Con la nevada, iba difuminándose el contorno de los edificios de York, más borrosos y grises por momentos; las personas se empequeñecían; las voces y los gritos, las pisadas de la gente y el repicar de los cascos de los caballos, el crujir de los carruajes y el chasquear de las puertas se atenuaban. Era como si todas las cosas fueran diluyéndose hasta que no quedó en el mundo sino la nieve que descendía, el cielo verde mar, la difusa sombra gris de la catedral de York... y Childermass.

Éste, entretanto, había permanecido en silencio. Segundus se preguntaba qué más podía querer aquel hombre: todas sus preguntas habían sido contestadas. Pero el ayudante aguardaba y lo observaba con sus extraños ojos negros, como si esperase que Segundus dijera algo más y estuviese convencido de que lo diría... como si nada

en el mundo fuera más seguro.

—Si lo desea —dijo Segundus sacudiéndose la nieve de la esclavina—, para disipar la incertidumbre, yo podría escribir una carta al director del *Times* para informarle de los extraordinarios hechos realizados por el señor Norrell.

—¡Ah, cuánta generosidad! Crea usted, señor, que sé muy bien que no todos esos caballeros serían tan magnánimos en la derrota. Con razón le he dicho al señor Norrell que no creía que pudiera haber caballero más noble que el señor Segundus.

—Tampoco hay que exagerar. No tiene importancia.

La *Sociedad Cultural de Magos de York* fue disuelta y sus socios tuvieron que abandonar la magia (con excepción del señor Segundus). Sin embargo, aunque algunos eran bastante necios y no todos eran amables, no creo que mereciesen tan triste suerte. Porque ¿qué puede hacer un mago si, en virtud de un contrato funesto, le queda vedado el estudio de la magia? Anda ocioso por la casa todo el día, distrayendo a la sobrina (esposa o hija) de la costura e incordiando a las criadas con preguntas sobre cosas por las que antes nunca se había interesado... todo con tal de tener a alguien con quien hablar, hasta que las criadas se quejan a su señora. Saca un libro y se pone a leer, pero no está atento a la lectura y ya va por la página 22 cuando se da cuenta de que es ¡una novela!, la clase de obra que él más desprecia. Pregunta la hora diez veces al día a la sobrina (esposa o hija), porque no puede creer que el tiempo pase tan despacio, y por la misma razón anda a la greña con su reloj de bolsillo.

El señor Honeyfoot, celebro poder decirlo, no se hallaba en una situación tan triste como los demás. Él, persona de corazón sensible, estaba vivamente impresionado por la historia que aquella pequeña figura había relatado desde las penumbrosas alturas. Durante siglos había guardado en su pequeño corazón de piedra el recuerdo del horrendo crimen, ella era la única que no había olvidado a la muchacha asesinada, y Honeyfoot consideraba que tanta fidelidad merecía recompensa. Escribió al deán, a los canónigos y al obispo, y no paró de importunar a unos y otros hasta que esos importantes personajes lo autorizaron a levantar las losas del ángulo sur del crucero. Así se hizo, y Honeyfoot y los hombres que había empleado en la operación encontraron unos huesos en un ataúd de plomo, tal como había dicho la pequeña escultura. Pero entonces el deán dijo que no podía autorizar que se sacaran de la catedral aquellos restos (tal como pretendía Honeyfoot) basándose sólo en la declaración de la figurita de piedra; no había precedente de tal cosa. Honeyfoot replicó que sí lo había, y la disputa se prolongó varios años, por lo que, en realidad, a Honeyfoot no le quedó tiempo para arrepentirse de haber firmado el documento del señor Norrell².

La biblioteca de la *Sociedad Cultural de Magos de York* fue vendida al señor Thoroughgood de Coffee Square. Pero a nadie se le ocurrió mencionárselo al señor Segundus, que se enteró de la transacción por carambola, cuando el dependiente de

Thoroughgood se lo dijo a un amigo (empleado de la tienda de lencería Priestley), quien se lo mencionó casualmente a la señora Cockcroft de la posada George, que lo comentó con la señora Pleasance, la casera de Segundus. Tan pronto éste se enteró, salió a las nevadas calles y corrió a la tienda de Thoroughgood sin entretenerse en ponerse el sombrero, el abrigo y las botas. Pero los libros ya estaban vendidos. Le preguntó al tendero quién los había comprado, y el hombre le rogó que lo excusara, pero, sintiéndolo mucho, no podía divulgar ese dato; él no creía que el caballero en cuestión deseara que se supiera su nombre. Segundus, sin sombrero, sin abrigo y sin aliento, con los zapatos empapados, las medias salpicadas de barro y los ojos de todos los presentes en la tienda fijos en él, experimentó cierta satisfacción al decirle a Thoroughgood que no importaba si se lo decía o no, porque él ya creía saber quién era el caballero.

No dejaba de sentir curiosidad acerca de Norrell. Pensaba mucho en el otro mago y a menudo hablaba de él con Honeyfoot³. Este estaba convencido de que la explicación podía hallarse en el sincero deseo del señor Norrell de volver a introducir la magia en Inglaterra. Segundus tenía sus dudas, y empezó a hacer indagaciones a fin de descubrir a algún conocido de Norrell que pudiera darle información.

Un caballero de la posición de Norrell, con una hermosa casa y una vasta propiedad, siempre será objeto del interés de sus vecinos, que muy estúpidos habrían de ser para no enterarse de algo de lo que hace. Segundus descubrió en Stonegate a una familia emparentada con unas personas que tenían una granja situada a cinco millas de Hurtfew Abbey, entabló amistad con ella y la convenció de que organizara una cena e invitara a sus primos. (Se admiró del ingenio con que urdió esa pequeña estratagema.) Llegaron los primos y, naturalmente, se mostraron más que dispuestos a hablar de su rico y extraño vecino, que había embrujado la catedral de Yorkshire. Pero toda su información se redujo a que el señor Norrell se disponía a abandonar Yorkshire para trasladarse a Londres.

A Segundus le sorprendió la noticia, pero más le sorprendió el efecto que tuvo en su ánimo. Sentía una extraña desazón, lo cual, se decía, era ridículo; Norrell nunca se había interesado por él ni le había hecho objeto de consideración alguna. A pesar de todo, ahora era su único colega. Cuando se fuese, Segundus sería el único y último mago de Yorkshire.

4. Amigos de la magia inglesa (Comienzos de la primavera de 1807)

CONTEMPLA, lector, a un hombre que, día tras día, se encierra en su biblioteca. Es un hombre bajo, sin atractivo personal. Encima de la mesa, ante sí, tiene un libro, y al alcance de la mano, una buena provisión de plumas nuevas, un cortaplumas, tinta, cuartillas, cuadernos... La chimenea está siempre encendida: el hombre es friolero, no puede estar sin fuego. La habitación varía según la estación; él sigue siempre igual. Tres altas ventanas se abren a un panorama de campiña inglesa, plácido en primavera, risueño en verano melancólico en otoño y sombrío en invierno: como debe ser un paisaje inglés. Pero no atraen su interés los cambios de estación; él no levanta los ojos del libro. Hace ejercicio como todo caballero: con tiempo seco, da un largo paseo cruzando el parque y bordeando un bosquecillo; cuando llueve, acorta el recorrido y no sale del jardín. Pero sabe muy poco del jardín, del parque o del bosque. El libro lo aguarda en la mesa de la biblioteca; aún desfilan por su vista las líneas impresas y discurren por su mente los argumentos del autor cuando ya le hormiguea en los dedos el deseo de sentir de nuevo el tacto del papel. Se reúne con sus vecinos dos o tres veces al trimestre, pues no en vano estamos en Inglaterra, país en que los vecinos nunca consienten que un hombre viva alejado de la sociedad, por adusto que sea su carácter y avinagrada su cara. Le hacen visitas, dejan su tarjeta los criados y lo invitan a cenas y bailes. En principio, sus intenciones son generosas (pues creen que estar siempre solo es malo para el hombre), pero también sienten curiosidad por saber si él ha cambiado desde la última vez, que lo vieron, aunque sea poco. No ha cambiado. No tiene nada que decirles; se lo considera el individuo más aburrido de todo Yorkshire.

No obstante, en el árido corazoncito del señor Norrell alentaba una ambición, la de volver a llevar la magia a Inglaterra, y era una ambición tan viva que hubiese merecido el aplauso hasta del mismo señor Honeyfoot. Y en esos instantes, con objeto de cumplir ese propósito largamente acariciado, se disponía a trasladarse a Londres.

Childermass afirmaba que el momento era propicio, y Childermass conocía el mundo. Conocía los juegos que entretienen a los niños en la calle, juegos que los adultos han olvidado hace tiempo. Sabía lo que piensan los ancianos junto a la chimenea, pese a que hace años que nadie les pregunta. Sabía tanto lo que escuchan los jóvenes en el redoble del tambor y los trinos de la gaita, que los impulsa a abandonar el hogar para hacerse soldados, como la media jícara de gloria y el tonel de sufrimientos que los aguardan. A Childermass le bastaba con mirar al elegante abogado con que se cruzaba en la calle para saber lo que llevaba en los bolsillos del

faldón del frac. Y todo lo que sabía lo hacía sonreír, y algunas cosas, reír a carcajadas; y nada de lo que sabía le merecía ni medio penique de compasión.

Así pues, cuando le dijo a su amo: «Vaya a Londres, señor. Vaya ahora», Norrell le hizo caso.

—Lo único que no acaba de gustarme es esa idea tuya de que Segundus escriba a un periódico de Londres en nuestro nombre —dijo Norrell—. Seguro que cometerá errores en lo que escriba, ¿no lo has pensado? Sospecho que hará un intento de interpretación. Estos estudiosos de poca monta no son capaces de resistir la tentación de poner algo de cosecha propia. Hará conjeturas, conjeturas equivocadas, sobre la clase de magia que utilicé en York. Y bastante confusión reina ya en la magia como para que nosotros aportemos nuestro granito de arena. ¿Crees necesario que utilicemos a Segundus?

Childermass dejó caer su oscura mirada y su aún más oscura sonrisa sobre su amo y respondió que sí.

—Me gustaría saber, señor, si ha oído hablar últimamente de un caballero de la Armada llamado Baines.

—Me parece que sé a quién te refieres.

—¡Ah! ¿Y cómo ha tenido noticia de él?

Breve silencio.

—Debo de haber visto el nombre del capitán Baines en algún diario —concedió Norrell.

—El teniente Hector Baines prestaba servicio en la fragata *The King of the North* —dijo Childermass—. A los veintiún años perdió una pierna y dos o tres dedos durante una batalla en las Indias Occidentales, en la que murieron el capitán de la fragata y muchos hombres de la tripulación. Quizá la crónica de que el teniente Baines seguía al mando del barco y daba órdenes mientras el médico de a bordo le amputaba la pierna sea una exageración, pero lo cierto es que consiguió sacar de las Indias un barco gravemente dañado, abordó un navío español que transportaba un valioso cargamento, consiguió una fortuna y regresó convertido en héroe. Rompió con su prometida y se casó con otra joven. Hasta aquí la historia del capitán Baines que publicó el *Morning Post*. Y ahora le contaré lo que sigue. Baines es un hombre del norte, lo mismo que usted, señor, hijo de familia modesta, sin amigos influyentes que pudieran ayudarlo a abrirse camino en la vida. Poco después de su matrimonio, él y su esposa fueron a Londres y se alojaron en casa de unos amigos, en Seacoal Lane, adonde iban a visitarlos personas de alto rango y posición. Cenaban en casa de vizcondesas, eran agasajados por miembros del Parlamento, y el capitán Baines disponía de todo cuanto pueda conseguirse con influencia y dinero. Ese éxito, señor, yo lo atribuyo al beneplácito y estima generales suscitados por la crónica del *Morning*. Claro, tal vez usted no necesite recurrir a directores de periódico porque

dispone en Londres de amigos que puedan prestarle ese servicio.

—Sabes muy bien que no los tengo —repuso Norrell con impaciencia.

Entretanto, Segundus se entregaba con ahínco a la redacción de la carta, y lo contrariaba no poder mostrar más entusiasmo en el elogio del señor Norrell. Le parecía que los lectores del diario londinense esperarían de él que mencionara sus cualidades personales, y les sorprendería que las silenciara.

Al fin apareció en el *Times* la carta con este título: «EXTRAORDINARIOS SUCESOS EN YORK: LLAMAMIENTO A LOS AMIGOS DE LA MAGIA INGLESA.» Segundus terminaba su relato del mágico episodio manifestando la convicción de que sin duda los amigos de la magia inglesa habían de congratularse del amor al riguroso retiro que distinguía el carácter del señor Norrell, ya que su tenaz perseverancia en el estudio finalmente había fructificado en forma de los maravillosos prodigios que habían podido presenciarse en la catedral de York. No obstante, agregaba, invitaba a los amigos de la magia inglesa a unirse a él para pedirle al señor Norrell que no volviera a aquella ascética vida de estudio, sino que ocupara el lugar que le correspondía en el escenario de la vida de la nación e inaugurara un nuevo capítulo en la historia de la magia inglesa.

EL LLAMAMIENTO A LOS AMIGOS DE LA MAGIA INGLESA causó sensación, sobre todo en Londres. Los lectores del *Times* se quedaron estupefactos ante las hazañas del señor Norrell. Había un vivo afán por verlo; las jóvenes compadecían a los infortunados caballeros de York a los que tanto había atemorizado y deseaban vivamente que ahora las atemorizara a ellas. Desde luego, no era probable que volviese a presentarse una oportunidad semejante, así que Norrell decidió establecerse en Londres con la máxima celeridad.

—Tienes que conseguirme una casa, Childermass. Una casa que sugiera a quienes la visiten que la magia es una profesión respetable, no menos que la abogacía y mucho más que la medicina.

Childermass le preguntó secamente si deseaba que buscase un estilo arquitectónico que diese a entender que la magia era incluso tan respetable como la Iglesia.

Norrell (que sabía de la existencia de los chistes, ya que de lo contrario no se hablaría de ellos en los libros, pero no conocía éste en concreto, porque nunca se lo habían contado personalmente) meditó un momento antes de contestar que no creía poder aspirar a tanto.

Así pues, Childermass (quizá pensando que nada hay en el mundo tan respetable como el dinero) recomendó a su señor una casa de Hanover Square, enclave de ciudadanos ricos y prósperos. Ahora bien, no sé qué opinará el lector, pero, a decir verdad, a mí el lado sur de esa plaza no me seduce en absoluto; las casas son tan altas y estrechas (cuatro pisos por lo menos), las angostas y oscuras ventanas son tan

parecidas entre sí, y cada casa es un calco tan exacto de sus vecinas, que el conjunto parece un alto muro que impide el paso de la luz. No obstante, el señor Norrell (menos exigente que yo) estaba satisfecho con su nueva residencia, o por lo menos todo lo satisfecho que pueda estar un caballero que durante treinta años ha vivido en una gran mansión en medio de un parque de árboles centenarios, rodeado de una buena finca con granjas y bosques, en suma, un caballero que cuando se asomaba a la ventana no tenía que contemplar tierras ajenas que ofendieran su mirada.

—Es pequeña, desde luego —dijo—, pero no me quejo. Como ya sabes, nunca he dado importancia a las comodidades.

Childermass respondió que la casa era más grande que la mayoría.

—¿En serio? —se extrañó Norrell.

Lo asombraban especialmente las pequeñas proporciones de la biblioteca, en la que no cabía ni la tercera parte de los libros que él consideraba indispensables, y preguntó a su ayudante dónde ponía los libros la gente de Londres. ¿Acaso no leían?

Norrell no llevaba en Londres más de tres semanas cuando recibió una carta de una tal señora Godesdone, dama de la que nunca había oído hablar.

«... comprendo que es un auténtico escándalo que le escriba sin haber sido presentados y no me cabe duda que se preguntará usted quién es esta criatura impertinente no sabía ni que tal persona existiera y me considerará terriblemente atrevida, etcétera, pero Drawlight que es un buen amigo me ha asegurado que es usted la criatura más amable del mundo y que no se incomodaría así que espero con impaciencia tener el gusto de conocerlo y lo consideraría el mayor honor del mundo que consintiera en otorgarnos el placer de su compañía en una reunión que se celebrará el jueves de la próxima semana y no tema tener que enfrentarse a una multitud lo que más detesto yo son las multitudes y sólo mis amigos más íntimos estarán invitados...»

Semejante desprecio a las reglas de puntuación no podía causar en Norrell una impresión favorable. Leyó la misiva rápidamente, la dejó a un lado con una exclamación de desagrado y volvió a abrir el libro. Poco después, llegó Childermass para despachar los asuntos de la mañana. Tras leer la carta de la señora Godesdone le preguntó a su jefe qué respuesta pensaba darle.

—Negativa —contestó.

—¿Negativa? ¿Le digo que tiene otro compromiso?

—Díselo, si lo deseas.

—¿Y lo tiene realmente?

—No.

—¡Ah! ¿Es entonces el exceso de compromisos para otros días lo que lo lleva a rechazar la invitación? ¿Teme encontrarse muy fatigado?

—No tengo otros compromisos. Y tú lo sabes. —Norrell siguió leyendo durante un minuto o dos antes de observar, como si se dirigiera al libro—: Sigues aquí.

—Aquí sigo —confirmó Childermass.

—Bien, habla, ¿qué ocurre?

—Creía que venía a Londres para mostrar a la gente lo que es un mago moderno. Será un proceso muy lento si se queda siempre en casa.

Norrell, sin decir nada, volvió a tomar la carta y la miró.

—Drawlight —murmuró al fin—. ¿Qué significa? No conozco a nadie con ese nombre.

—No sé lo que significa —respondió Childermass—. Pero sé que no es momento para remilgos.

A las ocho de la noche en que se celebraba la reunión en casa de la señora Godesdone, Norrell, enfundado en su mejor chaqueta gris, iba en su carruaje preguntándose de dónde lo conocería el tal señor Drawlight, el querido amigo de la señora Godesdone, cuando advirtió que se habían detenido. Al mirar por la ventanilla vio, a la luz de las farolas, un caos de gente, coches y caballos. Pensando que todo el mundo debía de encontrar las calles de Londres tan desconcertantes como él, supuso que el cochero y el lacayo se habían extraviado, y, golpeando el techo del carruaje con el bastón, llamó:

—¡Davey! ¡Lucas! ¿No habéis oído que os dije Manchester Street? ¿Por qué no os habéis informado mejor del camino antes de salir?

Lucas, desde el pescante, anunció que ya estaban en Manchester Street, pero que debían aguardar turno: delante había una larga fila de coches que también tenían que parar en la casa.

—¿En qué casa? —gritó Norrell.

—En la misma a la que vamos.

—¡No, no! Estás equivocado. Es una pequeña reunión.

Pero nada más entrar en el domicilio de la señora Godesdone se encontró rodeado de una multitud compuesta por un centenar de amigos íntimos de la anfitriona. El vestíbulo y los salones estaban llenos, y seguía entrando gente. Norrell estaba atónito, pero no hubiera debido asombrarse tanto. Aquélla era una de las tantas veladas mundanas que se celebraban en Londres, y en nada se distinguía de las que había en media docena de casas de la ciudad cualquier día de la semana.

¿Y cómo describir una velada mundana londinense? Toda la casa reluce con profusión de lámparas y candelabros de cristal tallado cargados de bujías; elegantes espejos triplican y cuadruplican la luz de tal modo que resplandece más la noche que el día; frutas de invernadero de vivos colores componen majestuosas pirámides sobre mesas cubiertas por blancos manteles; divinas criaturas refulgentes de joyas se pasean cogidas del brazo por los salones, despertando admiración. Pero el calor es asfixiante

y la aglomeración y el ruido, poco menos; no hay donde sentarse y apenas donde estar de pie. Quizá veas a tu amigo más querido en el otro extremo del salón, quizá tengas un mundo de cosas que decirle y te preguntes cómo vas a llegar hasta él. Con suerte, tal vez al cabo de un rato os crucéis en medio del gentío y tengáis tiempo de estrecharos la mano antes de que la vorágine os separe. Rodeado de desconocidos irritables y acalorados, tus posibilidades de entablar una conversación interesante son, poco más o menos, las mismas que tendrías en un desierto africano. Tu único deseo es preservar tu traje favorito de cualquier desperfecto que pudiera causarle la multitud. Todos se quejan del calor y las apreturas. Todos consideran francamente insufrible la situación. Pero si tantos son los sinsabores de los invitados, ¿qué decir del tormento que padecen los que no han sido invitados? ¡Nuestros sufrimientos no son nada comparados con los suyos! Y mañana nosotros podremos decirnos unos a otros que fue una fiesta deliciosa.

Ocurrió que el señor Norrell llegó en el mismo momento que una anciana dama cargada de brillantes. Aunque menuda y de aspecto antipático, debía de ser persona importante, pues los criados se agolparon en torno a ella. Gracias a eso, Norrell entró sin que nadie reparara en él. Pasó a una sala llena de gente, en la que descubrió una taza de ponche en una mesita. Mientras bebía el ponche, cayó en la cuenta de que no había dado su nombre y, por tanto, nadie sabía que estaba allí. Se sentía indeciso y se preguntaba qué podía hacer. Los otros invitados estaban ocupados en saludar a sus amistades, y Norrell carecía de la presencia de ánimo necesaria para abordar a uno de los criados y pedirle que lo anunciara; lo intimidaban sus rostros orgullosos y su empaque de indescriptible superioridad. Fue una lástima que ningún miembro de la fenecida *Sociedad de Magos de York* pudiera verlo en aquel momento, tan compungido y confundido, porque habría sentido una viva satisfacción. No obstante, a todos nos sucede algo parecido. En un entorno familiar, nuestras maneras son afables y naturales, pero si se nos transporta a un lugar donde no conocemos a nadie y nadie nos conoce, ¡qué incómodos nos sentimos!

Norrell iba de salón en salón, sin otro deseo que el de marcharse, cuando no pudo por menos que detenerse al oír su propio nombre seguido de estas enigmáticas palabras:

—... me ha asegurado que nunca se lo ha visto sin una túnica hasta los pies color azul noche, adornada de símbolos exóticos. Pero Drawlight, que conoce bien al tal Norrell, dice que...

Había tanto ruido en la sala que fue un milagro que llegara a oírles. Las palabras habían sonado en la voz de una mujer joven, y miró vivamente en derredor tratando de descubrirla, pero en vano. Entonces empezó a preguntarse qué otras cosas podría estar diciendo de él la gente.

Se encontraba cerca de una dama y un caballero. Ella no tenía nada que la

distinguiérase: era una mujer de aspecto normal, entre cuarenta y cincuenta años. Él, empero, era una clase de hombre que no solía verse en Yorkshire. Más bien bajo, vestía una elegante chaqueta de buen paño negro y una camisa de exquisita blancura. Unos pequeños lentes de plata le colgaban del cuello sujetos por una cinta de terciopelo negro. Sus facciones eran regulares y relativamente nobles; el pelo, que llevaba corto, era oscuro y la tez, tersa y blanca, salvo por una levísima sombra de carmín en las mejillas.

Pero lo más notable eran los ojos: grandes, bien formados, esmaltados de un brillo acuoso y adornados con largas y oscuras pestañas. Se advertían en su persona pequeños toques femeninos adoptados por él, pero aquellos ojos se los había dado la naturaleza.

Norrell aguzó el oído, tratando de averiguar si hablaban de él.

—... el consejo que le di a lady Duncombe respecto a su hija —decía el hombre—. Lady Duncombe le había encontrado un marido excelente, ¡un caballero con una renta de novecientas libras anuales! Pero la muy boba se había encaprichado de un capitán de dragones que no tenía ni un penique, y la pobre mujer estaba desesperada. Al enterarme exclamé: «Oh, milady. ¡Tranquilícese! Déjelo en mis manos. Como sabe su excelencia, no me considero un genio, pero las modestas dotes que pueda poseer son precisamente las más adecuadas para esta clase de asuntos.» ¡Y ahora, señora, prepárese para reír cuando se entere de cómo dispuse las cosas! Creo que a nadie se le habría ocurrido un plan tan sencillo. Llevé a la señorita Susan a la joyería Gray de Bond Street, donde pasó una mañana muy agradable probándose collares y pendientes. Hasta hace poco ha vivido en Derbyshire, donde no se ven joyas realmente notables. No creo que hasta aquel momento la muchacha se interesara mucho por esas cosas. Después, lady Duncombe y yo hicimos una o dos insinuaciones, apuntando a que si se casaba con el capitán Hurst tendría que renunciar para siempre a tan deliciosas compras, mientras que como esposa del señor Watts podría elegir entre lo mejor. Luego procuré trabar conocimiento con el capitán Hurst, al que convencí de que me acompañara a Boodle's, donde se juega, ¡no quiero engañarla, señora! —El hombre soltó una risita—. Le presté un poco de dinero para que probara suerte; no era dinero mío, desde luego, sino que me lo había dado lady Duncombe para ese fin. Fuimos a apostar tres o cuatro veces, y al poco tiempo, las deudas del capitán eran... en fin, señora, no sé si algún día logrará librarse de ellas. Entonces lady Duncombe y yo le hicimos ver que una cosa es esperar que una joven se case con un hombre de ingresos modestos y otra, pretender que acepte a un hombre endeudado hasta las cejas. En principio no se mostró inclinado a escucharnos e hizo uso de..., ¿cómo le diría?, expresiones... de la jerga militar. Pero al final se vio obligado a reconocer que teníamos razón.

Norrell vio cómo la dama de aspecto razonable y entre cuarenta y cincuenta años

miraba al hombre bajo con cierto desagrado, hacía una inclinación muy leve y fría y, sin decir palabra, se apartaba de él y desaparecía entre la multitud; el hombre bajo se volvió hacia el otro lado y enseguida llamó a un amigo.

La mirada de Norrell se posó en una joven muy bonita que llevaba un vestido blanco y plata. Un hombre alto y apuesto le hablaba y ella le festejaba con risas todo lo que él decía:

—¿... y si bajo los cimientos de la casa descubriese a dos dragones, uno rojo y otro blanco, enzarzados en eterno combate, que simbolizaran la futura ruina del señor Godesdone? Imagino —agregó con malicia— que no sería usted quien lo lamentara.

Ella volvió a reírse, incluso más alegremente que antes, y Norrell quedó muy sorprendido al oír, al cabo de un instante, cómo alguien la llamaba «señora Godesdone».

Comprendió que debería haberse presentado a la dama, pero cuando quiso reaccionar ella ya había desaparecido de su vista. Empezaba a estar harto de tanto ruido y tanta gente y decidió marcharse con discreción, pero precisamente entonces la multitud que se encontraba frente a la puerta era más impenetrable que nunca, y una corriente de invitados lo arrastró a otro lugar de la sala. Giraba y giraba como una hoja seca atrapada en un sumidero; en una de aquellas vueltas descubrió, cerca de una ventana, un pequeño remanso. Un alto biombo de ébano con incrustaciones de nácar ocultaba a medias —¡ah, qué alegría!— una estantería de libros. Norrell se deslizó tras el biombo, tomó *Llana exposición de la completa revelación de san Juan*, de John Napier, y se puso a leer.

No hacía mucho que estaba allí cuando, al levantar la mirada, vio al caballero alto y apuesto que hacía reír a la señora Godesdone, enfrascado ahora en animada charla con el hombre bajo que tantas molestias se había tomado para frustrar las aspiraciones matrimoniales del capitán Hurst. Eran tantas las apreturas en la sala que el alto agarró al bajo de una manga y, tirando de él, lo llevó al rincón que ocupaba Norrell detrás del biombo.

—No ha venido —dijo el alto, enfatizando cada palabra con un golpecito del índice en el hombro de su interlocutor—. ¿Dónde están los ojos abrasadores que usted nos prometió? ¿Y los trances inexplicables? ¿Alguno de los presentes ha sido víctima de un maleficio? Me parece que no. Usted lo ha invocado como a un espíritu de los abismos, pero él no ha acudido.

—He estado con él esta misma mañana —replicó el hombre bajo con aire retador—; me habló de la magia portentosa que ha obrado últimamente y me confirmó su asistencia.

—Es más de medianoche. Ya no vendrá. —Sonrió con aire de superioridad—. Admita que no lo conoce.

El aludido esbozó una sonrisa que rivalizaba con la del otro (aquellos dos

caballeros contendían con sonrisas) y dijo:

—Nadie lo conoce mejor en todo Londres. Y admito que estoy un poco, sólo un poco, decepcionado.

—¡Ja! Todos nos sentimos defraudados de una manera abominable. Hemos venido con la esperanza de presenciar algo extraordinario, y al final hemos tenido que procurarnos la diversión nosotros mismos. —Entonces reparó en Norrell—. Ese caballero está leyendo un libro.

Al volverse el hombre bajo, su codo tropezó con la *Revelación de san Juan*. Le lanzó a Norrell una mirada de reproche por ocupar un espacio tan pequeño con un libro tan grande.

—Como le decía, estoy decepcionado —prosiguió—, pero no sorprendido. Usted no lo conoce como yo. ¡Oh, puede estar seguro de que él tiene una idea muy clara de su valía! Y nadie puede saberlo mejor, desde luego. Un hombre que se compra una casa en Hanover Square sabe lo que es distinción. ¡Sí, se ha comprado una casa en Hanover Square! No lo sabía, ¿verdad? Es más rico que un judío. Tenía un anciano tío llamado Haythornthwaite que al morir le dejó una fortuna inmensa. Posee; entre otras pequeñeces, una buena casa y una gran propiedad en Yorkshire: Hurtfew Abbey.

—¡Ja! —soltó el alto secamente—. Qué suerte. Los tíos ricos que se mueren escasean terriblemente.

—¡Muy cierto! Unos amigos míos, los Griffin, tienen un tío anciano y riquísimo al que han colmado de atenciones durante años y años, y, aunque él tenía casi cien años cuando ellos empezaron a lisonjearlo, ahí sigue, como si pensara vivir eternamente sólo para fastidiar, y mientras tanto, los Griffin envejecen y van muriendo uno tras otro con amarga frustración. Claro que usted, mi querido Lascelles, no necesita preocuparse por viejos parientes molestos, porque posee una buena fortuna, ¿verdad?

El hombre alto optó por hacer caso omiso de aquella impertinencia y se limitó a observar fríamente:

—Me parece que ese caballero desea hablar con usted.

El caballero en cuestión no era otro que el señor Norrell, que, asombrado de oír hablar con tanto desparpajo de su fortuna y propiedades, hacía un rato que esperaba la oportunidad de intervenir en la conversación.

—Con su permiso.

—¿Sí? —dijo el hombre bajo secamente.

—Soy el señor Norrell.

Los dos hombres se quedaron pasmados.

Tras unos momentos de incómodo silencio, el caballero bajo, que en principio se había mostrado ofendido, después de superar la fase de estupefacción para instalarse en la perplejidad, le pidió a Norrell que repitiera su nombre.

Él así lo hizo, y el hombre dijo:

—Le pido disculpas, pero... es decir... perdone la impertinencia, pero ¿no hay en su casa de Hanover Square una persona que viste de negro y tiene la cara seca y retorcida como una raíz de seto?

Norrell reflexionó un momento.

—Childermass. Se refiere a Childermass.

—¡Oh, Childermass! —exclamó el otro, como si todo quedase perfectamente aclarado—. ¡Claro! ¡Tonto de mí! ¡Era Childermass! ¡Oh, señor Norrell! No sabría decirle cuánto me alegro de conocerlo. Mi nombre, caballero, es Drawlight.

—¿Conoce a Childermass? —preguntó el mago, sorprendido.

—Yo... —Drawlight se aclaró la garganta—. Bien, he visto salir de su casa a esa persona y... Oh, señor Norrell, debe perdonar mi estupidez, pero ¡lo he confundido con usted! ¡Le ruego que no se ofenda! Porque, ahora que lo veo, me doy cuenta de que si él tiene el aspecto misterioso y romántico que suele atribuirse a los magos, usted posee el aire reflexivo del hombre de estudio. Lascelles, ¿no tiene el señor Norrell el porte grave y austero del estudioso?

El hombre alto asintió con escasa convicción.

—Señor Norrell, le presento al señor Lascelles, un amigo. Lascelles hizo una ligerísima inclinación.

—Oh, señor Norrell —exclamó Drawlight—. ¡No puede usted imaginar el tormento que he sufrido al no saber si acudiría esta noche! A las siete, era tan grande mi ansiedad que no he podido resistir más y he bajado a la taberna de Glasshouse Street en busca de Davey y Lucas, para preguntarles su opinión. Davey estaba seguro de que no vendría, lo cual, como supondrá, me ha causado una honda desesperación.

—¡Davey y Lucas! —repitió el mago con el mayor asombro. (Éstos, como recordará el lector, eran los nombres de su cochero y su lacayo.)

—Oh, sí. Suelen ir a la taberna de Glasshouse Street, como usted ha de saber. —Detuvo su parloteo torrencial un momento, lo justo para que Norrell murmurara que no lo sabía—. He hablado con gran entusiasmo de sus extraordinarios poderes a mi extenso círculo de amistades —prosiguió—. ¡Yo he sido su Juan Bautista! ¡Yo le he preparado el camino, caballero! Y no he vacilado en declarar que usted y yo éramos grandes amigos porque desde el principio tuve el presentimiento de que lo seríamos, querido señor Norrell. Y, como puede ver, no andaba equivocado, puesto que aquí estamos, departiendo amigablemente.

5. Drawlight (Primavera a otoño de 1807)

A Primera hora de la mañana siguiente, Childermass, el hombre de confianza, fue llamado al comedor del desayuno para atender a su señor. Lo encontró pálido y en un estado de cierta agitación nerviosa.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Vaya! —exclamó Norrell levantando la cabeza—. ¡Y tienes la desfachatez de preguntármelo! ¡Tú, que descuidas tus obligaciones de tal modo que cualquier granuja puede vigilar mi casa e interrogar a mis criados sin impedimento! ¡Y, aún más, obtener respuestas! ¡Me gustaría saber para qué te tengo si no es para protegerme de tales impertinencias!

Childermass se encogió de hombros.

—Supongo que se refiere a Drawlight.

Breve silencio de asombro.

—¿Lo sabías? ¡Caray, hombre! ¿En qué estabas pensando? ¿No me has dicho cien veces que para proteger mi intimidad hay que evitar que los criados hablen con desconocidos?

—Desde luego. Pero mucho me temo, señor, que tendrá usted que renunciar a su reserva habitual. El retiro y el aislamiento están muy bien para Yorkshire, pero ya no estamos en Yorkshire.

—¡Sí, sí! —repuso el otro con irritación—. Ya lo sé. Pero eso no es lo que importa. Lo que importa es qué quiere ese Drawlight.

—Tener el privilegio de ser el primer caballero de Londres que cuenta con un mago entre sus amistades. Nada más.

Pero no bastaron esas razones para disipar los temores de Norrell, que se frotaba nerviosamente sus manos un poco amarillentas y lanzaba miradas furtivas a los oscuros rincones de la habitación, como si sospechara que albergaban a otros Drawlight fisgones.

—Por su atuendo no parecía un estudioso de la magia, pero eso no es ninguna garantía. No llevaba anillos de poderes ni de lealtad, pero...

—No lo entiendo —dijo Childermass—. Hable claro.

—¿No crees que también él podría tener dotes? ¡O amigos envidiosos de mi éxito, quizá! ¿Qué amistades tendrá? ¿Qué estudios?

Childermass esbozó una sonrisa que le subió por todo un lado de la cara.

—Oh, veo que teme que sea agente de otro mago. Pues no, señor; no lo es. Puede estar seguro. Lejos de descuidar sus intereses, después de recibir la carta de la señora Godesdone hice averiguaciones acerca de ese caballero... tantas, imagino, como él pueda haber hecho acerca de usted. Triste mago sería el que empleara a semejante

criatura. Además, si tal mago existiera, ya haría tiempo que usted lo habría descubierto, ¿no? Como también el medio para apartarlo de sus libros y poner fin a sus estudios. Ya lo ha hecho otras veces.

—Entonces, ¿estás seguro de que ese Drawlight no ha hecho nada malo?

Childermass alzó una ceja y volvió a sonreír de lado.

—Todo lo contrario.

—¡Ah! ¡Lo sabía! Bien, en ese caso procuraré evitar su trato.

—¿Por qué? —replicó Childermass—. Yo no he dicho tal cosa. ¿No acabo de confirmarle que no es una amenaza para usted? ¿Qué importa que sea persona poco recomendable? Siga mi consejo, señor: utilice la herramienta que tenga a mano.

Entonces le refirió lo que había descubierto acerca de Drawlight: que era de una raza especial de caballeros que sólo se encuentra en Londres, cuya principal ocupación consiste en vestir a la última moda, caballeros que viven en ostentosa ociosidad, que juegan y beben con desmesura y pasan meses enteros en Brighton y otros balnearios de lujo; y que, en los últimos años, esa raza parecía haber alcanzado la perfección en la persona de Christopher Drawlight. Ni sus mejores amigos podrían afirmar que poseyera una sola buena cualidad⁴.

Es indudable que, a pesar de la manera en que Norrell chasqueaba la lengua y aspiraba entre dientes a cada nueva revelación, aquella conversación lo tranquilizó bastante. Cuando, diez minutos después, Lucas entró en la habitación con una jarra de chocolate, su señor ya comía despreocupadamente tostadas con mermelada y en nada recordaba a la criatura nerviosa e inquieta de un rato antes.

Sonaron recios golpes en la puerta y Lucas fue a abrir. Luego se oyeron pasos ligeros en la escalera y apareció el criado anunciando:

—¡El señor Drawlight!

—¡Ah, señor Norrell! ¿Cómo está usted?

Drawlight entró sin más. Vestía chaqueta azul marino y llevaba un bastón de ébano con puño de plata. Parecía de un humor excelente, y se inclinaba, sonreía y se movía con tanta vivacidad que, al cabo de cinco minutos, apenas quedaba un palmo de alfombra que no hubiera pisado, una mesa o una silla que no hubiera acariciado, un espejo frente al que no hubiera cruzado ni un cuadro ante el que no hubiera sonreído un momento.

Norrell, si bien ya había dejado de temer que su visitante fuera un gran mago o el servidor de un mago, aún no estaba decidido a seguir el consejo de Childermass. Invitó a Drawlight a una taza de café de la manera más fría. Pero ni los silencios huraños ni las miradas torvas surtían efecto en Drawlight, que llenaba cualquier silencio con su cháchara y había recibido tantas miradas torvas que ya era inmune a ellas.

—¿No le parece, caballero, que la fiesta de anoche fue de lo más brillante?

Aunque, si me lo permite, creo que hizo usted muy bien en irse antes de que terminara. ¡Así después yo pude ir por todo el salón diciendo a la gente que el caballero al que acababan ver salir no era otro que el señor Norrell! Créame, su marcha no pasó inadvertida, ¡en absoluto! El honorable señor Masham estaba seguro de haber visto fugazmente uno de sus estimados hombros, lady Barclay creía haber distinguido un pulcro bucle gris de su venerable peluca, y la señorita Fiskerton estaba en éxtasis al pensar que su mirada se había posado un momento en la punta de su docta nariz. Y lo poco que han visto de usted, caballero, hace que quieran más. ¡Ansían poder contemplar al hombre completo!

—¡Ah! —exclamó Norrell, no sin satisfacción

Las reiteradas seguridades dadas por Drawlight de que las damas y los caballeros presentes en la reunión de la señora Godesdone habían quedado absolutamente fascinados por él contribuyó en cierta medida a atenuar los reparos que sentía hacia su visitante. Según éste, la compañía del señor Norrell era como un condimento: el más pequeño pellizco podía dar exquisitez a todo el plato. Tanto insistió en sus lisonjas que, poco a poco, Norrell fue mostrándose más comunicativo.

—¿Y a qué feliz circunstancia debemos la fortuna de su presencia? —preguntó Drawlight—. ¿Qué lo trae a Londres, caballero?

—He venido con el propósito de impulsar la causa de la magia moderna. Quiero volver a introducir la magia en Gran Bretaña —respondió con gesto grave—. Tengo muchas cosas que comunicar a los grandes hombres de nuestra época. Puedo serles útil de muchas maneras.

Drawlight murmuró cortésmente que no le cabía duda alguna.

—Pero no le ocultaré que preferiría que esta tarea hubiera recaído en otro mago. —Norrell suspiró y adoptó una expresión todo lo noble que permitían sus pequeñas y afiladas facciones.

No deja de sorprender que un hombre como él, que había destruido la carrera de tantos colegas suyos, fuera capaz de creer que prefería que uno de éstos fuera el depositario de toda la gloria de su profesión, pero no dudamos de su sinceridad en el momento que lo dijo.

Drawlight murmuró unas palabras de comprensión. Estaba seguro de que el señor Norrell era demasiado modesto, ya que no podía imaginar ni remotamente que pudiera existir alguien más apto para la tarea de recuperar la magia para Gran Bretaña.

—El caso es, caballero, que no me hallo en la situación más adecuada para desarrollar mi labor —continuó Norrell, y Drawlight no disimuló su sorpresa—. No conozco el mundo. Sé que no lo conozco. Yo, al igual que todo estudioso, amo el silencio y la soledad. Pasar horas y horas sentado en una habitación, charlando con desconocidos de banalidades, es para mí el peor de los tormentos, y me parece que

tendría que soportar mucho de eso. Así me lo asegura Childermass. —Miró a su invitado con expectación, como si esperara que pudiera contradecirlo.

—Ah. —Reflexionó un momento—. ¡Pues por eso precisamente me alegra tanto que usted y yo seamos amigos! Yo no pretendo ser un erudito, nada sé de magos ni de la historia de la magia, y me figuro que, en ocasiones, mi compañía habrá de resultarle inoportuna, pero a esos pequeños inconvenientes debe usted oponer la gran ventaja que puedo brindarle llevándolo a los sitios y presentándolo a la gente. ¡Oh, señor Norrell, no imagina usted cuán útil puedo serle!

El mago declinó dar una respuesta definitiva, en aquel momento y lugar, a su ofrecimiento de introducirlo en los ambientes más agradables y presentarle a personas cuya amistad, decía Drawlight, proporcionaría deleite y amenidad a su anfitrión, pero consintió en ir con él aquella noche a una cena en casa de lady Rawtenstall, en Bedford Square.

Norrell sobrellevó la cena con menos fatigas de las que temía y, por eso, accedió a encontrarse con Drawlight al día siguiente en casa del señor Plumtree. Con Drawlight en funciones de guía, entró en sociedad con mayor aplomo del que se creía capaz. Sus compromisos se multiplicaron; estaba ocupado desde las once de la mañana hasta pasada la medianoche. Hacía visitas por la mañana, y por la noche asistía a cenas, reuniones, bailes y conciertos de música italiana; era presentado a baronets, vizcondes, vizcondesas y honorables; lo encontrabas caminando por Bond Street del brazo de Drawlight y lo veías pasear por Hyde Park en coche descubierto con Drawlight y Lascelles, el buen amigo de aquél.

Las noches en que Norrell no cenaba fuera, Drawlight se sentaba a su mesa en su residencia de Hanover Square, cosa que sin duda hacía de buen grado, pues Childermass le había dicho que tenía poco dinero. Decía su ayudante que Drawlight vivía de su ingenio y de sus deudas; ni sus más íntimos habían estado en su casa, porque su casa era una habitación alquilada encima de un taller de zapatería de Little Ryder Street.

Pronto se descubrió que la residencia de Hanover Square —que en un principio parecía la perfección— precisaba de grandes reformas, al igual que toda residencia que cambia de propietario. Como es natural, Norrell estaba impaciente por ver las obras terminadas, pero cuando se lamentó ante Drawlight de la lentitud de los obreros londinenses, éste aprovechó la oportunidad para informarse con detalle de sus planes sobre colores, papel de paredes, alfombras, muebles y ornamentos, y encontrar defectos en todo. Estuvieron debatiendo la cuestión durante un cuarto de hora, y luego Drawlight mandó preparar el coche del señor Norrell y dio instrucciones a Davey de que los llevara a la tienda del señor Ackermann, en el Strand. Allí le enseñó a Norrell un libro que contenía un grabado del señor Repton: un salón antiguo y desierto, en el que un anciano de los tiempos de la reina Isabel los observaba

fijamente desde un retrato colgado en la pared y las sillas se miraban unas a otras, aleladas, como las visitas que descubren que no tienen nada que decirse. Pero en la página siguiente, ¡ah, qué cambio el conseguido por los nobles oficios de la carpintería, el empapelado y la tapicería! En el segundo grabado, la misma sala, infinitamente mejorada con otros muebles y nueva decoración, estaba irreconocible. Una docena de elegantes damas y caballeros habían acudido a la remozada estancia, atraídos por la posibilidad de dar solaz al espíritu reposando en sus sillones o paseando por el invernadero cubierto de vid silvestre que había aparecido misteriosamente al otro lado de un par de amplias cristaleras. La idea, según explicó Drawlight, era que si el señor Norrell deseaba ganar adeptos para la causa de la magia moderna, debía instalar en su casa muchas cristaleras.

Bajo la tutela de Drawlight, el mago aprendió a dar preferencia al rojo vivo sobre los sobrios y respetables verdes de su juventud. Por el bien de la magia moderna, los honrados materiales de su casa fueron maquillados con pinturas y esmaltes, para que representaran lo que no eran, cual cómicos en un escenario. El yeso se pintó para que pareciese madera y la madera se pintó para que pareciese otra clase de madera. Cuando llegó el momento de seleccionar el ajuar para el comedor, Norrell había depositado ya tanta confianza en Drawlight que le encargó la elección de todo el servicio de mesa sin consultar con nadie más.

—¡No se arrepentirá, mi querido señor! Hace sólo tres semanas escogí un servicio para la duquesa de B., y nada más verlo declaró que nunca había contemplado algo ni la mitad de bello.

Una hermosa mañana de mayo, Norrell estaba sentado en el salón de la casa de una tal señora Littleworth, de Wimpole Street. Se encontraban entre los reunidos los señores Drawlight y Lascelles. Este último gustaba de cultivar el trato del señor Norrell. En realidad, sólo Drawlight lo aventajaba en asiduidad, si bien las razones por las que él lo frecuentaba eran muy distintas. Lascelles era hombre sagaz y cínico, y pensaba que no había en el mundo nada más ridículo que un caballero maduro y culto que estuviera convencido de que podía practicar la magia. Por consiguiente, no perdía la ocasión de hacerle preguntas sobre magia, con objeto de divertirse con sus respuestas.

—¿Le gusta Londres, caballero?

—Ni pizca —contestó Norrell.

—Lamento oírlo. ¿Ha encontrado algún mago colega con quien hablar?

Norrell frunció el entrecejo y dijo que no creía que en Londres hubiera magos, y si los había, él no había conseguido hallarlos.

—¡Ah, no, señor! —exclamó Drawlight—. En eso se equivoca. Le han informado muy mal. En Londres tenemos magos. ¡Por lo menos, cuarenta! Lascelles, ¿no hay en Londres cientos de magos? Te los encuentras en casi todas las esquinas. El señor

Lascelles y yo se los presentaremos con sumo placer. Tienen una especie de rey al que llaman Vinculus, un hombre alto y desastrado como un espantapájaros que ocupa una pequeña barraca frente a la iglesia de San Cristóbal, cubierta de barro y con una sucia cortina amarilla. Lee el futuro por dos peniques.

—Vinculus sólo predice calamidades —rió Lascelles—. Hasta ahora, me ha vaticinado que moriré ahogado, que me volveré loco, que el fuego destruirá todas mis propiedades y que una hija natural me atormentará en mi vejez movida por el rencor.

—Tendré mucho gusto en acompañarlo —dijo Drawlight—. Siento por Vinculus una especial simpatía.

—Tenga usted cuidado si va —intervino la señora Littleworth—. Algunos de esos hombres dan verdadero miedo. Los Cruickshank llevaron a un mago a su casa, un tipo muy sucio, para que hiciera trucos para sus amistades, y como no supo hacer ninguno no quisieron pagarle. Él se puso furioso y dijo que convertiría al bebé en un cubo de carbón, y entonces todos se asustaron porque no encontraban al niño por ninguna parte, aunque tampoco había más cubos de carbón que antes. Registraron la casa de arriba abajo. La señora Cruickshank estaba medio muerta de angustia y llamaron al médico... y entonces apareció en la puerta la niñera, con el bebé en brazos; lo había llevado a casa de su madre para enseñárselo.

Pese a tales recomendaciones, Norrell rehusó el amable ofrecimiento del señor Drawlight de ir a ver a Vinculus a su barraca amarilla.

—¿Y qué opinión tiene del Rey Cuervo, señor Norrell? —preguntó la señora Littleworth con interés.

—Ninguna. Es un personaje en el que nunca pienso.

—Qué curioso —observó Lascelles—. Le ruego me perdone, señor Norrell, si digo que ésa me parece una declaración extraordinaria. No he conocido a ningún mago que no declarara que el Rey Negro ha sido el más grande, el mago *par excellence*. El que, de haber querido, podría haber sacado a Merlín del árbol, haberlo hecho bailar de cabeza y volver a dejarlo en el mismo sitio².

Norrell no dijo nada.

—¿No es verdad que ningún otro *aureate* pudo igualar su poder? —prosiguió Lascelles—. Tuvo reinos en todos los mundos que ha habido³. Y ejércitos de caballeros mortales y caballeros inmortales a sus órdenes. Por no hablar de su longevidad, trescientos años de reinado, y al final, según cuentan, seguía siendo un hombre joven, por lo menos de aspecto.

Norrell no dijo nada.

—¿Acaso piensa usted que las crónicas mienten? He oído decir muchas veces que el Rey Cuervo no existió, que no era un solo mago, sino una larga serie de magos que se parecían mucho entre sí. ¿Eso es tal vez lo que usted cree?

Daba la impresión de que Norrell habría preferido seguir callado, pero la pregunta

era tan directa que se sintió obligado a responder.

—No —dijo al fin—; estoy seguro de que existió. Pero considero deplorable su influencia en la magia inglesa. Su magia era de una índole especialmente perniciosa, y nada me complacería tanto como que fuera olvidado tan completamente como se merece.

—¿Y qué me dice de sus duendes servidores? ¿Sólo son visibles a sus ojos o pueden verlos otras personas?

Norrell sorbió aire por la nariz y dijo que él no tenía ningún duende servidor.

—¿Cómo? ¿Ninguno? —exclamó, muy sorprendida, una dama que llevaba un vestido rosa clavel.

—Es usted prudente, señor Norrell —dijo Lascelles—. El caso de Tubbs contra Starhouse debería ser una advertencia para todos los magos⁴.

—El señor Tubbs no era mago. Y, que yo sepa, tampoco afirmaba serlo. Pero aunque hubiera sido el mago más grande de la cristiandad, habría hecho mal al desear la compañía de los duendes. Nunca existió raza más venenosa ni más perniciosa para Inglaterra. Demasiados magos ha habido que, excesivamente indolentes o ignorantes para seguir unos estudios serios, concentraron todas sus energías en adquirir un criado duende, y cuando lo consiguieron, pasaron a depender de él para todo. En Inglaterra, la historia está llena de tales individuos, y algunos, me place decir, tuvieron el castigo que por su proceder se merecían. Ahí tienen a Bloodworth⁵.

Norrell conoció a muchas personas, pero sin encender la llama de la verdadera amistad en el corazón de ninguna. En general, Londres lo encontraba decepcionante. No obraba prodigios, no hechizaba a nadie, no predecía nada. Un día se le oyó observar en casa de la señora Godesdone que al parecer iba a llover, lo cual, si era una profecía, resultó fallida, porque no llovió; es más, no cayó ni una gota hasta el sábado siguiente. Rara vez hablaba de magia, y cuando lo hacía era como una lección de historia, y nadie lo soportaba. Casi nunca tenía una buena palabra para otro mago, salvo cuando hizo un elogio de Francis Sutton-Grove, un mago del siglo pasado⁶.

—Pues yo creía que Sutton-Grove era francamente ilegible —dijo Lascelles—. Tengo entendido que *De Generibus Artium* es de una pesadez insoportable.

—Oh. Ignoro la opinión que pueda merecer como diversión para damas y caballeros, pero creo que al estudioso de la magia ha de parecerle poco todo lo que se diga en elogio de Sutton-Grove. Y es que él realizó la primera tentativa de definir aquellas áreas de la magia que debe estudiar el mago moderno, y las expuso en listas y tablas. Desde luego, su sistema de clasificación tiene mucho de heterodoxo. ¿Es eso, quizá, lo que entiende usted por «ilegible»? No obstante, me parece que no existe en el mundo algo más grato a la vista que una docena de sus listas. El estudioso puede recorrerlas con la mirada y pensar: «Esto ya lo sé», o «Aquí no he llegado todavía», y darse cuenta de que ante sí tiene trabajo para cuatro años, o quizá cinco.

El episodio de las estatuas de la catedral de York, tanta veces relatado, ya era archisabido, y la gente empezaba a preguntarse si el señor Norrell habría hecho algo más, por lo que Drawlight se creyó en la obligación de inventar otros ejemplos.

—Pero ¿qué puede hacer este mago, señor Drawlight? —preguntó la señora Godesdone una noche en que Norrell no estaba presente.

—¡Oh, señora! Diga mejor qué no puede hacer. Verá, creo que fue el invierno pasado cuando en York, que, como usted debe de saber, es la ciudad natal del señor Norrell, en York, decía, una violenta tormenta del norte arrancó toda la ropa tendida y la arrojó al barro y la nieve. Entonces los regidores, con intención de evitar a las señoras el trabajo de volver a lavar todo, acudieron al señor Norrell, y él envió un ejército de duendes a lavar todas las prendas... Y todos los agujeros de las camisas, de los gorros de dormir y las enaguas fueron remendados, y las prendas deshilachadas quedaron como nuevas, y todos decían que en su vida habían visto blancura tan deslumbrante.

Este relato tuvo gran difusión, y durante varias semanas de aquel verano motivó que aumentara la estima en que se tenía al señor Norrell y, por lo tanto, cuando él hablaba de la magia moderna, como solía, la mayoría de sus oyentes suponía que se refería a esa clase de cosas.

Pero si las damas y los caballeros cuyo trato frecuentaba el señor Norrell en cenas y reuniones se sentían decepcionados por él, no menos desencantado estaba el señor Norrell respecto a ellos. Constantemente, se lamentaba ante el señor Drawlight de la frivolidad de las preguntas que le formulaban y decía que todas las horas que había pasado en compañía de aquellas personas no habían hecho avanzar la causa de la magia inglesa ni un ápice.

Una triste mañana de un miércoles de últimos de septiembre, el señor Norrell y el señor Drawlight estaban en la biblioteca de la casa de Hanover Square. El señor Drawlight estaba relatando lo que el señor F. había dicho para insultar a lord S. y lo que lady D. pensaba de todo ello, cuando el señor Norrell dijo de pronto:

—Le quedaría muy agradecido si pudiera desvelarme este importante extremo: ¿alguien ha informado al duque de Portland de mi llegada a Londres?²

—Ah, mi buen señor —exclamó Drawlight—, sólo una persona tan modesta como usted podría dudar de ello. Puedo asegurarle que, en la actualidad, todos los ministros han oído hablar del extraordinario señor Norrell.

—En tal caso, ¿por qué su excelencia no me ha enviado un mensaje? Empiezo a pensar que deben de ignorar por completo mi existencia. Por tanto, le agradeceré que me diga si tiene relación con alguna persona del gobierno a quien yo pudiera dirigirme.

—¿Una persona del gobierno?

—Yo he venido a Londres para ser útil —le recordó Norrell con voz quejumbrosa

—. Esperaba que, a estas alturas, ya estaría desempeñando un papel importante en la lucha contra los franceses.

—Si le parece que no ha recibido el reconocimiento que merece, lo lamento profundamente —dijo Drawlight con vehemencia—. Pero no debe sentirse menospreciado, se lo aseguro. En toda la ciudad hay damas y caballeros deseosos de ver cualquier pequeño truco o acto de ilusionismo que quisiera usted mostrarnos una noche, después de la cena. Y no tema amedrentarnos; tenemos nervios resistentes.

Norrell no dijo nada.

—En fin, caballero —añadió Drawlight, enseñando sus blancos dientes en una sonrisa plácida y dejando asomar una mirada conciliadora a sus límpidos ojos oscuros —, de nada sirve hablar de eso. Nada me gustaría tanto como poder complacerlo, pero no está en mi mano. El gobierno tiene su esfera, y yo la mía.

En realidad conocía a varios caballeros que ocupaban cargos en el gobierno, los cuales habrían estado encantados de recibir a un amigo suyo y escuchar lo que tuviese que decir, a cambio de la promesa de Drawlight de no mencionar a nadie un par de cosillas curiosas que sabía de ellos. Pero lo cierto era que Drawlight no veía qué ventajas podía reportarle el presentar al señor Norrell a alguno de ellos; prefería mantenerlo en los salones de Londres, confiando en que, con el tiempo, conseguiría convencerlo de que realizara en ellos los pequeños trucos que sus amistades ansiaban presenciar.

Norrell empezó a escribir cartas urgentes a los caballeros del gobierno, cartas que mostraba a Drawlight antes de darlas a Childermass para su inmediata entrega, pero los caballeros del gobierno no contestaban. Drawlight ya se lo había advertido. Los caballeros del gobierno estaban muy ocupados.

Al cabo de una semana, Drawlight estaba invitado a una casa de Soho Square para escuchar a una famosa soprano italiana recién llegada de Roma. También se había invitado al señor Norrell, naturalmente. Pero, cuando llegó a la casa, Drawlight no vio al mago entre los asistentes. Lascelles, apoyado en la repisa de la chimenea, conversaba con otros caballeros. Drawlight se acercó y le preguntó por Norrell.

—Ha ido a hacer una visita a sir Walter Pole —respondió Lascelles—. Posee una importante información que desea comunicar inmediatamente al duque de Portland. Y sir Walter Pole es la persona a la que quiere honrar con la misión de transmitir el mensaje.

—¡Portland! —exclamó otro caballero—. ¿Cómo? ¿Tan desesperados están los ministros que consultan a los magos?

—No es eso exactamente —sonrió Lascelles—. La idea ha nacido de Norrell. Quiere ofrecer sus servicios al gobierno. Por lo visto tiene un plan para derrotar a los franceses a base de magia. Pero no me parece probable que los ministros lo escuchen. Con los franceses acosándolos en el continente y todo el mundo acosándolos en el

Parlamento, no creo que pueda existir en parte alguna un grupo de caballeros más castigado, ni con menos atención que dedicar a las excentricidades de un caballero de Yorkshire.

Al igual que el héroe de un cuento de hadas, Norrell había descubierto que el poder para conseguir lo que deseaba siempre había estado en su mano. Hasta un mago ha de tener familiares, y se daba el caso de que existía un pariente lejano (por parte de madre) que en cierta ocasión se había hecho muy ingrato al señor Norrell a raíz de haberle escrito una carta. Para evitar que volviera a escribirle cartas, Norrell le había regalado las ochocientas libras que el hombre le pedía en su carta, pero lamento decir que no bastó para contener a su pariente por parte de madre, malvado incorregible, pues le escribió otra carta en la que declaraba, entre una profusión de frases de elogio y agradecimiento para su benefactor, que «en lo sucesivo me consideraré a mí mismo y a mis amigos servidores de sus intereses de usted, y todos nosotros estamos dispuestos a votar en las próximas elecciones de acuerdo con sus nobles deseos, y si en el futuro considerara que mis servicios pueden serle útiles, sus órdenes de usted no harán sino honrar y enaltecer a los ojos del mundo a este su humilde y afectísimo servidor, Wendell Markworthy».

Hasta el momento, Norrell no había tenido necesidad de enaltecer al señor Markworthy a los ojos del mundo honrándolo con orden alguna, pero se descubrió (lo había averiguado Childermass) que Markworthy había destinado el dinero a adquirir para sí y para su hermano sendos empleos en la *Compañía de las Indias Orientales*. Habían ido a la India y, diez años después, habían regresado ricos. Al no haber recibido de Norrell, su primer patrón, indicación alguna sobre cómo debía votar, Markworthy había seguido la pauta del señor Bonnell, su superior en la *Compañía de las Indias Orientales*, y había instado a todos sus amigos a que hicieran otro tanto. Así pues, se había vuelto muy útil para Bonnell, quien a su vez era gran amigo de sir Walter Pole, el político. En los atareados mundos del comercio y la política, un caballero debe un favor a otro, quien, a su vez, está en deuda con otro, y así sucesivamente hasta formar una cadena de promesas y obligaciones. En este caso, la cadena se extendía desde el señor Norrell hasta sir Walter Pole, y sir Walter Pole era ahora ministro.

6. «La magia no es respetable, caballero» (Octubre de 1807)

Eran tiempos difíciles para un ministro.

La guerra iba de mal en peor y todos detestaban al gobierno. A cada nueva catástrofe que llegaba a conocimiento del pueblo, quizá se atribuía una pequeña parte de responsabilidad a tal o cual persona, pero en general todos coincidían en culpar a los ministros, y ellos, los pobres, no tenían a quien culpar más que a los anteriores ministros, y eso hacían con creciente frecuencia.

No era que los ministros fuesen torpes; al contrario, algunos eran hombres brillantes. Tampoco eran malas personas, en general; la mayoría tenían una vida doméstica intachable y eran amantes de los niños, la música, los perros y la pintura paisajística. No obstante, el gobierno era tan impopular que, de no ser por los sutiles discursos del ministro de Asuntos Exteriores, habría sido casi imposible lograr que la Cámara de los Comunes aprobara medida alguna.

El ministro de Exteriores era un orador excepcional. Por baja que fuese la estima en que se tuviera al gobierno, cuando él se levantaba para hablar... ¡ah, qué distintas parecían las cosas entonces! Qué pronto se descubría que todos los males eran culpa de la administración anterior (un funesto equipo de hombres en el que la estupidez general se combinaba con unos propósitos abyectos). Acerca del actual gabinete, el ministro de Exteriores decía que, desde la Antigüedad, el mundo no había conocido caballeros tan íntegros, tan incomprendidos y tan vilipendiados por sus enemigos. Eran todos tan sabios como Salomón, tan nobles como César y tan valientes como Marco Antonio, y no había en el mundo persona alguna que, en honradez, se pareciera a Sócrates tanto como el ministro de Economía. Pero, a pesar de tantas virtudes y tanto talento, ninguno de los planes de los ministros para derrotar a los franceses prosperaba, y hasta su misma sagacidad se volvía contra ellos. Los terratenientes que leían en sus periódicos los discursos de tal o cual ministro refunfuñaban que no se podía negar que fuera listo, pero esa idea no los tranquilizaba. Tenían la sospecha de que, en cierto modo, la sagacidad era una cualidad poco inglesa. Esa vivacidad brillante e imprevisible era propia, sobre todo, del emperador Napoleón Buonaparte, archienemigo de Inglaterra; así pues, la sagacidad no tenía la aprobación de los terratenientes.

Sir Walter Pole contaba cuarenta y dos años y, lamento decirlo, era tan sagaz como cualquiera de sus compañeros de gabinete. En uno u otro momento, se había peleado con la mayoría de los grandes políticos de la época, y en una ocasión, estando ambos muy borrachos, Richard Brinsley Sheridan le había golpeado en la cabeza con una botella de madeira. Después Sheridan le diría al duque de York: «Pole

aceptó mis disculpas de modo cortés y caballeroso. Afortunadamente, es un hombre tan feo que una cicatriz más o menos no importa.»

En mi opinión, tan feo no era. Ciertamente, todas sus facciones eran horribles, tenía una cara muy larga, un cincuenta por ciento más larga que cualquier otra cara, una gran nariz muy puntiaguda, unos ojos vivos y oscuros como dos trozos de carbón, y unas cejas gruesas y cortitas, como dos peces diminutos que nadaran valerosamente en el gran mar de aquel rostro. No obstante, todas estas partes, que aisladamente eran feas, componían un conjunto bastante agradable. Si vieras aquella cara en reposo (impregnada de altivez y no poca melancolía), podrías imaginar que siempre había de tener ese aspecto, que no podía existir cara menos apta para expresar sentimientos. Y estarías muy equivocado.

Ninguna expresión más característica de sir Walter Pole que la de la sorpresa. Los ojos se le agrandaban, las cejas le subían media pulgada, echaba el cuerpo atrás con un movimiento brusco y parecía el calco de un personaje de los grabados de Rowlandson o Gillray. En la vida pública, la sorpresa era para sir Walter un recurso infalible. «¡Vaya! —exclamaba—. ¡No querrá usted decir que...!» Y siempre que el caballero tan incauto para haber sugerido «...» en presencia de sir Walter no fuera amigo tuyo, o fueses una persona maliciosa que goza viendo a un mentecato burlado por un zorro, la escena te divertiría. Cuando sir Walter derrochaba su malicioso ingenio, era mejor que una comedia de Drury Lane. Los caballeros menos elocuentes de ambas Cámaras quedaban desconcertados y procuraban rehuirlo. (El viejo lord Tal agita el bastón hacia sir Walter, que cruza con paso rápido el corredor de piedra que comunica la Cámara de los Comunes con la Guardia Montada, y le grita por encima del hombro: «¡No quiero hablar con usted, señor! ¡Usted tergiversa mis palabras! ¡Pone en mi boca cosas que nunca he dicho!»)

En cierta ocasión, durante un discurso pronunciado ante una muchedumbre en la City, sir Walter hizo un símil memorable al comparar Inglaterra y sus políticos con una joven huérfana puesta bajo la tutela de un hatajo de viejos libidinosos y avaros. Esos canallas, en lugar de ofrecer a la muchacha protección frente al mundo malvado, le robaban la herencia y le saqueaban la casa. Y si al auditorio se le escapaban algunas palabras del discurso (muestra de la esmerada educación en los clásicos del orador), no importaba. Todos eran capaces de imaginar a la pobre jovencita, de pie en la cama y en enaguas, mientras los principales políticos whigs del momento le vaciaban los armarios y vendían sus pertenencias al trapero. Y todos los jóvenes caballeros se sentían virtuosamente indignados por aquella imagen.

Sir Walter tenía un carácter generoso y con frecuencia daba muestras de buen corazón. En cierta ocasión dijo que esperaba que todos sus enemigos tuvieran motivos para temerlo, y sus amigos para amarlo, y me parece que, en general, así era. Su jovialidad, afabilidad, inteligencia y el lugar preeminente que ocupaba en el

mundo eran cualidades tanto más admirables por cuanto las conservaba frente a unos problemas que sin duda hubieran derrotado a un hombre menos enérgico. Sir Walter tenía apuros económicos. No es sólo que careciera de dinero. La pobreza es una cosa y las deudas de sir Walter eran otra peor. ¡Penosa situación! Y más amarga porque, ciertamente, él no era el culpable, ya que nunca fue derrochador ni, desde luego, irresponsable, pero era hijo de un imprudente y nieto de otro imprudente. Sir Walter había nacido endeudado. De haber sido otra clase de hombre, la situación habría tenido remedio. De haber sentido vocación por la Armada, habría hecho fortuna con los barcos capturados; de haber amado la agricultura, habría mejorado sus tierras y ganado dinero con el maíz. Incluso de haber sido ministro cincuenta años antes, habría prestado dinero del Tesoro al veinte por ciento y se habría embolsado los beneficios. Pero ¿qué podía hacer un político moderno? Probablemente, gastar dinero más que ganarlo.

Hacía varios años, sus amigos del gobierno le habían conseguido el cargo de secretario general de la Oficina de Súplicas, con derecho a un sombrero especial, una pequeña pieza de marfil y setecientas libras al año. El cargo no conllevaba deberes, ya que nadie recordaba cuál era la función de la Oficina de Súplicas ni para qué servía la pieza de marfil. Pero los amigos de sir Walter cayeron y los nuevos ministros se mostraron dispuestos a suprimir las sinecuras, y entre las muchas oficinas y cargos que se podaron del árbol gubernamental estaba la Oficina de Súplicas.

En la primavera de 1807 parecía que la carrera política de sir Walter había llegado a su fin (las últimas elecciones le habían costado casi dos mil libras). Sus amistades estaban desoladas. Una de ellas, lady Winsell, conoció en Bath, durante un concierto de música italiana, a una tal señora Wintertowne, viuda, que se encontraba en aquella ciudad balneario acompañada de su hija. Una semana después, lady Winsell le escribía a sir Walter: «Es exactamente lo que siempre había deseado para usted. La madre es muy amante de las grandes bodas y no pondrá dificultades. Y si las pone, confío en que usted, con su simpatía personal, sabrá superarlas. Y en cuanto al dinero, mi querido amigo, cuando oí la cantidad que recibirá la joven, se me saltaron las lágrimas. ¿Qué le parecerían mil libras al año? Y de la muchacha no digo nada; cuando usted la vea, seguro que me hará de ella más elogios de los que yo podría hacerle a usted.»

A las tres de la tarde del mismo día en que Drawlight asistía al recital de la dama italiana, Lucas, el lacayo de Norrell, llamó a la puerta de una casa de Brunswick Square a la que había sido convocado su amo para entrevistarse con sir Walter. El señor Norrell fue admitido en la casa y conducido a un bello salón del primer piso.

Adornaban las paredes unos cuadros gigantescos, en marcos dorados muy trabajados, que representaban la ciudad de Venecia, pero el día estaba gris y

borrascoso, y Venecia —ciudad formada a partes iguales por mármol soleado y mar soleado— estaba sumida en la penumbra londinense. Sus azules aguamarina, sus blancos de nube y sus dorados refulgentes estaban cubiertos por el velo entre gris y verde del mundo subacuático. De vez en cuando, una ráfaga de viento lanzaba contra la ventana una lluvia menuda y desabrida (sonido triste), y a la luz gris las pulidas superficies de los *chiffoniers* de tulipero y los escritorios de nogal eran como espejos negros que intercambiaran oscuros reflejos. A pesar de su riqueza, la habitación era poco acogedora; no había velas que disiparan la penumbra ni fuego que diese un poco de calor. Era como si administrara la casa una persona que gozaba de una vista excelente y no sentía el frío.

Sir Walter Pole se levantó para recibir al señor Norrell y rogó que le concediera el honor de presentarle a la señora Wintertowne y a su hija, la señorita Wintertowne. Aunque habló de dos damas, Norrell no vio más que a una señora mayor, de aspecto mayestático y autoritario. Eso lo desconcertó, y pensó que sir Walter debía de estar equivocado; sin embargo, le pareció una descortesía contradecirlo nada más llegar. Confuso, hizo una reverencia ante la dama autoritaria.

—Celebro conocerlo, caballero —dijo sir Walter—. He oído hablar mucho de usted. Parece que en Londres no se habla más que del extraordinario señor Norrell. —Volviéndose hacia la mujer, agregó—: El señor Norrell es mago, señora, y persona que goza de gran renombre en su condado natal de Yorkshire.

La dama autoritaria lo miró sin pestañear.

—No es usted como lo imaginaba —observó sir Walter—. Me dijeron que era un mago práctico (no se ofenda, caballero, eso me dijeron), y no le ocultaré que me alivia comprobar que no es así. Londres está invadido por pseudohechiceros que le sacan el dinero a la gente prometiéndole las cosas más increíbles. ¿Ha visto a Vinculus? ¿Ese que tiene una barraca frente a San Cristóbal? Es el peor. Usted debe de ser un teórico de la magia, imagino. —Sonrió animosamente—. Pero me han dicho que desea usted pedirme algo.

Norrell dijo que, sintiéndolo mucho, él era en efecto un mago práctico, ante lo que el ministro pareció sorprendido, y agregó que confiaba en que esa afirmación no le hiciera desmerecer a sus ojos.

—No, no. Nada de eso —murmuró sir Walter cortésmente.

—Esa falsa perspectiva desde la que mucha gente contempla la situación, y me refiero a la idea de que todo aquel que practica la magia ha de ser un charlatán, es fruto de la lamentable ociosidad en que han caído los magos ingleses durante los doscientos últimos años. Yo realicé un pequeño hechizo, que los habitantes de York tuvieron la amabilidad de considerar asombroso, y debo decir, que cualquier mago de modesto talento habría podido hacer otro tanto. Este letargo general ha privado a nuestra gran nación de la que fuera su mejor defensa y nos ha dejado inermes. Yo

confío en poder suplir esta deficiencia. Otros magos podrán descuidar su deber, pero yo no puedo. Sir Walter, vengo a ofrecerle mi ayuda para superar nuestras dificultades actuales.

—¿Nuestras dificultades actuales? ¿Se refiere a la guerra? —preguntó, abriendo mucho sus ajillos negros—. ¡Mi querido señor Norrell! ¿Qué tiene que ver la guerra con la magia? ¿O la magia con la guerra? Creo estar bien informado de lo que hizo usted en York, y supongo que las amas de casa se sintieron agradecidas, pero no veo cómo podríamos aplicar esa magia a la guerra. Los soldados se ensucian mucho, cierto, pero usted comprenderá que tienen otras cosas en que pensar —agregó sonriendo.

¡Pobre señor Norrell! Él no conocía el relato de Drawlight de cómo los duendes habían lavado la ropa de la gente, y se quedó estupefacto. Aseguró que él nunca había lavado ropa —ni por arte de magia ni por otro medio cualquiera— y explicó lo que había hecho en realidad. Pero, por curioso que resulte, aunque podía realizar los más asombrosos prodigios, no era capaz de describirlos más que con su aridez habitual, de manera que sir Walter recibió la impresión de que el espectáculo de medio millar de figuras de piedra de la catedral de York hablando todas a la vez debió de ser bastante aburrido, y que perderselo había sido una suerte para él.

—Vaya —dijo—, sí que es interesante. Pero sigo sin ver cómo... Entonces alguien se puso a toser, y al oír la tos, sir Walter dejó de hablar, como para escucharla.

Norrell miró en derredor. En el rincón más apartado y sombrío de la habitación, echada en un sofá, estaba una muchacha vestida de blanco, con un chal blanco bien ceñido al cuerpo. Permanecía inmóvil y sostenía con una mano un pañuelo sobre la boca. La postura, la inmovilidad, todo en ella hablaba de dolor y debilidad.

Tan seguro había estado Norrell de que en el rincón no había nadie que aquella repentina aparición casi lo sobresaltó, como si se debiera al conjuro mágico de otra persona. Mientras observaba a la joven, ella sufrió un acceso de tos que se prolongó unos momentos, durante los cuales sir Walter dio señales de incomodidad. No miró a la joven (a pesar de que no dejaba de pasear la vista por toda la habitación). Levantó un adorno dorado de la mesita que tenía al lado, lo giró, lo examinó por debajo y volvió a dejarlo. Finalmente, tosió; fue más bien un rápido carraspeo, como para dar a entender que todo el mundo tose, que la tos es lo más natural del mundo y que nunca, en ninguna circunstancia, puede ser causa de alarma. Al fin, la joven del sofá paró de toser y se quedó muy quieta y en silencio, aunque parecía respirar con fatiga.

Norrell deslizó su mirada de la joven al cuadro grande y sombrío que colgaba sobre ella, mientras trataba de recordar de qué estaban hablando.

—Es un matrimonio —dijo la dama autoritaria.

—¿Perdón, señora?

Pero la mujer se limitó a señalar la pintura con un movimiento de la cabeza,

mientras obsequiaba a Norrell con una augusta sonrisa.

El cuadro que colgaba sobre la joven era una vista de Venecia, como todos los demás de la habitación. Las ciudades inglesas, en su mayoría, están construidas sobre colinas, sus calles suben y bajan, y en aquel momento Norrell pensó que Venecia, por estar construida sobre el mar, debía de ser la ciudad más llana, además de la más extraña, del mundo. Era la horizontalidad lo que hacía que el cuadro pareciera, ante todo, un ejercicio de perspectiva; estatuas, columnas, cúpulas, palacios y catedrales se extendían hasta unirse a un cielo vasto y melancólico, mientras el mar que lamía los muros de los edificios estaba poblado de naves profusamente torneadas y doradas, y de aquellas extrañas embarcaciones venecianas negras que tanto se semejan a los zapatitos de luto de las señoras.

—Representa el matrimonio simbólico de Venecia con el Adriático —explicó la dama (que ahora hemos de suponer que no era otra que la señora Wintertowne)—, una curiosa ceremonia italiana. Los cuadros que puede ver en esta habitación los adquirió el difunto señor Wintertowne durante sus viajes por el continente, y fueron el regalo de boda que me hizo cuando nos casamos. En aquel entonces, el pintor, un italiano, era totalmente desconocido en Inglaterra. Después, alentado por el mecenazgo que le otorgaba mi esposo, se instaló en Londres.

Su manera de hablar era tan solemne como su persona. Después de cada frase hacía una pausa, con objeto de dar a Norrell tiempo de impresionarse por la información.

—Y cuando se case mi querida Emma —prosiguió—, estos cuadros serán mi regalo de boda para ella y sir Walter.

Norrell preguntó si la señorita Wintertowne y sir Walter se casarían pronto.

—Dentro de diez días —anunció la mujer, triunfal.

Él les expresó su felicitación.

—¿Usted es mago, caballero? —continuó la mujer—. Lo deploro. Es una profesión que me causa especial desagrado. —Y lo miró fijamente, como si pudiera bastar su desaprobación para que él renunciara de inmediato a la magia y adoptara otra ocupación. En vista de que no fue así, ella le dijo entonces a su futuro yerno—: Mi madrastra, sir Walter, depositó mucha confianza en un mago. Cuando mi padre murió, aquel hombre estaba siempre en nuestra casa. Entrabas en una habitación que creías vacía y te lo encontrabas en un rincón, medio escondido detrás de una cortina. O dormido en el sofá, con las sucias botas puestas. Era hijo de un curtidor y en todo lo que hacía se notaba su baja extracción. Llevaba el pelo sucio y largo y tenía cara de perro, pero se sentaba a nuestra mesa como si fuera un caballero. Mi madrastra se lo consultaba todo y durante siete años él gobernó por completo nuestras vidas.

—¿Y no se tomaba en consideración su opinión, señora? —preguntó sir Walter—. Eso me sorprende.

La señora Wintertowne se rió.

—Cuando aquello empezó, yo tenía ocho o nueve años. El hombre se llamaba Dreamditch y nos decía sin cesar lo feliz que le hacía ser amigo nuestro, a pesar de que mi hermano y yo le asegurábamos, con la misma constancia, que nosotros no éramos amigos suyos. Pero entonces él sólo nos miraba y sonreía, como el perro que ha aprendido a sonreír y no sabe parar. No obstante, sir Walter, en muchos aspectos mi madrastra era una mujer excelente. Mi padre la tenía en tan alta estima que le dejó seiscientas libras al año y la custodia de sus tres hijos. Su único fallo era dudar tontamente de su propia valía. Mi padre creía que, en entendimiento y discernimiento entre bien y mal, y en otras muchas cosas, las mujeres son iguales a los hombres, y yo soy de su misma opinión. Mi madrastra nunca debió acobardarse ante sus responsabilidades. Yo, cuando el señor Wintertowne murió, no me acobardé.



—Evidentemente —murmuró sir Walter.

—Ella depositó toda su confianza en el mago Dreamditch —prosiguió—. Pero él no sabía nada de magia y, por tanto, tenía que inventársela. Establecía unas normas para mi hermano, mi hermana y yo que, según aseguraba a mi madrastra, nos protegerían de todo peligro. Llevábamos una cinta púrpura bien ceñida al pecho. En nuestras habitaciones se ponía la mesa para seis, nosotros tres y el espíritu que, decía Dreamditch, velaba por cada uno de nosotros. Y nos dijo sus nombres. ¿Cuáles diría

que eran, sir Walter?

—No tengo ni la más remota idea, señora.

Ella se echó a reír.

—Reina de los Prados, Colibrí y Margarita. Mi hermano, que tenía un carácter independiente como el mío, solía decir delante de nuestra madrastra: «¡Maldita Reina de los Prados! ¡Maldito Colibrí! ¡Maldita Margarita!» Y ella, pobre infeliz, le suplicaba lastimosamente que callara. Aquellos espíritus guardianes no nos hicieron ningún bien. Mi hermana cayó enferma. Muchas veces, al entrar en su cuarto, me encontraba allí a Dreamditch, acariciándole las pálidas mejillas o la mano inerte con sus largas y sucias uñas amarillas. Casi lloraba, el muy estúpido. De haber podido, la habría salvado. Él hacía hechizos, pero ella murió. Una niña preciosa, sir Walter. Durante años odié al mago de mi madrastra. Durante años lo creí un malvado, pero al final comprendí que no era más que un pobre idiota.

Sir Walter se giró en su asiento.

—¿Señorita Wintertowne? Disculpe, no he oído lo que ha dicho.

—¡Emma! ¿Qué sucede? —exclamó la señora Wintertowne.

Se oyó un leve suspiro en el rincón del sofá. Luego, una voz serena y clara dijo:

—Decía, mamá, que estás equivocada.

—¿Sí, tesoro? —La señora Wintertowne, que tenía un carácter enérgico y hacía prevalecer sus opiniones del mismo modo que Moisés imponía los Mandamientos, no pareció ofenderse ni un ápice cuando su hija la contradijo. Es más, casi dio la impresión de que le agradaba.

—Desde luego que hemos de tener magos. ¿Quién, si no, podrá descifrarnos la historia de Inglaterra y, en particular, la de sus tierras del norte, de su Rey Negro del norte? Nuestros historiadores ordinarios no saben.

—Hubo un breve silencio—. Me gusta la historia.

—No lo sabía —dijo sir Walter.

—¡Ah, sir Walter! —exclamó la señora Wintertowne—. Mi querida Emma no malgasta el tiempo con las novelas, como hacen otras chicas. Ha leído mucho; sabe más de biografías y poesía que cualquier otra joven que yo conozca.

—No obstante —dijo él, apoyándose en el respaldo de su sillón para volverse hacia su prometida—, confío en que también le gusten las novelas y que podamos leerlas el uno al otro. ¿Qué opina de la señora Radcliffe? ¿Y de madame D'Arblay?

Pero lo que opinase la señorita Wintertowne de aquellas distinguidas damas no llegó a saberlo sir Walter, porque la joven sufrió otro acceso de tos que la obligó a dedicar todas sus energías a levantarse del sofá, con evidente fatiga. Él se quedó esperando la respuesta unos momentos, pero cuando cedió la tos, ella volvió a echarse en el sofá con señales de dolor y agotamiento y cerró los ojos.

A Norrell lo sorprendía que a nadie se le ocurriera acudir en su ayuda. Se intuía en aquella habitación una especie de conspiración para negar que aquella pobre chica estuviese enferma. No le preguntaban si deseaba algo. No le sugerían que se metiera en la cama, cosa que él —que caía enfermo con frecuencia— consideraba lo más apropiado.

—Señor Norrell —dijo entonces sir Walter—, he de reconocer que no alcanzo a comprender cuál es esa ayuda que nos ofrece...

—Oh, en cuanto a detalles, yo sé tanto de táctica militar como los generales y almirantes puedan saber de magia. Sin embargo...

—... pero sea cual fuere —prosiguió sir Walter—, lamento decirle que no serviría. La magia no es respetable, caballero. No es... —buscó la palabra— seria. El gobierno no puede involucrarse en esas cosas. Incluso esta charla inocente que ahora mantenemos usted y yo nos causará cierto embarazo cuando la gente se entere de ella. Francamente, de haber comprendido mejor qué pensaba usted proponer, no habría accedido a recibirlo.

El tono en que dijo todo eso no dejaba de ser afable, pero ¡ay, pobre señor Norrell! Tener que oír que la magia no era seria fue un duro golpe. Verse equiparado a los Dreamditch y los Vinculus de este mundo lo anonadaba. En vano protestó que había meditado larga y profundamente sobre la manera de conseguir que la magia volviera a ser respetada; en vano se brindó a mostrarle una larga lista de recomendaciones para la reglamentación de la magia en Inglaterra. Sir Walter no deseaba verlas. Negó con la cabeza sonriendo y dijo tan sólo:

—Mucho me temo que no pueda hacer nada por usted, señor Norrell.

Aquella noche, cuando Drawlight acudió a la casa de Hanover Square, tuvo que oír cómo se lamentaba Norrell de ver frustradas sus esperanzas de conseguir para sus proyectos el respaldo de sir Walter Pole.

—¿Qué le había dicho yo? ¡Pobre señor Norrell! ¡Qué desagradables han sido con usted! Lo lamento profundamente. Pero no me sorprende lo más mínimo. Todos dicen que esas Wintertowne son unas orgullosas.

Siento tener que decir que había cierta duplicidad en el carácter del señor Drawlight, ya que no se sentía tan disgustado como trataba de aparentar. Aquel gesto de independencia del señor Norrell lo había incomodado y estaba decidido a darle una lección. Durante la semana siguiente asistieron únicamente a cenas de lo más anodino, y, sin llegar a disponer las cosas de manera que Norrell se encontrara sentado a la mesa de su zapatero o de la señora que limpiaba las estatuas de la abadía de Westminster, Drawlight procuró que sus anfitriones fueran personas de la menor influencia y distinción posibles. Pretendía con eso que Norrell entendiese que no eran sólo los Pole y los Wintertowne quienes le dejaban de lado, y que su único amigo verdadero era él, a fin de inducirlo a mostrarse un poco más complaciente en lo

tocante a los pequeños trucos de magia que prometía a sus amistades desde hacía meses.

Esos eran los designios del más dilecto amigo del señor Norrell. Ahora bien, por desgracia para Drawlight, el mago estaba tan desmoralizado por la negativa de sir Walter que apenas reparó en la categoría de sus nuevos anfitriones, por lo que Drawlight no castigó a nadie más que a sí mismo.

Ahora que sir Walter estaba descartado, Norrell se convenció más que nunca de que aquél era exactamente el valedor que necesitaba. Sir Walter Pole, hombre jovial y enérgico, de trato afable y natural, poseía todas las cualidades de las que él carecía. Por consiguiente, dedujo que Pole habría podido lograr todo lo que se le negaría a él, y que los hombres influyentes del momento le habrían hecho caso.

—Si por lo menos me hubiera dejado hablar... —suspiró, una noche en que cenaba a solas con Drawlight—. Pero no supe encontrar palabras para convencerlo. Ahora me pesa no haberle pedido a usted o al señor Lascelles que me acompañaran. Los hombres de mundo prefieren que su interlocutor sea también un hombre de mundo. Ahora lo comprendo. Quizá debí hacer un pequeño acto de magia como demostración: convertir las tazas de té en conejos o las cucharillas en peces de colores. Así, al menos, me habría creído. Pero no sé si eso le hubiera gustado a la señora. ¿Usted qué opina?

Pero Drawlight, que empezaba a pensar que si una persona podía morir de aburrimiento, él expiraría antes de un cuarto de hora, descubrió que había perdido el ánimo hasta de hablar y no pudo más que esbozar una sonrisa mortecina.

7. Una oportunidad irrepetible (Octubre de 1807)

—¡BIEN, señor, ahí tiene su desquite! —exclamó Drawlight apareciendo de improviso en la biblioteca de la casa de Hanover Square.

—¡Mi desquite! —dijo Norrell—. ¿Qué desquite?

—La señorita Wintertowne, la prometida de sir Walter, ha muerto. Ha ocurrido esta misma tarde. Iban a casarse dentro de dos días, pero la pobre se ha muerto. ¡Mil libras al año! ¡Cómo habrían cambiado las cosas sólo con que ella hubiera vivido hasta el domingo! Él necesita dinero desesperadamente, está hundido. ¡No me sorprendería si mañana nos enterásemos de que se ha cortado el cuello!

Se apoyó un momento en el alto respaldo de un magnífico y confortable sillón situado junto al fuego y, al bajar la mirada, descubrió a un amigo.

—Ah, vaya, Lascelles, conque está usted aquí, detrás del diario. ¿Qué tal?

Norrell miraba fijamente a Drawlight.

—¿Dice que la joven ha muerto? —murmuró con asombro—. ¿La joven a la que vi en aquella habitación? Me parece increíble. Algo inesperado.

—Al contrario, nada podía ser más probable.

—¡Pero la boda! —insistió—. ¡Con todos los preparativos! Seguramente no sabían lo enferma que estaba...

—Lo sabían, puede estar seguro. Lo sabía todo el mundo. Con decirle que un tal Drummond que por Navidad la vio en Leamington Spa, en una fiesta particular, apostó con lord Carlisle cincuenta libras a que esa muchacha moriría antes de un mes...

Lascelles chasqueó la lengua con irritación y bajó el diario.

—No, no —dijo—; no era la señorita Wintertowne. Usted se refiere a la señorita Hookham-Nix, a la que su hermano ha amenazado con pegarle un tiro si lleva la deshonra a la familia... cosa que todo el mundo supone que ha de ocurrir tarde o temprano. Además, fue en Worthing, y la apuesta no la hizo con lord Carlisle sino con el duque de Exmoor.

Drawlight reflexionó un momento.

—Creo que está usted en lo cierto —admitió al fin—. Pero en realidad no importa, porque todos sabían que la señorita Wintertowne estaba enferma. Salvo la madre, desde luego. Ella creía que su hija era la perfección. Pero ¿qué puede tener que ver la perfección con la enfermedad? No quería ni oír hablar de tal cosa. A pesar de la tos, los desmayos y la postración que sufría la joven, creo que no llegó a verla ningún médico.

—Sir Walter la hubiera cuidado mejor —dijo Lascelles, sacudiendo el diario para

ponerse a leer otra vez—. De su política se pueden decir muchas cosas, pero él es un hombre sensato. Lástima que ella no haya durado hasta el jueves.

—Oh, señor Norrell —dijo Drawlight volviéndose hacia su amigo—, qué pálido y descompuesto está. Claro, le ha impresionado la noticia de una vida joven e inocente segada de ese modo. Sus buenos sentimientos lo honran, una vez más, y en eso estoy con usted: pensar en esa pobre muchacha, aniquilada como una flor por una bota, hiere el corazón como un cuchillo... No lo soporto. Pero estaba muy enferma, y antes o después había de morir. Además, según sus propias palabras, no estuvo muy amable con usted. Ya sé que no está de moda decir esto, pero yo creo que los jóvenes deben ser respetuosos con las personas mayores y cultas como usted. Detesto la insolencia, el descaro y todas esas cosas.

Pero Norrell no parecía oír las palabras de consuelo que tan amablemente le prodigaba su amigo, y cuando al fin habló, parecía dirigirse a sí mismo, porque murmuró con un profundo suspiro:

—Nunca pensé que aquí se valorara tan poco la magia. —Hizo una pausa y agregó en un tono de voz bajo y perentorio—: Es muy peligroso hacer que alguien vuelva de entre los muertos. Hace trescientos años que nadie lo consigue. No debería intentarlo.

Drawlight y Lascelles miraron al mago con sorpresa.

—Realmente, caballero —dijo Drawlight—, nadie ha sugerido que lo haga.

—Desde luego, conozco la manera —prosiguió Norrell, como si su amigo no hubiera hablado—, pero siempre he estado en contra de esa clase de magia. Se apoya tanto en... se apoya tanto... Es decir, el resultado es totalmente imprevisible, no puede determinarlo el mago. No. No lo intentaré. Ni siquiera pensaré en ello.

Hubo un silencio breve y expectante. Pese a su decisión de no pensar más en aquel peligroso conjuro, Norrell se revolvía en su asiento, se mordía las uñas, jadeaba y daba otras señales de agitación nerviosa.

—Mi querido señor —dijo Drawlight hablando despacio—, creo que empiezo a percibir el significado de sus palabras. Y reconozco que me parece una idea excelente. Usted está pensando en un gran acto de magia, una prueba de sus extraordinarios poderes. ¡Ah, caballero! Si triunfa, todos los Wintertowne y todos los Pole de Inglaterra vendrán a llamar a su puerta para solicitar la amistad del prodigioso señor Norrell.

—Y si fracasa —observó secamente Lascelles—, todos cerrarán sus puertas al desacreditado señor Norrell.

—¡Mi querido señor Lascelles, qué tonterías dice! Yo declaro que no hay en el mundo nada tan fácil de explicar como el fracaso: al fin y al cabo, eso es lo que hace la gente continuamente.

El aludido replicó que aquélla era una afirmación gratuita, y ya empezaban a

discutir cuando un grito de angustia brotó de labios de su amigo, el señor Norrell.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? Durante meses me he esforzado por conseguir que mi profesión fuera aceptable para los hombres, y sin embargo ellos me menosprecian. Señor Lascelles, usted que conoce el mundo, dígame...

—Lo lamento, caballero —se apresuró a interrumpirlo el interpelado—, pero tengo por norma no dar consejos. —Y volvió a su periódico.

—¡Mi querido señor Norrell! —dijo Drawlight, sin esperar a ser preguntado—. No es probable que se repita semejante oportunidad. —Poderoso argumento que hizo suspirar profundamente al mago—. Y no puedo menos que decir que si le permitiera desaprovecharla, nunca me lo perdonaría. De un solo golpe, usted nos devuelve a una dulce criatura cuya muerte nadie puede dejar de llorar, restituye una fortuna a un digno caballero y, sobre todo, restaura el poder de la magia en el reino para generaciones futuras. Cuando usted demuestre la virtud de sus dotes, su utilidad y demás, ¿quién podrá negar a los magos la veneración y el elogio que merecen? Serán tan respetados como los almirantes, mucho más que los generales y, probablemente, tanto como los arzobispos y los lores cancilleres. No me sorprendería que su majestad instituyera de inmediato una jerarquía de magos ordinarios, canónicos, honorarios y demás. ¡Y usted, señor Norrell, mago supremo! ¡Y todo de un solo golpe, caballero! ¡De un solo golpe!

Drawlight quedó muy satisfecho de su discurso, durante el que Lascelles estrujaba el periódico en señal de irritación, dando a entender que no estaba de acuerdo, aunque había renunciado al derecho a intervenir a declarar que nunca daba consejos.

—¡No hay forma de magia más peligrosa! —dijo Norrell con voz ahogada por el miedo—. Peligrosa para el mago y para el sujeto.

—Bien, caballero —repuso Drawlight con ecuanimidad—, imagino que nadie mejor que usted para calcular el peligro por lo que a su persona se refiere, pero el sujeto, como usted dice, está muerto. ¿Puede ocurrirle algo peor que eso? —Hizo una pausa, esperando la respuesta a esa interesante pregunta, pero Norrell no se la dio—. Llamaré para pedir el coche —anunció, uniendo la acción a la palabra—. Ahora mismo me voy a Brunswick Square. No tema, estoy convencido de que nuestra propuesta tendrá la pronta aprobación de todas las partes. ¡Volveré antes de una hora!

Después de que Drawlight saliera en estampida, Norrell se quedó casi un cuarto de hora sin moverse, con la mirada perdida en el vacío, y aunque Lascelles no creía en la supuesta magia prometida por su amigo (ni, por consiguiente, en el supuesto peligro al que desafiaría), se alegraba de no poder ver lo que él parecía estar viendo.

Luego Norrell, saliendo de su ensimismamiento, sacó apresuradamente de las estanterías cinco o seis libros y los abrió, buscando sin duda los pasajes que daban

consejos a los magos que querían despertar del sueño eterno a señoritas ya fallecidas. Eso le ocupó otros tres cuartos de hora, transcurridos los cuales al otro lado de la puerta sonaron pasos y la voz de Drawlight.

—¡... el mayor favor del mundo! Mi más ferviente gratitud... —Irrumpió en la biblioteca todo sonrisas—. ¡Arreglado! Al principio, sir Walter se ha mostrado un poco reacio, pero ya está de acuerdo. Me ha pedido que le transmitiese su gratitud por vuestra amabilidad, pero que no creía que sirviese de nada. Yo le respondí que si temía que el caso trascendiera y provocara comentarios, podía estar tranquilo, porque nosotros no queríamos violentarlo, que el señor Norrell no deseaba sino serle útil y que Lascelles y yo somos la discreción personificada. A lo que él contestó que eso no le importaba, ya que, en cualquier caso, la gente siempre se ríe de los ministros, sólo que prefería que a la señorita Wintertowne la dejaran descansar, lo que consideraba lo más respetuoso en su actual situación. Yo exclamé: «¡Mi querido sir Walter! ¿Cómo puede decir tal cosa? No pretenderá que una joven rica y hermosa se resigne a abandonar este mundo la víspera de su matrimonio, más siendo usted el afortunado. Oh, sir Walter, usted puede no creer en los poderes mágicos del señor Norrell, pero ¿qué daño puede hacer intentarlo?» La madre, viendo la lógica de mi razonamiento, unió sus argumentos a los míos y me habló de un mago al que conoció de niña, un hombre de gran talento, buen amigo de toda la familia, que le prolongó la vida a su hermana varios años más de lo que todos esperaban. Créame, señor Norrell, no se puede expresar la gratitud que siente la señora Wintertowne por su bondad, y me ha rogado que le diga que vaya usted inmediatamente... El mismo sir Walter reconoció que no hay por qué retrasarlo. Así que le he dicho a Davey que aguardase en la puerta sin moverse para nada. ¡Ah, señor Norrell, ésta va a ser una noche de reconciliaciones! Todos los malentendidos, todas las falsas deducciones que puedan haberse hecho de una o dos palabras desafortunadas serán barridos. ¡Será como en una obra de Shakespeare!

Norrell se puso el gabán y subió al coche, y, por la expresión de sorpresa que se dibujó en su cara cuando se abrieron las portezuelas y Drawlight subió por un lado y Lascelles por el otro, me inclino a suponer que no tenía intención de que esos caballeros lo acompañaran a Brunswick Square.

Lascelles se instaló en el asiento riendo entre dientes, diciendo que en su vida había oído algo tan ridículo y comparando su cómoda travesía por las calles de Londres en el coche del señor Norrell con los viajes que en las antiguas fábulas francesas e italianas hacían los tontos embarcados en el cubo de la leche para capturar el reflejo de la luna en el fondo del estanque de los patos, lo que habría podido ser ofensivo para Norrell si éste hubiera estado en disposición de escucharlo.

Cuando llegaron a Brunswick Square, encontraron a un grupo de gente en la escalera exterior. Dos hombres se adelantaron a sujetar los caballos, y a la luz de la

lámpara de aceite que ardía en lo alto de la escalera, los recién llegados vieron que la pequeña multitud estaba compuesta por una docena de criados de la señora Wintertowne, que habían salido a esperar al mago que había de devolverles a su joven ama. Siendo lo que es la naturaleza humana, imagino que más de uno estaba allí por la simple curiosidad de ver qué aspecto tenía el mago. Pero muchos mostraban en su pálida faz señales de sincero dolor y habían sido impulsados a mantener su silenciosa vigilia de medianoche en la fría calle por un sentimiento más noble.

Uno de ellos tomó una vela y precedió al señor Norrell y sus amigos para mostrarles el camino, ya que la casa estaba muy oscura y fría. Cuando llegaban al pie de la escalinata, oyeron la voz de la señora Wintertowne que gritaba desde arriba:

—¡Robert! ¡Robert! ¿Es el señor Norrell? ¡Oh, gracias a Dios, caballero! —Y apareció súbitamente por una puerta—. ¡Creía que no iba a llegar nunca!

Y para gran consternación de Norrell, ella le tomó ambas manos y, oprimiéndolas, le suplicó que utilizara sus hechizos más poderosos para devolver la vida a la señorita Wintertowne. Por el dinero no debía preocuparse. ¡Que él fijara la cantidad! Sólo le pedía que le dijera que podría recuperar a su hija. ¡Tenía que prometérselo!

El mago carraspeó y quizá iba a empezar una de sus largas y aburridas exposiciones de la filosofía de la magia moderna cuando Drawlight se adelantó, tomó las manos a la señora Wintertowne y los salvó a ambos.

—¡Le suplico, mi querida señora, que se tranquilice! —dijo con vehemencia—. Como ve, el señor Norrell ha venido, y ahora hemos de comprobar lo que pueden obrar sus poderes. Él ruega que no vuelva a mencionar lo del pago. Lo que esta noche se haga se hará por amistad...

Al llegar a este punto, se puso de puntillas para mirar más allá de la corpulenta señora Wintertowne, al interior de la habitación, y vio a sir Walter Pole, que acababa de levantarse de su sillón y se mantenía a distancia, mirando a los visitantes. A la luz de las velas, parecía pálido y ojeroso y tenía un gesto adusto inusual en él. Una elemental cortesía exigía que fuera al encuentro de los recién llegados, pero no lo hizo.

Era curioso observar que Norrell se había quedado en el umbral titubeando, como resistiéndose a dar un paso más hasta haber hablado con sir Walter.

—Sólo quiero hablar con sir Walter. Sólo unas palabras con él. ¡Haré cuanto esté en mi mano por usted! —gritó desde la puerta—. Puesto que la señorita... ejem, falta desde hace poco, puedo adelantarle que la situación es prometedora. Sí, creo poder afirmar que la situación promete. Ahora, sir Walter, iré a hacer mi trabajo. ¡Espero, en su momento, poder tener el honor de traerle buenas noticias!

Todas las seguridades que la señora Wintertowne solicitaba de Norrell —y no recibía—, éste estaba deseoso de brindárselas a sir Walter, que estaba claro que no las

quería. Desde su santuario del salón, sir Walter asintió con la cabeza y, en vista de que el mago no se movía, alzó una voz ronca:

—Gracias, caballero. ¡Gracias! —Y estiró los labios de un modo extraño. Quizá trataba de sonreír.

—Desearía de todo corazón, sir Walter, que fuera posible invitarlo a ver lo que hago, pero la peculiar naturaleza de esta clase de conjuros exige soledad. Espero tener el honor de hacerle una demostración de magia en otra ocasión.

Sir Walter hizo una leve reverencia y se volvió hacia un lado.

En ese momento, la señora Wintertowne estaba hablando con Robert, el criado, y Drawlight aprovechó esa ligera distracción para llevarse aparte a Norrell y susurrarle al oído frenéticamente:

—¡No, no, señor! ¡No los deje fuera! Mi consejo es que reúna alrededor de la cama a tanta gente como pueda. Le aseguro que es la mejor garantía para que nuestras hazañas de esta noche sean del dominio público por la mañana. Y no tenga reparo en exagerar un poco la nota para impresionar a los criados... ¡Por favor, háganos sus mejores encantamientos! ¡Oh, estúpido de mí, debería haber traído unos polvos de China para arrojarlos al fuego! ¿No tendrá usted?

Norrell no respondió y se limitó a solicitar que lo condujeran sin demora a donde estuviera la señorita Wintertowne.

Pero, aunque pidió claramente que lo llevaran sólo a él, sus queridos amigos Drawlight y Lascelles no iban a ser tan descorteses como para dejarlo afrontar solo ese gran reto en su carrera, y, por consiguiente, Robert condujo a los tres caballeros a una habitación del segundo piso.

8. Un caballero de pelo como el vilano del cardo (Octubre de 1807)

Allí no había nadie.

Es decir, allí había alguien, la señorita Wintertowne en la cama, pero decidir si aún era alguien o ya no era nadie habría constituido un terrible rompecabezas filosófico.

La habían amortajado con un vestido blanco y llevaba una cadenita de plata al cuello; habían peinado su hermoso cabello y le habían puesto unos pendientes de perlas y granates. Pero era dudoso que a ella le importaran ya esas cosas. Habían encendido velas y un buen fuego, y puesto rosas que perfumaban el aire con su dulce aroma, pero la señorita Wintertowne hubiera podido descansar con la misma serenidad en la buhardilla más apestosa de la ciudad.

—¿Y dice usted que era pasablemente agraciada? —preguntó Lascelles.

—¿Nunca la había visto? —repuso Drawlight—. Oh, era una criatura celestial. Divina. Un ángel.

—¿En serio? ¡Y, ahora, una ruina ajada! Aconsejaré a todas las jóvenes bonitas que conozco que no se mueran —dijo inclinándose un poco hacia el cadáver—. Le han cerrado los ojos.

—Sus ojos eran la perfección, de un gris oscuro y transparente, con largas pestañas negras y cejas oscuras. Lástima que no la conociese; era exactamente el tipo de criatura que usted admira. —Miró al señor Norrell—. ¿Y bien, querido amigo, listo para empezar?

Norrell se había sentado en un sillón al lado de la chimenea. Había perdido aquel aire decidido y profesional que adoptara al llegar a la casa, y ahora suspiraba pesadamente, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en la alfombra. Lascelles y Drawlight lo miraban con el grado de interés propio de sus respectivos caracteres, es decir, el primero con señales de viva agitación y los ojos brillantes de expectación, y el segundo con una fría sonrisa de escepticismo. Drawlight retrocedió unos pasos, apartándose respetuosamente de la cama a fin de no entorpecer el acceso del mago, y Lascelles se apoyó contra una pared con los brazos cruzados (actitud que solía adoptar en el teatro).

Norrell suspiró.

—Señor Drawlight, como ya le he dicho, esta magia en particular exige completa soledad. Debo rogarles que esperen abajo.

—¡Oh, caballero! —protestó—. No creo que unos buenos amigos como el señor Lascelles y yo seamos un estorbo, ¿verdad? ¡Somos los seres más callados del mundo! Dentro de dos minutos ya habrá olvidado que estamos aquí. ¡Y he de decir

que nuestra presencia me parece absolutamente imprescindible! ¿Quién va a difundir mañana la noticia de su hazaña, si no nosotros? ¿Quién va a describir la inefable grandeza del momento en que su magia triunfe y la señorita regrese de entre los muertos? ¿O el insostenible patetismo del instante en que se vea obligado a reconocer su fracaso? Eso usted no podría hacerlo ni la mitad de bien, no es preciso que se lo diga, porque lo sabe a la perfección.

—Quizá —reconoció Norrell—. Pero lo que usted sugiere es totalmente imposible. No quiero ni puedo empezar hasta que salgan ustedes de la habitación.

¡Pobre Drawlight! No podía forzar al mago a iniciar el conjuro contra su voluntad, ¡pero haber aguardado tanto para ver magia y que ahora lo echaran! Aquello era demasiado. Hasta Lascelles estaba un poco decepcionado, porque esperaba ser testigo de algo ridículo de lo que poder reírse.

Cuando se fueron, Norrell se levantó pesadamente y tomó su libro, que había dejado en una mesita, para tenerlo a mano por si necesitaba consultarlo. Lo abrió por una página que había marcado con una carta y empezó a recitar un encantamiento.

Surtió efecto casi inmediatamente, porque de pronto apareció algo verde donde antes no había nada verde y cruzó la habitación el efluvio de un aroma fresco y dulce como de bosques y campos. Norrell enmudeció.

En el centro de la estancia se erguía ahora una figura alta, de bellas facciones, tez pura y una gran mata de pelo claro, reluciente y similar al vilano del cardo. Los ojos le brillaban, fríos y azules, y tenía largas cejas oscuras de puntas retorcidas. Vestía exactamente igual que cualquier caballero, pero su chaqueta era del verde más intenso que cabe imaginar, el de las hojas a comienzos del verano.

—O Lar! —empezó Norrell con voz trémula—. *O Lar! Magnum opus est mihi tuo auxilio. Haec virgo mortua est et familia eius eam ad vitam redire vult*¹. —Señaló la figura que yacía en la cama.

Al ver a la señorita Wintertowne, el caballero de pelo plateado dio señales de gran agitación. Abrió las manos en ademán de jubilosa sorpresa y se puso a hablar en latín velozmente. Norrell, más acostumbrado a leer el latín manuscrito o impreso en los libros, descubrió que no era capaz de entenderlo pronunciado con tanta rapidez, aunque reconoció alguna que otra palabra como *formosa* y *venusta*, que se utilizan para describir la hermosura femenina.

Esperó a que se calmara el éxtasis del caballero y entonces dirigió la atención de éste al espejo colgado sobre la repisa de la chimenea. Allí apareció la imagen de la señorita Wintertowne, caminando por un sendero estrecho y pedregoso en un paisaje de sombrías montañas.

—*Ecce mortua inter terram et caelum!* —declamó—. *Scito igitur, O Lar, me ad hanc magnam operam te elegeris quia...*²



—¡Sí, sí! —exclamó el caballero, prescindiendo del latín—. Me has invocado a mí porque sabes que mi genio para la magia es muy superior al del resto de los de mi raza. Porque yo fui servidor y confidente de Thomas Godbless, Ralph Stokesey, Martin Pale y el Rey Cuervo. ¡Porque soy valiente, caballeroso, generoso y tan bello como la aurora! ¡Está claro! Habría sido una locura invocar a otro. Los dos sabemos quién soy yo. La cuestión es: ¿quién diantres eres tú?

—¿Yo? —preguntó Norrell, sorprendido—. ¡Yo soy el mago más grande de mi tiempo!

El caballero alzo una exquisita ceja en señal de sorpresa. Andando despacio, dio una vuelta en torno a Norrell, contemplándolo desde todos los ángulos. Entonces, para mayor desconcierto del mago, le levantó la peluca y miró debajo, como si fuese un puchero y quisiera averiguar qué había de cena.

—¡Yo... yo soy el que ha de traer de nuevo la magia a Inglaterra! —barbotó Norrell, agarrando la peluca y encasquetándosela un poco torcida.

—Eso es evidente. ¡O yo no estaría aquí! ¿No creerás que iba a perder el tiempo con un brujo de tres al cuarto? Pero insisto: ¿quién eres? Es lo que deseo saber. ¿Qué actos de magia has realizado? ¿Quién fue tu maestro? ¿Qué países mágicos has visitado? ¿A qué enemigos has derrotado? ¿Quiénes son tus aliados?

A Norrell le sorprendió que se le hicieran tantas preguntas, y no estaba preparado

para contestarlas. Estuvo dudando hasta que, finalmente, se refirió a la única para la que tenía respuesta coherente.

—No he tenido maestro. He aprendido solo.

—¿Cómo?

—De los libros.

—¡Libros! —Esto, en tono de soberano desdén.

—Sí, en efecto. Hoy en día hay mucha magia en los libros. Por supuesto, la mayor parte son tonterías. Nadie sabe mejor que yo la cantidad de tonterías que se imprimen. Pero también hay mucha información útil, y sorprende darse cuenta de cómo, una vez has aprendido un poco, comienzas a ver...

Empezó a entusiasmarse con el tema, pero el caballero se impacientaba pronto al oír hablar a los demás y lo interrumpió.

—¿Soy yo el primero que ves de mi raza?

—¡Sí!

Esa respuesta pareció complacerlo, pues sonrió.

—¡Ah! Y si me aviniera a devolverle la vida a esta joven, ¿cuál sería mi recompensa?

Norrell carraspeó.

—¿Qué clase de...? —dijo, con voz un poco ronca.

—¡Oh, enseguida nos pondríamos de acuerdo! Mis deseos son de lo más moderado. Por fortuna, estoy totalmente libre de codicia y sórdida ambición. Es más, verás que mi propuesta es más ventajosa para ti que para mí, ya que tal es mi generosidad. Sólo quiero que me permitas ayudarte en todas tus empresas, aconsejarte en todas las cuestiones y guiarte en tus estudios. Ah, y deberías procurar en especial que la gente sepa que tus mayores logros me los debes a mí en gran medida.

Norrell parecía un poco alterado. Se aclaró la garganta y murmuró unas palabras acerca de la generosidad del caballero.

—Si yo fuera uno de esos magos ansiosos por confiar todos sus asuntos a otra persona, me sería muy grato tu ofrecimiento. Pero desgraciadamente... lamento... En fin, que no tengo intención de emplearte a ti, ni a ninguno de tu raza, nunca más.

Un largo silencio.

—Eso me parece una ingratitud —declaró el caballero con frialdad—. Yo me molesto en hacerte esta visita. Escucho con la mayor benevolencia su aburrida conversación. Disculpo pacientemente tu ignorancia de las buenas maneras y la etiqueta de la magia. Y ahora tú desprecias mi oferta de ayuda. Has de saber que otros magos se han sometido a grandes tormentos con tal de conseguir mi colaboración. Quizá debería hablar con el otro. Quizá él sepa mejor que tú cómo se trata a las personas de alto rango y condición. —Miró en derredor—. No lo veo. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—El otro.

—¿Qué otro?

—¡El otro mago!

—¡Mag...! —La palabra no acabó de salir de sus labios—. ¡No, no! ¡No hay ningún otro! Yo soy el único. Te lo aseguro. ¿Cómo puedes imaginar que...?

—¡Naturalmente que hay otro mago! —exclamó, como si fuera absurdo negar semejante obviedad—. ¡Es tu amigo más querido!

—Yo no tengo amigos. —Estaba perplejo. ¿A quién podía referirse aquel duende? ¿A Childermass? ¿A Lascelles? ¿A Drawlight?

—Tiene el pelo rojo y la nariz larga. Y es muy engreído... como todos los ingleses.

Eso no aclaraba mucho. Childermass, Lascelles y Drawlight eran muy engreídos en su trato. Y Childermass y Lascelles tenían la nariz larga, pero no el pelo rojo. Norrell, desconcertado, suspiró profundamente y volvió a lo que importaba.

—¿No vas a ayudarme? ¿No harás que la joven regrese de entre los muertos?

—¡Yo no he dicho eso! —respondió el caballero con leve indignación—. He de admitir que durante los últimos siglos ha empezado a aburrirme la compañía de mi familia y mis criados. Mis hermanas y primas tienen buenas cualidades, pero también sus defectos. Lamento decir que son un tanto presumidas, sabiondas y orgullosas. Esta joven... —Señaló a la señorita Wintertowne—. Supongo que tendría las gracias y virtudes de rigor, ¿verdad? ¿Era gentil? ¿Ingeniosa? ¿Vivaracha? ¿Caprichosa? ¿Bailaba como un rayo de sol? ¿Cabalgaba como el viento? ¿Cantaba como un ángel? ¿Bordaba como Penélope? ¿Hablabla francés, italiano, alemán, bretón, gaélico y otras lenguas?

Norrell dijo que suponía que sí, que ésas eran las cosas que solían hacer las señoritas.

—¡Entonces será una compañera encantadora para mí! —afirmó el caballero, dando una palmada.

Nervioso, Norrell se humedeció los labios.

—¿Qué propones exactamente?

—Dame media vida de la muchacha y trato hecho.

—¿Media vida?

—Media.

—Pero ¿qué dirían sus amigos si se enteraran de que he regalado la mitad de su vida?

—Oh, no se enterarán. Confía en mí. Además, ahora no tiene vida. Es mejor media que ninguna.

En efecto, media vida parecía mucho mejor que ninguna. En media vida, la

señorita Wintertowne podía casarse con sir Walter y salvarlo de la ruina. De ese modo el ministro podría continuar en su puesto y prestar su apoyo a los planes de Norrell para devolver la magia a Inglaterra. Pero éste había leído muchos libros en los que se describían pactos hechos por otros magos ingleses con seres de aquella raza, y sabía muy bien lo hipócritas que éstos podían llegar a ser. Entonces creyó ver cómo pensaba ensañarlo el caballero.

—¿Cuán larga sería esa vida? —preguntó.

El caballero del pelo plateado abrió las manos en ademán de vivo candor.

—¿Cuán larga querrías tú que fuese?

Norrell reflexionó.

—Supongamos que viviese hasta los noventa y cuatro años. Noventa y cuatro sería una buena edad. Ahora tiene diecinueve. Le quedarían setenta y cinco años. No veo por qué no habrías de tener tú la mitad.

—Setenta y cinco años, pues —convino el caballero—, la mitad de los cuales me pertenecerá a mí.

Norrell lo miraba con nerviosismo.

—¿Tenemos que hacer algo más? —preguntó—. ¿Firmamos algo?

—No; pero debería llevarme algo de la muchacha en prenda de mis derechos.

—Llévate uno de sus anillos —propuso Norrell—. O ese collar que tiene puesto. Estoy seguro de poder explicar la desaparición de un anillo o un collar.

—No. Tiene que ser algo... ¡Ah, ya sé!

Drawlight y Lascelles estaban sentados en el salón donde sir Walter hada recibido al señor Norrell en su primera visita. Era una estancia bastante lúgubre. El fuego de la chimenea estaba apagándose y las bujías se habían consumido casi del todo. No se habían corrido las cortinas ni cerrado las persianas. La lluvia batía en los cristales con un sonido tétrico.

—Desde luego, hace una noche como para resucitar a los muertos —comentó Lascelles—. La lluvia y las ramas de los árboles azotan las ventanas y el viento gime en la chimenea: los efectos escénicos más apropiados. Con frecuencia me acomete la fiebre de escribir para el teatro, y no sé si los acontecimientos de esta noche no han de inspirarme para volver a intentarlo: una tragicomedia sobre los desesperados esfuerzos de un ministro arruinado para conseguir dinero por cualquier medio, desde un matrimonio mercenario hasta la brujería. Me parece que ya tengo el título: *Lástima que ella sea cadáver*.

Hizo una pausa para que Drawlight le riera la gracia, pero su amigo estaba de mal humor por la negativa del mago a permitirle presenciar el acto de magia, y dijo tan sólo:

—¿Adónde cree que pueden haber ido?

—No lo sé.

—Bien, después de todo lo que hemos hecho por ellos, creo que merecemos un trato mejor. No hace ni media hora que todo eran muestras de agradecimiento. Es una falta de consideración que se hayan olvidado de nosotros tan pronto. Y no nos han ofrecido ni un poco de pastel. Imagino que ya es tarde para cenar, aunque, por mi parte, desfallezco de hambre. —Guardó silencio un momento—. Y hasta el fuego se apaga —comentó.

—Pues eche más carbón —sugirió Lascelles.

—¿Quiere que me ensucie?

Las velas fueron apagándose una a una y el resplandor del fuego menguando, hasta que los cuadros venecianos no eran sino grandes manchas negras en unas paredes apenas menos oscuras. Los dos caballeros estuvieron largo rato en silencio.

—El reloj ha dado la una y media —dijo de pronto Drawlight—. ¡Qué sensación de soledad! ¡Uf!. Todas las cosas horribles que lee uno en las novelas siempre ocurren cuando suenan las campanas de la iglesia o el reloj da una hora en una casa oscura.

—No recuerdo ningún caso en que sucediera algo horrible a la una y media —apuntó Lascelles.

En ese momento oyeron pasos en la escalera, que enseguida se convirtieron en pasos en el corredor. Se abrió la puerta del salón y en el umbral apareció una figura con una vela en la mano.

Drawlight alargó la mano hacia el atizador.

Pero era el señor Norrell.

—No se alarme, señor Drawlight. No hay de qué asustarse. —No obstante, cuando levantó la vela, su rostro contradujo sus palabras: estaba muy pálido y en sus ojos, muy abiertos, aún parecía haber residuos de miedo—. ¿Dónde está sir Walter? ¿Dónde están los demás? La señorita Wintertowne pregunta por su madre.

Tuvo que repetir dos veces la última frase antes de que los otros dos caballeros la asimilaran.

Lascelles parpadeó varias veces y abrió la boca, como sorprendido, pero enseguida reaccionó y adoptó una expresión altiva que no abandonaría durante el resto de la noche, como si estuviera acostumbrado a encontrarse en casas donde resucitaban señoritas y ese caso concreto le pareciese, en conjunto, más bien aburrido. Entretanto, Drawlight tenía mil cosas que decir y sin duda las dijo, pero lamentablemente, dadas las circunstancias, nadie le prestó atención.

Drawlight y Lascelles fueron enviados a buscar a sir Walter. Luego, éste fue en busca de la señora Wintertowne, y Norrell condujo a la llorosa y temblorosa dama a la habitación de su hija. Mientras tanto, la noticia del retorno a la vida de la joven se había filtrado a otras dependencias de la casa; los sirvientes, al enterarse, se sintieron alborozados y llenos de gratitud hacia los señores Norrell, Drawlight y Lascelles. Un

mayordomo y dos criados se acercaron a Drawlight y Lascelles para decirles que si alguna vez deseaban que les prestaran algún pequeño servicio, no tenían más que comunicárselo.

Lascelles le susurró a Drawlight que hasta aquel momento no había reparado en que obrar buenas acciones pudiese dar lugar a que personas de baja categoría le hablaran con tanta familiaridad —lo cual era muy desagradable—, por lo que en lo sucesivo procuraría dejar de obrarlas. Afortunadamente, las personas de baja categoría estaban tan contentas que no se dieron cuenta de que lo habían ofendido.

Pronto se supo que la señorita Wintertowne había abandonado el lecho, que, apoyada en el brazo del señor Norrell, había pasado a su salita privada, donde se hallaba ahora sentada en un sillón junto a la chimenea, y que había pedido una taza de té.

Drawlight y Lascelles fueron llamados a una bonita y pequeña sala del segundo piso, donde encontraron a la señorita Wintertowne, su madre, sir Walter y varios criados.

A juzgar por sus lívidos y demacrados rostros, cualquiera hubiese creído que eran la señora Wintertowne y sir Walter los que aquella noche habían viajado por varios mundos sobrenaturales. La dama lloraba y el ministro se pasaba la mano por la pálida frente de vez en cuando, como el que ha visto horrendas visiones.

La señorita Wintertowne, por el contrario, parecía tranquila y serena, como quien ha pasado una apacible velada en casa. Vestía el elegante traje con que Drawlight y Lascelles la habían visto anteriormente. Se levantó y sonrió a Drawlight.

—Creo que puede decirse que apenas nos conocemos, caballero, pero ya me han dicho lo mucho que le debo. Me temo que sea una deuda imposible de pagar. Si ahora me encuentro aquí, es, en gran medida, gracias a su empeño y su insistencia. Gracias, muchas gracias.

Le tendió ambas manos, que él tomó entre las suyas.

—¡Oh, señorita! —exclamó, entre sonrisas y reverencias—. Le aseguro que ha sido el mayor hon... —Se interrumpió un instante—. ¿Señorita? —dijo entonces con una risita cohibida (lo cual no dejaba de ser extraño, ya que Drawlight no se cohibía con facilidad).

No la soltó, pero miró en derredor, como si buscara a alguien que lo ayudase a salir de un aprieto. Entonces levantó una de las manos de la muchacha para enseñársela. La joven no pareció alarmada por lo que vio, pero sí sorprendida, y alzó la mano para que pudiera verla su madre.

Le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda.

9. Lady Pole (Octubre de 1807)

DICEN (y lo dice una dama infinitamente más inteligente que quien escribe) que el mundo en general se siente muy bien dispuesto hacia los jóvenes que mueren o se casan. ¡Imagine el lector el interés que suscitaba la señorita Wintertowne! Ninguna joven había gozado de tantas ventajas hasta entonces: muerta el martes, resucitada la madrugada del miércoles y casada el jueves, lo cual muchos consideraron demasiadas emociones para una semana.

El deseo de verla era universal. La mayoría no sabía sino que, entre el tránsito de un mundo a otro y el regreso, había perdido un dedo. Eso era apasionante. ¿Habría experimentado algún otro cambio? Nadie lo sabía.

El miércoles por la mañana (la que siguió a la fausta revivificación) los protagonistas de esta maravillosa aventura parecían confabulados para privar de noticias a la ciudad; se informaba a las visitas que acudían a la casa de Brunswick Square, escuetamente, de que la señorita Wintertowne y su madre descansaban; lo mismo ocurría en Hanover Square —el señor Norrell estaba muy fatigado y le era imposible recibir a nadie—; en cuanto a sir Walter Pole, nadie sabía con exactitud dónde encontrarlo (aunque se sospechaba que se hallaba en la casa de la señora Wintertowne de Brunswick Square). De no ser por los señores Drawlight y Lascelles (¡almas benévolas!), la ciudad habría quedado privada de toda información, pero ambos caballeros se movieron con gran diligencia por Londres, presentándose en un increíble número de salones y saloncitos, comedores y salas de juego. Imposible calcular el número de cenas a las que Drawlight fue invitado aquel día... y es una suerte que no fuera muy comilón, o habría podido perjudicarse de forma permanente el aparato digestivo. Por lo menos cincuenta veces tuvo que describir cómo, después del regreso de la señorita Wintertowne, la señora Wintertowne y él habían llorado juntos; cómo sir Walter y él se habían estrechado las manos; cómo sir Walter le había dado las gracias efusivamente y él le había rogado que no pensara más en ello; y cómo finalmente la señora Wintertowne había insistido en prestarles su mejor coche para que volvieran a casa.

Sir Walter Pole había salido de casa de la señora Wintertowne a eso de las siete para dormir unas horas en su alojamiento, pero sobre el mediodía había vuelto a Brunswick Square, como esperaba la ciudad. (¡Qué bien nos conocen nuestros vecinos!) Para entonces, la anfitriona ya había descubierto que su hija gozaba de cierta celebridad, que de la noche a la mañana había pasado a ocupar un lugar de preeminencia en la atención del público. Además de las personas que acudían a dejar su tarjeta, cada hora llegaban a la casa gran número de cartas y felicitaciones dirigidas a la joven, muchas de ellas de perfectos desconocidos. «Permítame, señorita

—escribía uno—, que le suplique que se libere de la opresión que le habrá causado su breve estancia en ese valle de sombras.»

Que unos extraños se creyeran con derecho a hacer comentarios sobre cosas tan íntimas como una muerte y una resurrección, que trataran de manifestar su curiosidad en cartas dirigidas a su hija, forzosamente tenía que ser motivo de vivo desagrado para la señora Wintertowne, que no se calló la opinión que le merecía una gente tan tosca y maleducada, y, a su llegada a la casa de Brunswick Square, sir Walter se vio obligado a oír sus quejas.

—Mi consejo, señora, es que no piense más en ello —le dijo—. Como los políticos sabemos bien, una actitud de digno silencio es la mejor defensa contra las impertinencias.

—¡Ah, sir Walter! —exclamó su futura madre política—. Me es muy grato descubrir con cuánta frecuencia coinciden nuestras opiniones. Digno silencio. Justo. En lo tocante a los sufrimientos de la pobre Emma, creo que toda discreción es poca. A partir de mañana, estoy decidida a no volver a hablar de ello.

—Quizá no haya que llegar a tanto. Y es que, como comprenderá, no debemos olvidar al señor Norrell. En él tendremos siempre el recuerdo vivo de lo sucedido. Mucho me temo que en adelante habremos de verlo a menudo. Después del servicio que nos ha prestado, le debemos toda clase de consideraciones. —Hizo una pausa y agregó, frunciendo su fea cara en una sonrisa irónica—: Afortunadamente, él mismo ha tenido la amabilidad de indicar la forma en que considera que puedo satisfacer mi parte de la deuda. —Con eso aludía a una conversación que habían mantenido a las cuatro de la mañana, cuando el mago le había salido al encuentro en la escalera y le había hablado extensamente de sus planes para burlar a los franceses por medio de la magia.

La señora Wintertowne dijo que por supuesto tendría sumo gusto en distinguir al señor Norrell con muestras del mayor respeto y consideración; todos podrían ver lo mucho que ella lo apreciaba. Aparte de poseer grandes dotes de mago, a las que no sería necesario aludir cuando él acudiera a la casa, parecía un anciano caballero muy correcto.

—Cierto. Pero por el momento, lo primero es procurar que la señorita Wintertowne no abuse de sus fuerzas... y precisamente por esa razón deseaba hablar especialmente con usted. Ignoro cuál pueda ser su opinión, pero a mí me parecería conveniente aplazar la boda una o dos semanas.

La señora Wintertowne no aprobó la idea: ya estaban hechos los preparativos, e incluso se había cocinado parte del banquete nupcial. Las sopas, las jaleas, las carnes hervidas, el esturión en escabeche y otras muchas cosas ya estaban dispuestas; ¿no sería una lástima dejar que se estropearan ahora y, dentro de una o dos semanas, volver a empezar? Sir Walter no tenía nada que oponer a argumentos de economía

doméstica, sugirió preguntar a la señorita Wintertowne si se sentía con fuerzas suficientes.

Así pues, ambos se levantaron de los asientos que ocupaban en el glacial salón donde había tenido lugar la conversación y subieron al segundo piso, a la salita de la joven, donde le hicieron la pregunta.

—Oh, en mi vida me había encontrado tan bien —dijo ella—. Me siento fuerte y animosa. Gracias. Esta mañana ya he salido. No suelo andar y casi nunca me apetece hacer ejercicio, pero esta mañana la casa me parecía una cárcel. Ansiaba estar fuera.

—Tal vez haya sido una imprudencia —observó sir Walter, inquieto. Miró a la señora Wintertowne—. ¿A usted le parece bien?

La mujer abrió la boca para protestar, pero su hija exclamó riendo:

—¡Oh, mamá no sabía nada! Cuando he salido, ella aún estaba en su habitación, durmiendo. Me ha acompañado Barnard. He dado la vuelta a la plaza veinte veces. ¡Veinte! ¿No es absurdo? ¡Pero sentía tantos deseos de caminar...! Creo que incluso habría corrido, de haber sido posible, pero en Londres... ya se sabe... —Volvió a reír—. Yo habría ido más allá, pero Barnard estaba muy nerviosa, temía que pudiera desmayarme en la calle. No quería que perdiéramos de vista la casa.

La miraban sin pestañear. Ésa era probablemente, entre otras cosas, la explicación más larga que sir Walter había oído de labios de su prometida. Estaba muy erguida en su asiento, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas: la estampa de la salud y la belleza. Parecía alegre y muy animada, hablando deprisa y con aquella inusual vivacidad. Era como si el señor Norrell no sólo le hubiera devuelto la vida, sino una vida dos o tres veces más intensa que la anterior.

Resultaba muy extraño.

—Desde luego —dijo sir Walter—, si se encuentra lo bastante bien para hacer ejercicio, nadie va a impedirselo; nada hay tan indicado para adquirir vigor y cuidar la salud como la práctica regular del ejercicio. Pero quizá por el momento sería preferible que no saliese sin avisar. Debería llevar a alguien para que la protegiera, además de Barnard. A partir de mañana, reclamo para mí ese honor.

—Pero usted está ocupado, sir Walter —le recordó ella—. Tiene que atender todos esos asuntos del gobierno.

—En efecto, pero...

—Oh, ya sé que casi siempre va a estar muy ocupado en cosas de negocios. Ya sé que más no puedo esperar.

Parecía tan resignada a que la descuidase que sir Walter abrió la boca para protestar; pero era tan cierto lo que ella decía que no logró articular palabra. Ya la primera vez que la había visto, en casa de lady Winsell en Bath, lo impresionaron su belleza y su elegancia... y rápidamente decidió que sería muy conveniente, además de casarse con ella tan pronto fuera factible, tratar de conocerla mejor, pues empezaba a

intuir que podía ser una buena esposa para él no sólo por su dinero. Pensaba que una horita de conversación contribuiría en buena medida a situarlos en ese plano de perfecta compenetración y confianza tan deseable entre marido y mujer. Albergaba grandes esperanzas en que este *tête-à-tête* habría de proporcionarles las muestras de sus respectivos gustos y preferencias. Ciertas cosas que ella había dicho lo animaban a pensar que así sería. Y por ser hombre —hombre inteligente— y contar cuarenta y dos años, tenía mucha información y muchas opiniones sobre casi cualquier tema, las cuales estaba más que dispuesto a comunicar a una encantadora joven de diecinueve años, que necesariamente había de encontrarlas cautivadoras. Pero, por un lado, los importantes asuntos de Estado que lo absorbían a él y, por el otro, la delicada salud de la joven, les habían impedido mantener tan interesante conversación; y ahora ella le decía que esperaba que las cosas siguieran igual cuando estuviesen casados. Lo cual no parecía importarle. Por el contrario, con su nueva vivacidad, parecía encontrar muy divertido que él hubiera podido engañarse a sí mismo pensando que las cosas iban a ser de otro modo.

Desgraciadamente, sir Walter ya llegaba tarde a una cita con el ministro de Asuntos Exteriores, por lo que tomó la mano de la señorita Wintertowne (su intacta mano derecha) y se la besó muy galán; le dijo que aguardaba con impaciencia el día siguiente, que haría de él el más feliz de los hombres; escuchó cortésmente —con el sombrero en la mano— un breve discurso de la señora Wintertowne sobre el tema; y salió de la casa decidido a atender a la cuestión con más detenimiento tan pronto dispusiera de tiempo para ello.

A la mañana siguiente se celebró la boda en la iglesia de San Jorge, en Hanover Square. Asistieron a la ceremonia casi todos los ministros de su majestad, dos o tres duques de la familia real, media docena de almirantes, un obispo y varios generales. Pero lamento tener que decir que, por indispensables que estos grandes hombres sean siempre para la paz y la prosperidad de una gran nación, el día en que la señorita Wintertowne contrajo matrimonio con sir Walter Pole, a nadie le importaba un rábano ninguno de ellos. El hombre que atraía las miradas, el hombre que todos señalaban al vecino con un cuchicheo, era el señor Norrell, el mago.

10. Las dificultades de hallar empleo para un mago (Octubre de 1807)

SIR Walter pensaba plantear la cuestión de la magia a los otros ministros gradualmente, a fin de que fueran habituándose al tema poco a poco, antes de proponerles que probaran los poderes del señor Norrell en la guerra. Temía que se opusieran; estaba seguro de que el señor Canning se mostraría sarcástico, lord Castlereagh refractario y el conde de Chatham simplemente perplejo.

Pero sus temores resultaron infundados. Pronto descubrió que los ministros eran tan sensibles a lo novedoso de la situación como el resto de los ciudadanos de Londres. En la primera ocasión en que el gabinete se reunió en Burlington House¹, sus miembros se declararon ansiosos de emplear al único mago de Inglaterra. Pero no estaba nada claro en qué utilizarlo. Hacía doscientos años que el gobierno inglés no encargaba una misión a un mago y le faltaba práctica.

—El primer problema de mi ministerio es el de encontrar hombres para el ejército —dijo lord Castlereagh—, tarea imposible, se lo aseguro; los ingleses son una raza muy poco militar. Pero tengo puesta la mirada en Lincolnshire; dicen que los cerdos de la región son magníficos y que la gente que se alimenta de ellos es sana y robusta. Lo que me convendría en este momento sería que se lanzara un hechizo sobre todo Lincolnshire, a fin de que tres o cuatro mil jóvenes sintieran el vivo deseo de hacerse soldados para combatir contra los franceses. —Miró a sir Walter con expresión esperanzada—. ¿Qué le parece? ¿Realizaría su amigo semejante hechizo?

Sir Walter no lo sabía, pero dijo que se lo preguntaría.

Aquel mismo día fue a visitarlo y le hizo la pregunta. Norrell se mostró encantado. No creía que nadie hubiera solicitado alguna vez semejante encantamiento y rogó a sir Walter que felicitara de su parte a lord Castlereagh por poseer tan original cerebro. En cuanto a si el conjuro era factible, dijo:

—La dificultad reside en restringir sus efectos a Lincolnshire y sus hombres jóvenes. Si tuviéramos éxito, de lo que estoy convencido, existe el peligro de que Lincolnshire y sus condados limítrofes queden desiertos.

Sir Walter así se lo comunicó a lord Castlereagh.

El siguiente acto de magia que sugirieron los ministros agradó bastante menos a Norrell. La resurrección de lady Pole ocupaba los pensamientos de todo Londres y los ministros no eran inmunes a la fascinación general. Lord Castlereagh fue el promotor de la propuesta: preguntó a los otros ministros a quién había temido Napoleón Buonaparte más que a nadie. ¿Cuál era el hombre que siempre parecía saber de antemano lo que iba a hacer el malvado emperador? ¿El que había infligido tan aplastante derrota a los franceses que no se atrevían a asomar la nariz fuera de sus

puertos? ¿El que reunía todas las virtudes que distinguen al inglés? ¿Quién, si no lord Nelson? Así pues, había que resucitarlo.

A lo que el señor Canning, persona enérgica y belicosa, respondió que desde luego se echaba de menos a lord Nelson. Había sido el héroe nacional, había hecho todo lo que decía lord Castlereagh. Pero, en resumidas cuentas —y con todos los respetos para la Marina Real, la más gloriosa de las instituciones británicas—, Nelson no había sido más que un marino, mientras que el difunto señor Pitt lo había sido todo². Si había que devolver la vida a algún muerto, la elección no admitía duda: tenía que ser Pitt.

Lord Chatham, hermano del difunto señor Pitt, secundó la proposición, como es natural, pero preguntó por qué tenía que haber elección, ¿por qué no resucitar a Pitt y también a Nelson? Sólo habría que pagar el doble al mago, y no creía que pudiera haber objeciones a eso, ¿verdad?

Entonces los otros ministros propusieron otros candidatos a la revivificación, hasta que parecía que la mitad de los sepulcros de Inglaterra iban a quedar vacíos. Pronto tuvieron una lista muy larga y, como era habitual, se enzarzaron en una discusión.

—Esto no puede ser —dijo sir Walter—. Por alguien hay que empezar, y me parece que todos y cada uno de nosotros hemos llegado a donde estamos gracias a la amistad del señor Pitt. Haríamos mal en dar la preferencia a otro caballero.

Se envió a un mensajero a Hanover Square para que recogiera al señor Norrell y lo llevara a Burlington House. Se introdujo al mago en el magnífico salón decorado con pinturas al fresco en que se hallaban reunidos los ministros. Sir Walter le dijo que estaban planteándose otra resurrección.

Norrell palideció y murmuró que la gran consideración que le inspiraba sir Walter lo había impulsado a practicar un tipo de magia que en otras circunstancias no habría intentado. Realmente, no tenía el menor deseo de repetir la operación; los señores ministros no sabían lo que pedían.

Pero cuando se enteró de quién era el candidato propuesto, se calmó visiblemente y musitó unas palabras acerca del estado del cuerpo.

Entonces los ministros cayeron en que el señor Pitt llevaba muerto casi dos años y que, por adictos que le hubieran sido en vida, en realidad no sentían grandes deseos de verlo en su actual estado. Su hermano lord Chatham observó con tristeza que, a esas alturas, el pobre William debía de estar bastante desmadejado.

No volvió a hablarse del tema.

Al cabo de una semana aproximadamente, lord Castlereagh propuso enviar al señor Norrell a los Países Bajos, o quizá a Portugal —lugares donde los ministros abrigaban una leve esperanza de hallar ayuda en su lucha contra Buonaparte—, para que practicara magia bajo la dirección de los generales y almirantes. Así pues, el

almirante Paycocke, anciano marino de cara colorada, y el capitán Harcourt-Bruce del 20º de la Ligera de Dragones fueron enviados a Hanover Square en expedición conjunta de tierra y mar, para realizar tareas de observación del señor Norrell.

Harcourt-Bruce era no sólo bien parecido, gallardo y valiente sino también bastante romántico. La reaparición de la magia en Inglaterra lo ilusionaba vivamente. Era un gran lector de las historias más apasionantes, y tenía la cabeza llena de antiguas batallas en que los ingleses eran muy inferiores en número a los franceses y estaban a punto de sucumbir cuando, de pronto, se oía el sonido de una música extraña y sobrenatural, y en lo alto de una colina aparecía el Rey Cuervo con su alto casco negro y el manto de plumas de cuervo ondeando al viento, bajaba la ladera al galope de su negro corcel, seguido de cien caballeros mortales y cien caballeros inmortales, y derrotaba a los franceses con su magia.

Eso era lo que el capitán Harcourt-Bruce entendía por mago. Ésa la clase de magia que esperaba ver desplegada en todos los campos de batalla del continente. Por tanto, cuando contempló al señor Norrell en el salón de su casa y lo oyó quejarse con impaciencia al criado, primero de que la nata para el té estaba demasiado espesa y, después, demasiado clara... bien, no creo que el lector se sorprenda si digo que se sintió un tanto decepcionado. Tan decaído estaba por la visita que Paycocke, un anciano caballero chusco y jovial, lo compadeció y sólo bromeó a sus expensas con moderación.

El almirante Paycocke y el capitán Harcourt-Bruce se presentaron ante los ministros y dijeron que era del todo improcedente que el gobierno enviara al señor Norrell a parte alguna, que los almirantes y generales nunca se lo perdonarían. Durante varias semanas de aquel otoño, pareció que los ministros no podrían encontrarle ocupación a su único mago.

11. Brest (Noviembre de 1807)

LA primera semana de noviembre, una escuadra francesa se aprestaba para zarpar de Brest, puerto situado en la península de Bretaña, en la costa occidental de Francia. Era intención de los franceses patrullar por el golfo de Vizcaya para capturar barcos ingleses o, cuanto menos, impedir que los ingleses hicieran lo que al parecer pretendían hacer

Soplaba un buen viento de tierra. Los marineros franceses se preparaban con rapidez y eficacia y los barcos estaban ya casi dispuestos para zarpar cuando, de pronto, aparecieron grandes nubarrones y empezó a llover con fuerza.

Ahora bien, lo natural era que en un puerto tan importante como Brest hubiese muchas personas que se dedicaran a estudiar los vientos y el tiempo. En el momento en que los navíos iban a soltar amarras, varias de esas personas corrieron a los muelles, muy alteradas, para advertir a los marineros que en aquella lluvia había algo muy extraño: las nubes, decían, habían llegado del norte, mientras que el viento soplaba del este. Era imposible, pero había ocurrido. Los capitanes de los barcos sólo habían tenido tiempo de mostrarse atónitos, incrédulos o intimidados —según su carácter— cuando llegó otra noticia.

El puerto de Brest consta de una bahía interior y otra exterior, estando la primera separada del mar abierto por una península larga y estrecha. La lluvia arreciaba y los oficiales al mando de las naves fueron informados de que en la bahía exterior había aparecido una gran flota de barcos ingleses.

¿Cuántos había? Los informadores lo ignoraban. Más de los que podían contarse con facilidad, quizá un centenar. Al igual que la lluvia, al parecer, los barcos se habían presentado instantáneamente, como salidos de un mar vacío. ¿De qué clase eran? ¡Ah, eso era lo más extraño! Todos eran grandes buques de guerra de dos y tres puentes, bien armados.

Aquello era asombroso. En realidad, más que la súbita aparición de los barcos, asombraba su gran número y tamaño. La Marina británica bloqueaba el puerto de Brest con frecuencia, pero nunca con más de veinticinco naves, de las que sólo cuatro o cinco eran buques de línea y el resto, ágiles fragatas de pequeño tamaño y balandros.

Era tan sorprendente la noticia de los cien barcos que los capitanes franceses no la creyeron hasta que, a caballo o en bote de remos, se acercaron hasta Lochrist, Camaret Saint-Julien y otros lugares en los que, desde lo alto de las rocas, pudieron ver los navíos con sus propios ojos.

Pasaban los días. El cielo estaba plúmbeo y seguía lloviendo. Los barcos ingleses permanecían tercamente en el mismo sitio. Los habitantes de Brest temían que

algunos trataran de acercarse a la ciudad para bombardearla. Pero los buques no hacían nada.

Más extrañas aún eran las noticias que llegaban de otros puertos del Imperio francés, de Rochefort, Tolón, Marsella, Génova, Venecia, Flushing y otras cien ciudades de menor importancia. También ellas se hallaban bloqueadas por flotas británicas de un centenar de buques de guerra. Era inconcebible. Todas aquellas flotas juntas sumaban más barcos de guerra de los que poseían los ingleses; incluso más de los que había sobre la faz de la tierra.

En Brest, el oficial de más alta graduación era por entonces el almirante Desmoulins. Éste tenía un criado, un sujeto no más alto que un niño de ocho años y todo lo moreno que pueda ser un europeo. Era como si lo hubieran dejado en el horno demasiado tiempo y se les hubiera quemado un poco. Tenía la piel color café y tan rugosa como un budín de arroz reseco. Su pelo era negro, hirsuto y grasiento como las partes menos apetecibles de un pollo asado. Se llamaba Perroquet, «loro». El almirante Desmoulins estaba muy orgulloso de Perroquet; orgulloso de su tamaño, orgulloso de su inteligencia, orgulloso de su agilidad y orgulloso, sobre todo, de su color. Solía ufanarse de haber visto a negros que, al lado de su sirviente, parecían pálidos.

Fue Perroquet quien pasó cuatro días sentado bajo la lluvia observando los barcos con un catalejo. El agua le chorreaba de las puntas de su bicornio tamaño infantil como por dos pequeños desagües, le caía en la esclavina de su abrigo tamaño infantil, volviéndoselo terriblemente pesado y convirtiendo la lana en fieltro, y le resbalaba en pequeños regueros por su piel grasienta y tostada; pero él no parecía darse cuenta.

Al cabo del cuarto día, Perroquet suspiró, se levantó con agilidad, estiró los brazos, se quitó el bicornio, se rascó la cabeza furiosamente y dijo:

—Bien, mi almirante, son los barcos más extraños que he visto en mi vida, y no los entiendo.

—¿En qué sentido?

Con Perroquet, en los acantilados próximos a Camaret Saint-Julien estaban el almirante Desmoulins y el capitán Jumeau, y también a ellos les chorreaba la lluvia por las puntas del bicornio, convertía la lana de sus abrigos en fieltro y les había encharcado las botas con media pulgada de agua.

—Es que están en el agua como encalmados, y encalmados no pueden estar. Sopla un fuerte viento del oeste que tendría que empujarlos hacia estas rocas, pero ¿los empuja? No. ¿Los navíos barloventean? No. ¿Arrían velas? No. He perdido la cuenta de las veces que ha cambiado el viento en estos cuatro días, ¿y qué han hecho las tripulaciones de esos barcos? Nada.

El capitán Jumeau, que detestaba a Perroquet y estaba celoso por la influencia que éste ejercía en el almirante, se echó a reír.

—Su criado está loco, mi almirante. Si los ingleses fueran tan perezosos o ignorantes como dice, a estas horas sus naves serían montones de palos rotos.

—Más parecen pinturas que barcos de verdad —musitó Perroquet, sin prestar atención al capitán—. Pero lo más extraño, mi almirante, es ese buque de tres cubiertas que está en el extremo norte de la línea. El lunes era igual que los otros, pero ahora tiene las velas hechas jirones, le falta el palo de mesana y tiene un boquete en un costado.

—¡Hurra! —gritó Jumeau—. Una tripulación de franceses valientes lo ha alcanzado mientras nosotros estamos aquí hablando.

Perroquet sonrió.

—¿Usted cree, capitán, que los ingleses permitirían que un barco francés se acercase a su flota, les destrozara un buque y se fuera tan tranquilo? ¡Ja! Me gustaría verlo hacer eso, capitán, con su barquito. No, mi almirante; mi opinión es que el navío inglés se disuelve.

—¿Se disuelve? —exclamó el almirante, sorprendido.

—El casco se abomba como la bolsa de la labor de una vieja. Y el bauprés y la vela de abanico están hundiéndose en el agua.

—¡Qué idiotez! —dijo el capitán Jumeau—. ¿Cómo va a disolverse un barco?

—No lo sé respondió, pensativo—. Depende de con qué esté hecho.

—Jumeau, Perroquet —dijo el almirante Desmoullins—, creo que lo mejor que podemos hacer es acercarnos a echar un vistazo a esos buques. Si los ingleses dan muestras de querer atacarnos, viraremos en redondo, pero quizá podamos descubrir algo.

Así que Perroquet, el almirante y el capitán Jumeau se hicieron a la mar bajo la lluvia, acompañados de un puñado de valientes. Porque los marineros, si bien soportan las penalidades con estoicismo, son supersticiosos, y no era Perroquet el único en Brest que había visto algo raro en la flota inglesa.

Cuando hubieron avanzado un trecho, nuestros aventureros observaron que las extrañas naves eran enteramente grises y que relucían; aun bajo aquel cielo oscuro, aun en medio de aquella lluvia torrencial, brillaban. Por un momento, las nubes se abrieron y un rayo de sol dio en el mar. Los barcos desaparecieron. Las nubes se cerraron, y los barcos volvieron.

—¡Santo Dios! —exclamó el almirante—. ¿Qué es eso?

—Quizá hayan hundido a todos los barcos ingleses y éstos sean sus fantasmas.

Lo cierto era que los misteriosos barcos resplandecían, lo que dio lugar a conjeturas sobre el material de que estaban hechos. El almirante dijo que, quizá, hierro o acero. (¡Qué ocurrencia, barcos de hierro! Ya me parecía a mí que los franceses eran un pueblo fantasioso.)

El capitán Jumeau apuntó que tal vez fueran de papel de plata.

—¡Papel de plata! —repitió el almirante meneando la cabeza.

—Sí, señor —insistió el capitán—. Las señoras hacen rollitos con papel de plata y luego los trenzan para formar cestillos que decoran con flores o llenan de ciruelas escarchadas.

El almirante y Perroquet se sorprendieron al oír eso, pero Jumeau era un hombre apuesto y debía de saber mucho más que ellos sobre las costumbres de las damas.

Pero si a una señora le llevaba una tarde hacer un cestillo, ¿cuántas señoras se necesitarían para hacer una flota? El almirante dijo que sólo de pensarlo le dolía la cabeza.

Volvió a lucir el sol. Esa vez estaban más cerca de los barcos y vieron cómo la luz del sol brillaba... ¡a través de ellos!, y cómo los barcos se diluían hasta que de ellos no quedó más que un leve fulgor en el agua..

—Cristal —dijo el almirante, acercándose bastante a la verdad, pero fue el avisgado Perroquet quien finalmente acertó de pleno.

—No, mi almirante: lluvia. Están hechos de lluvia.

Las gotas de lluvia se unían formando masas corpóreas: mástiles, tablas y lienzos a los que alguien había dado la apariencia de cien barcos.

Los tres hombres ardían de curiosidad por saber quién había podido hacer tal cosa, y convinieron en que debía de ser un maestro forjador de lluvia.

—¡Pero no sólo un maestro forjador de lluvia! —exclamó el almirante—. ¡También un maestro titiritero! ¡Mirad cómo cabecean! ¡Cómo se hinchan y caen las velas!

—Son lo más hermoso que he visto en mi vida —asintió Perroquet embelesado —, pero repito lo dicho: quienquiera que sea no sabe nada de barcos ni de navegación.



La embarcación de madera del almirante estuvo paseándose entre las naves de lluvia durante dos horas. Por ser de lluvia, no dejaban escapar sonido alguno: ni crujir de madera, ni restallar de velas al viento, ni voces de marineros. Varias veces grupos de hombres de lluvia, de cara lisa, se asomaron por la borda para mirar al barco de madera con su tripulación de hombres de carne y hueso, pero lo que pensarán los marineros de lluvia nadie podía saberlo. A pesar de todo, el almirante, el capitán y Perroquet se sentían perfectamente seguros porque, como dijo el último:

—Aunque quisieran dispararnos, sería con balas de cañón de lluvia y sólo conseguirían mojarnos.

Los tres estaban extasiados. Olvidaron que los habían engañado, que habían perdido una semana y que, durante ese tiempo, los ingleses habían estado arribando a puertos de las costas báltica y portuguesa, y a otros muchos a los que el emperador Napoleón Buonaparte no deseaba que fueran. Pero ya parecía debilitarse el hechizo (lo cual, aparentemente, explicaba que estuviera disolviéndose el barco situado en el extremo norte de la flota). Al cabo de dos horas dejó de llover y enseguida se deshizo el encantamiento, lo que Perroquet, el almirante y el capitán Jumeau percibieron como una extraña dislocación de los sentidos, como si hubieran degustado un cuarteto de cuerda o les hubiera herido los tímpanos la visión del color azul. Por un instante, los barcos de lluvia se convirtieron en barcos de niebla que la brisa disipó

suavemente.

Los franceses estaban solos en un Atlántico vacío.

12. El espíritu de la Magia Inglesa conduce al señor Norrell al auxilio de Britania (Diciembre de 1807)

UN día de diciembre, dos grandes carros colisionaron en Cheapside. Uno de ellos, cargado de barriles de jerez, volcó. Mientras los carreteros discutían acerca de quién había tenido la culpa, unos transeúntes observaron que de un tonel manaba jerez. Al momento se congregó una multitud de bebedores, pertrechados de vasos y jarras, garfios y barras de hierro, con los que abrían agujeros en los demás barriles. Vehículos y personas no tardaron en colapsar Cheapside por completo, de modo que se formaron largas colas de carruajes en las calles adyacentes, Poultry, Threadneedle, Bartholomew Lane, y en la dirección contraria, Aldersgate, Newgate y Paternoster Row. Imposible imaginar siquiera cómo iba a deshacerse aquella maraña de coches, caballos y gente.

Zanjada la disputa, los carreteros (uno alto y apuesto y el otro bajo y grueso) se convirtieron en el Baco y el Sileno de aquella orgía. Para su propia diversión y la de sus seguidores, se dedicaron a abrir las puertas de los carruajes y mirar qué hacían los ricos en su interior. Cocheros y lacayos trataban de impedir tal impertinencia, pero era imposible contener a una muchedumbre ya demasiado borracha para sentir los trallazos que les descargaban los cocheros más furiosos. El carretero grueso, al descubrir al señor Norrell en uno de los vehículos, gritó:

—¡Diablos! ¡El viejo Norrell!

Los dos carreteros subieron para estrecharle la mano y asegurarle, entre vaharadas de jerez, que sin pérdida de tiempo abrirían paso al héroe del bloqueo a los franceses. Cumplieron su promesa, y respetables ciudadanos vieron cómo los caballos eran desenganchados de sus coches y éstos arrastrados y empujados a patios de curtidores y sitios no menos inmundos, o metidos en sucios callejones en los que quedaban atascados y rayados. Y cuando hubieron abierto paso, los carreteros y sus amigo: escoltaron al señor Norrell hasta Hanover Square, vitoreándolo, lanzando los sombreros al aire e improvisando cánticos de alabanza.

Al parecer, todos estaban entusiasmados con lo que había hecho el mago. Se había engañado a buena parte de la Armada francesa, que había permanecido retenida en puerto once días, durante los cuales los ingleses habían podido moverse a placer por el golfo de Vizcaya, el canal de la Mancha y el mar Báltico, y se habían realizado grandes cosas. Se había llevado a espías a diversos puntos del Imperio francés y se había conseguido que otros regresaran con noticias acerca de lo que hacía Buonaparte. Y los mercantes ingleses habían descargado café, algodón y especias en

puertos holandeses y bálticos sin tropiezos.

Se decía que Napoleón estaba registrando toda Francia en busca de un mago propio, pero sin éxito. En Londres, los ministros descubrieron con asombro que, por una vez, habían hecho algo que la nación aplaudía.

El señor Norrell fue invitado al Almirantazgo, en cuya sala de reuniones bebió vino de Madeira. Sentado junto al fuego, mantuvo una charla larga y cordial con lord Mulgrave, primer lord del Almirantazgo, y el señor Horrocks, primer ministro del Almirantazgo. Tallados en la repisa de la chimenea había instrumentos de navegación y guirnaldas de flores, que Norrell admiró sinceramente. Después de describir las hermosas tallas de la biblioteca de Hurtfew, dijo:

—Y no obstante lo envidio, milord. En serio, lo envidio. ¡Qué bella reproducción de los utensilios de su profesión! ¡Cómo me gustaría haber hecho otro tanto! Nada tan impresionante. Yo diría que nada inspira en el hombre mayor deseo de empezar su jornada que la visión de sus instrumentos perfectamente dispuestos... o la imagen de los mismos, reproducida en buen roble inglés como éste. Aunque, la verdad, un mago necesita pocas herramientas. Le revelaré un pequeño secreto, milord: cuanto más aparato lleva consigo un mago, polvos de colores, gatos disecados, gorros mágicos y demás, más amigo es de supercherías.

—¿Y cuáles son las pocas herramientas que necesita un mago? —preguntó cortésmente Horrocks.

—Pues, en realidad, nada. Nada más que un cuenco de plata para ver las visiones.

—¡Oh! Daría cualquier cosa por presenciar esa clase de magia. ¿Usted no, milord? ¿No querría mostrarnos una visión en un cuenco de plata, señor Norrell?

Norrell no era dado a satisfacer tan banal curiosidad, pero estaba tan satisfecho del recibimiento que se le había dispensado en el Almirantazgo (pues aquellos dos caballeros le habían hecho objeto de grandes atenciones) que accedió sin demora. Así pues, enviaron a un criado por un cuenco de plata.

—De un pie de diámetro —pidió—. Lleno de agua clara.

Hacia poco, el Almirantazgo había cursado órdenes para que tres barcos se reunieran al sur de Gibraltar, y lord Mulgrave sentía gran curiosidad por saber si ya se habían encontrado. ¿Podría descubrirlo el señor Norrell? Este no lo sabía, pero prometió intentarlo. Cuando llegó el cuenco y el mago se inclinó sobre él, Mulgrave y Horrocks tuvieron la impresión de que nada podía evocar la antigua gloria de la magia inglesa mejor que aquella escena; se sentían como en los tiempos de Stokesey, Godbless y el Rey Cuervo.

En la superficie del agua apareció la imagen de tres barcos surcando las olas de un mar azul. En la habitación sumida en las brumas de diciembre irrumpió el reverbero de una clara luz mediterránea, que se reflejó en las caras de los tres caballeros inclinados sobre el cuenco.

—¡Se mueve! —exclamó lord Mulgrave con asombro.

Así era. Deliciosas nubes blancas se deslizaban por el cielo azul, los navíos hendían las olas con suave balanceo y en ellos se movían figuras diminutas. Mulgrave y Horrocks reconocieron sin dificultad al *Catherine* de Winchester, el *Laurel* y el *Centaur* de su majestad.

—¡Oh, señor Norrell! —exclamó Horrocks—. El *Centaur* es el barco de mi primo. ¿Podría mostrarme al capitán Barry?

Norrell se agitó un poco, sorbió el aire con un brusco siseo, miró fijamente el cuenco de plata y, poco a poco, apareció la imagen de un hombre rubio de cara sonrosada, como un querubín grandote, que se paseaba por el alcázar. Horrocks aseguró que era su primo, el capitán Barry.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? Es una alegría saber que goza de buena salud.

—¿Puede decirnos dónde se encuentran ahora? —preguntó Mulgrave.

—¡Ay! —exclamó Norrell—. Este arte de crear imágenes es de lo más impreciso¹. Me complace haber tenido el honor de mostrar a su señoría algunos de los barcos de su majestad. Más aún me satisface que sean los que su señoría deseaba ver, lo cual, francamente, es más de lo que yo esperaba; pero mucho me temo no poder decirle más.

Tan complacido estaba el Almirantazgo con todo lo conseguido por el mago que lord Mulgrave y el señor Horrocks pronto se pusieron a buscar otras tareas que encomendarle. La Armada de Su Majestad había capturado recientemente un barco de guerra francés que tenía un bello mascarón en forma de sirena, de claros ojos azules, labios de coral, espléndida mata de dorados bucles artísticamente adornados con estrellas de mar y cangrejos de madera, y una cola como de pan de jengibre cubierto de plata dorada. Se sabía que, antes de ser apresado, el barco había estado en Tolón, Cherburgo, Amberes, Rotterdam y Génova, por lo que la sirena tenía que haber visto muchas defensas enemigas y observado la marcha del gran plan de construcción naval de Napoleón. Horrocks le pidió a Norrell que hechizara a la sirena para que les contara todo lo que sabía. Así lo hizo él. Pero, aunque consiguió hacerla hablar, en un principio no hubo manera de que contestase a ninguna pregunta. Se consideraba enemiga implacable de los ingleses y se mostró encantada de que se le hubiera concedido el don de la palabra, porque así podía expresar todo el odio que les tenía. Por haber pasado toda su existencia entre marineros, conocía muchos insultos y no vacilaba en lanzarlos a todo el que se acercara a ella, con una voz que sonaba a crujido de mástiles y tablas azotadas por un vendaval. Y no se limitaba a atacar a los ingleses de palabra: a tres hombres que se pusieron al alcance de sus brazos de madera mientras trabajaban en el barco, los agarró con sus grandes manos y los arrojó al agua.

El señor Horrocks, que se había trasladado a Portsmouth para hablar con la sirena,

se impacientó y le dijo que ordenaría que la hicieran astillas y la quemaran. Pero, aunque francesa, ella era valiente y replicó que le gustaría ver al que se atreviera a quemarla. Y sacudió la cola y agitó los brazos amenazadoramente, y todas las estrellas de mar y los cangrejos de madera de su pelo se pusieron de punta.

La situación se resolvió cuando el joven y apuesto capitán que había capturado el barco fue enviado a parlamentar con ella. En un francés diáfano, el marino le hizo comprender que la causa de los ingleses era justa y la de los franceses, terriblemente injusta. No sé si fue la persuasión de sus palabras o la hermosura de su rostro lo que la convenció, pero lo cierto es que la sirena le dijo al señor Horrocks todo lo que deseaba saber.

A cada día que pasaba, la fama de Norrell crecía, y un avisado impresor llamado Holland que poseía una imprenta en St. Paul's Churchyard tuvo la idea de encargarse de la confección de un grabado para venderlo en su tienda. El grabado mostraba al señor Norrell, en compañía de una señorita someramente vestida con una holgada camisola. Una materia rígida y oscura se enroscaba en espiral en torno a su cuerpo, sin llegar a tocarlo, y una media luna le adornaba los bucles del pelo. Ella había tomado del brazo al señor Norrell (que parecía totalmente atónito por la situación) y tiraba de él con energía para obligarlo a subir por una escalera mientras señalaba con énfasis a una matrona sentada en lo alto. La matrona, ataviada igual que la jovencita, con camisola, colgantes y tocada con un elegante casco romano, parecía llorar con desconsuelo mientras un viejo león, su única compañía, yacía a sus pies con expresión sombría. El grabado, que llevaba por título *El espíritu de la Magia Inglesa conduce al señor Norrell al auxilio de Britania*, tuvo un éxito enorme, y el señor Holland vendió casi setecientos ejemplares en un mes.

Norrell ya no salía tanto como antes, sino que se quedaba en su casa y recibía las reverentes visitas de personas de alto rango. No era insólito que en el transcurso de una mañana se detuviesen frente a la casa de Hanover Square cinco o seis coches con el distintivo de una corona pintado en la puerta. Él seguía siendo el mismo hombrecillo callado y nervioso de siempre, y los ocupantes de aquellos carruajes se habrían aburrido bastante durante la visita de no ser por los señores Drawlight y Lascelles, que les daban conversación. Norrell dependía cada día en mayor medida de esos dos caballeros. Childermass había dicho en cierta ocasión que extraño mago sería aquel que utilizara los servicios de Drawlight, y ahora su amo los utilizaba constantemente; Drawlight iba de un lado a otro en el coche del señor Norrell a resolverle asuntos. Todas las mañanas temprano, llegaba a Hanover Square para informarle de lo que se decía en la ciudad, quién ascendía y quién caía, quién contraía deudas y quién se había enamorado, de manera que el mago, sin salir de su biblioteca, estaba tan enterado de lo que pasaba en la ciudad como cualquier dama de sociedad.

Quizá más sorprendente todavía resultaba la devoción de Lascelles por la causa

de la magia inglesa. No obstante, la explicación era bien sencilla: Lascelles pertenecía a esa extraña clase de personas que desprecian todo empleo fijo. Aunque plenamente consciente de su superior inteligencia, nunca se preocupó de adquirir habilidades o conocimientos especiales, y había llegado a los treinta y nueve años sin aptitud para empleo u ocupación alguna. Había mirado en derredor y visto hombres que, habiendo trabajado con diligencia durante toda su juventud, habían escalado puestos de poder e influencia, y no cabe duda de que los envidiaba. Por consiguiente, resultaba muy satisfactorio para él convertirse en consejero jefe del mayor mago de su tiempo y recibir las consultas que respetuosamente le hacían los ministros de su majestad. Aunque seguía aparentando la despreocupada indiferencia que lo caracterizaba, en realidad estaba muy orgulloso de su recién adquirida importancia. Él y Drawlight habían llegado a un acuerdo una noche, frente a una botella de oporto. Habían convenido en que a un caballero tan discreto y reservado como el señor Norrell tenían que bastarle dos amigos, y habían formado una alianza para proteger mutuamente sus intereses impidiendo que otras personas pudieran adquirir influencia sobre el mago.

Fue Lascelles quien propuso a Norrell la idea de escribir. El pobre hombre se sentía indignado por el concepto que de la magia tenía la gente y se lamentaba de la ignorancia general sobre el tema.

—Me piden que conjure hadas —decía—, unicornios, endriagos y similares. No se dan cuenta de la utilidad de los hechizos que he practicado. Sólo les interesa lo más frívolo de la magia.

—Los actos de magia le darán fama, pero no harán que se comprendan sus opiniones. Para eso debe usted escribir.

—¡Tiene mucha razón! —exclamó Norrell con vehemencia—. Escribiré un libro, como usted me aconseja; pero me temo que voy a tardar años en disponer del tiempo necesario.

—Sí, en eso estamos de acuerdo: un libro supone mucho trabajo —dijo Lascelles lánguidamente—. Pero yo no pensaba en un libro. Yo me refería a dos o tres artículos. Estoy seguro de que no hay en Londres ni en Edimburgo un director de periódico que no estuviera encantado de publicar cualquier cosa que quisiera usted enviarle. Podría usted elegir, pero, si me lo permite, yo le aconsejo la *Edinburgh Review*. No hay en todo el reino una sola familia que se precie de culta que no la lea. No hay medio más rápido para lograr que la gente comprenda mejor sus opiniones.

Tan persuasivo se mostró Lascelles diciéndole que sus artículos estarían en las mesas de todas las bibliotecas y que sus ideas serían comentadas en todos los salones que, de no ser por la profunda aversión que el señor Norrell sentía hacia la *Edinburgh Review*, se habría puesto a escribir de inmediato. Desafortunadamente, esa publicación era conocida por sus planteamientos radicales, sus críticas al gobierno y

su oposición a la guerra contra Francia, todo lo cual era contrario a las convicciones de Norrell.

—Además —dijo—, no deseo escribir reseñas de libros de otras personas, que es lo que hace esa revista. Los libros que sobre magia se publican hoy en día son de lo más pernicioso, están plagados de errores y aberraciones.

—Pues dígalos usted así. Cuanto más duro se muestre, más contentos estarán los editores.

—Pero lo que yo quiero es dar a conocer mis opiniones, no debatir las ajenas.

—Precisamente juzgando la obra de los demás y resaltando sus errores conseguirá que los lectores comprendan mejor sus opiniones. Nada más fácil que utilizar una obra ajena en beneficio propio. Basta con que mencione el libro una vez o dos, y ya puede dedicar el resto del artículo a desarrollar el tema propio. Es lo que hace todo el mundo, se lo aseguro.

—Hum —musitó Norrell, pensativo—. Quizá tenga razón. Pero no; parecería que estoy prestando apoyo a algo que nunca debería haberse publicado.

Y en ese punto se mostró irreductible.

Lascelles estaba decepcionado. La *Edinburgh Review* superaba de largo a sus rivales en brillantez e ingenio. Sus artículos eran devorados por todos los habitantes del reino, desde el cura más modesto hasta el primer ministro. En comparación, otras publicaciones eran soberanamente aburridas.

Ya estaba resignado a abandonar la idea y casi la había olvidado cuando recibieron una carta de un joven librero llamado Murray. Éste solicitaba respetuosamente a los señores Lascelles y Drawlight que tuvieran a bien concederle el honor de visitarlos, en el día y la hora que más les conviniese. Deseaba hacerles una proposición, decía, una proposición relacionada con el señor Norrell.

Unos días después, ambos edecanes recibían al librero en casa de Lascelles, situada en Bruton Street. El visitante era un hombre enérgico y activo que les expuso su propuesta sin preámbulos.

—Al igual que el resto de los habitantes de estas islas, caballeros, me he sentido asombrado y jubiloso por el extraordinario resurgimiento que la magia inglesa ha experimentado últimamente. También me ha admirado el entusiasmo con que el público inglés ha saludado la reaparición de un arte que durante mucho tiempo se había creído muerto. Estoy convencido de que un periódico dedicado a la magia conseguiría una gran circulación. Literatura, política, religión y viajes están muy bien, siempre serán temas populares, pero la magia, la magia práctica y real como la del señor Norrell, tiene la ventaja de la novedad. Mi pregunta, caballeros, es si creen que el señor Norrell se mostraría favorable a mi propuesta. Creo que él tiene mucho que decir sobre el tema. Y tengo entendido que sus opiniones son absolutamente asombrosas. Desde luego, en el colegio todos aprendimos algo acerca de la historia y

la teoría de la magia, pero hacía tanto tiempo que en estas islas no se practicaba que supongo que lo que nos enseñaban estaba lleno de errores y malas interpretaciones.

—¡Ah, qué clarividencia la suya, señor Murray! ¡Cómo se alegraría el señor Norrell de oírlo decir eso! Errores y malas interpretaciones, ¡justo! Todo el que tiene el privilegio, como lo he tenido yo en muchas ocasiones, de gozar con la conversación del señor Norrell, se convence de que ésa es precisamente la situación.

—Desde hace tiempo, el más ferviente deseo del señor Norrell es poner al alcance de un público más amplio los medios para adquirir una mejor comprensión de la magia moderna —dijo Lascelles—. Pero, ¡ay! cuántas veces los deseos quedan frustrados por las obligaciones, y el Almirantazgo y el Ministerio de la Guerra lo mantienen muy ocupado.

Murray respondió que, por supuesto, todas las razones debían supeditarse a la razón suprema de la guerra, y el señor Norrell era un tesoro nacional.

—Pero quizá pudiera hallarse la manera de disponer las cosas a fin de que no recayera todo el peso en sus hombros. Nosotros emplearíamos a un editor para planificar los números, solicitar artículos y reseñas, corregir... Todo, bajo la supervisión del propio señor Norrell, naturalmente.

—Por supuesto —asintió Lascelles—. Todo bajo la supervisión del señor Norrell. En eso insistiríamos.

La entrevista terminó con gran cordialidad por ambas partes y con la promesa de Lascelles y Drawlight de hablar con el señor Norrell enseguida.

Drawlight siguió con la mirada a Murray, que salía de la habitación.

—Escocés —dijo en cuanto se cerró la puerta.

—Desde luego —corroboró Lascelles—. Pero no tengo nada que objetar. Los escoceses suelen ser gente muy capacitada y sagaz para los negocios. Creo que la cosa puede salir bien.

—Me ha parecido bastante respetable, casi un caballero en realidad. Salvo por esa manera tan rara de mirarte fijamente con el ojo derecho mientras deja que el otro se pasee por la habitación. Un poco desconcertante.

—Es que con el derecho no ve.

—¿No?

—No; Canning me lo dijo. Un maestro le clavó un cortaplumas cuando era niño.

—¡Qué barbaridad! ¡Pero, imagine, mi querido Lascelles! ¡Todo un periódico, dedicado a las opiniones de una persona! ¡Nunca lo hubiera soñado! El mago se quedará asombrado cuando se lo digamos.

—Le parecerá la cosa más natural del mundo —sonrió Lascelles—. Su vanidad no tiene límites.

Como había pronosticado Lascelles, el mago no encontró nada extraordinario en la propuesta, pero de inmediato empezó a poner objeciones.

—Es un plan excelente —dijo—, pero, por desgracia, impracticable. No tengo tiempo para supervisar un periódico y no puedo encomendar a otra persona tan importante tarea.

—Lo mismo creía yo —dijo Lascelles—, hasta que me acordé de Portishead.

—¿Portishead? ¿Quién es Portishead?

—Bien... es un teórico de la magia, pero...

—¿Un teórico? —interrumpió Norrell, alarmado—. ¡Ya sabe lo que pienso de eso!

—Ah, pero usted no sabe lo que iba a decir de él. Es tan grande la admiración que siente por usted que, al enterarse de que los magos teóricos no merecen su aprobación, abandonó sus estudios al instante.

—¿Eso hizo? —preguntó Norrell, aplacado por esa información.

—Ha publicado un libro o dos, he olvidado cuáles son exactamente, una historia de la magia del siglo dieciséis para niños o algo por el estilo². Estoy convencido de que podría usted confiar el periódico a lord Portishead con absoluta tranquilidad. No hay riesgo de que publique algo que usted no apruebe. Tiene fama de ser uno de los hombres más honorables del reino. Su mayor deseo será complacerlo, estoy seguro³.

No sin cierta reserva, Norrell accedió a entrevistarse con lord Portishead, a quien Drawlight escribió una carta convocándolo a Hanover Street.

Lord Portishead tenía treinta y ocho años. Era alto y delgado, de manos y pies largos y delgados. Solía llevar chaquetas blanquecinas y pantalones de color claro. Era un alma cándida a quien todo hacía sentir incómodo: su desmesurada estatura; su condición de ex mago teórico (como era inteligente, sabía que no podía contar con la aprobación del señor Norrell); encontrarse frente a hombres de mundo como Drawlight y Lascelles. Y conocer al señor Norrell, que era su héroe, lo hacía sentir más que incómodo. En cierto momento su agitación llegó a ser tan intensa que empezó a cimbrar el cuerpo de atrás adelante, lo que, con su estatura y sus ropas claras, evocaba a un álamo plateado sacudido por el viento.

Pese a su nerviosismo, lord Portishead consiguió expresar su reconocimiento por el gran honor que se le dispensaba al llamarlo a casa del señor Norrell. Y éste, por su parte, se sintió tan halagado por la extrema deferencia que le mostraba el lord que graciosamente lo autorizó a que volviera a estudiar magia.

Por supuesto, lord Portishead se quedó encantado, pero cuando supo que Norrell deseaba que permaneciera largo rato en un rincón de su salón empapándose de sus opiniones sobre la magia moderna, para después editar, bajo la supervisión del propio mago, el nuevo periódico del señor Murray, pareció que no podía concebir mayor felicidad.

El periódico se llamó *Amigos de la Magia Inglesa*, nombre extraído de la carta escrita por el señor Segundus al *Times* la primavera anterior. Es curioso señalar que

ninguno de los artículos que aparecieron en *Amigos de la Magia Inglesa* fue escrito por Norrell, quien se mostró incapaz de terminar ni uno, ya que nunca se sentía satisfecho de lo que escribía. Nunca estaba seguro de haber dicho mucho o poco⁴.

No había en los primeros números gran cosa que pudiese interesar a un estudioso de la magia, a no ser la diversión que pudieran deparar los artículos en que Portishead, en nombre de Norrell, atacaba a los caballeros magos, a las damas magas, a los magos callejeros, a los magos vagabundos, a los magos niños prodigio, a la *Sociedad Cultural de Magos de York*, a la *Sociedad Cultural de Magos de Manchester*, a las sociedades culturales de magos en general y a cualesquiera otros magos.

13. El mago de Threadneedle Street (Diciembre de 1807)

EL MAGO callejero más célebre de Londres era Vinculus. Tenía su barraca en Threadneedle Street, delante de la iglesia de San Cristóbal, enfrente del Banco de Inglaterra, y habría sido difícil decir si era más famoso el banco o la barraca.

En cualquier caso, la razón de la fama —o mala fama— de Vinculus no dejaba de tener su misterio. No era mejor mago que cualquier otro charlatán de pelo lacio y sucia cortina amarilla. Sus hechizos no obraban efecto, sus profecías no se cumplían y se había descubierto que sus trances eran pura superchería.

Durante muchos años, Vinculus solía mantener profundos y trascendentales coloquios con el espíritu del río Támesis. Caía en trance y hacía preguntas al espíritu, cuya voz salía de los propios labios del mago con un sonido profundo, acuoso y sibilante. Un día de invierno de 1805, una mujer le dio un chelín para que le preguntara al espíritu dónde podía encontrar al marido que la había abandonado. El espíritu empezó a dar una profusa y sorprendente información, y en torno a la barraca no tardó en reunirse una muchedumbre de curiosos. Algunos de los espectadores creían en las dotes de Vinculus y estaban impresionados por el discurso del espíritu, pero otros empezaron a mofarse del mago y de su clienta. Uno de los burlones (un sujeto muy ingenioso) prendió fuego a los zapatos de Vinculus mientras éste peroraba. Inmediatamente, el brujo salió de su trance y se puso a brincar y aullar, tratando de quitarse los zapatos y dando patadas en el suelo para apagar el fuego, todo a la vez. Se agitaba entre las risas de la gente cuando de su boca brotó un objeto. Dos hombres lo recogieron y lo examinaron: era un artilugio de metal que no tendría más de pulgada y media de largo, una especie de pequeña armónica. Cuando uno de ellos se lo metió en la boca, también pudo emitir la voz del espíritu del río Támesis.

Pese a esas humillaciones públicas, Vinculus conservaba cierta autoridad, un punto de dignidad innata que infundía un poco respeto, más del que se dispensaba al resto de los magos callejeros de Londres. Amigos y admiradores instaban constantemente al señor Norrell a que lo visitase, y les sorprendía que no se mostrara mejor dispuesto.

Un día de últimos de diciembre en que las nubes de tormenta ponían paisajes alpinos sobre Londres, en que el viento sembraba el caos en el cielo, provocando en la ciudad intervalos de sol y de sombra, y en que la lluvia repicaba en los cristales, Norrell estaba cómodamente sentado en su biblioteca frente a un alegre fuego. Tenía ante sí la mesa del té repleta de exquisiteces, y en la mano, *El lenguaje de las aves*, de Thomas Lanchester. Estaba hojeando el libro en busca de uno de sus pasajes favoritos cuando se quedó pasmado al oír de pronto una voz potente que decía con desdén:

—¡Mago! ¡Crees haber asombrado al mundo con tus obras!

Levantó la mirada y vio con asombro que en la habitación había otra persona, una persona a la que nunca había visto, un individuo flaco, desastrado y con cara de cuervo. Tenía la tez del color de la leche de tres días y el pelo del de un cielo de Londres tiznado de ceniza y humo de carbón; la ropa que llevaba recordaba el tono del Támesis en el sucio tramo de Wapping. Nada en él —ni cara, ni pelo ni ropa— estaba limpio, pero en todos los demás aspectos respondía a la idea general de la estampa del mago (a diferencia de Norrell). Se mantenía muy erguido, y la expresión de sus fieros ojos grises era imperiosa por naturaleza.

—Oh, sí —prosiguió el personaje mirando fijamente a Norrell—. ¡Tú te crees un tipo magnífico! ¡Bien, mago, escucha esto! Tu llegada había sido anunciada hace tiempo. ¡Llevo veinte años esperándote! ¿Dónde te habías escondido?

Norrell miraba a su acusador en silencio, estupefacto y boquiabierto. Era como si aquel hombre le hubiera metido la mano en el pecho para arrancarle su más íntimo pensamiento y exponerlo a la luz. Desde su llegada a la capital había comprendido que, en realidad, hacía tiempo que estaba preparado, que hacía años que habría podido practicar la magia en beneficio de Inglaterra; que los franceses ya podrían estar vencidos y la magia inglesa ocupar el lugar preeminente que le correspondía en la estima de la nación. Lo atormentaba la idea de haber traicionado a la magia inglesa con su demora. Ahora era como si su propia conciencia hubiese tomado cuerpo y le hiciera ese reproche. Eso lo situaba en desventaja frente al misterioso desconocido. Tartamudeando, le preguntó quién era.

—Soy Vinculus, el mago de Threadneedle Street.

—¡Oh! —exclamó, aliviado de que, por lo menos, no fuese una aparición sobrenatural—. Y has venido a mendigar, supongo. ¡Pues ya puedes irte por donde has llegado! ¡No te reconozco como hermano en la magia ni voy a darte nada! Ni dinero ni la promesa de ayuda. Ni una recomendación para nadie. Es más, te diré qué pienso de...

—¡Vuelves a equivocarte, mago! Nada deseo para mí. He venido a revelarte tu destino, que para eso he nacido.

—¿Mi destino? Ah, una profecía, ¿verdad? —exclamó Norrell con desdén. Se levantó del sillón y tiró con fuerza de la campanilla, pero no acudió criado alguno—. No tengo nada que decir a las personas que pretenden hacer profecías. ¡Lucas! Las profecías son los trucos más deleznable con que los granujas como tú engañáis a las personas honradas. La magia no puede ver el futuro, y los magos que han dicho lo contrario eran unos embusteros. ¡Lucas!

Vinculus miraba en derredor.

—Me han dicho que tienes todos los libros de magia que se han escrito, y cuentan que hasta has recuperado los que se perdieron en el incendio de la biblioteca de

Alejandría. ¡Supongo que te los sabes todos de memoria!

—Los libros y los documentos son la base del conocimiento —declaró el otro con pedantería—. La magia ha de situarse al mismo nivel que las otras disciplinas.

De pronto, Vinculus se inclinó hacia él con expresión de la más intensa y ardorosa concentración. Instintivamente, Norrell calló y se inclinó hacia el intruso, para oír lo que fuera a decir.

—Yo extendí la mano —susurró Vinculus—, y los ríos de Inglaterra fluyeron en sentido contrario...

—¿Cómo dices?

—Yo extendí la mano —repitió alzando un poco la voz—, y a mis enemigos se les paró la sangre en las venas... —Enderezó el cuerpo, abrió los brazos y cerró los ojos en una especie de éxtasis religioso. Con voz firme, clara y apasionada, prosiguió:

Yo extendí la mano, y el pensamiento y la memoria huyeron de la
cabeza de mis enemigos como una bandada de estorninos;
mis enemigos se doblaron como sacos vacíos.
Caí sobre ellos saliendo de la niebla y la lluvia;
caí sobre ellos con una bandada de cuervos que llenó un cielo septentrional al
amanecer.
Cuando se creían seguros, caí sobre ellos con un grito que rasgó
el silencio de un bosque invernal...

—¡Vamos, vamos! —interrumpió Norrell—. ¿Acaso crees que esas bobadas son nuevas para mí? En cada esquina hay un loco que grita ese viejo galimatías, y todos los vagabundos que cuelgan una cortina amarilla se las dan de misteriosos recitando cosas por el estilo. Están en todos los libros de magia de tres al cuarto que se han publicado durante los doscientos últimos años. ¡«Caí sobre ellos con una bandada de cuervos»! Me gustaría saber qué quiere decir eso. ¿Quién cayó sobre quién con una bandada de cuervos? ¡Lucas!

Vinculus actuó como si no lo oyera. Su vozarrón ahogó la voz débil y chillona de Norrell.

La lluvia abrió una puerta para mí y yo la cruce;
las piedras hicieron un trono para mí y yo me senté en él,
tres reinos me fueron dados para siempre
Inglaterra me fue dada para siempre.
El esclavo sin nombre ceñía corona de plata;
el esclavo sin nombre fue rey en un país extraño...

Norrell profirió una especie de exclamación que empezó en grito y acabó en triste suspiro.

El primero me temerá; el segundo deseará contemplarme;
el primero estará gobernado por ladrones y asesinos; el segundo
conspirará para su propia destrucción;
el primero enterrará su corazón en un oscuro bosque, bajo la nieve,
y aun así sentirá dolor;
el segundo verá su posesión más preciada en manos de su enemigo...

—¡Ah, ahora sé que no te trae otro propósito que el de herirme! ¡Falso mago, envidias mi éxito! No puedes destruir mi magia y por eso estás decidido a manchar mi nombre y destruir mi paz...

El primero pasará su vida solo; él será su propio carcelero;
el segundo andará caminos solitarios, con la tormenta sobre su
cabeza, en busca de una torre oscura sobre una alta colina...



En ese momento se abrió la puerta y entraron corriendo dos hombres.

—¡Lucas! ¡Davey! —chilló Norrell, histérico—. ¿Dónde estabais?

Lucas inició una explicación acerca del cordón de la campanilla.

—¡Agarradlo! ¡Pronto!

Davey, el cochero, tenía la robusta complexión de la mayoría de los miembros de su profesión y la fuerza que genera la brega diaria con cuatro briosos caballos en lo mejor de la edad. Sujetó por la cintura y el cuello a Vinculus, que se debatió enérgicamente sin dejar por ello de predicar:

Yo estoy sentado en un negro trono en las sombras,
pero ellos no me verán.

La lluvia me abrirá una puerta y yo la cruzaré;
las piedras harán un trono para mí y yo me sentaré en él...

Davey y Vinculus chocaron contra una mesita y tiraron el montón de libros que había encima.

—¡Eh! ¡Cuidado! —exclamó Norrell—. ¡Cuidado, por Dios! ¡Van a volcar ese tintero! ¡Manchará los libros!

Lucas acudió presto en auxilio de Davey, que trataba de sujetar los brazos que Vinculus movía como aspas de molino, mientras Norrell corría de un lado a otro de la biblioteca, con más agilidad de la que había desplegado en años, recogiendo libros y poniéndolos en lugar seguro.

—El esclavo sin nombre ceñirá corona de plata... —jadeó Vinculus. El brazo de Davey, que le atenazaba el cuello, deslucía en mucho su cantinela. Con un postrero esfuerzo, se zafó un instante y clamó—: ¡El esclavo sin nombre será rey de un país extraño...!

Lucas y Davey lo sacaron casi a rastras.

Norrell se sentó en el sillón junto al fuego. Tomó el libro, pero se sentía demasiado agitado para retomar la lectura. Se revolvía nerviosamente, se mordía las uñas, se paseaba por la habitación, cogía una y otra vez los libros que habían caído durante el forcejeo y los examinaba buscando desperfectos (que no había), pero, sobre todo, iba a las ventanas y atisbaba el exterior con ansiedad, para ver si alguien observaba la casa. A las tres, la sala ya estaba a media luz. Lucas fue a encender las velas y avivar el fuego, y, pisándole los talones, llegó Childermass.

—¡Ah! —exclamó Norrell—. ¿Te has enterado de lo ocurrido? ¡Se me traiciona por todas partes! ¡Otros magos me espían y traman mi ruina! Mis criados son perezosos y descuidan sus obligaciones. ¡Les es indiferente que entre alguien y me degüelle! ¡Y tú, rufián, tú eres el peor! Ese hombre aparece aquí de pronto... ¡como por arte de magia! ¡Y cuando llamo, nadie acude! Deja todo lo que estés haciendo. Ahora tu única tarea es descubrir qué encantamientos ha utilizado ese hombre para

entrar en la casa. ¿Dónde ha aprendido su magia? ¿Qué es lo que sabe?

Childermass lanzó una mirada irónica a su amo.

—Bien, si ésa ha de ser mi única tarea, ya está hecha. Nada de magia. Una de las ayudantes de la cocinera ha dejado abierta la ventana de la despensa, y el brujo ha entrado por ahí y recorrido la casa hasta encontrarlo a usted. Eso es todo. Y no acudió nadie porque él había cortado el cordón de la campanilla y ni Lucas ni los otros oyeron sus llamadas. Pero cuando él empezó a vociferar, acudieron inmediatamente. ¿No es así, Lucas?

Lucas, arrodillado frente al hogar con el atizador en la mano, confirmó que eso era exactamente lo ocurrido.

—Es lo que he tratado de decirle, señor. Sólo que usted no me escuchaba.

Pero Norrell se había alterado de tal modo al presumir poderes mágicos en Vinculus que, en principio, esa explicación no bastó para apaciguarlo.

—¡Ah! Pero aun así estoy seguro de que quiere causarme daño. En realidad, ya me lo ha causado.

—En efecto —dijo Childermass—. Y uno muy grave. Porque, mientras estaba en la despensa, se zampó tres pasteles de carne.

—Y dos quesos tiernos —agregó Lucas.

Norrell tuvo que reconocer que ese comportamiento no parecía propio de un gran mago, pero no podía calmarse sin haber desahogado en alguien su furor, y como Childermass y Lucas eran los que más a mano tenía, empezó por ellos y los obsequió con una larga diatriba llena de invectivas contra Vinculus, el canalla más grande que jamás había existido, que terminó con varias insinuaciones sobre el triste final que aguarda a los criados descarados y negligentes.

Ellos, que habían tenido que oír esa clase de sermones casi todas las semanas desde que estaban al servicio del señor Norrell, no se alarmaron en exceso y se limitaron a esperar a que su amo desahogara el mal humor, y entonces Childermass dijo:

—Dejando aparte los pasteles de carne y los quesos, ese hombre se ha tomado muchas molestias y se ha expuesto a la horca para hacerle esta visita. ¿Qué quería?

—Oh, pronunciar una profecía del Rey Cuervo. Una idea muy poco original, por cierto. Y era tan impenetrable como suelen ser esas divagaciones. Decía no sé qué de un campo de batalla, un trono y una corona de plata, y sobre todo hablaba de otro mago, con lo que supongo que se refería a sí mismo.

Ahora que Norrell ya estaba más tranquilo sabiendo que Vinculus no era un terrible rival, empezaba a pesarle haberse dejado arrastrar a discutir con él. Hubiera sido preferible mantener un augusto silencio. Y se consoló con la idea de que Vinculus parecía muy poca cosa cuando Lucas y Davey lo sacaban de la habitación casi en vilo. Poco a poco, ese pensamiento y la seguridad de poseer conocimientos y

habilidades infinitamente superiores, lograron serenarlo del todo. Pero, ¡ay!, poco le duró la paz recuperada. Y es que, al abrir de nuevo *El lenguaje de las aves*, su mirada tropezó con este pasaje:

... Nada hay en la magia como el intrépido instinto del pájaro cuando se arroja al vacío. No hay en el mundo criatura que posea semejante potencial para la magia. Hasta el más insignificante de ellos puede salir de este mundo volando y llegar por azar a Otras Tierras. ¿De dónde procede el viento que te da en la cara, que pasa las hojas de tu libro? Donde la magia inconsciente de las pequeñas criaturas se encuentra con la magia del hombre, donde puede entenderse el lenguaje del viento, la lluvia y los árboles, allí encontraremos al Rey Cuervo...²

Cuando Norrell volvió a ver a lord Portishead (cosa que sucedió dos días después), se dirigió a él con estas palabras:

—Confío, milord, en que tenga usted cosas muy duras que decir de Thomas Lanchester en el periódico. Durante años, he admirado *El lenguaje de las aves* porque veía en esa obra un valiente intento de ofrecer al lector una descripción clara y completa de la magia de los *aureates*, pero después de leerlo más atentamente, he descubierto que su texto está contaminado de sus peores características... ¡Es místico, milord, místico!

14. La granja del Desengaño (Enero de 1808)

UNOS treinta años antes de que el señor Norrell llegara a Londres con el plan de asombrar al mundo revivificando la magia inglesa, un caballero llamado Laurence Strange entró en posesión de su herencia, la cual se componía de una casa en estado casi ruinoso, unas tierras yermas y un montón de deudas e hipotecas. Eran éstos sin duda grandes males, pero, según Laurence Strange, nada que la adquisición de una buena suma de dinero no pudiera remediar; por consiguiente, al igual que han hecho y harán otros muchos caballeros, procuraba mostrarse especialmente agradable con todas las herederas que se cruzaban en su camino, y como era apuesto, distinguido e ingenioso, al poco tiempo había conquistado a una tal señorita Erquistoune, una joven escocesa que poseía una renta de novecientas libras al año.

Con el dinero de la tal señorita, Laurence Strange reparó su casa, mejoró sus tierras y pagó sus deudas. Pronto empezó a ganar dinero en lugar de deberlo. Ampliaba sus propiedades y hacía préstamos al quince por ciento. En estos y similares menesteres ocupaba todas sus horas de vigilia. Ya no se preocupaba de dedicar gran atención a su esposa. Es más, no le ocultaba que lo aburrían su compañía y su conversación, y ella, la pobre, languidecía. La finca de Laurence Strange estaba situada en los confines de Shropshire, cerca de la frontera galesa. La señora Strange no conocía allí a nadie. Ella estaba acostumbrada a la vida de la ciudad, a los bailes de Edimburgo, las tiendas de Edimburgo y la culta conversación de sus amigos de Edimburgo. La vista de las altas y sombrías colinas, siempre regadas por la lluvia de Gales, le resultaba desalentadora. Durante cinco años soportó esa retirada existencia, y luego murió de una pulmonía que contrajo durante un paseo solitario que había dado por aquellas mismas colinas durante una tormenta.

Los señores Strange tuvieron un único hijo, que a la muerte de su madre aún no había cumplido los cinco años. La señora Strange no llevaba más que unos días bajo tierra cuando el niño ya era objeto de una violenta disputa entre Laurence Strange y la familia de su difunta esposa. Los Erquistoune sostenían que, de acuerdo con las condiciones del contrato matrimonial, buena parte de la fortuna de la fallecida debía depositarse aparte para su hijo, que al cumplir los dieciocho años podría disponer de ella. Laurence Strange declaró —sin gran sorpresa para nadie— que hasta el último penique del dinero de su esposa le pertenecía y que podía hacer con él lo que se le antojara. Una y otra parte consultaron a abogados, y se abrieron dos procesos judiciales, uno en la audiencia de Londres y el otro en los tribunales escoceses. Los dos litigios, Strange contra Erquistoune y Erquistoune contra Strange, se prolongaron años y años, durante los cuales la sola vista de su hijo llegó a ser desagradable para Laurence Strange. Le parecía que el niño era como un campo enlodado o un

bosquecillo de árboles enfermos: sobre el papel tenía un valor, pero no rendía beneficios. Si las leyes inglesas lo hubieran permitido, es probable que hubiese vendido a su hijo para comprar otro mejor¹

Entretanto, los Erquistoune habían comprendido que Laurence Strange era capaz de amargar la vida de su hijo como había amargado la de su esposa, por lo que el hermano de ésta le escribió urgentemente para sugerirle que el niño pasara una parte del año en casa de sus tíos, en Edimburgo. Para sorpresa del señor Erquistoune, su cuñado no puso objeción alguna².

Así pues, durante su niñez, Jonathan Strange vivía la mitad del año en casa del señor Erquistoune, en Charlotte Square de Edimburgo, donde es de suponer que no se formó muy buena opinión de su padre. Allí recibió sus primeras enseñanzas, en compañía de sus primas Margaret, Maria y Georgiana Erquistoune³. Edimburgo es sin duda una de las ciudades más civilizadas del mundo y sus habitantes son tan cultos y amantes de las diversiones como los de Londres. Los señores Erquistoune se esforzaban por hacer feliz al niño mientras estaba con ellos, para compensarlo del abandono y la frialdad que sufría en casa de su padre. Por tanto, no es de extrañar que Jonathan creciera un poco mimado, un poco testarudo y un poco presuntuoso.

Laurence Strange se hacía más viejo y más rico, pero no mejor persona.

Unos días antes de la irrupción de Vinculus en casa del señor Norrell, un nuevo criado entró al servicio de Laurence Strange. Sus compañeros no regatearon consejos ni advertencias: le dijeron al nuevo que Strange era orgulloso y malvado, que todos lo odiaban, que amaba el dinero por encima de todo y que hacía años y años que él y su hijo no se hablaban. También le contaron que tenía un genio endiablado y que a toda costa debía evitar ofenderlo, o le pesaría.

El nuevo les dio las gracias por la información y prometió recordar lo que le habían dicho. Pero lo que no sabían los otros criados era que el recién llegado tenía tan mal genio como el propio Strange; que era sarcástico a veces, grosero con frecuencia y que estimaba en mucho sus propias cualidades y en muy poco las de los demás. Si no les habló a los otros sirvientes de sus defectos fue por la sencilla razón de que los ignoraba. Aunque a menudo reñía con amigos y vecinos, no acertaba a descubrir la causa de las diferencias, y siempre suponía que la culpa era del otro. Pero no imagine el lector que este capítulo va a tratar únicamente de personas desagradables porque, si bien el carácter de Laurence Strange era todo malicia, el de nuevo criado era un compuesto de luz y sombras más natural. Poseía mucho sentido común y desplegaba tanta energía en defender a otros de un ataque real como en vengar las afrentas imaginarias contra sí mismo.

Laurence Strange era viejo y dormía poco. En realidad, solía estar más despejado por la noche que durante el día y con frecuencia permanecía en vela, sentado a su mesa, escribiendo cartas y administrando sus negocios. Naturalmente, uno de los

criados tenía que velar con él y, a pocos días de entrar a servir en la casa, le tocó quedarse al nuevo.

Todo fue bien hasta poco después de las dos, cuando Strange llamó al sirviente para pedir una copita de jerez. Aunque la petición parecía sencilla, al nuevo no le fue fácil cumplirla. Después de buscar en vano el jerez en los sitios habituales, tuvo que despertar primero a una criada, para preguntarle por el dormitorio del mayordomo, y después al mayordomo, para preguntar dónde se guardaba el jerez. Pero antes de recibir la respuesta, aún tuvo que esperar a que el mayordomo manifestara su sorpresa de que el señor quisiera jerez, ya que casi nunca lo tomaba. El hijo del señor, Jonathan Strange —como especificó para mejor información del nuevo—, sí bebía jerez, le gustaba mucho y solía tener una o dos botellas en su habitación.

Siguiendo las instrucciones del mayordomo, el sirviente fue a buscar el jerez a la bodega, misión que comportaba encender velas, recorrer largos pasillos fríos y oscuros, sacudirse telarañas de la ropa, golpearse la cabeza con aperos viejos y oxidados que colgaban de techos viejos y mohosos, y finalmente limpiarse la cara de sangre y tizne. El hombre llevó la copa de jerez al señor, que la vació de un trago y pidió otra.

El criado pensó que ya había tenido bastante bodega para una noche y, recordando lo que le había dicho el mayordomo, subió al vestidor del señor Jonathan Strange. Entró con cautela y encontró la habitación aparentemente desocupada, aunque con las velas encendidas. Eso no lo sorprendió, ya que sabía que entre los vicios de los jóvenes ricos y solteros destacaba el de malgastar velas. Empezó a abrir cajones y armarios, levantar orinales para mirar en su interior, buscar debajo de las mesas y las sillas e indagar en los floreros. (Y por si te sorprende que mirara en semejantes sitios, te diré que el hombre conocía a los caballeros ricos y solteros mejor que tú, y sabía que su proceder en materia de organización doméstica se caracterizaba por cierta excentricidad.) Como esperaba, encontró la botella de jerez en el interior de una de las botas de su amo, a modo de sacabotas.

Cuando vertía el vino en la copa, por un espejo de la pared descubrió que la habitación no estaba vacía, como había creído. Jonathan Strange, sentado en un sillón de alto respaldo, observaba con gesto de asombro todo lo que hacía. Él no dio explicación alguna, porque ¿a qué explicación que pudiera dar prestaría oídos un caballero? Un criado lo habría comprendido al instante. El nuevo salió de la habitación.

Desde su llegada a la casa, el sirviente abrigaba la esperanza de escalar una posición de autoridad sobre los otros criados. Le parecía que su superior intelecto y su mayor experiencia del mundo lo facultaban para erigirse en mano derecha de los dos señores Strange para cualquier asunto difícil; ya le parecía oírlos decir: «Como sabes, Jeremy, éstas son cosas serias que no confiaría a nadie más que a ti.» No diré

que el hombre abandonara inmediatamente esas expectativas, pero no se le ocultaba que Jonathan Strange no debía de sentirse muy complacido al ver a alguien husmeando en sus aposentos privados y aligerando vino de su reserva particular.

Por consiguiente, entró en el estudio de Laurence Strange con sus tiernas ambiciones frustradas y el ánimo peligrosamente irritado. Strange se bebió la segunda copa y dijo que gustoso se tomaría otra. A esto, el criado nuevo ahogó un grito, se mesó el cabello y exclamó:

—¡En el nombre de Dios! ¿Por qué no lo ha dicho desde el principio, viejo idiota? ¡Le hubiera traído la botella!

Strange lo miró con gesto de sorpresa y dijo suavemente que, desde luego, si era tanta molestia, no había necesidad de que le llevara otra copa.

El sirviente regresó a la cocina preguntándose si no habría estado un poco brusco. Minutos después, volvió a sonar la campanilla. El señor Strange estaba sentado a su escritorio con una carta en la mano, mirando por la ventana la noche negra y lluviosa.

—Jeremy, esta carta ha de ser entregada antes del amanecer a un hombre que vive en lo alto de esa colina de ahí enfrente.

«¡Vaya! —pensó el nuevo—, pronto empezamos. ¡Un negocio urgente que debe realizarse bajo la protección del manto de la noche! ¿Qué puede significar esto sino que ya prefiere mi ayuda a la de los otros criados?» Sintiéndose muy halagado, dijo que iría inmediatamente y tomó la carta, que no llevaba más señas que la enigmática palabra «Wyvern». Preguntó si la casa tenía nombre, para poder preguntar si se extraviaba.

El señor fue a responder que la casa no tenía nombre, pero se interrumpió riendo.

—Pregunta por Wyvern, de la granja del Desengaño —dijo.

Le explicó que debía dejar el camino real por un portillo roto situado delante de la taberna de Blackstock; del portillo partía un sendero que lo llevaría a la granja.

El sirviente sacó un caballo y, armado de un pesado farol, salió al camino real. Era una noche tétrica. El aire era una confusión de un vendaval ululante y una lluvia furiosa que penetraba por todos los resquicios de la ropa, de manera que enseguida estuvo helado.

El sendero que partía frente a la taberna de Blackstock y serpenteaba colina arriba estaba invadido por la hierba. En realidad, casi no podía llamarse sendero, porque en él crecían hasta pequeños árboles que el viento agitaba, fustigando con ellos al criado nuevo en su penosa ascensión. Cuando había recorrido media milla, se sentía como si hubiera peleado con varios forzudos, uno tras otro (y por ser un camorrista y estar siempre metiéndose en peleas en lugares públicos, conocía bien la sensación). Maldecía a Wyvern, aquel haragán que no era capaz ni de recortar sus setos. Hasta al cabo de una hora no llegó a un lugar que quizá en otro tiempo fuese un campo, pero ahora no era más que una maraña de escaramujo y zarzales. Le pesaba no haber

cogido un hacha. Dejó el caballo atado a un árbol y trató de abrirse camino braceando. Las espinas eran muchas, largas y punzantes; tantas veces se encontró enredado en las matas de escaramujo y en posturas tan grotescas (aquí con un brazo levantado, allá con una pierna doblada a la espalda) que ya desesperaba de poder salir de allí. Le parecía extraño que alguien pudiera vivir detrás de semejante barrera de espino, y empezaba a pensar que no le sorprendería que Wyvern llevara cien años durmiendo. «En fin —pensó—, no me importaría, siempre que no tuviera que despertarlo con un beso.»

Cuando alumbró la ladera la luz de un amanecer triste y gris, el criado se halló frente a una casita que era más la estampa de la devastación que del desengaño. La pared del hogar se combaba hacia fuera y la chimenea parecía hacer equilibrios encima de ella. Las piedras y tejas desprendidas habían dejado boquetes en el tejado, por los que asomaba el costillar de las vigas. La casa estaba invadida de saúcos y arbustos de espino tan vigorosos que habían roto todas las ventanas y desquiciado las puertas.

El sirviente se quedó un rato contemplando aquella desolada escena bajo la lluvia. Al levantar la mirada, vio a alguien que bajaba por la ladera hacia él. Era una figura tocada con un extraño sombrero y con un cayado en la mano; parecía salida de un cuento de hadas. Cuando se acercó, el criado vio que era un granjero, un hombre de aspecto cabal cuya fantástica apariencia se debía únicamente a que llevaba en la cabeza una lona doblada, para protegerse de la lluvia.

El recién llegado lo saludó con estas palabras:

—¡Hombre! ¿Qué te ha pasado? Estás sangrando y tienes la ropa hecha jirones, y parece buena ropa.

El criado se miró y descubrió que el otro tenía razón. Explicó que el sendero estaba invadido por la hierba y los espinos.

El granjero lo miró con asombro.

—Pues a menos de un cuarto de milla al oeste hay un buen camino por el que podrías haber llegado en la mitad de tiempo. ¿Quién te ha dicho que vinieras por el viejo sendero?

En lugar de contestar, el criado le preguntó si sabía dónde podía encontrar al señor Wyvern de la granja del Desengaño.

—La casa de Wyvern es ésta, pero él murió hace cinco años. ¿La granja del Desengaño? ¿Quién te ha dicho que se llama así? Te han tomado el pelo. El sendero viejo, el desengaño... ¡vamos, hombre! Aunque no le va mal el nombre, no creas; aquí se llevó Wyvern un desengaño. El pobre tuvo la desgracia de ser dueño de unas tierras de las que se encaprichó un señor del valle, y cuando se negó a vendérselas, el señor envió una noche a unos rufianes que arrancaron todas las judías, las zanahorias y las coles que Wyvern tenía plantadas, y en vista de que eso no daba resultado,

empezó a ponerle pleitos, y el pobre hombre, que no sabía nada de leyes, estaba desesperado.

El sirviente nuevo se quedó pensativo.

—Me parece que podría decirte cómo se llama el señor.

—¡Oh, eso lo sabe cualquiera! —dijo el granjero y lo miró más atentamente—. Estás más blanco que un budín de leche, y tiritas como si fueras a caerte a pedazos.

—Tengo frío.

Entonces el granjero (que dijo llamarse Bullbridge) lo invitó a acompañarlo a su casa, donde podría calentarse, comer y beber, y quizá descansar un rato. El criado le dio las gracias y aseguró que sólo tenía frío, nada más.

Así pues, Bullbridge lo llevó al camino (sin pasar por los zarzales) para que regresara a la casa del señor Strange.

Un sol triste y blanquecino apareció en un cielo triste y blanquecino, como una alegoría de la desesperación, y mientras cabalgaba, al criado le parecía que el sol era el pobre Wyvern y que el cielo era el infierno, y que Strange había enviado allí a Wyvern para que sufriera el tormento eterno.

Al verlo llegar, los otros sirvientes lo rodearon.

—¡Hombre! —exclamó el mayordomo, preocupado—. ¡Qué aspecto traes! ¿Ha sido por el jerez, Jeremy? ¿Incomodaste al señor con lo del jerez?

El nuevo se dejó caer del caballo, agarró al mayordomo por las solapas y le suplicó que le diera una caña de pescar, que la necesitaba, explicó, para sacar al pobre Wyvern del infierno.

De estas frases y otras de coherencia similar, los demás dedujeron rápidamente que se había resfriado y tenía fiebre. Lo acostaron y enviaron a un hombre a buscar al médico. Pero Laurence Strange, al enterarse, mandó un segundo emisario al médico con el mensaje de que ya no lo necesitaban. Luego dijo que quería unas gachas y que se las sirviera el criado nuevo. Eso motivó que el mayordomo fuese en busca de Jonathan Strange para rogarle que intercediera, pero, al parecer, el joven había madrugado para ir a Shrewsbury y no se le esperaba hasta el día siguiente. Así pues, los sirvientes tuvieron que sacar de la cama al nuevo, vestirlo, ponerle en las flojas manos la bandeja con las gachas y sacarlo por la puerta con un ligero empujón. Durante todo el día, el señor Strange no paró de solicitar pequeños servicios, todos los cuales —y en eso insistía— debían serle prestados por el nuevo.

Al anoecer, el hombre estaba tan caliente al tacto como un puchero de hierro y decía cosas incoherentes acerca de unos barriles de ostras. Pero el señor manifestó la intención de velar también aquella noche y dijo que el criado nuevo debería permanecer a su disposición en el estudio.

El mayordomo, valerosamente, suplicó a su amo que le permitiera quedarse en su lugar.

—Ah, es que tú no podrías imaginar cuánto me agrada ese muchacho—dijo Strange con un brillo de aversión en los ojos— ni el placer que me produce su compañía. ¿Te parece que no tiene buen semblante? Pues yo creo que lo único que necesita es aire puro.

Y al decir eso, abrió la ventana situada encima del escritorio, por la que entraron a raudales copos de nieve, impulsados por un viento que heló la habitación. El mayordomo suspiró, apoyó más firmemente contra la pared al nuevo (que ya empezaba a desmoronarse) y, con disimulo, le metió unos calentamanos en los bolsillos.

A medianoche entró en el estudio la doncella, con unas gachas para el amo. Al volver a la cocina, dijo que el señor había encontrado los calentamanos y los había puesto encima de la mesa. Los criados se acostaron entristecidos, seguros de que por la mañana el nuevo ya habría muerto.

Llegó la mañana. La puerta del estudio del señor estaba cerrada. Dieron las siete, nadie llamó y nadie acudió. Dieron las ocho. Las nueve. Las diez. Los sirvientes se retorcían las manos de desesperación.

Pero ellos habían olvidado —y también Laurence Strange— que el criado nuevo era joven y robusto y Laurence Strange era viejo, y había tenido que soportar los mismos sufrimientos que había impuesto al criado. A las diez y siete minutos, el mayordomo y el cochero se aventuraron en el estudio y encontraron al nuevo en el suelo, profundamente dormido y sin fiebre. En el extremo opuesto de la habitación, sentado al escritorio, estaba Laurence Strange, muerto de frío.

Cuando trascendieron los hechos de aquellas dos noches, se despertó gran curiosidad por ver al criado nuevo, como la que suscitaría el héroe que hubiera matado a un dragón o derribado a un gigante. Por supuesto, el hombre estaba encantado de que lo creyeran un ser extraordinario, y tras contar y volver a contar la historia, se convenció de que lo que realmente le había dicho a Strange cuando éste le pidió la tercera copa de jerez fue: «¡Oh, viejo malvado que gozas abusando de los hombres honrados y matándolos a trabajar, llegará el día, y no ha de tardar, en que tengas que pagar todos los suspiros que has arrancado de su pecho honrado y todas las lágrimas que has hecho derramar a su viuda!» Así también, pronto se supo en toda la región que cuando el señor Strange abrió la ventana con la sana intención de que el criado nuevo muriese de frío, éste gritó: «¡Primero hielo, Laurence Strange, pero después fuego! ¡Primero hielo, después fuego!», en profética alusión al actual paradero de Strange.

15. «¿Cómo está lady Pole?» (Enero de 1808)

—¿Cómo está lady Pole?

Esta pregunta se oía en todos los barrios de la ciudad, en boca de ciudadanos de todo estamento y rango. En Covent Garden, al amanecer, los vendedores ambulantes preguntaban a las floristas:

—¿Cómo está lady Pole?

En Ackermann's, en el Strand, el propio señor Ackermann demandaba a sus clientes (miembros de la nobleza y personas distinguidas) si tenían noticias de lady Pole. En la Cámara de los Comunes, durante los discursos aburridos, los parlamentarios susurraban la misma cuestión a su vecino de escaño (mirando a sir Walter con el rabillo del ojo). En los vestidores de Mayfair, a primera hora de la mañana, las doncellas inquirían a sus señoras, con perdón:

—¿... pero estaba lady Pole en la fiesta de anoche? ¿Y cómo está milady?

La pregunta corría de boca en boca:

—¿Cómo está lady Pole?

Y la respuesta era:

—Oh, está muy bien. Perfectamente.

Con lo que se demuestra la pobreza del idioma, porque milady estaba mucho mejor que bien. A su lado, cualquier otra persona parecía pálida, cansada y desfallecida. La extraordinaria energía que exhibió la mañana de su resurrección no la había abandonado ni un momento; cuando salía a dar su paseo, la gente se quedaba atónita al ver a una dama andar tan aprisa. El pobre lacayo que debía escoltarla solía ir bastantes pasos por detrás, sofocado y jadeante. El ministro de la Guerra, al salir una mañana de Drummond's en Charing Cross, entró en súbita e inesperada conjunción con milady, que caminaba rápidamente por la calle, y fue derribado. Ella lo ayudó a levantarse, dijo que esperaba no haberle hecho daño y se alejó sin darle tiempo a encontrar respuesta.

Al igual que cualquier joven de diecinueve años, lady Pole estaba loca por el baile. Bailaba absolutamente todas las piezas sin perder el aliento y la contrariaba que la gente se marchara tan temprano.

—Es ridículo llamar baile a semejante sosería —le decía a sir Walter—. ¡No ha durado ni tres horas! —Y se compadecía de la flojedad de la concurrencia—: Pobre gente. Me dan lástima.

Le dedicaban brindis el Ejército, la Armada y la Iglesia. Se consideraba a sir Walter Pole el hombre más afortunado del reino, opinión que el propio sir Walter compartía. La señorita Wintertowne —pobrecita, tan pálida y enferma— lo había movido a compasión, pero lady Pole, rebosante de salud y buen humor, despertaba su admiración. El que derribara sin querer al ministro de la Guerra le parecía un lance de

lo más gracioso y lo refería a todo el mundo. Le dijo en confianza a lady Winsell, su mejor amiga, que aquélla era la esposa ideal para él; lista, vivaz, todo lo que él podía desear. Lo impresionaba, sobre todo, su criterio independiente.

—La semana pasada me dijo que el gobierno no debería enviar dinero y tropas al rey de Suecia, como hemos decidido, sino prestar todo su apoyo a los gobiernos de Portugal y España, para hacer de esos países las bases de nuestras operaciones contra Buonaparte. ¡A los diecinueve años, haber pensado tan profundamente en todas esas cosas y haber sacado tantas conclusiones! ¡A los diecinueve años, contradecir al gobierno con esa audacia! Naturalmente, le dije que ella debería estar en el Parlamento.

Lady Pole reunía en su sola persona toda la fascinación de la belleza, la política, la riqueza y la magia. El mundo elegante creía firmemente que estaba destinada a ser una de sus musas más brillantes. Habían transcurrido ya casi tres meses desde la boda; era el momento de emprender la ruta que el destino y el mundo elegante le habían marcado. Se enviaron invitaciones para una gran cena que se celebraría la segunda semana de enero.

La primera cena de una recién casada es una ocasión trascendental que conlleva un mundo de pequeñas zozobras. Ya no bastan las cualidades que le han valido felicitaciones desde que abandonó la escuela. Ya no basta con saber vestir exquisitamente, elegir las joyas adecuadas para cada ocasión, conversar en francés, tocar el pianoforte y cantar. Ahora debe concentrar su atención en la cocina y los vinos franceses. Aunque otras personas pueden aconsejarla en cuestiones tan importantes, debe guiarse por su propio gusto y preferencias. Es seguro que menospreciará el estilo de recibir de su madre y querrá hacer las cosas de otra manera. En Londres, los elegantes cenan fuera cuatro o cinco veces a la semana. ¿Cómo va a poder una recién casada, a los diecinueve años y sin haber pisado apenas una cocina, idear un menú que asombre y deleite a paladares tan refinados?

Luego están los criados. En la nueva casa de la nueva señora, todos los lacayos son nuevos en sus funciones. Si se necesita algo con urgencia —velas, otra clase de tenedor, un paño grueso para agarrar una sopera caliente—, ¿podrán encontrarlo? En la mansión de lady Pole, en el número 9 de Harley Street, los problemas se multiplicaban por tres. La mitad de la servidumbre procedía de Northamptonshire, de la finca de milady en Great Hitherden, y la otra mitad era de Londres; como es sabido, existe una gran diferencia entre los criados del campo y los de Londres. No es precisamente cuestión de funciones. Los sirvientes guisan y limpian, entregan y llevan lo mismo en Northamptonshire que en Londres. No; la diferencia reside más bien en la manera en que se realizan esas tareas. Pongamos que un terrateniente de Northamptonshire va a casa de un vecino. Terminada la visita, el lacayo acude con el gabán del hacendado y lo ayuda a ponérselo. Durante la operación, es natural que el

criado pregunte respetuosamente por la esposa del visitante, que, sin ofenderse ni lo más mínimo, pregunta a su vez. Quizá el hacendado sepa que la abuela del lacayo sufrió una caída y se lastimó mientras recolectaba coles en el huerto, y desee saber si se ha recuperado. El propietario y el sirviente habitan un mundo muy pequeño y se conocen desde niños. Pero en Londres es distinto. En Londres un lacayo nunca debe dirigir la palabra a los invitados de su señor. Debe actuar como si no supiera que en el mundo existen cosas tales como las abuelas y las coles.

En el número 9 de Harley Street, los criados de lady Pole llegados del campo se sentían siempre incómodos, temiendo equivocarse a cada paso, sin saber nunca qué era lo correcto. Hasta su manera de hablar suscitaba críticas y burlas. Su acento de Northamptonshire no siempre resultaba inteligible para los sirvientes de Londres (que tampoco hacían grandes esfuerzos para entenderlo), y utilizaban un vocabulario que parecía muy pintoresco a sus nuevos compañeros.

A los criados de Londres les gustaba gastar bromas a los del campo. A Alfred, un joven lacayo, le dieron unos cuencos con un agua inmunda diciendo que era una sopa francesa que debía servir a los demás para cenar. A veces, daban a los rurales mensajes para el chico del carnicero, el panadero y el farolero. Eran mensajes en argot londinense que ellos no entendían, pero que para el chico del carnicero, el panadero y el farolero, que sí los entendían, eran ordinarios y ofensivos. El chico del carnicero le dio a Alfred un puñetazo en un ojo al oír lo que le decía, para gran regocijo de los criados de Londres, que escuchaban escondidos en la despensa.

Como es natural, los del campo se quejaban vehementemente a lady Pole (a la que conocían de toda la vida) de las mortificaciones sufridas, y lady Pole se disgustó mucho al enterarse de que sus viejos amigos se sentían desgraciados en su nueva casa. Pero carecía de experiencia y no sabía cómo actuar. No dudó ni un momento de la veracidad de lo que le contaban, pero temía empeorar las cosas si intervenía.

—¿Qué debo hacer, sir Walter? —preguntó a su esposo.

—¿Hacer? —repuso él, sorprendido—. No hagas nada. Déjalo todo en manos de Stephen Black. Cuando Stephen haya terminado con ellos, estarán mansos como corderos y en perfecta armonía.

Antes de su matrimonio, sir Walter sólo tenía un criado, Stephen Black, en el que había depositado toda su confianza. En el número 9 de Harley Street se lo llamaba «mayordomo», pero sus obligaciones y responsabilidades eran mucho más amplias que las de un mayordomo corriente: trataba con banqueros y abogados en nombre de sir Walter; repasaba las cuentas de la finca de lady Pole e informaba a su amo de los resultados; contrataba a criados y trabajadores sin consultar con nadie, les señalaba el trabajo y pagaba las facturas y los salarios.

Desde luego, son muchas las casas en las que hay un criado que, en virtud de una inteligencia y unas dotes excepcionales, tiene más atribuciones de las normales. Pero

en el caso de Stephen eso era tanto más extraordinario por cuanto éste, como su apellido indicaba, era negro. Digo «extraordinario» porque ¿acaso no suele ocurrir que un criado negro sea la persona peor considerada de la casa, por muy trabajador e inteligente que sea? El caso es que Stephen Black había encontrado la manera de erigirse en la excepción a esta regla universal. Poseía, sí, ciertas cualidades naturales: un bello rostro y una figura alta y bien formada. Y en nada le perjudicaba que su señor fuera un político al que complacía exhibir ante el mundo sus liberales principios encomendando la administración de su casa y de sus asuntos a un sirviente negro.

Los otros criados se sorprendían un poco al encontrarse supeditados a la autoridad de un negro, una clase de persona que la mayoría nunca había visto. Al principio, algunos se indignaban y decían a sus compañeros que si aquel hombre se atrevía a darles una orden, ya se vería lo que le contestarían. Pero cualesquiera que fuesen sus intenciones, al encontrarse en presencia de Stephen descubrían que no eran capaces de llevarlas a cabo. Su seriedad, su aire de autoridad y lo razonable de sus instrucciones hacían que obedecerlo pareciera lo más natural.

Los chicos del carnicero, el panadero, el farolero y otras nuevas amistades de los criados del número 9 de Harley Street se mostraron muy intrigados por Stephen desde el primer momento y preguntaban los sirvientes acerca de sus costumbres. ¿Qué comía y bebía? ¿Qué amigos tenía? ¿Adónde le gustaba ir cuando podía hacerlo? Cuando los criados respondían que Stephen había desayunado tres huevos escalfados, que era amigo del ayuda de cámara galés del ministro de la Guerra y que la noche anterior había asistido a un baile de criados en Wapping, los chicos del carnicero, el panadero y el farolero estuvieron muy agradecidos por la información. Los criados les preguntaron por qué deseaban saberlo. ¿De verdad lo ignoraban? Lo ignoraban de verdad. Los chicos del carnicero, el panadero y el farolero explicaron que hacía años que circulaba por Londres el rumor de que en realidad Stephen Black no era un mayordomo. Era un príncipe africano, heredero de un vasto reino, y todos sabían que cuando se cansara de ser mayordomo regresaría a África y se casaría con una princesa tan negra como él.

Después de esta revelación, los sirvientes de Harley Street observaban a Stephen con el rabillo del ojo, y convinieron en que la historia tenía que ser cierta. ¿Acaso no era buena prueba de ello su propia obediencia? Porque ¡cómo habían de someterse unos ingleses independientes y de espíritu arrogante a la autoridad de un negro, de no ser por el respeto y la reverencia que el plebeyo siente instintivamente por la realeza!

Entretanto, Stephen Black nada sabía de estas curiosas especulaciones. Atendía a su trabajo con diligencia, como siempre. Seguía limpiando la plata, instruyendo a los lacayos en las reglas del service á la française, aconsejando a las cocineras, encargando las flores, los manteles, la cubertería, y haciendo las mil y una tareas

necesarias para preparar la casa y enseñar a los criados para la importante noche de la magna cena. Cuando ésta llegó, él había ejercitado al máximo su ingenio a fin de que todo estuviera espléndidamente dispuesto. Ramos de rosas de invernadero adornaban el salón, el comedor y la escalera. La mesa, cubierta con un grueso mantel de damasco, resplandecía con los fulgores de la plata, el cristal y las velas. De las paredes colgaban dos grandes espejos venecianos que, por indicación de Stephen, se dispusieron uno frente al otro para que duplicaran, triplicaran y cuadriplicaran el brillo de la plata, el cristal y las velas; y cuando al fin los invitados se sentaron a la mesa, su reflejo se difuminaba suavemente en una deslumbrante luz dorada, como el de un coro de bienaventurados en la gloria.

Entre los asistentes destacaba el señor Norrell. ¡Qué distinto era todo de sus primeros días en Londres! Entonces no se reparaba en él, no era nadie. Ahora ocupaba un lugar entre las más altas personalidades del país, que le manifestaban gran consideración. Los otros invitados le hacían continuas observaciones y preguntas, y parecían encantados con sus breves y secas respuestas: «No sé a quién se refiere», «No he tenido el gusto de conocer a ese caballero» o «Nunca he estado en el lugar que usted menciona».

Una parte de la conversación de Norrell —la más amena— se canalizaba por boca de Drawlight y Lascelles, que, uno a cada lado, se dedicaban diligentemente a hacer que circularan en torno a la mesa sus opiniones sobre la magia moderna. La magia era el tema favorito de la velada. Al encontrarse en presencia del único mago de Inglaterra y del más famoso objeto de su arte, los invitados no sabían hablar de otra cosa ni pensar en otra cosa. Pronto se pusieron a debatir los presuntos encantamientos que habían proliferado por todo el país después de la resurrección de lady Pole.

—Cada periódico de provincias parece saber de dos o tres casos —afirmó lord Castlereagh—. El otro día, en el Bath Chronicle, leí el caso de un tal Gibbons de Milsom Street, que despertó durante la noche porque oyó entrar en su casa a unos ladrones. Parece que ese hombre tiene una gran biblioteca de libros de magia. Probó un conjuro que sabía y convirtió a los asaltantes en ratones.

—¿En serio? —dijo el señor Canning . ¿Y qué les pasó a los ratones?

—Todos escaparon por agujeros del zócalo.

—¡Ja! —exclamó Lascelles—. Créame, milord, ahí no hubo tal magia. Gibbons oyó ruido, temió que fuera un ladrón, pronunció un encantamiento, abrió una puerta y no encontró a unos delincuentes, sino a unos ratones. Lo cierto es que no hubo nada más que ratones. Al final, todas esas historias resultan falsas. Hay en Lincoln un cura y su hermana, los dedican a investigar los supuestos episodios mágicos, y no han encontrado ninguno verdadero.

—Ese cura y su hermana son grandes admiradores del señor Norrell —agregó Drawlight con entusiasmo—. Están encantados con que haya surgido un hombre

como él, para recuperar el noble arte de la magia inglesa. No soportan que otras personas cuenten mentiras pretendiendo imitar sus grandes actos. ¡No quieren que otras personas traten de darse importancia a expensas del señor Norrell! ¡Lo consideran una afrenta personal! El señor Norrell amablemente les ha proporcionado ciertos medios infalibles para determinar sin sombra de duda la falsedad de tales pretensiones, ¡y el señor y la señorita Malpas van por todo el país en su faetón desenmascarando a los impostores!

—Me parece que es usted muy generoso con Gibbons, señor Lascelles —dijo Norrell con su peculiar pedantería—. No está claro ni mucho menos que no hiciera su falsa afirmación con algún avieso propósito. Como mínimo, mintió en lo tocante a su biblioteca. Envié a Childermass a verla, y dice que no hay en ella ni un solo libro anterior a mil setecientos sesenta. Nada que tenga valor.

—A pesar de todo —le dijo lady Pole—, esperemos que el cura y su hermana descubran pronto algún mago realmente capaz, alguien que pudiera ayudarlo, caballero.

—¡Oh, no existe nadie! —exclamó Drawlight—. ¡Nadie en absoluto! Y es que, para realizar sus extraordinarios actos, el señor Norrell tuvo que dedicar años y años al estudio. Y es muy raro ver semejante abnegación en beneficio del propio país. ¡Puede estar segura de que no hay otro como él!

—En cualquier caso, el cura y su hermana no deben abandonar —insistió milady—. Yo sé mejor que nadie el esfuerzo que comporta un solo acto de magia. Imaginen si sería deseable que el señor Norrell contara con un ayudante.

—Deseable sí, pero poco probable —observó Lascelles—. Los Malpas no han hallado ni el menor indicio de que tal persona exista.

—Pero según ha dicho usted mismo, señor Lascelles, tampoco lo han buscado —repuso lady Pole—. Su propósito ha sido el de denunciar las falsas prácticas de magia, no el de encontrar nuevos magos. Mientras viajan en su faetón, podrían preguntar quién practica magia y quién posee una biblioteca. Estoy segura de que no les importaría tomarse esa pequeña molestia. Estarán encantados de hacer todo lo que esté en su mano para ayudarlo, señor Norrell. Y todos confiamos en que pronto tengan éxito, porque debe usted de sentirse un poco solo.

Llegó el momento en que se consideró que se había consumido una proporción adecuada de la cincuentena de platos que componían la cena, y los criados se llevaron las fuentes. Las damas se retiraron, dejando a los caballeros con el vino. Pero los caballeros descubrieron que su mutua compañía les resultaba menos grata de lo habitual. Todo lo que se podía decir de la magia ya estaba dicho. No les apetecía cotillear sobre las amistades y hasta la política parecía un poco aburrida. En suma, deseaban tener el placer de volver a contemplar a lady Pole, por lo que, más que preguntar, afirmaron que sir Walter echaba de menos a su esposa. Él respondió que

no. Pero tal respuesta no mereció crédito; era sabido que los recién casados no pueden ser felices lejos de la esposa; hasta la más breve separación puede afectar su ánimo y perjudicar su digestión. Los invitados de sir Walter se preguntaban unos a otros si no lo veían un poco pálido y respondían que sí. Él decía que no. Ah, trataba de disimular. Muy cortés de su parte, pero no los engañaba. Así pues, se apiadarían de él e irían a reunirse con las señoras.

Desde el rincón situado junto al aparador, Stephen Black vio salir a los hombres. Quedaban en el comedor tres criados: Alfred, Geoffrey y Robert.

—¿Entramos ya a servir el té, señor Black? —preguntó Alfred inocentemente.

Stephen Black levantó un fino dedo para indicar que debían permanecer donde estaban, al tiempo que fruncía un poco el entrecejo conminándolos a guardar silencio. Cuando estuvo seguro de que los caballeros ya no podían oírlo, exclamó:

—Me gustaría saber qué os pasa hoy. ¡Alfred! Ya sé que no estás acostumbrado a servir a personas de tanta categoría como las que tenemos esta noche, pero no por eso debes olvidar todo lo que has aprendido. ¡Me asombra tu estupidez!

Alfred musitó una disculpa.

—Lord Castlereagh te ha pedido perdices trufadas, ¡lo he oído claramente! ¡Y tú le has llevado jalea de fresa! ¿Dónde tenías la cabeza?

Alfred murmuró unas palabras de las que sólo se entendió «susto».

—¿Te has dado un susto? ¿Por qué?

—Me ha parecido ver a una figura extraña detrás de la silla de milady.

—¿Qué dices, Alfred?

—Una figura alta, con pelo plateado y reluciente y chaqueta verde. Pero enseguida se desvaneció.

—Alfred, mira al extremo del comedor.

—Sí, señor Black.

—¿Qué ves?

—Un cortinaje, señor Black.

—¿Y qué más?

—Una araña de cristal.

—Un cortinaje de terciopelo verde y una araña de cristal con velas encendidas. Ahí tienes a tu figura de chaqueta verde y pelo plateado, Alfred. Ahora ve con Cissie y ayúdala a guardar la porcelana, y en adelante procura no ser tan bobo. —Se dirigió entonces a otro criado—: ¡Geoffrey! Tu comportamiento no ha sido mejor que el de Alfred. Juraría que tu pensamiento estaba muy lejos de aquí. ¿Qué explicación puedes darme?

El pobre Geoffrey no contestó enseguida. Parpadeaba, apretaba los labios y hacía todo lo que suele hacer el que trata de contener el llanto.

—Perdón, señor Black. Es que me ha distraído la música.

—¿Qué música? ¡Si no había música! ¡Ahora, sí! ¡Escucha! Ahora empieza a tocar el cuarteto de cuerda en el salón. Pero hasta ahora no han tocado.

—¡Oh, no, señor Black! Me refiero a la gaita y el violín que sonaban en la habitación de al lado mientras cenaban los señores. Oh, señor Black, era la música más triste que he oído en mi vida. Partía el corazón.

Stephen lo miraba con perplejidad.

—No te entiendo. No había gaita ni violín. —Miró al último criado, un hombre fornido, de unos cuarenta años y cabello oscuro—. ¡Y tú, Robert! A ti no sé qué decirte. ¿No hablamos ayer?

—Sí, señor Black.

—¿No te dije que confiaba en que sirvieras de ejemplo a los demás?

—Sí, señor Black.

—Y no obstante, esta noche te has acercado a la ventana media docena de veces. ¿En qué estabas pensando? Lady Winsell buscaba con la mirada a alguien que le llevara una copa limpia. Tu puesto estaba junto a la mesa, atendiendo a los invitados de milady, no en la ventana.

—Perdón, señor Black, pero oía golpes en la ventana.

—¿Golpes? ¿Qué clase de golpes?

—De ramas en el cristal.

Stephen Black hizo un pequeño gesto de impaciencia.

—Robert, no hay ningún árbol cerca de la casa, y lo sabes.

—Me pareció que alrededor de la casa había crecido un bosque —dijo Robert.

—¿Qué? —exclamó Stephen.

16. Desesperanza (Enero de 1808)

LOS criados de Harley Street se sentían perseguidos por visiones sobrenaturales y sonidos lúgubres. El cocinero John Longridge y las criadas de la cocina oían una campana triste. El efecto de aquella campana, según explicó Longridge a Stephen Black, era el de recordarles a todas las personas conocidas que habían muerto, todas las cosas buenas que habían perdido y todas las cosas malas que les habían sucedido. Por eso estaban tristes, abatidos y cansados de la vida.

Geoffrey y Alfred, los lacayos más jóvenes, eran atormentados por el sonido de la gaita y el violín que Geoffrey oyó por primera vez la noche de la cena. La música siempre parecía llegar de la habitación de al lado. Stephen los había llevado por toda la casa para que se convencieran de que allí no había nadie que tocara tales instrumentos, pero de nada sirvió; ellos seguían asustados y afligidos.

Para Stephen, lo más desconcertante era el comportamiento de Robert, el mayor de los lacayos. Desde el primer día, éste le había parecido un hombre sensato, responsable, digno de confianza, en suma, la última persona que habría de ser víctima de alucinaciones. No obstante, Robert seguía insistiendo en que oía crecer un bosque invisible alrededor de la casa. Cada vez que hacía un alto en su trabajo, oía cómo las ramas arañaban los muros y golpeaban los cristales, y cómo las raíces se extendían aviesamente bajo los cimientos agrietando los ladrillos. Era un bosque viejo, decía Robert, y maligno. El viajero que lo cruzara tendría tanto que temer de los árboles como de los malhechores que estuvieran al acecho.

Stephen aducía que el bosque más cercano estaba a cuatro millas, en el páramo de Hampstead, y aun allí los árboles estaban muy domesticados. No se echaban encima de las casas tratando de destruirlas. Pero, por más que le dijera, Robert se estremecía y sacudía la cabeza.

El único consuelo de Stephen era que esa extraña manía había disipado las diferencias entre los criados. A los de la ciudad ya no les importaba el acento cerrado ni las maneras anticuadas de los del campo, y éstos ya no acudían a él con quejas de que los otros les gastaban bromas o los enviaban a hacer recados falsos. A todos los unía la creencia de que la casa estaba encantada. Sentados en la cocina, una vez terminadas sus tareas, hablaban de los horrores que habían oído contar de casas habitadas por espíritus y del espantoso destino sufrido por sus habitantes.

Una noche, dos semanas después de la cena de lady Pole, estaban todos reunidos junto al fuego, dedicados a su ocupación favorita. Stephen, cansado de oírlos, se retiró a su pequeño dormitorio, a leer un periódico. Hacía sólo unos minutos que estaba allí cuando oyó sonar una campanilla. Dejó el periódico, se puso su chaqueta negra y fue a ver dónde se requerían sus servicios.

En el pequeño pasillo que comunicaba la cocina con el cuarto del mayordomo había una hilera de campanillas, y debajo de cada una de ellas, en letras marrones pulcramente pintadas, se leía el nombre de una habitación: *Salón Veneciano*, *Salón Azul*, *Comedor*, *Gabinete de lady Pole*, *Dormitorio de lady Pole*, *Vestidor de lady Pole*, *Estudio de sir Walter*, *Dormitorio de sir Walter*, *Vestidor de sir Walter*, *Desesperanza*.

«¿Desesperanza? ¿Qué diablos es eso?», pensó Stephen.

Aquella misma mañana había pagado al carpintero la instalación de las campanillas y anotado en su libro de cuentas: «A Amos Judd, por instalar 9 campanillas en el pasillo de la cocina y pintar los nombres de las habitaciones: 4 chelines.» Pero ahora había diez campanillas. Y la de *Desesperanza* repicaba furiosamente.

«Será una broma de Judd —pensó—. Bien, mañana lo llamaré para que deje las cosas como es debido.»

Por no saber qué otra cosa hacer, Stephen fue a la planta baja y miró en todas las habitaciones; estaban vacías. Así pues, subió al primer piso.

En lo alto de la escalera había una puerta que nunca había visto.

—¿Quién está ahí? —susurró alguien detrás de la puerta.

No era una voz que Stephen conociese y, aunque poco más que un suspiro, era extrañamente penetrante. Parecía que le entrase en la cabeza por otro conducto que el del oído.

—¡Hay alguien en la escalera! —insistió la tenue voz—. ¿Eres el criado? ¡Pasa, haz el favor! ¡Te necesito!

Stephen llamó con los nudillos y entró.

La habitación no era menos misteriosa que la puerta. Si alguien le hubiera pedido que la describiese, Stephen habría dicho que era de estilo gótico, ya que ésa era la única palabra que su extraordinario aspecto sugería. Pero carecía de los adornos habituales, como los que se hallan reproducidos en las páginas del *Compendio de las artes* del señor Ackermann. Ni medievales arcos ojivales, ni maderas profusamente talladas, ni motivos eclesiásticos. Las paredes y el suelo eran de piedra gris, muy gastada e irregular. El techo era abovedado. Por una pequeña ventana se veía un firmamento estrellado. No había cristal en la ventana y en la habitación entraba un viento invernal.

Un caballero pálido, con una gran mata de pelo plateado como el vilano del cardo, se miraba en un espejo agrietado con gesto de viva contrariedad.

—¡Ah, por fin! —dijo lanzando una agria mirada a Stephen—. ¡En esta casa ya puedes llamar y llamar que nadie viene!

—Lo lamento, señor —respondió Stephen—, pero nadie me había advertido de su presencia. —Supuso que el caballero era un invitado de sir Walter o de lady Pole, lo

cual explicaba su presencia allí, pero no la de aquella habitación. Se invita a los caballeros, pero no a las habitaciones—. ¿En qué puedo servirlo, señor?

—¡Qué estúpido! —exclamó el caballero del pelo plateado—. ¿No sabes que esta noche lady Pole asiste a un baile en mi casa? Mi criado se ha escapado y estará escondiéndose por ahí. ¿Cómo voy a aparecer al lado de la hermosa lady Pole con este aspecto?

No le faltaban motivos para lamentarse: estaba sin afeitarse, su singular cabellera era una maraña y no iba vestido, sino que se cubría con un anticuado guardapolvo.

—Me ocuparé de usted al instante, señor —dijo Stephen—. Pero necesito los útiles de afeitarse. ¿No sabrá por casualidad dónde ha puesto su criado la navaja?

El caballero se encogió de hombros.

En la habitación no había tocador. En realidad, casi no había mueble alguno, aparte del espejo, un viejo taburete de ordeñar de tres patas y un extraño sillón tallado que parecía hecho de huesos. Stephen no acababa de creer que fueran huesos humanos, aunque lo parecían.

Encima del taburete de ordeñar, al lado de una hermosa cajita, vio entonces una navaja de plata de delicada factura. En el suelo había un deteriorado cuenco de peltre lleno de agua.

Por extraño que parezca, en la habitación no había chimenea, sino únicamente un brasero de hierro oxidado cargado de carbón, que esparcía por el suelo una ceniza sucia. Stephen calentó el agua en el brasero y afeitó al desconocido, que se miró en el espejo y se mostró muy satisfecho. Se quitó la bata, quedándose en calzón, y pacientemente dejó que Stephen le frotara la piel con un cepillo de cerda. El mayordomo no pudo por menos que observar que, mientras otros caballeros se ponían rojos como langostas al someterse a esa fricción, aquél se mantenía tan pálido como antes; si acaso, su piel adquiriría un lustre como de claro de luna o de madreperla.

Su ropa era de lo más exquisito; la camisa estaba planchada con primor y las botas relucían como negros espejos. Pero lo mejor era la docena de corbatas, finas como telarañas y tan rígidas como papel de música.

Dos horas tardó Stephen en completar la toilette del caballero, ya que éste era vanidoso en extremo. Durante aquel tiempo, el desconocido se mostraba más y más encantado con el mayordomo.

—Debo decirte que el ignorante de mi criado no tiene ni la mitad de tu habilidad con el peine. Y si del arte de anudar una corbata de muselina se trata, ni sabe lo que es eso.

—Bien, señor, ésta es la clase de tarea que yo prefiero. Me gustaría poder convencer a sir Walter para que cuidara mejor su atuendo, pero los caballeros que se dedican a la política no tienen tiempo para estas cosas.

Stephen lo ayudó a ponerse la chaqueta verde hoja (la de mejor calidad y corte

más elegante), y el caballero se acercó al taburete de ordeñar y tomó la cajita. Era de porcelana y plata, del tamaño de una caja de rapé, quizá un poco más larga. Stephen hizo un comentario de admiración sobre el color de la caja, que no era azul pálido exactamente, ni gris exactamente, ni lavanda exactamente, ni lila exactamente.

—¡Sí, en efecto! —exclamó el caballero con entusiasmo—. Es muy hermoso, y muy difícil de obtener. Hay que mezclar el pigmento con lágrimas de solteras de buena familia, que deben tener una larga vida de intachable virtud y morir sin haber conocido ni un solo día de verdadera felicidad.

—¡Pobres señoritas! Me alegro de que esas lágrimas sean tan escasas.

—Oh, no son las lágrimas lo excepcional; tengo frascos llenos de ellas. Lo difícil es mezclar los colores con la habilidad que la operación exige. El caballero se mostraba ya tan afable y locuaz que Stephen no tuvo reparo en preguntar:

—¿Y qué guarda el señor en esa cajita? ¿Rapé?

—¡Oh, no! Es uno de mis mayores tesoros, y deseo que lady Pole lo luzca esta noche en el baile. —Abrió la caja, que contenía un blanco dedito.

Al principio, Stephen encontró un tanto insólito el objeto, pero su sorpresa se disipó al instante, y si alguien le hubiera preguntado, habría respondido que los caballeros suelen llevar encima dedos en cajitas, y que aquél era sólo uno de los muchos casos que él había visto en su vida.

—¿Hace mucho tiempo que pertenece a la familia del señor?

—No; no mucho.

El caballero cerró la cajita con un chasquido y se la guardó en el bolsillo.

Juntos, se miraban en el espejo con complacencia. Stephen no pudo dejar de observar que se complementaban a la perfección: brillante piel negra y opalescente tez blanca; cada uno de ellos, ejemplo perfecto de belleza masculina. El mismo pensamiento pareció asaltar al caballero.

—¡Que guapos somos! —dijo con admiración—. Pero ahora me doy cuenta de que he cometido un error imperdonable. ¡Te he confundido con un criado de la casa, y ahora veo que eso es imposible! ¡Tu porte y tu belleza proclaman que eres de linaje noble, quizá regio! Debes de ser un visitante, lo mismo que yo. Te pido perdón por haberte importunado y te doy las gracias por haberme acicalado para que pueda presentarme ante la hermosa lady Pole.



—No, señor —sonrió Stephen—; soy un criado, el criado de sir Walter. El caballero del pelo plateado alzó una ceja con gesto de asombro.

—¡Un hombre tan hábil y tan apuesto como tú no debería ser criado de nadie! —exclamó, escandalizado—. ¡Debería ser dueño de una vasta propiedad! Me gustaría saber para qué ha de servir la belleza si no para marcar la superioridad de una persona sobre todas las demás. ¡Pero ya sé! Tus enemigos han conspirado para privarte de tus bienes y arrojarte a las filas de las gentes ignorantes y de baja estofa.

—No, señor. El señor se equivoca. Siempre he sido criado.

—Pues no lo entiendo —dijo sacudiendo la cabeza con perplejidad—. Aquí tiene que haber gato encerrado, y estoy decidido a descubrirlo tan pronto tenga tiempo. Pero entretanto, en recompensa por haberme peinado tan bien y por todos los demás servicios que me has prestado, esta noche asistirás a mi baile.

Por un momento, Stephen no supo qué responder a tan insólita proposición. «O está loco o es un político radical que desea suprimir todas las barreras entre las clases sociales», pensó.

—Aprecio el gran honor que me dispensa, señor. Pero considere que sus otros invitados acudirán a su casa esperando encontrarse con damas y caballeros de su misma condición. Cuando descubran que tratan con un mayordomo, se sentirán agraviados. Le agradezco mucho su gentileza, pero no deseo violentar al señor ni

ofender a sus amigos.

Eso pareció asombrar todavía más al caballero del pelo plateado.

—¡Qué nobleza de sentimientos! —exclamó—. ¡Sacrificar el propio placer por el bienestar ajeno! Confieso que a mí nunca se me ocurriría. Y ello me reafirma en mi propósito de considerarte amigo mío y hacer cuanto esté en mi mano para ayudarte. Pero tú no comprendes la situación. Esos invitados que tantos escrúpulos te inspiran son todos vasallos y súbditos míos. Ni uno solo se atrevería a criticarme a mí ni a quienquiera que yo llame amigo mío. Y si se atreviesen, ¡siempre podríamos matarlos! Pero de nada sirve discutir —agregó, como si empezara a aburrirlo la conversación—, puesto que ya estás aquí.

Con esas palabras, el caballero se alejó, y Stephen se encontró en un gran salón, ante una multitud que bailaba al son de una música triste.

De nuevo se sintió un tanto sorprendido, pero también se acostumbró enseguida, y se puso a mirar en derredor. A pesar de las palabras del caballero del pelo plateado, al principio temió que alguien lo reconociera, pero le bastaron unos instantes para convencerse de que allí no había ningún amigo de sir Walter, ni siquiera alguien a quien Stephen hubiese visto antes, y se dijo que, con su pulcro traje negro y su inmaculada camisa blanca, muy bien podía pasar por un caballero. Se alegraba de que sir Walter no lo obligara a llevar librea ni peluca empolvada, lo cual lo habría delatado al instante.

Todo el mundo vestía a la última moda. Las damas lucían trajes de colores exquisitos (si bien, a decir verdad, eran muy pocos los que Stephen recordaba haber visto antes). Los caballeros llevaban calzón hasta la rodilla, medias blancas y chaqueta marrón, verde, azul o negra. Las camisas eran de una blancura deslumbrante y los guantes de cabritilla, inmaculados.

Pero, a pesar de la elegancia de los trajes y la alegría de los invitados, se observaban señales de que la casa había conocido tiempos mejores. El salón estaba iluminado débilmente por un número insuficiente de velas de sebo, y no había más música que la de un violín y una gaita.

«Ha de ser la música que oían Geoffrey y Alfred —pensó Stephen—. ¡Qué extraño que no la oyera yo! Es tan melancólica como decían ellos.»

Se acercó a una estrecha ventana y, a la luz de las estrellas, vio un bosque oscuro e impenetrable. «Y éste será el bosque del que habla Robert. ¡Qué hostil parece! Y también habrá una campana, supongo.»

—Oh, pues claro que la hay —dijo una dama que estaba a su lado. Llevaba un vestido color tormenta, sombra y lluvia, y un collar de promesas rotas y pesadumbre. Sorprendió a Stephen que se dirigiera a él, porque estaba seguro de no haber expresado en voz alta sus pensamientos—. Hay una campana, sí —prosiguió ella—. Está en lo alto de una de las torres.

Ella lo miraba y sonreía con tan franca admiración que Stephen creyó un deber de cortesía decir algo.

—Es sin duda una reunión muy elegante, señora. No recuerdo haber visto nunca tantas caras hermosas y tantas figuras gráciles. Y todas en la flor de la juventud. Confieso que me sorprende no ver en el salón a gente mayor. ¿No tienen estas damas y caballeros padres ni tíos?

—¡Qué cosas tan raras dice! —repuso ella y rió—. ¿Por qué había de invitar a su baile a personas mayores y ajadas el señor de la casa de la *Desesperanza*? ¿Quién había de querer mirarlas? Por otra parte, no somos tan jóvenes como usted imagina. Inglaterra no era más que bosque sombrío y páramo árido la última vez que vimos a nuestros padres. ¡Pero espere! ¡Ahí está lady Pole!

Entre las parejas que bailaban, Stephen tuvo una visión fugaz de milady. Llevaba un vestido de terciopelo azul y daba la mano al caballero del pelo plateado, que la conducía al frente del salón.

Entonces la dama del vestido color tormenta, sombra y lluvia le preguntó a Stephen si querría bailar con ella.

—Será un placer —dijo él.

Cuando las otras damas vieron lo bien que bailaba Stephen, todas quisieron ser su pareja. Después de la dama del vestido color tormenta, sombra y lluvia, bailó con una mujer que no tenía cabello y llevaba una peluca de relucientes escarabajos que le rebullían en la cabeza. Su tercera pareja se quejaba vivamente cada vez que Stephen le rozaba el vestido con la mano, diciendo que lo hacía desentonar, y cuando él bajó la mirada, vio que el vestido estaba cubierto de pequeñas bocas que cantaban una canción de notas agudas y misteriosas.

Aunque, en general, se seguía la costumbre de cambiar de pareja cada dos bailes, Stephen observó que el caballero del pelo plateado estuvo bailando con lady Pole toda la noche y que no hablaba con nadie más que con ella. Pero no se olvidaba de Stephen, y cada vez que sus miradas se cruzaban, le sonreía, inclinaba la cabeza y parecía querer darle a entender que, de todas las amenidades del baile, la que más lo complacía era la de ver allí a Stephen Black.

17. La inexplicable aparición de veinticinco guineas (Enero de 1808)

LA mejor tienda de ultramarinos de la ciudad es Brandy's, en St. James Street. No soy yo la única persona que lo cree así. Sir William Pole, el abuelo de sir Walter, se negaba a comprar el café, el chocolate y el té en cualquier otro sitio y afirmaba que, comparado con el café turco superfino y supertostado del señor Brandy, cualquier otro café era insípido. Hay que señalar, sin embargo, que el privilegio de ser proveedor de sir William tenía sus inconvenientes. Aunque liberal con sus elogios y siempre cortés y condescendiente con los empleados, pagaba pocas facturas, y cuando murió debía una suma considerable. El señor Brandy, hombre de genio vivo, cara chupada y gesto huraño, estaba indignado. También él murió poco después, y muchos pensaron que lo hizo adrede, para perseguir a su aristocrático deudor.

A su muerte, el negocio pasó a manos de su viuda. Brandy se había casado ya mayor, e imagino que no sorprenderá al lector saber que la señora Brandy no había sido completamente feliz en su matrimonio. No tardó en descubrir que a su marido le gustaba más contemplar las guineas y los chelines que contemplarla a ella, y debo decir que muy raro tenía que ser el hombre al que no gustara contemplar a la señora Brandy, que era una atractiva mujer de bucles castaños, ojos azules y expresión dulce. Lo más natural habría sido que un hombre maduro como Brandy, sin otro atributo que el del dinero, hubiera rodeado de atenciones a una esposa joven y bonita y se hubiera esforzado por complacerla en todo; pero no fue así. No le había dado ni una casa que habitar, a pesar de que podía permitírselo holgadamente. Era tan refractario a soltar ni una moneda de seis peniques, que la hacía vivir en la pequeña habitación situada encima de la tienda de St. James Street, y durante sus doce años de matrimonio aquel cuchitril sirvió a la señora Brandy de salita de estar, dormitorio, comedor y cocina. Pero el señor Brandy no llevaba muerto ni tres semanas cuando ella ya había comprado una casa en Islington, cerca del Angel, y tomado a tres criadas: Sukey, Dafney y Delphina.

Empleó también a dos hombres en la tienda. John Upchurch era tranquilo, trabajador y capaz. Toby Smith era un pelirrojo nervioso cuyo comportamiento la desconcertaba: unas veces se mostraba callado y taciturno, y otras, alegre y rebosante de inesperadas confianzas. En vista de ciertas discrepancias que aparecían en las cuentas (como suelen darse en cualquier negocio) y del aspecto atribulado y azorado que tenía Toby cuando ella lo interrogaba al respecto, la señora Brandy empezaba a temer que su dependiente estuviera sisándole. Una noche de enero, la situación dio un giro inesperado. Ella estaba en la habitación de encima de la tienda cuando sonó un golpecito en la puerta y entró Toby Smith, arrastrando los pies y rehuyendo la mirada

de su patrona.

—¿Qué sucede, Toby?

—Perdone, señora —dijo, dejando vagar la mirada por la habitación—, es que no salen las cuentas. John y yo hemos contado y vuelto a contar el dinero y hecho las sumas una docena de veces o más, pero no lo entendemos. La señora chasqueó la lengua, suspiró y preguntó cuál era la diferencia.

—Veinticinco guineas, señora.

—¡Veinticinco guineas! —repitió horrorizada—. ¡Veinticinco guineas! ¿Cómo podemos haber perdido tanto? Oh, tenéis que estar equivocados, Toby. ¡Veinticinco guineas! ¡No creía que pudiera haber tanto dinero en la tienda! ¡Oh, Toby! —exclamó cuando la asaltó otra idea—. ¡Nos han robado!

—No, señora. Se equivoca, señora, con perdón. No quiero decir que falten veinticinco guineas. Es que sobran. Están de más.

Ella lo miró sin pestañear.

—Puede usted verlo con sus propios ojos, señora, si baja a la tienda.

El hombre sostenía la puerta con gesto de ansiedad y súplica. La señora Brandy bajó rápidamente y Toby la siguió.

Eran las nueve de una noche sin luna. Los postigos estaban cerrados y John y Toby habían apagado las lámparas. La tienda hubiera debido estar tan oscura como el interior del bote del té, pero la inundaba una suave luz dorada que parecía emanar de algo amarillo encima del mostrador.

Era un montón de relucientes guineas. La señora Brandy tomó una y la miró. Era como si sostuviera en la mano una esfera de luz amarilla con una moneda debajo. Era una luz extraña, que daba a los tres presentes un aspecto muy diferente del habitual. La mujer parecía altiva y orgullosa, John tenía el aire de un pícaro embaucador y Toby mostraba una expresión de gran ferocidad. Ni que decir tiene que estos defectos eran totalmente ajenos a su carácter. Pero aún más extraña era la transformación que aquella luz obraba en las docenas de cajoncitos de caoba que cubrían toda una pared de la tienda. Otras noches, las letras doradas incrustadas en la madera indicaban que su contenido eran cosas tales como: macis (hojas), mostaza (con cáscara), nuez moscada, hinojo molido, hojas de laurel, pimienta de Jamaica, esencia de jengibre, alcaravea, granos de pimienta, vinagre, y demás productos propios de una próspera y bien surtida tienda de ultramarinos. Pero ahora en los cajoncitos podía leerse: piedad (merecida), piedad (inmerecida), pesadillas, buena fortuna, mala fortuna, persecución de familias, ingratitud filial, confusión, perspicacia y veracidad. Fue una suerte que ninguno de ellos observara el extraño cambio. La señora Brandy se habría disgustado terriblemente, ya que no hubiera sabido a qué precio debía vender esa nueva mercancía.

—De algún sitio tiene que haber venido este dinero —dijo—. ¿Alguien ha pagado

su cuenta hoy?

John negó con la cabeza y Toby lo imitó.

—Además —agregó este último—, nadie debe tanto, salvo la duquesa de Worksop, desde luego, y francamente, señora, en ese caso...

—Sí, sí, Toby, dejémoslo —lo interrumpió ella, y se quedó pensativa un momento—. Quizá se le haya caído a algún caballero al sacar el pañuelo para enjugarse la lluvia de la cara.

—No estaba en el suelo —dijo John—. Estaba aquí, en la caja, con el resto del dinero.

—Pues no sé qué pensar. ¿Alguien ha pagado hoy con una moneda de una guinea?

Toby y John dijeron que aquel día nadie había pagado con una moneda de una guinea y, mucho menos, veinticinco personas con veinticinco monedas.

—Y unas guineas tan amarillas, señora —observó John—. Y todas nuevas y relucientes, inmaculadas.

—¿Quiere que vaya a buscar al señor Black, señora? —preguntó Toby.

—¡Oh, sí! —respondió ella con viveza—. Es decir, quizá no. No debemos molestarlo si no se trata de algo realmente malo. Y no es nada malo, ¿verdad, Toby? O quizá sí. No sé.

La llegada repentina e inexplicable de grandes sumas de dinero es algo tan insólito en la era moderna que ni Toby ni John eran capaces de ayudar a su señora a decidir si era cosa buena o mala.

—Aunque, desde luego —prosiguió ella—, el señor Black es una persona muy inteligente. Imagino que al momento descifrará el misterio. Ve a Harley Street, Toby, saluda de mi parte al señor Black y dile que, si dispone de tiempo, me gustaría conversar con él unos momentos. No, ¡espera! No le digas eso, suena muy presuntuoso. Primero pide perdón por molestarlo y luego dile que, en caso de que disponga de un momento, le quedaría muy agradecida, no, me sentiría muy honrada, no, muy agradecida, si pudiera hablar con él unos instantes.

La señora Brandy había conocido a Black cuando sir Walter heredó las deudas de su abuelo y ella el negocio de su marido. Cada semana poco más o menos, Stephen le llevaba una o dos guineas para ir saldando la deuda. Por extraño que parezca, con frecuencia la señora Brandy se resistía a aceptar el dinero.

—Oh, señor Black —decía—. Lléveselo. Estoy segura de que sir Walter lo necesita más que yo. La semana pasada el negocio marchó muy bien. Hemos recibido un chocolate especial que la clientela, muy amable, dice que es el mejor que se encuentra en todo Londres, infinitamente superior a cualquier otro chocolate tanto por el sabor como por la textura. Y de toda la ciudad viene la gente a comprarlo. ¿Quiere una tacita, señor Black?

Y sacaba el chocolate especial en una bonita chocolatera de porcelana azul y blanca, le servía una taza y le preguntaba ansiosamente si le gustaba, porque, a pesar de que acudía gente de todo Londres a comprarlo, para convencerse de sus virtudes la señora Brandy necesitaba recabar la opinión semanal de Stephen. Pero sus atenciones no se limitaban a la taza de chocolate, sino que, en general, se mostraba muy solícita respecto a su salud. Si hacía frío, le preocupaba que no se abrigara lo suficiente; si llovía, temía que se resfriara; si hacía un tiempo seco y caluroso, lo instaba a sentarse junto a una ventana que daba a un pequeño jardín muy verde, para refrescarse.

Cuando él se despedía, ella volvía a hablar de la guinea.

—En cuanto a la próxima semana, señor Black, no sé qué decirle. Quizá la próxima semana me haga mucha falta esa guinea. Los clientes no siempre pagan sus cuentas..., por lo que me permito rogarle que tenga la bondad de volver a traerla el miércoles. El miércoles, a eso de las tres. A las tres estaré libre y tendré preparado el chocolate, ya que usted ha tenido la amabilidad de decir que le gusta mucho.

Mis lectores masculinos se sonreirán al pensar que las mujeres nunca entenderán de negocios, pero las lectoras convendrán conmigo en que la señora Brandy entendía a la perfección el negocio más importante que se llevaba entre manos, que no era otro que el de lograr que Stephen Black se enamorase de ella tanto como ella se había enamorado de él.

Toby no regresó con un mensaje de Stephen Black, sino con el propio Stephen en persona, y toda la ansiedad que la aparición de las monedas había suscitado en la señora Brandy fue barrida por una agitación nueva y mucho más grata.

—¡Oh, señor Black! ¡No esperábamos verlo tan pronto! ¡No creía que estuviera libre!

Stephen se detuvo en la zona oscura, más allá de la radiación de las extrañas monedas.

—Esta noche no importa dónde esté —dijo con una voz mate, muy distinta de la habitual—. Toda la casa está revuelta. Milady no se encuentra bien.

La señora Brandy, John y Toby se sintieron muy impresionados. Al igual que todos los ciudadanos de Londres, se interesaban vivamente por todo cuanto afectara a milady. Se preciaban de su relación con cualquier miembro de la aristocracia, pero su condición de proveedores de lady Pole era lo que mayor satisfacción les producía. Nada los complacía tanto como poder decir que cuando lady Pole se sentaba a la mesa del desayuno, su panecillo estaba untado con las mermeladas de la señora Brandy, y el café que había en su taza había sido preparado con el grano suministrado por la señora Brandy.

De pronto, una idea terrible asaltó a la señora Brandy.

—¿No habrá tomado milady algo que le sentara mal? —preguntó.

—No —dijo Stephen con un suspiro—; no se trata de eso. Se queja de que tiene

dolor en las extremidades, sueños extraños y frío. Pero, sobre todo, está callada y abatida. Y tiene la piel helada.

Stephen entró en la extraña luz.

La asombrosa alteración que ésta había obrado en el aspecto de los otros no era nada comparada con el cambio que provocó en Stephen, al multiplicar su natural belleza por cinco, por siete y hasta por diez, imprimiéndole una expresión de nobleza casi sobrenatural. Y lo más sorprendente era que la luz parecía concentrarse en un halo que le rodeaba la cabeza, como una corona. No obstante, al igual que antes, ninguno de los presentes pareció advertir algo fuera de lo normal.

Stephen giró las monedas con sus dedos negros y finos.

—¿Dónde estaban, John?

—Ahí, en la caja, con el resto del dinero. ¿De dónde pueden haber salido, señor Black?

—Estoy tan asombrado como vosotros. No encuentro explicación. —Miró a la señora Brandy—. Lo que más me preocupa es que usted quede a salvo de toda sospecha de haber obtenido este dinero de forma ilícita. Creo que debería entregarlo a un abogado y encargarle que publique anuncios en el *Times* y el *Morning Chronicle* para averiguar si alguien ha perdido veinticinco guineas en su tienda.

—¡Un abogado, señor Black! —exclamó, horrorizada—. ¡Eso costará una fortuna!

—Sí, señora; todos los abogados la cuestan.

En ese momento pasó por delante de la tienda un caballero, que, al distinguir un resplandor dorado por las rendijas de los postigos, pensó que aún había alguien en el interior y, como necesitaba té y azúcar, llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Un cliente, Toby! —gritó la señora Brandy.

Toby corrió a abrir y John guardó el dinero. En el instante en que bajó la tapa de la caja, la estancia quedó a oscuras y ellos advirtieron que hasta aquel momento se habían visto unos a otros a la luz que despedían las misteriosas monedas. Así pues, John corrió a encender las lámparas para alegrar la tienda mientras Toby pesaba lo que pedía el cliente. Stephen Black se dejó caer en una silla y se pasó la mano por la frente. Estaba lívido y exhausto.

La señora Brandy se sentó a su lado y le oprimió una mano con exquisita suavidad.

—Mi querido señor Black, usted no está bien.

—Es sólo que me duele todo el cuerpo, como si hubiera estado toda la noche bailando. —Volvió a suspirar y se sujetó la cabeza.

La señora Brandy retiró la mano.

—No sabía que hubiera baile anoche —dijo, con una nota de celos—. Espero que se divirtiera. ¿Quiénes fueron sus parejas?

—No, no. No hubo baile. Al parecer, sufro los dolores del baile sin haber gozado de sus placeres. —Alzó la cabeza súbitamente—. ¿Oye usted eso?

—¿El qué, señor Black?

—La campana. Toca a muertos.

Ella aguzó el oído un momento.

—No; no oigo nada. ¿Se quedará a cenar, mi querido señor Black? Sería un honor para nosotros. Aunque temo que no sea una cena muy elegante. Hay poca cosa. Casi nada. Unas ostras al vapor, pastel de pichón y una pierna de cordero. Pero un viejo amigo como usted sabrá dispensarnos, desde luego. Toby puede traer...

—¿Está segura de que no la oye?

—Sí, lo estoy.

—No puedo quedarme. —Fue a añadir algo, y hasta abrió la boca para decirlo, pero pareció que la campana lo distraía otra vez de su propósito y calló—. ¡Tenga usted buenas noches! —Se levantó, insinuó una rápida reverencia y se fue.

En St. James Street seguía sonando la campana. Stephen caminaba como entre la niebla. Estaba llegando a Piccadilly cuando un mozo vestido con delantal y cargado con una cesta de pescado salió de pronto de un callejón. Al tratar de esquivarlo, Stephen chocó con un caballero grueso que llevaba chaqueta azul y sombrero Bedford y estaba parado en la esquina de Albermarle Street.

El hombre se giró y descubrió a Stephen. Al instante, fue presa de la alarma: vio una cara negra cerca de su cara y unas manos negras cerca de sus bolsillos y objetos de valor. Sin reparar en la buena ropa ni el aire respetable de Stephen, el caballero grueso, convencido de que iba a ser víctima de un robo o una agresión, levantó el paraguas para defenderse a golpes.

Ése era el momento que Stephen había temido toda su vida. Pensó que llamarían a los alguaciles, que lo llevarían ante los magistrados y que, seguramente, ni el patrocinio ni la amistad de sir Walter Pole bastarían para salvarlo. ¿Sería concebible para un jurado inglés que pudiera existir un negro que no robara ni mintiera? ¿Un negro que fuera una persona respetable? No parecía probable. No obstante, ahora que creía que iba a cumplirse su destino, Stephen descubrió que no le afectaba, y observó el desarrollo de los acontecimientos como el que mira una comedia a través de un grueso cristal o una escena reflejada en un estanque.

El caballero grueso abrió los ojos con miedo, cólera e indignación. También abrió la boca dispuesto a lanzar acusaciones, pero entonces empezó a transformarse. Su cuerpo se metamorfoseó en árbol, bruscamente le brotaron en todas las direcciones brazos que tomaron forma de ramas, su cara se convirtió en tronco y todo él creció de pronto veinte pies. Donde antes estaban el sombrero y el paraguas había ahora una gran masa de hiedra.

«Un roble en Piccadilly —pensó Stephen—. Qué curioso.»

También Piccadilly cambiaba. En aquel momento pasaba un carruaje. Era evidente que pertenecía a un personaje importante porque, además de cochero en el pescante, llevaba dos lacayos detrás y un escudo pintado en la puerta, y estaba tirado por cuatro bayos idénticos. Ante los ojos de Stephen, los caballos empezaron a crecer y adelgazar hasta que, cuando parecía que iban a desaparecer por completo, tomaron la forma de un bosquecillo de esbeltos abedules de tronco plateado. El coche se convirtió en un acebo y el cochero y los lacayos, en un búho y dos ruiseñores que se fueron volando. Una dama y un caballero que caminaban cogidos del brazo echaron ramas en todas las direcciones y se transformaron en un saúco; y un perro, en una enmarañada mata de helechos secos. Las farolas de gas de la calle se elevaron y quedaron suspendidas del firmamento como estrellas, que brillaban entre un encaje de ramas desnudas, y del mismo Piccadilly no quedó sino un sendero casi invisible que cruzaba un oscuro bosque invernal.

Pero Stephen no veía en ello nada sorprendente; era como un sueño, en el que los hechos más extraordinarios van acompañados de su explicación y al momento resultan perfectamente lógicos. Todo lo contrario, le parecía que siempre había sabido que Piccadilly estaba muy cerca de un bosque encantado.

Echó a andar por el sendero.

El bosque era muy oscuro y silencioso. Sobre su cabeza, las estrellas eran las más brillantes que había visto en su vida, y los árboles, simples siluetas oscuras.

Desapareció aquella sorda apatía que durante todo el día le había embotado la mente y el espíritu, y Stephen evocó el sueño de la víspera, en el que había conocido a un misterioso personaje de pelo plateado y chaqueta verde que lo había llevado a una casa donde toda la noche había bailado con gente muy extraña.

La lúgubre campana sonaba mucho más cerca en el bosque que en Londres, y Stephen avanzó por el sendero en dirección al sonido. Pronto llegó a una enorme casa de piedra que tenía mil ventanas. En algunas se veía un débil resplandor. Rodeaba la mansión una tapia muy alta. Stephen la atravesó (aunque no sabía cómo, porque no había visto ni rastro de puerta) y se encontró en un gran patio destartalado, sembrado de cráneos, huesos rotos y armas oxidadas que parecían llevar allí varios siglos. A pesar del tamaño y la magnificencia de la casa, su única entrada era una puerta tan pequeña que Stephen tuvo que agacharse para pasar por ella. Inmediatamente vio una gran multitud de personas, ataviadas de forma exquisita.

Justo al lado de la puerta había dos caballeros. Vestían fina chaqueta oscura, medias y guantes de inmaculada blancura y zapatos de baile. Estaban charlando animadamente, pero en cuanto apareció Stephen, uno de ellos se volvió sonriendo.

—¡Ah, Stephen Black! —exclamó—. Estábamos esperándote.

Entonces volvieron a sonar el violín y la gaita.

18. Sir Walter consulta a caballeros de diversas profesiones (Febrero de 1808)

LADY Pole estaba sentada junto a la ventana, pálida y seria. Hablaba poco, y si decía algo era con palabras extrañas e incoherentes. Cuando su marido y sus amigos, intranquilos, le preguntaban qué le pasaba, ella respondía que estaba harta de bailar, que no quería bailar más. En cuanto a la música, era lo más detestable del mundo y le extrañaba no haberse dado cuenta antes.

A sir Walter aquella apatía y aquellos silencios le parecían muy alarmantes. Era un estado que se semejaba mucho al de la enfermedad que tanto había hecho sufrir a milady antes de su matrimonio y que había acabado trágicamente en su prematura muerte. ¿No estaba pálida entonces? Pues pálida estaba ahora. ¿No estaba fría entonces? Pues ahora volvía a estarlo.

Durante la anterior enfermedad de milady, no la había visitado médico alguno, circunstancia en la que, por supuesto, todos los médicos veían un insulto para la profesión. «¡Oh! —exclamaban cuando oían mencionar el nombre de lady Pole—. Desde luego, la magia que le devolvió la vida fue maravillosa; pero si oportunamente se le hubieran administrado los medicamentos adecuados, no habría sido necesario recurrir a ella.» Tenía razón Lascelles al decir que toda la culpa era de la señora Wintertowne, que detestaba a los doctores y no consintió que ninguno de ellos se acercara a su hija. Sir Walter, que no tenía tales prejuicios, enseguida envió a buscar al señor Baillie.

Era éste un caballero escocés al que desde hacía tiempo se consideraba el mejor médico de Londres. Había escrito muchos libros con títulos grandilocuentes y era el médico personal del rey. Tenía un rostro afable y llevaba un bastón con puño de oro como símbolo de su preeminencia. Acudió con premura al llamamiento de sir Walter, ansioso por demostrar la superioridad de la ciencia sobre la magia. Terminado el reconocimiento, salió de la habitación. Dijo que milady estaba perfectamente. No tenía ni un simple resfriado.

Sir Walter insistió en el cambio producido en ella desde hacía uno días.

Baillie lo miró con aire pensativo y dijo que creía entender el problema. Hacía poco tiempo que sir Walter y milady estaban casados, ¿verdad? Bien, tendría que perdonarlo, pero a veces los doctores estaban obligados a decir ciertas cosas que otras personas preferían callar. Si: Walter no estaba acostumbrado a la vida de casado. Pronto descubriría que a veces los matrimonios se peleaban. No había por qué avergonzarse hasta las parejas mejor avenidas tenían sus diferencias, y en tales casos no era insólito que uno de los dos fingiese una indisposición. Tampoco era siempre la señora quien hacía tal cosa. ¿Quizá lady Pole se había encaprichado de algo? Bien, si

se trataba de una cosilla sin importancia, como un vestido o un sombrero, ¿por qué no dársela, si tanto la deseaba? Si era algo importante, como una casa o un viaje a Escocia, quizá fuera mejor discutirlo. Él estaba seguro de que milady era una persona razonable.

Hubo una pausa durante la cual sir Walter contempló al doctor de hito en hito.

—Milady y yo no nos hemos peleado —dijo al fin.

—Ah —exclamó el médico afablemente.

Quizá a sir Walter le pareciera que no había habido pelea. A veces los caballeros no observaban los síntomas. Le aconsejaba que hiciera memoria. ¿No había dicho algo que hubiera podido incomodar a milady? Él no hablaba de culpa. Todo formaba parte de las pequeñas concesiones que marido y mujer deben hacer al empezar su vida en común.

—¡Pero no va con el carácter de lady Pole el comportarse como una niña mimada!

—Por supuesto que no. Pero milady es muy joven, y con los jóvenes siempre hay que ser indulgente. Las cabezas viejas no reposan en hombros jóvenes. Sir Walter, no debería esperar tal cosa.

Baillie se entusiasmaba con el tema. Sacó a colación ejemplos (extraídos de la historia y la literatura) de hombres y mujeres sensatos e inteligentes que habían cometido locuras en su juventud. En cualquier caso, le bastó una mirada al rostro de sir Walter para desistir de seguir explayándose en el tema.

También sir Walter tenía muchas cosas que decir y deseos de manifestar algunas de ellas, pero no estaba seguro del terreno que pisaba. El hombre que se casa a los cuarenta y dos años sabe muy bien que cualquiera de sus amistades está mejor cualificada que él para manejar su vida doméstica. Por tanto, se limitó a mirar al señor Baillie juntando las cejas y, como eran ya casi las once, pidió el coche, llamó a su secretario y se fue a Burlington House, donde estaba citado con los otros ministros.

En Burlington House, cruzó patios columnados y antesalas doradas. Subió por grandes escaleras de mármol, bajo techos pintados en los que multitud de dioses, diosas, héroes y ninfas caían de cielos azules o se recostaban en mullidas nubes blancas. Una legión de lacayos con librea y peluca hacían reverencias a su paso, hasta que llegó a la sala en que los ministros miraban papeles y discutían.

—¿Por qué no manda llamar al señor Norrell, sir Walter? —preguntó el señor Canning tan pronto se enteró de la situación—. Me sorprende que no lo haya llamado ya. Estoy seguro de que la indisposición de milady obedece a alguna pequeña anomalía de la magia que la devolvió a la vida, y el señor Norrell no tendrá dificultad alguna para remediarla, a fin de que milady vuelva a encontrarse bien.

—¡Estoy de acuerdo! —afirmó lord Castlereagh—. A mí me parece que lady Pole

ya está fuera del campo de la medicina. Usted y yo, sir Walter, estamos en este mundo por la gracia de Dios, y milady, por la gracia del señor Norrell. Su vínculo con la vida es distinto del nuestro, tanto en el aspecto teológico como, imagino, en el médico.

—Cuando la señora Perceval no se encuentra bien —terció el señor Perceval, un abogado pequeño y conciso, de aspecto y modales sencillos, que desempeñaba el relevante cargo de ministro de Economía—, la primera persona a la que consulto es su doncella. Al fin y al cabo, ¿quién puede conocer mejor el estado de salud de una señora que su doncella particular? ¿Qué dice la de lady Pole?

Sir Walter sacudió la cabeza.

—Pampisford está tan desconcertada como yo. Coincide conmigo en que hace dos días mi esposa tenía una salud excelente y ahora está helada, pálida, decaída y triste. Esa es toda la información que me ha dado Pampisford. Además de una sarta de tonterías de que la casa está encantada. No sé qué les pasa a los criados. Todos están abstraídos y nerviosos. Esta mañana, un lacayo ha venido a contarme que a medianoche había visto a alguien en la escalera, una persona con chaqueta verde y espeso pelo plateado.

—¿Qué? ¿Un fantasma? ¿Un aparecido? —preguntó lord Hawkesbury.

—Sí; me parece que eso es lo que quería sugerirme.

—¡Qué extraordinario! ¿Le habló? —preguntó Canning.

—No. Geoffrey me dijo que lo miró con desdén y siguió su camino.

—Oh, sir Walter, su criado lo ha soñado —dijo Perceval—. Su criado estaba soñando.

—O borracho —apuntó Canning.

—Sí; eso mismo he pensado yo, y le he preguntado a Stephen, pero éste está tan desquiciado como los demás. Casi no consigo que me hable.

—Bien —dijo Canning, supongo que no pretenderá usted negar que en todo esto hay algo que apunta a la magia, ¿verdad? ¿Y no es tarea del señor Norrell explicar aquello que no pueden explicar otras personas? ¡Llámelo, sir Walter!

Tan razonable era la idea que sir Walter se preguntó por qué no se le habría ocurrido a él. La opinión que tenía de sus propias facultades no podía ser mejor y no comprendía cómo se le había escapado semejante obviedad. Entonces reparó en que lo cierto era que a él la magia no le gustaba. Nunca le había gustado, ni al principio, cuando suponía que era falsa, ni ahora, que había resultado verdadera. Pero no podía decir eso a los otros ministros, cuando él mismo los había convencido para que se utilizaran los servicios de un mago por primera vez en doscientos años.

Sir Walter regresó a Harley Street a las tres y media, hora misteriosa en un día de invierno. Entre dos luces, las casas y la gente eran borrosas formas negras, en tanto que el cielo conservaba un fulgor azul plata, claro y frío. El ocaso invernal pintaba al

extremo de las calles una franja rosa y sangre, grata para la vista pero inquietante para el corazón. Mirando por la ventanilla del carruaje, pensó que era una suerte que él no fuese una persona impresionable. Otro, en su lugar, se sentiría angustiado por la combinación de la desagradable perspectiva de consultar a un mago con aquella fantasmagórica amalgama de negros y sangres en que se diluían las calles de Londres.

Geoffrey abrió la puerta del número 9 de Harley Street, y sir Walter subió rápidamente la escalera. En el primer piso, al pasar por delante del salón veneciano en que milady había estado por la mañana, un vago presentimiento lo impulsó a mirar hacia el interior. En un principio, no parecía que allí pudiera haber alguien. En el hogar, un fuego mortecino creaba un segundo crepúsculo dentro de la habitación. Nadie había encendido todavía velas ni lámparas. Y entonces la vio.

Estaba sentada junto a la ventana, muy erguida en la silla, de espaldas a él. Todo, la silla, la postura, hasta los pliegues del vestido y el chal, estaba exactamente igual que cuando él la había dejado aquella mañana.

Sir Walter entró en su estudio y enseguida se sentó a escribir un mensaje urgente para el señor Norrell.

El mago no acudió de inmediato. Transcurrió una hora, o quizá dos, antes de que al fin llegara, con una expresión de resuelta calma en el rostro.

Sir Walter lo saludó en el vestíbulo, le explicó lo ocurrido y le propuso que subieran juntos al salón veneciano.

—¡Oh! —exclamó Norrell—. Por lo que usted dice, no creo necesario molestar a lady Pole, ya que mucho me temo no poder hacer nada por ella. Lamento tener que decirle esto, mi querido sir Walter, ya que usted sabe que siempre deseo y desearé servirlo en todo lo posible; pero sea lo que fuere lo que aqueja a milady, no creo que pueda remediarse con la magia.

Sir Walter suspiró, se mesó el cabello y dijo con tristeza:

—El señor Baillie no le ha encontrado dolencia alguna, por lo que he pensado...

—Pues es precisamente esa circunstancia lo que me da la seguridad de que no puedo ayudarlo. La magia y la medicina no son tan diferentes como parece usted imaginar. En muchos aspectos coinciden. Una enfermedad puede tener un remedio mágico y un remedio médico a la vez. Si milady estuviera realmente enferma o si, ¡Dios no lo quiera!, fuese a morir otra vez, la magia podría curarla o devolverla a la vida. Pero, con perdón, sir Walter, lo que usted describe más se semeja a una enfermedad del espíritu que del cuerpo y, por lo tanto, no atañe a la magia ni a la medicina. Yo no soy experto en esa materia. ¿Quizá un sacerdote podría dar mejor respuesta?

—Pero lord Castlereagh piensa... no sé si acertadamente... que, dado que lady Pole debe su vida a la magia... Admito que no acabo de entenderlo, pero creo que ha

querido decir que como milady debe su vida a la magia, ha de ser susceptible a la curación por la magia.

—¿Eso ha dicho lord Castlereagh? Pues está equivocado, y me asombra que haya pensado tal cosa. Eso es lo que se llamaba la herejía de Meraud¹. En el siglo doce, un abad de Rievaulx dedicó grandes esfuerzos a su destrucción y después lo hicieron santo. Claro que la teología de la magia nunca ha sido tema de mi especial predilección, pero creo no equivocarme al afirmar que en el capítulo sesenta y nueve de *Tres condiciones perfectibles del ser*, de William Pantler...²

Norrell parecía a punto de enfrascarse en una de sus largas y aburridas disertaciones sobre la historia de la magia inglesa, plagada de referencias a libros de los que nadie había oído hablar, de modo que sir Walter lo interrumpió.

—¡Sí, sí! Pero ¿tiene idea de quién puede ser la persona de la chaqueta verde y el pelo plateado?

—¡Oh! —exclamó—. ¿Así que usted cree que había alguien? Me parece muy poco probable. ¿No sería una bata y una peluca que un sirviente descuidado dejó colgadas de algún gancho en el lugar más insospechado? Yo mismo me he llevado más de un sobresalto por culpa de esta peluca que ahora puede usted ver en mi cabeza. Lucas tiene orden de guardarla por la noche, sabe que debe guardarla, pero más de una vez la ha dejado en su soporte en la repisa de la chimenea, delante del espejo, con lo que la peluca y su reflejo a nada se parecen tanto como a las cabezas de dos caballeros murmurando de mí.

Norrell clavó sus ojillos en sir Walter parpadeando rápidamente. Luego, después de declarar que nada podía hacer, se despidió y se marchó.

Se fue directamente a su casa. Una vez en Hanover Square, subió a un pequeño estudio del segundo piso. Era una habitación muy tranquila, situada en la parte trasera de la casa, con una ventana que daba al jardín. Los criados nunca entraban cuando él estaba trabajando allí, y el mismo Childermass había de tener un motivo muy urgente para importunarlo. Norrell no solía avisar de cuándo pensaba utilizar el pequeño estudio, pero era norma de la casa tenerlo siempre preparado. En ese momento había un buen fuego en el hogar y todas las lámparas estaban encendidas, pero habían olvidado correr las cortinas, y la ventana era como un espejo negro en que se reflejaba la habitación.

Se sentó al escritorio situado frente a la ventana. Abrió un grueso tomo de los muchos que tenía encima de la mesa y empezó a musitar para sí una fórmula mágica.

Una brasa que cayó de la chimenea y una sombra que se movía por la estancia le hicieron levantar la mirada. En la oscura ventana vio el reflejo de su sobresalto y a alguien que estaba de pie detrás de él, una cara pálida y plateada enmarcada por una brillante cabellera.

Norrell no se volvió, sino que se dirigió a la figura reflejada en el cristal, en tono

agrio e iracundo:

—Cuando dijiste que querías media vida de la muchacha, pensé que le permitirías permanecer con su familia y sus amigos la mitad de setenta y cinco años, y que después parecería que simplemente había muerto.

—Yo no dije tal cosa.

—¡Me engañaste! —le reprochó—. ¡No me has ayudado en nada! ¡Con tus tretas puedes echarlo todo a perder!

El personaje de la ventana chasqueó la lengua en señal de fastidio.

—Esperaba encontrarte más razonable en nuestra segunda entrevista. Pero estás lleno de soberbia y cólera injustificada contra mí. ¡Yo he cumplido las condiciones del pacto! Hice lo que me pedías sin tomar a cambio nada que no fuera mío. Si realmente te importara la felicidad de lady Pole, te alegrarías de saber que ahora se encuentra entre amigos que la admiran y estiman de verdad.

—Eso a mí no me importa —replicó Norrell con desdén—. ¿Qué es el destino de una mujer comparado con el triunfo de la magia inglesa? No; es su marido el que me interesa, ¡el hombre por el que lo he hecho todo! Ahora, por culpa de tu perfidia, está muy decaído. ¡Imagina que no consigue sobreponerse! ¡Imagina que tiene que dimitir de su cargo en el gobierno! Quizá no encuentre a otro aliado que me apoye³. ¡Nunca podrá haber otro ministro que me deba tan gran favor!

—Su marido, ¿verdad? Bien, yo lo haré subir hasta lo más alto. Lo haré mucho más grande de lo que él podría llegar a ser por su propio esfuerzo. Será primer ministro. ¿O, quizá, emperador de Gran Bretaña? ¿Te conviene?

—¡No, no! ¡No lo entiendes! Yo sólo deseo que esté contento conmigo, que hable con los otros ministros y los convenza del gran bien que mi magia puede hacer al país.

—Es para mí un verdadero misterio que prefieras la ayuda de esa persona a la mía —declaró el personaje de la ventana con altivez—. ¿Qué sabe él de magia? ¡Nada! Yo puedo enseñarte a levantar montañas y aplastar con ellas a vuestros enemigos! Puedo hacer que las nubes canten cuando tú aparezcas. Puedo hacer que sea primavera cuando llegues y que sea invierno cuando te vayas. Puedo...

—¡Oh, sí! Y lo único que pides a cambio es someter la magia inglesa a tus caprichos. ¡Raptarás de su hogar a hombres y mujeres y harás de Inglaterra un lugar apto sólo para los degenerados de tu raza! El precio de tu ayuda es demasiado alto para mí.

El personaje de la ventana no respondió directamente a esas acusaciones, pero de una mesita saltó de pronto un candelabro que cruzó volando la habitación y rompió un espejo de la pared de enfrente y un pequeño busto de porcelana de Thomas Lanchester.

Después se hizo el silencio.

Norrell temblaba de miedo. Miraba los libros esparcidos sobre el escritorio, pero si leía, debía de ser como leen los magos, porque sus ojos no se movían por la página. Al cabo de varios minutos levantó la mirada. El personaje ya no estaba reflejado en el cristal.

Los planes que unos y otros habían hecho para lady Pole se frustraron. Aquel matrimonio, que durante breves semanas tantas promesas parecía reservar para ambos cónyuges, se malogró por la indiferencia y el silencio de ella y la ansiedad y la pena de él. Lady Pole, lejos de convertirse en el espejo del mundo elegante, permanecía recluida en su casa. Nadie la visitaba, y el mundo pronto se olvidó de ella.

En Harley Street, los criados se resistían a entrar en la habitación en que estuviera su señora, aunque ninguno habría sabido decir por qué. Lo cierto era que a su lado se percibía el débil eco de una campana. Sobre ella parecía soplar un viento glacial, llegado de muy lejos, que hacía tiritar a todo el que se le acercara. Así permanecía hora tras hora, envuelta en su chal, sin moverse y sin hablar, mientras en torno a ella se congregaban las pesadillas y las sombras.

19. Los Chicos de la Madrugada (Febrero de 1808)

POR curioso que resulte, nadie advirtió que la extraña dolencia que sufría milady era exactamente la misma que padecía Stephen Black. También se quejaba de cansancio y frío, y en las raras ocasiones en que una y otro decían algo, hablaban en voz baja y desmayada.

Pero quizá no fuera tan curioso. El distinto estilo de vida de una dama y de un mayordomo enmascara cualquier similitud que pueda existir entre sus respectivas situaciones. Un mayordomo tiene un trabajo que cumplir. A diferencia de lady Pole, Stephen no podía quedarse horas y horas sentado junto a una ventana sin hacer ni decir nada. Unos síntomas que, en ella, eran elevados al rango de enfermedad, en él eran tachados de simple abatimiento.

John Longridge, el cocinero de Harley Street, sufría de abatimiento desde hacía más de treinta años, y recibió con los brazos abiertos a Stephen en la cofradía de los melancólicos. El infeliz parecía contento de tener un compañero de infortunio. Por la noche, cuando Stephen se sentaba a la mesa de la cocina con la cara entre las manos, John Longridge se instalaba al otro lado de la mesa y se entregaba a la — conmisericordia

—Lo compadezco, señor Black. Sí, señor; el abatimiento es el peor tormento que puede afligir al hombre. A veces me parece que todo Londres es una masa de puré de guisantes frío, tanto por el color como por la consistencia. Veo a gente con cara de puré y manos de puré que anda por calles de puré. ¡Ay, qué mal me siento entonces! Hasta el sol, en el firmamento, es frío y gris como ese puré, y no me calienta. ¿No se siente helado a veces?—Le apretaba la mano—. Ah, señor Black, está frío como una sepultura.

Stephen se sentía como un sonámbulo. Ya no vivía, sólo soñaba. Soñaba con la casa de Harley Street y con los otros criados. Soñaba con su trabajo, con sus amigos y con la señora Brandy. A veces soñaba cosas extrañas, cosas que, en una parte de su ser, una parte pequeña, honda y fría, sabía que no podían ni debían ser. A veces, cuando al caminar por un pasillo o subir la escalera miraba atrás, veía otros pasillos y otras escaleras que se perdían en la distancia, pasillos y escaleras que no encajaban allí. Era como si, por un misterioso accidente, la casa hubiera quedado alojada dentro de un edificio mucho más vasto y antiguo. Eran corredores polvorientos y poblados de sombras, con techo abovedado. Los suelos y las escaleras estaban tan gastados y desiguales que sus piedras parecían más las que se encuentran en la naturaleza que las que se tallan para la arquitectura. Pero lo más curioso de aquellas fantasmales galerías era que a Stephen le resultaban familiares. Sin saber cómo ni por qué,

pensaba: «Después de ese recodo, está la *Sala de Armas Orientales*» o «Esa escalera conduce a la *Torre del Destripador*».

Siempre que veía aquellos corredores o, como sucedía a veces, intuía su presencia sin percibirlos directamente, se sentía un poco más animado, un poco más como era antes. La parte de su ser que había quedado congelada (¿su alma?, ¿su corazón?) se descongelaba un punto, y en su interior se reavivaban el pensamiento, la curiosidad y las emociones. Pero, por lo demás, nada lo divertía, nada lo satisfacía. Todo era sombra, vacío, eco y polvo.

A veces, llevado de su desasosiego, daba largos paseos solitarios por las calles sombrías e invernales de Mayfair y Piccadilly. Una tarde de últimos de febrero se encontró en Oxford Street, delante del café del señor Wharton. Era un local que conocía bien. En la sala del primer piso se reunían los *Chicos de la Madrugada*, un club formado por los criados principales de las principales casas de Londres. El ayuda de cámara de lord Castlereagh era uno de sus miembros más relevantes, otro era el cochero del duque de Portland y otro, Stephen. Los *Chicos de la Madrugada* se reunían el tercer martes de cada mes y realizaban las mismas actividades que los miembros de cualquier otro club londinense: comían y bebían, jugaban y hablaban de política y mujeres. Los que se encontraran desocupados en otras noches del mes, también acudían al piso de arriba del café de Wharton buscando solaz en la compañía de sus colegas. Stephen entró y subió a la sala.

El piso superior del café era como el de cualquier establecimiento similar de la ciudad. Estaba tan lleno de humo de tabaco como suelen estarlo los lugares de reunión de la mitad masculina de la sociedad. Tenía paneles y mamparas de madera oscura que dividían el espacio en pequeños reservados, donde los clientes podían sentirse aislados en un mundo particular, todo de madera. El suelo se adecentaba con serrín fresco a diario. Cubrían las mesas manteles blancos y las lámparas de aceite estaban limpias, con las mechas bien recortadas. Stephen se sentó en un reservado, pidió una copa de oporto y se quedó mirándola tristemente.

Cada vez que un miembro del club pasaba por delante del reservado, se detenía a decirle unas palabras y Stephen saludaba con un lánguido ademán, pero esa noche no se molestaba en responder. Eso había sucedido dos o tres veces cuando, de pronto, Stephen oyó un vehemente cuchicheo:

—¡Haces muy bien en no prestarles atención! Porque, a la postre, ¿qué son sino criados y esclavos? Y cuando, con mi ayuda, tú asciendas al lugar que por derecho te corresponde y te halles en la cúspide de la nobleza y la grandeza, te alegrarás de haber desdeñado su amistad.

Era sólo un susurro, pero Stephen lo oía claramente por encima de las voces y risas de los *Chicos de la Madrugada* y demás clientes. Tuvo la extraña idea de que, a pesar de ser tan tenue, esa voz podía atravesar la piedra, el hierro y el cobre. Podía

hablarle desde mil pies bajo tierra, y aun así él la oiría. Podía quebrar las piedras preciosas y podía volverlo loco.

Eso era tan extraordinario que, por un momento, Stephen salió de su apatía. Se apoderó de él una viva curiosidad por descubrir quién hablaba y miró en derredor, pero no vio en la sala a ningún desconocido. Entonces asomó la cabeza al otro lado de la mampara y miró al reservado contiguo. Había allí un personaje de extraño aspecto. Parecía muy cómodo con los brazos apoyados en la parte superior de la mampara y las botas encima de la mesa. Tenía varias características notables, la más vistosa una mata de pelo plateado, suave y brillante como el vilano del cardo. Le hizo un guiño, se levantó de su reservado y se sentó en el de Stephen.

—Francamente —prosiguió, en tono confidencial—, he de decirte que esta ciudad no tiene ni una centésima parte de su esplendor de antaño. Me siento muy defraudado desde mi regreso. En otro tiempo, Londres era como un bosque de torres, cúpulas y espiras. Refulgían las banderas y los estandartes de vivos colores, que ondeaban de todas y cada una de ellas.

Por doquier veías esculturas en piedra tan delicadas como los huesos de la mano y tan afiligranadas como el agua de un surtidor. Adornaban las casas dragones, grifos y leones de piedra, como símbolo de la sabiduría, el valor y la fiereza de sus habitantes, y en los jardines de esas mismas casas veías dragones, grifos y leones de carne y hueso, encerrados en sólidas jaulas. Sus rugidos, que se oían claramente desde la calle, aterraban a los pusilánimes. En cada iglesia había un santo que obraba milagros a petición de la plebe. El santo estaba dentro de un arca de marfil que se guardaba en un ataúd cuajado de piedras preciosas, que a su vez se exhibía en un magnífico altar de oro y plata que relucía noche y día a la luz de mil velas. Cada día salía una magnífica procesión en honor de uno u otro santo, y la fama de Londres se extendía de mundo en mundo. Desde luego, en aquel tiempo los ciudadanos de Londres solían pedirme consejo acerca de la construcción de sus iglesias, el trazado de sus jardines y la decoración de sus casas. Si su petición se hacía con el debido respeto, yo les daba buenos consejos. ¡Ah, sí! Cuando Londres me debía a mí su apariencia era una ciudad hermosa, noble, única. Mientras que ahora...

Hizo un ademán elocuente, como si con Londres hubiera hecho una bola y la arrojase lejos.

—¡Pero pareces un estúpido mirándome de ese modo! Después de todas las molestias que me he tomado para hacerte esta visita, te quedas ahí sin decir nada, con gesto huraño y boquiabierto. Supongo que te sorprende verme, pero no es razón para que olvides los buenos modales. Desde luego —agregó con el gesto magnánimo del que hace una gran concesión—, los ingleses suelen asombrarse al verme. Eso es lo más natural del mundo. Pero tú y yo somos amigos, y esperaba de ti mejor recibimiento.

—¿Nos hemos visto antes, señor? —preguntó Stephen, atónito—. He soñado con usted, desde luego. Soñé que estábamos en una mansión inmensa, de corredores interminables y polvorientos.

—¿Nos hemos visto antes, señor? —remedó el caballero del pelo de vilano de cardo—. ¡Vaya! ¡Qué tonterías! ¡Como si no hubiéramos asistido juntos a los mismos bailes y fiestas noche tras noche durante semanas y semanas!

—Desde luego, en mis sueños...

—¡No creía que fueras tan obtuso! —exclamó—. Desesperanza no es un sueño. Es la más antigua y hermosa de mis mansiones, que son muchas, y tan real como Carlton House. Si bien se mira, mucho más. Porque yo conozco buena parte del futuro y puedo decirte que Carlton House⁴ será derribada dentro de veinte años y que la misma ciudad de Londres no durará ni otros dos mil, mientras que *Desesperanza* resistirá hasta la nueva era del mundo. —Parecía puerilmente complacido con la idea, aunque hay que señalar que, en general, su actitud era de viva auto-complacencia—. No, no es un sueño. Sólo te hallas bajo un encantamiento que todas las noches te lleva a *Desesperanza*, a participar de nuestras diversiones.

Stephen lo miraba aturdido. Entonces, al recordar que tenía que hablar si no quería ser acusado de hosco y descortés, trató de coordinar ideas y murmuró:

—¿Y... y ese encantamiento es suyo, señor?

—¡Por supuesto!

Por el aire complacido con que respondió, fue evidente que el caballero del pelo plateado consideraba que había otorgado a Stephen el mayor de los favores al encantarle. Él le dio cortésmente las gracias.

—Aunque —añadió— no puedo imaginar qué he hecho yo para merecer tanta amabilidad. Nada en absoluto, estoy seguro.

—¡Ah! —exclamó el caballero, encantado—. Tienes unos modales excelentes, Stephen Black. Ya podrían aprender de ti esos orgullosos ingleses el respeto que se debe a las personas de calidad. Tus buenas maneras han de depararte buena suerte.

—¿Y las monedas de oro de la señora Brandy? ¿También eran tuyas, señor?

—¿Hasta ahora no se te ha ocurrido? Repara en mi astucia. Recordando lo que me contaste sobre que noche y día estás rodeado de enemigos que buscan tu ruina, hice llegar el dinero a una persona amiga. Así, cuando te cases con ella, el dinero será tuyo.

—¿Cómo supo...? —empezó Stephen, pero se interrumpió. Era evidente que no había parte de su vida que aquel caballero no conociera ni asunto en el que no se creyera con derecho a inmiscuirse—. Pero se equivoca en lo de mis enemigos, señor, porque no los tengo.

—¡Mi querido Stephen! —dijo, divertido—. ¡Claro que tienes enemigos! Y el peor es el malvado de tu amo, el marido de lady Pole, que ha hecho de ti su criado y

te impone tareas denigrantes para una persona de tu hermosura y tu nobleza. ¿Y por qué lo hace?

—Imagino que porque...

—¡Precisamente! —exclamó con acento triunfal—. Porque el muy miserable te capturó, te puso cadenas y ahora se recrea en su infamia, con brincos y risotadas de malsana alegría al verte derrotado y reducido a tan triste destino.

Stephen abrió la boca para protestar que sir Walter Pole nunca había hecho tales cosas; que siempre lo había tratado con gran amabilidad y afecto; que cuando era más joven, había desembolsado un dinero, que mal podía permitirse gastar, para que Stephen pudiera ir a la escuela; y después, en tiempos de penuria aún mayor, más de una vez habían compartido la misma comida y el mismo fuego. Y en cuanto a derrotar enemigos, Stephen había visto a sir Walter sonreír con autocomplacencia cuando creía haber sacado ventaja a un adversario político, pero nunca lo había visto dar brincos ni soltar risotadas. Eso iba a decir cuando la palabra «cadenas» le produjo el efecto de un rayo. De pronto le pareció ver un lugar oscuro —lugar terrible, de horror—, cerrado, pestilente, asfixiante. Una oscuridad poblada de sombras y del sonido de pesadas cadenas. No sabía qué significaba aquella imagen ni de dónde provenía. Estaba seguro de que un recuerdo no era. Él no podía haber estado en semejante lugar.

—Si llegara a descubrir que todas las noches tú y ella lo abandonáis para venir a mi casa a divertiros, se volvería loco de celos y estoy seguro de que querría mataros a los dos. Pero no temas, mi queridísimo Stephen, yo procuraré que no se entere. ¡Ah, cómo aborrezco a esas personas tan egoístas! Yo sé muy bien lo que es verse menospreciado e insultado por los orgullosos ingleses y obligado a hacer un trabajo denigrante. ¡No quiero que tú tengas que sufrir semejante trato! —Hizo una pausa y, con sus dedos pálidos y fríos, acarició la frente y la mejilla de Stephen, que sintió un extraño cosquilleo—. No imaginas el vivo interés que siento por ti ni lo deseoso que estoy de prestarte un servicio perdurable, ¡y por eso he concebido un plan para convertirte en rey de un lugar encantado!

—Yo... yo le ruego que me perdone, señor, pero estaba pensando en otra cosa. ¿Rey, ha dicho? No, señor. Yo no puedo ser rey. Es sólo su amabilidad lo que lo lleva a creerlo posible. Además, me temo que los lugares encantados no me sientan bien. Desde la primera vez que visité su casa, estoy torpe y pesado. Me siento cansado por la mañana, a mediodía y por la noche, y mi vida es una carga. Supongo que la culpa es mía. ¿No será que los mortales no estamos hechos para gozar de la dicha de los hechizos?

—Oh, eso no es más que la tristeza que te produce la insípida Inglaterra comparada con los deleites que encuentras en mi casa, donde todo es fiesta y baile y todo el mundo viste las mejores galas.

—Sin duda tiene razón, señor, pero si tuviera a bien librarme de ese encantamiento, yo le estaría muy agradecido.

—¡Ay, imposible! Ignoras que mis hermosas hermanas y primas, por cada una de las cuales has de saber que los reyes se han matado unos a otros y grandes imperios han caído, se pelean por bailar contigo. ¿Qué pensarían si les dijera que no volverás a Desesperanza? Porque una de mis muchas cualidades es la de ser un hermano y primo de lo más atento, que siempre procura complacer a las mujeres de la familia. En cuanto a lo de ser rey, te aseguro que nada hay más agradable que ver cómo todos te dedican reverencias y te dan los más nobles títulos.

Y volvió a hacer grandes elogios de la belleza, el digno porte y la elegante forma de bailar de Stephen —cualidades que parecía considerar las mejores para el monarca de un vasto reino encantado—, y empezó a especular sobre cuál sería el reino más apropiado para él.

—*Dichainefable* es un buen sitio, tiene bosques oscuros e impenetrables, montañas solitarias y mares infinitos. Ofrece la ventaja de que ahora no tiene rey, y el inconveniente de que hay veintiséis pretendientes al trono y de inmediato te verías envuelto en una sangrienta guerra civil, lo cual quizá no fuera de tu agrado. Luego está el ducado de *Tenpiedademí*. El duque no tiene prácticamente amigos. Pero no me gustaría ver a un amigo mío gobernar un lugar tan pequeño e inmundo como *Tenpiedademí*.

20. El extraño sombrerero (Febrero de 1808)

QUIENES creían que al haber entrado en escena un mago la guerra acabaría enseguida, pronto tuvieron que desengañarse.

—¡Magia! —decía Canning, ministro de Asuntos Exteriores—. ¡No me hablen de magia! En la magia, como en las demás cosas, todo son inconvenientes y desengaños.

No le faltaba razón, y Norrell siempre estaba dispuesto a dar largas y complicadas explicaciones de por qué no era posible hacer esto o lo otro. Una vez dijo algo que después le pesó. Ocurrió en Burlington House. Estaba diciéndole a lord Hawkesbury, el ministro del Interior⁴, que no se podía poner en práctica una idea determinada, ya que para ello se precisarían por lo menos doce magos trabajando día y noche. Y se enfrascó en un largo y tedioso discurso sobre el lastimoso estado de la magia inglesa que terminó con estas palabras:

—Mal que me pese, y como vucencia ya debe de saber, nuestros jóvenes más brillantes prefieren labrarse un porvenir en el Ejército, la Armada o la Iglesia. Mi pobre profesión tiene poco atractivo para ellos. —Y suspiró profundamente.

Quizá no pretendía sino poner de relieve el carácter excepcional de su propio talento, pero, por desgracia, lord Hawkesbury dio a sus palabras una interpretación distinta.

—¿Quiere decir que necesitamos más magos? ¡Sí! Ya entiendo. Por supuesto. ¿Quizá una escuela o una academia? ¿O una sociedad con el patrocinio de su majestad? En fin, creo que esos detalles podemos dejarlos en sus manos. Si tiene la bondad de escribir un memorándum, con mucho gusto lo leeré y lo discutiré con mis compañeros de gabinete. Todos admiramos su habilidad para redactar esta clase de documentos, su lenguaje tan claro, su detallada exposición y su buena caligrafía. Creo, señor mío, que algún dinero podremos encontrar. Cuando tenga tiempo. No hay prisa. Ya sé lo muy ocupado que está.

¡Pobre señor Norrell! Nada podía disgustarlo tanto como la creación de otros magos. Se consoló con la idea de que lord Hawkesbury era un ministro modelo, entregado a su trabajo, con mil y un asuntos en los que pensar. Sin duda pronto se olvidaría de la idea.

Pero la siguiente vez que fue a Burlington House, lord Hawkesbury salió a su encuentro rápidamente para decirle:

—Señor Norrell, hablé con el rey sobre su plan para crear nuevos magos. A su majestad le pareció una idea excelente y desea que le diga que con mucho gusto patrocinará el proyecto.

Afortunadamente, antes de que Norrell pudiera responder, la entrada del embajador de Suecia obligó a milord a alejarse presuroso.

Pero al cabo de una semana volvió a ver a lord Hawkesbury, esa vez en una cena ofrecida por el príncipe de Gales en honor del mago, en Carlton House.

—¡Ah, señor Norrell, celebro volver a verlo! ¿No llevará encima por casualidad sus propuestas para la academia de magos? Es que ahora mismo hablaba con el duque de Devonshire, que se ha mostrado muy interesado en el proyecto: dice que cree tener una casa en Leamington Spa que sería muy apropiada, y me ha preguntado por el programa de estudios, si habría rezos y dónde dormirían los magos... cosas de las que naturalmente no tengo ni idea. ¿Tendría usted la bondad de hablar con él? Está ahí, junto a la chimenea... ya nos ha visto... viene hacia aquí. Excelencia, aquí está el señor Norrell dispuesto a hablarle de su plan.

Norrell tuvo bastantes dificultades para convencer a lord Hawkesbury y al duque de Devonshire de que una academia le absorbería demasiado tiempo y, por otra parte, aún no había hallado a hombres jóvenes con talento suficiente para que el intento mereciera la pena. Mal que les pesara, su excelencia y milord tuvieron que convenir en ello, y Norrell pudo concentrar sus esfuerzos en un proyecto mucho más grato para él: el de destruir a los magos ya existentes.

Hacía mucho tiempo que los brujos callejeros de Londres alteraban la paz de espíritu de Norrell. Cuando aún no gozaba de renombre ni consideración, había dirigido ya peticiones a los miembros del gobierno y otros prohombres para que retirasen de las calles a aquellos hechiceros vagabundos. Naturalmente, tan pronto alcanzó el renombre, duplicó y triplicó sus esfuerzos. Su primera idea fue que la magia debía estar reglamentada por el gobierno y los magos debían ser poseedores de una licencia (aunque, por supuesto, no pensaba que tal licencia debiera ser otorgada a alguien que no fuese él). También propuso la creación de un Consejo Nacional Regulador de la Magia, pero en eso pecó por exceso de ambición.

Lord Hawkesbury le dijo a sir Walter:

—Nos disgusta ofender a un hombre que tan grandes servicios ha prestado al país. Pero pedir la creación de un Consejo Nacional, con todo lo que ello comporta, entre consejeros, secretarios y sabe Dios qué más, mientras estamos librando una guerra tan larga y difícil... ¿Y para qué? ¡Para escuchar al señor Norrell y dedicar cumplidos al señor Norrell! De ninguna manera. Trate de convencerlo de la conveniencia de buscar otra fórmula, se lo ruego.

Así pues, en el curso de la siguiente entrevista entre sir Walter y el señor Norrell (que tuvo lugar en casa del último, en Hanover Square), el visitante se dirigió a su amigo con estas palabras:

—El fin es admirable, eso nadie lo discute, pero la creación de un Consejo no parece el medio más adecuado. En Londres, que es donde en mayor medida existe el problema, el Consejo no tendría autoridad. Verá lo que haremos: mañana usted y yo iremos a Mansion House a visitar al alcalde y varios regidores. Estoy seguro de que

pronto encontraremos aliados para nuestra causa.

—¡Pero mi querido sir Walter! —exclamó Norrell—. Eso no sería suficiente. El problema no se circunscribe a Londres. He estado estudiándolo desde que llegué de Yorkshire... —Revolvió en un montón de papeles que tenía en una mesita a su lado y sacó una lista—. Hay doce brujos callejeros en Norwich, dos en Yarmouth, dos en Gloucester, seis en Winchester, ¡cuarenta y dos en Penzance! El otro día, sin ir más lejos, una sucia mujeruca se presentó en mi casa empeñada en verme, y me pidió un papel en el que constara mi convicción de que estaba capacitada para ejercer la magia. ¡Nada menos que un certificado de aptitud! En mi vida me había sentido tan asombrado. Y le dije: «Mujer...»

—En cuanto a los otros sitios que usted menciona —interrumpió sir Walter apresuradamente—, ya verá cómo, una vez Londres se libre de esa plaga, en los demás lugares ocurrirá otro tanto. No querrán ser menos.

Norrell no tardó en descubrir que sir Walter estaba en lo cierto. El alcalde y los regidores se mostraron ansiosos de participar en la gloriosa restauración de la magia inglesa. Convencieron al Concejo Municipal para que formara un comité para la ordenación de los actos de magia, y el comité dispuso que únicamente el señor Norrell estaba autorizado a practicar la magia dentro de los límites de la ciudad, y que cualesquiera otras personas que «instalaran tiendas o barracas o por cualquier otro medio importunaran a los ciudadanos de Londres con la pretensión de realizar actos de magia» debían ser expulsadas de inmediato.

Los magos callejeros desmontaron sus tenderetes, cargaron sus sufridos bártulos en carros de mano y se marcharon de la ciudad. Algunos aún se tomaron la molestia de maldecir a Londres, pero la mayoría sobrellevó aquel revés de la fortuna con admirable filosofía. Muchos de ellos habían decidido, sencillamente, hacerse mendigos y ladrones, y puesto que ya llevaban años practicando la mendicidad y el robo en calidad de aficionados, el cambio de oficio no supondría un trastorno tan grave como cabría imaginar.

Pero uno se quedó. Vinculus, el mago de Threadneedle Street, permaneció en su barraca, vaticinando desdichas y vendiendo mezquinas venganzas a amantes despechados y aprendices resentidos. Desde luego, Norrell protestó enérgicamente, ya que precisamente Vinculus era el brujo que más detestaba. El comité envió a alguaciles y guardias a amenazar al hechicero con la picota, pero él no les hizo el menor caso, y el comité no se atrevió a expulsarlo *manu militari* por temor a disturbios, ya que era muy popular entre la ciudadanía.

Un día de febrero, frío y desapacible, Vinculus estaba en su barraca junto a la iglesia de San Cristóbal. Por si algún lector no se acuerda de cómo eran las barracas de los magos de nuestra niñez, diré que su forma recordaba a la de un teatro de títeres o un tenderete de feria. Era de madera y lona y estaba provista de una cortina

amarilla, adornada hasta media altura con una gruesa costra de suciedad, cortina que hacía las veces de puerta y cuyo color anunciaba los servicios que se ofrecían en el interior.

Aquel día, Vinculus no tenía clientes ni esperanza de que llegaran. Las calles estaban casi desiertas. Una ácida niebla gris con sabor a humo y alquitrán envolvía Londres. Los comerciantes habían cargado bien de carbón sus fuegos y encendido todas sus lámparas, en un vano intento por disipar la oscuridad y el frío, pero sus escaparates no proyectaban un alegre resplandor a la calle: la luz no lograba atravesar la niebla. Nadie se sentía atraído a entrar en las tiendas a gastar dinero, y los dependientes, con sus largos delantales blancos y sus pelucas empolvadas, estaban ociosos, charlando o calentándose en el fuego. Era un día en el que quien tenía algo que hacer en casa se quedaba a hacerlo, y quien estaba obligado a salir a la calle caminaba deprisa, para poder regresar lo antes posible.

Vinculus estaba sentado lúgubrementemente detrás de su cortina, medio congelado, dando vueltas a los nombres de los dos o tres taberneros a los que quizá pudiera convencer de que le fiaran uno o dos vasos de vino caliente con especias. Casi se había decidido ya con cuál de ellos probaría suerte primero cuando oyó que alguien golpeaba el suelo con los pies y se soplaban los dedos, quizá un cliente; levantó la cortina y salió.

—¿Eres tú el mago?

Vinculus asintió, no sin suspicacia (el hombre tenía aspecto de alguacil).

—Magnífico. Tengo un encargo para ti.

—La primera consulta son dos chelines.

El hombre sacó una bolsa y le puso dos chelines en la mano.

Luego empezó a describir el problema que quería que Vinculus le resolviera con su magia. La explicación era muy clara y el cliente sabía con exactitud lo que quería. Lo malo era que cuanto más hablaba, menos podía creerle Vinculus. Dijo que procedía de Windsor, algo perfectamente posible. Ciertamente, tenía acento del norte, pero no había en ello nada extraño; mucha gente de las tierras del norte iba a Londres para hacer fortuna. Dijo también que era dueño de una próspera sombrerería, lo cual parecía menos probable, ya que no tenía en absoluto aspecto de sombrerero. Vinculus no sabía mucho de sombrereros, pero sí que visten a la última moda, y aquel individuo llevaba una vetusta chaqueta negra llena de remiendos. La camisa, aunque limpia y de buena calidad, habría estado anticuada veinte años atrás. Vinculus ignoraba el nombre de la multitud de artículos de fantasía que confeccionan los sombrereros, y aquel hombre también, porque los llamaba «fruslerías».

Con el frío, el suelo era una traidora mezcla de hielo y barro, y mientras tomaba sus notas en una grasienta libretita, Vinculus perdió el equilibrio y cayó sobre el extraño sombrerero. El suelo estaba tan resbaladizo que, para levantarse, tuvo que

asirse al hombre como a una escala. El cliente pareció horrorizado por la vaharada de cerveza y col que se le echó encima y por aquellos dedos huesudos que le atenazaban el cuerpo, pero no dijo nada.

—Perdone —murmuró Vinculus cuando por fin volvió a estar de pie.

—Perdonado —dijo el otro, sacudiéndose de la chaqueta migas, bolitas de grasa y barro y otras señales del paso del mago.

También éste se arregló la ropa, un tanto desordenada tras la caída.

El extraño sombrerero prosiguió su historia.

—Como te decía, mi negocio prospera y mis sombreros son los más solicitados de todo Windsor, y no pasa semana sin que una de las princesas del castillo venga a encargarme un sombrero u otra fruslería. He colocado encima de la puerta una copia del escudo real en yeso dorado, en señal del real patrocinio de que disfruto. A pesar de todo, la tienda da mucho trabajo. He de quedarme levantado hasta muy tarde, cosiendo sombreros, haciendo cuentas y demás. Creo que mi vida sería mucho más fácil si una de las princesas se enamorase de mí y se casara conmigo. ¿Tendrías un hechizo para eso, mago?

—¿Un hechizo de amor? Desde luego. Pero será caro. Suelo cobrar cuatro chelines por conquistar a una granjera, diez por una modista y seis guineas por una viuda con negocio propio. Por una princesa... Hum. —Se rascó la mejilla sin afeitarse con sus sucias uñas—. Cuarenta guineas —aventuró.

—Me parece bien.

—¿Y cuál es? —preguntó Vinculus.

—¿Cuál es qué? —repuso el extraño sombrerero.

—¿Cuál de las princesas?

—Todas se parecen bastante, ¿no? ¿El precio varía según la princesa?

—Pues no. Te escribiré el hechizo en un papel. Rómpelo por la mitad y cósete un trozo al interior de la chaqueta. El otro trozo debes esconderlo dentro de una prenda de la princesa elegida.

El hombre pareció asombrado.

—¿Y cómo quieres que haga tal cosa?

Vinculus lo miró.

—¿No has dicho que les haces los sombreros?

El cliente sonrió.

—Oh, sí. Naturalmente.

Vinculus lo observaba con recelo.

—Tú tienes de sombrerero tanto como yo de...

—¿Mago? —sugirió—. Reconoce que ésa no es tu profesión. Ahora mismo acabas de robarme.

—Sólo quería saber qué clase de rufián eres —replicó Vinculus, y agitó el brazo

para que los objetos que había hurtado de los bolsillos del extraño sombrerero le cayeran de la manga. Había un puñado de monedas de plata, dos guineas de oro y tres o cuatro papeles doblados. Recogió los papeles.

Eran hojas pequeñas de un papel grueso de excelente calidad, cubiertas de prietos renglones de escritura pequeña y pulcra. La primera hoja tenía el siguiente encabezamiento: «Dos sortilegios para conseguir que un obstinado abandone Londres y un sortilegio para descubrir lo que mi enemigo está haciendo ahora.»

—¡El mago de Hanover Square! —exclamó.

Childermass (pues no era otro el visitante) asintió.

Vinculus leyó los conjuros. El primero tenía por objeto hacer creer al sujeto que todos los cementerios de Londres estaban encantados por los que allí se hallaban enterrados; y todos los puentes, por los suicidas que se habían arrojado desde ellos. El sujeto vería los fantasmas de aquellas personas como estaban en el momento de su muerte, con todas las señales de violencia, enfermedad y decrepitud. Esto le haría sentirse más y más aterrado, hasta que no se atrevería a cruzar un puente ni a pasar por delante de una iglesia, lo cual es un grave inconveniente en Londres, donde los puentes están a menos de cien yardas uno de otro y las iglesias aún a menor distancia. El segundo sortilegio debía persuadir al sujeto de que hallaría su verdadero amor y su mayor felicidad en el campo, y el tercero —el destinado a descubrir lo que hacía el enemigo— incluía un espejo con el que presuntamente Norrell facultaba a Childermass a espiar a Vinculus.

—Ya puedes decirle a tu mago de Mayfair que sus sortilegios no causan efecto en mí.

—¿No? —repuso Childermass con sarcasmo—. Quizá se deba a que aún no te los he echado.

Vinculus arrojó los papeles al suelo.

—¡Échamelos ahora! —Se cruzó de brazos en actitud retadora, con la mirada fulminante que adoptaba cuando invocaba al espíritu del Támesis.

—No, gracias.

—¿Y por qué no?

—Porque a mí no me gusta más que a ti que me digan cómo hacer mi trabajo. Mi amo me ha ordenado que me asegure de que te marchas de Londres. Pero tengo la intención de hacerlo a mi manera, no a la suya. Mira, Vinculus, creo que lo mejor será que tú y yo hablemos.

El brujo reflexionó.

—¿Y no podríamos hacerlo en un sitio donde estuviéramos más calientes? ¿En alguna taberna, quizá?

—Claro, si lo deseas.

Los papeles con los conjuros volaban en torno a sus pies. Vinculus se agachó, los

recogió y, sin limpiarlos de las briznas de paja y barro adheridos a ellos, se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

21. Las cartas de Marsella (Febrero de 1808)

LA taberna se llamaba *La Piña* y en otro tiempo había sido refugio y escondite de un célebre ladrón y asesino. Aquel ladrón tenía un enemigo que era tan malvado como él. Ambos habían sido cómplices en un horrendo crimen; el ladrón se había quedado con las dos partes del botín y había dicho a los magistrados dónde podían encontrar a su enemigo. Tan pronto escapó de la cárcel de Newgate, el enemigo fue de noche a La Piña con treinta hombres, a quienes puso a quitar tejas y ladrillos hasta que abrieron un agujero lo bastante grande para introducirse en la taberna y sacar al ladrón. Nadie vio lo que ocurrió después, pero muchos oyeron desgarradores alaridos en la oscura calle. El dueño de la taberna descubrió que la truculencia era buena para el negocio, por lo que no se molestó en reparar la casa y se limitó a cerrar los boquetes con tablones y brea, parches que le daban aspecto de haber estado peleando con las casas vecinas.

Se bajaba de la calle al lóbrego interior por tres escalones cubiertos de mugre. *La Piña* tenía su perfume peculiar, compuesto de cerveza, tabaco, la fragancia natural de los parroquianos y el hedor infernal del río Fleet, que desde tiempo inmemorial servía de cloaca. El Fleet corría bajo los cimientos de *La Piña* y se creía que, poco a poco, ésta estaba hundiéndose en sus aguas. Adornaban las paredes del local estampas baratas, retratos de famosos criminales del siglo anterior, ya ahorcados, y de los disolutos hijos del rey, no ahorcados todavía.

Childermass y Vinculus se sentaron a una mesa de un rincón. Una muchacha de aspecto sombrío les llevó una vela de sebo y dos jarras de peltre llenas de cerveza caliente con especias. Childermass pagó.

Bebieron en silencio un rato hasta que Vinculus miró a Childermass.

—¿Qué tonterías son éstas que me has contado de sombreros y princesas?

—Oh, era sólo una idea que se me ocurrió —rió—. Desde el día en que te presentaste en su biblioteca, mi amo ha estado pidiendo a todos sus importantes amigos que lo ayuden a destruirte. Rogó a lord Hawkesbury y sir Walter Pole que presentaran quejas al rey en su nombre. Creo que imaginaba que el monarca enviaría a un ejército contra ti, pero lord Hawkesbury y sir Walter dijeron que el rey no se tomaría muchas molestias por un miserable brujo callejero. Entonces pensé que si su majestad se enteraba de que eras una amenaza para la virginidad de sus hijas, quizá viese el caso con otros ojos¹.—Tomó un trago de su cerveza picante—. Dime, Vinculus, ¿no te cansas de hechizos falsos y oráculos fingidos? La mitad de tus clientes va a consultarte para reírse de ti. No creen en tu magia más de lo que crees tú mismo. Estás acabado. Ahora hay un mago de verdad en Inglaterra.

Vinculus soltó un pequeño bufido de desdén.

—¡El mago de Hanover Square! Todos los grandes personajes de Inglaterra comentan que nunca vieron a un hombre tan honrado. Pero yo, que conozco a los magos y conozco la magia, te diré que todos los magos mienten, y éste más que la mayoría.

Childermass se encogió de hombros, como si no quisiera molestarse en negarlo.

El brujo se inclinó sobre la mesa.

—«La magia se escribirá en la faz de las colinas pedregosas, pero su mente no podrá contenerla. En el invierno, los árboles desnudos serán negra escritura, mas ellos no la entenderán.»

—¿Árboles y colinas, Vinculus? ¿Por qué no dices que la magia está escrita en la sucia faz de las casas o que el humo escribe la magia en el cielo?

—¡La profecía no es mía!

—Ah, sí. Claro. Tú aseguras que es del Rey Cuervo. Bien, no es una novedad. Todos los charlatanes que he conocido se decían portadores de un mensaje del Rey Cuervo.

—«Estoy sentado en un trono negro en las sombras —musitó—, pero ellos no me verán. La lluvia hará para mí una puerta y yo la cruzaré.»

—Justo. Así pues, si tú no has escrito esa profecía, ¿dónde la has encontrado?

Pareció que Vinculus no iba a responder, pero luego dijo:

—Está en un libro.

—¿Un libro? ¿Cuál? La biblioteca de mi amo es grande. Él no conoce tal profecía.

El hechicero no dijo nada.

—¿Es tuyo el libro? —preguntó Childermass.

—Está en mi poder.

—¿Y dónde has conseguido tú un libro? ¿Dónde lo has robado?

—No lo he robado. Es un legado. Es la mayor gloria y la mayor carga que haya sido dada a hombre alguno en este tiempo.

—Si es realmente valioso, puedes vendérselo a Norrell. Ha pagado buen precio por libros.

—El mago de Hanover Square nunca poseerá este libro. Ni lo verá siquiera.

—¿Y dónde guardas tan gran tesoro?

Vinculus soltó una risita glacial, como diciendo que no iba a contar tal cosa al criado de su enemigo.

Childermass llamó a la muchacha y pidió más cerveza. Ella se la sirvió y los dos hombres bebieron en silencio un rato. Luego, Childermass sacó una baraja del bolsillo de su chaqueta y la mostró a Vinculus.

—Son las cartas de Marsella. ¿Habías visto algo así?

—Muchas veces. Pero éstas son diferentes.

—Están copiadas de una baraja que tenía un marinero que conocí en Whitby. Las había comprado en Génova con la intención de utilizarlas para descubrir el escondite del oro de los piratas, pero luego vio que no las entendía. Quiso vendérmelas, pero yo era pobre y no podía pagar lo que pedía. Entonces hicimos un trato: yo le leería el porvenir y, a cambio, él me prestaría las cartas para que las copiase. Desgraciadamente, su barco zarpó antes de que yo pudiese terminar, y tuve que dibujar la mitad de memoria.

—¿Y qué porvenir le leíste?

—El que tuvo. Que antes de un año se ahogaría.

Vinculus rió con un gesto de aprobación.

Al parecer, cuando Childermass hizo el trato, era tan pobre que ni comprar papel podía, y copió los dibujos en el dorso de cuentas de taberna, listas de lavandería, cartas, facturas y programas de teatro. Posteriormente pegó los papeles a cartulinas de color, pero en algunos se transparentaba lo escrito en el anverso, lo que daba al dibujo un aspecto extraño.

Childermass puso nueve cartas en hilera. Levantó la primera.

Debajo del dibujo había un número y un nombre: VIII. *L'Ermite*.» Era la figura de un anciano con hábito y capucha de fraile. Llevaba un candil en la mano y andaba con bastón, como si, de tanto estar sentado estudiando, las piernas ya casi no lo sostuvieran. Tenía cara demacrada y expresión suspicaz. Un hálito acre parecía elevarse de la figura y envolver al observador, como si la carta estuviera cubierta de un polvillo irritante.

—Hum —gruñó Childermass—. Por el momento, tus actos están regidos por un ermitaño. Bien, eso ya lo sabíamos.

La carta siguiente era *Le Mat*, la única que no tiene número, como si en cierto modo el personaje que muestra estuviese fuera de la historia. Era un caminante bajo un árbol frondoso. Se apoyaba en un bastón y llevaba al hombro otro bastón del que pendía un hato. Detrás de él brincaba un perro pequeño. Con esta figura se quería representar al antiguo bufón. Tenía un cascabel en el gorro y cintas en las rodillas, que Childermass había pintado de rojo y verde. Daba la impresión de que éste no acababa de ver claro cómo debía interpretar esa carta. Estuvo un rato mirándola y luego dio la vuelta a las dos siguientes: VIII. *La Justice*, una dama coronada que sostenía una espada y unas balanzas, y el dos de bastos. Los garrotes estaban cruzados y podían representar, entre otras cosas, una encrucijada de caminos.

Childermass soltó una carcajada breve.

—¡Bien, bien! —dijo, cruzándose de brazos y contemplando a Vinculus, divertido—. Esta carta —anunció golpeando con el dedo *La Justice*— me dice que has sopesado tus opciones y tomado una decisión. Y esta otra, que tu decisión es salir a los caminos. Parece ser, pues, que he perdido el tiempo. Ya has resuelto marcharte de

Londres. Tanto protestar, Vinculus, y desde el principio pensabas irte.

El brujo se encogió de hombros, como preguntándole qué otra cosa esperaba.

La quinta carta era la sota de copas. Normalmente, la sota es una figura juvenil, pero aquel naipe mostraba a un hombre maduro y encorvado de pelo enmarañado y barba cerrada. Llevaba una gran copa en la mano izquierda, pero no podía ser ésa la causa de su extraño gesto esforzado, ni aunque hubiera sido la copa más pesada del mundo. No; tenía que ser otra carga, una carga menos evidente. A causa de los materiales que Childermass se había visto obligado a utilizar en la fabricación de su baraja, esa figura tenía un aspecto muy extraño. Estaba dibujada en el reverso de una carta, y la escritura se transparentaba. La ropa de la sota estaba cubierta de signos, y hasta en la cara y las manos había letras.

Vinculus se echó a reír al verlo, como si lo hubiera reconocido. Dio tres golpecitos a la carta, a modo de amistoso saludo. Quizá fuera eso lo que hizo que Childermass se sintiera menos seguro que hasta entonces.

—Tienes un mensaje para alguien —dijo titubeando.

Vinculus asintió y preguntó:

—¿Y la carta siguiente me dirá para quién?

—Sí.

—¡Ah! —Él mismo la levantó.

La sexta carta era el caballo de bastos. Un caballero con un sombrero de ala ancha, sobre un caballo de color claro. El paisaje por el que cabalgaba estaba indicado por unas rocas y unos manojos de hierba dibujados junto a los cascos del animal. La ropa del caballero era elegante y rica pero por alguna razón él iba armado de un pesado garrote. En realidad garrote sería mucho decir, era sólo una gruesa rama arrancada de un árbol o un seto, y aún conservaba algunas hojas.

Vinculus tomó la carta y la miró atentamente.

La séptima era el dos de espadas. Childermass no dijo nada, pero enseguida levantó la octava: *Le Pendu*, el ahorcado. La novena era *Le Monde*, el mundo; mostraba a una danzarina desnuda y tenía en los ángulos un ángel, un águila, un toro alado y un león, también con alas: los símbolos de los evangelistas.

—Debes esperar un encuentro que acarreará una prueba muy dura quizá la muerte. Las cartas no dicen si sobrevivirás o no, pero, pase lo que pase, esto —dijo señalando la última carta— indica que lograrás tu propósito.

—¿Y sabes lo que soy ahora? —preguntó Vinculus.

—Exactamente, no; pero sé de ti más que antes.

—Ahora ves que no soy como los otros.

—Aquí no hay nada que diga que seas algo más que un charlatán —apuntó Childermass empezando a recoger los naipes.

—Espera —dijo Vinculus—; te leeré el porvenir.



Tomó las cartas, alineó nueve y fue levantándolas una a una: XVIII *La Lune*, XVI *La Maison Dieu* invertida, el nueve de espadas, la sota de bastos invertida, II *La Papesse*, X *La Roue de Fortune*, el dos de oros, el rey de copas. Vinculus las observaba. Cogió *La Maison Dieu* y la miró, pero no dijo nada.

Childermass se echó a reír.

—Tienes razón, Vinculus. Tú no eres como los otros. Ahí tienes mi vida, encima de la mesa. Pero no puedes leerla. Eres una criatura extraña, lo contrario de todos los magos de los últimos siglos. Ellos eran pozos de ciencia pero no tenían talento. Tú tienes talento pero te faltan conocimientos. No puedes servirte de lo que ves.

Vinculus se rascó la larga y cetrina mejilla con sus sucias uñas.

Childermass empezó a recoger las cartas, pero de nuevo el brujo lo detuvo y le pidió que volviera a echarlas.

—¿Qué? —preguntó Childermass, sorprendido—. Yo te he leído el porvenir y tú no has sabido leerme el mío. ¿Qué más quieres?

—Voy a leer el de él.

—¿El de quién? ¿Norrell? Si no lo entenderás...

—Baraja —dijo tercamente.

Childermass barajó y Vinculus echó nueve cartas. Levantó la primera. III. *L'Empereur*, un rey en su trono, al aire libre, con los consabidos atributos regios de

corona y cetro. Childermass se inclinó y la miró atentamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Vinculus.

—No la copié muy bien. No me había fijado. El entintado es malo. El trazo es muy grueso y está emborronado; el pelo y el manto del rey parecen casi negros. Y alguien ha dejado la huella de un sucio pulgar en el águila. El emperador debería ser mayor. Yo dibujé a un hombre joven. ¿Quieres aventurar una interpretación?

—No —dijo y, levantando el mentón con desdén, instó a Childermass a girar la carta siguiente.

III. *L'Empereur*.

Un breve silencio.

—No es posible —dijo Childermass—. No puede haber dos emperadores en la baraja. Sé que no los hay.

Ese rey parecía aún más joven y fiero que el otro. El pelo y la ropa eran negros, y la corona se había convertido en una estrecha franja de un metal pálido. No había en esa carta huella de pulgar, y la gran ave del ángulo era ahora completamente negra, había perdido todos sus rasgos de águila y adoptado una forma mucho más inglesa: se había convertido en cuervo.

Childermass dio la vuelta a la tercera carta: III *L'Empereur*. La cuarta: III. *L'Empereur*. En la quinta habían desaparecido el número y el nombre, pero el dibujo era el mismo: un rey joven, de cabello oscuro y, a sus pies, un gran pájaro negro. Childermass volvió todas las cartas. Incluso miró el resto de la baraja, pero, con los nervios, se le escaparon de las manos y reyes negros volaron en torno a él, girando en el aire frío y gris. En cada naipe, la misma figura con la misma mirada pálida e implacable.

—¡Ahí está! —dijo Vinculus en voz baja—. Dile eso a tu mago de Hanover Square. Ahí está su pasado, su presente y su futuro.

Ni que decir tiene que cuando Childermass regresó a la casa y le contó a Norrell lo ocurrido, éste se indignó. Que Vinculus siguiera desafiándolo era malo, que afirmara poseer un libro que él nunca podría leer era mucho peor, pero que pretendiese leer su porvenir y amenazarlo con figuras de reyes negros era absolutamente insoportable.

—¡Te ha engañado! —declaró furioso—. Ha escondido tus cartas y las ha cambiado por una baraja suya. ¡Me asombra que te hayas dejado sorprender!

—En efecto —dijo Lascelles mirando fríamente a Childermass.

—Ah, por supuesto, Vinculus no es más que un prestidigitador —convino Drawlight—. En cualquier caso, me habría gustado verlo. A mí me cae simpático. Me habría gustado que me informara de que iba a verlo, señor Childermass. Habría ido con usted.

Childermass, haciendo caso omiso de Lascelles y Drawlight, le dijo a Norrell:

—Aun suponiendo que sea un prestidigitador tan hábil para hacer semejante truco, cosa que me resisto a aceptar, ¿cómo podía saber que yo tenía una baraja de cartas de Marsella? ¿Cómo podía saber algo que usted mismo ignoraba?

—Ay, y más te ha valido que lo ignorase. Leer el porvenir en las cartas es lo que más desprecio. Bah, este asunto se ha llevado muy mal de principio a fin.

—¿Y qué hay del libro que dice tener el brujo? —preguntó Lascelles.

—¡En efecto! —repuso Norrell—. La extraña profecía. Yo diría que no es nada. No obstante, hay una o dos expresiones que indican una gran antigüedad. Creo que sería muy conveniente que yo examinara ese libro.

—¿Y bien, señor Childermass? —preguntó Lascelles.

—No sé dónde lo guarda.

—Pues sugerimos que debería averiguarlo.

Así pues, Childermass encargó a unos espías que siguieran a Vinculus, y el primer y más sorprendente descubrimiento que hicieron fue que Vinculus estaba casado. En realidad, mucho más casado que la mayoría de la gente. Tenía cinco esposas, distribuidas por las distintas parroquias de Londres y sus alrededores. La mayor tenía cuarenta y cinco años y la más joven, quince, y todas ignoraban la existencia de las otras cuatro. Childermass habló con todas ellas. A dos se presentó bajo el aspecto del extraño sombrerero; ante otra se hizo pasar por oficial de aduanas; para la cuarta adoptó la personalidad de un granuja borracho y jugador; y a la quinta le dijo que, si bien a los ojos del mundo aparecía como el criado del gran señor Norrell de Hanover Square, en realidad también era un gran mago. Dos de las mujeres trataron de robarle; una dijo que le contaría todo cuanto deseara saber si le pagaba la ginebra; otra quería que la acompañara a una función religiosa metodista; y la quinta, para sorpresa de todos, se enamoró de él. Pero, a fin de cuentas, de nada sirvieron sus simulaciones, porque ninguna de ellas sabía que Vinculus poseyera un libro, y mucho menos dónde lo guardaba.

Norrell no quería creerlo, y en su estudio privado del segundo piso pronunciaba fórmulas y, mirando en una bandeja de plata, registraba las viviendas de las cinco esposas de Vinculus, sin encontrar nada que se pareciera a un libro.

Entretanto, en el último piso, en un cuartito destinado a su uso particular, Childermass echaba las cartas. Todas habían recuperado su forma original, salvo la del emperador, que conservaba su parecido con el Rey Cuervo. Algunas cartas salían una y otra vez, entre otras, el as de copas, un cáliz de aspecto eclesiástico y forma tan compleja que recordaba a una ciudad amurallada que reposara sobre una pata, y II. *La Papesse*. En opinión de Childermass, ambas indicaban algo oculto. También los bastos aparecían con inusitada frecuencia, pero en los números altos: siete, ocho, nueve y diez. Cuanto más miraba aquellas hileras de bastos, más se le antojaban renglones de escritura. No obstante, al mismo tiempo, también eran una barrera, un

obstáculo para la comprensión, por lo que Childermass sacó la conclusión de que el libro de Vinculus, fuera lo que fuese, estaba escrito en una lengua desconocida.

22. El caballero de bastos (Febrero de 1808)

JONATHAN Strange en nada se parecía a su padre. No era avaro, orgulloso, colérico ni antipático. Pero si por un lado no tenía vicios aparentes, por el otro tampoco llamaban la atención sus virtudes. En las fincas de recreo de Weymouth y en los salones de Bath, los elegantes que allí conocía solían calificarlo de «el hombre más encantador del mundo», pero con eso sólo querían expresar que hablaba bien, bailaba bien y cazaba y jugaba como un caballero.

De aspecto era más bien alto y tenía bastante buena figura. Algunos lo consideraban bien parecido, pero ésa no era, ni mucho menos, la opinión general. Su cara tenía dos defectos: una nariz larga y una expresión irónica. También es cierto que su pelo poseía un tinte rojizo y, como es sabido, el pelo rojo está reñido con la hermosura.

En el momento de la muerte de su padre, Jonathan Strange se hallaba empeñado en el proyecto de convencer a cierta joven para que se casara con él. Cuando regresó de Shrewsbury el día en que falleció su padre y los criados le dieron la noticia, su primera reacción fue preguntarse cómo afectaría eso a sus planes. ¿Se sentiría la joven más inclinada a decir sí? ¿O menos?

Concertar aquel matrimonio habría tenido que ser lo más fácil del mundo. Todos los amigos de la pareja aprobaban la unión, y el hermano de la dama —su único pariente— lo deseaba casi tanto como el mismo Jonathan. Laurence Strange, desde luego, se oponía enérgicamente al enlace a causa de la pobreza de la joven, pero desde el momento en que se dejó morir de frío, ya no pudo seguir poniendo grandes obstáculos.

Ahora bien, aunque hacía meses que Jonathan Strange era el pretendiente reconocido de la dama, el anuncio del compromiso —esperado de hora en hora por las amistades— no llegaba. No porque la joven no lo amara; estaba seguro de su amor, pero a veces le parecía que se había enamorado con el único propósito de reñir con él. Strange no encontraba otra explicación. Estaba convencido de haber hecho todo cuanto ella deseaba por enmendar su conducta. Había abandonado las cartas y demás juegos casi por completo y bebía muy poco, apenas algo más de una botella al día. Incluso le había dicho que no tendría inconveniente en ir más a menudo a la iglesia, si con ello la complacía —hasta una vez a la semana, y hasta dos, llegado el caso—. Pero ella respondía que esas cosas las dejaba a su conciencia, que no eran decisiones que pudieran ser dictadas por otra persona. Él sabía que le desagradaban sus frecuentes visitas a Bath, Brighton, Weymouth y Cheltenham, y le aseguraba que no tenía nada que temer de las mujeres de aquellos lugares, que eran encantadoras, sin duda, pero lo dejaban indiferente. Ella decía que eso no la preocupaba. Que ni

siquiera había pensado en ello. Sólo quería que él pudiese encontrar algo mejor a lo que dedicar el tiempo. No es que quisiera moralizar, a nadie le gustaba una fiesta más que a ella, pero una fiesta perpetua... ¿Era eso lo que él deseaba realmente? ¿Lo que lo hacía feliz?

Él le decía que estaba de acuerdo y que durante el año anterior no había dejado de hacer planes para adoptar tal o cual profesión o iniciar una carrera. Los planes eran muy buenos. Pensó en hacerse mecenas de algún genio de la poesía indigente; pensó en estudiar leyes; en buscar fósiles en la playa de Lyme Regis; en comprar una fundición y estudiar la siderurgia; en preguntar a un conocido acerca de las nuevas técnicas agrícolas; en estudiar teología; y en terminar la lectura de una apasionante obra sobre ingeniería que estaba casi seguro de haber dejado en una mesita de un rincón de la biblioteca de su padre hacía dos o tres años. Pero siempre surgía algún obstáculo insuperable. Los genios de la poesía indigentes escaseaban más de lo que él creía¹; los libros de leyes eran aburridos; no se acordaba del nombre del individuo que entendía de agricultura; y el día en que pensaba salir para Lyme Regis llovía a mares.

Y así sucesivamente. Le dijo a la joven que le pesaba no haberse alistado en la Armada hacía años. ¡Nada habría ido mejor con su carácter! Pero su padre no se lo hubiera consentido, y ahora ya tenía veintiocho años. Muy mayor para iniciar la carrera naval.

Aquella descontentadiza joven se llamaba Arabella Woodhope y era hija del difunto cura de St. Swithin, en Clunbury². Cuando murió Laurence Strange, ella estaba pasando una temporada en casa de unos amigos, en el pueblo de Gloucestershire, del que su hermano era párroco. Su carta de pésame llegó a manos de Strange la mañana del funeral. Redactada con toda propiedad, unía a la expresión de su condolencia por la pérdida sufrida, una comprensiva alusión a las muchas deficiencias del finado en su condición de padre. Pero en aquella carta había algo más. Cierta preocupación por él. La joven lamentaba estar ausente de Shropshire. Sentía que, en semejante trance, él se encontrara solo y sin amigos.

Él tomó una decisión al instante. No creía que pudiera haber situación más propicia. Ella nunca estaría mejor dispuesta ni él sería más rico que en este momento. (Strange no acababa de creerse que la joven fuera tan indiferente a su riqueza como aparentaba.) Se dijo que debía dejar un intervalo prudencial entre el funeral de su padre y la proposición de matrimonio. Tres días le parecieron suficientes, por lo que al cuarto día por la mañana ordenó a su ayuda de cámara que le preparase la ropa y al lacayo que le ensillase el caballo, y emprendió viaje hacia Shropshire.

Llevaba consigo al criado nuevo. Había hablado largamente con ese hombre, que le había parecido enérgico, ingenioso y capaz. El nuevo se alegró de ser el elegido (aunque su vanidad le decía que no hubiera podido ser otro). Por cierto, ahora que el sirviente ha superado el punto crucial de su carrera, ahora que, por así decir, ha salido

del mito para entrar en la vida cotidiana, bueno será darle su nombre de vulgar mortal. Se llamaba Jeremy Johns.

El primer día no les sucedieron sino las aventuras normales que encuentra todo viajero: tuvieron un altercado con un hombre que les azuzó el perro sin motivo, y se alarmaron cuando el caballo de Strange empezó a dar señales de malestar, pero, una vez examinado, se vio que el animal se encontraba en perfecto estado de salud. La mañana del segundo día, viajaban por una bella región de suaves colinas, bosques invernales y aseadas granjas de aspecto próspero. Jeremy Johns iba ocupado en practicar la justa medida de altivez propia del criado de un caballero que acaba de tomar posesión de una extensa propiedad, y Jonathan Strange iba pensando en la señorita Woodhope.

Ahora que había llegado el día en que volvería a verla, empezaba a sentir cierta inquietud al pensar en el recibimiento que ella le dispensaría. Se alegraba de que estuviese con su hermano, el bueno de Henry, que no veía sino ventajas en aquel matrimonio y que, Strange estaba seguro, no perdía ocasión de animar a su hermana a mirarlo con buenos ojos. Pero dudaba de los amigos en cuya casa se alojaba ella. Eran un pastor y su esposa. No los conocía, pero sentía la natural desconfianza del joven rico y autocomplaciente hacia todo clérigo. ¡Quién sabía las ideas de sublime virtud e innecesario autosacrificio que estarían inculcándole a diario!

El sol, muy bajo, proyectaba sombras inmensas. El hielo y la escarcha centelleaban en las ramas de los árboles y en las hondonadas. Al ver a un hombre que araba, Strange recordó a las familias que vivían en sus tierras, cuyo bienestar siempre había sido motivo de preocupación para la señorita Woodhope. En su mente, empezó a desarrollarse un diálogo:

—¿Y qué intenciones tiene respecto a sus aparceros? —preguntaría ella.

—¿Intenciones? —diría él.

—Sí. ¿Cómo piensa aligerarles la carga? Su padre les arrebató hasta el último penique. Les amargaba la vida.

—Eso ya lo sé. Nunca defendí los actos de mi padre.

—¿Les ha rebajado el arrendamiento? ¿Ya ha hablado con el consejo parroquial? ¿Ha pensado en el asilo para los ancianos y el colegio para los niños?

«Me parece poco razonable que ya me hable de arrendamientos, asilos y escuelas —pensaría Strange sombríamente—. Al fin y al cabo, mi padre se murió el martes.»

—¡Sí que es extraño! —dijo Jeremy Johns.

—¿Hum? —gruñó Strange. Advirtió que estaban parados frente a una barrera de peaje. A un lado del camino había una casita pintada de blanco. Era nueva, tenía seis lados y ventanas góticas.

—¿Dónde está el guarda? —preguntó Jeremy Johns.

—¿Hum?

—Es una barrera de peaje, señor. Ahí está el letrero con lo que hay que pagar. Pero no hay nadie. ¿Dejo seis peniques?

—Sí, sí. Como quieras.

Jeremy Johns dejó el dinero en el escalón de la puerta y abrió el portillo para que pasara Strange. Unas cien yardas más allá; entraron en un pueblo. Había una vetusta iglesia de piedra, bañada por la luz dorada del invierno, una avenida de vetustos y retorcidos carpes que debía de llevar a algún sitio, y una veintena de casitas de piedra que despedían humo por la chimenea.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Jeremy.

—¿Qué? —Strange miró en derredor y vio a dos niñas que miraban por la ventana de una casa—. Ahí.

—No, señor; ésas son niñas. Me refiero a la gente mayor. No se ve a nadie.

Era verdad: no se veía a nadie. Había pollos que se contoneaban, un gato sentado sobre un montón de paja en un viejo carro y caballos en un campo, pero no había gente. En cuanto Strange y Jeremy dejaron atrás el pueblo, descubrieron la razón de aquella ausencia. A un centenar de yardas de la última casa, había una multitud congregada en torno a un seto. Portaban armas diversas: podaderas, hoces, palos y escopetas. Era una imagen extraña, siniestra y un poco ridícula a la vez. Cualquiera hubiese podido creer que el pueblo había decidido declarar la guerra a los arbustos de espino y los saúcos. El bajo sol del invierno iluminaba a los reunidos, dorando su ropa, sus armas y sus rostros inmóviles y tensos. Largas sombras azuladas se extendían a su espalda. Estaban en silencio y si alguno se movía era con sumo cuidado, como si temiese hacer ruido.

Al pasar al lado del grupo, Strange y Jeremy se alzaron sobre los estribos y estiraron el cuello, tratando de descubrir qué miraba la gente del pueblo.

—¡Qué extraño! —exclamó Jeremy cuando hubieron pasado—. ¡No había nada!

—Sí que había algo —dijo Strange—; un hombre. No me sorprende que no lo hayas visto. Al principio lo he tomado por una raíz del seto, pero era un hombre, gris, flaco y maltrecho, casi parecía una raíz de seto, sí, pero era un hombre.

El camino los condujo a un oscuro bosque invernal. Jeremy Johns se preguntaba con curiosidad quién podía ser aquel individuo y qué pretendía hacerle la gente del pueblo. Strange respondió una o dos veces distraídamente, pero enseguida volvió a pensar en la señorita Woodhope.

«Será preferible evitar hablar de los cambios provocados por la muerte de mi padre —reflexionó—. Es peligroso. Empezaré hablando de temas intrascendentes, por ejemplo, las aventuras de este viaje. Vamos a ver, ¿qué ha sucedido que pueda divertirla? —Levantó la mirada y se vio rodeado de oscuros árboles que goteaban—. Algo tiene que haber. —Recordó un molino de viento que había visto cerca de Hereford, en una de cuyas aspas se había enganchado la capa roja de un niño. Las

aspas giraban ora arrastrando la capa por el barro ora levantándola como una bandera escarlata—. Es como una alegoría de algo. También puedo hablarle del pueblo desierto y de las niñas que miraban por la ventana, entre las cortinas, una con una muñeca y la otra con un caballo de madera en la mano. Y de la multitud armada y silenciosa y del hombre que estaba debajo del seto...» Y Strange se representó la conversación que tendría lugar entonces: «¡Oh! —diría ella—. Pobre hombre. ¿Qué le había sucedido?» «No lo sé», respondería él. «Pero sin duda se habrá quedado usted a ayudarlo.» «Pues en realidad no.» «¡Oh!», exclamaría ella.

—¡Espera! —gritó Strange tirando de las riendas—. ¡Esto no puede ser!. Tenemos que volver atrás. Me preocupa el hombre del seto.

—¡Oh! —suspiró Jeremy Johns, aliviado—. Celebro oír eso, señor. También a mí me preocupa.

—No se te habrá ocurrido traer un par de pistolas, ¿verdad?

—No, señor.

—¡Maldita sea! —soltó Strange, e hizo una ligera mueca, porque a la señorita Woodhope no le gustaba que la gente jurase—. ¿Y un cuchillo? ¿O algo por el estilo?

—No, señor, nada. Pero no se inquiete, señor. —Jeremy saltó del caballo y hurgó entre los arbustos—. Si encuentro unas buenas ramas, haré unos garrotes que nos serán tan útiles como las pistolas.

En el suelo había varias ramas robustas que alguien había cortado de un grupo de árboles. Jeremy recogió una y se la dio a su amo. No era un garrote, sino una rama aún con sus hojas.

—En fin —dijo Strange dubitativamente—. Supongo que será mejor que nada.

Jeremy se proveyó de otra arma parecida y, así pertrechados, regresaron al pueblo en busca de la multitud silenciosa.

—¡Eh, tú! —gritó Strange, dirigiéndose a un hombre que llevaba una zamarra de pastor, varias bufandas de punto liadas al cuello y un sombrero de ala ancha. Hizo con la rama varios movimientos que consideró amenazadores—. ¿Qué...?

Varias personas del grupo se volvieron con el índice en los labios.

Entonces se acercó a Strange otro aldeano. Éste, que tenía un aire más respetable que el primero con su chaqueta de pana marrón, se tocó el sombrero y dijo en voz muy baja:

—Perdón, señor, ¿podría llevar los caballos un poco más lejos? Hacen mucho ruido, piafando y resoplando.

—Pero...

—Chist, señor —susurró el hombre—. Su voz es muy fuerte. Lo despertará.

—¿Que lo despertaré? ¿A quién?

—Al hombre que está debajo del seto, señor. Es un mago. ¿No sabe que si despierta a un mago antes de tiempo se arriesga a esparcir por el mundo los sueños

que hay en su cabeza?

—Y a saber qué horrores estará soñando —musitó otro.

—Pero ¿cómo...? —empezó Strange, y una vez más varias personas se volvieron y lo miraron frunciendo el entrecejo con indignación, al tiempo que le pedían por señas que bajara la voz—. Pero ¿cómo sabéis que es mago? —susurró.

—Oh, ya hace dos días que está en Monk Gretton, señor. Le dice a todo el mundo que es mago. El primer día hizo que varios de nuestros niños robaran tartas y cerveza de la despensa de sus madres, diciendo que eran para la reina de las hadas. Ayer lo vieron vagar por las tierras de Farwater Hall, que es la casa más grande del pueblo. La señora Morrow, la dueña, le pidió que le dijera la buena ventura, pero él sólo le contó que su hijo, el capitán Morrow, había sido muerto por los franceses, y ahora la pobre señora está postrada en cama y dice que no se levantará más. Por eso, señor, no queremos aquí a este hombre. Hay que echarlo. Y si no quiere irse, lo llevaremos al asilo de pobres.

—Me parece lo más razonable. Pero lo que no comprendo es...

En ese momento, el que estaba bajo el seto abrió los ojos. La multitud dio un respingo general y varios retrocedieron un paso o dos.

El hombre salió de debajo del seto. No le resultó fácil desprenderse de los brotes de espino, ramas de saúco, filamentos de hiedra, muérdago y escoba de bruja que durante la noche se le habían enredado en la ropa o que el hielo le había adherido a ella. Se incorporó. Por su actitud, parecía que, lejos de sorprenderse al verse rodeado de público, estaba esperándolo. Los miró a todos, uno a uno, aspirando y resoplando con desdén.

Después, se mesó el pelo, arrastrando hojas secas, ramitas y media docena de tijeretas.

—Extendí la mano —musitó sin dirigirse a nadie en particular—, y los ríos de Inglaterra fluyeron en sentido contrario.

Se aflojó el lazo y sacó varias arañas que se le habían alojado dentro de la camisa. Durante esa operación reveló que su cuello estaba adornado con un extraño dibujo formado por líneas, puntos, cruces y círculos azules. Luego volvió a anudarse el lazo y, terminado su arreglo personal a su satisfacción, se puso en pie.

—Yo me llamo Vinculus —declaró. Teniendo en cuenta que había pasado la noche debajo de un seto, su voz era sorprendentemente firme y clara—. Hace diez días que camino hacia el oeste en busca de un hombre que está destinado a ser un gran mago. Hace diez días me fue mostrada la efigie de ese hombre, y ahora ciertas señales misteriosas me dicen que tú eres el hombre.

Todos volvieron la cabeza para ver a quién se refería.

El hombre de la zamarra de pastor y las bufandas de punto se acercó a Strange y le tiró de la chaqueta.

—Es usted, señor —dijo.

—¿Yo?

Vinculus se acercó a Strange y recitó:

Dos magos aparecerán en Inglaterra.

El primero me temerá; el segundo deseará contemplarme;

el primero estará gobernado por ladrones y asesinos;

el segundo conspirará para su propia destrucción;

el primero enterrará su corazón en un oscuro bosque, bajo la nieve,

y aun así sentirá dolor;

el segundo verá su posesión más preciada en manos de su enemigo...

—Entiendo —cortó Strange—. ¿Y cuál de los dos soy yo, el primero el segundo? No, no me lo digas. No importa. No sé qué es peor. Para ser una persona que tanto desea hacer de mí un mago, te diré que el cuadro que me pintas no es muy halagüeño. Espero casarme dentro de poco y, la verdad, vivir en un bosque oscuro, rodeado de ladrones y asesinos, sería un, tanto inconveniente, dicho sea con suavidad. Te sugiero que elijas a otro.

—¡No te he elegido yo, mago! Fuiste elegido hace tiempo.

—Pues quienquiera que fuese quedará defraudado.

Vinculus, haciendo caso omiso de esa respuesta, agarró con firmeza la brida del caballo de Strange para impedir que se marchara, y procedió a declamar íntegramente la profecía que ya le había recitado al señor Norrell en la biblioteca de Hanover Square.

Con entusiasmo similar la escuchó Strange, y cuando Vinculus terminó su discurso, se inclinó desde lo alto de la silla para decir con voz clara, recalcando las sílabas:

—¡Yo nada sé de magia!

Vinculus lo miró en silencio. Parecía dispuesto a conceder que esa circunstancia podía ser un impedimento legítimo para que Strange se convirtiera en un gran mago. Afortunadamente, enseguida se le ocurrió la solución. Se metió la mano en el pecho y sacó unos papeles con briznas de paja adheridas.

—Vamos a ver —dijo, con un aire más misterioso e imponente todavía—. Aquí tengo unos hechizos que... ¡No, no! ¡No puedo dártelos! —Strange había alargado la mano—. Son preciosos. Tuve que sufrir años de tormento y superar duras pruebas para conseguirlos.

—¿Cuánto?

—Siete chelines y seis peniques.

—Está bien.

—¿No pensará darme dinero, señor? —preguntó Jeremy Johns.

—Si a cambio deja de hablarme, sí, desde luego.

Entretanto, los vecinos del pueblo comenzaron a mirar con recelo a Strange y Jeremy Johns. Su aparición había coincidido con el despertar de Vinculus, y ellos sospechaban que podían ser dos personajes salidos de los sueños del mago. Se acusaban unos a otros de haber despertado a Vinculus, y ya empezaban a pelearse cuando llegó un personaje de aspecto oficial, tocado con un sombrero de mucho empaque, que informó a Vinculus de que debía ir al asilo de pobres, a lo que él respondió que no haría tal cosa, puesto que ya no era pobre: ¡tenía siete chelines y seis peniques! Y agitó las monedas ante la cara del hombre con gesto impertinente. Cuando ya parecía que, por uno u otro motivo, la pelea era inevitable, la paz volvió súbitamente al pueblo de Monk Gretton, ya que Vinculus se alejó en una dirección y Strange y Jeremy Johns en la otra.

A eso de las cinco de la tarde, llegaron a una hostería del pueblo de S., cerca de Gloucester. Tan pocas esperanzas tenía Strange de que su visita a la señorita Woodhope produjera algo más que desagrado para ambos que decidió aplazarla para la mañana siguiente. Encargó una buena cena y se sentó en un confortable sillón junto al fuego, a leer un periódico. Pero no tardó en comprender que la combinación de comodidad y tranquilidad era un pobre sustituto para la compañía de la señorita Woodhope, por lo que anuló la cena y fue inmediatamente a casa de los señores Redmond, a fin de poder empezar cuanto antes a sentirse desgraciado. Encontró en casa sólo a las damas, la señora Redmond y la señorita Woodhope.

Los enamorados no suelen ser los seres más racionales de la creación, por lo que no sorprenderá a mis lectores que las cavilaciones de Strange en torno a la señorita Woodhope hayan dado una imagen falsa de la joven. Podría decirse que las conversaciones que había mantenido con ella mentalmente describían las opiniones de la joven, pero éstas no reflejaban su disposición ni sus modales. No era hábito en ella acosar a personas afligidas por un luto reciente con exigencias de escuelas y asilos, como tampoco contradecirlas en todo. Tan dura no era.

El saludo con que lo recibió no fue el de la mujer adusta y regañona que él había imaginado. Lejos de exigirle que se pusiera enseguida a remediar todo el mal que había causado su padre, se mostró muy afectuosa y encantada de verlo.

Era una muchacha de unos veintidós años. En reposo, sus facciones eran sólo medianamente bonitas. Ni en ellas ni en su figura había nada notable, pero cuando las animaba la conversación o la risa, se transformaban. Poseía talante vivaz, mente despierta y gusto por la comicidad. Tenía la sonrisa pronta, y por ser la sonrisa el más bello adorno de una mujer, la señorita Woodhope había eclipsado a más de una de las bellezas reconocidas de tres condados.

Su amiga, la señora Redmond, era una criatura amable y plácida de unos cuarenta

y cinco años. No era rica ni muy lista ni había viajado mucho. En otras circunstancias no habría sabido qué decir a un hombre de mundo como Jonathan Strange, pero afortunadamente su padre había muerto hacía poco, y esa circunstancia daba tema de conversación.

—Supongo que debe de estar muy ocupado en estos momentos, señor Strange —dijo—. Recuerdo que cuando murió mi padre, hubo un montón de cosas que hacer. Como dejó tantas mandas... En la repisa de la chimenea teníamos unas jarras de porcelana, y mi padre dispuso que se diera una a cada uno de nuestros viejos criados. Pero las descripciones de las jarras que había en el testamento eran confusas, y no había manera de averiguar para quién era cada una. Y los criados se peleaban porque todos querían la amarilla con las rosas. Oh, creí que nunca íbamos a acabar con las mandas. ¿Su padre dejó muchas, señor Strange?

—No, señora. Ninguna. Él odiaba a todo el mundo.

—Ah. Es una suerte, ¿verdad? ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—¿Hacer?

—La señorita Woodhope dice que su pobre padre compraba y vendía cosas. ¿Hará usted lo mismo?

—No, señora. Si puedo hacer mi voluntad, y creo que podré, el negocio de mi padre quedará liquidado lo antes posible.

—Ah, pues imagino que en tal caso su hacienda lo tendrá muy ocupado. La señorita Woodhope dice que es muy grande.

—Lo es, señora. Pero ya he probado a dedicarme a la agricultura, y no es mi fuerte.

—¡Ah! —exclamó la señora Redmond discretamente.

Se quedaron en silencio. Sólo se oía el tictac del reloj de la señora Redmond y el suspirar de las brasas en el hogar. La señora Redmond se puso a tirar de unas enmarañadas sedas de bordar que tenía en el regazo, actividad que su gato negro tomó por una invitación a jugar, de modo que se acercó sigiloso por el sofá y empezó a lanzarles zarpazos. Arabella se echó a reír, tomó en brazos al gato y se puso a jugar con él. Esa era exactamente la plácida escena doméstica con que soñaba Strange (aunque la señora Redmond le sobraba y no estaba seguro respecto al gato), escena tanto más apetecible a sus ojos por cuanto que durante su infancia no había conocido más que desapego y mal humor. La cuestión era cómo convencer a Arabella de que eso era lo que deseaba también ella. De pronto tuvo una inspiración y se dirigió de nuevo a la señora Redmond:

—En realidad, no creo que tenga tiempo, ya que voy a estudiar magia.

—¡Magia! —exclamó Arabella mirándolo sorprendida.

Pareció que iba a preguntar algo, pero en ese momento crucial se oyó en el vestíbulo al señor Redmond. Llegaba acompañado de su coadjutor, el reverendo

Henry Woodhope, el mismo Henry Woodhope que era a un tiempo hermano de Arabella y amigo de la infancia de Jonathan Strange. Por supuesto, hubo que hacer presentaciones y dar explicaciones (Henry Woodhope no tenía noticia de la visita de Strange) y el sorprendente anuncio de Strange quedó olvidado momentáneamente.

Los clérigos habían tenido una reunión del consejo parroquial, y tan pronto todos estuvieron sentados en la sala, pusieron a la señora Redmond y Arabella al corriente de varios asuntos de la parroquia. Luego se interesaron por el viaje de Strange, el estado de los caminos y la situación de los granjeros de Shropshire, Herefordshire y Gloucestershire, los tres condados que había atravesado en el viaje. A las siete se sirvió el té. En medio del silencio que se hizo mientras comían y bebían, la señora Redmond le contó a su marido:

—El señor Strange va a hacerse mago, querido. —Lo dijo como si fuese lo más natural del mundo, porque para ella lo era.

—¿Mago? —preguntó Henry, asombrado—. ¿Por qué razón habrías de querer ser mago?

Strange titubeó. No deseaba revelar la verdadera razón —que era la de impresionar a Arabella con su determinación de adoptar una profesión seria y científica—, por lo que echó mano de la única explicación que se le ocurrió.

—En Monk Gretton había un hombre debajo de un seto que me dijo que yo era mago.

Redmond rió el chiste.

—¿Lo dice en serio? —inquirió la señora Redmond.

—No entiendo nada —dijo Henry Woodhope.

—No me cree, ¿verdad? —le preguntó Strange a Arabella.

—¡Oh, al contrario, señor Strange! —sonrió divertida—. Concuerta perfectamente con su modo habitual de hacer las cosas. No esperaría de usted más sólido fundamento para adoptar una profesión.

—Pero si has de tener una profesión —dijo Henry—, y no veo la necesidad, ahora que ya puedes disponer de tu patrimonio, sin duda podrías encontrar algo mejor. La magia no tiene aplicación práctica.

—¡Creo que en eso se equivoca! —dijo Redmond—. En Londres está ese caballero que lleva de cabeza a los franceses con sus espejismos. No recuerdo cómo se llama. ¿Y cuál es el nombre que da a sus teorías? ¿Magia moderna?

—¿Pero en qué se diferencia de la antigua? —preguntó la señora Redmond—. ¿Y cuál de ellas practicará usted, señor Strange?

—Sí, díganos, señor Strange —lo instó Arabella con una mirada de picardía—. ¿Cuál de ellas practicará?

—Un poco de cada una, señorita Woodhope. ¡Un poco de cada una! —Y a la señora Redmond—: Le he comprado tres hechizos al hombre del seto. ¿Le gustaría

ver uno, señora?

—¡Oh, claro que sí!

—¿Y a usted, señorita Woodhope?

—¿Para qué son?

—No lo sé. Aún no los he leído. —Jonathan sacó del bolsillo superior los tres hechizos que le había dado Vinculus y se los entregó.

—Están muy sucios —dijo Arabella.

—¡Oh, nosotros los magos no reparamos en un poco de suciedad! Por otra parte, yo diría que son muy viejos. Todos los conjuros antiguos y misteriosos como éstos...

—Arriba está la fecha, dos de febrero de mil ochocientos ocho. Hace dos semanas.

—¿Ah, sí? No me había fijado.

—«Dos sortilegios para conseguir que un obstinado abandone Londres» —leyó Arabella—. Me gustaría saber por qué ha de querer el mago que la gente se marche de Londres.

—Lo ignoro. Desde luego, en Londres hay demasiada gente; pero echarlos uno a uno parece mucho trabajo.

—¡Y son unos encantamientos espantosos! ¡Llenos de fantasmas y horrores! ¡Hacer creer a la gente que va a encontrar el verdadero amor cuando, en realidad, el hechizo no es para eso!

—¡Déjeme ver! —Strange le quitó de las manos los denostados conjuros, los repasó rápidamente y dijo—: Le aseguro que cuando los compré ignoraba su contenido; no lo sabía en absoluto. Lo cierto es que me los vendió un vagabundo indigente. El dinero que le di le sirvió para eludir el asilo para pobres.



—Vaya, me alegra saberlo. Pero sus hechizos no dejan de ser horribles, y espero que no los utilice.

—Pero ¿qué me dice del último? «Sortilegio para descubrir lo que mi enemigo está haciendo ahora.» No creo que tenga nada que objetar a esto. Permítame que lo pruebe.

—¿Dará resultado? Usted no tiene enemigos, ¿verdad?

—No que yo sepa. Por tanto, no puede haber nada malo en probar, ¿no le parece?

Las instrucciones pedían un espejo y flores cortadas³, por lo que Strange y Henry descolgaron un espejo de la pared y lo pusieron encima de la mesa. Más difícil fue encontrar las flores, porque, en pleno febrero, las únicas que tenía a mano la señora Redmond eran flores secas de lavanda, tomillo y rosas.

—¿Servirán éstas? —le preguntó a Strange.

Él se encogió de hombros.

—Quién sabe. Veamos... —Volvió a leer las instrucciones—. Hay que esparcir las flores alrededor... así. Ahora dibujo un círculo en el espejo con el dedo. Así. Y divido el círculo en cuatro partes. Doy tres golpes al espejo y pronuncio estas palabras...

—Strange —dijo Henry Woodhope—, ¿de dónde has sacado esas tonterías?

—Me las dio el hombre que estaba debajo del seto. ¿Es que no escuchas, Henry?

—¿Y te ha parecido un hombre honrado?

—¿Honrado? No mucho. Yo diría más bien frío, incluso aterido. Sí, ésa es una buena palabra para describirlo. Otra es «hambriento».

—¿Y cuánto le pagaste por esos hechizos?

—¡Henry! —protestó su hermana—. ¿No has oído al señor Strange decir que los había comprado para hacer una obra de caridad?

Strange, con expresión ausente, trazaba círculos en el espejo y los dividía en cuatro. Arabella, sentada a su lado, tuvo un sobresalto. Strange bajó la mirada.

—¡Santo Dios! —exclamó.

En el espejo se veía una habitación, pero no era la sala de la señora Redmond. Era una habitación pequeña, bien amueblada, aunque sin lujos. El techo alto indicaba que se trataba de un pequeño aposento de una casa grande, y quizá hasta regia. Había en ella estanterías llenas de libros y mesas con más libros, un buen fuego en la chimenea y velas en el escritorio, al que estaba sentado un hombre. Este aparentaba unos cincuenta años y vestía una sobria chaqueta gris. Era un individuo discreto e insignificante, tocado con una anticuada peluca. Tenía varios libros abiertos en el escritorio, y en unos leía y en otros hacía anotaciones.

—¡Señora Redmond! ¡Henry! —gritó Arabella—. ¡Venid! ¡Hay que ver lo que ha hecho el señor Strange!

—Pero ¿quién es ese hombre? —preguntó él, desconcertado. Levantó el espejo para mirar debajo, como si creyera que allí descubriría a un diminuto caballero con chaqueta gris, dispuesto a contestar a sus preguntas.

Cuando volvió a dejar el espejo en la mesa, aún se veían en él la otra habitación y el otro hombre. No se oían sonidos, pero las llamas danzaban en la chimenea y el desconocido volvía la cabeza de un libro a otro, haciendo que le relucieran las gafas con el movimiento.

—¿Por qué es enemigo suyo? —preguntó Arabella.

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Es que le debe dinero? —inquirió la señora Redmond.

—Creo que no.

—Podría ser un banquero. Parece una casa de cambio —apuntó Arabella.

Strange se echó a reír.

—Vamos, Henry, deja de mirarme con ese ceño. Si realmente soy mago, debo de ser bastante mediocre. Mientras otros conjuran hadas, duendes y fantasmas de reyes muertos hace siglos, al parecer yo he conjurado el espíritu de un banquero.

Libro II. Jonathan Strange

—¿Puede un mago matar a un hombre por arte de magia? —,
le preguntó Lord Wellington a Strange.
Éste frunció el entrecejo. Pareció que no le gustaba la pregunta.
—Supongo que un mago podría —admitió —; pero un caballero, jamás.



23. Shadow House (Julio de 1809)

UN día del verano de 1809, dos jinetes viajaban por un polvoriento camino de Wiltshire. A la brillante luz de un cielo intensamente azul, Inglaterra era un mosaico de sombras densas y fulgores opalinos. Un enorme castaño de Indias proyectaba en el camino una sombra grande y negra que se tragó a los dos viajeros sin dejar de ellos más que la voz.

—¿Y cuándo piensa publicar sus escritos? —dijo uno—. Porque lo he pensado bien y creo que el primer deber de todo mago es el de publicar. Me sorprende que Norrell no lo haga.

—Supongo que, con el tiempo, publicará. En cuanto a mí, ¿quién iba a querer leer lo que yo escriba? En unos tiempos en los que Norrell hace nuevos milagros cada semana, no creo que la obra de un mago puramente teórico tenga mucho interés para alguien.

—Oh, no sea tan modesto. No hay que dejárselo todo a Norrell. No puede hacerlo todo él solo.

—Sí puede —suspiró la segunda voz—. Ya está haciéndolo.

¡Qué gusto da encontrar a viejos amigos! Porque los viajeros no son otros que el señor Honeyfoot y el señor Segundus. Pero ¿por qué los encontramos cabalgando, cuando ése es un ejercicio que ninguno de los dos practica habitualmente, el primero por viejo y el segundo por pobre? ¡Y con este día! Con un calor que provocará en Honeyfoot sudores, picores y sarpullido. Y con una luz que ha de causarle a Segundus una de sus jaquecas. ¿Y qué estarán haciendo en Wiltshire?

Sucedió que, en el curso de sus investigaciones relacionadas con el relato de la pequeña figura de piedra acerca de la muchacha con hojas de hiedra en el cabello, Honeyfoot había hecho un descubrimiento. Creía haber identificado al asesino en un hombre de Avebury, e iba a Wiltshire para indagar en viejos documentos de la parroquia de Avebury.

—Porque si descubro quién era él —le explicó a Segundus—, quizá pueda averiguar quién era la muchacha y qué oscuro impulso lo movió a matarla.

Segundus había acompañado a su amigo, había leído todos los documentos y lo había ayudado a descifrar el viejo latín. Pero, si bien era muy amante de los viejos documentos (nadie lo era más que él) y creía que podían servir para descubrir muchas cosas, en el fondo dudaba que siete palabras en latín escritas hacía más de cinco siglos pudieran explicar la vida de un hombre. Honeyfoot, por el contrario, era todo optimismo. Entonces Segundus propuso que, puesto que ya estaban en Wiltshire, aprovecharan la ocasión para hacer una visita a Shadow House, que se hallaba en ese condado y que ninguno de ellos había visto.

La mayoría de nosotros recordamos haber oído hablar de Shadow House en el colegio. El nombre sugiere una vaga idea de magia y ruinas y, no obstante, ninguno conserva un recuerdo claro de por qué es tan importante. La verdad es que los historiadores de la magia aún no se han puesto de acuerdo sobre su relevancia... y a algunos les faltará tiempo para decirte que no la tiene en absoluto. No sucedió en ella ningún hecho fundamental de la historia de la magia inglesa; además, de los dos magos que vivían en la casa, uno era un charlatán y el otro, una mujer, condiciones poco aptas para suscitar el interés de los caballeros magos y los caballeros historiadores de los últimos años. Sin embargo, durante dos siglos Shadow House ha sido considerada uno de los lugares más mágicos de Inglaterra.

Fue construida en el siglo XVI por Gregory Absalom, mago de la corte del rey Enrique VIII y de las reinas María e Isabel.

Si medimos el éxito de un mago por la cantidad de encantamientos que realiza, tendremos que admitir que Absalom no era mago en absoluto, ya que ninguno de sus conjuros surtió efecto. Ahora bien, si nos guiamos por la cantidad de dinero que gana un mago, Absalom fue sin duda uno de los más grandes que ha tenido Inglaterra, ya que nació en la pobreza y murió muy rico.

Una de sus más audaces hazañas fue la de venderle al rey de Dinamarca, por un puñado de diamantes, un hechizo que, según le aseguró, tenía el poder de convertir en agua la carne del rey de Suecia. El hechizo, por supuesto, falló, pero con el dinero que consiguió con la mitad de los diamantes, Absalom construyó Shadow House, que dotó de alfombras turcas, espejos, objetos de cristal de Venecia y mil cosas bellas. Cuando la casa estuvo terminada, ocurrió —o pudo haber ocurrido, o no ocurrió en absoluto— algo asombroso. Hay estudiosos de la magia que creen —y otros que no— que los encantamientos que Absalom había pretendido hacer para sus clientes empezaron a manifestarse espontáneamente en la mansión.

Una noche de luna de 1610, dos criadas se asomaron a una de las ventanas más altas y vieron a veinte o treinta bellas damas y apuestos caballeros bailando en círculo en el césped. En febrero de 1666, el irlandés Valentine Greatrakes mantuvo una conversación en hebreo con los profetas Moisés y Aarón en un pequeño corredor próximo a la gran plancha de la ropa blanca. En 1667, la señora Penelope Chelmorton, invitada a la casa, al mirarse en el espejo vio a una niña de tres o cuatro años que fue creciendo ante sus ojos, tomó el aspecto de la dama y siguió envejeciendo hasta que en el espejo no quedó más que el seco cadáver de una anciana. La fama de Shadow House se nutre de estas y otras cien historias semejantes.

Absalom tenía una hija llamada Maria, que nació y vivió siempre en Shadow House, de la que sólo salía durante uno o dos días. Mientras fue joven, acudían a la casa reyes y embajadores, sabios, soldados y poetas. Incluso después de la muerte de

su padre, la gente iba para contemplar el fin de la magia inglesa, su última floración antes del largo invierno. Con el tiempo, los visitantes fueron escaseando, la mansión empezó a deteriorarse y el jardín se asilvestró. Pero Maria Absalom se negaba a reparar la casa de su padre. Hasta los platos rotos se dejaban en el suelo¹.

Cuando Maria tenía cincuenta años, la hiedra se había hecho tan vigorosa y había proliferado de tal modo que invadía los armarios y se extendía por gran parte del suelo, volviéndolo resbaladizo y peligroso. Los pájaros cantaban tanto dentro de la casa como fuera. Cuando Maria tenía cien años, la vivienda y ella estaban en ruinas, pero aún no habían desaparecido. Ella resistió cuarenta y nueve años más, hasta una mañana de verano en que murió en su cama rodeada por las sombras de un gran fresno recortadas por el sol.



Honeyfoot y Segundus, cuando iban camino de Shadow House aquella calurosa tarde, estaban un tanto nerviosos por si el señor Norrell se enteraba de su viaje (porque, con las respetuosas cartas que le enviaban los almirantes y los ministros y las visitas que le hacían los grandes personajes, el mago se sentía de hora en hora más importante); temían que pudiera considerar que Honeyfoot había quebrantado el pacto. Por tanto, a fin de mantener sus planes en el mayor secreto, habían salido muy de mañana, sin decir adónde se dirigían, habían ido andando hasta una granja en la que habían alquilado los caballos y se habían encaminado hacia Shadow House

dando un gran rodeo.

El polvoriento camino blanco terminaba ante una alta verja. Segundus se apeó para abrirla. Era una verja de bella forja castellana, muy deteriorada, alabeada y teñida de un vivo granate por la herrumbre. Segundus retiró la mano marcada con estrías de fino polvillo, como si un millón de rosas secas y pulverizadas hubieran sido prensadas en forma de reja, una reja encantada. Las volutas de hierro estaban adornadas con pequeñas caras en bajorrelieve que sonreían sardónicamente. Las caras eran de un rojo encendido y parecían estar fundiéndose, como si la parte del infierno en que ahora residían aquellos condenados estuviera a cargo de un diablo descuidado que hubiese dejado calentar demasiado el horno.

Más allá de la verja había mil rosas pálidas y altas; temblorosas masas de soleados olmos, fresnos y castaños; y cielo azul, azul. Había cuatro esbeltos aguilones, multitud de altas chimeneas grises y ventanas de celosía de piedra. Pero Shadow House estaba en ruinas desde hacía más de un siglo y contenía tanto saúco y escaramujo como plateada piedra caliza, tanta brisa perfumada de aromas de verano como hierro y madera.

—Parece una casa de las *Otras Tierras*² —dijo Segundus, y movido por el entusiasmo apretó la cara contra la verja, que le dejó impreso su dibujo en una sustancia que parecía polvo de rosas.

Abrió y entró llevando al caballo de las riendas. Honeyfoot lo siguió. Ataron los caballos junto a una fuente de piedra y empezaron a explorar los jardines.

Quizá las tierras que rodeaban Shadow House no merecieran el calificativo de «jardines». Hacía más de cien años que nadie las cuidaba. Tampoco eran bosque. Ni selva. No existe una palabra para describir lo que es el jardín de un mago doscientos años después de la muerte de ese mago. Era más exuberante y caótico que cualquier jardín que hubieran visto ambos amigos.

Honeyfoot se extasiaba ante todo lo que veía. Lanzó un grito de admiración al contemplar una gran avenida de olmos en la que los árboles estaban hundidos hasta la mitad en un mar de digitales de un rosa vivo. Se maravilló frente a la escultura de un zorro que llevaba a un niño entre las fauces. Se admiró de la extraordinaria atmósfera mágica del lugar y declaró que, allí, incluso el señor Norrell podría aprender algo.

Pero en realidad no era muy sensible a las atmósferas. Segundus, por el contrario, empezaba a sentirse inquieto. Le parecía que el jardín de Absalom ejercía en él un influjo extraño. Más, de una vez, mientras Honeyfoot y él paseaban, fue a hablar con alguien a quien creía conocer. O le pareció descubrir un lugar en el que ya había estado. Pero cuando abría la boca, veía que lo que le había parecido un amigo era sólo una sombra sobre un rosal. La cara era sólo un ramillete de rosas pálidas; y la mano, otro. El lugar en que creía reconocer una escena de su niñez no era más que la casual combinación de un arbusto amarillo, unas ramas de saúco movidas por la brisa

y un ángulo de la casa iluminado por el sol. Además, tampoco recordaba quién era el amigo ni cuál era el lugar. Eso lo iba perturbando de tal manera que, al cabo de media hora, le propuso a Honeyfoot hacer un alto para descansar.

—¡Mi buen amigo! ¿Qué, le sucede? ¿Se encuentra mal? Está pálido. Le tiembla la mano. ¿Por qué no lo ha dicho antes?

Segundus se pasó la mano por la frente y, con voz insegura, dijo que creía que iba a ocurrir algo mágico. Tenía la clara impresión de que así sería.

—¿Mágico?—exclamó Honeyfoot—. ¿Qué puede ocurrir? —Miró en derredor nerviosamente, por si el señor Norrell aparecía de pronto por detrás de un árbol—. Debe de ser que le ha afectado el calor. Yo también lo siento. Pero somos un par de necios por soportarlo. ¡Porque aquí mismo hay donde descansar! ¡Aquí mismo hay donde refrescarse! Sentarse a la sombra de árboles tan robustos como éstos, escuchando el dulce murmullo de ese arroyo, ha de ser la mejor cura del mundo. Venga, sentémonos.

Se acomodaron sobre la hierba, al borde de un arroyo de aguas marrones. El aire tibio y el perfume de las rosas sosegó el ánimo de Segundus. Cerró los ojos. Los abrió. Volvió a cerrarlos. Los abrió lenta y pesadamente.

Empezó a soñar casi al momento.

Vio una puerta muy alta en un lugar oscuro. Estaba tallada en una piedra gris plata que relucía ligeramente, como al claro de luna. Las jambas de la puerta tenían la forma de dos hombres (o quizá era uno solo, porque eran iguales). El hombre parecía salir de la pared, y John Segundus enseguida reconoció en él a un mago. No se le veía la cara con claridad, sólo lo suficiente para saber que era joven y bien parecido. Se tocaba con un gorro puntiagudo que tenía un ala de cuervo a cada lado.

John Segundus cruzó el umbral y, por un momento, sólo vio cielo oscuro y estrellas y sintió el viento. Entonces observó que aquello era una habitación, pero en ruinas. No obstante, las paredes que quedaban en pie estaban adornadas con cuadros, tapices y espejos. Y las figuras de los tapices se movían y hablaban entre sí, y no todos los espejos reflejaban la habitación, sino lugares totalmente distintos.

Al fondo, alumbrada por una difusa combinación de luna y velas, había una mujer sentada a una mesa. Vestía un traje de estilo muy antiguo, hecho con una cantidad de tela mucho mayor de la que John Segundus hubiera creído necesaria, e incluso posible, para un solo vestido. Era de un azul viejo, extraño, intenso, y en su atavío brillaban, cual estrellas, los últimos diamantes del rey de Dinamarca. La mujer levantó la mirada cuando él se acercó: tenía unos ojos extrañamente oblicuos y más separados de lo que marcan los cánones de la belleza, y la boca grande, abierta en una sonrisa cuyo significado él no pudo descifrar: El parpadeo de las velas dejaba adivinar un cabello tan rojo como azul era el vestido.

De pronto, otra persona irrumpió en el sueño de John Segundus: un caballero

vestido con ropa moderna. El caballero no pareció sorprenderse al ver a la elegante (aunque un tanto anticuada) dama, pero se mostró estupefacto al encontrar allí a John Secundus y alargó la mano, se la puso en el hombro y empezó a sacudirlo...

John Secundus notó que Honeyfoot lo sacudía suavemente por el hombro.

—Le pido perdón, pero estaba gritando en sueños y he pensado que quizá deseaba que lo despertase.

Segundus lo miró un poco aturdido.

—Estaba soñando —dijo—. Un sueño de lo más extraño.

Se lo relató a su compañero.

—¡Qué sitio mágico tan extraordinario! —dijo Honeyfoot con gesto de aprobación—. Ese sueño suyo, cargado de extraños símbolos y presagios, es prueba de ello.

—Pero ¿qué puede significar?

—¡Oh! —Se paró a meditar—. Bien, dice usted que la dama vestía de azul, ¿verdad? El color azul significa... a ver, a ver... inmortalidad, castidad y fidelidad, representa a Júpiter y su símbolo es el estaño. ¡Hum! Bien, ¿adónde nos lleva todo eso?

—Me parece que a ningún sitio —suspiró Segundus—. Sigamos andando.

Honeyfoot, deseoso de ver más, accedió prontamente a la propuesta y sugirió explorar el interior de Shadow House.

Bajo el sol deslumbrante, la casa no era sino una alta silueta verde azulada y recortada en el cielo. Cuando entraban en el gran vestíbulo, Segundus lanzó una exclamación.

—¿Qué? —preguntó Honeyfoot, sobresaltándose—. ¿Qué le ocurre ahora?

A cada lado de la puerta había sendas estatuas de piedra del Rey Cuervo.

—Las he visto en mi sueño.

Una vez dentro del gran vestíbulo, Segundus miró en derredor. Los cuadros y espejos vistos en su sueño habían desaparecido hacía tiempo. Lilos y saúcos rellenaban los huecos de las paredes. Castaños de Indias y fresnos formaban un techo verde y plata que se agitaba y relucía, bajo el azul del cielo. Finas ramitas doradas y flores del cuclillo tejían sus celosías en las vacías cuencas de piedra de las ventanas.

A un extremo del salón había dos figuras desdibujadas bajo un brillante rayo de sol y, esparcidos por el suelo, objetos heterogéneos, enseres de magia: trozos de papel con fragmentos de fórmulas, un cuenco de plata lleno de agua y un cabo de vela en un antiguo candelabro de cobre.

Honeyfoot dio los buenos días a las dos figuras borrosas y una le respondió en tono grave y cortés mientras la otra exclamaba:

—¡Henry, es él! ¡Es el hombre! ¡El que te he descrito! ¿No lo ves? Bajo y delgado, con el pelo y los ojos oscuros como de italiano, aunque el pelo empieza a

encanecer. Pero con el gesto tímido y reservado típicamente inglés. La chaqueta raída, polvorienta y remendada, con las bocamangas deshilachadas, bien recortadas para disimular. ¡Oh, Henry, es él! ¡Caballero! —le gritó de pronto a Segundus—. ¡Explíquese!

El pobre Segundus se había quedado atónito al oír la minuciosa descripción que un perfecto desconocido hacía de su persona y su chaqueta, ¡por lo demás tan poco halagüeña! Francamente descortés. Mientras trataba de ordenar sus pensamientos, su interlocutor se movió hasta situarse a la sombra de un fresno que formaba parte de la pared norte del vestíbulo, y Segundus vio a Jonathan Strange por primera vez en el mundo real.

Titubeando (porque comprendía lo extrañas que tenían que sonar sus palabras), dijo:

—Me parece, caballero, que lo he visto en mi sueño.

Eso enfureció a Strange todavía más.

—¡El sueño era mío, caballero! Me había dormido a propósito para tenerlo. El señor Woodhope —añadió señalando a su acompañante— me ha visto. El señor Woodhope es sacerdote, rector de una parroquia de Gloucestershire. ¡No creo que alguien pueda dudar de su palabra! Yo opino que en Inglaterra los sueños de un hombre son algo estrictamente privado. Creo que existe una ley que así lo dispone, y si no existe el Parlamento debería dictarla de inmediato. No es propio de un caballero invitarse a sí mismo a un sueño ajeno. —Se detuvo para tomar aliento.

—¡Señor mío! —exclamó Honeyfoot con vehemencia—. Debo rogarle que hable con más respeto a este caballero. Usted no tiene la buena fortuna de conocerlo como lo conozco yo, pero si llegara a caberle tal honor, descubriría que nada más ajeno a su carácter que el deseo de ofender a otras personas.

Strange profirió un sonido de exasperación.

—Desde luego, es muy extraño que las personas se metan en los sueños de las otras —dijo Henry Woodhope—. No puede haber sido el mismo sueño.

—Ay, mucho me temo que sí lo era —suspiró Segundus—. Desde que he entrado en este jardín, he tenido la impresión de que estaba lleno de puertas invisibles y de que iba cruzándolas una a una, hasta que me he quedado dormido y he tenido el sueño en que he visto a este caballero. Me sentía muy confuso. Sabía que no era yo el que había dejado entornadas aquellas puertas ni el que hacía que se abrieran, pero no me importaba. Sólo deseaba saber lo que había al final de todas ellas.

Henry Woodhope lo miraba como si no acabara de comprenderlo.

—En cualquier caso, sigo pensando que no puede ser el mismo sueño —insistió, como si se dirigiera a un niño bastante lerdo—. ¿Qué ha soñado usted?

—He soñado con una dama vestida de azul. Supongo que era la señorita Absalom.

—¡Pues claro que era la señorita Absalom! —exclamó Strange, vivamente irritado, como si no pudiera soportar la mención de algo tan obvio—. Pero, por desgracia, la dama tenía una cita con un caballero, y al ver a dos, como es natural, se ha alarmado y ha desaparecido. —Sacudió la cabeza—. No debe de haber en Inglaterra más de cinco hombres que puedan pretender poseer dotes de magia, y uno tiene que presentarse aquí e interrumpir mi entrevista con la hija de Absalom. No puedo creerlo, soy el hombre más desdichado de Inglaterra. Sólo Dios sabe lo mucho que he tenido que esforzarme para tener ese sueño. ¡Tres semanas trabajando día y noche para preparar los conjuros, y después...!

—¡Pero eso es maravilloso! —lo interrumpió Honeyfoot—. ¡Maravilloso! ¡Ni el mismo señor Norrell podría intentar algo así!

—No es tan difícil como usted imagina —dijo Strange, volviéndose para mirarlo—. Primero hay que enviar la invitación a la dama. Cualquier conjuro sirve para eso. Yo usé el de Ormskirk³. Desde luego, lo más complicado fue ajustar el conjuro de manera que la señorita Absalom y yo llegáramos a mi sueño al mismo tiempo: Ormskirk es tan poco preciso que la persona convocada puede acudir a cualquier sitio a cualquier hora y considerar que ha cumplido. He de reconocer que no fue tarea fácil. No obstante, no estoy descontento del resultado. Después necesitaba un hechizo que lanzarme a mí mismo para provocarme el sueño mágico. Sí, había oído hablar de esos hechizos, pero confieso que nunca he visto ninguno, por lo que tuve que inventarlo. Supongo que es bastante flojo, pero qué se le va a hacer.

—¡Santo Dios! —exclamó Honeyfoot—. ¿Quiere usted decir que prácticamente toda esta magia es invención suya?

—Bien, yo no diría tanto. Tenía a Ormskirk. Me he guiado por él.

—¿Y no daría Hether-Gray una base mejor? —terció Segundus⁴. Disculpe, yo no soy un mago práctico, pero siempre me ha parecido que Hether-Gray era mucho más fiable que Ormskirk.

—¿Usted cree? —dijo Strange—. Desde luego, he oído hablar de él. Recientemente he empezado a cartearme con un caballero de Lincolnshire que dice poseer un ejemplar de *La anatomía de un minotauro*, de HetherGray. Así pues, ¿opina usted que merece la pena estudiar a ese autor?

Honeyfoot declaró categóricamente que no, que aquel libro era la mayor estupidez del mundo; Segundus discrepó, y Strange empezó a sentirse interesado en la conversación y a olvidar su enfado con Segundus.

Porque ¿quién podría seguir enfadado mucho tiempo con John Segundus? Sin duda hay en el mundo personas a las que molestan la bondad y la afabilidad, personas que se irritan con la mansedumbre; pero me place decir que Jonathan Strange no era una de ellas. El señor Segundus presentó disculpas por haberle malogrado la magia, y Strange, con una sonrisa y una ligera reverencia, respondió que no se preocupase.

—A usted, caballero, no le preguntaré si es mago —le dijo—. La facilidad con que entra en los sueños ajenos habla claramente de su poder. —Miró a Honeyfoot—. Pero ¿y usted? ¿También es mago?

¡Pobre señor Honeyfoot! ¡Recibir el embate de una pregunta tan directa en punto tan sensible! Él aún se sentía mago, y le dolía que le recordaran aquella pérdida. Respondió que años atrás lo había sido, pero se había visto obligado a abandonar. Que nada podía estar más lejos de sus deseos. El estudio de la magia, de la buena magia inglesa, era, en su opinión, la más noble ocupación del mundo.

Strange lo miraba con aire de sorpresa.

—No acabo de comprenderlo. ¿Cómo pudo verse obligarlo a abandonar sus estudios contra su voluntad?

Entonces Segundus y Honeyfoot relataron que habían sido miembros de la *Sociedad Cultural de Magos de York*, la cual había sido destruida por el señor Norrell.

Honeyfoot preguntó a Strange su opinión acerca del señor Norrell.

—¡Oh! —sonrió—. Es el santo patrón de los libreros ingleses.

—¿Cómo dice?

—Oh, dondequiera que se practique el comercio de los libros, desde Newcastle hasta Penzance, se oye hablar de él. El librero te sonríe, baja la cabeza y dice: «Señor, llega usted tarde. Yo tenía muchos volúmenes que trataban de cuestiones de magia e historia, pero los vendí todos a un sabio caballero de Yorkshire.» Siempre Norrell. Y entonces puedes comprar, si lo deseas, los ejemplares que él ha desechado. Generalmente, he podido comprobar que éstos son excelentes para encender el fuego.

Como era de esperar, Segundus y Honeyfoot estaban deseosos de conocer mejor a Jonathan Strange, el cual, por su parte, mostraba interés en proseguir la conversación. Así pues, cuando cada parte hubo formulado y respondido las preguntas habituales («¿Dónde se hospedan?» «En el George de Avebury.» «¡Que casualidad! Nosotros también.»), se decidió que los cuatro regresarían a Avebury y cenarían juntos.

Cuando salían de Shadow House, Strange se detuvo junto a la puerta del Rey Cuervo y les preguntó si habían visitado Newcastle, la antigua capital del Rey en el norte. Le respondieron que no.

—Esta puerta es copia de una que allí se ve a cada paso —dijo Strange—. Las primeras se construyeron cuando él todavía estaba en Inglaterra. En aquella ciudad, allá donde vayas, parece que el Rey te sale al encuentro bajo los arcos oscuros y polvorientos. —Sonrió tristemente—. Pero mantiene la cara semiescondida y nunca te hablará.

A las cinco, se sentaron a cenar en el comedor de la posada. El señor Honeyfoot y el señor Segundus hallaron en Strange a un excelente compañero de mesa, buen conversador. Henry Woodhope, por el contrario, comió con diligencia y, cuando hubo

terminado, se dedicó a mirar por la ventana. Secundus, temiendo que pudiera sentirse desairado, se volvió hacia él y le felicitó por la magia que Strange había realizado en Shadow House.

Woodhope lo miró con gesto de sorpresa.

—No creía que fuera motivo de felicitación —respondió—. Strange no me había dicho que fuera algo extraordinario.

—¡Pero señor mío! ¡Quién sabe cuándo fue la última vez que se intentó una hazaña semejante en Inglaterra!

—Oh, yo no sé nada de magia. Creo que es lo que está de moda: he leído en periódicos de Londres crónicas de actos de magia. Pero un clérigo dispone de poco tiempo para la lectura. Además, conozco a Strange desde que éramos niños, y sé que tiene un carácter caprichoso. Me sorprende que esta afición por la magia le dure tanto. Supongo que no tardará en cansarse, como de todo lo demás.

Y tras estas palabras, se levantó de la mesa y dijo que iba a dar un paseo por el pueblo. Dio las buenas noches a Honeyfoot y a Secundus y se fue.

—Pobre Henry —dijo Strange cuando Woodhope hubo salido—. Debemos de aburrirlo terriblemente.

—Es muy amable su amigo al acompañarlo en este viaje, sin estar interesado en su objeto —observó Honeyfoot.

—Oh, desde luego. Pero decidió venir conmigo cuando vio la calma que había en casa. Henry está pasando unas semanas con nosotros, pero vivimos en un lugar muy apartado, y yo estoy muy ocupado con mis estudios.

Secundus le preguntó cuándo había empezado a estudiar magia.

—En la primavera del año pasado.

—¡Y lo que ha conseguido en menos de dos años! —exclamó Honeyfoot—. Mi querido señor Strange, eso es extraordinario.

—¿Usted cree? A mí me parece que no he hecho casi nada. Y es que no sé dónde buscar consejo. Ustedes son los primeros compañeros magos que he conocido, y quiero advertirles que pienso tenerlos despiertos contestando preguntas hasta la madrugada.

—Estaremos encantados de servirlo en lo que podamos —dijo Secundus—. Aunque dudo mucho que seamos de gran ayuda. Nosotros sólo hemos sido magos teóricos.

—Son ustedes demasiado modestos. Piensen en cuánto más qué yo han estudiado.

Secundus empezó entonces a nombrar autores de los que Strange tal vez no hubiese oído hablar, y Strange iba anotando sus nombres y obras de cualquier modo, unos en una libretita, otros en el reverso de la cuenta de la cena y uno en el dorso de la mano. Al fin empezó a interrogar a Secundus acerca de los libros.

¡Pobre señor Honeyfoot! ¡Cómo ansiaba intervenir en aquella interesante

conversación! Y cómo intervenía realmente, sin engañar a nadie más que a sí mismo con sus pequeñas estratagemas.

—Dígale que debe leer *El lenguaje de las aves* de Thomas Lanchester —dijo, dirigiéndose a Segundus más que a Strange—. ¡Oh! —agregó—. Ya sé que no le merece muy buena opinión, pero creo que de Lanchester se pueden aprender muchas cosas.

Entonces Strange les dijo que a él le constaba que, hacía no más de cinco años, había en Inglaterra cuatro ejemplares de *El lenguaje de las aves*: uno en una librería de Gloucester; otro en la biblioteca particular de un caballero mago de Kendal; el tercero era propiedad de un herrero de los alrededores de Penzance que lo había recibido en pago de la reparación de una verja, y el cuarto tapaba un hueco de una ventana de la escuela para niños situada dentro del recinto de la catedral de Durham.

—¿Y qué se ha hecho de ellos? —preguntó Honeyfoot—. ¿Por qué no compró alguno?

—Cada vez que llegaba al sitio en cuestión, descubría que el señor Norrell se me había adelantado. Él los compró todos. Nunca he visto a ese hombre, pero a cada paso tuerce mi propósito. Por eso se me ocurrió la idea de conjurar a un mago muerto para interrogarlo. Pensé que una dama se mostraría más compasiva con mi infortunio y elegí a la señorita Absalom³.

Segundus sacudió la cabeza.

—Un medio para adquirir conocimientos que me parece más dramático que conveniente. ¿No existiría una manera más sencilla? Al fin y al cabo, en la Edad de Oro de la magia inglesa los libros eran más escasos que ahora y, aun así, los hombres se hacían magos.

—He leído historias y biografías de los *aureates*, para averiguar cómo empezaron, y al parecer en aquellos tiempos, tan pronto una persona descubría que poseía aptitudes para la magia, se encaminaba a casa de otro mago más viejo y experimentado y se ofrecía como discípulo⁶.

—¡Pues yo creo que debería pedir ayuda al señor Norrell! —declaró Honeyfoot—. Sí, señor, eso debería hacer. Oh, desde luego —agregó, al observar que Segundus iba a hacer una objeción—, Norrell es un poco reservado, pero eso no ha de ser impedimento. El señor Strange ya encontrará la manera de vencer esa timidez, estoy seguro. El señor Norrell puede tener un carácter difícil, pero no es tonto, y ha de comprender las grandes ventajas de disponer de semejante ayudante.

A Segundus se le ocurrían muchos reparos a ese plan, en particular, la gran aversión del señor Norrell a los otros magos, pero Honeyfoot, con toda la vehemencia de su entusiasta disposición, no bien hubo concebido la idea, se prendó de ella sin verle nada más que ventajas.

—Oh, reconozco que a nosotros, los magos teóricos, no nos mira con buenos

ojos. Pero sin duda con un igual se comportará de modo muy distinto.

El propio Strange no parecía refractario a la idea; sentía una natural curiosidad por conocer al señor Norrell. Segundus pensaba, incluso, que tal vez ya hubiera tomado una decisión al respecto, por lo que, poco a poco, fue cediendo en sus dudas y objeciones.

—¡Qué gran día éste para Gran Bretaña, señores! —exclamó Honeyfoot—. ¡Fíjense ustedes en todo lo que ha hecho un solo mago! ¡Imaginen lo que podrían hacer dos! ¡Strange y Norrell! ¡Oh, suena muy bien! —Y repitió varias veces «Strange y Norrell» con un deleite que hizo reír a Strange.

Pero, al igual que muchas personas de genio afable, John Segundus era propenso a los cambios de opinión. Mientras tuvo delante a Strange, alto, sonriente y seguro de sí, confiaba en que su talento debía tener el reconocimiento que se merecía, con ayuda de Norrell o a pesar de Norrell; pero a la mañana siguiente, cuando Strange y Woodhope se alejaron a caballo, volvieron a su pensamiento todos los magos que el señor Norrell se había esforzado en destruir, y empezó a temer que Honeyfoot hubiera aconsejado mal a Strange.

—No puedo evitar pensar que habría sido mejor advertir al señor Strange que debía rehuir al señor Norrell. En lugar de animarlo a presentarse a él, debimos aconsejarle que se escondiera.

Pero Honeyfoot no lo veía así.

—A un caballero no le gusta que le aconsejen que se esconda —dijo—. Y si el señor Norrell pretendiera causar algún daño, al señor Strange, cosa que me resisto a admitir, estoy seguro de que el señor Strange sería el primero en notarlo.

24. Otro mago (Septiembre de 1809)

El señor Drawlight, revolviéndose un poco en el asiento, dijo:

—Parece ser que tiene usted un rival.

Antes de que Norrell pudiera encontrar una respuesta apropiada, Lascelles preguntó cómo se llamaba el sujeto.

—Strange.

—No lo conozco.

—¡Oh, tiene que conocerlo! —exclamó.—. Jonathan Strange, de Shropshire. Dos mil libras al año.

—No tengo la menor idea de quién pueda ser. ¡Ah, un momento! ¿No es el que, siendo estudiante en Cambridge, asustó al gato del director del colegio de Corpus Christi?

Drawlight respondió que, efectivamente, era el mismo. Lascelles lo recordó al instante y los dos se echaron a reír.

Entretanto, Norrell estaba mudo como una estatua. Aquellas primeras palabras de Drawlight habían sido un mazazo terrible. Era como si le hubiera golpeado en la cara... como si un retrato, una mesa o una silla se hubieran revuelto contra él y lo hubiesen golpeado. El estupor casi le había cortado la respiración; estaba seguro de que iba a enfermar. No se atrevía ni a imaginar lo que Drawlight pudiera decir después. Quizá hablara de poderes superiores, de portentos realizados que eclipsarían los suyos propios. ¡Después de lo que se había esforzado para asegurarse de que no tendría rivales! Se sentía como el hombre que una noche, después de recorrer toda la casa cerrando puertas y atrancando ventanas, oye andar a alguien por el piso de arriba.

Pero a medida que continuaba la conversación fue calmándose su alarma. Mientras Drawlight y Lascelles hablaban de los viajes de placer del señor Strange a Brighton, de sus visitas a Bath y de su finca de Shropshire, Norrell empezó a pensar que Strange debía de ser un hombre frívolo y superficial, un individuo parecido al propio Lascelles. En tal caso, se dijo, ¿no sería lo más probable que con «Tiene usted un rival» Drawlight no se refiriera a él sino a Lascelles? El tal Strange, pensó, debía de ser rival de Lascelles en algún asunto amoroso. Norrell se miró las manos, que se retorció en el regazo, y se sonrió de su atolondramiento.

—¿Así que Strange es mago ahora? —dijo Lascelles.

—¡Oh! —exclamó Drawlight mirando al mago—. Seguro que ni sus mejores amigos se atreverían a comparar sus dotes con las del insigne señor Norrell. Pero tengo entendido que en Bristol y Bath goza de cierto predicamento. Actualmente se encuentra en Londres. Sus amigos confían en que tenga usted a bien concederle una

entrevista, en cuyo caso, ¿se me permitiría ser testigo del encuentro entre semejantes artífices de la magia?

Norrell levantó la mirada despacio.

—Celebraré conocer al señor Strange —dijo.

Drawlight no tuvo que esperar mucho para presenciar el trascendental encuentro entre los dos magos (afortunadamente, porque detestaba tener que esperar). Se cursó una invitación y tanto Lascelles como Drawlight pusieron gran empeño en estar presentes el día en que Strange fue a visitar al gran mago.

Strange no resultó ni tan joven ni tan apuesto como temía Norrell. Estaba más cerca de los treinta que de los veinte y, en la medida en que otro caballero está facultado para opinar al respecto, no era en absoluto bien parecido. Pero lo más sorprendente era que lo acompañaba una mujer joven y bonita: la señora Strange.

Norrell empezó por preguntarle si llevaba consigo sus escritos. Y añadió que le agradecería mucho leerlos.

—¿Mis escritos? —repuso Strange, y reflexionó un momento—. Lo siento, caballero, pero no sé a qué se refiere, ya que no he escrito nada.

—¡Oh!, el señor Drawlight me contó que le habían pedido un artículo para *The Gentleman's Magazine*, pero quizá...

—Ah, eso. Casi no he pensado en ello todavía. Nichols me dijo que no lo necesitaba hasta el viernes de la próxima semana.

—¿El viernes de la próxima semana, y aún no lo ha empezado? —dijo Norrell, asombrado.

—Yo pienso que cuanto más aprisa pasen esas cosas de la cabeza al papel y a la imprenta, mejor. Supongo que lo mismo opinará usted —agregó, sonriendo amistosamente.

Norrell, que aún no había dado nada a la imprenta y tenía todos sus escritos en proceso de revisión, no respondió.

—Todavía no sé exactamente qué escribiré —prosiguió Strange—. Seguramente una refutación del artículo de Portishead en *El Mago Moderno*¹. ¿Lo ha leído? Yo estuve indignado una semana. Trataba de demostrar que los magos actuales no deben tratar con duendes. ¡Una cosa es admitir que hemos perdido el poder de conjurar a tales espíritus, y otra, pretender que renunciemos a todo intento de servirnos de ellos! A mí me irritan esos remilgos. Pero lo más extraordinario es que aún no he visto crítica alguna de ese artículo. Ahora que ya tenemos lo que empieza a ser una comunidad en materia de magia, me parece muy mal que no se reprueben semejantes desatinos.

Creyendo, al parecer, que ya había dicho bastante, se quedó esperando una respuesta.

Tras un momento de silencio, Lascelles reveló que lord Portishead había escrito

aquel artículo por deseo expreso del señor Norrell y con la ayuda y aprobación de éste.

—¿Lo dice en serio? —Strange pareció asombrarse.

Siguieron unos instantes de silencio, y Lascelles, con lánguido acento, preguntó cómo se aprendía magia en la actualidad.

—En los libros —respondió Strange.

—¡Ah, cómo me alegra oírlo decir eso! —exclamó Norrell—. Le imploro que no desperdicie el tiempo en otros medios, sino que se aplique sin cesar a la lectura. ¡Todo sacrificio de tiempo o diversión será poco!

Strange lo miró con cierta ironía y comentó:

—Desgraciadamente, la falta de libros ha sido siempre un gran obstáculo. Supongo que no imagina usted, caballero, cuán pocos volúmenes de magia quedan en circulación en Inglaterra. Todos los libreros coinciden en decir que años atrás había muchos, pero ahora...

—¿De veras? —atajó Norrell de forma apresurada—. Pues sí que es extraño, desde luego.

El silencio que siguió fue especialmente tenso. Allí estaban los dos únicos magos ingleses de la era moderna. Uno confesaba que no tenía libros y el otro era el dueño reconocido de dos grandes bibliotecas. La cortesía más elemental exigía que el señor Norrell hiciese alguna oferta de ayuda, por nimia que fuese, pero no dijo nada.

—Debió de ser curiosa la circunstancia que lo indujo a hacerse mago —dijo al fin Lascelles.

—En efecto —afirmó Strange—. De lo más curiosa.

—¿No va usted a revelarnos cuál fue?

Strange sonrió con malicia.

—Estoy seguro de que al señor Norrell le alegrará saber que él fue la causa de que yo me hiciera mago. En realidad, puede decirse que él me convirtió en mago.

—¿Yo? —repuso Norrell, horrorizado.

—La verdad es que lo había probado todo —explicó rápidamente Arabella Strange—: agricultura, poesía, fundición de hierro... En el plazo de un año se dedicó a diversas ocupaciones, sin adoptar ninguna de ellas. Antes o después tenía que llegar a la magia.

Otro silencio, y Strange dijo:

—No sabía que lord Portishead escribiera por encargo suyo, caballero. Me gustaría que tuviese usted la amabilidad de explicarme una cosa. He leído todos los ensayos que ha publicado en *Amigos de la Magia Inglesa* y *El Mago Moderno*, pero no he visto en ellos ni una sola mención al Rey Cuervo. Es tan sorprendente la omisión que empiezo a pensar si no será deliberada.

Norrell asintió.

—Una de mis aspiraciones es conseguir que ese hombre sea olvidado por completo. Es lo que se merece.

—¡Pero sin el Rey Cuervo no habría magia ni magos, caballero!

—Esa es la opinión más extendida, desde luego. Pero, aunque fuera cierta, cosa que ni por asomo admitiría, hace tiempo que ha perdido todo derecho a nuestra estima. Porque ¿cuáles fueron sus primeros actos cuando llegó a Inglaterra? ¡Hacer la guerra contra el legítimo rey y robarle la mitad de su reino! Y usted y yo, señor Strange, ¿debemos proclamar que hemos elegido por modelo a semejante personaje? ¿Que lo consideramos el primero entre nosotros? ¿Hará eso que nuestra profesión sea respetada? ¿Inducirá a los ministros del rey a depositar en nosotros su confianza? ¡No lo creo! No, señor Strange; si no podemos borrar su nombre de la memoria popular, nuestro deber, suyo y mío, es proclamar el odio que nos merece. ¡Denunciar su corrupta naturaleza y sus malas acciones!

Resultaba evidente la disparidad de criterio y de talante que existía entre uno y otro mago, por lo que Arabella Strange pareció pensar que no había razón para que ambos permanecieran más tiempo en la misma habitación, irritándose mutuamente, así que ella y su marido se despidieron poco después.

Drawlight, como era de esperar, fue el primero en pronunciarse sobre el nuevo mago.

—¡Vaya! —dijo, antes de que se cerrara la puerta detrás de Strange—. ¡No sé qué pensará usted, pero yo nunca me había sentido más asombrado! Varias personas me habían dicho que era un hombre bien parecido. ¿Cómo lo habrían mirado? Con esa nariz y ese pelo... Porque el caoba enseguida, encanece. Estoy seguro de haber visto ya algo de gris. Y no tendrá más de... ¿cuántos años? ¿Treinta? ¿Quizá treinta y dos? Ella, por el contrario, es deliciosa. ¡Qué expresividad! ¡Y esos rizos castaños tan exquisitamente peinados! No obstante, es una lástima que no se haya preocupado de informarse sobre las modas de Londres. Ese vestido de muselina rameada era muy bonito, no lo niego, pero me habría gustado verla con algo que tuviera más estilo, por ejemplo, seda verde musgo con ribetes y abalorios negros. Es sólo una primera idea, desde luego. Quizá cuando vuelva a verla se me ocurra algo completamente distinto.

—¿Creen que la gente sentirá curiosidad por él? —preguntó Norrell.

—Oh, por supuesto —respondió Lascelles.

—Ah, pues eso me da miedo. Me gustaría oír su opinión, señor Lascelles. Temo que lord Mulgrave envíe a buscar al señor Strange. El afán de lord Mulgrave por utilizar la magia en la guerra, aunque es algo excelente, desde luego, ha tenido el desafortunado efecto de inducirlo a leer toda clase de libros sobre la historia de la magia y formarse opiniones sobre lo que encuentra en ellos. Ha ideado el plan de conjurar a brujas para que me ayuden a derrotar a los franceses; sin duda piensa en esas mujeres medio hadas y medio humanas a las que las personas maliciosas

invocaban cuando querían causar daño al prójimo, en suma, la clase de brujas que Shakespeare describe en *Macbeth*. Me pidió tres o cuatro y se incomodó cuando me negué. La magia moderna puede hacer muchas cosas, pero conjurar brujas podría acarrear grandes desastres para todos. Y ahora temo que llame al señor Strange. ¿No le parece que podría hacerlo, señor Lascelles? Y el señor Strange, inconsciente del peligro, podría intentarlo. Quizá haya que escribir a sir Walter para pedirle que tenga a bien prevenir a lord Mulgrave con algún comentario casual.

—La verdad, no creo que sea necesario. Si usted piensa que la magia del señor Strange no es segura, no tardará en correr la noticia.

Aquella noche, en una casa de Great Titchfield Street, se ofrecía una cena en honor del señor Norrell, a la que también asistían Drawlight y Lascelles. No hubo que esperar mucho antes de que uno de los comensales invitara a Norrell a emitir su opinión respecto al mago de Shropshire.

—El señor Strange me parece un caballero muy agradable y un mago muy hábil que puede aportar muchas cosas a nuestra profesión, un tanto debilitada últimamente.

—Al parecer, el señor Strange tiene unos conceptos bastante peculiares acerca de la magia —dijo Lascelles—. No se ha molestado en informarse de las ideas modernas sobre la cuestión, y me refiero, naturalmente, a las del señor Norrell, que tanto han asombrado al mundo por su claridad y concisión.

Drawlight insistió en su opinión de que el rojizo cabello del señor Strange encanecería pronto y que el vestido de la señora Strange, aunque no de última moda, era de una muselina muy bonita.

Aproximadamente a la misma hora en que teñía lugar esa conversación, otro grupo de personas (entre ellas el señor y la señora Strange) se sentaban a cenar en un comedor más modesto de una casa de Charterhouse Square. Por supuesto, los amigos de los Strange estaban deseosos de conocer su opinión acerca del gran señor Norrell.

—Dice que confía en que la gente se olvide pronto del Rey Cuervo —explicó Strange con asombro—. ¿Qué les parece? ¡Un mago que espera que el Rey Cuervo sea olvidado! Es como si se descubriera que el arzobispo de Canterbury está trabajando secretamente para suprimir todos los conocimientos acerca de la Trinidad.

—O como un músico que quisiera enterrar la música de Haendel —dijo una dama con turbante que comía alcachofas con almendras.

—O como un pescadero que quisiera convencer a la gente de que no existe el mar —dijo un caballero sirviéndose un hermoso salmonete con salsa de vino.

Otras personas propusieron parecidos símiles de insensatez, y todos se reían, menos Strange, que miraba su plato con el entrecejo fruncido.

—Creía que pensabas pedirle al señor Norrell que te ayudara —dijo Arabella.

—¿Cómo iba a pedirle tal cosa si desde que empezamos a hablar no hicimos más que disentir en todo? No le gusto. Ni él a mí.

—¡Que no le gustas! Bueno, quizá no. Pero mientras estábamos allí él no miraba a nadie más. Era como si te devorase con los ojos. Me parece que se siente solo. Tantos años estudiando y no ha encontrado a nadie a quien confiar sus impresiones. Desde luego, no será a esos dos hombres tan desagradables... he olvidado sus nombres. Pero ahora que te ha visto... y que sabe que contigo puede hablar... ¡Bien!, me sorprendería mucho que no volviera a invitarte.

En Great Titchfield Street, Norrell dejó el tenedor y se limpió los labios con la servilleta.

—Claro que debe aplicarse mucho —dijo—. Yo le he instado a que se aplicara.

En Charterhouse Square, Strange decía:

—Me ha dicho que me aplicara. ¿A qué?, le pregunté. A la lectura. En mi vida me había sentido más asombrado. Estuve a punto de preguntarle qué quería que leyera, si todos los libros los tiene él.

Al día siguiente, le dijo a Arabella que podían regresar a Shropshire cuando ella quisiera; no creía que algo pudiese retenerlos en Londres. También dijo que había decidido no volver a pensar en el señor Norrell. No puede decirse que consiguiera cumplir su propósito, ya que en días sucesivos Arabella tuvo que oír en varias ocasiones de labios de su marido una larga lista de los defectos del señor Norrell, tanto profesionales como personales.

Entretanto, en Hanover Square, Norrell preguntaba continuamente a Drawlight qué hacía el señor Strange, a quién visitaba y qué pensaba de él la gente.

Lascelles y Drawlight se sentían un poco alarmados por la situación. Hacía más de un año que ejercían no poco influjo sobre el mago y, en calidad de amigos suyos, eran halagados por almirantes, generales, políticos y cualquiera que deseara conocer la opinión de Norrell sobre esto o influir para que hiciera aquello. Era muy desagradable pensar que otro mago se uniera ahora a Norrell con un vínculo más fuerte que el que ellos pudieran soñar siquiera con forjar, y que asumiese la tarea de aconsejarlo. Drawlight le dijo a Lascelles que debían tratar de evitar que Norrell pensara en el mago de Shropshire, y, aunque el carácter escéptico de Lascelles no le permitía mostrarse de acuerdo con alguien inmediatamente, no cabe duda de que en eso coincidía con su interlocutor.

Pero tres o cuatro días después de la visita de Strange, Norrell dijo:

—Lo he pensado bien y creo que habría que hacer algo por el señor Strange. Se quejó de falta de material. Bien, me doy cuenta de que en eso puede... En suma, que he decidido regalarle un libro.

—¡Pero señor mío! —exclamó Drawlight—. ¡Sus preciosos libros! No debe regalarlos a nadie... y menos a otros magos que pueden no utilizarlos tan sabiamente como usted.

—Oh, no me refiero a uno de mis ejemplares. No creo que pudiera prescindir ni

de uno solo. No; le he comprado un tomo en Edwards y Skittering. Reconozco que la elección ha sido difícil. Hay muchos libros que, para serles franco, no me atrevería a recomendar al señor Strange; todavía no está preparado. Extraería de ellos ideas erróneas. Éste tiene defectos. —Miraba el volumen dubitativamente—. Me temo que muchos defectos. El señor Strange no aprenderá de él magia alguna. Pero tiene mucho que decir acerca de la investigación diligente y de los peligros de confiar a la ligera las propias ideas al papel, lecciones de las que espero se beneficie.

Así pues, el señor Norrell volvió a invitar a Strange a Hanover Square y, al igual que la vez anterior, Drawlight y Lascelles estaban presentes, pero Strange acudió solo.

Esta segunda entrevista tuvo lugar en la biblioteca. Strange contemplaba las grandes cantidades de libros que los rodeaban, pero no aludió a ellos ni con una sola palabra. Quizá ya había superado el enfado. Parecía haber por ambas partes el propósito de hablar y conducirse con mayor cordialidad.

—Es un gran honor el que me dispensa, caballero —dijo cuando Norrell le entregó el presente—. *La magia inglesa*, de Jeremy Tott. —Pasó unas páginas—. No conozco a este autor.

—Es una biografía de su hermano, Horace Tott, teórico e historiador de la magia².

Le habló de las lecciones sobre la investigación diligente y sobre los peligros de escribir a la ligera, que Strange debía aprender. Este sonrió cortésmente, inclinó la cabeza y dijo que estaba seguro de que todo ello sería muy interesante.

Drawlight admiró el regalo.

Norrell miraba a Strange con una expresión extraña, como si pensara que le sería grato mantener con él una pequeña conversación y no supiera cómo empezar. Lascelles le recordó que lord Mulgrave, del Almirantazgo, llegaría antes de una hora.

—Tiene usted obligaciones que atender —dijo Strange—. No quiero importunarlo. Y yo he de ir a Bond Street para un encargo de mi esposa que no debo descuidar.

—Quizá un día tengamos el honor de presenciar un acto de magia realizado por usted, señor Strange —dijo Drawlight—. A mí me encanta presenciar actos de magia.

—Quizá.

Lascelles tiró de la campanilla para llamar al criado. Entonces Norrell dijo de pronto:

—Me gustaría ver un acto de magia del señor Strange ahora, si tiene a bien honrarnos con una demostración.

—Oh. Es que yo no...

—Sería para mí un gran honor —insistió el anfitrión.

—Bien. Tendré mucho gusto en mostrarle algo. Quizá le parezca un poco extraño, comparado con las cosas a las que está acostumbrado. Dudo mucho poder

equipararme a usted en elegancia de ejecución.

Norrell hizo una pequeña reverencia.

Strange miró en derredor dos o tres veces, en busca de un posible objeto. Su mirada tropezó con un espejo colgado en un rincón de la habitación al que nunca llegaba la luz. Puso *La magia inglesa* de Jeremy Tott en la mesa de la biblioteca, de manera que su reflejo en el espejo quedara bien visible. Lo miró unos momentos sin pestañear. No sucedió nada. Luego hizo un curioso ademán: se pasó las manos por el pelo, las juntó en la nuca y tensó los hombros, como el que trata de desentumecerse. Entonces sonrió con expresión de sentirse muy satisfecho de sí mismo.

Lo cual era muy extraño, ya que el libro parecía estar igual que antes.

Lascalles y Drawlight, habituados como estaban a ver —u oír relatar— los maravillosos hechizos realizados por Norrell, apenas se inmutaron: aquello era aún menos de lo que hacía un hechicero de feria. Lascalles abrió la boca, sin duda para soltar un comentario cáustico, pero Norrell se le adelantó, exclamando con admiración:

—¡Extraordinario! Realmente... ¡Mi querido señor Strange, esto es inaudito! No lo menciona ni Sutton-Grove. Se lo aseguro, no aparece en SuttonGrove.

Lascalles y Drawlight miraban de un mago al otro, desconcertados.

Lascalles se acercó a la mesa y contempló fijamente el libro.

—Quizá ahora es un poco más largo.

—A mí no me lo parece —opinó Drawlight.

—Ahora la piel es de color castaño —dijo Lascalles—. ¿No era azul antes?

—No —respondió Drawlight—, siempre ha sido castaño.

Norrell se echó a reír. Norrell, que casi nunca sonreía siquiera, se reía de ellos.

—¡No, no, caballeros! ¡No lo adivinan! ¡Ni por asomo! Señor Strange, no puedo decirle lo mucho que... Es que no se han dado cuenta de lo que ha hecho usted. ¡Levante usted el libro! ¡Levántelo, señor Lascalles!

Más sorprendido que nunca, Lascalles alargó la mano para agarrar el libro, pero su mano se cerró en el aire. El libro estaba allí sólo en imagen.

—Ha hecho que el libro y su reflejo intercambiaran su lugar —explicó Norrell—. Ahora el verdadero está ahí, en el espejo. —Y se acercó a escudriñarlo con vivo interés profesional—. Pero ¿cómo lo ha hecho?

—Ah, ¿cómo? —murmuró Strange, que iba por la habitación mirando el reflejo del libro en la mesa desde distintos ángulos, guiñando ora un ojo, ora el otro, como un jugador de billar.

—¿Puede hacer que vuelva? —preguntó Drawlight.

—Por desgracia, no. A decir verdad —agregó al fin—, no tengo sino una muy vaga idea de lo que he hecho. Imagino que algo parecido le ocurrirá a usted, señor Norrell. Es una sensación como de una música que te suena dentro de la cabeza... uno

sólo sabe cuál será la nota siguiente.

—Extraordinario —repitió Norrell.

Pero quizá lo más extraordinario era que Norrell, que siempre había vivido con el temor de encontrarse con un rival, ahora que al fin había presenciado un acto de magia realizado por otro, en lugar de sentirse anonadado, estaba eufórico.

Aquella tarde, ambos magos se despidieron con gran cordialidad y a la mañana siguiente volvieron a reunirse, sin que ni Lascelles ni Drawlight se enterasen. Al término de la entrevista, Norrell se ofreció a tomar a Strange como discípulo y éste aceptó el ofrecimiento.

—Lástima que ese hombre esté casado —dijo Norrell, irritado—. Los magos no deberían casarse.

25. La educación de un mago (Septiembre – diciembre de 1809)

LA primera mañana de su aprendizaje, Strange fue invitado a un desayuno temprano en Hanover Square. Cuando los dos magos se sentaban a la mesa, el señor Norrell dijo:

—Me he tomado la libertad de trazarle un programa de estudios para los tres o cuatro próximos años.

Strange pareció sobresaltarse al oír hablar de tres o cuatro años, pero no dijo nada.

—Es tan poco tiempo que no creo que podamos conseguir gran cosa, por mucho empeño que yo ponga en ello —prosiguió Norrell con un suspiro.

Le entregó una docena de hojas cubiertas de su pequeña y pulcra caligrafía, con una larga lista, dispuesta en tres columnas, de las distintas clases de magia¹.

Strange miró la lista y admitió que lo que tenía que aprender era más de lo que había imaginado.

—Ah, cómo lo envidio —dijo Norrell—. Realmente, lo envidio. La práctica de la magia está plagada de frustraciones y decepciones, pero su estudio es un deleite constante. Todos los grandes magos de Inglaterra son tus compañeros y tus guías. La constancia en el trabajo es recompensada con un aumento de conocimientos y, aún mejor, ¡si no quieres, no tienes ni que mirar a la cara a tus semejantes en todo un mes!

Por un momento pareció extasiarse con la contemplación de tan feliz estado, pero enseguida reaccionó y propuso no demorar más tiempo el placer de iniciar la educación de Strange e ir a la biblioteca inmediatamente.

La biblioteca, en el primer piso, era una bella habitación que reflejaba los gustos de su dueño, el cual acudía a ella para su solaz y recreo. Drawlight lo había convencido de que siguiera la moda de colocar pequeños espejos en los rincones, en distintos ángulos. Ello hacía que cuando menos lo esperabas, te sorprendiera un rayo de luz plateada o el reflejo de alguien que pasaba por la calle. Las paredes estaban empapeladas en verde pálido, con dibujo de hojas de roble y nudosas ramitas, y en el techo ligeramente abovedado se había pintado el dosel de una diáfana fronda primaveral. Todos los libros estaban encuadernados en piel de becerro natural, con el título estampado en el lomo en mayúsculas de plata. Entre tanta elegancia y armonía, chocaba un poco ver tantos huecos entre los libros y estantes completamente vacíos.

Ambos magos se sentaron uno a cada lado de la chimenea.

—Si me permite —dijo Strange—, para empezar, me gustaría hacerle unas preguntas. Confieso que lo que el otro día le oí decir a propósito de los duendes y demás seres sobrenaturales me dejó perplejo, y si no fuera mucho pedir, le rogaría

que me hablara de esa cuestión. ¿A qué peligros se expone un mago al utilizarlos? ¿Y qué opinión le merece su utilidad?

—Su utilidad se ha exagerado mucho y el peligro se ha minimizado.

—Entonces ¿cree que los duendes son demonios, como piensan algunos?

—Al contrario, estoy seguro de que la opinión general que se tiene de ellos es la acertada. ¿Conoce los escritos de Chaston al respecto? No me sorprendería que Chaston se hubiera acercado mucho a la verdad². No; mi objeción a los duendes responde a otro concepto. Dígame, ¿por qué cree que la magia inglesa depende, o parece depender, en tan gran medida de la ayuda de los seres sobrenaturales?

Strange reflexionó un momento.

—Seguramente porque toda la magia inglesa arranca del Rey Cuervo, que fue educado en una corte feérica, donde aprendió su magia.

—Estoy de acuerdo en que el Rey Cuervo es la causa, pero no en el sentido que usted supone. Tenga en cuenta, señor Strange, que, mientras gobernaba Inglaterra del Norte, el Rey Cuervo también regía un país de duendes. Tenga en cuenta que nunca hubo otro monarca que reinara sobre dos razas tan distintas. Tenga en cuenta que era tan gran rey como mago, circunstancia que casi todos los historiadores tienden a pasar por alto. No me cabe duda de que su mayor preocupación era unir a sus dos pueblos y que, a fin de realizar esta tarea, exageraba deliberadamente el papel que hadas y duendes desempeñaban en la magia. Con ello fomentaba entre sus súbditos humanos la estima hacia las criaturas sobrenaturales, proporcionaba a éstas una ocupación útil y hacía que cada pueblo deseara la compañía del otro.

—Sí —dijo Strange, pensativo—. Comprendo.

—Yo creo que hasta los más grandes aureates se equivocaban al calcular la medida en que hadas y duendes son necesarios en la magia de los humanos —prosiguió Norrell—. ¡Fíjese en Pale! Consideraba a sus criados duendes esenciales para la práctica de su arte, y llegó a escribir que sus mayores tesoros eran los tres o cuatro espíritus que habitaban en su casa. No obstante, yo soy el ejemplo de que casi todas las clases de magia respetables son perfectamente posibles sin ayuda de nadie. ¿He hecho yo algo que precisara la ayuda de un duende?

—Lo comprendo —dijo Strange, imaginando que la pregunta de Norrell era retórica—. Y confieso que esa idea es nueva para mí. No la he visto en ningún libro.

—Yo tampoco. Desde luego, hay clases de magia totalmente imposibles sin los duendes. Habrá ocasiones, y confío de corazón en que sean pocas, en que usted y yo tendremos que tratar con criaturas perniciosas. Por supuesto, será necesario obrar con la mayor precaución. Es casi seguro que cualquier duende que invoquemos ya habrá tratado con magos ingleses y estará ansioso por recitar los nombres de todos los grandes magos a los que ha servido y los servicios que ha prestado a cada uno de ellos. Entenderá las fórmulas y los procedimientos de esas relaciones mucho mejor

que nosotros. Eso nos sitúa (nos situará) en desventaja. Puede estar seguro, señor Strange, de que en ningún sitio se conoce la decadencia de la magia inglesa mejor que en las *Otras Tierras*.

—No obstante, esas criaturas ejercen gran fascinación en el común de las gentes —observó Strange, meditabundo—. Quizá si de vez en cuando emplease usted a alguna en su trabajo, eso ayudara a hacer nuestro arte más popular. Existen todavía muchos prejuicios contra el uso de la magia en la guerra.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó Norrell airadamente—. ¡La gente cree que sin hadas ni duendes no puede haber magia! Para nada se toma en consideración la habilidad y la ciencia del mago. No, señor Strange; con ese argumento no me convencerá para que me sirva de duendes. ¡Antes al contrario! Hace cien años, el historiógrafo de la magia Valentine Munday negó que existieran las *Otras Tierras*. Pensaba que todos los que decían haber estado allí eran unos embusteros. En eso se equivocaba, pero yo siento viva simpatía por su actitud, y me gustaría contribuir a extenderla. Por otra parte —agregó, pensativo—, a continuación Munday negó la existencia de América, luego la de Francia, etcétera. Tengo entendido que a su muerte hacía tiempo que había dado Escocia por perdida y empezaba a alimentar dudas respecto a Carlisle... Aquí tengo su libro³. —Se levantó y lo sacó del estante; pero no se lo dio enseguida.

Tras un momento de silencio, Strange preguntó:

—¿Me aconseja que lo lea?

—Sí, desde luego; creo que debe leerlo.

Strange esperaba, pero Norrell seguía mirando el libro que tenía en la mano como si no supiera qué hacer con él.

—En tal caso, debería dárme lo —dijo Strange con suavidad.

—Sí, desde luego.

Se acercó con cautela, y sostuvo el volumen con los brazos extendidos unos instantes antes de echarlo bruscamente en la mano de Strange con un movimiento extraño, como si no fuera un libro sino un pajarito que no quisiera separarse de él y al que hubiera que soltar por sorpresa. Absorto en la maniobra, no miraba a Strange, y fue una suerte, porque éste hacía grandes esfuerzos por no reírse.

Norrell se quedó unos instantes mirando tristemente su libro en las manos de otro mago.

Pero una vez se hubo desprendido de un ejemplar, pareció que la parte más dolorosa de la prueba estaba superada. Media hora después, recomendaba a Strange otro libro, y fue en su busca casi con naturalidad. A mediodía ya le señalaba tomos de los estantes y dejaba que los sacara él. Al término de la jornada le había prestado gran número de libros, diciéndole que esperaba que los hubiese leído antes de una semana.

Un día entero de conversación y estudio era un lujo que no podían permitirse a

menudo: generalmente, debían dedicar una parte del día a atender a las visitas del señor Norrell, ya fueran de las elegantes, cuyo trato aún creía indispensable cultivar, ya de miembros de los distintos departamentos del gobierno.

Al cabo de dos semanas, el entusiasmo de Norrell por su nuevo discípulo no tenía límites.

—Con una vez que se le explique una cosa, la entiende inmediatamente

—le dijo a sir Walter—. Recuerdo bien que me costó semanas de esfuerzo llegar a comprender las conjeturas sobre la predicción de cosas venideras de Pale, y el señor Strange ya dominaba esta difícilísima teoría al cabo de poco más de cuatro horas.

—No me cabe duda —sonrió sir Walter—. No obstante, me parece que no da usted a sus propios logros todo el mérito que merecen. El señor Strange tiene la ventaja de disponer de un maestro que le explica lo más difícil, mientras que usted no lo tuvo. Usted le ha allanado el camino.

—¡Ah! —exclamó Norrell—. Pero cuando el señor Strange y yo nos pusimos a comentar las conjeturas, descubrí que tenían una aplicación mucho más amplia de lo que suponía. Porque sus preguntas, ¿comprende?, me descubrieron otra perspectiva de las ideas del doctor Pale.

—Celebro que haya encontrado usted a un amigo con el que pueda compenetrarse. Nada hay que sea más reconfortante.

—¡Coincido con usted sir Walter! ¡Completamente!

La admiración que sentía Strange por Norrell era más moderada. Su pesadez y sus rarezas no dejaban de atacarle los nervios, y mientras Norrell hacía a sir Walter grandes elogios de Strange, éste se quejaba de Norrell a Arabella.

—A estas alturas, aún no sé qué pensar de él. Es, al mismo tiempo, el hombre más extraordinario de la época y el más irritante. Esta mañana ha interrumpido dos veces la conversación porque le parecía que había un ratón en la biblioteca. Siente una gran aversión hacia los ratones. Dos lacayos, dos doncellas y yo hemos tenido que mover todos los muebles buscando el animalito, mientras él permanecía junto a la chimenea paralizado de miedo.

—¿No tiene gato? —preguntó Arabella—. Pues debería tener uno.

—¡Oh, imposible! Odia a los gatos aún más que a los ratones. Me ha dicho que si tiene la desgracia de entrar en una habitación en la que haya un gato, antes de una hora se le llena el cuerpo de granos.

Norrell deseaba sinceramente instruir bien a su discípulo, pero no era fácil desechar los hábitos de secretismo y disimulo cultivados durante toda una vida. Un día de diciembre en que la nieve caía de un cielo gris verdoso en copos grandes y esponjosos, los dos magos estaban en la biblioteca. El movimiento lento y oscilante de la nieve en las ventanas, el calor del fuego y los efectos de una gran copa de jerez que imprudentemente había aceptado de Norrell se combinaban para amodorrar a

Strange, que, con la cabeza apoyada en la mano, casi cerraba los ojos.

Norrell hablaba.

—Ha habido magos que han tratado de encerrar poderes mágicos en un objeto físico —dijo, haciendo una cúpula con los dedos—. No es una operación difícil y el objeto puede ser cualquier cosa que el mago elija. Árboles, joyas, libros, balas y sombreros han sido utilizados para ese fin en uno u otro momento. —Se miró la yema de los dedos frunciendo el entrecejo—. Depositando una parte de su poder en el objeto de su elección, el mago trata de prevenir la pérdida de facultades que, de forma inevitable, acarrearán la enfermedad y la vejez. Yo mismo, más de una vez, he sentido la tentación de hacerlo, ya que un fuerte resfriado o un dolor de garganta pueden afectar seriamente mis dotes. No obstante, después de pensarlo bien, he decidido que tal división de poderes es perniciosa. Examinemos el caso de los anillos. Desde hace tiempo se los considera muy aptos para esa clase de magia, a causa de su pequeño tamaño. Un hombre puede lucir un anillo en el dedo durante años sin provocar el menor comentario, lo que no ocurriría si mostrara igual predilección por un libro o un guijarro... No obstante, apenas encontraríamos en toda la historia a un solo mago que, después de verter una parte de su arte y su poder en un anillo mágico, no lo haya extraviado y haya sufrido mil vicisitudes para recuperarlo. Ahí tenemos, por ejemplo, al maestro de Nottingham, del siglo doce, cuya hija confundió su anillo mágico con una baratija y se lo puso para ir a la feria de San Mateo. Aquella joven atolondrada...

—¿Qué? —exclamó de pronto Strange.

—¿Qué? —repitió Norrell, sobresaltado.

Strange lo miraba inquisitivamente y él le sostuvo la mirada un poco intimidado.

—Le ruego me perdone, pero no sé si lo he entendido bien. ¿Habla de poderes mágicos introducidos en anillos, piedras, amuletos y otros objetos por el estilo?

Norrell asintió con cautela.

—Pero creí, que había dicho... Bien —rectificó, tratando de suavizar el tono—, hace unas semanas me pareció que decía que los anillos y las piedras mágicas eran una fábula.

Norrell observó a su discípulo, alarmado.

—¿Quizá estoy equivocado?

Norrell no dijo nada.

—Estoy equivocado —concluyó Strange—. Le ruego me perdone por haberlo interrumpido. Continúe, por favor.

Pero el maestro, aunque parecía aliviado por la conclusión sacada por su alumno, no estaba en disposición de continuar, y propuso tomar una taza de té, a lo que Strange asintió de buen grado⁴.

Aquella noche, Strange le contó a Arabella todo lo que Norrell había dicho y todo lo que él le había respondido.

—¡Ha sido de lo más extraño! Estaba tan azorado porque lo hubiese pillado en falta que no sabía qué decir. He tenido que ser yo el que le pusiera en la boca nuevas mentiras. El que conspirara con él contra mí mismo.

—No lo entiendo —dijo Arabella—. ¿Por qué había de contradecirse de ese modo?

—Oh, está empeñado en guardarse para sí ciertas cosas, eso es evidente..., y supongo que no siempre puede acordarse de qué ha de permanecer en secreto y qué no. ¿Recuerdas que te dije que había huecos en las estanterías de la biblioteca? Bien, parece ser que el mismo día en que me aceptó en calidad de discípulo, mandó vaciar cinco estantes y enviar los libros a Yorkshire, porque habría sido peligroso que yo pudiera leerlos.

—¡Santo cielo! ¿Cómo te has enterado?

—Drawlight y Lascelles me lo han dicho. Con gran regodeo.

—¡Bellacos de mala fe!

Norrell se llevó un disgusto al enterarse de que el aprendizaje de Strange debía quedar interrumpido durante uno o dos días, mientras él y Arabella buscaban casa.

—Lo malo es la esposa —le dijo a Drawlight con un suspiro—. Si fuera soltero, no creo que hubiese tenido inconveniente en venir a vivir conmigo.

Drawlight se alarmó de que a Norrell se le hubiera ocurrido semejante idea y, para prevenir toda posible reincidencia, tomó la precaución de decir:

—¡Oh, pero, señor mío! ¡Piense en su trabajo para el Almirantazgo y el Ministerio de la Guerra, tan importante y confidencial! La presencia de otra persona en la casa sería un grave inconveniente.

—¡Es que el señor Strange va a ayudarme en eso! —repuso Norrell—. Yo no debo privar al país de su talento. El pasado jueves, el señor Strange me acompañó al Almirantazgo a visitar a lord Mulgrave. Creo que al principio lord Mulgrave se disgustó al ver que lo llevaba conmigo...

—¡Porque milord está acostumbrado a la superior calidad de su magia! Imagino que pensará que un simple amateur, por mucho talento que pueda poseer, no debe intervenir en los asuntos del Almirantazgo.

—... pero cuando milord oyó las ideas de Strange para derrotar a los franceses por la magia, me miró con una amplia sonrisa y dijo: «Señor Norrell, usted y yo empezábamos a anquilosamos. Nos hacía falta sangre nueva para cobrar brío, ¿eh?»

—¿Lord Mulgrave dijo eso? ¡Y a usted! ¡Qué abominable grosería! Supongo que le lanzaría usted una de sus miradas fulminantes.

—¿Qué? —Norrell, absorto en su propio relato, no prestaba atención a lo que pudiera decir Drawlight—. Ah, le dije... dije: «Estoy totalmente de acuerdo, milord. Pero espere a oír todo lo que tiene que decir el señor Strange. ¡No ha oído ni la mitad!»

Y no era el Almirantazgo únicamente: también el Ministerio de la Guerra y demás estamentos del gobierno tenían razones para celebrar el advenimiento de Jonathan Strange. De la noche a la mañana, muchas cosas que antes eran difíciles parecían ahora fáciles. Hacía tiempo que los ministros de su majestad tenían depositadas grandes esperanzas en un plan para enviar pesadillas a los enemigos de Gran Bretaña. El ministro de Asuntos Exteriores lo había propuesto ya en enero de 1808, y durante más de un año Norrell se había aplicado con diligencia a mandar a Napoleón Buonaparte una pesadilla cada noche, de resultas de lo cual no había ocurrido absolutamente nada. El imperio de Buonaparte no se había hundido y el propio emperador había marchado a la batalla tan sereno como siempre. Por lo tanto, al fin se pidió a Norrell que desistiera. Sir Walter y el señor Canning convinieron en privado en que el plan había fracasado porque el mago no poseía talento para crear horrores. Canning se lamentó de que las pesadillas que el señor Norrell había enviado al emperador (la mayor parte relacionadas con un capitán de dragones que se escondía en su armario) eran de una ingenuidad que no hubiese asustado ni a la institutriz de sus hijos, y no digamos al conquistador de media Europa. Durante algún tiempo trató de convencer a los otros ministros de que encargaran al señor Beckford, al señor Lewis y a la señora Radcliffe la creación de sueños de vívido horror para que Norrell los introdujera en la cabeza de Buonaparte. Pero los otros ministros consideraban que una cosa era utilizar a un mago y otra muy distinta recurrir a novelistas, y no estaban dispuestos a rebajarse tanto.

Con la llegada de Strange se recuperó el plan. Strange y Canning sospechaban que el malvado emperador francés era inmune a ataques tan insustanciales como los sueños, por lo que decidieron centrar su atención en el zar Alejandro de Rusia, su aliado. Tenían la ventaja de contar con numerosos amigos en la corte de Alejandro, nobles rusos que habían ganado mucho dinero vendiendo madera a Gran Bretaña y estaban deseosos de volver a negociar con los ingleses, y con la colaboración de una dama escocesa, valerosa e inteligente, casada con el ayuda de cámara de Alejandro.

Enterado de que Alejandro era hombre muy impresionable e inclinado al misticismo, Strange decidió enviarle un sueño lleno de portentos y símbolos siniestros. Durante siete noches consecutivas, Alejandro soñó que se sentaba a gozar de una espléndida cena en compañía de Napoleón Buonaparte, en la que les servían una excelente sopa de venado. Pero, nada más probarla, el emperador se levantaba bruscamente gritando: «*J'ai une faim qui ne saurait se satisfaire de potage*»⁵, y entonces se convertía en una loba que devoraba, primero, al gato de Alejandro, después, al perro y el caballo y, a continuación, a su bonita amante turca. Y mientras la loba se dedicaba a devorar a los amigos y parientes de Alejandro, el vientre se le abría y salían gato, perro, caballo, amante turca, amigos, parientes y demás, terriblemente desfigurados. Y la loba seguía comiendo y creciendo, hasta que se hacía

tan grande como el Kremlin y entonces se giraba agitando unas tetas enormes, con las fauces ensangrentadas, decidida a devorar todo Moscú.

—No puede haber nada deshonroso en mandarle un sueño que lo ayude a comprender que hace muy mal al confiar en Buonaparte, porque al fin Buonaparte lo traicionará —le explicó Strange a Arabella—. Lo mismo podría decirle con una carta. Comete un gran error y Buonaparte lo traicionará; nada puede haber más seguro.

La dama escocesa no tardó en informar de que el zar estaba muy alterado por aquellos sueños y, al igual que el rey Nabucodonosor de la Biblia, había mandado llamar a astrólogos y adivinos para que los interpretaran... y ellos así lo hicieron enseguida.

Strange envió más pesadillas al zar.

—Siguiendo su consejo —le dijo a Canning—, las he hecho más oscuras y difíciles de interpretar, para que sus hechiceros tengan algo en qué ocuparse.

La infatigable Janet Archibaldovna Barsukova muy pronto pudo dar la satisfactoria noticia de que Alejandro descuidaba los asuntos del gobierno y la guerra y se pasaba el día cavilando sobre sus sueños y consultando astrólogos y hechiceros, y que cada vez que recibía una carta del emperador Napoleón Buonaparte, palidecía y se estremecía visiblemente.

26. Esfera, corona y cetro (Septiembre de 1809)

TODAS las noches sin falta, lady Pole y Stephen Black eran llamados por la campana triste a bailar en los sombríos salones de *Desesperanza*. Por belleza y elegancia de la concurrencia, aquéllos eran sin duda los bailes más espléndidos que viera Stephen, pero el rico atavío y la prestancia de las parejas ofrecían un curioso contraste con la mansión en sí, que mostraba numerosas señales de pobreza y abandono. La música era siempre la misma, media docena de tonadas, rasgueadas por un solo violín y sopladadas por una sola gaita. Las grasientas velas de sebo —Stephen, con su ojo de mayordomo, no podía evitar observar que eran muy pocas para un salón tan grande— proyectaban extrañas sombras, que giraban en las paredes al tiempo que los danzantes ejecutaban los distintos pasos de baile.

En otras ocasiones, lady Pole y Stephen tomaban parte en largas procesiones en las que se portaban estandartes por corredores mal iluminados y polvorientos (ya que el caballero del pelo plateado era muy entusiasta de esas ceremonias). Algunos de aquellos estandartes eran deteriorados fragmentos de abigarrado bordado, y otros representaban las victorias del caballero sobre sus enemigos y estaban hechos con la piel curtida de aquellos enemigos, cuyos labios, ojos, cabello y ropa habían sido cosidos en la amarilla piel por las mujeres de la familia del caballero. Éste no se cansaba de tales placeres y parecía convencido de que Stephen y lady Pole se deleitaban con ellos tanto como él.

Pese a su carácter veleidoso, el caballero se mantenía constante en su admiración por milady y en su afecto por Stephen Black, y a éste se lo demostraba con espléndidos regalos y extraordinarios favores. Algunos regalos se los hacía, como la primera vez, a la señora Brandy en nombre de Stephen, y otros se los enviaba a él directamente porque, como solía decirle alegremente:

—Tu malvado enemigo no se enterará. —Se refería a sir Walter—. Lo he cegado con mi magia de forma astuta y nunca verá algo extraño en ello. ¡Podrías ser nombrado mañana mismo arzobispo de Canterbury y él no se sorprendería! Ni nadie. —Pareció tener una idea—. ¿Te gustaría ser mañana arzobispo de Canterbury, Stephen?

—No, señor. Muchas gracias.

—¿Estás seguro? No habría ninguna dificultad, y si sientes inclinación por la Iglesia...

—No, señor. Se lo aseguro, señor.

—Como de costumbre, tu buen gusto te honra. La mitra es terriblemente incómoda y no sienta nada bien.

El pobre Stephen vivía agobiado por los milagros. Cada dos o tres días ocurría

algo que lo beneficiaba. A veces el valor real de lo que recibía era insignificante — unos cuantos chelines—, pero el medio por el que llegaba a él era siempre extraordinario. Por ejemplo, un día recibió la visita del capataz de una granja que insistía en que hacía años lo había conocido en una pelea de gallos celebrada cerca de Richmond, en el North Riding de Yorkshire, y que Stephen había apostado con él a que un día el príncipe de Gales haría algo que llevaría la deshonra al país. Puesto que eso había ocurrido ya (el hombre citaba como hecho vergonzoso el que el príncipe hubiera abandonado a su esposa), había ido a Londres en diligencia para entregarle a Stephen veintisiete chelines y seis peniques, que, según decía, era la suma apostada. Fue inútil que Stephen asegurase que él nunca había estado en una pelea de gallos ni en Richmond, Yorkshire; el capataz no dejó de insistir hasta que aceptó el dinero.

Unos días después de la visita del capataz, apareció un gran perro gris frente a la casa de Harley Street. El pobre animal, empapado por la lluvia y salpicado de barro, mostraba señales de haber recorrido una larga distancia. Lo más extraño era que llevaba un documento entre los dientes. Robert y Geoffrey, los lacayos, y John Longridge, el cocinero, trataron de ahuyentarlo gritando y arrojándole piedras y botellas, pero el perro soportó estoicamente el maltrato sin inmutarse hasta que Stephen Black salió a la lluvia y le quitó el pliego de la boca. Entonces el perro se alejó con un aire de plácida satisfacción, como felicitándose por haber llevado a buen puerto una misión difícil. El documento resultó el mapa de un pueblo de Derbyshire y mostraba, entre otras cosas sorprendentes, una puerta secreta en una ladera.

Otro día, Stephen recibió una carta del alcalde y los regidores de Bath en la que se decía que, dos meses antes, el marqués de Wellesley había visitado Bath y durante su estancia no había hecho más que hablar de Stephen Black y de su gran honradez, inteligencia y lealtad a su amo. El alcalde y los regidores de Bath quedaron tan impresionados por los elogios de milord, que inmediatamente ordenaron que se estampara una medalla para ensalzar la vida y las virtudes de Stephen. Cuando se hubieron hecho quinientas medallas, dispusieron que fueran distribuidas entre las más relevantes familias de Bath, y así se hizo, en medio del júbilo popular. Le enviaban a Stephen una de las medallas y le rogaban que cuando fuera a Bath, se lo comunicase, a fin de que pudieran organizar una magnífica cena en su honor.

Ninguno de esos milagros contribuía a levantar el ánimo del pobre Stephen. No tenían otro efecto que el de hacer más patente todavía el tenebroso carácter de su vida actual. Le constaba que el capataz, el perro, el alcalde y los regidores actuaban de forma contraria a su naturaleza: los capataces amaban el dinero y no lo soltaban sin una buena razón; los perros no perseveraban pacientemente durante semanas en extrañas misiones; y alcaldes y regidores no sentían súbito interés por criados negros a los que nunca habían visto. No obstante, ninguno de sus amigos veía nada extraordinario en el rumbo que tomaba su vida. Estaba harto de oro y plata, y el

cuartito que ocupaba en el último piso de la casa de Harley Street estaba repleto de tesoros que él no deseaba.

Ya hacía casi dos años que se hallaba bajo el encantamiento del caballero. Muchas veces le había suplicado que lo liberase —o si no a él, por lo menos a lady Pole—, pero hacía oídos sordos. Así pues, Stephen decidió aventurarse a revelar a alguien lo que él y lady Pole padecían. Estaba deseoso de descubrir si existían precedentes de su caso. No abrigaba grandes esperanzas de encontrar a alguien que pudiera ayudarlos a liberarse. La primera persona con la que habló fue Robert, el lacayo. Empezó por advertirle que iba a oír una desgracia personal secreta, y Robert adoptó la expresión de interés y solemnidad que hacía al caso. Pero, al empezar a hablar, Stephen descubrió con asombro que estaba pronunciando algo muy distinto, una disertación seria y técnica sobre el cultivo y la recolección de guisantes y alubias, tema del que no sabía nada en absoluto. Aún peor, parte de la información era de lo más peregrino y habría dejado boquiabierto a cualquier horticultor. Expuso las distintas propiedades de las judías plantadas o recolectadas con luna o sin luna, en mayo o en la noche del solsticio de verano, y cómo se alteraban estas propiedades según se plantaran o recolectaran con desplantador o con cuchillo de plata.

La segunda persona a la que Stephen trató de describir su desgracia fue Longridge. Esa vez se encontró haciendo un minucioso relato de las actividades de Julio César en Britania. Era una exposición mucho más clara y detallada de la que habría podido hacer cualquier historiador que hubiera dedicado veinte años a estudiar la materia. Y, una vez más, mucha de la información no se encontraba en libro alguno¹.

Stephen hizo otros dos intentos para comunicar su horrible situación. A la señora Brandy le expuso una curiosa defensa de Judas Iscariote, según la cual los últimos actos de Iscariote le fueron dictados por dos hombres, John Copperhead y John Brassfoot, a los que él creía ángeles; y a Toby Smith, el dependiente de la señora Brandy, le dio la lista de todas las personas de Irlanda, Escocia, Gales e Inglaterra que habían sido raptadas por los duendes durante los doscientos últimos años. No había oído hablar ni de una sola de ellas.

Stephen tuvo que reconocer que, por más que lo intentara, nunca podría hablar de su encantamiento.

Quien más sufría a causa de sus extraños silencios y su melancolía era, sin duda alguna, la señora Brandy. Ella no se daba cuenta de que Stephen había cambiado con todo el mundo; sólo veía que había cambiado con ella. Un día de primeros de septiembre, Stephen fue a visitarla. No se veían desde hacía semanas, lo que había entristecido de tal manera a la señora Brandy que escribió una carta a Robert Austin, y éste fue en busca de Stephen y lo reprendió por su descuido. Pero una vez Stephen entró en la salita situada encima de la tienda de St. James Street, nadie hubiera podido

criticar a la señora Brandy por desear que él se marchara cuanto antes. Permaneció sentado con la cabeza apoyada en la mano, suspiraba profundamente y no decía nada. Ella le ofreció vino de Constantia, mermelada, bollos y toda clase de exquisiteces, que él fue rechazando. No quería nada, y ella se sentó al otro lado de la chimenea y reanudó su labor: un gorro de dormir que estaba bordando para él, sin ilusión.

—Quizá está cansado de Londres y de mí y desea volver a África —insinuó.

—No —respondió Stephen.

—Supongo que África es un lugar encantador —dijo la señora Brandy, que parecía decidida a castigarse a sí misma por el procedimiento de enviar a Stephen a África lo antes posible—. Es lo que siempre he oído decir. Naranjas y piñas por todas partes, y caña de azúcar, y árboles de chocolate. —Después de estar catorce años trabajando en el negocio de ultramarinos, se había dibujado un mapa del mundo con ayuda de sus mercaderías. Rió tristemente—. No creo que yo prosperase mucho en África. ¿Qué falta hace una tienda cuando la gente no tiene más que alargar la mano para arrancar la fruta del árbol? Ah, sí, enseguida estaría en la ruina. —Cortó el hilo con los dientes—. Y no es que no estuviera encantada de irme mañana mismo. — Furiosa, metió el hilo por el inocente ojo de la aguja—. Si alguien me lo pidiese.

—¿Iría a África por mí? —preguntó Stephen, sorprendido.

Ella levantó la mirada.

—Por usted iría a cualquier sitio. Creía que ya lo sabía.

Se miraron con tristeza.

Stephen dijo que debía regresar a Harley Street para atender sus obligaciones.

En la calle, el cielo se oscureció y empezó a llover. La gente abrió los paraguas. Mientras subía por St. James, Stephen vio una imagen extraña: un barco negro que navegaba en dirección a él por el aire gris y lluvioso, sobre las cabezas de la gente. Era una fragata de unos dos pies de alto, con las velas sucias y rotas y la pintura descascarillada. Subía y bajaba imitando los movimientos de los barcos en el mar. Se estremeció al verlo. Entre la multitud apareció un mendigo, un negro con la piel tan oscura y reluciente como la suya. Llevaba el barco atado al sombrero. El hombre subía y bajaba la cabeza mientras caminaba, para que el barco pudiera navegar. Se movía muy despacio y con precaución, para mantener su enorme sombrero en equilibrio. El efecto era el de un hombre que bailara con asombrosa lentitud. Aquel mendigo se llamaba Johnson. Era un pobre marinero inválido al que se le había negado la pensión. Como no tenía otro medio de subsistencia, se ganaba la vida cantando y pidiendo limosna, era conocido en toda la ciudad por su extraño sombrero. Johnson alargó la mano a Stephen, pero éste volvió la cara. Procuraba no hablar con negros de baja condición. Temía que la gente supusiera que tenía alguna relación con ellos.

Oyó que alguien gritaba su nombre y dio un respingo como si lo hubieran

escaldado, pero era sólo Toby Smith, el dependiente de la señora Brandy.

—¡Oh, señor Black! —gritó Toby corriendo hacia él—. ¡Estaba aquí! Acostumbra andar tan aprisa que pensé que ya estaría en Harley Street. La señora Brandy le envía un saludo y dice que se ha dejado esto al lado de la silla.

Le tendió una diadema de plata, una delicada banda de metal de la medida exacta de la cabeza de Stephen. No tenía más adorno que unos extraños signos y letras grabados.

—¡Pero si no es mía!

—¡Oh! —exclamó Toby, confuso, y entonces pareció tomarlo a broma—. ¡Vamos, señor Black, como si no se la hubiera visto en la cabeza más de cien veces! —Se rió, hizo una ligera inclinación y volvió corriendo a la tienda, dejando a Stephen con la diadema en la mano.

Cruzó Piccadilly y entró en Bond Street. Al poco, oyó unos gritos y vio correr calle abajo a una figura diminuta. Por su estatura, parecía no tener más de cuatro o cinco años, pero la cara, blanca como el papel y de facciones afiladas, era de un niño bastante mayor. Lo seguían a distancia dos o tres hombres que gritaban:

—¡Al ladrón! ¡Deténganlo!

Black le salió al paso, pero si bien el ladronzuelo no pudo rehuir a Stephen (que era ágil), éste tampoco pudo retener al rapaz (que era escurridizo). Llevaba un objeto alargado envuelto en una tela roja, que puso en manos del mayordomo antes de lanzarse hacia un grupo de personas que estaban en la puerta de la joyería Hemming's, de la que acababan de salir, por lo que nada sabían de la persecución y no se apartaron. Imposible adivinar hacia dónde había escapado.

Stephen tenía el envoltorio en la mano. La tela, un suave terciopelo antiguo, resbaló y dejó al descubierto una larga vara de plata.

El primero de los perseguidores en llegar fue un caballero moreno y bien parecido, vestido con un sobrio pero elegante traje negro.

—Lo ha tenido por un momento —le dijo a Stephen.

—Siento no haber podido retenerlo hasta que usted llegara. Pero, como ve, tengo lo que le ha robado. —Le tendió la vara de plata y el terciopelo rojo, pero el hombre no los tomaba.

—¡Ha sido culpa de mi madre! —dijo enfadado—. No sé cómo ha podido ser tan descuidada. Le he dicho mil veces que si deja abierta la ventana de la sala, cualquier día le entrará un ladrón. ¿No se lo he dicho mil veces, Edward? ¿No se lo he dicho, John? —Se dirigía a sus criados, que habían llegado corriendo detrás de su señor. No tenían aliento para hablar, pero le aseguraron a Stephen con vehementes movimientos de la cabeza que, efectivamente, se lo había dicho—. ¡Todo el mundo sabe que guardo muchos tesoros en mi casa, pero ella sigue abriendo la ventana, a pesar de mis súplicas! Ahora llora, sí, la pérdida de este tesoro que hace siglos pertenece a la

familia. Y es que mi madre está muy orgullosa de nuestra familia y de todas sus posesiones. Este cetro, por ejemplo, es prueba de que descendemos de los antiguos reyes de Wessex, ya que perteneció a Edgar, a Alfredo o alguno de ellos.

—Pues tómelo, señor —lo instó Stephen—. Su madre sentirá un gran alivio al recuperarlo.

El caballero alargaba la mano cuando, bruscamente, la retiró.

—¡No! —gritó—. ¡No lo tomaré! ¡A fe mía que no! Si volviera a confiar este tesoro a la custodia de mi madre, ella no comprendería las funestas consecuencias de su negligencia. ¡No recordaría que debe mantener la ventana cerrada! ¿Y quién sabe lo que podría perder yo entonces? Mañana podría regresar a casa y encontrarla vacía. No, señor; debe usted quedarse con el cetro. Es la recompensa por el favor que me ha hecho al tratar de apresar al ladrón.

Los criados asentían como si comprendieran lo sensato del argumento, y en ese momento llegó un carruaje y el caballero y los lacayos se fueron en él.

Stephen estaba ahora bajo la lluvia con una diadema en una mano y un cetro en la otra. Ante él estaban las tiendas de Bond Street, las más elegantes de todo el reino. En sus escaparates se exhibían sedas y terciopelos, tocados de perlas y plumas de pavo real, brillantes y rubíes, toda clase de joyas y adornos de oro y plata.

«Muy bien —pensó—; sin, duda, con lo que hay en esas tiendas, él podrá ofrecermelos más ricos tesoros mágicos. Pero esta vez seré más listo que él. Tomaré otro camino para ir a casa.»

Torció por una callejuela, atravesó un patio, cruzó una verja, bajó por un pasaje y salió a una estrecha calle de casas modestas, desierta y extrañamente silenciosa. No se oía nada más que la lluvia repicando en los adoquines. La lluvia había oscurecido las fachadas, que parecían casi negras. Los ocupantes de las casas debían de ser ahorrativos, porque ni uno había encendido lámpara o vela alguna, a pesar de lo oscuro que estaba el día. No obstante, el pesado nubarrón no cubría el cielo por completo; en el horizonte brillaba una luz lechosa y la lluvia que caía del oscuro cielo a la oscura tierra relucía como la plata.

De pronto, un objeto brillante salió rodando de un oscuro callejón, brincó sobre los adoquines mojados y se detuvo a los pies de Stephen.

Él lo miró y exhaló un profundo suspiro al ver que era, como esperaba, una pequeña esfera de plata. Era vieja y estaba muy deteriorada. En la parte superior, donde debía haber una cruz que indicara que todo el mundo pertenecía a Dios, había una pequeña mano abierta. Le faltaba un dedo. Ese símbolo —la mano abierta— lo conocía bien Stephen. Era uno de los que utilizaba el caballero del pelo plateado. La noche anterior, Stephen había tomado parte en una procesión portando un estandarte con ese emblema por oscuros patios barridos por el viento y avenidas de robles inmensos en cuyas invisibles ramas murmuraba el viento.

Se oyó abrirse una ventana. Una mujer asomó la cabeza por una del último piso de la casa. Llevaba rizadores de papel en el pelo.

—¡Vamos, recógela! —gritó mirando a Stephen, furiosa.

—¡Es que no es mía!

—¡Dice que no es suya! —Eso pareció enfurecerla aún más—. ¡Será que no he visto cómo se te caía del bolsillo y rodaba por el suelo! ¡Y será que no me llamo Mariah Tompkins! ¡Y será que no trabajo día y noche para tener la calle bien limpia y ordenada, y tú tienes que venir a tirar aquí la basura!

Stephen, con un profundo suspiro, recogió la esfera. Descubrió que, a pesar de lo que Mariah Tompkins pudiera decir o creer, si se la guardaba en el bolsillo, éste se rompería, por lo mucho que pesaba. Así pues, se vio obligado a caminar bajo la lluvia con el cetro en una mano y la esfera en la otra. Se puso la diadema en la cabeza, que le pareció el lugar más apropiado, y así engalanado se dirigió a casa.

Al llegar, bajó a la zona del servicio y abrió la puerta de la cocina. Pero no se encontró en la cocina, como esperaba, sino en una habitación que nunca había visto. Estornudó tres veces.

Le bastó un momento para comprender, con alivio, que no estaba en *Desesperanza*. Era una estancia corriente, la que uno podría hallar en una casa acomodada de Londres. Pero estaba muy desordenada. Sus ocupantes, que al parecer acababan de mudarse, estaban abriendo paquetes. Había en la habitación todos los objetos propios de una salita privada o estudio: mesas de cartas, escritorios, mesas de lectura, utensilios para la chimenea, sillones de distinto grado de confort y utilidad, espejos, tazas de té, barras de lacre, candelabros, cuadros, libros (en gran número), tarros de arena, tinteros, plumas, papeles, relojes, ovillos de cordel, reposapiés y pantallas. Pero todo revuelto y amontonado en nueva e insólita combinación. Diseminados por la sala había fardos y cajas de madera y de cartón, unas llenas, otras semivacías y otras casi intactas. La paja de los embalajes estaba esparcida por el suelo y los muebles, y todo lo había llenado de un polvo que hizo estornudar a Stephen dos veces más. Había paja hasta en la chimenea, por lo que existía el peligro de que la habitación empezara a arder de un momento a otro.

En la estancia había dos personas: un hombre al que Stephen nunca había visto y el caballero del pelo de plata. El hombre al que nunca había visto estaba sentado a una mesita delante de la ventana. Era de suponer que debía estar desembalando sus cosas y ordenando la habitación, pero había abandonado la tarea y estaba leyendo un libro. De vez en cuando interrumpía la lectura, consultaba dos o tres tomos que tenía en la mesa, musitaba unas palabras, muy alterado, o hacía una anotación en una libretita salpicada de manchas de tinta.

Entretanto, el caballero del pelo plateado, sentado en un sillón al otro lado de la chimenea, lo miraba con tanta malevolencia y furor que Stephen temió por la vida del

desconocido. Ahora bien, desde el momento en que el caballero descubrió a Stephen, se tornó todo gozo y afabilidad.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó—. ¡Qué noble resultas con tus atributos reales!

Casualmente había un gran espejo frente a la puerta. Por primera vez, Stephen se vio con la corona, el cetro y la esfera. Parecía un rey. Se giró hacia el hombre sentado a la mesa, para observar su reacción ante la imagen de un negro coronado.

—¡Oh, no te preocupes por él! —dijo el caballero de pelo plateado—. No puede vernos ni oírnos. No tiene más talento que el otro. ¡Mira! —Hizo una bola, de papel y la arrojó con fuerza a la cabeza del hombre, que ni parpadeó.

—¿Qué otro, señor? —preguntó Stephen—. ¿A quién se refiere?

—Este es el mago más joven. El que ha llegado a Londres hace poco.

—¿De verdad? He oído hablar de él, desde luego. Sir Walter lo tiene en muy alta estima. Pero confieso que he olvidado cómo se llama.

—Oh, ¿a quién le importa su nombre? Lo que importa es que es tan estúpido como el otro, y casi tan feo.

—¿Qué? —dijo el mago de pronto. Levantó la mirada del libro y la paseó por la habitación con suspicacia—. ¡Jeremy! —llamó con voz potente.

Un criado asomó la cabeza por la puerta, sin molestarse en entrar.

—¿Señor?

Stephen abrió los ojos con gesto de sorpresa ante semejante desidia; eso no lo hubiera tolerado él en Harley Street. Miró al hombre con frialdad para darle a entender lo que pensaba de él, hasta que recordó que el otro no podía verlo.

—Es un escándalo cómo están construidas estas casas de Londres —dijo el mago—. Oigo lo que dicen en la vivienda de al lado.

Eso era lo bastante interesante como para inducir al tal Jeremy a entrar en la habitación. Se paró y aguzó el oído.

—¿Son todas las paredes tan delgadas? —prosiguió el mago—. ¿Crees que pueda haber algún defecto?

Jeremy dio unos golpes en la pared medianera, que respondió con un sonido tan sordo y apagado como el de cualquier pared del reino, robusta y bien construida. Sin sacar conclusión alguna de ello, dijo:

—No oigo nada, señor. ¿Qué decían?

—Creo que un hombre llamaba a otro estúpido y feo.

—¿Está seguro, señor? Aquí al lado viven dos señoras ancianas.

—¡Ja! Eso no demuestra nada. La edad no es una garantía en estos tiempos.

Tras esta observación, el mago pareció cansarse de la charla y reanudó la lectura.

Jeremy esperó un momento, y al ver que su amo parecía haberse olvidado de él, se fue.

—Aún no le he dado las gracias por estos maravillosos regalos, señor —le dijo

Stephen al caballero.

—¡Ah, Stephen! Me alegro de haberte complacido. Te confesaré que la diadema es tu propio sombrero transformado por la magia. Hubiera preferido darte una corona auténtica, pero no he podido encontrar ninguna con tan poco tiempo. Supongo que te sentirás decepcionado. Aunque, ahora que lo pienso, el rey de Inglaterra tiene varias coronas y pocas veces se las pone. Levantó una mano y señaló hacia arriba con dos dedos blancos y muy largos.

—¡Oh! —exclamó Stephen al comprender de pronto lo que iba a hacer—. Si piensa realizar un conjuro para traer aquí al rey de Inglaterra con una de sus coronas, como imagino, puesto que es usted todo amabilidad, le ruego que no se moleste, señor. Como usted ya sabe, yo no necesito ninguna en este momento, y el rey de Inglaterra es un caballero muy anciano... ¿No sería mejor dejar que se quedara en casa?

—Está bien —dijo bajando las manos.

Por falta de mejor ocupación, volvió a despotricar contra el nuevo mago. No había en él nada que le gustara. Se burló del libro que leía, criticó la hechura de sus botas y hasta le irritaba su estatura (a pesar de que era la misma que la suya, como se vio cuando, casualmente, ambos se levantaron al mismo tiempo).

Stephen deseaba volver a sus ocupaciones, pero temía que si los dejaba solos, el caballero empezara a arrojar al mago cosas más contundentes que una bola de papel.

—¿Quiere que vayamos juntos hasta Harley Street, señor? —propuso—. Así podrá explicarme cómo sus nobles acciones moldearon y dieron gloria a Londres. Es un relato tan interesante que no me canso de oírlo.

—¡Será un placer, Stephen! ¡Un verdadero placer!

—¿Está lejos, señor?

—¿El qué?

—Harley Street, señor. No sé dónde nos encontramos.

—Estamos en Soho Square, y no, no está lejos en absoluto.

Cuando llegaron a la casa de Harley Street, el caballero se despidió de Stephen afectuosamente, instándolo a no entristecerse por la despedida y recordándole que volverían a verse aquella misma noche en Desesperanza.

—... donde se celebrará una deliciosa ceremonia en el campanario de la Torre Oriental. Conmemoramos un hecho acaecido... hum, hará unos quinientos años, cuando con gran astucia me apoderé de los hijitos de mi enemigo y los lanzamos desde lo alto del campanario. ¡Esta noche recrearemos aquel gran triunfo! Vestiremos unos muñecos de paja con la ropa ensangrentada de aquellos niños, los arrojaremos al adoquinado y luego cantaremos y bailaremos para celebrar su destrucción.

—¿Y celebran esa ceremonia todos los años, señor? Estoy seguro de que si la hubiera presenciado, la recordaría. Es muy... impresionante.

—Me alegro de que te lo parezca. La celebro cada vez que me acuerdo. Desde luego, fue mucho más impresionante cuando la hicimos con niños de verdad.

27. La esposa del mago (Diciembre de 1809 – enero de 1810)

AHORA había en Londres dos magos a los que admirar y agasajar, y dudo que a alguien pueda sorprenderle que, de los dos, Londres prefiriera al señor Strange. Este respondía a la idea general de lo que debe ser un mago. Era alto, tenía simpatía, una sonrisa irónica y, a diferencia del señor Norrell, hablaba mucho de magia y no tenía inconveniente en responder a cualquier pregunta sobre el tema. El señor y la señora Strange asistían a muchas reuniones y cenas, durante las cuales él solía complacer a los asistentes con una muestra de alguna de las artes mágicas menores. El acto más popular de los que realizaba era el de hacer que apareciesen visiones en la superficie del agua¹. Al contrario que Norrell, no utilizaba una fuente de plata, el recipiente tradicional para la contemplación de las visiones. Decía Strange que, en realidad, era tan poco lo que podía verse en una fuente que casi no merecía la pena obrar el hechizo. Él prefería esperar a que los criados se llevaran los platos y recogiesen el mantel, y entonces derramaba una copa de agua o de vino en la mesa y conjuraba visiones sobre la líquida superficie. Afortunadamente, los anfitriones se sentían tan contentos del prodigio que casi nunca se lamentaban de las manchas y otros desperfectos registrados en mesas y alfombras.

El señor y la señora Strange, por su parte, se hallaban instalados en Londres a plena satisfacción. Habían alquilado una casa en Soho Square y Arabella estaba ocupada en las agradables tareas que comporta acondicionar un nuevo hogar: encargar elegantes muebles a los ebanistas, solicitar la ayuda de sus amistades para encontrar criados estables e ir de tiendas todos los días.

Una mañana de mediados de diciembre, Arabella recibió un mensaje de uno de los empleados de la tapicería Haig y Chippendale (hombre de lo más atento), en el que le comunicaba que acababan de recibir una seda color bronce con listas de satén y muaré que le parecía ideal para las cortinas del salón de la señora Strange. Eso exigía una pequeña reorganización del programa de Arabella para aquel día.

—Por la descripción que hace el señor Sumner, parece muy elegante —le dijo a su marido durante el desayuno—, y estoy segura de que me gustará mucho. Pero si elijo seda de color bronce para las cortinas, creo que tendré que renunciar al terciopelo granate para el diván. Me parece que bronce y granate no casan. Así que iré a Flint y Clark a mirar otra vez el terciopelo, para convencerme de que puedo renunciar a él. Después iré a Haig y Chippendale. Pero eso significa que no tendré tiempo para visitar a tu tía, y debería ir, ya que sale para Edimburgo esta mañana. Quiero darle las gracias por habernos proporcionado a Mary.

—¿Hum? —dijo Strange, que comía bollos calientes con mermelada mientras leía

Observaciones curiosas sobre la anatomía de las criaturas sobrenaturales, de Holgarth y Pickle².

—Mary. La nueva doncella. Anoche la viste.

—Ah —repuso volviendo la hoja.

—Parece una muchacha agradable y discreta. Estoy segura de que estaremos muy contentos con ella. Como te decía, Jonathan, te agradecería que esta mañana fueras a visitar a tu tía. Después del desayuno, podrías acercarte a Henrietta Street y darle las gracias por enviarnos a Mary. Después podrías ir a Haig y Chippendale y esperarme allí. Ah, deberías pasar por Wedgwood y Byerley a preguntar cuándo tendrán la vajilla. No te costará nada. Te pillará de camino. —Lo miró con desconfianza—. Jonathan, ¿me escuchas?

—¿Hum? —Levantó la vista—. Oh, claro.

Así pues, Arabella, acompañada por un lacayo, fue andando a Wigmore Street, donde Flint y Clark tenían su establecimiento. Pero tras una segunda inspección del terciopelo granate, decidió que, aunque muy elegante, resultaba demasiado serio. Así pues, toda expectación, se dirigió a St. Martin's Lane para ver la seda color bronce. Al llegar a Haig y Chippendale, encontró esperándola al dependiente, pero no a su marido. El hombre le dijo, en tono de disculpa, que el señor Strange no había estado allí en toda la mañana.

Ella salió a la calle.

—¿Ves al señor, George? —le preguntó al lacayo.

—No, señora.

Empezaba a caer una lluvia gris. Una especie de inspiración la movió a mirar a través del escaparate de una librería. Allí vio a Strange hablando animadamente con sir Walter Pole. Así que Arabella entró, dio los buenos días a sir Walter y le preguntó con dulzura a su marido si había visitado a su tía o pasado por Wedgwood y Byerley.

Strange pareció un tanto desconcertado por la pregunta. Bajó la mirada y descubrió que tenía en la mano un libro grande. Lo miró juntando las cejas, como si fuera incapaz de adivinar cómo el libro había llegado allí.

—Así lo habría hecho, desde luego, amor mío. Es sólo que sir Walter y yo estamos hablando desde hace rato y aún no he podido.

—Ha sido culpa mía —se apresuró a asegurar sir Walter—. Tenemos un problema con el bloqueo. Se trata de lo habitual, y estaba explicándoselo al señor Strange, con la esperanza de que él y el señor Norrell pudieran ayudarnos.

—¿Y podréis ayudar? —preguntó Arabella.

—Me parece que sí —dijo Strange.

Sir Walter explicó que el gobierno había recibido la información de que varios barcos franceses —quizá hasta diez— habían burlado el bloqueo británico. Nadie sabía adónde habían ido ni lo que iban a hacer. El gobierno ignoraba también dónde

se encontraba el almirante Armingcroft, que debía impedir que sucediera tal cosa. El almirante, con su flota de diez fragatas y dos buques de línea, había desaparecido. Quizá había ido en persecución de los franceses. En Madeira se encontraba destinado un capitán joven y prometedor, y si el Almirantazgo podía averiguar qué ocurría en aquel momento y dónde, le daría al capitán Lightwood cuatro o cinco barcos más y lo enviaría allí. Lord Mulgrave había preguntado al almirante Greenwax qué creía que debían hacer, y el almirante había trasladado la cuestión a los ministros, los cuales habían dicho que el Almirantazgo debía consultar de inmediato a los señores Strange y Norrell.

—Pero no crea que el Almirantazgo está completamente indefenso sin el señor Strange —sonrió sir Walter—. Han hecho todo lo que podían. Enviaron a un escribiente, un tal señor Petrofax, a Greenwich, a ver a un amigo de la infancia del almirante Armingcroft, para preguntarle lo que él, que conocía bien al almirante, creía que éste haría en las actuales circunstancias. Pero cuando el señor Petrofax llegó a Greenwich, el amigo de la infancia del almirante se encontraba en la cama, borracho, y el señor Petrofax no estaba seguro de que hubiera entendido la pregunta.

—Supongo que Norrell y yo podremos sugerir algo —dijo Strange, con gesto pensativo—, pero preferiría ver el problema sobre el mapa.

—En mi casa tengo todos los mapas y documentos necesarios. Uno de los criados los llevará hoy mismo a Hanover Square y, si tiene usted la bondad de hablar con Norrell...

—¡Oh, pero eso puede hacerse ahora mismo! A Arabella no le importará esperar unos momentos. ¿Verdad que no? —le dijo a su esposa—. He de ver al señor Norrell a las dos, y creo que si consigo explicarle el problema inmediatamente, el Almirantazgo podrá tener la respuesta antes de cenar.

Arabella, mujer dulce y complaciente y buena esposa, dejó de lado por el momento todos sus planes para las cortinas nuevas y aseguró a ambos caballeros que, por semejante causa, no tenía el menor inconveniente en esperar. Se acordó que acompañarían a sir Walter a su casa de Harley Street.

Strange sacó el reloj y lo miró.

—Veinte minutos hasta Harley Street. Tres cuartos de hora para estudiar el problema. Luego, otros quince minutos hasta Soho Square. Sí; hay tiempo suficiente.

Arabella rió.

—No siempre es tan escrupuloso, se lo aseguro —le dijo a sir Walter—; pero es que el martes llegó tarde a una cita con lord Liverpool y el señor Norrell no se mostró muy complacido.

—No fue culpa mía. Iba a salir de casa con tiempo, pero no encontraba los guantes.

El festivo comentario de Arabella sobre su falta de puntualidad lo había

mortificado, y camino de Harley Street miraba su reloj como si esperase descubrir algo sobre el discurrir del tiempo, algo que le había pasado inadvertido hasta entonces y que lo rehabilitaría. Cuando llegaban, creyó haberlo hallado.

—¡Ah! —exclamó de pronto—. Ya sé lo que es. ¡Mi reloj no anda bien!

—No lo creo —dijo sir Walter sacando el suyo y enseñándoselo—. Marca las doce del mediodía. Lo mismo que el mío.

—Entonces ¿por qué no oigo campanas? ¿Tú oyes campanas? —le preguntó a Arabella.

—No. No oigo nada.

Sir Walter se ruborizó levemente y musitó que las campanas de su parroquia y de las parroquias de los alrededores ya no se tocaban.

—¿En serio? —dijo Strange—. ¿Y por qué no?

Por su expresión, parecía que sir Walter le habría agradecido que guardara para sí su curiosidad, y dijo únicamente:

—La enfermedad de lady Pole ha quebrantado sus nervios. El tañido de una campana la angustia, por lo que pedí a las juntas parroquiales de Santa María y San Pedro que, por consideración para con los nervios de milady, se abstuvieran de tocar las campanas, y ellos, muy amablemente, accedieron.

Eso era bastante insólito, pero, por otra parte, todos convenían en que la enfermedad de lady Pole era también de lo más insólito, con unos síntomas realmente singulares. Ni el señor ni la señora Strange la habían visto. Nadie la veía desde hacía dos años.

Cuando llegaron al número 9 de Harley Street, Strange deseaba ver los documentos de sir Walter de inmediato, pero tuvo que contener su impaciencia mientras su anfitrión se aseguraba de que a Arabella no le faltara distracción durante su ausencia. Sir Walter era un hombre muy atento al que desagradaba vivamente dejar sola a una visita, y mucho más a una dama. Strange, por su parte, estaba ansioso por no llegar tarde a su cita con Norrell, por lo que, mientras sir Walter iba proponiendo diversiones, él trataba de convencerlo de que Arabella no las necesitaba.

Sir Walter le mostró a Arabella las novelas de la librería y le recomendó *Belinda*, de la señora Edgeworth, asegurando que la divertiría.

—Oh —interrumpió Strange—. Yo le leí *Belinda* a Arabella hará dos o tres años. Además, no creo que tardemos tanto como para que tenga tiempo de terminar una novela en tres tomos.

—Entonces, ¿quizá una taza de té con pastel de alcaravea...?

—A Arabella no le gusta el pastel de alcaravea —cortó Strange, abriendo distraídamente el primer tomo de *Belinda*—. Lo detesta.

—Pues una copa de madeira, entonces. ¡Stephen...! Stephen, una copa de madeira para la señora Strange.

Con ese sigilo casi espectral que caracteriza a los criados londinenses expertos en el oficio, al lado de sir Walter surgió un hombre alto, de piel negra. Strange se sorprendió por su repentina aparición y lo miró fijamente unos instantes, antes de decirle a su esposa:

—¿Verdad que no quieres madeira? No quieres nada.

—No, Jonathan; no quiero nada —convino ella, riéndose de su extraña discusión—. Muchas gracias, sir Walter, pero estaré perfectamente aquí sentada, leyendo.

El criado negro hizo una reverencia y se fue tan silenciosamente como había llegado, y Strange y sir Walter se retiraron para hablar de la flota francesa y los barcos ingleses desaparecidos.

Pero al quedarse sola, Arabella descubrió que, después de todo, no le apetecía leer. Al mirar en derredor en busca de distracción, sus ojos se posaron en un cuadro de gran tamaño. Representaba un bosque, con las ruinas de un castillo en lo alto de una peña. Los árboles eran oscuros y las ruinas y la peña estaban doradas por un sol en el ocaso; en contraste, el cielo tenía un resplandor de nácar. Una gran parte del primer término estaba ocupada por un estanque plateado en el que parecía ahogarse una muchacha. Sobre ella se inclinaba otra figura —imposible determinar si era hombre, mujer, sátiro o fauno—, y, por más que Arabella estudiaba su actitud, no podía averiguar si su intención era salvar o ahogar a la muchacha. Cuando se cansó de contemplar la pintura, salió al pasillo a mirar los cuadros que allí había, pero como la mayoría eran acuarelas de vistas de Brighton y Chelmsford, le parecieron anodinos.

Se oía hablar a sir Walter y Strange en otra habitación.

—¡... de lo más extraordinario! En cualquier caso, a su manera es un tipo excelente —decía sir Walter.

—¡Ah, ya sé a quién se refiere! Un hermano suyo es el organista de la catedral de Bath. Tiene un gato blanco y negro que anda delante de él por las calles de Bath. Una vez en que yo estaba en Milsom Street...

Había una puerta abierta por la que Arabella pudo ver un elegante salón con gran número de cuadros que parecían más-espléndidos y luminosos que todos los que había visto hasta entonces. Entró.

Daba la impresión de que la habitación estaba llena de luz, a pesar de que el día seguía tan gris y desapacible como antes. «¿De dónde vendrá toda esta luz? —se preguntó—. Casi se diría que sale de los cuadros, pero eso es imposible.» Todas las imágenes eran de Venecia³, y las grandes extensiones de cielo y mar que contenían daban a la estancia un ambiente diáfano.

Cuando hubo contemplado las pinturas de una pared, Arabella dio media vuelta para ir hacia la de enfrente, y entonces advirtió —con viva mortificación— que no estaba sola. Una mujer joven, sentada frente a la chimenea en un sofá azul, la miraba

con cierta curiosidad. El sofá tenía un respaldo bastante alto y por eso Arabella no la había visto antes.

—¡Oh, le ruego que me perdone!

La mujer no dijo nada.

La desconocida, era de una elegancia extraordinaria, con un cutis pálido y perfecto y el cabello oscuro, peinado de forma exquisita. Llevaba un vestido de muselina blanca y un chal de la India en marfil, plata y negro. Estaba muy bien vestida para ser una institutriz y muy cómodamente instalada para ser una señorita de compañía. Pero, si era una invitada, ¿por qué sir Walter no se la había presentado?

Arabella hizo una pequeña reverencia y, ruborizándose un poco, dijo:

—Creía que no había nadie. Le ruego me disculpe por mi intromisión. —Se giró para salir de la sala.

—¡Oh, no iré a marcharse, espero! —dijo la joven—. Casi nunca... Se puede decir que nunca veo a nadie. Además, usted quería contemplar los cuadros. No puede negarlo, la he visto por el espejo cuando ha entrado, y su intención estaba clara. — Sobre la chimenea colgaba un gran espejo veneciano. Tenía un marco muy trabajado, también de espejo, adornado con las flores y volutas de cristal más feas que quepa imaginar—. Espero que mi presencia no sea un obstáculo.

—No quisiera molestarla.

—Oh, no me molesta. —Señaló las pinturas con un ademán—. Continúe, por favor.

Así pues, pensando que negarse sería aún mayor descortesía, Arabella le dio las gracias y se puso a mirar los otros cuadros, pero con menos minuciosidad, porque sentía que la otra mujer no cesaba de observarla por el espejo.

Cuando hubo terminado, la joven la invitó a sentarse.

—¿Le gustan? —preguntó.

—Son muy bellos, sí. Me gustan sobre todo los de las procesiones y las fiestas; nosotros, en Inglaterra, no tenemos nada parecido. ¡Cuántas banderas ondeando al viento! ¡Y esas barcas doradas y esos preciosos trajes! Pero diría que al pintor le gustan más los edificios y los cielos azules que las personas. ¡Qué pequeñas e insignificantes las pinta! Entre tantos palacios y puentes de mármol casi dan la impresión de sentirse perdidas. ¿No cree?

Eso pareció divertir a la joven, que sonrió torciendo la boca.

—¿Perdidas? Oh, yo diría que perdidas están, las pobres. Porque, a fin de cuentas, Venecia no es más que un laberinto, un vasto y bello laberinto, desde luego, pero laberinto al fin, y únicamente los más viejos de sus habitantes saben por dónde van... o al menos eso tengo entendido.

—¿Sí? Pues debe de ser un inconveniente. Pero, por otra parte, quizá sea una sensación deliciosa la de sentirse perdida en un laberinto. ¡Oh, me parece que daría

casi cualquier cosa por ir a Venecia!

La otra la miró con una sonrisa extraña, melancólica.

—Si hubiera usted pasado meses, como los he pasado yo, desfilando fatigosamente por corredores oscuros e interminables, pensaría de otro modo. El placer de extraviarse en un dédalo acaba pronto. Y si son las ceremonias, procesiones y fiestas pintorescas... —Se encogió de hombros—. ¡Las odio con toda el alma!

Arabella no acababa de comprenderla, y pensó que tal vez la ayudara conocer su identidad, por lo que le preguntó cuál era su nombre.

—Soy lady Pole.

—¡Oh! ¡Por supuesto! —exclamó, preguntándose por qué no se le habría ocurrido antes.

Se presentó a su vez y dijo que su marido tenía asuntos que tratar con sir Walter y que ésa era la razón de su presencia en la casa.

De la biblioteca llegó entonces un súbito estallido de fuertes risas.

—Tendrían que estar hablando de la guerra —le explicó Arabella a milady—, pero o la guerra se ha vuelto últimamente mucho más divertida o, como imagino, han dejado atrás los asuntos oficiales y se han puesto a cotillear sobre las amistades. Hace media hora, mi esposo no podía pensar en algo que no fuera su próxima cita, pero supongo que sir Walter le habrá hecho hablar de otras cosas, y se ha olvidado de ella. —Sonrió para sí, como hacen las mujeres cuando fingen criticar al marido pero en realidad se sienten orgullosas de él—. Creo que es el ser más distraído del mundo. Debe de poner a prueba la paciencia del señor Norrell.

—¿El señor Norrell?

—Mi marido tiene el honor de ser su discípulo.

Esperaba que milady respondiera con un elogio de las extraordinarias dotes de mago del señor Norrell o con unas palabras de gratitud por su amabilidad. Pero lady Pole no dijo nada, y Arabella prosiguió, en tono animoso:

—Desde luego, hemos oído hablar mucho del maravilloso acto de magia que el señor Norrell realizó por usted.

—El señor Norrell nunca fue un amigo para mí —dijo lady Pole en tono tajante—. Preferiría estar muerta a como ahora estoy.

Eran palabras tan terribles que, durante unos instantes, Arabella no supo qué decir. Ella no tenía motivos para querer a Norrell. Él nunca le había mostrado deferencia alguna, sino que más de una vez había procurado hacerle comprender la poca consideración que le merecía; no obstante, aquél era el único colega profesional de su marido. Así pues, al igual que la esposa de un almirante siempre tomará partido por la Armada y la esposa de un obispo hablará en favor de la Iglesia, Arabella se sintió obligada a salir en defensa del otro mago.

—El dolor y el sufrimiento son malos compañeros y no dudo de que milady se

sienta fatigada. Nadie en el mundo podría censurarla por desear verse libre de ellos... —No obstante, mientras decía eso, pensaba: «Es curioso, pero no parece estar enferma. Ni por asomo»—. Pero si es verdad lo que me han dicho, no le falta consuelo en su sufrimiento. Confieso que nunca he oído pronunciar el nombre de milady más que seguido de un elogio hacia su abnegado esposo. Algo de gratitud sentirá usted hacia el señor Norrell, aunque sólo sea por sir Walter.

Lady Pole no respondió a eso, sino que empezó a interrogarla acerca de su marido. ¿Cuánto tiempo hacía que se dedicaba a la magia? ¿Desde cuándo era discípulo del señor Norrell? En general, ¿era eficaz su magia? ¿La practicaba independientemente o sólo bajo la dirección del señor Norrell?

Arabella iba respondiendo lo mejor que sabía y al fin agregó:

—Si milady desea que le pregunte algo a mi esposo de su parte, si en algo puede serle útil, no tiene más que decirlo.

—Gracias, pero lo que he de decirle es tanto en bien de su marido como en el mío propio. Creo que él debería saber que, por obra del señor Norrell, fui entregada a un destino horrible. Debería saber con qué clase de hombre está tratando. ¿Se lo dirá usted?

—Por supuesto. Yo...

—Prométamelo.

—Le diré al señor Strange todo lo que milady desee que le diga.

—Debo advertirle que muchas veces he intentado contarle a alguien mi desgracia y nunca lo he conseguido.

Cuando lady Pole dijo eso, ocurrió algo que Arabella no acabó de captar. Fue como si algo se hubiera movido en un cuadro o alguien hubiera pasado por detrás de un espejo, y una vez más le pareció que aquella habitación no era tal, que sus paredes no tenían consistencia, que era una especie de encrucijada en la que soplaban sobre lady Pole unos vientos extraños llegados de lugares remotos.

—En el año mil seiscientos siete —empezó lady Pole—, en Halifax, Yorkshire Occidental, un caballero llamado Redeshawe heredó de su tía diez libras. Con el dinero compró una alfombra turca, que llevó a su casa y extendió en el suelo de piedra del salón. Luego se puso a beber cerveza y se quedó dormido junto al fuego. A las dos de la madrugada, se despertó y vio que la alfombra estaba cubierta por trescientas o cuatrocientas personas, de dos a tres pulgadas de alto. El señor Redeshawe observó que los individuos que parecían más importantes, hombres y mujeres, iban magníficamente ataviados con armaduras de oro y plata y montaban en conejos blancos, que para ellos eran lo que para nosotros son los elefantes. Cuando él les preguntó qué estaban haciendo allí, un valiente se encaramó a su hombro y le gritó al oído que tenían intención de librar una batalla según las reglas de Honoré Bonet, y que su alfombra era ideal para su propósito, porque la regularidad del dibujo

permitía a los heraldos comprobar que los ejércitos estaban correctamente situados, sin ventaja ilícita sobre el adversario. Pero el señor Redeshawe no estaba dispuesto a consentir que en su alfombra nueva se librara una batalla, de manera que tomó una escoba y... ¡No, aguarde! —Lady Pole se interrumpió y, bruscamente, se cubrió la cara con las manos—. ¡No era eso lo que yo quería decir!

Volvió a empezar. Esa vez contó la historia de un hombre que había ido a un bosque a cazar. Quedó separado de sus compañeros. Su caballo metió una pata en la madriguera de un conejo y derribó al jinete. Este, mientras caía, tuvo la impresión de estar hundiéndose en la madriguera. Cuando se levantó, se halló en un país extraño, iluminado por su propio sol y alimentado por su propia lluvia. En un bosque muy parecido al que acababa de dejar, encontró una mansión donde un grupo de caballeros —algunos bastante raros— jugaban a las cartas.

Lady Pole había llegado al punto en que los caballeros invitaban al cazador extraviado a unirse a ellos cuando un leve sonido —apenas más que un suspiro— hizo que Arabella se girase. Vio que sir Walter había entrado en el salón y observaba a su esposa apesadumbrado.

—Estás fatigada —le dijo.

Lady Pole miró a su marido con una expresión muy curiosa. Había en ella tristeza y compasión, y, por extraño que pueda parecer, también cierta ironía. Era como si estuviese diciéndose a sí misma: «¡Mírame y mírate! ¡Triste pareja la que formamos!»

—Sólo tan fatigada como de costumbre —respondió—. Anoche debí de andar millas y millas. ¡Y bailar horas y horas también!

—Entonces debes descansar —insistió él—. Deja que te acompañe arriba, para que te atienda Pampisford.

En un principio, milady pareció querer resistirse. Asió la mano de Arabella como indicándole que no consentiría que la separase de ella. Pero de pronto renunció y aceptó que su marido se la llevara.

En la puerta, se volvió.

—Adiós, señora Strange. Espero que le permitan regresar otro día. Confío en que me haga el honor. No veo a nadie. Mejor dicho, veo salas llenas, pero no hay entre tanta gente ni un solo cristiano.

Arabella se adelantó un paso con intención de estrecharle la mano y asegurarle que tendría mucho gusto en volver, pero sir Walter ya se había llevado a su esposa. Por segunda vez, Arabella se quedó sola en la casa de Harley Street.

Empezó a sonar una campana.

Naturalmente, se sorprendió al oírla después de lo que sir Walter había dicho, que las campanas de las iglesias de alrededor se mantenían en silencio, en atención a la enfermedad de lady Pole. Esa campana tenía un sonido triste y lejano y le evocaba

toda clase de escenas melancólicas...

... lúgubres pantanos y páramos barridos por el viento; campos desiertos, con paredes rotas y portillos desencajados; una iglesia ruिनosa y ennegrecida; una tumba abierta; un suicida enterrado en una encrucijada solitaria; una hoguera alimentada por huesos que brilla sobre la nieve en el crepúsculo; una horca con un hombre que oscila colgado de la cuerda; otro hombre clavado en una rueda con los brazos en cruz; una vieja lanza hincada en el barro con un extraño talismán, como un pequeño dedo, que pende de ella; un espantapájaros cuyos negros harapos el viento agita con tanta fuerza que parece que va a alzarse en el aire gris y volar hacia ti con grandes alas negras...

—Debo pedirle perdón si ha visto aquí algo que haya podido alterarla —dijo sir Walter entrando súbitamente.

Arabella se asió a una silla para no caer.

—¿Señora Strange? —La tomó del brazo y la ayudó a sentarse—. ¿Quiere que llame a alguien? ¿A su marido? ¿A la doncella de milady?

—No, no —dijo Arabella ahogadamente—. No necesito nada, a nadie. Pensaba... No sabía que estaba usted aquí. Sólo es eso.

Sir Walter la miraba con viva inquietud. Ella trató de sonreírle, pero no estuvo segura de conseguirlo.

Él metió las manos en los bolsillos, las sacó, se peinó con los dedos y suspiró profundamente.

—Imagino que milady le habrá contado historias muy extrañas —dijo con tristeza.

Arabella asintió.

—Historias que la han impresionado. Lo lamento profundamente.

—No, no. En absoluto. Milady ha hablado, sí, un poco de... de algo que me ha parecido un tanto raro, pero eso no me ha afectado. ¡Ni lo más mínimo! Me he mareado un poco. ¡Pero no relacione una cosa con la otra, se lo ruego! ¡No tiene nada que ver con milady! He tenido la tonta idea de que delante de mí había un espejo en el que se reflejaban extraños paisajes, y creía que iba a hundirme en él. Debía de estar a punto de desmayarme y su entrada lo ha impedido. Pero es muy extraño, nunca me había ocurrido.

—Permítame que traiga al señor Strange.

—Tráigalo si lo desea —sonrió Arabella—; pero le aseguro que se preocupará por mí mucho menos de lo que se preocupa usted. Al señor Strange nunca le han interesado mucho las indisposiciones de los demás. ¡Otra cosa son las tuyas! Pero no hace falta que vaya a buscar a nadie. ¡Mire! Ya me he repuesto. Me encuentro perfectamente.

Hubo una pequeña pausa.

—Lady Pole... —empezó Arabella, pero no supo continuar.

—Milady suele estar bastante sosegada —dijo sir Walter—, no precisamente en paz, ¿comprende?, pero calmada. Ahora bien, en las raras ocasiones en que hay en casa una persona a la que no ha visto antes, se altera y hace esas extrañas divagaciones. Estoy seguro de que su delicadeza le impedirá repetir nada de lo que ella haya dicho.

—¡Oh, desde luego! ¡Por nada del mundo!

—Es usted muy amable.

—¿Y podré... podré volver? Milady parecía desearlo y a mí me gustaría hacerle compañía.

Sir Walter se tomó tiempo para considerar la proposición. Al fin, movió la cabeza afirmativamente, prolongando el movimiento hasta convertirlo en una reverencia.

—Consideraré que nos hace un gran honor a ambos. Gracias.

Cuando Strange y Arabella se marcharon, él estaba de un humor excelente.

—Ya he visto la manera de hacerlo —dijo—. Nada más sencillo. Es una lástima que tenga que consultar con Norrell antes de empezar, porque todo el problema podría estar resuelto antes de media hora. En mi opinión, hay dos puntos cruciales. El primero... ¿Se puede saber qué ocurre?

Arabella se había detenido con un leve: «¡Oh!»

Acababa de advertir que había hecho dos promesas contradictorias, una a lady Pole, hablarle a Strange del caballero de Yorkshire que había comprado una alfombra, y otra a sir Walter, no repetir nada de lo que había dicho lady Pole.

—No, nada —dijo.

—¿Y cuál de las muchas distracciones que sir Walter te preparaba has elegido al fin?

—Ninguna. He... he visto a lady Pole y hemos hablado. Eso es todo.

—¿Habéis hablado? Lástima no haber estado contigo. Me hubiera gustado ver a la mujer que debe la vida a la magia de Norrell. ¡Pero aún no te he dicho lo que me ha ocurrido a mí! ¿Te has fijado en cómo ha aparecido de pronto el criado negro? Bien, pues durante un momento he tenido la clara impresión de que quien estaba allí era un rey, negro y alto, coronado con diadema de plata y sosteniendo un cetro y una esfera relucientes, pero cuando he vuelto a mirar, no había nadie más que ese criado negro de sir Walter. ¿No es absurdo? —Rió.

Strange había charlado tanto rato con sir Walter que llegó casi una hora tarde a su cita con Norrell, al que encontró enfadadísimo. Aquel mismo día, Strange envió un mensaje al Almirantazgo en el que decía que Norrell y él habían examinado el caso de los barcos franceses desaparecidos y creían haberlos localizado en el Atlántico, rumbo a las Indias Occidentales, sin duda con malas intenciones. Por otra parte, opinaban que el almirante Armingcroft, adivinando el propósito de los franceses, había ido tras ellos. El Almirantazgo, por consejo de los magos, cursó órdenes al

capitán Lightwood de seguir al almirante hacia el oeste. A su debido tiempo, varios barcos franceses fueron capturados, y los restantes huyeron a puertos franceses y permanecieron en ellos.

Arabella tenía un problema de conciencia por las dos promesas que había hecho. Expuso el caso a varias damas amigas suyas en cuyo buen juicio depositaba mucha confianza. Naturalmente, presentó el dilema de forma teórica, sin mencionar nombres ni circunstancias, con lo que su exposición resultó incomprensible y las sabias matronas no pudieron ayudarla. La afligía no poder revelárselo a Strange, pero estaba claro que sólo con mencionarlo faltaría a la palabra dada a sir Walter. Tras mucho reflexionar, decidió que una promesa hecha a una persona que estaba en su sano juicio era más vinculante que una promesa hecha a alguien que no lo estaba. Porque, a fin de cuentas, ¿qué se podía ganar con repetir los desvaríos de una pobre loca? Así pues, nunca le reveló a Strange lo que había dicho lady Pole.

Varios días después, los Strange asistieron a un concierto de música italiana en una casa de Bedford Square. Arabella estaba pasándolo muy bien, pero hacía un poco de frío en el salón, por lo que, durante la pequeña pausa que se produjo al salir una nueva cantante, fue con disimulo a buscar el chal que había dejado en otra habitación. Estaba echándose por los hombros cuando, detrás de ella, sonó un ruido leve, apenas más que un susurro, y al levantar la mirada vio a Drawlight, que se acercaba a toda prisa.

—¡Señora Strange! —saludó—. ¡Cuánto me alegro de verla! ¿Y cómo está nuestra querida lady Pole? Tengo entendido que la ha visto.

Arabella, mal que le pesara, respondió afirmativamente.

Drawlight la tomó del brazo para impedirle escapar y dijo:

—¡No tiene idea de las molestias que me he tomado a fin de conseguir una invitación a esa casa! ¡Y ninguno de mis esfuerzos ha dado resultado! Sir Walter me rehúye con falsas excusas, siempre lo mismo: milady está enferma, o está mejor, pero nunca lo bastante para ver a alguien.

—Bueno, supongo...

—¡Oh, por supuesto! Si está enferma, desde luego hay que mantener alejada a la plebe. Pero ésa no es razón para excluirme a mí. ¡Yo la he visto cadáver! Oh, sí. Usted no lo sabía, supongo. La noche en que la resucitó, el señor Norrell fue a suplicarme que lo acompañara a la casa. Sus palabras fueron: «Venga conmigo, mi querido Drawlight, porque no creo poder soportar la vista de una dama, tan joven, bella e inocente, arrebatada a la vida en el momento más dulce de su existencia.» Y ahora permanece siempre en casa, sin ver a nadie. Hay quienes dicen que, con su revivificación, se ha vuelto orgullosa y ya no quiere tratos con los simples mortales. Pero yo creo que la verdad es otra. Creo que su muerte y resurrección han desarrollado en ella el gusto por las experiencias extrañas. ¿No le parece posible? ¡Yo

diría que toma ciertas sustancias a fin de ver horrores! ¿No vería usted algún indicio? ¿No bebía sorbos de un liquido de color raro? ¿No escondió rápidamente un papelito doblado al entrar usted en la habitación? Un papelito que pudiera contener una o dos cucharaditas de polvos... ¿No? El láudano generalmente va en ampollas de cristal azul de dos o tres pulgadas. En los casos de adicción, la familia siempre cree que puede ocultar la verdad, pero es inútil, Al final siempre se descubre. —Soltó una risita afectada—. Yo siempre la descubro.

Arabella retiró el brazo con suavidad y dijo que lo sentía mucho, pero que no podía facilitarle la información que le pedía. Ella nada sabía de ampollas ni de polvos.

Volvió a entrar en la sala del concierto en un estado de ánimo bastante menos plácido que el que tenía al salir.

—¡Qué odioso, odioso hombrecito!

28. La biblioteca del duque de Roxburghe (Noviembre de 1810 – enero de 1811)

A finales de 1810, la situación del gobierno no podía ser peor. Las malas noticias asaltaban a los ministros a cada paso. Los franceses triunfaban en todas partes: las grandes potencias europeas que se habían coaligado con los ingleses para luchar contra Napoleón Buonaparte (y que habían sido derrotadas por él), al descubrir su error se habían aliado con el emperador. En Inglaterra, el comercio estaba hundido por la guerra, y en todo el país la gente iba a la ruina. Durante dos años consecutivos se perdieron las cosechas. La hija menor del rey enfermó y murió, y el monarca enloqueció de dolor.

La guerra destruía todos y cada uno de los bienes del presente y proyectaba una negra sombra sobre el futuro. Soldados, comerciantes, políticos, granjeros, todos maldecían la hora en que habían nacido, pero los magos (especie que gusta de llevar siempre la contraria) estaban encantados por el cariz que tomaban los acontecimientos. Hacía muchos siglos que no se tenía en tan alta consideración su arte. Todos los intentos llevados a cabo para ganar la guerra habían terminado en desastre, y ahora la mayor esperanza para Gran Bretaña parecía residir en la magia.

En todos los departamentos del Ministerio de la Guerra y el Almirantazgo había hombres ansiosos por emplear al señor Norrell y al señor Strange. Eran tantos los visitantes que acudían al domicilio del primero en Hanover Square que muchos tenían que esperar hasta las tres o las cuatro de la madrugada para ser atendidos por uno de los magos. Eso no suponía una gran prueba mientras hubiera esperando en el salón varios caballeros, pero desgraciado del que era recibido en último lugar, ya que no resulta muy agradable aguardar en plena noche frente a una puerta abierta detrás de la cual sabe uno que operan dos magos¹.

Por entonces se hablaba mucho (dondequiera que fueses oías la misma historia) de los fallidos intentos de Napoleón Buonaparte por encontrar a su propio mago. Los espías de lord Liverpool² informaron de que el emperador, celoso del éxito de los magos ingleses, había enviado agentes por todo el imperio en busca de una persona o personas que poseyeran dotes mágicas. Hasta el momento, empero, no habían encontrado más que a un holandés llamado Witloof que poseía un armario mágico. El armario fue transportado a París en un birlocho-landó. En Versalles, Witloof aseguró al emperador que dentro de aquel mueble podía hallar respuesta a cualquier pregunta.

Según informaron los espías, Buonaparte le hizo al armario las tres preguntas siguientes: «¿Es niño el hijo que espera la emperatriz?», «¿Volverá a cambiar de bando el zar de Rusia?» y «¿Cuándo serán derrotados los ingleses?».

Witloof se metió tres veces en el armario y salió de él con las siguientes

respuestas: «Sí», «No» y «Dentro de cuatro semanas». Cada vez que entraba en el armario, se oía un estrépito espantoso, como si allí dentro estuvieran chillando la mitad de los demonios del infierno, nubes de pequeñas estrellas de plata salían por las rendijas y el mueble se balanceaba ligeramente sobre sus patas de bola y garra. Contestadas las tres preguntas, Buonaparte contempló en silencio el armatoste durante un rato, se acercó y abrió las puertas. Dentro había una oca (que hacía el ruido), salitre (que producía las estrellitas) y un enano (que encendía el salitre y azuzaba a la oca). No se sabe con seguridad qué fue de Witloof y del enano, pero la oca se la cenó el emperador a la noche siguiente.

A mediados de noviembre, el Almirantazgo invitó a Norrell y Strange a Portsmouth, a pasar revista a la Flota del Canal, honor que habitualmente se reservaba a almirantes, héroes y reyes. El día señalado, los dos magos y Arabella se trasladaron a Portsmouth en el coche de Norrell. Su entrada en la ciudad fue saludada con salvas de cañón de todos los barcos fondeados en el puerto y los arsenales y las fortalezas que lo rodeaban. En Spithead, fueron conducidos por entre los buques en una embarcación de remos, seguidos por un plantel de almirantes, altos jefes y capitanes que les daban escolta en sus falúas. Les seguían otros barcos de carácter menos oficial, cargados de los buenos ciudadanos de Portsmouth que habían acudido a ver, saludar y vitorear a los magos. A su regreso a Portsmouth, Norrell y los Strange visitaron los astilleros, y por la noche asistieron a un gran baile ofrecido en su honor en el salón de actos, con toda la ciudad iluminada.

En general, el baile fue calificado de magnífico. Sólo al principio hubo una ligera nota discordante, cuando unos invitados, incautamente, le hicieron a Norrell ciertos comentarios acerca de lo fastuoso de la ocasión y la belleza del salón. Bastó la seca respuesta del mago para convencerlos de que era un hombre hurraño y antipático, reacio a hablar con alguien que estuviera por debajo de la categoría de almirante. Pero la espontánea afabilidad de los Strange los resarcía con creces de esa decepción. Ellos sí estaban encantados de ser presentados a los principales habitantes de Portsmouth, y hablaban con admiración de la ciudad, de los barcos que habían visto y de cosas de la mar y la navegación. Strange bailó todos los bailes sin excepción, la señora Strange sólo descansó en dos, y no regresaron a sus habitaciones de *La Corona* hasta pasadas las dos de la madrugada.

Como se había acostado poco antes de las tres, Strange no se sintió muy complacido cuando, a las siete de la mañana, lo despertó un golpe en la puerta. Era uno de los criados de la fonda.

—Le pido disculpas, señor —dijo el hombre—, pero el almirante del puerto ha mandado decir que el *False Prelate* ha embarrancado en el *arenal del Caballo*. Ha enviado al capitán Gilbey a buscar a uno de los magos, pero el otro tiene jaqueca y no puede ir.

Pese a los esfuerzos del hombre por explicarse, no resultaba muy comprensible el mensaje, y Strange dudaba que lo hubiera entendido mejor de haber estado más despierto. No obstante, estaba claro que «algo» había ocurrido y que se le pedía que fuera a «algún sitio».

—Diga al capitán Comosellame que espere —suspiró—. Ahora mismo voy.

Se vistió y bajó. En el café encontró a un joven apuesto con uniforme de capitán paseándose arriba y abajo. Era el capitán Gilbey. Strange recordó haberlo visto en el baile, un hombre inteligente y afable. Visiblemente aliviado al ver al mago, el capitán le explicó que un barco, el *False Prelate*, había encallado en los bajíos de Spithead. La situación era difícil. Quizá se pudiera sacar de allí al navío sin que sufriera graves daños, o quizá no. Entretanto, el almirante del puerto presentaba sus respetos al señor Norrell y al señor Strange y les rogaba que uno u otro, o ambos, acompañasen al capitán Gilbey para ver si podían hacer algo.

En la puerta de *La Corona* aguardaba una calesa. Un criado sujetaba el caballo. Strange y Gilbey subieron al carruaje, que el capitán condujo a buen ritmo. La ciudad empezaba a despertar con cierto aire de premura y alarma. Se abrían ventanas por las que asomaban cabezas tocadas con gorros de dormir, que gritaban preguntas a las que los de la calle respondían con grandes voces. Mucha gente parecía caminar apresuradamente en la misma dirección que llevaba el carruaje.

Cuando llegaron a la muralla, el capitán Gilbey tiró de las riendas. El aire era frío y húmedo y del mar soplaba una brisa fresca. A poca distancia de la orilla, un barco enorme estaba tumbado de lado, agitando inútilmente las velas en el agua gris. Se veía a los marineros, muy pequeños, negros y lejanos, asidos a la borda y descolgándose por el costado del buque, en torno al que se había congregado una docena de botes de remos y pequeñas embarcaciones de vela.

A los ojos de Strange, profano en materia de navegación, parecía que el barco, sencillamente, se había echado a dormir. Pensó que, en el lugar del capitán, él le habría soltado un buen rapapolvo y lo habría obligado a levantarse.

—¿Qué hacen esas pequeñas embarcaciones? —preguntó.

—Descargan las provisiones y desmontan las piezas de artillería.

—¿Por qué?

—Para aligerar el barco. Quizá así, cuando suba la marea, se enderece y desencalle.

—Comprendo. Pero no entiendo cómo ha podido ocurrir una cosa así; docenas de barcos entran y salen de Portsmouth a todas horas.

El capitán se encogió de hombros.

—No es tan raro como usted imagina. Quizá el contramaestre no conocía bien los canales de Spithead, o quizá estaba borracho.

Estaba congregándose una gran multitud. En Portsmouth, todos sus habitantes

tienen relación con el mar y los barcos y algún interés particular que defender. Las conversaciones cotidianas giran en torno a las naves que entran y salen del puerto y las que están ancladas en Spithead. Un hecho como aquél suscitaba la preocupación general. Atraía no sólo a los habituales paseantes desocupados (que no eran pocos), sino también a los ciudadanos y comerciantes más activos, y, por supuesto, a todos los caballeros de la Marina que disponían de tiempo para acercarse a ver qué ocurría. Ya se había iniciado una vehemente discusión acerca de qué había hecho mal el contra maestre y qué debía hacer el capitán para remediarlo.

Tan pronto la muchedumbre comprendió quién era Strange y por qué estaba allí, se apresuró en convertirlo en depositario de sus diversas opiniones. Desgraciadamente, se utilizaba mucho lenguaje náutico, por lo que, en el mejor de los casos, Strange no captaba sino una vaga impresión de lo que su interlocutor quería decir. Después de oír una explicación, cometió el error de preguntar qué significaban «barloventear» y «pairar», lo que dio lugar a una disertación de los principios de la navegación tan desconcertante que sólo sirvió para aumentar su confusión.

—Bien. El problema principal es que el barco está acostado. ¿Quieren que lo enderece? Eso sería fácil.

—¡Santo Dios, no! —exclamó Gilbey—. ¡De ninguna manera! La quilla se hundiría en la arena y se le abriría un agujero. El agua entraría y todos se ahogarían.

—¡Oh!

Su siguiente propuesta tuvo aún peor acogida. Alguien habló de que una brisa más intensa podría separar el buque del banco de arena cuando subiera la marea, lo que lo indujo a pensar que un fuerte viento podría ayudar. Levantó las manos, disponiéndose a conjurarlos.

—¿Qué hace? —preguntó el capitán. Strange se lo dijo—. ¡No! ¡No! ¡No! —gritó horrorizado.

Varias personas se abalanzaron sobre Strange y lo sujetaron. Un hombre se puso a zarandearlo como si pensara que así podría disipar los efectos de la magia antes de que se materializaran.

—El viento sopla del sudoeste —explicó el capitán—. Si aumenta de fuerza, lanzará el barco contra la arena y casi con toda seguridad le partirá el casco. ¡Todos se ahogarán!

Se oyó comentar a alguien que en su vida podría comprender por qué el Almirantazgo tenía en tan alto concepto a un individuo de tan pasmosa ignorancia.

Otro respondió con sarcasmo que tal vez no fuera un gran mago, pero por lo menos bailaba muy bien.

Un tercero se rió.

—¿Cómo se llama esa arena? —preguntó Strange.

El capitán sacudió la cabeza con gesto de exasperación, dándole a entender que

no tenía ni la menor idea de lo que quería decir.

—Ese... ese sitio... la cosa en que está atrapado el barco —insistió Strange—. ¿Algo sobre caballos?

—Esos bajíos se llaman el *arenal del Caballo* —dijo Gilbey con frialdad, y se volvió para hablar con otra persona.

Durante un minuto o dos, nadie prestó atención al mago. La multitud observaba los movimientos de los balandros, bergantines y barcazas en torno al *False Prelate*, o miraba el cielo y hablaba de cómo estaba cambiando el tiempo y de dónde soplaría el viento cuando subiese la marea.

De pronto, varias personas señalaron al agua. Allí se veía algo extraño. Era algo grande, plateado, con cabeza alargada, de forma extraña, y una cabellera como una masa de largas hierbas pálidas ondeando a la espalda. Parecía estar nadando hacia el *False Prelate*. Apenas la muchedumbre había empezado a lanzar exclamaciones de sorpresa y admiración acerca del misterioso objeto, cuando aparecieron varios más. Al momento, había una legión de formas plateadas —más de las que un hombre podía contar— que nadaban hacia el barco con gran soltura y rapidez.

—¿Qué diantre son? —preguntó alguien.

Eran muy grandes para ser hombres y no parecían peces ni delfines.

—Son caballos —dijo Strange.

—¿De dónde han salido? —inquirió otro.

—Los he hecho yo. Con arena. Del arenal del Caballo, exactamente. —¿Y no se desharán? —quiso saber un hombre de la multitud. —¿Para qué son? —preguntó el capitán Gilbey,

—Están hechos de arena, agua de mar y magia, y durarán mientras haya trabajo para ellos. Capitán, que una de las embarcaciones lleve un mensaje al capitán del *False Prelate* para que sus hombres enganchen el barco a los caballos, a tantos como puedan. Los caballos lo sacarán de los bajíos.

—¡Oh! Muy bien. Sí, naturalmente.

Aún no hacía media hora que el mensaje había llegado al *False Prelate* cuando el barco ya estaba a flote y los marineros arreglaban las velas y hacían las mil y una cosas que hacen los marineros (cosas que, a su manera, son tan misteriosas como los actos de los magos). En cualquier caso, hay que señalar que la magia no se desarrolló exactamente como Strange se había propuesto. Él no esperaba que hubiera grandes dificultades para capturar los caballos. Suponía que habría en el barco cuerdas suficientes para los cabestros, y había tratado de ajustar el hechizo de manera que los animales fueran lo más dóciles posible. Pero los marineros en general no saben mucho de caballos. Ellos saben del mar y nada más. Algunos hicieron todo lo que pudieron por sujetar las bestias y engancharlas, pero la mayoría no sabía ni cómo empezar o tenía miedo de aquellas espectrales criaturas plateadas y no se atrevía a

acercarse a ellas. De los cien caballos que Strange creó, sólo veinte fueron atados al barco. Esos veinte, desde luego, fueron esenciales para sacar al *False Prelate*, pero no menos útil fue la fosa que se abrió en la arena a medida que con ella se iban generando más y más caballos.

En Portsmouth las opiniones estaban divididas, ya que, mientras unos decían que Strange había realizado una acción gloriosa salvando al *False Prelate*, otros afirmaban que había utilizado el desastre para favorecer su carrera. Muchos capitanes y oficiales de la plaza decían que la magia que había practicado, de un carácter muy ostentoso, tenía por objeto llamar la atención hacia su talento e impresionar al Almirantazgo más que salvar el barco. Tampoco los caballos de arena les habían gustado. No se limitaron a hacer su tarea y desaparecer, como había dicho Strange, sino que estuvieron nadando por Spithead durante un día y medio y después se tumbaron y quedaron convertidos en bancos de arena en los lugares más inesperados. Los contramaestres y pilotos de Portsmouth se quejaron al almirante del puerto de que Strange hubiera alterado de forma permanente los canales y bajíos de Spithead, por lo que la Marina tendría que volver a sondear e inspeccionar el fondeadero, con el trabajo y el gasto consiguientes.

Ahora bien, en Londres, donde los ministros no sabían de barcos ni de navegación más que el propio Strange, sólo una cosa estaba clara: Strange había salvado un barco, cuya pérdida habría costado al Almirantazgo una buena suma de dinero.

—El rescate del *False Prelate* ha puesto de manifiesto una cosa —le dijo sir Walter Pole a lord Liverpool—, y es la ventaja de tener sobre el terreno a un mago capaz de resolver una crisis en el momento en que ésta se presenta. Ya sé que se habló de enviar a Norrell a algún sitio y hubo que desistir, pero ¿y si enviáramos a Strange?

Lord Liverpool reflexionó.

—Creo que sólo estaría justificado el poner al señor Strange al servicio de uno de nuestros generales si estuviéramos relativamente seguros de que ese general tiene posibilidades de obtener una victoria sobre los franceses en un plazo más bien breve. Otra cosa sería un imperdonable desperdicio del talento del señor Strange, talento que, lo sabe Dios, buena falta nos hace en Londres. Con franqueza, en cuanto a generales, no hay muchas posibilidades de elección. En realidad sólo tenemos a lord Wellington.

—¡Oh, desde luego!

Lord Wellington se encontraba en Portugal con su ejército, por lo que no era fácil averiguar su opinión, pero, casualmente, su esposa vivía en el número 11 de Harley Street, justo enfrente de sir Walter. Aquella noche, al regresar a casa, sir Walter llamó a la puerta de lady Wellington y le preguntó qué creía ella que pensaría su esposo de la idea de contar con los servicios de un mago. Pero lady Wellington, una persona

insignificante e infeliz cuyas opiniones no eran muy valoradas por su marido, no supo qué responder.

Strange se mostró encantado con el plan. Arabella, aunque menos entusiasta, dio su conformidad sin titubeos. El mayor obstáculo para la marcha de Strange lo constituía Norrell, lo cual no fue una sorpresa para nadie. Durante el último año, Norrell había llegado a contar mucho con su discípulo. Le consultaba todas aquellas cuestiones que en otro tiempo sometía a Drawlight y Lascelles. No hablaba más que de Strange cuando Strange estaba ausente y no hablaba a nadie más que a Strange cuando Strange estaba presente. Era aquél un vínculo que parecía tanto más fuerte por ser totalmente nuevo; él nunca se había sentido cómodo del todo en sus relaciones con otras personas. Si en un salón concurrido Strange conseguía escabullirse durante un cuarto de hora, Norrell enviaba a Drawlight a averiguar adónde había ido y con quién estaba hablando. Por consiguiente, cuando se enteró del plan de enviar a su único discípulo y amigo a la guerra, puso el grito en el cielo.

—Me asombra, sir Walter, que siquiera sugiera semejante idea.

—Pero durante una guerra todos hemos de estar dispuestos a sacrificarnos por nuestro país —dijo sir Walter, no sin irritación—. Y muchos miles ya se han sacrificado.

—¡Pero eran soldados! —exclamó Norrell—. ¡Oh! Ya sé que, a su manera, un soldado es muy valioso, pero eso no es nada comparado con la pérdida que sufriría la nación si algo le ocurriera al señor Strange. Tengo entendido que en High Wycombe hay una escuela en la que cada año reciben formación trescientos oficiales. ¡Ojalá yo pudiera contar con trescientos magos a los que instruir! ¡Quizá entonces la magia inglesa se hallara en una situación mucho más halagüeña que la actual!

Después de que sir Walter hubiera fracasado en su intento, lord Liverpool y el duque de York hablaron a su vez con Norrell, pero ninguno de ellos consiguió que el mago contemplara la marcha de su alumno más que con horror.

—¿Ha tomado en consideración el prestigio que ello reportará a la magia inglesa? —le dijo Strange.

—Es posible —repuso malhumorado—. ¡Pero nada más apto para evocar el recuerdo del Rey Cuervo y de esa magia turbulenta y maléfica que la presencia de un mago inglés en un campo de batalla! La gente empezará a pensar que invocamos a los espíritus y consultamos a las lechuzas y los osos. Cuando lo que yo deseo para la magia inglesa es que se la considere una profesión tranquila y respetable, la clase de profesión, en suma...

—Señor Norrell —dijo Strange, apresurándose a interrumpir un discurso que había oído cien veces—, yo no llevaré una escolta de caballeros duendes. Y existen otras consideraciones que haríamos mal en pasar por alto. Usted y yo nos hemos lamentado con frecuencia de que se nos pide sin cesar que realicemos la misma clase

de hechizos una y otra vez. Imagino que las necesidades de la guerra me exigirán que use una magia completamente nueva y, como tantas veces hemos comentado, señor, la práctica de la magia hace que la teoría sea mucho más fácil de comprender.

Pero uno y otro tenían temperamentos muy dispares para ponerse de acuerdo sobre semejante punto. Strange hablaba de enfrentarse al peligro a fin de conquistar gloria para la magia inglesa. Su lenguaje y sus metáforas estaban extraídos de los juegos de azar y de la guerra, por lo que mal podían hallar un eco favorable en los oídos de Norrell. Éste le advirtió que iba a encontrar la guerra muy desagradable.

—Uno está casi siempre mojado y con frío en un campo de batalla. Le gustará mucho menos de lo que imagina.

Durante varias semanas de enero de 1811, pareció que la oposición de Norrell impediría a Strange ir a la guerra. El error que habían cometido sir Walter, lord Liverpool, el duque de York y el propio Strange fue el de apelar a la nobleza, el patriotismo y el sentido del deber. No cabe duda de que Norrell poseía esas virtudes, pero en él eran más fuertes otros principios que siempre se opondrían a más nobles inclinaciones.

Afortunadamente, andaban cerca dos caballeros que sabían mover los hilos con más habilidad. Lascelles y Drawlight estaban tan deseosos como todo el mundo de que Strange fuera a Portugal, y, en su opinión, el mejor medio para conseguirlo era servirse de la preocupación de Norrell acerca del destino de la biblioteca del duque de Roxburghe.

Hacía tiempo que aquella biblioteca era una espina que el mago tenía clavada. Era una de las bibliotecas privadas más importantes del reino, superada únicamente por la del propio Norrell. Unos cincuenta años antes, el duque de Roxburghe, caballero de lo más inteligente, refinado y respetable, se había enamorado de la hermana de la reina y le había pedido al rey el consentimiento para casarse con ella. Por razones que tenían que ver con la etiqueta, las formas y las prioridades cortesanas, el rey se lo negó. Con el corazón destrozado, el duque y la hermana de la reina se hicieron la promesa solemne de amarse siempre y no casarse con otra persona. No sé si ella cumplió su promesa, pero el duque se retiró a su castillo de la frontera de Escocia y, para llenar su soledad, empezó a coleccionar libros raros, manuscritos medievales exquisitamente iluminados, e incunables creados en los talleres de genios tales como William Caxton, de Londres, y Valdarfer, de Venecia. A principios de siglo, la biblioteca del duque era una de las maravillas del mundo. Su excelencia amaba la poesía, la caballería, la historia y la teología. No sentía especial interés por la magia, pero le encantaban todos los libros antiguos, y no sería de extrañar que hubiera ido a parar a su poder algún que otro texto mágico.

Norrell le había escrito en numerosas ocasiones para rogarle que le permitiera examinar y, quizá, adquirir los ejemplares de magia que pudiera poseer. El duque no

estaba dispuesto a satisfacer la curiosidad del mago por ser inmensamente rico, tampoco necesitaba su dinero. Al haber permanecido durante largos años fiel a la promesa hecha a la hermana de la reina, no tenía descendencia ni heredero directo. A su muerte, gran número de sus parientes varones sintieron la firme convicción de ser el nuevo duque de Roxburghe y presentaron sus reivindicaciones al Comité de Privilegios de la Cámara de los Lores. Tras estudiar el caso, el comité dedujo que el nuevo duque podía ser o bien el general de división Ker o bien sir James Innes, pero no estaba del todo seguro acerca de cuál de ellos, y se propuso seguir investigando. A principios de 1811 aún no había tomado una decisión.

En la mañana de un martes frío y lluvioso, Norrell se hallaba sentado en su biblioteca de Hanover Square, en compañía de Lascelles y Drawlight. También estaba en la habitación Childermass, escribiendo cartas a varios departamentos del gobierno por encargo de su amo. Strange había ido a Twickenham con Arabella, a visitar a un amigo.

Lascelles y Drawlight hablaban del litigio entre Ker e Innes. Unas alusiones de Lascelles aparentemente casuales a la famosa biblioteca captaron la atención del mago.

—¿Qué se sabe de esos hombres? —preguntó—. ¿Se interesan por la práctica de la magia?

—A ese respecto, puede estar tranquilo. Le aseguro que lo único en que Innes o Ker están interesados es en ser duque. No recuerdo haber visto a ninguno de ellos ni abrir un libro.

—¿No? ¿No les importan los libros? Bien, eso es tranquilizador. —Norrell reflexionó—. Pero supongamos que uno de ellos entra en posesión de la biblioteca del duque, encuentra en un estante un antiguo texto de magia y siente curiosidad. La gente siente curiosidad por la magia, ¿saben? Esa ha sido una de las más lamentables consecuencias de mi éxito. El hombre lee un poco y se cree en disposición de probar algún hechizo. Al fin y al cabo, así empecé yo cuando, a los doce años, abrí un libro de la biblioteca de mi tío y en su interior encontré una página que había sido arrancada de un tomo mucho más antiguo. En el mismo instante en que la leí, sentí la convicción de que tenía que ser mago.

—¿En serio? Qué interesante —dijo Lascelles en tono de total aburrimiento—. Pero no creo que eso llegue a ocurrirles ni a Innes ni a Ker. Innes debe de tener setenta y tantos años, lo mismo que Ker. Ninguno de los dos va en busca de nueva profesión.

—¿Y no tienen parientes jóvenes? ¿Parientes que quizá sean ávidos lectores de *Amigos de la Magia Inglesa* y *El Mago Moderno*? ¿Parientes que se lanzarían sobre cualquier libro de magia nada más verlo! No, señor Lascelles, perdóneme, pero no puedo considerar que la avanzada edad de esos caballeros sea una garantía.

—Bien, señor Norrell. Pero dudo que esos jóvenes taumatómanos³ a los que tan vívidamente describe tengan ocasión de examinar la biblioteca. Tanto Ker como Innes han incurrido en grandes gastos en el proceso para reivindicar el título. La primera preocupación del nuevo duque, quienquiera que sea, será la de pagar a los abogados. Tan pronto ponga los pies en Floors Castle, buscará algo que vender⁴. Mucho me sorprendería que, una vez el comité haya tomado una decisión, antes de una semana no saliera a la venta la biblioteca.

—¡Una venta de libros! —exclamó Norrell, alarmado.

—¿Por qué se asusta? —repuso Childermass levantando la mirada del papel que estaba escribiendo—. Una venta de libros es lo que más le ha gustado siempre.

—Oh, eso era antes, cuando en este país nadie más que yo se interesaba por los textos de magia, pero ahora temo que muchas personas quieran adquirirlos. Supongo que la venta se anunciará en el Times.

—¡Bah! —dijo Drawlight—. Si otra persona los comprara, podría usted quejarse a los ministros. ¡Incluso al príncipe de Gales! Es contrario a los intereses de la nación que posea obras de magia alguien que no sea usted, señor Norrell.

—O Strange —apuntó Lascelles—. No creo que ni el príncipe de Gales ni los ministros tuvieran algo que objetar a que Strange se llevara los libros.

—Es verdad —convino Drawlight—. Olvidaba a Strange.

Norrell pareció más alarmado que nunca.

—Pero el señor Strange comprenderá que lo más natural es que esos volúmenes sean míos —dijo—. Deben estar todos juntos en una biblioteca. No deben separarse. —Miró en derredor, expectante, en busca de asentimiento—. Naturalmente, no tendré inconveniente en que él los lea. Todo el mundo sabe cuántos libros, cuántos de mis preciosos libros, le he prestado. Es decir... bien, dependería del tema.

Los otros callaron. Ellos sabían, sí, cuántos libros le había prestado. Y también sabían cuántos se había reservado.

—Strange es un caballero —dijo Lascelles—. Se comportará como tal y otro tanto esperará de usted. Si los libros le son ofrecidos a usted y sólo a usted particularmente, creo que debe comprarlos, pero si salen a subasta, él se sentirá con derecho a pujar contra usted.

Norrell lo miró con fijeza. Nerviosamente, se humedeció los labios con la lengua.

—¿Y cómo cree usted que se venderán? ¿En subasta o por transacción privada?

—En subasta —respondieron los tres al unísono.

Norrell se tapó la cara con las manos.

—Ahora bien —dijo Lascelles, como si acabara de ocurrírsele la idea—, si Strange estuviera ausente no podría pujar. —Bebió un sorbo de café—. ¿Verdad?

Norrell alzó la cabeza con expresión esperanzada.

De pronto, parecía muy conveniente que el señor Strange se trasladara a Portugal

durante un año, poco más o menos⁵.

29. En casa de José Estoril (Enero – marzo de 1811)

—HE pensado que mi marcha a la Península Ibérica ha de ser la causa de muchos cambios en sus relaciones con el Ministerio de la Guerra —dijo Strange—. Temo que en mi ausencia le resulte inconveniente que a todas las horas del día y la noche venga gente a llamar a su puerta para pedirle que realice tal o cual hechizo al momento. Nadie más que usted podrá atenderlos. ¿Cuándo va a descansar? Deberíamos tratar de convencerlos para que actúen de otra manera. Si yo puedo ayudar a organizar las cosas, estaré encantado. ¿Y si invitáramos a lord Liverpool a cenar esta semana?

—¡Por supuesto! —dijo Norrell, encantado con esa prueba de la consideración de Strange—. Usted debe estar presente. ¡Explica tan bien las cosas...! No tiene más que decir algo y lord Liverpool lo comprende inmediatamente.

—¿Quiere que escriba a milord?

—¡Sí, escríbale! ¡Escríbale!

Era la primera semana de enero. Aún no se había fijado la fecha para la marcha de Strange, pero ya no podía retrasarse mucho. Strange escribió la invitación enseguida. Lord Liverpool contestó con prontitud y, al cabo de dos días, se presentaba en Hanover Square.

Norrell y Strange tenían por costumbre pasar la hora anterior a la cena en la biblioteca, y allí recibieron a milord. También Childermass estaba presente, dispuesto a actuar de escribiente, asesor, mensajero o criado, según las circunstancias.

Lord Liverpool nunca había estado en la biblioteca del señor Norrell y, antes de sentarse, se dio una vuelta por la habitación.

—Caballero, me habían dicho que su biblioteca era una de las maravillas del mundo moderno, pero nunca imaginé que pudiera ser tan vasta.

El mago se sintió complacido. Lord Liverpool era un invitado de los que a él le gustaban: el que admira los libros pero no muestra intención de sacarlos del estante para leerlos.

Entonces Strange dijo a Norrell:

—Aún no hemos hablado de los libros que debo llevarme. He confeccionado una lista de cuarenta títulos, pero celebraré que me haga sus recomendaciones, si cree que puede mejorarse. —Extrajo una hoja doblada de entre un revoltijo de papeles que había en una mesa y se la entregó.

No era una lista que pudiese halagar la vista del maestro. Estaba llena de primeras ideas tachadas, segundas ideas tachadas y terceras ideas escritas en los ángulos y rodeando otras palabras interpuestas. Había borrones, faltas de ortografía en los

títulos, nombres mal escritos y, aún más desconcertante, tres líneas de un poema en clave que Strange había empezado a componer para Arabella, como regalo de despedida. A pesar de todo, no fue eso lo que hizo palidecer a Norrell. No se le había ocurrido que Strange fuera a necesitar libros en Portugal. La idea de enviar cuarenta preciosos tomos a un país en estado de guerra, en el que podían acabar quemados, destrozados, hundidos en el barro o cubiertos de polvo, era demasiado horrible para imaginarla. Él no sabía mucho de guerras, pero sospechaba que, en general, los soldados no se distinguían por su respeto hacia los libros. Podrían manosearlos con las manos sucias. ¡Podrían romperlos! Podrían —¡horror de los horrores!— leerlos y ensayar sus hechizos. ¿Los soldados sabían leer? Lo ignoraba. Pero con el destino de todo el continente en juego y lord Liverpool en la habitación, comprendía que sería difícil —en realidad, imposible— negarse.

Le lanzó a Childermass una mirada de implorante desesperación.

Este se encogió de hombros.

Lord Liverpool seguía mirando en derredor con calma. Parecía pensar que, entre tantos miles de libros, la falta temporal de unos cuarenta apenas se notaría.

—No deseo llevarme más de cuarenta —prosiguió Strange con frialdad.

—Muy sensato, caballero —dijo lord Liverpool—. Muy sensato. No debe coger más de los que pueda acarrear convenientemente.

—¡Acarrear! —exclamó Norrell, más horrorizado aún—. No pensará transportarlos de un sitio a otro, ¿verdad? Debe ponerlos en una biblioteca nada más llegar. La biblioteca de un castillo. Un castillo sólido y con buenas defensas...

—Me temo que de poco habrían de servirme en una biblioteca —repuso Strange con una calma irritante—. Yo estaré en campamentos y campos de batalla. Y allí tendrán que estar también ellos.

—¡En tal caso, debe trasladarlos en una caja! Una caja de madera muy resistente. ¡O quizá en un cofre de hierro! Sí, mejor de hierro. Encargaremos que nos lo hagan especialmente. Y entonces...

—Ah, perdóneme, señor Norrell —interrumpió lord Liverpool—, pero yo no le aconsejaría al señor Strange el cofre de hierro. No debe confiar en que se le asigne espacio en los carros. Los soldados los necesitan para su impedimenta, mapas, provisiones, municiones, etcétera. Como menos molestia causará el señor Strange al ejército es llevando sus efectos en una mula o un asno, como hacen los oficiales. —Miró al aludido—. Necesitará una buena mula bien resistente para el equipaje y su criado. Compre unas alforjas en Hewley y Ratt y meta en ellas los libros. Las alforjas militares son muy espaciosas. Además, en un carro lo más seguro es que se los robaran. Los soldados, mal que me pese decirlo, lo roban todo. —Reflexionó un momento y agregó—: Por lo menos, los nuestros.

Norrell no habría podido decir cómo transcurrió la cena después de aquello.

Vagamente, percibía que Strange y milord hablaban y reían mucho. Varias veces oyó a Strange decir: «Bien, pues decidido», y a milord responder: «Oh, desde luego.» Pero no se enteraba de lo que decían, ni le importaba. En ese momento le pesaba haber ido a Londres. Le pesaba haber tratado de reavivar la magia inglesa. Ojalá se hubiera quedado en Hurlfew Abbey, leyendo y practicando la magia por gusto. Pensaba que nada de aquello valía la pérdida de cuarenta libros.

Cuando Strange y lord Liverpool se fueron, volvió a la biblioteca con intención de contemplar los cuarenta volúmenes, tenerlos en sus manos y acariciarlos mientras aún podía hacerlo.

Childermass seguía allí. Había cenado en una de las mesas y estaba haciendo las cuentas de la casa. Al entrar Norrell, levantó la mirada y sonrió.

—Creo que el señor Strange lo hará muy bien en la guerra, señor. Ya le ha ganado una mano.

Una clara noche de principios de febrero, un barco británico llamado *St. Serlo's Blessing*¹ remontó el Tajo hasta la plaza del Caballo Negro, en el centro de la ciudad de Lisboa. Entre los primeros en desembarcar se encontraban Strange y su criado, Jeremy Johns. Strange nunca había estado en el extranjero, y la sensación de hallarse fuera de su país y en medio de aquel ajeteo militar y naval era apasionante. Estaba ansioso por empezar a practicar magia.

—Me gustaría saber dónde está lord Wellington —le dijo a Jeremy—. ¿Crees que ahí puede haber alguien que lo sepa? —Miraba con curiosidad un enorme arco a medio construir que había en un extremo de la plaza. Tenía un aspecto muy militar, y no le hubiera sorprendido que Wellington estuviese por allí detrás.

—Son las dos de la madrugada, señor. Milord estará durmiendo.

—¿Tú crees? ¿Con el destino de toda Europa en sus manos? Puede que tengas razón.

A regañadientes, Strange reconoció que sería preferible ir al hotel y buscar a lord Wellington por la mañana.

Les habían recomendado un hotel de la calle Zapateros, propiedad de un tal señor Prideaux, de Cornualles. Casi todos los clientes de Prideaux eran oficiales británicos que acababan de volver de Inglaterra o que esperaban un barco para ir a su país de permiso. Prideaux ponía todo su empeño en que, durante su estancia en el hotel, los oficiales se sintieran como en casa, pero no acababa de conseguirlo. Por mucho que se esforzara, tenía que reconocer que Portugal no dejaba de imponerse. Pese a que el papel de las paredes y otros accesorios habían sido llevados de Londres, durante cinco años los había alumbrado y descolorido un sol portugués. Pese a que Prideaux instruía a la cocinera en la preparación de platos ingleses, como la mujer era portuguesa, en la comida siempre había más pimienta y aceite de los que los comensales esperaban encontrar. Hasta las botas de los huéspedes tenían un aspecto

ligeramente portugués, después de pasar por las manos del limpiabotas nativo.

A la mañana siguiente, Strange se levantó algo tarde. Tomó un desayuno copioso y después estuvo paseando cerca de una hora. Lisboa resultó una ciudad bien provista de plazas porticadas, elegantes edificios modernos, estatuas, teatros y tiendas. Strange empezó a pensar que quizá la guerra no fuera tan horrible, después de todo.

Al regresar al hotel, vio a cuatro o cinco oficiales británicos en la puerta, conversando animadamente. Ésa era la oportunidad que esperaba. Se acercó al grupo, pidió disculpas por interrumpir, explicó quién era y preguntó en qué lugar de Lisboa podía encontrar a lord Wellington.

Los oficiales lo miraron con sorpresa, como si la pregunta les pareciera impropia, por más que él no podía adivinar por qué había de serlo.

—Lord Wellington no está en Lisboa —dijo un hombre que llevaba la guerrera azul y el pantalón blanco de los húsares.

—Oh, ¿y cuándo volverá?

—¿Volver? Aún ha de tardar semanas... o meses, imagino. Quizá ni vuelva.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—¡Santo Dios! Puede estar en cualquier sitio.

—¿No saben ustedes dónde?

El oficial lo miraba con severidad.

—Lord Wellington no permanece en un mismo sitio —repuso—. Lord Wellington va allí donde se lo necesita. Y a lord Wellington se lo necesita en todas partes —agregó para mejor información de Strange.

Otro oficial, que vestía chaqueta de un escarlata vivo con gran profusión de entorchados de plata, dijo en tono más amable:

—Lord Wellington está en las líneas.

—¿En las líneas?

—Sí.

Por desgracia, la explicación no estaba tan clara como suponía el oficial. Pero Strange pensó que ya había mostrado suficiente ignorancia. Su afán por preguntar se había evaporado.

«Lord Wellington está en las líneas.» Era una frase muy curiosa, y si hubiesen obligado a Strange a aventurar una conjetura acerca de su significado, quizá habría dicho que era una especie de argot para indicar que estaba borracho.

Volvió al hotel y pidió al portero que buscara a Jeremy Johns. Si alguien tenía que interpretar el papel de ignorante y estúpido ante el ejército británico, prefería que fuera su criado.

—¡Ah, ya estás aquí! —dijo cuando apareció Jeremy—. Busca a un soldado o un oficial y pregúntale dónde puedo encontrar a lord Wellington.

—Ahora mismo, señor. Pero ¿no preferiría preguntar usted mismo?

—Imposible. Ahora tengo que hacer magia.

Así pues, Jeremy se fue y regresó al poco rato.

—¿Ya lo has averiguado? —inquirió Strange.

—¡Sí, señor! —respondió alegremente—. No es ningún secreto. Lord Wellington está en las líneas.

—Sí, pero ¿qué quiere decir eso?

—Disculpe, señor, pero el caballero me lo ha dicho con tanta naturalidad, como si fuera lo más normal, que he pensado que usted lo sabría.

—Pues no lo sé. Quizá lo más práctico sea preguntar a Prideaux.

Prideaux se mostró encantado de servirlo. Nada más sencillo. El señor Strange debía ir al cuartel general del ejército. Seguramente allí encontraría a milord. Estaba a media jornada de la ciudad a caballo. Quizá un poco más.

—Como de Tyburn a Godáming, señor, para que se haga usted una idea.

—Bien, si tiene la bondad de indicármelo en un mapa...

—¡Que Dios nos asista, señor! —dijo, muy divertido—. Usted solo nunca lo encontraría. Buscaré a alguien que lo lleve.

La persona que halló Prideaux era un auxiliar de intendencia que iba a Torres Vedras, ciudad situada cuatro o cinco millas más allá del cuartel general. El hombre se mostró encantado de hacer el viaje con Strange y enseñarle el camino.

«Por fin avanzamos», pensó Strange.

La primera parte del trayecto discurría por un suave paisaje de campos y viñedos diseminados aquí y allá, con bonitas granjas pintadas de blanco y molinos de piedra con aspas de lona parda. Marchaban por la carretera multitud de soldados portugueses, con sus uniformes marrones, y algún que otro oficial británico, cuyas guerreras de brillante escarlata o azul parecían mucho más varoniles y marciales... por lo menos a la patriótica mirada de Strange. Cuando llevaban ya tres horas de viaje, avistaron las paredes de unos escarpados montes.

Al entrar en un estrecho valle entre dos de las montañas más altas, el asistente de intendencia dijo:

—Aquí empiezan las líneas. ¿Ve ese fuerte de ahí arriba, a un lado del paso? —El hombre señaló a la derecha. El «fuerte» parecía un antiguo molino de viento al que recientemente se había dotado de aditamentos diversos, en forma de baluartes, almenas y cañoneras—. ¿Y ese del otro lado del paso? —Señaló a la izquierda—. Y después, sobre esas peñas, ¿ve otro pequeño? Más allá hay otro, aunque hoy no se ve porque está nublado y hay bruma. Y luego otro y otro. Toda una línea de fuertes desde el Tajo hasta el mar. ¡Y no es todo! Hay otras dos líneas más al norte. ¡Tres en total!

—Muy impresionante, sin duda. ¿Todo eso lo han hecho los portugueses?

—No, señor. Lo hizo lord Wellington. Los franceses no podrán pasar por aquí.

Por aquí, señor, no pasaría ni un escarabajo, a no ser que llevara un salvoconducto con la firma de lord Wellington. Y por eso el ejército francés no puede ir más allá de Santarem y usted y yo podemos dormir seguros en Lisboa.

Pronto dejaron la carretera por un sendero sinuoso y empinado que subía hasta el pequeño pueblo de Pero Negro. Strange se sentía sorprendido por la diferencia entre la guerra como él la había imaginado y la guerra como era en realidad. Pensaba encontrar a lord Wellington aposentado en un fastuoso edificio de Lisboa, cursando órdenes, y sin embargo lo hallaba en un lugarejo tan insignificante que en Inglaterra apenas hubiera merecido el nombre de pueblo.

El cuartel general del ejército resultó una casa completamente normal, situada en una plazuela adoquinada. Strange fue informado de que lord Wellington había salido a inspeccionar las líneas. Nadie sabía cuándo regresaría, probablemente no antes de la cena. Nadie tenía inconveniente en que lo esperara... siempre que no estorbase.

Pero desde el momento en que entró en la casa, Strange se sintió sometido a esa incómoda ley natural según la cual toda persona que llega a un lugar en que no la conocen, se ponga donde se ponga, en todas partes estorba. No podía sentarse porque en la habitación a la que lo condujeron no había sillas —quizá para evitar que los franceses, si llegaban a entrar, se parapetasen detrás de ellas—, por lo que se situó al lado de una ventana. Pero entonces aparecieron dos oficiales, uno de los cuales quería mostrar ciertas importantes características estratégicas de la zona, para lo que era preciso mirar por la ventana. Los oficiales miraron severamente a Strange, que se retiró a un arco semicubierto por una cortina.

Entretanto, en el corredor una voz llamaba con insistencia a un tal Winespill, conminándolo a llevar unos barriles de pólvora, y llevarlos ya. Entró en la habitación un soldado de corta estatura que tenía una pequeña joroba y una marca de nacimiento de un vivo púrpura en la cara, y vestía prendas de uniforme de todos los regimientos del ejército británico. Ése debía de ser Winespill, y se lo veía atribulado. No encontraba la pólvora. Buscaba en las alacenas, debajo de las escaleras y en los balcones. De vez en cuando respondía: «¡Un momento!», hasta que se le ocurrió mirar detrás de Strange, detrás de la cortina y debajo del arco. Inmediatamente gritó que ya había localizado los barriles de la pólvora, y que los habría visto antes si alguien —y le lanzó a Strange una mirada furibunda— no se hubiera puesto delante.

Las horas pasaban lentamente. Strange había vuelto a situarse junto a la ventana y casi estaba quedándose dormido cuando ciertos sonidos de movimiento y agitación le indicaron que una persona importante acababa de llegar a la casa. Al poco entraron en la habitación tres hombres, y al fin se encontró frente a lord Wellington.

¿Cómo describir a lord Wellington? ¿Es necesario, o siquiera posible, hacer tal cosa? Dondequiera que uno ponga la mirada, está su cara: en una estampa barata en la pared de una posada, o en un artístico grabado adornado con banderas y tambores,

presidiendo la escalera del local de reuniones de un municipio. Hoy en día, no hay jovencita medianamente romántica que llegue a los diecisiete años sin haber adquirido, por lo menos, un retrato suyo, y mantendrá que una nariz larga y aguileña es preferible, con mucho, a una nariz roma, y considerará la mayor desgracia de su vida el que él ya tenga esposa. Para consolarse, está decidida a imponer a su primogénito el nombre de Arthur. Y no es ella su única fervorosa admiradora. No le van a la zaga sus hermanos menores. El soldado de juguete más guapo del cuarto de los niños siempre se llama Wellington y corre más aventuras que todos sus compañeros de caja juntos. Todo colegial inglés imita a Wellington por lo menos una vez a la semana, y otro tanto hacen sus hermanitas. Wellington es el compendio de todas las virtudes inglesas. Es el espíritu nacional elevado a la perfección. Si los franceses llevan a Napoleón en las entrañas (como así parece), nosotros llevamos a Wellington en el corazón².

En ese momento, lord Wellington estaba disgustado por algo.

—Creo que mis órdenes estaban bien claras —les dijo a los otros dos oficiales—. Los portugueses tenían que destruir todo el maíz que no pudieran llevarse, para que no cayera en manos enemigas. Y acabo de pasar medio día observando cómo los soldados franceses entraban en las cuevas de Cartaxo y sacaban otra vez grano.

—Es muy duro para los campesinos portugueses destruir el maíz. Tienen miedo de pasar hambre —explicó uno de los oficiales.

El otro sugirió que quizá no era maíz lo que los franceses habían encontrado en los sacos, sino otra cosa menos útil. ¿Quizá oro o plata?

Lord Wellington lo miró con frialdad.

—Llevaban los sacos a los molinos. ¡Se veían girar las aspas! ¿Cree que podían estar moliendo oro? ¡Dalziel, por favor, presente una queja a las autoridades portuguesas! —Al recorrer la habitación con una mirada de enojo, descubrió a Strange—. ¿Quién es ése? —preguntó.

El llamado Dalziel le murmuró unas palabras al oído.

—Oh —dijo lord Wellington, y se dirigió a Strange—: Usted es el mago. —En sus palabras sólo hubo una leve nota de interrogación.

—Sí.

—El señor Norrell.

—Oh, no. El señor Norrell está en Inglaterra. Soy el señor Strange. Lord Wellington lo miraba inexpresivamente.

—El otro mago —explicó Strange.

—Comprendo.

El tal Dalziel observaba a Strange con gesto de sorpresa, como si pensara que, una vez lord Wellington le había asignado un nombre, era una falta de educación insistir en ser otra persona.

—Bien, señor Strange —dijo Wellington—. Temo que haya hecho usted el viaje en vano. Le diré con franqueza que si hubiera podido impedir su venida, lo habría hecho. Pero ya que está aquí, aprovecharé la ocasión para explicarle los inconvenientes que usted y el otro caballero han supuesto para el ejército.

—¿Inconvenientes?

—Inconvenientes —repitió—. Las visiones que ustedes han mostrado a los ministros han provocado que se creyesen sabedores de cuál es la situación en Portugal, y me han enviado muchas más órdenes y han interferido en mucha mayor medida de lo que habrían hecho normalmente. Sólo yo sé lo que se debe hacer en Portugal, señor Strange, ya que sólo yo conozco todas las circunstancias. No digo que usted y el otro caballero no hayan hecho algo bueno en otras partes, la Armada parece satisfecha, no lo sé. Pero lo que sé es que aquí, en Portugal, no necesito ningún mago.

—Pero, milord, sin duda aquí, en Portugal, no habría lugar para un uso indebido de la magia, ya que yo estaría totalmente al servicio y bajo la dirección de milord.

Lord Wellington le lanzó una mirada penetrante.

—Lo que más necesito son hombres. ¿Puede usted dárme los?

—¿Hombres? Bien, depende de lo que milord quiera decir. Es una pregunta interesante... —Strange advirtió con vivo malestar que estaba hablando como el señor Norrell.

—¿Puede usted darme más hombres? —apremió milord.

—No.

—¿Puede hacer que vuelen más aprisa las balas que disparamos contra los franceses? Bastante aprisa vuelan ya. ¿Acaso puede cavar la tierra y mover las piedras para construir mis reductos, bastiones y demás defensas?

—No, milord. Pero, milord...

—El capellán del cuartel general es el señor Briscan. El oficial médico en jefe es el doctor McGrigor. Si decide permanecer en Portugal, sugiero que se presente a esos señores. Quizá a ellos pueda serles útil. A mí no.

Lord Wellington dio media vuelta y le gritó a un tal Thornton que preparase la cena. Con ello daba a entender a Strange que la entrevista había terminado.

Strange estaba acostumbrado a que lo trataran con deferencia los ministros del gobierno, a que los más altos personajes del país le hablaran como a un igual. Y era un trago muy amargo encontrarse relegado al rango de los capellanes y médicos del ejército, simples comparsas.

Pasó la noche —francamente mal— en la única posada de Pero Negro, y al amanecer emprendió el regreso a Lisboa. Cuando llegó al hotel de la calle Zapateros, se sentó a escribir una larga misiva a Arabella, en la que relataba con todo detalle el abominable trato de que había sido objeto. Después, sintiéndose un poco mejor, decidió que lamentarse era indigno de un hombre y rompió la carta.

A continuación, hizo una lista de todas las clases de magia que Norrell y él habían practicado para el Almirantazgo y trató de decidir cuál le convendría más a lord Wellington. Tras una cuidadosa reflexión, concluyó que, para agravar las penalidades del ejército francés, pocos medios había más eficaces que enviarle tormentas, con grandes truenos y lluvias torrenciales. Así pues, decidió escribir una carta a milord, para ofrecerle esa modalidad de magia. Trazarse una línea de conducta siempre reconforta, y Strange se sintió más animado... hasta que, casualmente, miró por la ventana. El cielo estaba negro, llovía a mares y soplaban vendavales. A buen seguro, no tardaría en tronar. Strange fue en busca de Prideaux, quien le confirmó que hacía semanas que llovía de ese modo, que los portugueses creían que seguiría lloviendo durante mucho tiempo y que sí, en efecto, aquello era un grave inconveniente para los franceses.

Strange meditó. Lo asaltó la tentación de enviar una nota a lord Wellington para ofrecerle que parase de llover, considerando que la lluvia debía de ser muy molesta también para los ingleses, pero al fin resolvió que la magia de los fenómenos atmosféricos era una cuestión muy complicada y que valdría más dejarla para cuando entendiese mejor lo que era la guerra y lo que quería lord Wellington. Entretanto, decidió que lo más apropiado sería lanzar una plaga de ranas sobre las cabezas de los franceses. Era muy bíblico, ¿y qué podía haber más respetable?

A la mañana siguiente, estaba sentado en su habitación del hotel aparentando leer uno de los libros de Norrell, pero en realidad viendo llover con ojos lúgubres, cuando llamaron a la puerta. Era un oficial escocés con uniforme de húsares que, mirándolo inquisitivamente, dijo:

—¿El señor Norrell?

—Yo no... ¡Oh, no importa! ¿Qué desea?

—Un mensaje del cuartel general, señor Norrell. —El joven le tendió un papel.



Era la carta que le había enviado a Wellington. Alguien había escrito con grueso lápiz azul una única palabra: «Denegado.»

—¿De quién es la letra? —preguntó Strange.

—De lord Wellington, señor Norrell.

—Ah.

Al día siguiente, Strange le mandó otra carta en la que proponía subir el nivel de las aguas del Tajo para que arrastraran a los franceses. Eso, por lo menos, indujo a Wellington a escribir una respuesta más larga, en la que explicaba que, en aquel momento, todo el ejército británico y la mayor parte del portugués se encontraban entre el Tajo y los franceses, por lo que la sugerencia del señor Strange no se consideraba en absoluto conveniente.

Strange no desfalleció. Día tras día, le enviaba a Wellington una nueva propuesta. Todas eran rechazadas.

Una noche de últimos de febrero aún más tétrica de lo habitual, yendo por el pasillo del hotel camino de una cena en solitario, casi chocó con un joven de cara afable vestido al estilo inglés. El joven le pidió disculpas y preguntó si sabía dónde podía encontrar al señor Strange.

—Yo soy Strange. ¿Quién es usted?

—Me llamo Briscan. Soy el capellán del cuartel general.

—Ah, sí, el señor Briscall. Por supuesto.

—Lord Wellington me ha pedido que le haga una visita —explicó—. Ha dicho que quizá usted pudiese ayudarme con su magia —sonrió—. Pero me parece que el verdadero motivo es que confía en que yo pueda disuadirlo de que siga escribiéndole todos los días.

—Pues no pienso parar hasta que me dé algo que hacer.

Briscall se echó a reír.

—Muy bien, así se lo diré.

—Gracias. ¿Y por usted puedo hacer algo? Nunca he practicado la magia para la Iglesia. Le seré franco, señor Briscan, mis conocimientos de magia eclesiástica son muy escasos, pero me gustaría ser útil a alguien.

—Hum. También yo le seré franco, señor Strange. Mis tareas son muy simples. Visito a los enfermos y heridos. Leo los oficios a los soldados y trato de darles un entierro digno cuando mueren, pobres muchachos. No veo cómo podría usted ayudarnos.

—Ni yo ni nadie —suspiró Strange—. Pero dígame, ¿querría cenar conmigo? Así por lo menos esta noche no tendré que cenar solo.

El capellán accedió inmediatamente, y los dos hombres se sentaron en el comedor del hotel. Strange encontró en Briscan a un agradable compañero de mesa, que le dijo con gusto todo cuanto sabía de lord Wellington y del ejército.

—En general, los soldados no son gente religiosa, ni yo esperaba que lo fueran, pero me ha ayudado mucho la circunstancia de que todos los capellanes que me han precedido se ausentaron con un permiso casi en cuanto llegaban. Yo soy el primero que se ha quedado, y los hombres me lo agradecen. Ellos miran con buenos ojos a todo el que está dispuesto a compartir sus penalidades.

Strange dijo que no lo dudaba.

—¿Y a usted, señor Strange? ¿Cómo le va?

—¿A mí? No puede irme peor. Nadie me quiere aquí. En las raras ocasiones en que me dirigen la palabra, me llaman indistintamente señor Strange o señor Norrell, como si no supieran que se trata de dos personas diferentes.

Briscall rió.

—Y lord Wellington rechaza todos mis ofrecimientos de ayuda tan pronto como los hago.

—¿Por qué? ¿Qué le ha ofrecido?

El mago le habló de su primera propuesta de enviar a los franceses una lluvia de ranas.

—La verdad, no me sorprende que se opusiera —dijo Briscan—. Los franceses guisan las ranas y se las comen, ¿no? El plan de lord Wellington consiste principalmente en que pasen hambre. ¡Es como si usted le hubiera sugerido lanzarles

pollos asados o empanadillas de cerdo!

—No es culpa mía —repuso Strange, un poco dolido—. Ya me gustaría tomar en consideración los planes de lord Wellington... sólo que no sé cuáles son. En Londres, el Almirantazgo nos exponía sus intenciones y nosotros configurábamos nuestra magia de acuerdo con ellas.

—Comprendo. Perdona, señor Strange, quizá no he entendido bien, pero creo que aquí tiene usted una gran ventaja. En Londres, estaba obligado a guiarse por la opinión del Almirantazgo acerca de lo que pudiera estar aconteciendo a cientos de millas de distancia... y juraría que a menudo el Almirantazgo se equivocaba. Aquí puede ver con sus propios ojos lo que ocurre. Lo que le pasa a usted se parece mucho a lo que me sucedió a mí.

Cuando llegué, nadie me hacía el menor caso. Iba de un regimiento a otro. Nadie me quería.

—Y, no obstante, ahora forma parte del estado mayor de Wellington. ¿Cómo lo consiguió?

—Llevó tiempo, pero al fin pude demostrar mi utilidad a milord... y estoy seguro de que también usted podrá.

—Ya lo intento —suspiró Strange—. Pero lo único que logro es demostrar mi inutilidad. ¡Una y otra vez!

—¡Tonterías! A mi modo de ver, usted ha cometido un solo error, y es el de quedarse aquí en Lisboa. Debería marcharse cuanto antes. ¡Vaya a las montañas, a dormir entre los soldados y los oficiales! Si no, nunca los comprenderá. Hable con ellos. Esté con ellos en los pueblos desiertos de detrás de las líneas. Ya verá cómo pronto se gana su estima. Son lo mejor del mundo.

—¿Habla en serio? En Londres se decía que Wellington los había tachado de escoria de la tierra.

Briscall se rió como si ser la escoria de la tierra fuera un defectillo menor que constituía una buena parte del encanto del ejército. Extraña actitud en un clérigo, pensó Strange.

—¿Qué son en realidad?

—Son las dos cosas, señor Strange. Las dos cosas. Bien, ¿qué dice usted? ¿Irá?

—No lo sé. —Juntó las cejas—. No es que me asusten las penalidades ni la incomodidad, ¿comprende? Creo que puedo soportarlas tanto como la mayoría. Pero no conozco a nadie allí. Desde que llegué, tengo la impresión de que estorbo en todas partes, y sin amigos a los que acudir...

—¡Oh, eso tiene fácil arreglo! No estamos en Londres ni en Bath, donde se necesitan cartas de presentación. Llévese un barril de brandy y una o dos cajas de champán, si su criado puede cargarlo. Si dispone de brandy y champán, no tardará en hacer amistades entre la oficialidad.

—¿Tan fácil es?

—¡Desde luego! Pero no se moleste en llevar vino tinto. De eso tienen en abundancia.

Unos días después, Strange y Jeremy Johns abandonaban Lisboa para dirigirse a la región situada más allá de las líneas. Los oficiales y soldados británicos se sorprendieron un tanto al encontrarse en compañía de un mago. Escribieron a sus amigos y familiares cartas en las que lo describían de diversas formas, ninguna muy halagüeña, y se preguntaban qué diablos habría ido a hacer allí. Pero Strange siguió el consejo del capellán. Todo oficial con el que se tropezaba recibía la invitación de ir a tomar una copa de champán con él, después de la cena. Muy pronto le perdonaron lo excéntrico de su profesión. Lo importante era que en la tienda de Strange siempre encontrabas a tipos alegres y bebida decente.

Strange también adquirió el hábito de fumar. Nunca le había atraído como pasatiempo, pero descubrió que disponer de tabaco era un medio excelente para trabar conversación con los militares.

Era una vida extraña, en medio de un paisaje espectral. Los pueblos situados más allá de las líneas habían sido evacuados por orden de lord Wellington, y quemadas las cosechas. Los soldados de uno y otro ejército bajaban a los pueblos desiertos y se llevaban todo lo que les parecía de utilidad. En el bando británico no era extraño ver sofás, armarios, camas, sillas y mesas dispuestas en una ladera o en el claro de un bosque. A veces encontrabas salones y dormitorios completos, con útiles de afeitarse, libros y lámparas, en los que sólo faltaban paredes y techo.

Pero si el ejército británico sufría a consecuencia del viento y la lluvia, mucho peor estaban, los franceses, con las ropas hechas jirones y sin nada que comer. Desde octubre se hallaban frente a las líneas de Wellington y no podían atacar al ejército británico, que tenía detrás tres líneas de fuertes inexpugnables a los que retirarse en cualquier momento. Lord Wellington, por su parte, no se molestaba en atacar. ¿Por qué había de hacerlo, si el hambre y la enfermedad estaban matando a sus enemigos más aprisa de lo que podía matarlos él? El 5 de marzo, los franceses levantaron el campamento y se dirigieron al norte. A las pocas horas, Wellington y el ejército inglés salían en su persecución. Jonathan Strange iba con ellos.

Una mañana lluviosa de mediados de mes, Strange cabalgaba junto al borde de una carretera por la que marchaba el 950 de Fusileros, cuando descubrió a varios amigos suyos a cierta distancia. Puso el caballo al trote y no tardó en darles alcance.

—Buenos días, Ned —dijo a un hombre al que consideraba persona reflexiva y sensata.

—Buenos días, señor —contestó jovialmente.

—¿Ned?

—¿Sí, señor?

—¿Qué es lo que más deseas? Ya sé que es una pregunta indiscreta, y te pido disculpas por hacerla. Pero necesito saberlo.

Ned no respondió de inmediato. Aspiró hondo, arrugó la frente y dio otras señales de profunda reflexión. Entretanto, sus camaradas, muy serviciales, manifestaban a Strange qué era lo que más deseaban ellos, cosas tales como ollas mágicas llenas de oro que nunca se vaciaran y casas construidas dentro de un gran diamante. Uno de ellos, un galés, exclamó varias veces con voz quejumbrosa: «¡Queso tostado!», lo cual provocó las risas de sus camaradas, pues ya se sabe que los galeses son gente de buen humor.

Ned llegó al final de su meditación.

—Botas nuevas —dijo.

—¿En serio? —preguntó Strange, sorprendido.

—Sí, señor. Botas nuevas. Son estos condenados caminos. —Y señaló ante sí la serie de pedruscos y agujeros que los portugueses se complacían en llamar carretera—. Te hacen trizas las botas, y por la noche te duelen todos los huesos de tener que andar por aquí. Pero con unas botas nuevas, ¿no estaría yo tan fresco después de un día de marcha? ¿No podría entonces pelear contra los franceses? ¿Y darle ciento y raya al más pintado?

—Tus ansias de combate hablan muy en tu favor, Ned. Me has dado una respuesta excelente. Muchas gracias.

Se alejó al trote, seguido de voces que gritaban: «¿Cuándo tendrá Ned sus botas?» y «¿Dónde están las botas de Ned?».

Aquella noche, el cuartel general de Wellington fue instalado en una otrora espléndida mansión del pueblo de Lousão. La casa había pertenecido a José Estoril, un rico y patriótico aristócrata portugués que, junto con sus hijos, había sido torturado y muerto por los franceses. Su esposa había fallecido de unas fiebres, y acerca del trágico destino de sus hijas circulaban historias diversas. Durante muchos meses, aquél había sido un lugar desolado, pero ahora el estado mayor de Wellington lo llenaba de ruidosas chanzas y discusiones, y las sombrías estancias ofrecían un aspecto casi festivo con el ir y venir de oficiales de guerrera roja o azul.

La hora que precedía a la cena era una de las de mayor ajeteo de la jornada y el vestíbulo estaba lleno de oficiales que llevaban partes, iban a recoger órdenes o, simplemente, a escuchar rumores. En un extremo de la sala había una escalera de piedra, muy ornamentada y deteriorada, que conducía a unas vetustas puertas. Detrás de aquellas puertas, se decía, lord Wellington trabajaba con ahínco en la confección de nuevos planes para derrotar a los franceses, y se daba el hecho curioso de que todo el que entraba en aquella sala lanzaba una mirada respetuosa hacia lo alto de la escalera. Dos altos jefes del estado mayor, el intendente general sir George Murray y

el ayudante general sir Charles Stewart, estaban sentados a cada lado de una gran mesa trabajando afanosamente en la disposición del ejército para el día siguiente. Y aquí haré un inciso para señalar que si al leer la palabra «general» el lector ha imaginado sentados a la mesa a dos hombres entrados en años, se equivoca. Es cierto que cuando, dieciocho años antes, empezó la guerra contra Francia, el ejército británico estaba mandado por venerables ancianos, muchos de los cuales no habían visto un campo de batalla en toda su carrera. Pero, con los años, aquellos viejos generales se habían retirado o habían muerto, y se consideró preferible sustituirlos por hombres más jóvenes y enérgicos. El mismo Wellington tenía poco más de cuarenta años y la mayoría de sus oficiales eran aún más jóvenes. La sala de la casa de José Estoril estaba llena de militares jóvenes, todos amigos de la pelea, todos amigos del baile y todos incondicionales de lord Wellington.

Era un anochecer de marzo lluvioso pero tibio, como de mayo en Inglaterra. Desde la muerte de José Estoril, el jardín se había asilvestrado y junto a las paredes de la casa habían brotado gran número de fillos que ahora estaban en flor. Las ventanas estaban abiertas para que entrase el aire húmedo y fragante. De pronto, los generales Murray y Stewart advirtieron que tanto sus personas como los importantes papeles que tenían ante sí recibían una buena rociada. Al levantar la cabeza con indignación, vieron en el porche a Strange sacudiendo su paraguas con toda tranquilidad.

El recién llegado entró en la sala, saludó a varios oficiales conocidos, se acercó a la mesa y preguntó si podía ver a lord Wellington. Sir Charles Stewart, aguerrido y orgulloso, no dio más respuesta que un vigoroso gesto de negación. El general Murray, alma más sensible y cortés, dijo que temía que no fuera posible.

Strange lanzó una mirada a lo alto de la venerable escalera, a las grandes puertas talladas detrás de las que se encontraba milord (era curioso que todo el que entraba allí supiera instintivamente dónde estaba él; ¡tal es la fascinación que ejercen los grandes hombres!), sin dar señales de pensar marcharse. Murray pensó que quizá se sentía solo.

Un hombre alto, de cejas grandes y negras y bigotes a juego, se acercó a la mesa. Llevaba la guerrera azul oscuro con trencilla de oro de los dragones ligeros.

—¿Dónde han puesto a los prisioneros franceses? —le preguntó al general Murray.

—En el campanario.

—Está bien —dijo el hombre—. Lo pregunto porque anoche el coronel Pursey llevó a tres franceses a un cobertizo, pensando que allí no harían ningún daño, pero unos muchachos del cincuenta y dos habían dejado en el campanario unos pollos, y los presos se los comieron. El coronel Pursey ha dicho que esta mañana algunos de sus hombres miraban a los franceses de un modo extraño, como preguntándose

cuánta sustancia de pollo tendrían dentro y si no valdría la pena asar a uno de ellos para averiguarlo.

—¡Oh! —exclamó Murray—. No hay peligro de que esta noche ocurra eso. Las únicas criaturas que encontrarán en el campanario son las ratas, y creo que si alguien se come a alguien, serán las ratas las que se coman a los franceses.

El general Murray, sir Charles Stewart y el hombre del bigote negro se habían echado a reír cuando el mago dijo de pronto:

—La carretera entre Espinhal y Lousão se halla en un estado desastroso. —Era la carretera por la que gran parte del ejército británico había llegado aquel día.

Murray repuso que, en efecto, estaba muy mal.

—No sé cuántas veces mi caballo ha metido la pata en un hoyo o ha resbalado en el barro. Creí que acabaría lastimándose. Las otras carreteras que he visto desde mi llegada no se encuentran en mejor estado, y tengo entendido que mañana algunos de nosotros hemos de ir a una zona en la que no hay camino alguno.

—Así es —afirmó el general Murray, deseando fervientemente que el mago se fuera.

—A través de ríos en crecida, llanos pedregosos, bosques y matorrales, imagino —dijo Strange—. Todos vamos a pasarlo bastante mal, sin duda. No creo que adelantemos mucho. En realidad, me sorprendería que avanzáramos algo.

—Es uno de los inconvenientes de hacer la guerra en un país tan atrasado y remoto como Portugal —apuntó Murray.

Sir Charles Stewart no dijo nada, pero la mirada furibunda que le lanzó al mago expresaba claramente su opinión de que quizá Strange adelantaría mucho más volviéndose a Londres con su caballo.

—¡Llevar a cuarenta mil hombres, con caballos, carros e impedimenta, por terreno tan abominable! En Inglaterra nadie lo creería posible —sonrió Strange—. Es una lástima que milord no pueda dedicar un momento a hablar conmigo. ¿Tendrían la bondad de darle un mensaje de mi parte? Díganle esto: el señor Strange presenta sus respetos a lord Wellington y pregunta si interesaría a milord disponer mañana de una buena carretera para que su ejército marche por ella, en cuyo caso el señor Strange tendrá sumo gusto en proporcionársela. Ah, y también puede tener puentes, si lo desea, que sustituyan a los que han volado los franceses. Buenas noches, señores. — Con estas palabras, hizo una reverencia a ambos caballeros, recogió el paraguas y se fue.

Strange y Jeremy Johns no habían podido hallar hospedaje en Lousão. Ninguno de los oficiales que buscaban alojamiento para los generales y decían al resto de los soldados en qué húmedo campo tenían que pernoctar había procurado acomodo para el mago y su criado. Al fin, Strange había alquilado un altillo al dueño de una pequeña bodega situada a unas millas, en la carretera a Miranda de Corvo.

Strange y Jeremy despacharon la cena que el bodeguero les había preparado. Era un estofado, y el pasatiempo de la noche consistió principalmente en tratar de adivinar los ingredientes que lo componían.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el mago levantando el tenedor. En el extremo había algo blancuzco y reluciente, enroscado sobre sí mismo.

—¿Pescado, quizá?

—Parece más bien un caracol.

—O el trocito de la oreja de alguien.

Strange lo miraba fijamente.

—¿Te gustaría probarlo?

—No, señor, muchas gracias —respondió Jeremy contemplando con resignación su propio plato desportillado—. Tengo varios.

Terminada la cena y consumida la última vela, no parecía que se pudiera hacer algo que no fuese acostarse, y eso hicieron. Jeremy se acurrucó en un extremo de la habitación y Strange se tendió en el otro. Cada uno se preparó la cama con los materiales que tenía a su alcance: Jeremy se fabricó un colchón con su ropa de repuesto y Strange se puso varios libros de la biblioteca del señor Norrell a modo de almohada.

De pronto se oyó el galope de un caballo acercándose por la carretera. Al poco siguió el sonido de unas botas que pisaban con fuerza la desvencijada escalera y de unos golpes en la alabeada puerta, que cedió, y un elegante joven con uniforme de húsar se precipitó en la habitación. El joven estaba casi sin aliento, pero aun así pudo decir, entre jadeos, que lord Wellington presentaba sus respetos al señor Strange y que, si el señor Strange no tenía inconveniente, a lord Wellington le complacería hablar con él de inmediato.

En la casa de José Estoril, Wellington estaba cenando con varios oficiales de su estado mayor y otros caballeros. Strange habría jurado que los reunidos en torno a aquella mesa estaban enfrascados en animada conversación hasta el momento en que entró él, aunque los viera callados. Eso indicaba que estaban hablando de él.

—¡Ah, Strange! —dijo lord Wellington alzando la copa en señal de saludo—. ¡Ya está aquí! Hace horas que tres de mis ayudantes de campo lo buscaban. Yo quería invitarlo a cenar, pero mis hombres no han conseguido dar con usted. En cualquier caso, siéntese y tome champán y postres.

Strange miró con avidez las sobras de la cena que los ordenanzas retiraban y creyó reconocer, entre otros succulentos manjares, restos de ganso asado, cáscaras de langostinos con mantequilla, ragú de apio y extremos de salchichas picantes portuguesas. Dio las gracias a milord y se sentó. Un criado le llevó una copa de champán y él se sirvió un trozo de tarta de almendra y unas cerezas pasas.

—¿Qué le parece la guerra, señor Strange? —preguntó un caballero con pelo de

zorro y cara de zorro desde el extremo opuesto de la mesa.

—Oh, al principio es un poco desconcertante, como la mayoría de las cosas. Pero ahora que he experimentado muchas de las aventuras que ofrece, me voy acostumbrando. Me han robado una vez, me han disparado otra. En una ocasión encontré a un francés en la cocina y tuve que echarlo, y en otra, la casa en que dormía fue incendiada.

—¿Por los franceses? —preguntó sir Charles Stewart.

—No, no. Por los ingleses. Al parecer, una compañía del cuarenta y tres tenía frío y prendió fuego a la casa para calentarse.

—¡Oh, siempre ocurre!

Hubo una pequeña pausa, y un caballero con uniforme de caballería dijo:

—Estábamos hablando, mejor dicho, discutiendo sobre la magia y la forma de practicarla. Strathclyde dice que usted y el otro mago han dado un número a cada palabra de la Biblia, que buscan allí las palabras para sus conjuros, que suman los números, que hacen no sé qué otra cosa y entonces...

—¡Yo no he dicho eso! —protestó otro, sin duda Strathclyde—. ¡No ha entendido nada!

—Lo siento, pero yo nunca he hecho algo que ni remotamente se parezca a lo que usted describe —contestó Strange—. Parece bastante complicado y no creo que diera resultado. En cuanto a la forma de practicar la magia, existen muchos procedimientos. Tantos, diría, como de hacer la guerra.

—Me gustaría hacer magia —dijo el caballero de pelo de zorro y cara de zorro—. Todas las noches daría un baile con música mágica y fuegos artificiales mágicos, e invitaría a las mujeres más hermosas de la historia. Helena de Troya, Cleopatra, Lucrecia Borgia, la doncella Marian y madame de Pompadour. Las traería para que bailaran con vosotros, amigos. Y cuando los franceses asomaran por el horizonte, haría algo —afirmó agitando vagamente el brazo— y todos caerían muertos.

—¿Puede un mago matar a un hombre por arte de magia? —le preguntó lord Wellington.

Strange frunció el entrecejo. Pareció que no le gustaba la pregunta.

—Supongo que un mago podría —admitió—, pero un caballero, jamás.

Wellington asintió, como si eso fuera justo lo que esperaba oír. Y entonces dijo:

—Esa carretera, señor Strange, que ha tenido usted la amabilidad de ofrecernos, ¿de qué clase sería?

—Oh, nada más fácil de decidir que los detalles, milord. ¿Qué clase de carretera desearía?

Los oficiales y caballeros reunidos en torno a la mesa se miraron; no habían pensado en la cuestión.

—¿De creta, quizá? —apuntó Strange, servicial—. Son bonitas.

—Mucho polvo con tiempo seco y mucho barro con lluvia —dijo Wellington—. No, no. Nada de creta. Sería casi como no tener carretera.

—¿Y adoquinada? —sugirió el general Murray.

—Los adoquines desgastarían las botas de los hombres —repuso Wellington.

—Además, a los de artillería no les gustaría —observó el caballero de pelo de zorro y cara de zorro—. Iba a costarles un horror arrastrar los cañones por una vía adoquinada.

Otro sugirió una carretera de grava. Pero la grava, pensaba Wellington, tenía los mismos inconvenientes que la creta: si llovía se convertiría en un barrizal, y los portugueses creían que volvería a llover al día siguiente.

—No —dijo milord—. Yo creo, señor Strange, que lo que más nos conviene es una carretera de estilo romano, con una buena cuneta a cada lado para desagüe y una calzada de losas bien ensambladas.

—Muy bien.

—Saldremos al amanecer —concluyó Wellington.

—En tal caso, milord, si alguien tiene la amabilidad de indicarme adónde debe conducir la carretera, inmediatamente pondré manos a la obra.

Por la mañana, la carretera estaba construida, y lord Wellington cabalgaba por ella montado en Copenhagen, su caballo favorito. A su lado iba Strange en Egyptian, su preferido. En su habitual tono categórico, Wellington señalaba las características que más le gustaban y las que le desagradaban.

—... en realidad, apenas hay algo que criticar. ¡Una carretera magnífica! Pero mañana hágala un poco más ancha, por favor.

Ambos convinieron en que, como norma general, las carreteras debían estar listas un par de horas antes de que saliera el primer regimiento y desaparecer una hora después de que hubiera pasado el último soldado. Eso evitaría que los franceses se beneficiaran de ellas. El éxito del plan dependía de que el estado mayor de Wellington facilitara a Strange información exacta sobre cuándo empezaba y acababa la marcha. Evidentemente, no siempre se calculaba con precisión. Alrededor de una semana después de la primera materialización de la carretera, el coronel Mackenzie del 110 de Infantería se presentó ante lord Wellington, muy alterado, para protestar de que el mago hubiera hecho desaparecer la vía antes de que su regimiento llegase a ella.

—Cuando llegamos a Celorico, milord, estaba esfumándose bajo nuestros pies. Al cabo de una hora se había desvanecido. ¿No podría el mago conjurar visiones para averiguar lo que hace cada regimiento? Tengo entendido que puede hacerlo muy fácilmente. Así podría asegurarse de que las carreteras no desaparecen hasta que haya pasado todo el mundo.

Lord Wellington respondió ásperamente:

—El mago tiene mucho que hacer. Beresford necesita carreteras³. Yo necesito carreteras. No puedo pedirle al señor Strange que esté siempre escudriñando espejos y cuencos de agua, a fin de descubrir por dónde andan los regimientos rezagados. Usted y sus hombres tienen que mantener el ritmo, coronel Mackenzie. Eso es todo.

Poco tiempo después, en el cuartel general británico se recibió el informe de un incidente que le había ocurrido a gran parte del ejército francés durante la marcha de Guarda a Sabugal. Se había enviado una patrulla a inspeccionar el camino que unía las dos ciudades, pero unos portugueses que se acercaron a los soldados comentaron que aquella era una de las carreteras del mago inglés y que desaparecería al cabo de una hora o dos, arrastrando a todo el que se encontrara en ella al infierno... o quizá a Inglaterra. Cuando el rumor llegó a oídos de los soldados, éstos se negaron a seguir andando por aquella carretera, que en verdad era absolutamente real y existía desde hacía casi mil años, y siguieron un tortuoso sendero por montes y valles pedregosos que les destrozó botas y uniformes y los retrasó varios días.

Lord Wellington no cabía en sí de gozo.

30. El libro de Robert Findhelm (Enero – febrero de 1812)

ES de esperar que la casa de un mago tenga ciertas peculiaridades, pero lo más peculiar que había en la de Norrell era, sin duda, Childermass. En ninguna otra casa de Londres hubiera podido encontrarse a un criado como él. Un día lo veías retirar una taza sucia y limpiar las migas de una mesa como un lacayo cualquiera, y al siguiente irrumpía en una habitación llena de almirantes, generales y nobles para decirles en qué creía él que estaban equivocados. En cierta ocasión, Norrell había reprendido públicamente al duque de Devonshire por haber hablado al mismo tiempo que Childermass.

Un brumoso día de finales de enero de 1812, Childermass entró en la biblioteca, donde el mago estaba trabajando, para notificarle escuetamente que se veía obligado a marcharse para atender ciertos asuntos y que no sabía cuándo regresaría. Luego dio instrucciones a los otros criados acerca del trabajo que debían hacer en su ausencia, montó en su caballo y se fue.

Durante las tres semanas siguientes, Norrell recibió de él cuatro cartas: una de Newark, en Nottinghamshire; una de York, en el East Riding de Yorkshire; una de Richmond, en el North Riding de Yorkshire; y una de Sheffield, en el West Riding de Yorkshire. Pero las cartas trataban únicamente de asuntos administrativos y no arrojaban ninguna luz sobre el misterioso viaje.

Childermass regresó a Londres una noche de la segunda mitad de febrero. Lascelles y Drawlight habían cenado en Hanover Square y estaban en el salón con el señor Norrell cuando él entró. Procedía directamente de los establos, con las botas y el pantalón manchados de barro y la chaqueta húmeda de lluvia.

—¿Se puede saber dónde has estado? —preguntó el mago.

—En Yorkshire —dijo Childermass—, haciendo indagaciones acerca de Vinculus.

—¿Ha visto a Vinculus? —preguntó Drawlight ansiosamente.

—No, no lo he visto.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Norrell.

—No, no lo sé.

—¿Ha encontrado el libro de Vinculus? —preguntó Lascelles.

—No, no lo he encontrado.

Lascelles miró a Childermass con aire de reproche y chasqueó la lengua.

—Si me permite un consejo, señor Norrell, no debería permitir que el señor Childermass siguiera perdiendo el tiempo con Vinculus. Hace años que no se lo ve ni se oye hablar de él. Probablemente ha muerto.

Childermass se sentó en el sofá, como quien tiene perfecto derecho a ello, y dijo:

—Las cartas dicen que no ha muerto. Las cartas dicen que vive y que aún tiene el libro.

—¡Las cartas! ¡Las cartas! —exclamó Norrell—. ¡Te he dicho mil veces cuánto detesto oír hablar de esos objetos! ¡Harás el favor de llevártelas de mi casa y no volver a mencionarlas!

Childermass lo miró con frialdad.

—¿Desea saber lo que he averiguado o no? —preguntó.

El mago asintió hoscamente.

—Bien. En atención a usted, señor Norrell, he procurado entablar buenas relaciones con todas las esposas de Vinculus. Me parecía imposible que ninguna de ellas supiera nada que pudiese ayudarnos. Creía que no tenía más que llevarlas a las tabernas, invitarlas a ginebra y dejarlas hablar para que al fin alguna me lo dijera. Y no me equivocaba. Hace tres semanas, Nan Purvis me relató una historia que finalmente me puso sobre la pista del libro de Vinculus.

—¿Cuál de ellas es Nan Purvis? —preguntó Lascelles.

—La primera. Me contó algo que ocurrió hace veinte o treinta años, cuando Vinculus y ella se casaron. Estuvieron bebiendo en una taberna hasta que se les acabó el dinero, agotaron el crédito y fue hora de volver a la pensión. Mientras iban por la calle tambaleándose, tropezaron con un individuo tendido en el arroyo, aún más borracho que ellos. Era un anciano y estaba inconsciente. El agua sucia corría por encima de él y parecía un milagro que no se hubiera ahogado. Aquel hombre tenía algo que llamó la atención de Vinculus. Le pareció que lo conocía de algo. Se acercó a mirarlo. Entonces se echó a reír y le dio al viejo un fuerte puntapié. Nan le preguntó a su marido quién era el hombre. Él dijo que un tal Clegg. Ella le preguntó entonces de qué lo conocía. Respondió, enfadado, que él no conocía a Clegg. ¡Dijo que nunca había conocido a Clegg! Es más, le dijo que estaba decidido a no conocerlo nunca. ¡En suma, no había en el mundo nadie a quien él despreciara más que a Clegg! Cuando Nan se quejó de que eso no era explicación suficiente, Vinculus, de mala gana, dijo que aquel hombre era su padre. Y se negó a decir más.

—Pero ¿qué relación tiene eso con lo que nos interesa? —interrumpió Norrell—. ¿Por qué no has preguntado a esas esposas de Vinculus por el libro?

Childermass pareció disgustado.

—Ya les pregunté, señor. Hace cuatro años. Y usted recordará que se lo dije. Ninguna sabía nada de él.

Con un ademán de exasperación, el mago le indicó que continuara.

—Meses después, Nan estaba en una taberna escuchando a un hombre que leía de un periódico la crónica de un ahorcamiento en York. A Nan le gustaba el relato de un buen ahorcamiento y aquél la impresionó de manera especial porque el nombre del

ajusticiado era Clegg. El nombre se le quedó grabado y por la noche se lo contó a Vinculus. Con sorpresa, descubrió que él ya estaba enterado y que el ahorcado era realmente su padre. Vinculus se congratulaba de su triste final.. Dijo que se lo tenía bien merecido, que era culpable de un crimen terrible, el peor que se había cometido en Inglaterra en los cien últimos años.

—¿Qué crimen? —preguntó Lascelles.

—Al principio, Nan no lo recordaba. Pero tras un persistente interrogatorio y la promesa de más ginebra, se le refrescó la memoria. El hombre había robado un libro.

—¡Un libro! —exclamó el mago.

—¡Oh, señor Norrell! —gritó Drawlight—. Tiene que ser el mismo. ¡Tiene que ser el libro de Vinculus!

—¿Lo era? —preguntó Norrell.

—Creo que sí.

—¿Y sabía esa mujer lo que era el libro?

—No, señor. Ahí terminó la información de Nan. Así que me dirigí al norte, donde Clegg había sido juzgado y ejecutado, y examiné las actas del tribunal. Lo primero que descubrí es que Clegg era de Richmond, Yorkshire. ¡Oh, sí! —Lanzó una mirada significativa a Norrell—. Vinculus es, pues, por lo menos por ascendencia, un hombre de Yorkshire¹. En su juventud Clegg era volatinero, pero como andar por la cuerda floja no es oficio que case con la bebida, y él era un gran bebedor, tuvo que abandonarlo. Regresó a Richmond y entró de criado en una próspera granja. Allí trabajaba bien y con su ingenio se ganó el aprecio del granjero, que le confiaba más y más tareas. Pero de vez en cuando Clegg iba a la taberna y se juntaba con mala gente, y entonces no se conformaba con una botella ni con dos. Bebía y bebía hasta que se secaban las espitas y se vaciaba la bodega. Entonces andaba borracho durante días, dedicado a toda clase de desmanes, robo, juego, peleas, destrozos, pero siempre procuraba que sus malas andanzas ocurrieran lejos de la granja y siempre daba una excusa plausible para explicar su ausencia, por lo que su amo no adivinaba sus tropelías, aunque los otros criados estaban enterados. El granjero se llamaba Robert Findhelm y era un hombre discreto, amable y respetable, la clase de hombre al que un granja como Clegg engaña con facilidad. Aquella granja pertenecía a su familia desde hacía generaciones, pero en otros tiempos había sido una de las granjas de la abadía de Easby...

Norrell aspiró con fuerza y se revolvió en su asiento.

Lascelles lo miró interrogativamente.

—La abadía de Easby fue una de las fundaciones del Rey Cuervo —explicó.

—Lo mismo que Hurtfew —agregó Childermass.

—¡Vaya! —se sorprendió Lascelles²—. Admito: que me parece asombroso que, después de todo lo que ha dicho usted de él, haya vivido en una casa tan ligada, a su

persona.

—Ustedes no lo entienden —dijo Norrell con impaciencia—. Estamos hablando de Yorkshire, del reino de Inglaterra del Norte de John Uskglass, donde él vivió y reinó durante trescientos años. Apenas hay un pueblo, ni siquiera un campo, que no tenga relación con él.

—La familia de Findhelm poseía algo más que había pertenecido a la abadía —prosiguió Childermass—, un tesoro que les había confiado el último abad y que había pasado de padres a hijos, con las tierras.

—¿Un libro de magia? —preguntó Norrell ansiosamente.

—Si es cierto lo que me han dicho en Yorkshire, era más que eso. Era *El Libro de Magia*. Un libro de puño y letra del Rey Cuervo.

Se hizo el silencio.

—¿Es posible? —le preguntó Lascelles a Norrell.

Éste no contestó. Estaba ensimismado, totalmente absorto por esa idea nueva y no muy grata.

Al fin habló, pero, más que responder a la pregunta de Lascelles, parecía pensar en voz alta.

—Un libro que haya pertenecido al Rey Cuervo o que haya sido escrito por él es uno de los grandes desvaríos de la magia inglesa. Más de uno ha creído haberlo encontrado o conocer su escondite. Algunos eran hombres inteligentes que hubieran podido escribir importantes obras, pero desperdiciaron su vida buscando el libro del Rey. Pero eso no quiere decir que ese libro no pueda existir en algún sitio...

—Y si existiera y alguien lo encontrara —apremió Lascelles—, ¿qué ocurriría?

Norrell meneó la cabeza, rehusando la respuesta.

Childermass contestó por él:

—Ocurriría que toda la magia inglesa tendría que ser reinterpretada a la luz de lo que allí hubiese.

Lascelles alzó una ceja.

—¿Es verdad eso?

Norrell titubeó, como si deseara responder que no.

—¿Y usted cree que ése pudiera ser el libro del Rey? —le preguntó Lascelles a Childermass.

Éste se encogió de hombros.

—Findhelm lo creía, desde luego. En Richmond encontré a dos ancianos que en su juventud habían servido en su casa. Me dijeron que el libro del Rey era su mayor orgullo. Que él se sentía, ante todo, su guardián, y después, esposo, padre y granjero. —Hizo una pausa—. La mayor gloria y la mayor carga que haya sido encomendada a persona alguna en esta era —añadió meditabundo—. El propio Findhelm, al parecer, era una especie de teórico de la magia, a un nivel modesto. Compraba libros y pagaba

a un mago de Northallerton para que lo instruyera. Pero una cosa me pareció curiosa: aquellos dos criados insistían en que Findhelm nunca leía el libro del Rey y en que no tenía más que una vaga idea de su contenido.

—¡Ah! —exclamó Norrell suavemente. Lascelles y Childermass lo miraron—. Así pues, no podía leerlo. Bien, eso es muy... —Calló y se puso a morderse las uñas.

—Quizá estuviera escrito en latín —apuntó Lascelles.

—¿Y por qué supone que Findhelm no sabía latín? —preguntó Childermass con irritación—. El que fuera un granjero...

—¡Oh! No era mi intención ofender a los granjeros en general, se lo aseguro —sonrió Lascelles—. La suya es una actividad muy útil. Pero los granjeros no son famosos por su dominio de las lenguas clásicas. Dudo mucho que ni siquiera fuese capaz de reconocer el latín.

Childermass replicó que por supuesto lo habría reconocido. Findhelm no era tonto.

A lo que Lascelles repuso que él no había dicho que lo fuera.

La discusión iba subiendo de tono cuando a ambos los silenció la voz de Norrell, que dijo lenta y reflexivamente:

—Cuando el Rey Cuervo llegó a Inglaterra, no sabía leer ni escribir. En aquel entonces eran muy pocos, incluso reyes, los que sabían. Y el Rey Cuervo había crecido en una casa faébrica, donde no se conocía la escritura. Él ni siquiera había visto un escrito hasta entonces. Sus nuevos sirvientes humanos le mostraron los signos de la escritura y le explicaron su utilidad. Pero él era muy joven, no tendría más de catorce o quince años, y ya había conquistado reinos en dos mundos y conocía toda la magia que un mago pudiera desear. Era arrogante y orgulloso. No sentía el afán de leer pensamientos ajenos. ¿Qué eran, comparados con los suyos? Así pues, se negó a aprender a leer y escribir latín, que era lo que deseaban sus criados, y se inventó una escritura propia a fin de preservar sus pensamientos para el futuro. Es de suponer que esa escritura reflejaba sus ideas más fielmente que el latín. Pero eso fue al principio. Después, a medida que permanecía en Inglaterra, iba cambiando más y volviéndose menos callado, menos solitario... menos sobrenatural y más humano. Al final consintió en aprender a leer y escribir como los hombres. Pero no olvidó su propia escritura, llamada *Letras del Rey*, que enseñó a algunos magos elegidos, a fin de que pudieran comprender mejor su magia. Martin Pale menciona las Letras del Rey, y también Belasis, pero ni uno ni otro llegaron a ver ni un solo trazo. Si algo queda escrito de puño y letra del Rey, está claro que... —Volvió a enmudecer.

—¡Vaya, señor Norrell, esta noche no para de sorprendernos! —dijo Lascelles—. ¡Tanta admiración por un hombre hacia el que siempre ha profesado desprecio y odio!

—¡La admiración no reduce ni un ápice el odio que me inspira! —respondió

secamente—. He dicho que fue un gran mago. No he dicho que fuera un hombre bueno ni que su influencia en la magia inglesa me parezca beneficiosa. Además, lo que acaban de oír es mi opinión personal, no algo para dominio público. Childermass lo sabe. Childermass comprende.

Norrell miró nerviosamente a Drawlight, pero éste había dejado de prestar atención hacía rato, desde el momento en que había descubierto que la historia de Childermass no se refería a gentes del gran mundo, sino a granjeros de Yorkshire y criados borrachos. En ese momento estaba limpiando su cajita de rapé con el pañuelo.

—¿Así que Clegg robó ese libro? —preguntó Lascelles a Childermass—. ¿Eso es lo que va a decirnos?

—En cierta manera. En el otoño de mil setecientos cincuenta y cuatro, Findhelm le dio el libro a Clegg para que se lo entregara a un hombre que vivía en el pueblo de Bretton, en Derbyshire Peak. Ignoro por qué. Clegg se puso en camino y, a la segunda o tercera jornada de viaje, llegó a Sheffield. Entró en una taberna, donde se tropezó con un hombre, herrero de oficio y bebedor casi tan famoso como él. Iniciaron una competición que duró dos días y dos noches. Al principio, sólo se desafiaban a ver cuál era capaz de beber más, pero al segundo día empezaron a lanzarse descabellados retos de borracho. En un rincón de la taberna había un barril de arenques salados. Clegg desafió al herrero a caminar sobre un suelo de arenques. Para entonces ya tenían público, y toda una colección de curiosos y desocupados se puso a vaciar el barril y alfombrar el suelo con su contenido. El herrero estuvo yendo de un extremo a otro de la taberna, hasta que el suelo quedó cubierto de una capa hedionda de pescado triturado y él, magullado de pies a cabeza por las caídas que había sufrido. Entonces retó a Clegg a caminar por el alero del tejado. Clegg ya llevaba borracho todo un día. Una y otra vez, los espectadores creían que iba a caer y romperse su recondenada crisma, pero no fue así. Luego Clegg desafió al herrero a asar y comerse sus zapatos; el herrero así lo hizo, y finalmente desafió a Clegg a comerse el libro de Robert Findhelm. Clegg lo rompió en pedazos y se los fue comiendo.

Norrell profirió un grito de horror. Hasta Lascelles parpadeó con gesto de sorpresa.

—Al cabo de varios días —prosiguió Childermass—, Clegg despertó y descubrió lo que había hecho. Se encaminó a Londres, y cuatro años después se dio un revolcón con una criada de una taberna de Wapping, que fue la madre de Vinculus.

—¡Pero la explicación no puede estar más clara! —exclamó Norrell—. ¡El libro no se ha perdido! Esa historia de la competición entre borrachos fue una patraña de Clegg para engañar a Findhelm. ¡En realidad, él guardó el libro y se lo dio a su hijo! Si pudiéramos descubrir...

—Pero ¿por qué? —dijo Childermass—. ¿Por qué tanto afán por conseguir un libro para un hijo al que nunca había visto y no le importaba en absoluto? Además,

Vinculus aún no había nacido cuando Clegg emprendió viaje a Derbyshire.

Lascelles carraspeó.

—Por una vez, señor Norrell, estoy de acuerdo con el señor Childermass. Si Clegg aún tenía el libro o sabía dónde se encontraba, lo hubiera presentado en el juicio o habría tratado de utilizarlo para salvar su vida.

—Y si Vinculus se benefició del delito de su padre, ¿por qué lo odiaba tanto? —agregó Childermass—. ¿Por qué se alegró cuando lo ahorcaron? Robert Findhelm estaba convencido de que el libro había sido destruido, eso está claro. Nan me dijo que a Clegg lo ajusticiaron por robar un libro, pero la acusación que formuló Robert Findhelm no era de robo. El cargo era por *asesinato de libro*. Clegg fue el último hombre de Inglaterra colgado por *asesinato de libro*³.

—¿Y por qué Vinculus afirma que posee ese libro, si su padre se lo comió? —preguntó Lascelles, desconcertado—. La cosa no tiene sentido.

—De algún modo, la herencia e Robert Findhelm ha pasado a Vinculus, pero no sé cómo.

—¿Y el hombre de Derbyshire? —dijo Norrell de pronto—. Has dicho que Findhelm quería enviar el libro a un hombre de Derbyshire.

Childermass suspiró.

—He pasado por Derbyshire en el viaje de regreso a Londres. He ido al pueblo de Bretton. Tres casas y una posada en lo alto de una colina desolada. Quienquiera que fuese el hombre que Clegg tenía que buscar, ya hace tiempo que habrá muerto. Allí no he encontrado nada.

Stephen Black y el hombre del pelo plateado estaban sentados en la sala del piso de arriba del café del señor Wharton, en Oxford Street, donde solían reunirse los *Chicos de la Madrugada*.

El caballero, como tantas otras veces, hablaba del gran afecto que sentía por Stephen.

—Lo que me recuerda que hace meses que deseo pedirte disculpas y darte una explicación.

—¿Pedirme disculpas a mí, señor?

—Sí, Stephen. Lo que más deseamos en este mundo tú y yo es la felicidad de lady Pole, pero por las condiciones del funesto convenio que hice con el mago, estoy obligado a devolverla por la mañana a casa de su marido, donde ha de pasar las largas horas del día, esperando la noche. Pero tú, que eres inteligente, debes de saber que sobre ti no pesan tales limitaciones, y te preguntarás por qué no te dejo en *Desesperanza* de modo permanente, para que seas feliz para siempre.

—Sí, señor; alguna vez me lo he preguntado. —Hizo una pausa, porque tenía la impresión de que todo su futuro dependía de la pregunta que hiciera después—.

¿Algo se lo impide?

—Sí, Stephen. En cierto modo.

—Entiendo. Bien, es una lástima.

—¿No te gustaría saber qué es?

—¡Oh, sí, señor! ¡Claro que sí!

—Pues ahora lo sabrás —dijo el caballero, adoptando una expresión grave y solemne, insólita en él—. Nosotros, los seres sobrenaturales, podemos vislumbrar el futuro. Con frecuencia, la suerte se sirve de nosotros a modo de vehículos de profecía. En el pasado, muchos cristianos alcanzaron destinos grandes y nobles gracias a nuestra ayuda: Julio César, Alejandro Magno, Carlomagno, William Shakespeare, John Wesley, etcétera⁴. Pero a veces nuestra visión de las cosas venideras es borrosa y... —hizo un vivo ademán, como para retirar una gruesa telaraña de delante de su cara— imperfecta. Por la gran estima que te tengo, Stephen, he leído en el humo de ciudades incendiadas y campos de batalla y estrujado las entrañas de los moribundos, para descubrir tu futuro. ¡Es cierto que estás destinado a ser rey, y debo añadir que no me sorprende en absoluto! Desde el primer momento sentí que tenías que ser rey y que yo no podía equivocarme. Y ahora creo saber qué reino ha de ser el tuyo. El humo, las entrañas y las demás señales indican claramente que es un reino en el que ya has estado, con el que tienes estrechos lazos.

Stephen esperó.

—¿Pero no lo ves? —exclamó el caballero con impaciencia—. ¡Ha de ser Inglaterra! ¡No imaginas la alegría que me causó enterarme de esta noticia!

—¡Inglaterra! —exclamó Stephen.

—¡En efecto! Nada podría ser más beneficioso para la propia Inglaterra que el que tú fueras su rey. El viejo monarca es viejo y está ciego, y sus hijos son gordos y borrachos. Ahora ya sabes por qué no puedo llevarte a *Desesperanza*. ¡Haría muy mal en apartarte del reino que por derecho te corresponde!

Stephen estaba en suspenso, tratando de comprender.

—¿Y no podría estar ese reino en algún lugar de África? —preguntó al fin—. Quizá esté escrito que debo volver allí y quizá, por algún extraño prodigio, la gente reconozca en mí al descendiente de uno de sus reyes.

—Quizá —dijo el caballero dubitativamente—. ¡Pero no! Eso no puede ser. Porque se trata de un reino en el que ya has estado. Y tú nunca has estado en África. ¡Oh, Stephen! Cómo deseo que se cumpla tu maravilloso destino. Ese día, mis muchos reinos se aliarán a Gran Bretaña y tú y yo viviremos en perfecta amistad y hermandad. ¡Imagina como temblarán nuestros enemigos! ¡Imagina la rabia que consumirá a los magos! ¡Cómo se maldecirán a sí mismos por no habernos tratado con más respeto!

—Pero tal vez se equivoca, señor. Yo no puedo reinar en Inglaterra. Y menos con

esta... —Extendió las manos. «Piel negra», pensó. Y en voz alta prosiguió—: Sólo usted, señor, por el afecto que me tiene, puede creer posible tal cosa. Los esclavos no se convierten en reyes, señor.

—¿Esclavos, Stephen? ¿Qué dices?

—Yo nací esclavo, señor. Como muchos de mi raza. Mi madre era esclava en una hacienda que el abuelo de sir Walter tenía en Jamaica. Sir William fue a Jamaica a vender su hacienda para pagar sus deudas, y una de las posesiones que trajo consigo a la vuelta era mi madre. Mejor dicho, él quería traerla para que sirviera en su casa, pero durante el viaje ella me tuvo a mí y murió.

—¡Ja! —exclamó el caballero en tono triunfal—. ¡Eso es exactamente lo que decía! Tú y tu estimable madre fuisteis hechos esclavos por los malvados ingleses, que con sus maquinaciones causaron vuestra desgracia.

—Bien, sí, señor. Es verdad, en cierto sentido. Pero ahora no soy esclavo. Nadie que esté en suelo británico puede ser esclavo. El aire de Inglaterra es aire de libertad. Los ingleses se precian de ello. —Pero pensó: «No obstante, poseen esclavos en otros países»—. Desde el momento en que el ayuda de cámara de sir William me bajó del barco en brazos, fui libre.

—En cualquier caso, ¡tenemos que castigarlos! —gritó el caballero—. Podemos matar fácilmente al marido de lady Pole, después bajaré al infierno a buscar a su abuelo y entonces...

—Pero no fueron sir William ni sir Walter los que esclavizaban a la gente —protestó Stephen—. Sir Walter siempre se ha opuesto a la trata de esclavos. Y sir William fue muy bueno conmigo. Me bautizó y me dio una educación.

—¿Que te bautizó? ¿Hasta tu mismo nombre es una imposición de tus enemigos? ¿No significa esclavitud? Te aconsejo que renuncies a él y elijas otro en cuanto subas al trono de Inglaterra. ¿Cómo te llamaba tu madre?

—No lo sé, señor. No estoy seguro de que me llamara de algún modo.

El caballero entornó los ojos en señal de que estaba pensando intensamente.

—Una madre muy rara sería la que no diera un nombre a su hijo. Sí, tiene que haber un nombre que sea tuyo. Realmente tuyo. Por lo menos eso lo veo claro. El que tu madre te daba con el corazón durante los preciosos momentos en que te tuvo en sus brazos. ¿No sientes curiosidad por saber cuál es?

—Desde luego, señor. Pero mi madre murió hace tiempo. Quizá no reveló a nadie ese nombre. Hasta el suyo se ha olvidado. Un día, siendo niño, se lo pregunté a sir William, pero él no lo recordaba.

—Sin duda lo sabía bien, pero no quiso decírtelo, por maldad. Hace falta alguien excepcional para recuperar tu nombre, Stephen, alguien de singular perspicacia, extraordinario talento e incomparable nobleza de carácter. Alguien como yo. Sí, eso haré. ¡En prueba de la estima que te tengo, descubriré tu verdadero nombre!

31. Diecisiete napolitanos muertos (Abril de 1812 – junio de 1814)

EN aquel tiempo había en el ejército británico cierto número de «oficiales exploradores» cuyo cometido consistía en hablar con la población, robar los despachos del ejército francés y conocer en cualquier momento la posición de las tropas enemigas. Por muy románticas que sean tus nociones de la guerra, nunca harán justicia a la labor de los oficiales exploradores de Wellington. Vadeaban ríos a la luz de la luna y cruzaban sierras bajo un sol abrasador. Estaban más tiempo detrás de las líneas francesas que de las inglesas, y conocían a todos los partidarios de la causa británica.

El más hábil de estos oficiales exploradores era, sin lugar a dudas, el comandante Colquhoun Grant del 11º de Infantería. Cuántas veces los franceses, al levantar la mirada de lo que estuvieran haciendo, habían divisado al comandante Grant montado a caballo, observándolos desde lo alto de una colina lejana. Los escudriñaba con su catalejo y luego tomaba notas en su cuadernito. Aquello los ponía muy nerviosos.

Una mañana de abril de 1812, Grant se encontró casualmente entre dos patrullas de la caballería francesa. Cuando comprendió que no podía escapar, abandonó el caballo y se escondió en un bosquecillo. Siempre se consideró antes soldado que espía y, en tanto que soldado, tenía a mucha honra llevar el uniforme a todas horas. Por desgracia, el uniforme del 11º de Infantería (como el de todos los regimientos de infantería) era de un vivo escarlata, por lo que los franceses no tuvieron dificultad en descubrirlo entre el claro follaje de la primavera.

Para los británicos, la captura de Grant fue una calamidad tan grande como la pérdida de toda una brigada. De inmediato, lord Wellington cursó mensajes urgentes: unos a los franceses, proponiendo un canje de prisioneros; y otros a los jefes de la *guerrilla*¹, ofreciendo dólares de plata y abundantes armas si lograban rescatar a Grant. Cuando ninguna de esas propuestas dio resultado, Wellington se vio obligado a probar otro plan. Contrató a Jerónimo Saornil, el más siniestro y feroz de los jefes guerrilleros, para que llevara a Jonathan Strange hasta el comandante Grant.

—Observará que Saornil es un personaje tremendo —le dijo Wellington al mago poco antes de que éste se pusiera en camino—, pero no abrigo temores al respecto, porque, francamente, señor Strange, usted no lo es menos.

Saornil y sus hombres eran realmente una banda patibularia. Sucios, barbudos, malolientes, con sables y cuchillos prendidos del cinturón y rifles colgados del hombro. Sus ropas y las mantas de los caballos estaban cubiertas de símbolos de crueldad y muerte: calaveras, tibias, corazones atravesados por puñales, cadalsos, crucifixiones en ruedas de carros, cuervos que picoteaban corazones y ojos, y delicias

similares. Estas imágenes estaban formadas por lo que a primera vista parecían botones de nácar pero, tras un examen más atento, resultaban ser los dientes de los franceses a los que habían dado muerte. El propio Saornil tenía tantos dientes cosidos a sus ropajes que, a cada movimiento, su cuerpo castañeteaba como si todos los franceses muertos aún estuvieran tiritando de miedo.

Rodeados como estaban por símbolos y utensilios de muerte, Saornil y sus hombres se sentían seguros de infundir terror en todo el que se cruzara en su camino. Por ello, los desconcertó descubrir que a ese respecto el mago inglés los aventajaba, ya que llevaba consigo un ataúd. Como tantos hombres violentos, los guerrilleros eran supersticiosos. Uno le preguntó a Strange qué había en el ataúd. Él respondió con indiferencia que un hombre.

Al cabo de varios días de arduo cabalgar, los guerrilleros llevaron a Strange a la cima de una colina, desde la que se dominaba la carretera principal que conducía a España y, de allí, a Francia. Le aseguraron que por allí tenían que pasar el comandante Grant y sus captores.

Saornil y sus hombres instalaron su campamento cerca de la atalaya y se dispusieron a esperar. Al tercer día vieron avanzar por la carretera un gran destacamento de soldados franceses, en medio de los cuales cabalgaba el comandante Grant, con su uniforme escarlata. Inmediatamente, Strange ordenó que abrieran el ataúd. Tres guerrilleros, armados de palancas, levantaron la tapa. En el interior encontraron a un hombre de barro, una especie de maniquí modelado con la basta arcilla roja que usan los españoles para hacer sus vistosos platos y jarras. El muñeco era de tamaño natural, pero muy tosco. Tenía por ojos dos agujeros y casi carecía de nariz; pero estaba cuidadosamente vestido con un uniforme de oficial del 11º de Infantería.

—Cuando los franceses lleguen a esa roca —le dijo Strange a Jerónimo Saornil—, usted y sus hombres deben atacarlos.

Saornil tardó un poco en asimilar estas palabras, en parte porque el español con que se expresaba Strange adolecía de ciertas excentricidades de sintaxis y pronunciación.

Cuando hubo entendido, preguntó:

—¿Hemos de tratar de liberar al buen Grant? —Tal era el nombre con que los españoles conocían a Grant.

—¡De ninguna manera! Del buen Grant me encargo yo.

Saornil y sus hombres bajaron media ladera, hasta el lugar en que unos árboles delgados formaban una pantalla que los ocultaba a la vista de los que llegaban por la carretera. Desde allí abrieron fuego, pillando desprevenidos a los franceses, varios de los cuales resultaron muertos y muchos, heridos. No había rocas ni apenas matorrales donde ponerse a cubierto, pero la carretera aún estaba expedita, lo que les brindaba la

oportunidad de escapar de sus atacantes. Tras unos minutos de pánico y confusión, los franceses reaccionaron, recogieron a sus heridos y huyeron rápidamente.

Los guerrilleros volvieron a subir el monte, convencidos de que no habían conseguido su objetivo; al fin y al cabo, con los enemigos que se alejaban iba todavía la figura del uniforme escarlata. Cuando llegaron al lugar en que habían dejado al mago, quedaron estupefactos al ver que no estaba solo. El comandante Grant se hallaba con él. Los dos hombres, sentados en una roca, comían pollo frío y bebían clarete amigablemente.

—... Brighton no está mal —decía Grant—. Pero yo prefiero Weymouth.

—Me asombra usted —respondió Strange—. Yo detesto Weymouth. Allí pasé una de las peores semanas de mi vida. Estaba terriblemente enamorado de una muchacha llamada Marianne que me despreció por un individuo que tenía una hacienda en Jamaica y un ojo de cristal.

—De eso no tuvo la culpa Weymouth. ¡Ah, capitán Saornil! —le gritó al cabecilla agitando un muslo de pollo a modo de saludo—. ¡Buenos días!

Entretanto, los oficiales y soldados de la escolta francesa siguieron viaje a Francia y, al llegar a Bayona, entregaron el prisionero al jefe de la policía de la plaza. El jefe se adelantó a saludar al que creía el comandante Grant, y quedó petrificado cuando, al extender la mano para estrechar la del comandante, salió el brazo entero. De la impresión, lo soltó, y el brazo cayó al suelo y se hizo añicos. Entonces el hombre levantó la mirada para pedir disculpas, y su espanto se acrecentó al ver que en la cara de Grant aparecía una grieta negra. A continuación, una parte de la cabeza se le desprendió y mostró el hueco del interior, y al momento todo él se había desmenuzado, lo mismo que Humpty-Dumpty, el orondo personaje de la canción infantil, personificación de un huevo que se cae de una pared y se hace pedazos.

El 22 de julio, Wellington atacó a los franceses a las puertas de la antigua ciudad universitaria de Salamanca. Fue la mayor victoria conseguida por un ejército británico en los últimos años.

Aquella noche, el ejército francés huyó a través de los bosques que se extendían al sur de la ciudad. Mientras corrían, los soldados alzaron la vista y se asombraron al ver bandadas de ángeles que se abatían sobre ellos a través de los oscuros árboles. Los ángeles refulgían con un brillo cegador. Sus alas eran tan blancas como las de los cisnes, y sus túnicas tenían un tono cambiante que iba del iris del nácar hasta el plomo de un cielo de tormenta, pasando por el plata de las escamas de los peces. Empuñaban lanzas flamígeras y sus ojos relucían de furia divina. Volaban entre los árboles con asombrosa rapidez, blandiendo sus lanzas ante la cara de los franceses.

Muchos soldados, presas del pánico, dieron media vuelta y corrieron hacia la ciudad, o sea, hacia el ejército británico que los perseguía. La mayoría, empero, se

quedaron pasmados. Uno de ellos, más valiente y decidido que el resto, trató de comprender lo que ocurría. Le parecía poco probable que de repente el cielo se hubiera aliado con los enemigos de Francia; al fin y al cabo, no ocurría tal cosa desde los tiempos del Antiguo Testamento. Observó que los ángeles los amenazaban con sus lanzas, pero no los atacaban. El hombre esperó a que uno de los ángeles arremetiera contra él y entonces trató de clavarle el sable. Pero el sable no encontró resistencia, nada más que aire. Ni el ángel dio señales de dolor o espanto. El francés gritó entonces a sus camaradas que no había motivo para asustarse, que los ángeles no eran sino ilusiones producidas por el mago de Wellington y no podían hacerles el menor daño.

Los franceses continuaron la marcha, perseguidos por los fantasmagóricos ángeles. Al salir de entre los árboles, se encontraron en la margen del Tormes. Cruzaba el río un antiguo puente que conducía a la ciudad de Alba de Tormes. Por un error de los aliados de Wellington, aquel puente estaba sin vigilancia. Los franceses lo atravesaron y escaparon por la ciudad.

Al cabo de unas horas, poco después del amanecer, lord Wellington cruzaba fatigosamente el puente de Alba de Tormes. Con él iban tres caballeros: el coronel De Lancey, viceintendente general del ejército, un apuesto joven llamado Fitzroy Somerset, secretario militar de lord Wellington, y Jonathan Strange. Todos iban cubiertos de polvo y barro y ninguno se había acostado en una cama desde hacía varios días. Ni era probable que lo hiciera en algún tiempo, ya que Wellington estaba decidido a continuar la persecución de los franceses fugitivos.

La ciudad, con sus iglesias, conventos y edificios medievales, se recortaba nítidamente en el cielo opalino. Aun a hora tan temprana (poco más de las cinco y media) la ciudad ya había despertado, y las campanas tañían celebrando la derrota de los franceses. Regimientos de fatigados soldados británicos y portugueses marchaban por las calles, y los ciudadanos salían de sus casas con ofrendas de pan, fruta y flores. Los carros que transportaban a los heridos estaban alineados junto a una pared mientras el oficial encargado enviaba a sus hombres en busca del hospital y de lugares en los que pudieran ser atendidos. Entretanto, cinco o seis monjas de rostro tosco pero aspecto capaz, procedentes de uno de los conventos, circulaban entre los heridos dándoles sorbos de leche en tazas de hojalata. Unos niños a los que no había quien pudiera convencer de que se quedaran en la cama vitoreaban con entusiasmo a los soldados, y hacían improvisados desfiles de la victoria detrás de los que se lo consentían.

Lord Wellington miró en derredor.

—¡Watkins! —le gritó a un soldado con uniforme de artillería.

—¿Sí, milord?

—Ando en busca de mi desayuno, Watkins. ¿Por casualidad has visto a mi

cocinero?

—El sargento Jefford ha dicho que había visto subir al castillo a su gente, milord.

—Gracias, Watkins —dijo, y se alejó con sus acompañantes.

No era mucho castillo el de Alba de Tormes. Años atrás, al principio de la guerra, los franceses le habían puesto sitio, y, con excepción de una torre, había quedado en ruinas. Aves y otros animales habían construido nidos y madrigueras donde en otro tiempo los duques de Alba vivían rodeados de un lujo indescriptible. Los espléndidos frescos italianos que habían dado fama al castillo eran mucho menos impresionantes ahora, sin un techo que los cobijara y después de sufrir la ruda caricia de la lluvia, el granizo, la escarcha y la nieve. El comedor carecía de las comodidades que poseen otros comedores: estaba abierto al cielo y en su centro crecía un joven abedul. Pero eso no parecía importunar en nada a los criados de lord Wellington, acostumbrados a servir la comida al general en lugares mucho más insólitos. Debajo del abedul habían puesto una mesa cubierta con un mantel blanco, y cuando Wellington y sus acompañantes llegaron al castillo, ya estaban disponiendo fuentes de panecillos, lonchas de jamón, albaricoques y mantequilla fresca. El cocinero de Wellington se fue a freír pescado y riñones picantes y a preparar café.

Los cuatro caballeros se sentaron a la mesa. El coronel De Lancey comentó que no creía poder recordar cuándo había comido por última vez. Otro hizo suyo el comentario y, desde aquel momento, guardaron silencio, dedicados a la importante tarea de comer y beber.

Cuando empezaban a sentirse más relajados y comunicativos, llegó el comandante Grant

—¡Ah, Grant! —dijo Wellington—. Buenos días. Siéntese y desayune con nosotros.

—Enseguida, milord. Pero antes tengo una información que darle. De índole un tanto sorprendente. Al parecer, los franceses han perdido seis cañones.

—¿Cañones? —preguntó milord sin mucho interés. Tomó un panecillo y se sirvió riñones—. Desde luego que han perdido cañones. ¡Somerset! —llamó a su secretario militar—. ¿Cuántas piezas de artillería capturé ayer a los franceses?

—Once, milord.

—No, no, milord —dijo Grant—. Con perdón, no me refería a los cañones obtenidos durante la contienda, sino a unos que nunca han intervenido en combate. El general Caffarelli los había enviado desde el norte al ejército francés, pero no llegaron a tiempo para la batalla. En realidad, nunca llegaron. Sabedor de que usted, milord, hostigaba de cerca a los franceses, el general Caffarelli estaba deseoso de hacer la entrega con la mayor celeridad. Formó la escolta con los primeros treinta soldados que encontró. En fin, actuó con precipitación, pero le ha sobrado tiempo para arrepentirse, porque, al parecer, de los treinta, diez eran napolitanos.

—¡Napolitanos! ¿En serio?

De Lancey y Somerset intercambiaron miradas de complacencia y hasta Jonathan Strange sonrió.

Lo cierto era que, si bien Nápoles formaba parte del Imperio francés, sus habitantes aborrecían a los franceses. Los jóvenes napolitanos estaban obligados a combatir en el ejército francés, pero no perdían ocasión de desertar, y a veces se pasaban a las filas enemigas a la carrera.

—Pero ¿y los otros soldados? —preguntó Somerset—. Es de suponer que han de impedir que los napolitanos causen perjuicio grave.

—Ya es tarde para que hagan algo —dijo el comandante Grant—. Todos están muertos. A estas horas, veinte pares de botas francesas y veinte uniformes franceses están colgados en la tienda de un ropavejero de Salamanca. Todas las guerreras tienen cortes en la espalda, como los que podría hacer un estilete italiano, y manchas de sangre.

—Así pues, los cañones están en manos de un hatajo de desertores italianos, ¿no es así? —dijo Strange—. ¿Qué van a hacer con ellos? ¿Empezar una guerra por su cuenta?

—No, no —repuso Grant—. Los venderán al mejor postor. A usted, milord, o al general Castaños. —Éste era el general que mandaba el ejército español.

—¡Somerset! ¿Cuánto debería dar por seis cañones franceses? ¿Cuatrocientos dólares?

—Sin duda bien vale cuatrocientos dólares hacer que los franceses sientan las consecuencias de su estupidez, milord. Pero lo que no comprendo es por qué no hemos tenido ya noticias de los napolitanos. ¿Qué pueden estar esperando?

—Creo que tengo la respuesta a eso —dijo Grant—. Hace cuatro noches, dos hombres se entrevistaron en secreto en un pequeño cementerio situado en una colina cerca de Castrejón. Llevaban andrajosos uniformes franceses y hablaban una especie de italiano. Después de deliberar, uno se dirigió al sur, hacia las posiciones francesas en Cantalapiedra, y el otro al norte, hacia el Duero. Creo, milord, que los desertores napolitanos están enviando mensajes a sus compatriotas para que se unan a ellos. Supongo que creen que con el dinero que usted o el general Castaños les den por los cañones, podrán regresar a Nápoles en un barco de oro. Probablemente todos tienen un hermano, un primo u otro pariente en un regimiento francés. No quieren volver a casa y presentarse a sus madres y abuelas sin llevar consigo a sus familiares.

—Dicen que las mujeres italianas tienen mal genio —convino el coronel De Lancey.

—Lo único que nos hace falta, milord —prosiguió Grant—, es encontrar a algún napolitano e interrogarlo. Estoy seguro de que todos saben dónde están los desertores y los cañones.

—¿Hay napolitanos entre los prisioneros que hicimos ayer? —preguntó Wellington.

De Lancey envió a un hombre a preguntar.

—Desde luego —reflexionó Wellington—, yo preferiría no pagar nada en absoluto. ¡Merlín! —Ese era el nombre que daba a Jonathan Strange—. Si tuviera la bondad de conjurar una visión de los napolitanos, quizá pudiéramos descubrir algún indicio de dónde se encuentran ellos y los cañones, y entonces sólo tendríamos que ir a buscarlos.

—Quizá.

—Supongo que al fondo habrá una montaña de forma rara —dijo milord jovialmente—, o un pueblo con un campanario característico. Y uno de los guías españoles reconocerá el sitio.

—Es posible.

—No parece muy seguro.

—Con perdón, milord, como creo haber dicho ya, las visiones son precisamente la clase de magia menos apta para estas cosas².

—Bien, ¿puede sugerir algo mejor?

—No, milord. Por lo menos, de momento.

—¡Pues está decidido! —dijo Wellington—. El señor Strange, el coronel De Lancey y el comandante Grant pueden concentrar su atención en descubrir el paradero de esos cañones. Somerset y yo iremos a hostigar a los franceses.

La perentoriedad con que hablaba milord indicaba que esperaba que los planes se pusieran en práctica de inmediato. Strange y el resto del estado mayor engulleron lo que quedaba del desayuno y fueron cada cual a sus respectivos quehaceres.

A eso de mediodía, Wellington y Fitzroy Somerset estaban a caballo en lo alto de una loma próxima al pueblo de García Hernández. En la árida llanura que se extendía a sus pies, varias brigadas de dragones británicos se disponían a cargar contra unos escuadrones de caballería que formaban la retaguardia del ejército francés.

En ese momento se acercó a caballo el coronel De Lancey.

—¡Ah, coronel! —dijo lord Wellington—. ¿Me ha encontrado a algún napolitano?

—No hay ninguno entre los prisioneros, milord. Pero el señor Strange ha sugerido que miráramos entre los muertos de la batalla de ayer. Por medio de la magia, ha identificado como napolitanos a diecisiete cadáveres.

—¡Cadáveres! —repitió Wellington bajando el catalejo, sorprendido—. ¿Para qué diablos necesita cadáveres?

—Ya se lo hemos preguntado, milord, pero ha respondido con evasivas. Y ha pedido que los pongan en lugar seguro, donde no puedan perderse ni ser molestados.

—Bien, supongo que no puede uno emplear a un mago y luego quejarse de que

no actúe como la gente corriente.

Un oficial situado en las inmediaciones anunció que los dragones se habían lanzado al galope y muy pronto estarían sobre los franceses. Al momento, las excentricidades del mago fueron olvidadas, lord Wellington levantó el catalejo y todos los presentes fijaron la atención en la batalla.

Entretanto, Strange había regresado al castillo de Alba de Tormes. En la torre de la armería (la única parte del castillo que seguía en pie) había encontrado una habitación que nadie utilizaba, y se la había apropiado. Esparcidos por la estancia estaban los cuarenta libros de Norrell. Todos seguían enteros, aunque algunos parecían un tanto deteriorados. Cubrían el suelo los cuadernos de Strange y papeles con fragmentos de hechizos y cálculos mágicos garabateados. En el centro de la sala, encima de una mesa, había una gran fuente de plata poco honda y lleno de agua. Los postigos estaban cerrados y en la habitación no había otra luz que la que salía de la fuente. En conjunto, era una auténtica cueva de mago, y la bonita criada española que le llevaba café y galletas de almendra con regularidad salía despavorida nada más dejar la bandeja.

Un oficial del 18º de Húsares llamado Whyte había sido destinado para ayudar a Strange. El capitán Whyte había servido un tiempo en la embajada británica en Nápoles y, bien dotado para las lenguas, entendía el dialecto napolitano a la perfección.

Strange no tuvo dificultad en conjurar las visiones, pero, como había pronosticado, daban pocos indicios de dónde podían encontrarse los hombres. Los cañones, según pudo ver, estaban semiescondidos detrás de unas rocas amarillo pálido, de las que tanto abundaban en toda la Península, y los hombres se hallaban acampados en un terreno someramente poblado de pinos y olivos, árboles que podías descubrir sólo con mirar en cualquier dirección.

El capitán Whyte se mantenía al lado del mago y traducía a un inglés claro y conciso cuanto decían los napolitanos. Pero, aunque estuvieron mirando fijamente la fuente de plata durante todo el día, averiguaron muy poco. El individuo que ha pasado hambre durante dieciocho meses, que no ve a la esposa o la novia desde hace dos años y que lleva cuatro meses durmiendo sobre barro y piedras suele tener un tanto mermadas sus dotes de conversador. Los hombres tenían poco que decirse, y si hablaban eran para describir la comida que les habría gustado tener delante, los encantos de la esposa o la novia a la que ansiaban abrazar y el colchón de plumas en que deseaban dormir.

Durante media noche y la mayor parte del día siguiente, Strange y Whyte permanecieron en la torre de la armería, ocupados en la aburrida tarea de observar a los napolitanos. Al anochecer del segundo día, un ayudante de campo llevó un mensaje de Wellington. Milord había instalado su cuartel general en un lugar llamado

Flores de Avila, donde el mago y el capitán debían presentarse a él. Así pues, embalaron los libros y la fuente de plata, recogieron todos sus efectos y salieron al calor y el polvo de los caminos.

Flores de Avila resultó un lugar desconocido del que ninguno de los españoles a los que abordaba el capitán Whyte había oído hablar. Pero cuando dos de los ejércitos más grandes de Europa marchan por una carretera, siempre dejan huella de su paso. Strange y el capitán descubrieron que lo más práctico era seguir la senda marcada por la impedimenta desechada, los carros rotos, los cadáveres y los cuervos carroñeros. Sobre el fondo de una llanura desierta y pedregosa, esas imágenes parecían vistas del infierno, que inducían a Strange a hacer lúgubres comentarios acerca de los horrores y la futilidad de la guerra. Normalmente, Whyte, soldado profesional, se hubiera sentido inclinado a protestar, pero también él estaba afectado por aquel sombrío entorno y sólo respondía:

—Es cierto, señor. Muy cierto.

Pero un soldado no debe detenerse en esos pensamientos. Su vida está llena de penalidades, y no ha de desperdiciar la ocasión de buscar solaz. Aunque a veces reflexione sobre la crueldad que ha de contemplar, es casi imposible que cuando se encuentra entre sus camaradas no se sienta más animado. Strange y el capitán llegaron a Flores de Avila a eso de las nueve, y antes de cinco minutos ya estaban saludando alegremente a sus amigos, escuchando los últimos chismes acerca de lord Wellington y haciendo infinidad de preguntas sobre la batalla de la víspera, que había terminado con otra derrota francesa. Cualquiera habría dicho que hacía un año que no veían algo que los apenara.

El cuartel general estaba instalado en las ruinas de una iglesia situada en un alto sobre el pueblo, y allí los esperaban lord Wellington, Fitzroy Somerset, el coronel De Lancey y el comandante Grant.

A pesar de haber ganado dos batallas en dos días, Wellington no estaba de muy buen humor. El ejército francés, célebre en toda Europa por la rapidez de sus marchas, había conseguido escapar y se encontraba camino de Valladolid y de la seguridad.

—Me resulta un misterio cómo pueden moverse tan aprisa —se lamentaba—. ¡Lo que yo daría por poder darles alcance y destruirlos! Pero éste es el único ejército de que dispongo, y si lo reviento me quedaré sin hombres.

—Hemos tenido noticias de los napolitanos de los cañones —les dijo el comandante Grant a Strange y Whyte—. Piden cien dólares por cada pieza. Seiscientos dólares en total.

—Es demasiado —dijo milord secamente—. Señor Strange, capitán Whyte, espero que tengan buenas noticias para mí.

—No muy buenas, milord —contestó el mago—. Los napolitanos se encuentran

en un bosque. Pero no tengo ni la menor idea de dónde pueden estar. No se cómo continuar. He probado todo cuanto sé.

—¡Pues tendrá que aprender rápidamente algo más!

Por un instante, pareció que Strange iba a dar una agria respuesta, pero lo pensó mejor, suspiró y preguntó si los diecisiete napolitanos muertos estaban en lugar seguro.

—Los han puesto en el campanario —dijo De Lancey—. El sargento Nash se encarga de su custodia. Sea lo que sea para lo que los necesite, le aconsejo que los utilice pronto. No creo que duren mucho con este calor.

—Durarán una noche más —afirmó Strange—. Las noches son frías. —Dio media vuelta y salió de la iglesia.

El estado mayor de Wellington lo vio marchar con cierta curiosidad.

—Realmente, me gustaría saber qué piensa hacer con diecisiete cadáveres —dijo Fitzroy Somerset.

—Sea lo que sea—repuso Wellington mojando la pluma en el tintero y empezando una carta a los ministros de Londres—, está claro que el asunto no le gusta. Está haciendo cuanto puede por evitarlo.

Aquella noche, Strange practicó una clase de magia que nunca había probado antes. Trató de introducirse en los sueños de la partida de napolitanos. Y lo consiguió plenamente.

Uno soñó que trepaba a un árbol, perseguido por una maléfica pierna de cordero asada. El hombre lloraba de hambre sentado en una rama, mientras la pierna daba vueltas y vueltas a su alrededor, apuntándolo con el hueso amenazadoramente. Poco después, se unieron a la pierna de cordero cinco o seis maliciosos huevos duros que cuchicheaban viles calumnias sobre él.

Otro soñó que, caminando por un bosquecillo, encontraba a su difunta madre, que le decía que acababa de mirar en la madriguera de un conejo) y dentro había visto a Napoleón Buonaparte, al rey de Inglaterra, al Papa y al zar de Rusia. El hombre entró en la madriguera y, al llegar al fondo, descubrió que Napoleón Buonaparte, el rey de Inglaterra, el Papa y el zar de Rusia eran una misma persona, un hombre grueso, tan grande como una iglesia, con dientes de hierro oxidado y ojos como ruedas de carro llameantes. «¡Ja! —se burló el inmenso hombre—. No pensarías que éramos personas diferentes, ¿verdad?», y de un caldero de agua hirviendo que tenía a su lado sacó al hijito del soldado y lo devoró.

En definitiva, los sueños de los napolitanos, aunque interesantes, no eran muy reveladores.

A la mañana siguiente, a eso de las diez, lord Wellington estaba sentado ante un improvisado escritorio en el presbiterio de la ruinosa iglesia. Al levantar la mirada vio entrar a Strange.

—¿Y bien? —preguntó.

Strange suspiró y dijo:

—¿Dónde está el sargento Nash? Necesito que saque los cadáveres. Con su permiso, milord, probaré una clase de magia de la que una vez oí hablar³.

Entonces por el cuartel general corrió la noticia de que el mago iba a hacerles algo a los napolitanos muertos. Flores de Ávila era una pequeña población de apenas un centenar de casas. La noche anterior había resultado muy aburrida para un ejército que acababa de lograr una gran victoria y tenía ganas de celebrarla, y los hombres, confiaban en que la magia de Strange les proporcionara diversión. Pronto se congregó para presenciarla una pequeña multitud de oficiales y soldados.



La iglesia tenía una terraza de piedra desde la que se dominaba un estrecho valle y un panorama de montes altos y pálidos. Viñedos y olivares cubrían sus laderas. El sargento Nash y sus hombres sacaron los diecisiete cadáveres del campanario y los sentaron con la espalda apoyada contra el murete que bordeaba la terraza.

Strange pasó revista y le dijo a Nash:

—Me parece que dejé muy claro que no quería que nadie los tocara. El sargento respondió, indignado:

—Estoy seguro de que ninguno de mis hombres los ha tocado, señor. Pero, milord —añadió apelando a lord Wellington—, apenas quedaba en el campo un cadáver al

que los irregulares españoles no le hubieran hecho algo... —Y se extendió en el comentario de los varios defectos nacionales de los nativos, agregando, en conclusión, que si uno se acostaba donde los españoles pudieran encontrarlo, se arrepentiría cuando despertara.

Wellington agitó una mano con impaciencia para silenciar al hombre.

—No me parece que estén muy mutilados —le dijo a Strange—. ¿Importa mucho?

El mago murmuró hoscamente que suponía que no, si no fuera porque él tenía que mirarlos.

Las heridas que mostraban los napolitanos parecían las que les habían causado la muerte, sí, pero todos estaban desnudos y a algunos les habían cortado los dedos... para robarles los anillos más fácilmente. Uno había sido un joven bien parecido, pero estaba desfigurado porque le habían arrancado los dientes (para dentaduras postizas) y cortado el pelo (para pelucas).

Strange ordenó a un hombre que le llevara un cuchillo bien afilado y vendas. Cuando tuvo el cuchillo, se quitó la chaqueta y se subió una manga de la camisa. Entonces se puso a murmurar en latín. A continuación se hizo en el brazo un corte largo, y cuando manó la sangre, la dejó caer sobre la cabeza de los cadáveres y les untó con ella ojos, lengua y fosas nasales. Al cabo de un momento, el primer cadáver despertó. Se oyó un sonido áspero y horrible cuando sus secos pulmones se llenaron de aire. Las extremidades empezaron a temblarle de un modo espantoso. Uno de los muertos se puso a hablar en un lenguaje gutural que contenía una mayor proporción de gritos que cualesquiera de las lenguas que conociesen los presentes.

Hasta Wellington palideció un poco. Sólo Strange seguía impassible.

—¡Dios mío! —exclamó Fitzroy Somerset—. ¿Qué lenguaje es ése?

—Creo que es un dialecto del infierno —respondió Strange.

—¿Sí? Vaya, qué curioso.

—Pues lo han aprendido pronto —dijo Wellington—. Llevan muertos sólo tres días. —Los que hacían las cosas con rapidez y eficacia merecían su aprobación—. ¿Usted conoce esa lengua? —preguntó a Strange.

—No, milord.

—Entonces ¿cómo vamos a hablarles?

A modo de respuesta, el mago agarró por la cabeza al primer cadáver, le insertó los dedos entre los temblorosos labios y le escupió en la boca, que al instante empezó a hablar en su lengua materna terrenal, un cerrado dialecto napolitano que para la mayoría era tan impenetrable y atroz como el lenguaje en que se había expresado antes. Pero tenía la ventaja de ser perfectamente comprensible para el capitán Whyte.

Grant y De Lancey interrogaron a los napolitanos con ayuda de Whyte, y quedaron muy satisfechos con las respuestas obtenidas. Por estar muertos, los

napolitanos estaban mucho más deseosos de complacer a sus interrogadores de lo que hubiera podido estarlo un informador vivo. Al parecer, poco antes de morir en la batalla de Salamanca, aquellos infelices habían recibido un mensaje secreto de sus compatriotas escondidos en el bosque, por el que se les comunicaba la captura de los cañones e instaba a dirigirse a un pueblo situado varias leguas al norte de Salamanca, desde el que podrían encontrar el bosque con facilidad, siguiendo las señales secretas marcadas con tiza en árboles y peñas.

El comandante Grant se llevó a un pequeño destacamento de caballería, y a los pocos días estaba de vuelta con los cañones y los desertores. Wellington quedó encantado.

Desgraciadamente, Strange no supo hallar el hechizo para devolver a los napolitanos muertos a su terrible sueño⁴. Probó varias medidas que tuvieron escaso efecto, salvo una, que hizo que los diecisiete cadáveres crecieran hasta alcanzar los seis metros de estatura y se volvieran extrañamente transparentes, como enormes acuarelas de sí mismos pintadas en fina gasa. Cuando Strange logró que recuperaran su tamaño natural, el problema de qué hacer con ellos aún seguía pendiente.

En un principio, los pusieron con los prisioneros franceses. Pero los cautivos protestaron airadamente de que se les confinara con aquellos horrores espectrales. «En realidad —observó lord Wellington, contemplando los cadáveres con repugnancia—, no puede reprochárseles.»

Así pues, cuando los prisioneros fueron enviados a Inglaterra, los napolitanos muertos permanecieron con el ejército. Durante todo aquel verano, los transportaron en una carreta de bueyes y, por orden de Wellington, se les pusieron grilletes, con el objeto de mantenerlos en un mismo sitio, pero los difuntos no le temían al dolor; en realidad, no parecían sentirlo, por lo que para ellos no suponía dificultad alguna desprenderse de los grilletes, y de pedazos de su cuerpo al mismo tiempo. Tan pronto se soltaban, iban en busca de Strange para suplicarle en tono lastimero que les restituyera la vida plena. Habían visto el infierno y no querían volver a él.

En Madrid, el pintor Francisco de Goya hizo en tiza roja un esbozo de Jonathan Strange rodeado de los napolitanos muertos. En el dibujo, Strange está sentado en el suelo, con la mirada baja y los brazos caídos, en actitud de indefensión y desesperanza. Los napolitanos se apiñan en torno a él; unos lo miran con ansia, otros con súplica, y uno tiene un dedo extendido y se lo acerca a la parte posterior de la cabeza, con gesto vacilante. Huelga mencionar que este retrato de Strange es muy distinto de todos los demás.

El 25 de agosto, lord Wellington ordenó que se destruyera a los napolitanos muertos⁵.

Strange temía que llegara a oídos de Norrell el acto de magia que había realizado en la ruinosa iglesia de Flores de Ávila. No habló de él en sus cartas y rogó a lord

Wellington que no lo mencionara en sus despachos.

—Está bien —dijo milord. En cualquier caso, no sentía inclinación alguna a escribir sobre magia. Le desagradaba tener que tratar de cosas que no comprendía perfectamente—. Pero no creo que sirva de mucho —agregó—. Todo el que haya escrito a casa durante los cinco últimos días habrá hecho el relato completo.

—Ya lo sé —admitió Strange, compungido—, pero los soldados siempre exageran al hablar de mí, y quizá en Inglaterra la gente ya no los tome muy en serio. Pensarán que, sencillamente, curé a unos napolitanos heridos o algo por el estilo.

La resurrección de los diecisiete napolitanos era un buen ejemplo de la clase de problemas que se le planteaban a Strange durante la segunda mitad de la guerra. Al igual que había ocurrido antes con los ministros, lord Wellington estaba habituándose a utilizar la magia para alcanzar sus fines y reclamaba de su mago hechizos cada vez más complicados. Ahora bien, a diferencia de los ministros, Wellington tenía poco tiempo y poca paciencia para escuchar largas explicaciones de por qué no era posible una cosa. Al fin y al cabo, siempre exigía imposibles de sus ingenieros, sus generales y sus oficiales, y no veía razón para hacer una excepción con su mago. «¡Encuentre otra manera!», era todo lo que decía cuando Strange trataba de explicar que tal o cual acto de magia no había sido intentado desde 1302, o que se había perdido la fórmula, o que nunca había existido. Con frecuencia se veía obligado a inventar mucha de la magia que practicaba, partiendo de principios generales o de antiguos textos semiolvidados, como hacía en sus comienzos, antes de conocer a Norrell.

A principios del verano de 1813 realizó un conjuro como no se había hecho desde los días del Rey Cuervo: cambió de sitio un río. Las cosas ocurrieron así: aquel verano, la guerra marchaba bien y todo lo que hacía lord Wellington tenía éxito. No obstante, sucedió que cierta mañana de junio, los franceses, por primera vez en mucho tiempo, se encontraban en una posición ventajosa. Milord se reunió con sus generales para discutir las medidas a fin de remediar tan poco halagüeña situación. Strange fue llamado a la tienda de lord Wellington, donde encontró a la plana mayor reunida alrededor de una mesa sobre la que había un gran mapa extendido.

Milord, que aquel verano estaba de un humor excelente, saludó al mago casi con afecto.

—¡Ah, Merlín, adelante! ¡Éste es el problema! Nosotros estamos a este lado del río y los franceses al otro, y sería mucho mejor que se invirtieran las posiciones.

Un general explicó que si el ejército marchaba hacia el oeste hasta aquí, si construía un puente aquí y si atacaban a los franceses aquí...

—¡Llevaría demasiado tiempo! —declaró Wellington—. ¡Demasiado tiempo! Merlín, ¿no podría hacer que al ejército le crecieran alas para que volase por encima de los franceses? ¿Sería posible? —Quizá hablara medio en broma, pero sólo medio—. Se trata, simplemente, de dar a cada hombre un par de alitas. Tomemos al capitán

Macpherson, por ejemplo —dijo, mirando a un escocés enorme—. Me gustaría verlo revolotear por ahí.

Strange miró a Macpherson con aire pensativo.

—No, milord —respondió al fin—, pero le agradecería que me prestara al capitán y el mapa durante un par de horas.

Strange y Macpherson estudiaron el mapa concienzudamente, y luego el mago volvió a presentarse ante Wellington y le dijo que se tardaría mucho tiempo en dotar de alas a todos los hombres del ejército, pero que sería cuestión de un momento mover el río, si él lo creía conveniente.

—Aquí el río fluye hacia el sur y aquí gira hacia el norte. Si, por el contrario, aquí fuera hacia el norte y aquí girase hacia el sur, nosotros estaríamos en la orilla norte y los franceses en la orilla sur.

—¡Oh! —dijo milord—. Muy bien.

La nueva situación del río desconcertó de tal modo a los franceses que varias compañías, cuando recibieron órdenes de dirigirse hacia el norte, fueron en la dirección opuesta, convencidas de que, teniendo el río a sus espaldas, iban hacia el norte. Nunca se volvió a saber de aquellas compañías y se dio por seguro que habían sido aniquiladas por los guerrilleros.

Lord Wellington comentó después jovialmente, hablando con el general Picton, que no había nada tan fatigoso para los hombres y los caballos como tener que marchar sin cesar, y creía preferible que, en adelante, se quedaran quietos, mientras el señor Strange movía España bajo sus pies como si fuera una alfombra.

Entretanto, la alarma empezaba a cundir en las Cortes de Cádiz, que temían no reconocer a su país cuando finalmente lo recuperaran de los franceses, y presentaron una queja al ministro de Asuntos Exteriores británico (una prueba de ingratitud, en opinión de muchos). El ministro convenció a Strange de que escribiera a las Cortes una carta prometiendo que, después de la guerra, volvería a poner el río en su sitio y también «cualesquiera otras cosas que lord Wellington necesite desplazar en el curso de la guerra». Entre las muchas cosas que Strange movió había un olivar y un pinar en Navarra⁶, la ciudad de Pamplona⁷ y dos iglesias de la ciudad de Saint Jean de Luz, en Francia⁸.

El 6 de abril de 1814 abdicó el emperador Napoleón Buonaparte. Dicen que lord Wellington, al ser informado, se puso a bailar. Cuando Strange se enteró de la noticia, soltó una carcajada que cortó bruscamente para murmurar:

—¡Santo Dios! ¿Qué van a hacer con nosotros ahora?

En aquel momento se supuso que con esa pregunta se refería al ejército, pero más adelante hubo quienes insinuaron si no estaría pensando en sí mismo y en el otro mago.

El mapa de Europa se dibujó de nuevo: los reinos creados por Buonaparte fueron

desmantelados y sustituidos por los antiguos; varios reyes fueron depuestos y otros repuestos en sus tronos. Los pueblos de Europa se felicitaban de haber derrotado por fin al Gran Intruso. Pero, de pronto, a los habitantes de Gran Bretaña les parecía que la guerra había tenido una finalidad diferente: había hecho de su país la nación más grande del mundo. En Londres, el señor Norrell tenía la satisfacción de oír decir a unos y otros que la magia —la suya y la del señor Strange— había sido de vital importancia en la obtención de ese resultado.

Una noche de últimos de mayo, Arabella regresó de Carlton House, donde había asistido a una cena ofrecida por el príncipe regente para celebrar la victoria. Allí se había hablado de su marido en los términos más elogiosos, se habían pronunciado brindis en su honor y el mismo príncipe le había dedicado grandes cumplidos. Ya era poco más de medianoche y, sentada en el salón, pensaba que lo único que necesitaba para que su felicidad fuese completa era que su marido volviera a casa, cuando una de las criadas irrumpió gritando:

—¡Señora! ¡El señor ha vuelto!

Alguien entró en la habitación.

Era una persona más delgada y morena de lo que ella recordaba, con el cabello más gris y una pálida cicatriz encima de la ceja izquierda. No era una cicatriz reciente, pero ella nunca la había visto. Las facciones eran las mismas, pero tenían un gesto distinto. No parecía la persona en que ella estaba pensando hacía un momento. Pero antes de que pudiera sentirse defraudada, o azorada, como había temido que le ocurriera cuando su marido regresara por fin a casa, él lanzó en derredor una de aquellas miradas irónicas que tan bien conocía ella, la contempló con la más familiar de las sonrisas y dijo:

—Ya estoy en casa.

A la mañana siguiente, aún no se habían dicho ni la centésima parte de todo lo que querían decirse.

—Siéntate aquí —le dijo él.

—¿En esta silla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que pueda mirarte. Hace tres años que no te miro y lo echaba de menos. Tengo que resarcirme.

Ella se sentó, pero al cabo de unos momentos empezó a sonreír.

—Jonathan, no puedo mantener la compostura si me miras así. A este paso, te habrás resarcido en media hora. Siento contrariarte, pero es que nunca me has mirado mucho. Siempre estabas con la nariz metida en algún libro viejo y polvoriento.

—Falso. Había olvidado por completo lo discutidora que eres. Dame ese papel y me lo anotaré.

—Ni lo sueñes —rió Arabella.

—¿Sabes qué es lo primero que pensé al despertarme esta mañana?

Que tenía que darme prisa en levantarme para afeitarme y desayunar antes de que el criado de alguien se llevara toda el agua caliente y los panecillos. Entonces recordé que todos los criados de esta casa son míos y toda el agua caliente es mía y todos los panecillos también. Me parece que nunca me había sentido tan feliz.

—¿Nunca tenías comodidades en España?

—En la guerra, o vives como un príncipe o como un vagabundo. He visto a lord Wellington... debería decir su excelencia⁹, dormir bajo un árbol con un pedrusco por almohada. Y también he visto a ladrones y mendigos roncar en colchones de plumas en dormitorios de palacios. La guerra pone el mundo patas arriba.

—Pues confío en que no encuentres Londres muy aburrido. El caballero con pelo como vilano de cardo dice que, una vez has probado la guerra, en casa te aburres.

—¡Ja! ¡Imposible! ¿Con todo limpio y en su sitio? ¿Y todos tus libros y tus cosas al alcance de la mano? ¿Y con tu esposa delante de ti cada vez que levantas la mirada? ¿Qué es...? ¿Quién has dicho que era? ¿El caballero con el pelo cómo?

—Como vilano de cardo. Seguro que sabes a quién me refiero. Vive con sir Walter y lady Pole. Bien, no sé si vive allí, pero lo veo siempre que voy.

Strange juntó las cejas.

—No lo conozco. ¿Cómo se llama?

Arabella no lo sabía.

—Supongo que es pariente de sir Walter o de lady Pole. Es extraño que nunca se me haya ocurrido preguntarle su nombre. He hablado con él, ¡oh!, horas y horas.

—¿Sí? No sé si eso me gusta. ¿Es guapo?

—Sí, muy guapo. ¡Qué extraño que no sepa cómo se llama! Es muy divertido. Distinto de la gente que normalmente encuentras por ahí.

—¿Y de qué habláis?

—¡Oh, de todo! Pero al final siempre quiere hacerme regalos. El lunes quería ofrecermé un tigre de Bengala. El miércoles, a la reina de Nápoles, porque dijo que nos parecemos mucho y que estaba seguro de que seríamos buenas amigas, y el viernes insistía en enviar un criado a buscarme un árbol musical...

—¿Un árbol musical?

—¡Un árbol musical! —rió Arabella—. Dice que en una montaña con un nombre de cuento crece un árbol que, en lugar de fruta, da partituras, y que su música es muy superior a cualquier otra. Nunca sé si él se cree sus propias historias o no. A veces me parece que está loco. Siempre estoy dándole excusas para no aceptar sus regalos.

—Me alegro. No me hubiera gustado llegar y encontrarme la casa llena de tigres, reinas y árboles musicales. ¿Has sabido algo de Norrell recientemente?

—Recientemente no.

—¿Por qué sonríes?

—¿Sonreía? No me he dado cuenta. Bien, te lo diré. Una vez me envió un mensaje, nada más.

—¿Una vez? ¿En tres años?

—Sí. Hace cosa de un año, corrió el rumor de que te habían matado en Vitoria, y Norrell mandó a Childermass a preguntar si era cierto. Yo no sabía más que él, pero aquella noche llegó el capitán Moulthrop. No hacía ni dos días que había desembarcado en Portsmouth y vino directamente a decirme que la noticia era falsa. ¡Nunca olvidaré su amabilidad! Pobre muchacho, hacía menos de un mes que le habían amputado un brazo y aún sufría mucho. Pero en la mesa tienes una carta de Norrell. Childermass la trajo ayer.

Strange se levantó y fue hacia la mesa. Tomó la carta y le dio la vuelta.

—En fin, supongo que debo ir.

La verdad era que no lo entusiasmaba la idea de ver de nuevo a su antiguo mentor. Se había acostumbrado a pensar y actuar con independencia. En España recibía instrucciones del duque de Wellington, pero la magia que obraba para cumplirlas la decidía él solo. No le seducía la perspectiva de volver a practicar la magia bajo la dirección de Norrell, y después de los meses pasados en compañía de los aguerridos oficiales de Wellington, la idea de tener que estar horas y horas sin poder hablar con nadie que no fuese Norrell era un poco deprimente.

No obstante, pese a sus temores, la reunión fue muy cordial. Norrell se mostró tan contento de verlo, tan interesado en la índole de los hechizos utilizados en España, tan complacido por todo lo realizado, que Strange casi empezó a pensar que había juzgado mal a su tutor.

Naturalmente, Norrell no quiso ni oír hablar de que Strange renunciara a seguir siendo su discípulo.

—¡No, no y no! ¡Debe usted continuar! Nos espera mucho trabajo. Ahora que ha terminado la guerra, empieza nuestra verdadera tarea. ¡Tenemos que afianzar la magia en la Edad Moderna! Varios ministros me han hecho partícipe de su convicción de que les sería imposible seguir gobernando el país sin nuestra ayuda, lo cual resulta muy gratificante. Sin embargo, a pesar de todo lo que usted y yo hemos hecho, aún hay malentendidos. El otro día oí decir a lord Castlereagh que, a instancias del duque de Wellington, usted había empleado magia negra en España. Me faltó tiempo para asegurarle que usted no utilizaba sino los métodos más modernos.

Strange no respondió enseguida e inclinó la cabeza ligeramente, en un gesto que el otro interpretó como de asentimiento.

—Pero estábamos hablando de si debería seguir como discípulo suyo. Ya domino todas las clases de magia de la lista que usted confeccionó hace cuatro años. Y recordará que, antes de mi marcha a la Península, me dijo que estaba plenamente

satisfecho de mis progresos.

—¡Oh, aquello era apenas un comienzo! Mientras estaba usted en España, he hecho otra lista. Llamaré a Lucas para que me la traiga de la biblioteca. Además, hay otros libros que quiero que lea. —Lo miraba con sus ojillos azules, parpadeando nerviosamente.

Strange dudó. Eso era una alusión a la biblioteca de Hurtfew Abbey, que él aún no había visto.

—¡Oh, señor Strange! —exclamó Norrell de pronto—. Celebro que haya vuelto a casa. Estoy muy contento de verlo de nuevo. Espero mantener con usted largas horas de conversación. El señor Lascelles y el señor Drawlight han venido con frecuencia...

Strange dijo que estaba seguro de ello.

—... pero con ellos no se puede hablar de magia. Venga mañana. Temprano. ¡Venga a desayunar!

32. El rey (Noviembre de 1814)

A Primeros de noviembre de 1814, el señor Norrell fue honrado con la visita de muy nobles caballeros —un conde, un duque y dos barones— que, según dijeron, deseaban hablar con él de un asunto sumamente delicado, pero era tal la discreción con que lo abordaban que, tras media hora de estar hablando, Norrell aún no sabía qué pretendían que hiciera.

Resultó que, aun siendo aquellos caballeros de muy alto rango, actuaban en nombre de alguien más importante todavía —el duque de York—, y que habían ido a hablar con Norrell acerca de la locura del rey. Los hijos del monarca habían visitado a su padre recientemente y habían quedado horrorizados al ver su triste estado, y, aunque todos eran egoístas, algunos disolutos y ninguno inclinado a los sacrificios, habían convenido en que darían cualquier suma de dinero y se cortarían tantos brazos o piernas como hiciera falta con tal de aliviar el sufrimiento del rey.

Pero si se habían peleado para decidir qué médico debía atender a su padre, ahora se peleaban acerca de si debía ser tratado por un mago. El más refractario a la idea era el príncipe regente. Muchos años antes, en vida del gran señor Pitt, el rey sufrió un fuerte ataque de locura y el príncipe ocupó su lugar; después el soberano se restableció y su hijo fue despojado de sus poderes y privilegios. De todos los fastidios del mundo, pensaba el príncipe regente, el peor era el de levantarse de la cama con la incertidumbre de si eras o no el que gobernaba Gran Bretaña. Por ello, quizá pudiese perdonársele el desear que el rey siguiera loco o, por lo menos, que no tuviera más alivio que el que la muerte le deparase.

Norrell, que no deseaba ofender al príncipe regente, se excusó diciendo que dudaba mucho de que la enfermedad del rey respondiese a ningún tratamiento mágico. Entonces, el segundo hijo del monarca, el duque de York, que era militar, le preguntó al duque de Wellington si creía que se podría convencer al señor Strange para que visitara a su padre.

—¡Oh, desde luego! —repuso Wellington—. El señor Strange agradece cualquier oportunidad que se le brinda para practicar la magia. Nada lo complace más. Las misiones que le encomendé en España presentaban toda clase de dificultades, y, aunque él se lamentaba aparentando desagrado, lo cierto es que no podía estar más alegre. Yo tengo en muy alta estima su talento. España, como su alteza real sabe, es uno de los países menos civilizados del mundo, sin apenas vías de comunicación que sean algo más que caminos de cabras. Gracias al señor Strange, mis hombres disponían de buenas carreteras inglesas que los llevaban a donde tuvieran que ir, y si una montaña, un bosque o una ciudad se interponía en nuestro camino, el señor Strange sencillamente los cambiaba de sitio.

El duque de York observó que el rey Fernando de España había escrito al príncipe regente lamentándose de que el mago inglés hubiera dejado irreconocibles muchas zonas de su reino y exigiendo que regresara a España para devolver al país su forma original.

—Oh —dijo Wellington sonriendo—, de modo que aún siguen quejándose por eso...

Como consecuencia de esa conversación, al bajar al salón un jueves por la mañana, Arabella Strange encontró en él a todos los vástagos varones del rey. Eran cinco: sus altezas reales los duques de York, Clarence, Sussex, Kent y Cambridge. Todos estaban entre los cuarenta y los cincuenta años, todos habían sido bien parecidos, pero todos eran amantes de la buena mesa y el buen vino y, por tanto, todos tiraban a gruesos.

Strange estaba de pie junto a la chimenea, con un codo apoyado en la repisa, un libro del señor Norrell en la mano y una expresión de educado interés en la cara, mientras sus altezas reales hablaban a la vez, interrumpiéndose unos a otros en su afán por describir la situación del rey con todo su patetismo.

—Si viera cómo le resbalan a su majestad las sopas de leche por la barbilla —le dijo el duque de Clarence a Arabella con lágrimas en los ojos—, cómo lo atormentan temores imaginarios y cómo mantiene largas conversaciones con el señor Pitt, que lleva muerto un siglo... en fin, querida mía, no podría menos que sentir una viva congoja. —Asió la mano de Arabella y se puso a acariciarla, tomándola, al parecer, por la criada.

—Todos los súbditos de su majestad lamentamos su enfermedad —dijo ella—. Ninguno de nosotros es insensible a su sufrimiento.

—¡Querida mía! —exclamó el duque, encantado—. ¡Cómo me conmueve oírle decir eso! —Y le estampó un real beso, grande y húmedo, en la mano, mirándola con ternura.

—Si el señor Norrell no lo considera un caso susceptible de tratamiento por la magia, francamente no creo que existan posibilidades —dijo Strange—. ¡Pero desde luego que visitaré a su majestad con sumo gusto!

—En tal caso —dijo el duque de York—, sólo queda el problema de los Willis.

—¿Los Willis?

—¡Exacto! —exclamó el duque de Cambridge—. Los Willis son más impertinentes de lo que quepa imaginar.

—No hay que incomodarlos —advirtió el duque de Clarence—, o se desquitarán con su majestad.

—Pondrán muchos inconvenientes a la visita del señor Strange al rey

—suspiró el duque de Kent.

Los Willis eran dos hermanos dueños de un manicomio de Lincolnshire. Hacía

muchos años que asistían al rey, siempre que éste perdía el juicio. Y cuando lo recuperaba, su majestad no se cansaba de repetir lo mucho que odiaba a los Willis y cómo lo ofendía su trato cruel. Había hecho prometer a la reina, a los duques y a las princesas que si sufría otro ataque de locura, no lo confiarían al cuidado de los Willis, pero en vano. A la primera señal de delirio se llamaba a los Willis, que acudían inmediatamente, encerraban al rey en una habitación, le ponían una camisa de fuerza y le administraban fuertes medicinas purgantes.

Supongo que sorprenderá a mis lectores (como sorprendió a todo el mundo) que un rey fuera incapaz de decidir su destino. Pero considerad la alarma que la amenaza de la locura suscita en una familia corriente. ¡Y considerad cuánto mayor será la alarma si el que la sufre es el rey de Gran Bretaña! Si tú o yo enloquecemos, será una desgracia para nosotros, nuestros familiares y amigos. Pero la demencia de un monarca es un desastre para toda la nación. Con frecuencia, en el pasado la enfermedad del rey Jorge había creado incertidumbre acerca de quién debía gobernar el país. No existían precedentes. Nadie sabía qué hacer. No era que los Willis gozaran de gran aprecio o respeto, ni que su tratamiento aliviara en algo los tormentos del rey. El secreto del éxito de los Willis consistía en que ellos conservaban la sangre fría cuando los demás eran presas del pánico. Ellos asumían una responsabilidad que los demás ansiaban rehuir. A cambio, exigían el control absoluto de la persona del rey. No se permitía a nadie hablar con él sin que estuviera presente un Willis. Ni siquiera a la reina, ni al primer ministro. Ni a los trece hijos e hijas del paciente.

—Bien —dijo Strange cuando le hubieron explicado las circunstancias—, yo preferiría hablar con su majestad sin el estorbo de la presencia de otras personas, especialmente personas contrarias a mis propósitos. No obstante, si en ocasiones he podido burlar a todo el ejército francés, creo que con dos médicos podré arreglármelas. Dejen a los Willis de mi cuenta.

El mago se negó a hablar de honorarios antes de ver al rey. No cobraría nada por visitar a su majestad, y los duques, que tenían grandes deudas de juego y casas llenas de hijos ilegítimos, lo consideraron una muestra de generosidad.

A primera hora del día siguiente, Strange cabalgó hasta el castillo de Windsor. Hacía frío y una niebla blanca se extendía por doquier. Durante el camino, realizó tres pequeños hechizos. El primero, para que los Willis durmieran hasta mucho más tarde de lo habitual; el segundo, para que las esposas y los criados de los Willis se olvidaran de despertarlos; y el tercero, para que cuando los Willis se despertaran por fin, no encontrasen la ropa ni las botas donde las habían dejado. Dos años antes, hubiera sentido escrúpulos por hacer objeto de semejantes tretas, por triviales que fuesen, a unos desconocidos, pero ahora no lo inquietó en absoluto. Al igual que muchos caballeros que habían estado en España con el duque de Wellington, inconscientemente había empezado a imitar a su excelencia, que actuaba siempre de

la forma más directa posible⁴.

Hacia las diez, Strange cruzó el Támesis por el pequeño puente de madera del pueblo de Datchet. Avanzó por el sendero que discurre entre el río y la muralla del castillo y entró en la ciudad de Windsor. En la puerta del castillo, le dijo al centinela quién era y el objeto de su visita. Apareció un criado con uniforme azul para acompañarlo a los aposentos del rey. Parecía un hombre cortés e inteligente y, como tantos criados de grandes mansiones, estaba muy orgulloso del castillo y de todo lo relacionado con él. Su mayor placer era mostrarlo a los visitantes y pensar que quedaban asombrados, impresionados y atónitos.

—No será ésta su primera visita al castillo, ¿verdad, señor? —fue su primera pregunta.

—Lo es, en efecto. No había estado aquí en toda mi vida.

El hombre pareció escandalizarse.

—En tal caso, señor, se ha perdido una de las visiones más nobles que puede ofrecer Inglaterra.

—¿Sí? Bien, pues ya estoy aquí.

—Pero ha venido por trabajo, señor —repuso en tono de reproche—, y supongo que no dispondrá de tiempo para contemplar las cosas con calma. Debe venir otra vez. En verano. Y, si está casado, me permitiré observar que a las señoras les encanta el castillo.

El solícito criado lo condujo por un patio de proporciones impresionantes. Mucho tiempo atrás, en épocas de guerra, debió de dar refugio a gran número de personas y animales, y aún quedaban varios edificios muy antiguos de sencilla construcción que testimoniaban el carácter militar que en un principio tuvo el castillo. Pero, con el tiempo, el ansia de pompa y esplendor había prevalecido sobre consideraciones más utilitarias, y se había construido una magnífica iglesia que ocupaba casi todo el espacio. Aquella iglesia (llamada «la capilla», pero que más parecía una catedral) exhibía la compleja ornamentación de que es capaz el gótico. Estaba rodeada de picudos contrafuertes, coronada de altos pináculos y atestada de capillas, oratorios y sacristías.

El criado llevó a Strange por delante de un montículo de pendientes lisas sobre el que se alzaba la torre que configura la característica silueta del castillo. Por una puerta medieval, pasaron a otro patio de proporciones casi tan colosales como el anterior, pero mientras aquél estaba lleno de sirvientes, soldados y dignatarios, éste se hallaba vacío y silencioso.

—Lástima que no viniera usted hace años, señor —se lamentó el criado—. Entonces, previa solicitud al jefe de la casa, era posible visitar los aposentos del rey y la reina, pero ahora la enfermedad de su majestad lo hace imposible.

Guió a Strange hasta una imponente puerta gótica situada en el centro de una

larga fila de edificios. Mientras subían por una escalera de piedra, el hombre continuó lamentándose de los muchos obstáculos que impedían a Strange ver el castillo. Estaba convencido de que la decepción del visitante había de ser grande.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto—. ¡Le enseñaré el salón de San Jorge! Oh, no es ni la centésima parte de lo que tendría que ver, señor, pero le dará una idea de lo sublime que llega a ser el edificio.

En lo alto de la escalera, el hombre torció a la derecha y cruzó rápidamente una sala de paredes adornadas con panoplias de espadas y pistolas. Strange lo siguió y entraron en un gran salón de altos techos y doscientos o trescientos pies de largo.

—¡Mire! —dijo el criado, con tanta satisfacción como si lo hubiera construido y decorado con sus propias manos.

En la pared sur, altas ventanas en arco dejaban entrar una luz fría y lechosa. La parte baja de los muros estaba cubierta de paneles de peral con los bordes tallados y dorados, y la parte alta y el techo habían sido decorados con pinturas de dioses, diosas, reyes y reinas. En el techo se veía cómo Carlos II era elevado a la gloria eterna en una nube blanca y azul, rodeado de rosáceos querubines regordetes. Generales y diplomáticos depositaban trofeos a sus pies, mientras Julio César, Marte, Hércules y otros personajes importantes contemplaban la escena un tanto cohibidos, por haber hecho de pronto el mortificante descubrimiento de su inferioridad respecto al monarca inglés.

Todo aquello era de suma magnificencia, pero lo que más llamó la atención de Strange fue un enorme mural que cubría toda la pared norte. En el centro se veía a dos reyes sentados en sendos tronos. A cada lado había caballeros, damas, cortesanos, dioses y diosas, unos de pie y otros de rodillas. El lado izquierdo de la pintura estaba inundado de sol. El rey de esa parte era un hombre vigoroso y bien parecido que irradiaba toda la fuerza de la juventud. Vestía una túnica de color claro y tenía un cabello rubio y rizado. Lucía una corona de laurel y empuñaba un cetro. La gente y los dioses que lo servían estaban provistos de cascos, corazas, lanzas y espadas, como si el artista hubiese buscado reflejar que ese monarca sólo atraía la amistad de los hombres y dioses más belicosos. En el sector derecho, la luz era tenue, como si el artista hubiese buscado representar un crepúsculo de verano. En torno a las figuras lucían estrellas. El rey de ese lado era un hombre pálido de cabello oscuro. Vestía túnica negra y su expresión era indescifrable. Llevaba una corona de oscuras hojas de hiedra y en la mano izquierda sostenía una fina vara de marfil. Componían su séquito principalmente criaturas mágicas, un fénix, un unicornio, un endriago, faunos y sátiros. Y había, además, varios personajes misteriosos; una figura masculina con ropa de fraile y la cara oculta por la capucha, una figura femenina con un manto oscuro sembrado de estrellas que se cubría los ojos con el brazo. Entre los dos tronos se erguía una mujer joven con túnica blanca y casco de oro. El rey guerrero apoyaba

la mano izquierda en el hombro de la mujer con gesto protector; el rey del lado oscuro extendía la mano derecha hacia ella, que a su vez le acercaba la izquierda, de manera que sus dedos se rozaban.

—Obra de Antonio Verrio, un caballero italiano —informó el criado. Y agregó, señalando al soberano de la izquierda—: Eduardo III, de Inglaterra del Sur. —Y señaló al de la derecha—; John Uskglass, el rey mago de Inglaterra del Norte.

—Vaya —dijo Strange con vivo interés—. Había visto estatuas tuyas, desde luego. Y grabados en libros. Pero no recuerdo haberlo visto nunca pintado en un cuadro. ¿Y quién es la dama que está entre los dos?

—La señora Gwynn, una de las amantes de Carlos II. Representa a Britana.

—Comprendo. Ya es algo que aún ocupe un lugar de honor en la casa del rey. Pero lo han pintado vestido de romano y dando la mano a una actriz. No sé qué diría él a eso.

El criado retrocedió con Strange por la sala de las armas y lo condujo hasta una puerta negra de gran tamaño, coronada por un protuberante frontón de mármol.

—No puedo ir más allá, señor. Aquí termina mi jurisdicción y empieza la de los doctores Willis. Al otro lado encontrará al rey. —Hizo una reverencia y se alejó hacia la escalera.

Strange llamó a la puerta. Al otro lado se oía un clavicordio que acompañaba el cántico de una voz.

Abrió la puerta un individuo alto y grueso, de entre treinta y cuarenta años. Tenía una cara redonda, blanca, picada de viruela y moteada de gotas de sudor que recordaba un queso de Cheshire. En conjunto, poseía un sorprendente parecido con el hombre de la luna, que, según se dice, está hecho de queso. No se había afeitado con gran destreza y su descolorida faz estaba salpicada de grupos de pelitos negros y gruesos, como si una familia de moscas se hubiera ahogado en la leche antes de que hicieran el queso y las patas les hubiesen quedado fuera. Vestía chaqueta de tosca lana y camisa y corbata de lino recio. Ninguna de las prendas estaba muy limpia.

—¿Sí? —dijo, sin soltar la puerta, como si pensara volver a cerrarla a la menor provocación. No tenía nada de criado palaciego y sí mucho de loquero, lo que era en realidad.

Strange arqueó una ceja ante tan grosera actitud. Dio su nombre con frialdad y dijo que estaba allí para ver al rey.

El hombre suspiró.

—Bien, señor, no puedo negar que estábamos esperándolo. Pero no puede entrar. El doctor John y el doctor Robert —ésos eran los nombres de los hermanos Willis— no han llegado. Hace una hora y media que los aguardamos. No sabemos dónde pueden estar.

—Eso es muy lamentable —dijo Strange—, pero no me atañe. No es mi deseo ver

a ninguno de esos caballeros. Mi visita es para el rey. Traigo una carta firmada por los arzobispos de Canterbury y de York por la que se me autoriza a visitar a su majestad en el día de hoy. —Agitó la carta ante la cara del hombre.

—Pero debe usted esperar a que lleguen el doctor John y el doctor Robert, señor. No permiten que nadie interfiera en su manera de tratar al rey. El silencio y la reclusión es lo que le conviene. Para él no hay nada peor que la conversación. No imagina el daño que puede causar a su majestad sólo con hablarle, señor. Supongamos que le dice que está lloviendo. Imaginará usted que ésta es la observación más inocente del mundo. Pues bien, podría dar que cavilar al rey, y su mente, en su locura, podría ponerse a discurrir, causándole una peligrosa alteración. Podría recordar momentos del pasado en los que, mientras llovía, sus criados le dieron noticias de batallas perdidas, de hijas muertas, de hijos que habían cometido actos deshonorosos. ¡Podría bastar para matarlo! ¿Quiere usted matar al rey, señor?

—No.

—Entonces, ¿no cree que será mejor esperar al doctor John y al doctor Robert? —repuso el hombre con tono persuasivo.

—Gracias, pero creo que me arriesgaré. Lléveme hasta el rey, por favor.

—Los doctores van a enfadarse mucho —advirtió.

—No me importa —respondió fríamente.

El hombre pareció estupefacto.

—Bien —dijo Strange con gesto decidido, volviendo a agitar la carta—, ¿me permitirá ver al rey o desafiará la autoridad de dos arzobispos? Es una cuestión muy grave que se castiga con... bien, no lo sé con exactitud, pero con una pena bastante severa, imagino.

El hombre suspiró. Llamó a otro individuo (tan tosco y desastrado como él) y le dijo que fuera inmediatamente a buscar al doctor John y el doctor Robert a sus respectivas casas. Luego, de mala gana, se apartó para dejar paso a Strange.

Las proporciones de la habitación eran amplias. Las paredes estaban cubiertas con paneles de roble y abundaban las tallas exquisitas. Más personajes regios y simbólicos deambulaban por el techo sobre nubes. Pero era un lugar inhóspito. El suelo estaba desnudo y hacía frío. Una silla y un clavicordio muy deteriorado componían todo el mobiliario. Un anciano estaba sentado al clavicordio, de espaldas a ellos. Vestía una bata de deslucido brocado púrpura, un arrugado gorro de dormir de terciopelo escarlata y unas zapatillas rotas y sucias. Tocaba con brío y cantaba a voz en cuello en alemán. Al oír pasos que se acercaban, se interrumpió.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Quién es?

—El mago, majestad —respondió el loquero.

El anciano pareció meditar un momento y dijo con voz potente:

—Es una profesión que me desagrada especialmente. —Y volvió a tocar y cantar.

Era un mal comienzo. El loquero rió con impertinencia y se fue, dejando a Strange a solas con el rey. El mago dio unos pasos hasta situarse donde pudiera observar la cara del soberano.



En aquella cara, al horror de la locura se sumaba el horror de la ceguera. El azul del iris de los ojos estaba velado y el blanco tenía el tinte de la leche agria. Largas greñas de pelo blanquecino veteado de gris colgaban junto a unas mejillas moteadas de capilares. Al cantar, le brotaba saliva de los labios flácidos y rojos. Tenía la barba casi tan larga y tan blanca como el cabello. En nada se parecía a los retratos que Strange había visto del monarca, pintados cuando éste se hallaba en su sano juicio. Con aquel pelo, aquella barba y aquella bata púrpura parecía un personaje muy trágico y muy antiguo, salido de un drama de Shakespeare, o, mejor dicho, dos personajes de Shakespeare muy trágicos y muy antiguos. En su locura y su ceguera, el rey era al mismo tiempo Lear y Gloucester.

Strange había sido advertido por los reales duques de que la etiqueta palaciega prohibía dirigir la palabra al rey si éste no te hablaba antes. Pero no parecía probable que lo hiciera, si tanto le desagradaban los magos. Así pues, cuando el anciano dejó de tocar y cantar por segunda vez, Strange dijo:

—Soy el humilde servidor de vuestra majestad, Jonathan Strange, de Ashfair, Shropshire. Fui mago del ejército durante la reciente guerra en España, donde me

place decir que tuve ocasión de prestar ciertos servicios a vuestra majestad. Los hijos de vuestra majestad abrigan la esperanza de que mi magia pueda procurar a vuestra majestad alivio en su enfermedad.

—¡Dile al mago que no lo veo! —dijo el rey con displicencia.

Strange no se molestó en responder a esa frase absurda. Claro que no lo veía, si estaba ciego.

—Pero veo muy bien a su acompañante —prosiguió su majestad en tono de aprobación. Volvió la cabeza como para mirar un punto situado dos o tres pies a la izquierda de Strange—. ¡Con ese pelo de plata, cómo no iba a verlo! Parece un tipo turbulento.

Lo dijo de modo tan convincente que Strange se giró. Por supuesto, no vio a nadie.

En días anteriores, había buscado en los libros de Norrell algo relacionado con el estado del rey. Eran sorprendentemente escasas las fórmulas para curar la locura. Apenas encontró una, y ni siquiera estaba muy seguro de para qué servía. Era una prescripción contenida en *Revelaciones de otros treinta y seis mundos*, de Ormskirk. El autor decía que la prescripción disipaba las ilusiones y corregía las ideas equivocadas. Strange sacó el libro y volvió a leer la fórmula. Era bastante oscura y consistía sólo en las siguientes palabras:

Ponle la luna en los ojos y su blancura devorará las falsas visiones que el engañador
ha puesto en ellos.

Ponle un enjambre de abejas en los oídos. Las abejas aman la verdad y destruirán las
mentiras del engañador.

Ponle sal en la boca, por si el engañador trata de deleitarlo con el sabor de la miel o
de mortificarlo con el de la ceniza.

Clávale la mano con clavo de hierro, para que no la levante para obedecer al
engañador.

Ponle el corazón, en lugar secreto, para que sus deseos sean suyos y el engañador no
encuentre lugar en él.

(Otrosí: El color rojo puede resultar benéfico.)

Mientras leía, Strange tuvo que reconocer que no tenía la menor idea de lo que aquello significaba². ¿Cómo iba el mago a llevar la luna al enfermo? Y si había que interpretar al pie de la letra la segunda parte, los duques hubieran debido utilizar los servicios de un apicultor en lugar de los suyos. Tampoco podía creer que sus altezas reales vieran con buenos ojos que él se dedicara a clavar clavos en las manos del rey. La anotación acerca del color rojo también era extraña. Le parecía haber oído o leído algo sobre el color rojo, pero en ese momento no podía recordar qué.

Entretanto, el anciano había entablado conversación con el imaginario personaje del pelo de plata.

—Le pido perdón por haberlo tomado por una persona corriente. Es posible que, como asegura, sea usted rey, pero simplemente me permito observar que nunca he oído hablar de ninguno de sus reinos. ¿Dónde está *Desesperanza*? ¿Dónde están los *Castillos Azules*? ¿Dónde está la *Ciudad de los Angeles de Hierro*? Yo, por mi parte, soy rey de Gran Bretaña, lugar que todo el mundo conoce y que está bien marcado en todos los mapas. —Calló, sin duda, para escuchar la respuesta del personaje del pelo de plata, porque a continuación exclamó—: ¡Oh, no se enfade! ¡No se enfade, por favor! ¡Usted es rey y yo soy rey! ¡Podemos ser reyes los dos a la vez! ¡No hay por qué enfadarse! ¡Tocaré y cantaré para usted! —Sacó una flauta del bolsillo de la bata y se puso a tocar una triste tonada.

A modo de experimento, Strange extendió el brazo y despojó a su majestad del gorro escarlata. Lo miró fijamente, para ver si parecía más loco sin él y, al cabo de varios minutos de observación, tuvo que reconocer que no encontraba diferencia. Volvió a ponerle el gorro.

Durante la hora y media siguiente, Strange probó todos los hechizos mágicos que se le ocurrieron. Hechizos para recordar, hechizos para hallar, hechizos para despertar, hechizos para concentrar la mente, hechizos para disipar pesadillas y malos pensamientos, hechizos para descubrir pautas en el caos, hechizos para encontrar un camino cuando te has extraviado, hechizos de orientación, hechizos de discernimiento, hechizos para aumentar la inteligencia, hechizos para curar la enfermedad y hechizos para reparar un miembro destrozado. Algunos eran largos y complicados. Otros consistían en una sola palabra. Unos debían ser pronunciados en voz alta. Otros, con el pensamiento. Algunos no tenían palabras y consistían en un solo gesto. Algunos los habían empleado Strange y Norrell todos los días, de una u otra forma, durante los cinco últimos años. Algunos, probablemente, no se habían utilizado en siglos. Unos precisaban de un espejo, dos de una gota de sangre del dedo del mago, y uno de una vela y una cinta. Pero todos tenían una cosa en común: no surtían el menor efecto en el rey.

«¡Bah, me rindo!», pensó Strange al fin.

Su majestad, que había estado felizmente ajeno a la magia de que era objeto, charlaba con tono confidencial con la persona de pelo de plata que sólo él podía ver:

—¿Lo han enviado aquí para siempre o puede volver a marcharse? ¡Oh, no se deje prender! ¡Este es mal sitio para los reyes! ¡Nos ponen camisas de fuerza! La última vez que me dejaron salir de estas habitaciones fue un lunes de mil ochocientos once. Dicen que de aquello hace tres años, pero es mentira. ¡Según mis cálculos, hará doscientos cuarenta y seis años dentro de tres sábados!

«¡Pobre desventurado! —pensó Strange—. Encerrado en este lugar frío y triste

sin amigos ni distracción. No es de extrañar que el tiempo se le haga tan largo. No es de extrañar que esté loco.»

—Si lo desea —dijo—, tendré mucho gusto en acompañar a vuestra majestad fuera de aquí.

El rey interrumpió la charla y ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Quién ha dicha eso?

—He sido yo, majestad, Jonathan Strange, el mago. —Hizo una respetuosa reverencia, antes de recordar que su majestad no podía verla.

—¡Gran Bretaña! ¡Mi reino querido! Cómo me gustaría volver a verlo, sobre todo ahora, en verano. ¡Los árboles y los prados visten sus mejores galas y el aire es dulce como la tarta de cerezas!

Strange miró por la ventana la blanca niebla helada y los esqueléticos árboles invernales.

—En efecto. Y consideraría un gran honor que su majestad me acompañara fuera.

El rey pareció meditar la proposición. Se quitó una zapatilla y trató de sostenerla en equilibrio sobre la cabeza. Al no conseguirlo, volvió a calzársela y, con gesto pensativo, se puso a chupar una borla del cordón de la bata.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que no eres un demonio que ha venido a tentarme? —preguntó con tono de lo más razonable.

Strange, desconcertado, no encontró respuesta a esa pregunta. Mientras la buscaba, el rey prosiguió:

—Pues si eres un demonio, has de saber que yo soy el Eterno y no puedo morir. Si descubro que eres mi enemigo, daré una patada en el suelo y te mandaré al infierno.

—¿En serio? Vuestra majestad tiene que enseñarme esa habilidad, porque me gustaría conocer algo tan útil. Pero permítame observar que, disponiendo de magia tan poderosa, vuestra majestad no corre ningún peligro acompañándome. Tendríamos que salir lo más rápida y discretamente posible. Los Willis no tardarán. ¡Vuestra majestad no debe hacer ruido!

El rey no dijo nada, pero se golpeó la nariz con el índice maliciosamente.

La siguiente tarea de Strange consistió en encontrar una salida sin alertar a los loqueros. El monarca no fue de ninguna ayuda. Cuando le preguntó adónde conducía cada puerta, manifestó la opinión de que una a América, la otra a la eterna perdición, y la tercera al próximo viernes. Así pues, Strange eligió una —la que el rey creía que conducía a América— y rápidamente dio escolta a su majestad a través de varias habitaciones. Todas tenían pintados en el techo reyes ingleses que surcaban los cielos en carros briosos venciendo a personajes que simbolizaban la Envidia, el Pecado y la Sedición, y edificando templos de virtud, palacios de justicia eterna y similares instituciones no menos útiles. Pero si los techos rebosaban actividad, las estancias

que, había debajo aparecían desoladas, descuidadas, llenas de polvo y telarañas. Los muebles estaban cubiertos con sábanas, como si las sillas y mesas hubieran muerto hacía tiempo y éstas fuesen sus tumbas.

Llegaron a una especie de escalera de servicio. El rey, que se había tomado muy en serio la advertencia de Strange de no hacer ruido, se empeñó en bajar de puntillas, exagerando el sigilo como un niño. Y tardaron mucho en llegar abajo.

—Bien, majestad —dijo entonces Strange animosamente—. Creo que lo hemos conseguido. No oigo sonidos de persecución. El duque de Wellington estaría muy contento de poder confiarnos misiones de reconocimiento. No creo que el capitán Somers-Cocks ni el mismo Colquhoun Grant hubieran cruzado territorio enemigo con más...

El rey lo interrumpió con una estridente nota triunfal de la flauta.

—¡Diablos! —soltó Strange, y aguzó el oído, temiendo que acudieran los loqueros o, peor aún, los Willis.

Pero no ocurrió nada. En algún lugar cercano se oía una algarabía de golpes sordos y chasquidos, gritos y lamentos, como si todas las escobas de un armario estuvieran apaleando a alguien. Por lo demás, había calma.

Una puerta se abría a una amplia terraza de piedra. Desde allí, el terreno descendía en pronunciado declive y al pie de la cuesta se extendía un parque, pero la niebla había borrado los detalles y colores del paisaje, dejándolo pálido y espectral. Tierra y cielo se confundían en un mismo elemento gris e insustancial. A la derecha se adivinaba una doble hilera de árboles invernales.

Cogidos del brazo, el rey y Strange cruzaron la terraza hasta el ángulo del castillo. Allí descubrió Strange un sendero que llevaba al parque. Bajaron por él y a los pocos pasos encontraron un estanque ornamental con bajo borde de piedra³. En el centro se levantaba un templete decorado con criaturas talladas en las paredes. Algunas recordaban perros, salvo que su cuerpo era largo y bajo, como el de los lagartos, y tenían púas en el lomo. Otras representaban delfines de cuerpo arqueado que hubieran logrado quedar adheridos a las paredes. En el tejado había media docena de damas y caballeros clásicos sentados en actitudes clásicas, sosteniendo ánforas. Era evidente que la intención del arquitecto era que de las bocas de aquellos extraños animales y de las ánforas del tejado brotaran chorros de agua que saltasen decorativamente al estanque, pero en ese momento todo estaba helado y silencioso.

Strange iba a hacer un comentario sobre la melancólica estampa del estanque helado cuando oyó gritos. Giró la cabeza y vio a un grupo de gente bajando de prisa la pendiente del castillo. Cuando estuvieron más cerca, contó cuatro personas: dos caballeros y los dos loqueros, el de la cara de queso y el que había sido enviado a buscar a los Willis. Todos parecían iracundos.

Los dos caballeros llegaron frunciendo el entrecejo con gesto de altivez y furor.

Mostraban señales de haberse vestido con gran precipitación. Uno aún lidiaba con los botones de la chaqueta sin demasiado éxito. Tan pronto los abrochaba, se le desabrochaban. Aparentaba la edad de Norrell y llevaba una anticuada peluca (parecida a la de Norrell) que cada poco brincaba y se ladeaba. Pero se distinguía de Norrell en que era alto, bastante bien parecido y tenía un aire enérgico y autoritario. El otro caballero (varios años más joven) tenía problemas con las botas, que parecían dotadas de voluntad propia. Por más que él trataba de avanzar, ellas se obstinaban en llevarlo en otra dirección. Strange supuso que sus hechizos habían resultado más efectivos de lo que esperaba e infundido rebeldía en las prendas.

El más alto (el de la peluca saltarina) miró furiosamente a Strange.

—¿Con permiso de quién ha salido el rey? —inquirió.

Strange se encogió de hombros.

—Con el mío, supongo.

—¡El suyo! ¿Quién es usted?

El mago, incomodado por el tono de la pregunta, replicó:

—¿Y usted quién es?

—Soy el doctor John Willis. Y éste es mi hermano, el doctor Robert Darling Willis. Somos los médicos del rey. Se nos ha confiado su persona por orden del Consejo de la Reina. Nadie puede ver a su majestad sin nuestro permiso. Y vuelvo a preguntar: ¿quién es usted?

—Soy Jonathan Strange. He venido a petición de sus altezas reales los duques de York, Clarence, Sussex, Kent y Cambridge, para ver si con la magia es posible curar a su majestad.

—¡Ja! —exclamó el doctor John con desdén—. ¡Magia! Es lo que suele usarse para matar franceses, ¿no?

El doctor Robert soltó una carcajada sarcástica. Pero el efecto de su frío desdén científico quedó bastante atenuado cuando, de pronto, sus botas se lo llevaron con tal ímpetu que se dio de narices contra un árbol.

—Bien, mago —dijo el doctor John—, se ha equivocado si cree que puede avasallarnos impunemente a mí y mis criados. Admita que con su magia ha pegado las puertas del castillo para que mis hombres no pudieran prenderle.

—¡En absoluto! —declaró Strange—. ¡No he hecho tal cosa! Tal vez lo hubiera hecho, de ser necesario. ¡Pero sus hombres son tan vagos como impertinentes! Cuando su majestad y yo hemos salido del castillo, no se los veía por ningún sitio.

El primer loquero (el de la cara de queso) casi estalló al oír esas palabras.

—¡Eso no es verdad! —gritó—. Doctor John, doctor Robert, no hagan caso de esas mentiras. A Martin —dijo señalando a su compañero— lo han dejado sin voz. No ha podido emitir ni un sonido para dar la alarma. —El otro loquero asentía con furiosos visajes y ademanes—. En cuanto a mí, señor, estaba en el corredor al pie de

la escalera cuando arriba se abrió la puerta. Iba a decirle algo a este mago, en nombre de usted, señor, cuando fui arrastrado por obra de magia al armario de las escobas y encerrado en él.

—¡Qué tontería! —exclamó Strange.

—¿Tontería, dice? —gritó el hombre—. Y supongo que tampoco ha hecho que las escobas del armario me golpearan. Tengo magullado todo el cuerpo.

Por lo menos eso era verdad. El hombre tenía la cara y las manos cubiertas de marcas rojas.

—¿Qué, mago? —exclamó el doctor John con aire de triunfo—. ¿Qué dice ahora? ¡Ahora que se han descubierto sus viles trucos!

—Pues que esas marcas se las ha hecho él para que su historia resulte más convincente.

El rey produjo una especie de pedorreta con la flauta.

—¡Puede estar seguro de que el Consejo de la Reina será informado inmediatamente de su insolencia! —Y desviando la mirada, John llamó—: ¡Majestad! ¡Venga aquí!

El anciano, con ágil movimiento, se escondió detrás de Strange.

—Haga el favor de devolver al rey a mi cuidado —dijo John.

—No haré tal cosa.

—¿Acaso usted sabe cómo tratar a los dementes? —terció el doctor Robert con soma—. ¿Ha estudiado la materia?

—Sé que mantener a una persona sin compañía, impedir que haga ejercicio y que respire aire puro no puede curar nada. ¡Es una costumbre bárbara! Yo no tendría así ni a un perro.

—Hablando de ese modo no hace sino delatar su ignorancia —remachó Robert—. La soledad y tranquilidad que usted con tanto vigor denuncia son las piedras angulares de nuestro tratamiento metódico.

—Ah, lo llaman metódico. ¿Y en qué consiste?

—En tres principios básicos —declaró el doctor Robert—. Intimidación... El Rey arrancó a la flauta unas notas tristes...

—... aislamiento...

... que se convirtieron en una quejumbrosa tonada...

—... y represión.

... que acabó en una nota larga, como un suspiro.

—De este modo —prosiguió Robert— se suprimen todas las posibles fuentes de alteración y se niega al paciente material con el que construir sus fantasías y desvaríos.

—Al final —agregó el doctor John—, es con la imposición de su voluntad como el médico consigue la curación. Es la fuerza del carácter del médico lo que determina

su éxito o fracaso. Muchas personas son testigos de cómo nuestro padre podía dominar a los dementes sólo con la mirada.

—¿En serio? —dijo Strange, interesado a su pesar—. Nunca lo había pensado, pero algo parecido ocurre con la magia. En muchas ocasiones, el éxito de un hechizo depende de la energía del carácter del mago.

—¿De verdad? —dijo John desviando un momento la mirada hacia su izquierda.

—Sí. Tomemos, por ejemplo, a Martin Pale. Él...

Los ojos de Strange siguieron involuntariamente la mirada del doctor John. Uno de los loqueros —el que no podía hablar— estaba rodeando el estanque con sigilo, en dirección al rey, con una prenda de tono pálido en la mano. En principio, Strange no adivinó qué podía ser. Luego lo reconoció. Era una camisa de fuerza.

Ocurrieron varias cosas a la vez. Strange gritó algo —no sabía qué—, el otro loquero se abalanzó sobre el rey, los Willis trataron de agarrar a Strange, el rey lanzó penetrantes notas de alarma con la flauta, y luego sonó un ruido extraño, como si un centenar de personas carraspeará a la vez.

Todos quedaron en suspenso, mirando en derredor. El sonido parecía llegar del templete del centro del lago helado. De pronto, de la boca de las criaturas de piedra salió una densa nube blanca, como si exhalaran todas a la vez. Las nubes de aliento relucían con vivos destellos en el aire frío y opalino, y cayeron sobre el hielo con un leve cascabeleo.

Hubo un silencio seguido por un sonido horrible, como de bloques de mármol resquebrajándose. Entonces las criaturas de piedra se desprendieron de las paredes del pabellón y empezaron a deslizarse, contoneándose por el hielo, en dirección a los Willis. Sus impávidos ojos pétreos giraban en las órbitas. Abrieron sus bocas de piedra y de cada garganta brotó un surtidor de agua. Las colas de piedra serpenteaban de un lado al otro y las patas de piedra subían y bajaban con rigidez. Las cañerías de plomo que llevaban el agua a sus bocas se alargaban mágicamente tras ellas.

Los Willis y los loqueros estaban fuera de sí. Las grotescas criaturas avanzaban arrastrando cañerías y rociando a los doctores, que chillaban y brincaban más de miedo que de dolor.

Los loqueros huyeron, pero tampoco los Willis pudieron quedarse mucho tiempo junto al rey, porque el frío les estaba congelando la ropa mojada.

—¡Mago! —gritó John volviéndose para correr hacia el castillo—. ¡Es lo mismo que decir embustero! ¡Lord Liverpool se enterará de esto! ¡Él sabrá cómo trata usted a los médicos del rey! ¡Au! ¡Au!

Habría dicho más, pero las figuras de piedra del tejado del pabellón se habían puesto de pie y empezado a apedrearlo.

Strange se limitó a mirar a los Willis con una sonrisa de desdén. Pero aparentaba más seguridad de la que sentía. En realidad, comenzaba a estar francamente

incómodo. La magia que estaba actuando allí no la había obrado él.

33. Ponme la luna en los ojos (Noviembre de 1814)

ERA de lo más misterioso. ¿Podría ser mago alguien del castillo? ¿Quizá un criado? ¿O una princesa? No parecía probable. ¿Podía ser obra del señor Norrell? Imaginó a su tutor sentado en su gabinete del segundo piso de Hanover Square, mirando en la fuente de plata, observando todo lo que ocurría y, finalmente, ahuyentando a los Willis con su magia. Era posible. Después de todo, dar vida a las estatuas era una especialidad de Norrell. Fue el acto de magia con que se dio a conocer al público en general. Y no obstante, no obstante... ¿por qué iba a decidir ayudarlo de pronto? ¿Por amabilidad? Difícilmente. Además, en aquella magia se advertía un humor negro que no era propio de Norrell. Aquel mago, quienquiera que fuese, no se había propuesto sólo asustar a los Willis, sino ponerlos en ridículo. No; no podía ser su maestro. Entonces ¿quién?

El rey no parecía fatigado. Al contrario, brincaba y bailoteaba para celebrar la derrota de los Willis. Así pues, pensando que un poco más de ejercicio no haría daño alguno a su majestad, Strange abrió la verja del parque y ambos la cruzaron.

La niebla blanca había borrado los detalles y colores del paisaje, dejándolo pálido y espectral. Tierra y cielo se confundían en un mismo elemento gris e insustancial.

El rey tomó del brazo a Strange con gesto afectuoso, como si hubiera olvidado que le desagradaban los magos. Se puso a hablar de las cosas que lo preocupaban en su demencia. Estaba convencido de que, desde que se había vuelto loco, multitud de desgracias habían afligido a Gran Bretaña. Parecía imaginar que si él había sufrido la pérdida de la razón, el reino tenía que haber sufrido una catástrofe similar. Su principal alucinación era la de que Londres había quedado anegado en una gran inundación.

—¡... y no encuentro palabras para los sentimientos que tuve cuando vinieron a decirme que las frías aguas grises cubrían la cúpula de la catedral de San Pablo y que Londres se había convertido en dominio de peces y monstruos marinos! Ahora todos los edificios están cubiertos de lapas, y en los mercados sólo se venden ostras y erizos de mar. El señor Fox me dijo que hace tres domingos fue a San Veda, en Foster Lane, donde escuchó un excelente sermón predicado por un rodaballo¹. ¡Pero tengo un plan para la restauración de mi reino! He enviado una embajada al monarca de los peces para ofrecerme a contraer matrimonio con una sirena, con objeto de poner fin a la lucha entre nuestras grandes naciones...

La otra cuestión que preocupaba a su majestad era la persona de pelo plateado a la que sólo él podía ver.

—Dice que es rey —susurró con vehemencia—, pero yo creo que es un ángel.

Con esa melena plateada, es lo más probable. Y a esos dos malos espíritus con los que tú hablabas, los ha llenado de improperios. Creo que ha venido para castigarlos y arrojarlos a un pozo de fuego. Y esto seguro de que después se nos llevará a ti y a mí a la gloria de Hanover.

—Del cielo —dijo Strange—. Vuestra majestad quiere decir la gloria del cielo.

Siguieron andando. Empezó a nevar y los copos blancos descendían despacio sobre un mundo gris pálido. Había una profunda quietud.

De pronto comenzó a sonar una flauta. Era una música indescriptiblemente desolada y lúgubre, pero al mismo tiempo impregnada de gran nobleza.

Strange, pensando que era el rey quien tocaba, se volvió. Pero el anciano llevaba los brazos a los costados y la flauta en el bolsillo. El mago miró en derredor. La niebla no era lo bastante densa para ocultar a alguien que estuviera cerca de ellos. No había nadie. El parque estaba desierto.

—¡Ah, escucha! —exclamó el monarca—. Describe la tragedia del rey de Gran Bretaña. ¡Esa carrerilla de notas! ¡Simbolizados pasados poderes perdidos! ¡Esa frase melancólica! Habla de su razón destruida por los políticos traidores y por la mala conducta de sus hijos. Esa pequeña tonada que te parte el corazón es por la hermosa criatura a la que adoraba cuando era joven y a la que sus amigos lo obligaron a renunciar. ¡Ah, Dios, cómo lloró entonces!

Las lágrimas resbalaban por las mejillas del rey, que entonces empezó una danza lenta y ceremoniosa, agitando el cuerpo y los brazos de un lado al otro y girando muy despacio. La música se alejó, adentrándose en el parque, y el soberano se fue bailando tras ella.

Strange estaba perplejo. La música parecía llevar al rey en dirección a un grupo de árboles. Por lo menos, eso parecían. Estaba casi seguro de que un momento antes había visto una docena de árboles o quizá menos. Pero ahora era un bosquecillo... no, un bosque, un bosque oscuro y denso de árboles añejos y siniestros. Sus grandes ramas semejabán brazos retorcidos, y sus raíces, nidos de serpientes. Los envolvían gruesos mantos de hiedra y muérdago. Entre los árboles había un estrecho sendero, sembrado de profundos hoyos festoneados de hielo y bordeado de maleza cubierta de escarcha. Puntos de una luz pálida que brillaban en la espesura sugerían la presencia de una casa allí donde no podía haber casa alguna.

—¡Majestad! —gritó Strange. Corrió tras él y lo agarró de las manos—. Suplico a su majestad que me perdone, pero no me gusta el aspecto de esos árboles. Creo que deberíamos regresar al castillo.

El rey estaba extasiado por la música y no quería irse. Se desasíó gruñendo. Strange volvió a sujetarlo y, tirando de él, lo llevó hacia la verja.

Pero el invisible flautista no parecía dispuesto a dejarlos marchar. De pronto, la música sonó con más fuerza, envolviéndolos. De forma casi imperceptible, brotó en

el aire otra tonada que se mezcló suavemente con la primera.

—¡Ah, escucha! ¡Escucha eso! —gritó el rey volviéndose con rapidez—. ¡Ahora toca para ti! Esa agria melodía es para tu malvado tutor, que no quiere enseñarte todo lo que tienes perfecto derecho a saber. Esas notas discordantes describen tu irritación por verte privado de hacer nuevos descubrimientos. Esa marcha triste y lenta es por la gran biblioteca que él, en su egoísmo, no quiere mostrarte.

—¿Cómo es posible...? —empezó Strange, y se interrumpió. También él la oía, la música que describía toda su vida. Por primera vez, descubrió lo muy triste que era su existencia. Estaba rodeado de hombres y mujeres ruines que lo odiaban en secreto y envidiaban su talento. Ahora comprendía que todos los pensamientos maliciosos que había tenido estaban justificados y todos los generosos eran inmerecidos. Sus enemigos eran despreciables y sus amigos, traidores. Norrell (naturalmente) era el peor de todos, y la misma Arabella era débil e indigna de su amor.

—¡Ah! —suspiró su majestad—. También tú has sido traicionado.

—Sí —reconoció Strange tristemente.

Estaban otra vez de cara al bosque. Las luces que brillaban entre los árboles, aunque diminutas, daban a Strange una clara idea de la casa y sus comodidades. Casi podía ver la suave luz de las velas que iluminaba los cómodos sillones, los viejos hogares en que ardían alegres fuegos, las copas de vino caliente con especias que les servirían para reconfortarlos después de su paseo por el oscuro bosque. Las luces sugerían también otras cosas.

—Me parece que en esa casa hay una biblioteca —dijo.

—¡Claro que sí! —declaró el rey palmoteando con entusiasmo—. Tú leerás los libros, y cuando se te cansen los ojos, te los leeré yo. ¡Pero hay que darse prisa! ¡Escucha la música! Nos llama con impaciencia. Su majestad extendió la mano y así el brazo izquierdo de Strange, que, para darle acomodo, tuvo que mover lo que sostenía con aquella mano. Era *Revelaciones de otros treinta y seis mundos*, de Ormskirk.

«Ah, esto —pensó—. Bah, ya no lo necesito. ¡Seguro que en la casa del bosque hay libros mejores!» Abrió la mano y dejó caer las *Revelaciones* al suelo nevado.

Ahora nevaba copiosamente. El flautista tocaba. Ellos corrían hacia el bosque. Mientras corrían, el gorro escarlata le caía al rey sobre los ojos, pero Strange alargaba la mano y se lo enderezaba. Entonces recordó de pronto lo que sabía acerca del color rojo: era una poderosa protección contra el encantamiento.

—¡Date prisa! ¡Date prisa! —gritaba el monarca.

El flautista tocó una serie de notas rápidas que subían y bajaban imitando el sonido del viento. Un viento de verdad se levantó de pronto, llevándolos casi en volandas. Cuando los depositó en el suelo, estaban mucho más cerca.

—¡Excelente! —exclamó el rey.

La mirada de Strange volvió a tropezar con el gorro de dormir.

«Protección contra el encantamiento...»

El flautista conjuró otro viento. Este hizo volar el gorro.

—¡No importa! ¡No importa! —gritó el anciano alegremente—. Él me ha prometido darme muchos gorros de dormir cuando llegemos a la casa.

Pero Strange soltó el brazo del rey y retrocedió tambaleándose entre la nieve y el viento para recogerlo. El gorro estaba en la nieve. Una mancha de vivo escarlata entre los brumosos blancos y grises.

«Protección contra el encantamiento...»

Strange recordó haber dicho a uno de los Willis que, para practicar la magia con éxito, el mago tiene que utilizar la fuerza de su carácter. ¿Por qué se le ocurría pensar en eso ahora?

«Ponme la luna en los ojos y su blancura devorará las falsas visiones que el engañador ha puesto en ellos.»

El blanco rostro de la luna surcado de cicatrices apareció de pronto, no en el cielo, sino en otro sitio. Si le hubieran preguntado dónde, él habría respondido que dentro de su cabeza. No era una sensación agradable. Lo único en que podía pensar, lo único que podía ver, era la cara de la luna, como una oblea de hueso viejo. Olvidó al rey. Olvidó que era mago. Olvidó al señor Norrell. Olvidó su propio nombre.

Lo olvidó todo, excepto la luna.

La luna se desvaneció. Strange levantó la mirada y se encontró en un lugar nevado, a poca distancia de un bosque oscuro. Entre él y el bosque estaba el rey ciego, con su bata. El anciano debía de haber seguido andando cuando él se paró. Pero sin el apoyo de su guía se sentía perdido y asustado, y gritaba:

—¡Mago! ¡Mago! ¿Dónde estás?

El bosque ya no le pareció a Strange un lugar acogedor, sino, como al principio, siniestro, incognoscible y nada inglés. En cuanto a las luces, apenas podía distinguirlas; eran puntitos blancos en la oscuridad y no sugerían sino que a los moradores de la casa no les sobraba el dinero para velas.

—¡Mago! —insistió el rey.

—Aquí estoy, majestad.

«Ponme un enjambre de abejas en los oídos. Las abejas aman la verdad y destruirán las mentiras del engañador.»

Un grave murmullo le llenó los oídos, ahogando la música del flautista. Era muy parecido a un lenguaje, y Strange pensó que dentro de muy poco lo entendería. Fue creciendo, colmándole la cabeza y el pecho y extendiéndosele hasta la punta de los dedos de manos y pies. Su mismo pelo parecía electrizado, y la piel le zumbaba y le vibraba con el ruido. Por un horrible momento, se le antojó que tenía la boca llena de abejas y que más abejas revoloteaban debajo de su piel, en sus entrañas y en sus

oídos.

Cesó el zumbido. Strange volvió a oír la música, pero ya no sonaba tan dulce como antes y ya no parecía describir su vida.

«Ponme sal en la boca, por si el engañador intenta deleitarme con el sabor de la miel o mortificarme con el sabor de la ceniza.»

Esta parte del hechizo no surtió efecto alguno².

«Clávame la mano con clavo de hierro, para que no la levante para obedecer al engañador.»

—¡Aaaach! ¡Dios mío! —gritó, sintiendo un dolor lacerante en la palma de la mano izquierda.

Cuando el dolor cesó, tan súbitamente como había empezado, él ya no experimentaba el deseo de correr hacia el bosque.

«Ponme el corazón en lugar secreto, para que todos mis deseos sean sólo míos y el engañador no encuentre lugar en él.»

Imaginó a Arabella como la había visto mil veces, con un bonito vestido, sentada en un salón, entre una multitud que charlaba y reía. Él le dio el corazón. Ella lo tomó y, discretamente, se lo guardó en el bolsillo. Nadie reparó en lo que hacía.

A continuación, Strange aplicó el hechizo al rey y, en la última fase, le dio el corazón del anciano a Arabella para que lo guardara en el bolsillo. Era interesante observar el efecto de la magia desde fuera. Había habido tantas peripecias insólitas en la pobre cabeza del soberano que la súbita aparición de la luna en su interior no pareció causarle sorpresa. Pero las abejas lo molestaban, y estuvo un rato dando manotazos para ahuyentarlas.

Terminado el conjuro, el flautista dejó de tocar bruscamente.

—Ahora, majestad —dijo Strange—, creo que ya es hora de que volvamos al castillo. Su majestad es un rey británico y yo soy un mago británico. Aunque Gran Bretaña nos abandone, nosotros no tenemos derecho a abandonar a Gran Bretaña. Todavía puede necesitarnos.

—¡Cierto, muy cierto! ¡El día de mi coronación juré que la serviría siempre! ¡Oh, mi pobre país! —Se giró y agitó una mano en la dirección en que suponía estaba el misterioso flautista—. ¡Adiós, adiós, caballero! ¡Que Dios lo bendiga por su bondad para con Jorge III!

Revelaciones de otros treinta y seis mundos estaba semienterrado. Strange lo recogió y le quitó la nieve.

Al llegar a la verja se volvió. El bosque oscuro había desaparecido. En su lugar había un inocente grupito de cinco hayas sin hojas.

Camino de Londres, Strange iba pensativo. Comprendía que tendría que sentirse inquieto por lo ocurrido en Windsor, incluso asustado. Pero eran más fuertes la curiosidad y la emoción que la alarma. Además, él había impuesto su voluntad a

aquel o aquello que estuviese obrando la magia. Era fuerte, pero él lo había sido más. Aquella aventura confirmaba lo que él sospechaba desde hacía tiempo: que en Inglaterra había más magia de la que el señor Norrell admitía.

Por más vueltas que daba a la cuestión, siempre volvía al hombre del pelo plateado, a quien sólo el rey podía ver. Trataba de recordar qué había dicho exactamente el monarca de aquella persona, pero no había retenido sino la simple mención del pelo de plata.

Llegó a Londres a eso de las cuatro y media. Ya oscurecía en la ciudad. Había luces encendidas en todas las tiendas y los faroleros andaban por las calles. Al llegar a la esquina de Oxford con New Bond, torció hacia Hanover Square. Encontró a Norrell en la biblioteca, bebiendo té.

Norrell, como siempre, se mostró encantado de verlo y deseoso de oír el relato de su visita al rey.

Strange le describió cómo tenían al soberano prisionero y solitario en su propio palacio y le expuso los hechizos que había utilizado. Pero no dijo ni una palabra de la rociada que habían sufrido los Willis, del bosque encantado ni del flautista invisible.

—No me sorprende que no haya podido ayudar a su majestad —dijo Norrell—. No creo que ni los *aureates* pudieran curar la locura. Aunque no estoy seguro de que lo intentarían. Al parecer, ellos la veían con otra perspectiva. Reverenciaban a los locos y pensaban que ellos sabían cosas que los cuerdos ignoraban... cosas que podían ser útiles a un mago. Hay relatos en los que se cuenta que tanto Ralph Stokesey como Catherine de Winchester consultaban a los dementes.

—Y no sólo los magos, ¿verdad? —dijo Strange—. También los duendes se interesaban mucho por los perturbados. Creo haberlo leído.

—¡En efecto! Algunos de nuestros autores más importantes han observado la similitud entre los locos y los duendes y otras criaturas sobrenaturales. Unos y otros suelen hablar sin sentido ni coherencia; supongo que lo habrá observado en el rey. Pero hay otras coincidencias. Chaston, según me parece recordar, tiene varias cosas que decir sobre el tema. Pone el ejemplo de un demente de Bristol que todas las mañanas anunciaba a su familia su intención de salir a pasear con una silla del comedor. El hombre estaba encariñado con el mueble, lo consideraba un buen amigo y mantenía con él largas conversaciones sobre el paseo que iban a dar y la posibilidad de encontrarse con otras mesas y sillas. El hombre se horrorizaba cuando alguien manifestaba la intención de sentarse en la silla. Estaba loco, evidentemente, pero Chaston dice que un duende no consideraría su conducta tan absurda como la consideramos nosotros. Los duendes no hacen claras distinciones entre lo animado y lo inanimado. Ellos creen que las piedras, las puertas, los árboles, el fuego, las nubes, etcétera, tienen alma y deseos y que son masculinos o femeninos. Quizá eso explique la extraordinaria simpatía que muestran por la locura. Por ejemplo, era bien sabido

que cuando los duendes se escondían de la vista de la gente, a veces los enajenados podían verlos. El ejemplo más célebre que recuerdo es el de un muchacho loco llamado Duffy, que vivía en Chesterfield, Derbyshire, en el siglo catorce. Con él se había encariñado un duende perverso que llevaba años atormentando a la ciudad. El duende hacía al muchacho regalos extravagantes, la mayoría de los cuales de poco le hubieran servido estando cuerdo y no le servían absolutamente de nada estando chiflado: un barco con incrustaciones de brillantes, un par de botas de plata, un cerdo cantor...

—¿Por qué tenía tantas atenciones con Duffy?

—Oh, le decía que eran hermanos en la adversidad. No sé por qué. Chaston escribe que muchos duendes tienen la sensación de haber sido maltratados por los ingleses. Desde luego, para Chaston era un misterio, como lo es para mí, por qué habían de pensar tal cosa. En las casas de los grandes magos ingleses, los duendes tenían preferencia sobre los criados y ocupaban los mejores sitios, después del mago y su esposa. Chaston dice cosas muy interesantes sobre la cuestión. Su mejor obra es *Liber Novus*. —Miró a su discípulo juntando las cejas—. Estoy seguro de habérsela recomendado media docena de veces. ¿Aún no la ha leído?

Desgraciadamente, Norrell no siempre recordaba con exactitud qué libros deseaba que Strange leyera y qué libros había enviado a Yorkshire con el propósito de ponerlos fuera de su alcance. *Liber Novus* estaba a buen recaudo en un anaquel de la biblioteca de Hurlfrew Abbey. Strange suspiró y dijo que tan pronto se lo pusiera en la mano, con mucho gusto lo leería.

—Pero entretanto, señor, le agradecería que acabara de contarme la historia del duende de Chesterfield.

—Oh, sí. Veamos, ¿por dónde iba? Bien, durante varios años todo fue bien para Duffy y todo fue mal para la ciudad. Creció un bosque en la plaza del mercado y la gente no podía hacer sus transacciones. A las cabras y los cerdos les salieron alas y se fueron volando. El duende convirtió en pan de azúcar las piedras de la parroquia que se estaba construyendo. Con el sol, el azúcar se calentó y se puso viscoso, y una parte de la iglesia se fundió. Aún peor: perros y gatos lamían el templo, y los pájaros, ratas y ratones lo picoteaban y roían. De manera que los ciudadanos se quedaron con una iglesia medio comida y contrahecha, que en nada se parecía a la que habían proyectado. Al fin acudieron a Duffy para pedirle que transmitiera sus súplicas al duende. Pero el chico se mostró huraño y reacio a ayudarlos, porque recordaba cómo se burlaban de él en el pasado. Entonces se vieron obligados a hacerle a aquel pobre loco grandes elogios por su inteligencia y su hermosura. Y Duffy intercedió por ellos. ¡Ah, qué diferencia! El duende dejó de atormentar a la ciudad y convirtió el azúcar de la iglesia en piedra. Los ciudadanos talaron el bosque de la plaza del mercado y compraron más animales. Pero no consiguieron acabar de enderezar el templo. Aún

hoy la iglesia de Chesterfield tiene algo extraño. No es como las otras iglesias.

Strange guardó silencio y por fin dijo:

—Señor Norrell, ¿cree usted que los duendes han abandonado Inglaterra por completo?

—No lo sé. Durante los trescientos o cuatrocientos últimos años se han relatado encuentros de ingleses con duendes en lugares remotos, pero como ninguna de esas personas era mago o erudito, sus palabras no tienen gran valor. Si usted o yo conjurásemos a los duendes... mejor dicho —rectificó precipitadamente—, si cometiéramos semejante imprudencia, ellos acudirían al momento, siempre que pronunciáramos la fórmula de forma correcta. Pero de dónde vienen y por qué caminos no se sabe con certeza. En tiempos de John Uskglass se construyeron senderos bien visibles que iban de Inglaterra a *Tierra de Duendes*, anchos y verdes, entre setos altos y verdes o paredes de piedra. Aún existen, pero no creo que hoy los usen ni los duendes ni los cristianos. Están descuidados e invadidos por la maleza. Son muy solitarios y me han dicho que la gente los evita.

—La gente cree que traen mala suerte —dijo Strange.

—Tonterías. Esos caminos no pueden hacerles ningún daño, porque no llevan a ningún sitio³.

—¿Y qué me dice de los descendientes medio humanos de los duendes? ¿Heredan los conocimientos y los poderes de sus antepasados?

—Oh, ésa es otra cuestión. Hoy en día, muchas personas tienen apellidos que revelan los orígenes sobrenaturales de sus ancestros. Otherlander, que significa «el de *Otras Tierras*», y Fairchild, «descendiente de duende», son dos de ellos. Elfick, «élfico», otro. Y Fairey, «el de *Tierra de Duendes*», desde luego. En mi infancia había en una de nuestras granjas un Tom Otherlander, ya sabe, «el de *Otras Tierras*». Pero es raro que alguno de esos descendientes de los duendes y otras criaturas sobrenaturales muestre dotes para la magia. En realidad, suelen pecar de malicia, orgullo y pereza, vicios por los que eran bien conocidos sus abuelos duendes.

Al día siguiente, Strange se reunió con los reales duques y les comunicó que, lamentándolo mucho, no había podido aliviar la locura del rey. Sus altezas reales se mostraron apenados, pero no sorprendidos. En realidad no esperaban otra cosa y le aseguraron que no lo culpaban en absoluto. Lo cierto es que estaban muy complacidos por todo lo que había hecho, y muy especialmente por la circunstancia de que no les cobrara honorarios. Le otorgaron, en recompensa, sus Reales Órdenes. Ello significaba que, si lo deseaba, podía poner sobre su puerta de Soho Square la reproducción en escayola y oro de sus escudos de armas y decir a quien se le antojara que había sido nombrado mago de los reales duques.

Strange no les dijo que merecía su gratitud más de lo que ellos imaginaban. Estaba seguro de haber salvado al rey de algo horrible. Aunque no sabía qué era.

34. Al borde del desierto (Noviembre de 1814)

STEPHEN y el caballero del pelo plateado caminaban por las calles de una extraña ciudad.

—¿No está cansado, señor? —preguntó Stephen—. Yo lo estoy. Hace horas que andamos.

El caballero soltó una aguda carcajada.

—¡Mi querido Stephen, si acabas de llegar! ¡Hace un momento estabas en casa de lady Pole, obligado a realizar alguna humilde tarea por orden de su malvado esposo!

—¡Ah! —Lo último que recordaba era estar limpiando la plata en su cuartito contiguo a la cocina, pero aquello parecía haber ocurrido, ¡oh!, hacía años.

Stephen miró en derredor. Allí no reconocía nada. Hasta el olor del lugar, mezcla de especias, café, verduras podridas y carne asada, era nuevo para él.

—Es esta magia, señor —suspiró—. Lo desconcierta a uno.

El caballero le oprimió el brazo afectuosamente.

La ciudad parecía construida en una empinada ladera. No había calles propiamente dichas, sólo estrechos callejones formados por escaleras que serpenteaban entre las casas. Éstas eran de la mayor simplicidad, casi austeridad. Tenían muros de tierra o arcilla blanqueada, y puertas y postigos de madera tosca. Las escaleras también estaban pintadas de blanco. En toda la ciudad no se veía una nota de color en la que descansar la vista: ni un tiesto con una flor en una ventana, ni un juguete abandonado por un niño en una puerta. Stephen pensó que caminar por aquellas estrechas calles era como perderse entre los pliegues de una enorme servilleta de lino.

Reinaba una extraña quietud. Mientras subían y bajaban, oían salir de las casas un grave murmullo de conversaciones, pero ni risas, ni cantos ni voces infantiles. De vez en cuando se cruzaban con algún habitante, hombres de aspecto solemne, con túnica blanca, pantalón ajustado y turbante. Todos llevaban bastón, hasta los jóvenes, aunque en realidad ninguno parecía muy joven; los habitantes de aquella ciudad habían nacido viejos.

Sólo vieron a una mujer (por lo menos, el caballero del pelo plateado dijo que era una mujer). Estaba al lado de su marido, cubierta de la cabeza a los pies por una única prenda color de sombra. Stephen la vio de espaldas, pero entonces la mujer se giró y él advirtió que su cara no era una cara, sino un paño bordado del mismo oscuro tinte que el resto de su vestidura. Era una imagen que no desentonaba con el ambiente del lugar, propio de un sueño.

—Son gente muy extraña —susurró Stephen—. Y no parecen sorprendidos de vernos aquí.

—Oh, una parte de la magia que he obrado hace que a sus ojos tengamos el mismo aspecto que ellos. Están convencidos de conocernos desde niños. Además, descubrirás que los entiendes perfectamente, y ellos a ti... a pesar de que su lengua es tan enrevesada y oscura que a veinticinco millas de aquí ni sus mismos paisanos la entienden.

Stephen se dijo que quizá la magia hacía también que los habitantes de la ciudad no reparasen en lo alto que hablaba el caballero, cuyas palabras resonaban en todas las blancas esquinas.

La calle por la que bajaban describía una curva y terminaba bruscamente en un muro levantado para impedir que algún transeúnte distraído cayera rodando por la ladera. Desde allí se dominaba una gran extensión de territorio. A sus pies se desplegaba un desolado valle de piedra blanca bajo un cielo sin nubes. Soplaban un viento cálido. Era un mundo descarnado, del que sólo quedaban los huesos.

Stephen habría supuesto que aquel lugar era un sueño o parte de un encantamiento, de no haberle informado el caballero que aquello era...

—¡África! ¡La cuna de tus antepasados, mi querido Stephen!

No obstante, éste pensó: «Estoy seguro de que mis antepasados no vivían aquí. Estas gentes tienen la piel más oscura que los ingleses, pero más clara que la mía. Deben de ser árabes.»

—¿Vamos a algún sitio en particular, señor? —preguntó.

—¡A ver el mercado!

Stephen se alegró. El silencio y el vacío eran opresivos. Probablemente, en el mercado habría ruido y animación.

Pero el de aquella ciudad resultó tener un carácter muy curioso. Estaba situado cerca de las altas murallas, junto a una gran puerta de madera. No había puestos, ni ir y venir de gente interesada en ver las mercancías. Todo el que tenía intención de comprar algo se sentaba en el suelo con una mano encima de la otra, mientras un funcionario del mercado —una especie de subastador— transportaba la mercancía de un sitio a otro, mostrándola a los posibles compradores. El subastador cantaba el último precio ofrecido, y el comprador o bien movía la cabeza negativamente o pujaba. No había gran variedad de productos —piezas de tela fina, algunos bordados y, sobre todo, alfombras—. Cuando Stephen hizo un comentario al respecto, el caballero respondió:

—Su religión es de lo más estricta. Se lo prohíbe casi todo, menos las alfombras.

Stephen observó a aquellos hombres que deambulaban lúgubrementemente por el mercado, hombres que mantenían la boca cerrada para no pronunciar alguna palabra prohibida, la mirada huidiza para no contemplar visiones prohibidas, las manos quietas para evitar actos prohibidos. Le pareció que existían sólo a medias. Podrían ser sueños o fantasmas. En la ciudad silenciosa y el paisaje silencioso, sólo el viento

cálido parecía tener consistencia. Pensó que no le sorprendería si un día el viento se llevara la ciudad y sus habitantes.

—¿Por qué estamos aquí, señor? —preguntó.

—Para poder conversar con calma, Stephen. Se ha suscitado una cuestión muy grave. Siento tener que decirte que nuestros maravillosos planes han sido rudamente desbaratados porque, una vez más, los magos nos han atacado. ¡Nunca hubo dos hombres más viles! ¡Su único gozo es demostrar el menosprecio que nos tienen! Pero algún día...

El caballero parecía más deseoso de denostar a los magos que de explicarse con claridad, por lo que Stephen tardó en comprender lo ocurrido. Al parecer, Jonathan Strange había hecho una visita al rey de Inglaterra, cuyo motivo no explicó el caballero, que también había acudido, con intención, primero, de averiguar lo que hacía el mago, y, segundo, de ver al rey de Inglaterra.

—... y es que, no sé por qué, nunca le había presentado mis respetos a su majestad. Me pareció un anciano encantador. ¡Muy respetuoso conmigo! ¡Conversamos largamente! Ha sufrido mucho por el trato cruel de sus súbditos. A los ingleses les causa un gran placer humillar a los grandes y nobles. ¡A lo largo de la historia, muchos personajes eminentes han sido víctimas de su péfida persecución, como Carlos I, Julio César y, sobre todo, tú y yo!

—Perdón, señor, pero ha hablado de planes. ¿Qué planes?

—¡Pues el plan de hacerte rey de Inglaterra, naturalmente! ¿No lo habrás olvidado?

—No, señor. Pero...

—¡Bien! No sé lo que pensarás tú, mi querido Stephen —atajó el caballero, sin aguardar a averiguarlo—, pero te confesaré que estoy cansado de esperar que tu maravilloso destino se cumpla por sí mismo. Estoy decidido a anticiparme a la remisa suerte y hacerte rey yo mismo. Quién sabe, quizá esté destinado a ser el instrumento que te encumbre a la alta posición que por derecho te corresponde. ¡Nada más probable! Mientras hablaba con el monarca, se me ocurrió que el primer paso para convertirte en rey debe ser eliminarlo a él. ¡Atención! No le deseo ningún mal. ¡Todo lo contrario! Bañé su alma en dulzura y lo hice más feliz de lo que ha sido en muchos años. ¡Pero el mago no estaba dispuesto a consentirlo! Apenas empecé a tejer un encantamiento, el mago se puso a trabajar contra mí. Utilizó una magia antigua de un poder inmenso. ¡En mi vida me había quedado tan sorprendido! ¿Quién iba a suponer que él sabría hacer eso?

El caballero interrumpió su discurso y Stephen aprovechó para decir:

—Le estoy muy agradecido por su preocupación por mí, señor, pero me permito señalar que el actual soberano tiene trece hijos, el mayor de los cuales ya dirige el país. Si el rey muere, la corona pasará a uno de ellos.

—¡Sí, sí! Pero son todos gordos y estúpidos. ¿Quién desea ser gobernado por semejantes adefesios? Cuando el pueblo de Inglaterra comprenda que puede ser gobernado por ti, Stephen, todo elegancia y donaire, con una efigie noble que ha de quedar muy bien en una moneda, ¡muy necio tendría que ser para no sentirse entusiasmado por la idea y apresurarse a apoyar tu causa!

Stephen pensó que el caballero conocía el carácter de los ingleses mucho menos de lo que suponía.

Su conversación fue interrumpida por un repentino y horrendo sonido: alguien estaba soplando un cuerno. Varios hombres se adelantaron rápidamente a cerrar las grandes puertas de la ciudad. Temiendo algún peligro, Stephen miró en derredor, alarmado.

—¿Qué sucede, señor?

—Oh, es costumbre de estas gentes cerrar la puerta todas las noches contra los malvados infieles —respondió el caballero con languidez—, palabra con la que designan a todo el que no sea ellos. Pero dime qué opinas. ¿Qué debemos hacer?

—¿Hacer, señor? ¿Acerca de qué?

—¡De los magos, Stephen! ¡Los magos! Bien claro está que, en cuanto empiece a realizarse tu maravilloso destino, ellos van a interferir. Aunque no entiendo qué puede importarles quién sea el rey de Inglaterra. Supongo que como ellos son feos y estúpidos, prefieren que su rey también lo sea. No; son nuestros enemigos, y por tanto debemos buscar el medio de destruirlos por completo. ¿Veneno? ¿Puñales? ¿Pistolas?

Se acercó el subastador, que sostenía otra alfombra.

—Veinte monedas de plata —anunció con lenta entonación, como si pronunciara una solemne condena sobre el mundo entero.

El caballero contempló la alfombra pensativo.

—Siempre es posible hacer prisionero a alguien y mantenerlo encerrado en el dibujo de una alfombra durante unos mil años. Es una suerte especialmente horrible que suelo reservar a quienes me han ofendido en lo más hondo... como esos magos. La interminable repetición de color y diseño, por no hablar de la irritación causada por el polvo y la humillación de las manchas, siempre vuelven completamente loco al prisionero, que sale de la alfombra decidido a vengarse de todo el mundo, y entonces los magos y héroes de la época tienen que unir sus fuerzas para matarlo o, lo que es más frecuente, meterlo durante otros mil años en una prisión más espantosa todavía. Y así, su locura y su maldad crecen a medida que transcurren los milenios. ¡Sí, las alfombras! Quizá...

—Muchas gracias —le dijo Stephen al subastador—. No deseamos comprar esta alfombra. Por favor, siga su camino, señor.

—Tienes razón. Stephen —dijo el caballero—. A pesar de sus defectos, esos magos se han mostrado muy hábiles para rehuir los encantamientos. Hay que buscar

otra manera de destruir su espíritu para que pierdan la voluntad de resistírsenos.
¡Hacer que deseen no haber ni soñado con practicar la magia!

35. El caballero de Nottinghamshire (Noviembre de 1814)

EN los tres años que duró la ausencia de Strange, Drawlight y Lascelles habían recuperado parte de su antigua influencia sobre el señor Norrell. Todo el que deseara hablar con el mago o solicitar su ayuda, tenía que dirigirse a ellos previamente. Ambos aconsejaban a Norrell sobre la mejor manera de tratar a los ministros, y a los ministros sobre la mejor manera de tratar a Norrell. Las personas más ricas y distinguidas del reino buscaban la amistad de estos amigos y consejeros del más eminente mago de Inglaterra

Después del regreso de Strange, uno y otro siguieron visitando a Norrell tan asiduamente como siempre, pero ahora era la opinión de Strange la que más deseaba oír Norrell, y su consejo el que buscaba en primer lugar. Como es natural, a Lascelles y Drawlight no les complacía esta situación, especialmente al segundo, que hacía todo lo que estaba en su mano para exacerbar las pequeñas fricciones que a veces se suscitaban entre uno y otro mago.

—No puedo creer que yo no sepa algo que pueda perjudicar a Strange —le dijo a Lascelles—. Circulan extrañas historias acerca de cosas que hizo en España. Varias personas me han contado que resucitó a todo un ejército de soldados para que lucharan contra los franceses. Cadáveres destrozados, con los ojos colgando de un hilo y todos los horrores que pueda usted imaginar. ¿Qué cree que diría Norrell si se enterase?

Lascelles suspiró.

—Me gustaría poder convencerlo de la futilidad de todo intento por generar una pelea entre ellos. Antes o después ellos mismos lo harán. Varios días después de la visita de Strange al rey, un grupo de amigos y admiradores del señor Norrell se reunió en la biblioteca de Hanover Square con el objeto de admirar un retrato de los dos magos pintado por el señor Lawrence¹. Estaban presentes Lascelles y Drawlight, así como el señor y la señora Strange y varios ministros del rey.

En el retrato, Norrell aparecía con su sobria chaqueta gris y su anticuada peluca. Daba la impresión de que tanto la chaqueta como la peluca le sentaban un poco grandes. Parecía estar encogido dentro de ellas, y sus ojillos azules miraban al mundo con una curiosa mezcla de temor y arrogancia que a sir Walter Pole le recordó al gato de su ayuda de cámara. Se notaba que la mayoría de las personas tenía que hacer un pequeño esfuerzo para encontrar algo amable que decir de la mitad del cuadro correspondiente al señor Norrell, mientras que los elogios hacia la mitad del señor Strange brotaban de forma espontánea. Éste aparecía detrás de su mentor, medio sentado medio apoyado en una mesita, perfectamente natural, con su aire risueño y

burlón y unos ojos llenos de sonrisas, secretos y hechizos... como deben aparecer los ojos de un mago.

—¡Excelente! —se entusiasmó una dama—. Miren cómo ese espejo oscuro que está detrás de la figura realza la cabeza del señor Strange.

—La gente siempre imagina que magos y espejos van juntos —se lamentó Norrell—. No hay ningún espejo en esa parte de la biblioteca.

—Los artistas tienen sus triquiñuelas y siempre están recomponiendo el mundo a su capricho —opinó Strange—. En eso se parecen a los magos. No obstante, es curioso el efecto conseguido: más que un espejo parece una puerta, de tan oscuro. Casi siento una corriente de aire. No me gusta verme sentado tan cerca de él. Me da miedo resfriarme.

Uno de los ministros, que nunca había estado en la biblioteca del señor Norrell, hizo una observación elogiosa sobre su armonía de proporciones y la elegancia de su estilo, lo que dio pie a que otras personas manifestaran su admiración.

—Es sin duda una biblioteca muy bella —asintió Drawlight—, pero no puede compararse con la de Hurlfew Abbey. Aquélla sí es una maravilla. No he visto en mi vida algo tan exquisito y completo. Tiene pequeños arcos ojivales y una cúpula, con columnas de estilo gótico, y la ornamentación en forma de hojas, hojas marchitas y retorcidas, como si un viento glacial las hubiera secado, talladas en buen roble, fresno y olmo de Inglaterra; es de lo más perfecto que he podido contemplar. Al verla le dije al señor Norrell: «Hay en usted facetas insospechadas. Es un romántico, caballero.»

A Norrell no parecía gustarle demasiado que se hablara tanto de la biblioteca de Hurlfew, pero Drawlight, insensible, prosiguió:

—Es como estar en un bosque al final del otoño, y la encuadernación de los libros, de color castaño oscurecido por la edad, contribuye a forjar esa impresión. Realmente, hay allí tantos libros como hojas en un bosque. —Hizo una pausa—. ¿Ha estado en Hurlfew, señor Strange?

El interpelado respondió que aún no había tenido el placer.

—Oh, pues debería ir —sonrió Drawlight con malicia—. No se lo pierda. Es una verdadera maravilla.

Norrell miró a su discípulo con ansiedad, pero éste no respondió. Se había vuelto de espaldas y miraba fijamente su retrato.

Cuando los otros se apartaron y se pusieron a hablar de otras cosas, sir Walter murmuró:

—No le preocupe su malevolencia.

—¿Hum? —profirió Strange—. Oh, no es eso. Es el espejo. ¿No da la impresión de que uno ha de poder entrar en él? No creo que sea muy difícil. Se podría utilizar un hechizo de revelación. No; de desbrozado. O quizá ambos. Entonces el camino estaría libre. Un paso adelante y marchar. —Paseó la mirada por la habitación—. Y

hay días en los que me gustaría marchar.

—¿Adónde? —Sir Walter se sorprendió. No había lugar que le gustara tanto como Londres, con sus farolas de gas y sus tiendas, sus cafés y sus clubs, sus mil mujeres bonitas y sus mil variedades de chismorreo, y estaba convencido de que a todo el mundo le ocurría lo mismo.

—Oh, a donde los hombres de mi condición solían ir hace tiempo. A recorrer sendas que otros hombres no han visto. Más allá del firmamento. Al otro lado de la lluvia. —Volvió a suspirar y su pie izquierdo repicó con impaciencia en la alfombra del señor Norrell, dando a entender que, si él no se decidía pronto a ir en busca de las sendas olvidadas, sus pies lo llevarían a ellas por iniciativa propia.

A las dos, los visitantes se habían ido y Norrell, deseando evitar toda conversación con Strange, subió a esconderse a su gabinete del segundo piso, en la parte posterior de la casa. Se sentó a la mesa y se puso a trabajar. Pronto se olvidó de Strange, de la biblioteca de Hurtfew y de todas las desagradables sensaciones que habían despertado en él las palabras de Drawlight. Por lo tanto, se alteró bastante cuando, minutos después, sonó un golpe en la puerta y entró Strange.

—Le ruego me perdone por molestarlo, pero deseo hacerle una pregunta.

—¡Oh! —exclamó Norrell nerviosamente—. Desde luego, siempre estoy encantado de responder a cualquier pregunta suya, pero en este momento tengo que atender un asunto que no admite dilación. He hablado con lord Liverpool de nuestro plan para proteger de las tormentas las costas de Gran Bretaña por medio de la magia, y se ha mostrado encantado con él. Dice que todos los años el mar destruye propiedades por valor de cientos de miles de libras. Considera que la primera tarea de la magia en tiempos de paz es la preservación de la propiedad. Como siempre, milord desea que se haga inmediatamente, y es mucho trabajo. Sólo el condado de Cornualles llevará más de una semana. Me temo que deberemos dejar nuestra conversación para otro día.

—Si es tan urgente, señor —sonrió Strange—, quizá sea mejor que lo ayude, y hablaremos mientras trabajamos. ¿Por dónde quiere empezar?

—Por Yarmouth.

—¿Y qué utiliza? ¿A Belasis?

—No; nada de Belasis. En *El lenguaje de las aves* de Lanchester hay una reconstrucción de la magia de Stokesey para calmar tempestades. No soy tan ingenuo para suponer que Lanchester se parezca mucho a Stokesey, pero es lo mejor que tenemos. He hecho varias rectificaciones y he agregado los hechizos de Pevensey de guardia y vigilancia².

Norrell le acercó unos papeles a Strange, que, después de leerlos, se puso a trabajar a su vez.

Al cabo de un rato, Strange dijo:

—Hace poco, en *Revelaciones de otros treinta y seis mundos* de Ormskirk, encontré una referencia al mundo que hay detrás de los espejos, un reino que parece lleno de prácticos caminos por los que el viajero puede ir de un lugar a otro.

Normalmente, ése no hubiera sido tema del agrado de Norrell, pero fue tal su alivio al comprobar que Strange no tenía intención de discutir con él acerca de la biblioteca de Hurtfew, que se mostró de lo más comunicativo.

—¡Oh, sí, desde luego! Hay una senda que une todos los espejos del mundo. Era bien conocida por los grandes magos medievales. Sin duda ellos la recorrían a menudo. Temo no poder darle información más concreta. Los autores que he leído la describen de distintas maneras. Ormskirk dice que es un camino que cruza un gran páramo sombrío, mientras que Hickman la define como una casa muy vasta, llena de oscuros pasadizos y grandes escaleras³. Y añade que dentro de la casa hay puentes de piedra tendidos sobre hondos precipicios y canales de negras aguas que fluyen entre muros de piedra, nadie sabe con qué destino ni finalidad. —De pronto se sentía de un humor estupendo. Estar sentado tranquilamente en su gabinete, practicando magia con el señor Strange, era para él el mayor de los placeres—. ¿Y cómo va el artículo para el próximo *Gentleman's Magazine*?

Strange se quedó pensativo un momento.

—Aún no lo he terminado.

—¿De qué trata? No, no me lo diga. Estoy impaciente por leerlo. ¿Quizá mañana pueda traérmelo?

—Mañana, desde luego.

Aquella noche, al entrar en el salón de su casa de Soho Square, Arabella se sorprendió un tanto al encontrar la alfombra cubierta de papelitos en los que había escritos hechizos, notas y fragmentos de la conversación con Norrell. Strange estaba en el centro de la habitación, mirando fijamente los papeles y mesándose el pelo.

—¿Qué diantre puedo poner en el artículo para el *Gentleman's Magazine*? —inquirió.

—No lo sé, amor mío. ¿El señor Norrell no te ha dado alguna idea? Strange frunció el entrecejo.

—No sé por qué razón, él piensa que ya está hecho.

—¿Qué te parece los árboles y la magia? —sugirió Arabella—. El otro día comentabas lo interesante que es el tema y lo olvidado que está.

Él tomó una hoja en blanco y se puso a escribir rápidamente.

—Los robles son amistosos y te ayudarán contra tus enemigos, si creen que tu causa es justa. Los bosques de abedules son conocidos por procurar puertas a *Tierra de Duendes*. Los fresnos no cesarán en su lamento hasta que el Rey Cuervo vuelva a casa⁴. ¡No, no! No puedo decir eso. A Norrell le daría un ataque. —Arrugó la hoja y la lanzó al fuego.

—Oh, pues quizá te interese oír esto —dijo Arabella—. Hoy he estado en casa de lady Westby, donde he conocido a una joven bastante rara que, al parecer, tiene la impresión de que tú estás enseñándole magia.

Strange levantó la mirada.

—Yo no enseño magia a nadie.

—No, amor mío —dijo ella pacientemente—. Ya lo sé. Y eso es lo que hace el caso tan extraordinario.

—¿Y cómo se llama esa equivocada joven?

—Señorita Gray.

—No la conozco.

—Una muchacha elegante, con clase, pero no bonita. Por lo visto, es muy rica y la magia la vuelve loca. Todo el mundo lo dice. Tiene vuestros retratos, el tuyo y el de Norrell, pintados en un abanico, y ha leído hasta la última palabra de lo que tú y lord Portishead habéis publicado.

Su marido la miró sin pestañear durante varios segundos, de lo que Arabella, erróneamente, dedujo que estaba reflexionando sobre lo que acababa de contarle. Pero cuando él habló, fue para decir en tono de cariñoso reproche:

—Amor mío, estás pisando mis papeles. —Y, tomándola delicadamente del brazo, la llevó hacia un lado.

—Me ha dicho que te había pagado cuatrocientas guineas por el privilegio de ser discípula tuya. Dice que, a cambio, tú le has enviado cartas describiéndole hechizos y recomendándole libros.

—¡Cuatrocientas guineas! Eso sí que es raro. Yo podría olvidar a una señorita, pero no cuatrocientas guineas. —Su mirada tropezó con un papel; lo recogió y se puso a leerlo.

—Al principio pensé que se lo inventaba para darme celos y provocar una pelea, pero su manía no parece de esa clase. Ella no admira tu persona sino tu profesión. No entiendo nada. ¿Qué cartas pueden ser ésas? ¿Quién puede haberlas escrito?

Strange tomó un pequeño dietario (que casualmente no era suyo, sino de Arabella, con las cuentas de la casa) y empezó a hacer anotaciones.

—Jonathan!

—¿Hum?

—¿Qué he de decirle a la señorita Gray cuando vuelva a verla?

—Pregúntale por las cuatrocientas guineas. Aún no las he recibido.

—¡Jonathan! Esto es un asunto serio.

—Estoy de acuerdo. Pocas cosas hay tan serias como cuatrocientas guineas.

Arabella repitió que aquello le parecía de lo más extraño, que estaba muy preocupada por la señorita Gray y que le gustaría que él hablara con aquella joven, a fin de disipar el misterio. Pero decía todas esas cosas para su propia satisfacción,

porque sabía perfectamente que él había dejado de escucharla.

Varios días después, Strange y sir Walter Pole jugaban al billar en el Bedford de Covent Garden. La partida se hallaba en un impasse porque sir Walter, como de costumbre, había empezado a acusar a Strange de mover las bolas por arte de magia.

Strange declaró que él no había hecho tal cosa.

—He visto cómo se tocaba la nariz —protestó sir Walter.

—¡Dios del cielo! ¿Es que uno no puede estornudar? Estoy resfriado.

Otros dos amigos, el teniente coronel Grant y el coronel Manningham, que miraban la partida, dijeron que si lo único que querían Strange y sir Walter era discutir, ¿era necesario que ocuparan la mesa de billar? E insinuaron que había personas más interesadas por el juego que esperaban turno. Cuando la discusión se generalizó, dos hacendados tuvieron la desafortunada idea de asomarse a la puerta para preguntar cuándo quedaría libre la mesa, desconocedores de la circunstancia de que los jueves por la noche el salón de billar del Bedford estaba considerado, tácitamente, propiedad personal de sir Walter Pole, Jonathan Strange y sus amigos.

—A fe mía que no lo sé —respondió Colquhoun Grant—. Pero probablemente aún tardará bastante.

El primero de los dos hacendados era un hombre fornido que vestía una chaqueta de grueso paño marrón y calzaba unas botas más apropiadas para una feria provinciana que para el distinguido ambiente del Bedford. El segundo era un hombrecillo flácido con perpetua expresión de asombro.

—Pero, caballero —dijo el primer hombre, dirigiéndose a Strange en un tono de lo más razonable—, ustedes están hablando, no jugando. El señor Tantony y yo somos de Nottinghamshire. Hemos encargado la cena y nos han dicho que tenemos que esperar una hora. Permitan que juguemos mientras ustedes conversan, y cuando hayan terminado, estaremos encantados de cederles la mesa.

Su tono era perfectamente cortés, pero resultaba irritante para Strange y sus amigos. Aquel hombre tenía aspecto de granjero o de comerciante, y no les gustaba que se arrogara el derecho a darles órdenes.

—Si miran la mesa, verán que acabamos de empezar —dijo Strange—. Pedirle a un caballero que interrumpa el juego antes de terminar la partida... en fin, eso es algo que aquí, en el Bedford, no se hace.

—¿Ah, no? —repuso el hombre afablemente—. Pues le ruego me perdone. Pero ¿tendría la amabilidad de decirme si le parece que la partida va a ser larga o corta?

—Eso ya se lo hemos dicho —respondió Grant—. No lo sabemos. —Le lanzó a Strange una mirada que decía con claridad: «Este tipo es un estúpido.»

En ese momento, el caballero de Nottinghamshire empezó a sospechar que Strange y sus amigos no sólo eran antipáticos, sino deliberadamente descorteses. Juntó las cejas y señaló al hombrecito flácido de expresión atónita que estaba a su

lado.

—Es la primera visita a Londres del señor Tantony, que no piensa volver. Yo tenía especial interés en enseñarle el café Bedford, pero no esperaba encontrar aquí a personas tan poco comprensivas.

—Bien, pues si no les gusta esto —dijo Strange, irritado—, sólo se me ocurre sugerirles que regresen a dondequiera... ¿Ha dicho usted Nothingshire?

Colquhoun Grant le dedicó al caballero de Nottinghamshire una mirada glacial, y observó sin dirigirse a nadie en particular:

—No me sorprende que la agricultura esté en una situación tan alarmante. Hoy en día los granjeros siempre están de paseo. Te los encuentras matando el tiempo en todos los lugares de diversión del reino. No buscan más que el propio placer. ¿No hay en Nottinghamshire trigo que sembrar? ¿No hay cerdos a los que alimentar?

—¡Ni el señor Tantony ni yo somos granjeros, señor! —exclamó el hombre, indignado—. Somos cerveceros. ¡La negra de Gatcombe y Tantony es famosa en tres condados!

—Muchas gracias, pero en Londres ya tenemos cerveza y cerveceros suficientes —observó el coronel Manningham—. Por nosotros no se queden, por favor.

—¡No hemos venido a vender cerveza! Estamos aquí con una finalidad mucho más noble. El señor Tantony y yo somos entusiastas de la magia. Consideramos que todo patriota inglés tiene el deber de interesarse por el tema. Londres ya no es sólo la capital de Gran Bretaña. Desde hace muchos años, el señor Tantony ha acariciado el deseo de aprender, magia, pero la triste situación en que ésta se encontraba lo hacía desesperar. Sus amigos tratábamos de darle ánimos. Le decíamos que cuando peor van las cosas es cuando han de empezar a arreglarse. Y estábamos en lo cierto, porque casi inmediatamente aparecieron dos de los magos más grandes que ha conocido Inglaterra. ¡Me refiero al señor Norrell y al señor Strange, por supuesto! Los prodigios que han realizado han dado motivo a los ingleses para bendecir su tierra natal y han animado al señor Tantony a esperar que un día pueda emularlos.

—¿En serio? Pues me parece que se verá decepcionado —observó Strange.

—¡Se equivoca, caballero! —exclamó el de Nottinghamshire con acento triunfal—. El señor Tantony está siendo instruido en las artes de la magia por el propio señor Strange.

Desgraciadamente, en ese momento Strange estaba inclinado sobre la mesa, en equilibrio sobre un pie, apuntando a una bola. Fue tal su sorpresa que erró la tirada, golpeó el costado de la mesa con el taco y cayó al suelo.

—Me parece que hay un error —dijo Colquhoun Grant.

—No, señor; no hay error alguno —repuso el caballero con una calma exasperante.

Mientras se levantaba, Strange preguntó:

—¿Qué aspecto tiene ese señor Strange?

—¡Ay! A eso no puedo responder. El señor Tantony no lo ha visto, ya que le da sus lecciones por carta. Pero confiamos en verlo por la calle. Mañana iremos a Soho Square para ver su casa.

—¡Cartas! —exclamó Strange.

—Yo diría que la enseñanza por correspondencia tiene que ser de muy inferior calidad —dijo sir Walter.

—¡En absoluto! —negó el caballero—. Las cartas del señor Strange están llenas de excelentes consejos y de una extraordinaria percepción de la situación de la magia inglesa. El otro día, sin ir más lejos, el señor Tantony le escribió para pedirle un hechizo que logre que deje de llover, y es que en nuestra zona de Nottinghamshire tenemos exceso de lluvia. Al día siguiente, el señor Strange contestó que, si bien hay hechizos que pueden mover de un lado al otro la lluvia y el sol como si fueran piezas de ajedrez, él nunca los utilizaría, salvo en casos de extrema necesidad, y recomendó al señor Tantony que siguiera su ejemplo. Dijo que la magia inglesa se ha desarrollado en suelo inglés y, en cierto modo, ha sido alimentada por la lluvia inglesa. Dijo también que meterse con el tiempo de Inglaterra sería como meterse con Inglaterra, y si nos metemos con Inglaterra, nos exponemos a destruir los cimientos de la magia inglesa. Eso nos pareció una muestra extraordinaria del genio del señor Strange, ¿no es verdad, señor Tantony? —Y le dio a su amigo unos golpecitos que lo hicieron parpadear varias veces.

—¿Usted ha dicho eso? —murmuró sir Walter.

—¡Vaya! Creo que sí —respondió Strange—. Me parece que dije algo parecido..., ¿cuándo sería? El viernes, supongo.

—¿A quien?

—A Norrell, por supuesto.

—¿Había en la habitación alguien más?

Strange reflexionó.

—Drawlight.

—¡Ah!

—Caballero —le dijo Strange al hombre de Nottinghamshire—, le ruego me perdone si antes lo he ofendido. Pero debe usted reconocer que su forma de dirigirse a mí no era... En fin, yo tengo el genio vivo y usted me ha incomodado. Soy Jonathan Strange y lamento decirle que hasta hoy no sabía nada de usted ni del señor Tantony. Sospecho que el señor Tantony y yo hemos sido víctimas de la superchería de un desaprensivo. Supongo que el señor Tantony me paga las lecciones, ¿no? ¿Puedo preguntar adónde envía el dinero? Si es a Little Ryder Street, tendré la prueba que necesito.

Por desgracia, el caballero de Nottinghamshire y el señor Tantony imaginaban al

señor Strange un hombre alto y encorvado, con larga barba blanca, un modo de hablar pausado y un modo de vestir anticuado. Y el señor Strange que tenían enfrente era arrogante, iba bien rasurado, hablaba deprisa y vestía exactamente igual que cualquier otro caballero rico y elegante de Londres, por lo que no podían creer que fuera él.

—Eso tiene fácil solución —dijo Colquhoun Grant.

—Por supuesto —asintió sir Walter—. Llamaré a un camarero. Quizá la palabra de un criado haga lo que no ha podido la de un caballero. ¡John! ¡Venga! ¡Lo necesitamos!

—¡No, no! —exclamó Grant—. Yo no pensaba en eso. John, puede retirarse. No lo necesitamos. Hay muchas cosas que el señor Strange podría hacer para demostrar sus incomparables dotes de mago más eficazmente que cualquier simple declaración. No en vano es el mayor mago de nuestra época.

—Ese título corresponde sin duda al señor Norrell, ¿no? —terció el hombre de Nottinghamshire frunciendo el entrecejo.

Grant sonrió.

—El coronel Manningham y yo, señor, tuvimos el honor de combatir en España al lado de su excelencia el duque de Wellington. Le aseguro que allí nada sabíamos del señor Norrell. Nosotros depositamos nuestra confianza en el señor Strange, este caballero que tiene usted delante. Si ahora él realizara un acto de magia asombroso, no creo que pudieran ustedes seguir dudando; y estoy seguro de que su gran respeto por la magia y los magos ingleses no le permitiría callar ni un momento más, y usted desearía decirle todo cuanto sabe acerca de esas cartas falsas. —Grant miraba inquisitivamente al hombre de Nottinghamshire.

—Bien, son ustedes una curiosa clase de caballeros, y no sé qué pretenden tejiendo semejante historia. Porque les diré con franqueza que mucho me sorprendería que esas cartas fueran falsas, cuando todas las líneas y palabras respiran buena magia inglesa.

—Pero si, como suponemos, un granuja utilizó las propias palabras del señor Strange para fraguar sus embustes, ésa sería una explicación, ¿no? —dijo Grant—. Ahora, para demostrar que es quien dice ser, el señor Strange le mostrará algo que ningún ser viviente ha visto nunca.

—¡Vaya! —exclamó el hombre de Nottinghamshire—. ¿Qué hará?

Pero fue sir Walter quien respondió. Señaló con la barbilla un gran espejo veneciano que ocupaba la mayor parte de una pared y que en ese momento sólo reflejaba oscuridad y dijo:

—Entrará en ese espejo y no volverá a salir.

36. Todos los espejos del mundo (Noviembre de 1814)

EL pueblo de Hampstead se halla a cinco millas al norte de Londres. En tiempos de nuestros abuelos era un conjunto de granjas y casas de campo como tantos otros, pero la proximidad de Londres hizo que muchos habitantes de la capital acudieran allí en busca de aire puro y verdor y, para su solaz, se construyeran un hipódromo y un campo de bolos. Bollerías y cafés al aire libre les procuraban refrigerio. Los londinenses acomodados compraban casitas para el veraneo, y Hampstead no tardó en convertirse en lo que es hoy, uno de los centros de recreo favoritos de los elegantes de Londres. En muy poco tiempo ha pasado de diminuto pueblo agrícola a población de tamaño respetable, casi una pequeña ciudad.

Dos horas después de que sir Walter, el coronel Grant, el coronel Manningham y Jonathan Strange tuvieran su altercado con el caballero de Nottinghamshire, un carruaje entraba en Hampstead por la carretera de Londres y torcía por una senda bordeada de saúcos, lilos y espinos. El coche paró frente a una casa situada al fondo del sendero y de él se apeó el señor Drawlight.

En otro tiempo la casa había sido una granja, pero en los últimos años se habían hecho en ella grandes reformas. Sus pequeñas ventanas —más aptas para impedir la entrada del frío que para dejar paso a la luz— habían sido agrandadas y ennoblecidas; un porche con columnas había sustituido a la rústica puerta original; el corral se había suprimido y en su lugar se había plantado un jardín con profusión de flores y arbustos.

Drawlight llamó a la puerta. Abrió una criada que inmediatamente lo introdujo en el salón. La pieza debía de haber sido la cocina-comedor de la granja, pero todas las señales de su primitivo uso quedaban escondidas bajo suntuosos papeles de pared franceses, alfombras persas y muebles ingleses de estilo moderno.

Drawlight no llevaba esperando más que unos minutos cuando entró en la habitación una hermosa dama, alta y de buena figura. Llevaba un vestido de terciopelo rojo, y realzaba la blancura de su garganta un artístico collar de cuentas de azabache.

Por la puerta abierta se divisaba, al otro lado de un pasillo, un comedor tan ricamente decorado como el salón. Los restos del ágape que había en la mesa indicaban que la dama había cenado sola. Al parecer, se había puesto el vestido rojo y el collar negro para su propia satisfacción.

—¡Ah, señora! —exclamó Drawlight levantándose de un brinco—. Espero que se encuentre bien.

Ella hizo un pequeño ademán displicente.

—Supongo que sí. Todo lo bien que se puede estar, sin apenas alguien con quien hablar ni distracciones.

—¡Cómo! —se escandalizó él—. ¿Está completamente sola?

—Vive conmigo una anciana tía que me recomienda la práctica de la religión.

—¡Oh, señora mía! —gritó Drawlight—. No malgaste sus energías en rezos y sermones. No darán paz a su espíritu. Concentre sus pensamientos en la venganza.

—Así lo haré. Así lo hago ya —respondió ella con voz llana, sentándose en un sofá situado frente a la ventana—. ¿Y cómo están el señor Strange y el señor Norrell?

—Muy ocupados, señora. Muy, muy ocupados. Ojalá lo estuvieran menos, por su propio bien y el de usted. Ayer mismo, el señor Strange me preguntó por usted con mucho interés. Deseaba saber si estaba con buen ánimo. Tolerable, le respondí, sólo tolerable. Está indignado, señora, francamente indignado, por el cruel comportamiento de su familia.

—¿Sí? Pues me gustaría que su indignación se tradujera en medidas prácticas —dijo ella con frialdad—. Le he pagado más de cien guineas y aún no ha hecho nada. Estoy cansada de tener que tratar con él a través de un intermediario, señor Drawlight. Salúdelo de mi parte y dígame que estoy dispuesta a entrevistarme con él en el lugar que elija, a cualquier hora del día o la noche. Para mí todas las horas son iguales. No tengo compromisos.

—Ay, señora, cómo me gustaría poder complacerla. ¡Cómo lo desea también el señor Strange! Pero temo que sea imposible.

—Eso es lo que usted dice, pero no he oído razón alguna, por lo menos, una razón satisfactoria. Imagino que al señor Strange le preocupa lo que diría la gente si nos viera juntos. Pero la entrevista puede ser totalmente secreta. Nadie tiene por qué enterarse.

—¡Oh, señora, no interprete mal al señor Strange! Nada lo complacería tanto como tener la oportunidad de mostrar al mundo cuánto desprecia a quienes la acosan. Es precisamente en atención a usted por lo que es tan circunspecto. Teme...

Pero la dama no llegó a enterarse de qué temía el señor Strange, porque en ese momento Drawlight se interrumpió de golpe y miró en derredor con expresión de total perplejidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Parecía como si en algún sitio se hubiera abierto una puerta. O, mejor dicho, una serie de puertas. Daba la sensación de que en la casa entraba una brisa que arrastraba los aromas semiolvidados de la niñez. Hubo un cambio en la proyección de la luz, y las sombras se desplazaron. No se percibió nada más y, sin embargo, como suele ocurrir cuando se está operando magia, tanto Drawlight como la dama tuvieron la impresión de que en el mundo visible no había ya nada seguro. Era como si al alargar la mano para tocar algún objeto de los que había en la habitación, fuesen a descubrir

que ya no estaba allí.

De la pared detrás del sofá en que estaba sentada la mujer colgaba un espejo alto. Reflejaba otra gran luna blanca, otra ventana alta y oscura y otra habitación a media luz, con un espejo. Pero en la habitación del espejo no estaban ni Drawlight ni la dama. En su lugar se veía una especie de nebulosa que se convertía en una especie de sombra, que se convertía en la oscura silueta de alguien que iba hacia ellos. Por la trayectoria que seguía aquella figura, se deducía que la sala del espejo no podía ser el reflejo de la real, y si parecían la misma, era sólo por efectos de la luz y la perspectiva, como los que se crean en el teatro. La del espejo podía ser un largo corredor.

Agitaba el cabello y la chaqueta de la misteriosa figura un viento que no se sentía en el salón y, aunque el desconocido caminaba deprisa hacia el cristal que separaba una y otra estancia, tardaba en llegar. Al fin lo alcanzó y, por un momento, detrás del cristal creció su oscura silueta, sin que su cara saliera de la sombra.



Entonces Strange saltó ágilmente del espejo al suelo y, con su sonrisa más afable, saludó a Drawlight y la señora.

—Buenas noches.

Esperó, como dándoles tiempo para responder, y en vista de que ellos callaban, dijo:

—Confío, señora, en que tendrá a bien disculpar lo intempestivo de la hora. A decir verdad, el camino ha resultado un poco más intrincado de lo que me esperaba. Me he extraviado y casi he llegado a... en fin, no sé muy bien adónde.

Hizo otra pausa, como aguardando a que alguien lo invitara a sentarse. Pero en vista de que ellos seguían mudos, se sentó de todos modos. Drawlight y la dama del vestido rojo lo miraban sin pestañear. Él les sonrió.

—He conocido al señor Tantony —le dijo a Drawlight—. Es un caballero simpático, aunque no muy hablador. Pero su amigo, el señor Gatcombe, me ha dicho todo cuanto deseaba saber.

—¿Usted es el señor Strange? —preguntó la dama del vestido rojo.

—Así es, señora.

—Me alegro de conocerlo. El señor Drawlight estaba explicándome por qué usted y yo nunca podríamos entrevistarnos.

—Es cierto, señora, que hasta esta noche las circunstancias no eran propicias para la entrevista. Señor Drawlight, por favor, haga las presentaciones.

Drawlight murmuró que la dama del vestido rojo era la señora Bullworth.

Strange se levantó, hizo una reverencia a la señora Bullworth y volvió a sentarse.

—El señor Drawlight ya le habrá hablado de mi horrible situación, supongo —dijo ella.

Strange hizo un ligero movimiento con la cabeza que tanto podía significar una afirmación como una negación, como ninguna de ambas cosas.

—La narración hecha por un tercero no puede compararse con el relato de la persona interesada. Puede haber datos esenciales que, por una u otra razón, el señor Drawlight haya omitido. Se lo ruego, señora, deje que lo oiga todo de sus labios.

—¿Todo?

—Todo.

—Está bien. Como usted sabe, soy hija de un terrateniente de Northamptonshire. La propiedad de mi padre es muy extensa. Su casa y sus rentas son grandes. Nos contamos entre las familias más importantes de la región. Mi familia siempre me ha alentado a creer que, con mi belleza y mi educación, podría ocupar en el mundo un lugar aún más elevado. Hace dos años me casé muy bien. El señor Bullworth es muy rico y frecuentábamos los círculos más elegantes. No obstante, yo no era feliz. El verano del año pasado tuve la desgracia de conocer a un hombre que es todo lo contrario del señor Bullworth: guapo, inteligente y divertido. Bastaron unas semanas para que me convenciera de que prefería a aquel hombre a todos los que había visto hasta entonces. —Se encogió de hombros ligeramente—. Dos días antes de Navidad, me fui con él, abandonando la casa de mi marido. Yo esperaba... pensaba divorciarme del señor Bullworth y casarme con el otro. Pero ésa no era la intención de aquel hombre. A últimos de enero, nos peleamos y me dejó. Él volvió a su casa y a su vida

de antes, pero para mí no podía haber un retorno al que había sido mi mundo. Mi marido no quiso saber nada de mí. Mis amistades se negaron a recibirme. No tuve más remedio que recurrir a la compasión de mi padre. Él me dijo que me proveería de lo necesario para el resto de mi vida, si me comprometía a vivir en un retiro total. No más bailes, no más fiestas, no más amigos, no más nada. —Miró a lo lejos como contemplando todo lo que había perdido, pero enseguida se sacudió la melancolía y declaró—: ¡Y ahora vamos a lo que importa! —Se acercó a un pequeño escritorio, abrió un cajón y sacó un papel, que dio a Strange—. Como usted sugirió, he hecho una lista de todas las personas que me han traicionado.

—Ah, ¿yo le dije que hiciera una lista? —preguntó él tomando el papel—. ¡Qué práctico soy! La lista es larga.

—Por supuesto —dijo ella—, cada nombre se considerará un encargo aparte y por cada uno recibirá usted sus honorarios. Me he tomado la libertad de anotar, al lado del nombre, el castigo que creo que merece. No obstante, usted, con su superior conocimiento de la magia, puede sugerir el destino que considere más idóneo para mis enemigos. Le agradeceré sus recomendaciones.

—«Sir James Southwell. Gota» —leyó Strange.

—Mi padre —explicó la señora Bullworth—. Me aburría con sus sermones acerca de mi perversidad y me expulsó de mi hogar para siempre. En muchos sentidos, él es el causante de todos mis males. Me gustaría tener el corazón lo bastante duro para desearle una enfermedad más grave. Pero no puedo. Debe de ser por lo que se llama «debilidad femenina».

—La gota es muy dolorosa —observó él—. O eso dicen.

La señora Bullworth hizo un ademán de impaciencia.

—«Señorita Elizabeth Church —prosiguió Strange—. Que se rompa su compromiso.» ¿Quién es esta señorita?

—Una prima mía, una pesada que siempre está bordando. Nadie se fijaba en ella hasta que yo me casé con el señor Bullworth. Y ahora me entero de que va a casarse con un clérigo, y de que mi padre le ha dado una carta de crédito para pagar la boda, el ajuar y los muebles. Además, les ha prometido a Lizzie y al cura que utilizará su influencia, para conseguirles beneficios. Para ellos todo son facilidades. Vivirán en York, asistirán a cenas, fiestas y bailes, y gozarán de todos los placeres que deberían ser míos. Señor Strange —dijo alzando la voz con energía—, ¿no hay algún hechizo que haga que el cura aborrezca a Lizzie? ¿Que le repugne hasta el sonido de su voz?

—No lo sé. Nunca lo había pensado. Supongo que sí. —Volvió a la lista—. «Señor Bullworth...»

—Mi marido.

—«Ser mordido por perros.»

—Tiene siete fieras negras y los quiere más que a cualquier criatura humana.

—«Señora Bullworth, madre.» La madre de su esposo, supongo. «Que se ahogue en un lavadero. Que se atragante con su mermelada de albaricoque. Que se cueza en un horno de pan.» Eso son tres muertes para una sola mujer. Perdone, señora Bullworth, pero ni el mago más grande que haya existido en el mundo podría matar de tres maneras distintas a una misma persona.

—Inténtelo —dijo ella tercamente—. La vieja está tan orgullosa de sus virtudes domésticas que resulta insoportable. Me mataba de aburrimiento hablándome siempre de ellas.

—Ya. Bien, todo esto es muy shakespeariano. Y llegamos al último nombre. «Henry Lascelles.» Lo conozco. —Miró a Drawlight inquisitivamente.

—Es la persona bajo cuya protección abandoné la casa de mi marido.

—¿Y cuál ha de ser su destino?

—La ruina —dijo ella en voz baja y tensa—. La locura. El fuego. Que una enfermedad lo desfigure. Que un caballo lo pisotee. ¡Que un bandido lo aceche y le raje la cara! ¡Que una visión horrenda lo persiga y le impida dormir noche tras noche! —Se levantó y empezó a pasearse por la sala—. ¡Que todos los actos viles y deshonorosos que ha cometido se publiquen en el periódico! ¡Que todo Londres le dé la espalda! Que seduzca a una campesina que se vuelva loca de amor por él y lo siga adondequiera que vaya durante años y años, poniéndolo en ridículo. Que nunca lo deje en paz. Que lo acusen injustamente de un crimen. Que sufra las humillaciones del juicio y la cárcel. ¡Que lo marquen con un hierro al rojo! ¡Que lo muelan a palos! ¡Que le den de latigazos! ¡Y que lo ejecuten!

—Por favor, señora Bullworth, tranquilícese.

La dama dejó de pasearse y de desear terribles males al señor Lascelles, pero no puede decirse que se quedara tranquila. Temblaba de pies a cabeza, jadeaba y tenía la cara crispada.

Strange la observó hasta que le pareció que se había calmado lo suficiente para entender lo que él tenía que decir, y empezó:

—Lo siento, señora Bullworth, pero ha sido usted víctima de un engaño cruel. Esta persona —dijo mirando a Drawlight— le ha mentado. Ni el señor Norrell ni yo hemos admitido nunca encargos de particulares. Y nunca hemos empleado a esta persona para que nos busque clientes. Yo ni siquiera había oído el nombre de usted hasta esta noche.

Ella lo miró fijamente un momento y, volviéndose hacia Drawlight, le preguntó:

—¿Es eso verdad?

Él clavó su compungida mirada en la alfombra y farfulló un pequeño discurso del que sólo se entendieron las palabras «señora» y «situación peculiar».

La mujer levantó la mano y tiró del cordón de la campanilla.

Reapareció la doncella que le había abierto la puerta a Drawlight.

—Haverhill—dijo la señora Bullworth—, llévese al señor Drawlight.

A diferencia de la mayoría de las doncellas de las casas elegantes, a las que se elige por su cara bonita, Haverhill era una persona de mediana edad, aspecto competente, brazos fuertes y expresión implacable. No obstante, en aquella ocasión fue muy poco lo que tuvo que hacer, porque en cuanto ella abrió la puerta, Drawlight recogió el bastón y se apresuró a escurrirse de la habitación por su propio pie.

La señora Bullworth miró a Strange.

—¿Me ayudará usted? ¿Hará lo que le pido? Si el dinero no es suficiente...

—¡Oh, el dinero! —Agitó una mano—. Lo siento, pero, como le he dicho, no acepto encargos particulares.

Ella lo miró sin pestañear y dijo en tono de asombro:

—¿Es posible que no lo conmueva mi triste situación?

—Al contrario, señora, una moral que castiga a la mujer y disculpa al hombre me parece abominable. Pero de ahí no paso. No pienso causar daño a inocentes.

—¡Inocentes! —gritó ella—. ¡Inocentes! ¿Quién es inocente? ¡Nadie!

—No hay más que decir, señora Bullworth. No puedo hacer nada por usted. Lo lamento.

Ella lo miró agriamente.

—Hum. Está bien. Por lo menos ha tenido la delicadeza de abstenerse de recomendarme arrepentimiento, buenas obras, labores de aguja o lo que sea que los otros estúpidos consideran remedio para una vida destrozada y un corazón desengañado. En fin, creo que será preferible para ambos dar por terminada esta entrevista. Buenas noches, señor Strange.

Él se inclinó. Al dar media vuelta, miró con nostalgia el espejo de encima del sofá, como si hubiera preferido marcharse por allí, pero Haverhill mantenía la puerta abierta y la más elemental cortesía lo obligaba a utilizar esa salida.

Como no tenía caballo ni coche, Strange tuvo que recorrer andando las cinco millas que había desde Hampstead hasta Soho Square. Al llegar frente a la puerta de su casa, vio que había luz en todas las ventanas, a pesar de ser casi las dos de la madrugada. Antes de que pudiera meter la mano en el bolsillo para sacar la llave, la puerta se abrió bruscamente y apareció el coronel Colquhoun Grant.

—¡Santo cielo! —exclamó Strange—. ¿Qué hace usted aquí?

Grant no se molestó en responder, sino que se giró hacia el interior de la casa gritando:

—¡Ya está aquí, señora! ¡Sano y salvo!

Arabella salió del salón corriendo y dando traspiés, seguida por sir Walter. Por el pasillo de la cocina surgieron entonces Jeremy Johns y varios criados más.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Alguna desgracia? —preguntó Strange, mirándolos sorprendido.

—¡Tarugo! —sonrió Grant golpeándolo en la cabeza afectuosamente—.

¡Estábamos preocupados por usted! ¿Se puede saber dónde ha estado?

—En Hampstead.

—¡En Hampstead! —exclamó sir Walter con extrañeza—. Bien, pues nos alegramos de verlo. —Miró a Arabella y agregó con cierto nerviosismo—: Me parece que hemos alarmado a la señora Strange sin necesidad.

—¡Oh! —dijo Strange—. No estarías preocupada, ¿verdad? Estaba perfectamente. Siempre lo estoy.

—¡Ya lo ve, señora! —dijo el coronel Grant, alegre—. Lo que yo le decía. En España, el señor Strange a menudo corría gran peligro, pero nosotros no nos preocupábamos. Es muy listo para dejar que le pase nada.

—¿Tenemos que quedarnos en el vestíbulo? —preguntó Strange. Desde Hampstead iba pensando en la magia y tenía intención de seguir pensando en ella cuando llegara a casa. Pero encontrarla llena de gente, hablando toda a la vez, lo había puesto de mal humor.

Abrió la marcha hacia el salón y le pidió a Jeremy que le llevara vino y algo de comer. Cuando estuvieron todos sentados, dijo:

—Lo que suponíamos. Drawlight ha estado intrigando para que Norrell y yo realizáramos todos los actos de magia negra imaginables. Lo he encontrado con una mujer muy irascible que deseaba encargarse de tormentos para sus parientes.

—¡Qué horror! —dijo el coronel Grant.

—¿Y qué ha dicho Drawlight? —preguntó sir Walter—. ¿Qué explicación ha dado?

—¡Ja! —Strange soltó una carcajada breve y amarga—. No ha dicho nada. Simplemente ha escapado, lo cual es una lástima, porque yo tenía intención de desafiarlo a un duelo.

—¡Oh! —exclamó Arabella—. Ahora duelos, ¿eh?

Sir Walter y Grant la miraron alarmados, pero Strange estaba muy absorto en lo que decía para advertir el enfado de su esposa.

—No es que crea que él lo hubiera aceptado, pero me habría gustado asustarlo un poco. Lo tiene merecido.

—Pero aún no nos ha dicho nada de ese reino, ese camino... o lo que sea, que hay detrás del espejo —dijo el coronel Grant—. ¿Cumple sus expectativas?

Strange movió la cabeza.

—No tengo palabras para describirlo. ¡Todo lo que Norrell y yo hemos hecho hasta ahora no es nada comparado con eso! ¡Y tenemos la pretensión de llamarnos magos! ¡Ya me gustaría poder transmitir una idea de su grandiosidad! De sus proporciones y su complejidad. De las grandes avenidas de piedra que parten en todas direcciones. Al principio trataba de calcular su longitud y su número, pero pronto

desistí. Eran infinitos. Había canales de aguas quietas con márgenes de piedra. El agua parecía negra a aquella luz crepuscular. He visto escaleras que se perdían en las alturas y otras que se hundían en la negrura total. De pronto, pasé por debajo de un arco y me encontré en un puente que cruzaba un paisaje oscuro y vacío. Era un puente de piedra, tan largo que no se veía el final. ¡Como un puente que fuese de Islington a Twickenham! ¡O de York a Newcastle! Y en todas partes, en las galerías y en el puente, veía su efigie.

—¿La efigie de quién? —preguntó sir Walter.

—Del hombre al que Norrell y yo hemos calumniado en todos nuestros escritos. El hombre cuyo nombre Norrell no soporta oír pronunciar. El que construyó las galerías, los canales, los puentes, ¡todo! ¡John Uskglass, el Rey Cuervo! Desde luego, la estructura se ha deteriorado con los siglos. Sea lo que fuere para lo que John Uskglass utilizaba esos caminos, parece que ya no los necesita. Las estatuas y la mampostería se han desmoronado. Por ellos entran rayos de luz de Dios sabe dónde. Algunas galerías están cortadas y otras, inundadas. Y hay algo más, muy curioso. He visto por todas partes muchos zapatos abandonados. Probablemente, de otros viajeros; de un estilo muy antiguo y muy viejos. De lo que deduzco que esos pasajes han sido muy poco frecuentados en estos últimos años. Durante todo el tiempo que estuve andando por allí sólo vi a una persona.

—¿Ha visto a alguien? —preguntó sir Walter.

—¡Oh, sí! O al menos creo que era una persona. Vi avanzar una sombra por un camino blanco que cruzaba el páramo oscuro. Hay que tener en cuenta que en aquel momento yo estaba en el puente, que era mucho más alto que cualquier puente de este mundo que yo conozca. El suelo parecía a miles de pies por debajo de mí. Miré hacia abajo y descubrí a alguien. De no haber estado buscando a Drawlight, habría encontrado la manera de bajar para seguirlo, ya que para un mago no puede haber mejor manera de pasar el tiempo que conversar con una persona así.

—¿Y esa persona sería fiable? —preguntó Arabella.

—¿Fiable? Oh, no. No lo creo. Pero se da el caso de que yo tampoco me considero muy fiable. Ojalá no haya desperdiciado mi oportunidad. Espero que mañana, cuando vuelva, pueda encontrar algún indicio de adónde puede haber ido la misteriosa figura.

—¿Va a volver? —exclamó sir Walter—. Pero ¿está seguro...?

—¡Eso no! —saltó Arabella—. No permitiré que dediques todos los minutos que te deje libre el señor Norrell a recorrer esos caminos, mientras yo vivo con la terrible angustia de no saber si te veré de nuevo. ¡No y no!

Strange la miró, sorprendido.

—¿Arabella? ¿Qué te ocurre?

—¿Qué me ocurre? ¿Tú te obstinas en exponerte al peligro más horrible y esperas

que me calle?

Strange hizo un vago ademán de súplica e impotencia a la vez, como apelando a la comprensión de sir Walter y Grant.

—Cuando te dije que me iba a España, te quedaste muy tranquila, a pesar de que allí había entonces una guerra cruel. Esto, por el contrario, es totalmente...

—¿Muy tranquila? ¡Puedes estar seguro de que no estaba tranquila! Tenía mucho miedo, como todas las esposas, madres y hermanas de los hombres que combatían en España. Pero acordamos que tu deber era ir. Además, en España tenías contigo a todo el ejército británico, mientras que allí estarás completamente solo. Digo «allí», pero ninguno de nosotros sabe dónde está ese «allí».

—Perdona, pero yo sé muy bien dónde está. Son los Caminos del Rey. Desde luego, Arabella, creo que es un poco tarde para que te des cuenta de que no te gusta mi profesión.

—¡Eso no es justo! Nunca he dicho ni media palabra contra tu profesión. Me parece una de las más nobles del mundo. Estoy muy orgullosa de todo lo que tú y el señor Norrell habéis hecho, y nunca he puesto el menor impedimento a que aprendieras toda la magia que creyeses necesaria... pero hasta hoy siempre te habías conformado con hacer tus descubrimientos en los libros.

—Bien, pues ya no. Limitar las investigaciones de un mago a los libros que tiene en su biblioteca es como decirle a un explorador que te parece bien su plan para ir en busca de las fuentes de, de... como se llamen esos ríos de Africa, a condición de que no pase de Tunbridge Wells.

Arabella profirió un gritito de exasperación.

—¡Creía que tú querías ser mago, no explorador!

—Es lo mismo. Un explorador no puede quedarse en su casa mirando los mapas que han dibujado otros. Un mago no puede ampliar sus conocimientos de magia leyendo los libros que han escrito otros. Me parece evidente que, antes o después, Norrell y yo tendremos que mirar más allá de nuestros libros.

—¿Sí? ¿Te parece evidente? Bien, Jonathan, dudo mucho que para el señor Norrell sea tan evidente.

Durante esta discusión, sir Walter y el teniente coronel Grant estaban todo lo incómodos que puedan sentirse dos personas que, de improviso, son testigos de una pequeña explosión de desavenencia conyugal. En nada aliviaba su incomodidad la certeza de que, en ese momento, ni Arabella ni Strange se sentían muy bien dispuestos hacia ellos. Ya habían tenido que soportar ásperas palabras de Arabella al confesarle que habían alentado a Strange a realizar aquel peligroso acto de magia. Ahora Strange les lanzaba miradas furibundas, como si no acertara a comprender con qué derecho se habían presentado en su casa a medianoche y alarmado a su esposa, de ordinario tan dulce y plácida. Aprovechando la primera pausa de la conversación,

el coronel murmuró unas incongruencias acerca de que se había hecho tarde, que la hospitalidad de sus amigos era más de lo que él se merecía y que les deseaba a todos muy buenas noches; pero como nadie prestó la menor atención a sus palabras, se vio obligado a permanecer donde estaba. Sir Walter, empero, tenía un carácter más decidido. Reconocía que había hecho mal al enviar a Strange al camino del espejo y estaba deseoso de hacer cuanto pudiera por arreglar las cosas. Como buen político, no se privaba de dar su opinión, aunque los demás no estuvieran dispuestos a escucharla.

—¿Ha leído ya todos los libros de magia que se han escrito? —preguntó.

—¿Qué? ¡No, claro que no! ¡Usted sabe muy bien que no los he leído!

—dijo Strange, pensando en los libros de la biblioteca de Hurlfew.

—Esas galerías que ha visto esta noche, ¿sabe adónde llevan?

—No.

—¿Sabe cuál es la tierra oscura que hay debajo del puente?

—No, pero...

—En tal caso, ¿no será mejor hacer lo que sugiere la señora Strange y leer cuanto pueda sobre esos caminos antes de volver a ellos? —concluyó sir Walter.

—¡Pero la información de los libros es inexacta y contradictoria! Hasta Norrell lo dice, y él ha leído todo lo que se ha escrito al respecto. ¡Puede estar seguro!

Arabella, Strange y sir Walter siguieron discutiendo durante otra media hora, hasta sentirse frenéticos, malhumorados y con ganas de meterse en la cama. Strange era el único al que no parecían inquietar aquellas imágenes de galerías fantasmales y silenciosas, caminos interminables y paisajes vastos y crepusculares. Arabella estaba francamente asustada por lo que había oído, y hasta sir Walter y el coronel Grant se sentían alarmados. La magia que apenas unas horas antes parecía algo tan familiar y tan inglés, de pronto se les antojaba inhumana, ultraterrena... extranjera.

Strange, por su parte, estaba convencido de que eran las personas más obtusas e irritantes del país. Por lo visto no comprendían que él había hecho algo francamente extraordinario. No sería exagerado afirmar, pensaba, que ésa era, hasta el momento, la mayor hazaña de su carrera. Desde Martin Pale, ningún mago inglés había estado en los Caminos del Rey. Pero en lugar de felicitarlo y elogiar su habilidad —que era lo que cualquiera haría en su lugar—, no sabían sino lamentarse de un modo propio del señor Norrell.

A la mañana siguiente, Strange se despertó decidido a volver a los *Caminos del Rey*. Saludó a Arabella alegremente, le habló de cosas triviales y, en general, trató de actuar como si la pelea hubiera sido consecuencia del cansancio y el nerviosismo que se habían apoderado de ella la víspera. Pero mucho antes de que él pudiera sacar partido de esa falsa armonía (y escabullirse por el primer espejo de gran tamaño), Arabella le dijo claramente que seguía pensando lo mismo que por la noche.

Pero, a fin de cuentas, ¿no es vano empeño el tratar de seguir el curso de una

pelea entre marido y mujer? Son las conversaciones que más meandros describen. Se alimentan de disputas y agravios tributarios de años anteriores, incomprensibles para todos, menos para la pareja. Rara vez llega a demostrarse de qué parte está la razón, aunque tampoco importa mucho.

Pero el deseo de vivir en armonía y buena amistad con el cónyuge es muy poderoso, y en eso Strange y Arabella no eran diferentes de otras parejas. Finalmente, tras dos días de discusiones, se hicieron sendas promesas. Él prometió no volver a los *Caminos del Rey* hasta que ella le diera permiso. Ella, a su vez, prometió darle ese permiso tan pronto él la convenciera de que no había peligro.

37. Los Cinco Dragownes (Noviembre de 1814)

SIETE años antes, la casa del señor Lascelles, en Bruton Street, estaba considerada una de las mejores de Londres. Tenía esa perfección que sólo puede conseguir el hombre muy rico y desocupado que dedica la mayor parte de su tiempo a coleccionar pinturas y esculturas, y la mayor parte de sus facultades mentales a elegir muebles y papel para la pared. Poseía buen gusto y talento para combinar los colores de manera original. Sentía predilección por los azules, los grises y un tono metálico, como de bronce oscuro. No obstante, nunca llegó a tener apego sentimental por sus posesiones. Vendía los cuadros con la misma frecuencia con que los compraba, y su casa nunca mostró ese hacinamiento de sala de exposiciones que se observa en los hogares de algunos coleccionistas. Cada una de las habitaciones de Lascelles contenía sólo unas cuantas pinturas y objets d'art, pero entre esos pocos objetos estaban los más bellos de todo Londres.

Durante los siete últimos años, empero, la exquisitez de la casa había decaído ligeramente. Los colores eran tan delicados como siempre, pero no se habían cambiado en siete años. El mobiliario era espléndido, pero reflejaba la moda de siete años atrás. Durante los siete últimos años no se había agregado cuadro alguno a la colección de Lascelles; y habían llegado a Londres notables esculturas antiguas procedentes de Italia, Egipto y Grecia, pero habían sido adquiridas por otros caballeros.

Lo que es más, había indicios de que el dueño de la casa se había dedicado a una ocupación útil, es decir, había... trabajado. Repartidos por mesas y sillas había informes, manuscritos, cartas y documentos del gobierno, y en todas las habitaciones podían encontrarse ejemplares de *Amigos de la Magia Inglesa* y libros de magia.

Lo cierto es que, si bien Lascelles aún fingía desprecio por el trabajo, durante los siete años transcurridos desde la llegada a Londres del señor Norrell había estado más ocupado que nunca en su vida. Aunque se había nombrado a lord Portishead director de *Amigos de la Magia Inglesa* a instancias suyas, la forma en que milord desempeñaba sus funciones editoriales lo irritaba de un modo casi insoportable. Lord Portishead lo sometía todo a la aprobación de Norrell y hacía al instante todas las superfluas correcciones que éste decretaba, con lo que la revista había ido haciéndose más aburrida y verbosa a cada número. En el otoño de 1810, Lascelles consiguió que lo nombraran director adjunto. *Amigos de la Magia Inglesa* tenía una de las listas de suscriptores más largas del país, y el trabajo era considerable. Además, Lascelles escribía sobre magia moderna para otras revistas y diarios, asesoraba al gobierno sobre política relacionada con la magia, visitaba a Norrell casi a diario y, en su tiempo libre, estudiaba historia y teoría de la magia.

Tres días después de que Strange visitara a la señora Bullworth, Lascelles se hallaba en su biblioteca trabajando afanosamente en el nuevo número de *Amigos de la Magia Inglesa*. Aunque ya era más de mediodía, no había tenido tiempo de afeitarse y vestirse, y estaba en bata, en medio de un revoltijo de libros, papeles, platos del desayuno y tazas de café. No encontraba una carta que necesitaba y se levantó para ir a buscarla. Al entrar en el salón, se sorprendió de encontrar a alguien allí.

—¡Oh! —exclamó—. Es usted.

La atribulada criatura que estaba derrumbada en un sillón al lado de la chimenea levantó la cabeza.

—Su criado ha ido en su busca, para anunciarme —dijo.

—¡Ah! —soltó Lascelles, y calló, seguramente por no saber qué decir. Se sentó en el otro sillón, apoyó el mentón en el puño y miró a Drawlight, pensativo.

El visitante estaba pálido y tenía los ojos hundidos. Su chaqueta se veía sucia de polvo, deslustradas las botas y ajada la camisa.

—Considero muy poco amable de su parte aceptar dinero para que se me arruine, se me deje lisiado y se me vuelva loco —dijo Lascelles al fin—. ¡Y dinero de Maria Bullworth nada menos! ¡No comprendo por qué ha de estar tan enfadada! Lo ocurrido fue tanto culpa suya como mía. Yo no la obligué a casarse con Bullworth. Me limité a ofrecerle una escapatoria cuando ella ya no soportaba ni verlo. ¿Es cierto que quería que Strange me castigara con la lepra?

—Probablemente —suspiró Drawlight—. En realidad, no lo sé. Nunca hubo el menor peligro de que llegara a ocurrirle algo. Usted sigue siendo tan rico como siempre y disfruta de buena salud y paz de espíritu, mientras que yo soy el ser más desgraciado de Londres. Hace tres noches que no duermo. Esta mañana, las manos me temblaban de tal manera que apenas logré ponerme la corbata. Nadie tiene ni idea de cómo me mortifica tener que salir de casa hecho un espantapájaros. Aunque tampoco importa, ya que nadie me recibe. Se me han cerrado todas las puertas de Londres. Su casa es la única en que aún puedo entrar. —Hizo una pausa—. No tendría que haberle dicho esto.

Lascelles se encogió de hombros y dijo:

—Lo que no entiendo es cómo esperaba que pudiera dar resultado un plan tan absurdo.

—¡No era nada absurdo! Al contrario, fui muy escrupuloso en la elección de... de los clientes. Maria Bullworth vive completamente retirada de la sociedad. ¡Gatcombe y Tantony son cerveceros! ¡De Nottinghamshire! ¡¿Quién iba a suponer que se encontrarían con Strange?

—¿Y la señorita Gray? Arabella Strange la conoció en casa de lady Westby, de Bedford Square.

Drawlight suspiró.

—La señorita Gray tenía dieciocho años y vivía con sus tutores en Whitby. Según las *Condiciones* del testamento de su padre, estaba obligada a pedirles autorización para todo hasta que cumpliera treinta y seis años. Ellos detestaban Londres y estaban decididos a no salir de Whitby. Desgraciadamente, hace dos meses ambos murieron de pulmonía, y a la dichosa criatura le faltó tiempo para venir a la capital. —Se humedeció los labios, nervioso—. ¿Norrell está muy enfadado?

—Más de lo que yo había visto en mi vida —contestó Lascelles suavemente.

Drawlight se encogió un poco más en el sillón.

—¿Qué van a hacer?

—No lo sé. Desde que se ha descubierto su pequeña operación, me ha parecido lo más prudente mantenerme alejado de Hanover Square durante una temporada. Oí decir al almirante Summerhayes que Strange quería desafiarlo a usted...

Drawlight lanzó un gañido de espanto.

—... pero Arabella no aprueba los duelos, por lo que desistió.

—¡Norrell no tiene derecho a enfadarse conmigo! —gritó Drawlight de pronto—. ¡Él me lo debe todo! La magia tiene su mérito, pero si yo no lo hubiera llevado por ahí ni le hubiera presentado a la gente, nadie se habría enterado de su existencia. Si antes no pudo prescindir de mí, tampoco podrá ahora.

—¿Usted cree?

Drawlight abrió mucho los ojos y se llevó un dedo a la boca, como buscando el consuelo de morderse una uña, pero al descubrir que aún tenía puestos los guantes, lo retiró enseguida.

—Esta noche vendré otra vez —dijo—. ¿Estará en casa?

—Probablemente. Le había prometido a lady Blessington ir a su reunión, pero no creo que vaya. El número de *Amigos* está muy atrasado. Norrell no para de incordiar con instrucciones contradictorias.

—¡Cuánto trabajo! ¡Mi pobre Lascelles! ¡Eso no es para usted! ¡El viejo es un negrero!

Cuando Drawlight se fue, Lascelles llamó al criado.

—Voy a salir dentro de una hora, Emerson. Dígale a Wallis que me prepare la ropa... ¡Oh, Emerson! El señor Drawlight ha manifestado la intención de venir esta noche. Cuando llegue, no lo deje entrar bajo ningún concepto.

A la misma hora en que tenía lugar esta conversación, Norrell, Strange y Childermass estaban reunidos en la biblioteca de Hanover Square, hablando de la traición de Drawlight. Norrell miraba fijamente el fuego en silencio mientras Childermass le refería a Strange cómo había descubierto a otra de las víctimas, un anciano de Twickenham llamado Palgrave, que le había dado a Drawlight doscientas guineas para recuperar la juventud y vivir ochenta años más.

—No sé si algún día llegaremos a saber con certeza cuántas personas le dieron dinero pensando que estaban encargándoles a ustedes la ejecución de actos de magia negra. Tanto al señor Tantony como a la señorita Gray se les prometió un puesto en una jerarquía de magos que, según les dijo Drawlight, va a crearse muy pronto y que no puedo decir que sepa en qué consiste.

Strange suspiró.

—¿Cómo vamos a convencer a la gente de que no hemos tomado parte en esto? Algo habría que hacer, pero no sé qué.

Norrell dijo de pronto:

—He estado meditándolo durante los dos últimos días; es más, puede decirse que casi no he pensado en otra cosa... ¡y he decidido que debemos restaurar los *Cinque Dragownes*!

Se hizo un breve silencio, y Strange dijo:

—Disculpe, señor, ¿ha dicho los *Cinque Dragownes*?¹

Norrell asintió.

—Para mí está claro que ese bellaco ha de ser juzgado por los *Cinque Dragownes*. Es culpable de magia falsa y de malas tendencias. Afortunadamente, no ha sido revocada la vieja ley medieval.

Childermass se echó a reír.

—La vieja ley medieval exigía que el tribunal de los Cinque Dragownes estuviera compuesto por doce magos. En Inglaterra no hay doce magos. Usted lo sabe bien. Sólo hay dos.

—Podríamos encontrar otros.

Strange y Childermass lo miraron con asombro.

Norrell tuvo la delicadeza de mostrar cierto sonrojo al desdecirse de algo que había mantenido durante siete años, pero prosiguió:

—Están lord Portishead y aquel hombrecito moreno de York que no firmó el convenio. Ya son dos, y supongo... —añadió mirando a Childermass— que tú podrás encontrar alguno más, si pones empeño en ello.

Childermass abrió la boca, probablemente para decir algo de todos los magos que ya le había encontrado, magos que habían dejado de serlo porque Norrell se había quedado con sus libros, o los había retirado de la profesión, o les había hecho firmar convenios nefastos, o, de una u otra manera, los había destruido.

—Perdón, señor Norrell —interrumpió Strange—, pero al decir que algo habría que hacer me refería a publicar un anuncio en el periódico o cosa por el estilo. Dudo que lord Liverpool y los ministros nos autorizaran a restaurar una rama de la ley inglesa que no se aplica desde hace doscientos años, sin otro objeto que el de castigar a un hombre. Y, aun en el caso de que fueran tan complacientes para permitirlo, creo que habría que entender que esos doce magos tendrían que ser magos prácticos. Tanto

lord Portishead como John Segundus son magos teóricos. Además, es probable que, a no tardar, Drawlight sea procesado por fraude, falsificación, estafa y qué sé yo. No veo qué ventajas tienen los *Cinque Dragownes* respecto a los tribunales ordinarios.

—¡La justicia de los tribunales ordinarios es totalmente imprevisible! El juez no sabrá nada de magia. No sabrá apreciar la magnitud de los crímenes de ese hombre. Yo hablo de sus crímenes contra la magia inglesa, de sus crímenes contra mí. El tribunal de los Cinque Dragownes era famoso por su severidad. Creo que es la mejor garantía de que Drawlight sea ahorcado.

—¡Ahorcado!

—Oh, sí. ¡Quiero verlo ahorcado! Creía que de eso se trataba. —Abrió y cerró rápidamente sus ojillos varias veces.

—Señor Norrell —dijo Strange—, yo estoy tan enfadado con ese hombre como pueda estarlo usted. Es un bellaco y un farsante. Es lo que yo más desprecio. Pero no deseo causar la muerte de nadie. Yo estuve en la Península, señor, y ya he visto morir a demasiados hombres.

—¡Pero hace dos días quería desafiarlo a un duelo!

Strange lo miró con desagrado.

—¡Eso es distinto!

—En cualquier caso —prosiguió Norrell—, considero que la conducta de Drawlight no es mucho más reprobable que la de usted.

—¿La mía? —exclamó Strange, sorprendido—. ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Oh, usted sabe bien a lo que me refiero. ¿Cómo se le ocurrió aventurarse en los *Caminos del Rey*? ¡Solo y sin la menor preparación! ¡No pensaría que yo iba a aprobar una aventura semejante! Su actuación de aquella noche perjudicará a la magia tanto como haya podido hacerlo ese hombre. ¡Y probablemente más! Nadie tenía buen concepto de Christopher Drawlight. Nadie se sorprenderá de que haya resultado un granuja. ¡Pero a usted en todas partes se lo considera discípulo mío! ¡Es el segundo mago del país! La gente pensará que yo apruebo lo que hizo. ¡La gente pensará que forma parte de mi plan para la restauración de la magia inglesa!

Strange miraba fijamente a su maestro.

—Lo que menos desearía yo, señor Norrell, es que pudiera usted sentirse comprometido por un acto mío. Nada más lejos de mi intención. Pero eso tiene fácil remedio. Si nos separamos, cada uno podrá actuar independientemente. El mundo juzgará a cada uno sin relacionarlo con el otro.

Norrell se asustó. Miró a Strange, desvió la vista y murmuró que no había querido decir eso. Que confiaba en que el señor Strange sabría que no había querido decir tal cosa. Carraspeó.

—Confío en que tomará en consideración la alteración de mi estado de ánimo. Confío en que, por el bien de la magia inglesa, sabrá comprender mi aprensión. Usted

sabe lo importante que es, para este fin, que ambos hablemos y actuemos de común acuerdo. Aún es pronto para que la magia inglesa sea expuesta a los embates de vientos contrarios. Si empezamos a contradecirnos mutuamente sobre cuestiones importantes de política de la magia, no creo que la magia inglesa sobreviva.

Silencio.

Strange se puso en pie y le hizo una ceremoniosa reverencia. Siguiéron momentos de tensión. Parecía que Norrell deseaba decir algo, pero no sabía qué.

El último libro de lord Portishead, *Ensayo sobre el extraordinario resurgir de la magia inglesa*, etc., que acababa de salir de la imprenta, estaba sobre una mesita, y Norrell se agarró a él.

—¡Qué excelente obrita! ¡Y qué adicto a nuestra causa es lord Portishead! Después de una decepción como la que hemos sufrido, no se siente uno muy inclinado a confiar en alguien. No obstante, creo que lord Portishead merece toda nuestra confianza.

Le dio el libro a Strange.

Éste lo hojeó con aire pensativo.

—Desde luego, ha hecho todo lo que le pedimos. Dedicó dos largos capítulos a atacar al Rey Cuervo y apenas menciona a los duendes. Creo recordar que el manuscrito original contenía una larga descripción de la magia del Rey Cuervo.

—Efectivamente. Hasta que usted hizo esas correcciones, no valía nada. Peor aún, era peligroso. Pero las largas horas que pasó usted con él, encauzando sus opiniones, han sido fructíferas. Estoy muy satisfecho.

Cuando Lucas entró con la bandeja del té, parecía que los dos magos habían recobrado su talante habitual (Strange estaba un poco más callado, quizá) y que la disensión había quedado superada.

Al despedirse, Strange preguntó si podía tomar prestado el libro de lord Portishead.

—¡Por supuesto! —exclamó Norrell—. ¡Quédeselo! Tengo varios ejemplares.

A pesar de los esfuerzos de Strange y Childermass por disuadirlo, Norrell no renunciaba a la idea de restaurar los Cinco Dragownes. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que no podría descansar hasta que en Inglaterra hubiera un tribunal de la magia y que la pena que cualquier otro tribunal impusiera a Drawlight no podría satisfacerlo. Aquel mismo día envió a Childermass a casa de lord Liverpool para rogarle que le concediera unos minutos. Lord Liverpool respondió que lo recibiría al día siguiente.

A la hora señalada, Norrell visitó al primer ministro y le expuso su plan. Cuando lo hubo escuchado, lord Liverpool frunció el entrecejo.

—Hace mucho tiempo que no existen en Inglaterra tribunales de la magia —dijo—. No hay abogados preparados para proceder ante ellos. ¿Quién se encargaría de los

casos? ¿Quién los juzgaría?

—¡Ah! —exclamó Norrell sacando un grueso fajo de papeles—. Me complace que milord haga preguntas tan pertinentes. He redactado un documento en el que describo la actuación de los Cinco Dragownes. Lamentablemente, hay muchas lagunas en nuestra información, pero aquí sugiero medios para recuperar lo que se ha perdido. He tomado como modelo los tribunales eclesiásticos ordinarios. Como milord observará, tenemos ante nosotros una ardua tarea.

Lord Liverpool miró los papeles.

—Una tarea demasiado ardua, señor Norrell —declaró llanamente.

—Oh, pero necesaria, se lo aseguro. ¡Muy necesaria! ¿Cómo, si no, vamos a reglamentar la magia? ¿Cómo vamos a protegernos de los magos perversos y sus servidores?

—¿Qué magos perversos? No hay nadie más que usted y el señor Strange.

—Es cierto, pero...

—¿Se siente usted muy perverso en este momento, señor Norrell? ¿Hay alguna razón apremiante para que el gobierno británico instituya procedimientos jurídicos especiales a fin de controlar sus perniciosas inclinaciones?

—No, milord, yo...

—¿O acaso el señor Strange muestra una acusada tendencia a asesinar, mutilar y robar?

—No, pero...

—Entonces no nos queda más que ese señor Drawlight, que, por lo que sé, no tiene nada de mago.

—Pero sus delitos son contra la magia. Según las leyes inglesas, debe ser juzgado por el tribunal de *Cinque Dragownes*. Es el indicado para él. Aquí están los nombres de sus delitos. —Norrell puso otra lista ante el primer ministro—. Vea, milord: magia falsa, tendencias perversas y pedagogía malévolas. Los tribunales ordinarios no son competentes.

—No me cabe duda. Pero, como le digo, no hay nadie que pueda juzgar ese caso.

—Si milord tiene a bien pasar la mirada por la página cuarenta y dos de mis notas, verá que propongo emplear a jueces, abogados y procuradores de los tribunales eclesiásticos ordinarios. Yo podría explicarles los principios de las leyes taumatúrgicas... No llevaría más de una semana. Y podría prestarles a mi criado, John Childermass, todo el tiempo que durase el juicio. Es hombre muy instruido y podría advertirles si incurrieran en error.

—¡Cómo! ¡Que al juez y los abogados los asesoren el demandante y su criado! ¡De ninguna manera! ¡Semejante idea repugna a la justicia!

Norrell parpadeó.

—Pero ¿qué garantía puedo tener entonces de que no aparezcan otros magos que

desafíen mi autoridad y me contradigan?

—¡Señor Norrell, no es función de un tribunal, de ningún tribunal, la de hacer que prevalezcan las opiniones de una persona sobre las de otras! Ni en cuestión de magia ni en ninguna otra faceta de la vida. Si otros magos mantienen opiniones distintas, debe usted debatir con ellos. Tiene que demostrar la superioridad de sus ideas, como hago yo en la política. Debe usted argumentar, explicar y practicar su magia, y aprender a vivir como vivo yo, expuesto a la crítica, la oposición y la censura constantes. Ese, señor Norrell, es el estilo inglés.

—Pero...

—Lo siento, señor Norrell, no deseo oír más. Asunto concluido. El gobierno de Gran Bretaña le está agradecido. Ha prestado a su país inmensos servicios. Todo el mundo sabe la gran estima en que lo tenemos, pero lo que pide es imposible.

La estafa de Drawlight fue pronto de dominio público y, como había vaticinado Strange, parte de la culpa se atribuyó a los dos magos. Al fin y al cabo, Drawlight era íntimo de uno de ellos. El caso constituía un tema excelente para la sátira, y se publicaron varias caricaturas hilarantes. Una, obra de George Cruikshank, mostraba a Norrell pronunciando un discurso ante un grupo de admiradores acerca de la nobleza de la magia inglesa, mientras en un cuarto trasero Strange dictaba una especie de menú a un criado que escribía en una pizarra: «Por matar por arte de magia a un simple conocido, 20 guineas. Amigo íntimo, 40 guineas. Pariente, 100 guineas. Cónyuge, 400 guineas.» En otra caricatura, Rowlandson había dibujado a una dama elegante que paseaba a un perrito de pelo rizado y se encontraba con una conocida, que exclamaba al ver al perro:

—Oh, señora Foulkes, ¡qué monada de perrito!

—Sí —respondía la dama—. Es el señor Foulkes. Pagué cincuenta guineas al señor Strange y al señor Norrell por lograr que mi marido me obedeciera en todo, y éste es el resultado.

No cabe duda de que las caricaturas y los comentarios maliciosos que aparecieron en la prensa causaron un perjuicio considerable a la magia inglesa. Ahora era posible ver la magia a una luz diferente, ya no como la mayor defensa de la nación, sino como instrumento de la malevolencia y la envidia.

¿Y las personas que habían sido estafadas por Drawlight? ¿Cuál fue su actitud? No cabe duda de que el señor Palgrave —el anciano enfermo y atrabiliario que aspiraba a vivir para siempre— tenía intención de acusarlo de estafa, pero no pudo llevar a cabo su propósito porque murió al día siguiente. Sus hijos y herederos (que lo odiaban) se sintieron más complacidos que disgustados al descubrir que la frustración, la ira y el desengaño le habían amargado los últimos días. Tampoco de la señorita Gray ni de la señora Bullworth tenía Drawlight nada que temer. Los parientes y amigos de la primera la disuadieron de que se involucrara en un vulgar

asunto judicial, y la perversidad de las intenciones de la segunda le impedía proceder contra Drawlight sin inculparse a sí misma. Quedaban Gatcombe y Tantony, los cerveceros de Nottinghamshire. El señor Gatcombe, práctico hombre de negocios, no deseaba sino recuperar su dinero, y con ese fin envió a Londres a unos alguaciles. Desgraciadamente, Drawlight no pudo complacer a Gatcombe en ese pequeño detalle, puesto que hacía tiempo que lo había gastado.

Y llegamos a lo que fue la auténtica caída de Drawlight, porque apenas hubo escapado al cadalso cuando en el ya sombrío firmamento de su existencia apareció su verdadera Némesis describiendo círculos en el aire con sus negras alas, decidida a aplastarlo. Rico nunca fue, sino todo lo contrario. Vivía de crédito y de exprimir a los amigos. A veces ganaba en el juego, pero lo más frecuente era que incitara a los jóvenes incautos a jugar, y cuando perdían invariablemente, los tomaba del brazo y, hablando sin parar, los llevaba a tal o cual prestamista conocido suyo.

—Honradamente, no podría recomendarle a ningún otro —les decía, solícito—, porque exigen unos intereses monstruosos, pero el señor Buzzard es diferente. Ese anciano caballero es muy amable. No soporta que alguien tenga que privarse de un placer si él tiene los medios de procurárselo. Estoy convencido de que, para él, prestar pequeñas sumas de dinero es más una obra de caridad que una operación financiera.

Por este pequeño pero importante papel de guiar a los jóvenes al vicio, las deudas y la ruina, Drawlight recibía una gratificación de los prestamistas, generalmente el cuatro por ciento de los intereses del primer año si se trataba del hijo de un plebeyo, el seis por ciento por el hijo de un vizconde o un barón, y el diez por ciento por el de un conde o un duque.

Empezó a circular la noticia de su descrédito. Los sastres, sombrereros y guanteros a los que debía dinero se pusieron nerviosos y exigieron el pago de sus cuentas. Deudas que él confiaba poder arrastrar durante cuatro o cinco años más adquirieron suma urgencia de la noche a la mañana. Hombres de cara adusta llamaban violentamente a su puerta, bastón en mano. Varias personas le aconsejaron que se marchara del país de inmediato, pero él no podía creer que sus amigos lo hubieran abandonado por completo. Pensaba que el señor Norrell se ablandaría; pensaba que Lascelles, su querido, querido Lascelles, lo ayudaría. Les envió sendas cartas muy respetuosas solicitando el urgente préstamo de cuatrocientas guineas. Pero Norrell no contestó y Lascelles sólo le escribió para decirle que tenía por norma no prestar dinero a nadie. El martes por la mañana Drawlight fue arrestado por deudas, y el viernes siguiente ya había ingresado en la prisión de King's Bench.

Una tarde de finales de noviembre, aproximadamente una semana después de estos hechos, Strange y Arabella estaban en el salón de su casa de Soho Square. Ella

escribía una carta y él se tiraba del pelo, distraído, mirando al vacío. De pronto, se puso en pie y salió de la habitación.

Volvió al cabo de una hora, llevando en la mano una docena de hojas cubiertas de escritura.

Su esposa levantó la cabeza.

—Creía que el artículo para Amigos de la Magia Inglesa ya estaba escrito.

—No es ese artículo —respondió él—. Es una reseña del libro de Portishead.

Arabella frunció el entrecejo.

—No puedes hacer la reseña de un libro en el que tú has participado.

—Creo que sí. En ciertas circunstancias.

—¿Sí? ¿En qué circunstancias?

—Para decir que es un libro abominable, un vil engaño perpetrado contra el público británico. Ella miró a su marido sin pestañear.

—¡Jonathan! —dijo al fin.

—Sí; es un libro abominable.

Strange le entregó las hojas y ella empezó a leerlas. El reloj de la repisa dio las nueve y Jeremy entró con la bandeja del té. Cuando hubo terminado la lectura, Arabella suspiró.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Publicarla, supongo.

—Pero ¿y el pobre lord Portishead? Si ese libro contiene errores, alguien debe denunciarlos, desde luego. Pero tú sabes bien que él sólo escribió lo que vosotros dijisteis que escribiera. Se sentirá molesto.

—¡Oh, por supuesto! Es un asunto muy lamentable —repuso Strange despreocupadamente. Tomó un sorbo de té y una tostada—. Pero eso no es lo que importa. ¿He de permitir que mi aprecio por Portishead me impida decir lo que considero justo? Creo que no. ¿Y tú?

—Pero ¿has de ser tú? —repuso Arabella con gesto desolado—. El pobre hombre lo sentirá mucho más viniendo de ti. Strange frunció el entrecejo.

—Claro que he de ser yo. ¿Quién si no? Pero tranquilízate, le presentaré cumplidas excusas en la primera ocasión.

Y con eso Arabella tuvo que conformarse.

Entretanto, Strange trataba de decidir adónde enviar su reseña. Finalmente, eligió al señor Jeffrey, director de la *Edinburgh Review*, de Escocia. Como se recordará, era una publicación radical que abogaba por la reforma política, la emancipación de católicos y judíos y otras muchas cosas que Norrell reprobaba. En consecuencia, durante los últimos años, Jeffrey había visto cómo periódicos rivales publicaban comentarios y artículos sobre el resurgimiento de la magia inglesa, en tanto que él, lamentablemente, se veía privado de ellos. Como era de esperar, recibió la reseña de

Strange con alborozo. No le preocupó en absoluto su asombroso y revulsivo contenido, ya que esa clase de escritos era lo que más le gustaba. De inmediato, mandó una carta a Strange en la que le aseguraba que publicaría su reseña lo antes posible, y unos días después le envió un haggis (esa especie de fiambre escocés) como obsequio.

38. De The Edinburgh Review (Enero de 1815)

Art. XIII. Acerca de Ensayo sobre el extraordinario resurgir de la magia inglesa, etc., de John Waterbury, lord Portishead. Y un relato de la magia obrada durante la última Guerra de la Península por Jonathan Strange, mago titular de su excelencia el duque de Wellington. Londres, 1814. John Murray.

En su calidad de valioso colaborador y confidente del señor NORRELL y amigo del señor STRANGE, lord PORTISHEAD está perfectamente capacitado para escribir la historia de los recientes acontecimientos mágicos, puesto que los ha vivido. Todas y cada una de las obras del señor NORRELL y el señor STRANGE han sido ampliamente comentadas en diarios y revistas, pero los lectores de lord PORTISHEAD las comprenderán mucho mejor, ya que se les expone el relato en su integridad.

Los más entusiastas admiradores del señor NORRELL querrían hacernos creer que cuando, en la primavera de 1807, llegó a Londres, ya estaba plenamente formado y era el Mayor Mago de Inglaterra y Primer Fenómeno de la Epoca, pero del relato de PORTISHEAD se deduce que tanto él como STRANGE han ido adquiriendo confianza y habilidad a partir de unos comienzos muy vacilantes. PORTISHEAD no evita mencionar sus fracasos ni sus triunfos. El capítulo V comprende el tragicómico relato de su dilatada polémica con la Guardia Montada, que se inició en 1810, cuando un general tuvo la original idea de sustituir los caballos por unicornios, con el propósito de proporcionar a los soldados el medio de ensartar el corazón a los franceses. Desgraciadamente, este magnífico plan no pudo ser puesto en práctica porque los señores NORRELL y STRANGE no es que no dispusieran de unicornios suficientes para toda la caballería, sino que aún no han encontrado ni uno solo.

Más dudoso es el valor de la segunda mitad del libro, en la que lord PORTISHEAD, abandonando las descripciones, se dedica a establecer reglas para determinar lo que es y lo que no es Magia Inglesa respetable; en otras palabras, qué debe considerarse Magia Blanca y qué, Magia Negra. No hay aquí nada nuevo. Si el lector repasara los recientes comentarios publicados sobre la magia, percibiría una curiosa uniformidad de opinión. Todos los autores recitan la misma historia y todos utilizan los mismos argumentos para sacar sus conclusiones.

Quizá haya llegado el momento de preguntar por qué ha de ser así. En cualquier otra rama del Saber, nuestra comprensión se acrecienta mediante una oposición y debate racionales. El Derecho, la Teología, la Historia y la Ciencia tienen sus diversas facciones. ¿Por qué entonces en la Magia no oímos más que los mismos fatigados argumentos? Empieza uno a preguntarse por qué alguien

ha de molestarse en discutir si todos parecen convencidos de las mismas verdades. Esta tediosa monotonía resulta particularmente palpable en las recientes exposiciones de la HISTORIA DE LA MAGIA INGLESA, que van tomándose cada vez más excéntricas.

Hace ocho años, este mismo autor publicó *Historia del Rey Cuervo* contada a los niños, una obra perfecta en su género. Transmite al lector la vívida sensación de misterio y prodigio que envuelve la magia de JOHN USKGLASS. ¿Por qué ahora pretende creer que la verdadera Magia Inglesa empezó en el siglo XVI con MARTIN PALE? En el capítulo VI de *Ensayo sobre el extraordinario resurgir de la magia inglesa, etc*, declara que PALE se propuso purgar a la Magia Inglesa de sus elementos más tenebrosos. No trata siquiera de aportar prueba alguna que abone tan extraordinaria afirmación, y ello no es de extrañar, ya que tal prueba no existe.

Según la actual opinión de PORTISHEAD, la tradición que empezó con PALE fue elaborada y perfeccionada por HICKMAN, LANCHESTER, GOUBERT, BELASIS et alii (los llamados magos ARGENTINOS) y ha alcanzado ahora su glorioso apogeo con el señor NORRELL y el señor STRANGE. Ésta es, desde luego, la idea que el señor STRANGE y el señor NORRELL se han esforzado con ahínco por imponer. Pero, sencillamente, no es válida. Ni MARTIN PALE ni los magos ARGENTINOS se propusieron colocar los cimientos de la Magia Inglesa. En todas las fórmulas que recogían, en las palabras que escribían, trataban de recrear la magia gloriosa de sus antecesores (los que conocemos con el nombre de AUREATES o magos de la Edad de Oro): THOMAS GODBLESS, RALPH DE STOKESSEY, CATHERINE DE WINCHESTER y, sobre todos ellos, JOHN USKGLASS. MARTIN PALE fue el fiel seguidor de aquellos magos. Él nunca dejó de lamentarse de haber nacido doscientos años después de su tiempo.

Una de las características más extraordinarias del resurgir de la Magia Inglesa ha sido su tratamiento de JOHN USKGLASS. Hoy en día parece que sólo se lo menciona para denostarlo. Es como si el señor DAVY, el señor FARADAY y demás Hombres de Ciencia insignes se sintieran en la obligación de empezar sus conferencias expresando su desprecio y aversión hacia ISAAC NEWTON, o nuestros eminentes médicos antepusieran a cada anuncio de un nuevo descubrimiento en Medicina una descripción de la maldad de WILLIAM HARVEY.

Lord PORTISHEAD dedica un largo capítulo de su libro a intentar demostrar que JOHN USKGLASS no fue el fundador de la Magia Inglesa, como se supone, puesto que antes de su época ya había magos en estas islas. No lo niega. Pero rechaza de modo terminante la idea de que antes de JOHN

USKGLASS existiera en Inglaterra una tradición de la magia.

Veamos quiénes son esos magos anteriores a los que tanta importancia atribuye PORTISHEAD. Uno de ellos fue JOSÉ DE ARIMATEA, que vino de Tierra Santa y plantó un árbol mágico para proteger a Inglaterra del mal... pero no me consta que se quedara el tiempo suficiente para enseñar sus artes a los habitantes de este país. Otro fue MERLÍN, pero como era galés por parte de madre e infernal por parte de padre, no corresponde al modelo de una Magia Inglesa respetable, tan caro a PORTISHEAD, NORRELL y STRANGE. ¿Y quiénes fueron los discípulos y seguidores de MERLÍN? No podemos nombrar ni a uno solo. No; por una vez, la idea generalizada es la correcta: hacía mucho tiempo que en estas islas se había extinguido la Magia cuando JOHN USKGLASS llegó de Tierra de Duendes y fundó su reino de Inglaterra del Norte.

Al parecer, el propio PORTISHEAD tenía dudas a este respecto y, por si sus argumentos no llegaban a convencer a sus lectores, trata de demostrar que la magia de JOHN USKGLASS era intrínsecamente perversa. Pero no queda claro ni mucho menos que los ejemplos que aporta abonen esta conclusión. Vamos a examinar uno de ellos. Todo el mundo ha oído hablar de los cuatro bosques mágicos que rodean Newcastle, la capital de JOHN USKGLASS. Se llamaban Gran Tom, Ciudadela de Asmody, Pequeño Egipto y Serlo's Blessing. Se trasladaban de un lugar a otro y, en ocasiones, se tragaban a las personas que se acercaban a la ciudad con intención de causar daño a sus habitantes. Desde luego, la idea de bosques devoradores de hombres nos parece horripilante, pero no existe prueba alguna de que se lo pareciera a los contemporáneos de JOHN USKGLASS. Era aquélla una época de violencia; JOHN USKGLASS era un rey medieval y actuaba como debía actuar un rey medieval para proteger su ciudad y a sus súbditos.

Con frecuencia, resulta difícil pronunciarse sobre la moralidad de los actos de USKGLASS, dado que sus motivos son insondables. Él es, de todos los magos AUREATE, el más misterioso. Nadie sabe por qué en el año 1138 hizo que la Luna desapareciera del firmamento y viajara por todos los ríos y lagos de Inglaterra. Ignoramos por qué, en 1202, se peleó con el invierno y lo desterró de su reino, de manera que, durante cuatro años, Inglaterra del Norte disfrutó de un verano continuo. Tampoco sabemos por qué, durante treinta noches consecutivas entre mayo y junio de 1345, todos los hombres, mujeres y niños del reino soñaron que estaban congregados en una llanura color granate bajo un cielo de oro pálido, para construir una alta torre negra. Trabajaban toda la noche y por la mañana despertaban en sus camas, completamente exhaustos. El sueño no dejó de atormentarlos hasta la trigésima noche, en que la torre y sus fortificaciones estuvieron terminadas. En todas estas historias —y muy

especialmente en la última—, tenemos la sensación de que estaban produciéndose grandes acontecimientos, pero no podemos decir cuáles. Varios estudiosos han especulado con la idea de que la torre negra estuviera situada en la parte del infierno que, según se creía, USKGLASS tenía en arriendo de LUCIFER, y que USKGLASS construyese una fortaleza con intención de librar una guerra contra sus enemigos del infierno. MARTIN PALE, no obstante, pensaba otra cosa. Él creía que existía una relación entre la construcción de la torre y la aparición de la Peste Negra en Inglaterra, ocurrida tres años después. La Inglaterra del Norte de JOHN USKGLASS padeció los efectos de la plaga en mucha menor medida que su vecina del sur, y PALE creía que ello se debía a que JOHN USKGLASS se había protegido con alguna defensa.

Pero, según Ensayo sobre el extraordinario resurgir de la magia inglesa, nos está vedado hasta meditar sobre estas cosas. En opinión del señor NORRELL y de lord PORTISHEAD, el mago moderno no debe especular con cosas entendidas sólo a medias. Pero yo digo que precisamente por estar entendidas sólo a medias es por lo que debemos estudiarlas.

La Magia Inglesa es la extraña morada en la que habitamos los magos. Está construida sobre los fundamentos que puso JOHN USKGLASS, y no conviene dejarlos en el olvido. Debemos examinarlos y comprender cuál es su naturaleza, para descubrir lo que pueden y lo que no pueden sostener. De otro modo, se abrirán grietas que dejarán entrar vientos de Dios sabe dónde. Los pasadizos nos conducirán a lugares que nunca hubiéramos pensado en visitar.

En conclusión, el libro de PORTISHEAD —aunque contiene muchas cosas excelentes— es un buen ejemplo de la contradicción que existe en el seno de la Moderna Magia Inglesa: nuestros magos más preeminentes declaran sin cesar su intención de borrar de la Magia Inglesa hasta la última huella de JOHN USKGLASS, pero ¿cómo es posible tal cosa? Es la magia de JOHN USKGLASS la que nosotros practicamos.

39. Los dos magos (Febrero de 1815)

DE todos los controvertidos artículos que se publicaron en la *Edinburgh Review*, ninguno fue tan controvertido como éste. A últimos de enero, no parecía haber en todo el país ni una sola persona medianamente culta que no lo hubiera leído y se hubiera formado su opinión. Aunque no estaba firmado, todos sabían quién era el autor: Strange. Oh, desde luego, al principio algunos dudaban y señalaban que se criticaba tanto a Strange como a Norrell, o más. Pero éstos eran tenidos por estúpidos. ¿Acaso no era Jonathan Strange de esa clase de personas caprichosas y contradictorias, capaces de escribir contra sí mismas? ¿No se declaraba mago el autor? ¿Quién podía ser si no? ¿Quién podría hablar con tanta autoridad?

Cuando Norrell llegó a Londres, sus opiniones fueron consideradas originales e incluso excéntricas. Pero después la gente se acostumbró a ellas, y cuando él decía que la magia, al igual que los océanos, debía ser gobernada por los ingleses, les parecía que sus ideas estaban en consonancia con el espíritu de la época. Había que fijar unos límites, prescindiendo de todo lo que no fuera fácilmente comprensible para las damas y los caballeros modernos, como los trescientos años de reinado de John Uskglass y la extraña historia de nuestras conflictivas relaciones con los duendes. Ahora Strange refutaba el concepto norrelliano de la magia. De pronto, parecía que todo lo que los ingleses habían aprendido en la niñez acerca de las extravagancias de la magia inglesa podía ser cierto, y que John Uskglass podía seguir cabalgando con su séquito de hombres y duendes por sendas olvidadas, más allá del firmamento, al otro lado de la lluvia.

La mayoría pensaba que la asociación de los dos magos no tardaría en romperse. Por Londres circulaba el rumor de que Strange había ido a Hanover Square y los criados no lo habían dejado entrar. Había también quienes, por el contrario, decían que Strange no había ido a Hanover Square y que Norrell se pasaba los días y las noches sentado en la biblioteca, esperando a su discípulo, y que cada cinco minutos llamaba a los criados para pedirles que se asomaran a la ventana, a ver si acudía.

Un domingo por la tarde de primeros de febrero, Strange visitó por fin a Norrell. Eso, al menos, era seguro, ya que dos caballeros que iban a la iglesia de San Jorge, situada en Hanover Square, lo vieron en la escalera exterior, vieron abrirse la puerta y lo vieron hablar al criado y entrar sin dilación, como si estuvieran esperándolo. Los dos caballeros siguieron hasta el templo, donde inmediatamente comunicaron a sus vecinos de banco lo que habían visto. Cinco minutos después entraba en la iglesia un joven delgado, de aspecto seráfico, que, simulando rezar, susurró que acababa de hablar con una persona que estaba asomada a la ventana del primer piso de la casa contigua a la del señor Norrell, y le había dicho que le había parecido oír cómo el

señor Strange increpaba y sermoneaba a su maestro. Dos minutos después, en toda la iglesia se cuchicheaba que los dos magos se habían amenazado mutuamente con una especie de excomunión de la magia. Empezó el oficio religioso y numerosos feligreses miraron hacia las ventanas con expresión anhelante, como preguntándose por qué esas aberturas se situaban a tanta altura en las iglesias. Se cantó un himno con acompañamiento de órgano, y varios asistentes aseguraron después que, por encima de la música, habían oído retumbar fuertes truenos, señal segura de perturbaciones mágicas. Pero otros dijeron que sólo eran imaginaciones.

Todo ello hubiera sorprendido a los dos magos, que, en aquel momento, estaban de pie en la biblioteca de Norrell, mirándose en cauto silencio. Strange, que no había visto a su tutor en varios días, estaba impresionado por su aspecto. Demacrado y encorvado, Norrell parecía haber envejecido diez años.

—¿Nos sentamos, señor? —dijo.

Fue hacia una silla, y el repentino movimiento sobresaltó a Norrell, como si estuviera temiendo que Strange lo golpeará. Pero al instante se había repuesto lo suficiente para sentarse también él.

No estaba Strange mucho más tranquilo. Durante los últimos días se había preguntado una y otra vez si había hecho bien en publicar aquella crítica, y siempre se decía que sí. Había decidido que debía adoptar una actitud de digna superioridad moral, suavizada por un discreto matiz de contrición. Pero ahora que volvía a encontrarse en la biblioteca de Norrell, no le resultaba fácil sostener la mirada de su tutor. Sus ojos vagaban por la habitación, yendo de la figurita de porcelana que representaba al doctor Martin Pale al picaporte, a la uña de su propio pulgar y al zapato izquierdo del anfitrión.

Norrell, por el contrario, no apartaba la vista de la cara de su discípulo. Al cabo de un largo momento de silencio, los dos hombres hablaron a la vez.

—Después de todas sus bondades para conmigo... —empezó Strange.

—Usted piensa que estoy enfadado... —empezó Norrell.

Ambos se interrumpieron, y Strange invitó a Norrell a continuar.

—Usted piensa que estoy enfadado, pero no lo estoy. Usted piensa que no sé por qué ha hecho lo que ha hecho, pero lo sé. Usted piensa que ha puesto todo su corazón en ese escrito y que ahora en Inglaterra todos lo comprenden. ¿Y qué es lo que comprenden? Nada. Pero yo ya lo había comprendido antes de que usted escribiera la primera palabra. —Hizo una pausa, con la cara crispada, como si tratara de manifestar un sentimiento muy profundo—. Eso que escribió, lo escribió para mí. Sólo para mí.

Strange abrió la boca para protestar de esta sorprendente conclusión. Pero intuyendo que probablemente era acertada, calló.

—¿Cree que yo no he sentido el mismo... el mismo anhelo que usted? «Es la

magia de John Uskglass la que nosotros practicamos.» Claro que lo es. ¿Y qué podría ser si no? Le diré que, cuando yo era joven, hubo momentos en los que habría hecho cualquier cosa, soportado cualquier prueba, con tal de encontrarlo a él y arrojarme a sus pies. Intenté invocarlo. ¡Ja! Aquél fue el acto de un hombre muy joven y muy necio. Tratar a un rey como a un lacayo, llamarlo y pretender que me hablase. Considero que una de las circunstancias más afortunadas de mi vida fue que mi intento fracasara. Luego procuré encontrarlo utilizando los viejos hechizos de elección. No logré que actuaran. Desperdiqué toda mi juventud buscándolo. Durante diez años no pensé en otra cosa.

—Nunca me lo había dicho, señor.

Norrell suspiró.

—Quería impedir que usted cayera en el mismo error. —Levantó las manos en ademán de resignación.

—Pero dice usted que eso fue hace mucho tiempo, cuando era joven e inexperto. Ahora es un mago muy distinto y yo me precio de ser un buen ayudante. ¿Y si volviésemos a intentarlo?

—No es posible encontrar a un mago tan poderoso a no ser que él desee ser encontrado —sentenció Norrell—. Es inútil pretenderlo. ¿Cree que a él le importa lo que le ocurra a Inglaterra? Yo digo que no. Nos abandonó hace tiempo.

—¿Abandonó? —repitió Strange juntando las cejas—. Ésa me parece una palabra muy dura. Imagino que, tras años de decepciones, uno pueda sentirse inclinado a sacar una conclusión semejante. Pero se conocen numerosos relatos de personas que vieron a John Uskglass mucho después de que, según se supone, dejara Inglaterra. La hija del guantero de Newcastle¹, el granjero de Yorkshire², el marinero vasco³...

Norrell lanzó un gruñido de enojo.

—¡Rumores y superstición! Aunque esas historias fueran ciertas, cosa que me resisto a admitir, nunca he llegado a comprender cómo podían saber ellos que la persona a la que vieron era John Uskglass. No existen retratos suyos. Ni la hija del guantero ni el marinero vasco contaron que habían visto a John Uskglass. Vieron a un hombre vestido de negro y otros les dijeron que aquel hombre era John Uskglass. Pero en realidad poco importa si volvió o no en uno u otro momento, ni si fue visto por tal o cual persona. Lo cierto es que cuando abandonó el trono y partió de Inglaterra, se llevó consigo lo mejor de la magia inglesa. Aquel día empezó la decadencia. ¿No basta eso para que lo consideremos enemigo nuestro? Supongo que usted conocerá *Un bosque encantado se marchita*, de Watershippe⁴.

—No, señor; no lo conozco. —Lo miró significativamente, dando a entender que no lo había leído por la razón de siempre—. Pero me habría gustado que me hubiese hablado de esto antes.

—Quizá me equivoqué en no hacerlo partícipe de muchos de mis pensamientos

—dijo Norrell entrelazando los dedos—. Ahora estoy casi seguro de ello. Pero hace tiempo decidí que la mejor manera de servir los intereses de Gran Bretaña era guardar absoluto silencio sobre estas cuestiones, y es difícil romper viejos hábitos. Pero sin duda usted, señor Strange, sabe cuál es la tarea que nos espera. A usted y a mí. La magia no puede estar a merced de los caprichos de un rey a quien ya no importa lo que pueda ocurrirle a Inglaterra. Debemos liberar a los magos ingleses de su dependencia de él. Debemos lograr que se olviden de John Uskglass tan completamente como él se ha olvidado de nosotros.

Strange, ceñudo, negó con la cabeza.

—No, señor. A pesar de todo lo que usted argumenta, a mí me parece que John Uskglass se encuentra en el corazón mismo de la magia inglesa y que será peor para nosotros si lo olvidamos. Quizá al final resulte que estoy equivocado. Nada más probable. Pero en una cuestión de tan vital importancia para la magia inglesa, debo convencerme por mí mismo. No me considere desagradecido, pero creo que ha llegado el momento de dar por terminada nuestra colaboración. Me parece que somos muy diferentes...

—¡Oh! —se alarmó Norrell—. Ya sé que en carácter... —Hizo un ademán despectivo—. Pero ¿eso qué importa? Somos magos. Es lo único que cuenta para mí y lo único que cuenta para usted. Si hoy abandona esta casa para seguir su propio camino, ¿con quién hablará... como ahora estamos hablando? No tendrá a nadie. Estará solo. —En tono casi suplicante, susurró—: ¡No haga eso!

Strange miraba a su maestro, desconcertado. Eso no era lo que él esperaba. Su artículo no sólo no había provocado la indignación de Norrell, sino que parecía haber favorecido una eclosión de sinceridad y humildad. En ese momento, se le antojó razonable y deseable volver a la tutela de Norrell. Fueron el orgullo y la certeza de que al cabo de una hora o dos pensaría de otro modo los que le hicieron responder:

—Lo siento, señor, pero desde que regresé de la Península no me parece apropiado seguir llamándome discípulo suyo. Me siento como si representara un papel. Someter mis escritos a su aprobación para que usted los modifique como mejor le plazca... eso ya no puedo aceptarlo. Es obligarme a decir lo que ya no pienso.

—Tenemos una tarea que cumplir —suspiró Norrell. Inclinando el cuerpo hacia delante, añadió con más energía—: Déjese guiar por mí. Prométame que no publicará nada, no dirá nada, no hará nada hasta estar completamente seguro a este respecto. Créame, la satisfacción de saber que al fin ha dicho usted lo que debía, ni más ni menos, bien vale diez, veinte y hasta cincuenta años de silencio. El silencio y la inactividad no van con su carácter, lo sé. Pero yo le prometo resarcirlo en todo lo que esté en mi mano. No saldrá usted perdiendo. Si alguna vez ha tenido motivos para considerarme adusto, no volverá a tenerlos. Le diré a todo el mundo lo mucho que lo aprecio. Ya no seremos tutor y discípulo. ¡Que la nuestra sea una asociación entre

iguales! ¿Acaso no he aprendido yo de usted tanto como usted de mí? ¡Los casos más lucrativos serán suyos! Los libros... —Tragó saliva—. Los libros que debí prestarle y que me reservé estarán a su disposición. Iremos juntos a Yorkshire (esta misma noche, si quiere) y le daré la llave de la biblioteca, para que lea cuanto quiera. Yo... —Se pasó la mano por la frente, como sorprendido de sus propias palabras—. Ni siquiera le pediré que se retracte de su escrito. Dejémoslo. Dejémoslo. Y con el tiempo, juntos, usted y yo responderemos a todas las preguntas que en él ha planteado.

Hubo un largo silencio. Norrell observaba con ansiedad la cara del otro. Su ofrecimiento de mostrarle la biblioteca de Hurtfew surtió efecto. Por unos instantes, Strange vaciló en su determinación de separarse de su maestro, pero al fin dijo:

—Me siento muy honrado, señor. Sé que no es usted amigo de compromisos. Pero considero que debo seguir mi propio camino. Considero que debemos separarnos.

Norrell cerró los ojos.

En ese momento se abrió la puerta y entraron Lucas y un lacayo con el servicio del té.

—Venga, señor —dijo Strange.

Apoyó la mano en el brazo de su maestro para darle ánimo, y los dos únicos magos de Inglaterra tomaron el té juntos por última vez.

Strange abandonó Hanover Square a las ocho y media. Varias personas que atisbaban por las ventanas de las plantas bajas lo vieron salir. Otros, que no querían rebajarse a espiar personalmente, habían enviado a sus doncellas y criados a la plaza. No se sabe si Lascelles era uno de los que habían optado por esa táctica, pero apenas diez minutos después de que Strange doblara la esquina de Oxford Street, llamaba a la puerta de Norrell.

Este todavía estaba en la biblioteca, sentado en la silla que ocupaba cuando se fue Strange. Miraba fijamente la alfombra.

—¿Se ha ido? —preguntó Lascelles.

Silencio.

Lascelles se sentó.

—¿Y nuestras condiciones? ¿Cómo ha reaccionado?

Silencio.

—¿Señor Norrell? ¿Le ha dicho lo que habíamos acordado? ¿Que, a menos que publique una retractación, nos veremos obligados a revelar lo que sabemos de la magia negra que practicó en España? ¿Que bajo ningún concepto volverá a aceptarlo como discípulo?

—No, no le he dicho nada de eso.

—Pero...

Norrell suspiró profundamente.

—No importa lo que le haya dicho. Se ha ido.

Lascelles guardó silencio y miró con cierto desagrado al mago. Éste, aún ensimismado, no lo advirtió. Finalmente, Lascelles se encogió de hombros.

—Tenía usted razón al principio —dijo—. En Inglaterra no puede haber más que un solo mago.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que dos, de lo que sea, es un número incómodo. Uno puede obrar a su antojo. Seis pueden ponerse de acuerdo. Pero dos siempre han de pelear por la supremacía. Dos siempre se vigilarán mutuamente. Los ojos del mundo siempre estarán fijos en dos, dudando a cuál seguir. Suspira usted, señor Norrell. Sabe que tengo razón. De ahora en adelante, tendremos que contar con Strange en todos nuestros planes. Qué dirá, qué hará, cómo neutralizarlo. Usted me ha dicho más de una vez que Strange es un mago extraordinario. Su talento era una gran ventaja cuando estaba al servicio de usted. Pero eso se ha acabado. Antes o después habrá de emplearlo en su contra. Debemos protegernos cuanto antes. Su genio para la magia es grande, pero su material es escaso, y al fin puede llegar a creer que a un mago le está permitido todo, ya sea allanamiento de morada, robo o engaño. —Se inclinó hacia delante—. No quiero decir que sea tan depravado como para robarle en este momento, pero si llega el día en que la necesidad lo apremie, quizá a su indisciplinada mente le parezca que cualquier abuso de confianza, cualquier violación de la propiedad privada, está justificado. —Hizo una pausa—. ¿Ha tomado precauciones contra el robo en Hurlfew? ¿Hechizos de ocultación?

—Los hechizos de ocultación de nada valdrían contra Strange —declaró Norrell, irritado—. ¡Sólo servirían para atraer su atención! ¡Lo llevarían directamente a mis libros más preciados! No, no, tiene usted razón. —Suspiró—. Aquí se necesita algo más. Debo pensar.

Dos horas después de la marcha de Strange, Norrell y Lascelles salían de la casa en el coche del primero. Los acompañaban tres criados y tenían todo el aspecto de emprender un largo viaje.

Al día siguiente, Strange, tan veleidoso y contradictorio como siempre, se sentía inclinado a lamentar su ruptura con Norrell. No podía dejar de pensar en su predicción, que en lo sucesivo no tendría a nadie con quien hablar de magia. Después de repasar la conversación de la víspera, estaba casi seguro de que las conclusiones de Norrell respecto a John Uskglass eran erróneas. A consecuencia de lo que su ex tutor había dicho, él había desarrollado gran cantidad de ideas nuevas acerca de John Uskglass, y ahora sufría la frustración de no tener a nadie a quien comunicarlas.

A falta de mejor oyente, fue a lamentarse a sir Walter Pole, en Harley Street.

—Desde anoche se me han ocurrido cincuenta cosas que hubiera debido decirle. Ahora supongo que tendré que ponerlas en artículos o reseñas, que no serán publicados hasta abril como muy pronto... y entonces él encargará a Lascelles o a Portishead que escriban una refutación, que no aparecerá hasta junio o julio. ¡Cinco o seis meses para saber lo que él me diría! Es una forma muy farragosa de llevar un debate, especialmente si pensamos que hasta ayer yo podía presentarme en Hanover Square y preguntarle lo que pensaba. ¡Y ahora estoy seguro de que no voy a poder ver ni oler los libros que importan! ¿Cómo puede un mago existir sin libros? Me gustaría que alguien me lo explicara. Es como pedir a un político que llegue a un alto cargo prescindiendo de sobornos y padrinos.

Sir Walter no se ofendió por un símil tan poco halagador, que atribuyó con indulgencia a la alteración de ánimo de Strange. En sus tiempos del colegio de Harrow lo habían obligado a estudiar historia de la magia (que aborrecía) y ahora trató de recordar algo que resultase útil. Descubrió que lo que recordaba no era mucho, apenas llenaría la mitad de una copa pequeña.

Meditó un momento y al fin expuso lo siguiente:

—Tengo entendido que el Rey Cuervo aprendió todo lo que hay que saber sobre la magia inglesa sin ayuda de libro alguno, ya que por entonces en Inglaterra no los había. ¿No podría usted hacer lo mismo?

Strange le lanzó una mirada glacial.

—Y yo tengo entendido que el Rey Cuervo era el ahijado favorito del rey Auberón, que, entre otras bagatelas, le dio una excelente educación en las artes de la magia y un reino propio. Imagino que nada me impediría deambular por bosquecillos remotos y calveros cubiertos de musgo, con la esperanza de ser adoptado por algún personaje de *Tierra de Duendes*, pero mucho me temo que me encontrarán muy crecido para ese fin.

Sir Walter soltó una risita.

—¿Y qué va a hacer ahora, sin que el señor Norrell lo ocupe todo el día? ¿Quiere que le diga a Robson del Foreign Office que le encargue alguna misión? La semana pasada se quejaba de tener que esperar a que todo el trabajo para el Almirantazgo y el Tesoro esté terminado para que el señor Norrell pueda atenderlo.

—Desde luego que sí. Pero no antes de dos o tres meses. Nos vamos a Shropshire, a casa. Tanto Arabella como yo estamos deseando volver a nuestra tierra, y ahora que no hemos de supeditarnos a las conveniencias del señor Norrell, nada nos impide marchar.

—¡Oh! —exclamó sir Walter—. Pero no se irán inmediatamente, ¿verdad?

—Dentro de dos días.

—¿Tan pronto?

—No ponga esa cara de pena. De verdad, Pole, no creí que apreciara tanto mi

compañía.

—No es eso. Pensaba en lady Pole. Va a sentirlo mucho. Echará de menos a su amiga.

—¡Oh! ¡Oh, sí! —dijo Strange, un poco desconcertado—. ¡Por supuesto!

Aquella misma mañana, Arabella fue a despedirse de lady Pole. En cinco años, en poco había cambiado la belleza de milady y en nada su triste estado. Seguía tan silenciosa y tan indiferente al dolor como al placer, tan inaccesible a la ternura como a la frialdad. Pasaba el día sentada junto a la ventana del salón veneciano de la casa de Harley Street. En ningún momento mostraba interés por ocupación alguna y no recibía más visitas que las de Arabella.

—Siento que se vaya —dijo milady cuando su amiga le dio la noticia—. ¿Cómo es Shropshire?

—Oh, temo no ser un juez imparcial. Creo que la mayoría de la gente estará de acuerdo en que es un lugar muy bonito, con sus verdes colinas, sus bosques y sus pintorescos senderos. Claro que tendremos que esperar a la primavera para disfrutar plenamente del paisaje. Pero también en invierno hay bonitas vistas. Es un condado muy romántico, de noble historia. Hay castillos en ruinas y monumentos de piedra contruidos en las cimas de las colinas por quién sabe qué pueblos... y como linda con Gales, ha sido objeto de muchas contiendas. En casi todos los valles hubo campos de batalla.

—¡Campos de batalla! —dijo lady Pole—. Sé muy bien lo que es eso. Miras por una ventana y no ves más que huesos y armaduras oxidadas. Es una visión triste. Espero que no le resulte muy angustiada.

—¿Huesos y armaduras? Nada de eso, milady. Las batallas fueron hace mucho tiempo. No se ve nada, por lo menos nada que provoque angustia.

—Sin embargo —prosiguió lady Pole, sin apenas escucharla—, en todas partes ha habido combates en uno u otro tiempo. Recuerdo que cuando era niña me explicaron en clase que Londres había sido escenario de una cruenta batalla. Se mató a la gente de las maneras más horribles y la ciudad fue arrasada por el fuego. Todos los días de nuestra vida estamos rodeados por las sombras de la violencia y el horror, y me parece que importa muy poco si queda o no alguna señal material.

Algo se agitó en la sala. Fue como el frío temblor de unas alas grises que pasaran sobre sus cabezas o como si alguien cruzara por detrás de los espejos proyectando una sombra en la habitación. Era un extraño efecto de la luz que Arabella había observado con frecuencia cuando estaba con lady Pole. Como no sabía a qué atribuirlo, suponía que se debía a los muchos espejos que colgaban de las paredes.

Lady Pole se estremeció y se ciñó el chal. Arabella se inclinó hacia delante y le tomó una mano.

—Vamos, piense en cosas más alegres.

Lady Pole la miró con ojos vacíos de expresión. Para ella tan difícil era estar alegre como echar a volar.

Entonces Arabella se puso a hablar, con intención de distraer a su amiga de sus horribles pensamientos. Le habló de nuevas tiendas y nuevas modas. Le describió una bonita seda color marfil que había visto en un escaparate de Friday Street y un adorno de abalorios color turquesa que había visto en otro sitio, que sería ideal para la seda marfil. Le explicó lo que había dicho su modista sobre los abalorios, y luego le habló de una planta extraordinaria que la modista tenía en un tiesto en el balcón, y que en un año había crecido de tal modo que ya tapaba la ventana del piso de arriba, en el que vivía un fabricante de candeleros. Después salió a relucir otra planta enorme, y las habichuelas de Juan, y el gigante que estaba en lo alto de las habichuelas, y más gigantes y matagigantes en general, y Napoleón Buonaparte y el duque de Wellington, y las grandes virtudes del duque en todos los aspectos menos en uno: la infelicidad de la duquesa.

—Afortunadamente, ni usted ni yo sabemos lo que es eso —dijo en conclusión, un poco jadeante—, esa mortificación constante de ver al marido galantear con otras mujeres.

—Sin duda —repuso lady Pole sin convicción.

Eso irritó a Arabella. Ella trataba de disculparle todas las rarezas, pero le costaba trabajo perdonarle su habitual frialdad para con su marido. Había visitado la casa con frecuencia suficiente para advertir la devoción que sir Walter le profesaba a su esposa. Si le parecía que algo podía darle placer o mitigar sus sufrimientos, por poco que fuera, se lo procuraba al instante, y Arabella no podía ver con indiferencia la pobre compensación que él recibía por sus desvelos. No era que lady Pole le mostrara aversión, pero a veces parecía tan ajena a su presencia...

—¡Oh! Usted no se da cuenta de la felicidad que representa. Es una de las mayores dichas de la existencia.

—¿El qué?

—El amor de su marido.

Lady Pole pareció sorprenderse.

—Sí; él me ama —dijo al fin—. Por lo menos, eso me dice. Pero ¿de qué me sirve su amor? Nunca me ha dado calor cuando he tenido frío... y siempre tengo frío. Nunca ha acertado ni un triste minuto ninguno de esos tediosos bailes ni detenido una procesión por esos largos y oscuros corredores. Nunca me ha evitado ningún sufrimiento. ¿La ha salvado de algo el amor de su marido?

—¿El señor Strange? —sonrió Arabella—. No, nunca. ¡Soy yo la que lo salva a él! Me explicaré —agregó, ya que resultó evidente que lady Pole no la entendía—: a veces se encuentra con personas que quieren algún remedio mágico, o que tienen un

sobrino nieto que desea aprender magia con él, o que creen que han encontrado un zapato mágico, o un tenedor mágico o cualquier tontería. No tienen mala intención y suelen ser muy respetuosas. Pero el señor Strange no es el más paciente de los hombres y a veces tengo que entrar a rescatarlo antes de que diga algo de lo que pueda tener que arrepentirse.

Llegó la hora de marchar y Arabella inició la despedida. Como no iban a verse en varios meses, deseaba decir algo alegre.

—Espero, mi querida lady Pole, que cuando volvamos a vernos se encuentre mucho mejor y ya salga de casa. Es mi deseo más ferviente que un día podamos encontrarnos en el teatro o en un baile...

—¡Un baile! —exclamó horrorizada—. ¿Qué le ha hecho decir tal cosa? ¡No quiera Dios que usted y yo nos veamos en un baile!

—¡Chist! ¡Chist! No quería incomodarla. He olvidado lo mucho que odia el baile. ¡Vamos, no llore! ¡No piense en ello si tanto la entristece!

Arabella hizo cuanto pudo por tranquilizar a su amiga. La abrazó, la besó en la mejilla y en el pelo, le acarició la mano, le ofreció agua de lavanda. No sirvió de nada. Durante varios minutos, lady Pole se entregó a un acceso de llanto. Arabella no acababa de comprender qué ocurría. Pero ¿qué había que comprender? Era característico de la dolencia de lady Pole que cualquier insignificancia la asustara y lo más banal la entristeciera. Tiró del cordón de la campanilla para llamar a la doncella.

Hasta que entró la mujer, no hizo milady un esfuerzo por serenarse.

—¡Usted no sabe lo que ha dicho! —exclamó—. Y que Dios no permita que llegue a saberlo, como lo sé yo. Quiero advertirle... sé que es inútil, pero quiero intentarlo. Escuche, mi querida, querida señora Strange. ¡Escuche como si su eterna salvación dependiera de mis palabras!

Arabella adoptó su expresión más atenta.

Pero no sirvió de nada. Esa ocasión no resultó distinta de las otras en las que milady había anunciado que tenía algo muy importante que comunicarle. Estaba muy pálida, aspiró profundamente varias veces... y empezó a contar una extraña historia del dueño de una mina de plomo de Derbyshire que se enamoró de una vaquera. La vaquera era el ideal del dueño de la mina, salvo que su reflejo en los espejos aparecía siempre con varios minutos de retraso, sus ojos cambiaban de color a la puesta del sol y con frecuencia se veía su sombra danzar frenéticamente estando ella quieta.

Cuando lady Pole subió a su habitación, Arabella se quedó en la sala. «¡Qué estúpida he sido! —pensó—. ¡Si sé que sólo oír hablar de baile la aflige de un modo terrible! ¿Cómo he podido ser tan imprudente? Me gustaría saber qué deseaba decirme. ¿Lo sabrá ella siquiera? ¡Pobrecita! Sin el don de la salud y la razón, la riqueza y la belleza carecen de valor.»

Así moralizaba cuando un leve ruido a su espalda la hizo volverse.

Inmediatamente se levantó y caminó deprisa hacia la puerta con las manos extendidas.

—¡Es usted! ¡Cuánto me alegro de verlo! Venga, deme la mano. Vamos a estar mucho tiempo sin vernos.

Aquella noche, Arabella le dijo a Strange:

—Por lo menos una persona se alegra de que hayas decidido dedicarte a estudiar a John Uskglass y a sus súbditos duendes.

—¡Ah! ¿Y quién es esa persona?

—El caballero que tiene el pelo como el vilano del cardo.

—¿Quién?

—El caballero que vive con sir Walter y lady Pole. Ya te he hablado de él.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. —Hubo un momento de silencio, mientras Strange reflexionaba—. ¡Arabella! —exclamó de pronto—. ¿Es que todavía no sabes cómo se llama? —Se echó a reír.

Ella parecía molesta.

—No es culpa mía —dijo—. Ni él ha dicho su nombre ni a mí se me ha ocurrido preguntárselo. Pero me alegro de que te lo tomes tan a la ligera. Al principio creí que tenías celos.

—No recuerdo haberlos tenido.

—¡Qué raro! Yo lo recuerdo perfectamente.

—Perdona, Arabella, pero es difícil sentir celos de un hombre al que conociste hace años y del que aún no sabes cómo se llama. ¿Y dices que mi trabajo le parece bien?

—Sí; me ha dicho muchas veces que nunca llegarás a ninguna parte a menos que empieces a estudiar a los duendes. Dice que ésa es la verdadera magia, el estudio de los duendes y sus poderes.

—¿Sí? Parece tener las ideas claras sobre el tema. ¿Y qué sabes de él? ¿Es mago?

—Creo que no. Una vez dijo que en toda su vida no había leído ni un solo libro de magia.

—¡Oh, es uno de éstos! —resopló Strange con desdén—. No ha estudiado el tema pero le sobran teorías al respecto. Me encuentro a menudo con personas así. Pero si no es mago, ¿qué es? ¿Puedes decirme al menos eso?

—Creo que sí —respondió Arabella con la autocomplacencia del que ha hecho un descubrimiento con sagacidad. Strange la miró expectante—. No; no te lo digo. Volverías a reírte de mí.

—Probablemente.

—Está bien —consintió ella al fin—. Creo que es un príncipe. O un rey. Desde luego tiene sangre real.

—¿Se puede saber qué te hace pensar tal cosa?

—Me ha hablado mucho de sus reinos, sus castillos y sus mansiones, aunque reconozco que todos tienen nombres muy raros que nunca había oído. Supongo que es uno de los príncipes que fueron depuestos por Buonaparte en Alemania o Suiza.

—¿Tú crees? —repuso Strange arrugando el entrecejo—. Pues ahora que Buonaparte ha sido derrotado, quizá quiera volver a casa.

No acababan de satisfacerlo esas vagas explicaciones y conjeturas acerca del caballero que tenía el pelo como el vilano del cardo, y se preguntaba quién podía ser aquel amigo de Arabella. Al día siguiente (víspera de su marcha de Londres), fue al despacho de sir Walter en Whitehall, con la intención expresa de descubrir quién era aquel individuo.

Pero en el despacho sólo encontró al secretario particular de sir Walter, muy atareado.

—¡Buenos días, Moorcock! ¿Sir Walter ha salido?

—Se acaba de ir a Fife House⁵. ¿Puedo servirlo en algo, señor Strange?

—Gracias, no creo... Mejor dicho, quizá sí. Hace tiempo que quiero preguntar una cosa a sir Walter y siempre se me olvida. Supongo que usted no conocerá al caballero que vive en su casa.

—¿En casa de quién, señor?

—En la de sir Walter.

Moorcock arrugó la frente.

—¿Un caballero en casa de sir Walter? No se me ocurre a quién puede referirse. ¿Cómo se llama?

—Eso es lo que deseo saber. Yo nunca lo he visto, pero al parecer la señora Strange siempre se lo encuentra nada más salir de casa. Hace años que lo conoce, pero no ha podido averiguar cómo se llama. Debe de ser una persona muy excéntrica para querer mantener su nombre en secreto. La señora Strange siempre lo llama el caballero de la nariz de plata, de la cara como la nieve o cosas por el estilo.

Pero esa información sólo sirvió para desconcertar aún más a Moorcock.

—Lo siento, señor, pero creo que nunca lo he visto.

40. «Puede estar seguro de que tal lugar no existe» (Junio de 1815)

EL emperador Napoleón Buonaparte había sido confinado en la isla de Elba. Ahora bien, su majestad imperial abrigaba ciertas dudas respecto a si una isla tranquila era lo que más le convenía: al fin y al cabo, él estaba acostumbrado a gobernar una gran parte del mundo conocido. Por ello, antes de salir de Francia dijo a varias personas que en primavera, cuando florecieran las violetas, volvería. Y cumplió su promesa

En cuanto pisó suelo francés, Napoleón reunió un ejército y se dirigió al norte, hacia París, en pos de su destino, que era el de hacer la guerra contra todos los pueblos del mundo. Naturalmente, estaba ansioso por recuperar su dignidad de emperador, pero aún no se sabía de dónde. Siempre había deseado emular a Alejandro Magno, por lo que se pensó que tal vez se dirigiría al este. Ya había invadido Egipto una vez, con bastante éxito. O podía ir al oeste: circulaban rumores de que en Cherburgo había una flota dispuesta, esperando para llevarlo a América, a la conquista de un mundo nuevo.

Pero todos convenían en que, cualquiera que fuese su elección, empezaría por invadir Bélgica, por lo que el duque de Wellington se trasladó a Bruselas, a esperar la llegada del Gran Enemigo de Europa.

Los periódicos ingleses estaban llenos de rumores: Buonaparte había reunido a su ejército; ya marchaba sobre Bélgica con asombrosa celeridad; ya había llegado; ya había vencido. Al día siguiente, resultaba que aún seguía en su palacio de París, del que no se había movido.

A últimos de mayo, Jonathan Strange siguió a Wellington y su ejército a Bruselas. Había pasado los tres últimos meses en la quietud de Shropshire, pensando en la magia, por lo que no es de extrañar que al principio se sintiera un poco desorientado. De todos modos, después de deambular una hora o dos, sacó la conclusión de que la causa de su desconcierto no estaba en él sino en la propia Bruselas. Él sabía el aspecto que tenía una ciudad en guerra, y no era aquél. Debería haber compañías de soldados yendo de un lado a otro, carros de suministros y ansiedad en las caras de la gente. Pero sólo veía tiendas elegantes y damas que circulaban en espléndidos carruajes. Sí, había grupos de oficiales por doquier, pero ninguno parecía ocupado en resolver asuntos militares (uno, con gran concentración y esmero, reparaba la sombrilla de juguete de una niña). Había más alegría y animación de las que cabía esperar ante una inminente invasión de Napoleón Buonaparte.

Una voz gritó su nombre, y, al volver la cabeza, Strange vio al coronel Manningham, un antiguo conocido, que inmediatamente lo invitó a acompañarlo a

casa de lady Charlotte Greville, una dama inglesa que vivía en Bruselas. Strange objetó que no estaba invitado y que, en cualquier caso, tenía que buscar al duque. Pero Manningham respondió que la falta de invitación no era obstáculo: seguro que sería bien recibido, y tantas probabilidades tenía de encontrar al duque en el salón de lady Charlotte Greville como en cualquier otro sitio.

Diez minutos después, se hallaba en un lujoso apartamento lleno de gente, a mucha de la cual ya conocía. Había oficiales, hermosas; damas, caballeros distinguidos, políticos y representantes de todos los estamentos de la sociedad inglesa. Todos hablaban de la guerra con gran animación y hacían comentarios festivos. Para Strange la idea era totalmente nueva: la guerra, una diversión elegante. En España y Portugal lo normal era que los soldados se consideraran víctimas sacrificadas y olvidadas. Los partes que publicaban los periódicos ingleses siempre tendían a presentar la situación lo más sombría posible. Pero allí, en Bruselas, ser oficial de su excelencia era lo más noble del mundo... y casi tan noble, ser el mago de su excelencia.

—¿De verdad Wellington quiere aquí a toda esta gente? —le preguntó en voz baja a Manningham, con asombro—. ¿Qué pasará si atacan los franceses? Ahora preferiría no haber venido. Alguien me interrogará por mis divergencias con Norrell, y no deseo hablar de eso.

—¡Tonterías! —cuchicheó Manningham a su vez—. ¡Aquí eso no le importa a nadie! ¡Por cierto, ahí está el duque!

Hubo un pequeño revuelo y apareció él.

—¡Ah, Merlín! —exclamó Wellington al divisar a Strange—. ¡Me alegro de verlo! ¡Venga esa mano! Ya conocerá al duque de Richmond, supongo. ¿No? Permita que se lo presente.

Si la reunión estaba animada antes, ¡cuánto más no había de estarlo ahora que había llegado su excelencia! Todas las miradas se volvían hacia él para descubrir con quién hablaba y —aún más interesante— con quién flirteaba. Al verlo, nadie supondría que había ido a Bruselas con otro propósito que el de divertirse. Pero cada vez que Strange trataba de apartarse, el duque lo miraba fijamente como diciendo: «¡No se vaya! ¡Lo necesito!» Al fin, sin dejar de sonreír, inclinó la cabeza y le murmuró al oído:

—Ahí; creo que es buen sitio. ¡Venga! Hay un invernadero al otro extremo del salón. Allí estaremos libres de la gente.

Se sentaron entre palmeras y otras plantas exóticas.

—Una advertencia —dijo el duque—: esto no es España. En España, los franceses eran el enemigo aborrecido por todos los hombres, mujeres y niños del país. Aquí la situación es distinta. Buonaparte tiene amigos en todas las calles y en buena parte del ejército. La ciudad está llena de espías. Por eso nuestra mayor preocupación,

suya y mía, es actuar como si no hubiera nada más seguro que su derrota. ¡Sonría, Merlín! Tome un poco de té. Le calmará los nervios.

Strange trató de esbozar una sonrisa despreocupada, que no tardó en convertirse en un rictus de ansiedad, y, con el fin de desviar la atención de su excelencia de su deficiente dominio de la expresión facial, preguntó qué opinión le merecía su ejército.

—¡Oh! Lo mejor que puede decirse de él es que es malo. El ejército más heterogéneo que he mandado: mezcla de británicos, belgas, holandeses y alemanes. Es como intentar levantar una pared con media docena de materiales. Cada material puede ser excelente en sí mismo, pero nunca se sabe si la obra se sostendrá. Pero el ejército prusiano ha prometido luchar a nuestro lado, y su general, Blücher, es un tipo excelente. Le encanta la batalla. Por desgracia, también está loco. Cree que está preñado.

—¡Ah!

—De un elefantito.

—¡Ah!

—Pero debe usted ponerse a trabajar inmediatamente. ¿Ha traído sus libros? ¿La fuente de plata? ¿Tiene sitio donde trabajar? Tengo el presentimiento de que Buonaparte aparecerá por el oeste, por Lille. Sería la ruta que elegiría yo, y he recibido cartas de amigos que viven en la ciudad, en las que me aseguran que se le espera de un momento a otro. Ésta será su misión: vigilar la frontera occidental y advertirme a la primera señal de que se acercan las tropas francesas.

Durante los quince días siguientes, Strange conjuró visiones de los lugares por los que el duque sospechaba que podían llegar los franceses. Para que lo ayudaran en su tarea, Wellington le proporcionó un gran mapa y un joven oficial llamado Hadley-Bright.

Hadley-Bright era uno de esos felices mortales para los que la diosa Fortuna reserva sus mejores dones. Todo le era favorable. Adorado hijo único de una viuda rica, quiso seguir la carrera militar y sus amigos le consiguieron destino en un regimiento distinguido. Deseaba emociones y aventura, y el duque de Wellington lo nombró ayudante de campo. Luego, cuando el joven decidió que lo único que le gustaba más que el ejército era la magia, el duque le encomendó la misión de colaborar con el sublime y misterioso Jonathan Strange. Pero sólo las personas de carácter especialmente agrio eran capaces de irritarse por los éxitos de Hadley-Bright; todas las demás quedaban desarmadas por su buen talante y simpatía.

Día tras día, Strange y Hadley-Bright examinaban viejas ciudades fortificadas del oeste de Bélgica; escudriñaban en las calles de pueblos tristes; contemplaban vastos campos desiertos que se extendían bajo cielos de acuarela más vastos todavía. Pero los franceses no aparecían.

Un día caluroso y húmedo de mediados de junio seguían dedicados a esa tarea

interminable. Era poco después de mediodía. El camarero había olvidado retirar unas tazas de café y una mosca zumbaba en torno a ellas. Por la ventana abierta llegaba una mezcla de olores a sudor de caballo, melocotones y leche agria. Hadley-Bright, sentado en una silla, hacía una demostración de una de las más importantes habilidades de un soldado: la de quedarse dormido en cualquier circunstancia y momento.

Strange miró el mapa y eligió un punto al azar. En el agua de la fuente de plata apareció un tranquilo cruce de caminos, cerca de una granja y dos o tres casas. Observó la escena. Nada. Se le cerraban los ojos, e iba a quedarse transpuesto cuando vio a unos soldados situando un cañón bajo unos olmos. Se los veía muy decididos. Dio un puntapié a Hadley-Bright para despertarlo.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó.

Hadley-Bright miró la fuente entornando los ojos.

Los soldados que estaban en el cruce llevaban guerrera verde con vueltas rojas. De pronto parecía que eran muchos.

—Son los de Nassau —dijo Hadley-Bright, refiriéndose a parte de las tropas alemanas de Wellington—. Son los muchachos del príncipe de Orange. No hay que preocuparse. ¿Qué miramos?

—Un cruce que está a veinte millas al sur de la ciudad. Quatre Bras, se llama.

—¡Bah, no merece la pena! —declaró Hadley-Bright bostezando—. Está en la carretera de Charleroi. El ejército prusiano se encuentra al otro lado, o eso me han dicho. Me gustaría saber si se supone que esa gente tiene que estar ahí. —Empezó a hojear papeles en los que se indicaba el despliegue de los distintos ejércitos aliados—. No; en realidad, no creo que...

—¿Y ése? —lo interrumpió Strange, señalando a un soldado con guerrera azul que había aparecido por una loma situada enfrente, con el mosquete en posición de fuego.

Una pausa muy breve.

—Francés —dictaminó Hadley-Bright.

—¿Se supone que ha de estar ahí?

Al primer francés se le unió otro. Luego aparecieron cincuenta. Los cincuenta se convirtieron en doscientos, trescientos... mil. Toda la ladera parecía criar franceses como un queso cría gusanos. Al momento, todos empezaron a disparar sus mosquetes contra los soldados de Nassau que estaban en el cruce. La escaramuza acabó pronto. Los de Nassau dispararon sus cañones. Los franceses, que no parecían tener cañones, se retiraron al otro lado de la loma.

—¡Ja! —exclamó Strange, jubiloso—. ¡Derrotados! ¡Han huido!

—Sí, pero ¿de dónde venían? ¿Puede ver lo que hay detrás de la loma?

Strange agitó el agua con el dedo, describiendo un círculo en la superficie. El

cruce de caminos se borró y en su lugar apareció una excelente vista del ejército francés, o, si no de todo, de buena parte.

Hadley-Bright se dejó caer en la silla como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. Strange juró en español (lengua que asociaba inconscientemente con la guerra). Los ejércitos aliados se encontraban en el peor sitio en que podían estar. Las divisiones de Wellington estaban desplegadas en el oeste, dispuestas para defender hasta la muerte lugares que Buonaparte no tenía intención de atacar. El general Blücher y los prusianos estaban muy al este. Y ahora, de pronto, los franceses se presentaban por el sur. En las actuales circunstancias, los de Nassau (tres o cuatro mil hombres) eran lo único que se interponía entre los franceses y Bruselas.

—¡Señor Strange! ¡Haga algo, se lo suplico! —gritó Hadley-Bright.

Strange aspiró profundamente y abrió los brazos, como para reunir toda la magia que había aprendido.

—¡Dese prisa, señor Strange, dese prisa!

—Podría trasladar la ciudad. ¡Cambiar de sitio Bruselas! Llevarla a donde los franceses no pudieran encontrarla.

—¿Adónde? —exclamó Hadley-Bright asiendo las manos de Strange para obligarlo a bajarlas—. Estamos rodeados de ejércitos. ¡Ejércitos nuestros! Si mueve Bruselas, podría aplastar bajo sus piedras a regimientos nuestros. Al duque no le gustaría nada. Necesita a todos sus hombres.

Strange seguía meditando.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Se levantó una especie de brisa. Era agradable y tenía la fresca fragancia del mar. Hadley-Bright miró por la ventana. Más allá de las casas, las iglesias, los palacios y los parques se levantaban altas sierras que hacía un momento no estaban allí. Eran oscuras, como si estuviesen cubiertas de abetos. El aire era mucho más puro, como aire nunca respirado.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En América —dijo Strange, y a modo de explicación agregó—: Se ve siempre tan vacía en los mapas...

—¡Santo Dios! ¡Pues no estamos ahora mejor que antes! ¿Ha olvidado que acabamos de firmar un tratado de paz con América? ¡Nada puede molestar tanto a los americanos como la aparición de una ciudad europea en su suelo!

—Oh, quizá. Pero no hay que preocuparse, se lo aseguro. Estamos muy lejos de Washington, de Nueva Orleans y de todos esos lugares en que se libraron las batallas. A cientos de millas, supongo. Por lo menos... Bueno, no estoy seguro de dónde exactamente. ¿Cree que eso importa?¹

Hadley-Bright corrió en busca del duque para informarle de que, en contra de lo que pudiera suponer, los franceses estaban en Bélgica, pero él, el duque, no.

Su excelencia, que estaba tomando el té con políticos ingleses y condesas belgas, recibió la noticia con su flema habitual. Pero al cabo de media hora se presentó en el hotel de Strange, acompañado por el coronel De Lancey, intendente general. Contempló la imagen de la fuente de plata con expresión sombría.

—¡Vive Dios, qué bien me ha engañado Napoleón! —exclamó—. De Lancey, despache las órdenes lo antes posible. Hay que reunir al ejército en Quatre Bras.

El pobre coronel no podía estar más alarmado.

—¿Cómo vamos a cursarlas a los oficiales, con todo el Atlántico de por medio? —preguntó.

—El señor Strange se encargará de eso —dijo su excelencia. Captó su atención algo que vio al otro lado de la ventana. Pasaban cuatro jinetes. Tenían porte de reyes y expresión de emperadores, la piel color caoba y el pelo largo y negro como ala de cuervo. Vestían pieles decoradas con púas de puercoespín. Cada uno llevaba un rifle en una funda de piel, una lanza de aspecto temible (adornada con plumas, lo mismo que sus cabezas) y un arco—. Ah, De Lancey, y envíe a alguien a preguntar a esos hombres si querrían luchar mañana. Tienen un aspecto muy competente.

Al cabo de una hora aproximadamente, en la ciudad de Ath, situada a veinte millas de Bruselas (mejor dicho, a veinte millas del lugar en que solía estar Bruselas), un *pâtissier* sacaba pasteles del horno. Cuando se hubieron enfriado, dibujó una letra en cada uno con azúcar glaseado rosa, algo que nunca había hecho. Su esposa (que no sabía ni una palabra de inglés) puso los pasteles en una bandeja de madera y los entregó al *sous-pâtissier*. Este llevó la bandeja al cuartel general del ejército aliado en la ciudad, donde sir Henry Clinton estaba dando órdenes a sus oficiales. El *sous-pâtissier* presentó los pasteles a sir Henry, que tomó uno, e iba a llevárselo a la boca cuando el comandante Norcott del 95o de Fusileros lanzó una exclamación de sorpresa. Ante él, escrito en glaseado rosa sobre los pastelillos, tenía un despacho de Wellington por el que se ordenaba a sir Henry que trasladara la II División de Infantería a Quatre Bras lo antes posible. Sir Henry levantó la mirada con asombro. El *sous-pâtissier* le sonreía.

A la misma hora, el general al mando de la III División —un caballero de la casa de Hannover llamado sir Charles Alten— se encontraba trabajando con afán en un *château* situado veinticinco millas al suroeste de Bruselas. Al mirar casualmente por la ventana, observó que en el patio estaba cayendo un pequeño chaparrón de extraño aspecto. El agua caía en el centro del patio, sin tocar las paredes. Sir Charles, movido por la curiosidad, salió a observar el fenómeno y vio, escrita en el polvo con gotas de lluvia, la siguiente misiva:

Bruselas, 15 de junio de 1815

La III División debe dirigirse a Quatre Bras inmediatamente.

Wellington

Entretanto, unos generales holandeses y belgas del ejército de Wellington ya habían descubierto que los franceses estaban en Quatre Bras, y hacia allí se dirigían con la II División de los Países Bajos. Estos generales (llamados Rebecq y Perponcher) reaccionaron con impaciencia cuando una gran bandada de aves canoras se posó en los árboles de alrededor y empezó a cantar:

Del duque un mensaje traemos:
en Quatre Bras está el francés.
Todas las tropas debéis reunir
y presto a la encrucijada marchar.

—¡Sí, sí, ya lo sabemos! —gritó el general Perponcher braceando para ahuyentar a los pájaros—. ¡Fuera, largo de aquí!

Pero los pájaros no se iban, sino que se acercaban más y más, hasta que algunos se le posaron en el hombro y en el caballo, mientras seguían cantando con gran oficiosidad:

Grandes reputaciones se labrarán.
El duque ha dicho: «¡Nada temáis!»
Trazado está el plan de batalla.
¡Adelante, la brigada!

Los pájaros acompañaron a los militares durante todo el día, sin parar de trinar y gorjear la irritante canción. El general Rebecq —que hablaba correctamente inglés— consiguió agarrar a uno y trató de enseñarle una nueva canción, con la esperanza de que volviera junto a Jonathan Strange y se la cantara:

Hay que correr a puntapiés,
de Bruselas a Maastricht,
al mago del duque por acosar
sin piedad a hombres de bien².

A las seis de la tarde, Strange devolvió Bruselas a suelo europeo. Inmediatamente, los regimientos que estaban acuartelados en el interior de la ciudad salieron por la puerta de Namur en dirección a Quatre Bras. Hecho esto, Strange pudo dedicarse a ultimar sus propios preparativos para la guerra. Recogió su fuente de plata, media docena de libros de magia, un par de pistolas, una fina chaqueta de verano provista de numerosos y grandes bolsillos, una docena de huevos duros, tres petacas de brandy, un paquete de empanadillas de cerdo y un enorme paraguas de seda.

A la mañana siguiente, con esos efectos repartidos por su persona y su caballo, se encaminó al cruce de Quatre Bras con el duque y su estado mayor. Varios miles de soldados aliados se encontraban ya reunidos en aquel lugar, pero los franceses no habían aparecido. De vez en cuando sonaba el disparo de un mosquete, pero era poco más que lo que se oiría en un bosque inglés donde hubiera caballeros de cacería.

Strange estaba mirando en derredor cuando un zorzal se le posó en el hombro y empezó a gorjear:

Del duque un mensaje traemos:
en Quatre Bras está el francés...

—¿Qué? ¿Qué haces tú aquí todavía? —farfulló—. ¡Tenías que haber desaparecido hace horas! —Hizo la señal de Ormskirk para disipar un hechizo, y el pájaro voló. Strange observó entonces, consternado, que una gran bandada levantaba el vuelo al mismo tiempo. Miró en derredor con nerviosismo para ver si alguien se había dado cuenta de su distracción; pero todo el mundo parecía muy ocupado en asuntos militares y dedujo que les había pasado inadvertida.

Strange encontró una posición de su agrado, en una zanja, justo frente a la granja de Quatre Bras. El cruce quedaba inmediatamente a su derecha y el 92º de Infantería, un regimiento de highlanders, a su izquierda. Se sacó de los bolsillos los huevos duros, que repartió entre los soldados a los que le pareció que más les apetecerían. (En tiempo de paz, por regla general, para entablar conocimiento con una persona se requiere una presentación; en guerra, un poco de comida cumple el mismo cometido.) Los soldados correspondieron con un poco de té muy dulce y lechoso, y pronto estaban charlando con él amigablemente.

El día era muy caluroso. El camino discurría, en suave declive, por entre campos de centeno que resplandecían al sol de junio con un fulgor casi sobrenatural. A tres millas, el ejército prusiano ya había entrado en combate con los franceses, y el sonido lejano de truenos de cañones y gritos de hombres era como un emisario fantasmal que anunciara lo que se avecinaba. Hacia mediodía se oyeron a lo lejos tambores y cantos enardecidos. El suelo temblaba bajo el aporreo de decenas de miles de pies mientras, por el centeno, se aproximaban las columnas cerradas y oscuras de la infantería francesa.

Strange no tenía órdenes concretas del duque, por lo que, cuando empezó el combate, se dispuso a repetir los actos de magia que solía practicar en los campos de España. Envió enardecidos ángeles a amenazar a los franceses y dragones a lanzar llamaradas sobre sus cabezas. Las visiones eran más grandes y más brillantes que las que conseguía en España, y varias veces salió de la zanja para admirar el efecto, sin hacer caso de las advertencias de los soldados de que se exponía a que lo alcanzara

una bala.

Llevaba tres o cuatro horas lanzando hechizos con la mayor diligencia cuando ocurrió aquello. Un repentino asalto de los chasseurs franceses amenazaba con rodear al duque y su estado mayor, que tuvieron que volver grupas y, a galope tendido, regresar a las líneas aliadas. Las tropas más próximas eran las del 92º de Infantería.

—¡Noventa y dos! —gritó el duque—. ¡Cuerpo a tierra!

Los highlanders obedecieron al instante. Strange se asomó por el borde de la zanja a tiempo de ver al duque volando sobre sus cabezas a lomos de Copenhagen³. Su excelencia estaba ileso y parecía más vigorizado que alarmado por la aventura. Miró en derredor para ver lo que hacía cada cual, y descubrió a Strange.

—¡Señor Strange! ¿Se puede saber qué pretende? ¡Si quiero una exhibición propia de Vauxhall Gardens, se la pediré!⁴ Los franceses ya vieron muchas de estas cosas en España y no les causan efecto. Pero son nuevas para los belgas, holandeses y alemanes de mi ejército. Acabo de ver a uno de sus dragones amenazar a una compañía de Brunswick en ese bosque, y cuatro hombres han caído al suelo. ¡Eso no lo consiento, señor Strange! ¡No lo consiento! —Y se alejó al galope.

Strange lo siguió con la mirada. Tenía intención de hacer un acerbo comentario sobre la ingratitud del duque a sus amigos del 92º de Infantería, pero los vio muy ocupados recibiendo fuego de cañón y mandobles de sable. De modo que recogió el mapa, salió de la zanja y se dirigió al cruce, donde encontró a lord Fitzroy Somerset, el secretario militar del duque, que miraba en derredor con aire preocupado.

—Necesito hacerle una pregunta, milord —dijo Strange—. ¿Cómo marcha la batalla?

Somerset suspiró.

—Al final todo irá bien. Seguro. Pero la mitad del ejército aún no ha llegado. Apenas tenemos caballería. Ya sé que usted envió las órdenes a las divisiones con prontitud, pero algunas estaban muy lejos. Si los franceses reciben refuerzos antes que nosotros... —Se encogió de hombros.

—Si llegan los refuerzos franceses, ¿por dónde vendrán? ¿Por el sur?

—El sur y el sureste.

Strange no volvió a la batalla, sino que fue a la granja de Quatre Bras, situada detrás mismo de las líneas británicas. Estaba abandonada: puertas abiertas, cortinas que ondeaban en las ventanas, una guadaña y una hoz en el suelo, donde las habían arrojado los granjeros en su precipitada huida. En la penumbra de la vaquería encontró a una gata y varios gatitos recién nacidos. Cada vez que sonaba un cañonazo (lo que ocurría a menudo), el animal temblaba. Strange le puso agua y le habló cariñosamente. Luego se sentó en el frío suelo de piedra y extendió el mapa ante sí.

Empezó a mover los caminos, senderos y pueblos situados al sur y al este del campo de batalla. Primero cambió de sitio dos pueblos. Luego hizo que todos los

caminos que iban de este a oeste discurrieran de norte a sur. Esperó diez minutos y volvió a ponerlo todo como estaba antes. Dio media vuelta a todos los bosques de los alrededores. Luego invirtió el curso de los arroyos. Pasó horas y horas dedicado a cambiar el paisaje. Era un trabajo laborioso y aburrido, tanto como el que solía hacer con Norrell. A las seis y media oyó que las trompetas aliadas tocaban avance. A las ocho se levantó y estiró el cuerpo entumecido.

—Bueno —le dijo a la gata—, no tengo la menor idea de si habremos conseguido algo con todo esto⁵.

Un humo negro flotaba sobre los campos. Los cuervos, siniestros seguidores de todas las batallas, habían llegado a cientos. Strange encontró a sus amigos, los highlanders, en un estado lamentable. Habían capturado una casa situada junto al camino, pero en la acción habían sufrido fuertes bajas y perdido a veinticinco de sus treinta y seis oficiales, incluido el coronel, a quien muchos de ellos consideraban un padre. Más de un encanecido veterano lloraba con la cara entre las manos.

Al parecer, los franceses habían regresado a Frasnes, la ciudad de la que habían salido por la mañana. Strange preguntó a varias personas si eso significaba que los aliados habían ganado, pero nadie parecía tener información concreta al respecto.

Aquella noche, Strange durmió en Genappe, pueblo situado a tres millas en dirección a Bruselas. Estaba desayunando cuando apareció el capitán Hadley-Bright, con noticias: el ejército prusiano, aliado del duque, había sufrido un terrible castigo durante los combates de la víspera.

—¿Han sido derrotados? —preguntó Strange.

—No; pero se han retirado, y el duque dice que nosotros debemos hacer lo mismo. Su excelencia ya ha elegido el campo de batalla, y los prusianos se reunirán allí con nosotros. Un lugar llamado Waterloo.

—¿Waterloo? ¡Qué nombre tan raro y ridículo!

—Sí que es raro. No he conseguido encontrarlo en el mapa.

—¡Oh, eso ocurría continuamente en España! Es probable que quien se lo ha dicho no haya oído bien el nombre. Waterloo: puede estar seguro de que tal lugar no existe.

Poco después de mediodía los dos hombres montaron a caballo, y se disponían a salir del pueblo en pos del ejército cuando llegó un mensaje de Wellington: se acercaba una división de lanceros franceses. ¿Podía el señor Strange ponerles algún obstáculo? Éste, deseoso de evitar una nueva acusación de hacer magia de feria, consultó a Hadley-Bright.

—¿Qué es lo que más odia la caballería?

Hadley-Bright reflexionó.

—El barro —dijo.

—¿El barro? ¿En serio? Sí, tiene razón. ¡Bien, pocas cosas hay tan sencillas como

la magia de los fenómenos meteorológicos!

El cielo se oscureció. Apareció un negro nubarrón de tormenta, tan grande como toda Bélgica, y tan bajo que sus desflecados faldones parecían rozar las copas de los árboles. Hubo un relámpago que por un instante pintó el mundo de un blanco hueso. Sonó un crujido ensordecedor y al momento caía una lluvia torrencial que hacía hervir y gorgotear la tierra.

A los pocos minutos, los campos de alrededor se habían convertido en un lodazal. Los lanceros franceses no pudieron entregarse a su deporte favorito de cabalgar con ligereza y soltura, y la retaguardia de Wellington consiguió escapar.

Al cabo de una hora, Strange y Hadley-Bright se llevaron una sorpresa al descubrir que, efectivamente, existía un lugar llamado Waterloo y que habían llegado a él. El duque, montado en su caballo bajo la lluvia, contemplaba muy complacido a los sucios hombres, caballos y carros.

—¡Un barro excelente, Merlín! —gritó alegre—. Pegajoso y resbaladizo. A los franceses no les habrá gustado nada. ¡Más lluvia, por favor! Bien, ¿ve ese árbol en lo alto de la cuesta?

—¿El olmo, excelencia?

—El mismo. Le agradeceré que mañana, durante la batalla, se mantenga ahí. Yo también estaré, aunque probablemente no pueda permanecer mucho tiempo. Mis muchachos le llevarán mis instrucciones.

Aquella noche, las divisiones del ejército aliado tomaron posiciones a lo largo de una loma, al sur de Waterloo. El trueno retumbaba sobre sus cabezas y llovía a mares. De vez en cuando se acercaban al olmo delegaciones de hombres cubiertos de barro, a rogar a Strange que detuviera aquel diluvio, pero él se limitaba a negar con la cabeza diciendo:

—Cuando el duque me diga que pare, parará.

Pero los veteranos de la Guerra de la Península afirmaban en tono de aprobación que, en tiempo de guerra, la lluvia siempre había sido amiga de los ingleses, y les decían a sus camaradas:

—Para nosotros no hay nada más reconfortante y familiar, mientras que para otros es un obstáculo. Llovió las noches anteriores a Fuentes, Salamanca y Vitoria. — Eran los nombres de algunas de las grandes victorias conseguidas por Wellington en la Península.

Debajo de su paraguas, Strange pensaba en la batalla inminente. Desde el fin de la contienda de la Península había estudiado la magia que los *aureates* practicaban en tiempo de guerra. Era muy poco lo que se sabía de ella; sólo rumores de un hechizo que John Uskglass utilizaba antes de sus batallas. Predecía la consecuencia de hechos actuales. Poco antes del anochecer, Strange tuvo una inspiración: «No hay manera de averiguar qué hacía Uskglass, pero ahí están las conjeturas sobre los presagios de

cosas venideras, de Pale. Seguro que es una versión simplificada de lo mismo. Podría servir.»

Unos instantes antes de que el conjuro obrara su efecto, Strange percibió claramente todos los sonidos de alrededor: el azote de la lluvia en metal, cuero y en la lona de las tiendas, el piafar y resoplar de los caballos, los cantos de los ingleses, las gaitas de los escoceses, las voces de dos soldados galeses que discutían sobre la correcta interpretación de un pasaje bíblico, y la del capitán escocés John Kincaid, que instaba a los salvajes americanos a tomar té (quizá con la idea de que, una vez que te aficionas al té, adquieres simultáneamente todos los hábitos y cualidades que distinguen a un británico).

Después, silencio. Empezaron a desaparecer hombres y caballos, al principio poco a poco, y después más aprisa, a cientos, a miles. Se abrían grandes claros en la compacta masa de soldados. Un poco más al este, se desvaneció todo un regimiento, dejando un vacío del tamaño de Hanover Square. Donde un momento antes todo era vida, voces y movimiento, ahora no había más que lluvia, crepúsculo y tallos de centeno oscilando al viento. Strange sintió una náusea y se pasó la mano por los labios. «¡Ja, esto me enseñará a enredarme con la magia propia de los reyes! —pensó—. Tiene razón Norrell. Hay magia que no es apta para los magos corrientes. Probablemente John Uskglass sabría qué hacer con estos presagios. Yo no. ¿Debo decírselo a alguien? ¿Al duque? No creo que me diera las gracias.»

Alguien estaba frente a él, hablándole: un capitán de artillería. Strange lo veía mover los labios pero no oía nada. Chasqueó los dedos para disipar el hechizo. El capitán lo invitaba a tomar brandy y fumar un cigarro. Strange tiritó y rehusó.

Pasó el resto de la noche sentado bajo el olmo, solo. Hasta aquel momento, su condición de mago nunca le había hecho sentirse distinto de otros hombres. Pero ahora había vislumbrado el lado oscuro de algo. Tenía una sensación extraña, como si en torno a él el mundo estuviera haciéndose más viejo y lo mejor de la existencia —la risa, el amor y la inocencia— fuera quedando atrás irremisiblemente.

Alrededor de las once y media de la mañana, los franceses abrieron fuego. La artillería aliada respondió. Entre uno y otro ejército, nubes de un humo negro y acre velaron el diáfano aire estival.

El ataque francés estaba dirigido principalmente contra el château de Hougoumont, un puesto avanzado de los aliados en el valle defendido por la Guardia Escocesa, la Guardia de Coldstream y unidades de Nassau y Hannover. Strange conjuraba imagen tras imagen en su fuente de plata, a fin de seguir los sangrientos combates que se libraban en los bosques que rodeaban el castillo. Estaba tentado de mover los árboles, a fin de facilitar el tiro a los aliados, pero el combate cuerpo a cuerpo era el menos apto para la aplicación de la magia. Se recordó la máxima de que, en la guerra, un soldado puede hacer más daño por actuar antes de tiempo o

impulsivamente que por no hacer nada. Decidió esperar.

El fuego de artillería crecía en intensidad. Los veteranos británicos decían a sus amigos que nunca habían conocido tan fuerte castigo. Los hombres veían cómo sus camaradas eran partidos por la mitad, despedazados o decapitados por las balas de cañón. El aire vibraba con la repercusión de las detonaciones.

—Pegan duro —observó el duque fríamente, y ordenó a las primeras filas retirarse tras la cresta de la loma y echar cuerpo a tierra.

Cuando cesó el fuego, los aliados levantaron la cabeza y vieron a la infantería francesa avanzar por el valle, entre la humareda: dieciséis mil soldados, formando hombro con hombro inmensas columnas que gritaban y golpeaban el suelo con los pies al unísono.

Más de uno se preguntó si los franceses habrían encontrado por fin a un mago propio; los franceses parecían mucho más altos de lo normal y, a medida que se acercaban, se veía en sus ojos el brillo de un furor casi inhumano. Pero era sólo la magia de Napoleón Buonaparte, que sabía mejor que nadie cómo vestir a sus soldados para intimidar al enemigo y desplegarlos de manera que parecieran indestructibles.

Ahora Strange ya sabía lo que tenía que hacer. El barro, apelmazado y pegajoso, entorpecía el avance de los soldados. Para obstaculizarlo más aún, se aplicó a encantar los tallos del centeno, haciendo que se enredaran en los pies de los franceses. Los tallos eran resistentes como alambres y los soldados se tambaleaban y caían. Pensaba Strange que, con un poco de suerte, el barro les impediría levantarse y serían pisoteados por sus camaradas, o por la caballería que no tardó en aparecer detrás de ellos. Pero era un trabajo muy lento y, a pesar de sus esfuerzos, probablemente ese primer acto de Strange no causó a los franceses más daño que el pudieran infligirles los disparos de un buen mosquetero o fusilero.

Un ayudante de campo se acercó a una velocidad increíble y arrojó una tira de piel de cabra a la mano de Strange gritando:

—¡Mensaje de su excelencia! —Al instante, había desaparecido.

La artillería francesa ha incendiado el castillo de Hougoumont. Apague las llamas.

Wellington

Strange conjuró otra visión de Hougoumont. Desde la última vez que lo había visto, los defensores del castillo habían sufrido graves daños. En todas las habitaciones había heridos de uno y otro bando. El granero, las dependencias exteriores y el cuerpo central del castillo estaban ardiendo. Un asfixiante humo negro lo envolvía todo. Los caballos relinchaban y los heridos se arrastraban, tratando de alejarse, pero no tenían adónde ir, en medio de la violenta batalla. Strange descubrió

media docena de imágenes de santos pintadas en las paredes de la capilla. Medían siete u ocho pies de alto y no estaban muy bien proporcionadas: al parecer, eran obra de un amateur entusiasta. Todos tenían largas barbas castañas y ojos grandes y melancólicos.

—¡Servirán! —rezongó Strange.

A una orden suya, los santos bajaron de las paredes. Se movían espasmódicamente, como marionetas, pero no estaban exentos de agilidad y elegancia. A grandes trancos, pasaron entre los heridos y fueron a un pozo que había en uno de los patios, del que empezaron a sacar cubos de agua que llevaban a las llamas. Todo parecía ir bien hasta que el fuego prendió en dos de ellos (probablemente, san Pedro y san Jerónimo) y los consumió con rapidez: como estaban hechos sólo de pintura y magia, ardían con facilidad. Mientras Strange pensaba en cómo remediar la situación, un trozo de metralla dio en el costado de su fuente de plata y la lanzó a una distancia de cincuenta yardas hacia la derecha. Cuando la hubo recuperado y reparado el daño, todos los santos habían sido pasto de las llamas. Heridos y caballos estaban ardiendo. Ya no había más pinturas en las paredes. Casi llorando de rabia, Strange maldijo al desconocido artista por no haber pintado más santos.

¿Qué más podía hacer? ¿Qué más sabía hacer? Pensaba frenéticamente. A veces, en los viejos tiempos, John Uskglass hacía un paladín utilizando cuervos: las aves se unían formando un gran gigante negro, hirsuto y ondulante, capaz de realizar cualquier proeza con facilidad. En otras ocasiones, John Uskglass se había hecho criados de tierra.

Strange conjuró una visión del pozo de Hougoumont. Sacó agua en forma de surtidor y, antes de que se derramara en el suelo, la obligó a tomar la vaga forma de un hombre. A continuación, le ordenó correr hacia las llamas y arrojarse sobre ellas. De ese modo se apagó una cuadra y se salvaron tres soldados. Strange hacía más hombres de agua a toda prisa, pero éste no es un elemento que conserve fácilmente la forma, y al cabo de una hora de trabajo le daba vueltas la cabeza y le temblaban las manos.

Entre las cuatro y las cinco ocurrió algo inesperado. Al levantar la cabeza, Strange vio acercarse una rutilante masa de caballería francesa. Doce filas, quinientos jinetes. Era tal el estruendo de la artillería que no se oía a los caballos, como si llegaran sin hacer ruido. «Qué extraño, ya deben de saber que la infantería de Wellington está intacta —pensó Strange—. Serán aniquilados.» A su espalda, los regimientos de infantería formaban cuadros. Varios hombres lo llamaron para que se refugiara dentro de sus cuadros. Parecía un buen consejo y él lo siguió.

Desde la relativa seguridad del cuadro, Strange observó el avance de la caballería: coraceros de reluciente coraza y casco coronado de cresta, lanceros con las armas

adornadas de gallardetes rojos y blancos que temblaban al viento. Ornatos que evocaban glorias pretéritas, impropios de esa época gris, glorias a las que Strange estaba decidido a oponer su propia antigua gloria. Grabada en la mente tenía la imagen de los servidores de John Uskglass, hechos de cuervos y de tierra. Bajo los jinetes franceses, el barro empezó a abombarse y burbujear y tomó la forma de manos gigantescas, que agarraban a hombres y caballos y tiraban de ellos hacia abajo. Los que caían eran arrollados por sus camaradas. El resto recibió una granizada de balas de mosquete de la infantería aliada. Strange observaba la escena, impasible.

Cuando los franceses fueron rechazados, Strange volvió a su fuente de plata.

—¿Es usted el mago? —preguntó una voz.

Él se volvió rápidamente y vio con sorpresa a un hombre bajito, grueso y sonrosado, vestido de paisano, que le sonreía.

—¿Se puede saber quién es usted, por Dios? —inquirió.

—Me llamo Pink —dijo el hombre—. Soy viajante de Botones Welbeck, de Birmingham. Traigo un mensaje del duque para usted.

Strange, que estaba cubierto de barro y más fatigado que nunca en toda su vida, tardó en comprender.

—¿Dónde están los ayudantes de campo del duque?

—Me ha dicho que han muerto.

—¿Cómo? ¿Hadley-Bright ha muerto? ¿Y el coronel Canning?

—¡Ay, no puedo darle información exacta! —sonrió el hombre—. Llegué de Amberes ayer, para ver la batalla, y al reconocer al duque quise presentarme a él y mencionar de pasada la excelente calidad de los botones Welbeck. Entonces él me preguntó si, como favor personal, podría venir a decirle que el ejército prusiano se dirige hacia aquí y que ya ha llegado al bosque de Paris, pero, como dice su excelencia, lo están pasando endiabladamente... —Pink sonrió y parpadeó al oírse hablar como un soldado—. Endiabladamente mal con los caminos estrechos y el barro, y dice si tendría usted la bondad de hacerles una carretera desde el bosque hasta el campo de batalla.

—Desde luego —dijo Strange frotándose la cara para quitarse el barro.

—Así se lo comunicaré a su excelencia. —El hombre titubeó y preguntó, expectante—: ¿Cree que a su excelencia le interesará encargarse de botones?

—No veo por qué no. A él le gustan los botones tanto como a la mayoría de los hombres.

—Así, entonces podríamos anunciarnos: «Proveedores de su excelencia el duque de Wellington.» —Estaba radiante—. ¡Allá voy, pues!

—Sí, sí, vaya usted.

Strange creó la carretera para los prusianos, pero al poco rato le parecía haber soñado aquel episodio del señor Pink y los botones Welbeck⁶.



Los hechos se repetían. Una y otra vez, la caballería francesa atacaba y Strange se refugiaba en el interior del cuadro. De nuevo, oleadas de temibles jinetes se abatían contra los costados del cuadro y de nuevo Strange hacía salir de la tierra manos monstruosas que tiraban de los enemigos y los derribaban. Cuando se replegaba la caballería, se reanudaba el fuego de artillería, y él volvía a su fuente de plata para hacer más hombres de agua que apagaran las llamas y socorrieran a los moribundos en el devastado castillo de Hougoumont. Todo sucedía una y otra vez; parecía inconcebible que la lucha pudiera acabar. Strange empezaba a tener la sensación de que duraba desde siempre.

«Tiene que llegar un momento en que se acaben las balas de los mosquetes y los cañones —pensaba—. ¿Y qué haremos entonces? ¿Despedazarnos con sables y bayonetas? Y si morimos todos, ¿quién dirá la gente que ha ganado?»

Entre el humo aparecían fugaces imágenes de momentos de la batalla, como escenas de un teatro de los horrores: en la granja de La Haye Sainte, los franceses trepaban por una montaña formada por sus muertos para saltar la tapia y matar a los defensores alemanes.

Una vez, los franceses pillaron a Strange fuera del cuadro. De pronto se encontró delante de un coracero enorme, montado en un caballo gigantesco. Lo primero que se le ocurrió fue preguntarse si aquel individuo sabría quién era él. (Le habían dicho que

todo el ejército francés odiaba al mago inglés con ferviente pasión latina.) Lo segundo, que había dejado las pistolas dentro del cuadro de la infantería.

El coracero levantó el sable. Impulsivamente, Strange recitó el *Animam evocare* de Stokesey. Algo parecido a una abeja salió del pecho del hombre y se posó en la palma de la mano de Strange. Pero no era una abeja, sino una perla de luz azul. Otra perla de luz salió volando del caballo, que relinchó y se alzó de manos. El francés miraba fijamente a Strange, desconcertado.

Él elevó la otra mano, para fulminar a jinete y caballo, pero se quedó en suspenso. «¿Puede un mago matar a un hombre por arte de magia?», le había preguntado el duque. «Un mago podría; pero un caballero, jamás», había respondido él. Mientras vacilaba, apareció de pronto un oficial de caballería británico —de los escoceses de Grey— que, de un golpe de sable, abrió la cabeza al coracero de abajo arriba, desde la mandíbula, pasando por los dientes. El hombre cayó como un árbol. El escocés siguió adelante sin detenerse.

Después Strange no podría recordar con claridad lo que ocurrió a continuación. Le parecía haber estado deambulando, aturdido, no sabía cuánto tiempo.

Un coro de vítores lo sacó de su abstracción. Al levantar la mirada, vio a Wellington sobre Copenhagen. El duque sostenía el sombrero en alto y lo agitaba: era la señal para que los aliados avanzaran sobre los franceses. Pero lo envolvía un humo tan denso que sólo los soldados más próximos a él podían participar de aquel momento de triunfo.

Strange musitó una palabra y se abrió un claro en la humareda. Un rayo del último sol de la tarde iluminó a Wellington. A lo largo de la loma, los rostros se volvieron hacia él. Crecieron las aclamaciones.

—¡Ajá! —exclamó Strange—. Éste es un buen uso para la magia inglesa.

Echó a andar por el campo de batalla detrás de los soldados aliados y los franceses en retirada. Esparcidas entre los muertos y moribundos estaban las grandes manos de tierra que él había creado. Parecían paralizadas en actitudes de indignación y horror, como si la misma tierra se retorciera de desesperación. Cuando llegó a los cañones franceses que tan grave daño habían causado a los aliados, obró su último acto de magia: hizo salir de la tierra más manos, que agarraron los cañones y los sepultaron.

En la posada de *La Belle Alliance*, situada al extremo del campo de batalla, Strange encontró al duque, que estaba con el príncipe Blücher, general del ejército prusiano. El duque lo saludó con un movimiento de la cabeza y le dijo:

—Luego cenará conmigo.

El príncipe Blücher le estrechó la mano efusivamente y le dijo muchas cosas en alemán, que Strange no entendió. Luego, el anciano caballero se señaló el abdomen, donde suponía al ilusorio elefante, e hizo una mueca de resignación como diciendo:

«¿Qué se le va a hacer?»

Al salir de la posada, Strange se tropezó con el capitán Hadley-Bright.

—¡Me han dicho que había muerto! —exclamó.

—Y yo estaba seguro de que también usted había muerto —respondió el otro.

Callaron, un poco incómodos. Por todas partes se extendían hasta perderse de vista hileras de cadáveres y heridos. En aquel momento tenían una indefinible sensación de que el simple hecho de estar vivo era indigno de un caballero.

—¿Quién más vive? ¿Lo sabe? —preguntó Hadley-Bright. Strange negó con la cabeza.

—No.

Se separaron.

Aquella noche, en el cuartel general de Wellington en Waterloo, la mesa estaba puesta para cuarenta o cincuenta comensales. Pero cuando llegó la hora de la cena, sólo eran tres: el duque, el general Álava (su agregado español) y Strange. Cada vez que se abría la puerta, el duque volvía la cabeza para ver si entraba algún amigo sano y salvo, pero no se presentó ninguno.

Muchos de los sitios de aquella mesa estaban destinados a hombres que habían muerto o se hallaban moribundos: el coronel Canning, el coronel Gordon, el general Picton, el coronel De Lancey. La lista se alargaría a medida que avanzara la noche.

El duque, el general Álava y el señor Strange se sentaron en silencio.

41. Starecross (Finales de septiembre – diciembre de 1815)

AL parecer, no había manera de conseguir que la diosa Fortuna sonriera al señor Segundus. Él se había ido a vivir a York con el propósito de disfrutar de la compañía y conversación de los muchos magos de la ciudad. Pero, apenas llegó, todos los demás magos fueron excluidos de la profesión por el señor Norrell, y él se quedó solo. Su modesta fortuna disminuyó considerablemente, y en el otoño de 1815 se vio en la necesidad de buscar empleo.

—Y no creo que pueda ganar mucho —le dijo al señor Honeyfoot con un profundo suspiro—. No poseo grandes cualificaciones.

Honeyfoot no estaba dispuesto a admitir tal cosa.

—¡Escriba al señor Strange! —le aconsejó—. Quizá necesite un secretario.

Nada hubiera agradado a Segundus tanto como trabajar para Jonathan Strange, pero su natural modestia le impedía proponérselo. Semejante pretensión sería una impertinencia. Podría violentar al señor Strange, que no sabría cómo responder. Incluso podría parecer que él, John Segundus, se consideraba un igual del señor Strange.

Los Honeyfoot le aseguraron que si al señor Strange no le gustaba la idea, no tendría escrúpulo en decirlo claramente, por lo que nada le impedía preguntárselo. Pero Segundus se mostró irreductible.

Mejor le pareció la siguiente proposición que le hicieron.

—¿Por qué no averigua si en la ciudad hay niños que quieran aprender magia? —preguntó la señora Honeyfoot. Sus nietos, robustos chicos de cinco y siete años, estaban en edad de empezar su educación, y el tema la preocupaba.

Así pues, Segundus se convirtió en maestro de magia. Además de a niños, enseñaba a señoritas cuyos estudios normalmente se hubieran limitado al francés, el alemán y la música, pero que ahora estaban deseosas de ser instruidas en la teoría de la magia. Pronto se le pidió que diera clases a los hermanos mayores de las señoritas, muchos de los cuales aspiraban a ser considerados magos. La magia resultaba muy atractiva para los jóvenes amantes del estudio que no tenían vocación de clérigos ni de abogados, especialmente desde que Strange había adquirido fama en los campos de batalla del continente. Al fin y al cabo, hace siglos que los clérigos no se distinguen en el campo de la guerra, en el que los abogados nunca se han distinguido.

A principios del otoño de 1815, Segundus recibió un encargo del padre de un alumno. El caballero, que se llamaba Palmer, había tenido noticias de que en el norte del condado se había puesto en venta una casa. El señor Palmer no deseaba comprarla, pero un amigo le había dicho que había en ella una biblioteca que valía la

pena examinar. Palmer no estaba en disposición de ir personalmente y, aunque confiaba muchos asuntos a sus criados, éstos no poseían gran erudición, por lo que rogó a Secundus que fuera en su lugar a ver cuántos libros había, en qué condiciones se encontraban y si era aconsejable su adquisición.

Starecross Hall era el edificio principal de un pueblo formado por un puñado de casitas de campo y granjas. Se levantaba en un paraje solitario, rodeado de páramos de tonos pardos. Unos árboles robustos daban solemnidad a la casa y la protegían de vientos y tormentas al tiempo que la ensombrecían. Abundaban en el pueblo los cercados y graneros de piedra, todos en estado ruinoso. Era un lugar muy tranquilo. Como del fin del mundo.

Un vetusto puente para caballerías salvaba un arroyo caudaloso y turbulento. Hojas amarillas viajaban deprisa sobre sus aguas casi negras, componiendo dibujos que, a ojos de Secundus, parecían, en cierto modo, una escritura mágica. «Aunque lo mismo ocurre con muchas cosas», pensó.

La casa era larga, baja, de planta irregular, y había sido construida con la misma piedra oscura que el resto del pueblo. En sus descuidados jardines, glorietas y patios se amontonaba la hojarasca. Costaba trabajo imaginar que pudiera haber alguien que deseara comprar una casa semejante. Era muy grande para granja y muy solitaria y lóbrega para residencia señorial. Podía ser apta para rectoría, pero no había iglesia. También podía valer para posada, pero el viejo camino que cruzaba el pueblo se había borrado y lo único que quedaba de él era el puente.

Nadie respondió a la llamada de Secundus, pero la puerta estaba entornada. Aunque parecía un atrevimiento entrar sin permiso, tras cinco o seis minutos de llamar en vano decidió aventurarse.

Las casas, al igual que las personas, tienden a volverse excéntricas si se las deja mucho tiempo solas, y ésta era el equivalente arquitectónico del anciano caballero de bata raída y zapatillas agujereadas que se levanta y se acuesta a horas insólitas y mantiene constantes conversaciones con amigos a los que nadie puede ver. Vagando por la casa en busca de la persona que estuviera encargada de ella, Secundus entró en una habitación en la que no había más que moldes de queso de porcelana, puestos uno encima de otro. En otra sala había montones de extraños vestidos rojos de una hechura que nunca había visto, entre blusa campesina y vestidura sacerdotal. En la cocina encontró muy pocos de los utensilios que generalmente suele haber en esta pieza de una casa, pero descubrió, en un recipiente de vidrio, la calavera de un caimán que parecía sonreír ampliamente, como muy pagado de sí mismo, aunque Secundus no adivinaba por qué. Los cuadros de una habitación a la que sólo podía accederse por una complicada serie de escaleras, parecían elegidos por una persona que tuviese una desmesurada afición por la pelea; había peleas de hombres, peleas de niños, peleas de gallos, peleas de toros, peleas de perros, peleas de centauros y hasta

una asombrosa representación de dos escarabajos enzarzados en combate. Otra estancia estaba casi vacía, salvo por una casa de muñecas colocada en el centro, sobre una mesa. Era una copia exacta de la verdadera casa, con la única diferencia de que, en su interior, varias muñecas elegantemente vestidas gozaban de una vida tranquila y normal: hacían pasteles, cocían pan, divertían a sus amistades tocando el clavicordio, jugaban a las cartas, educaban a minúsculos niños y comían pavos del tamaño de la uña del pulgar del señor Segundus. Extraño contraste con la desolada y vacía realidad.

Segundus tenía la sensación de haber mirado en todas las habitaciones, pero aún no había encontrado la biblioteca ni había visto ser viviente alguno. Llegó a una pequeña puerta semiescondida por una escalera. Tras ella había un cuartito apenas mayor que un ropero. Dentro había un hombre que bebía brandy. Vestía una sucia chaqueta blanca y tenía las botas encima de la mesa y la mirada fija en el techo. Segundus tuvo que ejercitar sus dotes de persuasión para conseguir que aquel tipo accediera a conducirlo a la biblioteca.

Los diez primeros libros que miró carecían de valor: sermones y disertaciones sobre moral del siglo anterior o vidas de personas que ya no podían interesar a nadie. Los cincuenta siguientes, lo mismo. Segundus empezaba a pensar que pronto acabaría su labor cuando descubrió obras de geología, filosofía y medicina muy interesantes y originales, y se sintió más esperanzado.

Estuvo trabajando sin descanso durante dos o tres horas. Hubo un momento en que le pareció oír llegar un carruaje, pero no prestó atención. De pronto sintió hambre. No sabía si se le habría dispuesto comida en la casa, y no había visto ninguna posada por los alrededores. Fue en busca del indolente individuo del cuartito de la escalera para preguntarle qué podía hacer, y no tardó en perderse por el laberinto de salas y corredores. Iba de un lado a otro abriendo todas las puertas que encontraba, sintiéndose más y más hambriento y más y más furioso con el hombre.

Llegó a un anticuado salón con un oscuro revestimiento de roble y una chimenea casi del tamaño de un arco de triunfo. Frente a él, sentada en la banqueta de la ventana, vio a una hermosa joven que contemplaba los árboles y los desnudos montes que se alzaban más allá. Apenas había tenido tiempo de observar que le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda cuando, de pronto, la mujer desapareció, o, mejor dicho, se transformó. En su lugar había ahora una mujer mucho mayor y más gruesa, de la edad de Segundus, con un vestido de seda violeta, un chal indio sobre los hombros y un perrito en el regazo. Esa dama estaba en la misma actitud que la otra, mirando por la ventana con la misma melancólica expresión.

Todos esos detalles los captó en un solo instante, pero la impresión que le causaron las dos mujeres fue muy honda y vívida, casi alucinante, como las imágenes de un delirio. Un temblor extraño lo estremeció de pies a cabeza —aquello era

demasiado para sus sentidos—, y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, estaba tendido en el suelo y dos señoras se inclinaban sobre él, con exclamaciones de alarma y ansiedad. Aun semiinconsciente, advirtió que ninguna de las dos era la hermosa joven sin dedo meñique a la que había visto en primer lugar. Una era la dama del perrito que había aparecido después y la otra era una mujer delgada, rubia, también madura, de rostro y figura corrientes. Al parecer, también se encontraba en la habitación cuando él entró, pero no la había visto porque estaba sentada detrás de la puerta.

Las mujeres no le permitieron levantarse ni moverse. Apenas lo dejaban hablar y le advirtieron con severidad que ello podía provocarle otro desmayo. Fueron en busca de almohadones para la cabeza y de mantas para que no se enfriara (por más que él protestaba que no las necesitaba, que no tenía frío). Le aplicaron agua de lavanda y sales. Taparon la corriente de aire que entraba por debajo de una puerta. Segundus empezaba a sospechar que aquellas señoras habían tenido una mañana excesivamente tranquila y que no dejaba de divertirlas el que un desconocido apareciera de pronto y se desmayara al verlas.

Después de un cuarto de hora de cuidados, le permitieron sentarse en un sillón y tomar un té ligero sin ayuda.

—La culpa es mía —dijo la dama del perrito—. Fellowes me ha dicho que había venido a ver los libros el caballero de York. Debería haber ido en su busca y presentarme. ¡Ha sido demasiada impresión encontrarnos así de improvisto!

La que hablaba era la señora Lennox. La otra era la señora Blake, su dama de compañía. Habitualmente residían en Bath, y habían ido a Starecross para que la primera viese la casa por última vez antes de venderla.

—Qué tontería, ¿no le parece? —le dijo la señora Lennox a Segundus—. Hace años y años que la casa está deshabitada. Debí venderla hace tiempo, pero de niña pasé aquí veranos muy felices.

—Todavía está muy pálido, caballero —dijo la señora Blake—. ¿Ha comido algo?

Él reconoció que estaba hambriento.

—¿Fellowes no se ha ofrecido a traerle comida? —preguntó la señora Lennox, sorprendida.

Fellowes debía de ser el criado vago del cuartito de la escalera. Segundus se abstuvo de decir que casi no había conseguido que Fellowes le hablara.

Afortunadamente, ambas señoras habían llevado comida más que suficiente, y Fellowes estaba preparándola en aquel momento. Media hora después, las dos damas y John Segundus se sentaban a la mesa de un comedor revestido de roble, con una melancólica vista de árboles otoñales tras las ventanas. El único y pequeño inconveniente era que las dos damas insistían en que Segundus, en su débil estado,

debía tomar únicamente alimentos ligeros y de fácil digestión, cuando lo que él deseaba eran buenos bistecs y budín caliente.

Las mujeres se alegraban de tener compañía y le hicieron muchas preguntas. Les interesó que fuera mago. Nunca habían conocido a ninguno.

—¿Ha encontrado textos mágicos en mi biblioteca? —preguntó la señora Lennox.

—No, señora. Y es que los libros mágicos, los realmente valiosos, son muy escasos. Me hubiera sorprendido mucho hallar alguno.

—Ahora que lo dice —reflexionó la dama—, creo que había unos cuantos. Pero hace varios años se los vendí a un caballero que vivía cerca de York. Entre nosotros, me pareció un disparate que me pagara tanto dinero por unos libros que no interesaban a nadie. Quizá, después de todo, sabía lo que hacía.

Segundus sabía que, probablemente, el «caballero que vivía cerca de York» no le había pagado ni la cuarta parte del valor de los libros. Pero de nada sirve decir esas cosas en voz alta, y se limitó a sonreír, cortés, guardando para sí sus pensamientos.

Habló de sus alumnos, chicos y chicas, de lo listos que eran y de su interés por aprender.

—Y estimulándolos usted con tales elogios —dijo la señora Blake amablemente—, aprenderán mucho más bajo su tutela que con cualquier otro maestro.

—Oh, eso no lo sé.

—Hasta ahora no me había dado cuenta del auge que está tomando el estudio de la magia —comentó la señora Lennox con aire reflexivo—. Yo pensaba que se limitaba a esos dos hombres de Londres, ¿cómo se llaman? El siguiente paso será abrir una escuela para magos, ¿no, señor Segundus? Estoy segura de que a eso dedicará todas sus energías.

—¡Una escuela! ¡Oh!, pero eso requiere... bien, no sé exactamente el qué... pero sin duda mucho dinero y una casa.

—¿Quizá sería difícil conseguir alumnos?

—¡En absoluto! Ahora mismo podría citar a cuatro jóvenes...

—Y si pusiera un anuncio...

—¡Oh, yo nunca haría tal cosa! —repuso Segundus, escandalizado—. La magia es la carrera más noble del mundo... bien, la segunda más noble, después de la eclesiástica. No debe adulterarse con prácticas comerciales. No; sólo aceptaría a jóvenes que me fueran recomendados particularmente.

—Entonces lo único que falta es que alguien le, proporcione un poco de dinero y una casa. Nada más fácil. Supongo que su amigo el señor Honeyfoot, de quien habla usted con tanta consideración, no tendrá inconveniente en prestarle el dinero. Imagino que no querrá renunciar a tal honor.

—¡Oh, no, señora! El señor Honeyfoot tiene tres hijas... unas jóvenes encantadoras. Una está casada, otra está prometida y la tercera está indecisa. No; el

señor Honeyfoot debe pensar en su familia. No puede disponer de su dinero.

—En tal caso, creo que puedo exponerle mi idea con la conciencia tranquila. ¿Por qué no habría de prestárselo yo?

Segundus, atónito, no acertaba con la respuesta.

—¡Es usted muy amable, señora! —balbuceó al fin.

—No, señor; no lo soy —sonrió ella—. Si la magia es tan popular como dice usted (y pienso pedir la opinión de otras personas al respecto), creo que los beneficios serán abundantes.

—Es que mi experiencia en cuestión de negocios es muy pobre —dijo Segundus—. Tendría miedo de equivocarme y hacerle perder su dinero. Es usted muy amable y se lo agradezco de todo corazón, pero debo rehusar.

—Bien, si le desagrada la idea de tomar dinero prestado, y me consta que no es usted el único, la cosa tiene fácil arreglo. La escuela será mía únicamente. Yo correré con los gastos y el riesgo. Usted será el director, y en los prospectos figurarán los nombres de ambos. Al fin y al cabo, ¿qué mejor destino puede haber para esta casa que el de convertirse en una escuela para magos? Para residencia particular tiene muchos inconvenientes, pero para escuela sus ventajas son considerables. Está muy aislada. Apenas se caza por esta zona. Pocas oportunidades de jugar o cazar tendrían los jóvenes. Con tan pocas distracciones se dedicarán al estudio con más perseverancia.

—¡Yo nunca admitiría a jóvenes aficionados al juego! —exclamó Segundus, escandalizado.

Ella volvió a sonreír.

—No creo que haya usted dado a sus amigos más motivo de preocupación que el temor de que este mundo malvado pueda aprovecharse de alguien tan íntegro.

Después de la cena, Segundus reanudó concienzudamente su tarea en la biblioteca y al anochecer se despidió de las señoras. Ellas le dedicaron frases muy amistosas y la señora Lennox prometió invitarlo a Bath muy pronto.

Durante el viaje de regreso, él se exhortaba severamente a no hacerse grandes ilusiones respecto a tan halagüeños planes de futuro provecho y felicidad, pero no podía evitar ceder al impulso de imaginarse a sí mismo instruyendo a jóvenes que hacían grandes progresos gracias a él; a Jonathan Strange visitando la escuela; a sus alumnos, jubilosos de descubrir que su maestro era amigo del mago más famoso de la era moderna; a Strange, que decía: «Excelente, Segundus. No podría sentirme más satisfecho. ¡Bravo!»

Era más de medianoche cuando llegó a su casa, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no correr inmediatamente a la del señor Honeyfoot para contárselo. Pero a la mañana siguiente, cuando, a hora muy temprana, acudió a casa de sus amigos y les dio la noticia, ellos la recibieron con grandes manifestaciones de

alegría, rebotantes de la felicidad que él apenas se había permitido sentir. La señora Honeyfoot aún tenía mucho de colegiala, y tomando de las manos a su marido, lo hizo bailar alrededor de la mesa del desayuno, como si no pudiera expresar de otro modo lo que sentía. Luego cogió de las manos a Secundus y bailó también con él, y cuando los dos hombres se resistieron a más baile, ella siguió sola. La única pena de Secundus, aunque muy leve, era que el señor y la señora Honeyfoot no se hubieran llevado la gran sorpresa que él esperaba; lo tenían en tan alta estima que no veían nada extraordinario en que unas grandes damas estuvieran dispuestas a abrir escuelas sólo en beneficio de él.

—¡Esa señora puede considerarse muy afortunada de haberlo encontrado! — declaró Honeyfoot—. ¿Quién puede haber más apto que usted para dirigir una escuela para magos? ¡Nadie!

—Y después de todo —razonó su esposa—, ¿qué otra cosa va a hacer con su dinero si no tiene hijos, la pobre?

Honeyfoot estaba convencido de que su amigo ya tenía el porvenir asegurado. No obstante, había vivido en este mundo lo suficiente para haber adquirido ciertos sobrios hábitos comerciales, y le dijo que debían informarse acerca de la señora Lennox, para averiguar quién era y si era tan rica como parecía.

Escribieron a un amigo de Honeyfoot que vivía en Bath. Afortunadamente, la señora Lennox era bien conocida y estaba considerada una gran dama, incluso en Bath, la ciudad predilecta de las gentes más adineradas y distinguidas. Había nacido rica y se había casado con un hombre aún más rico. El marido murió joven, dejándola bastante consolada y libre para ejercitar su activo temperamento y su despierta inteligencia. La señora Lennox, con buenas inversiones y una cuidadosa administración de sus fincas, había acrecentado su fortuna. Era famosa por su carácter decidido y emprendedor, por sus muchas obras benéficas y por la afabilidad de su trato. Poseía casas por todo el reino, pero residía principalmente en Bath con la señora Blake.

Entretanto, la señora Lennox había hecho similares preguntas acerca de John Secundus, y debió de sentirse satisfecha de las respuestas, porque no tardó en invitarlo a Bath, donde pronto quedaron trazados con todo detalle los planes de la futura escuela.

Los meses siguientes se dedicaron a reparar y acondicionar Starecross Hall. Había goteras, dos chimeneas estaban atascadas y parte de la cocina se había desplomado. Secundus se horrorizó de lo mucho que costaba todo. Calculó que si no limpiaba una de las chimeneas, aprovechaba los rústicos bancos y sillas que había en la casa en lugar de adquirir muebles nuevos, y limitaba el número de criados a tres, podrían ahorrar sesenta libras, y así se lo comunicó por carta a la señora Lennox, quien de inmediato le contestó que no gastaba lo suficiente. Sus alumnos serían todos de buena

familia, y esperarían encontrar en la escuela buenos fuegos y comodidades. Le aconsejó que tomara a nueve criados, además de un mayordomo y un cocinero francés. Debía amueblar de nuevo toda la casa y dotar la bodega de buenos vinos franceses. La cubertería tenía que ser de plata y la vajilla, de porcelana de Wedgwood.

A primeros de diciembre, Secundus recibió una carta de Jonathan Strange, en la que lo felicitaba y le prometía visitar la escuela la primavera siguiente. Pero, a pesar de los buenos deseos y los desvelos de todos, Secundus no conseguía librarse de la sensación de que la escuela no llegaría a existir, que algo lo impediría. Esa idea estaba siempre en el fondo de su pensamiento, por más que él se esforzaba en desterrarla.

Una mañana de mediados de diciembre, al llegar a la casa encontró a un hombre sentado tranquilamente en la escalinata. Aunque no recordaba haberlo visto antes, enseguida supo quién era: el infortunio personificado, la ruina de sus esperanzas y sueños. El individuo vestía un gabán negro de corte anticuado, tan gastado y deslucido como el del propio Secundus, y tenía las botas manchadas de barro. Con su desgredado pelo negro, parecía el clásico personaje de mal agüero de un melodrama barato.

—Señor Secundus, no puede usted hacer esto —dijo con acento de Yorkshire.

—¿Cómo dice?

—La escuela, caballero. ¡Debe abandonar el proyecto!

—¿Qué? —exclamó, fingiendo valerosamente que no sabía que aquel hombre decía una verdad incontestable.

—Vamos, vamos, me conoce y sabe que todo lo que yo anuncio se cumple, por mucho que usted y, en el fondo, también yo lo lamentemos.

—Está muy equivocado. Yo no lo conozco. Por lo menos, no recuerdo haberlo visto nunca.

—Soy John Childermass y trabajo para el señor Norrell. Hace nueve años hablamos en la puerta de la catedral de York. Mientras se ha limitado usted a unos pocos alumnos, señor Secundus, he hecho la vista gorda, y el señor Norrell no se ha enterado de sus actividades. Pero una escuela para magos adultos es otra cuestión. Ha sido usted demasiado ambicioso. Él está enterado, señor Secundus. Él está enterado, y es su deseo que abandone usted la empresa inmediatamente.

—Pero ¿qué tiene que ver conmigo el señor Norrell o el deseo del señor Norrell? Yo no firmé el convenio. Debe usted saber que no estoy solo en la empresa. Ahora tengo amigos.

—Es cierto —dijo Childermass, un tanto divertido—. Y la señora Lennox es muy rica y posee mucho talento para los negocios. Pero ¿cuenta ella con la amistad de todos los ministros del gobierno, como el señor Norrell? ¿Tiene ella tanta influencia?

¡Recuerde la Sociedad Cultural de Magos, señor Secundus! ¡Recuerde cómo la aplastó!

Esperó un momento y, en vista de que no parecía haber nada más que decir, se alejó hacia los establos, muy decidido.

Cinco minutos después, reapareció montado en un gran caballo castaño. Secundus seguía en el mismo sitio, con los brazos cruzados y una furiosa mirada clavada en las losas del suelo.

Childermass lo miró.

—Siento que esto tenga que terminar así. Aunque quizá no todo esté perdido. La casa es tan apropiada para escuela de magia como para cualquier otro tipo de escuela. Quizá no se lo parezca, pero soy persona muy bien relacionada entre la aristocracia. Elija otras enseñanzas y cuando me entere de que alguien busca escuela para sus hijos, les recomendaré la suya.

—No quiero enseñar otras cosas —replicó Secundus, ásperamente.

Childermass esbozó su sonrisa torcida y se alejó.

Secundus fue a Bath e informó a su patrocinadora de su triste situación. Ella se indignó de que un caballero al que ni siquiera conocía se permitiera determinar lo que ella podía hacer y lo que no. Escribió al señor Norrell una carta en duros términos. No obtuvo respuesta, pero sus banqueros, procuradores y asociados fueron destinatarios de extrañas misivas de personas importantes de su círculo de amistades, en las que, indirectamente, se atacaba el proyecto del señor Secundus. Uno de los banqueros —un anciano atrabiliario y obstinado— fue tan imprudente como para decir públicamente (en los pasillos de la Cámara de los Comunes) que no comprendía qué podía tener que ver con él una escuela para magos de Yorkshire. Eso motivó que varios de sus clientes —amigos de Norrell— retiraran sus fondos del banco.

Varias tardes después, Secundus, sentado en el salón de la señora Honeyfoot con la cabeza entre las manos, se lamentaba:

—Es como si la fatalidad se obstinara en torturarme ofreciéndome grandes venturas y poniéndolas luego fuera de mi alcance.

La mujer chasqueó la lengua compasivamente, le dio palmaditas en el hombro y repitió las censuras contra el señor Norrell con las que hacía nueve años que consolaba tanto a John Secundus como a su marido, a saber: que Norrell le parecía un caballero muy estafalario, lleno de caprichos extravagantes, y que ella nunca lo comprendería.

—¿Por qué no escribe al señor Strange? —dijo Honeyfoot de pronto—. ¡Él sabrá lo que hay que hacer!

Secundus levantó la cabeza.

—Ya sé que el señor Strange y el señor Norrell se han separado, pero no quiero ser causa de disputa entre ellos.

—¡Tonterías! —exclamó Honeyfoot—. ¿No ha leído el último número de *El Mago Moderno*? ¡Esto es justo lo que Strange está deseando! Un principio de la magia norrelliana al que atacar abiertamente, para derribar todo el edificio. ¡Segundus, cuanto más lo pienso, más me gusta la idea!

Otro tanto le ocurría al propio Segundus.

—Consultaré a la señora Lennox, y si ella está de acuerdo, haré lo que usted sugiere.

La señora Lennox no estaba al corriente de los últimos acontecimientos en materia de magia. De Jonathan Strange sabía poco más que su nombre y la circunstancia de que tenía cierta relación con el duque de Wellington. Ahora bien, no vaciló en asegurar a Segundus que si Strange disentía de Norrell, tenía toda su simpatía. Así pues, el 20 de diciembre, Segundus envió a Strange una carta en la que le informaba de las acciones de Gilbert Norrell respecto a la escuela de Starecross Hall.

Desgraciadamente, en lugar de precipitarse a defender al señor Segundus, Strange ni siquiera contestó.

42. Strange decide escribir un libro (Junio – diciembre de 1815)

ES fácil imaginar el placer con que el señor Norrell recibió la noticia de que, a su regreso a Inglaterra, Strange había ido directamente a Shropshire.

—Lo mejor es que en el campo no es probable que siga publicando esos nefastos artículos acerca de la magia del Rey Cuervo —le dijo a Lascelles.

—Desde luego. Porque dudo que tenga tiempo de escribirlos.

Norrell no lo comprendió.

—¿Aún no se ha enterado? —prosiguió Lascelles—. Strange está escribiendo un libro. En sus cartas a sus amigos no habla de otra cosa. Empezó de pronto, hará unas dos semanas, y según sus propias manifestaciones, avanza rápidamente. Desde luego, ya sabemos con cuánta facilidad escribe el señor Strange. Ha prometido que la obra abarcará toda la magia inglesa. Le dijo a sir Walter que mucho le sorprendería poder incluirlo todo en dos tomos. Cree que serán necesarios tres. Se titulará *Historia y práctica de la magia inglesa*, y Murray ha prometido publicarlo.

La noticia no podía ser peor. Norrell siempre había tenido intención de escribir un libro. Quería llamarlo *Preceptos para la instrucción del mago* y lo había empezado cuando se convirtió en tutor de Strange. Sus notas ya ocupaban dos estantes del pequeño gabinete lleno de libros del segundo piso. No obstante, siempre hablaba de su libro como de un proyecto lejano. Tenía un terror irracional a expresarse por escrito, terror que aquellos ocho años de estancia en Londres recibiendo adulación no habían curado. Nadie había visto aún sus cuadernos de notas, ensayos y diarios (salvo, en casos aislados, Strange y Childermass). Norrell nunca se sentía preparado para dar sus textos a la imprenta; nunca estaba seguro de haber llegado a la verdad; no creía haber meditado lo suficiente sobre la cuestión; no sabía si el tema era apto para el público en general.

Cuando Lascelles se fue, Norrell pidió que le subieran al gabinete del segundo piso una fuente de plata llena de agua clara.

En Shropshire, Strange trabajaba en su libro. No levantó la mirada del papel, pero se sonrió maliciosamente y agitó el dedo en el aire, como diciendo «no» a una persona invisible. Todos los espejos de la habitación estaban vueltos de cara a la pared, y, aunque Norrell pasó varias horas inclinado sobre la fuente de plata, al llegar la noche no había averiguado nada.

Una tarde de primeros de diciembre, Stephen Black estaba limpiando plata en su cuartito del final del pasillo de la cocina. Al bajar la mirada, vio que se le soltaban las

cintas del delantal. No era que se hubiera desatado el lazo (Stephen no había hecho un lazo flojo en toda su vida), sino que las cintas se retorcían de un modo deliberado, como si estuvieran seguras de lo que hacían. Luego, los manguitos y guantes se le desprendieron de los brazos y las manos y se doblaron cuidadosamente sobre la mesa. A continuación, su chaqueta saltó del respaldo de la silla del que él la había colgado y se le ciñó al cuerpo. Por fin, la misma habitación desapareció.

De pronto, Stephen se encontró en un pequeño salón revestido de madera oscura. Ocupaba casi todo el espacio una mesa cubierta con un mantel de lino rojo, con una artística cenefa de oro y plata, y cargada de fuentes de oro y plata llenas de manjares. Contenían el vino jarras con incrustaciones de pedrería. Iluminaban brillantemente la mesa velas de cera en candelabros de oro, y perfumaba el aire el incienso que ardía en dos pebeteros, también de oro. Además de la mesa, en la habitación no había más muebles que dos sillones de madera tallada, tapizados en paño de oro y adornados con almohadones bordados. En uno de los sillones estaba sentado el caballero del pelo como el vilano del cardo.

—¡Buenas noches, Stephen!

—Buenas noches, señor.

—Estás un poco pálido esta noche, Stephen. Espero que no te sientas mal.

—Sólo algo aturdido, señor. Me desconciertan un poco estos repentinos viajes a otros países y continentes.

—¡Pero si estamos en Londres! Es el café Jerusalem de Cowper's Court. ¿No lo conoces?

—Oh, sí, señor. Sir Walter solía cenar aquí con sus amigos ricos cuando era soltero. Es sólo que no era tan suntuoso. En cuanto al banquete, no reconozco ninguno de estos platos.

—Es que he encargado lo mismo que comí en este sitio hace cuatrocientos o quinientos años. Pierna asada de dragón con cola de serpiente, y pastel de colibrí a la miel. Aquí hay salamandra a la parrilla con guarnición de granada; aquí, un exquisito fricasé de crestas de basilisco aderezadas con azafrán y polvo de arco iris y adornadas con estrellas de oro. ¡Siéntate y come! Será la mejor cura para tu aturdimiento. ¿Qué quieres?

—Es todo fabuloso, señor, pero ahí veo unas simples chuletas de cerdo que parecen muy buenas.

—¡Ah, Stephen! Como siempre, tu noble instinto no te ha engañado. Has elegido el plato más selecto. Aunque las chuletas son, en efecto, muy simples, están fritas en la manteca obtenida de los fantasmas exorcizados de cerdos negros que vagan de noche por las montañas de Gales aterrizando a los habitantes de ese deplorable país. El carácter fantasmal y feroz de los cerdos galeses les da a las chuletas un sabor único. Y la salsa que las acompaña está hecha con cerezas cultivadas en el huerto de

un centauro.

El caballero sirvió a Stephen una copa de vino rojo rubí de una jarra de oro y piedras preciosas.

—Este vino es de una de las cosechas del infierno... pero no te prives de probarlo por esa razón. Supongo que habrás oído hablar de Tántalo, ¿no? Aquel rey malvado que asó a su hijo y se lo comió. Está condenado a estar sumergido hasta la barbilla en un agua que no puede beber, al pie de una viña cargada de uvas que no puede comer. De esas uvas es este vino. Y como la viña fue plantada con el único objeto de atormentar a Tántalo, puedes estar seguro de que las uvas tienen un sabor y un aroma exquisitos, lo mismo que el vino. Y por lo que respecta a las granadas, proceden del huerto de Proserpina.

Stephen probó el vino y las chuletas.

—Todo está, excelente, señor. ¿En qué ocasiones había comido aquí?

—Mis amigos y yo celebrábamos nuestra marcha a las cruzadas. Estaban William de Lanchester¹, Tom Dundell² y otros muchos nobles caballeros, tanto cristianos como mágicos. Por supuesto, entonces no era un café sino una posada. Desde la mesa se dominaba un gran patio rodeado de doradas columnas esculpidas. Nuestros criados, pajes y escuderos se afanaban con los preparativos de la terrible venganza que íbamos a tomarnos sobre nuestros enemigos. Al otro lado del patio estaban los establos, en los que no sólo teníamos los caballos más hermosos de Inglaterra, sino también tres unicornios que un duende primo mío llevaba a Tierra Santa para ensartar a nuestros enemigos. Se sentaban a la mesa con nosotros magos de gran talento que en nada se parecían a esos seres horribles que hoy se llaman magos. Eran tan apuestos en su persona como sabios en su arte. Las aves del cielo detenían su vuelo para obedecer sus órdenes. La lluvia y los ríos eran sus servidores. El viento del norte, el viento del sur, etcétera, etcétera, sólo existían para satisfacer sus deseos. Ellos abrían las manos y las ciudades se derrumbaban... o volvían a levantarse, incólumes. ¡Qué distintos de ese viejo horrible, metido en su cuartito lleno de polvo, que habla solo mientras pasa las páginas de un libro viejo! —Comió un poco de fricasé de basilisco con aire pensativo—. El otro escribe un libro —agregó.

—Eso dicen, señor. ¿Ha ido a observarlo hace poco?

El caballero frunció el entrecejo.

—¿Yo? ¿No acabo de decir que considero a esos magos los hombres más estúpidos y abominables de toda Inglaterra? No; no lo veo más que dos o tres veces a la semana desde que se fue de Londres. Cuando escribe, afila las plumas con un viejo cortaplumas. A mí me daría vergüenza utilizar una navaja tan fea y vieja, pero esos magos soportan las cosas más sórdidas, cosas que a ti y a mí nos darían horror. A veces, está tan absorto en lo que escribe que se olvida de afilar la pluma, y la tinta le gotea en el papel y hasta en el café, y él no se da cuenta.

Stephen pensó que era muy extraño que el caballero, que vivía en una casa medio en ruinas, rodeada de siniestros montones de huesos de antiguas batallas, fuera tan sensible al desorden de las casas ajenas.

—¿De qué trata el libro, señor? —preguntó—. ¿Qué opina de él?

—Es muy curioso. Describe las apariciones más importantes de mi raza en este país. Relata cómo hemos intervenido en los asuntos de Gran Bretaña, por el bien del país y mayor gloria de sus habitantes. Insiste en que sería deseable que los magos de esta época nos conjurasen y solicitasen nuestra ayuda. ¿Tú lo entiendes, Stephen? Yo no. Cuando quise llevarme al rey de Inglaterra a mi casa y mostrarle toda clase de atenciones, ese mismo mago me lo impidió. En aquella ocasión, su comportamiento parecía especialmente calculado para insultarme.

—Yo creo, señor, que quizá no comprendía bien quién o qué era usted.

—Ah, ¿quién puede saber lo que entienden los ingleses? Sus mentes son tan extrañas... ¡Es imposible saber lo que piensan! Ya te darás cuenta, Stephen, cuando seas su rey.

—No deseo ser rey de ningún sitio, señor.

—Ya pensarás de otro modo cuando lo seas. Es sólo que temes tener que alejarte de *Desesperanza* y de tus amigos. Pero puedes estar tranquilo. También yo me sentiría apenado si creyera que tu exaltación al tronó debía separarnos. Pero no veo la necesidad de que residas permanentemente en Inglaterra por el simple hecho de ser su monarca. Una semana es lo más que una persona de buen gusto podría permanecer en un país tan aburrido. ¡Una semana es más que suficiente!

—Pero ¿y mis deberes, señor? Tengo entendido que los monarcas tienen muchas ocupaciones y, mal que me pese ser rey, no desearía...

—¡Mi querido Stephen! —exclamó el caballero, entre afectuoso y burlón—. ¡Para eso están los senescales! Ellos pueden desempeñar las aburridas tareas de gobierno mientras tú permaneces conmigo en *Desesperanza*, gozando de nuestras habituales diversiones. Tú puedes venir a intervalos regulares, a recoger los impuestos y los tributos de las naciones conquistadas y llevarlos al banco. Desde luego, de vez en cuando puede ser conveniente que permanezcas en Inglaterra el tiempo preciso para que pinten tu retrato, a fin de que el populacho pueda manifestarte su adoración. O permitir graciosamente a las más hermosas damas del país que guarden turno para besarte las manos y enamorarse de ti. Después, cumplidas tus obligaciones a la perfección, podrás volver junto a lady Pole y a mí con la conciencia tranquila. —De pronto se quedó extrañamente pensativo por un instante—. Aunque he de confesar que el deleite que me produce la compañía de lady Pole ya no es tan sublime como antes. Otra dama me gusta mucho más. Es sólo medianamente bonita, pero lo que le falta en belleza esta más que compensado por su gracia y simpatía. Y esa otra dama tiene una gran ventaja respecto a milady. Como tú

y yo sabemos, Stephen, según el acuerdo establecido con el mago, lady Pole debe pasar la mitad del tiempo en su casa, mientras que con la otra dama no habrá necesidad de estúpidos pactos. Una vez la haya conseguido, podré tenerla siempre a mi lado.

Stephen suspiró. Era triste pensar que una desventurada iba a quedar prisionera para siempre en *Desesperanza*. Pero sería inútil tratar de hacer algo para impedirlo, y quizá ello pudiera beneficiar a lady Pole.

—En tal caso, señor, podría liberar a milady del encantamiento. Su esposo y sus amigos se alegrarían de recuperarla.

—Yo siempre consideraré a lady Pole un valioso ornato de nuestras fiestas. Una mujer hermosa siempre es compañía grata, y dudo mucho que haya en toda Inglaterra quien pueda comparársele en belleza. Ni siquiera en *Tierra de Duendes* hay muchas que la igualen. No; eso que dices es totalmente imposible. Pero volvamos a lo que interesa. Hemos de encontrar la manera de sacar de su casa a esa otra dama y llevarla a *Desesperanza*. Sé, Stephen, que estarás más deseoso de ayudarme cuando te diga que alejar de Inglaterra a esa dama es indispensable para la realización de nuestro noble objetivo de convertirte en rey. ¡Será un golpe terrible para nuestros enemigos! ¡Los arrojará a la mayor desesperación! Sembrará la discordia entre ellos. Sí; para nosotros todo serán bienes y para ellos, todo males. Hacer menos que eso sería claudicar de nuestras altas obligaciones.

Stephen apenas entendía algo. ¿Se refería el caballero a alguna de las princesas del castillo de Windsor? Era sabido que el rey enloqueció cuando su hija menor, su favorita, murió. Quizá el caballero del pelo plateado suponía que la pérdida de otra princesa podía provocarle la muerte o hacer que perdieran la razón otros miembros de la familia real.

—Ahora, mi querido, se trata de encontrar la manera de llevarnos a la dama sin que nadie se dé cuenta, y mucho menos los magos. —Meditó un momento—. Ya lo tengo. ¡Tráeme un trozo de roble del musgo!

—¿Señor?

—Que tenga, poco más o menos, tu contorno y me llegue a la barbilla.

—Con sumo gusto se lo traería, señor. Pero no sé qué es el roble del musgo.

—Es una, madera que ha estado sepultada en una ciénaga de turba durante siglos.

—Temo que en Londres no la encontremos, señor. Aquí no hay ciénagas de turba.

—Cierto, muy cierto. —Se arrellanó en el sillón y miró al techo mientras consideraba esa enojosa cuestión.

—¿Serviría otra clase de madera, señor? —preguntó Stephen—. En Gracechurch Street hay un comerciante en maderas que sin duda...

—No, no. Esto ha de hacerse...

En aquel instante, Stephen experimentó una extraña sensación: fue arrancado de

la silla y puesto de pie. Al mismo tiempo, desapareció el café, que fue sustituido por un vacío negro y helado. Aunque no veía nada, tenía la impresión de estar en un espacio vasto y abierto. Un viento ácido le aullaba en los oídos y una lluvia gruesa parecía azotarlo desde todas las direcciones.

—... en la debida forma —prosiguió el caballero en el mismo tono exactamente—. Por aquí hay un hermoso ejemplar de roble del musgo. O eso me parece recordar... —Su voz, que sonaba cerca del oído derecho de Stephen, se alejó—. ¡Stephen! —gritó—. ¿Has traído un flaughter, un rutter y un tusker?

—¿Cómo, señor? ¿El qué, señor? No, señor; no he traído ninguna de esas cosas. A decir verdad, no sabía que tuviéramos que ir a algún sitio. —Sintió que tenía los pies y los tobillos sumergidos en agua fría. Trató de moverse hacia un lado; el suelo cedió de un modo alarmante y él se hundió hasta media pantorrilla. Lanzó un grito.

—¿Hum? —inquirió el caballero.

—No... no deseo interrumpirlo, señor. Pero me parece que me está tragando la tierra.

—Es una ciénaga —le informó amablemente.

—Es sin duda una sustancia horrible.

Stephen intentó imitar el tono sereno y despreocupado del caballero. Sabía que para éste era muy importante que se mantuviera la dignidad en todas las situaciones y temía que, si delataba el terror que sentía, el caballero se desentendiera de él, enfadado, dejando que el lodazal lo engullera. Trató de moverse, pero no encontraba nada sólido bajo los pies. Agitó los brazos, estuvo a punto de caer y sólo consiguió hundirse más en aquel barro viscoso. Volvió a gritar. La ciénaga produjo una serie de horripilantes gorgoteos.

—¡Ah, Dios! Si da usted su permiso, señor, me tomaría la libertad de observar que estoy hundiéndome. ¡Ah! —Empezó a resbalar de lado—. Con frecuencia ha tenido usted la amabilidad de expresar cierto afecto hacia mí, señor, y manifestar que prefiere mi compañía a la de cualquier otra persona. ¿Puedo rogarle que, si ello no supone una gran molestia para usted, me saque de este horrible cenagal?

El caballero no se dignó contestar, pero Stephen sintió que una fuerza lo arrancaba del barro, y se encontró de pie en suelo firme. Desfallecía de miedo y deseaba tumbarse, pero no se atrevió a moverse. La tierra parecía bastante sólida, aunque mojada e inhóspita, y él ignoraba dónde estaba la ciénaga.

—Lo ayudaría con mucho gusto, señor —dijo en la oscuridad—, pero temo volver a caer en el barrizal.

—¡Oh, no importa! —dijo el caballero—. En realidad, no hay que hacer nada más que esperar. El roble del musgo se encuentra más fácilmente al amanecer.

—¡Pero aún faltan nueve horas para el amanecer! —exclamó Stephen, horrorizado.

—En efecto. Sentémonos a esperar.

—¿Aquí, señor? ¡Si es un lugar horrible! ¡Oscuro, frío y espantoso!

—Sí, desde luego. ¡Muy desagradable! —convino el caballero con irritante calma. Enmudeció y Stephen no pudo sino suponer que seguía adelante con la absurda idea de aguardar hasta la aurora.

Un viento helado lo azotaba, la humedad se le metía en el cuerpo, la oscuridad lo envolvía y las horas pasaban con torturante lentitud. No confiaba en poder dormir, pero hubo un momento en que experimentó un pequeño alivio de sus sufrimientos. No es que durmiera exactamente, pero soñó.

En el sueño, entraba en la despensa a cortar un trozo de un magnífico pastel de cerdo. Pero al abrirlo, vio que contenía muy poco cerdo. La mayor parte de su interior estaba ocupada por la ciudad de Birmingham. Debajo de la corteza humeaban las forjas de las herrerías y trepidaban las máquinas. Un ciudadano de aspecto respetable salió por el corte que había hecho Stephen y, al verlo, le dijo...

En aquel momento, irrumpió en el sueño un sonido agudo y lúgubre, una canción lenta y melancólica en una lengua desconocida, y Stephen comprendió, sin llegar a despertarse del todo, que el caballero estaba cantando.

Puede decirse que, por regla general, cuando un hombre se pone a cantar, nadie más que sus semejantes escucha su canto. Así es, por maravillosa que sea su voz. Otros seres humanos pueden extasiarse con su arte, pero el resto de, la creación permanece insensible. Quizá un gato o un perro lo miren, o su caballo, si es un animal de inteligencia excepcional, deje de mordisquear la hierba, pero de ahí no pasa. No obstante, cuando cantaba el duende, todo el mundo lo escuchaba. Stephen sintió cómo las nubes detenían su marcha, cómo los montes dormidos se estremecían y murmuraban, cómo los velos de fría niebla danzaban. Entonces descubrió que el mundo no es mudo, sino que sólo espera a que alguien le hable en un lenguaje que él comprenda. En el canto del duende la tierra reconocía los nombres que ella se da a sí misma.

Stephen volvió a soñar. Soñó que los montes caminaban y el cielo lloraba. Los árboles se acercaban a él y le contaban sus secretos, y también le decían si podía considerarlos amigos o enemigos. Grandes destinos se ocultaban dentro de los guijarros y de las hojas muertas. Soñó que todas las cosas del mundo —las piedras y los ríos, las hojas y el fuego—tenían su finalidad y que estaban decididas a cumplirla con todo rigor, pero también comprendió que, a veces, es posible convencer a las cosas para que cambien de objetivo.

Cuando despertó, ya había llegado el amanecer. O algo parecido. La luz era líquida, mate e incomparablemente triste. Unas colinas vastas, grises y sombrías se ondulaban a su alrededor y en torno a una gran ciénaga negra. Stephen nunca había visto un paisaje tan bien diseñado para hundir en un instante al espectador en la

desesperación total.

—¿Este es uno de sus reinos, señor? —preguntó.

—¿Mis reinos? —exclamó con sorpresa—. ¡Oh, no! ¡Esto es Escocia!

El caballero desapareció y al poco volvió con una brazada de herramientas. Llevaba un hacha, un espetón y tres objetos que Stephen nunca había visto. Uno era similar a un azadón, otro era como una pala y el tercero, muy extraño, tenía algo de pala y algo de hoz. Se los entregó a Stephen, que los contempló con perplejidad.

—¿Son nuevos, señor? Como brillan tanto...

—Naturalmente, para una labor mágica como la que me propongo llevar a cabo, no se pueden utilizar herramientas de metal corriente. Éstas están hechas de una aleación de mercurio y brillo de estrellas. Ahora, Stephen, hay que buscar un trozo de tierra en el que no se haya depositado el rocío. ¡Si cavamos allí, seguro que encontramos roble del musgo!

En toda la cañada, la hierba y las pequeñas plantas que crecían en la ciénaga estaban bañadas de rocío. La ropa, las manos, el pelo y la cara de Stephen estaban cubiertos de una aterciopelada lámina gris, y el pelo del caballero —siempre extraordinario— estaba cuajado de minúsculas esferas de agua que realzaban su brillo habitual: parecía una aureola de brillantes.

El caballero avanzaba lentamente mirando el suelo. Stephen lo seguía.

—¡Ah! ¡Ya hemos llegado!

Stephen no podía adivinar cómo lo había descubierto.

Estaban en medio de un terreno cenagoso que en nada se distinguía del resto de la cañada. No había cerca ni un árbol ni una peña que marcaran el lugar.

Pero el caballero continuó caminando con aire decidido hasta llegar a una pequeña depresión. En el centro había una franja larga y ancha limpia de rocío.

—¡Cava aquí, Stephen!

El caballero demostró ser muy diestro en el arte de cortar la turba. Aunque él no hacía el trabajo propiamente dicho, daba precisas instrucciones a Stephen sobre cómo levantar la capa superior de hierba y musgo con una herramienta, cómo cortar la turba con otra y cómo extraer los trozos con la tercera.

Stephen no estaba acostumbrado a cavar, y pronto estuvo sin aliento y con todo el cuerpo dolorido. Afortunadamente, no tardó en tropezar con algo más duro que la turba.

—¡Ajá! —exclamó el caballero, satisfecho—. Ahí está el roble del musgo. ¡Excelente! Ahora, Stephen, sácalo.

Eso se decía pronto. Incluso después de que Stephen retirara la turba lo suficiente para dejar el roble al descubierto, resultaba difícil distinguir qué era madera y qué era turba, porque una y otra aparecían negras, brillantes y húmedas. Mientras cavaba y cavaba, Stephen empezó a sospechar que, si bien el caballero decía que era un simple

tronco, aquello debía de ser todo un árbol.

—¿No podría sacarlo por arte de magia, señor? —preguntó.

—¡Oh, no! ¡En absoluto! He de pedirle mucho a esa madera y, por lo tanto, debernos procurar que su paso de la ciénaga al mundo exterior sea lo más suave posible. Ahora, Stephen, toma el hacha y corta un trozo que me llegue a la nuez. Después, con el espetón y el tusker lo sacaremos.

Tardaron otras tres horas en terminar la operación. Stephen cortó la madera del tamaño que el caballero le pedía, pero no bastaban las fuerzas de un solo hombre para sacarla de la ciénaga, y el caballero se vio obligado a bajar al pestilente agujero a empujar y tirar de ella con Stephen.

Cuando terminaron, Stephen se arrojó al suelo, exhausto, mientras el caballero contemplaba el tronco, muy complacido.

—Bien, ha sido más fácil de lo que pensaba —dijo.

De pronto, Stephen se vio otra vez en la sala del piso alto del café Jerusalem. Se miró y miró al caballero. Estaban cubiertos del barro del lodazal de pies a cabeza, y sus finas ropas habían quedado hechas jirones.

Por primera vez, Stephen pudo ver bien el tronco de roble del musgo. Era negro como la pez, tenía unas vetas finísimas y exudaba un agua negra.

—Habrà que secarlo bien antes de utilizarlo —dijo.

—¡Nada de eso! —repuso el caballero con una sonrisa radiante—. Para mis fines servirá muy bien como está.

43. La curiosa aventura del señor Hyde (Diciembre de 1815)

UNA mañana de la primera semana de diciembre, Jeremy llamó a la puerta de la biblioteca de Strange en Ashfair House para decirle que el señor Hyde suplicaba el favor de unos minutos de conversación con él. A Strange no le complació la interrupción. Desde que estaba en el campo, se había vuelto tan amante del silencio y la soledad como Norrell.

—Ah, está bien —suspiró.

Después de detenerse tan sólo a escribir otro párrafo, hacer un par de consultas en una biografía de Valentine Greatrakes, emborronar el papel, corregir la ortografía de varias palabras y volver a emborronar el papel, fue inmediatamente al salón.

Un caballero estaba sentado frente al fuego, contemplando las llamas con aire pensativo. De aspecto vigoroso y activo, aparentaba unos cincuenta años y vestía y calzaba las resistentes prendas del hacendado. Junto a él, en una mesita, había una copa de vino y un platito con galletas, señal de que Jeremy había estimado que el caballero había aguantado el tiempo suficiente como para necesitar un refrigerio.

El señor Hyde y Jonathan Strange habían sido vecinos toda la vida, pero la notable diferencia entre sus respectivas fortunas y aficiones hacía que sus relaciones no pasaran de ser las de simples conocidos. En realidad, ésa era la primera vez que se veían desde que Strange había decidido hacerse mago.

Se estrecharon la mano.

—Imagino, caballero —empezó Hyde—, que se preguntará qué ha podido traerme a su casa con un tiempo semejante.

—¿El tiempo?

—Sí, señor. Hace muy mal tiempo.

Strange miró hacia la ventana. Las altas colinas que rodeaban Ashfair estaban nevadas. Todas las ramas de los árboles soportaban su carga de nieve. Hasta el aire parecía blanqueado por la escarcha y la niebla.

—Tiene razón. No me había dado cuenta. No salgo de casa desde el domingo.

—Su criado me ha dicho que está usted muy ocupado en sus estudios. Le ruego me perdone por interrumpirlo, pero he de decirle algo que no puede esperar.

—No tiene usted que disculparse. ¿Y cómo está su... —se interrumpió, tratando de recordar si Hyde tenía esposa, hijos, hermanos, hermanas o amigos. Al encontrarse sin información al respecto, terminó—: su granja? Recuerdo que queda en Aston.

—Está más cerca de Clunbury.

—Clunbury. Sí.

—Todo marcha bien en mi casa, señor Strange, sólo que, hace tres días, me

ocurrió algo un tanto... inquietante. Desde entonces no he hecho más que preguntarme si debería acudir a usted. He pedido consejo a mis amigos y a mi esposa, y todos me han dicho que era mi obligación contárselo. Hace tres días, tenía que resolver un asunto con David Evans en el lado galés de la frontera... Usted conoce a Evans, imagino.

—De vista. Nunca hemos hablado. Ford lo conoce, según creo. —Ford era el agente que administraba la propiedad de Strange.

—Bien, señor. A las dos, yo había cerrado el trato con David Evans y tenía prisa por llegar a casa. Había mucha nieve y los caminos de aquí a Llanfair Waterdine se encuentran en muy mal estado. Por si no lo sabe, le diré que la casa de David Evans está en lo alto de una montaña desde la que se domina una gran extensión hacia el oeste, y, al salir, vimos acercarse grandes nubes grises cargadas de nieve. La señora Evans, la madre de Davey, quería que me quedara hasta el día siguiente, pero Evans y yo decidimos que no era necesario y que podría llegar a casa antes de que me pillara la tormenta si me marchaba inmediatamente y tomaba el camino más directo, es decir, cruzando el Dyke¹.

—¿El Dyke? —repitió Strange frunciendo el entrecejo—. Es un camino muy abrupto, incluso en verano, y un lugar muy solitario si le ocurriese algún percance. Yo no lo hubiera intentado. Pero supongo que usted conocerá estas montañas y sus malos humores mejor que yo.

—Quizá sea usted más sensato de lo que yo fui. Cuando subía hacia el Dyke, se puso a soplar un fuerte viento que levantaba la nieve del suelo y la lanzaba al aire. La nieve se adhería al pelaje de mi caballo y a mi propio abrigo, de modo que cuando al poco rato bajé la mirada, ví que estábamos tan blancos como la ladera, tan blancos como el aire. Tan blancos como todo. El viento formaba con la nieve extrañas figuras ondulantes, de manera que tenía la sensación de que me rodeaban los genios y malos espíritus de los cuentos de esa dama árabe. Mi pobre caballo, que no es un animal nervioso, parecía asustarse a cada paso. Ya empezaba a arrepentirme de no haber aceptado la hospitalidad de la señora Evans cuando oí sonar una campana.

—¿Una campana? —repitió Strange.

—Sí, señor.

—¿Y qué campana podía ser?

—Pues ninguna, en aquellas soledades. Me parece un milagro que pudiera oír algo, con los resoplidos del caballo y el bramido del viento.

Strange, pensando que Hyde había ido a verlo para que le explicara ese asunto, se puso a hablar del significado mágico de las campanas: que se usaban como protección contra los duendes y otros malos espíritus, ya que, en ocasiones, el sonido de la campana de una iglesia podía ahuyentar a un duende malvado. No obstante, al mismo tiempo, era bien sabido que los duendes tenían predilección por ellas; con

frecuencia, sus actos de magia estaban acompañados por el tañido de una campana, y muchas veces, cuando aparecían los duendes sonaban campanadas.

—Es una extraña contradicción que no puedo explicar. Hace siglos que los estudiosos de la magia se interrogan sobre ella.

Hyde escuchaba su explicación con cortesía y atención. Cuando Strange terminó, Hyde dijo:

—Es que la campana fue sólo el principio.

—¡Oh! —exclamó el otro, un poco contrariado—. Bien. Continúe.

—Yo estaba subiendo la cuesta y ya divisaba el Dyke en lo alto. Había varios árboles torcidos y piedras desprendidas del muro. Al mirar hacia el sur, vi aproximarse a una dama, andando muy aprisa junto al Dyke.

—¿Una dama?

—La vi claramente. Tenía el cabello suelto y el viento se lo levantaba y alborotaba. —Hyde movió las manos para mostrar cómo danzaba el pelo de la mujer al viento cargado de nieve—. Me parece que la llamé. Sé que ella se volvió a mirarme, pero no se detuvo ni aflojó el paso. Miró otra vez hacia delante y siguió caminando entre los torbellinos de nieve. Llevaba tan sólo un vestido negro. Ni chal ni abrigo. Eso me alarmó. Pensé que podía haber sufrido algún terrible accidente y azucé al caballo obligándolo al pobre a correr cuanto podía. Yo procuraba no perderla de vista, pero el viento y la nieve me cegaban. Cuando llegué al Dyke, ella había desaparecido. Estuve recorriendo el Dyke de un lado al otro, buscándola y llamándola hasta quedar afónico. Estaba seguro de que se habría caído detrás de un montón de piedras o que habría quedado atrapada en la madriguera de un conejo. O que se la habría llevado la persona que la había atacado.

—¿Atacado?

—Bien, señor, supongo que al Dyke la habría arrastrado alguien que quería causarle daño. Hoy en día se oyen cosas tan terribles...

—¿Reconoció usted a la mujer?

—Sí, señor.

—¿Quién era?

—La señora Strange.

Hubo un momento de silencio.

—No puede ser —dijo, perplejo—. Señor Hyde, si a la señora Strange le hubiera ocurrido algo malo, supongo que alguien me lo habría dicho. No estoy tan aislado del mundo entre mis libros. Perdona, pero está usted equivocado. Quienquiera que fuese esa pobre mujer, no era mi esposa.

Hyde meneó cabeza.

—Si lo viese a usted, señor, en Shrewsbury o en Ludlow, quizá no lo reconociera enseguida. Pero el padre de la señora Strange fue cura de mi parroquia durante

cuarenta y siete años. Conozco a la señora Strange, entonces la señorita Woodhope, desde que era una niña que daba sus primeros pasos por el cementerio de Clunbury. Aunque no me hubiera mirado, yo la habría reconocido. Por su figura, por su forma de andar, por todo.

—¿Qué hizo usted cuando la perdió de vista?

—Vine aquí inmediatamente, pero su criado no me dejó entrar.

—¿Jeremy? ¿El hombre con el que ha hablado ahora mismo?

—Sí, señor. Me dijo que la señora Strange estaba perfectamente. Confieso que no lo creí y estuve dando vueltas a la casa mirando por las ventanas, hasta que la vi sentada en un sofá, en esta misma habitación. —Señaló el sofá—. Llevaba un vestido azul pálido, no negro.

—No es de extrañar. La señora Strange nunca viste de negro. No me gusta ver a una mujer joven vestida de negro.

Hyde sacudió la cabeza y juntó las cejas.

—Me gustaría poder convencerlo de lo que vi. Pero me doy cuenta de que no podré.

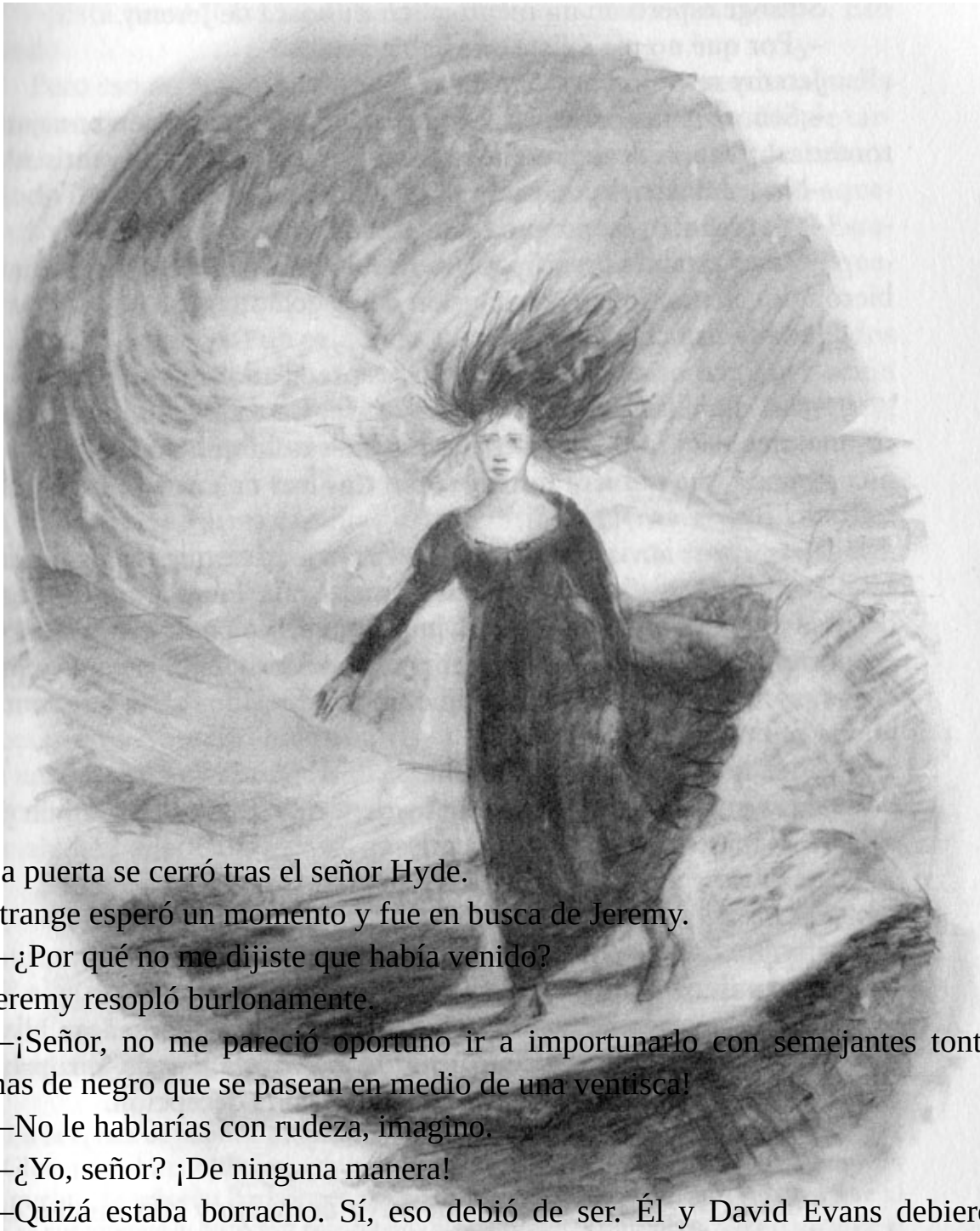
—Y a mí me gustaría poder darle una explicación. Pero no puedo.

Se estrecharon la mano al despedirse. Hyde lo miró y dijo solemnemente:

—Nunca, le he deseado mal alguno a su esposa, señor Strange. Nadie se alegra más que yo de que se encuentre sana y salva.

Strange se inclinó un poco.

—Y así estamos decididos a mantenerla.



La puerta se cerró tras el señor Hyde.

Strange esperó un momento y fue en busca de Jeremy.

—¿Por qué no me dijiste que había venido?

Jeremy resopló burlonamente.

—¡Señor, no me pareció oportuno ir a importunarlo con semejantes tonterías!

¡Damas de negro que se pasean en medio de una ventisca!

—No le hablarías con rudeza, imagino.

—¿Yo, señor? ¡De ninguna manera!

—Quizá estaba borracho. Sí, eso debió de ser. Él y David Evans debieron de celebrar la feliz conclusión del negocio.

Jeremy frunció el entrecejo.

—No lo creo, señor. David Evans es predicador metodista.

—¡Ah! Bien, supongo que tienes razón. De todos modos, no parece una alucinación de borracho. Más bien es lo que podría imaginar una persona que hubiera tomado opio tras leer una novela de la señora Radcliffe.

Después de la visita del señor Hyde, Strange se quedó intranquilo. La imagen de Arabella —aunque fuese una Arabella imaginaria— perdida en la montaña entre la nieve era inquietante. No podía evitar recordar a su propia madre, que solía pasear por aquellas montañas para escapar de las mortificaciones de un matrimonio

desgraciado, hasta que contrajo una pulmonía y murió.

Aquella noche, durante la cena, le dijo a Arabella.

—Hoy ha venido a verme John Hyde. Le pareció verte caminar por el Dyke el martes, durante una ventisca.

—¡No!

—Sí.

—¡Pobre hombre! ¡Vaya impresión debió de causarle!

—Eso parece.

—Cuando venga Henry, iremos a visitar al señor y la señora Hyde.

—Pareces decidida a visitar a todos los habitantes de Shropshire cuando venga Henry. Espero que no te llesves una decepción.

—¿Una decepción? ¿Qué quieres decir?

—Sólo que hace muy mal tiempo.

—Pues le diremos a Harris que vaya despacio y con mucho cuidado. En cualquier caso, es lo que hace siempre. Y Starling es un caballo muy tranquilo. Haría falta mucha nieve y mucho hielo para que se asustara. No le teme a nada. Además, hay personas a las que Henry tiene la obligación de visitar, que se sentirían muy apenadas si no fuera a verlas. Jenny y Alwen, los viejos criados de mi padre, no hablan de otra cosa. Hace cinco años que no lo ven, y no creo que vivan otros cinco años, los pobres.

—¡Está bien! ¡Está bien! Sólo he dicho que hará mal tiempo. Eso es todo.

Pero eso no era todo. Strange sabía que Arabella esperaba aquella visita con ilusión. Desde su boda, había visto a su hermano sólo de tarde en tarde. Él no iba a Soho Square tan a menudo como ella deseaba y, cuando iba, nunca se quedaba tanto como ella querría. Pero con aquella visita de Navidad, recuperarían toda su antigua camaradería. Estarían juntos en el escenario de su niñez, y Henry había prometido quedarse por lo menos un mes.

Henry llegó y, en un principio, pareció que iban a cumplirse todos los deseos de Arabella. Aquella noche, durante la cena, su conversación fue muy animada. Henry tenía mucho que contar de Great Hitherden, el pueblo de Northamptonshire del que era rector².

Great Hitherden era un pueblo grande y próspero. Residían en sus alrededores varias familias aristocráticas. Henry estaba muy satisfecho de la respetable posición que ocupaba en aquella sociedad. Terminó una larga descripción de sus amigos, sus cenas y sus bailes diciendo:

—Pero no vayáis a pensar que descuidamos las obras de caridad. Somos una parroquia muy activa. Tenemos mucho trabajo y muchos necesitados. Anteayer hice una visita a una familia pobre y enferma, y allí encontré a la señorita Watkins, dispensando dinero y consuelo. La señorita Watkins es una joven muy caritativa. —

Calló, como esperando que alguien dijera algo.

Strange estaba ausente, pero de pronto una idea pareció asaltarlo.

—Hombre, Henry, perdona. Debes de creernos muy desatentos. Has mencionado a la señorita Watkins cinco veces en diez minutos y ni Bell ni yo hemos reaccionado. Los dos estamos un poco distraídos esta noche; será que el frío de Gales entumece el cerebro. Pero ahora que he captado el mensaje, con mucho gusto te haré cuantas preguntas puedas desear. ¿Tiene el pelo rubio o negro? ¿El cutis pálido o moreno? ¿Toca el piano o el arpa? ¿Cuáles son sus libros favoritos?

Henry, sospechando que su amigo se burlaba, no pareció dispuesto a seguir hablando de la dama.

Arabella, lanzando una mirada de reproche a su marido, se hizo cargo de las indagaciones con más delicadeza y no tardó en obtener de Henry la siguiente información: la señorita Watkins había llegado a Great Hitherden recientemente, su nombre de pila era Sophronia, vivía con sus tutores, el señor y la señora Swoonfirst (parientes lejanos), le gustaba leer (aunque Henry no supo decir qué leía en concreto), su color favorito era el amarillo, y detestaba las piñas.

—¿Y el aspecto físico? —preguntó Strange—. ¿Es bonita?

La pregunta pareció violentar a Henry.

—La señorita Watkins no está considerada, en general, una belleza de primer orden, no. Pero cuando la tratas, ¿comprendes?, gana mucho. Personas de uno u otro sexo cuyo aspecto puede parecer anodino en un primer momento, llegan a resultar casi hermosas con el trato. Una mente instruida, buenos modales y un carácter afable son dones que contribuyen a hacer la felicidad del marido más que la belleza efímera.

Este discurso sorprendió un tanto a Strange y Arabella. Después de una pausa, él preguntó:

—¿Dinero?

Con aire sereno y triunfal, Henry dijo:

—Diez mil libras.

—¡Querido Henry! —exclamó.

Cuando estuvieron a solas, Strange le dijo a Arabella:

—Considero que hay que felicitar a Henry por ser tan avisado. Parece haber descubierto a la joven antes que nadie. Aunque imagino que a esa muchacha no le habrán llovido las proposiciones; algo debe de haber en su cara o su figura que la protege de una abrumadora admiración universal.

—No creo que le atraiga sólo el dinero —dijo Arabella, defendiendo a su hermano—. También debe de sentir afecto. O nunca hubiera pensado en el matrimonio.

—Seguramente. Henry es un buen sujeto. Además, como sabes, a mí no me gusta inmiscuirme en asuntos ajenos.

—Te estás burlando, y no tienes derecho. Hace años, yo fui tan avispada como Henry. No creo que a nadie más se le hubiera ocurrido la idea de casarse contigo, con esa nariz tan larga y ese carácter tan huraño.

—Es cierto —dijo con gesto reflexivo—. Ha de ser cosa de familia.

Al día siguiente, Strange se quedó en la biblioteca mientras Arabella y Henry visitaban a Jenny y Alwen. Pero el gozo de los primeros días se enfrió pronto. Arabella descubrió que ya no tenía mucho en común con su hermano. Henry había pasado los siete últimos años en un pequeño pueblo. Ella, por el contrario, había residido en Londres, donde había vivido de cerca algunos de los hechos más importantes de la historia reciente. Tenía amistad con más de un ministro, conocía al primer ministro y había bailado varias veces con el duque de Wellington. Había sido presentada a los reales duques, había saludado a las princesas, y el mismo príncipe regente la obsequiaba con una sonrisa y una palabra amable cada vez que ella iba a Carlton House. Por no hablar de sus relaciones con todas las personas que contribuían al glorioso resurgimiento de la magia inglesa.

Pero mientras ella se interesaba vivamente por los relatos de su hermano, éste se mostraba casi indiferente a los de ella. Sus descripciones de Londres no suscitaban en él más que un cortés: «¿Ah, sí?» Un día en que Arabella le refería algo que el duque de Wellington le había dicho y lo que ella le había respondido, Henry se volvió para mirarla con una ceja enarcada y una leve sonrisa que expresaban claramente: «No me lo creo.» Le dolió aquella actitud. No estaba ufanándose: aquellos encuentros formaban parte de su rutina diaria. Comprendió con desolación que si a ella siempre la habían deleitado las cartas de su hermano, él habría encontrado las suyas tediosas y afectadas.

El pobre Henry tenía también sus decepciones. De niño sentía una gran admiración por Ashfair House. Su tamaño, su situación y la gran importancia de su dueño en la región de Clun lo impresionaban. Esperaba con ilusión el día en que Jonathan Strange heredara la propiedad y él pudiera sentir la satisfacción de visitar Ashfair en calidad de amigo del dueño. Ahora que sus deseos se habían cumplido, descubría que, en realidad, no le agradaba tanto estar allí. Ashfair era inferior a muchas de las casas que él había visto durante los últimos años. Tenía casi tantas buhardillas como ventanales. Todas las habitaciones eran de techo bajo y forma irregular. Las muchas generaciones que la habían habitado habían abierto ventanas en las paredes allí donde más les convenía, sin preocuparse por la simetría, y los rosales trepadores y la hiedra les robaban luz. Era una casa vetusta, una casa en la que, según decía Strange, a la heroína de una novela le gustaría ser perseguida.

Últimamente, en los alrededores de Great Hitherden se habían reformado varias edificaciones y construido elegantes casas para albergar a damas y caballeros con aficiones campestres. Así pues, en parte porque Henry era incapaz de guardar para sí

algo relacionado con su parroquia y en parte porque pensaba casarse pronto y se interesaba por cuestiones domésticas, no se abstenía de dar consejos a Strange. Le desagradaba en especial la situación del patio de los establos.

—Tienes que atravesarlo para ir a la parte sur del jardín y el huerto. Podrías derribarlo y construirlo en otro sitio.

Strange no respondió directamente sino que, de súbito, se dirigió a su esposa:

—Amor mío, supongo que te gusta la casa, ¿no? Perdona que no te lo haya preguntado antes. ¡Si no te gusta, dilo, y nos mudaremos a otro sitio de inmediato!

Arabella dijo riendo que estaba muy contenta con la casa.

—Lo siento, Henry —agregó—, pero el patio de los establos me gusta tanto como todo lo demás.

Henry volvió a la carga.

—No me negarás que se ganaría mucho talando todos esos árboles que rodean la casa y oscurecen las habitaciones. Han crecido a su antojo, allí donde cayera la piña o la semilla, ¿no?

—¿Cómo? —preguntó Strange, que durante la última parte de la conversación había vuelto a concentrar la atención en su libro.

—Los árboles.

—¿Qué árboles?

—Esos —dijo Henry, señalando por la ventana a una turba de añosos y magníficos robles, fresnos y hayas.

—Como vecinos, esos árboles no dejan nada que desear: se ocupan de sus asuntos y no me molestan. Creo que les debo igual consideración.

—Es que quitan la luz.

—Lo mismo que tú, Henry, y no te ataco con el hacha.

Pero, si bien Henry encontraba muchos defectos en el entorno y la situación de Ashfair, la verdadera causa de su desagrado era otra. Lo que realmente le inquietaba de la casa era el ambiente de magia que en ella se respiraba. Cuando Strange decidió adoptar la profesión de mago, Henry no tuvo nada que objetar. En aquel momento, apenas empezaban a circular por el reino noticias de los prodigiosos actos del señor Norrell. La magia parecía poco más que una esotérica rama de la historia, un pasatiempo para caballeros ricos y ociosos, y, en cierto modo, Henry aún la veía así. Él se congratulaba de la fortuna de Strange, de sus propiedades, de su linaje, pero no de su magia. Y se sorprendía cada vez que alguien lo felicitaba por estar emparentado con el segundo gran mago de la época.

Strange distaba de ser lo que Henry consideraba modelo del rico terrateniente inglés: prácticamente había abandonado todas las actividades a las que dedican su tiempo los caballeros de la Inglaterra rural. No le interesaba la agricultura ni la caza. Sus vecinos cazaban —Henry oía el eco de sus disparos en los campos y los bosques

cubiertos por la nieve, y los ladridos de los perros—, pero a Strange nunca se lo había visto con una escopeta en la mano. Arabella tenía que recurrir a todas sus dotes de persuasión para conseguir que saliera a caminar media hora. En la biblioteca, los libros que habían pertenecido al padre y al abuelo de Strange, las obras en inglés, latín y griego que tiene en los anaqueles todo caballero, estaban amontonados en el suelo, para dejar espacio a los libros y los cuadernos de Strange³. Los periódicos que trataban de la práctica de la magia, como *Amigos de la Magia Inglesa* y *El Mago Moderno*, estaban esparcidos por toda la casa. En una mesa de la biblioteca había una gran fuente de plata que a veces estaba llena de agua. En ocasiones, Strange pasaba media hora observando el agua, agitando la superficie, haciendo extraños ademanes y anotando lo que veía. En otra mesa, entre montones de libros, había un mapa de Inglaterra en el que Strange estaba marcando los antiguos caminos de los duendes que en otro tiempo conducían de Inglaterra a Dios sabe dónde.

Había otras cosas que Henry comprendía sólo a medias y que detestaba todavía más. Sabía, por ejemplo, que a menudo las habitaciones de Ashfair tenían un aspecto extraño, pero ignoraba que ello se debía a que los espejos de la casa de Strange podían reflejar tanto la luz de media hora antes como la de cien años atrás. Y por la mañana, cuando se despertaba, y por la noche, cuando iba a quedarse dormido, oía el tañido de una campana lejana, un sonido triste, como el de la campana de una ciudad sumergida en el mar. Nunca pensaba realmente en aquella campana, ni siquiera la recordaba, pero su melancólico influjo lo acompañaba durante todo el día.

Henry mitigaba su decepción y desagrado estableciendo comparaciones entre la forma en que se hacían las cosas en Great Hitherden y en Shropshire (muy en detrimento de Shropshire), y comentando las razones que podía tener Strange para estudiar con tanto afán, «como si careciera de patrimonio propio y aún tuviese que labrar su fortuna». En general, la destinataria de esos comentarios era su hermana, pero con frecuencia también Strange los oía, y muy pronto Arabella tuvo que cargar con la desagradable tarea de tratar de poner paz entre los dos.

—Cuando quiera los consejos de Henry, se los pediré —dijo Strange—. ¿Qué puede importarle, me gustaría saber, dónde tenga yo mis establos? ¿O a qué dedique el tiempo?

—Sí, amor mío, es muy irritante —asentía ella—, y no es de extrañar que te enfades, pero ten en cuenta, que...

—¿Que yo me enfado? ¡Si es él el que siempre está discutiendo conmigo!

—¡Chist! ¡Chist! Te va a oír. Desde luego, ha puesto a prueba tu paciencia, y tú lo has soportado como un ángel. Pero creo que en el fondo trata de ser amable. Es sólo que no sabe expresarse, y aun con todos sus defectos, lo echaremos mucho de menos cuando se vaya. —Como él no parecía tan convencido de esto último como ella deseaba, agregó—: ¿Serás amable con Henry? ¿Lo harás por mí?

—¡Sí, sí, desde luego! Yo soy la paciencia en persona. ¡Tú lo sabes bien! Había un proverbio, ya en desuso, que venía a decir que allí donde los curas siembran trigo, los magos siembran centeno. Lo que significa que curas y magos nunca estarán de acuerdo⁴. Hasta ahora no me había dado cuenta. Creo que con el clero de Londres mantenía buenas relaciones. El deán de Westminster y el capellán del príncipe regente son excelentes tipos. Pero Henry me ataca los nervios.

El día de Navidad nevaba copiosamente. Ya fuera por los disgustos de los últimos días o por alguna otra causa, Arabella despertó indispuesta, mareada y con fuerte dolor de cabeza, y no pudo levantarse de la cama. Strange y Henry se vieron obligados a hacerse mutua compañía todo el día. Henry habló mucho de Great Hitherden, y por la noche jugaron al écarté. A los dos les gustaba ese juego de cartas y quizá lo hubieran disfrutado de no ser porque, mediada la segunda partida, Strange sacó el nueve de picas e inmediatamente lo asaltaron varias ideas nuevas sobre el significado mágico de esa carta. Abandonó el juego y se llevó la carta a la biblioteca para estudiarla, dejando solo a Henry.

De madrugada se despertó, o medio despertó. Había en la habitación un leve fulgor plateado que bien podía ser el reflejo de la luna en la nieve. Le pareció ver a Arabella, vestida, sentada a los pies de la cama, de espaldas a él. Se cepillaba el pelo. Él le dijo unas palabras, o al menos creyó que le decía unas palabras.

Luego volvió a dormirse.

A eso de las siete se despertó, esta vez del todo, con el afán de ir a encerrarse en la biblioteca para trabajar durante una hora o dos antes de que apareciera Henry. Se levantó rápidamente, fue al vestidor y llamó a Jeremy Johns para que fuera a afeitarlo.

A las ocho, Janet Hughes, la doncella de Arabella, llamó a la puerta del dormitorio. No recibió respuesta y, pensando que quizá su señora seguía con jaqueca, se retiró.

A las diez, Strange y Henry desayunaban juntos. Éste había decidido pasar el día cazando y trataba de convencer a su cuñado de que lo acompañase.

—No, no. Tengo trabajo, pero eso no impide que vayas tú. Después de todo, conoces estos campos y bosques tanto como yo. Te prestaré una escopeta y en algún sitio encontrarás perros, estoy seguro.

Entró Jeremy a decir que el señor Hyde había vuelto. Estaba en el vestíbulo y solicitaba hablar con Strange de un asunto urgente.

—¿Qué querrá ahora ese hombre? —rezongó Strange.

Hyde entró precipitadamente. Estaba lívido de angustia.

De pronto, Henry exclamó:

—¿Se puede saber qué hace ahí ese hombre? ¡No está ni dentro ni fuera de la habitación! —Una de las cosas de Ashfair que lo molestaban era que los sirvientes

rara vez se comportaban con la corrección propia de una casa tan importante. En esta ocasión, Jeremy Johns había empezado a salir, pero no había pasado del umbral, donde estaba manteniendo con otro criado una vehemente conversación en voz baja, semiocultos ambos por la puerta.

Strange lanzó una mirada en esa dirección, suspiró y dijo:

—Henry, no tiene importancia. Señor Hyde, yo...

Hyde, cuya agitación parecía haber ido en aumento durante aquellos instantes, espetó:

—¡Hace una hora he vuelto a ver a su esposa en las colinas de Gales!

Henry se volvió hacia Strange, sobresaltado.

Este, mirando fríamente al visitante, dijo:

—No ocurre nada, Henry. Nada.

Hyde hizo una mueca lastimera al oír eso, pero había en él una especie de obstinación que lo ayudó a sobrellevarlo.

—Ha sido en Castle Idris y, como la otra vez, la señora Strange se alejaba y no he podido verle la cara. He tratado de seguirla, pero también la he perdido. Ya sé que la otra vez lo atribuyeron a una alucinación, un fantasma creado por mi cerebro con la nieve y el viento. Pero hoy el día está claro y sereno, y sé que era ella, la he visto como ahora lo estoy viendo a usted.

—¿La otra vez? —preguntó Henry, desconcertado.

Strange, no sin impaciencia, empezó a dar las gracias al señor Hyde por su amabilidad en llevarles esa... (no pudo encontrar la palabra que buscaba).

—Pero como sé que la señora Strange está segura en casa, no le sorprenderá que... Jeremy volvió a entrar con cierta brusquedad. Se acercó rápidamente a Strange y se inclinó para hablarle al oído.

—¡Habla, hombre! ¡Explica qué sucede! —lo urgió Henry.

Jeremy miró a Strange, indeciso, pero su amo no decía nada. Se tapó la boca con la mano y miró a uno y otro lado como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea nueva y no muy agradable.

—La señora Strange no está en casa, señor —dijo Jeremy—. No sabemos dónde puede estar.

Henry interrogó a Hyde acerca de lo que había visto en las colinas. Casi sin darle tiempo de contestar una pregunta, le hacía la siguiente. Jeremy los observaba frunciendo el entrecejo. Strange callaba, mirando fijamente ante sí. De pronto, se levantó y salió de la habitación con brusquedad.

—¡Señor Strange! —se alarmó Hyde—. ¿Adónde va?

—¡Strange! —gritó Henry.

Como sin él nada se podía hacer ni decidir, no les quedaba más opción que seguirlo. Strange subió a su biblioteca del primer piso y fue directo a la gran fuente

de plata que estaba en una de las mesas.

—Trae agua —pidió a Jeremy Johns.

Jeremy fue por un jarro de agua y llenó la fuente.

Strange pronunció una sola palabra y la habitación quedó en penumbra. Simultáneamente, el agua de la bandeja se oscureció y se tomó algo opaca.

El súbito crepúsculo aterró a Henry.

—¡Strange! —exclamó—. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¡La luz se va! Mi hermana está ahí fuera. ¡No debemos permanecer en casa ni un momento más! — Miró a Jeremy Johns, el único de los presentes que podía influir en el mago—. ¡Dile que deje eso! ¡Hemos de salir a buscarla!

—Calla, Henry —ordenó Strange.

Rozó con el dedo la superficie del agua, dos veces. Dos líneas de destellos dividieron el agua en cuatro cuartos. Hizo un ademán sobre una de las secciones. Se vieron estrellas y más líneas formando un fino cañamazo luminoso. Strange lo miró un momento. Luego señaló el cuarto siguiente, en el que la luz dibujó formas distintas. Repitió el proceso en los otros dos sectores. Los dibujos no permanecían fijos sino que se movían, lanzaban destellos, trazaban ora las líneas de una especie de escritura, ora un mapa, ora constelaciones de estrellas.

—¿Y eso para qué sirve? —preguntó Hyde, atónito.

—Para encontrarla —respondió Strange—. Por lo menos, es lo que se pretende.

Golpeó uno de los cuartos, los dibujos de los otros tres desaparecieron y el que quedó creció hasta ocupar toda la superficie del agua. Strange lo dividió en cuatro partes, lo estudió un rato y tocó uno de los segmentos. Repitió varias veces el proceso. Las figuras se hacían más densas y empezaban a tomar forma de mapa. Pero cuanto más avanzaba el proceso, más parecía dudar Strange, como si no diera crédito a lo que la fuente le mostraba.

Al cabo de varios minutos, Henry no pudo resistir más.

—¡Por Dios, no es momento para magias! ¡Arabella se ha perdido!

¡Strange, te lo ruego, deja ya esas tonterías y salgamos a buscarla!

Él no respondió, pero parecía furioso, y golpeó el agua. Las líneas y las estrellas se desvanecieron. Aspiró profundamente y volvió a empezar. Ahora actuaba con más seguridad y enseguida encontró una figura que le pareció válida. Pero en lugar de extraer de ella información útil, la contempló con una mezcla de desolación y perplejidad.

—¿Qué es? —preguntó Hyde, alarmado—. Señor Strange, ¿puede ver a su esposa?

—¡No encuentro sentido a lo que me dice el hechizo! Dice que no está en Inglaterra. Ni en Gales. Ni en Escocia. Ni en Francia. No puedo conseguir que la magia actúe. Tienes razón, Henry, aquí estoy perdiendo el tiempo. ¡Jeremy, las botas

y el abrigo!

Una visión afloró de pronto a la superficie del agua. En un salón vetusto y sombrío, bailaba una multitud de hombres apuestos y mujeres hermosas. Pero como eso no podía tener relación con Arabella, Strange volvió a golpear el agua y la visión desapareció.

Una gruesa capa de nieve cubría el paisaje. Todo estaba helado, quieto y silencioso. Primero buscaron en las tierras de Ashfair, donde no encontraron más que algún que otro carrizo o petirrojo, y después Strange, Henry, Hyde y los criados empezaron a recorrer los caminos.

Tres criadas volvieron a la casa y subieron a desvanes en los que apenas entraba alguien desde que Strange era niño. Con hacha y martillo, abrían arcones que llevaban cerrados cincuenta años. Miraban en armarios, y hasta en cajones en los que apenas habría cabido un recién nacido.

Otros sirvientes preguntaban en las casas de Clun, y algunos cabalgaron hasta Clunton, Purslow, Clunbury y Whitcott. Muy pronto no quedaba en toda la región una sola casa en la que no se supiera que la señora Strange había desaparecido y de la que no se uniera a la búsqueda alguno de sus habitantes. Entretanto, las mujeres alimentaban el fuego y hacían todo lo necesario a fin de que, si la señora Strange era llevada a su casa, encontrara en ella todo el calor, el alimento y las atenciones que un ser humano pudiera desear.

Durante la primera hora, se sumó a la partida el capitán John Ayrton del 12º de la Ligera de Dragones, quien había estado con Wellington y Strange en la Península y en Waterloo, y cuyas tierras lindaban con las de Strange. Eran de la misma edad y habían sido vecinos toda la vida, pero el capitán Ayrton era un caballero tan tímido y reservado que apenas intercambiaban más de veinte palabras al año. En esa crisis, el capitán acudió a Ashfair con mapas y la promesa serena y solemne de hacer cuanto estuviera en su mano para ayudar.

Pronto se descubrió que no era el señor Hyde el único que había visto a Arabella. También Martin Oakley y Owen Bullbridge, mozos de una de las granjas, la habían visto. Jeremy Johns se enteró por unos amigos de los dos hombres, e inmediatamente se montó en el primer caballo que encontró y se dirigió a los nevados campos de las márgenes del río Clun, donde Oakley y Bullbridge participaban en la búsqueda. Jeremy llevó a los dos hombres a Clun para que comparecieran ante el capitán Ayrton, el señor Hyde, Henry Woodhope y Strange.

El relato de Oakley y Bullbridge no concordaba con el de Hyde. Éste había visto Arabella caminar hacia el norte por las nevadas laderas de Castle Idris, a las nueve en punto, y, lo mismo que la vez anterior, había oído sonar campanas.

Oakley y Bullbridge, por su parte, la habían visto cruzar apresuradamente por entre los desnudos árboles, a unas cinco millas al este de Castle Idris, también a las

nueve de la mañana.

El capitán Ayrton frunció el entrecejo y les preguntó cómo sabían que eran las nueve, puesto que, a diferencia de Hyde, ninguno de ellos tenía reloj de bolsillo. Oakley respondió que pensaron que debían de ser las nueve porque habían oído campanas. Las campanas, suponía, eran las de San Jorge, en Clun. Pero Bullbridge dijo que no eran las campanas de San Jorge, que las que él había oído eran muchas, y San Jorge tenía una sola. Dijo también que su toque le había parecido triste, como a muerto, pero no supo explicar por qué.

Los relatos coincidían en todos los demás detalles. En ninguno se mencionaba el extraño traje negro. Los tres hombres la habían visto vestida de blanco y los tres decían que andaba deprisa. Ninguno le había visto la cara.

El capitán Ayrton envió los hombres a registrar los oscuros bosques en grupos de cuatro o cinco. Ordenó a las mujeres buscar faroles y prendas de abrigo; y mandó a jinetes a las colinas de Castle Idris. Puso al frente de estos últimos al señor Hyde, que no se hubiera dado por satisfecho con misión de menos importancia. Diez minutos después de que Oakley y Bullbridge acabaran de hablar, todos se habían ido. Buscaron mientras hubo luz, pero la luz no podía durar. Sólo habían transcurrido cinco días desde el solsticio de invierno; a las tres, la luz ya decaía, y a las cuatro se había extinguido por completo.

Los distintos grupos volvieron a la casa de Strange, donde el capitán Ayrton pensaba revisar lo hecho y confiaba en poder decidir el siguiente paso. También habían acudido varias señoras de los alrededores, que, cansadas de esperar ansiosamente noticias de la señora Strange en la soledad de sus casas, fueron a Ashfair en parte para brindar su ayuda y en parte para buscar consuelo en la mutua compañía.

Los últimos en llegar fueron Strange y Jeremy Johns. Procedían directamente de los establos, aún con las botas y manchados de barro. Strange tenía la cara cenicienta y los ojos hundidos. Se movía como un sonámbulo. Quizá se habría quedado de pie si Jeremy no lo hubiera sentado en un sillón.

El capitán Ayrton extendió sus mapas sobre la mesa y fue preguntando a cada grupo dónde había estado y qué había encontrado, que era nada en absoluto.

Todos los presentes, hombres y mujeres, pensaban que aquellas nítidas líneas y palabras trazadas en los mapas eran en realidad estanques y ríos helados, bosques callados, zanjas cubiertas de escarcha y montañas agrestes, y todos se preguntaban cuántas ovejas, vacas y animales salvajes morirían durante la estación.

—Me parece que esta noche me he despertado... —dijo de pronto una voz ronca.

Todos se volvieron.

Strange seguía en el sillón en que lo había sentado Jeremy. Tenía los brazos colgando y la mirada fija en el suelo.

—Me parece que esta noche me he despertado. No sé cuándo exactamente. Arabella estaba sentada a los pies de la cama. Vestida.

—No nos lo había dicho —observó Hyde.

—No lo recordaba. Creía que lo había soñado.

—No entiendo —dijo el capitán Ayrton—. ¿Quiere decir que la señora Strange pudo abandonar la casa durante la noche?

Strange pareció buscar en vano una respuesta a tan razonable pregunta.

—Pero seguro que usted sabe si ella estaba o no por la mañana, ¿verdad?

—Estaba. Claro que estaba. Es absurdo suponer... Por lo menos... —Se interrumpió—. Me he levantado pensando en mi libro, y la habitación estaba a oscuras.

Varios de los presentes empezaron a pensar que, como marido, Jonathan Strange era, si no desatento, por lo menos extrañamente distraído, y algunos lo miraron dubitativos mientras repasaban con el pensamiento las razones que podían inducir a una, en apariencia, amante esposa a abandonar su casa y salir a la nieve. ¿Palabras crueles? ¿Un carácter violento? ¿Visiones espantosas conjuradas por su labor de mago: fantasmas, demonios, horrores? ¿El repentino descubrimiento de que tenía una amante y media docena de hijos naturales?

En el vestíbulo sonó un grito. Nadie supo decir de quién era la voz. Varios vecinos de Strange que estaban cerca de la puerta salieron a ver qué ocurría. Las exclamaciones de éstos hicieron acudir a los demás. El vestíbulo estaba oscuro, pero enseguida se llevaron velas y todos pudieron ver que, al pie de la escalera, había una persona.

Arabella.

Henry se precipitó a abrazarla; Hyde y la señora Ayrton le dijeron lo mucho que se alegraban de verla sana y salva; otras personas empezaron a manifestar asombro e informar a quien quisiera escucharlas que ni por asomo se les había ocurrido pensar que pudiese estar allí. Varias señoras y criadas la rodearon, solícitas. ¿Se había lastimado? ¿Dónde había estado? ¿Se había perdido? ¿Le había sucedido algo malo?

Entonces, como ocurre a veces, varias personas a la vez advirtieron algo extraño: Strange no había dicho nada, no había ido hacia ella, aunque tampoco ella le había hablado ni iniciado movimiento alguno en dirección a él.

El mago miraba a su esposa en silencio. De pronto, exclamó:

—¡Santo Dios, Arabella! ¿Qué es eso que llevas puesto?

Incluso a la luz tenue y vacilante de las velas se veía que llevaba un vestido negro.

44. Arabella (Diciembre de 1815)

—¡ESTARÁ helada hasta los huesos! —dijo la señora Ayrton tomando una mano de Arabella—. ¡Ay, querida mía, está fría como una tumba!

Otra señora llevó rápidamente del salón un chal de Arabella. Era de cachemira india azul, con una delicada cenefa rosa y oro, pero cuando la señora Ayrton la envolvió en él, pareció que el vestido negro le apagaba los colores.

Arabella, con las manos enlazadas, los miraba con expresión de serena indiferencia, sin molestarse en contestar a sus amables preguntas. No parecía sorprendida ni cohibida por encontrarlos allí.

—¿Podrías decirme dónde estabas? —inquirió Strange.

—Paseando —respondió. Su voz sonaba como siempre.

—¡Paseando! Arabella, ¿te has vuelto loca? ¿Con tres pies de nieve? ¿Por dónde?

—Por el bosque oscuro. Entre mis hermanos y hermanas que duermen su sueño apacible. Por los páramos altos, entre los espíritus perfumados de mis hermanos y hermanas que murieron hace tiempo. Bajo el cielo gris, entre los sueños y murmullos de mis hermanos y hermanas que aún han de nacer.

Strange la miraba sin pestañear.

—Pero ¿qué dices?

A nadie sorprendió que, frente a tan cariñoso interrogatorio, ella optara por callar, y por lo menos una de las señoras empezó a pensar que la rudeza de su marido la intimidaba y la hacía dar tan extrañas respuestas.

La señora Ayrton le rodeó los hombros con el brazo y, suavemente, la guió hacia la escalera.

—La señora Strange está fatigada —dijo con firmeza—. Venga conmigo, querida, subamos a...

—¡Un momento! —exclamó Strange—. ¡Aún no! Antes quiero saber de dónde ha salido ese vestido. Le ruego me perdone, señora Ayrton, pero estoy decidido a...

Iba hacia ellas cuando se detuvo bruscamente y miró el suelo con extrañeza. Luego dio unos pasos de lado, sorteando algo que había en su camino.

—¡Jeremy! ¿De dónde ha salido el agua que hay donde estaba la señora Strange?

Jeremy Johns llevó un candelabro al pie de la escalera. Había allí un gran charco. Él y Strange miraron el techo y las paredes. Los otros criados también parecían intrigados por el fenómeno, lo mismo que los señores.

Mientras los hombres estaban distraídos con esa exploración, la señora Ayrton y otras damas se llevaron a Arabella discretamente.

El vestíbulo de Ashfair era tan anticuado como el resto de la casa. Estaba revestido de olmo pintado de color crema y el suelo era de simples losas de piedra,

bien barridas. Uno de los criados pensaba que el agua tenía que haber brotado de debajo de las losas, y fue en busca de una barra de hierro para hurgar entre ellas y así demostrar que alguna estaba floja. Pero no consiguió moverlas. No se veía ningún intersticio por el que hubiera podido filtrarse el agua. Alguien aventuró que quizá los perros del capitán Ayrton habían mojado el suelo. Miraron a los perros. Estaban completamente secos.

Por fin, examinaron el agua.

—Es negra y contiene briznas de algo —observó Strange.

—Parece musgo —aventuró Jeremy Johns.

Siguieron haciendo conjeturas hasta que tuvieron que darse por vencidos y renunciar a aclarar el misterio. Poco después, los caballeros se fueron, llevando consigo a sus esposas.

A las cinco, Janet Hughes subió al dormitorio de su señora y la encontró tumbada en la cama. No se había quitado el vestido negro. Cuando le preguntó si se encontraba mal, Arabella respondió que le dolían las manos. Janet la ayudó a desvestirse y fue a decírselo a Strange.

Al segundo día, Arabella se quejaba de un dolor que le iba de la cabeza a los pies, pasando por todo el lado derecho del cuerpo (o al menos eso interpretaron ellos cuando dijo «desde la copa hasta la punta de mis raíces»). Eso alarmó a Strange lo suficiente para enviara buscar al doctor Newton, el médico de Church Stretton. El doctor Newton acudió aquella misma tarde, pero, aparte del dolor, no encontró nada anormal y se despidió alegremente, prometiendo a Strange volver dentro de uno o dos días.

Al tercer día, Arabella murió.

Libro III. John Uskglass

Es opinión del señor Norrell, de Hanover Square, que todo lo que tiene relación con John Uskglass debe desterrarse de la magia moderna como se sacuden las polillas y el polvo de un abrigo viejo. ¿Qué imagina que le quedará? Si nos desprendemos de John Uskglass, nos encontraremos con las manos vacías.

Jonathan Strange, prólogo de Historia y práctica de la magia inglesa, ed. John Murray, Londres, 1816.



45. Prólogo de *Historia y práctica de la magia inglesa*, de Jonathan Strange

En los últimos meses de 1110 apareció en el norte de Inglaterra un extraño ejército. El primer lugar en que se oyó hablar de él fue Penlaw, a veinte o treinta millas al noroeste de Newcastle. Nadie sabía de dónde había salido, y se suponía que era una invasión de escoceses, daneses o, quizá, franceses.

A primeros de diciembre, el ejército había conquistado los castillos de Newcastle y Durham y se dirigía al oeste. Llegó a Allendale, pequeña población de casas de piedra situada en los montes de Northumbria, y una noche acampó al borde de un páramo, cerca de la localidad. Los habitantes de Allendale eran criadores de ovejas, no soldados. La ciudad no tenía murallas que la protegieran y los soldados más cercanos estaban a treinta y cinco millas, preparando la defensa del castillo de Carlisle. Por tanto, los ciudadanos decidieron que lo mejor sería tratar de hacerse amigos del extraño ejército sin pérdida de tiempo. Con este fin, un grupo de bonitas jóvenes se puso en camino, un pelotón de valerosas Judits decididas a salvarse a sí mismas y a sus conciudadanos, si les era posible. Pero al llegar al campamento, sintieron miedo y no se atrevieron a seguir avanzando.

El campamento era un lugar triste y silencioso. Caía una gran nevada y los soldados yacían sobre la nieve envueltos en negras capas. En un primer instante, las mujeres pensaron que los hombres estaban muertos, impresión acentuada por la gran cantidad de cuervos y otras aves negras que se habían posado en el campamento y hasta en los cuerpos yacentes. No obstante, los soldados no estaban muertos: de vez en cuando uno se levantaba e iba a atender a su caballo o ahuyentaba a un pájaro que se obstinaba en picarle la cara.

Al ver a las jóvenes, un soldado se puso en pie. Una de ellas, venciendo el miedo, se le acercó y lo besó en la boca.

Él tenía una tez pálida y sin mácula, fulgurante como la luna, y el cabello largo y lacio como una cascada castaño oscuro. Los rasgos de su cara eran finos y enérgicos, y solemne la expresión. Sus grandes ojos azules eran rasgados, y las cejas, finas y oscuras, como dibujadas con un pincel, tenían una pequeña voluta al extremo. Nada de aquello inquietó a la muchacha. Ella pensaba que todos los daneses, escoceses y franceses del mundo poseían una belleza misteriosa.

Él aceptó el beso de buen grado y dejó que ella lo repitiera. Luego le correspondió ardorosamente. Se levantó del suelo otro soldado, que abrió la boca, de la que salió una especie de música triste y quejumbrosa. El primer

soldado —el besado— empezó a bailar con la muchacha, llevándola hacia uno y otro lado con sus dedos largos y blancos, y ella se contagió de su ritmo.

Estuvieron bailando hasta que ella sintió calor y se detuvo para quitarse la capa. Entonces sus compañeras vieron que en los brazos, la cara y las piernas tenía gotitas de sangre, como perlas de sudor, que caían a la nieve, y huyeron aterrorizadas.

El extraño ejército no entró en Allendale, sino que por la noche siguió su marcha hacia Carlisle. Al día siguiente, los ciudadanos subieron cautelosamente hasta donde había acampado. Allí encontraron a la muchacha, con el cuerpo blanco y exangüe, sobre una nieve teñida de rojo brillante.

Por estas señales, reconocieron a la Daoine Sidhe, la Hueste Encantada.

Se libraron batallas, que los ingleses perdieron una a una. En Navidad, la Hueste Encantada había llegado a York. Ocupó Newcastle, Durham, Carlisle y Lancaster. Aparte de dejar exangüe a la muchacha de Allendale, los duendes apenas dieron muestras de la crueldad que se atribuye a su raza. De todas las ciudades y plazas fuertes que tomaron, sólo Lancaster fue arrasada. En Thirsk, al norte de York, un cerdo ofendió a un miembro de la Hueste al meterse entre las patas de su caballo, que se encabritó, cayó y se rompió el espinazo. El duende y sus camaradas persiguieron al cerdo y le sacaron los ojos. Pero, en general, la llegada de la Hueste era saludada con alegría por todos los animales, tanto salvajes como domésticos, como si reconocieran en los duendes a aliados contra el enemigo común: el hombre.

En Navidad, el rey Enrique convocó a los nobles, obispos, abades y gentilhombres del reino a su casa de Westminster, para debatir la cuestión. Los duendes no eran desconocidos en Inglaterra en aquel tiempo. Había en muchos lugares antiguos asentamientos de duendes, unos escondidos por arte de magia y otros que, simplemente, evitaban los cristianos de los alrededores. Los consejeros del rey Enrique convinieron en que los duendes eran malvados por naturaleza. Eran lascivos, embusteros y ladrones; seducían a jóvenes de uno y otro sexo, extraviaban a los viajeros y robaban niños, ganado y trigo. Eran de una indolencia asombrosa: hacía miles de años que dominaban los oficios de albañilería, carpintería y talla, pero, en lugar de tomarse el trabajo de construirse casas, la mayoría preferían vivir en lugares que se complacían en llamar castillos, pero que en realidad no eran sino brugh, antiquísimos túmulos de tierra. Pasaban el día bebiendo y bailando, mientras la cebada y las habichuelas se les pudrían en los campos y su ganado moría de frío en la montaña. Realmente, todos los consejeros del rey Enrique coincidieron en que, de no ser por su magia extraordinaria y su condición de casi inmortales, toda la raza de los duendes habría perecido de hambre y sed hacía tiempo. No obstante,

esos seres irresponsables y despreocupados habían invadido un reino cristiano bien defendido, ganado todas las batallas libradas y cabalgado de un lugar a otro, apoderándose de una fortaleza tras otra. Todo ello revelaba una determinación nunca vista en un duende.

Nadie sabía qué pensar.

En enero, la Hueste Encantada salió de York en dirección sur. En el Trent se detuvo, y fue en Newark, a orillas del Trent, donde el rey Enrique y su ejército lucharon contra la Daoine Sidhe.

Antes de la batalla, sopló sobre las filas del rey Enrique un viento mágico, y se oyó una dulce música de gaita que motivó que gran número de caballos se desbocaran y huyeran al campo de los duendes, llevándose muchos de ellos a su infortunado jinete. A continuación, los soldados oyeron las voces de sus seres queridos —madre, padre, hijos, amada—, que los llamaban y les pedían que volvieran a casa. Una bandada de cuervos se abatió sobre los ingleses, picándoles en la cara y cegándolos con un caos de alas negras. Los soldados ingleses tenían que enfrentarse no sólo a la destreza y ferocidad de la Sidhe, sino también a su propio miedo de aquella magia escalofriante. No es de extrañar que la batalla fuera corta y el rey Enrique la perdiera. Cuando se hizo el silencio y quedó claro que Enrique había sido derrotado, en millas a la redonda rompieron a cantar los pájaros, como si lo celebraran.

El rey y sus dignatarios esperaban que se adelantara algún jefe o rey. Se abrieron las filas de la Daoine Sidhe y apareció una figura.

Tenía apenas quince años. Al igual que toda la Daoine Sidhe, vestía harapos de tosca lana negra. Al igual que los otros, tenía el pelo oscuro, largo y lacio; y no hablaba ni inglés ni francés, las dos lenguas habituales en la Inglaterra de aquel tiempo, sino sólo un dialecto de Tierra de Duendes⁴. Su cara era pálida, hermosa y solemne, aunque todos los presentes veían con claridad que no era duende sino humano.

Según los cánones de los nobles y caballeros normandos e ingleses que lo veían aquel día por primera vez, apenas podía considerársele civilizado. Nunca había visto una cuchara, ni una silla, ni un puchero de hierro, ni una moneda de plata, ni una vela de cera. En aquel tiempo, éstos eran refinamientos desconocidos en los reinos feéricos. Cuando el rey Enrique y el muchacho se reunieron para repartirse Inglaterra, Enrique estaba sentado en un banco de madera y bebía vino en un vaso de plata, y el muchacho estaba sentado en el suelo y bebía leche de oveja en una copa de piedra. Orderic Vitalis, el cronista, describió treinta años después el estupor de los cortesanos de Enrique cuando vieron cómo, durante aquel acto trascendental, uno de los guerreros de la Daoine Sidhe se inclinaba y, solícito, empezaba a extraer piojos del sucio pelo

del chico.

Iba con la Hueste Encantada un joven caballero normando llamado Thomas de Dundale². Aunque había estado prisionero en Tierra de Duendes muchos años, recordaba su lengua (francés) lo suficiente para lograr que el muchacho y Enrique se entendieran.

El rey Enrique le preguntó al muchacho por su nombre.

El muchacho respondió que no tenía nombre³.

El rey Enrique le preguntó por qué le hacía la guerra a Inglaterra.

El muchacho dijo que él era el único superviviente de una noble familia normanda a la que Guillermo el Conquistador, padre de Enrique, había concedido tierras en el norte de Inglaterra. Los hombres de la familia fueron desposeídos de sus tierras por un malvado enemigo llamado Hubert de Cotentin. Agregó que, años atrás, su padre apeló a Guillermo II (hermano y antecesor de Enrique) en demanda de justicia, sin obtenerla. Poco tiempo después, su padre fue asesinado. Dijo también que él mismo, siendo aún muy pequeño, fue raptado por los hombres de Hubert y abandonado en el bosque, donde la Daoine Sidhe lo encontró y se lo llevó a vivir a Tierra de Duendes. Ahora había regresado.

Tenía esa fe de los muy jóvenes en la absoluta justicia de su propia causa y la absoluta injusticia de las causas ajenas. Había decidido que la parte de Inglaterra comprendida entre el Tweed y el Trent era una justa compensación por el asesinato de su familia, que los reyes normandos habían sido incapaces de vengar. Por esa razón, permitía al rey Enrique conservar la mitad meridional de su reino.

Dijo también que él ya era rey en Tierra de Duendes. Dio el nombre del que era su señor. Nadie lo entendió⁴.

Aquel día, el muchacho inició su ininterrumpido reinado de trescientos años.

A sus catorce años, él había creado ya el sistema de magia que hoy utilizamos nosotros. Mejor dicho, que utilizaríamos si pudiéramos; la mayor parte de lo que él sabía está olvidado. En él se combinaban a la perfección la magia del duende y el razonamiento del humano, a los que se sumaba su impresionante determinación. Que se sepa, no existe razón que explique por qué un niño cristiano raptado había de convertirse en el mago más grande de todos los tiempos. Antes y después de él, otros niños han estado cautivos en los confines de Tierra de Duendes, pero ninguno se aprovechó de la experiencia como él. Comparados con sus gestas, todos nuestros esfuerzos parecen triviales, insignificantes. Es opinión del señor Norrell, de Hanover Square, que todo lo que tiene relación con John Uskglass debe desterrarse de la magia moderna como se sacuden las polillas y el polvo de un abrigo viejo. ¿Qué imagina que le

quedará? Si nos desprendemos de John Uskglass, nos encontraremos con las manos vacías.

De Historia y práctica de la magia inglesa Jonathan Strange, tomo I. Ed. John Murray, 1816.

46. «El cielo me hablaba...» (Enero de 1816)

ERA un día sombrío. Un viento frío lanzaba copos de nieve contra las ventanas de la biblioteca del señor Norrell, en la que Childermass escribía cartas. Aunque no eran más que las diez de la mañana, ya habían encendido las velas. No se oía más que el siseo del carbón que se consumía en el hogar y el roce de la pluma en el papel.

Hanover Square, 8 de enero de 1816

A lord Sidmouth, ministro del Interior Milord:

El señor Norrell me ha encargado comunicarle que los hechizos destinados a impedir el desbordamiento de los ríos en el condado de Suffolk están dispuestos. La factura será enviada con esta misma fecha al señor Wynne, del departamento del Tesoro...

Se oía el lúgubre son de una campana. Estaba muy lejos. Childermass apenas lo percibía y, no obstante, por influjo del tañido parecía que creciesen la oscuridad y el silencio que lo envolvían.

... La magia mantendrá las aguas dentro de los cauces habituales. No obstante, el señor Leeves, el joven ingeniero a quien el lord comisionado de Suffolk encargó la verificación de la resistencia de los puentes actuales y otras estructuras adyacentes a los ríos, expresó ciertas dudas...

Se le antojaba tener delante de los ojos la imagen de un paisaje sombrío. Lo veía claramente, como si fuera un lugar muy conocido o un cuadro que hubiese visto todos los días durante años y años. Un vasto paisaje de desiertos campos pardos y edificios en ruinas, bajo un lúgubre cielo gris...

... sobre si los puentes del Stour y el Orwell serán capaces de resistir el aumento de la fuerza de las avenidas que han de producirse en época de grandes lluvias. El señor Leeves recomienda un inmediato y minucioso examen de los puentes, molinos y vados de Suffolk, empezando por los del Stour y el Orwell. Tengo entendido que ya ha escrito a vuestra señoría a este respecto...

Ya no tan sólo imaginaba el paisaje. Le parecía encontrarse allí. Estaba en un viejo camino surcado de roderas que serpenteaba por la ladera de una colina negra hacia un cielo en el que se reunía una gran bandada de pájaros negros...

... El señor Norrell ha renunciado a poner a la magia un límite de tiempo.

En su opinión, ésta durará tanto como los propios ríos. No obstante, se permite recomendar a vuestra señoría que los hechizos sean revisados dentro de veinte años. El próximo martes, el señor Norrell empezará a elaborar la misma magia para el condado de Norfolk...

Los pájaros eran como letras negras sobre el gris del cielo. Pensó que pronto entendería el significado de la escritura. Las piedras del viejo camino eran símbolos que señalaban el destino del caminante.

Childermass volvió en sí con un sobresalto. La pluma salió despedida de su mano y salpicó la carta de tinta.

Miró en derredor, confuso. No soñaba. Allí estaban todos los objetos familiares: los estantes de los libros, el espejo, el tintero, los útiles de la chimenea, la figura de porcelana de Martin Pale. Pero desconfiaba de sus sentidos. Ya no estaba seguro de que los libros, los espejos y la figura de porcelana estuvieran allí en realidad. Era como si todo lo que veían sus ojos fuese una fina piel que él podía rasgar con la uña para encontrar debajo aquel paisaje frío y desolado...

Los campos pardos estaban parcialmente inundados, surcados de cadenas de fríos charcos grises. La figura que formaban los charcos tenía un significado. Los charcos eran la escritura que la lluvia trazaba en los campos. Los charcos eran magia obrada por la lluvia, como el vuelo de los pájaros negros sobre el cielo gris era un hechizo que lanzaba el cielo y el temblor de la hierba amarillenta era hechizo del viento. Todo tenía un significado...

Childermass se levantó bruscamente, se apartó de la mesa y se estremeció. Dio una rápida vuelta por la habitación y tiró del cordón de la campanilla. Pero mientras esperaba, volvió a sentir el efecto de la magia. Cuando entró Lucas, ya no sabía si estaba en la biblioteca del señor Norrell o en un antiguo camino...

Agitó la cabeza violentamente y parpadeó varias veces.

—¿Dónde está el señor? —preguntó—. Aquí pasa algo malo.

Lucas lo miraba con gesto de preocupación.

—¿Señor Childermass? ¿Se encuentra bien, señor?

—Eso ahora no importa. ¿Dónde está el señor Norrell?

—Ha ido al Almirantazgo. Creía que usted lo sabía, señor. El coche ha venido a buscarlo hace más de una hora. Ya no tardará en volver.

—No; no puede ser. No puede haberse ido. ¿Estás seguro de que no está arriba, haciendo magia?

—Completamente seguro. Yo mismo lo he visto irse en el coche. Permita que envíe a Matthew a buscar a un médico, señor. Creo que está enfermo.

Childermass abrió la boca para negar que estuviera enfermo, pero en aquel

preciso momento...

... el cielo lo miraba. Le pareció que la tierra se encogía de hombros al sentirlo sobre su espalda.

El cielo le habló.

Era un lenguaje que nunca había oído. Ni siquiera estaba seguro de que aquello fueran palabras. Quizá sólo le hablaba con la negra escritura que trazaban los pájaros. Se sentía pequeño e indefenso y no tenía escapatoria. Estaba atrapado entre la tierra y el cielo, como entre dos manos. Y si querían, podían aplastarlo.

El cielo volvió a hablarle.

—No entiendo —dijo él...

Childermass parpadeó y vio que Lucas estaba inclinado sobre él. Sintió que jadeaba. Extendió el brazo y la mano le tropezó con algo a su lado. Giró la cabeza y descubrió con sorpresa que era la pata de una silla. Estaba tendido en el suelo.

—¿Qué...? —preguntó.

—Está en la biblioteca, señor —dijo Lucas—. Me parece que se ha desmayado.

—Ayúdame a levantarme. Necesito hablar con Norrell.

—Ya le he dicho, señor...

—No —atajó Childermass—. Estás equivocado. Tiene que estar aquí. Tiene que estar. Llévame arriba.

Con la ayuda de Lucas, se levantó y salió de la habitación, pero al llegar a la escalera estuvo a punto de volver a caer. Entonces Lucas llamó a Matthew, el otro criado, y entre los dos lo llevaron casi en vilo al gabinete del segundo piso, donde Norrell practicaba su magia más secreta.

Lucas abrió la puerta. Había fuego en el hogar. Y plumas, cortaplumas, portaplumas y lápices bien alineados en una bandejita. El tintero estaba lleno y tenía puesta su tapadera de plata. Libros y cuadernos se hallaban bien apilados o recogidos. Todo aparecía limpio, reluciente y ordenado. Era obvio que aquella mañana Norrell no había entrado en su gabinete.



Childermass apartó a los criados y se quedó mirando la habitación con extrañeza.

—¿Lo ve, señor? —dijo Lucas—. Es lo que le he dicho. El señor está en el Almirantazgo.

—Sí —repuso. Pero estaba desconcertado. Si aquella inquietante magia no provenía de Norrell, ¿a quién atribuirlo?—. ¿Ha venido Strange? —preguntó.

—¡Por supuesto que no, señor! —se indignó Lucas—. Supongo que conozco mis obligaciones, y una de ellas es la de no dejar entrar al señor Strange. Aún parece no encontrarse bien, señor. Déjeme que envíe a buscar a un médico.

—No, no. Estoy mejor. Mucho mejor. Llévame hasta una silla. —Childermass se dejó caer en la silla con un suspiro—. En el nombre de Dios, ¿qué hacéis ahí parados, mirándome con esas caras? —Los ahuyentó con un ademán—. Matthew, ¿es que no tienes trabajo? ¡Lucas, tráeme un vaso de agua!

Aún estaba mareado y aturdido, pero la sensación de vértigo había disminuido. Recordaba aquel paisaje con todo detalle. Lo tenía grabado en la mente. Podía percibir su desolación, aún le parecía haberse asomado a otro mundo, pero ya no sentía el temor de perderse en él. Podía pensar.

Lucas volvió con una copa y una jarra de agua. Llenó la copa y Childermass se la bebió sin respirar.

Childermass conocía un hechizo. Servía para detectar magia. No te decía qué

magia era ni quién la realizaba; sólo si había magia en el ambiente o no. Al menos, se suponía que ésa era su utilidad. Lo había probado una sola vez y no había encontrado nada. No sabía si era eficaz o no.

—Llena la copa —le dijo a Lucas.

El criado así lo hizo.

Esa vez Childermass no bebió el agua, sino que le dirigió unas palabras en voz baja. Luego levantó la copa y miró a través de ella, al tiempo que, lentamente, giraba sobre sí mismo, examinando toda la habitación.

No había nada.

—Ni siquiera sé lo que busco —murmuró—. Ven, Lucas, ayúdame.

Volvieron a la biblioteca. Childermass dijo las palabras, alzó la copa y miró a través de ella.

Nada.

Fue a la ventana. Por un momento le pareció ver algo en el fondo de la copa, como una perla de luz blanca.

—Está en la plaza —dijo.

—¿Qué es lo que está en la plaza? —preguntó Lucas.

Childermass no contestó. Se asomó a la ventana. La nieve cubría los embarrados adoquines de Hanover Square. La reja negra del cercado del centro se destacaba nítidamente en la blancura. Aún nevaba y soplaban un viento áspero. A pesar del frío, había varias personas en la plaza. Era sabido que Norrell residía allí y la gente acudía con el afán de verlo. En aquel momento, un caballero y dos señoritas (sin duda fanáticos de la magia) estaban frente a la casa, mirándola con vivo interés. Un poco más lejos, un joven de cabello oscuro se apoyaba contra la reja. Cerca de él había un vendedor de tinta, con un abrigo andrajoso y su barrilito en la espalda. A la derecha, otra mujer. Se alejaba de la casa, andando lentamente hacia Hanover Street, pero Childermass tuvo la impresión de que un instante antes se contaba entre los curiosos. La mujer vestía un espléndido abrigo verde oscuro ribeteado de armiño y llevaba un gran manguito de la misma piel.

Childermass conocía bien al vendedor de tinta, del que se había surtido con frecuencia. Todos los demás le parecieron extraños.

—¿Reconoces a alguien? —le preguntó al criado.

—Al hombre del cabello negro —dijo Lucas señalando al joven apoyado contra la reja—. Es Frederick Marston. Ha venido varias veces a pedirle al señor Norrell que lo tome como discípulo, pero el señor siempre se ha negado a recibirlo.

—Sí, ahora recuerdo que me hablaste de él. —Childermass observó a la gente de la plaza un momento más y dijo—: Aunque parezca improbable, uno de ellos tiene que estar realizando alguna especie de magia. Necesito bajar para averiguarlo. Ven. No puedo hacerlo sin ti.

En la plaza, la magia actuaba con más fuerza que nunca. La campana triste sonaba dentro de la cabeza de Childermass. Tras la cortina de nieve se alternaban en rápida sucesión las visiones de uno y otro mundo como imágenes de linterna mágica: ora la plaza, ora campos sombríos y negra escritura en el cielo.

Childermass levantó la copa y se dispuso a pronunciar la fórmula del hechizo, pero no fue necesario. La copa refulgía con suave resplandor. Era lo más brillante de aquel oscuro día de invierno; su luz era más clara y diáfana que la de cualquier lámpara y ponía extrañas sombras en la cara de Childermass y de Lucas.

El cielo volvió a hablarle. Esa vez le pareció que le hacía una pregunta. Su respuesta tendría grandes consecuencias. Si podía entender lo que se le preguntaba y encontrar las palabras justas para la respuesta, se le revelaría algo, algo que cambiaría para siempre la magia inglesa, algo que ni Strange ni Norrell sospechaban siquiera.

Durante un largo instante, Childermass luchó por comprender. El lenguaje, o el hechizo, tenía un carácter familiar que lo atormentaba. Creía que de un momento a otro lo entendería. Al fin y al cabo, el mundo había estado diciéndole aquellas mismas palabras todos los días de su vida; sólo que él no lo había advertido hasta entonces...

Lucas decía algo. Childermass debía de haber vuelto a caerse, porque sintió que el criado lo asía por las axilas para levantarlo. La copa estaba rota sobre los adoquines y la luz blanca desparramada por la nieve.

—... cosa muy rara. Eso es, señor Childermass. Arriba. Nunca lo había visto tan indispuerto. ¿Seguro que no quiere entrar en casa? Pero ahí viene el señor Norrell. Él sabrá qué hacer.

Childermass miró hacia la derecha. El coche del mago entraba en la plaza por George Street.

El vendedor de tinta también lo vio. Inmediatamente se acercó al grupo del caballero y las dos damas, hizo una respetuosa inclinación con la cabeza y le dijo unas palabras al hombre. Los tres se volvieron para mirar el coche. El caballero sacó una moneda del bolsillo y se la dio al vendedor de tinta. Éste inclinó la cabeza otra vez y se retiró.

El señor Marston, el joven de cabello oscuro, no necesitaba que le dijeran que aquél era el coche de Norrell. Al verlo, se apartó de la reja y echó a andar.

También la dama elegante había dado media vuelta y regresaba hacia la casa, sin duda con la intención de ver al mayor mago de Inglaterra.

El coche se paró delante de la casa. El lacayo bajó del pescante y abrió la portezuela. Norrell se apeó. Iba envuelto en tantas bufandas que su figura, pequeña y enjuta, casi parecía robusta. Marston lo llamó de inmediato y comenzó a decir algo. Norrell movió la cabeza con impaciencia y lo despidió con un ademán.

La dama elegante pasó junto a Childermass y Lucas. Estaba muy pálida y tenía una expresión solemne. Childermass pensó que probablemente las personas que daban importancia a esas cosas la considerarían hermosa. Ahora que la veía bien, le pareció que la conocía.

—Lucas, ¿quién es esa mujer? —preguntó en voz baja.

—Lo siento, señor, me parece que nunca la había visto.

Al pie del estribo del coche, Marston insistía y Norrell se impacientaba. El mago miró en derredor, vio a Lucas y Childermass y los llamó con una seña.

En aquel momento, la dama elegante dio un paso hacia él. Pareció que también ella iba a hablarle, pero no era ésa su intención. Sacó del manguito una pistola y, con toda calma, le apuntó al corazón.

El señor Norrell y el señor Marston la miraron fijamente.

Entonces ocurrieron varias cosas a la vez. Lucas soltó a Childermass, que se desplomó como un saco, y corrió a socorrer a su señor. Marston agarró a la dama por la cintura. Davey, el cochero, saltó del pescante y le cogió el brazo que sostenía la pistola.

Childermass yacía en la nieve, entre los cristales rotos. Vio cómo la mujer se liberaba del abrazo de Marston con sorprendente facilidad y lo derribaba con tal fuerza que él no podía levantarse. Entonces ella apoyó una de sus enguantadas manitas en el pecho de Davey y lo hizo retroceder varios pasos. El lacayo de Norrell, el que había abierto la portezuela del coche, la golpeó, pero ella, sin parpadear siquiera, le colocó una mano en la cara con la mayor suavidad, o eso parecía, y el hombre cayó al suelo. A Lucas, simplemente, lo golpeó con la pistola.

Childermass apenas se daba cuenta de lo que ocurría. Se incorporó pesadamente y dio media docena de pasos vacilantes, sin saber bien si pisaba los adoquines de Hanover Square o un viejo camino de Tierra de Duendes. Norrell miraba a la dama, mudo y paralizado de horror. Childermass extendió las manos hacia ella, en ademán conciliador.

—Señora... —empezó.

La mujer ni lo miró.

Lo aturdían los blancos copos que bailaban en el aire. Por más que se esforzaba, no conseguía afianzarse en la plaza. Aquel paraje tenebroso lo reclamaba. Iban a matar al señor Norrell y él nada podría hacer para impedirlo.

Entonces sucedió algo muy extraño.

Algo muy extraño: Hanover Square desapareció. Y con ella el señor Norrell, Lucas y todos los demás.

Pero la dama seguía allí.

Se hallaba frente a él, en el viejo camino, bajo el cielo poblado de remolinos de pájaros negros. Levantó la pistola y, desde Tierra de Duendes,

apuntó al interior de Inglaterra, al corazón del señor Norrell.

—Señora —dijo Childermass otra vez.

Ella lo miró con un furor gélido. No había en este mundo algo que él pudiera decir para detenerla. Ni en este mundo ni en otro. Así que hizo lo único que se le ocurrió: aferrar el cañón de la pistola.

Se oyó un disparo, un sonido intolerable.

La violencia del ruido lo proyectó de vuelta a Inglaterra, o así lo supuso él.

De pronto, se encontró en el suelo de Hanover Square, con la espalda apoyada en el estribo del coche. Se preguntó dónde estaría Norrell y si seguiría con vida. Supuso que debía ir a averiguarlo, pero entonces descubrió que no le importaba, y se quedó donde estaba.

Hasta que llegó un médico no comprendió que, en efecto, la mujer había herido a alguien y que ese alguien era él.

El resto de aquel día y la mayor parte del siguiente los pasó sumido en una vorágine de dolores y de sueños inducidos por el láudano. Unas veces se creía en el viejo camino, bajo el cielo que le hablaba, pero entonces oía a Lucas parlotando de damajuanas y cubos de carbón. Cruzaba el cielo una cuerda floja por la que caminaba mucha gente. Entre la gente estaban Strange y también Norrell, los dos con montones de libros en las manos. Y John Murray, el editor, Vinculus, y otros muchos. A veces, el dolor del hombro escapaba de su cuerpo, corría por la habitación y se escondía. Cuando ocurría eso, a él le parecía que su dolor se había convertido en un animalito. Nadie sabía que estaba allí. Creía que debía decirlo, para que pudieran echarlo. Lo había visto un momento: tenía el pelaje color de fuego, más brillante que el de un zorro.

La tarde del segundo día, Childermass estaba en la cama, con las ideas más claras de quién era, dónde se encontraba y qué había ocurrido. A eso de las siete, entró en la habitación Lucas con una silla del comedor, que colocó al lado del lecho. Al cabo de un momento, llegó Norrell y se sentó en la silla.

Por un instante se quedó con la mirada fija en la colcha, con expresión de ansiedad. Luego, murmuró una pregunta.

Childermass no la entendió, pero supuso que le preguntaba cómo se encontraba, y empezó a decir que seguramente en un par de días estaría mucho mejor.

Norrell lo interrumpió repitiendo su pregunta, ahora más secamente:

—¿Por qué hiciste el *Scopus* de Belasis?

—¿Cómo?

—Lucas me dijo que hiciste magia. Le pedí que me la describiera y, naturalmente, reconocí el *Scopus* de Belasis¹. —Lo miró con suspicacia—. ¿Por qué? Y, lo que es más, ¿dónde diablos lo aprendiste? ¿Cómo voy a realizar mi trabajo si se me traiciona de este modo sin cesar? Me sorprende haber conseguido algo, estando como estoy

rodeado de criados que aprenden conjuros a mis espaldas y de discípulos que echan por tierra todo lo que he logrado levantar.

Childermass miraba a su señor con exasperación.

—Ese hechizo me lo enseñó usted mismo.

—¿Yo? —exclamó Norrell con una voz dos octavas más aguda de lo normal.

—Fue antes de que viniéramos a Londres, cuando usted no salía de su biblioteca de Hurtfew y yo viajaba por todo el país comprando libros raros. Usted me enseñó el hechizo por si me tropezaba con alguien que afirmara ser un mago práctico. Usted temía que existiera otro mago que pudiese...

—Sí, sí —dijo con impaciencia—. Ya lo recuerdo. Pero eso no justifica que ayer por la mañana estuvieras practicándolo en la plaza.

—Es que había magia por todas partes.

—Lucas no notó nada.

—No forma parte de los deberes de Lucas el saber cuándo se está practicando magia. Eso me incumbe a mí. Fue lo más extraño que he sentido en mi vida. Continuamente me veía en otro lugar. Creo que por un momento estuve de verdad en peligro. No puedo adivinar qué lugar era aquél. Tenía características extrañas, que ahora le describiré, pero no era Inglaterra, desde luego. Creo que era *Tierra de Duendes*. ¿Qué clase de magia es la que produce un efecto semejante? ¿Y de dónde provenía? ¿Es posible que aquella mujer fuera maga?

—¿Qué mujer?

—La que me hirió.

Norrell profirió un leve sonido de irritación.

—La bala debió de afectarte más de lo que yo suponía —dijo despectivamente—. ¿Crees que si hubiera sido una gran maga, habrías podido frustrar sus intenciones con tanta facilidad? En la plaza no había magos. Y si alguno había, no era ella.

—¿Por qué no? ¿Quién es?

Norrell no respondió enseguida. Al fin dijo:

—Es la esposa de sir Walter Pole. La mujer a la que devolví la vida.

—Vaya, me sorprende —dijo Childermass tras un breve silencio—. Se me ocurren varias personas que podrían tener razones para apuntarle al corazón con una pistola, pero no comprendo por qué esa mujer habría de ser una de ellas.

—Dicen que está loca. Se escapó de su casa y vino a matarme, lo cual convendrías conmigo en que demuestra lo loca que está. —Desvió sus ojillos azules—. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que me debe la vida.

Childermass apenas lo escuchaba.

—¿Y de dónde sacó la pistola? Sir Walter es una persona sensata. Cuesta creer que pueda dejar armas de fuego al alcance de su mujer.

—Era una pistola de duelo, de un par que él posee. Se guardan en un estuche

cerrado con llave, en un cajón cerrado con llave de su estudio particular. Sir Walter dice que, hasta ayer, hubiera jurado que ella nada sabía de las pistolas. Cómo pudo hacerse con la llave, con las dos llaves, es un misterio.

—Pues a mí no me lo parece. Las esposas, incluso las que están locas, tienen medios para sacar al marido todo cuanto desean saber.

—Pero las llaves no las tenía sir Walter. Eso es lo más extraño. Esas pistolas son las únicas armas de fuego que hay en la casa. Él, como es natural, se preocupa por la seguridad de su esposa y de sus bienes, ya que debe ausentarse de su hogar con frecuencia. Las llaves estaban en poder del mayordomo, ese negro alto, supongo que ya sabes a quién me refiero. Sir Walter no comprende cómo pudo cometer semejante equivocación. Dice que es la persona más sensata y competente del mundo. Claro que uno nunca sabe lo que piensan los criados —prosiguió despreocupadamente, olvidando que estaba hablando con uno—, aunque no creo que ese hombre pueda alimentar resquemores hacia mi persona. No le he dicho ni tres palabras en toda mi vida. Desde luego, podría acusar a lady Pole de haber tratado de matarme. Ayer estaba decidido a hacerlo. Pero varias personas me han hecho comprender que debo cierta consideración a sir Walter. Eso dicen tanto lord Liverpool como el señor Lascelles, y creo que tienen razón. Sir Walter siempre ha protegido la magia inglesa. No quiero darle motivos para lamentar haberme apoyado. Él me ha jurado solemnemente que recluirá a su esposa en el campo, donde nadie pueda verla ni ella pueda ver a nadie.

Norrell no se molestó en pedir el parecer de Childermass al respecto. A pesar de la circunstancia de que era éste el que estaba en la cama, postrado por los dolores y la pérdida de sangre, y que los daños sufridos por el mago se reducían a un poco de jaqueca y un corte en un dedo, Norrell se consideraba el más perjudicado de los dos.

—¿Y de quién partía la magia? —preguntó Childermass.

—De mí, por supuesto. ¿De quién si no? Era la magia que utilicé para hacerla revivir. Eso percibías tú y eso revelaba el Scopus de Belasis. Entonces yo empezaba mi carrera y quizá incurrí en anomalías que le imprimieron un efecto extraño...

—¿Un efecto extraño? —graznó Childermass. Tuvo un acceso de tos, y cuando recobró el aliento, dijo—: En todo momento estuve en peligro de ser transportado a un reino en el que todo exudaba magia. ¡El cielo me hablaba! ¡Todo me hablaba! ¿Cómo podía ser eso?

Norrell arqueó una ceja.

—No lo sé. Quizá estabas borracho.

—¿Alguna vez me ha visto borracho en el desempeño de mis obligaciones? —replicó el otro fríamente.

El mago se encogió de hombros, poniéndose a la defensiva.

—No tengo ni la menor idea de lo que haces. Me parece que, desde el momento

en que entraste en mi casa, no has obedecido más ley que la tuya.

—Pero no es tan extraña la idea, contemplada a la luz de la antigua magia inglesa —insistió Childermass—. ¿No me ha dicho usted muchas veces que los *aureates* consideraban los árboles, las montañas, los ríos, etcétera, criaturas vivientes con pensamientos, recuerdos y deseos propios? Ellos creían que el mundo entero obraba su propia magia habitualmente.

—Algunos lo creían así. Es una convicción que les transmitieron sus sirvientes duendes, que atribuían parte de su extraordinaria magia a su capacidad para hablar con los árboles, los ríos y demás, y trabar amistad y pactar alianzas con ellos. Pero no hay razón para pensar que estuvieran en lo cierto. Mi propia magia no se basa en ideas tan insensatas.

—El cielo me hablaba. Si lo que vi era cierto, entonces... —Dejó la frase sin terminar.

—¿Entonces qué? —preguntó Norrell.

En su estado de debilidad, Childermass había pensado en voz alta. Iba a decir que si lo que había visto era cierto, todo lo que Strange y Norrell habían hecho hasta entonces era un juego de niños, y la magia era algo mucho más fuerte y terrible que lo que ellos imaginaban. Strange y Norrell se habían limitado a lanzar flechas de papel en un salón, mientras la verdadera magia volaba con grandes alas en el cielo infinito, haciendo piruetas muy por encima de ellos.

Pero entonces comprendió que Norrell difícilmente aplaudiría tales ideas, y no dijo nada.

No obstante, el mago le adivinó el pensamiento.

—¡Oh! —exclamó con súbito ardor—. Muy bien. Conque ésas tenemos, ¿eh? ¡Pues te aconsejo que te unas inmediatamente a Strange, Murray y demás traidores! ¡Verás como sus ideas concuerdan mucho mejor con tu criterio actual! Seguro que se alegrarán de tenerte en su bando. ¡Y tú podrás revelarles todos mis secretos! Seguro que te los pagarán bien. Yo estaré en la ruina y...

—Cálmese, señor. No tengo intención de cambiar de empleo. Usted será mi último amo.

Siguió otro breve silencio, que quizá dio a Norrell tiempo de reflexionar sobre la incongruencia de pelearse con el hombre que la víspera le había salvado la vida. Con tono más mesurado, dijo:

—Supongo que aún no lo sabes. La esposa de Strange ha muerto.

—¿Qué?

—Ha muerto. Me lo ha dicho sir Walter. Al parecer, salió a caminar por la nieve. Una imprudencia. Murió a los dos días.

Childermass se había quedado helado. De pronto sintió que aquel triste paraje estaba muy cerca, bajo la piel de Inglaterra. Casi le parecía encontrarse otra vez en el

viejo camino...

... y Arabella Strange estaba en el camino, delante de él. La veía de espaldas, caminando sola por la tierra fría y gris, bajo el cielo que hablaba de magia...

—Me han dicho que lady Pole está muy afectada por la muerte de la señora Strange —prosiguió Norrell, ajeno a la repentina palidez y la fatigosa respiración de Childermass—. Su aflicción es desmesurada. Por lo visto, eran amigas. Yo no lo sabía. De haberlo sabido tal vez hubiera podido... —Su expresión se contrajo con emoción reprimida—. Pero ahora ya nada importa... Una está loca y la otra está muerta. Por lo que sir Walter ha podido deducir, parece que lady Pole me considera culpable en cierto modo de la muerte de la señora Strange. —Hizo una pausa y agregó, como si pudiera haber alguna duda— Lo cual es un disparate, por supuesto.

En ese momento entraron en la habitación los dos eminentes médicos a los que Norrell había encargado los cuidados de Childermass. Los recién llegados se sintieron sorprendidos al encontrar al mago en la habitación. Sorprendidos y encantados. Sus sonrisas y reverencias indicaban que esa visita al criado les parecía una muestra de la magnanimidad del gran hombre. Dijeron que en pocas casas habían visto al señor mostrándose tan solícito por la salud de sus servidores, o a éstos tan vinculados a su señor por lazos no tanto de deber como de respeto y afecto.

Norrell no era menos sensible a los halagos que la mayoría de los mortales y empezó a pensar que quizá estuviera haciendo algo extraordinariamente virtuoso. Extendió la mano con intención de dar unas palmadas amistosas y condescendientes en la del herido. Pero al tropezarse con la fría mirada de Childermass, desistió, carraspeó y salió de la habitación.

Childermass lo siguió con la vista.

«Todos los magos mienten y éste, más que la mayoría», había dicho Vinculus.

47. «Un chico negro y un tipo azul... algo querrá decir eso» (Finales de enero de 1816)

EL coche de sir Walter Pole avanzaba por un solitario camino de Yorkshire. Stephen Black cabalgaba junto a él, montado en una yegua blanca.

A los lados se extendían los páramos cárdenos que iban al encuentro de un cielo oscuro, cargado de nieve. Grises peñascos de formas torturadas, esparcidos aquí y allá, acentuaban el carácter agreste e inhóspito del paisaje. De vez en cuando, un oblicuo rayo de sol perforaba las nubes un momento, iluminando un arroyo blanco o convirtiendo un charco en refulgente moneda de plata.

Llegaron a un cruce. El cochero tiró de las riendas y miró hoscamente el lugar en que, según él, debía estar el poste indicador.

—No hay piedras miliarias —dijo Stephen—, nada que indique adónde llevan estos caminos.

—Suponiendo que lleven a alguna parte —replicó el cochero—, cosa que empiezo a dudar. —Sacó del bolsillo una caja de rapé e inhaló un buen pellizco.

El lacayo que iba sentado al lado del cochero (y que era, de los tres, el que más frío tenía y de peor humor estaba) maldijo Yorkshire, con todos sus habitantes y caminos.

—Supongo que deberíamos ir hacia el norte o el nordeste —dijo Stephen—. Pero en este páramo me he desorientado un poco. ¿Tienes idea de dónde queda el norte?

El cochero, a quien iba dirigida la pregunta, respondió que todas las direcciones le parecían muy del norte.

El lacayo soltó una carcajada breve y áspera.

Al comprender que sus compañeros de viaje no iban a servir de ayuda, Stephen hizo lo que solía hacer en tales circunstancias: asumir toda la responsabilidad. Le dijo al cochero que tomara un sendero y que él tomaría el otro.

—Si acierto, volveré a buscaros o enviaré a un mensajero. Si el vuestro es el bueno, seguid adelante y no os preocupéis por mí.

Stephen avanzó mirando dubitativamente las sendas que encontraba. Se cruzó con otro jinete, que también era forastero y no había oído hablar del lugar por el que le preguntó.

Llegó a un camino que serpenteaba entre dos muros construidos con piedra seca, sin mortero, como es costumbre en aquella parte de Inglaterra. Torció por allí. A cada lado, seguía el curso del muro una hilera de desnudos árboles. Cuando caían los primeros copos de nieve, Stephen atravesó un estrecho puente para caballerías y entró en un pueblo de toscas casas de piedra y muros en ruinas. Todo era quietud y silencio. Como sólo había un puñado de edificios, encontró pronto el que buscaba. Era bajo y

largo y tenía un patio delante. Stephen contempló con desagrado los tejados bajos, las ventanas anticuadas y las paredes cubiertas de musgo.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

Arreciaba la nevada. De un lado de la casa salieron dos criados que se acercaron corriendo. Vestían con pulcritud, pero su expresión de nerviosismo y su aire desmañado provocaron en Stephen un gesto de disgusto y el deseo de encargarse de su enseñanza.

Ellos se quedaron atónitos al ver en su patio a un negro montado en una yegua blanca como la nieve. El más valiente hizo una especie de media reverencia.

—¿Starecross Hall? —preguntó Stephen.

—Sí, señor —dijo el criado valiente.

—Vengo de parte de sir Walter Pole. Avisa a tu señor.

El hombre corrió hacia la casa. Al cabo de un momento, se abrió la puerta principal y apareció un individuo delgado y moreno.

—¿Es el encargado del manicomio? —preguntó Stephen—. ¿Es usted John Segundus?

—¡En efecto! ¡Sea bienvenido!

El negro se apeó y arrojó las riendas al criado.

—Este lugar es endiabladamente difícil de encontrar. Hace una hora que andamos por este páramo infernal. ¿Podría enviar a un hombre para que guíe al coche de milady? Han tomado el camino de la izquierda en el cruce que hay a dos millas de aquí.

—Ahora mismo. Lamento que hayan tenido dificultades. Como puede ver, la casa está muy apartada, pero ésa es una de las razones por las que a sir Walter le pareció apropiada. Milady se encuentra bien, espero.

—Muy fatigada por el viaje.

—Todo está dispuesto para recibirla. Por lo menos... —Segundus abrió la marcha hacia el interior—. Comprendo que esto ha de ser muy distinto de aquello a lo que ella está acostumbrada.

Al extremo de un corto pasillo había una habitación que ofrecía un agradable contraste con los tristes y sombríos contornos. Era confortable y acogedora, provista de cuadros, bonitos muebles, alfombras mullidas y lámparas que despedían una luz cálida. Había reposapiés para aliviar la fatiga de milady, biombos para protegerla de la corriente de aire y libros para distraerla, si deseaba dedicarse a la lectura.

—¿No le parece bien? —preguntó Segundus—. Por su expresión veo que no le agrada demasiado.

Stephen abrió la boca para decirle que lo que veía él era muy diferente. Veía lo que vería milady cuando entrara en la habitación. Las sillas, los cuadros y las lámparas eran ilusorios. Detrás estaban las formas mucho más firmes y sólidas de los

salones y escaleras grises y desoladas de *Desesperanza*.

Pero de nada serviría tratar de explicar eso. Las palabras cambiarían a medida que salieran de su boca, convirtiéndose en disparatadas divagaciones sobre una cerveza fermentada con el rencor y el ansia de venganza, o muchachas cuyas lágrimas se convertían en ópalos y perlas cuando la luna estaba en cuarto creciente, y las huellas de cuyos pasos se llenaban de sangre en cuarto menguante. Así pues, se limitó a decir:

—No, no. Me parece bien. Milady no necesita más.

A muchas personas esta respuesta hubiera podido parecer fría, sobre todo, si habían trabajado tanto como Segundus, pero éste no hizo comentario alguno.

—¿Así que milady es la dama a la que el señor Norrell resucitó?

—Así es.

—¿El acto en que se basa todo el resurgimiento de la magia inglesa?

—Así es.

—Y no obstante quería matarlo. Es un caso extraño. ¡Muy extraño!

Stephen no dijo nada. A su modo de ver, el encargado del manicomio no era quién para meditar sobre la cuestión, y, por mucho que meditara, no era probable que acertase con la verdad. A fin de desviar la atención de lady Pole y su supuesto crimen, dijo:

—Sir Walter eligió personalmente este establecimiento. No sé a quién pidió consejo. ¿Hace tiempo que usted lo dirige?

Segundus respondió sonriendo:

—Muy poco tiempo. Unas dos semanas tan sólo. Lady Pole es la primera persona confiada a mis cuidados.

—¿Ah sí?

—Creo que sir Walter considera que mi falta de experiencia es una ventaja. Otros caballeros de la profesión están acostumbrados a ejercer autoridad e imponer limitaciones a las personas que tienen a su cargo, algo que sir Walter desea evitarle a su esposa. Yo no tengo que desprenderme de tales hábitos. En esta casa, milady no encontrará sino amabilidad y respeto. Y, salvo por las pequeñas precauciones que dicta el sentido común, como la de mantener pistolas y cuchillos fuera de su alcance, será tratada como una invitada, y todos procuraremos que se sienta feliz.

Stephen inclinó la cabeza en señal de aprobación y luego preguntó:

—¿Cómo llegó usted hasta aquí?

—¿A la casa?

—No; a regentar un manicomio.

—Pues por casualidad. En septiembre tuve la gran fortuna de conocer a la señora Lennox, una dama que se ha convertido en mi benefactora. La casa es de su propiedad. Hacía años que buscaba en vano un buen arrendatario. Me tomó aprecio y,

movida por el deseo de ayudarme, decidió fundar un negocio y ponerme al frente. Nuestro primer proyecto fue una escuela de magos, pero...

—¡Magos! —exclamó Stephen, sorprendido—. ¿Qué tiene usted que ver con los magos?

—Yo soy mago. Lo he sido toda la vida.

—¿De veras?

Stephen pareció escandalizado por la noticia y Segundus sintió el impulso de ofrecerle disculpas, aunque no comprendía qué disculpas debía ofrecer por ser mago, y prosiguió:

—Pero el señor Norrell no aprobaba nuestros planes para la escuela y envió a Childermass a disuadirme. ¿Conoce a John Childermass, señor?

—De vista —respondió Stephen—. Nunca he hablado con él.

—Al principio, la señora Lennox y yo teníamos intención de combatirlo, al señor Norrell quiero decir, no a Childermass. Escribí al señor Strange, pero mi carta llegó la mañana del día en que su esposa había desaparecido y, como usted ha de saber, la pobre señora murió a los pocos días.

Por un momento pareció que Stephen iba a decir algo, pero sólo meneó la cabeza, y el señor Segundus continuó:

—Entonces comprendí que, sin la ayuda del señor Strange, no podríamos llevar adelante el proyecto. Fui a Bath a informar a la señora Lennox. Ella, toda amabilidad, me dijo que pronto encontraríamos otro plan. Le confieso que salí de su casa muy desanimado. No había dado muchos pasos cuando vi una escena extraña. En medio de la calle había una figura cubierta de harapos negros. Tenía los ojos inyectados en sangre y vacíos de toda razón y esperanza. Gesticulaba para ahuyentar a los fantasmas que lo asaltaban y les suplicaba a gritos que tuvieran piedad. ¡Pobre desdichado! Los enfermos del cuerpo pueden hallar alivio en el sueño, pero instintivamente comprendí que aquel hombre, no podría librarse de sus demonios ni mientras dormía. Le puse en la mano unas monedas y seguí andando. No creo que pensara en él durante el viaje de regreso, pero al cruzar el umbral de esta casa me ocurrió algo extraño. Tuve lo que creo puedo llamar una visión. Vi al loco desvariando en el vestíbulo, como lo había visto en Bath, y entonces comprendí que esta mansión, tan tranquila y apartada, podía ser buen lugar de acogida para enfermos de la mente. Escribí a la señora Lennox y ella aprobó mi nuevo plan. Dice usted que no sabe quién me recomendó a sir Walter. Fue Childermass, que había prometido ayudarme en todo lo posible.

—Sería conveniente, señor, que evitara toda mención de su profesión y de la escuela, por lo menos al principio. No hay en el mundo, ni en éste ni en cualquier otro, algo que más pudiera afligir a milady que encontrarse a merced de otro mago.

—¡A merced! —se asombró Segundus—. ¡Menuda expresión! Confío

sinceramente en que nadie llegue a considerarse nunca a mi merced. ¡Y menos esa señora!

Stephen lo miraba.

—Estoy seguro de que usted es un mago muy diferente del señor Norrell.

—Eso espero —dijo Segundus con gravedad.

Una hora después, se oyó un pequeño revuelo en el patio. Stephen y Segundus salieron a recibir a milady. El carruaje no había podido cruzar el puente de caballerías y lady Pole había tenido que hacer a pie las últimas cincuenta yardas del viaje. Entró en el patio de Starecross Hall dando muestras de agitación, mientras recorría con la mirada aquel escenario nevado y triste, y Stephen pensó que muy cruel tenía que ser una persona para, al verla tan joven, tan hermosa y tan afligida, no desear ofrecerle toda la protección de que fuera capaz. Interiormente, maldijo a Norrell.

Al acercarse a ella, Segundus tuvo un sobresalto y le miró la mano izquierda, pero la cubría el guante. Enseguida se sobrepuso y le dio la bienvenida a Starecross Hall.

Stephen les sirvió el té en el saloncito.

—Me han dicho que milady está muy apenada por la muerte de la señora Strange —dijo Segundus—. ¿Me permite que le presente mis condolencias?

Ella volvió la cara para ocultar las lágrimas.

—Más justo sería presentárselas a ella, no a mí. Mi marido me propuso escribir al señor Strange para pedirle prestado un retrato de su esposa, a fin de encargarse una copia que me sirviera de consuelo. Como si eso pudiese hacerme algún bien. Al fin y al cabo, no es fácil que olvide su cara, cuando ella y yo asistimos a los mismos bailes y procesiones noche tras noche, y seguiremos asistiendo durante el resto de nuestra vida. Supongo que Stephen lo sabe. Stephen lo comprende.

—Claro que sí —dijo Segundus—. Milady siente horror al baile y la música, ya lo sé. Puede estar segura de que aquí no estarán permitidos. Aquí no habrá nada que no sea alegría, nada que no contribuya a su felicidad. —Le habló de los libros que podrían leer juntos y de los paseos que podrían dar en primavera, si ella quería.

A Stephen, ocupado con el servicio del té, aquélla le parecía la más inocua de las charlas, pero en una o dos ocasiones observó cómo la mirada de Segundus iba de milady a él y otra vez a milady, con una agudeza que le causó inquietud.

El coche, el cochero, la doncella y el lacayo permanecerían en Starecross Hall con lady Pole. Stephen, por el contrario, debía regresar a Harley Street. A primera hora de la mañana siguiente, mientras milady desayunaba, entró a despedirse.

Cuando él se inclinó, ella rió entre melancólica y divertida.

—Es ridículo despedirse, cuando ambos sabemos que dentro de unas horas volveremos a vernos. No te preocupes por mí, Stephen. Aquí estaré mejor, lo presiento.

Stephen salió al patio de los establos, donde lo esperaba su yegua. Estaba

poniéndose los guantes cuando a su espalda sonó una voz.

—¡Le ruego me perdone!

Era Secundus, tan dubitativo y modesto como siempre.

—¿Me permite una pregunta? ¿Cuál es la magia que los rodea a usted y a milady?

—Levantó una mano, como si quisiera rozar la cara de Stephen con la yema de los dedos—. Los dos tienen en los labios una rosa blanca y roja. ¿Qué significa?

Stephen se llevó la mano a la boca. No había nada. Pero de pronto lo asaltó la disparatada idea de contárselo todo al señor Secundus, su encantamiento y el de las dos mujeres. Tenía la impresión de que él lo comprendería, de que podía ser un mago extraordinario, mucho más grande que Strange y Norrell, que encontraría la manera de burlar al caballero del pelo como el vilano del cardo. Pero fueron ideas fugaces. Enseguida se impuso la innata desconfianza de Stephen hacia los ingleses en general, y los magos ingleses en particular.

—No sé a qué se refiere —dijo rápidamente. Montó y se alejó sin añadir ni una palabra.

Aquel día los caminos se encontraban peor que nunca. El barro, surcado de profundas roderas, estaba helado y duro como el hierro. La escarcha y la fría neblina que cubrían los campos acentuaban la desolación del paisaje.

La yegua de Stephen, uno de los innumerables regalos del caballero, era blanca como la nieve, sin un solo pelo negro en todo el cuerpo. Era, además, fuerte y veloz, y tan fiel a Stephen como pueda serlo un caballo a un hombre. Él le había puesto el nombre de Firenze, y dudaba de que ni el mismo príncipe regente ni el duque de Wellington poseyeran mejor cabalgadura. Una de las particularidades de su extraña vida encantada era que, allá donde fuese, a nadie parecía sorprender que un criado negro poseyera el mejor caballo del reino.

A unas veinte millas al sur de Starecross Hall, llegó a un pequeño pueblo. El camino describía un pronunciado recodo entre el jardín de una elegante mansión y una hilera de establos ruinosos. En el momento en que Stephen pasaba por delante de la entrada de la casa, por la curva apareció bruscamente un carruaje que casi chocó con él. El cochero volvió la cabeza para ver qué había espantado a sus caballos, obligándolo a tirar de las riendas. Al ver que no era más que un negro, le lanzó un trallazo. El cuero no tocó a Stephen, pero alcanzó a Firenze encima del ojo derecho. Dolorida y asustada, la yegua se encabritó y cayó de espaldas en el camino helado.

Pareció que todo se derrumbaba. Cuando pudo darse cuenta de lo que ocurría, Stephen se encontró en el suelo. Firenze se había desplomado. Él había salido despedido, pero aún tenía el pie izquierdo enganchado en el estribo y la pierna retorcida de un modo alarmante, como si estuviera rota. Liberó el pie y se quedó sentado en el suelo, mareado y aturdido. Algo líquido le resbalaba por la cara y vio que tenía desolladuras en las manos. Probó a incorporarse y descubrió con alivio que

podía tenerse en pie; la pierna estaba magullada pero no rota.

Firenze yacía en tierra, resollando y girando los ojos frenéticamente. Stephen se preguntó por qué no trataba de levantarse o, por lo menos, pateaba. Un temblor le estremecía todo el cuerpo, pero ella no hacía movimiento alguno. Tenía las patas rígidas y separadas. Entonces lo comprendió: no podía moverse porque se había partido el espinazo.

Stephen miró hacia la mansión, con la esperanza de que alguien saliera a ayudarlo. En una ventana apareció una mujer. Él tuvo una visión fugaz de ropa elegante y expresión de fría altivez. Tan pronto la mujer se hubo cerciorado de que el accidente no había causado daño a nadie ni a nada que fuera suyo, se retiró, y Stephen no volvió a verla.

Se arrodilló al lado de Firenze y le acarició la cabeza y el omóplato. De una alforja sacó una pistola, un frasco de pólvora, una baqueta y un cartucho. Cargó y cebó la pistola. Se puso en pie y amartilló el arma.

Pero no pudo pasar de ahí. Había sido una leal amiga: no se sentía capaz de matarla. Iba a rendirse, desesperado, cuando en el camino se oyó un traqueteo y por el recodo apareció un carro tirado por un caballo grande, desgarbado y plácido. Era el carro de un recadero. Lo guiaba un hombre con figura de tonel y cara redonda y abotargada, vestido con una chaqueta muy vieja. Al ver a Stephen, tiró de las riendas.

—Eh, chico, ¿qué hay?

Stephen señaló a Firenze con la pistola.

El hombre bajó del carro y se acercó.

—Bonito animal —dijo en tono afable. Le dio a Stephen una palmada en el hombro, acompañada de un suspiro de conmiseración que olía a col—. Pero de nada le sirve eso ahora.

Sus ojos fueron de la cara de Stephen a la pistola. Alargó la mano y, suavemente, levantó el cañón, dirigiéndolo a la temblorosa cabeza de Firenze. Como Stephen no disparaba, preguntó:

—¿Quieres que lo haga por ti, chico?

Stephen asintió.

El hombre tomó la pistola. Stephen desvió la mirada. Sonó un disparo, un sonido horrible, seguido de una algarabía de graznidos y aleteos cuando todos los pájaros de alrededor alzaron el vuelo al mismo tiempo. Stephen se giró. Firenze se convulsionó y quedó inerte.

—Gracias —le dijo al carretero.

Oyó alejarse al hombre y pensó que se iba, pero el otro regresó enseguida y, con otra palmada, le tendió una botella negra.

Stephen bebió un trago. Era una ginebra áspera que lo hizo toser.

A pesar de que con lo que valía la ropa y las botas de Stephen se hubieran podido

comprar dos carros y dos caballos como los del carretero, el hombre adoptó el aire de jovial superioridad con que los blancos suelen tratar a los negros. Tras un momento de reflexión, le dijo que lo primero era deshacerse del animal.

—Viva o muerta, tiene su valor. A tu amo no le hará gracia que otro se quede con la yegua y el dinero.

—No era de mi amo. La yegua era mía.

—¡Vaya! ¡Qué me cuentas!

Un cuervo se posó en el blanco costado de Firenze.

—¡No! —gritó Stephen, y fue a ahuyentarlo.

Pero el carretero lo detuvo.

—¡Quieto, chico! ¡Quieto! Eso trae suerte. ¡No recuerdo cuándo fue la última vez que vi tan buena señal!

—¡Suerte! ¿Qué dice?

—Es la señal del viejo Rey, ¿no? Un cuervo sobre algo blanco. ¡El estandarte del viejo John!⁴

Le dijo que él conocía por aquellos parajes a alguien que, a cambio de cierta cantidad, lo ayudaría a deshacerse de Firenze. Stephen subió al carro y el hombre lo llevó a una granja.

El granjero, que nunca había visto a un negro, se quedó atónito al encontrar en su patio a tan exótica criatura. A pesar de la evidencia, no podía creer que Stephen hablara su misma lengua. El carretero, que comprendía el desconcierto del hombre, se mantenía al lado de Stephen e iba repitiendo amablemente todo lo que éste decía, a fin de que fuese más comprensible. Pero de nada servía. El granjero no se enteraba y seguía mirando a Stephen sin pestañear mientras hacía comentarios a uno de sus empleados, tan estupefacto como él.

El hombre se interrogaba sobre si la piel se desteñiría cuando Stephen tocara algún objeto y hacía otras especulaciones de carácter aún más impertinente y desagradable. Las meticulosas instrucciones de Stephen para la retirada del cadáver de Firenze cayeron en oídos sordos hasta que la esposa del granjero regresó del mercado. Ella era una persona muy diferente, para la que un hombre bien vestido y dueño de un caballo valioso (aunque estuviese muerto) era un caballero, cualquiera fuese su color. Le habló a Stephen de un vendedor de comida para gatos que se llevaba los caballos muertos de la granja, el cual se haría cargo del animal, distribuiría la carne y vendería los huesos y los cascos para la elaboración de cola. Le dijo lo que pagaría el hombre y le prometió encargarse de todo a cambio de una tercera parte del dinero. Stephen accedió.

Él y el carretero salieron de la granja al camino.

—Gracias —dijo Stephen—. Sin su ayuda, habría sido todo mucho más difícil. Le pagaré por las molestias, desde luego, pero aún he de pedirle otro favor. No tengo

medio de llegar a casa. Le agradecería que me llevara hasta la posta más cercana.

—¡No! Guarda la bolsa, chico. Te llevaré a Doncaster y no te costará nada.

Stephen hubiera preferido quedarse en la posta, pero el carretero parecía tan contento de haber encontrado compañía que no quiso desairarlo.

El carro avanzaba hacia Doncaster por etapas, viajando por sendas poco transitadas y llegando a las posadas y los pueblos desde direcciones insospechadas, como si pretendiera pillarlos por sorpresa. Entregaban aquí una cama y allí un pastel de frutas, y recogían toda clase de paquetes de extraña forma. Pararon delante de una casita aislada en medio de un bosque y rodeada de un seto desnudo. Allí recibieron de manos de una anciana criada una frágil jaula pintada de negro que contenía un canario diminuto. El carretero informó a Stephen de que el pajarito era de una anciana que había muerto y debía ser entregado a una sobrina nieta que vivía al sur de Selby.

Poco después de que la jaula del canario quedara colgada de la trasera del carro, Stephen tuvo un sobresalto al oír unos ronquidos atronadores que partían de aquel mismo sitio. Parecía imposible que un pájaro tan pequeño produjera semejante ruido, y dedujo que en el vehículo debía de haber otra persona, alguien a quien aún no tenía el gusto de conocer.

El carretero sacó de una cesta un gran pastel de cerdo y un trozo de queso. Con un enorme cuchillo cortó un pedazo de pastel y cuando parecía que iba a ofrecérselo a Stephen, lo asaltó una duda.

—¿Los negros comen lo mismo que nosotros? —preguntó, como si pensara que podían comer hierba o rayos de luna.

—Sí —dijo Stephen. El hombre le dio el trozo de pastel y una loncha de queso—. Gracias. ¿No querrá algo su otro pasajero?

—Quizá. Cuando despierte. Lo he recogido en Ripon. El hombre no tenía dinero. He pensado que así tendría con quien hablar. Al principio hablaba mucho, pero en Boroughbridge se ha dormido y desde entonces no hace otra cosa.

—Qué desconsiderado.

—No me importa. Ahora te tengo a ti.

—Sí que debe de estar cansado —reflexionó Stephen—. No lo ha despertado el disparo que ha acabado con mi yegua, ni la visita al granjero necio, ni la parada por la cama, ni por el canario, es decir, los acontecimientos del día. ¿Adónde va?

—¿Ése? A ningún sitio. Anda de un lado a otro. Lo persigue un hombre de Londres muy famoso, y no puede quedarse mucho tiempo en el mismo lugar, o el criado de ese sujeto podría encontrarlo.

—¡Oh, vaya!

—Es azul —observó.

—¿Azul? —dijo Stephen, desconcertado. El carretero movió la cabeza de arriba

abajo—. ¿Azul? ¿Quiere decir amoratado del frío o lleno de cardenales?

—No, chico. Tan azul es él como negro eres tú. ¡Hey! ¡Llevo en el carro a un hombre negro y a un hombre azul! Hasta ahora nadie podía decir tal cosa. Si un negro trae suerte, porque imagino que será como los gatos, un chico negro y un tipo azul, juntos, algo querrá decir eso. Pero ¿qué?

—Quizá quiera decir algo —sugirió Stephen—, pero no para usted. Quizá quiera decir algo para él. O para mí.

—No; no puede ser. Esto me pasa a mí.

Stephen pensaba en el extraño color del desconocido.

—¿Tiene alguna enfermedad? —preguntó.

—Podría ser —respondió, reacio a comprometerse.

Cuando hubieron comido, el carretero empezó a dar cabezadas y pronto se quedó dormido con las riendas en las manos. El carro siguió avanzando con serenidad por el camino, gobernado por el caballo, animal sensato y prudente.

Era un viaje fatigoso para Stephen. El triste exilio de lady Pole y la pérdida de Firenze pesaban en su ánimo. Se alegraba de poder descansar durante un rato de la conversación del carretero.

De pronto oyó hablar entre dientes, señal de que el hombre azul se despertaba. Al principio no distinguía las palabras, pero después oyó claramente:

—El esclavo sin nombre será rey de un país extraño.

Se estremeció, porque aquellas palabras le recordaban vívidamente la promesa del caballero de hacerlo rey de Inglaterra.

Oscurecía. Stephen detuvo el caballo, bajó del carro y encendió los tres viejos faroles que colgaban de él. Ya se disponía a volver a subir cuando un individuo desaliñado saltó bruscamente de la parte trasera al suelo helado y quedó frente a él.

El andrajoso lo miró a la luz de los faroles.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó con voz ronca.

—¿Adónde? —repuso Stephen.

El hombre meditó un momento y decidió repetir la pregunta con otras palabras.

—¿Dónde estamos?

—En ningún sitio. Entre un lugar llamado Ulleskelf y otro llamado Thorpe Willoughby, según creo.

Aunque el hombre había pedido esa información, no pareció recibirla con interés. Tenía la sucia camisa abierta hasta la cintura, y Stephen observó que la descripción del carretero no era exacta. Aquel hombre no era azul del modo en que él era negro. Era un tipo flaco y siniestro con cara de ave de rapiña, cuya piel, en su estado natural, habría tenido el mismo color que la de cualquier inglés, pero estaba cubierta de una extraña amalgama de líneas, volutas, puntos y círculos azules.

—¿Conoces a John Childermass, el criado del mago? —preguntó el hombre.

Stephen se sobresaltó, como le habría ocurrido a cualquier persona a quien dos desconocidos le hubieran hecho la misma pregunta en dos días sucesivos.

—Lo conozco de vista. Nunca he hablado con él.

El hombre sonrió ampliamente y guiñó un ojo.

—Hace ocho años que anda detrás de mí, y aún no me ha encontrado. He estado en Yorkshire, viendo la casa de su amo. Está en medio de un gran parque. Me hubiera gustado robar algo. Cuando estuve en su casa de Londres, me comí varios pasteles.

Era desconcertante encontrarse en presencia de un ladrón confeso, pero Stephen no podía evitar sentir cierta simpatía hacia un hombre que deseara robar al mago. Al fin y al cabo, de no ser por Norrell, lady Pole y él no habrían caído bajo el encantamiento. Sacó del bolsillo dos coronas.

—¡Toma! —dijo.

—¿Y eso? —preguntó el hombre con suspicacia, pero cogiendo las monedas.

—Porque te compadezco.

—¿Por qué?

—Porque, si es cierto lo que me han dicho, no tienes casa.

El hombre volvió a sonreír y se rascó la sucia mejilla.

—Y si es cierto lo que me han dicho a mí, tú no tienes nombre.

—¿Qué?

—Yo sí tengo nombre. Me llamo Vinculus. —Agarró la mano de Stephen—. ¿Por qué te apartas de mí?

—No me aparto.

—Sí; has tratado de desasirte.

Stephen titubeó.

—Tienes marcas azules en la piel. Pueden ser señal de alguna enfermedad.

—No significa eso mi piel.

—¿Significa? No parece una palabra apropiada. Pero lo es: la piel puede significar muchas cosas. La mía significa que cualquiera puede golpearme en un lugar público sin temor a las consecuencias. Significa que a mis amigos no siempre les agrada ser vistos por la calle en mi compañía. Significa que, por muchos libros que lea y muchas lenguas que hable, nunca seré más que una curiosidad, como un cerdo que habla o un caballo que suma y resta.

—Y para mí significa todo lo contrario —dijo Vinculus con su ancha sonrisa—. Significa que serás elevado a lo más alto, Rey Sin Nombre. Significa que tu reino te aguarda y tu enemigo será destruido. Significa que la hora está próxima. «El esclavo sin nombre ceñirá corona de plata. El esclavo sin nombre será rey de un país extraño...»

Sin soltar a Stephen, recitó toda su profecía.

—Bien —concluyó—, ahora se la he dicho a los dos magos y te la he dicho a ti.

He cumplido la primera parte de mi misión.

—Pero yo no soy mago.

—Ni yo he dicho que lo seas —respondió Vinculus.

Bruscamente, soltó la mano de Stephen, se ciñó la raída chaqueta y, saliendo del halo luminoso de los faroles, se zambulló en la oscuridad y desapareció.

Varios días después, el caballero del pelo como el vilano del cardo manifestó el súbito deseo de asistir a una cacería de lobos, algo que, al parecer, no había hecho en varios siglos.

Casualmente, entonces se daba una batida en el sur de Suecia y, sin dilación, se transportó a sí mismo y a Stephen a aquel lugar. Stephen se encontró de pie sobre una gran rama que pertenecía a un viejo roble situado en el centro de un nevado bosque. Desde allí dominaba un pequeño claro, en el que había clavado un alto poste de madera. El poste sostenía una vieja rueda de carro sobre la que habían atado una cabra joven que balaba tristemente.

De entre los árboles salió con sigilo una familia de lobos. Tenían el pelaje salpicado de nieve y escarcha y miraban la cabra con ojos ávidos. Nada más aparecer, en el bosque se oyeron ladridos de perros y se vio a jinetes que se acercaban al galope. Una jauría se derramó por el claro; los dos perros que iban delante saltaron sobre uno de los lobos y las tres criaturas se convirtieron en un ovillo de cuerpos, patas y dientes que giraba entre gruñidos y dentelladas. Entonces llegaron los cazadores y dispararon al lobo. Los otros se escurrieron entre los oscuros árboles, perseguidos por los perros y los jinetes.

Cuando el movimiento decaía en un lugar, el caballero se trasladaba por el aire, llevándose a Stephen a donde la caza prometía más emoción. De ese modo, iban de árbol en árbol y de loma en peñasco. En una ocasión se posaron en la torre de la iglesia de un pueblo de casas de madera, con ventanas y puertas de formas caprichosas, como de cuento de hadas, y los tejados espolvoreados de nieve que relucía al sol.

Se hallaban en un lugar tranquilo del bosque, esperando la llegada de los cazadores, cuando junto a su árbol pasó un lobo. Era el más hermoso de su especie, con grandes ojos oscuros y pelaje color pizarra húmeda. Levantó la vista y se dirigió al caballero en un lenguaje que sonaba como el canto del agua sobre las piedras, el suspiro del viento entre las ramas desnudas y el chisporroteo de un fuego de hojarasca.

El caballero le contestó en la misma lengua, se echó a reír despreocupadamente y lo despidió con un ademán.

El lobo le lanzó una mirada de reproche y se alejó corriendo.

—Me ha suplicado que le salve la vida —explicó.

—¿Y no podría salvarlo, señor? No me gusta ver morir a esas nobles criaturas.

—¡Mi buen Stephen, tierno corazón! —dijo el caballero afectuosamente. Pero no salvó al lobo.

A Stephen no le divertía la cacería. Sí, los cazadores eran valientes, y sus perros fieles y bravos, pero estaba aún muy reciente la pérdida de Firenze para que la muerte de una criatura le procurase placer, y menos la de una criatura fuerte y hermosa como el lobo. Al pensar en Firenze advirtió que aún no había hablado con el caballero de su encuentro con el hombre de piel azul ni de la profecía. Se lo contó.

—¡Vaya! Es una sorpresa.

—¿Conocía la profecía, señor?

—Sí, por supuesto. La conozco bien, como todos los de mi raza. Es una profecía de... —Pronunció una palabra que Stephen no entendió²—. Vosotros lo conocéis por su nombre inglés de John Uskglass, el Rey Cuervo. Pero no entiendo cómo ha podido perdurar en Inglaterra. No creí que los ingleses siguieran interesándose por estas cosas.

—¡El esclavo sin nombre! Ese soy yo, ¿verdad, señor? ¡Y la profecía dice que seré rey!

—¡Pues claro que serás rey! Lo he dicho yo y en estas cosas nunca me equivoco. Pero, aunque mucho te estimo, Stephen, debo decirte que la profecía no se refiere a ti. En su mayor parte trata de la restauración de la magia inglesa, y lo que me has recitado no es una profecía en realidad. El Rey recuerda cómo llegó a sus tres reinos, uno en Inglaterra, otro en *Tierra de Duendes* y otro en el infierno. Al decir «esclavo sin nombre» se refiere a sí mismo. Él fue un esclavo sin nombre en *Tierra de Duendes*, el niño cristiano escondido en el *brugh*, adonde lo llevó un duende malvado que lo raptó de Inglaterra.

Stephen se sentía extrañamente decepcionado, aunque no comprendía por qué. Al fin y al cabo, él no quería ser rey de ningún sitio. Él no era inglés ni africano. No era de parte alguna. Por un momento, las palabras de Vinculus le habían dado la sensación de que formaba parte de algo, de que encajaba en un cuadro y tenía un objetivo. Pero había sido una ilusión.

48. Los grabados (Finales de febrero – marzo de 1816)

—¡Cómo ha cambiado usted! Estoy asombrado.

—¿He cambiado? Me sorprendería. Quizá esté algo más delgado, pero yo diría que nada más.

—No; es su cara, su gesto, su... Algo.

Strange sonrió, o más bien torció la boca, y sir Walter supuso que sonreía. Sir Walter no recordaba cómo era antes su sonrisa.

—Seguramente es esta ropa negra. Soy como un espantajo fúnebre que se pasea por la ciudad recordándole a la gente que tiene que morir.

Estaban en el café Bedford de Covent Garden, local que sir Walter había elegido con intención de levantar el ánimo de Strange, por ser aquél un lugar en el que habían pasado veladas muy amenas. Pero, en una noche semejante, ni el Bedford podía brindar amenidad. Fuera, un viento helado y negro zarandeaba a los viandantes y les lanzaba a los ojos una lluvia densa y negra. Dentro, unas salas llenas de malhumorados caballeros con la ropa húmeda estaban invadidas por una neblina mate e inerte que los camareros trataban de disipar echando más carbón al fuego y sirviendo más vino caliente a los caballeros.

Al entrar en la sala, sir Walter había encontrado a Strange escribiendo febrilmente en un cuadernito. Señalando el cuaderno con el mentón, preguntó:

—Así pues, ¿no ha abandonado la magia?

Strange se rió.

Sir Walter supuso que eso quería decir que no, de lo cual se alegró, ya que él sostenía que todo hombre debía tener una profesión, y creía que una ocupación útil y provechosa curaba males que otros remedios no podían curar. Sólo que no acababa de gustarle aquella risa, una exhalación bronca y amarga que nunca había oído proferir a Strange.

—Como había dicho que... —empezó.

—¡Oh, dije muchas cosas! Tenía en la cabeza muchas ideas raras. Un exceso de dolor puede producir accesos de locura tan intensos como un exceso de cualquier otra especie. A decir verdad, durante un tiempo estuve fuera de mí. A decir verdad, estaba desquiciado. Pero, como puede ver, aquello ya pasó.

Pero, a decir verdad, sir Walter no lo veía.

No era sólo que Strange hubiese cambiado. En ciertos aspectos seguía igual. Sonreía tanto como antes (aunque no con la misma sonrisa). Hablaba en el mismo tono irónico y superficial que antes (aunque daba la impresión de que casi no prestaba atención a lo que decía). Sus palabras y su cara eran las mismas que

recordaban sus amigos... con la diferencia de que el hombre que había tras ellas parecía estar representando un papel, mientras sus pensamientos y su corazón se hallaban lejos. Miraba desde detrás de su sonrisa sarcástica y nadie sabía lo que pensaba. Ahora parecía más mago que nunca. Era muy extraño, nadie acertaba a explicárselo, pero en ciertos aspectos ahora era más como Norrell.

Llevaba un anillo de luto en el anular de la mano izquierda con un cabello castaño en su interior, y sir Walter observó que no dejaba de tocarlo y hacerlo girar.

Encargaron una buena cena consistente en una tortuga, tres o cuatro bistecs, salsa de grasa de ganso, lampreas, ostras al gratén y una ensalada de remolacha, pequeña.

—Me alegro de estar aquí —dijo Strange—. Ahora que he vuelto procuraré incordiar todo lo posible. Demasiado tiempo he dejado que Norrell hiciese las cosas a su manera.

—Norrell se pone lívido cada vez que alguien menciona su libro. No hace más que preguntar a unos y otros si saben qué pone.

—¡Ah, pero el libro no es sino el principio! Además, no saldrá hasta dentro de varios meses. Vamos a sacar un nuevo periódico. Murray quiere que aparezca lo antes posible. Naturalmente, será una publicación magnífica. Se llamará *Famulus*¹ y difundirá mis propias opiniones sobre la magia.

—Que son muy distintas de las de Norrell, supongo.

—Por supuesto. Mi idea básica es examinar el tema de forma racional, sin las restricciones y limitaciones que impone Norrell. Confío en que este planteamiento abra nuevas vías de exploración. Porque, si bien se mira, ¿qué representa en realidad nuestra llamada «restauración de la magia inglesa»? ¿Qué hemos hecho Norrell y yo en realidad? Tejer ilusiones con nubes, lluvia, humo, etcétera. ¡Lo más fácil del mundo! Sí, reconozco que dar vida y voz a objetos inanimados ya es más sofisticado. Pero enviar tormentas y mal tiempo a los enemigos... No me cansaré de repetir lo simple que es la magia climática. ¿Qué más? Conjurar visiones. Bien, esto podría ser impresionante si alguno de nosotros pudiera hacerlo con habilidad, pero no podemos. Y ahora comparemos estas pobres tentativas con la magia de los *aureates*, que hacían que bosques de sicómoros y de robles se aliaran con ellos para combatir a sus enemigos; que convertían las flores en esposas y criados; que se transformaban en ratones, zorros, árboles, ríos, etcétera; que construían barcos de simples telarañas, casas de rosales...

—¡Sí, sí! —interrumpió sir Walter—. Ya sé que está impaciente por probar todas esas clases de magia. Pero, mal que me pese decirlo, opino que tal vez Norrell tenga razón. No toda esa magia es apta para nuestros días. Las transformaciones y demás estaban bien en el pasado. Constituyen un incidente espectacular en un episodio histórico, se lo concedo. Pero, Strange, no creo que quiera usted practicarlas. Un caballero no puede transformarse. Un caballero no querría parecer nada más que lo

que es. Usted mismo no desearía aparecer bajo la forma de un pastelero o un farolero...

Strange se rió.

—Y considere si no sería aún mucho peor convertirse en perro o en cerdo².

—Elige ejemplos deleznales.

—¿Sí? ¡Pues en león! ¿Le gustaría ser un león?

—Es posible. Quizá. Probablemente no. ¡Pero no se trata de eso! Estoy de acuerdo en que el cambio de forma es una clase de magia que exige mucha destreza, pero eso no implica que no pueda tener alguna aplicación útil. Pregunte al duque de Wellington si no le hubiera gustado poder convertir a sus oficiales exploradores en zorros o ratones para que merodearan por los campamentos franceses. Puede estar seguro de que su excelencia no habría tenido tantos escrúpulos.

—No creo que nadie hubiera logrado convencer a Colquhoun Grant de que se dejara convertir en zorro³.

—Bah, a Grant no le hubiera importado ser un zorro, con tal de ser un zorro de uniforme. No, no; hemos de centrar la atención en los aureates. Habría que dedicar mucha más energía al estudio de la vida y la magia de John Uskglass, y cuando hayamos...

—Eso es lo que no debe hacer. Ni pensarlo.

—¿Qué dice?

—Hablo en serio, Strange. No tengo nada contra los aureates en general. Es más, en principio creo que tiene usted razón. Los ingleses se enorgullecen de la antigua historia de su magia, de Godbless, Stokesey, Pale y demás. No les gusta leer en los periódicos que Norrell resta importancia a sus actos. Pero usted puede pecar de todo lo contrario. Si se habla en exceso de otros reyes, el gobierno se pondrá nervioso. Especialmente, cuando existe el peligro de que los johannites nos ataquen.

—¿Los johannites? ¿Quiénes son?

—¿Qué? ¡Strange, por Dios! ¿Acaso no lee los periódicos?

Strange pareció un poco incómodo.

—Mis estudios me ocupan mucho tiempo. Mejor dicho, todo el tiempo. Además, hace un mes que tengo otras cosas en qué pensar.

—Es que no hablo de hace un mes. Hace cuatro años que hay johannites en los condados del norte.

—Sí, pero ¿quiénes son?

—Son artesanos que entran de noche en las factorías y destruyen todo lo que encuentran. Incendian las casas de los fabricantes. Celebran reuniones clandestinas en las que incitan al pueblo a cometer actos sediciosos y saquean los mercados⁴.

—Ah, los rompemáquinas. Sí, sí, ahora lo entiendo. Es sólo que ese extraño nombre me había desconcertado. Pero ¿qué tienen que ver los rompemáquinas con el

Rey Cuervo?

—Muchos de ellos son, o se proclaman, seguidores suyos. Pintan el cuervo volante en la pared allí donde cometen sus destrozos. Sus cabecillas portan cartas credenciales que atribuyen a John Uskglass y afirman que él aparecerá muy pronto para restablecer su reino en Newcastle.

—¿Y el gobierno se lo cree? —preguntó Strange, asombrado.

—¡Por supuesto que no! Sería ridículo. Lo que nosotros tememos es algo mucho más terrenal. En una palabra: la revolución. En el norte, de Nottingham a Newcastle, ya ondea la bandera de John Uskglass. Desde luego, tenemos espías e informadores que nos dicen lo que traman y lo que hacen esos individuos. Oh, no digo que todos crean que Uskglass va a volver. La mayoría son seres tan racionales como usted y yo. Pero conocen la fuerza que ese nombre tiene entre el pueblo. Rowley Fisher-Drake, el diputado por Hampshire, ha presentado un proyecto de ley para declarar ilegal el acto de izar el cuervo volante. Pero no podemos prohibir al pueblo que ize su propia bandera, la de su rey legítimo⁵. —Suspiró y clavó el tenedor en el bistec—. Otros países tienen historias de reyes que regresan en momentos de gran necesidad. Sólo en Inglaterra eso forma parte de la Constitución.

Strange agitó el tenedor con impaciencia.

—Todo eso es política. No tiene nada que ver conmigo. Yo no pienso pedir la restauración del reino de John Uskglass. Mi único afán es examinar, de forma serena y racional, su obra de mago. ¿Cómo vamos a restaurar la magia inglesa sin comprender qué es lo que queremos restaurar?

—Pues estudie a los *aureates*, pero deje a John Uskglass en la oscuridad en que lo mantiene Norrell.

Strange sacudió la cabeza.

—Norrell los ha predispuesto contra John Uskglass. Norrell los ha embrujado a todos. Comieron en silencio hasta que Strange dijo:

—¿Sabe quién está retratado en el castillo de Windsor?

—¿Quién?

—Uskglass. En una alegoría pintada por un italiano en la pared de una sala. Están Eduardo III y John Uskglass, el rey soldado y el rey mago, sentados el uno al lado del otro. Hace casi cuatrocientos años que John Uskglass abandonó Inglaterra, y los ingleses aún no saben si adorarlo u odiarlo.

—¡Ja! —exclamó sir Walter—. En el norte lo saben muy bien. Si pudieran, mañana mismo cambiarían la ley de Westminster por la de él⁶.

Al cabo de una semana aparecía el primer número de *Famulus*, que, a causa del carácter sensacional de uno de sus artículos, se agotó a los dos días. El señor Murray, que en breve publicaría el primer tomo de *Historia y práctica de la magia inglesa* de Strange, se felicitaba ante la perspectiva de obtener grandes beneficios. El artículo

que tanto revuelo había levantado entre el público era la descripción de cómo los magos pueden invocar a los muertos con el fin de obtener de ellos información útil. Fue tal la sensación que causó tan macabro (aunque interesante) tema que se decía que más de una jovencita se había desmayado sólo de saber que tenía en casa un ejemplar de *Famulus*². Nadie podía imaginar que el señor Norrell viera con buenos ojos aquella publicación, por lo que todos los que no simpatizaban con él se apresuraron a adquirir un ejemplar.

En Hanover Square, Lascelles le leía a Norrell:

—«... Cuando el mago no posee suficiente habilidad ni conocimientos, y tal es el caso de todos los magos modernos, ya que el genio nacional en esta materia ha decaído lamentablemente, es recomendable que conjure el espíritu de alguien que en vida fuera mago o, por lo menos, tuviese ciertas dotes para este arte. Porque si dudamos acerca del camino que debemos seguir, lo mejor será acudir a quien posea conocimientos y pueda venir a nuestro encuentro.»

—¡Va a estropearlo todo! —gritó Norrell, furioso—. ¡No parará hasta destruirme!

—Desde luego, es indignante —observó Lascelles fríamente—. Y eso, después de haberle jurado a sir Walter que había abandonado la magia cuando murió su esposa.

—¡Oh!, ni aunque muriésemos todos, ni aunque medio Londres desapareciera, dejaría Strange de practicar la magia. No puede evitarlo. Es mucho mago para dejarlo ahora. Y la magia que él practique será maligna. ¡No sé cómo voy a impedirselo!

—Cálmese, por favor, señor Norrell. Algo se le ocurrirá a usted muy pronto, estoy seguro.

—¿Cuándo publicarán el libro?

—Los anuncios de Murray dicen que el primer tomo aparecerá en agosto.

—¡El primer tomo!

—Sí, ¿no lo sabía? La obra será en tres tomos. En el primero se expone al público inglés la historia completa de la magia inglesa. El segundo facilita la exacta comprensión de su naturaleza, y el tercero establece el fundamento de su práctica futura.

Norrell lanzó un gemido, inclinó la cabeza y escondió la cara entre las manos.

—No obstante —agregó Lascelles con aire pensativo—, pese a lo nocivo que sin duda será el texto, más alarmantes aún son los grabados.

—¿Los grabados? —exclamó el mago, horrorizado—. ¿Qué grabados?

—Oh, Strange ha descubierto a no sé qué emigrante que ha estudiado con los mejores maestros de Italia, Francia y España, al que paga una cantidad exorbitante por los grabados.

—Pero ¿de qué son? ¿Qué representan?

—Cualquiera sabe —dijo Lascelles, bostezando—. No tengo ni la menor idea. —Alzó el ejemplar del *Famulus* y se puso a leer en silencio, para sí.

Norrell se quedó pensativo un rato, mordiéndose las uñas. Al fin tiró del cordón de la campanilla y envió a buscar a Childermass.

Al este de la ciudad de Londres se halla el suburbio de Spitalfields, famoso por las preciosas sedas que en él se fabrican. En ningún otro lugar de Inglaterra se produce hoy en día, ni se producirá nunca, seda de tan buena calidad como la de Spitalfields. En el pasado, se edificaron allí sólidas casas para albergar a los comerciantes, tejedores y tintoreros que prosperaban con la industria de la seda. Pero, si bien la seda que hoy sale de las buhardillas de los tejedores sigue siendo inmejorable, el barrio ha decaído mucho. Las casas están sucias y descuidadas. Los comerciantes prósperos se han mudado a Islington, Clerkenwell y (los más adinerados) a la parroquia de Mary-le-bone, al oeste. Hoy Spitalfields está habitado por gente pobre y de clase baja, y plagado de chiquillería, rateros y demás elementos poco propicios para la paz de los ciudadanos.

Un día más que sombrío, en el que una lluvia fría y gris caía en las sucias calles formando charcos en el barro, un carruaje llegó a Spitalfields por Elder Street y se paró delante de una casa alta y estrecha. El cochero y el lacayo vestían de luto riguroso. El lacayo saltó del pescante, abrió un negro paraguas y lo sostuvo en alto mientras abría la puerta para que se apareara Jonathan Strange.

Strange se detuvo un momento en la acera para ajustarse los negros guantes y mirar arriba y abajo. Aparte de dos perros vagabundos que escarbaban afanosamente en un montón de basura, la calle estaba desierta. No obstante, él seguía mirando en derredor hasta que atrajo su atención algo que se encontraba al otro lado de la calle. Era una puerta negra, robusta y de edad venerable, coronada por un gran frontón en saliente. No tenía nada de particular, parecía la entrada de un almacén o algo por el estilo. Tres gastados escalones de piedra conducían hasta ella. Cubrían la madera multitud de viejos carteles de teatro y avisos que informaban a los transeúntes de que tal día y en tal taberna se subastarían las propiedades del señor Tal (en quiebra).

—George —le dijo Strange al lacayo, que sostenía el paraguas—, ¿sabes dibujar?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Te han enseñado a dibujar? ¿Conoces los principios del dibujo? Primer plano, escorzo, perspectiva y esas cosas.

—¿Yo, señor? No, señor.

—Lástima. El dibujo formó parte de mi educación. Yo podría dibujarte un paisaje o un retrato perfectamente correcto y perfectamente anodino. Lo mismo que cualquier otro amateur bien adiestrado. Tu difunta señora no tuvo los caros maestros que tuve yo, pero poseía más talento. Sus acuarelas de niños y adultos causarían horror a un académico, que diría que las figuras son muy rígidas y los colores, muy chillones. Pero la señora Strange tenía verdadero genio para captar expresiones, tanto faciales como corporales, para descubrir gracia y encanto hasta en las escenas más

vulgares. Sus dibujos tienen una vivacidad y una frescura que... —Calló un momento—. ¿Qué decía? Ah, sí. El dibujo te da el hábito de la observación atenta, que siempre te será útil. Fíjate en esa puerta, por ejemplo.

El criado la miró.

—Hoy hace un día frío, gris y lluvioso. Hay poca luz, y por tanto no hay sombras. Lo normal sería que esa puerta estuviera oscura, en penumbra y sin esa sombra, me refiero a la intensa que va de, izquierda a derecha y ennegrece por completo el lado izquierdo de la madera. Y creo que no me equivoco al decir que si hoy fuera un día claro y soleado, se proyectaría hacia el lado opuesto. No; esa sombra desentona. No es natural.

El lacayo miró al cochero en demanda de ayuda, pero éste, firmemente decidido a no intervenir, permaneció con la vista fija en la lejanía.

—Entiendo, señor —dijo el lacayo.

Strange seguía mirando la puerta con la misma expresión de reflexivo interés. Entonces gritó:

—¡Childermass! ¿Es usted?

Todo siguió igual, pero un instante después la negra sombra se movió. Se separó de la puerta como se desprende de una cama una sábana mojada y, con el movimiento, se contrajo, se transformó y se convirtió en un hombre: John Childermass.

Con su sonrisa torcida, éste dijo:

—Bien, señor. No esperaba poder esconderme de usted mucho tiempo.

Strange inspiró por la nariz.

—Hace más de una semana que lo espero. ¿Dónde estaba?

—Mi señor no me envió hasta ayer.

—¿Y cómo está su señor?

—Nada bien. Sufre resfriados, jaquecas y temblores. Los síntomas habituales que lo aquejan cuando alguien lo enfurece. Y nadie lo enfurece tanto como usted, señor.

—Me alegra saberlo.

—Por cierto, señor, hace tiempo que quería decírselo, en Hanover Square tengo dinero para usted. Sus honorarios del Tesoro y del Almirantazgo correspondientes al último trimestre de mil ochocientos catorce. Strange abrió los ojos con gesto de sorpresa.

—¿Norrell va a dejar que perciba mi parte? Yo la daba por perdida.

—El señor Norrell no está al corriente, señor —sonrió Childermass—. ¿Quiere que esta noche le lleve el dinero a su casa?

—Desde luego. Yo no estaré, pero puede dárselo a Jeremy. Dígame, Childermass, siento curiosidad: ¿sabe Norrell que anda usted por ahí haciéndose invisible y convirtiéndose en sombra?

—Oh, he ido captando cosas aquí y allá. Llevo veintiséis años al servicio del señor Norrell. Muy tonto tendría que ser para no haber aprendido algo.

—Desde luego. Pero no es eso lo que le he preguntado. ¿Norrell lo sabe?

—No, señor. Lo sospecha, pero prefiere no darse por enterado. Un mago que se pasa la vida en una habitación llena de libros necesita a alguien que recorra el mundo por él. Lo que puede verse en el agua de una fuente de plata tiene límites. Usted lo sabe, señor.

—Hum. ¡Bien, acompáñeme! ¡Venga a ver lo que lo han enviado a ver!

Se hallaban frente a una casa que tenía aspecto de abandono, casi como si estuviera deshabitada. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y muy sucios. Strange y Childermass esperaron en la acera mientras el lacayo llamaba a la puerta. Strange se protegía con el paraguas y Childermass parecía insensible a la lluvia.

Durante un rato no sucedió nada. Luego algo hizo que el lacayo bajara la mirada al patio lateral y empezara una conversación con alguien a quien nadie más que él podía ver. Quienquiera que fuese no le merecía mucha consideración al lacayo, quien, por su manera de fruncir el entrecejo, su postura con los brazos en jarras y el tono perentorio de su voz, denotaba viva impaciencia.

Al cabo de unos minutos, abrió la puerta una criada muy pequeña, muy sucia y muy asustada. Jonathan Strange, Childermass y el lacayo entraron en la casa; al pasar miraban a la muchacha, que se encogía de miedo al sentirse observada por personas tan altas e importantes.

Strange no se molestó en hacerse anunciar: no parecía probable que aquella criada fuera capaz de cumplir el encargo. Indicando a Childermass que lo siguiera, rápidamente subió la escalera y entró en una habitación. Allí, a la luz caliginosa de infinidad de velas que ardían en medio de una especie de niebla —ya que la casa parecía generar su propio clima—, encontraron a monsieur Minervois, el grabador, y a monsieur Forcalquier, su ayudante.

Monsieur Minervois era más bien bajo y delgado. Tenía el pelo largo y oscuro, tan fino y reluciente como la seda. Le rozaba los hombros y le caía sobre la cara cuando se inclinaba sobre su trabajo, lo que ocurría casi constantemente. También sus ojos eran notables: serenos, grandes y de un castaño que denotaba su origen meridional. El aspecto de monsieur Forcalquier ofrecía un fuerte contraste con el de su bien parecido maestro: cara descarnada, ojos hundidos y cráneo rasurado, cubierto de unas cerdas descoloridas. Pero, aun con aquella estampa cadavérica, casi esquelética, su trato no podía ser más cortés.

Eran refugiados, pero la diferencia entre refugiado y enemigo era muy sutil para los habitantes de Spitalfields, que veían en monsieur Minervois y monsieur Forcalquier a espías franceses. Mucho hizo sufrir a ambos esa inmerecida reputación. Una de las diversiones favoritas de las turbas de chicos y chicas del suburbio en los

días de fiesta consistía en acechar el paso de los franceses, caer sobre ellos y hacerlos rodar por el barro, sustancia de la que Spitalfields estaba bien provisto. Los vecinos les manifestaban sus sentimientos con desaires, silbidos y negándose a venderles lo que necesitaran. Strange los había ayudado actuando de mediador entre monsieur Minervois y su casero, al que había inducido a adoptar una actitud más comprensiva hacia el carácter y la situación del grabador, y enviando a Jeremy Johns a todas las tabernas de los alrededores a beber ginebra y charlar con los naturales del lugar para comunicarles que esos franceses eran protegidos de uno de los dos magos de Inglaterra.

—Y si te contestan que Norrell es el más grande de los dos —lo había instruido Strange levantando el índice—, no se lo discutas, pero diles que yo tengo peor genio y soy más quisquilloso con las ofensas que se hacen a mis amigos.

Monsieur Minervois y monsieur Forcalquier le estaban muy agradecidos, pero habían descubierto que, en sus penosas circunstancias, no había mejor amigo que el brandy, tomado con estricta regularidad durante todo el día.

Permanecían siempre encerrados en la casa de Elder Street, con los postigos cerrados al inhóspito Spitalfields día y noche. Vivían y trabajaban a la luz de las velas y hacía tiempo que habían roto toda relación con los relojes. Se sorprendieron al ver entrar a Strange y Childermass, ya que les parecía que era medianoche. Tenían una criada —la diminuta huérfana de ojos redondos— que no los entendía y les tenía miedo, y de la que ellos no sabían el nombre. Pero a su manera, altiva e indiferente, los dos hombres eran considerados con ella, le habían dado una pequeña habitación con un colchón de plumas y sábanas de hilo, y a la muchacha la sombría casa le parecía el paraíso. Sus obligaciones consistían principalmente en ir a comprar comida, brandy y opio. Ellos se quedaban con el brandy y el opio y a ella le daban la mayor parte de la comida. También tenía que acarrear y calentar el agua para los baños y el afeitado, ya que los dos eran muy pulcros. No obstante, la suciedad y el desorden de la casa les tenían sin cuidado, lo cual era una suerte para la huérfana, que sabía tanto de faenas del hogar como de hebreo antiguo.

Encima de todas las superficies había hojas de grueso papel y trapos sucios de tinta. Había fuentes de peltre con viejas cortezas de queso y botes con plumas y carboncillos. Había un veterano manojo de apio que llevaba mucho tiempo demasiado cerca del carbón para su bien. Había dibujos y grabados clavados directamente al artesonado y al mugriento papel de la pared. Uno de ellos, de Strange, era excelente.

Detrás de la casa, en un patio tizado de hollín, había un manzano que en otro tiempo estaba en el campo, hasta que el gris Londres había llegado hasta allí y se había tragado a sus amables vecinos verdes. Un día, en un acceso de laboriosidad, una mano anónima había recolectado todas las manzanas y las había colocado en el

alféizar de las ventanas, donde llevaban varios años, durante los cuales pasaron de manzanas viejas a tumefactos cadáveres de manzanas y, finalmente, a simples fantasmas de manzanas. La casa tenía un olor potente, compuesto de tinta, papel, carboncillo, brandy, opio, manzanas podridas, velas y café, mezclado con el aroma personal de dos hombres que trabajaban día y noche en un espacio no muy grande y a los que nunca, bajo ningún concepto, se podía inducir a abrir una ventana.

Lo cierto es que Minervois y Forcalquier a menudo olvidaban que existían sobre la faz de la tierra lugares tales como Spitalfields y Francia. Durante días, habitaban en el pequeño universo de los grabados que hacían para el libro de Strange y que representaban cosas extrañas en verdad.

Imágenes de grandes corredores, contruidos más de sombras que de cualquier material. Las oscuras aberturas que se veían en las paredes sugerían la existencia de otros pasillos, como si los grabados mostraran el interior de un laberinto. En algunos aparecían anchas escalinatas que descendían a oscuros canales subterráneos. Había dibujos de un páramo vasto y oscuro por el que discurría un camino desolado. El espectador parecía mirar la escena desde gran altura. En el sendero, lejos, muy lejos, había una sombra —una pequeña raya en la pálida superficie—, muy lejana para que pudieras adivinar si era hombre, mujer o niño, o si era humana siquiera; pero su presencia en todo aquel espacio despoblado era inquietante.

Un grabado mostraba la figura de un puente solitario, tendido sobre las brumas de un vacío inmenso —quizá el mismo cielo—, y, a pesar de que el puente estaba construido de la misma sólida mampostería que los corredores y canales, tenía a cada lado diminutas escalerillas que descendían en torno a sus robustos pilares. Eran unas escaleras frágiles, construidas con bastante menos habilidad que el puente, pero eran muchas y bajaban perdiéndose entre las nubes hacia Dios sabe dónde.

Strange examinaba estas cosas con una atención que rivalizaba con la de Minervois, interrogando, criticando y proponiendo. Strange, que hablaba en francés con los dos grabadores, descubrió que Childermass los entendía perfectamente y hasta hacía alguna que otra pregunta a Minervois. No obstante, hablaba francés con un acento de su Yorkshire natal tan marcado que Minervois no lo comprendía y le preguntó a Strange si Childermass era holandés.

—Como es natural —observó Strange, dirigiéndose a Childermass—, ellos les dan a las escenas un aire demasiado romano, muy al estilo de Palladio y Piranesi, pero no pueden evitarlo: es su escuela. La escuela te marca. Yo, como mago, nunca seré totalmente Strange, o, por lo menos, no sólo Strange: hay en mí mucho de Norrell.

—¿Así que esto es lo que vio en los *Caminos del Rey*? —preguntó Childermass.

—Sí.

—¿Y cuál es el país que atraviesa el puente?

Strange lo miró con ironía.

—No lo sé. ¿Usted qué cree?

Childermass se encogió de hombros.

—Supongo que *Tierra de Duendes*.

—Quizá. Pero empiezo a pensar que eso que llamamos *Tierra de Duendes* puede estar formado por muchos países. También podríamos llamarlo «*Otro Lugar*», y vendría a significar lo mismo.

—¿Están muy distantes esos sitios?

—No mucho. Yo, desde Covent Garden, los vi todos en una hora y media.

—¿Es difícil esa magia?

—No demasiado.

—¿Me diría en qué consiste?

—Con sumo gusto. Necesita un conjuro de revelación; yo utilicé el Doncaster. Y otro de disolución, para fundir la superficie del espejo. Hay infinidad de hechizos de disolución en los libros que he leído, pero ninguno sirve de nada, que yo sepa, por lo que tuve que hacerlo yo mismo. Puedo anotárselo si quiere. Finalmente, hay que poner los dos bajo el arco de un hechizo de orientación. Esto es importante, ya que de lo contrario no creo que pudiera regresar. —Hizo una pausa y miró a Childermass—. ¿Me sigue?

—Perfectamente, señor.

—Bien. —Tras un breve silencio, Strange dijo—: Childermass, ¿no cree que ha llegado el momento de dejar el servicio del señor Norrell y trabajar para mí? Conmigo no tendría que considerarse un criado. Sería mi discípulo y ayudante.

Childermass se echó a reír.

—¡Ja! Muchas gracias, señor. ¡Gracias! Pero el señor Norrell y yo aún no hemos terminado. Todavía no. Además, creo que yo iba a ser muy mal discípulo, peor que usted.

Strange, sonriendo, reflexionó un instante.

—Buena respuesta —dijo al fin—. Pero no lo bastante, me temo. No creo que usted pueda apoyar las ideas de Norrell. ¡Un solo mago en Inglaterra! ¡Una sola opinión sobre la magia! ¿Usted está de acuerdo con eso? Usted disiente tanto como yo. ¿Por qué no disientir a mi lado?

—Porque entonces tendría que asentir a lo que usted dijera, ¿no? No sé cómo acabarán usted y Norrell. He consultado las cartas, pero la respuesta es ambigua. El porvenir es muy complejo para que las cartas puedan explicarlo con claridad, y yo no acierto con la pregunta clave. Le diré lo que voy a hacer. Le haré una promesa. Si usted pierde y el señor Norrell gana, dejaré su servicio. Abrazaré la causa de usted, lo combatiré a él con todas mis fuerzas esgrimiendo los argumentos que más lo incomoden... y seguirá habiendo en Inglaterra dos magos y dos opiniones sobre la

magia. Pero si él pierde y usted gana, haré lo mismo con usted. ¿Le parece esta respuesta lo bastante buena?



—Sí; es lo bastante buena —sonrió Strange—. Vuelva junto al señor Norrell y dele recuerdos de mi parte. Dígale que espero que encuentre satisfactorias las respuestas que le he dado. Si desea saber algo más, mañana, a eso de las cuatro, me encontrará usted en mi casa.

—Gracias, señor. Ha sido usted muy franco y explícito.

—¿Y por qué no había de serlo? Es Norrell el amigo de los secretos, no yo. No le he dicho nada que no esté en mi libro. Dentro de un mes más o menos, todos los hombres, mujeres y niños del reino podrán leerlo y formarse su opinión sobre él. Y no creo que Norrell pueda impedirlo.

49. Audacia y locura (Marzo de 1816)

UNOS días después de la visita a los grabadores, Strange invitó a cenar a sir Walter y a lord Portishead. Ambos caballeros habían cenado con Strange en muchas ocasiones, pero ésa era la primera vez que entraban en la casa de Soho Square desde la muerte de Arabella. Entristecidos, observaron muchos cambios. Strange parecía haber vuelto a sus viejos hábitos de soltero. Mesas y sillas se eclipsaban bajo montones de papeles. Por toda la casa se veían fragmentos de capítulos del libro, y en el salón había anotaciones hasta en las paredes empapeladas.

Sir Walter fue a quitar de una silla un rimero de libros.

—¡No, no! —gritó Strange—. ¡No los toque! Están puestos por orden.

—Entonces ¿dónde me siento? —preguntó sir Walter, desconcertado.

Strange profirió un ligero sonido de exasperación, como si ésa fuera una pretensión descabellada. No obstante retiró los libros, y sólo una vez interrumpió la operación para sumirse en la lectura de uno de ellos. Tan pronto hubo leído dos veces el pasaje y hecho una anotación en el papel de la pared, volvió a atender a sus invitados.

—Celebro verlo de nuevo, milord —le dijo a Portishead—. He preguntado por Norrell a todo el mundo, tanto, supongo, como él ha preguntado por mí. Confío en que tendrá usted muchas cosas que contarme.

—Creía que yo se lo había contado ya todo —protestó sir Walter en tono quejumbroso.

—Sí, sí; usted me ha dicho dónde ha estado Norrell, con quiénes ha hablado y qué concepto tiene de él cada ministro, pero a milord le pregunto por la magia, y lo que usted entiende de magia apenas...

—¿... ocuparía una pulgada cuadrada del papel de la pared? —sugirió sir Walter.

—Exacto. Dígame, milord, ¿qué ha estado haciendo últimamente el señor Norrell?

—Verá, a petición de lord Liverpool, ha trabajado en un proceso mágico destinado a impedir que Napoleón Buonaparte vuelva a escapar... y también ha estudiado los *Discursos sobre el reino de la Luz y el reino de la Oscuridad*. Cree haber descubierto varias cosas.

—¿Qué cosas? —exclamó Strange, alarmado—. ¿Algo nuevo en los Discursos?¹

—Es algo que encontró en la página setenta y dos de la edición de Cromford. Una nueva aplicación del hechizo para conjurar la Muerte. No lo entiendo mucho². El señor Norrell opina que el principio podría adaptarse a la curación de enfermedades en personas y animales, exorcizando a la enfermedad del cuerpo, como si fuera un demonio.

—¡Ah, eso! —repuso Strange con alivio—. ¡Sí, sí! Ahora sé a qué se refiere. Yo establecí esa relación en el mes de junio. Así que Norrell no ha llegado ahí hasta ahora, ¿eh? ¡Excelente!

—A muchos les extrañó que no tomara a otro discípulo después de irse usted —prosiguió lord Portishead—. Sé que ha tenido muchas solicitudes, pero no ha aceptado a nadie. Es más, me parece que ni siquiera ha recibido a ninguno de esos jóvenes ni ha contestado a sus cartas. Él es muy exigente y nadie alcanza el nivel de usted.

Strange sonrió.

—Bien, nada de eso me sorprende. Él no soporta que pueda existir un segundo mago. Un tercero, probablemente, sería su muerte. En la contienda que habrá de decidir el carácter de la magia inglesa, los bandos serán muy desiguales. Habrá un solo mago norrelliano y docenas de magos strangianos. O, por lo menos, tantos como yo pueda formar. Estoy pensando en hacer de Jeremy Johns el oponente de Childermass. Podría ir por todo el país buscando a las personas a las que Norrell y Childermass han convencido para que abandonen el estudio de la magia, y nosotros las convenceríamos para que volvieran a él. Ya he hablado con varios jóvenes. Dos o tres de ellos prometen. Henry Purfois, el segundo hijo de lord Chaldecott, ha leído gran cantidad de libros de magia de cuarta categoría y biografías de magos de quinta categoría. Ello hace muy tediosa su conversación, pero el pobre no tiene la culpa. Luego están William Hadley-Bright, uno de los ayudantes de campo de Wellington en Waterloo, y un personaje extraño llamado Tom Levy, que actualmente trabaja como maestro de baile en Norwich.

—¿Un maestro de baile? —preguntó sir Walter arrugando la frente—. ¿Es la clase de persona a la que deberíamos animar a dedicarse a la magia? ¿No es la magia una profesión que debería reservarse a caballeros?

—No veo por qué. Además, Levy es el que me gusta más. Es la primera persona que he conocido en muchos años que considera la magia algo con lo que se puede disfrutar... y también es el único de los tres que ha conseguido aprender conjuros. Hizo que brotaran ramas y hojas de esa ventana. Seguramente les habrá sorprendido su estado.

—A decir verdad, hay tantas cosas sorprendentes en la habitación que no me había dado cuenta.

—Desde luego, Levy no pretendía dejar así la ventana. Pero no supo deshacer el hechizo... y tampoco yo. Tendré que decirle a Jeremy que traiga a un carpintero para que la arregle.

—Me alegro de que haya encontrado a tantos jóvenes aptos —dijo sir Walter—. Eso es de buen augurio para la magia inglesa.

—También he recibido solicitudes de varias señoritas.

—¡Señoritas! —exclamó lord Portishead.

—¡Desde luego! No hay razón por la que las mujeres no puedan aprender magia. Esa es otra de las falacias de Norrell.

—Hum. Ahora menudean.

—¿El qué?

—Las falacias de Norrell.

—¿Qué quiere decir?

—¡Nada! ¡Nada! No se ofenda. Pero observo que no hay ninguna dama entre sus futuros alumnos.

Strange suspiró.

—Es sólo por consideraciones de orden práctico. Eso es todo. Un mago y su alumno tienen que pasar mucho tiempo juntos, leyendo y dialogando. De no haber muerto Arabella, creo que habría podido tomar alumnas. Pero ahora tendría que cargar con carabinas y toda clase de engorros que en estos momentos no podría soportar. Mis estudios son lo primero.

—¿Y qué nueva magia piensa mostrarnos, señor Strange? —preguntó lord Portishead con avidez.

—¡Buena pregunta! He pensado mucho en ello. Si el resurgimiento de la magia inglesa ha de continuar, mejor dicho, si no ha de permanecer bajo la exclusiva tutela de Gilbert Norrell, tengo que aprender cosas nuevas. Pero no es fácil adquirir novedades. Podría salir a los *Caminos del Rey* e intentar llegar a los países en que la magia es la regla en lugar de la excepción.

—¡Santo Dios! —exclamó sir Walter—. ¡Otra vez eso! ¿Se ha vuelto loco? Creía que estábamos de acuerdo en que los *Caminos del Rey* son muy peligrosos para justificar...

—¡Sí, sí! Conozco bien sus opiniones. Bastante me ha sermoneado ya sobre la cuestión. ¡Pero no me ha dejado terminar! Estaba enunciando posibilidades. No volveré a los *Caminos del Rey*. Le di mi palabra a... a Arabella de que no volvería³.

Hubo una pausa. Strange suspiró y su expresión se ensombreció. Se veía que pensaba en otra cosa, en otra persona.

Sir Walter observó con suavidad:

—Siempre tuve el mayor respeto por el criterio de la señora Strange. No podría hacer nada mejor que seguir su consejo. Strange, yo lo comprendo, es natural que desee aprender cosas nuevas, eso es lo que desea todo estudioso de la magia. Pero sin duda para ello el único medio seguro son los libros.

—¡Es que no tengo libros! —exclamó Strange—. ¡Por Dios santo! ¡Yo prometería ser tan sumiso y tan hogareño como una tía solterona si el gobierno dictara una ley que obligara a Norrell a enseñarme su biblioteca! Pero como el gobierno no quiere hacerme el favor, no tengo más remedio que ampliar conocimientos del modo que

sea.

—¿Y qué piensa hacer? —preguntó lord Portishead.

—Invocar a un duende —respondió con vehemencia—. Ya he hecho varios intentos.

—¿No sentó el señor Norrell el principio de que invocar a los duendes entraña peligro? —inquirió sir Walter.

—Según Norrell, muy pocas cosas no entrañan peligro —dijo Strange con irritación en la voz.

—Es cierto. —Sir Walter pareció satisfecho con esa respuesta. Al fin y al cabo, invocar duendes era práctica tradicional en la magia inglesa. Todos los *aureates* lo hacían y todos los *argentinos* lo intentaban.

—¿Está seguro de que eso es posible? —preguntó lord Portishead—. La mayoría de las autoridades coinciden en afirmar que los duendes ya han dejado de visitar Inglaterra.

—Ésa es, en efecto, la opinión general —convino Strange—, pero estoy casi seguro de que en noviembre de mil ochocientos catorce, uno o dos meses antes de que Norrell y yo nos separásemos, estuve en compañía de un duende.

—¿Qué dice usted!

—Nunca lo había mencionado —repuso sir Walter.

—No podía decirlo. Mi condición de discípulo de Norrell me lo impedía. Le habría dado un ataque si me hubiese atrevido a insinuarlo siquiera.

—¿Qué aspecto tenía, señor Strange? —preguntó lord Portishead.

—¿El duende? No lo sé. No lo vi. Sólo lo oí. Tocaba una música. Pero estaba presente otra persona que lo oía y también lo veía. ¡Imaginen las ventajas de tener al lado a una criatura semejante! Ningún mago, ni vivo ni muerto, podría enseñarme tantas cosas. Los duendes son la fuente de todo lo que deseamos los magos. ¡Su condición natural es la magia! En cuanto a los inconvenientes, bien, sólo está el habitual: que no tengo ni idea de cómo conseguirlo. He formulado docenas de hechizos, hecho todo cuanto he leído u oído contar a fin de atraer de nuevo a aquel duende, pero en vano. Nunca comprenderé por qué Norrell dedica tanta energía a proscribir algo que nadie puede realizar. Milord, ¿no conocerá algún hechizo para invocar a los duendes?

—Conozco muchos, pero estoy seguro de que ya los habrá probado todos, señor Strange. De usted esperamos que recupere para nosotros lo que se ha perdido.

—¡Ah! —suspiró—. A veces pienso que no se ha perdido nada. Porque todo está en la biblioteca de Hurlfew.

—¿Dice que estaba presente alguien más que oía y veía al duende? —preguntó sir Walter.

—Sí.

—Supongo que ese alguien no sería Norrell, ¿verdad?

—No.

—¿Qué decía?

—Estaba... confuso. Creía estar viendo un ángel, pero a causa de su estilo de vida y procesos mentales, no lo consideraba algo tan extraordinario como usted pueda imaginar. Le ruego me perdone, pero la discreción me impide decir más acerca de las circunstancias.

—¡Sí, sí! ¡Está bien! Pero su acompañante veía al duende. ¿Por qué?

—Yo sé por qué. Tenía algo muy especial que le permitía ver a los seres sobrenaturales.

—¿Y usted no podría utilizar eso de algún modo?

Strange reflexionó.

—No sé cómo. Es algo aleatorio, como tener los ojos azules, o castaños. —Calló un momento, meditando—. O quizá no. Quizá tenga usted razón. Si bien se mira, la idea no es tan descabellada. ¡Fíjese en los *aureates*! ¡Algunos no andaban muy a la zaga de los duendes en audacia y locura! Fíjese en Ralph Stokesey y Col Tom Blue, su criado duende. Cuando Stokesey era joven, eran tal para cual. Quizá yo sea un mago demasiado tímido, demasiado domesticado. Pero ¿cómo generar un poco de locura? Por la calle, todos los días me cruzo con dementes, pero nunca se me había ocurrido preguntarme cómo enloquecieron. Quizá debería salir a caminar por páramos remotos y playas solitarias; son los lugares predilectos de los perturbados, por lo menos en las novelas. Quizá la Inglaterra agreste me haga enloquecer.

Strange se levantó y fue a la ventana del salón, como si esperase poder contemplar la Inglaterra agreste desde allí, a pesar de que sólo se veía el vulgar escenario de Soho Square bajo una intensa llovizna.

—Creo que ha dado en el clavo, Pole.

—¿Yo? —exclamó sir Walter, alarmado por las posibles consecuencias de sus observaciones—. ¡Yo no pretendía sugerir tal cosa!

—Pero, señor Strange —terció el razonable lord Portishead—, ¿cómo puede proponer tal cosa? Que un hombre de su erudición pretenda convertirse en... en un vagabundo. En fin, caballero, es una idea escandalosa.

Strange cruzó los brazos, lanzó otra mirada a la plaza y dijo:

—No pienso irme hoy. —Y entonces sonrió como burlándose de sí mismo. Casi parecía el de antes—. Esperaré a que deje de llover⁴.

50. Historia y práctica de la magia inglesa (Abril – finales de septiembre de 1816)

LOS amigos de Strange se alegraban de saber que él no pensaba renunciar a sus confortables casas y sus buenas rentas ni prescindir de sus criados para vagar por el mundo arrostrando el viento y la lluvia, pero eran pocos los que veían sin inquietud sus nuevas prácticas. La promesa hecha a Arabella lo mantenía alejado de los *Caminos del Rey*, pero ni todas las exhortaciones de sir Walter bastaban para impedir que continuamente hablara y especulara sobre John Uskglass y sus súbditos sobrenaturales.

A últimos de abril, los tres discípulos de Strange, el honorable Henry Purfois, William Hadley-Bright y Tom Levy, el maestro de baile, estaban alojados cerca de Soho Square y acudían todos los días a casa de Strange a aprender magia. Cuando no ejercía de maestro, Strange trabajaba en su libro o practicaba magia por encargo del ejército o de la *Compañía de las Indias Orientales*. También había recibido peticiones de ayuda de la Corporación de Liverpool y de la Asociación de Comerciantes de Bristol.

Que Strange siguiera recibiendo encargos de organismos oficiales —o de cualesquiera otros clientes— indignaba a Norrell, que fue a quejarse a lord Liverpool, el primer ministro.

Este no se mostró comprensivo.

—Los generales pueden hacer lo que crean conveniente, señor Norrell. Como usted sabe, el gobierno no interfiere en los asuntos militares¹. Hace años que los generales emplean al señor Strange en calidad de mago, y no consideran que deban dejar de utilizar sus servicios sólo porque ustedes se hayan peleado. Por lo que respecta a la *Compañía de las Indias Orientales*, tengo entendido que acudieron a usted en primer lugar y que declinó su ofrecimiento.

Un rápido parpadeo veló los pequeños ojos de Norrell.

—Mi trabajo para el gobierno, mi trabajo para usted, milord, me ocupa mucho tiempo. En conciencia, no podía descuidarlo para atender a una empresa privada.

—Y mucho se lo agradecemos, créame. Sin embargo, no es preciso que le diga que la buena marcha de la *Compañía de las Indias Orientales* es vital para la prosperidad de la nación, y las necesidades de la compañía en materia de magia son ingentes. Tiene flotas de barcos a merced de tormentas y temporales; tiene vastos territorios que administrar, y sus ejércitos sufren el acoso constante de los reyezuelos y los bandidos indios. El señor Strange ha asumido el control de las condiciones meteorológicas en la zona del Cabo y en el océano Índico, y aconseja a la compañía acerca del uso de la magia en territorios hostiles. Los directores consideran que la

experiencia acumulada por el señor Strange en la Península Ibérica es valiosísima. Lo cual demuestra la necesidad que Gran Bretaña tiene de más magos. Usted, señor Norrell, a pesar de su dedicación y diligencia, no puede estar en todas partes ni hacerlo todo... ni nadie espera tal cosa. Me han dicho que el señor Strange ha tomado discípulos. Mucho me complacería saber que tiene usted intención de hacer otro tanto.

A pesar de la aprobación de lord Liverpool, el aprendizaje de los tres nuevos magos, Henry Purfois, William Hadley-Bright y Tom Levy, no progresaba con más rapidez de lo que había progresado el del propio Strange seis años atrás, con la diferencia de que, mientras éste había tenido que contender con el secretismo de Norrell, los jóvenes sufrían las consecuencias de la pesadumbre y el desasosiego de su maestro.

A primeros de junio quedó terminado el primer tomo de *Historia y práctica de la magia inglesa*. Strange lo entregó al señor Murray, y para nadie fue una sorpresa que, al día siguiente, anunciara a Henry Purfois, William Hadley-Bright y Tom Levy que debía interrumpir su instrucción durante algún tiempo, ya que había decidido marchar al extranjero.

—¡Me parece un plan magnífico! —dijo sir Walter cuando Strange le comunicó su propósito—. Un cambio de aires. Caras nuevas. Eso es exactamente lo que yo le habría recomendado. ¡Viajar! ¡Viajar!

—¿No cree que es demasiado pronto? —preguntó Strange con ansiedad—. Voy a dejar a Norrell amo de Londres, por así decir.

—¿Por tan desmemoriados nos tiene? Procuraremos no olvidarlo, por lo menos durante unos meses. Además, pronto se publicará su libro y será el constante recordatorio de lo mal que nos las arreglamos sin usted.

—Cierto, el libro. Norrell tardará meses en refutar cuarenta y seis capítulos, y antes de que él termine ya habré regresado.

—¿Adónde irá?

—A Italia, creo. Siempre me ha atraído el sur de Europa. En España me seducía el paisaje, o creo que me habría seducido de no haber estado lleno de soldados y humo de pólvora.

—¿Nos escribirá contándonos sus impresiones?

—Oh, no pienso ahorrármelas. Todo viajero tiene derecho a desahogar su frustración por la menor contrariedad escribiendo a sus amigos. Puede contar con minuciosos relatos de mis vicisitudes.

Como solía ocurrir por entonces, Strange mostró un repentino cambio de humor, perdió su aire de irónico desenfado y se quedó mirando el cubo del carbón con el entrecejo fruncido.

—Estaba preguntándome... —empezó al fin—. Mejor dicho, quería preguntarle...

—Lanzó una exclamación de impaciencia por sus propios titubeos—. ¿Querría darle un mensaje a lady Pole de mi parte? Le quedaría muy agradecido. Arabella sentía un gran afecto por milady y sé que no le habría gustado que yo me fuese de Inglaterra sin enviarle un mensaje.

—Desde luego. ¿Qué desea que le diga?

—Oh, simplemente trasládele mis sinceros deseos de que mejore su salud. O lo que usted crea más oportuno. No importa lo que le diga, mientras sepa que el mensaje es del marido de Arabella. Deseo que milady tenga la seguridad de que el marido de su amiga se acuerda de ella.

—Lo haré con mucho gusto. Gracias.

Strange tenía la leve esperanza de que sir Walter lo invitara a hablar personalmente con lady Pole, pero no fue así. Nadie sabía siquiera si milady seguía en la casa de Harley Street. Circulaba por la ciudad el rumor de que sir Walter la había enviado al campo.

No era Strange el único que deseaba marchar al extranjero. De pronto, se había puesto de moda viajar. Durante mucho tiempo los ingleses habían estado confinados en su isla por la guerra contra Buonaparte. Durante mucho tiempo se habían visto obligados a satisfacer el deseo de contemplar paisajes nuevos y observar a gentes exóticas visitando las Highlands de Escocia, los lagos de Inglaterra o el pico de Derbyshire. Pero ahora que la guerra había terminado, podían ir al continente a ver montañas y costas distintas. Podían admirar con sus propios ojos las célebres obras de arte que hasta entonces sólo habían visto en los libros de grabados. Algunos viajaban con la esperanza de que vivir en el continente fuera más barato que en su tierra. Otros se iban para escapar de los acreedores o del escándalo, o, al igual que Strange, en busca de una paz de espíritu que no encontraban en Inglaterra.

Bruselas, 12 de junio de 1816

Jonathan Strange a John Secundus

Según parece, voy un mes a la zaga de lord Byron². En cada ciudad en la que paramos, encontramos a posaderos, postillones, funcionarios, burgueses, mozos de taberna y toda clase de damas cuyo cerebro aún parece conturbado tras una breve exposición a la presencia de milord. Y por más que mis compañeros de viaje no se abstienen de revelar a la gente que pertenezco a la horrible especie de los magos ingleses, es evidente que, comparado con un poeta inglés, no soy nadie, y dondequiera que voy gozo de la reputación —totalmente nueva para mí, se lo aseguro— de ser un inglés discreto y tranquilo, que no hace ruido ni molesta.

El verano de aquel año fue raro. Mejor dicho, no fue verano. El invierno prolongó su estancia hasta agosto. El sol apenas se dejó ver. Cubrían el cielo gruesas nubes grises; vientos adustos barrían las ciudades y los campos marchitos; tormentas de lluvia y granizo, amenizadas por espectaculares exhibiciones de rayos y truenos, se abatían sobre toda Europa. En cierto modo, aquel verano era peor que un invierno: las muchas horas de luz diurna negaban a la gente el consuelo de una oscuridad que ocultara temporalmente todas aquellas calamidades.

Londres estaba semivacío. El Parlamento había terminado sus sesiones y los diputados se habían marchado a sus casas de campo, a contemplar mejor la lluvia. El señor John Murray, el editor, seguía en su residencia de Londres, en Albermarle Street. En otras épocas del año, aquella casa era la más animada de Londres, llena de poetas, ensayistas, críticos y personalidades literarias del reino. Pero los grandes hombres de letras del reino se habían ido al campo. La lluvia azotaba las ventanas y el viento gemía en la chimenea. Murray amontonó más carbón en el hogar y se sentó a su escritorio, a leer el correo del día. Tomaba una carta y se la acercaba al ojo izquierdo (estaba ciego del derecho).

Aquel día se daba el caso de que había dos cartas de Ginebra, Suiza. La primera era de lord Byron, que criticaba a Strange, y la segunda era de Strange, que criticaba a Byron. Ambos habían coincidido varias veces en casa de Murray, pero ahora habían trabado conocimiento. Strange había visitado a Byron en Ginebra hacía un par de semanas. La entrevista no había sido un éxito.

Strange (que, en aquel momento, valoraba el matrimonio por encima de todo y añoraba lo que había perdido con la muerte de Arabella) se mostraba atónito por el entorno doméstico de Byron. «Visité a milord en su bonita villa a orillas del lago. No estaba solo. Lo acompañaban otro poeta llamado Shelley, la señora Shelley y una joven —en realidad, una adolescente— que se hacía llamar señora Clairmont y cuya relación con los dos hombres no entendí. Si usted la conoce, no me la explique. Había también un tal señor Polidori, un joven raro que no paraba de decir tonterías.»

Lord Byron, por su parte, censuraba la forma de vestir de Strange.

«Lleva medio luto. Su esposa murió por Navidad, ¿no? Quizá piense que el negro lo hace más misterioso y hechicero.»

Después de sentir instantáneamente una mutua antipatía, los dos hombres procedieron a discutir de política. Strange escribía: «No sé con exactitud cómo ocurrió, pero terminamos hablando de la batalla de Waterloo, un tema desafortunado, puesto que yo soy el mago del duque de Wellington y todos ellos detestan a Wellington y adoran a Buonaparte. La señora Clairmont, con toda la impertinencia de sus dieciocho años, me preguntó si no me avergonzaba de haber sido el instrumento de la caída de un hombre tan sublime. Le respondí que no.»

Byron escribía: «Es firme partidario del duque de W. Espero, por el bien de usted,

mi querido Murray, que el libro sea más interesante que la persona.»

Strange terminaba: «La gente tiene unas ideas muy raras de los magos. Querían que les hablara de vampiros.»

Murray lamentó que sus dos autores no simpatizaran, pero se dijo que probablemente era de esperar, ya que ambos eran famosos por su afición a pelear: Strange, con Norrell, y Byron, con prácticamente todo el mundo³.

Cuando hubo leído las cartas, decidió bajar a la librería. Había impreso muchos ejemplares del libro de Jonathan Strange y quería saber cómo iban las ventas. El encargado de la tienda era un tal Shackleton, un hombre que tenía exactamente el aspecto que imaginas ha de tener un librero. No habría encajado en otro establecimiento, y mucho menos en una mercería o una sastrería, donde se espera que el vendedor vaya mejor vestido que la clientela. Para librero era ideal: edad indefinible, delgado y cubierto de polvo y manchitas de tinta. Tenía un aire de erudición un poco ausente, usaba gafas, llevaba una pluma detrás de la oreja y se tocaba con una peluca un poco desgreñada.

—Shackleton, ¿cuántos ejemplares hemos vendido hoy del libro del señor Strange? —preguntó Murray.

—Unos sesenta o setenta, diría yo.—¡Excelente!

Shackleton arrugó el entrecejo y se ajustó las gafas.

—Sí, eso parece a primera vista.

—¿Qué insinúa?

Shackleton se quitó la pluma de la oreja.

—Muchos han venido dos veces a comprar el libro.

—¡Pues aún mejor! ¡A este paso pronto superaremos a *El corsario* de lord Byron! Quizá haya que lanzar otra edición a finales de la semana que viene. —Al observar que Shackleton mantenía su gesto taciturno, agregó—: Bien, ¿qué tiene eso de malo? Los querrán para regalarlos a sus amistades.

El hombre sacudió la cabeza, con lo que brincaron las mechassueltas de su peluca.

—Es muy raro. Nunca había visto cosa parecida.

Se abrió la puerta y entró en la librería un joven. Era delgado y de corta estatura. De facciones regulares, habría resultado bien parecido de no ser por sus lamentables maneras. Era una de esas personas que no son capaces de mantener sus exaltadas ideas en el interior de su cabeza, sino que van exhibiéndolas, para disgusto de los circunstantes. Iba hablando solo y haciendo visajes. En un breve momento, pasó de la sorpresa al agravio, a la determinación y el furor, emociones provocadas sin duda por las vehementes conversaciones que sostenía con los imaginarios interlocutores que poblaban su cabeza.

Las tiendas, y muy en especial las tiendas de Londres, suelen ser visitadas por

dementes, y Murray y Shackleton se pusieron en guardia de inmediato. No se mitigaron sus recelos cuando el joven, clavando en Shackleton la mirada de sus ojos azules, exclamó:

—¡Esto es dar buen trato a los clientes! ¡Esto es cortesía! —Luego, dirigiéndose al señor Murray, agregó—: ¡Permítame una advertencia, caballero! No compre libros aquí. ¡Son unos embusteros y unos ladrones!

—¿Embusteros y ladrones? Está usted en un error, caballero. Sin duda podremos convencerlo de ello.

—¡Ja! —soltó el joven dedicándole una mirada de astucia, como si acabase de comprender que no era otro cliente, como él había supuesto en un principio.

—Soy el dueño de este establecimiento —explicó Murray rápidamente—. Aquí no se roba a nadie. Explíqueme lo sucedido y con mucho gusto lo atenderé. Tiene que haber un error, estoy seguro.

Pero las corteses palabras del editor no aplacaron la indignación del joven, que replicó:

—¿Va usted a negarme, caballero, que su establecimiento emplea a un mago rufián y embaucador...? ¿Un mago llamado Strange?

Murray empezó a decir que Strange era, en efecto, uno de sus autores, pero el joven no tenía paciencia para escuchar.

—¿Me negará usted, caballero, que el señor Strange ha encantado sus libros para hacerlos desaparecer, a fin de que uno tenga que comprar otro y luego otro? —Agitó el dedo mirando a Shackleton con malicia—: ¿Va usted a decir que no me recuerda?

—No, señor; lo recuerdo perfectamente. Fue uno de los primeros en comprar un ejemplar de *Historia y práctica de la magia inglesa*, y al cabo de una semana compró otro.

El joven abrió mucho los ojos.

—¡Tuve que comprar otro! —exclamó con indignación—. ¡El primero desapareció!

—¿Desapareció? —preguntó Murray con extrañeza—. Si perdió usted su libro, señor... hum, lo siento, pero no comprendo cómo puede culpar de ello al que se lo vendió.

—Me llamo Green. Y no perdí el libro. Desapareció. Las dos veces. —Suspiró como el que se ha dado cuenta de que tiene que habérselas con débiles mentales—. Cuando llegué a casa con el primer ejemplar, lo dejé en una mesa, sobre la caja en que guardo mis navajas y útiles de afeitar. —Hizo ademán de dejar el libro sobre la caja—. Luego puse encima el periódico, un candelabro de latón y un huevo.

—¿Un huevo? —preguntó Murray.

—¡Un huevo duro! Pero cuando regresé, ¡al cabo de diez minutos!, el periódico estaba encima de la caja y el libro se había esfumado. El huevo y el candelabro

seguían en el mismo sitio. Una semana después, como dice su dependiente, volví a comprar otro ejemplar. Lo llevé a casa, lo puse en la repisa de la chimenea, debajo del *Diccionario de cirugía práctica* de Cowper y de la tetera. Pero al coger la tetera para preparar té, moví sin querer los libros, que cayeron en el cesto de la ropa sucia. El lunes, Jack Boot, mi criado, echó la ropa sucia en el cesto. El martes fue la lavandera a buscar la ropa, y en el fondo del cesto estaba el Diccionario, ¡pero *Historia y práctica de la magia inglesa* había desaparecido!

La exposición de los hechos revelaba ciertas pequeñas excentricidades en la organización doméstica del señor Green que acaso encerrasen una explicación de lo ocurrido.

—¿No podría ser que usted se haya confundido acerca de dónde lo puso? —apuntó Shackleton.

—¿O que la lavandera se lo llevara entre las sábanas? —sugirió Murray.

—¡No, no!

—¿Quizá alguien lo tomó prestado? ¿O lo cambió de sitio? —insinuó Shackleton. Green pareció asombrado por la sugerencia.

—¿Quién?

—Pues... no sé. ¿La señora Green? ¿El criado?

—¡No existe tal señora Green! ¡Vivo solo! ¡Salvo por Jack Boot, y Jack Boot no sabe leer!

—¿Pues algún amigo?

Green pareció querer decir que nunca había tenido amigos.

Murray suspiró.

—Shackleton, dele al señor Green otro ejemplar y devuélvale lo que pagó por el segundo. Señor Green, celebro que el libro le guste tanto como para desear comprar otro.

—¡Gustarme! —exclamó, más asombrado aún—. ¡No sé si me gusta o no! Todavía no he podido abrirlo.

Cuando el hombre se fue, Murray empezó a hacer comentarios jocosos sobre cestos de ropa sucia y huevos duros, pero Shackleton, habitualmente amigo de los chistes, no parecía dispuesto a seguirle la broma. Con gesto de preocupación, insistió varias veces en que algo muy raro estaba ocurriendo.

Media hora después, Murray se encontraba en su despacho del piso superior, con la mirada fija en la estantería. Al volver la cabeza, vio a Shackleton.

—Ha vuelto —dijo Shackleton.

—¿Qué?

—Green. También ha perdido este libro. Lo llevaba en el bolsillo derecho, y cuando llegó a Great Pulteney Street había desaparecido. Desde luego, le he dicho que Londres está lleno de rateros, pero debe usted reconocer...

—¡Sí, sí! No siga. Mi propio ejemplar se ha esfumado. ¡Mire! Lo había puesto aquí, entre *Flim-Flams* de D'Israeli y *Emma* de la señorita Austen. Fíjese en el hueco. ¿Qué está sucediendo, Shackleton?

—Es magia. Hace rato que pienso en ello y creo que Green no anda equivocado. Tiene que haber algún hechizo que actúa sobre ese libro y sobre nosotros.

—¡Un hechizo! —Murray abrió mucho los ojos—. Sí, eso ha de ser. Nunca había sentido la magia directamente. No creo que tenga prisa en volver a sentirla. Es inquietante, muy desagradable. ¿Cómo va uno a saber qué hacer si las cosas no se comportan como deben?

—Yo, en su lugar, empezaría por preguntar a otros librereros si también les desaparecen los libros. Así, por lo menos, sabremos si el problema es general o sólo nuestro.

Parecía un buen consejo. Así pues, dejando la tienda al cuidado del escribiente, Murray y Shackleton se pusieron el sombrero y salieron a la lluvia y el viento. La librería más cercana era la de Edwards y Skittering, en Piccadilly. Al entrar, tuvieron que hacerse a un lado para dejar paso a un lacayo que vestía una librea azul. El hombre sacaba de la tienda un gran montón de libros.

Murray apenas tuvo tiempo de pensar que tanto la cara como la librea le resultaban familiares cuando el hombre ya había desaparecido de su vista.

Dentro encontraron al señor Edwards en acalorada conversación con John Childermass. Cuando Murray y Shackleton entraron, Edwards se volvió para mirarlos con expresión contrita. Childermass, por el contrario, era el de siempre.

—¡Ah, señor Murray! —dijo—. Me alegro de verlo. Así me ahorraré un paseo bajo la lluvia.

—¿Quiere decirme qué sucede? ¿Qué están haciendo ustedes?

—¿Haciendo? El señor Norrell está comprando libros. Eso es todo.

—¡Ja! Si su amo pretende impedir que el libro del señor Strange llegue al público comprando todos los ejemplares, pierde el tiempo. El señor Norrell es rico, pero tendrá que gastarse toda su fortuna, porque yo puedo imprimir más ejemplares de los que él pueda comprar.

—No, señor. En eso se equivoca.

Murray le dijo a Edwards:

—¡Robert, Robert! ¿Por qué te dejas avasallar de esta manera?

El pobre hombre estaba muy compungido.

—Lo siento, señor Murray, pero los libros desaparecían. He tenido que devolver el dinero a más de treinta personas. Iba a sufrir grandes pérdidas. Y ahora el señor Norrell se ha ofrecido a comprarme todas las existencias del libro de Strange a un precio justo, de manera que yo...

—¿Justo? —exclamó Shackleton, incapaz de contenerse—. ¿Justo? Me gustaría

saber qué tiene esto de justo. ¿Quién cree usted que está haciendo que desaparezcan los libros?

—¡Eso! —corroboró Murray—. No irá usted a negar que esto es obra de Norrell, ¿verdad, señor Childermass?

—No, no. Al contrario, el señor Norrell está deseoso de declararse responsable. Tiene una larga lista de razones y con gusto las expondrá a todo el que desee saberlas.

—¿Y qué razones son?

—Oh, pues las de siempre, supongo —dijo, mostrándose evasivo por primera vez—. Estamos redactando una carta en la que se explica todo.

—¿Y usted cree que me bastará con eso? ¿Con una disculpa por escrito?

—¿Una disculpa? Dudo que sea una disculpa.

—Pienso hablar con mi abogado esta misma tarde.

—Es natural. No esperábamos otra cosa. De todos modos, no es intención del señor Norrell hacer que usted pierda dinero. En cuanto pueda presentarme la cuenta de todos los gastos que le ha ocasionado la publicación del libro del señor Strange, estoy autorizado a entregarle un cheque bancario por el total.

Eso era inesperado. A Murray le hubiera gustado darle a Childermass una ruda negativa, pero, por otra parte, comprendía que Norrell iba a impedirle ganar mucho dinero y debía compensarlo por ello.

Shackleton le dio un discreto codazo, para advertirle que no se precipitara.

—¿Y los beneficios? —preguntó Murray, tratando de ganar un poco de tiempo.

—Ah, desea que también entren en el cálculo, ¿eh? Supongo que es lo justo. Hablaré con el señor Norrell. —Con estas palabras, Childermass se inclinó y salió de la tienda.

Murray y Shackleton no tenían por qué seguir allí. Cuando estuvieron en la calle, Murray dijo:

—Vaya a Thames Street. —Allí estaba el almacén donde guardaba las existencias—. Vea si queda algún libro del señor Strange. No se fíe de la palabra de Jackson. Haga que se los enseñe. Dígale que necesito saber el número exacto antes de una hora.

Cuando Murray regresó a Albermarle Street, encontró a tres jóvenes en la tienda. Al verlo entrar, cerraron los libros que estaban hojeando, lo rodearon y empezaron a hablar todos a la vez. Murray, naturalmente, supuso que habían acudido por el mismo motivo que el señor Green. Como dos de ellos eran muy altos y todos le gritaban, se asustó y le hizo una seña al escribiente para que fuera en busca de auxilio. El muchacho se quedó donde estaba, contemplando la escena con expresión de insólito interés.

Ciertas exclamaciones un tanto violentas de los jóvenes, tales como «malvado desesperado» y «abominable bellaco», en nada contribuyeron a tranquilizar al señor

Murray, hasta que al cabo de unos instantes empezó a comprender que no lo insultaban a él sino a Norrell.

—Les ruego me perdonen, caballeros —les dijo—, pero si no fuera mucha molestia, me pregunto si tendrían la amabilidad de informarme de quiénes son ustedes.

Los jóvenes lo miraron con gesto de sorpresa. Ellos suponían que ya eran lo bastante conocidos. Se presentaron. Eran Henry Purfois, HadleyBright y Tom Levy, los tres alumnos de Strange en situación de espera.

Henry Purfois y William Hadley-Bright eran altos y bien parecidos, mientras que Tom Levy era de compleción pequeña y delgada, y pelo y ojos oscuros. Como ya se ha mencionado, Hadley-Bright y Purfois eran caballeros de la aristocracia inglesa y Tom era un ex maestro de baile de ascendencia hebrea. Afortunadamente, Hadley-Bright y Purfois apenas reparaban en diferencias de clase y linaje. Como sabían que Tom era el más listo de los tres, solían cederle la iniciativa en materia de magia y, aparte de llamarlo Tom a secas (mientras él los trataba de señor Purfois y señor Hadley-Bright) y esperar que recogiera los libros que ellos dejaban tirados, no tenían inconveniente en tratarlo como a un igual.

—¡No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras ese malvado, ese monstruo, destruye la gran obra del señor Strange! —declaró Henry Purfois—. ¡Dénos algo que hacer, señor Murray! ¡Es todo lo que pedimos!

—Y si ese algo comporta atravesar al señor Norrell con un sable bien afilado, tanto mejor —agregó William Hadley-Bright.

—¿Alguno de ustedes podría ir tras el señor Strange y hacer que volviera? —preguntó Murray.

—¡Oh, sin duda! ¡Hadley-Bright es su hombre para la misión! —declaró Purfois—. Fue uno de los ayudantes de campo del duque en Waterloo. Nada le gusta tanto como ir de un lado a otro montado a caballo a una velocidad increíble.

—¿Sabe adónde ha ido el señor Strange? —preguntó Tom Levy.

—Hace dos semanas estaba en Ginebra —dijo Murray—. Esta mañana me ha llegado una carta suya. Quizá continúe allí. O quizá haya seguido viaje a Italia.

Se abrió la puerta y entró Shackleton con la peluca cuajada de gotitas de lluvia, como si se hubiera entretenido adornándola con infinidad de cuentas de vidrio.

—Todo en orden —le dijo con énfasis a Murray—. Los libros siguen en las pacas.

—¿Los ha visto con sus propios ojos?

—Sí, señor. Imagino que se necesitará mucha magia para hacer que desaparezcan diez mil libros.

—Me gustaría ser tan optimista —terció Tom Levy—. Perdone, señor Murray, pero, por lo que sé del señor Norrell, una vez que se impone una tarea, no cesa hasta terminarla. No creo que tengamos tiempo para esperar a que regrese el señor Strange.

Shackleton parecía sorprendido de oír a alguien pronunciarse con tanta seguridad en cuestiones de magia.

Murray se apresuró a presentarle a los tres alumnos de Strange.

—¿Cuánto tiempo cree que tenemos? —le preguntó a Tom.

—¿Un día? ¿Dos a lo sumo? Desde luego, no el necesario para encontrar al señor Strange y lograr que regrese. Señor Murray, creo que debería dejar este asunto en nuestras manos. Hemos de tratar de encontrar un hechizo para contrarrestar la magia del señor Norrell.

—¿Existen tales hechizos? —preguntó Murray mirando a los tres aprendices de magos con gesto de duda.

—¡Oh, a cientos! —respondió Henry Purfois.

—¿Saben alguno?

—Sabemos algunos —dijo William Hadley-Bright—. Probablemente, entre todos podríamos formular uno que fuera aceptable. ¡Sería magnífico que cuando el señor Strange regresara del continente, nosotros hubiéramos salvado su libro! ¡Supongo que eso le haría abrir los ojos!

—¿Qué os parece el invisible nosequé y nosecuántos de Pale? —preguntó Henry Purfois.

—Ya sé a qué te refieres —dijo William Hadley-Bright.

—Es un proceso del doctor Pale realmente notable —informó Henry Purfois a Murray—. Invierte un hechizo infligiéndolo en aquel que lo lanzó. Los libros del señor Norrell desaparecerían o quedarían con las páginas en blanco! Lo tiene merecido, al fin y al cabo.

—No estoy seguro de que el señor Strange se alegrara si, a su regreso, se encontrara con que habíamos destruido la mejor biblioteca mágica de Inglaterra —dijo Tom—. Además, para realizar el hechizo de invisible reflujo y protección de Pale, tendríamos que construir un *quiliphon*.

—¿Un qué? —preguntó Murray.

—Un *quiliphon* —repitió William Hadley-Bright—. En las obras del doctor Pale se describen muchas máquinas para la práctica de la magia. Creo que su aspecto está entre el de una trompeta y un tenedor para tostar pan...

—Y en la parte de arriba tiene cuatro globos de metal que van dando vueltas —agregó Henry Purfois.

—Ya entiendo.

—Tardaríamos demasiado en fabricar un *quiliphon* —dijo Tom Levy con firmeza—. Propongo centrar la atención en la profilaxis de De Chepe⁴. Puede practicarse con rapidez y, realizada correctamente, neutralizaría la magia de Norrell durante un tiempo, el suficiente para hacer llegar un mensaje al señor Strange.

En ese momento se abrió la puerta y entró en la tienda un individuo desaliñado y

con delantal de cuero. Un poco cohibido al sentir la mirada de todos los presentes, el hombre hizo una pequeña reverencia, le entregó un papel a Shaddeton y escapó rápidamente.

—¿Que es, Shackleton? —preguntó Murray.

—Un mensaje de Thames Street. Han abierto los libros. Todos están en blanco, no queda ni una palabra en ninguna de sus páginas. Lo siento, señor, pero *Historia y práctica de la magia inglesa* ya no existe.

William Hadley-Bright hundió las manos en los bolsillos y emitió un silbido por lo bajo.

A medida que transcurrían las horas, resultaba evidente que no quedaba en circulación ni un solo ejemplar del libro de Strange. Hadley-Bright y Purfois decidieron desafiar a un duelo a Norrell, hasta que Murray les hizo comprender que el mago era un señor mayor que hacía poco ejercicio y al que nunca se había visto con una espada o una pistola en la mano. Bajo ningún concepto podía considerarse justo ni razonable que hombres en la plenitud de sus fuerzas (uno de ellos militar) pretendieran que se batiese con ellos. Hadley-Bright y Purfois convinieron en eso sin reservas, pero Purfois no pudo menos que buscar entre los presentes a una persona de decrepitud similar a la de Norrell. Su mirada se posó en Shackleton especulativamente.

Aparecieron otros amigos de Strange a condolerse con Murray y manifestar su indignación por el comportamiento de Norrell. Lord Portishead informó de las dos cartas que había enviado: una al señor Norrell, retirándole su amistad, y otra al señor Lascelles, dimitiendo del cargo de director de *Amigos de la Magia Inglesa* y anulando su suscripción.

—De ahora en adelante, caballeros —les dijo a los discípulos de Strange—, estoy a su lado.

Los discípulos de Strange le aseguraron que había hecho lo correcto y que nunca tendría que arrepentirse.

A las siete llegó Childermass. Entró en la concurrida librería con la compostura con que hubiera podido entrar en una iglesia.

—Bien, señor Murray, ¿a cuánto ascienden sus pérdidas? —Sacó del bolsillo un cuadernito, tomó una pluma del escritorio y la mojó en el tintero.

—Guarde su libreta, señor Childermass. No quiero su dinero.

—¿No? Debería ser más sensato y no dejarse influir por estos caballeros. Algunos son jóvenes y aún no tienen responsabilidades... —Lanzo una fría mirada a los tres discípulos de Strange y a los varios oficiales de uniforme que deambulaban por la librería—. Otros son ricos y para ellos nada suponen cien libras más o menos. —Miró a lord Portishead—. Pero usted, señor Murray, es un hombre de negocios, y para usted los negocios han de ser lo más importante.

—¡Ja! —El editor cruzó los brazos y miró triunfalmente a Childermass con su único ojo bueno—. Usted imagina que necesito el dinero con desesperación, pero se equivoca. Durante toda la tarde están llegándome de los amigos del señor Strange ofertas de préstamos. ¡Creo que si quisiera, podría abrir otro negocio! Pero deseo que lleve al señor Norrell un mensaje de mi parte. Es éste: al final, él tendrá que pagar, pero lo hará según nuestras condiciones, no las suyas. Pensamos obligarlo a sufragar la nueva edición. Y también costeará los anuncios del libro de su rival. Eso va a dolerle más que nada, imagino.

Oh, sí, suponiendo que tal cosa llegue a ocurrir —replicó Childermass secamente. Fue hacia la puerta, donde se paró y se quedó mirando la alfombra un momento, como si debatiera consigo mismo—. Quiero decirle algo —agregó—. A pesar de lo que pueda parecer, el libro no está destruido. He preguntado a las cartas si queda algún ejemplar. Al parecer, hay dos. Strange tiene uno y Norrell el otro.

Durante el mes siguiente, Londres no habló de nada más que del asombroso acto realizado por el señor Norrell, pero las opiniones estaban divididas respecto a si había que buscar la causa en el carácter pernicioso del libro de Strange o en el resentimiento de Norrell. Los que habían comprado el libro estaban furiosos por haber sido despojados, y en nada contribuyó a aplacarlos el que Norrell enviara a sus criados a entregarles una guinea (el importe del libro) y una carta en la que exponía sus razones para haberlo hecho desaparecer. Muchos se sintieron insultados y algunos llamaron a sus abogados para iniciar un litigio contra Norrell⁵.

En septiembre, los ministros regresaron del campo a Londres y, naturalmente, los extraordinarios actos de Norrell constituyeron uno de los principales temas de conversación de su primera reunión.

—Cuando decidimos emplear al señor Norrell para que practicara la magia por encargo nuestro —dijo uno—, no pretendíamos autorizarlo a introducir sus hechizos en casa de la gente para que afectaran a sus posesiones. En cierto modo, es una lástima que no contemos con ese tribunal de la magia del que siempre está hablando. ¿Cómo se llama?

—Los *Cinque Dragownes* —dijo sir Walter Pole.

—Supongo que habrá incurrido en algún tipo de delito mágico, ¿no?

—Oh, sin duda. Pero no tengo idea de cuál. John Childermass debe de saberlo, pero dudo que quiera decírnoslo.

—No importa, en los tribunales ordinarios se han presentado varias demandas contra él por robo.

—¿Robo? —dijo otro ministro con sorpresa—. ¡Me parece escandaloso que un hombre que tantos servicios ha prestado al país sea acusado de tan vil delito!

—¿Por qué? —preguntó el primero—. Él se lo ha buscado.

—El problema estriba en que cuando se lo invite a defenderse, él responderá hablando de la naturaleza de la magia inglesa. Y no hay nadie que sea competente para debatir sobre ese tema aparte de Strange. Creo que debemos tener paciencia y esperar a que Strange regrese.

—Lo cual plantea una nueva cuestión —apuntó otro—. Sólo hay dos magos en Inglaterra. ¿Cómo elegir entre los dos? ¿Quién puede decir cuál de ellos tiene razón y cuál está equivocado?

Los ministros intercambiaron miradas de perplejidad.

Únicamente lord Liverpool, el primer ministro, estaba impávido.

—Los conoceremos como conocemos a otros hombres —afirmó—. Por el fruto que den⁶.

Siguió una pausa, durante la cual los ministros tuvieron ocasión de meditar sobre el hecho de que los frutos que estaba dando el señor Norrell no eran muy recomendables: arrogancia, robo y malicia.

Se acordó que el ministro del Interior hablara con Lascelles en privado para pedirle que trasladara al señor Norrell el vivo disgusto del primer ministro y del resto del gabinete por lo que había hecho.

No parecía haber más que decir, pero los ministros no fueron capaces de abandonar el tema sin incurrir en cierto chismorreó. Todos estaban enterados de que lord Portishead había roto con Norrell, pero sir Walter pudo informarles de que Childermass, que hasta aquel momento había sido la sombra de su amo, parecía haber dejado de comulgar con sus ideas, y había manifestado ante un grupo de amigos de Strange un criterio independiente al asegurarles que el libro no había sido destruido. Sir Walter suspiró profundamente.

—No puedo evitar pensar que, en muchos aspectos, esto es lo peor de todo. Norrell nunca supo juzgar a las personas, y sus mejores amigos se han apartado de él: Strange, John Murray y, ahora, lord Portishead. Si Childermass y Norrell se pelean, sólo le quedará Henry Lascelles.

Aquella noche, todos los amigos de Strange se sentaron a escribirle cartas llenas de indignación. Las cartas tardarían dos semanas en llegar a Italia, pero Strange viajaba continuamente, por lo que muy bien podían no llegar a sus manos hasta pasadas otras dos semanas. En un principio, los amigos de Strange confiaban en que, tan pronto las leyera, regresaría a Inglaterra ardiendo de ira, deseoso de pelear con Norrell en los tribunales y los periódicos. Pero en septiembre recibieron noticias que les hicieron pensar que, después de todo, tal vez tuvieran que esperar algún tiempo.

Mientras Strange viajaba hacia Italia, su estado de ánimo parecía bastante bueno en general, a juzgar por el tono ameno y desenfadado de sus misivas. Pero una vez hubo llegado, cambió de humor. Por primera vez desde la muerte de Arabella, no tenía trabajo ni ocupación que lo distrajera de su soledad. Nada de lo que veía le

gustaba, y durante varias semanas pareció que sólo en un constante cambio de escenario podía encontrar alivio para su tristeza². A primeros de septiembre llegó a Génova. El lugar le gustó más que otras ciudades italianas y se quedó casi una semana. Durante ese tiempo, una familia inglesa se instaló en el hotel donde él se hospedaba. Aunque, hablando con sir Walter, Strange había declarado su intención de rehuir el trato con ingleses durante su viaje, trabó conocimiento con esa familia. Al poco, en sus cartas a Inglaterra hacía grandes elogios de las maneras, la inteligencia y la simpatía de los Greysteel. Al final de la semana se marchó a Bolonia, pero al no hallar allí aliciente alguno, regresó a Génova, con intención de permanecer en aquella ciudad con los Greysteel hasta fin de mes, y luego viajar con ellos a Venecia.

Naturalmente, los amigos de Strange se alegraban de que hubiera encontrado compañía de su agrado, pero no dejaban de intrigarlos las alusiones que él hacía a la hija de la familia, joven y soltera, cuya compañía parecía ser muy de su agrado. Varios tuvieron la misma idea al mismo tiempo: ¿y si volviera a casarse? Una esposa joven y bonita sería buen remedio para su melancolía y, aún mejor, lo distraería de aquella magia tenebrosa e inquietante que tanto lo atraía.

No era Strange la única espina que Norrell tenía clavada en el costado. Un caballero llamado Knight había abierto una escuela para magos en Henrietta Street, en Covent Garden. El señor Knight no practicaba la magia, ni lo pretendía. En su anuncio ofrecía a los jóvenes «una sólida Enseñanza de la Teoría de la Magia y de la Historia de la Magia Inglesa, según los mismos principios por los que se guió el señor Norrell, nuestro Mago más Eminente, en la instrucción de Jonathan Strange, su Ilustre Discípulo». Lascelles le escribió al señor Knight una carta en la que, en muy duros términos, afirmaba que su escuela no podía basarse en los mencionados principios, puesto que éstos sólo eran conocidos por los señores Norrell y Strange. Y lo amenazaba con denunciarlo por fraude si no cerraba la escuela de inmediato.

Knight contestó con una carta en la que, cortésmente, se permitía disentir. Decía que, por el contrario, el método de enseñanza del señor Norrell era bien conocido. Remitía al señor Lascelles a la página 47 del número de otoño de 1810 de *Amigos de la Magia Inglesa*, en la cual lord Portishead aseguraba que la única base para la instrucción de nuevos magos que tenía la aprobación del señor Norrell era la diseñada por Francis Sutton-Grove. Knight (que se declaraba sincero admirador de Norrell) había adquirido un ejemplar de *De Generibus Artium Magicarum Anglorum* de Sutton-Grove y lo había estudiado. Aprovechaba la oportunidad para preguntar si el señor Norrell le haría el honor de aceptar ser Tutor Invitado de la escuela y dar en ella conferencias, etcétera. Su intención era instruir a cuatro jóvenes, pero había recibido tal alud de solicitudes que se había visto obligado a alquilar otra casa y contratar a más maestros. Además, Knight proyectaba abrir otras escuelas en Bath, Chester y Newcastle.

Casi peor que las escuelas eran las tiendas. Varios establecimientos de Londres habían empezado a vender filtros mágicos, espejos mágicos y fuentes de plata que, según afirmaban los fabricantes, habían sido diseñadas especialmente para ver visiones. Norrell hacía cuanto podía para detener aquel tráfico, con diatribas en *Amigos de la Magia Inglesa*. Convenció a los directores de otras revistas de magia sobre los que tenía influencia para que publicaran artículos desmintiendo que existieran, y que jamás hubieran existido, los espejos mágicos, y declarando que la magia que obraban los magos con espejos (que, en cualquier caso, era poca y no merecía su aprobación) se hacía con espejos corrientes. A pesar de todo, los artículos mágicos seguían agotándose apenas los comerciantes los ponían a la venta, y algunos pensaban en abandonar otras mercancías para dedicar toda la tienda a la mercancía mágica.

51. Una familia llamada Greysteel (Octubre a noviembre de 1816)

Campo Santa Maria Zobenigo,

Venecia 16 de octubre de 1816

De Jonathan Strange a sir Walter Pole

Abandonamos terra ferma en Mestre. Había dos góndolas. La señorita Greysteel y su tía debían embarcar en una y el doctor y yo, en la otra. Pero ya fuera por la opacidad del italiano con que lo expliqué a los gondolieri, ya porque la distribución de las sombrereras y los baúles de la señorita Greysteel impuso otra disposición, lo cierto es que la primera góndola se alejó por la laguna llevando a bordo a todos los Greysteel y dejándome a mí en tierra. El doctor Greysteel asomó la cabeza y estuvo vociferando disculpas hasta que su hermana —que me parece le tiene miedo al agua— tiró de él. Era un incidente trivial, pero me alarmó, y durante unos momentos fui presa de morbosos temores e imaginaciones. Miré mi góndola. Mucho se ha dicho, ya lo sé, acerca del fúnebre aspecto de estos artilugios, que tienen tanto de ataúd como de embarcación, pero mi impresión era otra. Me recordaban las cajas mágicas de mi infancia, que también estaban pintadas de negro y tenían cortinillas negras, en las que los brujos de feria metían los pañuelos, monedas y guardapelos de los campesinos. A veces, las prendas no se recuperaban —por lo que el brujo pedía perdón, «... pero los duendes, caballero, son criaturas atolondradas e irritantes»—. Y todas las niñeras y todas las ayudantas de cocina que conocí de niño tenían una tía que conocía a una mujer que tenía un primo que tenía un hijo al que habían metido en una de aquellas cajas y al que no habían vuelto a ver. Mientras estaba en el muelle de Mestre, me asaltó la extraña idea de que cuando los Greysteel llegaran a Venecia y descorrieran las cortinillas de la góndola que hubiera debido llevarme a mí, no encontrarían nada en su interior. Llegó a obsesionarme de tal modo esa idea que, durante varios minutos, fui incapaz de pensar en otra cosa, y hasta tenía lágrimas en los ojos, lo que creo puede dar idea de lo nervioso que estoy. Es ridículo que a un hombre le dé por pensar que va a desaparecer. Anohecía, y nuestras dos góndolas eran negras como la noche y casi igual de tristes. El cielo tenía el azul más pálido y frío que quepa imaginar. No había brisa, o apenas, y el agua no era sino el espejo del cielo. Había espacios inmensos de luz quieta y fría arriba y espacios inmensos de luz quieta y fría abajo. La ciudad que se extendía ante nuestros ojos no recibía luz ni del cielo ni de la laguna, y era como una franja de torres y cúpulas de sombra acribillada de luces diminutas sobre el agua opalescente.

Cuando nos adentramos en Venecia, vimos las aguas cubiertas de desperdicios; astillas, heno, cáscaras de naranja y tallos de col. Al mirar abajo, por un momento vi una mano espectral —fue sólo un momento—, pero creí que debajo de las sucias aguas una mujer trataba de emerger a la superficie. Desde luego, era sólo un guante blanco, pero el susto que me llevé fue grande. De todos modos, no debe usted preocuparse por mí. Me hallo muy ocupado trabajando en el segundo tomo de Historia y práctica de la magia inglesa, y cuando no trabajo, estoy con los Greysteel, que son justo la clase de personas que también a usted le gustarían: joviales, independientes y bien informados. Confieso que me siento un poco inquieto por no haber recibido todavía noticias de la acogida que tuvo el primer tomo de mi libro. Estoy relativamente seguro de que habrá sido un gran éxito. Sé que, al leerlo, N. cayó al suelo con un ataque de envidia, echando espuma por la boca. No obstante, me gustaría que alguien me lo confirmara por escrito.

Campo Santa Maria Zobenigo,

Venecia 27 de octubre de 1816

De Jonathan Strange a John Murray

... por ocho personas diferentes de lo que ha hecho Norrell. Oh, sí, podría estar furioso. Podría, imagino, gastar la pluma y las energías con una larga diatriba, pero ¿para qué? No permitiré que ese hombrecillo insolente gobierne mis actos. Regresaré a Londres a principios de la primavera, como tenía planeado, y lanzaremos una nueva edición. Buscaremos abogados. Si él tiene amigos, amigos tengo yo. Que diga delante del juez (si se atreve) por qué cree que los ingleses son como niños que no pueden saber las cosas que sabían sus abuelos. Y si se atreve a volver a usar la magia contra mí, la contrarrestaremos, y al fin veremos quién es el mago más grande de la época. Y creo, señor Murray, que haría usted bien en imprimir muchos más ejemplares que la vez anterior. Éste ha sido uno de los actos de magia más tristemente célebres de Norrell y estoy seguro de que el público querrá ver el libro que lo impulsó a obrarlo. Por cierto, en la nueva edición habrá que hacer correcciones: hay erratas garrafales, sobre todo en los capítulos 6 y 42...

Harley Street,

Londres 1 de octubre de 1816

De sir Walter Pole a Jonathan Strange

... un tal Titus Watkins, librero de St. Paul's Churchyard, ha impreso un libraco que vende como la perdida Historia y práctica de la magia inglesa de Strange. Lord Portishead dice que una parte está copiada de Absalom¹ y la otra son tonterías. Portishead no sabe cuál de las dos partes le parecerá a usted más insultante, si la de Absalom o las tonterías. Él, como el buen tipo que es, desmiente este infundio dondequiera que va, pero son numerosas las personas que se han dejado engañar, y Watkins ha ganado mucho dinero, desde luego. Me alegro de que le la señorita Greysteel le resulte tan agradable...

Campo Santa Maria Zobenigo,

Venecia 16 de noviembre de 1816

De Jonathan Strange a John Murray

Mi querido Murray:

Creo que celebrará saber que, por lo menos, algo bueno ha resultado de la destrucción de Historia y práctica de la magia inglesa: me he reconciliado con lord Byron. Milord nada sabe de las grandes controversias que dividen a la magia inglesa y, francamente, le importan menos todavía. Pero siente el mayor de los respetos por los libros. Me ha manifestado que él se mantiene siempre vigilante, por temor de que su siempre cauta pluma, señor Murray, pueda retocar alguno de sus poemas con el afán de hacer un poco más respetables algunas de sus palabras más «sorprendentes». Cuando se enteró de que todo un libro había sido eliminado por arte de magia, por un enemigo del autor, su indignación fue indescriptible. Me escribió una carta muy larga denostando a Norrell en los más vivos términos. De todas las cartas que he recibido por tan triste motivo, la suya es la que más aprecio. No hay inglés vivo que pueda compararse con milord cuando de insultar se trata. Llegó a Venecia hace una semana y nos encontramos en el Florian². Le confieso que yo estaba un poco preocupado, temiendo que lo acompañara la señora Clairmont, aquella insolente, pero, por fortuna, ella no apareció. Al parecer, la despidió hace algún tiempo. Nuestras amistosas relaciones han quedado selladas por el descubrimiento de que compartimos la afición por el billar; yo juego cuando pienso en la magia y él juega cuando urde sus poesías...

El sol era tan frío y diáfano como la nota que arranca el cuchillo a una copa de cristal. Aquella luz daba a los muros de la iglesia Santa María Formosa una blancura de concha marina, o de hueso, y tornaba las sombras que se recortaban en las losas del suelo azules como el mar.

Se abrió la puerta de la iglesia y un pequeño grupo salió al campo. Aquellas

damas y aquellos caballeros eran visitantes de la ciudad de Venecia que habían estado contemplando el interior de la iglesia, sus altares y objetos de interés, y ahora que ya estaban fuera del templo rompieron a hablar, llenando con su animada conversación el silencio de la plaza adormecida por el chapoteo del agua. No se cansaban de elogiar las fachadas de las casas, que encontraban magníficas. Pero más aún parecía encantarles el lamentable deterioro que mostraban los edificios, los puentes y la iglesia. Ellos eran ingleses, y, a sus ojos, la decadencia de otras naciones era lo más natural del mundo. Perteneían a una raza tan sensible a sus propias cualidades (y tan escéptica respecto a las de todas las demás) que no les hubiera sorprendido descubrir que los venecianos habían permanecido ignorantes de las bellezas de su propia ciudad hasta que llegaron los ingleses a decirlos lo hermosa que era.

Una de las señoras, agotados los elogios, se puso a hablar del tiempo con la otra.

—Es curioso, querida, pero antes, en la iglesia, mientras tú y el señor Strange contemplabais las pinturas, me asomé a la puerta y me pareció que estaba lloviendo. Temía que te mojaras.

—No, tía. Mira, el suelo está completamente seco. No hay ni una gota en las losas.

—Cierto, querida. De todos modos, espero que no te moleste este viento. Es un poco desagradable cuando te da en las orejas. Si quieres, les decimos a tu padre y al señor Strange que anden un poco más aprisa.

—Muchas gracias, tía, pero estoy perfectamente. Me gusta la brisa, me gusta el olor a mar; aclara el cerebro, los sentidos, todo. ¿Quizá a ti te molesta, tía?

—Oh, nada de eso. A mí no me afectan estas cosas, soy fuerte. Lo decía por ti.

—Ya lo sé, tía —repuso la joven. Quizá se daba cuenta de que el sol y la brisa que acentuaban los encantos de Venecia, que tornaban tan azules sus canales y daban a sus mármoles aquel esplendor casi místico, hacían con ella otro tanto, o casi. Nada como la rápida sucesión de sol y sombra para revelar la calidad translúcida de su piel. Nada podía favorecer tanto su figura como aquella brisa que agitaba la muselina blanca de su vestido.

—Ah, tu padre está enseñándole algo nuevo al señor Strange. ¿Quieres que vayamos a verlo, Flora?

—Ve tú, tía. Yo ya he visto bastante.

La mujer se alejó con paso rápido hacia el otro extremo del campo y la señorita Greysteel fue despacio hacia el pequeño puente blanco que había a un lado de la iglesia. Hincó con impaciencia la punta de su blanca sombrilla entre las blancas piedras del pavimento, mientras murmuraba para sí:

—Ya he visto bastante. ¡Vaya si he visto bastante! —La repetición de esta misteriosa exclamación, lejos de aliviar su pesadumbre, pareció acentuar su melancolía e incrementar los suspiros.

—Hoy está muy callada —dijo de pronto la voz de Strange.

Ella se sobresaltó. No lo creía tan cerca.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

Pero fijó la atención en la vista de la plaza y no dijo más. Strange apoyó la espalda en el pretil, cruzó los brazos y la miró sin parpadear.

—Callada —repitió— y un poco triste, creo. Por eso debo hablar con usted.

Eso la hizo sonreír a pesar suyo.

—¿Debe? —preguntó.

Pero el simple acto de sonreír y de hablarle pareció causarle dolor, y desvió la mirada con otro suspiro.

—Naturalmente. Porque cuando soy yo el que está triste, usted me habla de cosas alegres para darme ánimo. Lo mismo he de hacer yo por usted. Eso es la amistad.

—La amistad, señor Strange, es franqueza, sinceridad, creo yo.

—Ah, me considera poco comunicativo. Se lo noto en la cara. Quizá tenga razón, pero es que yo... Es decir... No; tiene razón. Pero la mía no es una profesión que se preste a...

—No pretendía criticar su profesión. Nada de eso. Cada profesión impone una forma de discreción. Eso se comprende.

—Entonces yo no la comprendo a usted.

—No importa. Deberíamos reunirnos con mi tía y papá.

—No, espere, señorita Greysteel, esto no puede quedar así. ¿Quién sino usted puede decirme en qué he fallado? Diga, ¿con quién he pecado de falta de sinceridad?

La joven tardó un momento en responder.

—¿Con su amiga de anoche, quizá? —dijo al fin, a su pesar.

—¡Mi amiga de anoche! ¿A quién se refiere?

La señorita Greysteel estaba incómoda.

—Aquella joven de la góndola que parecía tan ansiosa por hablar con usted y que lo acaparó durante media hora.

—¡Ah! —Strange sonrió y sacudió la cabeza—. No; ahí se equivoca. No es amiga mía, sino de lord Byron.

—¡Oh! —Enrojeció levemente—. Parecía muy agitada.

—No está muy satisfecha de la conducta de milord. —Se encogió de hombros—. ¿Y quién habría de estarlo? Quería saber si yo podía influir en él, y me costó trabajo convencerla de que en Inglaterra no hay, ni ha habido nunca, creo yo, magia lo bastante poderosa para eso.

—Lo he ofendido.

—Ni lo más mínimo. Me parece que ahora estamos más cerca de ese buen entendimiento que usted considera imprescindible para la buena amistad. ¿Quiere estrecharme la mano?

—Con mucho gusto.

—¿Flora? ¿Señor Strange? —llamó el señor Greysteel acercándose—. ¿Qué sucede?

La señorita Greysteel estaba un poco confusa. Para ella era de suma importancia que su tía y su padre tuvieran buena opinión del señor Strange. No quería que supiesen que ella lo había creído capaz de duplicidad. Fingiendo no haber oído la pregunta, se puso a hablar con energía de unas pinturas de la Scuola di Giorgio degli Schiavoni que tenía grandes deseos de ver.

—En realidad, está cerca. Podríamos ir ahora. Vendrá usted, supongo —le dijo a Strange.

Él le sonrió tristemente.

—Tengo trabajo.

—¿El libro? —preguntó el doctor Greysteel.

—Hoy no. Estoy tratando de descubrir la magia para invocar a un espíritu que me sirva de ayudante. He perdido la cuenta de los intentos que he hecho y de las fórmulas que he utilizado. Y sin el menor éxito, desde luego. ¡Pero ésta es la triste situación del mago moderno! Los hechizos que en otro tiempo estaban al alcance de los brujos más insignificantes de Inglaterra ahora se nos resisten y quizá nunca podamos recuperarlos. Martin Pale tenía veintiocho duendes. Yo me consideraría afortunado con uno solo.

—¡Duendes! —exclamó la tía Greysteel—. Pero se dice que son criaturas perversas. ¿Está seguro de querer cargar con una compañía tan molesta?

—Querida tía, el señor Strange sabe lo que se hace —dijo Flora.

Pero la dama estaba preocupada y, para ilustrar su punto de vista, se puso a hablar de un río que pasaba por el pueblo de Derbyshire en el que ella y el doctor se habían criado. Hacía mucho tiempo que los duendes lo habían encantado y, en consecuencia, había dejado de ser un espléndido torrente para convertirse en manso arroyo, y, aunque eso había ocurrido hacía siglos y siglos, los habitantes del pueblo aún se sentían enfadados y seguían hablando de los talleres que habrían podido construir y de las industrias que habrían podido crear si el río hubiera conservado fuerza suficiente para proveerlos de energía³.

Strange escuchó cortésmente, y cuando la señora terminó, dijo:

—¡Oh, sí, desde luego! Los duendes son perversos por naturaleza y difíciles de controlar. Si llegara a conjurar uno, tendría que vigilar muy bien con quién se relacionaba. —Lanzó una mirada a la señorita Greysteel—. De todos modos, su poder y sus conocimientos son tales que un mago no puede prescindir de su ayuda fácilmente... como no sea Gilbert Norrell. Un solo duende tiene más magia en la cabeza, en las manos y el corazón de la que pueda contener la mayor biblioteca de libros mágicos que haya existido⁴.

El doctor Greysteel y su hermana desearon a Strange que tuviera éxito con su magia, y Flora le recordó que había prometido acompañarla pronto a ver un pianoforte que, según sus noticias, ofrecía en alquiler un anticuario que vivía cerca del campo San Angelo. Los Greysteel se fueron a seguir disfrutando de los placeres que les brindaba el día mientras Strange regresaba a su alojamiento, situado cerca de Santa Maria Zobenigo.

—¿Tanto saben los duendes? —dijo la tía Greysteel—. Vaya, qué extraordinario.

Hoy en día, la mayoría de los caballeros ingleses que visitan Italia componen poesías, escriben descripciones de su viaje o hacen dibujos. Los italianos que deseen alquilar apartamentos a estos caballeros deben procurar facilitarles habitaciones donde sus huéspedes puedan dedicarse a tales ocupaciones. El casero de Strange, por ejemplo, le había destinado un sombrío cuartito del último piso. Contenía una vieja mesa con cuatro monstruos grifo por patas, un sillón de capitán de barco, un arca de madera policromada como las que pueden verse en algunas iglesias y una figura de madera de dos o tres pies de alto, colocada sobre un pilar. Representaba a un hombre sonriente que sostenía en una mano algo rojo y redondo, que tanto podía ser una manzana como una granada o una pelota. Era difícil adivinar la procedencia del caballero: demasiado risueño para santo de iglesia y no lo bastante cómico para letrero de cafetería.

El armario estaba húmedo y mohoso, por lo que Strange tenía sus libros y papeles en el suelo, formando rimeros. Pero se había hecho amigo de la figura de madera y solía hablarle mientras trabajaba. «¿Tú que opinas?», le decía, o «¿A ti qué te parece, Doncaster o Belasis?»⁵ o «¿Tú ves algo? Yo, no». Y hasta una vez, con irritación: «¡Oh! ¿Quieres callarte?»

Strange tomó un papel en el que había escrito la fórmula de un hechizo. Movié los labios como hacen los magos cuando recitan palabras mágicas. Al terminar, miró en derredor como si esperase ver en la habitación a otra persona. Pero quienquiera que fuese esa persona no apareció. Strange suspiró, hizo una bola con la fórmula y se la arrojó a la figura de madera. Tomó luego otra hoja de papel, anotó algo, consultó un libro, recogió el primer papel del suelo, lo alisó, estuvo estudiándolo media hora —sin dejar de mesarse el cabello—, volvió a arrugarlo y lo lanzó por la ventana.

Había empezado a sonar una campana. Era un son triste, que hablaba de soledad, de lugares remotos y desolados, de cielos sombríos, de vacío. Alguna de tales ideas debió de ocurrírsele a Strange, que se distrajo de lo que estaba haciendo y miró por la ventana, como para asegurarse de que Venecia no se había convertido de pronto en una ruina vacía y silenciosa. Pero fuera había el bullicio y la animación de siempre. Un agua azul que brillaba al sol, el campo poblado de gente: damas venecianas que acudían a Santa Maria Zobenigo, soldados austriacos que se paseaban cogidos del brazo mirándolo todo, comerciantes que querían venderles sus mercancías, golfillos

que se peleaban o mendigaban, gatos que iban a sus asuntos secretos.

Strange volvió al trabajo. Se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa. Salió de la habitación y regresó con un cuchillo y una pequeña palangana blanca. Con el cuchillo se hizo un corte en el brazo. Puso la jofaina en la mesa y se inclinó sobre ella, para ver si había suficiente sangre, pero la sangría debía de haberle afectado más de lo que imaginaba, porque tuvo un vahído y, al agarrarse a la mesa, tiró la jofaina. Juró en italiano (buena lengua para juramentos) y buscó con la mirada algo para limpiar la sangre.

Encima de la mesa había una tela blanca hecha un ovillo. Era un camisón que Arabella se había cosido en sus primeros años de matrimonio. Sin saber lo que era, Strange alargó la mano hacia la prenda. Casi la tocaba ya cuando Stephen Black salió de las sombras y le dio una bayeta, acompañando la acción de esa leve inclinación de la cabeza consustancial a todo criado bien adiestrado. Strange tomó la bayeta y limpió la sangre (con bastante torpeza), pero no pareció percatarse de la presencia de Stephen, que entonces recogió el camisón, lo sacudió, lo dobló cuidadosamente y lo dejó en un taburete que había en un rincón.

Strange se dejó caer en la silla, se dio un golpe con el borde de la mesa en la herida del brazo, volvió a jurar y puso la cara entre las manos.

—¿Qué hace? —preguntó Stephen Black en voz baja.

—Trata de invocarme —dijo el caballero del pelo como el vilano del cardo—. ¡Quiere hacerme preguntas sobre magia! Pero no es necesario que bajes la voz, mi querido Stephen. No puede verte ni oírte. ¡Qué ridículos son estos magos ingleses! Cómo lo complican todo. Créeme, ver a este individuo tratando de hacer magia es como ver a un hombre que se sienta a cenar con la chaqueta abrochada a la espalda, los ojos vendados y un cubo en la cabeza. ¿Cuándo me has visto a mí hacer semejantes tonterías? ¿Sacarme sangre o escribir palabras en un papel? Cuando quiero hacer algo, sencillamente le hablo al aire, o a las piedras, o al sol, o al mar, o a lo que sea, y les pido con cortesía que me ayuden. Y como mis alianzas con esos espíritus poderosos se concertaron hace miles de años, ellos cumplen muy gustosos todo lo que les pido.

—Comprendo —dijo Stephen—. Pero, aunque sea un ignorante, este mago no ha fracasado del todo, puesto que aquí está usted, ¿no, señor?

—Sí, supongo —concedió el caballero con un matiz de irritación—. ¡Pero eso no significa que la magia que me ha traído aquí no sea burda!. Además, ¿de qué le habrá servido? ¡De nada! Yo no pienso mostrarme a sus ojos y él no conoce la magia para obligarme a ello. ¡Stephen! ¡Pronto! ¡Pasa las hojas de ese libro! En la habitación no sopla ni la brisa más leve y eso lo dejará atónito. ¡Ja! ¡Fíjate cómo abre los ojos! Empieza a sospechar que estamos aquí, pero no puede vernos. ¡Ja, ja! ¡Y cómo se enfada! ¡Pellízcale la nuca! ¡Pensará que ha sido un mosquito!

52. La anciana de Cannaregio (Finales de noviembre de 1816)

ANTES de salir de Inglaterra, el doctor Greysteel había recibido una carta de un amigo de Escocia, en la que le rogaba que si iba a Venecia visitara a una anciana que residía allí. Sería una obra de caridad, decía el amigo escocés, ya que la anciana, que había sido muy rica, vivía ahora en la pobreza. Greysteel creía recordar haber oído decir que aquella dama era de ascendencia mixta y un tanto exótica, como, por ejemplo, medio escocesa y medio española o medio irlandesa y medio hebrea.

El doctor tenía previsto ir a verla, pero entre tantos hoteles, carruajes, partidas precipitadas y cambios de planes, al llegar a Venecia descubrió que había extraviado la carta de su amigo y ya no recordaba claramente su contenido. Tampoco sabía el nombre de la anciana, sólo tenía su dirección anotada en un papel.

La tía Greysteel dijo que, en tales circunstancias, lo más conveniente sería enviar una carta a la dama para comunicarle su intención de visitarla. Aunque, agregó, le extrañaría que no supieran su nombre; seguramente pensaría de ellos que eran atolondrados y negligentes. El doctor Greysteel, contrariado, sorbía aire por la nariz y se retorció las manos, pero no se le ocurría una idea mejor, por lo que escribieron la carta y se la dieron a la dueña de la pensión para que la enviara a la anciana lo antes posible.

Entonces se produjo la primera anomalía de todo aquel asunto, porque la mujer, al leer la dirección, frunció el entrecejo y, por razones que el doctor no acabó de comprender, mandó la misiva a su cuñado, que vivía en la isla de Giudecca.

Varios días después, el cuñado, un veneciano pequeño y elegante, abogado de profesión, fue a visitar a Greysteel y le informó de que había enviado la carta, como él deseaba, pero creía su deber comunicarle que la anciana vivía en el barrio de Cannaregio, el gueto judío. La carta había sido entregada a un venerable caballero hebreo. No se había recibido respuesta. ¿Cómo deseaba proceder el doctor Greysteel? El pequeño abogado veneciano lo ayudaría con mucho gusto.

Aquella tarde, la señorita Greysteel, la tía Greysteel, el doctor Greysteel y el abogado, el signor Tosetti, se deslizaron en góndola por el barrio de San Marco, donde vieron a hombres y mujeres que se disponían a acudir a las diversiones nocturnas; por delante del muelle de Santa Maria Zobenigo, donde la señorita Greysteel volvió la cabeza para mirar una ventana pequeña, iluminada por una vela, que podía ser la de Jonathan Strange; y por delante de Rialto, donde la tía Greysteel empezó a chasquear la lengua, a suspirar y desear ver más zapatos en los pies de los niños.

Desembarcaron en el Ghetto Nuovo. Todas las casas de Venecia son raras y

antiguas, pero las del gueto lo son más aún, como si la rareza y la antigüedad fueran dos de las mercancías con que comerciaba aquel pueblo de mercaderes y con ellas hubiera edificado sus casas. Todas las calles de Venecia son tristes, pero éstas tenían una melancolía especial, como si la tristeza judía y la tristeza gentil estuvieran hechas con recetas distintas. Las casas eran sencillas, y la puerta a la que llamó el signor Tosetti habría podido ser, por modesta y negra, la de cualquier templo cuáquero de Inglaterra.

Abrió un criado que los condujo a una habitación sombría, revestida de una madera vieja y reseca que olía a mar.

En la habitación había una puerta entreabierta. Desde donde se encontraba, Greysteel veía libros antiguos y deteriorados, con tapas de fina piel, candelabros de plata a los que les habían crecido más brazos que a sus congéneres ingleses, y cajas de madera pulida, de aspecto misterioso, todo lo cual supuso relacionado con la religión del caballero hebreo. Colgada de la pared había una muñeca, o marioneta, tan alta y ancha como un hombre, con unas manos y unos pies enormes, pero vestida de mujer, con la cabeza inclinada sobre el pecho, ocultando la cara.

El criado cruzó aquella puerta para ir a hablar con su amo. El doctor Greysteel le susurró a su hermana que aquel sirviente tenía un aspecto correcto. Ella respondió que sí, pero no llevaba chaqueta, y añadió que había observado que muchos criados solían presentarse en mangas de camisa, y si sus amos eran caballeros solteros, nada se hacía por corregir esa mala costumbre. La tía Greysteel no se explicaba la razón. Supuso que el caballero hebreo era viudo.

—¡Oh! —exclamó el doctor atisbando por la puerta—. Lo hemos pillado cenando.

El venerable caballero hebreo tenía una gran barba rizada, entre gris y blanca, llevaba una chaqueta negra, larga y polvorienta, y un gorro en la coronilla. Estaba sentado a una larga mesa cubierta con un immaculado mantel de hilo, del que se había introducido una buena porción en el cuello de su blusa negra, a modo de servilleta.

A la tía Greysteel la horrorizó que su hermano espicara por la rendija, y le hurgó en las costillas con la punta de la sombrilla para que se abstuviese. Pero él había ido a Italia a ver cuanto pudiera, y no comprendía por qué tenía que hacer una excepción con los caballeros hebreos y sus casas.

Aquel caballero hebreo en particular no parecía dispuesto a interrumpir su cena para recibir a una familia inglesa desconocida y, por lo que podía verse, estaba instruyendo al criado sobre lo que debía decirles.

El sirviente salió y habló con el signor Tosetti, el cual le hizo una reverencia a la tía Greysteel y le explicó que el nombre de la dama era Delgado y que vivía en el último piso de aquella misma casa. El signor Tosetti deploraba que ninguno de los criados del caballero hebreo pareciera dispuesto a acompañarlos y anunciar su visita,

pero dijo que como eran personas intrépidas, amantes de la aventura, sin duda no tendrían dificultad en llegar hasta el último piso.

El doctor Greysteel y el signor Tosetti tomaron sendas velas. La escalera ascendía hacia la oscuridad. Pasaron por delante de muchas puertas que, si bien tenían aspecto señorial, parecían extrañamente disminuidas, ya que, aunque las casas del gueto eran altas —o todo lo altas que sus dueños se habían atrevido a construirlas—, los pisos tenían techo bajo, para que cada edificio pudiera albergar el mayor número posible de vecinos. Al principio, detrás de aquellas puertas se oía hablar, y en una de las viviendas un hombre cantaba una canción triste en una lengua extraña. Más arriba, pasaron ante puertas abiertas que mostraban interiores oscuros que exhalaban un aliento frío y rancio. La última, empero, estaba cerrada. Llamaron, mas nadie contestó. Gritaron preguntando por la señora Delgado. Tampoco hubo respuesta. Y entonces, como la tía Greysteel dijo que sería tontería volver atrás después de llegar hasta allí, empujaron la puerta y entraron.

La habitación, poco más que una buhardilla, tenía toda la sordidez que podían imprimir en ella la vejez y la miseria. No había nada que no estuviera roto, desportillado o raído. Todos los colores habían palidecido u oscurecido o hecho lo necesario para tornarse grises. Por la única ventanita, abierta al aire del anochecer, se veía la luna, y parecía extraño que el astro se dignara asomar su cara blanca y limpia a aquel cuartito miserable.

Pero no era la suciedad lo que alarmó al doctor Greysteel, que se ahuecaba la corbata, se sonrojaba, palidecía y jadeaba. Si algo aborrecía el doctor eran los gatos, y la habitación estaba llena de gatos.

En medio de los animales había una figura enjuta, sentada en una silla polvorienta. Era una suerte que, como había dicho el signor Tosetti, los Greysteel fueran gente intrépida, porque la señora Delgado era una visión que hubiera alterado los nervios de personas más impresionables. Aunque estaba erguida en la silla, casi en actitud expectante, eran tantas las señales de decrepitud que la desfiguraban que había empezado a perder la semejanza con un ser humano y a parecerse a criaturas de otros órdenes. Los antebrazos, que apoyaba en el regazo, eran como dos pescados cubiertos de manchas oscuras. La cara, surcada de una fina telaraña de arrugas, era muy blanca, y a través de la piel se transparentaba un entramado azul de capilares nudosos.

La anciana no se levantó ni dio señal alguna de haber advertido su llegada. Quizá no los oía. Porque, aunque en la habitación había silencio, el silencio de medio centenar de gatos es algo peculiar, como cincuenta silencios, uno encima de otro.

Así pues, los Greysteel y el signor Tosetti, personas prácticas, se sentaron en el horrible cuartito, y la tía Greysteel, con su sonrisa afable y su solícita disposición para allanar el camino, tomó la palabra:

—Espero, querida señora Delgado, que perdonará usted esta intrusión, pero mi sobrina y yo queríamos tener el honor de hacerle una visita. —Calló, por si la anciana deseaba responder, pero la anciana no dijo nada—. Qué excelente ventilación tiene su casa, señora. Una buena amiga, la señorita Whilesmith, también vive en una pequeña habitación de un último piso de Queen's Square, en Bath, que se parece mucho a ésta, y dice que en verano no la cambiaría por la mejor casa de la ciudad. Y es que ella disfruta de brisas que no llegan a otros sitios y tiene el privilegio de gozar de una temperatura fresca mientras los ricos se asfixian en sus elegantes residencias. Y todo muy limpio, cada cosa en su sitio y a mano. Su única queja es que la chica del segundo interior siempre pone los cacharros del agua caliente en el rellano, lo cual, como puede figurarse, es muy molesto, sobre todo si tropiezas con ellos. ¿No la fatigan tantas escaleras, señora?

Se hizo el silencio. Mejor dicho, transcurrieron unos momentos en los que no se oyó nada más que la respiración de cincuenta gatos.

El doctor Greysteel se enjugó la frente con el pañuelo y se movió un poco para ahuecarse la ropa.

—Señora —prosiguió—, venimos a visitarla a petición del señor John McKean, de Aberdeenshire, que desea la saludemos de su parte. Espera que esté usted bien y conserve la salud en el futuro.

Habló en un tono más alto del normal, pues sospechaba que la anciana era sorda. Pero eso no tuvo otro efecto que el de inquietar a los gatos, que empezaron a rebullir por la habitación, rozándose, lo que hacía saltar chispas a la luz del crepúsculo. Un gato negro se dejó caer no se sabía de dónde sobre el respaldo de la silla del doctor Greysteel y recorrió el borde como si pasara por una maroma.



El doctor tardó un momento en reponerse del sobresalto y entonces dijo:

—¿Desea que llevemos al señor McKean alguna noticia acerca de su salud y situación, señora?

La anciana no dijo nada.

Entonces probó fortuna la señorita Greysteel.

—Me alegra ver que tiene tantos y tan buenos amigos, señora. Deben de ser un gran consuelo para usted. Ese gatito color de miel que está a sus pies, ¡qué figura tan elegante! ¡Y con qué delicadeza se lava la cara! ¿Cómo se llama?

La anciana no respondió.

Entonces, a una mirada del doctor, el pequeño abogado veneciano se puso a repetir buena parte de lo dicho, pero en italiano. La única diferencia fue que la mujer ya no los miraba a ellos, sino a un gordo gato gris, que, a su vez, miraba a un gato blanco que miraba a la luna.

—Dígale que le traigo dinero —le dijo Greysteel al abogado—. Dígale que es un obsequio de John McKean. Que no debe darme las gracias... —Agitó la mano vigorosamente, como si la fama de hombre generoso fuera una especie de mosquito al que de ese modo quisiera impedir que se posara en él.

—Signor Tosetti, ¿se encuentra bien? —dijo la tía Greysteel—. Está muy pálido. ¿Quiere un vaso de agua? Estoy segura de que la señora Delgado podrá dárselo.

—No, madamina Greysteel, no estoy enfermo, estoy... —Miró en derredor, como buscando la palabra en la habitación—. Asustado —susurró.

—¿Asustado? —susurró a su vez Greysteel—. ¿Por qué? ¿De qué?

—Ah, signor, ¡éste es un lugar terrible! —musitó el abogado, y su mirada de horror fue de uno de los gatos que se lamía una pata, preparándola para lavarse la cara, a la anciana, como si esperase verla realizar la misma acción.

La señorita Greysteel musitó que, movidos por el afán de socorrer a la señora Delgado, quizá habían llegado muy de improviso y en muy gran número. Debía de hacer años que la anciana no recibía visitas. ¿Era de extrañar que pareciera aturdida? ¡Debía de ser una impresión muy fuerte!

—¡Oh, Flora! —susurró la tía Greysteel—. ¡Imagina! Pasar años y años sin tener tratos con nadie.

Al doctor Greysteel le pareció ridículo que estuvieran todos cuchicheando en una habitación tan pequeña —la anciana se hallaba a menos de tres pies de cualquiera de ellos—, y, por no saber qué otra cosa podía hacer, se impacientó con sus compañeros. Entonces su hermana y su hija pensaron que lo mejor sería marcharse.

La tía Greysteel soltó una larga y cariñosa despedida a la señora Delgado, diciendo que volverían a visitarla cuando estuviera mejor, lo cual confiaba fuese muy pronto.

Al salir, se giraron para mirar atrás. Y entonces vieron aparecer en el alféizar de la ventana un gato que llevaba en la boca algo rígido y picudo, algo que se semejaba mucho a un pájaro muerto. La anciana profirió un leve sonido de alegría y se levantó de la silla con una energía sorprendente. Fue un sonido de lo más extraño, que en nada se parecía al lenguaje humano y que hizo que el signor Tosetti lanzara un grito de alarma y cerrase la puerta, para ocultar lo que fuera a hacer la anciana¹.

53. Un ratoncito muerto (Finales de noviembre de 1816)

A La noche siguiente, los Greysteel y Strange cenaban en un salón donde la melancolía de Venecia y la magnificencia de Venecia se combinaban de forma muy romántica y satisfactoria. El suelo de mármol, agrietado y gastado, tenía todos los colores del invierno veneciano. La cabeza de la tía Greysteel, con su pulcra cofia blanca, destacaba sobre el fondo oscuro de una gran puerta que se alzaba a lo lejos. La puerta, coronada por indistintas esculturas, recordaba un monumento funerario envuelto en tétricas sombras. En el yeso de las paredes se adivinaban las sombras de unos frescos, pintados en manchas de colores, que representaban las glorias de una antigua familia veneciana, cuyo último vástago se había ahogado hacía tiempo. Los actuales dueños eran pobres como ratas de iglesia y hacía muchos años que no reparaban la casa. Fuera llovía y, lo más sorprendente, dentro también; de algún lugar del salón llegaba el desagradable sonido del agua que goteaba copiosamente en el suelo y el mobiliario. Pero los Greysteel no se alteraban ni renunciaban a una buena cena por semejantes minucias. Habían encendido muchas velas para ahuyentar las tinieblas y ahogaban el sonido de las goteras con su conversación y sus risas. Podría decirse que, en la zona del salón que ellos ocupaban, habían creado un festivo ambiente inglés.

—No lo entiendo —decía Strange—. ¿Quién se ocupa de la anciana?

—El caballero judío, que parece una persona muy caritativa, le da cobijo, y sus criados le dejan comida al pie de la escalera —respondió Greysteel.

—Pero nadie sabe cómo llega hasta ella la comida —dijo Flora—. El signor Tosetti cree que se la suben los gatos.

—¡Qué tontería! —exclamó el doctor—. ¿Quién ha oído decir que los gatos hagan algo útil?

—Como no sea su altiva manera de mirarte sin parpadear... —apuntó Strange—. Yo diría que eso tiene cierta utilidad moral, porque hace que te sientas incómodo y te invita a reflexionar fríamente sobre tus imperfecciones.

La extraña aventura de los Greysteel era tema de conversación desde que se habían sentado a cenar.

—Mi querida Flora —dijo la tía Greysteel—, el señor Strange pensará que no sabemos hablar de nada más.

—Oh, no se preocupe por mí. Es un hecho curioso y nosotros los magos coleccionamos curiosidades.

—¿Podría curarla por medio de la magia, señor Strange? —preguntó la joven.

—¿Curar la locura? No. Y no es que no lo haya intentado. En una ocasión me

pidieron que lo intentara con un anciano caballero que había perdido la razón. Aquel día formulé unos hechizos muy potentes pero al irme él seguía tan loco como a mi llegada.

—¿No pueden haber existido en otro tiempo fórmulas para remediar la demencia? —inquirió con vivo interés—. Quizá los magos aureate conocían alguna. —La señorita Greysteel había empezado a interesarse por la historia de la magia, y últimamente menudeaban en su conversación términos tales como *aureates* y *argentinos*.

—Es posible —respondió Strange—. Pero la fórmula debió de perderse hace cientos de años.

—Aunque hiciera mil años, estoy segura de que eso no sería obstáculo para usted. Nos ha hablado de docenas de hechizos que se creían perdidos y que sin embargo ha conseguido recuperar.

—Cierto. Pero en esos casos yo tenía cierta idea de cómo empezar. No sé de ningún caso en el que un mago aureate curara la locura. Su actitud hacia ésta era totalmente distinta de la nuestra. Ellos consideraban videntes y profetas a los perturbados y escuchaban sus desvaríos con la mayor atención.

—¡Qué extraño! ¿Por qué?

—El señor Norrell creía que por la simpatía que los duendes sienten por los dementes, y también por la circunstancia de que éstos perciben a los espíritus que las demás personas no pueden ver. —Strange hizo una pausa—. ¿Dice usted que esa anciana está muy loca?

—Oh, sí. Creo que sí.

En el salón, después de la cena, el doctor se quedó profundamente dormido en su sillón. La tía Greysteel daba cabezadas, pedía disculpas por su modorra y volvía a dormirse. Por ello, Flora pudo disfrutar de un *tête-à-tête con* Strange durante el resto de la velada. Tenía muchas cosas que decirle. Por recomendación suya, había leído *Historia del Rey Cuervo contada a los niños*, de lord Portishead, y deseaba preguntarle muchas cosas. Pero él parecía ausente, y más de una vez le dio la desagradable impresión de que no la escuchaba.

Al día siguiente, los Greysteel visitaron el Arsenal y admiraron su vasta y austera mole, pasaron una hora o dos recorriendo tiendas de antigüedades (en las que los anticuarios parecían casi tan raros y rancios como la mercancía) y tomaron helados en una pastelería situada cerca de la iglesia de San Stefano. Strange estaba invitado a todas estas diversiones, pero a primera hora de la mañana la tía Greysteel recibió una breve nota suya en la que, después de presentarle sus respetos y darle las gracias, le comunicaba haber hallado casi por casualidad una nueva vía de investigación, que no se atrevía a abandonar, «... y los estudiosos, como ya debe de saber por el ejemplo de su hermano, señora, somos los seres más egoístas de la creación y estamos

convencidos de que la devoción al estudio lo disculpa todo...». Tampoco se dejó ver al día siguiente, en que visitaron la Scuola di Santa Maria della Carità. Ni al otro, en que fueron en góndola a Torcello, una isla solitaria, cubierta de juncos y envuelta en brumas grises, donde la primera ciudad veneciana había sido erigida, había florecido, había sido abandonada y, finalmente, había desaparecido, todo ello, hacía mucho, mucho tiempo.

Pero, aunque Strange permanecía encerrado en su habitación de Santa Maria Zobenigo, practicando la magia, el doctor Greysteel no tuvo ocasión de echar de menos su compañía por la frecuencia con que su nombre salía a relucir en la conversación. Si los Greysteel paseaban por Rialto, y si la visión del puente inducía al doctor a hablar de Shylock, de Shakespeare y de la situación del teatro moderno, podía estar seguro de ser informado de las opiniones de Strange sobre todos estos temas, puesto que su hija las conocía como si fueran suyas. Si, en una tienda de curiosidades, les llamaba la atención la pintura de un oso danzante, la señorita Greysteel aprovechaba la ocasión para comentar que un conocido del señor Strange tenía un oso disecado en una vitrina. Si comían cordero, la señorita Greysteel recordaba que Strange le había dicho que había comido cordero en Lyme Regis.

La tarde del tercer día, el doctor le envió a Strange una nota en la que lo invitaba a tomar café y una copa de licor italiano. Los dos hombres se encontraron en el Florian a las seis.

—Dichosos los ojos —dijo Greysteel—. Pero lo veo pálido. ¿Se acuerda de comer? ¿De dormir? ¿De hacer ejercicio?

—Me parece que hoy he comido algo, aunque no recuerdo qué.

Hablaron de cosas intrascendentes, pero Strange estaba distraído. Varias veces contestó al doctor casi al azar, hasta que, tras apurar la copa de grapa, sacó del bolsillo el reloj y dijo:

—Confío en que me perdonará, pero tengo una cita. Buenas tardes.

Greysteel, sorprendido, no pudo evitar preguntarse qué clase de cita sería aquélla. Un hombre puede comportarse mal en cualquier lugar del mundo, pero a él le parecía que, en Venecia, podía comportarse peor y más a menudo. Ninguna otra ciudad del mundo brindaba tantas oportunidades para toda clase de transgresiones y, en aquel momento, al doctor le preocupaba muy especialmente asegurarse de que la conducta de Strange era irreprochable. Por ello, adoptando un aire tan indiferente como le fue posible, preguntó si la cita era con lord Byron.

—Pues no, señor. A decir verdad... —entornó los ojos y adoptó un aire confidencial— creo haber encontrado a alguien que puede ayudarme.

—¿Su duende?

—No; otra persona. Espero mucho de su colaboración. De todos modos, no estoy muy seguro de la acogida que esa persona dará a mis propuestas. Usted comprenderá

que, dadas las circunstancias, no quiera hacerla esperar.

—¡Desde luego! —exclamó el doctor—. ¡Vaya usted! ¡Vaya!

Strange se alejó, convirtiéndose en una de las muchas sombras de la *piazza*, figuras oscuras, caras oscuras y sin expresión, que se movían rápidamente por la faz de una Venecia color de luna. La misma luna estaba suspendida entre grandes nubes de porte arquitectónico cuya grandiosidad rivalizaba con la de Venecia, con grandes palacios y avenidas que se desmoronaban, como si un espíritu malicioso las hubiera colocado allí para hacer burla de la lenta decadencia de la Venecia real.

Entretanto, tía y sobrina, aprovechando la ausencia del doctor, habían vuelto al horrendo cuartito del último piso de la casa del gueto. Iban en secreto, pensando que el doctor Greysteel y quizá el propio señor Strange podrían tratar de impedirselo o insistir en acompañarlas, y no deseaban compañía masculina para su visita.

—Querrían hablar de eso —dijo la tía—, de cómo ha podido llegar a esta situación. ¿Y de qué puede servir eso? ¿En qué puede ayudarla?

Flora había llevado velas y un candelabro. Encendió una vela para manejarse mejor. De las cestas que portaban sacaron una sabrosa fuente de estofado de ternera que perfumó el aire de la desolada habitación, tiernos panecillos blancos, manzanas y un chal de lana. La tía Greysteel puso el plato de estofado delante de la señora Delgado, pero entonces vio que la anciana tenía los dedos y las uñas curvados y rígidos como garras, y no podía asir el cuchillo y el tenedor que ella le ponía en las manos.

—Bueno, querida —dijo la tía al fin—, me parece que muestra un gran interés y estoy segura de que eso le hará mucho bien. Pero creo que será preferible dejar que lo coma a su manera.

Bajaron a la calle. Cuando salieron, la tía exclamó:

—¿Has visto, Flora? Ya tenía la cena preparada. En un platillo de porcelana, muy bonito, como los de mi juego de té, decorado con rositas y nomeolvides, tenía un ratón gris, ¡un ratoncito muerto!

La joven iba pensativa.

—Yo diría que una endivia hervida y aliñada con salsa, como la preparan aquí, puede parecer un ratón.

—¡Ay, querida! Sabes bien que no era eso...

Iban por el *Ghetto Vecchio* en dirección al canal de Cannaregio cuando la señorita Greysteel se metió de pronto entre las sombras y desapareció.

—¡Flora! ¿Qué ocurre? —se alarmó la tía—. ¿Qué has visto? No te pares, querida. Entre las casas está oscuro. ¡Tesoro! ¡Flora!

La joven salió a la luz con la misma rapidez con que se había esfumado.

—No pasa nada, tía —dijo—. No te asustes. Es sólo que alguien me llamaba y he ido a ver. Me ha parecido reconocer la voz. Pero no hay nadie.

La góndola las esperaba en la fundamenta. El gondolero las ayudó a subir y, bogando lentamente, se alejó del muelle. La tía Greysteel se acomodó bajo el toldo, en el centro de la embarcación. La lluvia empezó a tamborilear en la lona.

—Quizá al llegar encontremos al señor Strange con tu padre —dijo.

—Quizá —repuso Flora.

—O quizá haya ido otra vez a jugar al billar con lord Byron. Es extraño que sean amigos. Parecen muy distintos.

—Es verdad. No obstante, el señor Strange me dijo que lord Byron le resultó mucho menos agradable cuando lo conoció en Suiza. Milord estaba con gente del mundo de la poesía que reclamaba toda su atención y cuya compañía él prefería claramente a la de cualesquiera otras personas. Dice el señor Strange que casi fue descortés.

—Desde luego, es lamentable, pero no me sorprende. ¿No te daría miedo mirarlo, tesoro? Me refiero a lord Byron. Pienso que a mí sí, un poco.

—No; no me daría miedo.

—Eso, tesoro, es porque tú tienes mejor temple y mayor serenidad que otras personas. No creo que haya en el mundo algo que te asuste.

—No creo poseer una valentía extraordinaria. En cuanto a virtud... no lo sé. Nunca he sentido la tentación de hacer algo muy malo. Pero lord Byron no podría ejercer poder sobre mí, ni influir en mis pensamientos ni en mis actos. Estoy a salvo de él. Pero eso no quiere decir que no pueda haber en el mundo alguien (no digo que lo haya conocido ya) a quien a veces me diera miedo mirar, por temor a verlo triste, o extraviado, o pensativo, o (lo que sería mucho peor) pensando en una secreta cólera, o dolor... y que por ello no se diera cuenta de si yo lo miraba o no, o no le importara.

En la pequeña buhardilla del gueto, las velas de Flora chisporrotearon y se apagaron. La luna entraba en aquel cuartito de pesadilla, y la anciana de Cannaregio empezó a devorar el estofado de ternera que las Greysteel le habían llevado.

Cuando iba a tomar el último bocado, una voz dijo de pronto en inglés:

—Siento que mis amigas no se hayan quedado para hacer las presentaciones, ya que siempre es un poco violento entablar conocimiento cuando dos personas se quedan a solas en una habitación, ¿no le parece? Me llamo Strange. Usted, señora, se llama Delgado, aunque no lo sabe, y estoy encantado de conocerla.

Strange, apoyado en el alféizar de la ventana con los brazos cruzados, miraba fijamente a la anciana.

Ella, por el contrario, le hizo el mismo caso que había hecho a la tía Greysteel, a la señorita Greysteel y a las demás visitas que había recibido últimamente. El mismo caso que haría un gato a alguien que no le interesara.

—Ante todo —prosiguió Strange—, deseo asegurarle que no soy uno de esos fastidiosos visitantes que vienen sin motivo y que no tienen nada que decir. Yo,

señora Delgado, deseo hacerle una proposición. Es una suerte para ambos que nos conozcamos en estos momentos. Yo puedo satisfacer su mayor deseo y usted, el mío.

Ella no dio señales de haberlo oído. Miraba el ratón del platillo y empezó a abrir su vieja boca para devorarlo.

—Señora, por favor, le ruego que aplace la cena un momento y escuche lo que le digo. —Se inclinó y le quitó el platillo. Por primera vez, la señora Delgado pareció advertir su presencia. Soltó un pequeño maullido de desagrado y lo miró con resentimiento—. Quiero que me enseñe a volverme loco. La idea es muy simple. No sé por qué no se me había ocurrido antes.

La mujer gruñó por lo bajo.

—Oh, ¿pone usted en duda la sensatez de mis procedimientos? Probablemente tiene razón. Buscar la locura es una temeridad. Mi tutor, mi esposa y mis amigos se enfurecerían si se enterasen. —Calló. La expresión sardónica se borró de su rostro y el tono de desenfado desapareció de su voz—. Pero he abandonado a mi tutor, mi esposa ha muerto y de mis amigos me separan veinte millas de aguas frías y más de medio continente. Por primera vez desde que adopté esta extraña profesión, no estoy obligado a consultar con nadie. Ahora bien, ¿por dónde empezamos? Usted tendría que darme algo, algo que sirviera de símbolo y vehículo de su locura. —Miró en derredor—. Por desgracia, no parece poseer nada, aparte de su vestido... —Examinó el platillo que tenía en la mano—. Y este ratón. Creo que lo prefiero.

Empezó a pronunciar un hechizo. En la buhardilla hubo un estallido de luces plateadas que tenían algo de llamas blancas y algo de destellos de fuegos artificiales. Quedaron un momento suspendidas en el aire, entre la anciana y Strange. Entonces él hizo ademán de arrojárselas a ella, y las luces volaron hacia la mujer, envolviéndola en un resplandor plateado. De pronto, la señora Delgado desapareció. En su lugar había ahora una niña de gesto huraño, con un vestido anticuado. También la niña se esfumó, sustituida por una joven muy bella de expresión resuelta, seguida rápidamente de una mujer madura de porte imperioso que ya tenía en los ojos el fuego de una locura incipiente. Todas las mujeres que había sido la señora Delgado aparecieron fugazmente en la silla y todas se desvanecieron.

En la silla sólo quedó un montón de seda. De entre sus pliegues salió un gatito gris que, con elegantes movimientos, se lanzó al suelo, saltó al alféizar de la ventana y se perdió en la oscuridad.

—Buen trabajo —dijo Strange.

Tomó el ratón medio putrefacto por la cola. Al momento se convirtió en objeto del interés de varios de los gatos, que empezaron a maullar, ronronear y restregarse contra sus pantorrillas para llamar su atención.

Strange hizo una mueca.

—Me gustaría saber lo que tuvo que soportar John Uskglass para forjar la magia

inglesa.

Se preguntaba si notaría alguna diferencia. Después de formular el hechizo, ¿se encontraría tratando de averiguar si era ahora cuando estaba loco? ¿Se pasearía de un lado a otro intentando concebir pensamientos irracionales, a fin de descubrir si alguno de ellos le parecía más natural? Lanzó una última mirada al mundo que lo rodeaba, abrió la boca y, con delicadeza, introdujo en ella el ratón...

Fue como zambullirse bajo una catarata o tener el sonido de dos mil trompetas en el oído. Todo lo que antes pensaba, lo que sabía, lo que había sido, fue arrastrado por un alud de confusas emociones y sensaciones. El mundo se hacía de nuevo, en unos colores llameantes imposibles de soportar. Se sentía embargado de temores nuevos, deseos nuevos, odios nuevos.

Se veía rodeado de grandes presencias. Algunas tenían una boca cruel, llena de dientes, y unos ojos enormes y llameantes. Junto a él se arrastraba algo que parecía una araña terriblemente contrahecha. Sentía en la boca algo de sabor indescriptible. Incapaz de pensar, incapaz de discernir, aún encontró presencia de ánimo para escupirlo. Alguien lanzó un grito...

Se encontró tendido de espaldas en el suelo, mirando una confusa amalgama de oscuridad, vigas de techo y luna. Apareció una cara en sombra que lo miró de un modo inquietante. Sintió un aliento cálido, húmedo y fétido. No recordaba haberse tumbado, pero tampoco recordaba nada más. Vagamente, se preguntó si estaba en Londres o en Shropshire. Tenía una sensación extraña, como si varios gatos se pasearan por su cuerpo. Al levantar la cabeza, vio que así era, en efecto.

Se sentó y los gatos saltaron al suelo. Por una ventana rota se veía la luna llena. Entonces, de recuerdo en recuerdo, fue recomponiendo la noche. Recordó el hechizo con que había transformado a la anciana, su plan de atraer la locura a fin de ver al duende. Al principio todo le parecía tan lejano que supuso que estaba recordando cosas ocurridas, ¡oh!, hacía un mes. No obstante, allí estaba él, en la habitación, y su reloj de bolsillo le decía que apenas había pasado tiempo.

Aún pudo encontrar el ratón. Por fortuna, había quedado debajo de su brazo, a salvo de los gatos. Se lo metió en el bolsillo y salió rápidamente del cuartito. No quería seguir allí ni un momento más; si en un principio era de pesadilla, ahora le parecía de un horror indecible.

En la escalera se cruzó con varias personas que no repararon en él. Antes había lanzado un conjuro a los vecinos, que ahora estaban seguros de verlo todos los días, de que él frecuentaba la casa con regularidad y de que su presencia era totalmente natural. Pero si alguien les hubiera preguntado quién era, no habrían sabido responder.

Strange volvió a su alojamiento de Santa Maria Zobenigo. Aún parecía infectado

por la locura de la señora Delgado. Las personas que veía en la calle se le antojaban extrañamente transformadas; sus expresiones resultaban feroces e ininteligibles, y hasta su forma de andar era pesada y torpe. «Una cosa está clara —pensó—. La anciana estaba muy loca. En semejante estado, yo no podría invocar al duende.»

Al día siguiente se levantó temprano e, inmediatamente después del desayuno, empezó el proceso de reducir a polvo la carne y las vísceras del ratón, por varios principios mágicos bien conocidos. Conservó intactos los huesos. Luego convirtió el polvo en tintura. Ello tenía dos ventajas. Primera y principal: era mucho menos repugnante ingerir unas gotas de tintura que meterse en la boca un ratón muerto. Segunda: de ese modo, creía poder dosificar el grado de locura que se provocaba.

A las cinco había obtenido un líquido marrón oscuro que olía sobre todo al brandy que había utilizado para elaborar la tintura. Lo decantó en un frasco. Luego echó catorce gotas en una copa de brandy y se lo bebió.

Al cabo de unos minutos miró por la ventana al campo Santa María Zobenigo. Vistos de espaldas, los transeúntes tenían la cabeza cóncava, y de frente la cara no era sino una fina máscara. Dentro del hueco ardía una vela. Ahora lo veía con tanta claridad que no comprendía cómo no lo había advertido antes. Imaginó lo que ocurriría si bajara a la calle y se pusiera a soplar velas. La idea lo hizo reír. Tanto llegó a reírse que ya no se tenía en pie. Su risa resonaba en toda la casa. Gracias a un residuo de razón comprendió que no debía dejar que el casero y su familia sospecharan lo que hacía, de modo que se echó en la cama y ahogó las carcajadas con las almohadas, mientras pataleaba de hilaridad.

A la mañana siguiente se despertó en la cama, vestido y calzado. Aparte de la sensación de húmedo entumecimiento que produce dormir vestido, no notaba nada fuera de lo normal. Se lavó, se afeitó y se puso ropa limpia. Luego salió a comer y beber algo. Le gustaba un café sito en la calle Cortesía, esquina con el campo San Angelo. Todo parecía ir bien hasta que el camarero se acercó a la mesa y le dejó la taza de café. Strange levantó la mirada y vio brillar en los ojos del hombre una lucecita, como la llama de una vela. Entonces descubrió que no podía recordar si la gente tenía o no una vela dentro de la cabeza. Sabía que entre una y otra noción existía una diferencia fundamental: una era racional y la otra no, pero no podía distinguirlas.

Esto era un poco inquietante.

«El único inconveniente de la tintura es que resulta difícil averiguar cuándo ha pasado el efecto —pensó—. No lo había previsto. Supongo que tendré que esperar un par de días antes de volver a probar.»

Pero a mediodía lo venció la impaciencia. Ya se sentía mejor y se decantaba por la posibilidad de que la gente no tuviera una vela en la cabeza. «En cualquier caso — se dijo—, tampoco importa mucho. La cuestión no influye para nada en el proyecto

que me ocupa.» Echó nueve gotas de tintura en una copa de Vin Santo y lo bebió.

De inmediato tuvo la certeza de que todos los armarios de la casa estaban llenos de piñas tropicales. Y de que también había piñas debajo de la cama y de la mesa. La idea le dio escalofríos de horror y tuvo que sentarse en el suelo. Todas las casas y los palazzi de la ciudad estaban llenos de piñas, y la gente que iba por la calle llevaba piñas escondidas entre la ropa. En todas partes notaba el olor a piña, penetrante y dulzón.

Transcurrido un tiempo, sonaron golpes en la puerta. Strange se sorprendió al ver que ya anochecía y la habitación estaba oscura. Más golpes. Era el casero. El hombre le hablaba, pero Strange no conseguía entender lo que decía. Y no lo entendía porque el casero tenía una piña en la boca. No se explicaba cómo había logrado aquel hombre meterse en la boca una piña entera. Mientras hablaba, unas hojas verdes y puntiagudas le asomaban lentamente entre los labios y luego desaparecían. Se preguntó si no debería ir en busca de un cuchillo o un gancho y tratar de extraer la piña, para impedir que su casero se ahogara. Pero, por otra parte, le tenía sin cuidado. «Al fin y al cabo —pensó irritado—. La culpa es suya. Él se la ha puesto ahí.»

Al día siguiente, en el café de la esquina de la calle Cortesía, un camarero cortaba una piña. Strange se estremeció al verlo y se inclinó sobre la taza del café.

Había descubierto que volverse loco era fácil —más de lo que cualquiera podría suponer—, pero el procedimiento, como todo acto de magia, estaba plagado de obstáculos y frustraciones. Aunque consiguiera invocar al duende (lo cual no parecía probable), no estaría en condiciones de hablarle. Todos los libros que había leído sobre el tema exhortaban a los magos a mantenerse vigilantes al tratar con los duendes. Cuando más agudeza necesitara, más obtuso estaría.

«¿Cómo voy a impresionarlo con la calidad de mi magia si no hago más que divagar sobre velas y piñas tropicales?», pensaba.

Estuvo todo el día paseándose por la habitación, parando sólo para hacer anotaciones en sus papeles. Al anochecer escribió un hechizo para invocar a los duendes y lo puso en la mesa. Luego echó cuatro gotas de tintura en un vaso de agua y lo bebió.

Esa vez la tintura lo afectó de modo distinto. No tuvo alucinaciones ni lo asaltaron temores. Es más, se sentía mejor de lo que había estado en mucho tiempo: más sereno, tranquilo, sosegado. Descubrió que ya no le importaba mucho la magia. En su mente se cerraban puertas y él deambulaba por habitaciones y pasadizos interiores que no visitaba desde hacía años. Durante los diez primeros minutos volvió a ser el mismo que había sido a los veinte o veintidós años; después fue otra persona completamente distinta, la que siempre habría podido ser y que, por diferentes razones, no había sido.

Después de tomar la tintura, su primer deseo fue ir a un ridotto. Le parecía

ridículo estar en Venecia desde primeros de octubre y no haber visitado todavía ninguno. Pero sacó el reloj y vio que no eran más que las ocho.

—Es temprano —dijo a nadie en particular.

Se sentía comunicativo y buscó con la mirada a un confidente. A falta de otro mejor, eligió al hombre de madera, que seguía en su rincón.

—Hasta dentro de tres o cuatro horas no habrá nadie que merezca la pena —le explicó.

Para distraer la espera, pensó en ir en busca de la señorita Greysteel.

—Pero también estarán su padre y su tía —recordó con un gruñido de irritación—. ¡Qué fastidio! ¿Por qué las mujeres bonitas han de tener siempre un montón de parientes? —Se miró en el espejo—. ¡Santo Dios! Parece que esta corbata la haya anudado un labrador.

Dedicó la media hora siguiente a anudarse la corbata. Cuando por fin se dio por satisfecho, descubrió que tenía las uñas demasiado largas para su gusto y no muy limpias. Fue en busca de unas tijeras.

Las tijeras estaban en la mesa. Y había otras cosas.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Papeles! ¡Papeles con fórmulas mágicas! —Eso le pareció muy divertido—. Mira, esto es lo más curioso que puedas imaginar —le dijo al hombre de madera—, ¡pero resulta que conozco al tipo que ha escrito esto! Se llama Jonathan Strange... y ahora que lo pienso, creo que esos libros son suyos. —Leyó unas frases—. Nunca adivinarías en qué idiotez anda metido. ¡Hechizos para invocar a los duendes! ¡Ja, ja! Se ha convencido a sí mismo de que lo hace para conseguir un criado duende y favorecer la causa de la magia inglesa. ¡Pero en realidad lo hace sólo para atemorizar a Gilbert Norrell! ¡Ha viajado cientos de millas hasta la ciudad más fastuosa del mundo y lo único que le importa es lo que piense aquel viejo de Londres! ¡Qué ridiculez!

Dejó el papel con gesto de desagrado y tomó las tijeras. Al dar media vuelta, estuvo a punto de golpearse la cabeza con algo.

—¿Qué diantre...?

Del techo colgaba una cinta negra que tenía atados al extremo unos huesecillos, una ampolla de liquido —sangre, quizá— y un papel escrito. Por la altura a que estaban suspendidos esos objetos era fácil que una persona que se moviese por la habitación se diera con ellos en la cabeza. Strange hizo un gesto de incredulidad ante la estupidez ajena, se apoyó en la mesa y empezó a cortarse las uñas.

Transcurrieron varios minutos.

—Ese tipo tenía esposa, ¿sabes? —le dijo a la figura de madera. Acercó la mano a la vela para mirarse las uñas—. Arabella Woodhope, la muchacha más encantadora del mundo. Pero murió. Murió, murió, murió. —Agarró el polissoir de encima de la mesa y empezó a frotarse las uñas—. En realidad, ahora que lo pienso, ¿no estaba yo

mismo enamorado de ella? Creo que sí. Tenía una manera de decir mi nombre y sonreír al mismo tiempo que me provocaba un vuelco en el corazón. —Rió—. Mira, es ridículo, pero no puedo recordar cómo me llamo. ¿Laurence? ¿Arthur? ¿Frank? Ojalá Arabella estuviera aquí. Ella lo sabría. ¡Y me lo diría! No es una de esas mujeres irritantes que siguen con una broma mucho después de que pierda su gracia. ¡Dios, cómo me gustaría que estuviese aquí! Tengo un dolor aquí. —Se golpeó el corazón—. Y algo que me pesa y me quema aquí. —Se golpeó la frente—. Pero media hora de conversación con Arabella lo curaría todo, estoy seguro. Quizá debería llamar al duende de este tipo y pedirle que me la traiga. Los duendes pueden hacer que regresen los muertos, ¿verdad? —Tomó el conjuro de encima de la mesa y volvió a leerlo—. Esto no sirve de nada. Es la cosa más idiota del mundo.

Recitó la fórmula del hechizo, y luego, como le parecía importante, siguió puliéndose las uñas.

En el rincón oscuro, junto al armario policromado, había alguien con una chaqueta verde y pelo como el vilano del cardo, alguien con una sonrisa entre divertida y displicente.

Strange seguía concentrado en sus uñas.

El caballero del pelo plateado se le acercó rápidamente alargando la mano para tirarle del pelo. Pero antes de que pudiera cumplir su propósito, Strange lo miró a la cara y le dijo:

—¿No tendrías un poco de rapé?

El otro se quedó petrificado.

—He buscado en todos los bolsillos de esta maldita chaqueta —prosiguió Strange, inconsciente del asombro del caballero—, y no he encontrado la caja de rapé. No sé en qué estaría pensando para salir de casa sin ella. Generalmente uso Kendal Brown, y si tuvieras...

Mientras hablaba, volvió a hurgarse en los bolsillos. Pero había olvidado el paquetito de huesos y sangre que colgaba del techo y, al moverse, lo golpeó de nuevo con la cabeza. El paquete osciló atrás y adelante y le dio en medio de la frente.

54. Una cajita color de congoja (1 y 2 de diciembre de 1816)

SONÓ un chasquido seco, seguido de una ligera brisa que limpió el aire viciado de la habitación.

Strange parpadeó varias veces.

Lo primero que pensó al volver en sí fue que aquel complicado proceso había dado resultado; ante sí tenía a alguien, un duende, sin duda alguna. A continuación se preguntó qué diablos había hecho. Sacó el reloj del bolsillo y lo miró; había transcurrido casi una hora desde que bebiera la tintura.

—Perdona —dijo—, ya sé que la pregunta te parecerá extraña, pero ¿te he pedido algo?

—Rapé —respondió el caballero del pelo como el vilano del cardo.

—¿Rapé?

—Me has pedido un poco de rapé.

—¿Cuándo?

—¿Qué?

—¿Cuándo te he pedido rapé?

—Hace un momento.

—¡Ah! Ah. Bien, no te molestes. Ya no lo quiero.

El caballero hizo una reverencia.

Strange notaba que su confusión se le reflejaba en la cara. Acordándose de las severas advertencias que había leído —sobre no dejar que las criaturas de esa taimada raza adivinaran que sabían más que tú—, disimuló su perplejidad con una expresión de sarcasmo. Entonces, recordando que generalmente se considera más peligroso todavía aparentar superioridad, ya que ello irrita a esos espíritus, disimuló el sarcasmo con una sonrisa. Finalmente, volvió a poner cara de perplejidad.

No advirtió que el caballero estaba por lo menos tan incómodo como él.

—Te he invocado porque desde hace tiempo deseo que alguien de tu raza me ayude y me instruya en la magia —dijo Strange. Había ensayado varias veces esta pequeña declaración y percibió, satisfecho, que denotaba a un tiempo confianza y dignidad. Lo malo fue que enseguida estropeó el efecto preguntando con ansiedad—: ¿Eso ya lo había dicho antes?

El caballero no respondió.

—Me llamo Jonathan Strange. Quizá hayas oído hablar de mí. Me encuentro en un punto muy interesante de mi carrera. Creo poder afirmar sin temor a exagerar que el futuro de la magia inglesa depende de los actos que yo realice durante los meses venideros. ¡Si consientes en ayudarme, tu nombre será tan famoso como los de Col

Tom Blue y el maestro Witcherley!¹

—¡Pse! —soltó el caballero arrugando la nariz—. ¡Gente baja!

—¿En serio? No tenía ni idea. —Y prosiguió—. Fue tu... —Se interrumpió, buscando las palabras—. Fue tu delicada forma de tratar al rey de Inglaterra lo que me hizo reparar en ti. ¡Qué poder! ¡Qué inventiva! ¡Hoy en día la magia inglesa carece de vigor! ¡Le falta ardor y energía! No sabes lo aburrido que estoy de hacer siempre los mismos hechizos insípidos para resolver los mismos problemas insípidos. Aquel atisbo de tu magia me mostró un mundo distinto. Tú puedes sorprenderme. ¡Y yo ansío que me sorprendan!

El caballero alzó una de sus perfectas cejas de duende, como dando a entender que él no tendría inconveniente en sorprender a Jonathan Strange.

Hablando con vehemencia, éste prosiguió:

—¡Ah!, y ya puedo decirte que hay en Londres un viejo llamado Norrell, un mago, si así se le puede llamar, que se morderá los puños de rabia cuando se entere de que te has aliado conmigo. Hará todo cuanto esté en su mano para combatirnos, pero nada podrá contra nosotros dos.

El caballero parecía haber dejado de escuchar y miraba en derredor, contemplando los objetos de la habitación.

¿Ves aquí algo que te desagrade? —preguntó Strange—. Si es así, dímelo, te lo ruego. Imagino que tu sensibilidad mágica es mucho más fina que la mía. De todos modos, también yo he notado que ciertas cosas merman mi capacidad para practicar la magia. Creo que lo mismo les ocurre a todos los magos. Un salero, un serbal, un trozo de hostia consagrada... son cosas que me afectan. No diré que no pueda obrar magia en su presencia, pero siempre he de tomarlas en consideración en mis hechizos. Si hay algo que te disgusta, no tienes más que decirlo y lo quitaré.

El caballero lo miró un momento como si no tuviera ni remota idea de qué le hablaba, y exclamó:

—¡Mi sensibilidad mágica, sí! ¡Qué clarividencia la tuya! ¡Mi sensibilidad mágica es extraordinaria, como puedes suponer! Y ahora mismo me dice que últimamente has adquirido un objeto de gran poder. ¿Un anillo de desencantamiento? ¿Una urna de invisibilidad? ¿Algo de esa naturaleza? ¡Te felicito! ¡Muéstramelo para que pueda instruirte acerca de su historia y su empleo!

—Pues no —dijo Strange, sorprendido—. No tengo nada de eso.

El caballero frunció el entrecejo. Miró fijamente, primero, un bacín semioculto debajo de la mesa, después, un anillo de luto que contenía la miniatura de un ángel pintado sobre marfil y, por último, una jarra de cerámica pintada que había contenido melocotones y ciruelas escarchados.

—Quizá lo hayas encontrado por casualidad. Esos objetos pueden ser muy poderosos, aunque el mago desconozca su naturaleza.

—Creo que no. Esa jarra, por ejemplo, la compré en Génova, en una confitería. En la tienda las había a docenas, idénticas. No sé por qué una iba a ser mágica y las otras no.

—No, desde luego —convino—. Y aquí no parece haber más que objetos corrientes. Quiero decir —agregó enseguida—, los que yo esperarí encontrar en el apartamento de un mago de tu habilidad.

Hubo una breve pausa.

—No has respondido a mi ofrecimiento —dijo Strange—. Supongo que no querrás decidir hasta conocerme mejor. Es natural. Dentro de un día o dos tendré el honor de volver a solicitar tu compañía y podremos hablar un poco más.

—¡Ha sido una conversación muy interesante!

—La primera de otras muchas, espero —repuso cortésmente, inclinándose.

El caballero se inclinó a su vez.

Strange liberó entonces del hechizo de invocación al caballero, que desapareció al instante.

La agitación de Strange era inmensa. Comprendía que debía sentarse a hacer serenas anotaciones científicas sobre lo que había visto, pero le costaba reprimir el deseo de ponerse a bailar, reír y dar palmadas. Hasta dio unos pasos de una contradanza, y si la figura de madera no hubiera estado clavada a una peana, sin duda la habría tomado en brazos para evolucionar con ella por la habitación.

Cuando se le pasaron las ansias de baile, sintió la tentación de escribir a Norrell. Incluso se sentó y empezó una carta triunfalista, impregnada de sarcasmo. («Sin duda le alegrará saber...») Pero desistió.

—Sólo serviría para provocarlo, y sería capaz de hacer que desapareciese mi casa, o cualquiera sabe qué. ¡Ja! Qué furioso se pondrá cuando yo regrese a Inglaterra. Publicaré la noticia nada más llegar. No esperaré al siguiente número de *Famulus*. Tardaría demasiado. Murray protestará, qué remedio. Lo mejor será publicarlo en el Times. Me gustaría saber qué ha querido decir con esas bobadas de anillos de poder y bacines. Seguramente trataba de encontrar la explicación de cómo he conseguido que acudiera.

No se habría sentido más satisfecho de sí mismo si hubiera invocado al mismísimo John Uskglass y mantenido con él media hora de amena conversación. El único detalle inquietante de aquel episodio era el recuerdo —que le llegaba en retazos— de la forma que su locura había tomado esta vez.

—¡Me parece que me he convertido en Lascelles o en Drawlight! ¡Qué horror!

A la mañana siguiente Stephen Black tenía que cumplir varios encargos de sir Walter. Visitó a un banquero de Lombard Street; habló con un retratista de Little Britain; dio instrucciones a una costurera de Fetter Lane para un vestido para lady Pole. El siguiente asunto lo llevó al bufete de un abogado. Caía una nieve blanda y

densa. Alrededor se oían los ruidos habituales de la ciudad, piafar y resollar de caballos, traqueteo de carruajes, gritos de vendedores callejeros, portazos, crujir de pasos en la nieve.

Estaba en la esquina de Fleet y Mitre Court. Había sacado el reloj (regalo del caballero del pelo como el vilano del cardo) cuando cesaron todos los sonidos como si los hubieran cortado con un cuchillo. Por un instante fue como si se hubiera quedado sordo. Pero antes de que pudiera alarmarse, miró en derredor y descubrió que no era ése el único portento. De pronto, la calle estaba vacía. No había gente ni gatos ni perros ni caballos ni pájaros. Todos habían desaparecido.

¡Y la nieve! Eso era lo más extraño: había quedado suspendida en el aire en unos copos enormes, esponjosos, del tamaño de soberanos.

«¡Magia!», pensó con repugnancia. Bajó un trecho por Mitre Street mirando escaparates. Las lámparas seguían encendidas; las mercancías estaban amontonadas o esparcidas sobre los mostradores: sedas, tabaco, partituras; había fuego en los hogares, pero las llamas se habían quedado quietas. Al mirar atrás, vio que había abierto una especie de túnel en el encaje tridimensional de la nevada. De todas las cosas extrañas que Stephen había presenciado en su vida, ninguna como ésa.

No sabía de dónde, una voz furiosa gritó:

—¡Y yo que me creía a salvo de él! ¿Qué trucos estará usando? —El caballero apareció súbitamente delante de él, con la cara encendida y los ojos brillantes.

Fue tan violenta la impresión que Stephen creyó que iba a desmayarse. Pero sabiendo lo mucho que el caballero estimaba la serenidad y la compostura, procuró disimular el sobresalto y preguntó con voz ronca:

—¿A salvo de quién, señor?

—¡Pues del mago, Stephen! ¡Del mago! Creía que podía haber adquirido algún objeto poderoso que le revelara mi presencia. Pero en su habitación no he visto nada y él me ha jurado que no posee tal cosa. Para asegurarme, en una hora, he dado la vuelta al globo examinando todos los anillos de poderes, los cálices y los molinillos mágicos. Y no falta ninguno. Todos están exactamente donde yo sabía que estaban.

De esa incompleta explicación Stephen dedujo que el mago había conseguido invocar al caballero del pelo plateado y hablar con él.

—Pero, señor, en otro tiempo usted deseaba ayudar a los magos, quería practicar la magia con ellos y ganarse su gratitud. Así rescató a lady Pole,

¿no es cierto? Quizá descubra que eso le agrada más de lo que imagina.

—Quizá. Pero creo que no. Mira, Stephen, aparte de la molestia de tener que acudir a su llamada cuando a él se le antoje, ésta ha sido la media hora más aburrida que he pasado en siglos. ¡Nunca había oído a nadie hablar tanto! Es la persona más engreída que he conocido. No puedo sufrir a esa clase de personas que no hacen más que hablar sin pararse a escuchar a los demás.

—¡Sin duda, señor! ¡Es algo detestable! Supongo que como va a estar tan ocupado con el mago, habrá que aplazar lo de hacerme rey de Inglaterra.

El caballero dijo algo en su lengua, por lo fiero del tono probablemente un juramento.

—Creo que tienes razón, y eso me indigna aún más que todo el resto. —Meditó un momento—. Pero quizá no sea tan malo como tememos. En general, estos magos ingleses son muy estúpidos. Todos desean las mismas cosas. Los pobres, nabos y porridge sin fin; los ricos, más riquezas, o poder sobre todo el mundo; y los jóvenes, el amor de una princesa o una reina. Tan pronto él me pida una de estas cosas, se la concederé. Seguro que le acarrearé infinidad de problemas. Es lo que siempre ocurre. ¡Eso lo volverá loco, y entonces tú y yo podremos seguir con el plan de hacerte rey de Inglaterra! ¡Ah, Stephen, cómo me alegro de haber acudido a ti! ¡De tus labios oigo siempre las más sensatas palabras!

La cólera del caballero se evaporó instantáneamente, y ahora parecía rebosar satisfacción. El sol asomó entre las nubes y en torno a ellos resplandeció aquella extraña nevada inmóvil (aunque Stephen no sabía si era obra del caballero o no).

Cuando Stephen iba a decir que, en realidad, él no había sugerido nada, el caballero se desvaneció en el aire. Y la gente, los caballos, los carruajes, los gatos y los perros reaparecieron, y Stephen chocó con una mujer gruesa que llevaba un abrigo morado.

Strange se levantó de la cama de un humor excelente. Había dormido ocho horas de un tirón. Por primera vez en semanas, no se había levantado en plena noche para practicar magia. Como premio por haber conseguido conjurar al duende, decidió darse fiesta aquel día. Poco después de las diez, se presentó en el *palazzo* donde se alojaban los Greysteel y los encontró desayunando. Aceptó su invitación de sentarse a la mesa, comió panecillos calientes, tomó café y les dijo a las mujeres que estaba por entero a su disposición.

La tía Greysteel gustosamente cedió su parte del privilegio a su sobrina. La joven y Strange pasaron la mañana leyendo libros de magia. Eran libros que él le había prestado o que ella había comprado por recomendación suya: *Historia del Rey Cuervo contada a los niños*, de Portishead, *Vida* de Martin Pale, de Hickman, y *La anatomía de un minotauro*, de Hether-Gray. Strange los había leído cuando empezó a estudiar magia y le divertía descubrir lo simples, y hasta inocentes, que ahora le parecían. Le era sumamente grato leérselos a la señorita Greysteel, contestar a sus preguntas y escuchar sus opiniones, vivaces, inteligentes y, quizá, demasiado serias.

A la una, después de un almuerzo ligero, la tía Greysteel declaró que todos llevaban mucho tiempo sentados y propuso dar un paseo.

—Imagino, señor Strange, que le apetecerá respirar aire puro. Los hombres de

estudio suelen descuidar el ejercicio.

—Somos gente triste, señora —convino él alegremente.

Hacía un día espléndido. Deambulando por callejas y pasajes, tuvieron la fortuna de descubrir una serie de objetos curiosos: un perro de madera con un hueso en la boca, una hornacina con la imagen de un santo que nadie reconoció, unas ventanas con visillos que caían en pesados pliegues de algo que parecía blonda y que luego resultó ser telarañas, enormes telarañas que se entrelazaban por el interior de la habitación. Como no tenían un guía que les hablara de aquellas cosas ni alguien a quien preguntar, se distraían dándose sus propias explicaciones.

Al atardecer llegaron a una fría plazoleta que tenía un pozo en el centro. Era un lugar extrañamente gris y vacío. La plaza estaba pavimentada con piedras muy antiguas. Pocas ventanas perforaban los muros. Era como si todas las casas se hubieran ofendido por algo que les había hecho la plaza y se hubieran vuelto de espaldas, mirando hacia el otro lado. Había sólo una tiendecita, que, al parecer, no vendía nada más que dulces de gelatina de frutas en infinidad de variedades y colores. Estaba cerrada, y la señorita Greysteel y su tía escudriñaron el interior del escaparate, preguntándose en voz alta cuándo abriría y si sabrían regresar.

Strange se paseaba por la plaza. No pensaba nada en particular. El aire era frío —gratamente frío— y en el firmamento brillaba la primera estrella. Percibió a su espalda el sonido de un roce áspero y se volvió a mirar.

En el rincón más oscuro de la plazoleta había algo, algo que no se parecía a nada que él hubiera visto. Era negro, tan negro que podía estar hecho de la oscuridad que lo rodeaba. La cabeza, o lo que fuera que lo coronaba, tenía la forma de una anticuada silla de manos, como las que aún se veían por Bath transportando alguna que otra anciana dama. Tenía cortinillas negras. Pero, debajo de las ventanas, la figura se estilizaba hasta tomar la forma de un pájaro negro de gran tamaño. Llevaba en la cabeza un alto sombrero de copa, y en la mano un fino bastón negro. No tenía ojos, pero Strange sentía su mirada. La figura arrastraba la punta del bastón sobre las losas con un chirrido espasmódico que daba grima.

Strange supuso que debía sentir miedo. Supuso que quizá tendría que hacer un acto de magia para ahuyentar la aparición. Le pasaron por la cabeza fórmulas de dispersión, de rechazo, de protección, pero no consiguió retener ninguna. Aunque aquella cosa exhalaba tufo de maldad y malevolencia, él intuía que no representaba peligro alguno, ni para él ni para los otros. Por el momento. Más bien parecía un presagio de males futuros.

Empezaba a preguntarse cómo reaccionarían los Greysteel ante esa súbita aparición, cuando el cerebro le dio un respingo: la cosa ya no estaba allí. En su lugar vio la figura robusta del doctor Greysteel, el doctor Greysteel, vestido de negro, el doctor Greysteel con un bastón en la mano.

—¿Y bien? —gritó el doctor.

—¡Per...! ¡Perdón! —gritó Strange a su vez—. ¿Decía usted algo? Estaba pensando en... en otra cosa.

—¡Le preguntaba si cenará esta noche con nosotros!

Strange lo miraba sin pestañear.

—¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra mal? —Lo observaba como si en su cara o su actitud viera algo que no le gustaba.

—Me encuentro perfectamente, se lo aseguro —dijo Strange—. Y cenaré con ustedes con mucho gusto. Nada podría darme mayor placer. Pero le prometí a lord Byron jugar al billar con él a las cuatro.

—Tenemos que buscar una góndola para regresar. Me parece que Louisa está más fatigada de lo que aparenta —agregó, refiriéndose a su hermana—. ¿Dónde ha de encontrarse con milord? ¿Dónde quiere que lo dejemos?

—Gracias, pero iré andando. Tenía razón su hermana: necesito ejercicio y aire puro.

La señorita Greysteel se sintió un poco decepcionada al enterarse de que Strange no regresaría con ellos. Las dos mujeres y el mago se despidieron largamente, recordándose varias veces que volverían a verse dentro de unas horas, hasta que el doctor empezó a impacientarse.

Los Greysteel se alejaron en dirección al río. Strange los seguía a distancia. A pesar de la firmeza con que había asegurado al doctor que se encontraba perfectamente, se sentía muy trastornado. Trataba de convencerse de que la visión no había sido sino un efecto de la luz, pero no lo conseguía. Tuvo que reconocer que aquello, más que cualquier otra cosa, parecía síntoma de una recaída en la locura de la anciana.

«¡Es muy molesto! Pensaba que los efectos de la tintura habían desaparecido por completo. En fin, gracias a Dios, no hará falta que vuelva a beberla. Si ese duende se niega a servirme, tendré que buscar algún medio para llamar a otro.»

Salió del callejón a la luz más clara del río y vio que los Greysteel habían encontrado una góndola y que alguien —un caballero— ayudaba a la señorita Greysteel a subir a ella. En principio creyó que era un desconocido, pero luego vio que tenía una cabellera como el vilano del cardo. Rápidamente, Strange fue hacia allí.

—¡Qué hermosa joven! —le dijo el caballero mientras la góndola se alejaba del muelle. Le brillaban los ojos—. Y supongo que baila maravillosamente, ¿me equivoco?

—¿Bailar? No lo sé. En Génova íbamos a asistir a un baile, pero ella tenía dolor de muelas y no fuimos. Me sorprende verte. No esperaba que vinieses hasta que volviera a llamarte.

—Es que he pensado acerca de tu proposición para practicar la magia juntos, y

ahora me parece un plan excelente.

—Me alegra oírlo —respondió Strange disimulando una sonrisa—. Pero contéstame a esto: hace semanas que te invoco. ¿Por qué no has acudido antes?

—¡Oh, la explicación es muy sencilla!

Y empezó una larga historia sobre un primo suyo muy malvado que envidiaba su talento y sus virtudes y odiaba a todos los magos ingleses, el cual había conseguido interferir en la magia de Strange, de manera que él no había percibido su llamada hasta la noche anterior. Era un relato muy complicado, del que Strange no creyó ni una palabra. Pero le pareció más prudente fingir que lo creía, e inclinó la cabeza en señal de aceptación.

—Y para que veas que soy consciente del honor que me haces —agregó el caballero—, te traeré lo que me pidas, sea lo que sea.

—¿Sea lo que sea? —repitió Strange mirándolo vivamente—. Si no me equivoco, tu ofrecimiento tiene carácter de compromiso en firme. —El otro asintió con la cabeza—. No podrás negarme el deseo una vez lo formule, ¿verdad?

—¡Ni podría ni querría!

—¿Y puedo pedir riquezas y el dominio del mundo? ¿Cosas así?

—¡Exactamente! —dijo el caballero, con aire de júbilo. Levantó las manos, disponiéndose a empezar.

—Bien, no anhele ninguna de esas cosas. Lo que más deseo es información. ¿Quién fue el último mago inglés con el que tuviste tratos?

Hubo una pausa.

—¡Bah, no creo que eso pueda interesarte! Es muy aburrido, te lo aseguro. ¡Anda, dime! Tiene que haber algo que ansíes más que nada en el mundo. ¿Un reino propio? ¿Una bella compañera? La princesa Paulina Borghese es una mujer encantadora. ¡Puedo traértela ahora mismo!

Strange abrió la boca para responder y se detuvo un segundo.

—¿Paulina Borghese, dices? En París vi un retrato suyo². —Se interrumpió—. Pero en este momento no me interesa. Háblame de magia. ¿Cómo podría convertirme en oso? ¿Cómo se llaman los tres ríos mágicos que corren por el reino de Agrace?³ Ralph Stokesey creía que esos ríos influyen en los acontecimientos de Inglaterra, ¿es cierto? En *El lenguaje de las aves* se menciona una serie de hechizos que se lanzan manipulando colores, ¿qué puedes decirme de eso? ¿Qué representan los Cuadrados de Doncaster?

El caballero levantó las manos con gesto de fingido espanto.

—¡Cuántas preguntas! —Soltó una risa que quería ser alegre y despreocupada, pero sonó un poco forzada. ²Esta dama fue la más bella y turbulenta de las hermanas de Napoleón Buonaparte, aficionada a coleccionar amantes y a posar desnuda para esculturas de su persona.

—Bien, respóndeme a una. La que quieras.

El otro se limitó a sonreír afablemente.

Strange lo miró sin disimular el enfado. Al parecer, el ofrecimiento no se refería a información, sino sólo a objetos. «Si yo quisiera hacerme un regalo, me lo compraría —pensó—. Si quisiera ver a Paulina Borghese, me presentaría ante ella. ¡No me hace falta magia para eso! ¿Cómo podría...?» Se le ocurrió una idea, y dijo:

—¡Tráeme algo que hayas obtenido en tus últimos tratos con un mago inglés!

—¿Cómo? —se sobresaltó el otro—. ¡No puedes querer eso! ¡No vale nada, absolutamente nada! ¡Piensa en otra cosa!

Era obvio que la petición lo había alarmado, aunque Strange no podía adivinar por qué. «Quizá el mago le dio algo muy valioso y no quiere desprenderse de ello —pensó—. No importa. Una vez vea qué es y para qué sirve, se lo devolveré. Eso lo convencerá de mis buenas intenciones.»

Sonrió cortésmente.

—¿No has dicho que era un compromiso? Estaré esperándolo, sea lo que sea, esta noche.

A las ocho, Strange cenó con los Greysteel en el lúgubre comedor.

Flora le preguntó por lord Byron.

—Oh, no tiene intención de regresar a Inglaterra. Él puede escribir sus poesías en cualquier lugar. En cuanto a mí, la magia inglesa fue moldeada por Inglaterra, al igual que la propia Inglaterra fue moldeada por la magia. Están ligadas la una a la otra. Nadie puede separarlas.

La señorita Greysteel frunció un poco el entrecejo.

—Dice usted que la mentalidad inglesa, la historia y demás fueron moldeadas por la magia. Es una metáfora, supongo.

—No; lo digo en sentido literal. Esta ciudad, por ejemplo, fue construida del modo corriente...

—¡Ah! —interrumpió el doctor riendo—. ¡Qué propia de un mago esa manera de hablar! ¡Ese leve acento de desdén al decir que una cosa se ha hecho del modo corriente!

—No pretendía ser despectivo. Le aseguro que las cosas que se hacen del modo corriente merecen todo mi respeto. No; sólo quería decir que las fronteras de Inglaterra, su misma forma, fueron determinadas por la magia. Greysteel inspiró con fuerza por la nariz.

—No estoy seguro de eso. Deme un ejemplo.

—Muy bien. Había una vez en la costa de Yorkshire una hermosa ciudad a cuyos habitantes les dio por preguntarse por qué John Uskglass, su rey, exigía que pagaran impuestos. Decían que tan gran mago podría sacar del aire todo el oro que quisiera.

No es delito preguntar, pero aquellos insensatos fueron más allá. Se negaron a pagar y empezaron a intrigar con los enemigos del Rey. Los hombres tendrían que pensarlo dos veces antes de pelearse con un mago y, más aún, con un rey. Y si ambas condiciones se combinan en una sola persona, ¡ojo!, el peligro se multiplica por cien. Primero, sopló por toda la ciudad un viento que provenía del norte. Cuando los animales sintieron el viento, todos envejecieron y murieron: vacas, cerdos, aves, corderos... hasta gatos y perros. Cuando el viento dio en las casas de la ciudad, todas se convirtieron en ruinas ante los ojos de los desventurados habitantes. Las herramientas se rompieron, las ollas se hicieron pedazos, las maderas se alabearon y astillaron, el ladrillo y la piedra se desmenuzaron y pulverizaron. Las figuras de piedra de la iglesia se erosionaron como con el paso de muchos siglos, hasta que, según se dijo, se les puso cara de estar gritando. El viento levantaba las olas del mar dándoles extrañas formas amenazadoras. Los habitantes, muy prudentemente, salieron corriendo, y cuando llegaron a tierras más altas se volvieron a tiempo de ver cómo lo que quedaba de la ciudad se hundía, poco a poco, bajo las frías olas grises.

El doctor sonrió.

—Sean cuales sean los gobiernos, liberales o conservadores, emperadores o magos, no toleran que la gente no pague sus impuestos. ¿Piensa incluir esas historias en su próximo libro?

—Oh, desde luego. No soy uno de esos autores avaros que cuentan las palabras. Yo tengo ideas muy liberales al respecto. Toda persona que pague su guinea al señor Murray descubrirá que le he abierto de par en par las puertas de mi trastienda y que todo mi saber está expuesto. Mis lectores podrán pasearse y elegir a placer.

La señorita Greysteel reflexionaba sobre el relato.

—Desde luego lo provocaron —dijo al fin—, pero no dejó de ser el acto de un tirano.

Sonaron en la sombra pasos que se acercaban.

—¿Qué hay, Frank? —preguntó el doctor Greysteel.

Frank, el criado, salió de la oscuridad.

—Hemos encontrado una carta y una cajita, señor. Para el señor Strange las dos cosas. —Parecía preocupado.

—No te quedes ahí plantado, hombre. Aquí tienes al señor Strange, justo a tu lado. Dale su carta y su cajita.

La expresión y la actitud de Frank reflejaban que estaba peleando con un enigma. Por su manera de juntar las cejas se veía que estaba desconcertado. Hizo un último intento por transmitir a su señor la perplejidad que sentía.

—Las hemos descubierto en el suelo, al lado de la puerta, por la parte de dentro, señor. ¡Pero la puerta estaba cerrada con llave y tenía echados los cerrojos!

—Pues alguien tiene que haber abierto y quitado los cerrojos, hombre

—dijo el doctor Greysteel—. No inventes misterios.

Frank entregó la carta y la caja a Strange y se alejó hacia la oscuridad, rezongando entre dientes y preguntando a las sillas y mesas que encontraba en su camino si les parecía que él era idiota.

La tía Greysteel se inclinó y, amablemente, invitó a Strange a no andarse con ceremonias: estaba entre amigos y podía leer su carta enseguida. Era una muestra de consideración, pero superflua, porque Strange ya había abierto el pliego y estaba leyendo la carta.

—¡Oh, tía! —exclamó la señorita Greysteel levantando la cajita que Frank había dejado en la mesa—. ¡Mira qué preciosidad!

Era una caja pequeña y alargada que parecía de plata y porcelana. Tenía un bonito color azul que no era azul exactamente, sino más bien lila. Pero tampoco era del todo lila, porque tenía un punto de gris. Para ser precisos, era del color de la congoja. Pero, por fortuna, ni la joven ni su tía habían sufrido grandes congojas y no reconocieron el color.

—Sí que es bonita —dijo la tía—. ¿Es italiana, señor Strange?

—¿Hum? —Él levantó la mirada—. No lo sé.

—¿Habrá algo dentro?

—Creo que algo hay —dijo la señorita Greysteel, disponiéndose a abrirla.

—¡Flora! —la advirtió el doctor sacudiendo la cabeza con gesto reprobatorio. Tenía la impresión de que la caja podía ser un regalo que Strange pensara hacerle a Flora. La idea no le gustaba, pero él no se consideraba competente para juzgar el comportamiento que un hombre como Strange (un distinguido hombre de mundo) considerara apropiado.

El mago, enfrascado en la lectura y ajeno a la escena, tomó la cajita y la abrió.

—¿Contiene algo? —preguntó la tía Greysteel.

Él cerró la caja rápidamente.

—No, señora; nada en absoluto. —Se la guardó en el bolsillo y a continuación llamó a Frank y le pidió un vaso de agua.

Poco después de la cena, Strange se despidió de los Greysteel y fue directo al café de la esquina de la calle Cortesía. La primera mirada al contenido de la caja lo había horrorizado y deseaba encontrarse rodeado de gente cuando volviera a verlo.

El camarero le sirvió un brandy. Strange bebió un sorbo y abrió la caja.

En un principio pensó que el duende le había enviado una muy buena imitación, en cera o material similar, de un dedo. Era tan pálido, tan exangüe, que hasta parecía tener un leve tinte verdoso, con apenas una sombra sonrosada en el nacimiento de la uña. Se preguntó quién podía dedicar tanto trabajo y esfuerzo a producir algo tan espeluznante.

Pero al tocarlo comprobó que no era de cera. Estaba helado y sin embargo cedía

al tacto lo mismo que su propio dedo, y debajo de la piel se adivinaban los músculos. Era, pues, un dedo humano. Por el tamaño podía ser de un niño, o quizá el meñique de una mujer de manos delgadas.

«Pero ¿por qué el mago había de darle un dedo al duende? —se preguntó—. ¿Será suyo? No es posible, a no ser que el mago fuera un niño o una mujer.» Le parecía haber oído contar algo de un dedo, pero no recordaba qué era. Curiosamente, aunque no recordaba qué, creía recordar quién. Era Drawlight quien lo había contado. «Eso explica por qué no le presté mucha atención. Pero ¿por qué iba Drawlight a hablar de magia? Sabía muy poco y le interesaba aún menos.»

Bebió otro sorbo de brandy. «Creía que con un duende que me explicara las cosas se aclararían todos los misterios. Pero ahora me encuentro con otro misterio.»

Se puso a pensar en las historias oídas acerca de los grandes magos ingleses y sus criados duendes. Martin Pale y el maestro VVitcherley, el maestro Fallowthought y los demás. Thomas Godbless con Dickcome-Tuesday, Meraud con Coleman Gray; y, el más célebre de todos, Ralph Stokesey y Col Tom Blue.

La primera vez que Stokesey vio a Col Tom Blue, éste era un personaje turbulento y rebelde, el último duende que se avendría a aliarse con un mago inglés. Así pues, Stokesey lo siguió a su país, a su castillo⁴, por donde se paseó, invisible, y descubrió muchas cosas interesantes⁵. Strange no era tan ingenuo para suponer que la historia, tal como había llegado a los niños y los historiadores de la magia, era la descripción exacta de lo ocurrido. «No obstante, algo de verdad debe de haber —pensó—. Quizá Stokesey consiguió entrar en el castillo de Col Tom Blue, por lo que éste comprendió que tenía que habérselas con un mago nada desdeñable. No hay razón que me impida hacer algo similar. Al fin y al cabo, este duende nada sabe de mi habilidad y mis gestas. Con una visita inesperada podría demostrarle la magnitud de mis poderes.»

Recordó el día de nieve y niebla en que, en el castillo de Windsor, él y el rey casi se metieron en *Tierra de Duendes*, atraídos por la magia del caballero. Pensó en aquel bosque en que brillaban aquellas lucecitas que parecían de una casa antigua. Los *Caminos del Rey* podían conducirlo hasta allí, sí, pero —dejando aparte la promesa hecha a Arabella— no deseaba encontrar al caballero con una magia que ya había utilizado. Quería que fuese nuevo e imprevisto. Cuando volviera a ver al caballero, tenía que sentirse animado de la seguridad y el júbilo que siempre le daba lograr un nuevo hechizo.

«*Tierra de Duendes* nunca está lejos —pensó—, y hay mil maneras de ir a ella. Alguna descubriré.»

Sabía de un conjuro que podía trazar el camino que uniera a dos personas que el mago nombrara. Era muy antiguo, estaba a un paso de la magia de los duendes. Los senderos que abría el hechizo podían cruzar las fronteras entre los mundos. Strange

nunca lo había usado, no sabía cómo sería el camino ni cómo podría seguirlo. Pero creía poder conseguirlo. Pronunció la fórmula en voz baja, hizo varios ademanes y se nombró a sí mismo y al caballero, para que entre los dos se abriera el camino.

Hubo una leve sacudida, como ocurría a veces cuando se iniciaba un acto mágico. Fue como si una puerta invisible se abriera y se cerrara, dejándolo a él al otro lado. O como si todas las casas de la ciudad hubieran girado sobre sí mismas y ahora miraran en otra dirección. Al parecer, el hechizo había actuado perfectamente —algo había ocurrido, seguro—, pero él no podía ver el resultado.

«Quizá sea sólo cuestión de percepción, y sé cómo remediar eso. —Reflexionó un momento—. Es un fastidio. Preferiría no tener que volver a tomarlo, pero una vez más no puede hacer daño.»

Metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó la tintura de la demencia. El camarero le llevó un vaso de agua, él vertió cuidadosamente una gota y bebió.

Miró alrededor y al punto percibió la línea luminosa que, partiendo de sus pies, cruzaba el suelo de baldosas del café y conducía a la calle. Se parecía a las líneas que él solía trazar en el agua de la fuente de plata. Observó que si la miraba de frente, desaparecía. Pero si miraba por el rabillo del ojo, podía verla perfectamente.

Pagó al camarero y salió a la calle.

—Bien, esto sí que es extraordinario —dijo.

55. El segundo verá su posesión más preciada en manos de su enemigo (Noche del 2 al 3 de diciembre de 1816)

ERA como si el peligro que desde siempre parecía amenazar Venecia se hubiera hecho realidad en un instante, pero, en lugar de ser invadida por las aguas, hubiera sido invadida por árboles. Unos árboles oscuros y fantasmales poblaban las calles y plazas y llenaban los canales. Los muros no eran obstáculo para ellos. Las ramas atravesaban la piedra y el cristal. Sus raíces se hundían en el pavimento. La hiedra tapizaba estatuas y columnas. De pronto, todo estaba mucho más oscuro y silencioso, por lo menos para los sentidos de Strange. Largas barbas de muérdago cubrían lámparas y fanales, y un tupido dosel de ramas ocultaba la luna.

No obstante, los venecianos no parecían advertir cambio alguno. Strange había leído que hombres y mujeres pueden permanecer totalmente ajenos a la magia que se obra a su alrededor, pero nunca había visto con sus propios ojos una prueba de tal inconsciencia. Pasó un aprendiz de panadero con su bandeja de pan en la cabeza, sorteando limpiamente los árboles que él ignoraba que estuvieran allí y agachándose aquí y allá para evitar las ramas que podrían haberle sacado un ojo. Un hombre y una mujer ataviados para un baile o el *ridotto*, con capas y máscaras, bajaban por la Salizada San Moisé cogidos del brazo, con las cabezas juntas, hablando en voz baja. En su camino había un gran árbol. Con la mayor naturalidad, ellos se separaron, pasaron uno por cada lado del árbol y volvieron a unirse.

Strange bajó por un callejón hasta el muelle. Los árboles iban más allá de la ciudad, y entre ellos se prolongaba la línea luminosa.

La idea de meterse en el mar no lo seducía. En Venecia no hay playa por la que entrar en el agua poco a poco; el Adriático empieza al pie de los muelles. Strange ignoraba qué profundidad tendría en aquel punto, pero estaba casi seguro de que la suficiente para ahogarse. Debía confiar en que la senda de luz que lo había guiado por el bosque le impidiera hundirse.

Al mismo tiempo, no podía evitar pensar con complacencia en cuánto más apto que Norrell era él para esa aventura. «Él por nada del mundo entraría en el mar. Detesta mojarse. ¿Quién dijo que un mago ha de tener la sutileza de un jesuita, la valentía de un soldado y el ingenio de un ladrón? Me parece que lo decía como un insulto, pero algo de verdad hay en ello.»

Saltó del muelle.

Al instante, el mar se hizo más etéreo e irreal y el bosque, más sólido. Pronto, el mar no era más que un tenue fulgor plateado entre los oscuros árboles y un aroma

salobre que se mezclaba con los olores del bosque nocturno.

«Soy el primer mago inglés que entra en *Tierra de Duendes* desde hace trescientos años», pensó Strange¹. Estaba muy satisfecho, y le habría gustado que alguien pudiera verlo y admirarse. Se dio cuenta de lo hartado que estaba de libros y silencio, y de cómo anhelaba vivir en los tiempos en que ser mago significaba viajar a lugares que ningún inglés había visto. Por primera vez desde Waterloo, entraba en acción. Entonces pensó que, en lugar de felicitarse tanto, debería fijar la atención en lo que lo rodeaba, para ver si podía aprender algo, y se dedicó a estudiar el entorno.

El bosque no era propiamente un bosque inglés, aunque se semejaba mucho. Pero los árboles eran más viejos, más grandes y más fantásticos. Strange tenía la clara impresión de que poseían su propio carácter bien definido, con amores, odios y deseos. Parecían acostumbrados a recibir el mismo trato que los hombres y las mujeres y esperar que se los consultara en las cosas que los afectaban.

«Esto es exactamente lo que cabía esperar —pensó—, pero, al mismo tiempo, también me señala lo diferentes que son este mundo y el mío. Los seres que encuentre aquí me harán preguntas. Querrán ponerme a prueba.» Empezó a imaginar la clase de preguntas que podrían plantearle y a preparar respuestas sagaces. No tenía miedo; por él, que se apareciera un dragón si quería. Había hecho grandes progresos durante los dos últimos días; se le antojaba que podría conseguir todo lo que se propusiera.

Al cabo de unos veinte minutos de caminar por la línea de luz, llegó a la casa. La reconoció enseguida: aquel día, en Windsor, su imagen se le había aparecido clara y nítida. Pero ahora la encontraba distinta. En Windsor estaba iluminada y hospitalaria. Ahora tenía un deprimente aspecto de abandono. Las ventanas eran muchas pero pequeñas, y la mayoría estaba a oscuras. Era mayor de lo que él esperaba, mayor que cualquier vivienda terrenal. «El zar de Rusia podría tener una casa así de grande —pensó—, o quizá el Papa de Roma. No lo sé, no he estado allí.»

Rodeaba la mansión una tapia alta. La línea de luz parecía terminar al pie de la tapia. No se veía abertura alguna. Strange pronunció el hechizo de revelación de Ormskirk, y a continuación el escudo de Taillemache, sortilegio que permite pasar sin daño por lugares encantados. La suerte no lo abandonó, porque al momento apareció una sencilla puertecita. Al otro lado encontró un gran patio gris lleno de huesos que relucían débilmente a la luz de las estrellas. Algunos esqueletos estaban cubiertos por armaduras oxidadas; las armas que los habían aniquilado seguían insertas entre las costillas o clavadas en una órbita vacía.

Strange había visto los campos de batalla de Badajoz y Waterloo; no lo impresionaban unos cuantos esqueletos antiguos. Pero todo aquello le resultaba interesante. Ahora sí tenía la sensación de estar en *Tierra de Duendes*.

Percibía algo mágico en el aspecto del edificio, a pesar de su deterioro. Probó otra

vez la revelación de Ormskirk. Inmediatamente la casa se estremeció, su silueta se perfiló y Strange vio que era de piedra sólo en parte. Lo que antes parecían muros, contrafuertes y torres era ahora un gran túmulo, una colina.

«¡Un brugh!», pensó entusiasmado².

Entró por una puerta baja y se encontró en un gran salón de baile. Los que bailaban vestían la ropa más rica imaginable, pero el salón se hallaba en un estado de abandono lamentable. En una esquina, la pared se había derrumbado y en su lugar había ahora un montón de escombros. El mobiliario era escaso y pobre, las velas no podían ser de peor calidad, y no había más música que la de un violín y una gaita.

Nadie prestó atención a Strange, que se quedó junto a una pared, cerca de un grupo de personas, contemplando el baile. En muchos aspectos, aquella fiesta le resultaba menos extraña que, digamos, una *conversazione*³ de Venecia. Los modales de la concurrencia parecían más ingleses y el baile se semejaba a las contradanzas con que se divierten damas y caballeros desde Newcastle hasta Penzance todas las semanas del año.

Strange recordó que en otro tiempo le gustaba bailar, y también a Arabella. Pero después de la guerra de España, apenas había bailado con ella, ni con nadie. En Londres, adondequiera que iban —un baile o una recepción del gobierno—, siempre había mucha gente con la que tenía que hablar de magia. Se preguntó si Arabella habría bailado con otros. No sabía si se lo había preguntado. «Pero, si llegué a preguntárselo, está claro que no escuché su respuesta —pensó suspirando—. No recuerdo nada.»

—¡Santo cielo, señor! ¿Qué hace aquí?

Strange se volvió. Lo que menos esperaba era que la primera persona con la que se encontrara fuese el mayordomo de sir Walter Pole. No se acordaba del nombre de aquel sujeto, a pesar de que se lo había oído pronunciar a sir Walter más de cien veces. ¿Simon? ¿Samuel?

El hombre lo agarró del brazo y lo sacudió. Parecía muy alterado.

—¡Por Dios, señor! ¿Por qué ha venido? ¿No sabe que él lo odia? Strange abrió la boca para dar una de sus ingeniosas respuestas, pero se quedó en suspenso. ¿Quién lo odiaba? ¿Norrell?

Una de las complicadas figuras de la danza obligó al hombre a alejarse. Strange lo buscó con la vista y lo distinguió en el extremo opuesto del salón. El hombre lo observaba ceñudo, como si estuviera enfadado con él porque no se iba.

«Qué extraño —pensó Strange—. Pero, desde luego, es lo que suele ocurrir. Ellos hacen siempre lo que menos esperas. Probablemente no es el mayordomo de Pole sino un duende que ha tomado su aspecto. O una ilusión mágica.» Empezó a buscar con la mirada a su propio duende.

—¡Stephen! ¡Stephen!

—¡Aquí estoy, señor! —Se giró y vio a su lado al caballero del pelo como el vilano del cardo.

—¡El mago está aquí! ¡Está aquí! ¿Qué querrá?

—No lo sé, señor.

—¡Oh! ¡Ha venido a destruirme! ¡Lo sé!

Stephen se quedó atónito. Siempre había imaginado que el caballero era indestructible, pero ahora se lo veía temeroso y angustiado.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa, señor? —preguntó con tono apaciguador—. Lo más seguro es que haya venido a rescatar... a llevarse a su esposa. ¿No deberíamos liberar a la señora Strange del encantamiento y dejar que regrese con su marido? Y a lady Pole también. Deje que vuelvan a Inglaterra con el mago, señor. Estoy seguro de que eso bastará para aplacar su cólera. Yo podré convencerlo.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿La señora Strange? ¡No, no, Stephen, estás equivocado! ¡Completamente equivocado! Él no ha mencionado a nuestra querida señora Strange ni una sola vez. Tú y yo, Stephen, sabemos apreciar la compañía de una mujer como ella. Él no. Él la ha olvidado. ¡Ahora se ha enamorado de otra, una preciosidad cuya encantadora presencia espero que adorne nuestros bailes a no tardar! ¡Nadie tan inconstante como un inglés! ¡Ah, puedes estar seguro, ha venido a destruirme! Desde el momento en que me pidió el dedo de lady Pole, comprendí que es mucho más listo de lo que yo imaginaba. Aconséjame. Hace años que vives entre esos ingleses. ¿Qué debería hacer? ¿Cómo puedo protegerme? ¿Cómo puedo castigar tanta maldad?

Stephen trataba de vencer el torpor y la confusión de su encantamiento para pensar con claridad. Comprendía que aquél era un momento crítico. El caballero nunca le había pedido ayuda tan abiertamente. ¿No podría sacar partido de la situación? Pero ¿cómo? Conocía los repentinos cambios de humor del caballero, que era el ser más voluble del mundo. Una palabra podía trocar su miedo en furor y odio. Si daba un paso en falso, en lugar de salvarse a sí mismo y a las dos mujeres, podía impulsar al caballero a destruirlos a todos. Recorrió el salón con la mirada, buscando inspiración.

—¿Qué puedo hacer, Stephen? —gemía el caballero—. ¿Qué puedo hacer?

La mirada del negro captó una figura que le era familiar: una dama que siempre iba cubierta con un velo negro de la cabeza a los pies. Nunca se unía al baile, pero deambulaba, medio andando y medio flotando en el aire, entre los que danzaban y los que miraban. Nunca la había visto hablar con nadie, y a su lado se respiraba un ligero olor a cementerio, a tierra y osario. No podía mirarla sin sentir un escalofrío, pero no sabía si era maligna o si estaba maldita, o ambas cosas.

—En este mundo hay seres cuya vida no es más que una carga —empezó—. Un velo negro se interpone entre ellos y el mundo. Están completamente solos. Son como sombras en la noche, privados de la alegría, el amor y todos los tiernos sentimientos

humanos, incapaces hasta de consolarse unos a otros. En sus días no hay más que oscuridad, tristeza y soledad. Usted ya sabe a quiénes me refiero, señor. Yo... yo no hablo de la culpa que pueda... —El caballero lo miraba fijamente, atento a sus palabras—. Pero estoy seguro de que podremos desviar de usted, señor, la cólera del mago, si consiente en liberar...

—¡Ah! —exclamó el otro abriendo mucho los ojos, como ante una revelación. Levantó una mano para silenciar a Stephen.

Éste comprendió que había ido demasiado lejos.

—Perdóneme —susurró

—¿Que te perdone? —dijo con tono de sorpresa—. ¡Si no hay nada que perdonar! Hacía siglos que nadie me hablaba con tanta sinceridad, y te felicito por ello. ¡Oscuridad, sí! ¡Oscuridad, tristeza y soledad! —Dio media vuelta y se alejó entre la multitud.

Strange se divertía extraordinariamente. Las inquietantes incongruencias de la escena no lo alarmaban en absoluto: eran lo que cabía esperar. Aquel gran salón, a pesar de su pobreza, no dejaba de ser, en parte, una ilusión. Con su visión de mago percibía que una parte de él estaba bajo tierra.

Una dama lo miraba fijamente desde cierta distancia. Llevaba un vestido color ocaso de invierno y sostenía en la mano un abanico delicado y brillante, recamado con lo que podían ser cuentas de cristal, pero más parecía la escarcha que reluce en las hojas y los finos carámbanos que cuelgan de las ramitas más delgadas de los árboles.

En aquel momento empezaba un baile. Nadie se acercó a la dama y Strange, impulsivamente, le dijo inclinándose y sonriendo:

—Aquí casi nadie me conoce, no hay quien pueda presentarnos. No obstante, señora, ¿querría hacerme el honor de bailar conmigo?

Ella no contestó ni le sonrió, pero le dio la mano y dejó que la sacara a bailar. Ocuparon sus sitios en la figura y se quedaron un momento en silencio.

—Se equivoca al decir que aquí nadie lo conoce —dijo ella de pronto—. Yo lo conozco. Es uno de los dos magos que están destinados a devolver la magia a Inglaterra. —Y agregó, como si recitara una profecía o algo que sabía todo el mundo—: Y uno llevará el nombre de Temor. Y el otro llevará el nombre de Arrogancia... Bien, es evidente que usted no es Temor, por lo que supongo que ha de ser Arrogancia.

No eran palabras muy corteses.

—Tal es mi destino —reconoció Strange—. ¡Y es excelente!

—Ah, ¿eso cree? —preguntó ella mirándolo de soslayo—. Entonces ¿por qué no lo ha hecho ya?

Él sonrió.

—¿Y qué le hace pensar, señora, que no lo he hecho?

—El que ahora esté aquí.

—No comprendo.

—¿No escuchó la profecía cuando le fue anunciada?

—¿La profecía, señora?

—Sí, la profecía de... —Pronunció un nombre, pero en su propia lengua, y Strange no lo entendió⁴.



—¿Cómo dice?

—La profecía del Rey.

Strange recordó la mañana de invierno en que vio a Vinculus salir de debajo del seto, con briznas de hierba y trozos de vainas de semillas pegados a la ropa. Vinculus recitó algo en medio del camino, pero no tenía la menor idea de lo que era. En aquel entonces, él no pensaba hacerse mago y no le prestó atención.

—Creo haber oído cierta profecía —respondió—, pero fue hace mucho tiempo y no la recuerdo. ¿Qué anuncia que hemos de hacer... el otro mago y yo?

—Fracasar.

Strange parpadeó, sorprendido.

—No... no creo que... ¿Fracasar? No, señora, no. Ya es tarde para eso. Ya somos los dos magos más eficaces que ha habido en Inglaterra desde Martin Pale.

Ella no respondió.

¿Era tarde para fracasar? Strange pensó en Norrell en su casa de Hanover Square, en Norrell en Hurlfrew Abbey, en Norrell recibiendo plácemes de los ministros y muestras de consideración del príncipe regente. Quizá era una ironía que, precisamente él, tratara de tranquilizarse pensando en el éxito de Norrell, pero en aquel momento nada le parecía tan sólido e indiscutible. La dama se equivocaba.

Durante unos minutos evolucionaron siguiendo las figuras de la danza. Cuando volvieron a unirse, ella dijo:

—Ha sido muy atrevido al venir aquí, mago.

—¿Por qué? ¿Qué habría de temer, señora?

Ella soltó una risita.

—¿Cuántos magos ingleses cree que tienen sus huesos esparcidos por este *brugh*, bajo las estrellas?

—Lo ignoro.

—Cuarenta y siete.

Strange empezó a sentirse incómodo.

—Sin contar a Peter Porkiss, pero ése no era mago. Sólo era un *cowan*⁵

—Ah, vaya.

—No finja que sabe de qué le hablo —dijo ella secamente—. Está más claro que el *pandemónium* que no es así.

Una vez más, él no supo qué responder. Ella parecía decidida a mostrar desagrado. Pero entonces se dijo que eso no tenía nada de particular. En Bath, en Londres y todas las ciudades de Europa las damas simulaban reprender a los hombres a los que trataban de atraer. Eso podía estar haciendo también aquélla. Decidió considerar su severidad como una especie de coqueteo, para ver si así ella se ablandaba. Se echó a reír despreocupadamente y dijo:

—Parece, señora, que sabe muchas cosas que han ocurrido en este *brugh*.

—Le produjo un cosquilleo de placer pronunciar aquella palabra, tan antigua y tan romántica.

Ella se encogió de hombros.

—Hace cuatro mil años que vengo⁶.

—Me gustaría hablar de eso cuando tenga libertad para hacerlo.

—¡Diga mejor cuando usted tenga libertad! No tendré inconveniente en responder a sus preguntas.

—Es muy amable.

—Nada de eso. ¿Quedamos para dentro de cien años?

—¿Cómo... cómo dice?

Pero ella parecía creer que ya había dicho bastante, y Strange no pudo sacarle más que comentarios banales sobre la fiesta y la concurrencia.

El baile terminó y ellos se separaron. Aquella era la conversación más desconcertante que Strange había mantenido en su vida. ¿Por qué pensaba ella que la magia aún no había sido restaurada en Inglaterra? ¿Y qué tontería era aquello de los cien años? Se consoló pensando que una criatura que pasaba buena parte de su vida en una desolada mansión situada en medio de un oscuro bosque no podía estar bien informada acerca de lo que ocurría en mundos más amplios.

Se unió a los que miraban el baile junto a la pared. Las figuras de la pieza siguiente llevaron cerca de donde él se encontraba a una mujer que le llamó la atención por su extraordinaria hermosura. Lo impresionó el contraste que existía entre la belleza del rostro y la infinita tristeza de la expresión. Cuando ella levantó la mano para unirla a la de su pareja, él vio que le faltaba el dedo meñique.

«Qué curioso —pensó, y se palpó el bolsillo de la chaqueta, donde tenía la caja de plata y porcelana—. Quizá...» Pero no pudo explicarse por qué un mago tendría que haber dado al duende un dedo que pertenecía a alguien que se encontraba en casa del duende. No tenía sentido. «Quizá no tenga nada que ver lo uno con lo otro.»

Pero la mano de aquella mujer era muy pequeña y muy blanca. Strange estaba seguro de que el dedo que tenía en el bolsillo le encajaría perfectamente. Sentía curiosidad, y decidió ir a hablar con ella y preguntarle cómo había perdido el dedo.

El baile acabó. Ahora ella charlaba con otra dama que estaba de espaldas.

—Le ruego me perdone... —empezó Strange.

La otra dama se volvió rápidamente. Era Arabella.

Llevaba un traje blanco recubierto de una malla azul pálido cuajada de brillantes, que relucían como escarcha y nieve. Era un vestido mucho más bonito que cualquiera de los que tenía cuando vivía en Inglaterra. Lucía en el pelo constelaciones de flores diminutas en forma de estrellas y le ceñía la garganta una cinta de terciopelo negro.

Arabella lo miró con una expresión extraña, en la que la sorpresa se mezclaba con el recelo, y la alegría con la incredulidad.

—¡Jonathan! ¡Mira, querida! —le dijo a la otra mujer—. ¡Es Jonathan!

—Arabella... —empezó él.

No sabía qué quería decirle. Extendió las manos, pero ella no las tomó. Pareció que instintivamente retrocedía un poco, y asió las manos de la desconocida, como si ésta fuera ahora la persona a la que acudía en busca de consuelo y apoyo.

La desconocida, obedeciendo la petición de Arabella, miraba a Strange.

—Tiene el mismo aspecto que la mayoría de los hombres —comentó fríamente. Y como si pensara que podía dar por terminado el incidente, agregó—: Vamos. —Trató de llevársela.

—¡Espera! —dijo Arabella con suavidad—. Debe de haber venido a ayudarnos. ¿No lo crees así?

—Quizá —repuso en tono de duda. Volvió a mirar a Strange—. Pero me parece

que no. Habrá venido por otro motivo.

—Ya sé que quieres prevenirme contra las vanas esperanzas. Y procuro seguir tus consejos. ¡Pero ha venido! Sabía que no me olvidaría tan pronto.

—¡Olvidarte! —exclamó él—. Eso nunca, Arabella. Yo...

—¿Ha venido realmente a ayudarnos? —preguntó la desconocida volviéndose hacia él de repente.

—¿Cómo? No, yo... Comprenda que hasta ahora no sabía... Es decir, no acabo de entender...

La dama lanzó una leve exclamación de impaciencia.

—¿Ha venido a ayudarnos, sí o no? Creo que la pregunta es bien sencilla.

—No. Arabella, habla, te lo suplico. Dime qué ha...

—¡Ajá! ¿Lo ves? —le dijo la desconocida a Arabella—. Ven, buscaremos un rincón donde podamos estar tranquilas. Me ha parecido ver un banco libre cerca de la puerta.

Pero Arabella no estaba dispuesta a marcharse. Seguía mirándolo con aquella expresión extraña, como si mirara un retrato suyo en lugar de al hombre de carne y hueso.

—Ya sé que tú no confías mucho en lo que puedan hacer los hombres, pero...

—No confío en ellos en absoluto —zanjó la desconocida—. Sé lo que es malgastar años y años esperando en vano que éste o aquél acuda a ayudarte. ¡Es mejor la desesperanza que la desilusión constante!

Strange se impacientó.

—¡Perdone que la interrumpa, señora, aunque usted no ha hecho más que interrumpirme desde que he llegado! Pero me temo que debo insistir en hablar con mi esposa un minuto en privado. Si tiene la bondad de retirarse unos pasos...

Pero ni la desconocida ni Arabella le prestaban atención. Dirigían la mirada hacia un punto situado ligeramente a la derecha de Strange. A su lado estaba el caballero del pelo como el vilano del cardo.

Stephen se abrió paso entre la multitud que bailaba. Su conversación con el caballero había sido muy alarmante. Algo se había decidido, pero cuanto más cavilaba, más se convencía de que nunca podría adivinar qué.

—Aún no es tarde —murmuró mientras avanzaba—. Aún no es tarde.

Una parte de él, su mitad encantada, fría e indiferente, se preguntó qué quería decir con eso. ¿No era tarde para salvarse a sí mismo? ¿Para salvar a lady Pole y la señora Strange? ¿Al mago?

Las filas de danzantes nunca se le habían antojado tan largas ni tan parecidas a una barrera. Creyó distinguir al otro extremo del salón una cabellera plateada.

—¡Señor! —llamó—. ¡Espere! ¡He de hablar con usted!

La luz cambió. Los sonidos de la música, el baile y las conversaciones se apagaron. Stephen miró en derredor, esperando encontrarse en una nueva ciudad o en otro continente. Pero seguía en el gran salón de Desesperanza. Estaba vacío. Los músicos y danzantes habían desaparecido. Sólo quedaban tres personas: el propio Stephen y, a cierta distancia, el mago y el caballero del pelo de plata.

Strange gritó el nombre de su esposa. Corrió hacia una puerta oscura, como si pensara adentrarse en la casa en su busca.

—¡Detente! —le gritó el caballero.

El mago se giró y Stephen vio que estaba lívido de cólera y que contraía la boca como si fuera a vomitar un hechizo.

El caballero levantó las manos. Una bandada de pájaros invadió el salón. En un abrir y cerrar de ojos llegaron y en un abrir y cerrar de ojos se fueron.

Los pájaros habían golpeado a Stephen con las alas, dejándolo sin respiración. Cuando consiguió alzar la cabeza, vio que el caballero levantaba las manos por segunda vez.

El gran salón se llenó de remolinos de hojas. Hojas secas y oscuras, movidas por un viento que provenía de ninguna parte. En un abrir y cerrar de ojos llegaron y en un abrir y cerrar de ojos se fueron.

El mago tenía los ojos muy abiertos. No sabía qué hacer frente a aquella magia arrolladora. «Está perdido», pensó Stephen.

El caballero levantó las manos por tercera vez. El gran salón se llenó de lluvia, pero no de agua sino de sangre. En un abrir y cerrar de ojos llegó y en un abrir y cerrar de ojos se fue.

La magia terminó. En ese instante, Strange desapareció y el caballero cayó al suelo, como desmayado.

—¿Dónde está el mago, señor? —gritó Stephen, corriendo a arrodillarse a su lado—. ¿Qué ha pasado?

—Lo he devuelto a la colonia marítima de Altinum² —dijo con un ronco susurro. Trató de sonreír, pero no pudo—. ¡Lo he hecho, Stephen! ¡He hecho lo que me has aconsejado! ¡Me ha costado todas mis fuerzas! ¡He forzado hasta el límite mis viejas alianzas! ¡Pero he cambiado el mundo! ¡Qué golpe le he dado! ¡Oscuridad, tristeza y soledad! ¡Ya no volverá a amenazarnos! —Intentó una risa triunfal, que se trocó en un acceso de tos y vómito. Cuando se calmaron los espasmos, tomó la mano de Stephen—. No te aflijas por mí. Sólo estoy un poco fatigado. Eres una persona de una clarividencia y una intuición prodigiosas. De ahora en adelante, tú y yo ya no somos amigos, ¡somos hermanos! Me has ayudado a vencer a mi enemigo, y a cambio yo encontraré tu nombre. ¡Te haré rey! —Su voz se apagó.

—¡Dígame qué ha hecho! —susurró Stephen.

Pero el caballero cerró los ojos.

Stephen se quedó arrodillado en el salón, oprimiendo la mano del caballero. Las velas de sebo se apagaron; las sombras lo envolvieron.

56. La Torre Negra (3 – 4 de diciembre de 1816)

EL doctor Greysteel dormía, y estaba soñando. En el sueño lo llamaban para pedirle algo. Él, deseoso de complacer a quienesquiera que fuesen, iba de un lado al otro buscándolos, no los encontraba y ellos seguían llamándolo. Al fin abrió los ojos.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Soy yo, señor. Frank, señor.

—¿Qué ocurre?

—Ha venido el señor Strange. Quiere hablar con usted, señor.

—¿Sucede algo malo?

—No lo ha dicho, señor. Pero me parece que sí.

—¿Dónde está, Frank?

—No quiere entrar, señor. No he podido convencerlo. Está fuera, señor.

El doctor Greysteel se sentó en la cama, bajó los pies y dio un respingo.

—¡Hace frío, Frank!

—Sí, señor.

Ayudó al doctor a ponerse la bata y las zapatillas. Cruzaron numerosas habitaciones oscuras y grandes extensiones de oscuros suelos de mármol. En el vestíbulo ardía una lámpara. Frank abrió las grandes puertas de hierro, tomó la lámpara y salió. Greysteel lo siguió.

Unas escaleras bajaban a la oscuridad. Sólo el olor a mar, el chapoteo del agua en la piedra y algún que otro leve parpadeo de luz en una oscuridad trémula indicaban que al pie de la escalera había un canal. Algunas casas de alrededor tenían lámparas en ventanas o balcones. Más allá, todo era silencio y oscuridad.

—¡Aquí no hay nadie! —gritó el doctor—. ¿Dónde está el señor Strange?

Por toda respuesta, Frank señaló a la derecha. Debajo de un puente apareció de pronto una luz, y a su resplandor el doctor Greysteel vio una góndola que esperaba. El gondolero bogó hacia ellos. Al acercarse la embarcación, el doctor distinguió a un pasajero. A pesar de que Frank le había dicho quién era el visitante, tardó un momento en reconocerlo.

—¡Strange! —gritó—. Pero, por Dios, ¿qué ha pasado? ¡No lo conocía! Mi... mi... mi buen amigo. —Se le trababa la lengua mientras buscaba las palabras. Durante las últimas semanas, se había hecho a la idea de que, muy pronto, él y Strange tendrían una más estrecha relación—. ¡Entre en casa! ¡Frank, trae vino para el señor, pronto!

—¡No! —exclamó Strange con una voz ronca y desconocida. Le dijo al gondolero unas rápidas palabras. Su italiano era mucho más fluido que el de Greysteel, por lo que éste no entendió lo que decía, pero el significado fue evidente

cuando el gondolero empezó a alejar la embarcación—. ¡No puedo entrar! ¡No me pida eso!

—Está bien, pero dígame qué ocurre.

—¡Estoy maldito!

—¿Maldito? ¡No! No diga eso.

—Es cierto. Me he equivocado en todo. Le he dicho a este hombre que me aparte de su casa. Es peligroso que me acerque. ¡Doctor Greysteel! ¡Debe usted alejar a su hija!

—¡A Flora! ¿Por qué?

—¡Anda cerca alguien que la quiere mal!

—¡Santo Dios!

Strange abrió mucho los ojos.

—Es alguien que pretende condenarla a una vida de angustia. ¡Sometida a un mal espíritu! Prisionera de un cruel encantamiento dentro de unos muros de piedra y de tierra. ¡Perverso! ¡Perverso! O quizá no tan perverso después de todo, porque él no hace sino obedecer a su naturaleza. ¿Cómo podría evitarlo?

Ni el doctor Greysteel ni Frank entendían nada.

—Usted está enfermo, señor Strange —dijo el doctor—. Tiene fiebre. Entre en casa. Frank le preparará una bebida que lo calme y le disipe esos negros pensamientos. Venga, entre en casa. —Retrocedió un poco para que Strange pudiera desembarcar, pero éste no se movió.

—Yo pensaba... —comenzó el mago, y se interrumpió. Hizo una pausa tan larga que parecía haber olvidado lo que iba a decir, pero entonces volvió a empezar—: Yo pensaba que Norrell me había mentado sólo a mí. Pero estaba equivocado. Completamente equivocado. Ha mentado a todo el mundo. Nos ha mentado a todos. —Luego le dijo algo al gondolero y la góndola se adentró en la oscuridad.

—¡Vuelva! ¡Vuelva aquí! —gritó Greysteel, pero la embarcación siguió alejándose. Miró fijamente la oscuridad, con la esperanza de que Strange reapareciera, pero no fue así.

—¿Quiere que vaya tras él, señor? —preguntó Frank.

—No sabemos adónde ha ido.

—Habrá ido a su casa, señor. Puedo seguirlo a pie.

—¿Y qué le dirás, Frank? Ahora no querrá escucharnos. No; entremos. Tenemos que pensar en Flora.

Pero una vez dentro, el doctor se detuvo, sin saber qué hacer. De repente aparentaba los años que tenía. Frank lo tomó del brazo y, con suavidad, lo hizo bajar una oscura escalera de piedra para llevarlo a la cocina.

Era una cocina muy pequeña para una casa tan grande. De día era un lugar húmedo y sombrío. Sólo había una ventana. Estaba en lo alto de la pared, casi a ras

del agua, y tenía una robusta reja. Eso significaba que la mayor parte de la habitación quedaba por debajo del nivel del canal. A pesar de todo, después de aquel encuentro con Strange, les pareció cálida y acogedora. Frank encendió más velas y avivó el fuego. Luego llenó de agua la tetera para hacer té.

Greysteel, sentado en una modesta silla de cocina, contemplaba el fuego, ensimismado.

—Cuando ha dicho que alguien quería hacerle daño a Flora... Frank asintió, como si supiera lo que venía a continuación.

—... no he podido evitar pensar que se refería a sí mismo, Frank. Teme hacerle daño y ha venido a avisarme.

—¡Eso es, señor! Ha venido a avisar. Lo que demuestra que en el fondo es un hombre bueno.

—Es un hombre bueno, sí. Pero algo ha ocurrido. Es esa magia. Eso debe de ser. Es una profesión extraña. Preferiría que fuera otra cosa: soldado, sacerdote, abogado... ¿Qué le diremos a Flora, Frank? Ella no querrá marcharse, puedes estar seguro. No querrá dejarlo. Especialmente ahora que... ahora que está enfermo. ¿Qué le digo? Debería irme con ella. Pero si me marchó, ¿quién se quedará en Venecia para cuidar del señor Strange?

—Usted y yo nos quedaremos para ayudar al mago, señor. Pero disponga que la señorita Flora se marche con su tía.

—Sí, Frank. ¡Eso es! ¡Eso haremos!

—Aunque debo decir, señor —agregó—, que la señorita Flora no necesita que cuiden de ella. No es como otras jóvenes. —Había vivido con los Greysteel el tiempo suficiente para contagiarse de la costumbre de la familia de ver en la joven una inteligencia y unas dotes excepcionales.

Considerando que, por el momento, ya habían hecho cuanto podían, ambos hombres volvieron a la cama.

Pero una cosa es trazar proyectos en plena noche y otra muy distinta realizarlos a la luz del día. Como el doctor Greysteel preveía, Flora se opuso en los términos más rotundos a la idea de alejarse de Venecia y de Jonathan Strange. No lo comprendía. ¿Por qué tenía que marcharse?

Porque él estaba enfermo, respondió su padre.

Mayor motivo para quedarse, replicó ella. El señor Strange necesitaría a alguien que lo cuidara.

El doctor trató de insinuar que la enfermedad de Strange era contagiosa, pero como por principio e inclinación era una persona honrada, mentía muy mal por falta de práctica, y Flora no lo creyó.

La tía Greysteel no entendía mejor que su sobrina aquel cambio de planes. El doctor, viendo que no podía hacer frente a la oposición conjunta de ambas mujeres, se

vio obligado a revelar a su hermana, confidencialmente, lo ocurrido la noche anterior. Por desgracia, el buen doctor carecía de talento para transmitir emociones, y en su explicación no vibró el acento siniestro que tenían las palabras de Strange. Su hermana sólo entendió que el mago hablaba de forma incoherente, de lo que dedujo que estaba borracho. Ese estado, aunque muy lamentable, se daba con frecuencia entre caballeros, y no parecía razón suficiente para que toda la familia tuviera que marcharse a otra ciudad.

—Al fin y al cabo, Lancelot, yo te he visto a ti más que achispado por el vino. Aquella vez que cenábamos con el señor Sixsmith y te empeñaste en dar las buenas noches a todas las gallinas... Saliste al corral y las sacaste del gallinero una a una, y ellas echaron a correr como despavoridas y se escaparon, y el zorro se comió la mitad. Nunca había visto a Antoinette tan enfadada. —Antoinette era la difunta esposa del doctor.

Era una vieja historia muy humillante. Greysteel la escuchó con impaciencia.

—¡Louisa, por Dios! ¡Soy médico y sé lo que es una borrachera!

Llamaron a Frank. El criado recordaba con más precisión las palabras de Strange. El cuadro que pintó de Flora encerrada en una prisión para toda la eternidad bastó para aterrorizar a su tía, que al instante estaba tan ansiosa como los demás por sacarla de Venecia. Sin embargo, insistió en un punto, un punto que no se les había ocurrido ni a Frank ni al doctor Greysteel: había que decirle a Flora la verdad.

A ésta le causó un terrible disgusto la noticia de que Strange había perdido la razón. Al principio pensó que estaban equivocados, pero incluso cuando la convencieron de que era verdad, insistía en que no era necesario que se fuese de Venecia; estaba segura de que él nunca le haría daño alguno. Pero también comprendía que su padre y su tía no pensaban lo mismo y que no descansarían tranquilos hasta que se fuera. A regañadientes, pues, accedió a marcharse.

Poco después de la marcha de las dos mujeres, el doctor Greysteel se encontraba sentado en uno de los fríos salones de mármol del palazzo, reconfortándose con una copa de brandy y haciendo acopio de valor para ir en busca de Strange, cuando entró Frank hablando de una torre negra.

—¿Qué? —preguntó el doctor, que no estaba de humor para desentrañar las enigmáticas tonterías de Frank.

—Si se acerca a la ventana la verá, señor.

Greysteel se levantó y fue a la ventana.

Algo se erguía en el centro de Venecia. Podría describirse como una torre negra de imposibles dimensiones. Su base parecía abarcar varios acres. Se elevaba de la ciudad al cielo y no se distinguía la cúspide. Vista a distancia, parecía de un negro uniforme y textura lisa. Pero por momentos se tornaba casi translúcida, como si estuviera formada de humo negro, y fugazmente se veían edificios detrás, o quizá

incluso dentro de ella.

Era lo más misterioso que el doctor Greysteel había visto en su vida.

—¿De dónde puede haber salido, Frank? ¿Y qué habrá sido de las casas que antes estaban ahí?

Antes de que esas y cualesquiera otras preguntas pudiesen tener respuesta, se oyeron golpes enérgicos en la puerta; sonaban a visita oficial. Frank fue a abrir. Al poco volvió con un grupo de personas desconocidas para el doctor Greysteel. Dos eran sacerdotes, y había tres o cuatro jóvenes de porte militar con uniformes de vivos colores y adornados con gran profusión de entorchados. El más apuesto de los jóvenes se adelantó. Tenía un largo mostacho rubio y su uniforme era el más espléndido. Dijo ser el coronel Wenzel von Ottenfeld, secretario del gobernador austriaco de la ciudad, y presentó a sus acompañantes. Los oficiales eran austriacos como él, pero los sacerdotes eran venecianos. Eso sorprendió al doctor: los venecianos detestaban a los austriacos y raramente se los veía juntos.

—¿Usted, señor doctor? —dijo el coronel Von Ottenfeld—. ¿Amigo del *Hexenmeister*¹ del Gran Vellinton?

Greysteel respondió que lo era, en efecto.

—¡Ah, señor doctor! ¡Hoy nosotros suplicamos a usted bajo sus pies! —Asumió una expresión contrita, que su bigote caído acentuó. Greysteel dijo que le asombraba oír tal cosa.

—Hoy nosotros venimos. Nosotros solicitamos... —Von Ottenfeld frunció el entrecejo y chasqueó los dedos—. *Vermittlung. Wir bitten um Itere Vermittlung. Wie kann man das sagen?* —Siguió una breve discusión acerca de la traducción del término. Uno de los clérigos italianos propuso «intercesión»—. Sí, sí —aprobó vivamente—. Solicitamos su intercesión entre nosotros y el *Hexenmeister* del Gran Vellinton. Señor doctor, nosotros estimamos mucho al *Hexenmeister* del Gran Vellinton. Pero ahora *Hexenmeister* ha hecho algo. ¡Qué calamidad! La gente de Venecia asustada. ¡Muchos deben abandonar casas y marchar de aquí!

—¡Ah! —exclamó Greysteel, como si comprendiera. Se quedó pensativo un momento y comprendió—. ¡Oh! Ustedes creen que el señor Strange tiene algo que ver con esa Torre Negra.

—¡No! —respondió Von Ottenfeld—. No es torre. Es la noche. ¡Qué calamidad!

—¿Qué dice? —preguntó Greysteel, mirando a Frank en demanda de ayuda. Frank se encogió de hombros.

Uno de los curas, cuyo inglés era un poco más sólido, explicó que aquella mañana el sol había salido en toda la ciudad excepto en la parroquia de Santa Maria Zobenigo, donde vivía Strange. Allí había seguido reinando la noche.

—¿Por qué el *Hexenmeister* del Gran Vellinton hacer esto? —preguntó Von Ottenfeld—. Nosotros no saber. Nosotros suplicamos que usted vaya, señor doctor.

Que le pida, por favor, que el sol vuelva a Santa Maria Zobenigo. Que le pida, con todo respeto, no más magia en Venecia.

—Claro que iré. Es una situación lamentable. Y aunque estoy seguro de que el señor Strange no lo ha hecho a propósito... en fin, que debe tratarse de un malentendido... haré con mucho gusto cuanto esté en mi mano para ayudarlos.

—¡Ah! —El cura angloparlante levantó la mano con ansiedad, como si temiera que Greysteel saliera corriendo en dirección a Santa Maria Zobenigo sin más dilación—. Pero llevará a su criado, ¿verdad? No pensará ir solo, ¿no?

Nevaba copiosamente. Venecia había trocado sus colores tristes por el gris y el negro. La *piazza* de San Marco era un pálido grabado de sí misma en gris sobre papel blanco. Estaba desierta. Greysteel y Frank avanzaban a duras penas sobre la nieve. El doctor portaba un farol y el criado lo protegía con un paraguas negro.

Más allá de la *piazza* se elevaba el Negro Pilar de la Noche. Cruzaron el arco del Atrio, entre casas silenciosas. La oscuridad empezaba a mitad de un pequeño puente. Impresionaba ver cómo los copos de nieve, que caían en diagonal, desaparecían como si una criatura viviente estuviera sorbiéndolos con avidez.

Los dos hombres lanzaron una última mirada a la blanca ciudad callada y entraron en la oscuridad.

Las callejuelas estaban desiertas. Los vecinos de la parroquia habían huido a casa de parientes y amigos en otros barrios. Pero los gatos de Venecia —que, como los de cualquier ciudad, siempre van al revés— habían acudido a Santa Maria Zobenigo a bailar, cazar y jugar en aquella noche sin fin que para ellos era una fiesta. Pasaban rozándoles las piernas, y más de una vez Greysteel advirtió unos ojos brillantes que lo observaban desde el quicio de una puerta.

La casa donde se alojaba Strange estaba en silencio. Llamaron a la puerta y gritaron, pero nadie acudió. Empujaron la puerta, que cedió. El interior estaba oscuro. Encontraron la escalera y subieron hasta la habitación del último piso, en la que Strange practicaba la magia.

Después de todo lo sucedido, esperaban hallar algo extraordinario: a Strange conversando con un demonio o atormentado por horribles apariciones. Los desconcertó que la escena fuera la habitual. La habitación tenía el mismo aspecto de otras ocasiones. Iluminada por gran número de velas, y la estufa de hierro que despedía un grato calor. Strange se encontraba en la mesa, inclinado sobre su fuente de plata, que le alumbraba la cara con un resplandor blanco. No levantó la cabeza. En un rincón sonaba el tenue tictac de un reloj. Como siempre, había libros, papeles y útiles de escritura esparcidos por todas partes. Strange rozó con la yema del dedo la superficie del agua y dio dos golpecitos suaves. Luego se giró y escribió en un cuaderno.

—Strange —dijo el doctor.

Él levantó la mirada. No parecía tan angustiado como la noche anterior, pero en sus ojos seguía habiendo una expresión de criatura acosada. Miró al doctor durante un largo momento, como si no lo reconociera.

—Greysteel —murmuró al fin—. ¿Qué hace aquí?

—He venido a ver cómo se encuentra. Estoy preocupado por usted.

El mago no respondió. Volvió a mirar la fuente e hizo varios movimientos sobre ella. Pero enseguida pareció contrariado por lo que había hecho. Echó agua en un vaso, tomó un frasquito y, cuidadosamente, vertió dos gotas de líquido en el vaso.

El doctor lo observaba. El frasco no tenía etiqueta. Su contenido era un líquido ámbar que podía ser cualquier cosa.

Strange vio que lo miraba.

—Va a decirme que no debería tomar esto. ¡Puede ahorrarse la molestia! —Vacío el vaso de un trago—. ¡No lo diré cuando sepa el motivo!

—No, no —repuso en tono apaciguador, el que empleaba con sus pacientes más difíciles—. Le aseguro que no iba a decir eso. Sólo deseo saber si siente algún dolor. ¿Está enfermo? Anoche me lo pareció. Quizá pueda aconsejarle... —Se interrumpió. Había notado un olor, un olor potente y mareante, a moho acre, a rancio, a animal. Y lo curioso era que lo reconocía. Era el olor de la habitación de la anciana, la anciana loca con todos aquellos gatos.

—Mi esposa vive —dijo Strange con una voz ronca y gruesa—. ¡Eso no lo sabía usted! ¿Verdad?

Greysteel se quedó helado. Si algo podía decir Strange para alarmarlo más de lo que ya lo estaba, era eso.

—¡Me dijeron que había muerto! ¡Me dijeron que la habían enterrado! No comprendo cómo pude dejarme engañar. ¡La habían encantado! ¡Me la robaron! Por eso necesito esto. —Agitó el frasquito del líquido ámbar delante de los ojos del doctor.

Greysteel y Frank dieron unos pasos atrás. Frank le dijo al oído:

—No tema, señor. Todo va bien. No dejaré que le haga daño. Yo puedo con él. No tema.

—No puedo regresar a la casa —dijo Strange—. Me ha echado y no me dejará volver a entrar. Los árboles me cerrarán el paso. He probado hechizos de desencantamiento, pero no actúan...

—¿Ha estado practicando magia desde anoche? —preguntó Greysteel.

—¿Cómo? ¡Sí!

—Lamento oír eso. Debe usted descansar. Me parece que no recuerda muy bien lo que pasó anoche.

—¡Ja! —exclamó Strange con amarga ironía—. ¡Nunca olvidaré ni el menor

detalle!

—¿No lo olvidará? ¿No? —repuso el doctor, siempre con tono tranquilizador—. Bien, no le niego que su aspecto me alarmó. No parecía usted. Seguramente, un exceso de trabajo. Quizá si yo...

—Perdone, doctor Greysteel, pero, como acabo de decirle, mi esposa está encantada, prisionera bajo tierra. Mucho me gustaría continuar esta conversación, pero tengo asuntos más urgentes que atender.

—Muy bien. Cálmese. Nuestra presencia lo incomoda. Nos iremos y volveremos mañana. Pero antes he de decirle una cosa. Esta mañana me ha visitado una delegación enviada por el gobernador. Con el mayor respeto, le ruega que se abstenga de practicar magia por el momento...

—¿Que no practique magia! —Soltó una carcajada. Fue un sonido frío, áspero, triste—. ¿Me piden que pare ahora? ¡Imposible! ¿Por qué Dios me hizo mago si no? —Volvió a mirar la fuente de plata y empezó a trazar signos en el aire, sobre la superficie del agua.

—Por lo menos, libere a la parroquia de esta noche artificial. ¿Lo hará por mí? ¿Por nuestra amistad? ¿Por Flora?

Strange se interrumpió en mitad de un movimiento.

—¿Qué dice? ¿Qué noche artificial? ¿Qué tiene de artificial?

—¡Strange, por Dios! ¡Es casi mediodía!

El mago no dijo nada. Miró la negra ventana, la oscuridad de la habitación y, por último, al doctor.

—No tenía ni idea —susurró consternado—. ¡Créame! ¡No es obra mía!

—¿De quién entonces?

Strange no respondió. Tenía la mirada ausente.

Greysteel comprendió que con preguntas sobre la oscuridad no conseguiría sino irritarlo más aún, por lo que se limitó a decir:

—¿Puede hacer que vuelva la luz del día?

—No... no lo sé.

El doctor le dijo que regresarían al día siguiente, y aprovechó la ocasión para recomendarle el excelente remedio del sueño.

Strange no escuchaba, pero en el momento en que Greysteel y Frank iban a salir, agarró del brazo al primero y le susurró:

—¿Puedo preguntarle algo?

Greysteel asintió.

—¿No teme que se apague?

—¿Que se apague qué?

—La vela. —Strange le señaló la frente—. La vela que tiene dentro de la cabeza.

Fuera, la oscuridad parecía más misteriosa que nunca. Greysteel y Frank

caminaban en silencio por las tenebrosas calles. Cuando, al llegar al extremo oeste de la *piazza* de San Marco, salieron a la luz del día, los dos lanzaron un gran suspiro de alivio.

El doctor dijo:

—No pienso decir nada al gobernador acerca de su trastorno mental. Sabe Dios lo que harían los austriacos. Serían capaces de enviar soldados a arrestarlo... o algo peor. Les diré, simplemente, que por ahora no le es posible disipar la noche, pero que no desea hacer ningún mal a la ciudad... porque me consta que así es, y estoy seguro de que muy pronto lo convenceré para que arregle esto.

Al día siguiente, cuando salió el sol, la oscuridad aún cubría la parroquia de Santa Maria Zobenigo. A las ocho y media, Frank fue a comprar leche y pescado. A la bonita campesina de ojos negros que vendía leche en la barcaza del canal de San Lorenzo le gustaba Frank, y siempre tenía para él una palabra amable y una sonrisa. Aquella mañana, al darle el cántaro de la leche, le preguntó si ya sabía que el mago inglés estaba loco.

En el mercado de pescado del Gran Canal, un pescadero le vendió a Frank tres salmonetes, y apenas estuvo atento al pago porque se hallaba enfrascado en una discusión con el vecino sobre si el mago inglés había enloquecido por ser mago o por ser inglés. Dos pálidas monjas que fregaban la escalinata de mármol de una iglesia dieron a Frank los buenos días cuando pasó por su lado y le dijeron que pensaban rezar por el pobre mago inglés perturbado. Cuando ya casi llegaba a la puerta de la casa, un gato blanco salió de debajo del asiento de una góndola, saltó al muelle y miró a Frank. El hombre casi esperaba que el animal le dijera algo sobre Jonathan Strange, pero no dijo nada.

—¿Cómo es posible? —preguntó Greysteel sentándose en la cama—. ¿Crees que el señor Strange puede haber salido a hablar con alguien?

Frank no lo sabía. Volvió a salir e hizo indagaciones. Al parecer, Strange no se había movido del cuarto del último piso de la casa de Santa Maria Zobenigo; pero lord Byron (la única persona de la ciudad para la que la noche perpetua tenía aliciente) lo visitó a eso de las cinco de la tarde y lo encontró practicando magia y hablando de velas, piñas, bailes que duraban siglos y oscuros bosques que llenaban las calles de Venecia. Al regresar a casa, Byron se lo contó a su amante, al casero y al ayuda de cámara, y como éstas eran personas sociables que solían pasar las veladas de tertulia con nutridos grupos de amigos muy comunicativos, por la mañana eran multitud los que se habían enterado de lo sucedido.

—¡Lord Byron! ¡Naturalmente! —exclamó Greysteel—. ¡Me había olvidado de él! Iré a verlo para pedirle que sea discreto.

—Me parece que ya es un poco tarde, señor —dijo Frank.

Greysteel tuvo que reconocer que era verdad. No obstante, le parecía que tenía

que consultar con alguien. ¿Y quién mejor que la persona a la que más había tratado Strange en Venecia, después de él? Aquella noche, el doctor se vistió con esmero y fue en su góndola a casa de la condesa Albrizzi. La condesa era una dama griega de edad madura y brillante inteligencia, que había publicado varios libros sobre escultura y cuyo mayor placer era celebrar conversazioni, en las que elegantes y estudiosos tuvieran ocasión de conocerse. Strange había asistido a una o dos de aquellas reuniones, pero Greysteel no se había interesado por ellas hasta esa noche.

El doctor fue conducido a un salón grande y fastuoso del piano nobile, con suelo de mármol, bellas estatuas y pinturas en paredes y techo. En un extremo del salón estaban las señoras, sentadas en semicírculo alrededor de la condesa. Los hombres, de pie, formaban corros en el otro extremo. Desde el momento en que entró, Greysteel sintió fijadas en su persona las miradas de todos los presentes. Más de uno se inclinó hacia el vecino, señalándolo con un ademán. Era evidente que hablaban de Strange y la oscuridad.

Junto a una ventana había un hombre bien parecido y de estatura algo menos que mediana. De pelo oscuro y rizado, tenía unos labios carnosos y muy rojos. Unos labios que habrían llamado la atención incluso en una mujer, y que en un hombre eran francamente excepcionales. Por su talla escasa, la elegancia de sus ropas y su cabello y ojos oscuros, habría podido recordar a Christopher Drawlight, pero sólo si éste hubiera sido terriblemente inteligente. Greysteel fue en línea recta hacia él y dijo:

—¿Lord Byron?

El hombre se volvió hacia quien le hablaba. No pareció muy complacido al ver que se trataba de un inglés grueso, aburguesado y de mediana edad. Pero no podía negar quién era.

—Me llamo Greysteel. Soy amigo del señor Strange.

—¡Ah! —exclamó el poeta—. El médico que es padre de una hermosa hija.

El doctor, a su vez, tampoco se sintió muy complacido al oír a uno de los más célebres calaveras de Europa referirse a su hija en tales términos, pero tampoco podía negar que Flora fuese su hija ni que fuese hermosa. Dejando a un lado el tema por el momento, dijo:

—Fui a ver a Strange. Mis peores temores se han confirmado. Su mente está trastornada.

—Oh, totalmente —convino Byron—. He estado con él hace un par de horas y no ha parado de hablar de su difunta esposa, que en realidad no está muerta, sino sólo encantada. ¡Y ahora se ha envuelto en la oscuridad y practica magia negra! Hay algo admirable en todo esto, ¿no le parece?

—¿Admirable? —repitió el doctor secamente—. ¡Diga mejor lastimoso! Pero ¿usted piensa que él ha creado la oscuridad? A mí me dijo que no.

—¡Por supuesto que la ha creado él! ¡Un mundo negro, en consonancia con su

negro ánimo! ¿Quién no ha deseado alguna vez apagar el sol? La diferencia está en que, si eres mago, puedes hacerlo.

Greysteel reflexionó.

—Puede que tenga razón —concedió—. Quizá creó él la oscuridad y luego lo olvidó. No estoy seguro de que recuerde todo lo que dice y hace. He observado que de nuestras conversaciones retiene sólo una impresión muy vaga.

—Vaya. Bien —dijo milord, como si ello no le sorprendiera y también él deseara olvidar la conversación con el doctor lo antes posible—. ¿Sabe usted que ha escrito a su cuñado?

—No; no lo sabía.

—Le ha pedido que venga a Venecia, a ver a su difunta hermana.

—¿Usted cree que vendrá?

—¡No tengo ni la menor idea! —El tono de lord Byron daba a entender que era mucha presunción la del doctor Greysteel: esperar que el poeta más grande de la época se interesara por tales asuntos. Tras un momento de silencio, agregó en tono más natural—: A decir verdad, no creo que venga. Strange me ha enseñado la carta. Estaba llena de divagaciones y razonamientos incoherentes que sólo un loco, ¡o un mago!, podría comprender.

—Es muy triste. ¡Muy triste en verdad! Anteayer, sin ir más lejos, salimos a pasear con él. ¡Estaba tan animado...! Pasar de la plena cordura a la completa locura en el período de una noche me parece inconcebible. Me pregunto si no habrá una causa física. ¿Quizá una infección?

—¡Tonterías! Las causas de su locura son puramente metafísicas. Hay que buscarlas en la abismal distancia entre lo que uno es y lo que uno aspira a ser, entre alma y carne. Perdone, doctor Greysteel, pero lo digo por experiencia. De esto puedo hablar con autoridad.

—Pero... —Se interrumpió para ordenar ideas—. Pero el período de frustración aguda parecía superado. Su trabajo iba bien.

—Lo único que puedo decirle es esto: antes de concebir esta obsesión por su difunta esposa, lo absorbía por completo otra figura: John Uskglass.

¿No lo observó usted? Yo sé muy poco de magos ingleses. Siempre me parecieron una colección de viejos rancios y aburridos... todos menos John Uskglass. Él es totalmente distinto. ¡El mago que dominó a los Otherlanders!² ¡El único mago que venció a la Muerte! ¡El mago al que el mismo Lucifer tuvo que tratar de igual a igual! Y cuando Strange se compara con ese ser sublime, algo que ha de hacer de vez en cuando, se ve a sí mismo como es en realidad: ¡una mediocridad que labora trabajosamente a ras de tierra! ¡Y todas sus hazañas, tan alabadas en la isla pequeña y desolada³, quedan reducidas a polvo! Es algo que ha de provocar un soberano acceso de desesperación. Es ser mortal y buscar lo que está más allá de la mortalidad⁴. —

Lord Byron dio énfasis a esta frase y se detuvo un momento, como para guardarla en la memoria por si tenía ocasión de incluirla en un poema—. Yo mismo sentí algo de esa melancolía en septiembre, cuando estaba en las montañas suizas. Mientras caminaba, cada cinco minutos oía una avalancha, como si Dios estuviera empeñado en destruirme. Yo me sentía lleno de nostalgias y anhelos de inmortalidad. Varias veces sentí una fuerte tentación de dispararme un tiro en la cabeza... y lo habría hecho de no haber pensado en el placer que ello proporcionaría a mi suegra.

Por lo que al doctor Greysteel atañía, lord Byron podía pegarse un tiro cuando más le apeteciese; pero Strange era otra cuestión.

—¿Lo cree capaz de autodestruirse? —preguntó con ansiedad.

—¡Oh, desde luego!

—¿Y qué podemos hacer?

—¿Hacer? —repitió el poeta, ligeramente sorprendido—. ¿Por qué desea usted hacer algo? —Entonces, pensando que ya habían hablado lo suficiente acerca de otro, dirigió la conversación hacia su persona—. A fin de cuentas, me alegro de que nos hayamos conocido, doctor Greysteel. Yo traía conmigo de Inglaterra a un médico, pero tuve que despedirlo en Génova. Ahora noto que me bailan los dientes. ¡Mire! — Byron abrió la boca para enseñárselos.

Greysteel tiró con suavidad de un diente grande y blanco.

—Me parece que están sanos y firmes —dijo.

—¡Oh! ¿Usted cree? Pero me temo que no por mucho tiempo. Me hago viejo, me estoy secando, lo noto. —Suspiró. Y animado por un pensamiento más alegre, agregó —: En cualquier caso, la crisis de Strange no podía llegar en mejor momento. Casualmente, estoy escribiendo un poema de un mago que combate contra los espíritus inefables que gobiernan su destino. Desde luego, no digo que Strange sea el modelo perfecto para mi mago, ni mucho menos; carece de auténtico espíritu heroico; tendré que poner algo de mí mismo para suplir esa falta.

Pasó por su lado una linda joven italiana. Byron estiró el cuello, entornó los ojos y adoptó el gesto del que está a punto de expirar de indigestión crónica. Greysteel no pudo sino suponer que el poeta estaba obsequiando a la joven con el perfil y la expresión byronianos.

57. Las Cartas Negras (Diciembre de 1816)¹

Santa Maria Zobenigo,

Venecia 3 de diciembre de 1816

Jonathan Strange al reverendo Henry Woodhope

Querido Henry:

Prepárate a recibir una noticia maravillosa. He visto a Arabella. La he visto y he hablado con ella. ¿No es glorioso? ¿No es la mejor de todas las noticias que pudieras recibir? No vas a creerme. No vas a entenderlo. Te aseguro que no fue un sueño. No es la embriaguez, ni la locura, ni el opio. Piénsalo: sólo tienes que aceptar que la pasada Navidad, en Clun, todos estábamos, en cierta medida, bajo los efectos de un encantamiento, y entonces todo es verosímil, todo es posible. ¿No es irónico que precisamente yo no pudiera detectar la magia que me envolvía? En mi defensa puedo decir que era de una naturaleza inesperada y procedía de un ámbito que yo nunca habría podido prever. Pero, para mi vergüenza, otras personas fueron más perspicaces que yo. John Hyde comprendió que ocurría algo malo y trató de advertirme, pero no lo escuché. Tú mismo, Henry, me dijiste claramente que estaba tan absorto en mis libros que eludía mis responsabilidades y desatendía a mi esposa. Tus consejos me irritaban y más de una vez te respondí con rudeza. Ahora lo lamento y te pido perdón humildemente. Puedes hacerme tantos reproches como quieras. No serán tantos como los que me hago yo. Pero vamos a lo que importa. Necesito que vengas a Venecia. Arabella se encuentra en un lugar no muy lejos de aquí, pero no puede salir de él ni yo puedo ir a buscarla, por lo menos [suprimidas varias líneas]. Los amigos que he hecho aquí son personas excelentes y bienintencionadas, pero me acosan a preguntas. No tengo criado y hay algo que me impide andar por la ciudad sin llamar la atención. De esto no diré más. Mi querido Henry, mi buen Henry, no pongas inconvenientes, te lo ruego. Ven a Venecia de inmediato. Tu recompensa será ver a Arabella sana y salva y de nuevo con nosotros. ¿Para qué, si no, había Dios de hacerme el mago más grande de la época?

Tu hermano,

S.

Santa Maria Zobenigo,

Venecia 6 de diciembre de 1816

Jonathan Strange al reverendo Henry Woodhope

Querido Henry:

Después de escribir mi última carta no me quedé con la conciencia tranquila. Sabes que nunca te he mentado, pero ahora he de confesarte que no te he dicho lo bastante como para que puedas hacerte una idea exacta de cuál es el estado de Arabella en este momento. No está muerta, sino... [doce líneas tachadas e indescifrables] bajo tierra, dentro de la colina que ellos llaman brugh. Está viva y no lo está, aunque tampoco está muerta; está encantada. Desde tiempo inmemorial, ellos raptan a hombres y mujeres cristianos para convertirlos en criados, o para obligarlos, como en este caso, a tomar parte en sus tediosos pasatiempos: sus bailes, sus fiestas, sus largas y vanas celebraciones del polvo y la nada. De todos los reproches que me hago, el más amargo es el de haber traicionado a la persona a la que más debía proteger.

Santa Maria Zobenigo,

Venecia 15 de diciembre de 1816

Jonathan Strange al reverendo Henry Woodhope

Querido Henry:

Siento decirte que ahora tengo más motivos de inquietud que los mencionados en mi última carta². He hecho todo cuanto se me ha ocurrido para romper los barrotes de su negra prisión, y he fracasado. No conozco hechizo alguno que pueda abrir ni la menor fisura en magia tan antigua. Que yo sepa, no existe tal conjuro en todo el canon inglés. Los relatos de magos que han liberado a cautivos de Tierra de Duendes son escasos y se dan muy de tarde en tarde. No recuerdo ni uno solo. En uno de sus libros, Martin Pale escribe que a veces los duendes se cansan de sus cautivos humanos y los expulsan del brugh de improviso, y entonces los infelices se encuentran otra vez en su propia tierra, pero cientos de años después de que la abandonaran. Quizá ocurra eso y Arabella regrese a Inglaterra mucho después de que tú y yo hayamos muerto. Este pensamiento me hiela la sangre. No te negaré que me siento muy abatido. El tiempo y yo estamos peleados. Ahora todas las horas son medianoche. Tenía un reloj de pie y un reloj de bolsillo, y los he destruido. Me parecía que se burlaban de mí. No duermo. No puedo comer. Tomo vino... y algo más. A veces me exalto, y tiemblo y río y lloro no sé durante cuánto tiempo, una hora o quizá un día. Pero dejemos esto. La locura es la clave. Creo que soy el primer mago inglés que lo ha entendido. Norrell tenía razón: dijo que no necesitamos la ayuda de los duendes. Dijo que la locura y los duendes tienen mucho en común, pero entonces yo no comprendía lo que eso implicaba, y tampoco él. Henry, no puedes imaginar cómo te necesito. ¿Por qué no vienes? ¿Estás enfermo? No he

recibido respuesta a mis cartas, pero quizá eso signifique que ya estás camino de Venecia y esta carta no llegue a tus manos.

—¡Oscuridad, tristeza y soledad! —gritó el caballero, alborozado—. ¡A eso lo he condenado y eso tendrá que sufrir durante cien años! ¡Qué aflicción la suya! ¡He ganado! ¡He ganado! —Daba palmadas y le brillaban los ojos.

En la habitación de Strange, en la parroquia de Santa Maria Zobenigo, ardían tres velas: una en el escritorio, una en el pequeño armario policromado y una en un candelabro de pared situado al lado de la puerta. Un observador de la escena podría haber supuesto que ésas eran las únicas luces de todo el mundo. Por la ventana de Strange no se veía nada más que noche, una noche callada. Strange, sin afeitarse, con los ojos enrojecidos y el pelo revuelto, practicaba magia.

Stephen lo miraba con horror y compasión.

—No obstante, no está tan solo como a mí me gustaría —dijo el caballero en tono de contrariedad—. Con él hay alguien. Lo había, en efecto. Un hombre de cabello oscuro y figura pequeña, vestido con ropas caras, estaba apoyado en el armario, observando a Strange con expresión de vivo interés y complacencia. De vez en cuando, sacaba un cuadernito y escribía en él unas palabras.

—Es lord Byron —dijo Stephen.

—¿Quién?

—Un caballero perverso, señor. Un poeta. Se peleó con su esposa y sedujo a su hermana.

—¿De verdad? Quizá lo mate.

—¡Oh, señor, no lo haga! Sus pecados son grandes, sí, y se puede decir que ha sido expulsado de Inglaterra, pero aun así...

—¡Oh, sus crímenes contra otras personas no me importan! ¡Me importan sus crímenes contra mí! No debería estar aquí. Ah, Stephen, Stephen, no pongas esa cara de pena. ¿Qué puede importarte lo que le ocurra a un inglés malvado? Te diré lo que voy a hacer, por el gran amor que te tengo. No lo mataré ahora. Que viva, ¡oh!, otros cinco años. ¡Pero después debe morir!³

—Gracias, señor —dijo, agradecido—. Es todo generosidad.

De pronto, Strange levantó la cabeza y gritó:

—¡Sé que estáis ahí! ¡Podéis esconderos, pero ya es tarde! ¡Sé que estáis ahí!

—¿A quién habla? —le preguntó Byron.

Strange frunció el entrecejo.

—Me observan. ¡Me espían!

—¿Sí? ¿Sabe quiénes son?

—¡Un duende y un mayordomo!

—Vaya, un mayordomo —rió milord—. Bien, se pueden decir muchas cosas de los diablos y los duendecillos, pero los mayordomos son los peores de todos.

—¿Cómo?

El caballero del pelo como el vilano del cardo registraba la habitación con mirada ansiosa.

—¡Stephen! ¿Has visto mi cajita?

—¿Su cajita, señor?

—¡Sí, sí! Ya sabes, la cajita que contiene el dedo de lady Pole.

—No la veo, señor. Pero ahora ya no importa, ¿verdad? Ya ha vencido al mago.

—¡Ah, ahí está! ¿La ves? Has puesto la mano delante ocultándola a mi vista sin querer.

Stephen retiró la mano. Al cabo de un momento dijo:

—¿No la coge, señor?

En lugar de responder, el caballero volvió a increpar al mago y a felicitarse de su propio triunfo.

«¡Ya no es suya! —pensó Stephen con alborozo—. ¡No puede tocarla! ¡Ahora pertenece al mago! ¡Quizá él pueda emplearla para liberar a lady Pole!» Observó al mago con curiosidad y expectación. Pero al cabo de media hora tuvo que reconocer que las señales no eran esperanzadoras. Strange, con aspecto de hallarse totalmente trastornado, se paseaba por la habitación murmurando fórmulas mágicas entre dientes. Lord Byron le preguntaba qué hacía, y las respuestas de Strange eran frenéticas e incomprensibles (aunque muy del gusto de lord Byron). En cuanto a la cajita, Strange ni la miraba. A Stephen le pareció que la había olvidado por completo.

58. Henry Woodhope hace una visita (Diciembre de 1816)

—HA hecho usted bien en venir a verme, señor Woodhope. He leído con detenimiento las cartas que el señor Strange le ha enviado desde Venecia, y, aparte del horror que usted muy certeramente ha observado, hay en ellas muchas cosas ocultas al ojo profano. Creo poder decir sin jactancia que, en este momento, soy el único hombre de Inglaterra capaz de entenderlas.

Era por la tarde, tres días antes de Navidad. En la biblioteca de Hanover Square aún no se habían encendido velas ni lámparas. Era esa hora incierta, entre dos luces, en la que el cielo se llena de colores resplandecientes y las calles se envuelven en sombras grises. Encima de la mesa había un jarrón con flores que, a aquella luz fugitiva, parecía un jarrón negro de flores negras.

Norrell se hallaba sentado junto a la ventana, con las cartas de Strange en las manos. Lascelles estaba en un sillón, junto al fuego, contemplando con frialdad a Henry Woodhope.

—Confieso que desde que recibí esas cartas estoy muy preocupado —le dijo el reverendo a Norrell—. No sabía a quién pedir ayuda. A decir verdad, la magia no me interesa. No sigo los debates sobre el tema que tan de moda están. Pero todo el mundo dice que usted es el mago más grande de Inglaterra, y fue tutor del señor Strange. Le agradeceré cualquier consejo que pueda darme.

Norrell asintió con la cabeza.

—No debe usted culpar al señor Strange —dijo—. La profesión de mago es peligrosa. Ninguna expone tanto al hombre al peligro de la vanidad. La política y el derecho son inofensivos, comparados con la magia. Debe usted saber, señor Woodhope, que yo intenté mantenerlo a mi lado, guiarlo. Pero su genio, que merece nuestra admiración, es lo que trastorna su razón. Estas cartas indican que su extravío es mucho mayor de lo que yo hubiera podido imaginar.

—¿Extravío? ¿Entonces usted no cree esa misteriosa historia de que mi hermana vive?

—Ni una palabra, señor mío, ni una palabra. Son todo imaginaciones de su pobre mente.

—¡Ah! —Henry Woodhope guardó silencio un momento, como si midiera el grado de decepción y de alivio que sentía—. ¿Y qué me dice de esa extraña queja del señor Strange de que el tiempo se ha detenido?

Lascelles se adelantó a responder:

—Por nuestros corresponsales en Italia sabemos que, desde hace semanas, el señor Strange está envuelto en la Oscuridad Perpetua. Ignoramos si lo ha hecho

deliberadamente o se trata de un hechizo malogrado. También cabe la posibilidad de que haya ofendido a algún gran poder y que ésta sea la consecuencia. Lo cierto es que alguna acción de Strange ha causado una perturbación en el orden natural de las cosas.

—Comprendo —dijo Henry Woodhope.

Lascelles lo miró con severidad.

—Eso es algo que el señor Norrell se ha esforzado por evitar durante toda su vida.

—¡Ah! —Miró al mago—. Pero ¿qué debo hacer? ¿Debo ir a Venecia como él me ruega?

Norrell inspiró por la nariz.

—Lo más importante es conseguir traerlo a Inglaterra, cuanto antes mejor. Aquí sus amigos podrán cuidar de él, a fin de disipar esas ilusiones que lo perturban.

—Quizá si usted le escribiera, señor...

—No. Me temo que la poca influencia que yo pudiera tener sobre el señor Strange se agotó hace años. La guerra de España fue la causa de todo el mal. Antes de ir a la Península, él se contentaba con permanecer a mi lado aprendiendo cuanto yo pudiera enseñarle, pero después... —Suspiró—. No, señor Woodhope, hemos de confiar en usted. Debe lograr que regrese, y como supongo que su viaje a Venecia no serviría sino para prolongar su estancia en aquella ciudad, dándole a entender que por lo menos una persona da crédito a sus imaginaciones, le ruego encarecidamente que no vaya.

—Confieso que me alegra oírlo decir eso. Seguiré su consejo. Si tiene la bondad de devolverme las cartas, no lo molestaré más.

—Señor Woodhope —dijo Lascelles—, ¡no tenga prisa, se lo ruego! La conversación no puede darse por terminada. El señor Norrell ha contestado a sus preguntas con sinceridad y sin reservas. Ahora debe usted devolvernos el favor.

Henry Woodhope arrugó la frente, desconcertado.

—El señor Norrell me ha liberado de gran parte de mi ansiedad. Si en algo puedo servirlo, tendré mucho gusto, desde luego. Pero no comprendo...

—Quizá no me he expresado con claridad. Quiero decir que el señor Norrell necesitará su ayuda para, a su vez, poder ayudar al señor Strange. ¿Puede usted decirnos algo más acerca de ese viaje a Italia de su cuñado? ¿Cómo se hallaba antes de caer en ese triste estado? ¿Estaba de buen humor?

—¡No! —dijo Henry con indignación, como si la pregunta fuera un insulto—. ¡Estaba muy apesadumbrado por la muerte de mi hermana! Por lo menos, al principio. Cuando se fue, parecía muy triste. Pero en Génova su estado de ánimo cambió. —Hizo una pausa—. Ahora ya no escribe ni una palabra de aquello, pero entonces sus cartas estaban llenas de elogios hacia una señorita que formaba parte de un grupo al que él se unió durante el viaje. Y yo no pude menos que sospechar que

estaba pensando en volver a casarse.

—¡Un segundo matrimonio! —exclamó Lascelles—. ¿Y tan pronto después de la muerte de su hermana? ¡Vaya, me parece un escándalo! Y qué triste debió de ser para usted.

Henry asintió, compungido.

Después de una pausa, Lascelles dijo:

—Supongo que antes no daría muestras de buscar el trato de otras damas. Me refiero en vida de la señora Strange. Le hubiera causado un gran sufrimiento.

—¡No! ¡En absoluto! —gritó Henry.

—Si lo he ofendido, le ruego me perdone. No era mi intención menospreciar a su hermana, una mujer encantadora. Pero estas cosas son frecuentes, ¿comprende? Especialmente entre hombres de cierta mentalidad. —Lascelles alargó la mano hacia las cartas, que estaban en la mesa. Las revolvió con un dedo hasta encontrar la que buscaba—. En esta misiva —dijo, pasando la mirada por los renglones—, el señor Strange escribe: «Jeremy me dice que no hiciste lo que te pedí. Pero no importa; lo hizo él, y el resultado es el que yo imaginaba.» —Bajó la carta y sonrió afablemente a Woodhope—. ¿Qué le pidió el señor Strange que hiciera y usted no hizo? ¿Quién es Jeremy y qué resultado es ése?

—El señor Strange... el señor Strange me pidió que exhumara el féretro de mi hermana. —Henry bajó la cabeza—. No lo hice, desde luego. Entonces él escribió a su criado, un tal Jeremy Johns. Un insolente.

—¿Y Johns exhumó el cadáver?

—Sí. En Clun tiene un amigo que es sepulturero. Lo hicieron entre los dos. No puedo decirles lo que sentí cuando me enteré...

—Sí, por supuesto. Pero ¿qué encontraron?

—¿Qué habían de encontrar, sino el cadáver de mi pobre hermana? Pero ellos dijeron que no. Les dio por contar una historia absurda.

—¿Qué contaron?

—Yo no repito habladurías de criados.

—Por supuesto. Pero el señor Norrell desea que, sólo por un momento, deje de lado ese loable principio y hable clara y abiertamente, como le ha hablado él.

Henry se mordió el labio.

—Dijeron que en el féretro había un tronco de madera negra.

—¿Y no había cadáver? —preguntó Lascelles.

—No había cadáver.

Lascelles miró a Norrell. Éste se miró las manos, apoyadas en el regazo.

—Pero ¿qué tiene que ver la muerte de mi hermana? —preguntó Henry frunciendo el entrecejo. Miró a Norrell—. De lo que usted ha dicho antes, deduzco que no hubo nada extraordinario en su muerte. ¿No ha dicho que no hubo magia?

—¡Oh, al contrario! —exclamó Lascelles—. Algo de magia hubo, desde luego. ¡De eso no cabe duda! La cuestión es quién la obraba.

—¿Cómo?

—No le niego que ésas son cosas muy profundas para mí. Cosas de las que sólo el señor Norrell puede hablar.

Henry miraba a uno y otro, confuso.

—¿Quién está ahora con Strange? —preguntó Lascelles—. Tendrá criados, supongo.

—No. No tiene criados propios. Creo que lo atienden los de su casero. Esos amigos de Venecia son una familia inglesa. Parecen gente rara, muy aficionada a los viajes, tanto las mujeres como el caballero.

—¿Nombre?

—Greystone o Greyfield. No lo recuerdo exactamente.

—¿Y de dónde son esos Greystone o Greyfield?

—No lo sé. No creo que Strange me lo haya dicho. El caballero era médico de un barco, según creo, y su difunta esposa era francesa.

Lascelles asintió con la cabeza. La habitación estaba ahora tan oscura que Woodhope no distinguía las caras de los otros dos hombres.

—Está usted pálido, señor Woodhope. Parece cansado —observó Lascelles—. ¿Será que el aire de Londres no le sienta bien?

—Duermo muy mal. Desde que empezaron a llegar esas cartas tengo pesadillas.

Lascelles asintió.

—A veces un hombre intuye cosas que no diría ni hablando consigo mismo. Usted estima mucho al señor Strange, ¿verdad?

Quizá se pueda perdonar a Henry Woodhope su expresión de leve perplejidad, puesto que no podía adivinar adónde quería ir a parar el señor Lascelles, pero sólo dijo:

—Gracias por su consejo, señor Norrell. Haré lo que me ha sugerido. Ahora, si me permite recuperar mis cartas...

—¡Ah! Bien, en cuanto a ese extremo —dijo Lascelles—, al señor Norrell le gustaría conservarlas algún tiempo. Cree poder sacar de ellas mucha información. — Pareció que Woodhope iba a protestar, por lo que agregó con leve tono de reproche —: ¡Él sólo piensa en el señor Strange! Es por su bien.

Y Henry Woodhope dejó las cartas en poder de Norrell y Lascelles.

Cuando el visitante se fue, Lascelles dijo:

—Nuestro siguiente paso debe ser enviar a alguien a Venecia.

—¡Exacto! Me gustaría conocer la verdad de todo eso.

—Sí, claro. —Soltó una breve carcajada despectiva—. La verdad...

Norrell lo miró parpadeando rápidamente, pero Lascelles no explicó el

significado de su risa.

—No sé a quién podríamos enviar —prosiguió Norrell—. Italia está muy lejos. Dicen que se tarda casi dos semanas en llegar. No podría prescindir de Childermass durante tanto tiempo.

—Hum. Yo no pensaba necesariamente en Childermass. Es más, hay varios factores que desaconsejan enviarlo a él. Usted mismo sospecha que simpatiza con las ideas de Strange. Me parece peligroso que los dos se reúnan en un país extranjero, desde donde podrían conspirar contra nosotros. No; ya sé a quién podemos mandar.

Al día siguiente, los criados de Lascelles salieron a recorrer varias zonas de la ciudad. Algunos de los lugares que visitaban eran sórdidos, como los barrios bajos de St. Giles, Seven Dials y Saffron Hill, otros eran elegantes y nobles como Golden Square, St. James y Mayfair. Reunieron a una extraña miscelánea de gentes: sastres, guanteros, sombrereros, zapateros, prestamistas (éstos, en gran número), alguaciles y guardianes de retenes para morosos, y los condujeron a casa de Lascelles, en Bruton Street. Cuando los tuvieron a todos congregados en la cocina (el señor de la casa no estaba dispuesto a recibir gente semejante en el salón), Lascelles bajó y entregó a cada uno cierta suma de dinero por cuenta de otra persona. Era, les dijo con una fría sonrisa, un acto de caridad. Al fin y al cabo, si una persona no puede mostrarse caritativa en Navidad, ¿cuándo?

Tres días después, en la fiesta de San Esteban, el duque de Wellington apareció en Londres de improviso. Hacía un año que su excelencia se hallaba en París, al mando de los ejércitos aliados. En realidad, se puede decir que por entonces Wellington gobernaba Francia. Ahora se había planteado la cuestión de si los ejércitos aliados debían permanecer en Francia o regresar a sus países respectivos (como querían los franceses). Durante todo el día, el duque estuvo reunido con lord Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores, tratando de esa importante cuestión, y por la noche cenó con los ministros en una casa de Grosvenor Square.

Apenas habían empezado a cenar cuando la conversación decayó (hecho insólito entre tantos políticos). Los ministros parecían esperar a que alguien abordara cierto tema. Lord Liverpool, el primer ministro, carraspeó con cierto nerviosismo y dijo:

—Suponemos que no se habrá enterado, pero se han recibido noticias de Italia de que el señor Strange se ha vuelto loco.

El duque se quedó con la cuchara en el aire, a medio camino de la boca. Miró en torno y siguió tomando la sopa.

—No parece afectado por la noticia —dijo lord Liverpool.

Su excelencia se enjugó los labios con la servilleta.

—No lo estoy.

—¿Querría decirnos por qué no? —preguntó sir Walter Pole.

—El señor Strange es un excéntrico. Puede parecer loco a las personas que tiene

alrededor. Supongo que no están habituadas a los magos.

Los ministros no encontraron el argumento tan convincente como Wellington creía y empezaron a poner ejemplos de la conducta de Strange: su insistencia en que su esposa no había muerto, la extraña idea de que las personas tenían velas dentro de la cabeza y la aún más rara circunstancia de que ya no era posible transportar piñas tropicales a Venecia.

—Los barqueros que llevan la fruta del continente dicen que las piñas salen volando de la barca como disparadas por un cañón —dijo lord Sidmouth, un hombre pequeño y enjuto—. Llevan fruta de otras clases, desde luego, manzanas, peras, etcétera, que no ocasionan problemas, pero las piñas voladoras ya han lesionado a varias personas. Nadie se explica por qué el mago siente tanta aversión por esa fruta en particular.

El duque no parecía impresionado.

—Esas cosas no demuestran nada. Puedo asegurarles que en la Península hacía excentricidades aún mayores. Pero si realmente está loco, sus motivos tendrá. Si quieren un consejo, caballeros, no se preocupen por ese asunto.

Hubo silencio mientras los ministros trataban de adivinar el significado de esas palabras.

—¿Quiere decir que podría haber enloquecido deliberadamente? —dijo uno de ellos con incredulidad.

—Es lo más seguro —respondió el duque.

—Pero ¿por qué? —preguntó otro.

—No tengo la menor idea. En la Península aprendimos a no cuestionar lo que hacía. Antes o después, se descubría que todos sus asombrosos actos formaban parte de su magia. Encomendarle una misión y no mostrar sorpresa por lo que haga: ésa, caballeros, es la manera de tratar a un mago.

—Ah, es que su excelencia todavía no lo sabe todo —dijo el primer lord del Almirantazgo con vehemencia—. Hay algo peor. Se dice que está rodeado de Oscuridad Constante. El orden natural de las cosas se ha subvertido y toda una parroquia de la ciudad de Venecia está sumida en una noche sin fin.

Lord Sidmouth declaró:

—Hasta su excelencia tendrá que reconocer que un manto de eterna oscuridad no augura nada bueno. Por grandes que sean los servicios que ese hombre prestara al país, no podemos pretender que un manto de eterna oscuridad sea buena señal.

Lord Liverpool suspiró.

—Lamento mucho que haya sucedido esto. Uno siempre podía hablar con Strange como si fuera una persona corriente. Yo confiaba en que pudiese explicarnos las acciones de Norrell. Ahora tendremos que buscar a alguien que nos explique las de Strange.

—Podríamos consultar al señor Norrell —sugirió Sidmouth.

—No creo que podamos esperar de él un juicio imparcial —dijo sir Walter Pole.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó el primer lord del Almirantazgo.

—Mandar una carta a los austriacos —repuso el duque de Wellington con su determinación habitual—. Una carta para recordarles el vivo interés que el príncipe regente y el gobierno británico sentirán siempre por el bienestar del señor Strange; recordarles la gran deuda que Europa contrajo con el señor Strange durante las últimas guerras, por su valentía y sus conocimientos de magia. Recalcarles cuál sería nuestro desagrado si llegáramos a enterarnos de que le había sucedido algo malo.

—¡Ah! —dijo lord Liverpool—. Ahí me permito disentir, excelencia. Me parece que si algo malo llega a sucederle a Strange, no provendrá de los austriacos. Lo más probable es que provenga del propio Strange.

A mediados de enero, un librero llamado Titus Watkins publicó un libro titulado *Las Cartas Negras*, que, se afirmaba, eran las enviadas por Strange a Henry Woodhope. Corrían rumores de que Norrell había pagado los gastos de la edición. Woodhope juraba que él no había autorizado la publicación de las cartas. También decía que algunas se habían modificado. Se habían eliminado todas las referencias al tratamiento aplicado por Norrell a lady Pole y se habían introducido cosas que parecían sugerir que Strange había asesinado a su esposa sirviéndose de la magia.

Por las mismas fechas, un amigo de lord Byron, un tal Scrope Davies, causó sensación declarando que pensaba demandar al señor Norrell en nombre de lord Byron por haber intentado apropiarse de la correspondencia personal de milord por medio de la magia. Scrope Davies visitó a un abogado en Lincoln's Inn y firmó una declaración jurada en la que manifestaba que recientemente había recibido varias cartas de lord Byron en las que su señoría se refería al Pilar de Constante Oscuridad que cubría la parroquia de Santa Maria Sobendigo [sic] de Venecia y a la locura de Jonathan Strange. Scrope Davies puso las cartas en su vestidor, en sus habitaciones de Jermyn Street, en St. James. Una noche —según creía recordar, la del 7 de enero—, estaba vistiéndose para ir a su club. Las cartas de Byron estaban encima del tocador. Al ir a coger el cepillo del pelo, Davies observó que las cartas temblaban como hojas secas al impulso de la brisa. Pero allí no había brisa que justificara aquel movimiento y, en un principio, se quedó desconcertado. Levantó las cartas y vio que también la escritura parecía afectada por un fenómeno extraño. Los trazos de la pluma se desprendían del papel y ondeaban como ropa tendida al viento. De pronto, comprendió que debían de estar bajo la influencia de un hechizo. Davies, como buen jugador profesional que era, poseía perspicacia y presencia de ánimo. Rápidamente, metió las cartas dentro de una Biblia, entre las páginas del Evangelio según san Mateo. Hablando después con unos amigos, dijo que él era lego en materia de magia,

pero le había parecido que nada mejor que las Sagradas Escrituras para vencer un hechizo hostil. Después, en todos los clubs londinenses se comentaba jocosamente que lo más extraordinario del hecho no era que Norrell hubiera tratado de apropiarse de las cartas, sino que un libertino y un borracho como Scrope Davies tuviera una Biblia.

59. Leucrocuta, el lobo de la noche (Enero de 1817)

UNA mañana de mediados de enero, el doctor Greysteel salió de su casa y se detuvo un momento mientras se ajustaba los guantes. Al levantar la cabeza, su mirada tropezó con un hombre de corta estatura que se protegía del viento en el quicio de la puerta de la casa de enfrente.

En Venecia, todas las puertas son pintorescas, así como también algunas de las personas que andan alrededor de ellas. Aquel hombrecito, a pesar de su evidente pobreza, tenía cierto aire de petimetre. Su indumentaria estaba muy gastada, pero él había tratado de mejorar su aspecto puliendo todo lo que podía pulirse y cepillando el resto. Había blanqueado los viejos guantes amarillentos con tal cantidad de creta que habían dejado marcas en la madera de la puerta. A primera vista parecía equipado con todos los adminículos del petimetre: larga leontina, varios dijes de reloj e impertinentes, pero una mirada más atenta revelaba que la leontina era una simple cinta dorada, cuidadosamente prendida de un ojal. Los presuntos dijes no eran sino corazones, cruces y medallas de hojalata de la Virgen, que los buhoneros italianos venden por uno o dos francos. Pero lo mejor eran los impertinentes: todos los petimetres y dandis los adoran, y los utilizan para mirar de arriba abajo a los menos elegantes que ellos. Era de suponer que aquel hombre se sentía desnudo sin impertinentes, y se había colgado en su lugar una cuchara de cocina.

Greysteel tomó nota de aquellas excentricidades para divertir con ellas a algún amigo. Entonces recordó que el único amigo que tenía en la ciudad era Strange, y a éste ya no le interesaban esas cosas.

De pronto, el hombrecillo se apartó de la puerta y fue hacia él. Ladeando la cabeza, preguntó en inglés:

—¿El doctor Greyfield?

Greysteel, sorprendido al verse interpelado por aquel personaje, no contestó.

—¿Es usted el doctor Greyfield? ¿El amigo del mago?

—Sí —respondió por fin con extrañeza—. Pero me llamo Greysteel, no Greyfield.

—¡Mil perdones, estimado doctor! Un estúpido me dio mal su nombre. Me siento mortificado. Le aseguro que usted es la última persona del mundo a quien yo querría ofender. Mi respeto por la profesión médica no tiene límites. Y ahora usted, revestido de la dignidad que le confiere la ciencia de poner emplastos y tomar el pulso, se dirá: «¿Quién es esta extraña criatura que osa abordarme en la calle como si yo fuese una persona corriente?» Permita que me presente. Vengo de Londres. Me envían los amigos del señor Strange, que, al saber que su mente se había perturbado, fueron

presas de tal ansiedad que se tomaron la libertad de mandarme aquí para que me informara de su estado.

—Hum. Francamente, hubiera preferido que mostraran mayor ansiedad. Les escribí a primeros de diciembre. ¡Hace seis semanas! ¡Seis semanas, caballero!

—Oh, sí, claro, qué escándalo, ¿verdad? Son las criaturas más indolentes del mundo. ¡No piensan más que en su comodidad! ¡Mientras que usted permanece en Venecia, único amigo verdadero del mago! —Hizo una pausa—. Es cierto, ¿no? —preguntó con otra voz—. ¿No tiene más amigo que usted?

—Bien, está lord Byron...

—¡Byron! ¿En serio? ¡Santo cielo! ¡Loco y además amigo de lord Byron! — Parecía no saber cuál de las dos cosas era peor—. ¡Estimado doctor Greysteel, tengo mil preguntas que hacerle! ¿Podríamos hablar en privado usted y yo?

La puerta de la casa del doctor estaba justo detrás de él, pero su desagrado hacia el hombrecillo crecía por momentos. Aunque estaba ansioso por ayudar a Strange y sus amigos, no quería ver a aquel individuo en su casa. Así pues, murmuró que su criado había salido a un recado, pero que podían ir a un café que estaba a un par de calles.

El hombre fue todo sonrisas de aquiescencia.

Se encaminaron hacia el café por el borde de un canal. El hombrecillo iba a la derecha del doctor, del lado del agua, hablando sin parar, mientras el otro miraba distraídamente en derredor. De pronto, por el canal vio acercarse una ola, una única ola. Eso ya era extraño, pero más extraño todavía fue lo que ocurrió a continuación. La ola se precipitó hacia ellos, y al erguirse sobre el borde del canal cambió de forma: unos dedos de agua se estiraron hacia el pie del hombrecillo como para tirar de él. En el momento en que el agua lo tocó, él dio un salto atrás y lanzó un juramento, pero no parecía haber notado nada raro, y el doctor Greysteel calló lo que había visto.

El café era un grato refugio contra el húmedo y helado aire de enero. El ambiente era cálido, quizá había humo y quizá estaba un poco oscuro, pero era una media luz agradable. Las paredes y el techo estaban pintados de marrón y ennegrecidos por el tiempo y el humo del tabaco, pero animaba la escena el brillo de las botellas de vino, el lustre de las jarras de estaño y el fulgor de la loza esmaltada y los espejos de marco dorado. Un spaniel húmedo e indolente estaba echado en las baldosas, delante de la estufa. El animal agitó la cabeza y estornudó cuando el doctor Greysteel le rozó una oreja sin querer con la punta del bastón.

—Debo advertirle que por la ciudad circulan toda clase de rumores acerca del señor Strange —dijo el doctor cuando el camarero les hubo servido café y brandy—. La gente dice que ha invocado brujas y que se ha hecho un criado con fuego. No creo que usted se deje engañar por esas tonterías, pero será mejor que esté prevenido. Lo encontrará lamentablemente alterado. Sería en vano tratar de negarlo. Pero en el

fondo de su corazón sigue siendo el mismo. Sus excelentes cualidades, sus grandes méritos son los que siempre han sido. De eso no me cabe ni la menor duda.

—¿En serio? Pero, dígame, ¿es verdad que se ha comido sus zapatos? ¿Es cierto que ha convertido a varias personas en cristal y después les ha arrojado piedras?

—¿Que se ha comido sus zapatos? —exclamó—. ¿Quién le ha contado tal cosa?

—Oh, varias personas: la señora Kendal-Blair, lord Pope, sir Galahad Denehey, las señoritas Underhill... —Recitó una larga lista de nombres de damas y caballeros ingleses, irlandeses y escoceses que en aquel momento residían en Venecia y ciudades de alrededor.

Greysteel estaba atónito. ¿Por qué los amigos de Strange preferían consultar a aquellas personas antes que a él?

—¿Es que no ha oído lo que acabo de decirle? ¡Ésa es precisamente la clase de tonterías a la que yo me refería!

El hombrecillo se echó a reír de un modo afable.

—¡Paciencia! ¡Paciencia, mi estimado doctor! Mi cerebro no es tan rápido como el suyo. Mientras usted ejercitaba el suyo con el estudio de la anatomía y la química, el mío languidecía en la ociosidad. —Siguió parlotando acerca de que él nunca se había aplicado al estudio, que había sido la desesperación de sus maestros y que sus aptitudes no se orientaban en tal dirección.

Pero Greysteel ya no se molestaba en escuchar. Estaba reflexionando. Recordó que el hombrecillo había empezado por pedirle autorización para presentarse y que, en realidad, había omitido hacerlo. Iba a preguntarle su nombre cuando aquel individuo le hizo una pregunta que barrió de su mente cualquier otra idea.

—Usted tiene una hija, ¿me equivoco?

—¿Cómo dice?

El hombre, pensando sin duda que Greysteel era medio sordo, repitió la pregunta en voz más alta.

—Sí, la tengo, pero...

—Y, según dicen, la ha enviado fuera de la ciudad, ¿no es verdad?

—¿Dicen? ¿Quién lo dice? ¿Qué tiene que ver mi hija?

—Oh, es que dicen que se marchó inmediatamente después de que el mago se volviera loco. Parece que usted temía que pudiera ocurrirle algo malo.

—Supongo que eso se lo habrá contado la señora Kendal-Blair y etcétera. Son un hatajo de estúpidos.

—¡Oh, sin duda! Pero ¿envió usted fuera a su hija?

Greysteel no respondió.

El hombrecillo dobló el cuello hacia un lado y hacia el otro. Esbozó la sonrisa del que conoce un secreto y se dispone a asombrar al mundo.

—Usted ya ha de saber que Strange asesinó a su esposa.

—¿Cómo? —El doctor calló un momento y soltó una especie de carcajada—. ¡No lo creo!

—Oh, puede creerlo —dijo inclinándose hacia delante. Le brillaban los ojos—. ¡Todo el mundo lo sabe! El señor Woodhope, el hermano de la señora Strange, un hombre respetable, sacerdote, estaba allí cuando ella murió y lo vio todo con sus propios ojos.

—¿Qué vio?

—Circunstancias sospechosas. La señora estaba embrujada. No sabía lo que se hacía ni de noche ni de día. Nadie podía explicarse sus actos. Y todo era obra de su marido. Desde luego, él tratará de utilizar su magia para eludir el castigo, pero el señor Norrell, que está devorado, literalmente devorado, por la compasión hacia la desventurada señora Strange, sabrá impedirlo. Norrell está decidido a hacer que Strange responda de sus crímenes ante la justicia.

El doctor negó con la cabeza.

—No conseguirá que crea esas calumnias. ¡Strange es un hombre de honor!

—¡Oh, por supuesto! Pero la práctica de la magia ha destruido mentes más sólidas que la suya. En malas manos, la magia puede aniquilar las buenas cualidades y acrecentar las malas. Él desafió a su maestro, el más paciente, el más sabio, el más noble, el más bueno... —La letanía de adjetivos hizo que perdiera el hilo de lo que estaba diciendo. La penetrante mirada de Greysteel lo azoraba un poco.

El doctor inspiró por la nariz.

—Es curioso —dijo lentamente—. Dice usted que lo envían los amigos del señor Strange, pero ha omitido decirme quiénes son; extraños amigos han de ser los que van pregonando que él es un asesino.

El hombrecillo no dijo nada.

—¿Lo envía quizá sir Walter Pole?

—No —respondió en tono reflexivo—. Sir Walter no.

—¿Los discípulos del señor Strange, entonces? He olvidado sus nombres.

—Todo el mundo los olvida. Son los individuos menos memorables del mundo.

—¿Fueron ellos?

—No.

—¿El señor Norrell?

No contestó.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el doctor Greysteel.

El hombrecillo ladeó la cabeza a la derecha y luego a la izquierda y, al no encontrar la manera de esquivar una pregunta tan directa, respondió:

—Drawlight.

—¡Oh, jo, jo! ¡Valiente acusador! Sí, señor; su palabra pesará mucho frente a la de un hombre honorable, ¡nada menos que el mago del duque de Wellington!

¡Christopher Drawlight, conocido en toda Inglaterra por embustero, ladrón y truhán!

Drawlight se sonrojó y lo miró parpadeando con resentimiento.

—¡Mire quién habla! —siseó—. ¡Strange es rico y usted quería casar a su hija con él! ¿Qué tiene eso de honorable, estimado doctor? ¿Qué tiene de honorable?

Greysteel profirió un sonido, mezcla de exasperación y cólera, y se levantó.

—¡Visitaré a todas las familias inglesas del Véneto para prevenir las de que no deben hablar con usted! Ahora me marchó. ¡No le digo buenos días! ¡No me despido!
—Con esas palabras, arrojó unas monedas en la mesa y se fue.

La última parte de la conversación había sido sonora y airada. Los camareros y parroquianos miraron con curiosidad a Drawlight cuando se quedó solo. Él esperó a que no hubiera peligro de encontrar al doctor en la calle y se marchó. Mientras caminaba por las calles, el agua de los canales se agitaba de manera extraña. Se levantaban olas que lo seguían y, de vez en cuando, saltaban hacia sus pies, chapoteando en la piedra del muelle. Pero él no se daba cuenta.

El doctor Greysteel cumplió su palabra. Visitó a todas las familias británicas de la ciudad para pedirles que no hablaran con Drawlight. A éste no le importó. Dedicó su atención a criados, camareros y gondoleros. Sabía por experiencia que esta clase de gente solía saber muchas más cosas que sus señores, y si no era así, ¡no importaba!, ya les contaría él algo. Pronto, un gran número de personas estaba al corriente de que Strange había asesinado a su esposa; que en la basílica de San Marcos había tratado de obligar a la señorita Greysteel a casarse con él y que sólo la llegada de un destacamento de soldados austriacos lo había impedido; y que lord Byron y él habían hecho un trato para compartir a sus futuras esposas y amantes. Drawlight contaba cualquier mentira que se le ocurriera, pero no poseía grandes dotes de inventiva, por lo que, muy gustoso, se aprovechaba de cualquier sombra de rumor, cualquier vaga idea que pudieran tener sus informadores.

Un gondolero le presentó a Marianna Segati, esposa de un comerciante en paños y amante de Byron. Por medio de un intérprete, Drawlight le hizo grandes cumplidos y le narró escandalosos secretos de las damas londinenses, las cuales, le dijo, no eran ni de lejos tan bonitas como ella. La mujer le explicó que, según lord Byron, Strange estaba siempre encerrado en su habitación, bebiendo vino y brandy y haciendo hechizos. Eso no era muy interesante, pero ella adornó el relato con lo poco que sabía acerca del mago del poema de lord Byron, que tenía tratos con espíritus malignos y desafiaba a los dioses y a toda la humanidad. Drawlight agregó diligentemente estas fábulas a su edificio de falsedades.

Pero de todos los habitantes de Venecia, aquel al que Drawlight más ansiaba atraer para convertirlo en su confidente era Frank. Vejado por los insultos del doctor Greysteel, había decidido que la mejor venganza sería hacer de su criado un traidor. Le envió a Frank una carta invitándolo a una pequeña taberna de San Polo. No dejó

de sorprenderlo que aceptara.

Frank acudió a la cita a la hora convenida. Drawlight pidió una jarra de un áspero tinto y llenó los vasos.

—¿Frank? —empezó con voz suave y dolorida—. El otro día, como ya sabrás, estuve hablando con tu señor. Parece un viejo severo y adusto. ¿Estás contento en su casa? Te lo pregunto porque un buen amigo mío, un tal Lascelles, me decía lo difícil que es encontrar buenos criados en Londres y que él, a un buen criado, le pagaría lo que le pidiera.

—¡Ah!

—¿Te gustaría vivir en Londres?

Frank, con gesto pensativo, dibujaba círculos en la mesa con un poco de vino que se había derramado.

—Quizá.

—Porque —agregó Drawlight animadamente— si quisieras prestarme un par de pequeños servicios, yo hablaría a mi amigo de tus buenos oficios y estoy seguro de que él comprendería que eres el hombre que le conviene.

—¿Qué servicios? —preguntó Frank.

—Oh, verás. ¡El primero es la cosa más fácil del mundo! Estoy seguro de que, apenas te diga en qué consiste, desearás hacerlo, aunque no hubieras de recibir recompensa alguna por ello. Temo, Frank, que muy pronto sobre tu señor y su hija caiga una desgracia terrible. El mago los quiere mal. Intenté advertir a tu señor, pero es un hombre obstinado y no quiso escucharme. Casi no puedo dormir pensando en ello. Maldigo mi estupidez, que me impidió explicarme mejor. Pero ellos confían en ti. Podrías hacer insinuaciones, no a tu señor, sino a su hermana y a su hija, acerca de la maldad de Strange y prevenirlas. —Y entonces habló del asesinato de Arabella y del pacto Strange-Byron para compartir a sus respectivas mujeres.

Frank asintió con aire receloso.

—Tenemos que ponernos en guardia contra el mago —dijo Drawlight—. Con sus malas artes los ha engañado, sobre todo a tu señor. Así pues, es de vital importancia que tú y yo reunamos toda la información posible, con objeto de revelar al mundo sus pérfidos planes. Dime, Frank, ¿has observado algo que te haya hecho sospechar? ¿Alguna palabra que el mago haya dejado caer accidentalmente?

—Bien, ahora que lo dice... —empezó, rascándose la cabeza—. Hay una cosa.

—¿Sí?

—No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a mi señor.

—¡Excelente! —sonrió Drawlight.

—Es que no sabría explicárselo. Será más fácil si se lo enseño.

—Oh, desde luego. ¿Adónde vamos?

—Sólo tenemos que salir a la puerta. Se ve desde aquí.

Salieron y Drawlight miró en derredor. Lo que veía era una escena veneciana de lo más corriente. Frente a ellos había un canal y, al otro lado, una iglesia de color pardo rojizo. Ante una puerta abierta, una criada desplumaba palomas. Las sucias plumas estaban esparcidas delante de la mujer en un círculo gris y blancuzco. Componía el resto del panorama una mezcla de edificios, estatuas, ropa tendida y tiestos de flores. A lo lejos, se alzaba el prisma liso y vertical de la oscuridad.

—Bien, quizá exactamente desde aquí no se vea —reconoció Frank—. Las casas lo tapan. Si da unos pasos, lo verá a la perfección.

Drawlight dio unos pasos.

—¿Aquí? —preguntó, sin dejar de mirar en torno.

—Sí, justo ahí. —Y de un puntapié lo echó al canal.

Una sonora zambullida.

Frank se paró unos instantes a proferir unas cuantas consideraciones acerca del carácter moral de Drawlight, al que calificó de vil granuja rastrero, perro miserable, cobarde rufián, víbora y cerdo. Estas observaciones le permitieron desahogar sus sentimientos, pero no llegaron a los oídos de Drawlight, que ya estaba bajo el agua.

El agua lo golpeó como un puño y le cortó la respiración, clavándole alfilerazos en todo el cuerpo. En el fondo del canal, una nube de lodo lo envolvió. No sabía nadar y sentía que se ahogaba. Pero no llevaba más que unos segundos sumergido cuando notó que una fuerte corriente lo levantaba, arrastrándolo a gran velocidad. Por algún misterioso accidente, la acción del agua lo sacaba a la superficie de vez en cuando, y entonces él tomaba una bocanada de aire. Vivía momento a momento en un estado del más abyecto terror, incapaz de hacer algo por salvarse. En una ocasión, la turbulenta corriente lo lanzó al aire, y durante un instante vio un muelle soleado (un lugar que no reconoció), vio la espuma de una ola que se estrellaba contra el muelle, empapando a los transeúntes y salpicando las paredes de las casas, y vio las caras de espanto de la gente. Entonces comprendió que no había sido arrastrado al mar, como suponía, pero ni aun entonces se le ocurrió que la corriente no fuera natural. Unas veces el agua lo impulsaba con violencia en una dirección y otras lo hacía girar en una vorágine, y él sentía que había llegado su fin. Hasta que, de pronto, pareció que el agua se había cansado de él, y lo escupió a unos escalones de piedra. Drawlight notó el aire frío y percibió vagamente que había casas alrededor.

Un jadeo espasmódico le sacudía todo el cuerpo, y cuando empezó a normalizarse la respiración, vomitó gran cantidad de agua fría y salada. Luego se quedó mucho rato tendido en los escalones, con los ojos cerrados, como el que descansa sobre el pecho de su amante. No pensaba en nada. Si algún deseo abrigaba todavía era el de poder quedarse allí para siempre. Mucho después fue consciente, primero, de que los escalones debían de estar muy sucios, y segundo, de que tenía

mucho frío. Empezó a preguntarse por qué había tanto silencio y por qué nadie acudía a ayudarlo.

Se sentó y abrió los ojos.

Lo envolvía la oscuridad. ¿Estaba en un túnel? ¿En un sótano? ¡Bajo tierra! Cualquiera de esas posibilidades era aterradora, porque ignoraba cómo había llegado hasta allí y cómo iba a poder salir. Entonces sintió en la cara un viento fino y helado y, al levantar la mirada, vio las blancas estrellas del invierno. ¡La noche!

—¡No, no, no! —suplicó, y se encogió sobre las losas del muelle, gimiendo.

Las casas estaban oscuras y completamente silenciosas. Sólo en las estrellas había luz y vida. Aquellas constelaciones se le antojaban letras rutilantes y gigantescas de un alfabeto desconocido. Imaginaba que el mago podía haber formado aquellas letras con las estrellas y haberlas utilizado para escribir un maleficio destinado a él. Adondequiera que miraba todo era noche negra, estrellas y silencio. En ninguna casa había luz, y si era verdad lo que le habían contado, tampoco había nadie. Aparte del mago, desde luego.

A pesar suyo, se puso en pie y miró en derredor. Cerca de donde estaba había un puente. Al otro lado, una calleja desaparecía entre los altos muros de las oscuras casas. Podía tomar aquel camino o podía seguir por el muelle, que, al frío resplandor de las estrellas, parecía misterioso y expuesto a cualquier peligro. Eligió la calleja y la penumbra.

Cruzó el puente y se metió entre las casas. Casi enseguida, la calle desembocó en una plazuela de la que partían otras calles. ¿Cuál de ellas tomar? Pensó en las negras sombras que encontraría a su paso, en las puertas silenciosas. ¿Y si nunca conseguía salir? Sintió la náusea y el vahído del miedo.

Había una iglesia en la plaza. Hasta a la luz de las estrellas, su fachada era monstruosa, abotargada de columnas y erizada de estatuas. Ángeles con las alas extendidas tocaban largas trompetas; una figura indistinta abría los brazos bajo un dosel de piedra; rostros ciegos contemplaban a Drawlight desde oscuros pórticos.

«¿Quién me dice que el mago no está ahí?», pensó. Se puso a examinar, una a una, las oscuras imágenes, para ver si alguna de ellas era Jonathan Strange. Una vez que empezó, ya no pudo dejarlo; le parecía que si desviaba la vista un momento, una de las figuras se movería. Cuando casi se había convencido a sí mismo de que podía alejarse de la iglesia, su mirada percibió algo, un ligero relieve en la negrura de la puerta. Se acercó. Había algo —o alguien— tendido en la escalera. Un hombre. Yacía boca abajo, como desmayado, con los brazos sobre la cabeza.

Durante unos instantes —que se le antojaron una eternidad Drawlight se quedó expectante.

No ocurría nada.

Entonces lo asaltó una idea: ¡el mago había muerto! Quizá, impulsado por la

locura, se había quitado la vida. La sensación de alivio y alegría fue vertiginosa. El entusiasmo le hizo lanzar una carcajada que resonó de modo extraño en aquel silencio. La oscura figura de la oscura puerta no se movió. Drawlight se aproximó y se inclinó sobre ella. No se la oía respirar. Le hubiera gustado tener un bastón para tratar de moverla.

De pronto, la figura se dio la vuelta.

Drawlight soltó un gañido de miedo.

Silencio.

—¡Sé quién eres! —susurró Strange por fin.

Drawlight trató de echarse a reír. Siempre había utilizado la risa como medio para tranquilizar a sus víctimas. La risa era un buen calmante, ¿no? Todos somos amigos, ¿verdad? Pero lo que le salió de la garganta fue un ronco balido.

Strange se levantó y dio unos pasos hacia Drawlight. Éste retrocedió. A la luz de las estrellas, podía ver al mago con cierta claridad. Empezó a distinguir las facciones del hombre al que había conocido. Strange iba descalzo, llevaba la chaqueta y la camisa desabrochadas, y tenía una barba de varios días.

—¡Sé quién eres! —volvió a susurrar—. Tú eres... tú eres... —Movía las manos como si trazara símbolos mágicos en el aire—. ¡Tú eres un Jeucrocuta!

—¿Un lu...? —murmuró Drawlight, como un eco.

—¡Tú eres el lobo de la noche! ¡Devoras a hombres y mujeres! Tu padre fue una hiena y tu madre una leona. Tienes cuerpo de león y la pazuña hendida. No puedes girar la cabeza para mirar atrás. Tienes un solo diente muy largo y careces de encías. ¡Pero tomas forma humana, y con tu voz humana atraes a hombres y mujeres!

—¡No, no! —protestó Drawlight con voz suplicante. Quería decir más; quería decir que él no era nada de aquello, que Strange estaba equivocado, pero tenía la boca seca y la lengua paralizada de terror y no podía articular las palabras.

—Ahora yo te devolveré tu verdadera forma —dijo con calma. Levantó los brazos y gritó—: ¡Abracadabra!

Drawlight cayó al suelo dando alaridos, mientras Strange prorrumpía en fuertes carcajadas —inquietantes carcajadas de loco—, doblando el cuerpo y tambaleándose por la plaza.

Al fin, el terror del uno y la hilaridad del otro se calmaron. Drawlight comprobó que no había sido transformado en un monstruo de pesadilla y Strange adoptó un aire casi severo.

—Leucrocuta —susurró—, levántate.

Hipando, Drawlight se puso en pie.

—Leucrocuta, ¿por qué has venido? ¡No, espera! —Chasqueó los dedos—. Te he traído yo. Leucrocuta, dime por qué me espías. ¿Qué he hecho yo en secreto? ¿Por qué no has venido a preguntarme? ¡Yo te lo habría contado todo!



—Ellos me obligaron. Lascelles y Norrell. Lascelles pagó mis deudas para que yo pudiera salir de King's Bench¹. ¡Yo fui siempre amigo de usted! —Titubeó ligeramente; no parecía probable que Strange creyera tal cosa, por muy loco que estuviese.

Strange levantó la cabeza como si le lanzara una mirada de desafío, pero en la oscuridad Drawlight no distinguía su expresión.

—¡He estado loco, leucrocuta! —siseó—. ¿Eso te han dicho? Pues es la verdad. He estado loco y volveré a estarlo. Pero desde que tú llegaste a la ciudad, me he abstenido de... me he abstenido de ciertos hechizos para poder estar en mi sano juicio cuando te viera. Mi sano juicio de antes. Para poder reconocerte y saber lo que quería decirte. En la oscuridad he aprendido muchas cosas, leucrocuta, y una de ellas es que no puedo hacer esto yo solo. Te he traído aquí para que me ayudes.

—¿De verdad? ¡Me alegro! ¡Haré cualquier cosa! ¡Gracias! ¡Gracias! —Pero mientras hablaba, se preguntaba durante cuánto tiempo pensaría Strange tenerlo allí. Se sentía desfallecer de angustia.

—¿Cómo se llama...? ¿Cómo se llama...? —Parecía tener dificultades para coordinar ideas. Agitaba las manos en el aire—. ¿Cómo se llama la esposa de Pole?

—¿Lady Pole?

—Sí, pero me refiero a... sus otros nombres.

—¿Emma Wintertowne?

—Sí; eso es. ¿Dónde se encuentra ahora?

—La han llevado a un manicomio de Yorkshire. Es un secreto, pero yo lo descubrí. En King's Bench conocí a un hombre que tiene un hijo cuya novia es peletera, y ella estaba enterada porque le encargaron los abrigos que lady Pole tenía que llevar a Yorkshire... Hace mucho frío allí. La tienen en un sitio que se llama Starnosequé, a lady Pole quiero decir, no a la peletera. Stare... Stare. ¡Espere! ¡Ahora se lo digo! ¡Ya lo tengo, se lo juro! Starecross Hall, en Yorkshire.

—¿Starecross? Conozco el nombre.

—¡Claro! El hombre que lo tiene arrendado es amigo suyo. Antes era mago en Newcastle, o en York, o en algún sitio del norte... pero no sé cómo se llama. Parece que Norrell le causó un perjuicio una vez, o quizá dos. Por eso, cuando lady Pole se volvió loca, Childermass, en compensación, lo recomendó a sir Walter para que se encargara del manicomio.

Se hizo el silencio. A Drawlight le hubiera gustado saber lo que Strange había entendido de todo aquello. Entonces Strange dijo:

—Emma Wintertowne no está loca. Lo parece, pero es por culpa de Norrell. Él invocó a un duende para que la volviera a la vida y, a cambio, le dio toda clase de derechos sobre ella. Ese mismo duende estuvo a punto de capturar al rey de Inglaterra y ha encantado por lo menos a otros dos súbditos de Su Majestad, uno de ellos, mi esposa. —Se detuvo—. Tu primera misión, leucrocuta, será decirle a John Childermass lo que acabo de contarte y entregarle esto.

Sacó algo del bolsillo de la chaqueta y se lo entregó a Drawlight. Por el tamaño, parecía una cajita de rapé, pero un poco más estrecha y más larga. Drawlight la tomó y la guardó en el bolsillo.

Strange lanzó un largo suspiro. Parecía agotado por el esfuerzo de hablar con coherencia.

—Tu segunda tarea es... tu segunda tarea es llevar un mensaje a todos los magos de Inglaterra. ¿Lo has entendido?

—Oh, sí. Pero...

—Pero ¿qué?

—Sólo hay uno.

—¿Cómo?

—Sólo hay un mago, señor. Estando usted aquí, en Inglaterra no queda más que un solo mago.

Strange pareció reflexionar un momento.

—Mis discípulos —dijo—. Mis discípulos son magos. Todos los hombres y mujeres que han deseado ser discípulos de Norrell son magos. Childermass lo es. Segundus también. Y Honeyfoot. Y los suscriptores de las revistas de magia. Los

miembros de las antiguas sociedades. Inglaterra está llena de magos. ¡Los hay a cientos! ¡Quizá a miles! Norrell los rechazó. Norrell les negó el reconocimiento, Norrell los silenció. No obstante, son magos. Diles esto. —Se pasó la mano por la frente e hizo varias inspiraciones profundas—: El árbol habla a la piedra; la piedra habla al agua. No es tan difícil como suponíamos. Diles que lean lo que está escrito en el cielo. ¡Diles que pregunten a la lluvia! Todas las antiguas alianzas de John Uskglass subsisten. Yo envió mensajeros a que les recuerden a las piedras, al cielo y a la lluvia sus antiguas promesas. Diles... —Pero una vez más, no encontraba las palabras. Dibujó algo en el aire con un ademán—. No puedo explicarlo. Leucrocuta, ¿lo entiendes?

—Sí. ¡Oh, sí! —dijo Drawlight, aunque ignoraba de qué le hablaba.

—¡Bien! Ahora repítame los mensajes que te he dado. Recítamelos.

Drawlight así lo hizo. Después de tantos años de recoger y repetir chismes sobre sus amistades, había desarrollado una buena memoria para recordar nombres y hechos. El primer mensaje lo había captado perfectamente, pero del segundo no retenía más que unas frases incoherentes de magos que estaban bajo la lluvia mirando piedras.

—Yo te lo mostraré y lo entenderás —dijo Strange—. Si cumples estas tres misiones, leucrocuta, no me vengaré de ti. No te causaré ningún daño. Entrega los tres mensajes y podrás volver a tus cacerías nocturnas, a devorar a hombres y mujeres.

—¡Gracias! ¡Gracias! —jadeó Drawlight, reconocido, pero entonces hizo un descubrimiento terrible—: ¡Tres! Pero, señor, ¡sólo me ha dado dos!

—Tres mensajes, leucrocuta —dijo Strange con voz fatigada—. Debes llevar tres mensajes.

—¡Sí, pero no me ha dicho cuál es el tercero!

Strange no contestó. Dio media vuelta mascullando entre dientes. A pesar del terror que sentía, Drawlight estuvo tentado de agarrar al mago y sacudirlo. Y lo habría hecho, de haber creído que iba a servir de algo. Lágrimas de autocompasión le resbalaban por la cara. Ahora Strange lo mataría por no cumplir la tercera misión, y no sería suya la culpa.

—Leucrocuta —dijo Strange volviendo atrás súbitamente—. ¡Tráeme agua para beber!

Drawlight miró en derredor. Había un pozo en el centro de la plaza. Se acercó a él y vio una taza de hierro, vieja y horrible, sujeta a la piedra con una larga cadena oxidada. Apartó la tapa del pozo, sacó un cubo de agua y llenó la taza. Le daba grima tocarla. Curiosamente, después de todo lo que le había sucedido aquel día, era aquella taza de hierro lo que más le repugnaba. Durante toda su vida había amado los objetos bellos, pero ahora todo lo que lo rodeaba era espantoso. La culpa era del mago.

¡Cómo odiaba a los magos!

—¿Señor? ¿Lord Mago? —gritó—. Tendrá que venir aquí para beber. —Señalaba la cadena a modo de explicación.

Strange se acercó, pero no tomó la taza que le ofrecía, sino que sacó del bolsillo un frasquito y se lo entregó.

—Echa seis gotas en el agua —dijo.

Drawlight quitó el tapón. Las manos le temblaban de tal manera que temía no poder sostener nada. Strange no pareció darse cuenta. Drawlight sacudió el frasco, del que cayeron varias gotas.

Strange tomó la taza y bebió. La taza le resbaló de la mano. Drawlight advirtió —no sabía exactamente cómo— que Strange había cambiado. Sobre el fondo del cielo estrellado, su negra silueta pareció abatirse. Dejó caer la cabeza. Drawlight se preguntó si estaría borracho. Pero ¿cómo podía un hombre emborracharse con sólo unas gotas de líquido? Además, Strange no olía a licor; olía como el que no se ha lavado ni cambiado de ropa en varias semanas; y Drawlight percibía también otro olor que un minuto antes no se notaba: olor a vejez y a medio centenar de gatos.

Tenía una sensación extraña. Ya la había advertido otras veces: iba a producirse un hecho mágico. Unas puertas invisibles parecían abrirse alrededor de él; sentía vientos que llegaban de muy lejos con olores a bosque, a páramos y a ciénagas. Extrañas imágenes irrumpían en su mente. Las casas que lo rodeaban ya no estaban vacías. Podía ver en su interior como si no tuvieran paredes. En cada una de las oscuras habitaciones había... no una persona exactamente, sino un ser, un viejo espíritu. Una contenía un fuego; otra, una piedra; otra, una porción de lluvia; otra, una bandada de pájaros; otra, una ladera; otra más, una pequeña criatura de oscuros y fieros pensamientos, etcétera, etcétera.

—¿Qué son? —susurró estupefacto.

Entonces notó que tenía el pelo de punta, como electrificado, y lo invadió una sensación nueva, diferente: la sensación de estar cayendo y, no obstante, seguir de pie. Era como si se le hubiera caído la mente...

Creyó que estaba en una ladera de Inglaterra. Llovía, y el agua danzaba en el aire, creando una ilusión de fantasmas grises. La lluvia caía sobre él y él se volvía delgado como la lluvia. La lluvia borraba el pensamiento, borraba el recuerdo, todo lo bueno y lo malo. Él ya no recordaba su nombre. El agua se lo había llevado todo, como se lleva el barro de las piedras. La lluvia lo llenaba de sus propios pensamientos y recuerdos. Plateados hilos de agua cubrían la ladera como un encaje, como las venas de un brazo. Olvidando que él era, o había sido, un hombre, se convirtió en hilos de agua. Fue absorbido por la tierra con la lluvia...

Pensó que estaba debajo de la tierra, debajo de Inglaterra. Transcurrieron

largos siglos; el frío y la lluvia penetraban en él. En el silencio y la oscuridad, creció, se expandió. Se convirtió en la tierra; se convirtió en Inglaterra. Una estrella lo miró desde lo alto y le habló. Una piedra le hizo una pregunta, y él le respondió en su lenguaje. Un río se ciñó a su costado; las colinas brotaban bajo sus dedos. Abrió la boca y exhaló primavera.

Pensó que estaba prendido de un matorral, en un oscuro bosque, en invierno. Los árboles se extendían hasta el infinito, oscuros pilares separados por delgadas franjas blancas de luz invernal. Bajó la mirada. Los árboles jóvenes lo atravesaban; crecían a través de su cuerpo, de sus pies y sus manos. Ya no podía cerrar los párpados porque por ellos asomaban ramitas nuevas. Los insectos le entraban y salían por las orejas; las arañas construían nidos y tejían telas dentro de su boca. Comprendió que estaba ligado a aquel bosque desde hacía años y años. Conocía al bosque y el bosque lo conocía a él. Ya no se distinguía qué era bosque y qué era hombre.

Todo era silencio. Nevaba. Él lanzó un grito...

Negrura.

Drawlight volvió en sí como el que aflora de un agua oscura. No sabía quién lo liberaba —si Strange, el bosque o la propia Inglaterra—, pero sentía el desprecio con el que lo devolvía a sí mismo. Los viejos espíritus se retiraban de él. Sus pensamientos y sensaciones se empequeñecían a la medida del hombre. Se sentía aturdido y mareado al recordar lo que había tenido que soportar. Se miró las manos y se frotó las zonas del cuerpo que le habían atravesado los árboles. Parecían estar enteras, pero ¡cómo dolían! Gimiendo, buscó a Strange con la mirada.

El mago estaba un poco alejado, en cuclillas junto a una pared, musitando fórmulas mágicas. Dio un golpe en el muro, y las piedras se abultaron y tomaron la forma de un cuervo; el cuervo abrió las alas y, con un fuerte graznido, levantó el vuelo hacia el cielo de la noche. Strange dio otro golpe en la pared, y otro cuervo salió y se fue volando. Luego otro y otro, y otros más, salían en tropel, y sus negras alas ocultaban todas las estrellas.

Strange alzó la mano para dar otro golpe.

—¡Milord mago! —jadeó Drawlight—. No me ha dicho cuál es el tercer mensaje.

Strange giró la cabeza. De improviso agarró a Drawlight por las solapas y lo atrajo hacia sí. Drawlight sintió en la cara el aliento fétido del mago y, por primera vez, le vio la cara. La luz de las estrellas brillaba en unos ojos feroces en los que no quedaban vestigios de razón ni de humanidad.

—¡Dile a Norrell que iré! —siseó—. ¡Ahora vete!

Drawlight no esperó a que se lo repitiera. Se alejó rápidamente en la oscuridad. Le parecía que los cuervos lo perseguían. No podía verlos, pero los oía batir las alas y

notaba las corrientes de aire que creaban. En mitad de un puente, chocó de pronto con una luz deslumbrante. Al momento lo rodearon trinos de pájaros y sonido de voces. Había hombres y mujeres que andaban de un lado al otro, y hablaban, y acudían a sus quehaceres. Allí no había magia tenebrosa, sólo la vida normal, la maravillosa y hermosísima vida normal.

Drawlight aún tenía la ropa empapada de agua de mar, y el día era terriblemente frío. Estaba en una parte de la ciudad que no conocía. Nadie se brindó a ayudarlo y anduvo mucho rato perdido y exhausto. Al fin salió a una plaza que reconoció y pudo volver a la pequeña taberna en la que había alquilado una habitación. Cuando llegó, estaba tiritando. Se desnudó, se lavó lo mejor que pudo para quitarse la sal del cuerpo y se acostó en la estrecha cama.

Durante los dos días siguientes tuvo mucha fiebre. Lo atormentaban unos sueños indescritibles, llenos de oscuridad, de magia y de las largas y frías edades de la tierra. Y dormía con el temor de despertarse bajo tierra o crucificado por un bosque invernal.

A mediodía del tercer día pudo levantarse para ir al puerto. Allí encontró un barco que iba a Portsmouth. Le enseñó al capitán las cartas y los papeles que le había dado Lascelles, en los que prometía una buena suma al barco que lo llevara a Inglaterra, firmados por dos de los banqueros más famosos de Europa.

Al quinto día, Drawlight embarcó rumbo a Inglaterra.

Una niebla fría y gris se extendía por Londres, como si pretendiera imprimirle el carácter frío y gris que tenía la existencia de Stephen. Últimamente, el encantamiento le pesaba más que nunca. Ya no recordaba qué eran la alegría, el afecto y la paz. Las únicas emociones que atravesaban las nubes de magia que envolvían su corazón eran amargas: ira, resentimiento y frustración. Sus amigos ingleses estaban cada día más distantes. El caballero podía ser un demonio, pero cuando hablaba de la altivez y la presunción de los ingleses, Stephen no podía sino reconocer que tenía razón. Hasta *Desesperanza*, con toda su desolación, se le antojaba a veces un refugio en el que se sentía a salvo de la altanería y la malicia de los ingleses. Por lo menos, allí nunca había tenido que disculparse por ser quien era, y siempre se le había tratado como a un invitado honorable.

Aquel día de invierno, Stephen estaba en los establos que sir Walter Pole tenía en Harley Street. Hacía poco, sir Walter había adquirido una pareja de excelentes galgos, con gran satisfacción de sus criados, que dedicaban buena parte del día a visitar a los perros, admirarlos y opinar, con más o menos autoridad, acerca de sus posibles proezas en el campo. Stephen comprendía que debía poner coto a aquella mala costumbre, pero no lo hacía por indolencia. Y cuando Robert, el lacayo, le había sugerido que fuera con él a ver los perros, Stephen, en lugar de reprenderlo, se había

puesto la chaqueta y el sombrero para acompañarlo. Ahora, mientras veía a Robert y los mozos del establo acariciando a los perros, le parecía estar al otro lado de un grueso y sucio cristal.

De pronto, los hombres enderezaron el cuerpo y salieron. Stephen se estremeció. La experiencia le había enseñado que aquel extraño comportamiento anunciaba invariablemente la llegada del caballero del pelo de plata.

Allí estaba ya, iluminando el oscuro y angosto establo con el brillo de su cabellera, el fulgor de sus ojos azules y el esplendor de su chaqueta verde, y hablando y riendo animadamente, convencido de que Stephen se alegraba tanto como él de verlo. Se mostró tan entusiasmado con los perros como lo estaban los criados, e invitó a Stephen a admirarlos con él. Les habló en su lenguaje; los perros saltaban y ladraban de alegría y parecían más enamorados de él que de cualquier otra persona. El caballero dijo:

—Esto me recuerda la ocasión en que, en mil cuatrocientos trece, vine a hacer una visita al rey de Inglaterra del Sur. El rey, que era un hombre gentil y valiente, me presentó a la corte y habló de mis muchas cualidades, de mis grandes reinos, de mi carácter caballeroso, etcétera, etcétera. Pero uno de los nobles, en lugar de escuchar sus instructivas y edificantes palabras, charlaba y reía con su séquito. Como puedes figurarte, me sentí muy ofendido por semejante conducta y decidí enseñarles buenas maneras. Al día siguiente, aquella mala gente cazaba liebres en el bosque de Hatfield. Yo me presenté de pronto y tuve la feliz idea de convertir a los hombres en liebres y a las liebres en hombres. Primero, los perros destrozaron a sus amos, y después las liebres, en forma de hombre, se tomaron terrible venganza de los perros que tanto las habían perseguido y acosado. —Hizo una pausa para permitir que Stephen elogiara su hazaña, pero antes de que éste pudiera decir algo, exclamó—: ¡Oh! ¿Lo has notado?

—¿Notar el qué, señor?

—¡Todas las puertas han temblado!

Stephen miró las puertas del establo.

—¡No, ésas no! —dijo el caballero—. ¡Me refiero a las que hay entre Inglaterra y todos los otros sitios! Alguien trata de abrirlas. ¡Alguien ha hablado al cielo, y no he sido yo! ¡Alguien da instrucciones a las piedras y a los ríos, y no soy yo! ¿Quién es el que hace tal cosa? ¿Quién? ¡Vamos!

Agarró del brazo a Stephen, y a éste le pareció que se elevaban en el aire, como si, de repente, se encontraran sobre una montaña o una torre muy alta. Las caballerizas de Harley Street desaparecieron y a sus ojos se ofreció un escenario nuevo..., y luego otro, y otro. Un puerto con un bosque de mástiles se deslizaba bajo sus pies y al momento era sustituido por un mar gris e invernal, por el que navegaban barcos con las velas desplegadas... y después aparecía una ciudad con espiras y espléndidos puentes. Curiosamente, Stephen no tenía sensación de movimiento. Era

más bien como si el mundo fuese volando hacia ellos mientras ellos permanecían estáticos. Llegaron después montañas nevadas por las que trepaban gentes diminutas, y un lago cristalino rodeado de cumbres oscuras, y un país llano con pequeñas ciudades y ríos, como de juguete.

Delante de ellos había algo. Al principio, parecía una línea negra que cortaba el cielo por la mitad. Cuando estuvieron más cerca, se convirtió en un Pilar Negro que surgía de la tierra y no tenía fin.

Stephen y el caballero se detuvieron a gran altura encima de Venecia (Stephen estaba firmemente decidido a no tratar de averiguar sobre qué se habían detenido). Se ponía el sol y calles y casas ya habían quedado en sombra, pero mar y cielo estaban llenos de una luz en la que matices de rosa, azul pálido, topacio y nácar se mezclaban armoniosamente. La ciudad parecía flotar en un vacío esplendoroso.

En su mayor parte, el pilar negro era liso como la obsidiana, pero justo por encima del nivel de los tejados de las casas, brotaban de él volutas y espirales de oscuridad que se alejaban por el aire. Stephen no podía adivinar qué eran.

—¿Eso es humo, señor? ¿Está ardiendo la torre? —preguntó Stephen.

El caballero no contestó, pero, al acercarse, vieron que no era humo. De la torre salía volando una oscura multitud. Eran cuervos. Miles y miles de cuervos que abandonaban Venecia y volaban en la dirección de la que habían llegado Stephen y el caballero.

Una bandada viró hacia ellos. De pronto, el aire se llenó de un tumulto de miles de alas que batían el aire con un sordo ruido de tambor. A Stephen le entraba polvo y tierra en los ojos, la nariz y la garganta. Inclino la cabeza y se tapó la nariz para no respirar aquella inmundicia.

Cuando las aves se fueron, preguntó con extrañeza:

—¿Qué son, señor?

—Son criaturas que ha hecho el mago —dijo el caballero—. Las envía a Inglaterra con instrucciones para el cielo y la tierra, los ríos y los montes. Está invocando a todos los viejos aliados del Rey. ¡Pronto obedecerán a los magos ingleses antes que a mí! —Lanzó un aullido de cólera y desesperación—. ¡Lo he castigado como nunca había castigado a mis enemigos! ¡Pero él sigue combatiéndome! ¿Por qué no se resigna a su suerte? ¿Por qué no desespera?

—Nunca oí decir que le faltara valor, señor. En la Península actuó con valentía.

—¿Valentía? Pero ¿qué dices? ¡Esto no es valentía! ¡Esto es malicia pura y simple! Hemos sido negligentes, Stephen. Hemos permitido que los magos ingleses nos sacaran ventaja. ¡Hemos de hallar la manera de castigarlos! ¡Hemos de redoblar esfuerzos para hacerte rey!

60. Tormenta y mentiras (Febrero de 1817)

LA tía Greysteel había alquilado una casa en Padua con vistas al mercado de fruta. Estaba muy bien situada y sólo costaba ochenta sechinis al trimestre (unas 38 guineas). La tía Greysteel estaba muy satisfecha de su hallazgo. Pero a veces ocurre que si una persona actúa con rapidez y decisión, después, cuando ya es tarde, llegan las dudas y las decepciones. Y eso le sucedió a ella. No llevaban ni una semana instaladas en la casa cuando empezó a encontrar inconvenientes y a preguntarse si había hecho bien. La casa era antigua y muy bonita, pero oscura: las ventanas y los balcones góticos, estos últimos con balaustrada de piedra, eran muy estrechos. En otras circunstancias, eso no habría tenido importancia, pero en aquellos momentos Flora se hallaba algo decaída, necesitaba un ambiente alegre, y (pensaba la tía Greysteel) aquella media luz —por más romántica que pudiera ser— no parecía lo más conveniente. Además, había en el patio varias damas de piedra que estaban a punto de desaparecer bajo velos y mantos de hiedra acumulada con los años, y cada vez que la mirada de la tía se posaba en ellas, se acordaba de la pobre esposa de Jonathan Strange, muerta tan joven y de manera tan misteriosa, y cuyo triste fin parecía haber enloquecido a su marido. Confiaba en que a Flora no se le ocurrieran tan melancólicos pensamientos.

Pero tratos son tratos, y la casa estaba alquilada, por lo que a la tía Greysteel no le quedaba otro recurso que el de alegrarla todo lo posible. Ella, que nunca había derrochado en velas y aceite, ahora no reparaba en gastos con el afán de animar a Flora. Había en la escalera un lugar especialmente oscuro en el que un peldaño se desviaba en un sentido imprevisible, y, para evitar que a alguien se le fuera el pie y se rompiera la crisma, ordenó poner en aquel lugar un estante con una lámpara. La lámpara estaba encendida de día y de noche, para escándalo de Bonifazia, la vieja criada italiana contratada con la casa, que era aún más ahorrativa que la tía Greysteel.

Bonifazia era buena criada, aunque propensa a criticar y a dar largas explicaciones de por qué las instrucciones que acababa de recibir eran erróneas o irrealizables. La ayudaba en sus tareas Minichello, un mozo cansino y taciturno que recibía cualquier orden rezongando en un dialecto incomprensible. Bonifazia trataba a Minichello con tan despectiva familiaridad que la tía Greysteel supuso que eran parientes, aunque carecía de información exacta al respecto.

De manera que entre el acondicionamiento de la casa, las diarias batallas con Bonifazia y los descubrimientos, más o menos agradables, que se hacen al llegar a una ciudad desconocida, a la tía Greysteel no le faltaban ocupaciones, aunque su primer y más sagrado deber en aquellos momentos era tratar de hallar diversiones para su sobrina. Flora tendía ahora a buscar la soledad y el silencio. Cuando su tía le

hablaba, respondía con viveza, pero muy raramente iniciaba ella una conversación. En Venecia llevaba la iniciativa en todos los planes, mientras que ahora se acomodaba a las propuestas de su tía. De todos modos, prefería entretenimientos que no precisaran compañía. Paseaba sola, leía sola, se sentaba sola en la sala o en el patio, a tomar el débil sol que hasta allí llegaba a veces, alrededor de la una. Se mostraba menos expansiva y confiada que antes, como si alguien —y no necesariamente Jonathan Strange— la hubiera decepcionado y ella se hubiese hecho el propósito de ser más independiente en lo sucesivo.

Durante la primera semana de febrero se abatió sobre Padua una gran tormenta. Era mediodía. La tormenta llegó súbitamente del este (de la dirección de Venecia y el mar). Los ancianos que frecuentaban los cafés de la ciudad decían que no habían advertido señal alguna de su llegada. Otras personas no daban importancia al hecho; al fin y al cabo, era invierno y había que contar con las tempestades.

Primero sopló en la ciudad un viento huracanado. Era un vendaval que no respetaba puertas ni ventanas, encontraba rendijas cuya existencia nadie sospechaba y se dejaba sentir con tanta fuerza dentro de las casas como fuera de ellas. La tía Greysteel y Flora estaban en una salita del primer piso. Los cristales temblaban y las lágrimas de la araña del techo tintineaban. Las hojas de una carta que estaba escribiendo la tía Greysteel se le escaparon y volaron por la habitación. Por la ventana se vio cómo el cielo se oscurecía hasta quedar tan negro como la noche. Empezó a diluviar.

Entraron Bonifazia y Minichello. Iban con el pretexto de pedir instrucciones respecto a las medidas que debían tomar durante la tormenta, pero, en realidad, Bonifazia no quería sino unir sus exclamaciones de asombro a las de la tía Greysteel ante la violencia del viento y la lluvia (y buen dueto formaron, aunque en distintas lenguas), mientras que Minichello seguramente sólo iba por seguir a Bonifazia, y miraba la tempestad con ojos torvos, como si sospechara que no tenía más propósito que el de darle trabajo.

La tía Greysteel, Bonifazia y Minichello estaban en la ventana y vieron cómo el primer relámpago convertía aquel panorama familiar en una escena siniestra, inundada de un pálido resplandor sobrenatural que proyectaba sombras insólitas. Siguió el estallido de un trueno que hizo temblar la habitación. Bonifazia murmuraba invocaciones a la Virgen y a varios santos. La tía Greysteel, que no estaba menos asustada, con gusto habría buscado la misma protección, pero como miembro de la Iglesia anglicana tenía que conformarse con exclamar: «¡Ay, cielos!», «¡Qué barbaridad!» y «¡Dios me asista!», lo cual no le proporcionaba gran consuelo.

—Flora, cielo —dijo con voz un poco temblorosa—, confío en que no estés asustada. ¡Qué horror de tormenta!

Flora fue al balcón, apretó la mano a su tía y le dijo que pasaría pronto. Otro

relámpago iluminó la ciudad. Flora soltó a su tía, abrió el balcón y salió.

—¡Flora! —gritó la tía Greysteel.

La joven tenía las manos apoyadas en la balaustrada y el cuerpo inclinado hacia los rugidos de la oscuridad, insensible a la lluvia que le empapaba el vestido y al viento que le agitaba el pelo.

—¡Flora, tesoro! ¡Flora! ¡Resguárdate de la lluvia!

La muchacha se volvió y le dijo algo, pero los que estaban dentro no oyeron sus palabras.

Minichello salió al balcón y, con una delicadeza sorprendente (aunque sin abandonar ni un momento su gesto sombrío), la guió hacia el interior, utilizando sus manos grandes y planas como los pastores utilizan vallas para guiar al rebaño.

—¿No veis? —dijo Flora—. Ahí fuera hay alguien. ¡Ahí, en el rincón! ¿Sabéis quién es? Me ha parecido... —Se interrumpió, sin decir quién le había parecido.

—Cielo, espero que estés equivocada. Compadezco al que tenga que estar ahora en la calle. Confiemos en que pronto encuentre cobijo. ¡Oh, Flora! ¡Estás empapada!

Bonifazia llevó toallas, y ella y la tía Greysteel se dedicaron a la tarea de secar el vestido de Flora, haciéndola dar vueltas entre las dos, aunque lo malo era que a veces tiraban de ella en sentidos opuestos. Al mismo tiempo, ambas daban perentorias instrucciones a Minichello; la tía Greysteel en un italiano vacilante pero insistente, y Bonifazia en rápido dialecto paduano. Las instrucciones, lo mismo que las vueltas, debían de ser contradictorias, porque Minichello las escuchaba con su expresión huraña, sin hacer caso de ninguna de las dos.

Flora miraba a la calle por encima de las cabezas inclinadas de las dos mujeres. Otro relámpago. Ella se puso rígida, como electrificada por la descarga, y tras desasirse de las manos de tía y criada salió corriendo de la habitación.

No tuvieron tiempo de preguntarse adónde iba. La media hora siguiente fue una frenética odisea doméstica, con Minichello tratando de cerrar persianas contra la tormenta, Bonifazia tropezando con los muebles mientras buscaba velas en la oscuridad, y la tía Greysteel desconcertada, al descubrir que la palabra que había estado usando para decir «persiana» en realidad significaba «pergamino». Todos estaban enfadados. Y para fastidiar aún más a la tía Greysteel, todas las campanas de la ciudad empezaron a repicar al mismo tiempo, porque existía la creencia de que, por estar benditas, ahuyentan los rayos y truenos (que, como es sabido, los envía el diablo).

Por fin la casa quedó protegida, o casi. La tía Greysteel dejó que Bonifazia y Minichello terminaran la tarea de asegurar las ventanas y, olvidando que había visto a Flora salir de la sala, volvió allí con una vela para su sobrina. Flora no estaba, y la tía Greysteel observó que Minichello aún no había cerrado las persianas.

Subió al dormitorio de Flora, pero tampoco la encontró allí. Ni en el comedor, ni

en el dormitorio de la tía Greysteel, ni en la salita pequeña que a veces usaban después de cenar. Miró entonces en la cocina, en el recibidor y el cuarto del jardinero, pero no estaba en ninguno de esos sitios.

La mujer empezaba a asustarse. Una vocecita cruel le susurró al oído que, cualquiera que fuese la misteriosa suerte que corriera la esposa de Jonathan Strange, había empezado con su desaparición durante una tormenta.

«Pero era nieve, no lluvia —se dijo. Y mientras recorría la casa buscando a Flora, se repetía—: Era nieve, no lluvia. Nieve, no lluvia. —Entonces pensó—: A lo mejor no se ha movido del salón. Estaba tan oscuro y ella es tan callada, que puede que siga allí y yo no la haya visto.»

Volvió a la sala. Otro relámpago le dio un aspecto fantasmagórico, blanqueando las paredes y tiñendo de gris los muebles, como si se hubieran convertido en piedra. Entonces, con un terrible sobresalto descubrió que, en efecto, allí había otra persona, una mujer que no era Flora, una mujer que llevaba un vestido oscuro y antiguo, sostenía un candelabro con una vela y la miraba... una mujer cuyo rostro estaba en sombra, cuyas facciones no se veían.

La tía Greysteel se quedó helada.

Retumbó un trueno. Ahora estaba oscuro, no había más luz que las dos velas. Pero la vela de la desconocida no parecía iluminar nada. Y, aún más extraño, la habitación parecía haberse agrandado misteriosamente; la mujer del candelabro estaba a mucha distancia de la tía Greysteel.

—¿Quién está ahí? —gritó.

No hubo respuesta.

«Es natural —pensó—. Debe de ser italiana. Tengo que preguntárselo en italiano. Quizá se ha confundido de casa, con este zafarrancho de la tormenta.» Pero, por más que se esforzaba, en aquel momento no recordaba ni una palabra de italiano.

Otro relámpago. Allí estaba la mujer, de pie, frente a ella. «Es el fantasma de la esposa de Jonathan Strange», pensó. Dio un paso adelante y la desconocida la imitó en todo. De pronto, tuvo una revelación y sintió un gran alivio.

—¡Pero si es un espejo! ¡Qué tonta! ¡Qué tonta! ¡Asustarme de mi propia imagen!

El descubrimiento casi le hizo soltar una carcajada, pero entonces comprendió que no había sido tan tonta al asustarse, ni mucho menos: porque en aquel ángulo de la habitación nunca había habido un espejo.

A la luz del siguiente relámpago pudo verlo. Era feo y demasiado grande para aquella sala. Estaba segura de no haberlo visto en su vida.

Salió apresuradamente. Comprendía que, fuera de la vista de aquel espejo siniestro, podría pensar con más claridad. Subía la escalera cuando unos sonidos que parecían proceder del dormitorio de Flora le hicieron abrir la puerta y asomarse.

Allí estaba la joven. Había encendido las velas que su tía le había llevado y estaba

desvistiéndose. El vestido chorreaba y la enagua y las medias no parecían mucho más secas. En el suelo, junto a la cama, estaban los zapatos, empapados y estropeados por la lluvia.

Flora miró a su tía con una expresión en la que se mezclaban la culpabilidad, la contrición, el desafío y varias emociones más, difíciles de interpretar.

—¡Nada! ¡Nada! —gritó.

Esa, al parecer, era la respuesta a la pregunta que esperaba le hiciese su tía, pero lo único que dijo la mujer fue:

—¡Oh, querida! ¿Dónde estabas? ¿Qué te ha hecho salir de casa con este tiempo?

—He salido a... a comprar sedas de bordar. —La tía debió de poner cara de asombro, porque Flora agregó, sin convicción—: No creía que la lluvia fuese a durar tanto.

—Mira, querida, debo decir que me parece una imprudencia, y has debido de pasar mucho miedo. ¿Por eso has llorado?

—¡Llorar! ¡No, no! Te equivocas, tía, no he llorado. Es lluvia, nada más.

—Pero si aún... —Iba a decir «aún estás llorando», pero Flora negó con la cabeza y se volvió de espaldas.

La tía observó que, por algún motivo, su sobrina había hecho un ovillo con el chal, y no pudo menos que pensar que si se hubiera protegido con él no se habría mojado tanto. Del fardo del chal, Flora sacó un frasquito medio lleno de un líquido ámbar, que guardó en un cajón.

—¡Flora! Ha ocurrido algo muy extraño. No sé cómo decírtelo, pero hay un espejo...

—Sí, ya lo sé. Es mío.

—¡Que es tuyo! —La tía Greysteel se quedó más atónita que antes. Hubo una pausa de unos instantes—. ¿Dónde lo has comprado? —fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—No recuerdo exactamente. Deben de haberlo traído ahora.

—¡Y quién va a traer nada en plena tormenta! Además, si hubiera alguien tan insensato para hacer tal cosa, habría tenido que llamar a la puerta... y no meterlo en casa a escondidas.

Flora no respondió a tan razonables argumentos. No obstante, a la tía Greysteel no le disgustaba abandonar el tema. Estaba harta de tormentas, de sustos y de espejos inesperados. El porqué había aparecido el espejo estaba aclarado y no le importaba dejar para más adelante descubrir el cómo. Se alegró de poder recurrir a temas más normales, y se puso a hablar del vestido de Flora, de los zapatos de Flora, de la probabilidad de que Flora se hubiera resfriado y de la necesidad de que Flora se secara inmediatamente, se pusiera la bata, se sentara junto al fuego en la sala y tomara algo caliente.

Cuando estuvieron otra vez en la sala, la tía Greysteel dijo:

—¡Mira! Ya se aleja la tormenta. Parece que vuelve hacia la costa. ¡Qué extraño! Diría que había venido de esa misma dirección. Supongo que la lluvia te habrá estropeado las sedas de bordar, como todo lo demás.

—¿Sedas de bordar? Oh, no he llegado a la tienda. Como tú dices, era una imprudencia.

—Podemos ir después a comprar lo que necesites. ¡Qué pena me da esa pobre gente del mercado! Se les habrá echado a perder toda la mercancía. Bonifazia está preparándote unas gachas. Ahora no recuerdo si le he dicho que use la leche nueva.

—No me he fijado, tía.



—Será mejor que vaya a asegurarme.

—Ya voy yo —dijo Flora disponiéndose a levantarse.

Pero su tía no lo consintió. Flora debía quedarse donde estaba, junto al fuego, con los pies en un taburete.

Aclaraba por momentos. Antes de ir a la cocina, la tía contempló el espejo. Era muy grande y recargado, uno de esos espejos que se fabrican en la isla de Murano, en la laguna de Venecia.

—Confieso que me sorprende que te guste, Flora. Con tantas volutas, arabescos y flores de cristal. Pensaba que preferías cosas más sencillas.

La joven suspiró y dijo que quizá en Italia se había aficionado a lo suntuoso y recargado.

—¿Es caro? Lo parece.

—No, en absoluto.

—Bueno, ya es algo, ¿no?

La tía bajó a la cocina. Se sentía más tranquila y confiaba en que los sobresaltos y angustias de la mañana hubieran terminado. Pero se equivocaba.

De pie en la cocina, con Minichello y Bonifazia, había dos desconocidos. No parecía que Bonifazia hubiera empezado a preparar las gachas. Ni siquiera había sacado de la despensa la harina de avena y la leche.

Nada más ver a la tía Greysteel, Bonifazia la asió del brazo y descargó sobre ella una catarata de vehementes palabras en paduano. Hablaba de la tormenta —eso estaba claro— y decía que era muy mala, pero poco más podía entender la mujer. Y fue Minichello quien, para gran asombro de la dama, le dio una explicación comprensible. En una imitación bastante aceptable del idioma inglés, dijo:

—Mago inglés la hace. Mago inglés hace la tempesta.

—¿Cómo?

Con frecuentes interrupciones de Bonifazia y los dos hombres, Minichello le informó de que en plena tormenta varias personas habían visto un hueco entre las nubes. Y lo que habían visto las había dejado estupefactas y aterradas: un firmamento nocturno cuajado de estrellas, en lugar del cielo azul de la mañana. La tormenta no era natural sino provocada, a fin de ocultar la llegada del Pilar de Oscuridad de Strange.

Pronto, la noticia corrió por toda la ciudad, provocando la alarma de sus habitantes. Hasta entonces, el Pilar de Oscuridad era un horror reservado a Venecia, que, por lo menos para los paduanos, era el marco natural para los horrores. Ahora estaba claro que Strange había permanecido en Venecia por su voluntad y no por el encantamiento. Cualquier ciudad de Italia —cualquier ciudad del mundo— podía ser visitada por la Oscuridad Perpetua cuando menos lo esperara. Eso era ya bastante desgracia, pero para la tía Greysteel era mucho peor todavía, porque al miedo que le inspiraba Strange se sumaba ahora la tristeza de saber que Flora le había mentado. Se preguntaba si su sobrina había mentado porque se hallaba bajo la influencia de un hechizo o porque el afecto que sentía por Strange había destruido sus principios. No sabía qué era peor.

Escribió a su hermano a Venecia para rogarle que fuera a Padua. Decidió que, entretanto, no diría nada. Durante el resto del día vigiló estrechamente a Flora. No observó nada extraño en su comportamiento, excepto, a veces, un aire de contrición en la manera de tratarla, una contrición que no tenía razón de ser.

A la una del día siguiente —varias horas antes de que la carta de la tía Greysteel

hubiera podido llegar a sus manos—, el doctor Greysteel llegaba de Venecia con Frank. Dijo que en Venecia todo el mundo se había dado cuenta de que Strange abandonaba la parroquia de Santa Maria Zobenigo para dirigirse a *terraferma*. Desde muchos puntos de la ciudad se había visto cómo el Pilar de Oscuridad se deslizaba sobre el mar. Su negra superficie se ondulaba y de ella partían lenguas y bucles de oscuridad, como llamas negras. Nadie sabía cómo había viajado Strange, si en una embarcación o por arte de magia. La tormenta con la que había tratado de ocultar su llegada la había fabricado en Strá, a ocho millas de Padua.

—Puedes estar segura, Louisa —dijo el doctor—, de que por nada del mundo me cambiaría por él. Todos huyen cuando él se acerca. De Mestre a Strá no habrá encontrado ni a un ser viviente, nada más que calles silenciosas y campos abandonados. De ahora en adelante, el mundo estará vacío para él.

Hacia sólo unos instantes, la tía Greysteel no pensaba en Strange con gran simpatía, pero era tan horrible la imagen que pintaba su hermano que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y dónde se encuentra ahora? —preguntó suavizando la voz.

—Ha vuelto a sus habitaciones de Santa Maria Zobenigo. Todo sigue igual. Cuando nos enteramos de que había estado en Padua, imaginé el motivo y vinimos a toda prisa. ¿Cómo está Flora?

Flora estaba en la sala, esperando a su padre. Parecía deseosa de hablar con él. Apenas planteó el doctor la primera pregunta, ella ya estaba confesando todo lo que le pesaba en el alma. Entre abundantes lágrimas, reconoció que había visto a Strange en la calle, que había comprendido que la esperaba y que se había escapado para ir a su encuentro.

—Te lo contaré todo, te lo prometo —dijo—, pero aún no puedo. No he hecho nada malo. Es decir... —Se sonrojó—. Aparte de mentir a mi tía, por lo que pido perdón. Pero son secretos que no puedo revelar porque no son míos.

—Pero ¿por qué ha de haber secretos, Flora? —preguntó su padre—. ¿Eso no te hace pensar que algo malo habrá en todo ello? Las personas que tienen intenciones honorables actúan abiertamente, sin secretos.

—Sí, supongo... ¡Pero eso no casa con los magos! El señor Strange tiene enemigos... ese horrible viejo de Londres y otros. Pero no me riñas, porque no he hecho nada malo. Al contrario, me he esforzado por obrar bien y creo que lo he conseguido. Él ha practicado una clase de magia que lo está destruyendo; ayer lo convencí para que la abandonara, y me prometió que así lo haría.

—Pero, Flora —dijo su padre con tristeza—, eso es lo que más me duele. Que tú te consideres con derecho a exigirle promesas es algo que precisa explicación. ¿Es que no lo ves? ¿Estáis comprometidos, querida?

—¡No, papá! —Más lágrimas. Fueron necesarias muchas caricias de la tía para

calmarla. Cuando pudo volver a hablar, dijo—: No, papá, no hay tal compromiso. Es verdad que en cierto momento me sentí atraída por él. Pero eso ya pasó. ¡No debes pensar tal cosa! Le pedí esa promesa por pura amistad. Y también en nombre de su esposa. Él cree que hace todo eso por ella, pero estoy segura de que la señora Strange no querría que practicara una magia tan perniciosa para su salud y su razón, cualesquiera fuesen los motivos y las circunstancias. Como ella ya no puede influir en sus actos, creí mi deber hablar en su nombre.

Greysteel reflexionaba.

—Flora —dijo al cabo de uno o dos minutos—, olvidas que en Venecia yo lo veía a menudo. Él no está en condiciones de cumplir promesas. Ni siquiera se acordará de lo que ha prometido.

—Oh, sí se acordará. ¡Ya me he encargado de eso!

Un nuevo acceso de llanto sugirió que, pese a lo que aseguraba, quizá no había superado del todo aquel amor. Pero Flora ya había dicho lo suficiente para tranquilizar a su padre y a su tía en cierta medida. Ahora estaban convencidos de que tarde o temprano aquel sentimiento se extinguiría de forma natural. Como diría la tía Greysteel aquella misma tarde, Flora era una muchacha muy racional para pasar años suspirando por un imposible.

Ahora que estaban todos juntos otra vez, el doctor Greysteel y su hermana querían seguir viajando. La tía deseaba ir a Roma para ver los edificios y objetos de la Antigüedad, que, según le habían dicho, eran extraordinarios. Pero Flora ya no sentía interés por las ruinas ni por las obras de arte. Les dijo que lo que más le apetecía era quedarse donde estaba. Y tenían que insistir mucho para que saliera de casa. Si ellos proponían un paseo o una visita a una iglesia que tenía un altar renacentista, ella rehusaba acompañarlos. Decía que llovía o que las calles estaban mojadas, lo cual era verdad —aquel invierno llovió mucho en Padua—, pero antes nunca la había preocupado la lluvia.

Su padre y su tía transigían con paciencia, aunque al doctor le resultaba difícil. Él no había ido a Italia para estar encerrado en una casa mucho menos espaciosa que su confortable residencia de Wiltshire. Cuando estaba a solas con su hermana, refunfuñaba que en Wiltshire también se podía leer novelas o bordar (las ocupaciones favoritas de Flora en aquel momento), y allí era mucho más barato, pero la tía Greysteel lo reprendía y lo hacía callar. Si ésa era la manera en que su sobrina había decidido sufrir por Jonathan Strange, ellos debían respetar sus deseos.

Flora propuso, sí, una expedición, pero de carácter insólito. Una semana después de que Greysteel llegara a Padua, ella anunció que sentía grandes deseos de salir al mar.

Le preguntaron si quería hacer una travesía. También se podía ir a Roma o a Nápoles por mar.

Pero ella dijo que no se trataba de viajar. No deseaba marcharse de Padua. No; quería subir a un balandro o a cualquier tipo de barco durante una hora o dos, o quizá menos. Pero tenía que ser enseguida. Al día siguiente, se dirigieron a un pequeño pueblo de pescadores.

El pueblo no tenía especiales atractivos de situación, perspectiva, arquitectura o historia; en realidad, su única virtud era la de estar cerca de Padua. El doctor hizo indagaciones en la taberna del lugar y en casa del párroco, y al fin encontró a dos mozos que le parecieron dignos de confianza, dispuestos a llevarlos en su barca. Los hombres tomaron de buen grado el dinero que les daba el doctor, pero se sintieron obligados a señalar que los señores no verían nada, que allí no había nada que ver, ni aun con buen tiempo. Y el tiempo no era bueno, sino que estaba lloviendo, no tanto como para disipar la densa niebla gris pero sí para hacer muy incómodo el paseo en barca.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas, tesoro? —preguntó la tía Greysteel—. Este lugar es muy triste y la barca huele a pescado.

—Completamente segura, tía —dijo Flora, que subió y se sentó en un extremo.

Su tía y su padre la siguieron. Los desconcertados pescadores llevaron la embarcación mar adentro, hasta que en cualquier dirección no se veía más que una masa de ondulada agua gris, cercada por paredes de opaca niebla tan gris como el agua. Los hombres miraron con expectación a Greysteel, quien a su vez interrogó a su hija con la mirada.

Flora no les prestaba atención. Estaba apoyada contra la borda de la barca en actitud pensativa, con el brazo derecho extendido sobre el agua.

—¡Ha vuelto! —exclamó el doctor.

—¿Qué es lo que ha vuelto? —preguntó su hermana.

—¡El olor a gato y a rancio! Así olía el cuarto de la anciana, la anciana de Cannaregio. ¿Hay un gato a bordo?

La pregunta era absurda. Toda la barca estaba a la vista y no había gato alguno.

—¿Te ocurre algo, tesoro? —inquirió la tía Greysteel. Había en la actitud de Flora algo que la inquietaba—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, tía —dijo la sobrina, irguiéndose y sujetando mejor el paraguas—. Estoy bien. Ya podemos regresar, si queréis.

Por un instante, la tía vio flotar en el agua un frasco pequeño, sin tapón, que enseguida se hundió y desapareció para siempre.

Aquella curiosa expedición fue la última vez en muchas semanas que Flora mostró deseos de salir de casa. A veces, su tía trataba de convencerla para que se sentara junto a la ventana y contemplase lo que sucedía en la calle. En las calles italianas suele haber escenas divertidas. Pero Flora tenía especial predilección por una silla situada en un rincón oscuro, debajo del misterioso espejo, y había adquirido

el extraño hábito de comparar la imagen de la habitación que reflejaba el espejo con la habitación real. De pronto le llamaba la atención, por ejemplo, un chal que hubiera sobre una silla, y entonces miraba la imagen reflejada y decía:

—Ese chal está distinto en el espejo.

—¿Tú crees? —preguntaba la tía con extrañeza.

—Sí; en el espejo parece marrón y en realidad es azul. ¿No lo ves?

—Bueno, tesoro, estoy segura de que ha de ser como tú dices, pero a mí me parece igual.

—Sí —decía Flora con un suspiro—, tienes razón.

61. El árbol habla a la piedra; la piedra habla al agua (Enero - febrero de 1817)

CUANDO el señor Norrell destruyó el libro de Strange, en Inglaterra, la opinión pública se puso en contra de él y a favor del señor Strange. Se hacían comparaciones entre uno y otro mago, tanto en público como en privado. Strange era franco, valeroso y enérgico, mientras que el signo del carácter de Norrell parecía ser el secretismo. Tampoco se había olvidado que, estando Strange en la Península al servicio de su país, Norrell había comprado todos los libros de magia de la biblioteca del duque de Roxburghe, para que nadie más que él pudiera leerlos. Pero a mediados de enero, los periódicos se llenaron de noticias sobre la locura de Strange, de descripciones de la Torre Negra y de especulaciones acerca de la magia que lo mantenía dentro de ella. Un inglés llamado Lister estaba en Mestre, ciudad de la costa italiana, el día en que Strange se trasladó a Padua. El señor Lister fue testigo del paso del Pilar de Oscuridad por el mar y envió a Inglaterra una descripción del portento; tres semanas después, en varios diarios de Londres aparecían relatos de cómo aquella nebrura se deslizaba silenciosamente sobre la superficie de las aguas. En pocos meses, Strange se había convertido para sus compatriotas en símbolo del horror, en una criatura maldita, casi inhumana..

Pero la repentina caída en desgracia de Strange en nada benefició a Norrell, que dejó de recibir encargos del gobierno y, aún peor, le fueron anulados pedidos de otros clientes. A primeros de enero, el deán de la catedral de San Pablo le había preguntado si podría descubrir dónde se hallaba la sepultura de cierta joven. El hermano de la difunta pensaba construir un monumento funerario para todos los miembros de su familia, y deseaba disponer el traslado de los restos de la mujer. El deán y el cabildo descubrieron entonces, consternados, que un error en el registro impedía localizar la tumba. Norrell aseguró al deán que él no tendría dificultad en encontrarla. Tan pronto le dieran el nombre de la joven y dos o tres detalles más, realizaría el acto de magia que les indicaría su paradero. Pero en lugar de comunicarle el nombre de la joven, el deán le envió una carta redactada en términos ambiguos en la que, entre alambicadas fórmulas de disculpa, le confiaba que, de pronto, había comprendido que sería poco apropiado que la Iglesia utilizara los servicios de un mago.

Lascelles y Norrell estaban preocupados por la situación.

—Será difícil seguir adelante con el proyecto de restaurar la magia inglesa sin practicarla —dijo Lascelles—. En esta crisis, es indispensable que el público tenga presentes en todo momento su nombre y sus gestas.

Lascelles escribía artículos en diarios, atacaba a Strange en todas las publicaciones de magia y no perdía ocasión de recordar los sortilegios que el señor

Norrell había realizado durante los diez últimos años y proponer otros aún mejores. Decidió que debían ir a Brighton a ver la muralla de hechizos que Norrell y Strange habían levantado en torno a las costas de Inglaterra. Aquella muralla había ocupado la mayor parte del tiempo de Norrell durante los dos últimos años y había costado mucho dinero al gobierno.

Así pues, un día de febrero con un viento glacial, los dos hombres se hallaban en Brighton contemplando una gran extensión de un monótono mar gris.

—La muralla es invisible —dijo Lascelles.

—Invisible, sí —afirmó Norrell con vehemencia—. Pero no por ello menos eficaz. Protege las rocas de la erosión, las casas de las tormentas, el ganado de ser arrastrado por la marea, y hará zozobrar a cualquier enemigo que intente desembarcar en Inglaterra.

—¿Y no podría haber puesto señales a intervalos, para recordar a la gente que la muralla mágica está ahí? ¿Antorchas que flotaran misteriosamente sobre las aguas? ¿Columnas de agua de mar? Algo por el estilo...

—Oh, podría crear la ilusión de cualquiera de esas cosas. No sería difícil, pero no tendría más valor que el puramente ornamental. No fortalecería la magia. No tendría efecto práctico alguno.

—Su efecto sería el de servir de constante recordatorio a todo el que lo contemplara de las grandes obras realizadas por el insigne señor Norrell. El de decir al pueblo inglés que usted sigue siendo el defensor de la nación, el que permanece siempre vigilante, el que los protege para que ellos puedan ocuparse de sus quehaceres. Eso sería más eficaz que diez, que veinte artículos en las revistas.

—¿Usted cree? —repuso Norrell, y prometió que en adelante procuraría no olvidar la conveniencia de obrar la magia de manera que estimulase la imaginación del público.

Aquella noche durmieron en la taberna El Viejo Barco y regresaron a Londres por la mañana. Norrell aborrecía los viajes largos. Aunque su coche era una excelente muestra de la habilidad de los fabricantes de carruajes y estaba provisto de buenos muelles, de hierro y mullidos asientos, él era sensible a todos los baches y resaltes del camino. Por regla general, a la media hora de trayecto, le dolían la espalda y la cabeza y tenía el estómago revuelto. Pero aquella mañana apenas se acordaba de la espalda ni del estómago. Desde el momento en que salió de El Viejo Barco estaba nervioso, preocupado por pensamientos extraños y presa de temores indefinidos.

Por la ventanilla del coche veía grandes bandadas de pájaros negros, no sabía si cuervos o cornejas. Su instinto de mago le decía que aquellas aves debían tener un significado. Sus alas se recortaban en el cielo pálido de la mañana como manos negras. Al girar en el aire, eran la viva imagen del cuervo volante, la enseña de John Uskglass. Le preguntó a Lascelles si no le parecía que los pájaros eran más

numerosos que de costumbre, a lo que éste respondió que no lo sabía. Después de eso, llamaron su atención los grandes charcos que se habían formado en los campos. Al paso del coche, cada charco se convertía en un frío espejo de plata que reflejaba el cielo invernal. Para un mago, es poca la diferencia que existe entre un espejo y una puerta. Se le antojaba que Inglaterra se hacía impalpable ante sus ojos. Tenía la sensación de que, cruzando cualquiera de aquellas puertasespejo, se encontraría en uno de los otros mundos que antaño limitaban con Inglaterra. Aún peor, empezaba a pensar que también otras personas podían cruzarlas. El paisaje de Sussex comenzaba a parecerse de modo inquietante a la Inglaterra que describe la vieja balada:

Llana y yerma esta tierra es,
en el cielo escrito está,
y tiembla como la lluvia al viento
cuando el Rey Cuervo cabalgando va⁴.

Por primera vez en su vida, Norrell se dijo que quizá había demasiada magia en Inglaterra.

Al llegar a Hanover Square, fueron inmediatamente a la biblioteca. Allí encontraron a Childermass, sentado a un escritorio. Tenía delante varias cartas y leía una de ellas. Cuando entró Norrell, levantó la cabeza.

—Ya ha vuelto. ¡Bien! Lea esto.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—La envía un tal Traquair. Un joven de Nottinghamshire salvó la vida de una niña por arte de magia y Traquair lo presencié.

—¡Vamos, señor Childermass! —resopló Lascelles—. A estas alturas ya debería saber que no hay por qué importunar al señor Norrell con esas tonterías. —Miró el montón de sobres abiertos; uno tenía impreso un escudo de armas. Tardó unos instantes en reconocerlo y entonces lo tomó bruscamente—. ¡Señor Norrell! —exclamó—. ¡Carta de lord Liverpool!

—¡Por fin! —exclamó—. ¿Qué dice?

Lascelles respondió después de leerla.

—Sólo que nos ruega que vayamos a Fife House para un asunto de la máxima urgencia. —Pensó rápidamente—. Será por los johannites. Liverpool debería haberle pedido ayuda hace tres años para poner coto a los desmanes de esa gente. Me alegro de que al fin se haya dado cuenta. En cuanto a usted —añadió mirando a Childermass—, ¿se ha vuelto loco? ¿O se trae algo entre manos? ¡Se pone a parlotear sobre falsos actos de magia y se calla que ha llegado una carta del primer ministro de Inglaterra!

—Lord Liverpool puede esperar —le dijo Childermass a Norrell—. ¡Créame, debe prestar atención al contenido de esta carta!

Lascelles lanzó un bufido de exasperación.

Norrell miraba a uno y otro. Estaba indeciso. Hacía años que se había acostumbrado a confiar en ambos, y sus peleas (que ahora eran más frecuentes que nunca) lo ponían nervioso. Se habría quedado allí indefinidamente, sin saber por quién decidirse, si Childermass no hubiera resuelto el dilema agarrándolo del brazo y empujándolo hacia una pequeña recámara de paredes revestidas de madera, aneja a la biblioteca. Childermass cerró la puerta con un golpe y se apoyó contra ella.

—Escuche bien. Este acto de magia tuvo lugar en una gran mansión de Nottinghamshire. Los mayores hablaban en el salón, los criados estaban ocupados y una niña salió al jardín, trepó a la tapia del huerto y se puso a andar por el borde. Pero estaba cubierta de hielo y la niña resbaló y cayó a un invernadero a través del tejado de cristal. La pequeña tenía astillas de vidrio clavadas en varias partes del cuerpo. Un criado la oyó gritar. El médico más cercano estaba a diez millas. Uno de los que se hallaban en la casa, un joven llamado Joseph Abney, la salvó por arte de magia. Le extrajo las astillas de vidrio y le curó los huesos rotos con el hechizo de restauración y rectificación de Martin Pale², y contuvo la hemorragia utilizando un conjuro que dijo era el Mano de Teilo³.

—¡Imposible! —exclamó Norrell—. El Mano de Teilo se perdió hace siglos y la restauración y rectificación de Pale es un procedimiento muy difícil. Ese joven tendría que haber estudiado durante años y años antes de poder ejecutarlo.

—Lo sé... y él reconoce que no ha estudiado en absoluto. Apenas conocía el nombre de los hechizos, por no hablar de su ejecución. A pesar de todo, Traquair dice que los realizó con soltura y sin vacilaciones. Traquair y las otras personas presentes le preguntaban qué hacía; el padre de la niña estaba muy alarmado al ver que Abney practicaba la magia con su hija, pero él no parecía oírlos. Después estaba como el que acaba de despertarse de un sueño. Y sólo decía: «El árbol habla a la piedra; la piedra habla al agua.» Al parecer, pensaba que los árboles y el cielo le habían dicho lo que debía hacer.

—¡Bobadas místicas!

—Quizá. Pero no lo creo. Desde que vinimos a Londres, he leído cientos de cartas de personas que creen poseer dotes mágicas y están equivocadas. Pero esto es distinto. Esto es verdad. Apostaría a que sí. Y hay otras cartas de personas que han probado hechizos y han funcionado. Lo que no entiendo es...

Pero en ese momento la puerta contra la que estaba apoyado empezó a temblar con fuertes sacudidas y se abrió violentamente, lanzándolo contra Norrell. En el umbral estaba Lucas y, detrás de él, Davey, el cochero.

—Oh, perdón, señor —dijo Lucas, sorprendido—. No sabía que estaba usted aquí. El señor Lascelles ha dicho que la puerta estaba atascada, y Davey y yo tratábamos de abrirla. El coche está listo, señor, para llevarlo a casa de lord

Liverpool.

—¡Vamos, señor Norrell! —gritó Lascelles desde la biblioteca—. Lord Liverpool nos espera.

El mago lanzó una atribulada mirada a Childermass y se fue.

El trayecto hasta Fife House no fue muy agradable: Lascelles estaba resentido con Childermass y no tardó en manifestarlo.

—Perdone que se lo diga, señor Norrell, pero la culpa es suya. A veces puede parecer aconsejable dar cierta independencia a un criado inteligente, pero al fin uno siempre tiene que arrepentirse. Ese bellaco se ha vuelto tan insolente que hasta se permite contradecirlo a usted e insultar a sus amigos. Mi padre los azotaba por menos, mucho menos que eso, se lo aseguro. Y me gustaría, ¡ah!, me gustaría... — Con un tic nervioso, se retorció las manos y se arrellanó en el asiento. En tono más sosegado, prosiguió—: Le ruego considere si lo necesita tanto como imagina. Me gustaría saber en qué medida ese individuo simpatiza con Strange. En definitiva, eso es lo que importa, ¿no cree? —Miró por la ventanilla los sombríos edificios grises—. Ya hemos llegado. Señor Norrell, le ruego que recuerde lo que le he dicho. Cualesquiera sean las dificultades de la magia que su señoría precise, no se extienda en consideraciones. Una larga explicación no las reducirá.

Encontraron a lord Liverpool en su estudio, de pie al lado de la mesa desde la que realizaba gran parte de su gestión de gobierno. Con él estaba lord Sidmouth, ministro del Interior. Ambos recibieron al señor Norrell con miradas solemnes.

Lord Liverpool dijo:

—Aquí tengo cartas de los lores lugartenientes de Lincolnshire, Yorkshire, Somerset, Cornualles, Warwickshire y Cumbria... —Lascelles casi no pudo reprimir un suspiro de satisfacción al pensar en toda la magia y el dinero que parecía haber en perspectiva— con quejas acerca de la magia que últimamente se ha realizado en estos condados.

Norrell parpadeó varias veces.

—¿Cómo dice?

Lascelles intervino rápidamente:

—El señor Norrell no sabe nada acerca de la magia que haya podido practicarse en esos lugares.

Lord Liverpool lo miró con frialdad, como si no lo creyera. Había un montón de papeles encima de la mesa, y tomó uno al azar.

—Hace cuatro días —dijo—, en la ciudad de Stamford, dos jóvenes muchachas cuántas estaban contándose secretos. Oyeron ruido y descubrieron a sus hermanos pequeños, que escuchaban en la puerta. Indignadas, los persiguieron hasta el jardín. Allí ambas se cogieron las manos y recitaron un encantamiento. A los niños se les desprendieron las orejas, que se fueron volando. Hasta que ellos juraron

solemnemente no volver a hacer lo que habían hecho, no fue posible que las orejas abandonaran el desnudo rosal en que se habían posado y regresaran a las cabezas de los chicos.

Norrell estaba más asombrado que nunca.

—Siento mucho que esas jóvenes insensatas hayan estudiado magia. Que miembros del sexo femenino estudien magia es algo a lo que siempre me he opuesto. Pero no comprendo...

—Señor Norrell, esas muchachas tienen trece años. Sus padres declaran que nunca han visto siquiera un texto de magia. En Stamford no hay magos, ni libros mágicos de ninguna clase.

Norrell abrió la boca para decir algo, descubrió que no sabía qué y guardó silencio.

—Es muy extraño —dijo Lascelles—. ¿Qué explicación han dado las niñas?

—Las niñas dijeron a sus padres que al mirar al suelo vieron el hechizo escrito en el camino con piedras grises. Dijeron que las piedras les habían explicado cómo hacerlo. Otras personas han examinado el camino. Hay piedras grises, pero no forman símbolos ni fórmulas mágicas. Son vulgares piedras grises.

—¿Dice que ha habido más casos de magia en otros lugares, además de Stamford? —preguntó Norrell.

—Muchos más casos y muchos otros lugares; la mayoría, pero no todos, en el norte, y casi todos durante las dos últimas semanas. En Yorkshire se han abierto diecisiete caminos mágicos. Desde luego, existen desde el reinado del Rey Cuervo, pero hacía siglos que no llevaban a ninguna parte, y los habitantes del lugar habían dejado que se borrarán. Ahora, de repente, vuelven a estar limpios. La maleza ha desaparecido y los aldeanos dicen que pueden distinguir, al extremo de los caminos, destinos extraños, lugares nunca vistos.

—¿Alguien...? —Norrell se humedeció los labios—. ¿Ha llegado alguien por esos caminos?

—Todavía no —dijo lord Liverpool—. Pero seguramente será sólo cuestión de tiempo.

Hacía un rato que lord Sidmouth parecía impaciente por hablar.

—¡Y eso es lo peor que podía ocurrir! —exclamó furioso—. Una cosa es cambiar España por medio de la magia, señor Norrell, ¡pero esto es Inglaterra! Y ahora, de pronto nos encontramos al lado de lugares insospechados, lugares de los que nadie ha oído hablar! Casi no puedo expresar lo que siento en este momento. No es exactamente traición... No creo que lo que ha hecho usted tenga nombre.

—¡Si no lo he hecho yo! —protestó el mago con desesperación—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Yo detesto los caminos encantados! Lo he dicho muchas veces. —Miró a lord Liverpool—. Ruego a su señoría que haga memoria. ¿Alguna vez le he dado

motivos para creer que me gustan los duendes y su magia? ¿No los he reprobado y condenado en todo momento?

Al oír eso, por primera vez desde el comienzo de la entrevista el primer ministro pareció aplacarse. Incluyó un poco la cabeza.

—Si no es obra suya, ¿de quién, pues?

Por lo visto, la pregunta tocó una fibra especialmente sensible del alma de Norrell. Miraba al vacío y abría y cerraba la boca, sin poder contestar.

Lascelles, por el contrario, era totalmente dueño de sí. No tenía la menor idea de quién había obrado la magia, ni le importaba. Pero sabía bien cuál era la respuesta que más les convenía a él y a Norrell. Y la pronunció con frialdad:

—La malignidad de la magia pregona el nombre de su autor. Es Strange.

—¡Strange! —Lord Liverpool parpadeó—. ¡Pero si está en Venecia!

—El señor Norrell piensa que Strange ya no es dueño de sus actos. Ha cometido hechos perversos; ha tratado con criaturas que son enemigas de Gran Bretaña, de la cristiandad, ¡de la misma humanidad! Esta catástrofe puede ser debida a algún experimento que se le haya ido de las manos. O quizá la haya provocado deliberadamente. Creo que debo recordar a su señoría que el señor Norrell ha advertido al gobierno en varias ocasiones del gran peligro que representan para la nación los actuales estudios de Strange. Hemos enviado mensajes urgentes a su señoría, pero no hemos recibido respuesta. Afortunadamente para todos, el señor Norrell sigue estando, como siempre, firme, decidido y alerta. —Mientras hablaba, Lascelles miró al mago, en ese momento la estampa del desánimo, la derrota y la impotencia.

Lord Liverpool se dirigió a Norrell.

—¿Es ésa su opinión, caballero?

Norrell, ensimismado, repetía para sí:

—Es obra mía. Es obra mía. —Aunque lo decía en voz baja, todos los presentes lo oyeron.

Lascelles abrió los ojos con perplejidad, pero enseguida se dominó.

—Es natural que así lo crea ahora, señor —dijo rápidamente—, pero pronto comprenderá que nada más lejos de la realidad. Cuando instruía en la magia al señor Strange, no podía adivinar que acabaría así. Eso nadie podía saberlo.

Lord Liverpool pareció irritado por aquel intento de mostrar a Norrell como víctima. Durante muchos años, Norrell se había atribuido el honor de ser el primer mago de Inglaterra, por lo que, si en Inglaterra se obraba magia, lord Liverpool lo consideraba responsable, por lo menos en parte.

—Volveré a preguntárselo, señor Norrell. Responda sencillamente, por favor. ¿Opina que esto lo ha hecho Strange?

Norrell miró, uno a uno, a los presentes.

—Sí —respondió con voz asustada.

Lord Liverpool lo miró largamente con severidad.

—Este asunto no puede quedar así —dijo—. Pero tanto si ha sido Strange como si no, una cosa está clara: Gran Bretaña tiene un rey loco; un mago loco ya sería demasiado. Usted ha solicitado misiones más de una vez. Bien, voy a encomendarle una: ¡impida que su discípulo regrese a Inglaterra!

—Pero... —empezó Norrell. Entonces captó la mirada de Lascelles y calló.

Ambos regresaron a Hanover Square. Norrell fue inmediatamente a la biblioteca. Childermass estaba sentado a la mesa, trabajando como antes.

—¡Pronto! —gritó el mago—. ¡Necesito un hechizo que ya no funcione!

Childermass se encogió de hombros.

—Los hay a miles. El Chauntlucet⁴, el Rosa de Dédalo⁵, el Damas Desnudas⁶, el vitrificación de Stokesey⁷...

—¡El Vitrificación de Stokesey! ¡Sí, tengo la fórmula!

Fue deprisa a un estante y sacó un libro. Buscó la página y, cuando la hubo encontrado, lanzó una ojeada rápida en derredor. En una mesa cerca de la chimenea había un jarrón con muérdago, hiedra, acebo y ramas de un arbusto que florece en invierno. Mirando fijamente el ramo, Norrell empezó a murmurar entre dientes.

Las sombras de la habitación hicieron algo extraño, algo difícil de describir o explicar. Fue como si se dieran la vuelta y apuntaran hacia otro lado. Incluso cuando volvieron a quedarse quietas, ni Childermass ni Lascelles hubieran podido decir si estaban igual que antes o no.

Del jarrón cayó algo que se hizo pedazos en la mesa con un tintineo.

Lascelles se acercó y miró qué era. Una rama de acebo se había convertido en cristal. El peso del cristal la había hecho caer. En la rama quedaban dos o tres hojas de acebo enteras.

—Este hechizo no funcionaba desde hacía al menos cuatrocientos años —dijo Norrell—. Watershippe lo menciona en *Un bosque encantado se marchita* y dice que en su adolescencia actuaba, pero ya había perdido su efectividad cuando él cumplió veinte años.

—Su superior habilidad... —empezó Lascelles.

—¡Mi superior habilidad no tiene nada que ver! —cortó secamente—. Yo no puedo obrar magia si la magia no existe. La magia vuelve a Inglaterra. Strange ha encontrado la manera de traerla.

—Entonces yo tenía razón, ¿no es verdad? Y nuestra primera tarea ha de ser impedir que Strange regrese. Consígalo, y lord Liverpool le perdonará muchas cosas.

Norrell reflexionó.

—Puedo impedir que regrese por mar —dijo.

—¡Excelente! —exclamó Lascelles. Entonces reparó en la entonación que Norrell

había dado a sus palabras—. No creo que pueda regresar por otra vía. ¡No puede volar! —Soltó una breve carcajada ante la idea. Entonces lo asaltó otro pensamiento—. ¿Verdad que no?

Childermass se encogió de hombros.

—No sé de lo que Strange puede ser capaz en este momento —dijo Norrell—. Pero no estaba pensando en eso. Pensaba en los Caminos del Rey.

—Creía que los *Caminos del Rey* llevaban a *Tierra de Duendes*.

—Sí; pero no sólo allí. Llevan a todas partes. Al cielo. Al infierno. Al Parlamento... Los creó la magia. Cada espejo, cada charco de agua, cada sombra, es una puerta de esos senderos. No puedo cerrarlos todos. Nadie puede. ¡Sería una tarea tremenda! Si Strange viene por ahí, no conozco la manera de impedir su llegada.

—Pero... —empezó Lascelles.

—¡No puedo impedir su llegada! —gritó Norrell retorciéndose las manos—. ¡No me pregunte más! Pero... —Hizo un esfuerzo para calmarse—. Puedo estar preparado para recibirlo. El mago más grande de nuestro tiempo. Bien, eso pronto se verá.

—Si viene a Inglaterra, ¿adónde irá primero? —preguntó Lascelles.

—A Hurlfew Abbey —dijo Childermass—. ¿Adónde si no?

Norrell y Lascelles iban a decir algo, pero en ese momento entró Lucas con una carta en una bandeja de plata. Se la presentó a Lascelles, que rompió el sello y leyó con rapidez.

—Drawlight ha vuelto —dijo—. Espérenme aquí. Volveré dentro de veinticuatro horas.

62. Caí sobre ellos con un grito que rasgó el silencio de un bosque invernal (Primeros de febrero de 1817)

UN amanecer de principios de febrero. Una encrucijada en medio de un bosque. Entre los árboles, un espacio brumoso, entreverado de desdibujadas ramas oscuras. Ninguno de los dos caminos tenía importancia. Estaban abandonados, surcados de releses; uno era poco más que un sendero. Un lugar apartado, que no estaba señalado en el mapa. Ni siquiera tenía nombre.

En aquella encrucijada esperaba Drawlight. No tenía cerca caballo, mozo con calesín o carro, ni algo que indicara cómo había llegado. Debía de llevar mucho rato esperando, porque la escarcha le había blanqueado las mangas de la chaqueta. Un ligero chasquido a su espalda lo hizo girarse vivamente. Pero no había nada: sólo una gran extensión de árboles silenciosos.

—No, no —murmuró para sí—, no ha sido nada. Una hoja seca que habrá caído al suelo, sólo eso. —Se oyó un crujido seco, de hielo que agrieta madera o piedra. Volvió a mirar con ojos empañados por el miedo—. Sólo una hoja seca —repitió.

Entonces percibió un sonido nuevo. No sabía de dónde llegaba y sintió pánico hasta que lo reconoció: cascos de caballo. Entornando los ojos, escudriñó el camino. Una sombra borrosa que se insinuó en la niebla le reveló por dónde se acercaba el jinete.

—Por fin. Ya está aquí —murmuró Drawlight adelantándose con rapidez—. ¿Dónde estaba? —gritó—. Hace horas que espero.

—¿Y bien? —dijo la voz de Lascelles—. No tiene nada más que hacer.

—Oh, en eso se equivoca. ¡No podría estar más equivocado! ¡Debe llevarme a Londres lo antes posible!

—Cada cosa a su tiempo.

Lascelles salió de la niebla y tiró de las riendas. La elegante ropa y el sombrero que llevaba estaban cubiertos de pequeñas gotas de rocío.

Drawlight lo contempló un momento y, con un vestigio de su antigua mordacidad, dijo hoscamente:

—¡Qué elegante viene! Aunque no me parece muy prudente hacer ostentación de riqueza. ¿No teme a los ladrones? Está muy apartado este lugar. Debe de haber muchos desesperados pululando por aquí.

—Quizá sí. Pero traigo mis pistolas y estoy tan desesperado como el que más.

De pronto, un pensamiento asaltó a Drawlight.

—¿Dónde está el otro caballo? —preguntó.

—¿Qué?

—¡El otro caballo! ¡El que tiene que llevarme a Londres! ¡Oh, Lascelles, qué torpe! ¿Cómo voy a ir a Londres sin caballo?

Lascelles se echó a reír.

—Creía que preferiría no acercarse por allí. Sus deudas están pagadas, las pagué yo, pero en Londres aún hay mucha gente que lo quiere mal.

Drawlight lo miraba fijamente, como si no lo oyera. Con voz chillona, exclamó:

—¡Tengo instrucciones del mago! ¡Me ha dado mensajes para mucha gente! ¡He de empezar a entregarlos enseguida! ¡No puedo retrasarlo ni una hora!

Lascelles frunció el entrecejo.

—¿Está borracho? ¿Desvaría? Norrell no le ha pedido que haga nada. Si tuviera alguna misión para usted, se la daría por mediación mía, y además...

—¡Norrell no! ¡Strange!

Lascelles se quedó inmóvil en la silla. El caballo se agitó ligeramente, pero el jinete parecía petrificado. Entonces, con voz más suave —y más peligrosa—, dijo:

—¿Strange? ¿Cómo se atreve a hablarme de lo que quiere Strange? Le aconsejo que mida sus palabras. Estoy muy disgustado con usted. Sus instrucciones estaban bien claras. Debía permanecer en Venecia hasta que Strange abandonara la ciudad. Pero ahora usted está aquí y él sigue allí.

—¡No podía hacer otra cosa! ¡Tenía que marcharme! Usted no lo entiende. Lo ví y me dijo... Lascelles levantó una mano.

—No tengo intención de mantener esta conversación en medio del camino. Adentrémonos un trecho entre los árboles.

—¡Entre los árboles! —El poco color que aún tenía Drawlight en la cara se borró—. ¡Eso no! ¡Ni hablar! ¡Yo no entro ahí! ¡No me pida eso!

—¿Qué quiere decir? —Lascelles miró en derredor con cierta inquietud—. ¿Ha hecho Strange que los árboles nos espíen?

—No, no. No es eso. No puedo explicarlo. Ellos me esperan. ¡Me conocen! ¡No puedo entrar ahí!

No encontraba las palabras para contar lo que le había sucedido. Abrió los brazos un momento, como si creyera poder mostrarle a Lascelles los ríos que habían fluido en torno a sus pies, los árboles que lo habían atravesado, las piedras que habían sido su corazón, y sus pulmones, y sus entrañas.

Lascelles levantó la fusta.

—No sé de qué me habla.

Azuzó el caballo hacia Drawlight, agitando la fusta. El pobre Drawlight nunca había tenido mucho valor y corrió hacia los árboles, gimiendo. Dio un grito cuando una manga se le enganchó en una mata de escaramujo.

—¡Oh, cálese! —dijo Lascelles—. Cualquiera diría que aquí se está cometiendo

un asesinato.

Fueron hasta un pequeño claro. Lascelles se apeó y ató el caballo a un árbol. Sacó las pistolas de las alforjas y se las metió en los bolsillos del abrigo. Luego se volvió hacia Drawlight.

—¿Así que realmente vio a Strange? Muy bien. Magnífico. Pensaba que era muy cobarde para enfrentarse a él.

—Creí que iba a convertirme en algo horrible.

Lascelles miró con desagrado la ropa manchada y la expresión alucinada de Drawlight.

—¿Está seguro de que no lo hizo?

—¿Cómo?

—¿Por qué no lo mató sin más? ¿Allí, en la oscuridad? ¿No estaban a solas? Nadie se habría enterado.

—Oh, sí. Muy fácil, ¿verdad? Él es alto y listo y rápido y cruel. Yo no soy ninguna de esas cosas.

—Yo lo habría hecho.

—¿Sí? ¿Por qué no va a Venecia y lo intenta?

—¿Dónde está Strange ahora?

—En la oscuridad, en Venecia, pero va a venir a Inglaterra.

—¿Se lo dijo él?

—Sí, ya se lo he explicado. Traigo mensajes: uno para Childermass, uno para Norrell y uno para todos los magos de Inglaterra.

—¿Y qué mensajes son?

—He de decirle a Childermass que lady Pole no volvió de la muerte del modo que contó Norrell, él le pidió ayuda a un duende y ese duende ha hecho cosas... cosas malas... Y tengo que entregarle una cajita a Childermass. Es el primer mensaje. Y debo decirle a Norrell que Strange regresa. Es el tercer mensaje.

Lascelles reflexionaba.

—¿Qué hay en esa cajita?

—No lo sé.

—¿Por qué? ¿Está sellada? ¿Tiene un cierre mágico?

Drawlight cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Eso tampoco lo sé.

Lascelles se echó a reír.

—¿Está diciéndome que ha tenido en su poder una caja durante semanas y no ha tratado de abrirla? ¿Usted precisamente? Pues cuando iba por mi casa, yo no me atrevía a dejarlo solo ni un momento, o usted habría leído mis cartas y todos mis asuntos habrían sido de dominio público al día siguiente.

Drawlight bajó la cabeza y se encogió. Aunque parecía imposible, estaba aún más

abatido que antes. Cualquiera habría supuesto que se avergonzaba al oír su pasado descrito en aquellos términos, pero no era ésa la causa de su pesadumbre.

—Estoy asustado —susurró.

Lascelles soltó un gruñido de impaciencia.

—¿Dónde está la caja? —gritó—. ¡Démela!

Drawlight metió la mano en un bolsillo y sacó un objeto envuelto en un sucio pañuelo. El pañuelo estaba atado con varios nudos complicados, para evitar que pudiera abrirse la caja. Se la entregó a Lascelles.

Con muecas de viva repugnancia, éste fue deshaciendo los nudos. Abrió la caja.

Un momento de silencio.

—Es usted un idiota —dijo Lascelles, cerrando la cajita con un golpe seco y guardándosela en el bolsillo.

—¡Oh! Es que yo tenía que... —empezó Drawlight, alargando la mano inútilmente.

—Ha dicho que eran tres mensajes. ¿Cuál es el otro?

—Usted no lo entendería.

—¿Qué? ¿Usted lo entiende y yo no? Debe de haberse vuelto mucho más inteligente en Italia.

—No quería decir eso.

—¿Qué quería decir entonces? Venga, que ya me aburre esta conversación.

—Strange dijo que el árbol habla a la piedra y la piedra habla al agua. Dijo que los magos pueden aprender magia de los bosques y las piedras y esas cosas. Dijo que las viejas alianzas de John Uskglass aún permanecen.

—¡John Uskglass! ¡John Uskglass! ¡Estoy harto de ese nombre! Hoy todo el mundo habla de él. Hasta Norrell. No comprendo por qué; su tiempo acabó hace cuatrocientos años.

Drawlight volvió a tender la mano.

—Devuélvame la caja. Tengo que...

—¿Qué diablos le pasa? ¿No lo entiende? Sus mensajes no serán entregados... salvo el de Norrell, y se lo daré yo. Drawlight lanzó un alarido de angustia.

—¡Se lo suplico, no puedo fallarle! Usted no lo comprende. ¡Me matará! ¡O algo peor!

Lascelles abrió los brazos y miró en derredor, como poniendo al bosque por testigo de semejante despropósito.

—¿Cree realmente que voy a consentir que destruya usted a Norrell? ¿Es decir, a mí?

—¡No es culpa mía! ¡No es culpa mía! ¡No puedo desobedecerlo!

—Gusano, ¿qué puedes hacer tú entre dos hombres como Strange y yo? Serás aplastado.

Drawlight lanzó un pequeño sollozo de miedo. Miró a Lascelles con ojos de loco. Pareció que iba a decir algo, pero, con una rapidez sorprendente, dio media vuelta y escapó entre los árboles.

Lascelles no se molestó en perseguirlo. Simplemente, levantó una pistola, apuntó y disparó.

La bala alcanzó a Drawlight en el muslo; una flor roja y húmeda de carne ensangrentada brotó en el bosque blanco y gris. Drawlight gritó y cayó sordamente en un macizo de escaramujo. Trató de gatear, pero la pierna no lo obedecía y tenía la ropa enganchada en las espinas. Se giró y vio acercarse a Lascelles; el miedo y el dolor hacían irreconocibles sus facciones.

Lascelles descargó la otra pistola.

El lado izquierdo de la cabeza de Drawlight reventó como un huevo o una naranja. El hombrecito hizo varios movimientos convulsos y quedó inmóvil.

Aunque nadie podía verlo, aunque la sangre le latía en los oídos, en el pecho y en todo el cuerpo, Lascelles no se permitió aparentar ni la menor alteración: no habría sido propio de un caballero.

Su ayuda de cámara era aficionado a leer las crónicas de asesinatos y ahorcamientos en *The Newgate Calendar* y *The Malefactor's Register*. A veces, por diversión, Lascelles los hojeaba. Era característico de aquellos relatos que el asesino, por muy audaz que se mostrara al cometer su crimen, después fuera presa de la emoción, que lo impulsaba a actuar de forma irracional y provocaba su perdición. Lascelles dudaba que hubiera mucho de verdad en aquellas crónicas, pero, por seguridad, buscó en su interior señales de remordimiento u horror. No encontró ninguna. En realidad, la impresión dominante era la de haber librado al mundo de un elemento antiestético. «De haber sabido hace tres o cuatro años el destino que le aguardaba, seguramente me habría suplicado que lo hiciera entonces.»

Se oyó un leve roce. Lascelles, sorprendido, vio asomar una ramita por el ojo derecho de Drawlight (el izquierdo había estallado con el disparo). Ramas de hiedra se le enrollaban en cuello y pecho. Un brote de acebo le atravesaba la mano; un abedul le crecía en el pie; un espino le salía del vientre. Parecía estar crucificado sobre el mismo bosque. Y los árboles crecían sin parar. Una maraña de hojas castañas y rojizas cubrió su cara destrozada, y su tronco y extremidades se consumieron, nutriendo la vegetación. Al poco rato no quedaba nada de Christopher Drawlight. Los árboles, las piedras y la tierra lo habían absorbido, pero en la forma que habían tomado aún se adivinaba algo del hombre que había sido.

—El escaramujo era el brazo, creo —murmuró Lascelles—. Esa piedra... ¿el corazón, quizá? Por lo pequeña y dura, podría ser. —Rió—. Es lo que tiene de absurda la magia de Strange —dijo a nadie en particular—. Al fin siempre se vuelve contra él.

Montó en el caballo y se alejó hacia el camino.

63. El primero enterrará su corazón en un oscuro bosque, bajo la nieve, y aun así sentirá dolor (Mediados de febrero de 1817)

HABÍAN transcurrido más de veintiocho horas desde que Lascelles se fuera de Hanover Square, y Norrell estaba frenético. Había prometido a Lascelles que lo esperaría, y ahora temía que al llegar a Hurlfew Abbey encontrasen a Strange en posesión de la biblioteca.

Aquella noche, en la casa nadie fue autorizado a acostarse y por la mañana todos estaban cansados y de mal humor.

—Pero ¿por qué lo esperamos? —preguntó Childermass—. ¿De qué cree que puede servirnos cuando llegue Strange?

—Ya sabes que tengo mucha confianza en Lascelles. Él es ahora mi único consejero.

—Todavía me tiene a mí.

Norrell parpadeó rápidamente. Pareció que iba a decir «Tú no eres más que un criado», pero no lo dijo.

No obstante, Childermass lo captó. Con un gruñido de impaciencia, dio media vuelta y se fue.

A las seis de la tarde se abrió bruscamente la puerta de la biblioteca y entró Lascelles. Nunca se lo había visto con semejante aspecto: el pelo revuelto, la corbata sucia de polvo y húmeda de sudor, y el abrigo y las botas manchados de barro.

—¡Estábamos en lo cierto, señor Norrell! —gritó—. ¡Strange va a venir!

—¿Cuándo?

—Eso no lo sé. No ha tenido la delicadeza de anunciarme la hora, pero deberíamos partir para Hurlfew Abbey lo antes posible.

—Podemos irnos inmediatamente. Todo está dispuesto. ¿Así que ha visto a Drawlight? ¿Ha venido con usted? —Ladeó el cuerpo, tratando de ver a Drawlight detrás de Lascelles.

—No; no lo he visto. Estuve esperándolo y no se presentó. Pero no tema, señor —agregó, al ver que Norrell iba a interrumpirlo—. Me ha enviado una carta. Tenemos toda la información necesaria.

—¡Una carta! ¿Puedo verla?

—Desde luego. Pero tiempo habrá para eso durante el viaje. Ahora tenemos que irnos. No es necesario que retrase la marcha por mí. Mis necesidades son pocas y si algo me falta, prescindo de ello. —Lo cual era sorprendente: sus necesidades solían ser muchas y complicadas—. Vamos, vamos, señor Norrell. ¡Dese prisa, que viene

Strange!

Salió de la biblioteca con paso rápido. Después, Norrell se enteraría por Lucas de que Lascelles ni siquiera había pedido agua para lavarse ni algo de beber, sino que había ido directamente al coche y se había quedado esperando.

A las ocho, ya iban camino de Yorkshire. Norrell y Lascelles viajaban dentro del carruaje, Lucas y Davey en el pescante, y Childermass a caballo. Se detuvieron en la barrera de peaje de Islington, y Lucas pagó al guarda. El aire olía a nieve.

Norrell contempló con mirada ausente un escaparate brillantemente iluminado. Era de una tienda elegante y espaciosa, con sillas modernas para uso de los clientes; tan refinado era el establecimiento que resultaba difícil distinguir lo que en él se vendía. Había un montón de cosas de colores vivos encima de una silla, pero Norrell no hubiera podido asegurar si eran chales, telas para vestidos o algo totalmente distinto. En la tienda había tres mujeres. Una era una clienta, muy elegante, con una chaqueta corta y ceñida como la guerrera de un húsar, adornada de alamares y ribeteada de piel, y un gorrito de estilo ruso. De vez en cuando, la señora acercaba la mano a la parte posterior de la cabeza, como si temiera perderlo. La dependienta llevaba un discreto vestido oscuro. La tercera era la joven aprendiz, que observaba la escena respetuosamente y hacía una pequeña reverencia nerviosa cuando alguna de las otras la miraba. No parecía haber en curso ninguna transacción comercial, a juzgar por la animación con que clienta y dependienta charlaban y reían. La escena no podía estar más alejada de lo que constituían las ocupaciones habituales de Norrell, pero se sintió conmovido, sin saber por qué; quizá, fugazmente, pensó en lady Pole y la señora Strange. Entonces algo pasó volando entre él y la amable escena, una especie de trozo de oscuridad. Le pareció un cuervo.

El peaje estaba pagado. Davey agitó las riendas y el carruaje avanzó hacia la puerta.

Empezó a nevar. El coche se estremecía con el azote de un viento helado que se colaba por las rendijas y mordía los hombros, la nariz y los pies de los viajeros. Por añadidura, la extraña actitud de Lascelles en nada contribuía a hacer más placentero el viaje. Estaba muy agitado, casi eufórico, y Norrell no se explicaba la razón. Cuando el viento aullaba, él se reía como si quisiera demostrarle que no conseguía asustarlo.

Al ver que el mago lo observaba, dijo:

—Estaba pensando... ¡Esto, para nosotros, no es nada! Usted y yo, señor, pronto habremos derrotado a Strange, a pesar de todos sus trucos. ¡Los ministros son una colección de viejas! ¡Dan pena! ¡Tanto miedo por un demente! Yo me río. ¡Liverpool y Sidmouth son los peores, desde luego! Han estado años sin atreverse a asomar la nariz por la puerta, por temor a Buonaparte, y ahora tienen un ataque de pánico sólo porque Strange se ha vuelto loco.

—¡Ah, se equivoca! Se equivoca usted. La amenaza de Strange es inmensa... Buonaparte no era nada comparado con esto. Pero aún no me ha dicho qué le ha contado Drawlight. Me gustaría ver la carta. Le diré a Davey que pare en *El Ángel* y entonces...

—Es que no la llevo encima. La he dejado en Bruton Street.

—¡Oh! Pero...

Lascelles rió.

—¡Señor Norrell! ¡No se preocupe! ¿No le he dicho que no importa?

La recuerdo con toda exactitud.

—¿Qué dice?

—Que Strange está loco y preso en la Oscuridad Eterna, como ya sabíamos, y que...

—¿De qué forma se manifiesta su locura?

Una pausa apenas perceptible.

—En que dice tonterías. Pero también las decía antes, ¿no es verdad? —rió Lascelles. Al observar la expresión de Norrell, prosiguió en tono más comedido—: Habla de árboles y piedras, y de John Uskglass y... —miró en derredor, en busca de inspiración— carrozas invisibles y... ¡ah, sí!, esto lo divertirá. ¡Roba dedos a jóvenes venecianas! ¡Dedos que guarda en cajitas!

—¡Dedos! —se alarmó Norrell. La idea sugería desagradables asociaciones. Pensó un momento, pero no sacó nada en claro—. ¿Describe Drawlight la oscuridad? ¿Dice en la carta algo que pueda ayudarnos a comprenderla?

—No. Vio a Strange, y Strange le dio un mensaje para usted. Dice que vendrá. Eso es todo lo que importa de la carta.

Quedaron en silencio. Norrell dormitaba a pesar suyo, y en sueños oía a Lascelles susurrar para sí en la penumbra.

A medianoche cambiaron de caballos en la hostería Haycock de Wansford. Lascelles y Norrell esperaban en la sala, espaciosa y sencilla, de paredes revestidas de madera, suelo pulido con arena y dos grandes chimeneas.

Se abrió la puerta y entró Childermass, que se dirigió a Lascelles con estas palabras:

—Dice Lucas que hay una carta de Drawlight en la que cuenta lo que vio en Venecia.

Lascelles volvió ligeramente la cabeza, pero no lo miró.

—¿Puedo verla? —preguntó Childermass.

—La he dejado en Bruton Street.

Childermass pareció un poco sorprendido.

—Bien. Que Lucas vaya a buscarla —dijo—. Aquí podemos alquilar un caballo para él. Antes de que llegemos a Hurtfew nos habrá alcanzado.

Lascelles sonrió.

—¿He dicho Bruton Street? Pues, la verdad, no creo que la carta esté allí. Me parece que la dejé en la hostería de Chatham, donde estuve esperando a Drawlight. Seguramente la habrán tirado. —Se volvió otra vez hacia el fuego.

Childermass lo miró un momento ceñudo y se marchó.

Entró un criado a decir que se había dispuesto agua caliente, toallas y todo lo necesario en dos habitaciones, para que los caballeros pudieran asearse.

—Y como ese pasillo es una boca de lobo, he encendido una vela para cada uno.

Norrell tomó su vela y se alejó por el pasillo (en efecto muy oscuro). De pronto apareció Childermass y lo agarró del brazo.

—¿Se puede saber en qué estaba pensando? ¡Salir de Londres sin la carta!

—Pero él me ha asegurado que recuerda todo lo que dice —se defendió Norrell.

—Ah, y usted lo cree, ¿verdad?

El mago no contestó y entró en el cuarto que le habían preparado. Allí se lavó las manos y la cara. Por el espejo vio la cama que tenía a su espalda. Era pesada, antigua y —como suelen ser las camas de las posadas— demasiado grande para la habitación. Las cuatro columnas de caoba tallada, el alto dosel oscuro y los penachos de negras plumas de avestruz que adornaban las esquinas le daban un aspecto fúnebre. Era como si alguien lo hubiera llevado a aquella estancia para mostrarle su catafalco. Empezó a experimentar una sensación extraña, la misma que había tenido en la barrera del peaje mientras observaba a las tres mujeres, la sensación de que algo tocaba a su fin y de que ya no le quedaban opciones. En su juventud había emprendido un camino, pero el camino no lo había llevado a donde él suponía; ahora volvía al hogar, pero el hogar se había convertido en algo monstruoso. En la penumbra del dormitorio, junto a la negra cama, recordó por qué de niño temía a la oscuridad: la oscuridad pertenecía a John Uskglass.

Por los siglos de los siglos,
pediré que no me olvides,
bajo las estrellas del páramo,
del fiero Rey Cuervo en compañía.

Salió precipitadamente de la habitación, buscando el calor y la luz de la sala.

Poco después de las seis asomó un amanecer gris que apenas podía llamarse amanecer. La nieve blanca caía de un cielo gris a un mundo gris y blanco. Cubría a Davey una capa de nieve tan gruesa que parecía un molde de yeso destinado a hacer una réplica en cera del cochero.

Durante todo el día, una serie de tiros de caballos de posta lucharon contra la ventisca para que el coche avanzara. Una serie de hosterías procuraron bebidas

calientes y un respiro a los viajeros. Davey y Childermass —cochero y jinete, los más fatigados de la partida— eran los que menos descansaban durante las paradas, las cuales pasaban en los establos discutiendo con el posadero por los caballos. En Grantham, Childermass se enfureció porque el mesonero trataba de alquilarles un caballo ciego. Childermass juraba que no lo aceptaría y el dueño juraba que era el mejor que tenía. Como no había más remedio, acabaron alquilándolo. Después Davey dijo que era un animal magnífico, muy resistente y tanto más dócil a sus órdenes por cuanto el pobre no tenía otro medio de saber adónde ir ni qué hacer. Davey resistió hasta el *Newcastle Arms* de Tuxford, donde tuvieron que dejarlo. Había guiado a los caballos durante más de ciento treinta millas y estaba, dijo Childermass, tan cansado que apenas podía hablar. Siguieron viaje con un postillón que contrató Childermass.

Una hora antes de la puesta del sol, dejó de nevar y el cielo se despejó. Largas sombras azuladas se extendían sobre los campos desnudos. A cinco millas de Doncaster pasaron frente a la hostería llamada La Casa Roja (por el color de sus paredes). Al bajo sol del invierno, resplandecía como si estuviera ardiendo. El carruaje siguió durante un trecho y se detuvo.

—¿Por qué paramos? —gritó Norrell desde el interior.

Lucas se inclinó y dijo algo desde el pescante, pero el viento se llevó la voz y Norrell no lo oyó.

Childermass había dejado el camino y se alejaba al galope por un campo lleno de cuervos. A su paso, las aves rebullían aleteando y graznando con estrépito. Al otro extremo había un viejo seto con una abertura flanqueada por dos grandes acebos. La abertura conducía a otra senda que discurría entre setos. Childermass se detuvo y miró a uno y otro lado, titubeando. Luego agitó las riendas y el caballo se metió entre los acebos y desapareció.



—¡Ha entrado en el camino encantado! —exclamó Norrell, alarmado.

—¡Ah! —dijo Lascelles—. ¿Eso es?

—Sí; es uno de los más famosos. Se dice que unía Doncaster con Newcastle, pasando por dos ciudadelas de los duendes.

Esperaron.

Al cabo de veinte minutos, Lucas bajó del pescante.

—¿Cuánto rato hemos de estar aquí, señor? —preguntó.

Norrell sacudió la cabeza.

—Ningún inglés había cruzado esa frontera desde los tiempos de Martin Pale, hace trescientos años. Es posible que ya no salga. Quizá...

En ese momento, Childermass reapareció y se acercó al galope. —Bien —le dijo al mago—. Es verdad. Los caminos encantados vuelven a estar abiertos.

—¿Qué has visto?

—Después de un trecho se llega a un bosque de espinos. En la entrada del bosque hay la estatua de una mujer con las manos extendidas. En una sostiene un ojo de piedra y en la otra un corazón, también de piedra. Y el bosque... —Hizo un ademán que tanto podía significar que no tenía palabras para describir lo que había visto como que renunciaba a entenderlo—. Cuelgan cadáveres de todos los árboles. Algunos podrían haber muerto ayer mismo. Otros son esqueletos dentro de armaduras

oxidadas. He llegado hasta una alta torre de piedra tosca con ventanas muy pequeñas. En una de ellas había una luz contra la que se recortaba la silueta de una figura que miraba hacia fuera. Al pie de la torre se extendía un claro por el que corría un arroyo. Junto al arroyo vi un hombre joven con uniforme inglés. Estaba pálido y demacrado y tenía la mirada ausente. Me dijo que era el paladín del Castillo del Ojo y el Corazón Arrancados y que había jurado proteger a la dama del castillo, desafiando a todo el que se acercara con intención de causarle daño u ofensa. Le pregunté si él había matado a todos los hombres que yo había visto. Dijo que había matado a algunos y que los había colgado de los árboles, como habían hecho sus antepasados. Entonces le pregunté cómo pensaba la dama recompensarlo por sus servicios y él respondió que no lo sabía. Nunca la había visto ni había hablado con ella. La dama permanecía en el Castillo del Ojo y el Corazón Arrancados y él estaba entre el arroyo y los árboles. Me preguntó si tenía intención de luchar con él. Le respondí que no había insultado ni ofendido a su dama, que era un criado y que debía volver junto a mi señor, que estaba esperándome. Entonces volví el caballo, desanduve el camino y aquí estoy.

—¡Cómo! —exclamó Lascelles—. ¿Un hombre lo desafía y usted sale corriendo? ¿Es que no tiene honor? ¿Ni vergüenza? ¡Rostro demacrado, la mirada ausente, una figura misteriosa en la ventana! —Lanzó un bufido de burla—. ¡Excusas para disimular su cobardía!

Childermass hizo una mueca como si lo hubieran golpeado y pareció ir a responder airadamente, pero Norrell se le adelantó:

—¡Al contrario! Childermass ha hecho muy bien en regresar lo antes posible. En esos lugares siempre hay más magia de lo que parece a primera vista. Hay duendes que gozan con el combate y la muerte. No comprendo por qué. Y harían cualquier cosa con tal de disfrutar de esos placeres.

—Señor Lascelles —dijo Childermass—, si tanto lo atrae ese sitio, vaya usted, se lo ruego. Por nosotros, no se prive de esa emoción.

Lascelles miró el campo y la abertura del seto con aire pensativo. Pero no se movió.

—¿Quizá no le gustan los cuervos? —lo pinchó Childermass, con tono ligeramente burlón.

—¡A nadie le gustan los cuervos! —dijo Norrell—. ¿Por qué están ahí? ¿Qué significado tienen?

Childermass se encogió de hombros.

—Hay quien dice que forman parte de la oscuridad que envuelve a Strange, el cual, por alguna razón, ha hecho que se encarne en los cuervos y los ha enviado a Inglaterra. Otros creen que anuncian el regreso de John Uskglass.

—John Uskglass. Desde luego —suspiró Lascelles—. Primer y último recurso de

las mentes simples. ¡Cuando algo sucede, ha de ser obra de John Uskglass! Creo, señor Norrell, que ha llegado el momento de publicar otro artículo en Amigos. ¿Qué podríamos decir de él? ¿Que era mal cristiano? ¿Mal inglés? ¿Demoníaco? Creo que por ahí he de tener la lista de santos y arzobispos que lo han denostado. No me costaría mucho escribir algo para desacreditar a ese caballero.

Norrell parecía incómodo. Lanzó una mirada nerviosa al postillón de Tuxford.

—En su lugar, señor Lascelles —dijo Childermass con suavidad—, yo procuraría ser más discreto. Ahora está usted en el norte, tierra de John Uskglass. Nuestras ciudades y abadías fueron construidas por él. Nuestras leyes fueron dictadas por él. Él está en nuestra mente, en nuestro corazón y en nuestra lengua. Si estuviéramos en verano, vería al pie de cada seto una alfombra de florecitas de un blanco azulado. «Monedas de John», las llamamos. Cuando el tiempo se vuelve loco y hace calor en invierno y llueve en verano, la gente del campo dice que John Uskglass está enamorado de nuevo y descuida sus obligaciones¹. Y cuando queremos afirmar una cosa, decimos: «Más seguro que una piedra en el bolsillo de John Uskglass.»

Lascelles se echó a reír.

—Nada más lejos de mi intención, señor Childermass, que menospreciar sus pintorescos dichos populares. Pero una cosa es ensalzar el propio folclore y otra muy distinta, hablar de restaurar a un rey que contaba a Lucifer entre sus aliados y señores. Nadie querría tal cosa, ¿me equivoco? Aparte de un puñado de rebeldes y locos.

—Yo, señor Lascelles, soy inglés del norte, y nada me complacería más que el que mi Rey volviera a su tierra. Es lo que he deseado toda mi vida.

Era casi medianoche cuando llegaron a Hurtfew Abbey. No se veía ni rastro de Strange. Lascelles se fue a la cama y Norrell recorrió la casa examinando el estado de varios hechizos que estaban instalados desde hacía tiempo.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Lascelles dijo:

—Me gustaría saber si ha habido alguna vez duelos de magia. Combates entre dos magos... o algo por el estilo.

Norrell suspiró.

—Es difícil saberlo. Al parecer, Ralph Stokesey peleó con dos o tres colegas a base de magia... uno de ellos, el mago de Athodel, era un poderoso mago escocés². En cierta ocasión, Catherine de Winchester se vio obligada a enviar a Granada por arte de magia a un joven mago que no hacía más que incordiarla con proposiciones de matrimonio cuando ella quería estudiar. Granada fue el lugar más lejano que se le ocurrió en aquel momento. Luego está el curioso relato del carbonero de Cumbria³...

—¿Esos duelos terminaron alguna vez con la muerte de algún mago?

—¿Qué? —Norrell lo miró, horrorizado—. ¡No! Es decir, no lo sé. Creo que no.

Lascelles sonrió.

—Sin embargo, debe de existir el medio. Si usted se lo propone, creo que podrá

descubrir por lo menos media docena de hechizos que servirían. Sería como un duelo normal, a espada o pistola. Y la justicia no le pediría cuentas. Además, los amigos y los criados del vencedor estarían perfectamente justificados si lo ayudaban a mantener el asunto en el mayor secreto. Norrell guardaba silencio. Al fin dijo:

—Eso no ocurrirá.

Lascelles soltó una risita.

—¡Mi querido señor Norrell! ¿Qué otra cosa puede ocurrir?

Por curioso que resulte, Lascelles nunca había estado en Hurtfew Abbey. En el pasado, siempre que Drawlight iba a pasar unos días allí, Lascelles se las ingeniaba para tener otros compromisos. Una estancia en una casa de campo de Yorkshire era, para él, una especie de purgatorio. Imaginaba que, en el mejor de los casos, Hurtfew sería tan rancia, adusta y anticuada como su dueño. O, en el peor, una granja azotada por la lluvia de un páramo sombrío y desolado. Lo sorprendió que no fuera ni una cosa ni la otra. La casa no tenía nada de monumento gótico sino que era moderna, elegante y confortable, y los criados distaban mucho de ser los palurdos que él se temía. En realidad, eran los mismos que servían a Norrell en Hanover Square. Habían sido adiestrados en Londres y estaban familiarizados con los gustos de Lascelles.

Pero todas las casas de los magos tienen sus peculiaridades, y Hurtfew Abbey —tan cómoda y elegante a primera vista— parecía construida siguiendo unos planos tan complicados que era imposible ir de un lado a otro sin perderse. Aquella misma mañana, Lucas informó a Lascelles de que en ningún caso debía tratar de ir solo a la biblioteca, sino únicamente acompañado por el señor Norrell o por Childermass. Le dijo que ésa era la regla número uno de la casa.

Lascelles, naturalmente, no, tenía intención de acatar tal prohibición, encima comunicada por boca de un criado. Recorrió el ala este, en la que halló la distribución habitual de comedor del desayuno, comedor principal y salón, pero no la biblioteca. Por tanto, dedujo que ésta debía de hallarse en el ala oeste. Hacia allí se dirigió, e inmediatamente se encontró en la misma habitación que acababa de abandonar. Pensando que se habría equivocado de dirección, volvió a intentarlo. Esta vez salió a uno de los fregaderos, en el que vio a una criadita desaliñada que se sorbía los mocos, se limpiaba la nariz con el dorso de la mano y, con la misma mano, seguía fregando ollas. Cualquiera que fuese el camino que tomaba, lo llevaba o al comedor del desayuno o al fregadero. Lascelles empezaba a estar harto de ver a la criadita, y tampoco ella parecía muy contenta de verlo a él. Pero, aunque desperdició toda una mañana en ese infructuoso empeño, no se le ocurrió atribuir su fracaso a algo que no fuera una peculiaridad de la arquitectura de Yorkshire.

Durante los tres días siguientes, Norrell pasó en la biblioteca cuanto tiempo pudo. Cada vez que veía a Lascelles, sabía que tendría que oír alguna queja de Childermass, y éste no hacía más que hostigarlo para que buscara la carta de Drawlight por medio

de la magia. Así pues, había optado por rehuir a ambos.

A ninguno de los dos les reveló un descubrimiento que lo había alarmado. Desde que él y Strange se separaron, solía conjurar visiones para descubrir lo que hacía su antiguo discípulo. Nunca lo conseguía. Unas cuatro semanas atrás, una noche en que no podía dormir, se levantó e hizo el conjuro. La imagen no estaba muy clara, pero vio a un hombre practicando la magia en la oscuridad. Ya se felicitaba por haber logrado al fin abrir una brecha en los contrahechizos de Strange cuando advirtió que lo que veía era su propia imagen. Probó otra vez. Varió las fórmulas. Invocó a Strange con nombres diferentes. En vano. Al fin tuvo que reconocer que la magia inglesa ya no era capaz de distinguir entre Strange y él.

Llegaban cartas de lord Liverpool y otros ministros en las que, en tono molesto, se describían nuevos actos de magia que nadie podía explicar.

Norrell contestaba con la promesa de dedicar la mayor atención a la cuestión tan pronto Strange hubiera sido vencido.

La tercera tarde después de su llegada, los tres estaban en el salón. Lascelles pelaba una naranja con un cuchillo de postre con mango de nácar y filo dentado. Childermass, en una mesita, echaba las cartas desde hacía dos horas. Que Norrell no pusiera objeciones a esa actividad indicaba la medida en que la actual situación lo había alterado. A Lascelles, por el contrario, aquello lo ponía frenético. Estaba seguro de ser el objeto de todas las consultas de Childermass a sus cartas, y no se equivocaba.

—¡Cómo detesto esta inactividad! —dijo bruscamente—. ¿Qué cree usted que puede estar esperando Strange? Ni siquiera sabemos con certeza que vaya a venir.

—Vendrá —dijo Childermass.

—¿Cómo lo sabe? ¿Le ha dicho usted que venga?

Childermass no respondió. Acaparaba su atención algo que veía en las cartas. Su mirada iba de unas a otras. De pronto se puso en pie.

—¡Señor Lascelles! ¡Usted tiene un mensaje para mí!

—¿Yo? —dijo con gesto de sorpresa.

—Sí, señor.

—Pero ¿qué dice?

—Digo que hace poco alguien le dio un mensaje para mí. Lo señalan las cartas. Le agradeceré que me lo entregue.

Lascelles resopló con desdén.

—Yo no soy mensajero de nadie. ¡Y menos de usted!

Childermass simuló no oírlo.

—¿De quien es el mensaje? —preguntó.

Lascelles no contestó y siguió pelando la naranja.

—Muy bien —dijo Childermass, y volvió a sentarse y extender las cartas.

Norrell los observaba con viva aprensión. Alargó la mano hacia el cordón de la campanilla, pero pareció cambiar de idea y fue personalmente en busca de un criado. Lucas estaba en el comedor, poniendo la mesa. Norrell le dijo lo que ocurría.

—¿No se puede hacer algo para separarlos? —preguntó—. Quizá así se calmen. ¿No ha llegado algún mensaje para el señor Lascelles? ¿No hay nada que requiera la atención de Childermass? ¿Podrías inventar algo? ¿Qué hay de la cena? ¿Se puede servir ya?

Lucas negó con la cabeza.

—No hay ningún mensaje, señor. El señor Childermass hará lo que quiera, como siempre. Y el señor recordará que ha pedido la cena para las nueve y media.

—Ojalá estuviera aquí el señor Strange —dijo abatido—. Él sabría qué decirles. Él sabría qué hacer.

Lucas puso la mano en el brazo de su amo, como para devolverlo a la realidad.

—¿Señor Norrell? Estamos tratando de impedir que el señor Strange venga. ¿No lo recuerda?

Él lo miró con irritación.

—¡Sí, sí! ¡Eso ya lo sé! No obstante...

Norrell y Lucas volvieron juntos al salón. Childermass daba la vuelta a la última carta. Lascelles había abierto un diario y tenía la mirada fija en él con determinación.

—¿Qué dicen las cartas? —preguntó Norrell.

Pero Childermass dirigió la respuesta a Lascelles:

—Dicen que es usted un embustero y un ladrón. Dicen que hay algo más que un mensaje. Le han entregado algo... un objeto... algo de gran valor. Está destinado a mí y usted lo conserva en su poder.

Un silencio breve.

Lascelles dijo con frialdad:

—Señor Norrell, ¿va a consentir que se me insulte de esta manera?

—Se lo preguntaré por última vez, señor Lascelles —dijo Childermass—. ¿Va a darme lo que me pertenece?

—¿Cómo se atreve a hablar así a un caballero?

—¿Y es propio de un caballero robar?

Lascelles palideció.

—¡Pida perdón! —siseó—. Pida perdón o le juro, bastardo y escoria de todas las cloacas de Yorkshire, que le enseñaré modales.

Childermass se encogió de hombros.

—¡Más vale ser bastardo que ladrón!

Con un grito de rabia, Lascelles se lanzó contra él y lo aplastó contra la pared, con tanta violencia que los pies de Childermass se alzaron del suelo. Lascelles lo sacudía, haciendo que temblaran los cuadros de la pared.

Childermass, curiosamente, parecía indefenso. Los brazos le habían quedado aprisionados contra el cuerpo de Lascelles y, por más que se debatía, parecía incapaz de liberarlos. Fue sólo un momento. Al fin movió la cabeza con frenesí, dando a entender que se rendía.

Pero Lascelles no lo soltó, sino que le aplicó más fuerza, inmovilizándolo contra la pared. Entonces bajó la mano, cogió el cuchillo de postre con mango de nácar y filo dentado y, lentamente, cruzó con la hoja la mejilla de Childermass, del ojo a la boca.

Lucas gritó, pero Childermass no dijo absolutamente nada. Consiguió liberar la mano derecha y la levantó, apretando el puño. Así estuvieron un momento, inmóviles como las figuras de un cuadro, hasta que Childermass bajó la mano.

Lascelles sonrió ampliamente. Soltó a Childermass y se volvió hacia el señor Norrell. Con voz serena y átona le dijo:

—No acepto excusas por el comportamiento de este individuo. He sido insultado. Si este individuo tuviera la categoría suficiente, lo desafiaría a un duelo. Él lo sabe. Su inferior condición lo protege. ¡Si he de permanecer en esta casa un momento más, si he de seguir siendo su amigo y consejero, este individuo debe abandonar su servicio al instante! A partir de esta noche, no quiero volver a oír pronunciar su nombre ni por usted ni por sus criados. Si a alguno de ellos se le escapara, debería ser despedido inmediatamente. Espero, señor, haber hablado con claridad.

Lucas aprovechó la ocasión para darle una servilleta a Childermass con disimulo.

—Bien, señor —le dijo Childermass a Norrell limpiándose la sangre de la cara—. ¿Por cuál de los dos se decide?

Hubo un largo silencio. Luego, con una voz ronca muy distinta de su tono habitual, el mago dijo:

—Debes irte.

—Adiós, señor Norrell. —Childermass hizo una reverencia—. Se ha equivocado en la elección, señor... ¡como de costumbre! —Recogió las cartas y se fue.

Subió a su cuarto de la buhardilla y encendió la vela. De la pared colgaba un espejo sencillo y agrietado. Se miró la cara. El corte era profundo. Tenía la corbata y el hombro izquierdo de la camisa ensangrentados. Como pudo, se limpió la herida y se lavó y secó las manos.

Cuidadosamente, del bolsillo de la chaqueta sacó un objeto. Era una caja color de congoja, del tamaño de una caja de rapé pero más alargada. Entre dientes, murmuró:

—La escuela te marca⁴.

Abrió la caja, contempló su contenido con aire pensativo, se rascó la cabeza y lanzó un juramento, porque casi la manchó de sangre. La cerró y se la guardó en el bolsillo.

No le llevó mucho tiempo recoger sus pertenencias: un estuche de caoba con un

par de pistolas, una bolsita de dinero, una navaja de afeitar, un peine, un cepillo de dientes, un poco de jabón, varias prendas de vestir (todas tan vetustas como las que llevaba puestas) y un paquete de libros, entre los que había una Biblia, una *Historia del Rey Cuervo contada a los niños*, de lord Portishead, y un ejemplar de *Revelaciones de otros treinta y seis mundos*, de Paris Ormskirk. El señor Norrell le había pagado bien durante muchos años, pero nadie sabía qué hacía Childermass con el dinero. Davey y Lucas habían comentado más de una vez que saltaba a la vista que podía hacer cualquier cosa menos gastarlo en su atuendo.

Childermass fue metiéndolo todo en una deteriorada bolsa de viaje. Encima de la mesa había una fuente con manzanas. Las envolvió en un paño y las puso en la bolsa. Luego, sujetando la servilleta contra la herida, bajó la escalera. Ya estaba en el patio de los establos cuando recordó que la pluma, el tintero y el cuaderno de notas se habían quedado en el salón. Los había puesto en una mesita auxiliar antes de echar las cartas. «Bien, ya es tarde para volver atrás —pensó—. Tendré que comprar otros.»

Había un grupo de personas esperándolo en los establos: Davey, Lucas, los mozos y varios criados que habían conseguido escabullirse de la casa.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó sorprendido—. ¿Os habéis reunido para rezar en familia?

Los hombres se miraban unos a otros.

—Hemos ensillado a Brewer —dijo Davey. Brewer era el caballo de Childermass, un semental grande y desgarbado.

—Gracias, Davey.

—¿Por qué ha dejado que le hiciera eso, señor? —preguntó Lucas—. ¿Por qué ha dejado que le cortara?

—No te apures, hombre. No es grave.

—He traído unas vendas. Deje que le vende la cara.

—Lucas, esta noche necesito tener la cabeza despejada, y si la llevo vendada no podré pensar con claridad.

—Pero si no cerramos la herida, le dejará una cicatriz terrible.

—No importa. Nadie va a llorar si estoy un poco más feo que antes. Sólo dame otro paño. Este está empapado. —Suspiró—. No sé qué deciros. No tengo ningún consejo que dar. Pero, si tenéis ocasión, ayudadlos.

—¿Cómo? —preguntó uno de los criados—. ¿Hemos de ayudar al señor Norrell y al señor Lascelles?

—¡No, zoquete! Al señor Norrell y al señor Strange. Lucas, despídeme de Lucy, Hannah y Dido. Diles que les deseo lo mejor del mundo y un marido bueno y sumiso cuando ellas lo quieran. —Eran sus tres doncellas favoritas.

—¿No querría usted aspirar al puesto, señor? —preguntó Davey sonriendo.

Childermass se echó a reír, e hizo una mueca de dolor.

—Con Hannah, quizá. Adiós, chicos.

Les estrechó la mano uno a uno y se sorprendió cuando Davey, que a pesar de su fuerza y corpulencia era tan sentimental como una colegiala, le dio un abrazo y hasta derramó unas lágrimas. Lucas, como regalo de despedida, le entregó una botella del mejor burdeos del señor Norrell.

Childermass sacó a Brewer del establo. Había luna y no tuvo dificultad para seguir la avenida del jardín que conducía al parque. Estaba cruzando el puente cuando de pronto percibió magia en el aire. Fue como si mil trompetas sonaran en sus oídos o una luz deslumbrante se hubiera encendido en la oscuridad. El mundo estaba completamente distinto de como había estado un momento antes, pero al principio no acertó a descubrir en qué consistía la diferencia. Miró en derredor.

Justo encima del parque y de la casa había un trozo de cielo nocturno que no encajaba. Faltaban partes de las constelaciones y en su lugar habían aparecido estrellas que él nunca había visto. Debían de ser las estrellas de la Oscuridad Eterna de Strange.

Childermass lanzó una última mirada a Hurtfew Abbey y se alejó al galope.

Todos los relojes empezaron a sonar al mismo tiempo. Eso ya era en sí extraordinario. Hacía quince años que Lucas trataba de conseguir que los relojes de Hurtfew dieran la hora a la vez, pero sus esfuerzos habían sido en vano. Ahora todos repicaban al unísono, aunque resultaba imposible adivinar qué hora era. Después de dar las doce seguían sonando y sonando, como si anunciaran la hora de una era nueva y extraña.

—Qué es ese ruido infernal? —preguntó Lascelles.

Norrell se puso en pie. Se restregaba las manos, lo que en él era señal de gran nerviosismo y ansiedad.

—Strange está aquí —dijo deprisa. Pronunció una palabra y los relojes callaron.

Se abrió la puerta violentamente. Norrell y Lascelles se volvieron con gesto de alarma, esperando ver a Strange en el umbral. Pero sólo eran Lucas y dos criados más.

—Señor Norrell, me parece... —empezó Lucas.

—¡Sí, sí! ¡Ya lo sé! Ve al almacén que hay al pie de la escalera de la cocina. En el arcón debajo de la ventana encontrarás cadenas de plomo, candados de plomo y llaves de plomo. ¡Tráelos! ¡Pronto!

—Y yo iré a buscar un par de pistolas —dijo Lascelles.

—No servirán de nada.

—¡Oh, le sorprendería saber cuántos problemas puede resolver un buen par de pistolas!

Regresaron antes de cinco minutos, Lucas con las cadenas, los candados y gesto de preocupación, y Lascelles con las pistolas. Los seguían cuatro o cinco criados.

—¿Dónde cree que está? —preguntó Lascelles.

—En la biblioteca. ¿Dónde si no? —dijo Norrell—. Vamos.

Salieron del salón y entraron en el comedor. De allí pasaron a un corto pasillo en el que había un aparador de ébano con incrustaciones, un centauro de mármol con su potro y un cuadro de Salomé con la cabeza de San Juan en una bandeja de plata. Ante sí tenían dos puertas. A Lascelles le pareció que nunca había visto la de la derecha. Norrell los hizo entrar por ella e inmediatamente se encontraron... otra vez en el salón.

—Esperen —dijo el mago, desconcertado. Miró a su espalda—. Debo de haber... No. Un momento. ¡Ya lo tengo! ¡Vengan!

De nuevo cruzaron el comedor y salieron al pasillo. Esa vez entraron por la puerta de la izquierda. También ésa los condujo directamente al salón. Norrell lanzó un grito de desesperación.

—¡Ha roto mi laberinto y ha construido otro contra mí!

—Hay momentos, señor —dijo Lascelles—, en los que preferiría que no lo hubiera instruido usted tan bien.

—Oh, yo no le enseñé eso... y puede estar seguro de que no lo ha aprendido de nadie, como no sea del diablo, y quizá esta misma noche, en mi propia casa. ¡Es la genialidad de mi enemigo! ¡Tú le cierras una puerta y él aprende, primero, a abrir cerraduras, y después, a construir otras mejores para utilizarlas contra ti!

Lucas y los otros criados encendían más velas, como si la luz pudiera ayudarlos a descubrir los hechizos y distinguir la realidad de la magia. Pronto, las tres piezas estaban brillantemente iluminadas. En todas las mesas había multitud de candelabros, pero sólo servían para crear más confusión. Los hombres pasaban del comedor al salón y del salón al pasillo, «como zorros en su cubil», según palabras de Lascelles. Pero de allí no podían salir.

Transcurría el tiempo. Imposible adivinar cuánto. Todos los relojes marcaban la medianoche. Por todas las ventanas se veían la negrura de la noche eterna y las estrellas desconocidas.

Norrell dejó de andar. Cerró los ojos. Tenía la cara lívida y crispada. Estaba quieto, sólo movía los labios ligeramente. Abrió los ojos un momento y dijo:

—Sígueme.

Con los ojos cerrados, echó a andar. Era como si se moviese por una casa diferente que, de algún modo, hubiera sido introducida dentro de la suya. La trayectoria que seguía, los giros que hacía, marcaban un camino nuevo, un camino que nunca hasta entonces había recorrido.

Al cabo de tres o cuatro minutos, abrió los ojos. Ante él estaba el corredor que buscaba, el del suelo de losas de piedra, y al fondo, la silueta alta y oscura de la puerta de la biblioteca.

—¡Ahora veremos lo que hace! —gritó—. Lucas, prepara las cadenas y los candados de plomo. No hay mejor profiláctico contra la magia que el plomo. Le ataremos las manos y eso lo frenará un poco. Señor Lascelles, ¿cuánto cree que puede tardar una carta a los ministros? —Lo sorprendió que ninguno de ellos respondiera y volvió la cabeza.

Estaba solo.

Oyó hablar a Lascelles a cierta distancia; su voz era inconfundible, fría y lánguida. Oyó responder a uno de los criados, y después a Lucas. Poco a poco, el ruido iba disminuyendo. Se apagaron los sonidos de los criados corriendo de habitación en habitación. Se hizo el silencio.

64. Dos versiones de lady Pole (Mediados de febrero de 1817)

—¡Vaya! —dijo Lascelles—. ¡Esto no me lo esperaba!

Él y los criados estaban junto a la pared norte del comedor, la pared que acababa de atravesar Norrell con la mayor compostura.

Lascelles extendió la mano y la tocó. Era perfectamente sólida. Empujó con fuerza, pero la pared no se movió.

—¿Cree que él quería hacer eso? —preguntó uno de los criados.

—No creo que importe si quería o no —dijo Lucas—. Se ha ido para reunirse con el señor Strange.

—Que es como decir que se ha ido al diablo —agregó Lascelles.

—¿Qué pasará ahora? —inquirió otro criado.

Nadie contestó. Por la mente de todos desfilaron imágenes de batallas mágicas: el señor Norrell lanzando místicas balas de cañón a Strange; Strange, invocando a demonios para que se llevaran al señor Norrell. Aguzaron el oído, tratando de captar sonidos de lucha. No los había.

En la habitación contigua sonó un grito. Un sirviente había abierto la puerta del salón y encontrado el comedor del desayuno al otro lado. Más allá de éste estaba la salita de Norrell, y después el vestidor. Se había restablecido el antiguo orden de las habitaciones. El laberinto estaba roto.

Este descubrimiento produjo gran alivio general. Inmediatamente, los criados abandonaron a Lascelles y bajaron a la cocina, refugio natural y solaz de su clase. Lascelles —también como era natural— se sentó en solitario en la salita del señor Norrell, con la vaga idea de quedarse allí hasta que el mago regresara. O, si no regresaba, de esperar a Strange y matarlo. «Al fin y al cabo —pensó—, ¿qué puede hacer un mago contra una bala de plomo? Desde que sale de la pistola hasta que le llega al corazón no hay tiempo para magia.»

Pero estos pensamientos le deparaban sólo consuelo momentáneo. La casa estaba muy silenciosa y la oscuridad era muy mágica. Y era muy desagradable la impresión que le producía pensar que los criados estaban congregados en un sitio reconfortándose con su mutua compañía, que los dos magos se hallaban juntos en otro sitio haciendo sabe Dios qué, y que él seguía allí, solo. En un rincón había un reloj de pie, reliquia de la casa de la infancia del señor Norrell en Yorkshire. Aquel reloj, al igual que todos los de la casa, marcaba la medianoche desde la llegada de Strange. Pero no voluntariamente, sino a regañadientes, resistiéndose a aquella incongruencia, y tenía un tictac irregular, como si estuviese borracho o tuviera fiebre. De vez en cuando hacía un sonido raro, similar a un suspiro, y entonces Lascelles

pensaba que Strange había entrado en la habitación y abría la boca para decir algo.

Al fin se levantó y se dirigió a la cocina.

La cocina de Hurtfew Abbey se parecía mucho a la cripta de una gran iglesia, por lo austera y lóbrega. En el centro ardían gran número de velas de sebo, alrededor de las cuales se habían reunido todos los sirvientes que Lascelles había visto en Hurtfew y muchos a los que no había visto. Se apoyó en una columna, en lo alto de la escalera.

Lucas levantó la cabeza y le dijo:

—Estábamos hablando de lo que vamos a hacer, señor. Nos vamos dentro de media hora. Quedándonos no le haríamos ningún bien al señor Norrell y nosotros podríamos pasarlo mal. Ésa es nuestra intención, señor, pero si usted tiene otra opinión, me alegrará oírla.

—¡Mi opinión! —exclamó Lascelles con asombro, fingido sólo en parte—. Es la primera vez que un lacayo me pide mi opinión. Gracias, pero me parece que renunciaré a participar en esta... —Se interrumpió hasta encontrar la palabra más ofensiva de su vocabulario—. En esta democracia.

—Como usted desee, señor —dijo Lucas suavemente.

—Ahora en Inglaterra debe de ser de día —apuntó una criada mirando con ansia las ventanas, situadas a gran altura.

—¡Esto es Inglaterra, boba! —exclamó Lascelles.

—No, señor. Con perdón, señor —dijo Lucas—, pero no lo es. Inglaterra es un lugar natural. Davey, ¿cuánto se tardará en sacar los caballos?

—¡Oh! —gritó Lascelles—. Me parece que sois muy imprudentes hablando de vuestro latrocinio delante de mí. ¿Qué? ¿Habéis creído que no voy a denunciaros? ¡Haré que os cuelguen a todos!

Algunos miraron nerviosamente las pistolas que Lascelles empuñaba. Lucas, por el contrario, actuó como si no lo hubiera oído.

Los criados acordaron enseguida que quienes tuvieran parientes o amigos en los alrededores se irían a vivir con ellos, y que los demás, junto con los caballos, se distribuirían entre las granjas de la propiedad.

—Ya ve, señor —le dijo Lucas a Lascelles—, nadie va a robar nada. Nadie va a ser ladrón. Todo lo que pertenece al señor Norrell se quedará en las tierras del señor Norrell, y los caballos estarán tan bien cuidados como si siguieran en los establos. Sería cruel dejar a una criatura viviente en esta Oscuridad Perpetua.

Los criados abandonaron Hurtfew algún tiempo después (no había manera de saber cuánto tiempo después, porque sus relojes de bolsillo, al igual que los de toda la casa, señalaban la medianoche). Iban cargados con cestas y mochilas, y llevaban de las riendas a los caballos, además de dos asnos y un carnero que vivía en los establos, porque a los caballos les gustaba su compañía. Lascelles los seguía a distancia; no quería mezclarse con aquella comitiva variopinta y plebeya, pero tampoco quería

quedarse solo en la casa.

A diez yardas del río, salieron de la oscuridad al amanecer. De pronto el aire se llenó de olores: a escarcha, a tierra de invierno, al río cercano. Los colores y las formas del parque parecían más nítidos, como si durante la noche Inglaterra hubiera sido rehecha. Para los pobres criados, que ya dudaban de volver a ver algo que no fuera oscuridad y estrellas, la visión no podía ser más grata.

Los relojes se pusieron en marcha y una consulta general reveló que eran las ocho menos cuarto.

Pero aún no se habían acabado los sobresaltos de la noche. Ahora cruzaban el río dos puentes en lugar de uno.

Lascalles se acercó rápidamente.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el puente nuevo.

Un criado viejo —un hombre con una barba que parecía una nube blanca en miniatura colgada del mentón— dijo que era un puente encantado. Él lo había visto en su juventud. Fue construido hacía mucho tiempo, cuando John Uskglass aún gobernaba Yorkshire. Estaba muy deteriorado, y en tiempos del tío del señor Norrell se había desmantelado.

—Pero ahora vuelve a estar en el mismo sitio —dijo Lucas con un estremecimiento.

—¿Que hay al otro lado? —preguntó Lascalles.

El criado viejo dijo que antaño conducía a Northallerton, pasando por varios lugares extraños.

—¿Sale al camino que vimos cerca de *La Casa Roja*? —preguntó Lascalles.

El viejo criado sacudió la cabeza. No lo sabía.

Lucas se impacientaba. Quería alejarse de allí cuanto antes.

—Los caminos de los duendes no son como los de los cristianos. Muchos no van a donde se supone que deben ir. Pero ¿qué importa? Ninguno de nosotros va a poner el pie en esa cosa maléfica.

—Muchas gracias por la información —replicó Lascalles—, pero creo que decidiré por mí mismo lo que hago. —Vaciló un momento y se dirigió hacia el puente encantado.

Varios criados le gritaron que volviera.

—¡Oh, dejad que se vaya! —dijo Lucas, asiendo con más fuerza el cesto en que llevaba a su gato—. ¡Dejad que se condene si quiere! Merecido lo tiene.

Le lanzó a Lascalles una última mirada de vivo desagrado y siguió a los otros hacia el parque.

A su espalda se erguía el Pilar Negro, sin que se viera su final, que se perdía en el cielo gris de Yorkshire.

A veinte millas de allí, Childermass cruzaba el puente de caballerías que conducía a Starecross. Atravesó el pueblo, y al llegar a Starecross Hall desmontó.

—¡Eh, eh! —gritó, golpeando la puerta con la fusta y dando fuertes puntapiés en la madera.

Acudieron dos criados. Si los gritos y golpes los habían alarmado, no se sintieron mucho más tranquilos cuando levantaron la vela y descubrieron que el autor era un individuo de aspecto siniestro, con ojos de loco, la cara cortada y la camisa ensangrentada.

—¡No os quedéis ahí plantados! ¡Avisad al amo! ¡Él me conoce!

Diez minutos después llegó el señor Segundus, en bata. Childermass, que esperaba con impaciencia junto a la puerta, vio que iba con los ojos cerrados y que un criado lo llevaba de la mano. Parecía un ciego. El criado lo situó frente a Childermass y entonces abrió los ojos.

—¡Santo cielo, señor Childermass! —exclamó—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

—Alguien la ha confundido con una naranja. ¿Y a usted, señor? ¿Qué le ha pasado? ¿Ha estado enfermo?

—No; enfermo no. —Segundus parecía turbado—. Es de vivir en constante proximidad con una magia potente. Nunca imaginé que pudiera debilitar de este modo. Es decir, a los que somos sensibles a ella. Los criados, afortunadamente, no sienten sus efectos.

Su cuerpo había adquirido un extraño carácter etéreo, como si estuviera pintado en el aire. Una leve corriente que se filtraba por una rendija el marco de la puerta le levantaba el pelo en finas espirales y volutas, como si no pesara nada.

—Imagino que ése es el motivo de su visita —prosiguió—. Pero puede decirle al señor Norrell que me he limitado a estudiar los acontecimientos que se han presentado. Confieso haber tomado algunas notas, pero en realidad no tiene motivos de queja.

—¿Qué magia? —preguntó Childermass—. ¿A qué se refiere? Y ya no debe preocuparse más por el señor Norrell. Él tiene sus propios problemas y no sabe que he venido. ¿Qué ha estado haciendo, señor Segundus?

—Nada más que observar y anotar, lo que todo mago debe hacer. —Se inclinó hacia delante para añadir con vehemencia—: ¡Y he sacado conclusiones sorprendentes acerca de la enfermedad de lady Pole!

—¡Ah!

—En mi opinión, no se trata de locura. ¡Es magia! —Hizo una pausa, esperando las muestras de asombro de Childermass, y pareció decepcionado al ver que su visitante se limitaba a mover la cabeza de arriba abajo.

—Tengo en mi poder una cosa que pertenece a milady. Una cosa que falta desde hace tiempo. Le ruego tenga la amabilidad de llevarme a su presencia.

—Oh, es que...

—No tengo intención de hacerle daño alguno, señor Segundus. Al contrario, creo que puedo hacerle un bien. Lo juro por el pájaro y el libro. Por el pájaro y el libro¹.

—Yo no puedo llevarlo hasta ella. —Alzó una mano, atajando las protestas de Childermass—. No es que no quiera. Es que no puedo físicamente. Charles nos llevará a los dos —terminó, señalando al criado que permanecía a su lado.

Eso parecía un tanto insólito, pero Childermass prefirió no discutir. Segundus asió el brazo de Charles y cerró los ojos.

Detrás de los pasillos de piedra y roble de Starecross Hall se alzó de pronto la visión de otra casa. Childermass vio corredores de alto techo que se perdían en una distancia inimaginable. Era como si en una linterna mágica se hubieran puesto dos transparencias juntas, y las imágenes quedaran superpuestas. La impresión de estar andando por las dos casas a la vez provocaba una sensación de mareo. Childermass se sentía confuso y, de haber estado solo, pronto no habría sabido por dónde ir. No sabía si caminaba o resbalaba, si subía un escalón o una escalera interminable. A veces, le parecía deslizarse por una gran extensión de losas de piedra al tiempo que tenía la impresión de estar inmóvil. Le daba vueltas la cabeza y sentía vértigo.

—¡Paren! ¡Paren! —gritó, y cayó al suelo con los ojos cerrados.

—Le afecta mucho —dijo Segundus—. Aún más que a mí. Cierre los ojos y tome mi brazo. Charles nos guiará a los dos.

Siguieron andando con los ojos cerrados. Charles los llevó hacia la derecha y los hizo subir una escalera. Ya arriba, Segundus habló en voz baja con otra persona. Charles ayudó a avanzar a Childermass, que tuvo la impresión de entrar en una habitación. Olía a ropa limpia y a rosas secas.

—¿Es ésta la persona que quiere verme? —dijo una voz de mujer. Había algo extraño en aquella voz, como si llegara de dos lugares a la vez, como si fuera la voz y el eco—. ¡Pero yo conozco a este hombre! ¡Es el criado del mago! Es...

—Soy la persona a la que milady hirió —dijo Childermass abriendo los ojos.

No vio a una mujer sino a dos, o, mejor dicho, vio a la misma mujer en doble imagen. Las dos estaban sentadas en la misma postura y las dos lo observaban. Las dos ocupaban el mismo espacio, y, al contemplarlas, él volvió a experimentar aquel vahído que sintiera al caminar por los corredores.

Una versión de lady Pole estaba sentada en la casa de Yorkshire, con un vestido de mañana color marfil, y lo miraba con serena indiferencia. La otra versión era más etérea... más espectral. Se hallaba en una casa tenebrosa y laberíntica, llevaba un traje de noche color rojo sangre y brillantes, o estrellas, en su oscuro cabello, y lo miraba con odio y furor.

Segundus tiró de Childermass hacia la derecha.

—¡Póngase ahí! —dijo, nervioso—. Ahora cierre un ojo. ¿La ve? Tiene una rosa

roja y blanca donde debería tener la boca.

—La magia me afecta a mí de modo diferente. Veo algo muy extraño, pero no eso.

—No sé cómo se atreve a venir aquí —dijeron las dos versiones de lady Pole—, siendo quien es y representando a quien representa.

—No vengo de parte del señor Norrell. A decir verdad, no estoy del todo seguro de a quién represento. Creo que a Jonathan Strange. Creo que me envió un mensaje y que el mensaje se refería a milady. Pero el mensajero no pudo llegar hasta mí y el mensaje se perdió. ¿Sabe qué podía querer decirme de usted el señor Strange, milady?

—Sí —dijeron las dos versiones de lady Pole.

—¿Podría indicarme qué es?

—Si hablara —respondieron ellas—, por mi boca hablaría la locura.

Childermass se encogió de hombros.

—He pasado veinte años en compañía de magos —dijo—. Estoy acostumbrado a ella. Hable.

Entonces ella empezó (o ellas empezaron). Inmediatamente, Secundus sacó un cuaderno del bolsillo de la bata y se puso a tomar notas. Pero a los ojos de Childermass, las dos versiones de lady Pole ya no hablaban como una sola. La lady Pole que estaba sentada en la habitación de Starecross Hall contaba la historia de una niña que vivía cerca de Carlisle², pero la mujer del vestido rojo sangre parecía hablar de algo totalmente distinto. Tenía una expresión furiosa y subrayaba sus palabras con ademanes vehementes... pero él no entendía lo que decía; la fantástica historia de la niña de Cumbria no lo dejaba oírlo.

—¡Fíjese! ¡Es eso! —exclamó Secundus, cuando acabó de garabatear sus notas—. Por eso dicen que está loca, por esos extraños relatos. Pero yo he anotado todo lo que me ha contado y estoy empezando a descubrir afinidades con antiguos cuentos de los duendes. Estoy seguro de que si usted y yo nos dedicáramos a investigar, encontraríamos referencias a unos duendes que estaban íntimamente relacionados con las aves canoras. Quizá no fueran pastores de pájaros. Convendrá conmigo en que ésa sería una ocupación demasiado monótona para una raza tan inconstante. No obstante, los duendes han practicado una clase de magia especial relacionada con esos animales. Y quizá a alguno de ellos se le antojara decir a una niña impresionable que era pastor de pájaros.

—Quizá —dijo Childermass sin gran interés—. Pero no era eso lo que ella trataba de decirnos. Y ahora recuerdo el significado mágico de las rosas. Representan el silencio. Por eso usted ve una rosa roja y blanca: es una mordaza mágica.

—¡Una mordaza mágica! —exclamó mirándolo con asombro—. ¡Sí, sí! ¡Ya veo! He leído cosas sobre eso. Pero ¿cómo podemos romper el hechizo?

Childermass sacó del bolsillo de la chaqueta una cajita color de congoja.

—Milady —dijo—, ¿me da su mano izquierda?

Ella puso su blanca mano en la oscura y áspera de Childermass, que sacó el dedo de la caja y lo colocó en su sitio.

No sucedió nada.

—Hay que encontrar al señor Strange —dijo Segundus—. O al señor Norrell. ¡Quizá ellos puedan repararlo!

—No; no es necesario. Ahora no. Usted y yo somos magos. E Inglaterra está llena de magia. ¿Cuántos años de estudio sumamos entre los dos? Tenemos que saber algo apropiado. ¿Y el hechizo de restauración y rectificación de Pale?

—Conozco la fórmula; pero yo no soy un mago práctico.

—Ni lo será nunca si no lo intenta. Obre la magia, señor Segundus. Él obró la magia³.

El dedo encajó en la mano formando un todo sin fisuras. En el mismo instante, desapareció la imagen de los interminables y lóbregos corredores que los rodeaban y, ante los ojos de Childermass, las dos mujeres se fundieron en una sola.

Lady Pole se levantó de la silla despacio. Sus ojos recorrieron rápidamente la habitación, como los del que ve el mundo por primera vez. Todos los presentes se dieron cuenta de que había cambiado. Ahora había animación y fuego en sus facciones, y sus ojos brillaban de furor. Levantó los brazos con los puños cerrados, como si quisiera golpear con ellos la cabeza de alguien.

—¡Me habían encantado! —gritó—. ¡Un desalmado me vendió para hacerse un nombre!

—¡Dios mío! —exclamó Segundus—. Mi querida lady Pole...

—¡Calma, señor Segundus! —dijo Childermass—. No hay tiempo para cumplidos. ¡Déjela hablar!

—¡Estaba muerta por dentro y casi también por fuera! —Se le salta-las lágrimas y se golpeaba el pecho con el puño—. ¡Y no sólo yo! ¡Hay otras personas que aún sufren! ¡La señora Strange y Stephen Black, el criado de mi esposo!

Habló de los bailes fríos y fantasmales que había soportado, de las tediosas procesiones en las que había tenido que desfilar, y del extraño impedimento que no les permitía ni a ella ni a Stephen Black hablar de su desgracia.

A cada nueva revelación crecía el horror de Segundus y los criados. Childermass, sentado en una silla, escuchaba con gesto impasible.

—¡Hemos de escribir a los periódicos! —gritó lady Pole—. ¡Estoy decidida a desenmascararlos!

—¿Desenmascarar a quién? —preguntó Segundus.

—¡A los magos, por supuesto! ¡A Strange y a Norrell!

—¿Al señor Strange? ¡No, no, se equivoca! Mi querida lady Pole, deténgase un

momento a considerar lo que dice. No tengo nada que decir en defensa del señor Norrell; sus crímenes contra usted son monstruosos. Pero el señor Strange no ha hecho daño alguno, por lo menos deliberadamente. Sin duda, es más víctima que culpable.

—¡Oh, al contrario! Yo lo considero el peor de los dos. Con su negligencia y su fría magia masculina, traicionó a la mejor de las mujeres y de las esposas.

Childermass se levantó.

—¿Adónde va? —preguntó Segundus.

—A buscar a Strange y Norrell —respondió,

—¿Por qué? —gritó lady Pole revolviéndose contra él—. ¿Para advertirles, a fin de que puedan prepararse contra la venganza de una mujer? ¡Cómo se protegen los hombres unos a otros!

—No; voy a ofrecerles mis servicios para liberar a la señora Strange y a Stephen Black.

Lascelles siguió andando. El sendero entraba en un bosque. En el linde estaba la estatua de la mujer que sostenía el ojo y el corazón de piedra, como la había descrito Childermass. De los árboles de espino colgaban cadáveres en varios estados de descomposición. La nieve cubría el suelo. Reinaba el silencio.

Después de un trecho llegó a la torre. Había imaginado que sería un lugar fantástico y maravilloso. «En realidad —pensó—, es bastante tosca. Se parece a los castillos de la frontera escocesa.»

En lo alto de la torre, en una ventana iluminada por una vela, se veía la sombra de alguien que miraba fuera. Lascelles observó algo más, algo que Childermass no había visto o no se había molestado en describir: los árboles estaban llenos de criaturas semejantes a serpientes, de cuerpos pesados y formas flácidas. Una de ellas estaba engullendo entero un cadáver fresco y carnoso.

Entre los árboles y el arroyo estaba el joven pálido. Tenía los ojos muertos y un leve rocío en la frente. El uniforme que llevaba le pareció a Lascelles el del 11º de la Ligera de Dragones.

Se dirigió a él con estas palabras:

—Hace unos días, uno de nuestros compatriotas se acercó a ti. Él te habló. Tú lo retaste. Él huyó. Era un individuo poco agraciado, de tez oscura. Persona de hábitos despreciables y baja extracción.

Si el joven pálido reconoció a Childermass por la descripción, no dio señales de ello. Con voz átona, dijo:

—Yo soy el paladín del Castillo del Ojo y el Corazón Arrancados. Yo lanzo desafíos a...

—¡Sí, sí! —cortó Lascelles con impaciencia—. Eso no me interesa. Yo vengo a

pelear. A borrar la mancha que la cobardía de aquel villano puso en el honor de Inglaterra.

La figura de la ventana se inclinó hacia fuera con interés. El joven pálido no dijo nada.

Lascelles lanzó un rugido de impaciencia.

—Está bien. Si lo prefieres, puedes creer que yo quiero hacer toda clase de mal a esa mujer. ¡Me trae sin cuidado! ¿Pistolas?

El joven pálido se encogió de hombros.

Como no había padrinos que actuaran en su nombre, Lascelles dijo que dispararían a veinte pasos, y él mismo los contó.

Ya habían ocupado sus puestos e iban a disparar cuando a Lascelles se le ocurrió algo.

—¡Espera! —gritó—. ¿Cómo te llamas?

El joven lo miró con sus ojos vacuos.

—No lo recuerdo.

Dispararon los dos a la vez. Lascelles tuvo la impresión de que en el último instante el joven desviaba la pistola y erraba el tiro deliberadamente. No le importó: si era un cobarde, peor para él. Su propia bala, con certera trayectoria, perforó el pecho del joven. Lo vio morir con el mismo intenso interés y la misma satisfacción que había sentido al matar a Drawlight.

Colgó el cadáver del árbol más próximo. Luego se divirtió disparando a los cadáveres descompuestos y a las serpientes. No haría más de una hora que estaba ocupado en ese agradable pasatiempo cuando oyó ruido de cascos de caballo en el sendero del bosque. En sentido opuesto, procedente no de Inglaterra sino de *Tierra de Duendes*, se acercaba un jinete oscuro sobre un caballo oscuro.

Lascelles se volvió rápidamente.

—Soy el paladín del Castillo del Ojo y el Corazón Arrancados... —empezó.

65. Las cenizas, las perlas, la colcha y el beso (Mediados de febrero de 1817)

CUANDO Lucas y los demás salían de Hurtfew Abbey, Stephen estaba vistiéndose en su dormitorio del último piso de Harley Street

Londres es una ciudad en la que abundan las extravagancias, pero de todos los lugares sorprendentes que contenía en aquel momento, el más extraordinario era sin duda el dormitorio de Stephen. Estaba lleno de objetos bellos, raros o prodigiosos. Si el gobierno o los caballeros que dirigían el Banco de Inglaterra hubieran podido conseguir el contenido del cuarto de Stephen, se habrían terminado sus preocupaciones. Habrían podido pagar la deuda de Gran Bretaña y construir Londres de nuevo con el resto. Gracias al caballero del pelo como el vilano del cardo, Stephen poseía joyas de los tesoros reales de quién sabe qué reinos y túnicas bordadas que habían pertenecido a papas coptos. En las macetas de la ventana no había flores, sino crucifijos de perlas y rubíes, piedras preciosas y medallas de órdenes militares extintas. Dentro del pequeño armario tenía un trozo de la capilla Sixtina y el fémur de un santo vasco. Detrás de la puerta, colgaba de una percha el sombrero de san Cristóbal, y una estatua de Lorenzo de Médicis en mármol (que hasta hacía poco se hallaba en Florencia, en la tumba del gran hombre) ocupaba la mayor parte del suelo.

Stephen estaba afeitándose ante un espejito puesto en equilibrio sobre la rodilla de Lorenzo de Médicis cuando a su lado apareció el caballero.

—¡El mago ha regresado a Inglaterra! —gritó—. ¡Lo he visto esta noche en los *Caminos del Rey*, envuelto en la oscuridad como en un manto místico! ¿Qué pretende ahora? ¿Qué puede estar tramando? ¡Oh, esto acabará conmigo! ¡Lo presiento! ¡El me quiere mal!

Stephen sintió frío. Cuando estaba nervioso y alarmado, el caballero era más peligroso que nunca.

—¡Tenemos que matarlo, Stephen!

—¿Matarlo? ¡Oh, no, señor!

—¿Por qué no? Así nos libraríamos de él para siempre. Yo podría paralizarle los brazos, los ojos y la lengua con la magia, ¡y tú podrías clavarle un puñal en el corazón!

Stephen pensó con rapidez.

—Quizá su regreso no tenga nada que ver con usted, señor —apuntó—. Piense en todos los enemigos que él tiene en Inglaterra... enemigos humanos, quiero decir. Quizá haya vuelto para continuar peleando con alguno de ellos.

El caballero parecía dudar. Le era difícil seguir cualquier razonamiento que no incluyese una referencia a su persona.

—No me parece probable.

—¡Oh, pues sí! —aseguró Stephen, sintiendo que pisaba terreno más firme—. En los diarios y en las revistas de magia se han publicado cosas terribles sobre él. Se rumorea que mató a su esposa. Son muchos quienes lo creen. De no ser por su actual situación, ya lo habrían arrestado. Y no es un secreto que el autor de esas mentiras y medias verdades es el otro mago. Es probable que Strange haya vuelto para vengarse de su antiguo maestro.

El caballero lo miró fijamente y luego se echó a reír, tan contento como antes angustiado.

—¡No tenemos nada que temer, Stephen! —exclamó con entusiasmo—. ¡Los magos se han peleado y se odian! Y el uno sin el otro no son nada. ¡Cómo me alegra oír eso! ¡Qué feliz me siento de tenerte a mi lado para que me aconsejes! ¡Y hoy precisamente quiero hacerte un maravilloso regalo, algo que deseas desde hace tiempo!

—¿Sí, señor? —suspiró—. Será magnífico.

—De todos modos, tendríamos que matar a alguien —dijo el caballero, volviendo a su tema—. Esta mañana me he enfadado mucho, y alguien debe morir por ello. ¿Qué te parece el viejo mago? ¡Oh, espera! No; el joven se alegraría y yo no quiero que ocurra tal cosa. ¿Y el marido de Lady Pole? Es alto y soberbio y te trata como a un criado.

—Es que soy un criado, señor.

—¡O el rey de Inglaterra! ¡Sí; es una idea excelente! Vamos a buscarlo enseguida. ¡Tú lo matas y entonces podrás reinar en su lugar! ¿Tienes la esfera, la corona y el cetro que te di?

—Es que las leyes de Gran Bretaña no permiten...

—¡Las leyes de Gran Bretaña! ¡Buff! ¡Qué tontería! Creía que ahora habrías comprendido que las leyes de Gran Bretaña no son más que un compendio banal de los vanos deseos y sueños de la humanidad. Según las antiguas leyes por las que se rige mi raza, normalmente a un rey lo sucede la persona que lo mata.

—Pero ¿no recuerda, señor, cómo le gustó el anciano caballero?

—Hum, es verdad. Pero en un asunto de tanta importancia estoy dispuesto a dejar de lado mis sentimientos personales. ¡Lo malo es que tenemos muchos enemigos, Stephen! ¡En Inglaterra hay mucha gente malvada! ¡Ya sé! Pediré a algunos de mis aliados que nos digan quién es nuestro mayor enemigo. Hemos de ser prudentes. Hemos de ser astutos. Hemos de formular las preguntas con exactitud^d. Pediré al viento del norte y al amanecer que nos lleven inmediatamente a presencia de la persona de Inglaterra cuya existencia supone para nosotros la mayor amenaza. Así podremos darle muerte, quienquiera que sea. Observarás, Stephen, que si bien hago referencia a mi propia vida, considero que tu destino y el mío están unidos tan

estrechamente que apenas hay diferencia entre nosotros. Quienquiera que sea un peligro para mí lo es también para ti. Ahora toma la corona, la esfera y el cetro y despídete de los que han sido los escenarios de tu esclavitud. Quizá nunca vuelvas a verlos.

—Pero...

Ya era tarde. El caballero levantó sus manos blancas y largas y las hizo girar en el aire.

Stephen esperaba ser transportado a presencia de uno u otro de los magos, o quizá de los dos, pero el caballero y él se encontraron de pronto en un vasto páramo vacío, cubierto por la nieve, y en el que seguía nevando. A un lado, el terreno se elevaba hacia un cielo bajo color pizarra; al otro lado, un borroso panorama se extendía hacia unas colinas blancas que se alzaban a lo lejos. En el desolado paisaje no había más que un solo árbol, un espino retorcido, que crecía no muy lejos de donde ellos se encontraban. Stephen pensó que aquel paraje se parecía a la región en que se levantaba Starecross Hall.

—Es muy extraño —dijo el caballero—. No veo a nadie. ¿Y tú?

—No, señor; a nadie —respondió con alivio—. Regresemos a Londres.

—No lo entiendo... ¡Ah, espera! ¡Ahí viene alguien!

A una media milla de distancia se divisaba un camino. Por él avanzaba, despacio, un carro tirado por un caballo. Al llegar al árbol del espino, el carro se detuvo, y de él se apeó una persona que empezó a andar hacia ellos con paso inseguro.

—¡Magnífico! —exclamó el caballero—. Ahora veremos quién es nuestro enemigo más pérfido y poderoso. ¡Ponte la corona, Stephen! ¡Que tiemble ante nuestro poder y majestad! ¡Excelente! ¡Levanta el cetro! ¡Sí, ! ¡Extiende la mano con la esfera! ¡Qué gallardo! ¡Qué regio! Ahora, como aún tenemos tiempo antes de que llegue... —añadió mirando a la figura que avanzaba trabajosamente por el páramo nevado—, voy a decirte algo. ¿Qué día es hoy?

—Quince de febrero, señor. San Antonio.

—¡Ja! ¡Qué santo más insípido! ¡Bien, en el futuro los ingleses tendrán algo mejor que conmemorar que la vida de un monje que protege de la lluvia a la gente y la ayuda a encontrar los dedales extraviados!²

—¿Sí, señor? ¿Y qué será?

—¡La imposición de nombre a Stephen Black!

—¿Cómo dice, señor?

—¡Ya te dije que encontraría tu verdadero nombre!

—¿Sí? ¿Mi madre me puso un nombre, señor?

—En efecto. Fue todo como yo suponía... lo cual nada tiene de particular, ya que, en estas cosas, casi nunca me equivoco. Ella te dio un nombre en su propia lengua. Uno que ella, cuando era niña, solía oír a su gente. Te dio el nombre, pero no se lo

dijo a nadie. Ni siquiera lo susurró en tu oído de recién nacido. No tuvo tiempo, porque la Muerte, sigilosamente, la sorprendió y se la llevó.

Stephen imaginó la escena: la oscura y húmeda bodega del barco, su madre, exhausta tras el parto, rodeada de personas desconocidas, él mismo recién nacido. ¿Hablaba ella siquiera la lengua de los que iban en el barco? Nunca lo sabría. ¡Qué sola debió de sentirse! En aquel momento, Stephen hubiera dado cualquier cosa por poder consolarla, pero todos los años de su vida los separaban. Sintió que crecía su resentimiento con los ingleses. Hacía apenas unos minutos, se esforzaba por disuadir al caballero de su intención de matar a Strange; pero ¿por qué tenía que importarle lo que le ocurriera a un inglés? ¿Lo que le ocurriera a toda aquella raza fría e insensible?

Con un suspiro desechó esos pensamientos, y advirtió que el caballero seguía hablando.

—... una historia de lo más edificante que demuestra a la perfección todas las cualidades que me han dado fama, a saber: abnegación, leal amistad, nobleza de intención, sensibilidad, ingenio y valentía.

—¿Cómo dice, señor?

—La historia del hallazgo de tu nombre, Stephen, que ahora voy a relatar. Debes saber que tu madre murió en la bodega de un barco, el *Penlaw*³, durante el viaje de Jamaica a Liverpool. Y después —agregó con indiferencia—, los marineros ingleses la desnudaron y arrojaron su cuerpo al mar.

—¡Oh! —jadeó Stephen.

—Como puedes suponer, esto dificultó mucho la tarea de recuperar tu nombre. Después de treinta o cuarenta años, de tu madre no quedaban más que cuatro cosas: los gritos del parto, que se habían incrustado en las tablas del barco; los huesos, que eran lo único que dejaron los peces tras devorar la carne y las entrañas...

—¡Oh! —exclamó Stephen otra vez.

—... su vestido de algodón rosa, que fue a manos de un marinero; y un beso que el capitán del barco le robó dos días antes. Observarás —añadió el caballero, que evidentemente gozaba con el relato— cuánta sagacidad y perspicacia he tenido que desplegar para seguir el rastro de sus vestigios hasta que conseguí recuperarlos y, de ese modo, adivinar tu glorioso nombre. El *Penlaw* siguió la travesía rumbo a Liverpool, donde el malvado abuelo del malvado esposo de lady Pole desembarcó con su criado, que llevaba en brazos a tu tierna persona. Durante su siguiente viaje, con destino a Leith, Escocia, el *Penlaw* naufragó durante una tempestad. Restos del casco fueron arrojados a las rocas de la costa, entre ellos, las tablas que contenían los gritos de tu madre. Un hombre muy pobre las recogió para construir con ellas el tejado y las paredes de su casa. Encontré la casa fácilmente. Estaba en un promontorio azotado por el viento, frente a un mar tempestuoso. En ella vivían varias generaciones de la familia de aquel hombre en la mayor pobreza y degradación.

Ahora bien, Stephen, debes saber que la madera tiene un carácter rebelde y obstinado; no cuenta fácilmente lo que sabe, ni aun a sus amigos. Siempre ha sido más fácil tratar con las cenizas que con la madera en sí. Así pues, quemé la casa del hombre pobre, metí las cenizas en una botella y seguí mi camino.

—¡La quemó, señor! ¡Espero que nadie resultara lastimado!

—Bueno, algunos. Los hombres jóvenes y fuertes tuvieron tiempo de salir corriendo, pero los viejos y débiles, las mujeres y los niños murieron quemados.

—¡Oh!

—Después seguí la pista de los huesos. Como creo haber dicho ya, tu madre fue arrojada al océano, en el que, debido al movimiento de las aguas y la importuna acción de los peces, se convirtió en huesos, y los huesos, en polvo, que pronto fue transformado por un lecho de ostras en varios puñados de bellas perlas. Con el tiempo, las perlas fueron pescadas y vendidas a un joyero de París, que confeccionó con ellas un collar de cinco hilos perfectos, el cual vendió a una bella condesa. Siete años después, la condesa fue guillotizada, y sus joyas, trajes y efectos personales fueron a parar a manos de un oficial de la Revolución, un mal hombre que hasta hace muy poco fue alcalde de una pequeña ciudad del valle del Loira. Por la noche, cuando todos sus criados se habían acostado, aquel hombre se encerraba en su habitación, se ponía las joyas y las finas prendas y trajes de la condesa, y se paseaba delante de un gran espejo. Allí lo encontré una noche, con un aspecto muy ridículo, por supuesto. Lo estrangulé inmediatamente, con el collar.

—¡Oh!

—Dejé caer al suelo el estrafalario cadáver y me fui con las perlas. Después concentré mi atención en el bonito vestido rosa de tu madre. El marinero que se había quedado con él lo guardó durante un año o dos, hasta que un día, encontrándose en una aldea fría y miserable de la costa este de Norteamérica llamada Piper's Grave, se lo regaló a una mujer alta y delgada para impresionarla. El vestido no le sentaba bien (tu madre, Stephen, tenía una figura llena y femenina), pero a la mujer le gustaba el color y lo cortó a trocitos, que utilizó, con otros retales, en la confección de una colcha. El resto de la historia de esta mujer carece de interés: se casó varias veces y fue enterrando a todos sus maridos, y cuando la encontré ya era una vieja arrugada. Le quité la colcha mientras dormía.

—Pero no la mató, ¿verdad, señor? —preguntó Stephen con ansiedad.

—No, Stephen, ¿por qué iba a matarla? Pero era una noche muy fría, había cuatro pies de nieve y rugía el viento del norte. Quizá muriera de frío. Por fin llegamos al beso y al capitán que lo robó.

—¿A él lo mató, señor?

—No, Stephen; aunque lo habría hecho para castigarlo por el insulto que infligió a tu estimada madre, pero lo ahorcaron en la ciudad de Valletta hace veintinueve

años. Afortunadamente, antes de morir aquel hombre había besado a otras muchas mujeres, y la virtud y el poder del beso de tu madre habían sido transmitidos a ellas. Así pues, no tuve más que buscarlas y extraer lo que quedaba del beso de tu madre.

—¿Y cómo lo hizo, señor? —preguntó Stephen, aunque temía saber ya la respuesta.

—Oh, es fácil, una vez que la mujer ha muerto.

—Cuántas muertes, sólo para averiguar mi nombre —suspiró.

—Y con gusto hubiera matado al doble... no, a cien veces... a cien mil veces más, por el amor que te tengo, Stephen. Con las cenizas que eran sus gritos, las perlas que eran sus huesos, la colcha que era su vestido y la mágica esencia de su beso, pude adivinar tu nombre, que yo, tu verdadero amigo y noble benefactor, voy a... ¡Oh, pero ahí viene nuestro enemigo! En cuanto lo matemos, te daré tu nombre. ¡Pero ten cuidado, Stephen! Es posible que haya un combate mágico. Quizá deba tomar formas diferentes: basilisco, calavera y huesos ensangrentados, lluvia de fuego, etcétera. ¡Quizá desees apartarte un poco!

El desconocido se acercaba. Era muy flaco y tenía la cara afilada y torva, de ave de rapiña. La chaqueta y la camisa que llevaba estaban hechas jirones y las botas, rotas y agujereadas.

—¡Vaya! —dijo el caballero tras un momento—. ¡Sí que me sorprende! ¿Tú has visto alguna vez a esta persona, Stephen?

—Sí, señor. Confieso que sí. Es el hombre del que le hablé. El que tiene la piel marcada. El que me dijo la profecía. Se llama Vinculus.

—¡Buenos días, rey! —le dijo Vinculus a Stephen—. ¿No te había dicho que se acercaba la hora? ¡Pues ya ha llegado! ¡La lluvia te hará una puerta y tú entrarás por ella! ¡Las piedras te harán un trono y tú te sentarás en él! —Lo contemplaba con una satisfacción misteriosa, como si la corona, la esfera y el cetro fueran obra suya.

Stephen le dijo al caballero:

—Quizá los seres venerables a los que ha apelado se hayan equivocado, señor. Quizá nos han traído a otra persona.

—Es lo más probable —asintió—. Este vagabundo no parece una amenaza para nadie. Y para mí, mucho menos. Pero ya que el viento del norte y el amanecer se han tomado la molestia de enviárnoslo, sería una descortesía no matarlo.

Vinculus, extrañamente desinteresado, dijo riendo:

—¡Prueba si puedes, duende! ¡Verás que soy duro de matar!

—¿Hablas en serio? Porque te confiaré que tengo la impresión de que ha de ser muy fácil para mí. Y es que soy muy diestro en matar. He aniquilado dragones, ahogado ejércitos y convencido a terremotos y tempestades para que devoraran ciudades. Tú eres un hombre. Tú estas solo, como todos los hombres. Yo estoy acompañado de antiguos amigos y aliados. ¿Qué puedes oponer a eso, rufián?

Vinculus adelantó el mentón con gesto de vivo desdén.

—¡Un libro! —dijo.

Fue una respuesta extraña. Stephen no pudo evitar pensar que si Vinculus tenía realmente un libro, haría bien en venderlo para comprarse otra chaqueta.

El caballero volvió la cara y se quedó mirando con súbita intensidad una franja lejana de colinas blancas.

—¡Oh! —exclamó con violencia, como si lo hubieran golpeado—. Oh! ¡Me la han robado! ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ingleses ladrones!

—¿A quién, señor?

—¡A lady Pole! ¡Alguien ha roto el encantamiento!

—¡Es la magia inglesa, duende! —gritó Vinculus—. ¡Es la magia de los ingleses, que vuelve!

—¡Ya ves qué insolencia, Stephen! —gritó el caballero, girándose para lanzarle a Vinculus una mirada de furor—. ¡Ya ves qué perfidia la de nuestros enemigos! ¡Stephen, tráeme una cuerda!

—¿Una cuerda, señor? Estoy seguro de que no hay una cuerda en millas a la redonda. ¿No sería mejor que usted y yo...?

—¡No hay cuerda, duende! —se mofó Vinculus.

Pero algo sucedía en el aire, encima de sus cabezas. Las líneas que trazaba el aguanieve formaban bucles que se entrelazaban y serpenteaban por el cielo en dirección a Stephen, que de improviso se encontró con una robusta cuerda entre las manos.

—¡Ahí tienes! —gritó el caballero triunfalmente—. ¡Stephen, mira, un árbol! En medio de toda esta desolación, un solo árbol, y justo donde lo necesitamos. Inglaterra ha sido siempre una buena amiga para mí. siempre me ha servido bien. ¡Pasa la soga por encima de una rama y ahorquemos a este rufián!

Stephen titubeaba, sin saber cómo evitar ese nuevo desastre. La cuerda que tenía en la mano pareció impacientarse; se escapó de un brinco y se dividió en dos trozos; uno reptó hasta Vinculus y lo ató con firmeza y el otro, con rápida contorsión, formó un perfecto nudo corredizo, saltó al árbol y se colgó limpiamente de una rama. El caballero estaba alborozado; la perspectiva de un ahorcamiento lo ponía de buen humor.

—¿Sabes bailar, rufián? —le preguntó a Vinculus—. Yo te enseñaré pasos nuevos.

Todo adquirió aires de pesadilla. Las cosas sucedían de prisa, con fluidez, y Stephen no encontraba ni el momento en el que intervenir ni las palabras que decir. El propio Vinculus se comportó de forma muy extraña durante todo el proceso de su ejecución. En ningún momento pareció comprender lo que le ocurría. No dijo ni una palabra más, aunque sí profería exclamaciones de impaciencia, como si estuvieran

causándole una enojosa molestia.

Sin esfuerzo aparente, el caballero agarró a Vinculus y lo puso debajo del lazo. El nudo rodeó el cuello de Vinculus y tiró de él con brusquedad, levantándolo en el aire: al mismo tiempo, la otra cuerda se soltó y se enrolló pulcramente en el suelo.

Vinculus pataleaba en el aire y su cuerpo se convulsionaba y giraba. A pesar de que se había jactado de ser duro de matar, el cuello se le rompió enseguida: el crujido seco se oyó claramente en el páramo desierto. Dos o tres espasmos más y se acabó.

Stephen, olvidando que había decidido odiar a todos los ingleses, se cubrió la cara con las manos y lloró.

El caballero bailaba canturreando entre dientes, como hacen los niños cuando están muy contentos. Luego dijo en tono natural:

—Vaya, ha sido un poco decepcionante. No se ha resistido en absoluto. Me gustaría saber quién era.

—Se lo he dicho, señor —dijo Stephen enjugándose las lágrimas—. Era el hombre que me reveló la profecía. Tenía extrañas marcas en el cuerpo. Como una escritura.

El caballero le arrancó a Vinculus la chaqueta, la camisa y la corbata.

—Sí; ahí está —dijo con una ligera sorpresa. Rascó con la uña un pequeño círculo que Vinculus tenía en el hombro derecho, como tratando de desprenderlo. Al ver que no se despegaba, perdió el interés—. ¡Bien, ahora iremos a hechizar a lady Pole!

—¿Hechizarla, señor? ¿Para qué?

—Ah, pues para que se muera dentro de un mes o dos. Aparte de otras consideraciones, así lo exige la tradición. Es muy raro que a la persona que es liberada de un encantamiento se le permita vivir mucho, ¡y más si la había encantado yo! Lady Pole no está lejos de aquí, y hemos de enseñar a esos magos que no se nos puede desafiar impunemente. ¡Vamos, Stephen!

66. Jonathan Strange y el señor Norrell (Mediados de febrero de 1817)

EL señor Norrell se giró a mirar hacia el corredor que en otro tiempo conducía de la biblioteca al resto de la casa. Si hubiera podido creer que lo llevaría junto a Lascelles y los criados, habría retrocedido por allí. Pero estaba seguro de que la magia de Strange lo haría volver al lugar en que ahora se encontraba.

Se oyó un sonido en la biblioteca y tuvo un sobresalto de terror. Esperó, pero no aparecía nadie. Al cabo de un momento recordó qué producía aquel sonido. Lo había oído mil veces: era una exclamación de impaciencia en la voz de Strange, provocada por algo que acababa de leer en un libro. Era un sonido tan familiar y tan asociado a la época más feliz de su vida que Norrell se sintió con fuerzas para abrir la puerta y entrar.

Ante todo, le llamó la atención el gran número de velas. La habitación estaba llena de luz. Strange no se había molestado en buscar candelabros, sino que había adherido las velas a las mesas, a los anaqueles y hasta a los rimeros de libros. La biblioteca se hallaba en grave peligro de incendio. En todas partes había libros: esparcidos encima de las mesas y caídos en el suelo. Muchos estaban abiertos boca abajo, por la página que interesaba.

Strange se hallaba de pie en el extremo más alejado de la habitación. Estaba mucho más delgado de como el señor Norrell lo recordaba. Se había afeitado, aunque sin gran esmero, e iba despeinado. No levantó la cabeza cuando se acercó Norrell.

—En Norwich, en mil ciento veinticuatro, siete personas —leyó el libro que tenía en la mano—. En Aysgarth, Yorkshire, en la Navidad de mil ciento cincuenta y uno, cuatro. En Exeter, en mil doscientos uno, veintitrés. En Hathersage, Derbyshire, en mil doscientos cuarenta y tres, una. Todas, encantadas y llevadas a *Tierra de Duendes*. Es un problema que él no llegó a resolver.

Hablaba con calma, y Norrell, que esperaba ser fulminado de un momento a otro por una descarga de magia, miró en derredor para ver si había alguien más en la habitación.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—John Uskglass —dijo Strange, aún sin molestarse en mirarlo—. No podía impedir que los duendes raptasen a cristianos. ¿Por qué he de creer que yo seré capaz de hacer lo que él no pudo hacer? —Siguió leyendo—. Me gusta su laberinto —añadió en tono coloquial—. ¿Usó a Hickman?

—¿Cómo? No. De Chepe.

—¡De Chepe! ¿En serio? —Miró a su maestro por primera vez—. Siempre supuse que De Chepe era un estudioso de poca monta, sin una sola idea original en la

cabeza.

—No era muy del agrado de las personas amigas de la magia espectacular —dijo Norrell nerviosamente, sin saber cuánto podía durar aquella urbanidad de Strange—. Le interesaban los laberintos, los senderos mágicos, los hechizos que pueden realizarse siguiendo determinados pasos y vueltas... esas cosas. Belasis hace una extensa descripción de su magia en *Instrucciones...* —Hizo una pausa—. Pero usted no las ha leído. El único ejemplar está aquí, en el tercer estante, al lado de la ventana. —Señaló el sitio, en una balda vacía—. Oh, puede que esté en el suelo —apuntó—. En ese montón.

—Enseguida lo miro —le aseguró Strange.

—Su propio laberinto también es bueno. He pasado media noche tratando de salir de él.

—Oh, he hecho lo que acostumbro en estos casos —dijo con indiferencia—. Copiarlo a usted y añadir algún refinamiento. ¿Cuánto hace?

—¿Cómo?

—¿Cuánto tiempo hace que estoy en la oscuridad?

—Desde primeros de diciembre.

—¿Y en qué mes estamos?

—En febrero.

—¡Tres meses! —exclamó—. ¡Tres meses! ¡Creía que eran años!

Norrell había imaginado muchas veces esta conversación. En ella, Strange siempre aparecía colérico y vengativo, mientras él justificaba su conducta con argumentos poderosos. Por fin se encontraban cara a cara, pero la indiferencia de Strange era desconcertante. Los lejanos remordimientos que Norrell había sentido en su alma pequeña y reseca se despertaron. Ahora tenían garras que laceraban. Empezaron a temblarle las manos.

—¡Yo he sido enemigo suyo! —estalló—. Destruí su libro, todos los ejemplares menos el mío. ¡Lo he calumniado, he conspirado contra usted! Lascelles y Drawlight han ido diciendo por ahí que usted asesinó a su esposa! Yo he dejado que la gente lo creyera.

—Sí.

—¡Pero son crímenes horribles! ¿Por qué no está furioso?

Strange pareció conceder que la pregunta era razonable. Meditó un momento antes de responder.

—Será porque desde la última vez que nos vimos, he sido muchas cosas. He sido árboles, y ríos, y montes, y piedras. He hablado a las estrellas, a la tierra y al viento. Uno no puede ser el canal por el que fluye toda magia inglesa y seguir siendo el mismo. ¿Dice usted que debería estar furioso?

Norrell asintió.

Strange esbozó su antigua sonrisa irónica.

—¡Pues tranquilícese! Creo que algún día volveré a estarlo. Con el tiempo.

—¿Y todo esto lo ha hecho sólo para combatirme?

—¿Combatirlo a usted? —dijo con asombro—. ¡No! ¡He hecho esto para salvar a mi esposa!

Hubo un silencio corto, durante el cual Norrell no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó al fin en voz baja.

—Sólo lo que he querido siempre: su ayuda.

—¿Para romper el encantamiento?

—Sí.

Norrell reflexionó un instante.

—Generalmente, el momento más favorable es el centenario del hechizo. Existen varios ritos y procedimientos...

—Muchas gracias —cortó Strange con algo más que un resto de su antiguo sarcasmo—; pero yo esperaba algo que tuviera un efecto más inmediato.

—La muerte del encantador pone fin a todos esos contratos y encantamientos, pero...

—¡Ah, sí, desde luego! —dijo con vehemencia—. ¡La muerte del encantador! En Venecia pensé mucho en eso. Con toda la magia inglesa a mi disposición, habría podido matarlo de muchas maneras. Arrojarlo desde las alturas. Abrasarlo con el rayo. Levantar montañas que lo aplastaran. De haberse tratado de mi libertad, lo habría intentado. Pero no era mi libertad, sino la de Arabella, y si yo hubiera fracasado, si hubiera muerto, su destino habría quedado trazado irremisiblemente. Así que seguí pensando. Y pensé que había un hombre en el mundo, en todos los mundos que han sido, que sabría cómo derrotar a mi enemigo. Un hombre que podría aconsejarme sobre lo que debo hacer. Comprendí que había llegado el momento de hablarle.

Norrell pareció muy alarmado.

—¡Oh! Pero debe usted saber que ya no me considero su superior. He leído mucho más que usted, cierto, y le prestaré cuanta ayuda me sea posible, pero no puedo asegurarle que sea más eficaz que usted.

Strange frunció el entrecejo.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¡No me refiero a usted! Me refiero a John Uskglass. Quiero que me ayude a llamar a John Uskglass.

Norrell respiró hondo. Hasta el mismo aire parecía estremecerse, como si se hubiera pulsado una nota grave. Percibía de forma intensa, casi dolorosa, la oscuridad que los rodeaba, las estrellas nuevas que brillaban en lo alto y el silencio de los relojes parados. Era un gran momento negro que se prolongaba infinitamente, envolviéndolo, asfixiándolo. Y en aquel momento no había que hacer un gran

esfuerzo para imaginar que John Uskglass estaba cerca, a la distancia de un simple hechizo; las oscuras sombras de los ángulos de la habitación eran los pliegues de su túnica, el humo de las velas que chisporroteaban, el negro lambrequín de su yelmo.

Pero Strange parecía libre de semejantes temores sobrenaturales. Se inclinó con una media sonrisa incitante.

—Vamos, señor Norrell —susurró—. Trabajar para lord Liverpool es muy aburrido. ¿No cree? Que otros magos se encarguen de lanzar hechizos de protección sobre las rocas y las playas. ¡Muy pronto serán muchos los que puedan hacerlo! ¡Hagamos algo extraordinario usted y yo!

Otro silencio.

—Tiene miedo —dijo Strange retrocediendo con desagrado.

—¡Miedo! —estalló Norrell—. ¡Claro que tengo miedo! ¡Sería de locos no tenerlo! Pero no es eso lo que me detiene. Es que su plan no dará resultado. No sé qué espera conseguir, pero, sea lo que sea, no podrá. Aunque lográramos que acudiera, y creo que entre los dos lo conseguiríamos, él no lo ayudaría de la forma que usted imagina. Los reyes no satisfacen la curiosidad vana, y este rey menos que ninguno.

—¿Lo llama curiosidad vana...?

—¡No, no! —protestó apresuradamente—. Yo no. Sólo trato de exponer cómo lo verá él. ¿Qué le importará que se hayan perdido dos mujeres?

Usted piensa en John Uskglass como si fuera un hombre corriente. Quiero decir un hombre como usted y como yo. Él se crió y se educó en *Tierra de Duendes*. Para él los usos del *brugh* eran algo natural, y en la mayoría de los brughs había cristianos cautivos; él mismo fue uno de ellos. No le parecerá algo extraordinario. No lo comprenderá.

—Pues yo se lo explicaré. Señor Norrell, para salvar a mi esposa yo he cambiado Inglaterra. He cambiado el mundo. No voy a retroceder ahora ni renunciar a llamar a un hombre, por imponente que sea. ¡Vamos, señor Norrell! De nada sirve discutir. Lo primero es hacer que venga. ¿Cómo empezamos?

El maestro suspiró.

—No es como invocar a cualquiera. Toda magia relacionada con John Uskglass presenta dificultades muy peculiares.

—¿Por ejemplo?

—Pues, para empezar, no sabemos qué nombre darle. Los hechizos de invocación exigen del mago una gran precisión en los nombres. Ninguno de los nombres por los que nosotros conocemos a John Uskglass es verdadero. Según cuenta la historia, lo raptaron antes de ser bautizado por lo tanto, en el *brugh*, era el niño sin nombre. El Esclavo sin Nombre, se llamaba a sí mismo, entre otras cosas. Sí, los duendes le dieron un nombre, pero renegó de él cuando regresó a Inglaterra. En cuanto a sus otros títulos, Rey Cuervo, Rey Negro, Rey del Norte, así era como lo denominaba la

gente, no como él se llamaba a sí mismo.

—¡Sí, sí! —dijo Strange con impaciencia—. ¡Todo eso ya lo sé! Pero no era John Uskglass su verdadero nombre?

—¡Oh, en absoluto! Ése era el nombre de un joven aristócrata normando que murió en el verano de mil noventa y siete, creo. El Rey, es decir, «nuestro» John Uskglass, declaró que aquel hombre era su padre, pero son muchos los que han puesto en duda que tuvieran parentesco alguno. Y no creo que esa diversidad de falsos nombres y títulos fuera fortuita. El Rey sabía que siempre atraería las miradas de otros magos, y se protegió del incordio de su magia desviando deliberadamente sus conjuros.

—¿Y qué debo hacer entonces? —Strange chasqueó los dedos—. ¡Aconséjeme! Norrell parpadeó. No estaba acostumbrado a pensar con tanta premura.

—Si utilizamos un hechizo de invocación inglés corriente, y así lo recomiendo, ya que no los hay mejores, podemos hacer que los elementos del hechizo realicen la identificación por nosotros. Necesitamos un emisario, un sendero y un presente¹. Si elegimos instrumentos que ya conozcan al Rey, y que lo conozcan bien, no importará que no lo nombremos correctamente; ellos lo encontrarán, lo guiarán y lo obligarán a acudir. ¿Comprende? —A pesar de su terror, se iba animando ante la perspectiva de obrar magia (y magia nueva) con el señor Strange.

—No. No comprendo.

—Esta casa fue construida en las tierras del Rey, con piedras de la abadía del Rey. Un río pasa cerca, a menos de doscientas yardas de esta habitación, un río por el que el Rey navegó a menudo en su esquife real. En mi huerto hay un peral y un manzano que son descendientes directos de las pepitas que el Rey escupió una tarde de verano en el huerto del abad. Que las viejas piedras de la abadía sean nuestro emisario; que el río sea nuestro sendero; que las manzanas y las peras que esos árboles den el año próximo sean nuestro obsequio. Entonces bastará con que digamos, simplemente: «El Rey.» Las piedras, el río y los árboles no conocen a otro rey.

—Está bien. ¿Y qué conjuro recomienda? ¿Belasis tiene alguno?

—Sí; tres.

—¿Vale la pena probarlos?

—En realidad no. —Abrió un cajón y sacó un papel—. Es el mejor que conozco. Yo no acostumbro a utilizar hechizos de invocación; pero, llegado el caso, usaría éste. —Le dio el papel. Estaba cubierto con su letra pequeña y meticulosa. Arriba había escrito: «Hechizo de invocación del señor Strange»—. Es el que empleó usted para invocar a Maria Absalom² —explicó—. He hecho algunas modificaciones. He omitido el *florilegium* que usted copió textualmente de Ormskirk. Como sabe, no tengo muy buena opinión de los florilegia en general, y ése me parecía bastante insulso. Le agregué un *epitome* de preservación y liberación y un *skimmer* de súplica,

aunque dudo que nos ayuden mucho en este caso³ .

—Ahora es tanto obra suya como mía —observó Strange, sin asomo de rivalidad ni resentimiento en la voz.

—No, no. Todo el tejido es suyo. Yo no hice más que repasar los bordes.

—¡Bien! Entonces, ¿preparados?

—Una cosa más.

—¿Qué cosa?

—Debemos tomar ciertas precauciones para garantizar la seguridad de la señora Strange.

Strange lo miró dando a entender que a buenas horas se preocupaba de la seguridad de Arabella, pero Norrell no lo advirtió porque se había acercado rápidamente a un estante y ya buceaba en un voluminoso tomo.

—El hechizo está en el *Liber Novus* de Chaston. ¡Ah, sí, aquí está! Hemos de construir un camino mágico y abrir una puerta, para que la señora Strange pueda salir de *Tierra de Duendes* sana y salva. Si no, podría quedar atrapada allí para siempre. Podríamos tardar siglos en encontrarla.

—¡Ah, eso ya está hecho! Y he puesto a una persona en la puerta para que la reciba al salir. Todo está listo.

Strange tomó un pequeño cabo de vela, lo puso en un candelabro y lo encendió⁴ . A continuación empezó a recitar el hechizo. Dio a las piedras de la abadía el título de emisario enviado a buscar al Rey. Dio al río el título de sendero por el que debía acudir el Rey. Dio a las manzanas y las peras de los árboles del señor Norrell del año siguiente el título de presente que debía recibir el Rey. Por último, dijo que cuando se apagara la llama, sería el momento en que debía aparecer el Rey.

La vela chisporroteó y se apagó...

... y en aquel momento...

... en aquel momento la habitación se llenó de cuervos. Sus alas negras se agitaban en el aire como manos que gesticularan, llenando el campo visual de Strange como tumultuosas llamas negras. Alas y garras lo atacaban por todas partes. Los graznidos eran ensordecedores. Las aves golpeaban las paredes, golpeaban las ventanas, golpeaban al propio Strange, que se cubrió la cabeza con las manos y cayó al suelo. El fragor y el aleteo continuaron durante cierto tiempo.

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, los cuervos desaparecieron y se hizo el silencio.

Todas las velas se habían apagado. Strange se puso boca arriba, pero por unos instantes no pudo hacer más que contemplar la oscuridad.

—¿Señor Norrell? —dijo al fin.

No hubo respuesta.

En la absoluta oscuridad, Strange se puso en pie. Consiguió encontrar una de las

mesas de la biblioteca y tanteó hasta que su mano tropezó con una vela tumbada. Sacó la caja de yesca del bolsillo y la encendió.

Con la vela en alto, vio que la habitación era un caos. No quedaba ni un solo libro en los estantes. Las mesas y las escalerillas estaban volcadas. Varias de las hermosas sillas estaban reducidas a astillas. Una gruesa capa de plumas de cuervo lo cubría todo, como nieve negra.

Norrell estaba medio echado en el suelo, con la espalda apoyada en una mesa. Tenía los ojos abiertos pero inexpresivos. Strange pasó la vela por delante de su cara.

—¿Señor Norrell? —repitió.

En un atónito susurro, éste dijo:

—Creo que podemos decir que hemos atraído su atención.

—Me parece que tiene razón, señor. ¿Sabe lo que ha sucedido?

Todavía en un susurro, respondió:

—Todos los libros se han convertido en cuervos. Yo estaba mirando *La fuente del corazón* de Hugh Pontifex y lo he visto transformarse. Él ha utilizado a menudo ese caos de los pájaros negros. Desde que era niño he leído los relatos. ¡Haber vivido para verlo, señor Strange! ¡Haber vivido! Tiene un nombre en lengua *sidhe*, la lengua de su infancia, pero se ha perdido⁵. —Súbitamente, asió la mano de Strange—. ¿Los libros están a salvo?

Strange recogió uno del suelo. Sacudió las plumas y miró el título: *Siete puertas y cuarenta y dos llaves*, de Piers Russinol. Lo abrió y empezó a leer al azar..

—«... y allí encontrarás un país extraño, parecido a un tablero de ajedrez, donde se alternan la roca árida y los huertos feraces, los zarzales y los campos de maíz cargados de mazorcas, los prados húmedos y los desiertos. Y en este país, el dios de los magos, Hermes Trimegisto, tres veces grande, ha puesto un guardián en cada puerta y en cada puente: aquí un carnero, allá una serpiente...» ¿Esto le suena? —preguntó con escepticismo.

Norrell asintió. Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la sangre de la cara.

Los dos magos, sentados en el suelo entre libros y plumas, estuvieron un rato en silencio. El mundo se había reducido al círculo de luz de una vela.

Al fin Strange dijo:

—¿Cuán cerca de nosotros ha de estar para obrar toda esta magia?

—¿John Uskglass? Que yo sepa, él puede obrar esta magia a cien mundos de distancia... desde el corazón del infierno.

—A pesar de todo, merece la pena tratar de averiguarlo, ¿no?

—¿Merece la pena?

—Bien, por ejemplo, si descubriéramos que estaba cerca, podríamos...

—Strange reflexionó un momento—. Podríamos ir a él.

—Está bien —suspiró Norrell. Ni su voz ni su actitud denotaban confianza:

El primer y único requisito para los hechizos de localización es una fuente de plata con agua. En Hurlfrew Abbey, Norrell tenía la fuente en una mesita, en un ángulo de la biblioteca, pero la mesa había sido destrozada por la violencia de los cuervos y la fuente no se veía por ninguna parte. Después de mucho buscar, la encontraron en la chimenea, boca abajo, entre plumas de cuervo y páginas arrancadas y húmedas.

—Necesitamos agua —dijo Norrell—. Siempre le pido a Lucas que me la traiga del río. Para la magia de localización no hay como el agua que viaja deprisa, y el río de Hurlfrew baja rápido hasta en verano. Iré a buscarla.

Pero el mago no estaba habituado a hacer las cosas por sí mismo, y tardó bastante en salir de la casa. Desde el césped contempló las estrellas que nunca había visto. No tenía la sensación de estar dentro de un Pilar de Oscuridad en medio de Yorkshire, sino más bien la de que el resto del mundo se había alejado y él y Strange habían quedado solos en una isla o un promontorio desiertos. La idea lo apenaba mucho menos de lo que pueda suponerse. El mundo nunca le había importado demasiado, y sobrellevaba filosóficamente su pérdida.

Se arrodilló sobre la hierba helada de la margen del río para llenar de agua la fuente. Las estrellas desconocidas relucían en el agua. Cuando se levantó (un poco mareado tras un esfuerzo al que no estaba habituado), experimentó la abrumadora sensación de que lo envolvía una magia más densa que nunca. Si le hubieran pedido que describiera lo que ocurría, habría dicho que todo Yorkshire se convulsionaba. Durante un momento, no supo en qué dirección estaba la casa. Se volvió, tropezó y chocó con Strange, que, no se explicaba por qué, se hallaba justo detrás de él.

—Creía que se había quedado en la biblioteca —dijo sorprendido.

Strange lo miraba furioso.

—¡Y allí me había quedado! Estaba leyendo *El guardián de Apolo*, de Goubert, y de pronto me he visto aquí.

—¿No me ha seguido?

—¡Claro que no! ¿Qué sucede? ¿Y por qué tardaba usted tanto?

—No encontraba el abrigo —dijo Norrell con humildad—. No sabía dónde lo guardaba Lucas.

Strange alzó una ceja, suspiró y dijo:

—Poco antes de ser desplazado hasta aquí, he percibido una sensación de vientos, aguas y llamas, todo mezclado. ¿No ha notado usted lo mismo?

—Sí.

—¿Y un aroma a hierbas silvestres y a campo?

—Sí.

—¿Magia de duende?

—¡Oh, sin duda! —dijo Norrell—. Forma parte del mismo hechizo que lo retiene

a usted en la Oscuridad Eterna. —Miró en derredor—. ¿Qué extensión tiene?

—¿El qué?

—La oscuridad.

—Para mí es difícil de calcular, ya que se mueve conmigo. Pero otras personas me han dicho que tiene las dimensiones de la parroquia de Venecia en la que yo residía. Medio acre, aproximadamente.

—¡Medio acre! ¡No se mueva!

Norrell puso la bandeja de plata en el suelo helado y se alejó en dirección al puente. Pronto no se vio de él nada más que la peluca gris. A la luz de las estrellas, parecía una pequeña tortuga de piedra que se alejara caminando pesadamente.

El mundo se estremeció otra vez, y de pronto los dos magos estaban juntos en el puente, sobre el río de Hurtfew.

—¿Qué diablos...?

—¿Lo ve? —dijo Norrell tristemente—. El hechizo no nos permite alejarnos uno de otro. Ahora me ha apresado también a mí. Supongo que hubo una lamentable imprecisión en la magia del duende. Fue negligente y se refirió a usted con el nombre de mago inglés o término similar. Por tanto, el encantamiento, que estaba destinado sólo a usted, atraparé ahora a cualquier mago inglés que tropiece con él.

—¡Ah! —No dijo más. Al parecer, no había más que decir.

Norrell se volvió hacia la casa.

—¡Si otra cosa no, señor Strange, esto ilustra a la perfección la necesidad de extremar la precisión en los nombres al formular un hechizo!

Strange, que iba detrás de él, puso los ojos en blanco.

En la biblioteca, colocaron la fuente de plata con el agua encima de una mesa y se situaron uno a cada lado.

Era curioso, pero el hecho de encontrarse preso en la Oscuridad Eterna con Strange parecía haber puesto de buen humor a Norrell. Hablando animadamente, le recordó que aún no sabían qué nombre dar a John Uskglass, lo cual sería un gran obstáculo para localizarlo, tanto si utilizaban la magia como si trataban de servirse de cualquier otro medio.

Strange, con la cabeza apoyada en las manos, lo miraba con ojos sombríos.

—Pruebe con John Uskglass —dijo.

Norrell realizó el acto de magia, dando el nombre de John Uskglass a la persona a la que se buscaba. Dividió la superficie del agua en cuatro con líneas de luz clara. Dio a cada sección un nombre: cielo, infierno, tierra y Tierra de Duendes. Al momento, un punto de luz azulada brilló en la parte de la tierra.

—¡Ahí está! —dijo Strange poniéndose en pie triunfalmente—. ¡Ya lo ve, señor! Las cosas no siempre son tan difíciles como usted supone.

Norrell golpeó la superficie de aquel cuarto y las líneas divisorias desaparecieron.

Volvió a trazarlas dándoles otros nombres: Inglaterra, Escocia, Irlanda, *Otros Lugares*. El punto luminoso apareció en Inglaterra. Tocó esa parte, volvió a dividir la superficie y examinó el resultado. Y siguió buscando, apurando la magia. El punto luminoso seguía brillando. Ahogó una exclamación.

—¿Qué hay? —preguntó Strange.

Con asombro, Norrell dijo:

—¡Me parece que lo hemos conseguido, después de todo! Señala que está aquí.
¡En Yorkshire!



67. El árbol del espino (Febrero de 1817)

CHILDERMASS cruzaba un páramo solitario. En medio de aquella desolación alzaba su figura contrahecha un único árbol, un espino, del que pendía un hombre. Había sido despojado de la chaqueta y la camisa, y, muerto, mostraba lo que sin duda había mantenido oculto durante toda su vida: las extrañas marcas que le cubrían la piel, unos intrincados dibujos azules, tan tupidos que lo hacían más azul que blanco.

Mientras se acercaba al árbol, Childermass se preguntó si el asesino se habría entretenido en escribir sobre el cadáver para divertirse. En su época de marinero, había oído relatos de países donde al condenado a muerte se le escribía en la piel su propia confesión, por algún medio atroz, antes de ajusticiarlo. A distancia, las marcas de aquel hombre parecían de escritura, pero cuando se hubo acercado, vio que estaban debajo de la piel.

Echó pie a tierra y rodeó el cadáver para verle la cara, que estaba amoratada e hinchada, con los ojos desorbitados e inyectados en sangre. Estuvo mirándolo fijamente hasta que, en aquellas facciones desfiguradas, descubrió a un conocido.

—Vinculus.

Sacó la navaja y cortó la cuerda. Le quitó los pantalones y le examinó el cuerpo: el cadáver de un animal escuálido en un árido páramo invernal.

Las marcas cubrían todas las pulgadas de su piel, con excepción de la cara, las manos, las partes íntimas y la planta de los pies. Parecía un hombre azul con máscara y guantes blancos. Childermass intuía que aquellas señales tenían un significado.

—Son las *Letras del Rey* —dijo al fin—. Es el libro de Robert Findelm.

En aquel momento empezó a nevar, y el viento arreció formando torbellinos de acerados copos.

Childermass pensó en Strange y Norrell, que estaban a veinte millas de allí, y se echó a reír. ¿Qué importaba quién leyera los libros de Hurtfew? El más precioso de todos yacía a sus pies, desnudo y muerto, expuesto a la nieve y el viento.

—Vaya, en mí han recaído la mayor gloria y la mayor carga que puedan caer a un hombre en nuestro tiempo.

Por el momento, era más evidente la carga que la gloria. El libro tenía un formato poco manejable. Childermass no sabía el tiempo que Vinculus llevaba muerto ni el que tardaría en empezar a descomponerse. ¿Qué hacer? Podía cargar el cadáver en su caballo, pero si encontraba a alguien en el camino, ¿cómo explicar por qué cargaba con un hombre recién ahorcado? O podía esconderlo mientras iba en busca de un carro y un caballo. ¿Cuánto tardaría? Y era posible que entretanto alguien lo descubriese y se lo llevara. En York había médicos dispuestos a comprar cadáveres sin hacer preguntas.

«Podría realizar un hechizo de ocultación», pensó.

Un hechizo de ocultación lo haría invisible a los ojos humanos, pero había que tomar en consideración a los perros, zorros y cuervos, a los que no se podía engañar con ninguna de las fórmulas que él conocía. El libro ya había sido comido una vez. No quería arriesgarse a que volviera a ocurrir.

Lo más natural sería copiarlo, pero su cuaderno, la tinta y la pluma se habían quedado encima de la mesa del salón, en la oscuridad de Hurlfew Abbey. ¿Qué hacer, pues? Podía grabarlo con una vara en la tierra helada, pero ello no reportaría ventaja alguna con respecto a lo que ahora tenía. Si hubiera más árboles, podría descortezarlos, quemar algo de madera y escribir en la corteza con las cenizas. Pero no había más árbol que aquel espino retorcido.

Miró la navaja que sujetaba. ¿Y si copiaba el libro sobre su propio cuerpo? El plan tenía sus ventajas. Primera: ¿quién podía asegurar que la situación de cada dibujo en el cuerpo de Vinculus no encerraba un significado? ¿Cuanto más cerca de la cabeza, más importante el texto? Todo era posible. Segunda: el libro estaría bien escondido a la vez que seguro. No tendría que temer que pudieran robárselo. Aún no había decidido si se lo mostraría a Strange o a Norrell.

Pero la escritura del cuerpo de Vinculus era tupida e intrincada. Aunque consiguiera que la navaja imitara con exactitud aquellos delicados puntos, círculos y volutas —cosa que dudaba—, debería hundirla bastante para que las marcas no se borraran.

Se quitó el abrigo y la chaqueta, desabrochó el puño de la camisa y se subió la manga. A modo de prueba, se grabó uno de los símbolos de la parte inferior del antebrazo de Vinculus en el mismo sitio del suyo. El resultado no fue muy alentador. Sangraba tanto que era difícil ver lo que hacía, y el dolor lo mareaba.

«Algo de sangre puedo sacrificar por esta causa, pero con tanta escritura me desangraría. Además, ¿cómo iba a copiar lo que está escrito en la espalda? Lo cargaré en mi caballo y si alguien me pregunta y me importuna... bien, si es necesario, le disparo. No deja de ser un plan. No es muy bueno, pero es un plan.»

Brewer se había alejado un trecho y mordisqueaba unas hierbas secas que el viento había dejado al descubierto. Childermass fue hacia él. Sacó de la bolsa una cuerda resistente y el estuche de las pistolas. Puso una bala en cada una y las cebó con pólvora.

Se volvió hacia el cadáver. Alguien —un hombre— estaba inclinado sobre él. Childermass se metió las pistolas en los bolsillos del abrigo y echó a correr gritando.

El hombre llevaba botas y abrigo de viaje negros. Estaba medio agachado y medio arrodillado en la nieve, al lado de Vinculus. Childermass creyó que era Strange; pero éste no era tan alto y tenía una complexión más delgada. Sus ropas eran, además de oscuras, caras y elegantes. No obstante, su pelo lacio y negro era más

largo de como lo llevaría un hombre que siguiese la moda. Le daba aire de predicador metodista o poeta romántico. «Lo conozco —pensó Childermass—. Es un mago. Lo conozco bien. ¿Por qué no puedo recordar su nombre?» Dijo:

—¡El cadáver es mío, caballero! ¡No lo toque!

El hombre levantó la cabeza.

—¿Tuyo, John Childermass? —preguntó con leve ironía—. Creía que era mío.

Era extraño, pero, a pesar de su ropa elegante y su aire de fría autoridad, el lenguaje de aquel hombre era tosco, incluso para los oídos de Childermass. Hablaba con acento del norte, de eso no había duda, pero no conseguía identificarlo. Podía ser de Northumbria, aunque con cierto deje de los países fríos que se encuentran más allá del mar del Norte, y —lo que parecía aún más extraordinario— había en su pronunciación una resonancia de francés.

—En eso se equivoca. —Childermass levantó las pistolas—. Dispararé si he de disparar, señor. Pero preferiría no hacerlo. Deje ese cuerpo y siga su camino.

El hombre no dijo nada y continuó mirándolo un momento. Luego, como si lo aburriera lo que veía, se volvió de nuevo hacia el cadáver.

Childermass buscaba con la vista un caballo o un carruaje, algo que indicara cómo había llegado hasta allí aquel hombre. No veía nada. En todo el extenso páramo sólo estaban ellos dos, el caballo, el cadáver y el espino.

«En algún sitio ha de haber un carruaje —pensó—. No tiene ni una mota de barro en el abrigo ni en las botas. Parece recién salido de las manos de su ayuda de cámara. ¿Dónde están sus criados?»

Ésa era una idea inquietante. Childermass no creía que tuviera grandes dificultades para dominar a aquel hombre pálido, delgado y con aspecto de poeta, pero no podía habérselas al mismo tiempo con un cochero y dos o tres robustos lacayos.

—¿Estas tierras le pertenecen, caballero? —preguntó.

—Sí.

—¿Dónde ha dejado el caballo? ¿Y el coche? ¿Y dónde están sus criados?

—No tengo caballo, John Childermass. No tengo coche. Y aquí sólo está uno de mis criados.

—¿Dónde?

Sin molestarse en levantar la cabeza, el hombre alzó el brazo con un dedo fino y pálido extendido.

Childermass, desconcertado, miró a su espalda. No había nadie. Sólo las nevadas matas de hierba que agitaba el viento. ¿A quién se refería? ¿Al viento o a la nieve? Había oído hablar de magos medievales, que decían tener por criados a esas y otras fuerzas de la naturaleza. Entonces comprendió.

—¿Qué? No, señor; se equivoca. ¡Yo no soy criado suyo!

—Te jactabas de ello no hace ni tres días.

Sólo había una persona que tuviera derecho a llamarse su señor. ¿Sería Norrell aquel hombre, transformado por algún misterioso prodigio? ¿Una transfiguración de Norrell? Antiguamente, los magos se aparecían bajo formas diferentes, según las cualidades que constituían su carácter. Childermass trataba de adivinar qué parte del carácter de Gilbert Norrell podía manifestarse de pronto bajo el aspecto de un hombre pálido y apuesto, que hablaba con un acento extraño y poseía un aire de gran autoridad. Se dijo que en los últimos días estaban sucediendo cosas extrañas, pero no tanto.

—¡Está advertido, caballero! ¡No toque el cuerpo!

El hombre se inclinó más sobre el ahorcado. Se sacó algo de la boca —una perla muy pequeña, ligeramente teñida de rosa y plata— y lo introdujo en la boca de Vinculus. El cadáver se estremeció. No era el temblor de un enfermo o de una persona sana; era como el temblor de una desnuda rama de abedul al soplo de la primavera.

—¡Deje el cadáver, señor! —gritó Childermass—. No lo repetiré. El hombre ni se dignó levantar la cabeza. Pasaba la yema del dedo por el cuerpo de Vinculus, como si escribiera.

Childermass apuntó con la pistola que sostenía con la mano derecha a un punto situado a cierta distancia del hombro izquierdo del desconocido, con intención de asustarlo. La pistola disparó perfectamente, de la cámara salieron humo y olor a pólvora, y del cañón chispas y más humo.

Pero la bala no voló, sino que se quedó suspendida en el aire y, como en un sueño, se retorció, creció y cambió de forma. Le nacieron alas, se convirtió en una avefría y se alejó volando. En el mismo instante, la mente de Childermass quedó inerte como una piedra.

El hombre movía el dedo sobre Vinculus, y los dibujos y símbolos giraban y se ondulaban con un movimiento fluido, como si hubieran sido trazados sobre agua. Al cabo de un rato dio por terminada la operación y se puso en pie.

—Estás equivocado —le dijo a Childermass—. Este hombre no ha muerto.

Se acercó a Childermass. Cuando estuvo delante de él, con un gesto tan poco ceremonioso como el de una madre que limpia un poco de tizne de la cara de su hijo, se humedeció el dedo con la lengua y trazó una especie de símbolo sobre los párpados, los labios y el pecho de Childermass. Luego le golpeó la mano izquierda para que cayera al suelo la pistola y le dibujó otro símbolo en la palma. Dio media vuelta para marcharse, pero entonces miró atrás y, como si acabara de ocurrírsele, le hizo una última señal sobre el corte de la cara.

El viento agitaba la nieve, haciéndola girar y ondularse. Brewer relincho suavemente, como si algo lo hubiera molestado. Por un instante pareció que la nieve

y las sombras formaban la imagen de un hombre delgado y moreno, con botas y abrigo negros. Al momento, la ilusión se desvaneció.

Childermass parpadeó.

—¿Adónde voy? —se preguntó con impaciencia—. ¿Y qué hago aquí hablando solo? ¡No es momento para pensar en las musarañas!

Olía a pólvora. Una de sus pistolas estaba en el suelo nevado. Cuando la recogió, la notó caliente, como si hubiera disparado con ella hacía poco. Era muy extraño, pero no tuvo tiempo de acabar de sorprenderse, porque un sonido le hizo alzar la cabeza.

Vinculus estaba levantándose. Se movía torpemente, a sacudidas, como algo que acaba de nacer y aún no ha aprendido a usar las extremidades. Se quedó un momento de pie, oscilando el cuerpo y moviendo la cabeza con pequeños espasmos a derecha e izquierda. Entonces abrió la boca y gritó. Pero lo que salió de su boca no fue un sonido, sino la piel de un sonido, vacía de carne y huesos.

Aquello era, sin duda, lo más extraño que había visto Childermass en toda su vida: un hombre azul, desnudo, con los ojos inyectados en sangre, que gritaba en silencio en medio de un páramo nevado. Tan extraordinaria era la imagen que, durante unos instantes, no supo qué hacer. Se preguntó si debía probar el hechizo para restaurar la calma perdida de Gilles de Marston, pero luego pensó en algo mejor. Sacó la botella de burdeos que Lucas le había dado y se la enseñó a Vinculus. Éste la miró fijamente y se calmó.

Un cuarto de hora después, estaban sentados sobre unas matas de hierba al pie del árbol, desayunando con el burdeos y unas manzanas. Vinculus se había puesto la camisa y el pantalón y estaba envuelto en una manta que era propiedad de Brewer. Se había recobrado del ahorcamiento con sorprendente rapidez. Aún tenía los ojos inyectados en sangre, pero ya no impresionaba tanto mirarlos, y hablaba con voz ronca, interrumpida por accesos de tos, pero comprensible.

—Alguien ha querido ahorcarte —le dijo Childermass—. No sé quién ni por qué. Afortunadamente, te he encontrado a tiempo y he cortado la cuerda. —Mientras lo decía, un interrogante le perturbaba el pensamiento. Le parecía ver a Vinculus muerto en el suelo, y una mano blanca y delgada que señalaba. ¿Quién era? El recuerdo se desvaneció—. Cuenta —prosiguió—, ¿cómo se convierte un hombre en libro? Sé que Robert Findhelm le dio el libro a tu padre para que se lo entregara a un hombre que vivía en las colinas de Derbyshire.

—El último hombre de Inglaterra que sabía leer las *Letras del Rey* —graznó.

—Pero tu padre no entregó el libro, sino que se lo comió en aquel desafío de taberna en Sheffield.

Vinculus tomó otro trago de vino y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Cuatro años después nací yo, y las *Letras del Rey* estaban grabadas en mi

cuerpo. Cuando cumplí los diecisiete, fui en busca del hombre que vivía en las colinas de Derbyshire. Aun pude encontrarlo vivo. ¡Qué noche! ¡Estrellada noche de verano en la que el libro del Rey y el último lector de las *Letras del Rey* se encontraron y bebieron juntos! Nos sentamos en la cima de la colina de Bretton, contemplando Inglaterra, y él leyó en mí el destino de Inglaterra.

—¿Y fue la profecía que les dijiste a Strange y Norrell?

Vinculus asintió mientras tosía. Cuando pudo hablar, agregó:

—Y al esclavo sin nombre.

—¿A quién? —Arrugó el entrecejo—. ¿Quién es ése?

—Un hombre. Ha sido parte de mi tarea llevar en mí su historia. Empezó su vida siendo esclavo. Pronto será rey. Al nacer le fue negado su verdadero nombre.

Childermass meditó sobre esa descripción unos momentos.

—¿Te refieres a John Uskglass?

Vinculus gruñó de impaciencia.

—¡Si me refiriese a John Uskglass, lo diría! No. No es un mago. Es un hombre como cualquier otro. —Pensó un instante—. Pero negro —agregó.

—Nunca he oído hablar de él.

Vinculus lo miró con aire divertido.

—Claro que no. Te has pasado toda la vida metido en el bolsillo del mago de Mayfair. Sólo sabes lo que sabe él.

—¿Y qué? —repuso Childermass, ofendido—. No es poco. Norrell es un hombre inteligente... y Strange también. Tienen sus defectos, como cualquier hombre, pero han hecho cosas grandes. Que quede claro que yo soy hombre de John Uskglass. O lo sería si él estuviera aquí. Pero reconoce que la restauración de la magia inglesa es obra de ellos, no de él.

—¡Obra de ellos! —se mofó Vinculus—. ¿De ellos? ¿Es que aún no lo entiendes? Ellos son el hechizo que está obrando John Uskglass. Nunca han sido más que eso. ¡Y él está obrándolo ahora!

68. «SÍ» (Febrero de 1817)

En el agua de la fuente de plata, el punto luminoso tembló y se apagó.

—¡Eh! —gritó Strange—. ¿Qué ha pasado? ¡Deprisa, señor Norrell!

Norrell golpeó la superficie del agua, volvió a trazar las líneas de luz y susurró unas palabras, pero el agua permaneció oscura y quieta.

—Se ha ido —dijo.

Strange cerró los ojos.

—Es raro —prosiguió Norrell, con tono de extrañeza—. ¿Qué cree usted que podría estar haciendo él en Yorkshire?

—¡Oh! Me figuro que habrá venido con el propósito de volverme loco. —En un tono en el que se mezclaban el furor y la autocompasión, preguntó—: ¿Por qué se niega a escucharme? Después de todo lo que he hecho, ¿por qué ni siquiera se digna mirarme? ¿Por qué no quiere hablarme?

—Es un mago viejo y un rey viejo. No es fácil impresionar a uno ni a otro.

—Todos los magos ansían asombrar a sus maestros. Yo lo he asombrado a usted. Ahora quería asombrarlo a él.

—Pero su verdadero propósito es liberar a la señora Strange del encantamiento —le recordó Norrell.

—Sí, sí. Justo —repuso con irritación—. Por supuesto. Sólo que... —Dejó la frase sin terminar.

Se hizo el silencio, y Norrell, que se había quedado pensativo, dijo:

—Decía usted que los magos siempre quieren impresionar a sus maestros. Eso me ha recordado algo que sucedió en mil ciento cincuenta y seis...

Strange suspiró.

—Aquel año, John Uskglass sufrió una extraña enfermedad, como le ocurría de vez en cuando. Cuando se restableció, se celebró una fiesta en su casa de Newcastle. Los reyes y las reinas le llevaron espléndidos regalos de gran valor: oro, rubíes, marfil, especias raras. Los magos le ofrecían cosas mágicas: nubes de revelación, árboles cantores, llaves de puertas místicas, etcétera, tratando de superarse unos a otros. El Rey les daba las gracias a todos con el mismo gesto grave. El último en llegar fue Thomas Godbless. Iba con las manos vacías. No llevaba regalo. Alzando la cabeza, dijo: «Señor, yo os traigo los árboles y las colinas. Os traigo el viento y la lluvia.» Los reyes y las reinas, los caballeros, las damas y los otros magos estaban asombrados ante semejante insolencia. Les parecía que Godbless no había regalado nada en absoluto. Pero entonces, por primera vez desde su enfermedad, el Rey sonrió.

Strange reflexionó.

—Bien, pues me parece que yo estaría de parte de los reyes y las reinas. No

entendiendo nada. ¿De dónde ha sacado la historia?

—De *Instrucciones* de Belasis. En mi juventud, lo estudié con verdadera pasión y este pasaje me intrigó. Deduje que Godbless habría convencido a los árboles, a las colinas, etcétera, para que le hicieran a John Uskglass alguna especie de saludo místico, inclinándose ante él, por ejemplo. Me satisfacía haber comprendido algo que a Belasis se le había escapado, pero no volví a pensar en ello: esa clase de magia no me interesaba. Años después, encontré un hechizo en *El lenguaje de las aves* de Lanchester. Él lo había sacado de un libro anterior, que se ha perdido. Reconocía no saber para qué servía, pero creo que era el que utilizó Godbless... u otro muy parecido. Si está decidido a hablar a John Uskglass, ¿quiere que lo formulemos ahora? ¿Quiere que le pidamos a Inglaterra que lo salude?

—¿Qué conseguiríamos con eso? —preguntó Strange.

—¿Conseguir? ¡Nada! Por lo menos directamente. Pero serviría para recordarle a John Uskglass los lazos que lo unen a Inglaterra. Y mostraría cierto respeto de nuestra parte, que sin duda es lo que un rey espera de sus súbditos.

Strange se encogió de hombros.

—No se me ocurre algo mejor que proponer. ¿Dónde está su ejemplar de *El lenguaje de las aves*?

Miró la habitación. Cada libro estaba en el sitio en que había caído en el momento en que había dejado de ser cuervo.

—¿Cuántos libros hay? —preguntó.

—Cuatro o cinco mil —dijo Norrell.

Los magos tomaron una vela cada uno y empezaron a buscar.

El caballero del pelo como el vilano del cardo caminaba rápidamente por el sendero que, entre muros, conducía al pueblo de Starecross. Stephen iba tras él con paso inseguro, de una muerte a otra.

Inglaterra, a sus ojos, era sólo horrores y calamidad. Las mismas formas de los árboles eran como gritos helados. De una rama colgaba un manojo de hojas secas que susurraba con el viento: Vinculus en el espino. En el sendero había un conejo destrozado por un zorro: lady Pole, que pronto sería aniquilada por el caballero.

Muerte sobre muerte, horror sobre horror, y Stephen nada podía hacer para evitarlo.

En Starecross Hall, lady Pole, sentada al escritorio de su gabinete, manejaba la pluma furiosamente. La mesa estaba cubierta de papeles.

Sonó un golpecito en la puerta y entró el señor Secundus.

—Con su permiso —dijo—. ¿Puedo preguntar si escribe a sir Walter?

Ella negó con la cabeza.

—Estas cartas son para lord Liverpool y el director del Times.

—¡Vaya! Bien, también yo he escrito una carta, a sir Walter. Pero estoy seguro de que nada lo alegrará tanto como recibir unas líneas de puño y letra de milady, en las que le comunique que está bien y libre del encantamiento.

—Eso ya lo sabrá por su carta. Lo siento, señor Segundus, pero mientras mi querida señora Strange y el pobre Stephen sigan en poder de aquel mal espíritu, no puedo pensar en otras cosas. ¡Debe usted enviar estas misivas inmediatamente! Y cuando las termine, escribiré al arzobispo de Canterbury y al príncipe regente.

—¿No cree que sir Walter es la persona más indicada para dirigirse a tan altas personalidades? Sin duda...

—¡En absoluto! —exclamó ella, indignada—. No tengo intención de pedir a otras personas que hagan en mi nombre algo que yo soy perfectamente capaz de hacer por mí misma. No pienso pasar, en una hora, de la incapacidad del encantamiento a cualquier otra clase de incapacidad. ¡Además, sir Walter no podría exponer en toda su magnitud, ni mucho menos, la vileza de los crímenes del señor Norrell!

En ese momento entró en la habitación otra persona; Charles, el criado de Segundus, informó a su señor de que en el pueblo sucedía algo extraño. Un hombre alto y negro, el mismo que había llevado a milady a Starecross, había aparecido con una corona de plata en la cabeza y en compañía de un caballero que tenía el pelo como el vilano del cardo y vestía una chaqueta verde brillante.

—¡Stephen! ¡Stephen y el duende! —gritó lady Pole—. ¡Pronto, señor Segundus! ¡Haga acopio de todos sus poderes! ¡Debe usted vencerlo! Libere a Stephen como me ha liberado a mí!

—¡Vencer a un duende! —exclamó él, horrorizado—. ¡Oh no! No puedo. Haría falta un mago mucho más poderoso...

—¡Tonterías! —gritó ella con ojos brillantes—. Recuerde lo que le la dicho Childermass. ¡Sus años de estudio lo han preparado! ¡Sólo tiene que intentarlo!

—Es que no sé... —empezó, titubeando.

Pero lo que él no supiera ya no importaba, porque, al acabar de hablar, ella había salido corriendo de la habitación. Puesto que Segundus se creía en la obligación de protegerla, tuvo que correr tras ella.

En Hurlfew, los magos habían encontrado *El lenguaje de las aves*: estaba encima de la mesa, abierto por la página del conjuro. Pero aún subsistía el problema de hallar un nombre para John Uskglass. Norrell estaba en cuclillas, inclinado sobre la fuente de plata, articulando hechizos de localización. Ya habían repasado todos los nombres y títulos imaginables sin que el hechizo de localización reconociera ni uno solo. El agua seguía clara y transparente.

—¿Y su nombre de duende? —preguntó Strange.

—Se ha perdido.

—¿Hemos probado con Rey del Norte?

—Sí —contestó Norrell.

—Oh. —Reflexionó—. ¿Qué nombre ha dicho usted antes? Un nombre que él solía darse a sí mismo. El nosequé sin nombre.

—¿El esclavo sin nombre?

—Sí. Probemos.

Norrell dudaba, pero formuló el hechizo para el esclavo sin nombre. Al momento apareció un punto de luz azulada. Siguió el proceso y descubrió que el esclavo sin nombre estaba en Yorkshire, muy cerca del lugar en el que antes apareciera John Uskglass.

—¡Mire! —exclamó Strange triunfalmente—. Nuestro temor era infundado. Aún está aquí.

—Pero no creo que sea la misma persona. Parece diferente.

—¡Señor Norrell, por favor, déjese de dudas! ¿Quién va a ser si no? Cuántos esclavos sin nombre puede haber en Yorkshire?

Como era una pregunta razonable, Norrell no puso más objeciones.

—Y ahora pasemos a la magia en sí —dijo Strange.

Tomó el libro y empezó a recitar la fórmula. Se dirigió a los árboles de Inglaterra, a las colinas de Inglaterra, al sol, al agua, a los pájaros, a la tierra y a las piedras. Se dirigió a ellos uno a uno, exhortándolos a ponerse en manos del esclavo sin nombre.

Stephen y el caballero llegaron al puente de caballerías que conducía a Starecross.

El pueblo estaba adormecido, apenas se veía a alguien. En el vano de una puerta, una muchacha con vestido estampado y toquilla de lana vertía la leche de unos cubos de madera en cubas de hacer queso. Un hombre con polainas y sombrero ancho iba por un sendero que discurría al lado de la casa. Junto a él brincaba un perro. Cuando el hombre y el perro doblaron la esquina, la muchacha y el hombre se saludaron sonriendo y el perro ladró con agrado. Era la clase de escena simple y doméstica que, en circunstancias normales, hubiera complacido a Stephen; pero en su actual estado de ánimo le produjo un escalofrío. Si el hombre hubiese golpeado —o estrangulado— a la muchacha, no le habría causado sorpresa.

El caballero ya estaba en el puente de caballerías. Stephen lo siguió y...

... y todo cambió. El sol apareció por un claro entre las nubes, lució entre los árboles invernales y resplandecieron cientos de pequeñas manchas de luz. El mundo se convirtió en una especie de rompecabezas o laberinto que recordaba la superstición que dice que no debes pisar las líneas que separan las losas... o la extraña magia de los Cuadrados de Doncaster que se practica sobre un tablero parecido al del ajedrez.

De pronto, todo tenía significado. Stephen casi no se atrevía a dar un paso más. Si lo daba y, por ejemplo, pisaba tal sombra o tal mancha de luz, el mundo podía cambiar para siempre.

«¡Un momento! —pensó atropelladamente—. ¡No estoy preparado! ¡No lo he pensado! ¡No sé qué hacer!»

Pero ya era tarde. Levantó la cabeza.

Las ramas desnudas de los árboles que se recortaban en el cielo eran una escritura y, aun sin querer, él la leyó. Vio que era una pregunta que le hacían los árboles.

—Sí —les respondió.

Y fue dueño de la experiencia y los conocimientos de los árboles.

Más allá de los árboles, había una sierra cubierta de nieve, como una línea trazada en el cielo, que proyectaba una sombra azulada en la nieve que tenía delante. Era la esencia de la frialdad y la dureza. Saludó en Stephen al rey que estaba esperando. A una palabra suya, caería sobre sus enemigos, aplastándolos. Le hizo una pregunta.

—Sí —contestó él.

Y él tuvo en sus manos todo el orgullo y la fuerza de los montes.

El negro arroyo le cantó su pregunta desde debajo del puente.

—Sí —contestó él.

La tierra preguntó...

—Sí —contestó él.

Los grajos, las urracas, los alirrojos y los pinzones preguntaron...

Sí —contestó él.

Las piedras preguntaron...

—Sí —contestó Stephen—. Sí. Sí. Sí.

Ahora tenía a toda Inglaterra en la palma de su negra mano. Todos los ingleses estaban a su merced. Ahora podía resarcirse de todos los insultos. Ahora todas las afrentas hechas a su pobre madre podían ser vengadas cien veces. Toda Inglaterra podía ser devastada en un momento. Podía derrumbar todas las casas con sus moradores dentro. Podía ordenar a los montes que cayeran y a los valles que cerraran sus labios. Podía conjurar centauros, extinguir estrellas, robar la luna del firmamento. Ahora. Ahora. Ahora.

Ahora, lady Pole y Segundus habían salido de la casa y corrían a la pálida luz del sol. Ella miró al caballero con ojos encendidos de odio. El pobre señor Segundus era todo confusión y espanto.

El caballero se volvió hacia Stephen y dijo algo que él no pudo oír: los montes y los árboles hablaban con voz muy potente. Pero Stephen dijo:

—Sí.

El caballero rió alegremente y levantó las manos, disponiéndose a lanzar hechizos sobre lady Pole.

Stephen cerró los ojos y dijo una palabra a las piedras del puente.

«Sí», dijeron las piedras. El puente se alzó por un extremo como un caballo que se encabrita y lanzó al caballero al arroyo.

Stephen dijo una palabra al arroyo.

«Sí», dijo el arroyo; atenazó al caballero en un abrazo de hierro y lo arrastró rápidamente.

Stephen veía que lady Pole le hablaba y que trataba de agarrarlo del brazo, vio la cara pálida y estupefacta de Secundus, vio que decía algo, pero no tenía tiempo para responderles. ¿Quién sabía durante cuánto tiempo consentiría el mundo en obedecerlo? Saltó del puente y echó a correr por la margen del arroyo.

Los árboles parecían saludarlo al pasar; hablaban de antiguas alianzas y le recordaban tiempos pasados. La luz del sol lo llamaba rey y le hablaba del placer que le causaba encontrarlo allí. Él no tenía tiempo para decirles que no era quien ellos creían.

Stephen llegó a una parte en que el terreno se empinaba de forma pronunciada a los lados del arroyo, formando una profunda hondonada en el páramo. Era una cantera de la que se extraían piedras para hacer ruedas de molino. Esparcidas por los costados del valle había grandes muelas redondas, de una altura que llegaría a la cintura de un hombre.

El arroyo hervía y espumaba en el lugar en el que el caballero estaba aprisionado. Stephen se arrodilló en una piedra plana y se inclinó hacia el agua.

—Lo siento —dijo—. Tú sólo querías favorecerme, lo sé.

El pelo del caballero se retorció en el agua oscura formando serpientes de plata. Su rostro era una visión del horror. El furor y el odio le hacían perder su semblante de criatura humana: los ojos se separaban, tenía pelo en la cara y enseñaba los dientes en una mueca feroz.

Dentro de la cabeza de Stephen, dijo una voz:

—Si me matas, nunca sabrás cuál es tu nombre.

—Soy el esclavo sin nombre —respondió él—. Siempre lo he sido y hoy me conformo con no ser nada más.

Dijo una palabra a las ruedas de molino, que se elevaron en el aire y se arrojaron sobre el caballero. Habló a las peñas y las rocas, y ellas hicieron lo mismo. El caballero era increíblemente viejo y muy fuerte. Cuando sus huesos y su carne ya debían de estar triturados, y aun mucho después, Stephen percibía que sus restos trataban de volver a unirse por la magia. Así pues, habló a los pedregosos bordes del valle y les pidió ayuda. La tierra y las rocas cayeron en avalancha sobre las ruedas de molino y las peñas, hasta formar una colina tan alta como los costados del valle.

Hacía años que a Stephen le parecía que una pared de sucio vidrio se interponía entre él y el mundo; en el momento en que se extinguió la última chispa de la existencia del caballero, el cristal se rompió. Stephen aspiró profundamente para recobrar el aliento.

Pero sus aliados y servidores empezaban a recelar. Había un interrogante en la mente de las colinas y los árboles. Comprendieron que él no era el que ellos creían, que su gloria era prestada.

Entonces él sintió cómo, uno a uno, iban apartándose. Cuando el último lo abandonó, Stephen, vacío e insensible, cayó al suelo.

En Padua, los Greysteel ya habían desayunado y estaban reunidos en la salita del primer piso. Aquella, mañana no reinaba la armonía entre ellos. Habían tenido una discusión. Últimamente, al doctor Greysteel le había dado por fumar en pipa dentro de casa, para gran disgusto de Flora y la tía Greysteel. La tía trataba de disuadirlo, pero el doctor se mostraba obstinado. Fumar en pipa era uno de sus pasatiempos favoritos y consideraba que, puesto que lo obligaban a quedarse en casa, tenía derecho a exigir cierta tolerancia en compensación. Aquel día, su hermana le dijo que fumase fuera, a lo que él respondió que no podía, porque estaba lloviendo. Era difícil fumar en pipa con lluvia, porque el agua mojaba el tabaco.

Así pues, él fumaba su pipa y la tía Greysteel tosía; y Flora, que se sentía culpable por retenerlos en casa, los miraba de vez en cuando con aire contrito. Al cabo de una hora, el doctor levantó la mirada y exclamó con asombro:

—Tengo la cabeza negra. ¡Completamente negra!

—¿Y cómo quieres tenerla, fumando en pipa? —dijo su hermana.

—¿Qué dices, papá? —preguntó Flora dejando la labor.

Greysteel miraba fijamente al espejo, el mismo espejo que con tanto misterio había aparecido cuando el día se volvió noche y Strange fue a Padua. Flora se puso detrás de la silla de su padre para ver lo que veía él. Su exclamación de sorpresa atrajo a su lado a la tía Greysteel.

Donde la cabeza del doctor Greysteel hubiera debido reflejarse, había una mancha negra que se movía y cambiaba de forma. La mancha fue creciendo y, poco a poco, empezó a parecerse a una figura que iba deprisa hacia ellos por un corredor inmenso. Cuando estuvo más cerca, vieron que era una mujer. Mientras corría, la mujer volvía la cabeza para mirar atrás, como si temiera lo que pudiera haber a su espalda.

—¿Qué la habrá asustado tanto para que corra de ese modo? —preguntó la tía Greysteel—. ¿Tú ves algo, Lancelot? ¿La persiguen? ¡Pobre mujer! ¿No puedes hacer algo, Lancelot?

El doctor se acercó al espejo, apoyó la mano y empujó, pero la superficie era dura y lisa, como suele ser en los espejos. Titubeó un instante, como debatiendo consigo

mismo si debía probar un método más violento.

—¡Cuidado papá! —gritó Flora, alarmada—. ¡No debes romperlo!

La mujer del espejo estaba muy cerca, ya se veían los ricos bordados y abalorios que le adornaban el vestido, ya ponía el pie en el marco, como en un peldaño... Entonces la superficie del espejo se fundió en una especie de nube o niebla densa. Flora, rápidamente, empujó una silla hacia la pared para que la mujer pudiera bajar con facilidad. Tres pares de manos se levantaron para asirla y ayudarla a escapar de lo que la asustaba.

Tendría treinta o treinta y dos años, y llevaba un vestido color de otoño, pero estaba sin aliento y un poco descompuesta después de tanto correr. Miró con expresión de angustia la habitación desconocida, las caras desconocidas, el aspecto poco familiar de todo lo que veían sus ojos.

—¿Es *Tierra de Duendes*? —preguntó.

—No, señora —respondió Flora.

—¿Es Inglaterra?

—No, señora. —Flora sollozaba. Se oprimió el pecho con la mano, tratando de serenarse—. Es Padua. Italia. Me llamo Flora Greysteel. El nombre no le diré nada, pero yo estaba esperándola por deseo de su esposo. Le prometí que la esperaría aquí.

—¿Jonathan está aquí?

—No, señora.

—Usted es Arabella Strange —dijo el doctor con asombro.

—Sí.

—¡Oh, querida! —exclamó la tía Greysteel con una mano en la boca y la otra en el corazón—. ¡Oh, querida! —Sus manos volaron entonces a la cara y los hombros de Arabella—. ¡Oh, querida! —exclamó por tercera vez. Se echó a llorar y la abrazó.

Stephen despertó. Yacía en el suelo helado de un estrecho valle. Ya no hacía sol. El día era gris y frío. El valle estaba cegado por un muro de ruedas de molino, peñascos y tierra: una tumba misteriosa. El muro cortaba el cauce del arroyo, pero aún se filtraba un poco de agua, que se esparcía por el suelo. La corona, el cetro y la esfera de Stephen estaban un poco más allá, en charcos de agua sucia. Él se levantó trabajosamente.

A lo lejos, una voz lo llamaba:

—¡Stephen! ¡Stephen!

Le pareció que era lady Pole.

—He desechado el nombre de mi servidumbre —dijo—. Ya no lo reconozco.

Recogió la corona, el cetro y la esfera y echó a andar.

No sabía adónde iba. Había matado al caballero y había permitido que el caballero matara a Vinculus. No podía volver a casa, si alguna vez fue aquella su

casa. ¿Qué dirían un juez y un jurado ingleses de un negro dos veces asesino? Stephen había roto con Inglaterra e Inglaterra había roto con él. Siguió caminando.

Al cabo de un rato, le pareció que el paisaje ya no era tan inglés como antes. Los árboles que ahora lo rodeaban eran inmensos y muy viejos, con unas ramas tan gruesas como dos veces el cuerpo de un hombre y retorcidas en formas extrañas y fantásticas. Aunque era invierno y los rosales silvestres estaban desnudos, aún había alguna rosa, rojo sangre y blanco nieve.

Inglaterra quedaba lejos. No la añoraba. No miraba atrás. Siguió andando.

Llegó a una colina baja y larga, con una abertura en el centro que parecía más una boca que una puerta, pero no tenía aspecto siniestro. Había alguien en la parte de dentro, esperándolo. «Conozco este sitio —pensó Stephen—. ¡Si es *Desesperanza*! ¿Cómo es posible?»

No era sólo que la casa se hubiera convertido en una colina; todo parecía transformado. Ahora el bosque tenía un aire nuevo de frescura e inocencia. Los árboles ya no amenazaban al viajero. A través del encaje de sus ramas se transparentaba el pálido resplandor de un cielo de invierno sereno y diáfano. Aquí y allá brillaba la luz pura de una estrella, aunque Stephen ya no sabía si era del alba o de la tarde. Buscó con la mirada los esqueletos y las armaduras oxidadas, macabros testimonios del talante sanguinario del caballero, y vio con sorpresa que estaban por todas partes: debajo de sus pies, incrustados entre las raíces de los árboles enredados en el escaramujo y las zarzas, pero mucho más descompuestos de como él los recordaba, cubiertos de moho, corroídos por la herrumbre y convirtiéndose en polvo. Dentro de poco no quedaría nada ellos.

La figura que estaba en la puerta le era familiar, la había visto en los bailes y procesiones de *Desesperanza*. Pero también había cambiado; ahora sus facciones revelaban más claramente su condición de duende, había más brillo en sus ojos y sus cejas describían un arco más pronunciado. Tenía el pelo rizado como el vellón o como los helechos tiernos de la primavera, y una sombra de pelusa en la cara. Parecía más viejo y, al mismo tiempo, más inocente.

—¡Bienvenido! —gritó.

—¿Esto es realmente *Desesperanza*? —preguntó el que había sido Stephen Black.

—Sí, abuelo.

—No lo entiendo. *Desesperanza* era una gran mansión. Esto es... —El que había sido Stephen Black se interrumpió—. No encuentro la palabra.

—Es un brugh, abuelo. Es el mundo que está debajo de la colina. ¡*Desesperanza* está cambiando! El rey ha muerto. ¡Llega el nuevo rey! Y a su llegada, el mundo olvida sus penas. Los pecados del viejo rey se desvanecen como la bruma de la mañana. El mundo toma el carácter del nuevo rey. Sus virtudes llenan el bosque y el monte.

—¿El nuevo rey? —El que había sido Stephen Black se miró las manos. En una llevaba el cetro y en la otra la esfera.

El duende le sonreía, como preguntándose de qué se asombraba.

—Los cambios que has traído aquí exceden en mucho todo lo que hiciste en Inglaterra.

Pasaron a un gran salón. El nuevo rey se sentó en un viejo trono. Una multitud se congregó ante él. Reconocía algunas caras, otras eran nuevas para él, pero supuso que ello se debía a que antes no las veía como eran en realidad. Guardó silencio un rato.

—Esta casa está sucia y desordenada —dijo al fin—. Sus habitantes malgastaban los días en placeres ociosos y celebraciones de crueldades pasadas, cosas que no deberían recordarse y mucho menos celebrarse. Con frecuencia lo he visto y lo he lamentado. Son faltas que me propongo remediar⁴.

En el momento en que se obró el hechizo, un viento huracanado sopló a través de Hurlfew. En la oscuridad, golpeaban puertas; cortinas negras ondeaban en habitaciones negras; papeles negros eran barridos de mesas negras y danzaban como locos. Una campana, que era de la antigua abadía y hacía tiempo que estaba olvidada, repicaba frenéticamente en una pequeña torre de los establos.

Aparecían visiones en los espejos, en las esferas de los relojes de la biblioteca y también en las ventanas, cuando el viento levantaba las cortinas. Imágenes tan fugaces que eran difíciles de reconocer. Al señor Norrell algunas le resultaban familiares: la rama de acebo convertida en cristal y rota en la biblioteca de Hanover Square; un cuervo que volaba por delante de la catedral de San Pablo, momentáneo trasunto del cuervo volante; la gran cama negra de la posada de Wansford. Pero otras eran totalmente nuevas para él: un árbol del espino; un hombre crucificado en un bosquecillo; un tosco muro de piedras en un valle estrecho; un frasco sin tapón que flotaba sobre una ola.

De pronto se desvanecieron todas las visiones menos una. Abarcaba una de las altas ventanas de la biblioteca, pero Norrell no podía adivinar lo que era. Parecía una gran piedra negra y perfectamente redonda, de un brillo casi increíble, montada en un delgado anillo de piedra tosca, incrustado en la ladera de una colina negra. Pensó en una ladera porque tenía cierto parecido con un páramo en el que se ha quemado el brezo, excepto que aquella ladera no tenía el negro de las cosas carbonizadas, sino el de la seda mojada o el cuero abrigado. De pronto, la piedra hizo algo: se movió o giró. Fue un movimiento casi imperceptible de tan rápido, pero el mago tuvo la escalofriante sensación de que había parpadeado.

El viento cesó. La campana del establo dejó de sonar.

Norrell exhaló un largo suspiro de alivio. Strange estaba de pie con los brazos cruzados, mirando el suelo, ensimismado.

—¿Qué le ha parecido eso? —preguntó Norrell—. La última ha sido la peor de

todas. Durante un momento he creído que era un ojo.

—Y era un ojo.

—Pero ¿de qué podía ser? De algún horror o monstruo. Muy inquietante.

—Era monstruoso —convino Strange—. Pero no como usted imagina. Era un ojo de cuervo.

—¡Un ojo de cuervo! ¡Si ocupaba toda la ventana!

—Sí. O era un cuervo inmensamente grande o...

—¿O...? —instó Norrell con voz ronca.

El otro soltó una carcajada breve y áspera.

—¡O nosotros éramos ridículamente pequeños! Qué agradable, ¿verdad?, vernos a nosotros mismos como nos ven los otros. Yo decía que quería que John Uskglass me mirara, y creo que por un instante lo ha hecho. O, si no él, uno de sus lugartenientes. Y en ese momento, usted y yo éramos más pequeños que un ojo de cuervo, y seguramente igual de insignificantes. A propósito de John Uskglass, supongo que no sabemos dónde está, ¿verdad?

Norrell se sentó ante la fuente de plata y se puso a trabajar. Al cabo de unos cinco minutos de paciente labor, dijo:

—No hay ni rastro de John Uskglass. Nada en absoluto. Pero he buscado a lady Pole y a la señora Strange. Lady Pole está en Yorkshire y La señora Strange en Italia. No queda ni sombra de ellas en Tierra de Duendes. ¡Las dos están totalmente libres del encantamiento!

Hubo un silencio. Strange se volvió de espaldas con brusquedad.

—Es bastante extraño —prosiguió Norrell, perplejo—. Hemos conseguido todo lo que nos habíamos propuesto, pero no sé cómo. Supongo que John Uskglass, simplemente, ha visto que algo estaba mal y alargó la mano para arreglarlo. Por desgracia, su amabilidad no llegó hasta el punto de liberarnos de la oscuridad. Esto continúa.

Hizo una pausa. ¡Así que ése sería su destino! ¡Un destino lleno de pavor, horror y desolación! Permaneció sentado pacientemente, esperando ser presa de alguna de esas terribles emociones, pero al fin tuvo que reconocer que no las sentía. En realidad, lo que más lo sorprendía era haber podido pasar tantos años en Londres, lejos de su biblioteca, a la disposición de ministros y almirantes. No se explicaba cómo había podido soportarlo.

—Me alegro de no haber reconocido el ojo del cuervo —dijo alegremente—, porque me parece que me hubiera asustado mucho.

—Desde luego —dijo Strange con voz ronca—. ¡En eso ha tenido suerte! Yo creo que me he curado del deseo de que me miren. De ahora en adelante, John Uskglass puede desentenderse de mí tanto como le apetezca.

—¡Oh, por supuesto! Creo, señor Strange, que debería usted tratar de desterrar

esa costumbre de desear cosas. ¡Es peligrosa en un mago!

Inició un relato, largo y no demasiado interesante, acerca de un mago de Lancashire del siglo XIV que solía formular deseos vanos, con lo que causaba graves trastornos en el pueblo en que vivía, al convertir accidentalmente vacas en nubes, pucheros en barcos, y hacer que los vecinos del pueblo hablaran con colores en lugar de palabras, entre otras manifestaciones de una magia caótica.

Al principio, Strange apenas respondía o lo hacía al azar y con palabras incoherentes. Poco a poco, pareció que iba prestando más atención y empezó a hablar en su tono habitual.

Norrell tenía muchas dotes, pero la de leer en el corazón de los hombres y las mujeres no era una de ellas. Como Strange no decía nada acerca de la liberación de su esposa, el maestro dedujo que no debía de haberlo conmovido muy profundamente.

69. Strangianos y norrellianos (Febrero – primavera de 1817)

CHILDERMASS iba montado a caballo y Vinculus caminaba a su lado. Alrededor de ellos se extendía el ancho páramo nevado que, con su suave ondulación en lomas y colinas, semejava un vasto colchón de plumas. Un símil como ése debía de habersele ocurrido a Vinculus, porque describía con todo detalle la mullida cama en que pensaba dormir aquella noche, después de la succulenta cena que tenía intención de zamparse. Era evidente que daba por descontado que Childermass correría con los gastos. No habría sido de extrañar que éste hubiese tenido algo que decir al respecto, pero no decía nada. Ocupaba por completo su mente el dilema de si debía o no llevar a Vinculus ante Strange y Norrell. No había en toda Inglaterra persona más cualificada que ellos para examinarlo, pero, por otra parte, no podía prever cómo actuarían los magos cuando tuviesen delante a un hombre que era, además, un libro. Se rascó la mejilla. Tenía en ella la tenue cicatriz de una herida bien curada, una fina línea plateada en la tez morena.

Vinculus había dejado de hablar y estaba parado en medio del camino. La manta había resbalado al suelo y él se subía afanosamente las mangas.

—¿Qué tienes? —preguntó Childermass—. ¿Qué ocurre?

—¡He cambiado! ¡Mira! —Se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa—. ¡Las palabras son otras! ¡En los brazos! ¡En el pecho! ¡En todas partes! ¡Esto no es lo que yo decía antes! —A pesar del frío se desnudó, y para celebrar su transformación se puso a bailar con júbilo, como un diablo azul.

Childermass desmontó, presa del pánico y la desesperación. Él había conseguido preservar de la muerte y la destrucción el libro de John Uskglass, y cuando más seguro lo creía, el propio libro burlaba sus esfuerzos cambiando espontáneamente.

—¡Pararemos en la primera posada! —declaró—. ¡Necesitamos papel y tinta! Hemos de anotar lo que llevabas escrito antes. ¡Debes buscar en tu memoria!

Vinculus lo miró con los ojos muy abiertos, como si pensara que se había vuelto loco.

—¿Por qué? —preguntó.

—¡Porque es la magia de John Uskglass! ¡Los pensamientos de John Uskglass! La única constancia de ellos que jamás haya existido. ¡Debemos preservar todas las briznas que podamos recuperar!

Vinculus seguía sin comprender.

—¿Por qué? —preguntó otra vez—. John Uskglass no ha creído que mereciera la pena conservarlo.

—¿Por qué has tenido que cambiar de repente? ¡No veo motivo ni razón!

—Pues existe una buena razón. Yo antes era una profecía; pero las cosas que predecía ya han sucedido. Por lo tanto, bien está que haya cambiado, ya que, si no, me habría convertido en historia. ¡Agua pasada!

—¿Y qué eres ahora?

Vinculus se encogió de hombros.

—Quizá un libro de contabilidad. Quizá una novela. ¡Quizá una colección de sermones! —La idea parecía divertirlo; se echó a reír por lo bajo y volvió a hacer piruetas.

—Confío en que sigas siendo lo que has sido siempre: un libro de magia. Pero ¿qué dices? Vinculus, ¿es que nunca aprendiste esas letras?

—Yo soy el libro —dijo, interrumpiendo el baile—. La tarea del libro es servir de soporte a las palabras. Eso hago yo. Descifrar lo que dicen las palabras es tarea del lector.

—¡Pero el lector ha muerto!

Vinculus se encogió de hombros, como si aquello no le incumbiera.

—¡Algo tienes que saber! —gritó Childermass, casi frenético. Agarró del brazo a Vinculus—. ¿Qué es esto? Este círculo rodeado de cuernos y atravesado por una línea, que está por todas partes. ¿Qué significa?

Vinculus se desasíó.

—Significa el martes pasado —dijo—. Significa tres cerdos y uno con sombrero de paja. Significa que Sally salió a bailar entre las sombras de la luna y perdió una bolsita rosa. —Miró a Childermass sonriendo de oreja a oreja y agitando el índice—. ¡Ya sé lo que pretendes! ¡Tú quieres ser el nuevo lector!

—Quizá. Aunque no podría decir por dónde he de empezar ni aunque me mataran. No obstante, no creo que pueda haber alguien que tenga más derecho que yo a ser el nuevo lector. De todos modos, pase lo que pase, no te perderé de vista. De ahora en adelante, Vinculus, tú y yo seremos uña y carne.

La alegría de Vinculus se desvaneció al instante. Con gesto sombrío, volvió a vestirse.

A Inglaterra regresaba la primavera. Los pájaros seguían al arado. El sol calentaba las piedras. Las lluvias y los vientos se amansaron y se impregnaron de los aromas de la tierra y los brotes nuevos. Los árboles se teñían de un color tan suave, tan leve, que, más que color, parecía la idea de un color, como si los árboles soñaran con verde o pensarán en verde.

A Inglaterra volvía la primavera, pero no volvía Strange ni volvía Norrell. El Pilar de Oscuridad cubría Hurtfew Abbey, y Norrell no salía de él. La gente especulaba acerca de la posibilidad de que Strange hubiera matado a Norrell o que Norrell hubiera matado a Strange, de la medida en que uno y otro lo tenían merecido y de si

alguien debería ir a averiguarlo.

Pero antes de que pudieran sacarse conclusiones, la oscuridad se esfumó, llevándose consigo Hurlfew Abbey. La casa, el parque, el puente y parte del río desaparecieron. Los caminos que habían conducido a Hurlfew ahora giraban sobre sí mismos o llevaban a campos o bosques sin ningún interés, a los que a nadie deseaba ir. La misma extraña suerte corrieron la casa de Hanover Square y las dos casas de Strange, la de Soho Square y su hogar de Clun¹. En Londres, la única criatura capaz de encontrar la casa de Soho Square era Bullfinch, el gato de Jeremy Johns, que no parecía haber notado cambio alguno y seguía visitándola. Cuando le apetecía, el animal se deslizaba entre el número 30 y el número 32, y quienes lo veían decían que era la cosa más curiosa del mundo².

En público, lord Liverpool y los otros ministros hablaban mucho de su pesar por la desaparición de Strange y Norrell, pero en privado se felicitaban de verse libres de un problema tan particular. Ni Strange ni Norrell habían resultado ser tan respetables como parecían. Ambos se habían permitido practicar, si no magia negra, por lo menos magia de un tinte más oscuro de lo deseable o legítimo. Ahora reclamaba la atención de los ministros la multitud de nuevos magos que había surgido de repente. Estos magos, gente inculta la mayoría, casi no realizaban actos de magia, a pesar de lo cual prometían ser tan combativos como Strange y Norrell, y era urgente hallar la manera de regular sus actividades. De pronto, los planes de Norrell para la restauración del tribunal de los Cinco Dragownes (que tan anacrónicos habían parecido) se consideraron pertinentes y oportunos³.

En la segunda semana de marzo, apareció en el York Chronicle un aviso dirigido a los antiguos miembros de la Sociedad Cultural de Magos de York y a todas las personas que desearan incorporarse a la misma, por el que se les invitaba a acudir a la posada La Vieja Estrella el miércoles siguiente (por ser el día en que tradicionalmente solían reunirse).

Fueron casi tantos los antiguos socios que se sintieron complacidos por el curioso anuncio como los que se sintieron disgustados. Aquello podía leerlo cualquiera que tuviese un penique para comprar el diario. Además, el autor (que no daba su nombre) se permitía invitar a la gente a unirse a la asociación, algo que quienquiera que fuese no tenía derecho a hacer.

Cuando llegó la noche señalada y los antiguos miembros acudieron a *La Vieja Estrella*, encontraron a una cincuentena de magos (o aspirantes a tal) reunidos en la sala grande. Los mejores sitios ya estaban ocupados y los ex socios (entre los que se hallaban el señor Segundus, el señor Honeyfoot y el doctor Foxcastle) tuvieron que acomodarse en una pequeña tarima situada lejos de las chimeneas. El sitio, no obstante, tenía la ventaja de ofrecer una excelente vista de los nuevos magos.

Pero era una vista que no alegraba el corazón de los veteranos. La congregación

estaba compuesta por gente de condición diversa («Sin apenas un solo caballero entre ellos», según observó el doctor Foxcastle). Había dos granjeros y varios comerciantes; un joven de cara pálida, pelo descolorido y actitud vehemente, que le decía a su vecino que él estaba seguro de que el anuncio del diario lo había publicado el propio Jonathan Strange y que sin duda el propio Strange se presentaría de un momento a otro para enseñarles magia a todos. Había también entre la concurrencia un clérigo, lo que ya resultaba más prometedor: hombre de entre cincuenta y sesenta años, aspecto sereno y cara rasurada, vestido de negro. Estaba acompañado por un perro, que parecía tan respetable como él y también tenía el pelo gris, y una persona del sexo femenino, joven, vistosa y vestida de terciopelo rojo, lo cual ya no resultaba tan respetable. La joven tenía el cabello negro y una expresión retadora.

—Señor Taylor —le dijo el doctor Foxcastle a uno de sus acólitos—, ¿tendría la bondad de indicar discretamente a aquel caballero que no solemos traer a la familia a nuestras reuniones?

Taylor se alejó deprisa.

Desde la tarima, los antiguos miembros de la Sociedad de York pudieron observar que el clérigo de la cara rasurada era más difícil de convencer de lo que su sereno aspecto sugería y que contestaba a Taylor con énfasis.

El emisario volvió con el siguiente mensaje:

—El señor Redruth desea informar a la Sociedad de que él no es mago. Se interesa por la magia, pero carece de habilidad para practicarla. La maga es su hija. Tiene un hijo y dos hijas más, todos magos. Los otros no han querido asistir a la reunión. Dice que no desean relacionarse con otros magos y que prefieren realizar sus estudios en casa y sin distracciones.

Hubo una pausa durante la cual los antiguos socios trataron de encontrar sentido a esta información, sin conseguirlo.

—Quizá también el perro sea mago —dijo el doctor Foxcastle, y los demás rieron.

Pronto se vio que los nuevos se dividían en dos bandos. La señorita Redruth, la joven del vestido de terciopelo rojo, fue de las primeras personas en tomar la palabra. Hablaba con cierta precipitación y en voz baja. No estaba acostumbrada a hablar en público, y no todos los magos captaron lo que decía, pero su entonación era apasionada. Al parecer, quería decir, en síntesis, que Jonathan Strange lo era todo. ¡Gilbert Norrell, nada! ¡Strange pronto sería rehabilitado y Norrell, universalmente condenado! ¡La magia quedaría libre de los grilletos que le había puesto Gilbert Norrell! Observaciones que, unidas a varias alusiones a Historia y práctica de la magia inglesa, la perdida obra maestra de Strange, suscitaban las protestas de otros magos, que afirmaban que el libro de Strange estaba plagado de magia maligna y que el propio Strange era un asesino. Había matado a su esposa⁴ y, probablemente,

también a Norrell.

Los ánimos se iban encrespando cuando la discusión fue interrumpida por la llegada de dos hombres. Ninguno de ellos parecía mínimamente respetable. Ambos llevaban el pelo largo y desgredado y chaquetas viejas. Ahora bien, mientras uno, por su apariencia, no podía ser más que un simple vagabundo, el otro ofrecía un aspecto más cuidado y poseía un aire de persona activa, casi de autoridad.

El supuesto vagabundo, sin dignarse mirar siquiera a los reunidos, se sentó en el suelo y pidió ginebra y agua caliente. El otro se situó en el centro de la sala y los contempló a todos sonriendo maliciosamente. Hizo una reverencia en dirección a la señorita Redruth y se dirigió a los magos con estas palabras:

—¡Caballeros, señora! Algunos de ustedes quizá se acuerden de mí. Yo estuve aquí hace diez años, cuando el señor Norrell realizó su acto de magia en la catedral de York. Me llamo John Childermass. Hasta hace un mes fui criado de Gilbert Norrell. Y éste —añadió señalando al hombre sentado en el suelo— es Vinculus, en otro tiempo brujo callejero de Londres.

Childermass no pudo continuar. Todos empezaron a hablar a la vez. Los antiguos miembros de la *Sociedad de York* se pusieron furiosos al descubrir que habían abandonado sus confortables sillones junto al fuego para ir a escuchar a un criado. Pero mientras estos caballeros daban rienda suelta a la indignación, la mayoría de los recién llegados reaccionaba de modo muy distinto. Todos eran o strangianos o norrellianos, pero ninguno había visto a su héroe, y estar cerca de alguien que los había conocido y había hablado con ellos les producía una honda emoción.

Childermass ni se inmutó ante el tumulto. Se limitó a esperar a que se calmara lo suficiente para poder proseguir y dijo:

—He venido para decirles que el convenio hecho con Gilbert Norrell está anulado. Anulado a todos los efectos, caballeros. Si desean ser magos, pueden volver a serlo.

Uno de los nuevos preguntó a gritos si iría Strange. Otro quería saber si iría Norrell.

—No, caballeros. No vendrán. Deberán ustedes conformarse conmigo. No creo que volvamos a ver a Strange ni a Norrell en Inglaterra. Por lo menos, en esta generación.

—¿Por qué? —preguntó Segundus—. ¿Adónde han ido?

Childermass sonrió.

—A donde solían ir los magos. Pasado el firmamento. Más allá de la lluvia.

Un norrelliano comentó que Strange hacía bien en mantenerse alejado de Inglaterra, porque de lo contrario ya lo habrían colgado.

El joven exaltado del cabello descolorido replicó con mordacidad que toda la turba de los norrellianos muy pronto se encontraría con serias dificultades. ¿No era el

principio básico de la magia norrelliana el de que todo debía basarse en los libros? ¿Y cómo iban a regirse por tal principio si todos los libros habían desaparecido con Hurtfew Abbey⁵

—No necesitan ustedes la biblioteca de Hurtfew Abbey, caballeros —dijo Childermass—. Ni tampoco la biblioteca de Hanover Square. Yo les traigo algo mucho mejor. Un libro que Norrell buscaba pero no llegó a encontrar. Un libro que Strange ni sabía que existiera. Les traigo el libro de John Uskglass.

Más gritos. Más clamor. En medio del cual la señorita Redruth parecía estar haciendo un alegato en defensa de John Uskglass, al que insistía en llamar «su majestad el rey», como si él fuera a entrar en Newcastle de un momento a otro para volver a gobernar Inglaterra del Norte.

—¡Un momento! —gritó el doctor Foxcastle con su voz sonora y potente, que poco a poco fue imponiéndose, primero a las de los que estaban cerca, y después a las del resto de los reunidos—. No veo libro alguno en las manos de este rufián. ¿Dónde está el libro? ¡Esto es un truco, caballeros! Seguro que lo que busca es nuestro dinero. ¿Y bien, señor mío? —le preguntó a Childermass—. ¿Qué dice? ¡Enséñenos el libro si existe!

—¡Al contrario, caballero! —respondió con su sonrisa larga, torcida y tenebrosa—. Yo no quiero nada de ustedes. ¡Vinculus! ¡Levántate!

En la casa de Padua, la mayor preocupación de los Greysteel y sus criados era el bienestar de la señora Strange, y cada uno tenía su propia manera de procurárselo. La aportación del doctor era más bien de carácter filosófico. Buceaba en su memoria buscando casos históricos de personas —en especial señoras— que habían triunfado sobre la adversidad, a menudo con ayuda de sus amigos. Minichiello y Frank, los dos criados, corrían a abrirla las puertas, tanto si ella pensaba utilizarlas como si no. Bonifazia, la criada, había optado por tratar un año de estancia en Tierra de Duendes como si hubiera sido una especie de fuerte resfriado, y le llevaba cordiales y reconstituyentes a todas horas. La tía Greysteel enviaba a los criados por toda la ciudad en busca de los mejores vinos y los manjares más exquisitos, y compraba almohadones y almohadas del más fino plumón, como si creyera que, apoyando en ellos la cabeza, Arabella podría olvidar todo lo ocurrido. Pero de todas las diversas formas de consuelo que se le ofrecían, la más eficaz parecía ser la compañía y la conversación de Flora.

Una mañana en que estaban las dos juntas bordando, Arabella dejó la labor con un gesto de impaciencia y se acercó a la ventana.

—Tengo una sensación de desasosiego que no me deja.

—Es natural —dijo Flora suavemente—. Tenga paciencia. Con el tiempo volverá a ser la misma de antes.

—¿Usted cree? —suspiró Arabella—. En realidad, ya no recuerdo cómo era antes.

—Yo se lo diré. Era alegre, a pesar de que a menudo tenía que distraerse sola. Casi nunca se enfadaba, a pesar de que no le faltaban motivos. Su manera de hablar tenía gracia e ingenio, a pesar de que no se le reconocía y con frecuencia se la contradecía.

Arabella se echó a reír.

—¡Cielos, sí que era un prodigio de mujer! Sin embargo —agregó con suave ironía—, ese retrato no me convence, puesto que usted no me conocía.

—Todo eso me lo dijo el señor Strange. Son sus palabras.

—¡Oh! —exclamó Arabella, girando la cara hacia otro lado.

Flora inclinó la cabeza y dijo en voz baja:

—Cuando él regrese, hará más por devolverle la alegría de lo que pueda hacer cualquier otra persona. Entonces será feliz de nuevo.

Arabella guardó silencio un momento.

—No estoy segura de que volvamos a vernos.

Flora reanudó el bordado. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Es extraño que al fin él haya vuelto junto a su antiguo maestro.

—¿Usted cree? Para mí no tiene nada de extraordinario. Nunca creí que la pelea durase tanto. Estaba segura de que al cabo de un mes serían otra vez amigos.

—¡Eso sí que es asombroso! —exclamó Flora—. Mientras el señor Strange estuvo con nosotros, no dijo ni una buena palabra del señor Norrell... y el señor Norrell ha escrito en las revistas de magia las cosas más espantosas acerca del señor Strange.

—Oh, por supuesto —dijo Arabella sin inmutarse—. ¡Pero eso era sólo su obcecación! Son muy testarudos los dos. No es que yo sienta gran simpatía por el señor Norrell, sino todo lo contrario, pero me consta que para él lo primero es la magia y todo lo demás va después... y a Jonathan le ocurre otro tanto. Los libros y la magia son lo único que les importa. Nadie entiende de la materia tanto como ellos y es natural que les guste estar juntos.

A medida que transcurrían las semanas, Arabella sonreía y reía más a menudo. Se interesaba por todo lo que afectaba a sus nuevos amigos. Llenaban sus días las comidas en sociedad, las compras y las gratas obligaciones de la amistad, pequeños quehaceres domésticos que distraían su mente y daban solaz a su maltrecho espíritu. Pensaba poco en su marido ausente, excepto para agradecerle la consideración de haberla conducido hasta los Greysteel.

Por aquel entonces se encontraba en Padua un joven capitán de caballería irlandés que, en opinión de varias personas, era gran admirador de Flora, aunque ella lo negaba. El capitán había combatido al frente de su compañía bajo un endiablado

fuego enemigo en Waterloo, pero en presencia de Flora todo su valor se desvanecía. No podía mirarla sin ponerse colorado y se azoraba si ella entraba en la habitación en que estuviera él. Generalmente, prefería recurrir a la señora Strange para averiguar si Flora iría a pasear al Prato della Valle (un hermoso jardín situado en el centro de la ciudad) o a visitar a los Baxter (amigos comunes), y Arabella lo ayudaba muy gustosa.

Pero el cautiverio había dejado en ella secuelas que no eran fáciles de superar. Acostumbrada como estaba a bailar toda la noche, le costaba dormir. Algunas noches, aún le parecía oír la música lánguida del violín y la gaita que tocaban los duendes, impulsándola a bailar, a pesar de que eso era lo último que deseaba hacer.

—Háblenme —les decía a Flora y la tía Greysteel—. Si me hablan, me parece que podré vencerlo.

Entonces una de ellas o las dos velaban con Arabella, hablándole de todo lo que se les ocurría. Pero en ocasiones era tan imperioso el impulso de moverse —fuera cual fuera el movimiento—, que no podía reprimirlo y tenía que pasearse por el dormitorio que compartía con Flora, y más de una vez el doctor Greysteel y Frank sacrificaron amablemente su descanso para acompañarla a caminar por las calles nocturnas de Padua.

Una de aquellas noches, en el mes de abril, Arabella y el doctor paseaban por los alrededores de la catedral, hablando de la partida para Inglaterra, prevista para el mes siguiente. Arabella se sentía un poco inquieta ante la idea de encontrarse de nuevo entre sus amigos ingleses, y Greysteel la tranquilizaba. De pronto, Frank lanzó una exclamación de sorpresa y señaló a lo alto.

Las estrellas se movían; en el trozo de firmamento que ellos podían ver habían aparecido nuevas constelaciones. Delante de ellos, a cierta distancia, había un arco de piedra de aspecto vetusto. Eso no era extraordinario; en Padua abundan las puertas, arcos y pórticos curiosos. Pero aquel arco no era como los demás. Padua es una ciudad medieval construida de ladrillo en gran parte, por lo que muchas de sus calles tienen un bonito color rosa dorado, y aquel arco era de oscuras y adustas piedras del norte, y tenía a cada lado una estatua de John Uskglass con la cara semioculta por un gorro con alas de cuervo. Enmarcada en el arco había una figura alta.

Arabella titubeaba.

—¿Ustedes no se irán? —le preguntó al doctor.

—Frank y yo no nos moveremos de aquí. No tiene más que llamarnos. Ella se adelantó sola. Quien estaba bajo el arco leía. Al acercarse Arabella, él levantó la mirada con aquella vieja y querida expresión de no saber dónde se encontraba ni qué tenía que hacer en el mundo ajeno al libro.

—Esta vez no has traído contigo una tormenta —dijo ella.

—Ah, ya te lo han contado. —Strange soltó una risa un poco forzada—. Quizá

fue excesivo. Y no de muy buen gusto. Creo que en Venecia pasaba demasiado tiempo en compañía de lord Byron y se me contagió su estilo.

Caminaron un trecho y, a cada momento, las estrellas formaban nuevas figuras en lo alto.

—Tienes buen aspecto, Arabella —dijo él—. Temía... ¿Qué temía? Oh, mil cosas. Temía que no quisieras hablarme. Pero estás aquí. Es una alegría verte.

—Pues ya puedes olvidar tus mil temores. Por lo menos, los que me conciernen. ¿Has encontrado la manera de disipar la oscuridad?

—No; todavía no. Aunque, la verdad, últimamente estamos muy ocupados... nuevas conjeturas sobre las náyades... Casi no hemos tenido tiempo de estudiar el problema a fondo, pero hay una o dos cosas en *El guardián de Apolo* de Goubert que parecen prometedoras. Somos optimistas.

—Me alegro. Me entristece pensar que sufres.

—No estés triste, te lo ruego. Aparte de otras consideraciones, no sufro. Al principio quizá un poco, pero ya no. Y Norrell y yo no somos los primeros magos que se enfrentan a un encantamiento. En el siglo doce, Robert Dymoke ofendió a un duende, y a partir de entonces no pudo hablar, sino sólo cantar, lo cual no debe de ser tan agradable como parece. Y en el siglo catorce, un mago tenía un pie de plata, algo bastante engorroso. Además, ¿quién dice que la oscuridad no pueda ser una ventaja? Pensamos salir de Inglaterra, y seguramente nos encontraremos con toda clase de gente peligrosa. Un mago inglés es algo impresionante. Dos magos son, imagino, el doble de impresionantes, pero dos magos ingleses envueltos en una Oscuridad Impenetrable... ¡ah!, eso basta, creo yo, para aterrorizar a cualquiera que no sea por lo menos un semidiós.

—¿Adónde iréis?

—Oh, hay muchos lugares. Este mundo es sólo uno de muchos, y no es bueno para un mago volverse muy... digamos, muy provinciano.

—¿Y al señor Norrell le gustará eso? —preguntó ella con escepticismo—. Nunca fue muy aficionado a viajar... ni siquiera hasta Portsmouth.

—Ah, pero ésa es una de las ventajas de nuestro especial modo de viajar. Si no quiere, no tiene que salir de casa. El mundo, todos los mundos, vendrán a nosotros. —Calló y miró en derredor—. Más vale que no siga adelante. Norrell se ha quedado un poco apartado. Por diversas razones relacionadas con el encantamiento, es preferible que no nos alejemos mucho uno de otro. Arabella —dijo entonces con una seriedad insólita en él—, el sufrimiento de saberte bajo la tierra era insoportable. Habría hecho cualquier cosa, cualquier cosa, para que salieras sana y salva.

Ella le apretó las manos. Tenía los ojos brillantes.

—Y lo hiciste —susurró.

Se miraron largamente, y en aquel momento todo volvió a ser como antes, como

si nunca se hubiesen separado; pero ella no se ofreció a entrar en la oscuridad con él, ni él se lo pidió.

—Un día —dijo Strange—, encontraré el hechizo para ahuyentar la oscuridad. Y ese día volveré a tu lado.

—Sí. Ese día. Te esperaré.

Él asintió y pareció que iba a marcharse, pero dudó.

—Bell, no llores. No seas una viuda. Sé feliz. Así quiero imaginarte.

—Te lo prometo. ¿Y cómo te imaginaré yo a ti?

Él meditó un momento y se echó a reír.

—¡Imagínate con la nariz metida en un libro!

Se besaron una vez. Luego él dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

Agradecimientos

Quiero expresar mi mayor gratitud al maravilloso y muy añorado Giles Gordon. Siempre me sentí orgullosa de decir que era mi agente. Aún me siento así. Y un agradecimiento muy especial para Jonny Geller, por todo lo que ha hecho desde que Giles nos dejó.

Por el aliento que me ofrecieron cuando comenzaba la escritura de este libro, doy las gracias a Geoff Ryman, Alison Paise (también muy añorada) y Tinch Minter y su grupo de escritura, en especial Julian Hall.

Y por haberme apoyado a lo largo del camino, muchas gracias a mis padres Janet y Stuart, a Patrick y Teresa Nielsen Hayden, Ellen Datlow, Terri Windling y Neil Gaiman, cuya generosidad hacia otros escritores nunca dejará de asombrarme. Y también a aquellos que me ayudaron con el lenguaje: Stuart Clarke, Samantha Evans, Patrick Marcel y Giorgia Grilli. Y a Nicholas Blake, que me ayudó con los espinosos problemas que plantean las campañas napoleónicas y la historia naval (huelga decir que los posibles errores son todos de mi entera responsabilidad). Y a Antonia Till, por sus perspicaces comentarios y agudas sugerencias. Y a Elizabeth Longford, autora de Wellington, así como a Christopher Hibbert y Ben Weinreb, autores de The London Encyclopedia, por escribir obras que me fueron sumamente útiles. A Jonathan Whiteland, quien generosamente me ofreció su tiempo y pericia en el campo informático para que este libro se escribiese.

Y, por encima de todo, a Colin, que hizo todo lo demás para que yo pudiese escribir, que nunca se quejó, y sin el cual es muy probable que este libro nunca hubiera visto la luz.

Notas

LIBRO I: EL SEÑOR NORRELL

1. LA BIBLIOTECA DE HURTFEW

1.- Historia y práctica de la magia inglesa, Jonathan Strange, tomo I, capítulo 2, ed. John Murray, Londres, 1816.

2.- Llamados más propiamente aureates o magos de la Edad de Oro.

3.- Descripción completa de los criados duendes del doctor Pale, sus nombres, historias, caracteres y los servicios que le prestaban, de John Secundus, ed. Thomas Burnham, Northampton, 1799.

4.- El doctor Martin Pale (1485-1567) era hijo de un curtidor de Warwick. Fue el último de los aureates, o magos de la Edad de Oro. Otros magos lo siguieron (véase Gregory Absalom), pero su reputación es cuestionable. Pale fue sin duda el último mago inglés que se aventuró en el mundo encantado de Tierra de Duendes.

5.- Los magos, como sabemos por la máxima de Jonathan Strange, se pelean por cualquier motivo, y ha habido que dedicar muchos años y mucha erudición al enojoso asunto de si tal y tal tomo merece ser considerado libro de magia. En cualquier caso, la mayoría de los profanos considera útil esta simple distinción: los libros escritos antes de que en Inglaterra se acabara la magia son libros de magia; los escritos después son libros sobre magia. El principio en el que se basa la regla general del profano es el de que un libro de magia tiene que estar escrito por un mago practicante antes que por un teórico o un historiógrafo de la magia. ¿Qué más razonable? No obstante, ya aquí se nos plantea un problema. Los grandes maestros de la magia, los llamados magos de la Edad de Oro o aureates (Thomas Godbless, Ralph Stokesey, Catherine de Winchester, el Rey Cuervo), escribieron poco o se conserva poco de lo que pudieran escribir. Es probable que Thomas Godbless no supiese escribir. Stokesey aprendió latín en una pequeña escuela de su Devonshire natal, pero todo lo que sabemos de él procede de otros autores.

Los magos sólo se pusieron a escribir libros cuando la magia ya decaía. Sobre la gloria de la magia inglesa ya se cernía la oscuridad. Los que denominamos magos de la Edad de Plata o argentinos (Thomas Lanchester, 1518-1590; Jacques Belasis, 1526-1604; Nicholas Goubert, 1535-1578; Gregory Absalom, 1507-1599) eran como velas que temblaran en el crepúsculo; ellos eran, primero, estudiosos, y después, magos. Desde luego, se declaraban magos practicantes y algunos hasta tenían uno o dos criados duendes, pero, al parecer, no hicieron grandes cosas y hay autores modernos que dudan de que llegaran a practicar la magia.

6.- El primer pasaje que leyó hacía referencia a Inglaterra, a Tierra de Duendes (país encantado que los magos llaman a veces «las Otras Tierras») y a una región fabulosa que, según se cree, se encuentra al otro lado del Averno. Algo había oído el señor Secundus acerca de la unión simbólica y mágica que enlaza estas tres tierras, pero nunca había leído una explicación tan clara como la que allí se daba.

El segundo texto se refería a Martin Pale, uno de los mayores magos de Inglaterra. En El árbol del saber de Gregory Absalom hay un famoso pasaje que narra cómo, viajando por Tierra de Duendes, Martin Pale, el último de los magos aureate, hizo una visita a un príncipe duende. Al igual que la mayoría de los de su condición, el príncipe tenía multitud de nombres, dignidades, títulos y seudónimos, pero habitualmente se lo conocía como Enrique el Frío. El príncipe dirigió a su visitante

un largo discurso, deferente y lleno de metáforas y de oscuras alusiones, pero lo que parecía estar diciendo era que los duendes y las hadas son por naturaleza criaturas malvadas que no siempre saben cuándo obran mal. A eso Martin Pale dio la lacónica y un tanto enigmática respuesta de que no todos los ingleses tienen los pies del mismo tamaño.

Durante siglos, nadie consiguió adivinar qué podía significar eso, aunque se propusieron distintas teorías, y John Secundus las conocía todas. La más popular era la desarrollada por William Pantler a principios del siglo XVIII. Decía Pantler que Enrique el Frío y Pale hablaban de teología. Las hadas y los duendes (como sabe todo el mundo) están fuera del alcance de la Iglesia; para ellos no ha nacido ni nacerá Cristo y nadie sabe lo que será de ellos el Día del Juicio. Según Pantler, Enrique el Frío deseaba que Pale le dijera si existía la esperanza de que las hadas y los duendes pudieran alcanzar la salvación eterna. La respuesta de Pale, que los pies de los ingleses tienen tamaños distintos, fue su forma de decir que no todos los ingleses se salvarían. Partiendo de esta base, Pantler atribuye a Pale la curiosa creencia de que el cielo, por sus proporciones, sólo puede albergar a un número limitado de bienaventurados; por cada inglés que se condena queda libre un lugar en el cielo para un hada o un duende. La fama de mago teórico que tiene Pantler se debe exclusivamente al libro que escribió sobre el tema.

En las Instrucciones de Jacques Belasis el señor Secundus leyó una explicación diferente. Tres siglos antes de que Martin Pale pusiera los pies en el castillo de Enrique el Frío, el príncipe había recibido la visita de otro humano, un mago inglés aún más sabio que Pale —Ralph Stokesey—, que se dejó unas botas al marcharse. Las botas, decía Belasis, eran muy viejas —probablemente, ésa era la razón por la que Stokesey no se las llevó—, pero su presencia en el castillo causó honda preocupación a todos sus mágicos habitantes, que sentían gran veneración por los magos ingleses. Especialmente inquieto estaba Enrique el Frío, quien temía que, por algún oscuro e incomprensible concepto, la moral cristiana pudiera hacerlo responsable de la pérdida de las botas. Por ese motivo trató de librarse de aquellos horribles objetos dándoselos a Pale, que no los quiso.

2. POSADA LA VIEJA ESTRELLA

1.- A los héroes de la Roma Imperial se los honraba con coronas de laurel; a los enamorados y los afortunados se les alfombra de rosas el camino; pero a los magos ingleses siempre los obsequió con hiedra común.

2.- La gran iglesia de York es a la vez catedral (donde se encuentra la sede o cátedra del obispo o arzobispo) y minster (iglesia fundada en tiempos remotos por un misionero). El templo ha tenido uno u otro nombre en distintos períodos. En siglos pretéritos se la acostumbraba llamar minster, pero en la actualidad la gente de York prefiere el término de «catedral», que sitúa su iglesia por encima de las de las ciudades vecinas de Ripon y Beverley. Ripon y Beverley tienen minster, pero no catedral.

3. LAS PIEDRAS DE YORK

1.- La célebre balada del Rey Cuervo describe uno de estos raptos.

A no tardar, decía el padre, a no tardar nuestra dejarás de ser. El Rey Cuervo bien sabe dónde la flor más bella encontrar. No era el cura menos mundano por mucho que a la oración llamase. Tres cirios el Rey encendió y el cura dijo: muy bien. Ella decía que me quería, mas débiles eran sus abrazos. La mano el Rey Cuervo tendió, ella suspiró y el abrazo deshizo. Llana y yerma esta tierra es, en el cielo escrito está, y tiembla como la lluvia al viento cuando el Rey Cuervo cabalgando va. Por los siglos de los siglos pediré que no me olvides, bajo las estrellas del páramo del fiero Rey Cuervo en compañía.

2.- El precedente al que aludía el señor Honeyfoot era un asesinato cometido en 1279 en la lúgubre ciudad de Alston, situada en los páramos. En el cementerio se encontró el cuerpo de un muchacho colgado de un espino que crecía frente a la puerta de la iglesia. En el dintel de la puerta había una imagen de la Virgen con el Niño. Los habitantes de Alston enviaron a un emisario a Newcastle, al castillo del Rey Cuervo, y éste, a su vez, envió a dos magos para que hicieran hablar a la Virgen y al Niño Jesús, que dijeron haber visto cómo un forastero mataba al muchacho, pero no sabían el motivo. Después de aquello, a todos los forasteros que llegaban a la ciudad, los habitantes de Alston los

agarraban, los llevaban a la puerta de la iglesia y preguntaban: «¿Es éste?», pero la Virgen y el Niño respondían siempre que no. A los pies de la Virgen había un león y un dragón, enroscados el uno en torno al otro de un modo asombroso, mordiendo cada uno el cuello del otro. El que había tallado esas criaturas nunca había visto un león ni un dragón, y sí muchos perros y corderos, y algo del carácter de un perro y un cordero había quedado impreso en las figuras. Cada vez que llevaban a algún infeliz ante la Virgen y el Niño para ser examinado, el león y el dragón dejaban de morderse, levantaban la cabeza como extraños perros guardianes de la Virgen, y el león ladraba y el dragón balaba airadamente.

Pasaron los años, y todos los que recordaban al muchacho murieron, como debió de morir también el asesino. Pero la Virgen y el Niño habían adquirido el hábito de hablar y cuando algún infortunado forastero se ponía al alcance de su mirada, aún movían negativamente la cabeza de piedra y decían: «No es éste.» Y Alston adquirió fama de lugar misterioso, al que la gente no iba si podía evitarlo.

3.- Para ayudarse a sí mismo a comprender mejor el carácter de los poderes mágicos del serio Norrell, el señor Segundus decidió hacer una descripción detallada por escrito de la visita a Hurlfrew Abbey. Descubrió que, por desgracia, su memoria estaba extrañamente turbia. Cuando releía lo redactado, advertía que recordaba las cosas de otra manera. Tachaba palabras y frases y ponía otras en su lugar, hasta que al fin volvió a escribirlo todo. Al cabo de cuatro o cinco meses, tuvo que reconocer que ya no sabía lo que el señor Honeyfoot le había dicho al señor Norrell ni lo que éste había respondido, ni lo que él (Segundus) había visto en la casa. Decidió que sería en vano tratar de escribir sobre el tema y arrojó al fuego todo lo escrito.

5. DRAWLIGHT

1.- En cierta ocasión, se hallaba en una habitación con el gato de angora blanco de lady Bessborough. Drawlight vestía casualmente chaqueta y pantalón de un negro impecable, y se sentía muy alarmado porque el gato daba vueltas y vueltas en torno a él, con el evidente propósito de encaramarse a sus rodillas. Aprovechando un momento en que creyó que nadie lo observaba, agarró al animal, abrió una ventana y lo arrojó a la calle. El gato sobrevivió, a pesar de haber caído desde un tercer piso, aunque quedó cojo de una pata y desde aquel día mostró gran aversión hacia los caballeros vestidos de negro.

2.- Se cree que Merlín quedó atrapado en un espino por un maleficio de la hechicera Nimue.

3.- El señor Lascelles exagera. El número de los reinos del Rey Cuervo nunca pasó de tres.

4.- Tubbs contra Starhouse, un proceso famoso que hace varios años se dirimió ante un tribunal de Nottingham. Un hombre de Nottinghamshire llamado Tubbs tenía grandes deseos de ver un duende, y de tanto pensar en los duendes día y noche y de leer toda clase de libros raros al respecto, se le metió en la cabeza que su cochero era uno de ellos.

El cochero (que se llamaba Jack Starhouse) era un tipo alto, moreno y reservado, cualidad ésta que contrariaba a los demás criados, que lo consideraban orgulloso. Hacía poco tiempo que estaba al servicio del señor Tubbs. Al presentarse dijo que anteriormente había sido cochero de un anciano llamado Browne, en un lugar del norte denominado Coldmicklehill. Starhouse tenía el don de hacerse querer por cualquier animal. Los caballos se mostraban dóciles cuando él llevaba las riendas, nunca remisos ni nerviosos, y también los gatos lo obedecían, algo que las gentes de Nottinghamshire nunca habían visto. Les hablaba en susurros, y los gatos se quedaban quietos, con una expresión de leve sorpresa en la cara, como si en su vida hubieran oído palabras tan sensatas, ni esperaran volver a oír las. También los hacía bailar. Los del señor Tubbs eran tan serios y celosos de su dignidad como cualquier familia de gatos, pero Jack Starhouse podía hacerlos bailar frenéticamente, saltar sobre las patas traseras y lanzarse de un lado al otro. Eso lo conseguía con extraños suspiros, silbidos y siseos.

Uno de los criados comentó que si por lo menos los gatos sirvieran para algo —que no servían—, eso podía tener alguna utilidad. Pero el prodigioso don de Starhouse no la tenía, ni tampoco divertía a los

otros sirvientes; sólo les producía aprensión.

No sé si era esa habilidad de Starhouse o su agraciado rostro, de ojos un tanto separados, lo que dio al señor Tubbs aquella seguridad de que el hombre era un duende, pero el señor Tubbs empezó a hacer averiguaciones en secreto acerca del cochero.

Un día llamó a Starhouse a su estudio y le dijo que se había enterado de que el señor Browne estaba muy enfermo, que ya lo estaba cuando Starhouse decía que trabajaba para él, y que hacía años y años que no salía de casa. Por lo tanto, sentía curiosidad por saber para qué necesitaba cochero.

Jack Starhouse tardó un poco en contestar. Reconoció que no había estado al servicio del señor Browne. Dijo que trabajaba para otra familia de la región. Tenía muchas obligaciones, era un buen empleo y estaba contento; pero los otros criados no lo miraban con buenos ojos, ignoraba por qué. Ya le había ocurrido antes. Una de las doncellas contó mentiras de él y lo despidieron. Al señor Browne lo había visto una vez, hacía años. Dijo que sentía mucho haber mentido, pero no sabía qué otra cosa podía hacer.

El señor Tubbs le respondió que no necesitaba inventar más historias, que él sabía que era un duende y que no tenía nada que temer, que no lo delataría; sólo quería que le hablara de su tierra y de su gente.

Al principio, Starhouse no entendía qué quería decirle, y cuando al fin lo entendió, declaró que él era humano e inglés, pero fue en vano.

Después de aquello, hiciera lo que hiciera y fuera donde fuera, Starhouse encontraba al señor Tubbs esperándolo con cien preguntas acerca de los duendes y su reino. Starhouse se sentía tan disgustado por esa insistencia (a pesar de que su amo siempre era amable y cortés) que dejó el empleo. Mientras estaba sin trabajo, conoció en una taberna de Southwell a un hombre que lo convenció para que presentara una demanda contra su antiguo amo por difamación. En un célebre fallo judicial, Jack Starhouse fue el primer hombre en ser declarado humano según las leyes inglesas.

Este curioso episodio acabó mal tanto para Tubbs como para Starhouse. El primero fue castigado con la burla general por su inofensivo deseo de ver a un duende. Aparecieron grotescas caricaturas suyas en diarios de Londres, Nottingham, Derby y Sheffield, y vecinos con los que durante años había mantenido excelentes relaciones dejaron de saludarlo. Starhouse, por su parte, no tardó en descubrir que nadie estaba dispuesto a tomar a su servicio a un cochero que había demandado a su amo; tuvo que aceptar un trabajo denigrante y pronto se vio reducido a la más extrema pobreza.

El caso de Tubbs contra Starhouse interesa principalmente porque da prueba de que existe una creencia muy extendida de que los duendes no han abandonado Inglaterra por completo. Muchos ingleses están convencidos de vivir rodeados de duendes todos los días de su vida. Unos son invisibles, y otros se disfrazan de ciudadanos cristianos y hasta pueden estar entre nuestras amistades. Hace siglos que los investigadores discuten sobre el tema, pero no han conseguido ponerse de acuerdo.

5.- El criado duende de Simon Bloodworth se presentó a él de improviso ofreciéndole sus servicios y diciendo que lo llamaran Buckler. Como hoy saben en Inglaterra hasta los colegiales, Bloodworth debió haberse informado mejor, indagar más a fondo en la personalidad de Buckler y averiguar por qué exactamente había salido de su país sin más ambición que la de convertirse en criado de un mago inglés de tercera.

Buckler era muy diestro en toda clase de magia, y el negocio que Bloodworth poseía en la pequeña ciudad lanera de Bradford on Avon creció y prosperó. Sólo una vez causó Buckler un disgusto, cuando, en un acceso de furor, destruyó un librito del capellán de lord Lovel. Cuanto más tiempo pasaba Buckler con Bloodworth, más poder adquiría, y lo primero que hizo cuando tuvo la fuerza necesaria fue cambiar de aspecto: convirtió sus sucios harapos en un buen traje; unas tijeras oxidadas que había robado a un cerrajero de la ciudad, en una espada; su cara de zorro, pecosa y afilada, en un rostro humano, pálido y agraciado; y de la noche a la mañana creció dos o tres pies. Y entonces se apresuró a asegurar a la señora Bloodworth y a sus hijas que ése era su verdadero aspecto y el anterior, el resultante de un encantamiento al que había estado sometido.

Una hermosa mañana del mes de mayo de 1310, hallándose ausente el señor Bloodworth, su esposa vio un armario alto en un rincón de la cocina, donde nunca hubiera armario alguno. Cuando preguntó a Buckler, éste respondió inmediatamente que era un armario mágico que él había puesto allí. Dijo que siempre le había parecido una lástima que en Inglaterra no se utilizara la magia más frecuentemente;

que le dolía ver a la señora Bloodworth y a sus hijas lavar y barrer, guisar y fregar de la mañana a la noche, cuando, pensaba él, podrían estar descansando sobre almohadones, cubiertas de joyas y comiendo dulces. Eso le pareció muy razonable a la mujer. Buckler dijo que le había reprochado muchas veces a su marido que no le hiciera la vida más cómoda, pero él no lo escuchaba. La señora Bloodworth respondió que no la sorprendía lo más mínimo.

Buckler dijo que si ella entraba en el armario, se encontraría en un lugar mágico donde aprendería hechizos que permitían terminar cualquier trabajo en un instante, que harían que apareciera hermosa a los ojos de cuantos la miraran, que surgieran montones de dinero donde ella deseara, que su marido la obedeciera en todo, etcétera, etcétera.

La señora preguntó cuántos conjuros había. Unos tres, creía Buckler. ¿Eran difíciles de aprender? Nada de eso, muy fáciles.

¿Tardaría mucho? No, no mucho; estaría de vuelta a tiempo de ir a misa. Diecisiete personas entraron en el armario de Buckler aquella mañana, y nunca más se las volvió a ver en Inglaterra; entre ellas estaban la señora Bloodworth, sus dos hijas menores dos criadas y dos criados, un tío de la señora y seis vecinos. Sólo Margaret Bloodworth, la hija mayor, se negó a entrar.

El Rey Cuervo envió a dos magos de Newcastle a investigar el caso, y por el relato que escribieron de los hechos conocemos la historia. El testigo principal fue Margaret, quien dijo que, a su regreso, «mi pobre padre entró en el armario con intención de rescatarlos, a pesar de que yo le rogué que no entrara. Y aún no ha salido».

Doscientos años después, el doctor Martin Pale hizo un viaje por Tierra de Duendes. En el castillo de John Hollyshoes (poderoso y anciano príncipe duende), descubrió a una niña de unos siete u ocho años, pálida y famélica. Dijo la niña que se llamaba Anne Bloodworth y que le parecía que estaba allí desde hacía unas dos semanas. Le habían mandado fregar un montón de pucheros. Dijo que había estado fregándolos sin parar desde su llegada) que, cuando terminara, se iría a su casa a ver a sus padres y hermanas. Pensaba terminar en un día o dos.

6.- Francis Sutton-Grove (1682-1765), mago teórico. Escribió dos libros, *De Generibus, Artium Magicarum Anglorum*, 1741, y *Prescripciones y descripciones*, 1749. El propio señor Norrell, el más grande (y único) admirador de Sutton-Grove, consideraba que *Prescripciones y descripciones* (en el que el autor trataba de establecer reglas para la práctica de la magia) era un libro rematadamente malo, y Jonathan Strange, el discípulo del señor Norrell, lo detestaba de tal modo que hizo pedazos su ejemplar y se los dio a comer al asno de un calderero (véase *Vida de Jonathan Strange*, de John Segundus, ed. John Murray, Londres, 1820).

De Generibus Artium Magicarum estaba considerado el libro más árido del canon de la magia inglesa (que contiene muchas obras aburridas). Fue la primera tentativa realizada por un inglés de definir las áreas de la magia que debe estudiar el mago moderno; según Sutton-Grove, su número es de treinta y cinco mil novecientos cuarenta y cinco, y las enumera todas bajo distintos epígrafes. Es precursor del gran señor Norrell en otro aspecto: en ninguna de sus listas se menciona la magia que tradicionalmente se relaciona con los pájaros y animales salvajes, y Sutton-Grove excluye de forma deliberada las clases de magia en las que se acostumbra utilizar a los duendes, como la de invocar a los muertos.

7.- Duque de Portland, primer ministro y primer lord del Tesoro, 1807-1809.

8. UN CABALLERO DE PELO COMO EL VILANO DEL CARDO

1.- «Oh, Lar, mucho necesito de tu auxilio. Esta virgen ha muerto y su familia desea que se le devuelva la vida.»

2.- «¡He ahí a la muerta, entre la tierra y el cielo! Has de saber, oh Lar, que te he elegido a ti para esta magna obra porque...»

10. LAS DIFICULTADES DE HALLAR EMPLEO PARA UN MAGO

1.- Burlington House, en Piccadilly, era la residencia en Londres del duque de Portland, primer

ministro del Tesoro. La casa había sido edificada en una época en la que los nobles ingleses no tenían rivalizar con su monarca en la exhibición de poder y riqueza, y no había en toda la capital edificio tan bello. El duque era un anciano muy respetable, pero el pobre no se ajustaba a la idea que tiene la gente de lo que debe ser un primer ministro. Estaba muy viejo y enfermo. En aquel entonces, yacía en alguna habitación de un remoto lugar de la casa, con las cortinas cerradas, aletargado por el láudano, muriendo poco a poco. No tenía utilidad alguna para su país y muy poca para sus compañeros del gobierno. La única ventaja que ellos veían en su liderazgo era la de que les permitía utilizar su magnífica mansión para sus reuniones y pedir a sus magníficos sirvientes que les subieran de la bodega pequeñas cosas que les apetecían. (En general, les parecía que la tarea de gobernar Gran Bretaña daba mucha sed.)

2.- William Pitt el Joven (1759-1806). Es difícil que podamos conocer a otro como él, porque llegó a primer ministro a los veinticuatro años y, con un breve intervalo de tres años, gobernó el país hasta su muerte.

12. EL ESPÍRITU DE LA MAGIA INGLESA CONDUCE AL SEÑOR NORRELL AL AUXILIO DE BRITANIA

1.- Cuatro años después, durante la Guerra de la Península, Jonathan Strange, el discípulo del señor Norrell, hizo una crítica similar de esta forma de magia.

2.- En esta descripción, el señor Lascelles consigue combinar en uno solo todos los libros de lord Portishead. Cuando, a principios de 1808, lord Portishead abandonó los estudios de magia, había publicado tres libros: Vida de Jacques Belasis, ed. Longman, Londres, 1801; Vida de Nicholas Goubert, ed. Longman, Londres, 1805, e Historia del Rey Cuervo contada a los niños, ed. Longman, Londres, 1807, con ilustraciones de Thomas Bewick. Los dos primeros eran eruditos estudios sobre dos magos del siglo XVI. El señor Norrell no tenía de ellos muy buena opinión, pero le desagradaba sobre todo Historia del Rey Cuervo contada a los niños. Jonathan Strange, por el contrario, la consideraba una obrita excelente.

3.- «Resultaba extraño que un hombre tan acaudalado —lord Portishead poseía grandes extensiones de Inglaterra— fuese tan modesto. También era un excelente marido y padre de diez hijos. El señor Strange me dijo que ver a lord Portishead jugar con sus hijos era la escena más deliciosa del mundo. Porque también él era un poco niño. A pesar de su gran erudición, era tan incapaz de ver maldad en nadie como de entender el chino. Era el lord más gentil de toda la aristocracia británica.» Vida de Jonathan Strange, John Segundus, ed. John Murray, Londres, 1820.

4.- Amigos de la Magia Inglesa se publicó en febrero de 1808 y fue un éxito inmediato. En 1812 Norrell y Lascelles se ufanan de unas tiradas de más de 13.000 ejemplares, aunque no es seguro el grado de precisión de tales cifras.

De 1808 a 1810 el editor fue, en teoría, lord Portishead, pero no cabe duda de que tanto el señor Norrell como Lascelles interferían en gran medida. Existían ciertas divergencias entre Norrell y Lascelles en lo tocante a los objetivos del periódico. El señor Norrell deseaba, en primer lugar, que Amigos de la Magia Inglesa revelara al público inglés la gran importancia de la magia inglesa moderna; en segundo lugar, aspiraba a corregir las opiniones erróneas acerca de la historia de la magia, y, en tercer lugar, pretendía desacreditar a las clases de magos que él aborrecía. No deseaba explicar en sus páginas los procedimientos de la magia inglesa; en otras palabras, no tenía intención de hacer la revista ni mínimamente informativa. Lord Portishead, cuya admiración por el señor Norrell no tenía límites, consideraba que su primera obligación de editor era la de seguir sus numerosas instrucciones. En consecuencia, los primeros números de Amigos de la Magia Inglesa son bastante aburridos y desconcertantes, con extrañas omisiones, contradicciones y evasivas. Lascelles, por el contrario, comprendía muy bien cómo debía utilizarse el periódico para propiciar el resurgimiento de la magia

inglesa, y ansiaba imprimirle un tono más ameno. El cauto enfoque de Portishead lo irritaba más y más, y con una serie de maniobras consiguió ser designado editor adjunto a lord Portishead a partir de 1810.

John Murray publicó Amigos de la Magia Inglesa hasta principios de 1815, en que se peleó con Norrell. Privado del apoyo del mago, Murray se vio obligado a vender el periódico a Thomas Norton Longman. En 1816, Murray y Strange decidieron publicar un periódico rival, llamado Famulus, del que sólo salió un número.

13. EL MAGO DE THREADNEEDLE STREET

1.- Según la tradición, el Rey Cuervo poseía tres reinos: uno en Inglaterra, otro en Tierra de Duendes y el tercero en un país situado más allá del infierno.

2.- Thomas Lanchester, El lenguaje de las aves, capítulo 6.

14. LA GRANJA DEL DESENGAÑO

1.- Finalmente, ambos procesos se fallaron a favor del hijo de Laurence Strange.

2.- Laurence Strange, por el contrario, se felicitaba de poder ahorrarse la manutención y la ropa del niño durante meses. Lo que demuestra cómo el amor al dinero puede convertir a una persona inteligente en un ser mezquino y ridículo.

3.- John Segundus, biógrafo de Strange, menciona más de una vez que Strange prefería el trato de las mujeres inteligentes al de los hombres. Vida de Jonathan Strange, ed. John Murray, Londres, 1820.

18. SIR WALTER CONSULTA A CABALLEROS DE DIVERSAS PROFESIONES

1.- Teoría propugnada por primera vez en el siglo XII por un mago de Cornualles llamado Meraud, de la cual existieron muchas variantes. En su forma más extrema incluye la creencia de que todo el que haya sido curado, salvado o resucitado por la magia deja de estar sometido a Dios y a su Iglesia, aunque puede deber acatamiento al mago o ente sobrenatural que lo haya ayudado.

Meraud fue arrestado y conducido ante el rey Esteban de Inglaterra del Sur y sus obispos, en el concilio de Winchester. Meraud fue marcado con fuego, azotado y expulsado, semidesnudo. Los obispos prohibieron que se le prestara ayuda. Meraud trató de ir andando de Winchester a Newcastle, donde el Rey Cuervo tenía su castillo, pero murió por el camino.

La creencia que existía en Inglaterra del Norte de que cierta clase de asesinos no pertenecen a Dios ni al Diablo sino al Rey Cuervo, es otra de las formas de la herejía de Meraud.

2.- Tres condiciones perfectibles del ser, de William Pantler, ed. Henry Lintot, Londres, 1735. Las tres condiciones son las de ángeles, hombres y duendes.

3.- De esta frase se deduce que el señor Norrell ignoraba todavía la alta estima en que lo tenían todos los ministros en general y lo deseosos que estaban de utilizar su magia en la guerra.

19. LOS CHICOS DE LA MADRUGADA

1.- Residencia del príncipe de Gales en Londres, situada en Pall Mall.

20. EL EXTRAÑO SOMBRERERO

1.- Robert Banks Jenkinson, lord Hawkesbury (1770-1828). A la muerte de su padre, ocurrida en diciembre de 1808, pasó a ser el conde de Liverpool. Durante los nueve años siguientes, sería uno de los más firmes partidarios del señor Norrell.

21. LAS CARTAS DE MARSELLA

1.- El rey amaba profundamente a sus seis hijas, pero con un amor que casi lo convertía en su carcelero. No soportaba la idea de que alguna pudiera dejarlo para casarse y las obligaba a llevar una vida de intolerable aburrimiento en el castillo de Windsor, en compañía de la malhumorada reina. De las seis sólo una consiguió casarse antes de cumplir los cuarenta.

22. EL CABALLERO DE BASTOS

1.- Parece ser que Strange no abandonó fácilmente la idea de dedicarse a la poesía. En *Vida de Jonathan Strange*, ed. John Murray, Londres, 1820, John Segundus describe cómo, frustrados sus esfuerzos por encontrar a un poeta, Strange decidió escribir los poemas él mismo. «Las cosas fueron muy bien el primer día; desde la hora del desayuno hasta la del almuerzo, estuvo sentado al pequeño escritorio de su vestidor, en bata, garabateando rápidamente en varias docenas de cuartillas. Estaba encantado con todo lo que escribía, lo mismo que su ayuda de cámara, que también era literato y le aconsejaba en las difíciles cuestiones de metáforas y retórica, y daba vueltas por la habitación recogiendo las cuartillas que volaban en todas las direcciones, ordenándolas y bajando a toda prisa a leerlas a su amigo, el ayudante del jardinero. Era realmente asombroso lo aprisa que escribía Strange, y el criado decía incluso que cuando acercaba la mano a la cabeza de su señor, notaba el calor que despedía la potente energía creativa del interior. Al segundo día, Strange se sentó a escribir otra cincuentena de páginas, pero enseguida se encontró en dificultades, al no hallar una rima para «que el amor nos baste». «Del vicio el lastre» no prometía demasiado, «preciado engaste» era pedante, y «tú me regalaste», ramplón. Estuvo batallando una hora, no encontró nada, salió a caballo para desembotar el cerebro y no volvió a mirar su poema.

2.- Pueblo situado a cinco o seis millas de la casa de Strange.

3.- El señor Norrell, al parecer, lo adaptó de una descripción de un hechizo de Lancashire extraído de *La biblioteca de la muerte*, de Peter Watershippe (1448).

LIBRO II: JONATHAN STRANGE

23. SHADOW HOUSE

1.- Algunos autores (Jonathan Strange entre ellos) afirman que Maria Absalom sabía muy bien lo que se hacía al dejar que su casa se convirtiera en una ruina. Sostienen que se guiaba por la creencia popular de que todos los edificios en ruinas pertenecen al Rey Cuervo. Ello explicaría por qué en Shadow House la magia pareció fortalecerse después de quedar en ruinas.

«Todas las obras del hombre, todas sus ciudades, todos sus imperios, todos sus monumentos, un día caerán y se convertirán en polvo. Hasta las casas de mis queridos lectores caerán —aunque sea sólo durante un día, una hora— y serán casas de piedras unidas por mortero de luna, con ventanas abiertas por las estrellas y amuebladas por el viento cargado de polvo. Se dice que ese día, esa hora, nuestras casas se convierten en propiedad del Rey Cuervo. Aunque nos lamentemos del fin de la magia inglesa, digamos que hace tiempo que nos ha abandonado y nos preguntemos unos a otros cómo pudimos perder algo tan precioso, no debemos olvidar que la magia nos espera al fin de Inglaterra y que llegará el día en que no podremos escapar del Rey Cuervo más de lo que ahora, en nuestro tiempo, podemos hacer que vuelva.» *Historia y práctica de la magia inglesa*, Jonathan Strange, ed. John Murray, Londres, 1816.

2.- Cuando se habla de las «Otras Tierras» se alude, en general, a Tierra de Duendes, o un lugar parecido, indeterminado. En una conversación de carácter general, basta esta definición, pero un mago debe tratar de concretar. Es bien sabido que el Rey Cuervo gobernaba tres reinos: el primero era el reino de Inglaterra del Norte, que comprendía Cumberland, Northumberland, Durham, Yorkshire,

Lancashire, Derbyshire y una parte de Nottinghamshire. Los otros dos reinos se llamaban «las Otras Tierras del Rey». Uno era parte de Tierra de Duendes y el otro se suponía que era un país situado en los confines del infierno, llamado a veces «las Tierras Amargas». Los enemigos del Rey decían que se las había arrendado Lucifer.

3.- Paris Ormskirk (1496-1587), maestro de escuela del pueblo de Clerkenwell, cerca de Londres. Autor de varios tratados de magia. No era un pensador muy original, pero sí un trabajador diligente que se impuso la tarea de reunir y seleccionar todos los conjuros posibles, a fin de descubrir la versión más segura. Tardó doce años, durante los cuales, su casita de Clerkenwell Green se llenó de miles de papeles con sortilegios escritos en ellos. La señora Ormskirk no se sentía muy complacida y la pobre mujer se convirtió en el prototipo de la esposa del mago de las comedias y las novelas baratas del género.

El encantamiento que por fin encontró Ormskirk se hizo muy popular y se utilizó extensamente durante su propio siglo y los dos siguientes, pero hasta que Jonathan Strange lo modificó e hizo aparecer a Maria Absalom en su propio sueño y el del señor Secundus, no sé de nadie que obtuviera el menor éxito con él, quizá por las razones que aduce Jonathan Strange.

4.- Parece ser que, en este momento, al señor Secundus lo abandonó su sentido común. Charles HetherGray (1712-1789) fue otro historiógrafo de la magia que publicó un célebre conjuro, tan malo como el de Ormskirk. Sería difícil elegir entre los dos.

5.- Conjurar a los muertos era un sortilegio mágico muy conocido en la Edad Media. Al parecer había consenso sobre que a un mago muerto le resultaba muy fácil que su espíritu resucitase e incluso hablase.

6.- Eran muy pocos los magos que no habían aprendido magia de otro practicante. El Rey Cuervo no fue el primer mago británico. Hubo otros antes que él —uno de los más relevantes, Merlín, el medio hombre y medio demonio, en el siglo VII—, pero en el tiempo en que el Rey Cuervo llegó a Inglaterra, no había ninguno. Poco se sabe de los primeros años del Rey Cuervo, pero es lógico suponer que aprendió tanto a ser mago como a ser rey en una corte de Tierra de Duendes. Los magos de la Inglaterra medieval aprendían su arte en la corte del Rey Cuervo y aquellos magos enseñaron a otros. Una excepción pudiera ser Thomas Godbless (1105?-1182), mago de Nottinghamshire. La mayor parte de su vida nos es desconocida. Estuvo un tiempo con el Rey Cuervo, pero, al parecer, eso fue en su madurez, cuando hacía años que era mago. Él es quizá un ejemplo de que un mago puede ser autodidacta, como lo fueron, evidentemente, Gilbert Norrell y Jonathan Strange.

24. OTRO MAGO

1.- El Mago Moderno fue el primero de varios periódicos de magia que siguieron a la aparición de Amigos de la Magia Inglesa, acaecida en 1808. Aunque no habían sido nombrados por el señor Norrell, a los directores de estas publicaciones ni les pasaba por la imaginación desviarse de la ortodoxia marcada por él.

2.- Horace Tott llevó una existencia gris en Cheshire, siempre con el propósito de escribir una gran obra sobre la magia inglesa, que no llegó a empezar. Murió a los setenta y cuatro años, pensando todavía que la iniciaría a la semana siguiente, o quizá a la otra.

25. LA EDUCACIÓN DE UN MAGO

1.- Naturalmente, el señor Norrell basaba su programa de estudios en las clasificaciones contenidas en De Generibus Artium Magicarum Anglorum, de Francis Sutton-Grove.

2.- Richard Chaston (1620-1695). Chaston escribió que tanto los hombres como los duendes poseen un componente racional y un componente mágico. En los hombres predomina lo racional sobre lo mágico. En los duendes ocurre lo contrario: la magia es connatural en ellos, pero, según los cánones humanos, apenas son racionales.

3.- Libro azul: denuncia de las mentiras más extendidas y los fraudes más frecuentes perpetrados por los magos ingleses contra los súbditos del Rey y unos contra otros, Valentine Munday, ed. 1698.

4.- La historia de la hija del maestro de Nottingham (a la que el señor Norrell no volvió a referirse) es interesante, por lo que voy a contarla aquí.

La feria a la que fue la muchacha se celebraba en Nottingham el día de san Mateo. La joven pasó una mañana muy agradable, recorriendo los puestos y comprando ropa para la casa, encajes y especias. Durante la tarde, se volvió de pronto a mirar a unos titiriteros italianos que caminaban detrás de ella y golpeó con el borde de la capa a una oca. La irascible ave se lanzó aleteando y graznando contra la muchacha, que hizo un ademán de sorpresa, y el anillo de su padre se le escurrió del dedo y fue a caer en el gazoncillo de la oca, que se lo tragó. Antes de que la hija del maestro de Nottingham pudiera decir o hacer algo, el propietario se llevó al animal y ambos desaparecieron entre la gente.

Compró la oca un hombre llamado John Ford, que vivía en el pueblo de Fiskerton, y al día siguiente, su esposa, Margaret Ford, mató al ave, la desplumó y la destripó. En su interior encontró un pesado anillo de plata adornado con una barra diagonal de ámbar, que dejó en una mesa, al lado de tres huevos de gallina que había recogido aquella mañana.

Inmediatamente, los huevos empezaron a temblar, se abrieron y de cada uno salió algo maravilloso. Del primero, un instrumento de cuerda que parecía una viola, pero tenía brazos y piernas y tocaba solo, con un arco diminuto, una música muy dulce. Del segundo huevo surgió un barco del más puro marfil, con velas de fina batista y remos de plata. Y del último salió un polluelo de extraño plumaje rojo y oro. Éste fue el único portentoso que llegó a la noche. Al cabo de una hora o dos, la viola se resquebrajó como cáscara de huevo y se hizo pedazos; al atardecer, el barco de marfil desplegó las velas y se fue remando por el aire; el pájaro, empero, creció, y al cabo de un tiempo encendió, un fuego que destruyó la mayor parte de Grantham. Durante el incendio se lo vio bañarse en las llamas, lo que dio lugar a que lo tomaran por un fénix.

Cuando Margaret Ford comprendió que tenía en su poder un anillo mágico, decidió utilizarlo. Por desgracia, era una mujer maliciosa que tiranizaba a su pobre marido y pasaba largas horas tramando venganzas contra sus enemigos. John Ford detentaba el feudo de Fiskerton y, durante los meses siguientes, se vio abrumado por las tierras y los bienes que le regalaban otros hacendados más ricos que él, temerosos de la maléfica magia de su esposa.

No tardaron las nuevas de los portentosos obrados por Margaret Ford en llegar a Nottingham, donde el maestro de Nottingham yacía en la cama, esperando la muerte. Era tanto el poder que había puesto en el anillo que su pérdida lo había hecho enfermar de tristeza y desesperanza. Cuando al fin tuvo noticias de su anillo, estaba ya muy débil para poder hacer algo.

Su hija, por el contrario, apenada por la desgracia que había causado a su familia, creyó que era su deber tratar de recuperar el anillo, por lo que, sin revelar a nadie su propósito, se puso en camino hacia el pueblo de Fiskerton, siguiendo la margen del río.

No había llegado más allá de Gunthorpe cuando contempló una escena terrible. Un bosquecillo estaba envuelto en voraces llamas. La negra humareda hacía llorar y se agarraba a la garganta. Pero era un incendio que no consumía el bosque. Un sordo quejido brotaba de los árboles, como si se dolieran del largo tormento. La hija del maestro miró en derredor, buscando a alguien que le explicara aquel prodigio. Un joven leñador que pasaba por allí le dijo:

—Hace dos semanas, Margaret Ford se paró en ese bosque al volver de Thurgarton. Descansó a la sombra de sus árboles, bebió agua de su arroyo y comió de sus nueces y sus bayas, pero cuando se iba, tropezó con una raíz y cayó al suelo, y cuando fue a levantarse, un rosal silvestre cometió la impertinencia de arañarle el brazo. Entonces ella echó un maleficio al bosque y juró que ardería para

siempre.

La hija del maestro dio las gracias al leñador por la información y siguió andando. Sintió sed y se arrodilló a beber en el río. En aquel momento, una mujer —o algo muy parecido a una mujer— que estaba en el agua se incorporó a medias. Tenía el cuerpo cubierto de escamas, la piel moteada como la de una trucha y el cabello convertido en un extraño amasijo de púas. Parecía mirar fieramente a la muchacha, pero sus ojos de pez, redondos y fríos, y su rígida piel de pez no se prestaban a reproducir expresiones humanas, por lo que era difícil adivinar su actitud.

—Oh, perdone —dijo la hija del maestro, asustada.

La mujer abrió la boca y mostró la garganta y la fea dentadura de un pez, pero parecía incapaz de emitir sonido alguno. Entonces se dio media vuelta y volvió a hundirse en el agua. Una mujer que lavaba ropa en el río explicó a la hija del maestro:

—Es Joscelin Trent, que tiene la desgracia de ser la esposa del hombre que le gusta a Margaret Ford, la cual, por celos, le ha echado un maleficio, y la pobre ha de pasar los días y las noches sumergida en los bajíos del río, para que no se le sequen su piel y su carne de pez. Como no sabe nadar, vive con el terror de ahogarse.

La joven dio las gracias a la mujer por haberle dicho esto. Llegó entonces al pueblo de Hoveringham. Un hombre y su esposa, que montaban un pequeño poni, muy apretados, le aconsejaron que no entrara en el pueblo y le hicieron dar un rodeo, llevándola por estrechos senderos. Desde una pequeña loma, la hija del maestro contempló el pueblo y vio que todos sus habitantes llevaban los ojos vendados. Como no estaban habituados a esa ceguera autoimpuesta, continuamente chocaban con las paredes, tropezaban con taburetes y carretillas, se cortaban con cuchillos y otras herramientas, y se quemaban con la lumbre. De manera que todos estaban heridos y magullados, pero ni uno solo se quitaba la venda.

—Es que el cura de Hoveringham tuvo la osadía de denunciar desde el púlpito la maldad de Margaret Ford —explicó la esposa—. Obispos, abades y canónigos han mantenido la boca cerrada, pero ese frágil anciano la desafió y ella maldijo a todo el pueblo. La maldición consiste en tener ante los ojos la imagen de aquello que más temen, y esas pobres gentes ven a sus hijos morir de hambre, a sus padres volverse locos y a aquellos a los que aman traicionarlos y despreciarlos. Marido y mujer se ven el uno al otro atrocemente asesinados. Por eso, aunque tales visiones no son sino ilusiones, los habitantes del pueblo tienen que vendarse los ojos para no enloquecer por lo que ven.

Sacudiendo la cabeza ante la maldad de Margaret Ford, la hija del maestro siguió caminando hacia la casa de John Ford, donde encontró a Margaret y a las criadas, que, armadas de palos, conducían las vacas alestable para el ordeño de la tarde. La muchacha se acercó audazmente a Margaret Ford. Al instante, ésta se volvió y la golpeó con el bastón.

—¡Ya sé quién eres, bribona! —le gritó—. Me lo ha dicho mi anillo. Sé que piensas mentirme, a mí, que nunca te he hecho daño alguno, y pedirme que te tome a mi servicio. Sé que te propones robarme el anillo. ¡Pues bien, quiero que sepas que el anillo tiene unos hechizos muy poderosos! Si alguien fuera tan necio como para tocarlo siquiera, al momento saldrían de la tierra abejas, avispas e insectos de todas clases a clavarle el aguijón, y del cielo bajarían águilas, halcones y toda clase de aves a picotearlo, y por último, aparecerían osos, jabalíes y toda clase de alimañas a despedazarlo.

Entonces le dio de palos a la hija del maestro y ordenó a sus criadas que la pusieran a trabajar en la cocina. Las criadas, un hatajo de desgraciadas, víctimas de las iras de su ama, daban a la joven los trabajos más arduos, y cada vez que Margaret Ford las golpeaba o les gritaba, ellas se desahogaban haciendo otro tanto con ella. A pesar de todo, la hija del maestro no perdía el ánimo. Varios meses hacía ya que trabajaba en la cocina, y ni un solo momento dejó de pensar en cómo conseguir que Margaret Ford se desprendiera del anillo o lo perdiera. Margaret Ford era una mujer cruel que se ofendía fácilmente y cuya cólera era inextinguible. No obstante, adoraba a los niños pequeños, no desperdiciaba ocasión de cuidarlos y, con un crío en brazos, era toda ternura. No había tenido hijos y quienes la conocían sabían que eso era para ella causa de profunda pena. Se suponía que había probado toda clase de artes de magia para concebir, pero en vano. Un día, mientras jugaba con la niña de una vecina, Margaret Ford dijo que si un día llegaba a tener un hijo, le gustaría que fuera una niña y que tuviera la piel blanca como la nata, los ojos verdes y el pelo rizado y del color del cobre (como ella).

—¡Ah! —exclamó la hija del maestro con aire inocente—. La esposa del agente del rey en Eperstone tiene una niña precisamente así, la criatura más bonita que se pueda imaginar.

Margaret Ford hizo que la muchacha la llevara a Epperston a ver a la hija de la esposa del agente del rey, y cuando comprobó que la criatura era la más bonita que había visto en su vida (tal como le había dicho la joven) anunció a la horrorizada madre su intención de llevársela consigo.

Desde el momento en que se apoderó de la pequeña, Margaret Ford pareció otra. Se pasaba el día cuidando de la niña, jugando con ella y cantándole canciones. Ahora estaba contenta con su suerte. Utilizaba el anillo mágico mucho menos que antes y casi nunca se encolerizaba. Así siguieron las cosas hasta que iba a hacer ya un año que la hija del maestro de Nottingham vivía en casa de Margaret Ford. Un día de verano, Margaret Ford, la niña, la hija del maestro y las otras criadas almorzaron en la orilla del río. Después de comer, Margaret Ford se tendió a descansar a la sombra de un rosal silvestre. Hacía calor y todas tenían sueño. En cuanto estuvo segura de que Margaret Ford dormía, la hija del maestro sacó una ciruela confitada y se la enseñó a la niña. La pequeña, que sabía muy bien lo que hay que hacer con los confites, abrió la boca, y la joven se lo metió en la boca. Luego, rápidamente y asegurándose de que ninguna de las criadas veía lo que hacía, sacó el anillo mágico del dedo de Margaret Ford y gritó:

—¡Oh, oh! ¡Despierte, señora! ¡La niña le ha quitado el anillo y se lo ha metido en la boca! ¡Oh!, por el bien de la criatura, deshaga el hechizo. ¡Deshaga el hechizo!

Margaret Ford se despertó y vio a la niña con la mejilla abultada, pero estaba muy aturdida por el sueño para darse cuenta de lo que ocurría. Volaba por allí una abeja, a la que la hija del maestro señaló con el dedo, gritando. También las otras criadas chillaron.

—¡Pronto, señora, se lo suplico! —rogó—. ¡Oh! —exclamó levantando la mirada—. ¡Ya vienen las águilas y los halcones! ¡Oh! —Miró a lo lejos—. Ahí están ya los osos y los jabalíes que despedazarán a la pobrecita.

Margaret Ford gritó al anillo que deshiciera el hechizo, y el anillo obedeció al instante, y casi al mismo tiempo la niña se tragó el confite. Mientras Margaret Ford y las criadas, con ruegos, carantoñas y golpecitos en la espalda, trataban de que la pequeña escupiera el anillo mágico, la hija del maestro de Nottingham echo a correr por la margen del río en dirección a Nottingham.

El resto de la historia tiene los elementos habituales. Cuando Margaret Ford descubrió el engaño, lanzó a jinetes y perros en persecución de la joven. Varias veces, la muchacha parecía perdida: los caballos estaban a punto de darle alcance y ya tenía a los perros en los talones. Pero la historia nos cuenta cómo las víctimas de la magia de Margaret Ford la ayudaron. Los habitantes del pueblo de Hoveringham se arrancaron las vendas y, a pesar de las horribles visiones que aparecían ante sus ojos, corrieron a construir barricadas para impedir el paso de Margaret Ford. La infortunada Joscelyn Trent se levantó del río y trató de hundir a Margaret Ford en las enlodadas aguas; y el bosque en llamas le arrojó ramas ardientes.

El anillo volvió a manos del maestro de Nottingham, que reparó todo el daño que había perpetrado Margaret Ford y recuperó su propia fortuna y su reputación.

Existe otra versión de la historia en la que no aparece el anillo mágico ni el bosque en llamas perpetuas, ni fénix, ni milagro alguno. Según esta versión, Margaret Ford y la hija del maestro de Nottingham (que se llamaba Donata Torel) no eran enemigas, sino las dirigentes de una agrupación de magas que floreció en Nottinghamshire en el siglo XII. Hugh Torel, el maestro de Nottingham, era contrario a la existencia de tal grupo e hizo grandes esfuerzos por destruirlo (a pesar de que su propia hija pertenecía a él). Estuvo a punto de conseguirlo, hasta que las mujeres dejaron sus hogares, abandonando a padres y maridos, y se fueron a vivir al bosque bajo la protección de Thomas Godbless, un mago mucho más poderoso que Hugh Torel. Esta menos pintoresca versión de la historia nunca fue tan popular como la otra, pero es la que Jonathan Strange consideró válida e incluyó en Historia y práctica de la magia inglesa.

26. ESFERA, CORONA Y CETRO

1.- Stephen describió cómo, a poco de llegar a estas costas, Julio César se apartó de su ejército para adentrarse en un bosquecillo. No había andado gran trecho cuando se tropezó con dos jóvenes que suspiraban profundamente y golpeaban el suelo con gesto de frustración. Los dos eran muy apuestos y vestían túnicas del más puro lino teñido de exquisitos colores. Julio César, admirado del noble aspecto de los jóvenes, les hizo toda suerte de preguntas, a las que ellos respondieron con candor, sin asomo de desconfianza. Le explicaron que ambos tenían querellas que presentar al tribunal de la región. El

tribunal celebraba sesión el primer día de cada trimestre para zanjar disputas y castigar a los delincuentes. Por desgracia, la raza a la que ellos pertenecían era levantisca y violenta, y en ese momento no podían presentar su demanda porque no encontraban un juez imparcial; todas las personas venerables de su casta o estaban acusadas de algún crimen o tenían relación con alguno de los casos en litigio. Al oír eso, César se compadeció e inmediatamente se ofreció a actuar de juez, a lo que ellos accedieron de buen grado. Lo llevaron por el bosque hasta una hondonada cubierta de hierba y rodeada de verdes colinas. Allí encontró César a un millar de los hombres y mujeres más hermosos que viera en su vida. Se sentó en la ladera y escuchó todas sus quejas y acusaciones. Cuando las hubo oído, emitió unos juicios tan sabios que todos quedaron satisfechos y ninguno se fue sintiéndose tratado injustamente. Tan complacidos estaban con las sentencias que, en pago, ofrecieron a César lo que quisiera. Él meditó un momento y dijo que quería dominar el mundo. Y ellos se lo prometieron.

27. LA ESPOSA DEL MAGO

1.- El 14 de mayo de 1810, Strange le escribió a John Segundus: «... Existe aquí un gran afán por ver visiones, que me place satisfacer siempre que puedo. A pesar de lo que diga el señor Norrell, cuesta muy poco esfuerzo y nada agrada más al profano. Lo único que lamento es que la gente siempre acaba pidiéndome que les muestre a sus parientes. El martes estaba en Tavistock Square, en casa de una familia llamada Fukher. Derramé vino en la mesa, obré la magia y les mostré un combate naval que en aquel momento se libraba en las Bahamas, una vista de un monasterio napolitano en ruinas al claro de luna y, finalmente, al emperador Napoleón Buonaparte tomando una taza de chocolate con los pies en un barreño de agua caliente».

Los Fulcher son personas lo bastante corteses para aparentar interés en lo que yo hacía, pero casi al final de la velada me preguntaron si no podría mostrarles a su tía, que vive en Carlisle. Durante la media hora siguiente, Arabella y yo tuvimos que hablar el uno con el otro mientras la familia contemplaba, extasiada, la imagen de una anciana sentada junto al fuego, con una cofia blanca, haciendo calceta.» Cartas y documentos de Jonathan Strange, John Segundus, ed. John Murray, Londres, 1824.

2.- Uno de los libros del señor Norrell. Norrell aludió a él indirectamente cuando los señores Segundus y Honeyfoot fueron a visitarlo a primeros de enero de 1807.

3.- Eran las pinturas venecianas que el señor Norrell había visto en casa de la señora Wintertowne dos años antes. La señora Wintertowne le dijo entonces al mago que pensaba darlos como regalo de boda a sir Walter y a la señorita Wintertowne.

28. LA BIBLIOTECA DEL DUQUE DE ROXBURGHE

1.- Entre las formas de magia que Strange y Norrell obraban en 1810 figuran: desecar una gran extensión de mar del golfo de Vizcaya y materializar en ella un vasto bosque de árboles monstruosos (con lo que destruyeron veinte barcos franceses, crearon mareas y vientos insólitos que desconcertaban a los franceses, arruinaban las cosechas y hacían morir al ganado); modelar con lluvia flotas de navíos, ciudades amuralladas, figuras gigantescas, bandadas de ángeles, etcétera, etcétera, a fin de asustar, confundir o hechizar a los soldados y marineros enemigos; hacer que cayera la noche cuando los franceses esperaban el amanecer y viceversa.

Todo ello se enumera en *De Generibus Artium Magicarum Anglorum*, de Francis Sutton-Grove.

2.- A finales de 1809, lord Castlereagh, el anterior ministro de la Guerra, se había peleado violentamente con el señor Canning. Se batieron en duelo, después del cual ambos tuvieron que dimitir de sus cargos en el gobierno. Lord Liverpool, el actual ministro de la Guerra, es en realidad la misma persona que lord Hawkesbury, que ya ha sido mencionado en estas páginas y que, a la muerte de su padre, ocurrida en diciembre de 1808, había dejado un título y asumido el otro.

3.- Thaumatomane: persona apasionada por la magia y los milagros, Diccionario de la lengua inglesa, de Samuel Johnson.

4.- Floors Castle es la casa de los duques de Roxburghe.

5.- El Comité de Privilegios falló finalmente a favor de sir James Innes, y, como el señor Lascelles había pronosticado, el nuevo duque puso en venta la biblioteca al instante. La subasta, que tuvo lugar en el verano de 1812 (estando Strange en la Península Ibérica), fue sin duda el acontecimiento bibliográfico más extraordinario desde el incendio de la biblioteca de Alejandría. Se prolongó durante cuarenta y dos días y fue causa de dos duelos por lo menos. Entre los libros del duque figuraban siete textos mágicos, a cual más extraordinario. Rosa et Fons era una meditación mística sobre magia, escrita por un mago desconocido del siglo XIV. Thomas de Dundelle, poema hasta entonces ignoto de Chrétien de Troyes, era una versión colorista de Thomas Dundale, el primer sirviente humano del Rey Cuervo.

El libro de Loveday Ingham era la descripción de las ocupaciones cotidianas de un mago del siglo XV en Cambridge.

Exercitatio Magica Nobilissima era un intento de describir toda la magia inglesa que databa del siglo XVII.

Historia de Seven era una obra muy embarullada, parte en inglés, parte en latín y parte en una lengua mágica desconocida. No podía determinarse su antigüedad, no podía identificarse al autor ni podía adivinarse su intención al escribir el libro. En líneas generales, parecía ser la historia de una ciudad de Tierra de Duendes llamada Seven, pero la información se presentaba en un estilo muy confuso y con frecuencia el autor interrumpía su narración para acusar a una persona no especificada de haberlo perjudicado de algún modo misterioso. Esas partes del texto más parecían una carta de protesta que otra cosa. El Parlamento de las mujeres era una descripción alegórica del siglo XVI, de la sabiduría y la magia propias de las mujeres.

Pero, con mucho, el más maravilloso era Espejo de la vida de Ralph Stokesey, que salió a subasta el último día junto con una primera edición del Decamerón de Boccaccio. El mismo señor Norrell ignoraba la existencia de ese libro hasta aquel día. Al parecer, había sido escrito por dos autores, un mago del siglo XV llamado William Thorpe y Col Tom Blue, el criado duende de Ralph Stokesey. Por ese tesoro, el señor Norrell pagó la inaudita suma de 2.100 guineas.

Era tal el respeto que inspiraba el mago que ni uno solo de los caballeros que estaban en la sala pujó contra él. Pero una dama pujó por todos los libros. Arabella Strange había estado muy ocupada durante las semanas que precedieron a la subasta. Escribió cartas a las amistades de su esposo y visitó a todos sus amigos de Londres, tratando de reunir dinero suficiente para comprar algún libro para su marido, pero el señor Norrell los copó todos.

Sir Walter Scott, el escritor, describió el final de la subasta. «Fue tal la decepción de la señora Strange al perder La vida de Ralph Stokesey que se le saltaron las lágrimas. En aquel momento, el señor Norrell pasó por su lado con el libro en la mano. Ni una palabra, ni una mirada tuvo aquel hombre para la esposa de su discípulo. No recuerdo cuándo he visto una conducta tan repelente. Varias personas observaron esa actitud y oí comentarios severos acerca de Norrell. El mismo lord Portishead, cuya admiración por el mago no tiene límites, admite que éste se ha comportado muy mal con la señora Strange.»

Pero no fue sólo el trato dado a Arabella lo que suscitó comentarios adversos. Durante las semanas que siguieron a la subasta, estudiosos e historiadores esperaban enterarse de los nuevos conocimientos que se hubieran hallado en los siete maravillosos libros. Concretamente, esperaban que Espejo de la vida de Ralph Stokesey diera respuesta a algunos de los misterios más desconcertantes de la magia inglesa. Se suponía que el señor Norrell revelaría sus descubrimientos en las páginas de Amigos de la Magia Inglesa o que mandaría imprimir copias de los volúmenes. No hizo ninguna de estas cosas. Una o dos personas le escribieron para hacerle preguntas específicas. No contestó. Y cuando en los periódicos aparecían cartas con quejas acerca de ese comportamiento, se indignaba. Al fin y al cabo, él no hacía nada más que lo que había hecho siempre: adquirir libros valiosos y esconderlos donde nadie pudiera

verlos. La diferencia estaba en que, cuando era un desconocido, a la gente no le importaba, pero ahora los ojos del mundo estaban puestos en él. Su silencio era causa de extrañeza y la gente empezó a recordar otras ocasiones en las que el señor Norrell había obrado con rudeza y arrogancia.

29. EN CASA DE JOSÉ ESTORIL

1.- El St. Serlo's Blessing había sido capturado a los franceses. Su nombre francés era Le Temple Foudroyé. St. Serlo's Blessing, por supuesto, era el nombre de uno de los cuatro bosques mágicos que rodeaban y protegían la ciudad de Newcastle, capital del Rey Cuervo.

2.- Desde luego, puede aducirse que Wellington era irlandés, pero un patriótico autor inglés no se rebajaría a responder a semejante objeción.

3.- Había tres grandes plazas fuertes que guardaban la frontera de España: Almeida, Badajoz y Ciudad Rodrigo. A principios de 1811, las tres estaban en poder de los franceses. Mientras avanzaba sobre Almeida, Wellington envió al general Beresford con el ejército portugués al sur, a poner sitio a Badajoz.

30. EL LIBRO DE ROBERT FINDHELM

1.- Yorkshire formaba parte del reino del Rey Cuervo de Inglaterra del Norte. Saber que Vinculus era del norte, igual que ellos, tenía que incrementar el respeto de Childermass y Norrell hacia él.

2.- Otras muchas personas, además de Lascelles, repararon en la extraña circunstancia de que el señor Norrell, que no toleraba ni oír hablar del Rey Cuervo, hubiera vivido en una casa construida con piedras talladas por orden del Rey y en unas tierras que el Rey había poseído y conocía bien.

3.- Asesinato de libro fue una adición tardía a la ley de la magia inglesa. La deliberada destrucción de un libro de magia merecía el mismo castigo que el asesinato de un cristiano.

4.- No todos los personajes mencionados por el caballero eran cristianos. Al igual que nosotros, al referirnos a una gran diversidad de tribus y razas de criaturas sobrenaturales, decimos «duendes», ellos suelen llamarnos «cristianos», independientemente de nuestra religión, raza o era.

31. DIECISIETE NAPOLITANOS MUERTOS

1.- Voz acuñada en España durante la guerra de la Independencia para designar la acción de bandas, compuestas por docenas o por miles de hombres, que combatían y hostigaban a los ejércitos franceses. Algunas estaban mandadas por ex soldados y mantenían un grado de disciplina militar impresionante. Otras eran poco más que cuadrillas de bandoleros que dedicaban tantas energías a sembrar el terror entre sus infortunados compatriotas como a luchar contra los franceses.

2.- Jonathan Strange a John Segundus, Madrid, 20 de agosto de 1812.

«Siempre que hay que encontrar a alguien o algo, lord Wellington me pide que conjure una visión. Nunca da resultado. El Rey Cuervo y otros aureates tenían una magia especial para localizar objetos y personas. Tengo entendido que empezaban por utilizar un cuenco de plata lleno de agua. Dividían la superficie del agua en cuatro partes con rayas de luz. (Por cierto, John, realmente no puedo creer que tengas tantas dificultades como dices para crear esas líneas. Yo no puedo describirlas con más claridad. ¡Son la cosa más sencilla del mundo!) Los cuartos representan Cielo, Infierno, Tierra y Tierra de Duendes. Parece ser que se utiliza un hechizo de elección para determinar en cuál de estos reinos ha de encontrarse la persona o la cosa que buscas, pero no tengo ni la menor idea de lo que se hace a partir de entonces, ni tampoco Norrell. ¡Si yo dispusiera de esa magia...! Wellington y su estado mayor

siempre están encomendándome tareas que no puedo realizar o que debo dejar a medias porque no dispongo de ella. Noto su falta casi a diario. Sin embargo, no tengo tiempo para experimentos. Por lo tanto, John, te agradecería infinito que dedicaras un tiempo a ensayar este hechizo y me comunicaras inmediatamente si has conseguido algo.»

En los papeles que dejó John Segundus no hay ninguna indicación de que tuviera éxito en sus intentos por recuperar esta magia. No obstante, en el otoño de 1814 Strange se dio cuenta de que un pasaje de Revelaciones de otros treinta y seis mundos, de Ormskirk —durante mucho tiempo considerado un referente de las rimas basadas en números—, ofrecía, de hecho, una especie de versión embrollada precisamente de este hechizo. Hacia finales de ese año, Strange y Norrell practicaban esta magia con reservas.

3.- Strange sabía que era un acto de magia que hacía el Rey Cuervo. La magia del Rey era casi toda misteriosa, bella y delicada, por lo que nos sorprende que hubiera utilizado un hechizo tan brutal. A mediados del siglo XIII, los enemigos del Rey trataban de formar una alianza contra él. Conocía a la mayoría de sus integrantes: el rey de Francia era uno de ellos; el rey de Escocia era otro; y había también varios duendes desafectos que se daban títulos altisonantes y que tal vez gobernarán —o tal vez no— los vastos territorios que se atribuían. Había también otros personajes más misteriosos e importantes. Durante la mayor parte de su reinado, el Rey había estado en buenas relaciones con la mayoría de los ángeles y demonios, pero ahora corrían rumores de que se había peleado con dos de ellos: Zadkiel, el que administra la misericordia, y Alrinach, el que rige los naufragios.

No parece que las actividades de la alianza inquietaran mucho al Rey. Pero se despertó su interés cuando los presagios mágicos parecían indicar que uno de sus propios nobles se había unido a los aliados y conspiraba contra él. El sospechoso era Robert Barbatus, conde de Wharfedale, hombre conocido por su astucia y sus artes manipuladoras, por lo que le habían puesto el mote de Zorro. A los ojos del Rey, no había peor delito que el de la traición.

Cuando Henry Barbatus, el primogénito del Zorro, murió de unas fiebres, el Rey Cuervo ordenó que lo desenterraran y lo resucitó para hacerle decir lo que supiera. Thomas de Dundale y William Lanchester sentían una viva aversión hacia esa clase de magia y le suplicaron que utilizara algún otro medio. Pero el Rey estaba muy enfadado y no lograron disuadirlo. Había otras cien formas de magia que hubiera podido usar, aunque ninguna tan rápida y directa, y, al igual que la mayoría de los grandes magos, el Rey Cuervo era, ante todo, práctico.

Se dijo que, en su furor, golpeó a Henry Barbatus. En vida, Henry era un joven muy agraciado, admirado por su apostura y donaire y temido por su audacia en el combate. Que tan noble caballero fuera reducido por el Rey a la condición de pelele acobardado y quejumbroso enfureció a William Lanchester y fue causa de una enconada pelea entre ambos magos, que duró varios años.

4.- Para acabar con la «vida» de los cadáveres hay que arrancarles los ojos, la lengua y el corazón.

5.- «Por lo que respecta a los soldados italianos muertos, sólo puedo decir que todos lamentamos profundamente infligir tal crueldad a hombres que ya habían sufrido mucho. Pero nos vimos obligados a hacerlo. No dejaban en paz al mago y lo habrían vuelto loco. Teníamos que poner a dos hombres de guardia mientras dormía para impedir que fueran a despertarlo. Habían sufrido muchos quebrantos desde su muerte y no eran una visión que a nadie apeteciera contemplar al despertar. Al fin hicimos una hoguera y los arrojamos al fuego.» Lord Fitzroy Somerset a su hermano, 2 de septiembre de 1812.

6.- El coronel Vickery había reconocido el terreno y descubierto a soldados franceses al acecho entre los árboles, esperando para disparar contra el ejército británico. Sus oficiales estaban discutiendo lo que convenía hacer cuando llegó lord Wellington a caballo.

—Podríamos dar un rodeo —dijo—. Pero nos llevaría tiempo y tengo prisa. ¿Dónde está el mago? —Alguien fue en busca de Strange—. Señor Strange, —le dijo lord Wellington—, no creo que suponga

un gran esfuerzo para usted mover esos árboles. Mucho menor que el que tendrían que hacer cuatro mil hombres para dar un rodeo de siete millas. ¡Mueva esos bosques, por favor!

Strange hizo lo que se le pedía y trasladó el olivar y el pinar al otro lado del valle. Los franceses quedaron al descubierto en una ladera desnuda y rápidamente se rindieron a los ingleses.

7.- Por un error, en los mapas de España de Wellington, la ciudad de Pamplona no estaba situada en su lugar real. Wellington se sintió vivamente defraudado el día en que, después de una marcha de veinte millas, el ejército no llegó a Pamplona, que estaba diez millas más al norte. Tras una breve discusión, se creyó más conveniente hacer que el señor Strange desplazara la ciudad que rectificar todos los mapas.

8.- Las iglesias de Saint Jean de Luz constituyeron un caso bochornoso. No había ninguna necesidad de moverlas. Lo cierto es que un domingo por la mañana Strange estaba desayunándose con brandy en un hotel de Saint Jean de Luz con tres capitanes y dos tenientes del 16o de la Ligera de Dragones, a los que explicaba la teoría que regía el desplazamiento mágico de objetos diversos. Era una empresa totalmente vana: de haber estado sobrios, tampoco lo habrían entendido, y hacía dos días que ni ellos ni Strange estaban sobrios. A modo de ilustración, Strange intercambió el emplazamiento de las dos iglesias, con los fieles en el interior. Tenía el propósito de devolverlas a su lugar antes de que la gente saliera., pero lo llamaron para jugar una partida de billar y no volvió a pensar en ello. Es más, pese a las seguridades dadas reiteradamente, Strange nunca encontró tiempo ni ocasión para devolver a su lugar original río, árboles, ciudad ni nada.

9.- El gobierno británico le había otorgado a lord Wellington el título de duque. También se habló de conceder un título nobiliario a Strange. «Una baronía es lo mínimo que esperará —le dijo lord Liverpool a sir Walter—, y estaríamos perfectamente justificados si le diéramos algo más. ¿Qué le parece un vizcondado?» La causa de que esto no llegara a ocurrir fue que, tal como señaló sir Walter, no se le podía dar un título a Strange sin hacer otro tanto por Norrell, y ningún miembro del gobierno sentía por Norrell tanta simpatía. La idea de tener que llamar al señor Norrell «sir Gilbert» o «milord» era deprimente.

32. EL REY

1.- En Vida de Jonathan Strange, John Segundus describe otras maneras en que, en su opinión, el duque de Wellington influyó en la posterior actuación de Strange.

2.- Ni la tenía Ormskirk, seguramente, que se habría limitado a anotar la fórmula que alguien le había dado o que había encontrado en un libro. Es éste un problema constante en los escritos de los magos argentine. En su afán por preservar hasta el último resto de conocimiento mágico, con frecuencia se sentían obligados a escribir cosas que ni ellos mismos entendían.

3.- El estanque y la arboleda eran lo único que quedaba de un gran jardín plantado por orden de Guillermo III, que no llegó a terminarse. Su construcción fue abandonada porque el coste era excesivo, y el terreno recuperó su anterior estado de parque y prado.

33. PONME LA LUNA EN LOS OJOS

1.- Charles James Fox, político radical que había muerto hacía unos ocho años. Esta afirmación demuestra lo muy perturbado que estaba el rey: el señor Fox era un ateo notorio que por nada del mundo hubiera puesto los pies en una iglesia.

2.- Después, al rememorar los sucesos de la mañana, Strange no pudo sino suponer que el flautista no

había tratado de engañarlo por el sentido del gusto.

3.- Es discutible si el señor Norrell estaba en lo cierto al decir que los caminos de las hadas no hacen daño. Son lugares misteriosos y existen docenas de relatos de las extrañas aventuras ocurridas a los que trataron de transitar por ellos. La que cuento a continuación es una de las más conocidas. Es difícil decir cuál fue con exactitud la suerte que corrieron los caminantes, aunque desde luego no es una suerte que ni tú ni yo deseáramos compartir.

En Yorkshire, a finales del siglo XVI, había un hombre que poseía una granja. Una mañana de verano temprano salió al campo con dos o tres de sus hombres, para empezar la siega del heno. La tierra estaba cubierta de una bruma blanca y el aire era frío. A lo largo de uno de los lados del campo discurría un antiguo camino encantado, bordeado de altos setos de espino. Crecían en él hierba alta y árboles jóvenes, y hasta en los días más claros estaba oscuro y sombrío.

El granjero nunca había visto a nadie en el sendero, pero aquella mañana él y sus hombres vieron avanzar por él a un grupo de personas. El hombre que caminaba delante dejó la senda y entró en el campo. Vestía de negro y era joven y bien parecido, y, aunque ni el granjero ni sus hombres lo habían visto antes, enseguida supieron quién era: John Uskglass, el rey mago. Cayeron de rodillas, pero él los levantó y dijo que iba de viaje. Ellos le llevaron un caballo, comida y bebida. Luego fueron en busca de sus esposas e hijos, y John Uskglass los bendijo y les otorgó buena suerte. El granjero miraba con recelo a la extraña gente que se había quedado en el camino, pero John Uskglass le dijo que no tenía nada que temer. Le prometió que aquella gente no podía hacerle daño alguno. Luego se alejó cabalgando. La gente extraña permaneció en el antiguo sendero mágico durante un rato, pero con los primeros rayos del fuerte sol de verano, se desvaneció, al mismo tiempo que la bruma.

35. EL CABALLERO DE NOTTINGHAMSHIRE

1.- El retrato estuvo colgado en la biblioteca del señor Norrell desde noviembre de 1814 hasta el verano siguiente, en que fue retirado. Desde entonces nadie lo ha visto. El siguiente extracto de un tomo de memorias describe las dificultades experimentadas por el señor Lawrence (posteriormente, sir Thomas Lawrence) para pintarlo. También es interesante por la luz que arroja sobre las relaciones entre Norrell y Strange a finales de 1814. Parece ser que, pese a muchas provocaciones, Strange aún trataba de ser paciente con su tutor y animaba a otras personas a hacer lo mismo.

«Los dos magos posaron en la biblioteca del señor Norrell. El señor Lawrence vio en el señor Strange a un hombre de lo más agradable, y su retrato marchaba satisfactoriamente. El señor Norrell, por el contrario, se mostró desde el principio muy inquieto. Se revolvía en su asiento y torcía el cuello como si tratara de ver las manos del señor Lawrence: vano intento, puesto que el caballete se interponía entre ellos. El señor Lawrence, suponiéndolo nervioso por la marcha del retrato, le aseguró que éste iba perfectamente y que si lo deseaba podía mirar la tela para comprobarlo con sus propios ojos, pero eso no bastó para calmar su agitación. De pronto el señor Norrell se dirigió al señor Strange, que estaba escribiendo una carta a un ministro:

—Señor Strange, noto corriente de aire. Me parece que la ventana que hay detrás del señor Lawrence está abierta. ¡Haga el favor de ir a ver si es así!

Sin levantar la mirada del papel, Strange respondió:

—Se equivoca; la ventana no está abierta.

Minutos después, al señor Norrell le pareció oír en la plaza a un vendedor de empanadas y rogó al señor Strange que mirase por la ventana, y nuevamente él se negó. Después era el coche de una duquesa lo que oía. Por todos los medios, quería conseguir que el señor Strange fuera a la ventana, pero éste no iba. Aquello era muy extraño, y el señor Lawrence empezó a sospechar que la agitación del señor Norrell nada tenía que ver con imaginarias corrientes de aire, vendedores de empanadas ni duquesas, sino con el cuadro. Cuando el señor Norrell salió de la habitación, el señor Lawrence preguntó al señor Strange qué ocurría. En un principio, el señor Strange le aseguró que no ocurría nada, pero el señor Lawrence estaba decidido a averiguarlo e insistió hasta que el señor Strange suspiró:

—¡Está bien! Se le ha metido en la cabeza que, al amparo del caballete, copia usted hechizos de sus libros. El señor Lawrence estaba consternado. Él había pintado a los más grandes personajes del país y

nunca había sido acusado de robar. Ése no era el trato que esperaba.

—Vamos, no se enfade —dijo el señor Strange suavemente—. Si hay en Inglaterra un hombre que se merezca que seamos pacientes con él, ése es el señor Norrell. El futuro de la magia inglesa gravita sobre sus hombros y le aseguro que él siente su gran peso. Eso hace que sea un poco excéntrico. ¿Cuáles serían sus sensaciones, señor Lawrence, si una mañana al despertarse se encontrara con que usted es el único pintor de Europa? ¿No se sentiría un poco solo? ¿No sentiría fija en usted la mirada atenta de Miguel Ángel, Rafael,
Recuerdos de sir Thomas Lawrence durante una amistad de casi treinta años, de la señora Croft.

2.- Francis Pevensey, mago del siglo XVI. Escribió Dieciocho prodigios que se encuentran en la casa de Albión. Sabemos que Pevensey fue alumno de Martin Pale. Dieciocho prodigios tiene todas las características de la magia de Pale, incluida su afición a complicados diagramas y aparatos mágicos. Durante muchos años, Francis Pevensey ocupó un lugar, si no preeminente, respetable en la historia de la magia inglesa, gracias a su condición de seguidor de Martin Pale, y causó gran sorpresa cuando, de pronto, fue objeto de una de las más agrias controversias del siglo XVIII sobre la teoría de la magia. Todo empezó en 1754, con el descubrimiento de numerosas cartas en la biblioteca de un caballero de Stanford, en Lincolnshire. Estaban escritas en caligrafía antigua y firmadas por Martin Pale. Los eruditos de la época no cabían en sí de gozo.

Pero luego resultó que se trataba de cartas de amor y en ellas no había ni una sola palabra de magia. Contenían las más apasionadas frases que imaginarse puedan. Pale comparaba a su amada a una lluvia suave que cayera sobre él, a un fuego en el, que él se calentara, a una tortura que él prefería a cualquier goce. Había varias referencias a pechos blancos como la leche, piernas perfumadas, largo cabello castaño en el que se enredaban las estrellas, y a otras cosas que no interesaban en absoluto a los estudiosos de la magia, que esperaban hechizos.

Pale gustaba de repetir el nombre de su amada —que era Francis— y en una de las cartas había compuesto un pequeño poema haciendo un juego de palabras con su apellido: Pevensey. En un principio, los estudiosos del siglo XVIII sostenían que la amante de Pale debía de ser la hermana o la esposa del otro Francis Pevensey. En el siglo XVI, Francis era un nombre muy corriente tanto entre hombres como entre mujeres. Luego, Charles Hether-Gray publicó siete extractos de las cartas en los que se mencionaba Dieciocho prodigios que se encuentran en la casa de Albión y demostró claramente que la amante de Pale y el autor del libro eran una misma persona.

William Pantler dijo que las cartas eran falsas. Habían sido halladas en la biblioteca de un tal Whittlesea. La esposa del señor Whittlesea había escrito varias obras de teatro, dos de las cuales habían sido representadas en el teatro Drury Lane. Era evidente, argumentaba Pantler, que una mujer que se rebajaba a escribir obras de teatro se rebajaría a hacer cualquier cosa, y sugirió que la señora Whittlesea había falsificado las cartas «... con el propósito de elevar a las de su sexo por encima del lugar natural que Dios ha dispuesto para ellas...». El señor Whittlesea desafió a un duelo a William Pantler, y éste, que era un hombre de letras y no sabía nada de armas, presentó excusas y se retractó públicamente de sus acusaciones contra la señora Whittlesea.

El señor Norrell no tenía inconveniente en utilizar la magia de Pevensey, puesto que, desde hacía tiempo, se había convencido a sí mismo de que Pevensey era un hombre. En cuanto a las cartas, como no contenían ni una palabra de magia, se desentendió de ellas. Jonathan Strange tenía otra opinión. Según él, sólo cabía una pregunta para zanjar la cuestión: ¿habría enseñado Martin Pale magia a una mujer? La respuesta, según Strange, era afirmativa. Al fin y al cabo, Martin Pale afirmaba haber sido instruido por una mujer: Catherine de Winchester.

3.- Thaddeus Hickmann (1700-1738), autor de una biografía de Martin Pale.

4.-

La hiedra prometió maniatar a los enemigos de Inglaterra,
el escaramujo y la zarza prometieron azotarlos,
el espino dijo que respondería a cualquier pregunta,

el abedul dijo que haría puertas a otros países, el tejo nos trajo armas,
el cuervo castigó a nuestros enemigos,
el roble vigiló los montes lejanos,
la lluvia lavó toda la tristeza.

Este tradicional dicho inglés supuestamente enumera los diversos acuerdos que el Rey Cuervo, en nombre de Inglaterra, alcanzó con los bosques.

37. LOS CINQUE DRAGOWNES

1.- Los Cinco Dragownes (los Cinco Dragones) era un tribunal que debía su nombre, no como se supone generalmente, a la ferocidad de sus jueces, sino a una cámara de la casa de John Uskglass, el Rey Cuervo, en Newcastle, donde en un principio se celebraban los juicios. Se dice que la cámara tenía doce lados y estaba decorada con preciosas tallas, unas hechas por hombres y otras, por duendes. Las más bellas eran las que representaban a cinco dragones.

Entre los delitos que juzgaban los Cinco Dragownes figuraban: malas tendencias, magia con una finalidad intrínsecamente malévolas; falsa magia, fingir que se obraba un acto de magia o prometer obrar un acto de magia que no se podía o no se tenía intención de hacer; vender anillos, sombreros, zapatos, chaquetas, cinturones, palas, habichuelas, instrumentos musicales, etcétera, mágicos, a personas de las que no cabía esperar que pudieran controlar objetos tan poderosos; fingirse mago o simular que se actuaba en nombre de un mago; enseñar magia a personas no aptas, por ejemplo, a borrachos, locos, niños, personas con malos hábitos e inclinaciones; y otros muchos delitos cometidos por magos propiamente dichos y otros cristianos. También los actos contra la persona de John Uskglass eran juzgados por los Cinco Dragownes. Los únicos delitos para los que los Cinco Dragownes no tenían jurisdicción eran los cometidos por los duendes y demás criaturas sobrenaturales. Éstos eran juzgados por el tribunal de Folflures. Durante los siglos XII, XIII y XIV había en Inglaterra una floreciente comunidad de magos y duendes que continuamente practicaba la magia. Por desgracia, es muy difícil reglamentar la magia y, desde luego, no toda la que se practicaba era bienintencionada. Al parecer, John Uskglass dedicó mucho tiempo y esfuerzo a la creación de un corpus de leyes que rigiera la magia y a los magos. Cuando se extendió por toda Inglaterra la práctica de la magia, los reyes de Inglaterra del Sur se apresuraron a seguir el ejemplo de su vecina del Norte. Es una de las peculiaridades de la época que, si bien Inglaterra estaba dividida en dos naciones, con sistemas judiciales separados, las leyes que gobernaban la magia eran las mismas en una y otra. El equivalente de los Cinco Dragownes en Inglaterra del Sur se llamaba los Petty Dragowners (o Dragowners de primera instancia) de Londres y tenía la sede cerca de Blackfriars.

39. LOS DOS MAGOS

1.- A finales del siglo XVII vivía en Newcastle, la ciudad del Rey, un guantero que tenía una hija, una chiquilla despierta y atrevida. Un día, la niña, a la que todos suponían jugando en algún rincón de la casa, desapareció. Sus padres y hermanos la buscaron. También los vecinos, pero nadie la encontraba. Ya atardecía cuando, al levantar la mirada, la vieron bajar por la adoquinada y embarrada calle. Durante un momento, a algunos les pareció distinguir a alguien a su lado a la luz incierta del crepúsculo invernal, pero ella iba sola.

Estaba indemne, y de sus palabras se dedujo que esto era lo ocurrido: salió de casa de su padre para dar un paseo por la ciudad y, al poco rato, se encontró en una calle desconocida. Era una calle ancha y bien pavimentada que la condujo más arriba de lo que ella había estado nunca, hasta la verja y el patio de una gran casa de piedra. Entró en la casa y se asomó a muchas habitaciones, pero todas estaban silenciosas, desiertas y llenas de polvo y telarañas. A un lado, había una serie de habitaciones en cuyas paredes y suelos se proyectaban sombras de hojas, como si tras las ventanas hubiera árboles frondosos, pero no había árboles (y, en cualquier caso, era invierno). En una habitación no había nada más que un espejo muy alto. Espejo y habitación no estaban bien avenidos, porque el espejo mostraba una habitación llena de pájaros y aquella estaba vacía. No obstante, la hija del guantero oía cantar pájaros a su alrededor. Había un corredor largo y oscuro del que llegaba un murmullo de agua, como si a su extremo hubiera un mar o un río tenebroso. Por las ventanas de algunas de las estancias, la niña veía la ciudad de Newcastle, pero por otras veía una ciudad completamente distinta, y por otras, sólo páramos agrestes y frío cielo azul.

Vio muchas escaleras dentro de la casa, amplias escaleras al principio, que se estrechaban y retorcían a medida que ella iba subiendo, hasta que, en lo más alto, no eran más que pequeños huecos y rendijas en los muros que sólo un niño podría ver y por los que sólo un niño podría meterse. El último llevaba a una sencilla puertecita de madera.

La niña la empujó sin miedo, pero al ver lo que había al otro lado lanzó un grito. Le pareció que miles de aves poblaban el aire, de manera que no había luz ni oscuridad, sino una gran confusión de alas negras. Sentía un viento que parecía llegar de muy lejos y tenía la impresión de encontrarse ante un espacio inmenso, como si hubiera escalado el cielo y lo hubiera encontrado lleno de cuervos. La hija del guantero empezaba a estar muy asustada, pero entonces oyó una voz que pronunciaba su nombre. Al momento, los pájaros desaparecieron y ella se halló en una habitación pequeña de desnudas paredes de piedra y desnudo suelo de piedra. No había mueble alguno, pero, sentado en el suelo, había un hombre que la invitó a acercarse con una seña, volvió a llamarla por su nombre y le dijo que no tuviera miedo. El hombre tenía el pelo negro, largo y despeinado, y llevaba extrañas ropas negras y descuidadas. No tenía nada de rey, y el único símbolo de su magia era el gran cuenco de plata lleno de agua que estaba a su lado. La hija del guantero permaneció junto al hombre durante varias horas, hasta el crepúsculo, y entonces él la condujo por la escalera abajo, hasta la ciudad, cerca de su casa.

2.- Véase capítulo 33, nota 3.

3.- Quizá el relato más inquietante que se haya hecho del retorno de John Uskglass sea el de un marinero vasco, superviviente de la Armada Invencible. Cuando su barco fue destrozado por la tempestad frente a las costas del Norte de Inglaterra, este marinero y dos compañeros consiguieron llegar a la playa y se escondieron tierra adentro. No se atrevían a acercarse a los pueblos, pero era invierno, la escarcha cubría el suelo y temían morir de frío. Al anochecer, encontraron una casa de piedra en lo alto de una colina árida y helada. La casa estaba vacía y casi a oscuras, pero por las altas ventanas entraba la luz de las estrellas. Los hombres se tendieron en el suelo y se quedaron dormidos.

El marinero vasco soñó que un rey lo observaba. Despertó. Sobre su cabeza, franjas de una tenue luz gris surcaban la penumbra invernal. Entre las sombras del rincón más lejano de la casa, creyó distinguir un estrado de piedra. Cuando creció la luz, vio que en el estrado había algo, una silla o un trono. En el trono se sentaba un hombre pálido, de largo pelo negro, vestido de negro. El marinero, aterrorizado, despertó a sus compañeros y les mostró la extraña visión. El hombre parecía observarlos desde el trono, sin mover ni un dedo, pero a ninguno se le ocurrió dudar de que estuviera vivo. Salieron atropelladamente y escaparon corriendo por el campo helado.

El marinero vasco no tardó en perder a sus compañeros: uno murió de frío y de pena antes de una semana y el otro, decidido a volver al golfo de Vizcaya, emprendió el camino del sur y nadie sabe qué fue de él. Pero el marinero vasco se quedó en Cumbria, fue recogido por unos granjeros que lo tomaron como criado y se casó con una muchacha de una granja vecina.

Durante toda su vida, contó la historia de la casa de piedra de lo alto de la colina, y sus nuevos amigos y vecinos le decían que el hombre que se sentaba en el trono negro era el Rey Cuervo. El marinero vasco no volvió a encontrar la casa de piedra, ni ninguno de sus amigos, ni sus hijos. Y durante el resto de su vida, siempre que entraba en un lugar oscuro, decía: «Te saludo, señor, y te abro mi corazón», por si el rey pálido de largo pelo negro lo aguardaba, sentado en la oscuridad. En las grandes extensiones del norte de Inglaterra, hay mil y mil lugares oscuros, mil y mil lugares en los que puede estar el Rey. «Te saludo, señor, y te abro mi corazón.»

4.- Un bosque encantado se marchita (1444), de Peter Watershippe. Descripción extraordinariamente detallada, hecha por un mago contemporáneo, de cómo decayó la magia inglesa cuando John Uskglass abandonó Inglaterra. En 1434 (año de la marcha de Uskglass) Watershippe era un joven de veinticinco años que apenas había empezado a practicar la magia en Norwich. Un bosque encantado se marchita contiene una detallada relación de los hechizos que eran perfectamente practicables cuando John Uskglass y sus súbditos duendes estaban en Inglaterra, pero dejaron de surtir efecto después de su

marcha. Es muy sorprendente que gran parte de lo que sabemos de la magia inglesa de los aureates se deba a Watershippe. Un bosque encantado se marchita da la impresión de ser un libro escrito con ira, hasta que lo comparamos con dos de las obras posteriores de Watershippe: Defensa de mis actos, escrita hallándome injustamente encarcelado por mis enemigos en el castillo de Newark (1459-1460) y Crímenes del falso Rey (¿escrito en 1461?, publicado en 1697, Penzance).

5.- Residencia de lord Liverpool en Londres, una vieja mansión de forma anárquica situada a orillas del Támesis.

40. «PUEDE ESTAR SEGURO DE QUE TAL LUGAR NO EXISTE»

1.- Los ciudadanos de Bruselas y los distintos ejércitos que ocupaban la ciudad se sorprendieron al saber que ahora se encontraban en un país lejano. Desgraciadamente, estaban muy ocupados con los preparativos para la inminente batalla (y la parte más rica y más frívola de la población, con los preparativos para el baile que daba la duquesa de Richmond aquella noche), por lo que apenas alguien tuvo tiempo de ir a averiguar cómo era el país ni quiénes eran sus habitantes. Por lo tanto, durante mucho tiempo no se supo dónde había puesto Strange a Bruselas aquella tarde de junio.

En 1830, un comerciante y trampero llamado Pearson Denby viajaba por las grandes llanuras. Le salió al encuentro un jefe lakota amigo suyo llamado Hombre Que Teme al Agua, que le preguntó si podía comprar para él unas cuantas bolas negras del rayo, ya que quería hacer la guerra contra sus enemigos y las necesitaba con urgencia. Dijo que tiempo atrás había tenido unas cincuenta de aquellas bolas, que las había usado siempre con moderación, pero ya se le habían terminado. Denby no sabía de qué le hablaba y le preguntó si se refería a munición. Hombre Que Teme al Agua respondió que no, que se parecía a la munición, pero eran mucho más grandes. Llevó a Denby a su poblado y le mostró un obús de cinco pulgadas y media, fabricado por la Carron Company de Falkirk, Escocia. Denby, atónito, le preguntó de dónde había sacado el cañón, y el jefe lakota respondió que en unos montes cercanos vivía una tribu llamada «gente a medio hacer». Habían sido creados repentinamente un verano, pero su creador sólo les había dado una de las habilidades que los hombres necesitan para vivir: la de combatir. No sabían hacer nada más, ni cazar búfalos o antílopes, ni domar caballos, ni hacerse una casa. Ni siquiera se entendían entre ellos, ya que su creador, que debía de estar loco, les había dado cuatro o cinco lenguas distintas. Pero tenían ese cañón, que le habían dado a cambio de comida.

Denby, intrigado, fue en busca de la gente a medio hacer. Al principio, parecían como cualquier otra tribu, pero después observó que los hombres de más edad tenían un curioso aspecto europeo y algunos hablaban inglés. En general, sus costumbres era las mismas que las de las tribus lakota, pero con reminiscencias de normas militares europeas. Su lengua era el lakota, aunque con muchas palabras inglesas, holandesas y alemanas.

Un hombre llamado Robert Heath (por otro nombre, Hombre Pequeño Que Habla Demasiado) le explicó a Denby que, la tarde del 15 de junio de 1815, todos habían desertado de distintos ejércitos porque al día siguiente iba a librarse una gran batalla y tenían el presentimiento de que si se quedaban, morirían. ¿Sabía Denby si ahora reinaba en Francia Napoleón Buonaparte o el duque de Wellington? Denby lo ignoraba. «En fin, señor —dijo Heath filosóficamente—, quienquiera que sea, supongo que a usted y a mí ha de tenernos sin cuidado.»

2.- El general Rebecq compuso también una versión de la canción en holandés que entonaban los soldados al marchar hacia Quatre Bras. Ellos la enseñaron a sus camaradas ingleses y después se convirtió en un estribillo que cantan las niñas al saltar a la comba, tanto en Inglaterra como en Holanda

3.- Copenhagen, el famoso alazán del duque, 1808-1836.

4.- En 1810, los señores George y Jonathan Barratt, propietarios de Vauxhall Gardens, les ofrecieron a Strange y Norrell una fuerte suma de dinero para que todas las noches realizaran demostraciones de

magia en los jardines. Ésta era exactamente la clase de magia que deseaban los Barratt: visiones de criaturas sobrenaturales, de personajes bíblicos e históricos, etcétera. Naturalmente, el señor Norrell se negó.

5.- La técnica mágica reconocida para crear confusión en caminos, parajes, habitaciones y otros espacios físicos consiste en crear un laberinto en su interior. Pero Strange no la aprendió hasta febrero de 1817.

No obstante, se ha argumentado que ésta fue la acción que decidió la campaña. El general francés D'Erlon estaba tratando de llegar al campo de batalla con veinte mil hombres, circunstancia que Strange ignoraba, y perdió unas horas cruciales deambulando por un territorio que, inexplicablemente, cambiaba a cada pocos minutos. Si él y sus hombres hubieran conseguido llegar a Quatre Bras, es probable que los franceses hubieran conseguido la victoria, y la batalla de Waterloo no habría tenido lugar. Strange estaba dolido por el exabrupto del duque y no le reveló a nadie lo que había hecho. Después se lo contó a John Segundus y a Thomas Levy. Por lo tanto, los historiadores de Quatre Bras estaban desconcertados por el retraso de D'Erlon, cuyas causas no se explicaron hasta que, en 1820, se publicó Vida de Jonathan Strange, de John Segundus.

6.- En realidad, el señor Pink fue sólo uno de los varios paisanos que el duque utilizó aquel día como ayudantes de campo improvisados. Entre otros había un joven suizo y otro viajante de comercio, éste, de Londres.

42. STRANGE DECIDE ESCRIBIR UN LIBRO

1.- William de Lanchester era senescal y el sirviente de confianza de John Uskglass y, por lo tanto, uno de los hombres más importantes de Inglaterra.

2.- Thomas de Dundale, el primer sirviente humano de John Uskglass. Véase capítulo 45, nota 2.

43. LA CURIOSA AVENTURA DEL SEÑOR HYDE

1.- El Dyke es un gran muro de tierra y piedras, ahora muy deteriorado, que separa Gales de Inglaterra, obra de Offa, un rey mercio del siglo VIII al que la experiencia había enseñado a distanciarse de sus vecinos galeses.

2.- En la época de la boda de Strange y Arabella, Henry era rector de Grace Adieu, en Gloucestershire. Mientras estaba allí, tomó la decisión de casarse con una joven del pueblo, la señorita Parbringer, pero Strange no aprobaba su elección, ya que ni ella ni sus amigos le parecían recomendables. Por aquel entonces, quedó vacante el beneficio de Great Hitherden, y Strange convenció a sir Walter Pole, a quien incumbía el nombramiento, para que se lo otorgara a Henry, que estuvo encantado, ya que Great Hitherden era mucho mayor que Grace Adieu, y no tardó en olvidar sus planes de matrimonio.

3.- Desde luego, los libros que poseía Strange eran libros «sobre» magia, no libros «de» magia. Estos últimos estaban todos en poder del señor Norrell. Véase capítulo 1, nota 5.

4.- El significado iba, quizá, más allá. Ya en el siglo XII se reconocía que, en cierto modo, curas y magos son rivales. Unos y otros creen que el universo está habitado por una gran variedad de seres sobrenaturales y sometido a fuerzas sobrenaturales. Unos y otros creen que, con hechizos o con oraciones, se puede mover a estos seres sobrenaturales a ayudar o perjudicar a los hombres. En muchos aspectos, ambas cosmologías son muy similares, pero curas y magos sacan conclusiones muy distintas de esta creencia. Interesa a los magos, principalmente, la utilidad de los seres sobrenaturales; ellos quieren saber en qué circunstancias y por qué medios se puede hacer que ángeles, demonios y

duendes presten su ayuda en la práctica de la magia. Para sus fines, casi es indiferente que unos seres sean seráficamente buenos; otros, infernalmente maléficos, y los terceros, moralmente ambiguos. Para los curas, por el contrario, esto es primordial. En la Inglaterra medieval, todos los intentos por reconciliar estas dos cosmologías estaban condenados al fracaso. La Iglesia se daba mucha prisa en identificar multitud de herejías diferentes de las que podía acusar a un mago incauto. Ya hemos hablado de la herejía meraudiana. Alejandro de Whitby (1230?-1302) explicaba que el universo es como un tapiz del que sólo son visibles algunos fragmentos a un mismo tiempo. Cuando muramos, lo veremos entero, y entonces comprenderemos la relación que existe entre las distintas partes. Alejandro fue obligado a publicar una retractación de su tesis, y a partir de entonces los sacerdotes persiguieron la herejía whitbiana. Hasta los más humildes magos de pueblo se vieron en la necesidad de convertirse en astutos políticos, para sustraerse a las acusaciones de herejía.

Esto no significa que todos los magos evitaran confundir la religión con la magia. Muchos «hechizos» que han llegado hasta nosotros exhortan a tal o cual santo o beato a ayudar al mago. Sorprendentemente, con frecuencia el origen de la confusión fue el criado duende del mago. La mayoría de los duendes eran bautizados a la fuerza tan pronto como entraban en Inglaterra, y no tardaron en empezar a incorporar en su magia referencias a los santos y a los apóstoles.

LIBRO III: JOHN USKGLASS

45. PRÓLOGO DE

1.- Hoy, en Inglaterra nadie conoce esa lengua, de la que sólo se conservan unas cuantas palabras que nos hemos apropiado para describir oscuras técnicas de magia. Dice Martin Pale en su *De Tractatu Magicarum Linguarum* que es afín a las antiguas lenguas celtas.

2.-Llamado también Thomas de Dundelle o Thomas de Donvil. Al parecer, varios nobles que acompañaban a Enrique reconocieron en Thomas al hijo menor de un poderoso gentilhomme normando que había desaparecido una Navidad catorce años atrás. Dadas las circunstancias de su regreso, es de suponer que no se alegraron de volver a verlo.

3.- En el país de las hadas, cuando era niño, la Sidhe le daba un nombre que en nuestra lengua significa «estornino», pero en la época en que entró en Inglaterra ya lo había desechado. Después adoptó el de su padre, John Uskglass, pero durante la primera parte de su reinado era conocido, simplemente, por uno de los muchos nombres que le daban sus amigos y sus enemigos: el Rey, el Rey Cuervo, el Rey Negro, el Rey del Norte.

4.- El nombre de este rey de la Daoine Sidhe era muy largo y difícil. Tradicionalmente, se lo ha conocido como Oberon.

46. «EL CIELO ME HABLABA...»

1.- El hechizo que detecta la magia aparece en *Instrucciones*, de Jacques Belasis.

47. «UN CHICO NEGRO Y UN TIPO AZUL... ALGO QUERRÁ DECIR ESO»

1.-El escudo de armas de John Uskglass era el cuervo volante, un cuervo negro sobre un campo blanco.

2.- Probablemente, el primitivo nombre sidhe del Rey Cuervo, que, según Jonathan Strange, significaba «estornino».

48. LOS GRABADOS

1.-Famulus: palabra latina que significa «criado», especialmente el de un mago.

2.- Sir Walter expresa una preocupación general. La magia de la transformación se ha mirado siempre con recelo. Los aureates solían emplearla durante sus viajes por Tierra de Duendes y por otros territorios situados más allá de Inglaterra. Ellos eran conscientes de que la magia de la transformación se prestaba a toda clase de abusos. Por ejemplo, en 1232, en Londres, la esposa de un noble llamada Cecily de Walbrook encontró a un gato gris que arañaba la puerta de su dormitorio. Lo dejó entrar y le puso el nombre de Sir Loveday. El animal comía de su mano y dormía en su cama. Lo más curioso era que la seguía a todas partes, incluso a la iglesia, donde se enroscaba en el dobladillo de su falda, ronroneando. Un día, un mago llamado Walter de Chepe la vio por la calle con Sir Loveday, y enseguida concibió una sospecha. Acercándose a Cecily, dijo: «Señora, ese gato que la sigue... Me temo que no es un gato.» Se llamó a otros dos magos, que, conjuntamente con Walter, pronunciaron hechizos sobre Sir Loveday, que recuperó su forma verdadera, la de un mago menor llamado Joscelin de Snitton. Poco después Joscelin fue juzgado por los Dragownes de primera instancia de Londres y sentenciado a que se le cortara la mano derecha.

3.- Ya se ha visto cómo la devoción que sentía el teniente coronel Colquhoun Grant por su uniforme escarlata hizo que fuera capturado por los franceses en 1812.

4.- El pueblo llano del norte de Inglaterra creía haber sufrido mucho durante los últimos años, y no le faltaba razón. La pobreza y la falta de trabajo se habían sumado a las desgracias provocadas por la guerra contra los franceses. Y cuando acabó la guerra, surgió una nueva amenaza: unas máquinas prodigiosas que producían toda clase de artículos a bajo costo y les quitaban el trabajo. No es de extrañar que a ciertos individuos les diera por destruirlas, a fin de preservar su medio de vida.

5.- Muestra de la curiosa actitud que el gobierno de Londres mantenía hacia la mitad norte del reino. El gobierno representaba al rey de Inglaterra, pero el rey de Inglaterra era rey sólo de la mitad sur. Legalmente, era administrador de la mitad norte para mantener el imperio de la ley hasta el momento en que John Uskglass decidiera volver.

6.- Naturalmente, en varias épocas han surgido pretendientes que, diciendo ser John Uskglass, reclamaban el reino de Inglaterra del Norte. El más famoso fue un joven llamado Jack Pharaoh, que fue coronado en la catedral de Durham en 1487. Tenía el apoyo de numerosos nobles del norte y de varios duendes que habían permanecido en Newcastle, la ciudad del Rey. Pharaoh era apuesto y tenía un porte majestuoso. Podía realizar sencillos actos de magia, y sus amigos duendes obraban otros en su presencia y se los atribuían a él. Era hijo de una pareja de magos vagabundos. Siendo niño, el conde de Hexham lo vio en una feria y observó su gran parecido con las descripciones de John Uskglass. Hexham pagó a los padres siete chelines por el niño. Pharaoh no volvió a verlos. Hexham lo mantuvo en un lugar secreto de Inglaterra del Norte, donde lo adiestró en las artes de los reyes. En 1486, el conde lo presentó al pueblo y Pharaoh empezó su breve reinado sobre Inglaterra del Norte. El mayor obstáculo con que se enfrentaba Pharaoh era el de que muchas personas estaban enteradas del engaño. Pharaoh y Hexham se pelearon. En 1490, Hexham fue asesinado por orden de Pharaoh. Los cuatro hijos de Hexham se unieron a Enrique VII de Inglaterra del Sur y atacaron a Pharaoh, que fue derrotado en la batalla de Worksop en 1493, encerrado en la Torre de Londres y ejecutado en 1499. Otros pretendientes, más o menos afortunados, fueron Piers Blackmore y Davey Sans-chaussures. Al último pretendiente se lo conoció sólo con el nombre de Rey de Verano, ya que no llegó a saberse su verdadera identidad. Apareció cerca de Sunderland en mayo de 1536, poco después de que Enrique VIII disolviera los monasterios. Se cree que pudo ser monje de una de las grandes abadías del Norte: Fountains, Rievaulx o Hurtlef. El Rey de Verano, a diferencia de Pharaoh y de Blackmore, no gozaba del favor de la aristocracia del norte, ni hizo nada por obtenerlo. Él tenía el apoyo del pueblo llano. En cierto modo, su trayectoria fue más mística que mágica. Curaba a los enfermos y exhortaba a sus seguidores a venerar la naturaleza y las criaturas salvajes, postulado que parece más afín a las

enseñanzas de Thomas Godbless, mago del siglo XII, que a los principios propugnados por John Uskglass. Su banda de desharrapados no trató de conquistar Newcastle ni, en realidad, ninguna otra cosa. Durante el verano de 1536 deambularon por Inglaterra del Norte de, ganando seguidores dondequiera que aparecían. En septiembre, Enrique VIII envió contra ellos a un ejército. Como no estaban pertrechados para guerrear, la mayoría escapó y volvió a sus casas. Sólo unos cuantos se quedaron a luchar por su rey y fueron exterminados en Pontefract. El Rey de Verano pudo haber estado entre los muertos o pudo, simplemente, haberse desvanecido.

7.- Consultar a los magos muertos puede parecernos algo enormemente sensacional, pero es un procedimiento mágico con unos antecedentes muy respetables. Martin Pale afirmaba haber aprendido magia de Catherine de Winchester (que había sido discípula de John Uskglass). Catherine de Winchester murió doscientos años antes de que naciera Martin Pale. Del propio John Uskglass se aseguraba que había mantenido conversaciones con Merlin, la bruja de Endor, Moisés y Aarón, José de Arimatea y otros venerables magos de la Antigüedad.

49. AUDACIA Y LOCURA

1.- A los estudiosos de la magia les interesa sobremanera cualquier nuevo descubrimiento relacionado con el gran doctor Pale, el cual ocupa una posición preeminente en la historia de la magia inglesa. Hasta la aparición de Strange y Norrell, él fue el único mago práctico de relieve que escribió sobre su magia para conocimiento general. Naturalmente, sus libros se valoran más que los de cualquier otro.

2.- Durante siglos se consideró este pasaje una curiosidad interesante, pero sin valor práctico, ya que hoy en día nadie cree que la muerte sea una persona a la que se pueda interrogar de la forma que sugiere Pale.

3.- La mayoría nos resistimos a las limitaciones que nos imponen amigos y familiares, pero si tenemos la desgracia de perder a un ser querido, ¡qué diferencia! Entonces la limitación se convierte en obligación sagrada.

4.- Ni John Uskglass, que tenía tres reinos que gobernar y toda la magia inglesa que dirigir, estaba libre de este afán de hacer largos viajes misteriosos. En 1241 abandonó su casa de Newcastle por un medio secreto que sólo los magos conocen. Le dijo a un criado que al cabo de un día lo encontrarían dormido sobre un banco delante del fuego.

Al día siguiente los criados y los miembros de la casa real lo buscaron en el banco, delante del fuego, pero el Rey no estaba. Siguieron buscándolo todas las mañanas y noches, pero él no apareció.

En su nombre gobernaba el conde William de Lanchester, y muchas decisiones se aplazaban «hasta el regreso del Rey». Pero a medida que pasaba el tiempo, mucha gente empezó a dudar de que regresara. Entonces, un año y un día exactamente después de su partida, el Rey apareció dormido en el banco, delante del fuego.

No parecía que le hubiera ocurrido contratiempo alguno, ni reveló dónde había estado. Nadie se atrevió a preguntarle si siempre había tenido intención de estar ausente tanto tiempo ni si había sucedido algo terrible. William de Lanchester llamó al criado del Rey y le ordenó que repitiera palabra por palabra lo que había dicho el Rey. ¿Podría ser que en realidad hubiera dicho que estaría fuera un año y un día? El hombre respondió que quizá. El Rey solía hablar en voz muy baja. Era posible que él no hubiera oído bien.

50. HISTORIA Y PRÁCTICA DE LA MAGIA INGLESA

1.- Falso. Durante la Guerra de la Península, el duque de Wellington se quejaba con acritud de las constantes injerencias del gobierno.

2.- Lord Byron salió de Inglaterra en abril de 1816 escapando de los acreedores, de acusaciones de crueldad hacia su esposa y de los rumores de que había seducido a su hermana.

3.- A pesar de la aparente discordia entre ambos hombres, Strange debió de impresionar a Byron. Su siguiente poema, Manfred, que empezó a escribir en septiembre u octubre del mismo año, trata de un mago. Ciertamente, Manfred no se parece mucho a Jonathan Strange (o, por lo menos, al respetable Strange que tanto desagradaba a Byron). Mucho más se semeja al propio Byron, con su egocentrismo, su odio a sí mismo, su altivo desdén hacia sus semejantes, sus insinuaciones de tragedias imposibles y sus anhelos misteriosos. No obstante, Manfred es un mago que dedica su tiempo a invocar a espíritus del aire, la tierra, el agua y el fuego para pedirles que le hablen. Era como si Byron, después de conocer a un mago que lo había decepcionado, creara otro más de su gusto.

4.- Walter de Chepe fue un mago que vivía en Londres a principios del siglo XIII. Su proceso de profilaxis protege de los hechizos a una persona, ciudad u objeto. Se supone que está inspirado en un acto de magia de los duendes. Se lo considera muy potente. En realidad, el único inconveniente de este hechizo es su extraordinaria eficacia. En ocasiones, los objetos se tornan insensibles a toda actuación, tanto de hombres como de duendes, mágica o no. De manera que si los alumnos de Strange hubieran conseguido lanzar el hechizo sobre uno de los libros de Strange, es posible que nadie hubiera conseguido levantarlo o volver las páginas.

En 1280, los ciudadanos de Bristol pidieron a los magos de la ciudad que lanzaran la profilaxis de De Chepe sobre toda la ciudad, a fin de protegerla de los conjuros de los enemigos. Lamentablemente, la magia fue tan poderosa que todos los habitantes de la ciudad, los animales y los barcos del puerto quedaron convertidos en estatuas vivientes. Dentro de los límites de la ciudad, nadie podía moverse, el agua dejó de correr y hasta las llamas quedaron quietas en el hogar. Así estuvo Bristol todo un mes, hasta que John Uskglass acudió desde su casa de Newcastle a poner remedio.

5.- La carta contenía dos implicaciones que fueron consideradas especialmente ofensivas: la primera, que se consideraba que el comprador no era lo bastante inteligente para comprender el libro, y la segunda, que no poseía criterio moral para decidir por sí mismo si la magia que Strange describía era buena o mala.

Los norrellianos ya contaban con que la destrucción del libro de Strange suscitaría polémica y estaban preparados para afrontar las críticas; no obstante, el daño infligido a su causa por la carta fue totalmente involuntario. El señor Norrell tendría que haber enseñado la carta al señor Lascelles antes de enviarla. Si éste la hubiera leído, se habrían modificado el tono y las expresiones, y seguramente habría resultado menos ofensiva para los destinatarios.

Por desgracia, hubo una mala interpretación. El señor Norrell le preguntó a Childermass si Lascelles había hecho las correcciones, y Childermass, creyendo que se refería a un artículo para Amigos de la Magia Inglesa, le respondió que sí.

Por ello, la carta salió sin corregir, Lascelles se puso furioso y acusó a Childermass de haber incitado al señor Norrell a perjudicar su propia causa. Childermass negó con vehemencia haber hecho tal cosa. A partir de entonces, las relaciones entre Lascelles y Childermass (que nunca habían sido buenas) empeoraron rápidamente, y Lascelles no tardó en empezar a insinuar al señor Norrell que Childermass simpatizaba con Strange e intrigaba contra su señor.

6.- «Por sus frutos los conoceréis.» Mateo 7,16.

7.- «... Nada puedo contarle de Plasencia —le escribió Strange a Henry Woodhope—, ya que no me quedé para verla. Llegué a última hora de la tarde. Después de cenar, decidí salir a dar un paseo de media hora, pero al llegar a la piazza principal, me llamó la atención una urna puesta sobre un alto

pedestal, que proyectaba una sombra muy larga en las losas del pavimento. De la urna asomaban dos o tres ramas de hiedra u otra planta trepadora, pero estaban secas. No sé por qué, la visión me inspiró una tristeza insoportable. Era como una alegoría de la ausencia, la muerte, la desolación. Volví al hotel, me metí en la cama y al día siguiente salí para Turín.»

51. UNA FAMILIA LLAMADA GREYSTEEL

1.- El árbol del saber, de Gregory Absalom (1507-1599).

2.- Famoso café de la piazza San Marco.

3.- Probablemente, la tía Greysteel habla del Derwent. Hace mucho tiempo, cuando John Uskglass era niño y aún estaba cautivo en Tierra de Duendes, un rey predijo que si el niño llegaba a la edad adulta, todos los reinos feéricos caerían. El rey envió a sus criados a Inglaterra a buscar un cuchillo de hierro para matar al niño. Forjó el cuchillo un herrero que vivía a orillas del Derwent, cuyas aguas sirvieron para templar el metal. Pero el intento fracasó y el rey y sus partidarios fueron aniquilados por el niño mago. Cuando John Uskglass entró en Inglaterra y fundó su reino, sus duendes fueron en busca del herrero. Lo mataron a él y a toda su familia, destruyeron su casa y hechizaron el Derwent, para castigarlo por su intervención en la fabricación del cuchillo criminal

4.- Las opiniones que Strange expresa en este momento son excesivamente optimistas y románticas. La literatura mágica inglesa está llena de ejemplos de duendes estúpidos, ignorantes o con escasos poderes.

5.- Jacques Belasis tenía fama de haber creado un excelente hechizo para invocar a los duendes. Desgraciadamente, el único ejemplar de las Instrucciones, su obra maestra, estaba en la biblioteca de Hurtfew y Strange nunca lo había visto. Lo único que conocía eran las vagas descripciones que se hacían en obras posteriores, por lo que es de suponer que se basaba en ellas sin tener más que una remota idea de adónde se dirigía. Por el contrario, el hechizo que comúnmente se atribuye al maestro de Doncaster es bien conocido y aparece en numerosos libros que se hallan disponibles. Se desconoce la identidad del maestro de Doncaster. Su existencia se deduce de una serie de referencias que los magos argentinos hacen en sus escritos a magos del siglo XIII que adquirían hechizos y magia «de Doncaster». Por otra parte, no está claro que toda la magia que se atribuye al maestro de Doncaster sea obra de un solo hombre. Hay historiadores que propugnan la existencia de un segundo mago, aún más misterioso que el primero, el pseudomaestro de Doncaster. Si, tal como se ha señalado de manera harto convincente, el maestro de Doncaster era realmente John Uskglass, es lógico suponer que el hechizo de invocación fue creado por el pseudomaestro. No parece probable que John Uskglass necesitara un hechizo para invocar a los duendes. Al fin y al cabo, su corte estaba llena de ellos.

52. LA ANCIANA DE CANNAREGIO

1.- El signor Tosetti confesó después a los Greysteel que creía saber quién era la anciana de Cannaregio. Había oído contar su historia en la ciudad más de una vez, pero hasta que la vio con sus propios ojos creía que era una fábula, un cuento para asustar a los jóvenes y a los tontos. Al parecer, su padre era judío y su madre descendía de la mitad de las razas de Europa. Ya siendo niña hablaba varias lenguas a la perfección. No había nada que no dominara con maestría si se lo proponía. Encontraba placer en el estudio. A los dieciséis años, hablaba no sólo francés, italiano y alemán —que forman parte de la educación que recibe cualquier señorita—, sirio todas las lenguas del mundo civilizado (y por civilizar). Hablaba la lengua de las Highlands de Escocia (que es como cantar). Hablaba vasco, que es una lengua que casi nunca deja impresión alguna en el cerebro de cualquier otra raza, por lo que un hombre puede oírla tan a menudo y durante tanto tiempo como quiera y no ser capaz de recordar ni una sola sílaba. Aprendió hasta la lengua de un país extraño en cuya existencia, según habían asegurado al signor Tosetti, aún creían algunas personas, aunque nadie sabía dónde estaba. (El nombre

de este país era Gales.) Viajó por todo el mundo y compareció ante reyes y reinas, archiduques y archiduquesas, príncipes y obispos, margraves y margravinas, y a cada uno de aquellos importantes personajes hablaba en la respectiva lengua materna, y todos sin excepción quedaban maravillados. Y finalmente fue a Venecia.

Pero aquella mujer no había aprendido a moderar su conducta en nada. Su ansia de saber era igual a su ansia de otras cosas, y contrajo matrimonio con un hombre que era como ella. Marido y mujer llegaron a Venecia para el carnevale y ya no se marcharon. Perdieron su fortuna jugando en los ridottos y perdieron la salud entregándose a otros placeres. Y una mañana, cuando el amanecer plateaba y encendía los canales, el marido apareció muerto en las húmedas losas de Fondamenta dei Mori. Quizá a la mujer le hubiera valido más otro tanto, porque no tenía dinero ni adónde ir. Pero los judíos recordaron que ella tenía cierto derecho a su caridad, ya que, en cierta manera, podía considerársela judía (aunque ella nunca lo había reconocido), o quizá se apiadaron de su sufrimiento (porque los judíos han tenido que sufrir mucho en Venecia). Lo cierto es que la acogieron en el gueto. Existen varias versiones de lo que sucedió después, pero todas coinciden en que ella vivía entre los judíos, pero no era una de ellos. Vivía completamente sola, y si la culpa era de ella o era de los judíos, lo desconozco. Estuvo mucho tiempo sin hablar con nadie y en su interior se desató el vendaval de la locura, que se llevó todas las lenguas. Olvidó el italiano, olvidó el inglés, olvidó el latín, olvidó el vasco, olvidó el galés y olvidó todo lo del mundo, menos el lenguaje de los gatos, que, según dicen, habla de maravilla.

54. UNA CAJITA COLOR DE CONGOJA

1.- Col Tom Blue fue el sirviente más famoso de Ralph Stokesey; el maestro Witcherley fue ayudante de Martin Pale.

2.- Esta dama fue la más bella y turbulenta de las hermanas de Napoleón Buonaparte, aficionada a coleccionar amantes y a posar desnuda para esculturas de su persona.

3.- Agrace es el nombre que a veces se da al tercer reino de John Uskglass. Se creía que se encontraba en los confines del infierno.

4.- Brugh, la antigua palabra sidhe que designa las moradas de los duendes, suele traducirse por «castillo o mansión», pero en realidad significa «interior de un túmulo o montículo hueco».

5.- Stokesey hizo ir a Col Tom Blue a su casa de Exeter. Cuando el duende se negó por tercera vez a servirlo, Stokesey se hizo invisible y lo siguió. Col Tom Blue tomó un camino encantado y pronto llegó a un lugar que no era Inglaterra. Había una colina de color pardo junto a un estanque. A una orden de Col Tom Blue, se abrió una puerta en la ladera de la colina, por la que entró. Stokesey entró tras él. En el centro de la colina, Stokesey encontró un salón encantado en el que había gente bailando. Esperó a que se acercara una de las damas que bailaban e hizo que rodara hacia ella una manzana mágica. La dama la recogió. Naturalmente era la manzana más hermosa de todos los mundos que hayan sido. Cuando la dama se la hubo comido, deseó más que nada en el mundo comer otra igual. Miró en derredor y no vio a nadie.

—¿Quién me ha enviado la manzana? —preguntó. —El Viento del Este —susurró Stokesey. A la noche siguiente, Stokesey volvió a seguir a Col Tom Blue al interior de la colina. Observó el baile y de nuevo hizo que rodara una manzana hacia la dama. Cuando ella preguntó quién la enviaba, él respondió que el Viento del Este. A la tercera noche él conservó la manzana en la mano. La dama se apartó del baile y miró en derredor.

—Viento del Este, Viento del Este —susurró—. ¿Dónde está mi manzana? —Dime dónde duerme Col Tom Blue —susurró Stokesey—, y te la daré. Y entonces ella le dijo que en lo más hondo, en el extremo norte del brugh. En noches sucesivas, Stokesey encarnó al Viento del Oeste, el Viento del

Norte y el Viento del Sur, y con sus manzanas indujo a otros habitantes de la colina a darle información acerca del duende. Un pastor le dijo qué animales lo guardaban mientras dormía: una cerda salvaje y un carnero más salvaje todavía. La niñera de Col Tom Blue le dijo que, mientras dormía, él tenía en la mano una piedra muy especial y muy importante. Y un pinche de cocina le dijo las tres palabras que Col Tom Blue pronunciaba todas las mañanas al despertarse.

De este modo, Stokesey descubrió lo necesario para adquirir poder sobre el duende. Pero antes de que pudiera utilizar sus conocimientos, Col Tom Blue fue a decirle que había recapacitado y que creía que, después de todo, le gustaría servir a Stokesey.

Esto es lo que sucedió: Col Tom Blue descubrió que el Viento del Este, el Viento del Oeste, el Viento del Norte y el Viento del Sur habían estado haciendo preguntas sobre él. No sabía qué podía haber hecho para ofender a tan importantes personajes, pero estaba muy alarmado. De pronto, le pareció mucho más atractiva la idea de una alianza con un mago inglés sabio y poderoso.

55. EL SEGUNDO VERÁ SU POSESIÓN MÁS PRECIADA EN MANOS DE SU ENEMIGO

1.- El último mago inglés que entró voluntariamente en Tierra de Duendes antes que Strange fue el doctor Martin Pale. Hizo muchos viajes. El último debió de ser hacia 1550.

2.- Véase capítulo 54, nota 4.

3.- Una fiesta de sociedad en Italia.

4.- Probablemente el nombre sidhe de John Uskglass.

5.- Un problema característico de la Inglaterra medieval era la abundancia de cowans. Es un término (hoy obsoleto) que se aplicaba a artesanos poco cualificados o fracasados, pero aquí tiene especial aplicación a los magos

6.- Varias autoridades han observado que las criaturas sobrenaturales de larga vida suelen decir «cuatro mil arios» al referirse a cualquier largo período. La dama quiere decir, sencillamente, que conoce el brugh desde tiempo inmemorial, antes de que alguien se molestara en medir el tiempo en años, siglos y milenios. Muchos duendes, al ser preguntados, responderán que tienen cuatro mil años; con ello quieren dar a entender que no saben su edad; son más viejos que la civilización humana..., o, quizá, más viejos que la humanidad.

7.- Es decir, Venecia: Altinum era la ciudad de la costa oriental de Italia de la que llegaron los primeros habitantes de Venecia.

56. LA TORRE NEGRA

1.- «Mago» en alemán.

2.- «De otra tierra», nombre un tanto poético de los duendes y demás seres sobrenaturales.

3.- Lord Byron habla de Gran Bretaña.

4.- Véase carta de Byron a Augusta Leigh, 28 de octubre de 1816.

57. LAS CARTAS NEGRAS

1.- Las últimas cartas escritas por Strange desde Venecia (en particular las dirigidas a Henry Woodhope) son conocidas por ese nombre desde su publicación en Londres, en enero de 1817. Sin duda, los abogados y los estudiosos de la magia seguirán debatiendo acerca de si su publicación fue o no legal. Strange no la autorizó y Henry Woodhope siempre mantuvo que tampoco él dio su consentimiento, y dijo también que las cartas publicadas tenían alteraciones y añadidos, hechos, sin duda, por Henry Lascelles y Gilbert Norrell. En su Vida de Jonathan Strange, John Secundus publicó las que él y Woodhope decían que eran las cartas originales. Son estas versiones las que aquí se han reproducido.

2.- Esta carta no se ha encontrado. Es probable que Strange no llegara a enviarla. Según lord Byron (carta a John Murray del 31 de diciembre de 1816), el mago solía escribir a sus amigos largas cartas que luego destruía. Strange confesó a Byron que era incapaz de recordar cuáles había mandado y cuáles no

3.- Byron murió de pulmonía cinco años después, en Grecia.

59. LEUCROCUTA, EL LOBO DE LA NOCHE

1.- Cárcel en la que Drawlight había estado recluido por deudas desde noviembre de 1814.

61. EL ÁRBOL HABLA A LA PIEDRA; LA PIEDRA HABLA AL AGUA

1.- Véase capítulo 3, nota 1.

2.- Restauración y rectificación era un hechizo que invertía los efectos de una desgracia reciente.

3.- El Mano de Teilo era un antiguo hechizo de los duendes que detenía toda clase de cosas: lluvia, fuego, viento, agua y sangre. Se supone que recibía el nombre del duende que se lo había enseñado a un mago inglés.

4.- Chauntlucet: hechizo antiguo y misterioso que invita a la luna a cantar. Al parecer, la luna sabe una canción muy hermosa que cura la lepra o la locura del que la oye.

5.- Rosa de Dédalo: un proceso bastante complejo, ideado por Martin Pale para conservar emociones, vicios y virtudes en ámbar, miel o cera de abeja. Cuando el medio de conservación se expone al calor, libera las cualidades que encierra. Tiene —o, mejor dicho, tenía— gran número de aplicaciones. Servía para infundir valor en uno mismo o cobardía en el enemigo; podía provocar amor, deseo, nobles propósitos, cólera, celos, ambición, abnegación, etcétera, etcétera.

6.- Como tantos otros hechizos de nombre extraño, el Damas Desnudas era mucho menos estimulante de lo que su nombre sugiere. Las «damas» eran una especie de flor silvestre que se utilizaban en un sortilegio destinado a captar los poderes de un duende. Para ello había que despojar a la flor de hojas y pétalos; es decir, «desnudarla».

7.- El vitrificaci3n de Stokesey convierte objetos —y personas— en cristal.

63. EL PRIMERO ENTERRARÁ SU CORAZÓN EN UN OSCURO BOSQUE, BAJO LA NIEVE, Y AUN ASÍ SENTIRÁ DOLOR

1.- Se ha observado con frecuencia que los ingleses del norte, aunque leales a John Uskglass, no siempre lo tratan con el respeto que inspira a los del sur. En realidad, los súbditos de Uskglass son aficionados a los relatos y baladas en los que él sale mal parado, como el cuento de John Uskglass y el carbonero de Ullswater o el de la bruja y la hechicera. Existen muchas versiones de este último (algunas, bastante ordinarias). El cuento relata cómo John Uskglass estuvo a punto de perder el corazón, el reino y el poder por culpa de una vulgar bruja de Cornualles.

2.- Al igual que John Uskglass, el mago de Athodel gobernaba su propia isla o reino. Al parecer, Athodel era una isla de la costa occidental de Escocia. Pero, o bien se ha hundido en el mar o, como creen algunos, es invisible. Hay historiadores escoceses que ven en Athodel la prueba de que la magia escocesa es superior a la inglesa; el reino de John Uskglass, argumentan, cayó, y ahora está en manos de los ingleses del sur, mientras que Athodel sigue siendo independiente. De todos modos, siendo Athodel invisible e inaccesible, la proposición es difícil de demostrar y de refutar.

3.- En el relato de John Uskglass y el carbonero de Ullswater, Uskglass hace una competición de magia con un pobre carbonero y pierde. Se asemeja a otras antiguas historias en las que un gran monarca es vencido en ingenio por uno de sus súbditos más humildes, razón por la cual muchos eruditos sostienen que no tiene fundamento histórico.

4.- En casa de los grabadores, en Spitalfields, a principios de la primavera de 1816, Strange le había dicho a Childermass: «La escuela te marca.»

Childermass había tenido varios oficios antes de ser criado y hombre de confianza del señor Norrell. El primero, que ejerció con talento siendo niño, fue el de ratero. Su madre, Black Joan, dirigía una pandilla de ladronzuelos que actuaban en las ciudades del East Riding hacia 1770.

64. DOS VERSIONES DE LADY POLE

1.- Antiguo juramento del norte de Inglaterra. El escudo de armas de John Uskglass era un cuervo sobre campo blanco (argén, cuervo volante); el de su canciller, William Lanchester, el mismo, más un libro abierto (argén, cuervo volante sobre libro abierto).

Durante gran parte del siglo XIII, John Uskglass se dedicó al estudio y a la magia, dejando tareas de gobierno en manos de Lanchester. El escudo de Lanchester presidía todos los altos tribunales de justicia y estaba grabado en los documentos legales importantes. En consecuencia, el pueblo tomó la costumbre de jurar por el pájaro y el libro, las figuras del escudo.

2.- Una mañana de otoño, la niña de Cumbria salió al huerto de su abuela. En un rincón apartado, descubrió una casa de la altura y la anchura de una colmena, construida de telarañas endurecidas y blanqueadas por la escarcha. Dentro de aquella casita como de encaje había una persona diminuta, que unas veces parecía infinitamente vieja y otras no mayor que la propia niña. El pequeño ser le dijo que era pastor de pájaros cantores y que durante siglos su misión había sido guardar las tordellas, los alirrojos y los tordos de aquella parte de Cumbria. La niña y el pastor de pájaros jugaban juntos, sin que la diferencia de tamaño fuera obstáculo para su amistad, ya que unas veces él se hacía tan grande como ella y otras, se volvían ambos tan pequeños como pájaros, escarabajos o copos de nieve. El pastor presentó a la niña a muchas personas extrañas e interesantes, algunas de las cuales vivían en casas aún más curiosas y bellas que la de él.

3.- Como la mayoría de los hechizos de Martin Pale, el de restauración y rectificación exige utilizar una herramienta o llave fabricada especialmente para el fin. En este caso, la llave es un pequeño objeto en forma de cruz hecho con dos finas piezas de metal. Los cuatro brazos de la cruz representan el estado anterior y el estado futuro, estado completo (o de salud) y estado incompleto (o de enfermedad).

Tal como explicaría después en *El Mago Moderno*, el señor Segundus utilizó una cuchara y una aguja de jareta del tocador de lady Pole que la doncella ató con una cinta.

65. LAS CENIZAS, LAS PERLAS, LA COLCHA Y EL BESO

1.- En los cuentos de hadas se suele preguntar: «¿Cuál es la más hermosa de todas?» Pero en la realidad ningún mago —duende o humano— accedería a responder a una pregunta tan imprecisa.

2.- San Antonio de Padua. Varios de sus milagros consistieron en preservar de la lluvia a las congregaciones a las que predicaba o a criadas devotas suyas, También ayuda a la gente a encontrar objetos perdidos.

3.- Penlaw es el nombre del lugar de Northumbria en el que John Uskglass y su ejército de duendes aparecieron en Inglaterra por vez primera.

66. JONATHAN STRANGE Y EL SEÑOR NORRELL

1.- Los tres elementos habituales de un tradicional hechizo de invocación inglés. El emisario encuentra a la persona invocada, el sendero la conduce al que la invoca y el presente la obliga a acudir.

2.- En julio de 1809, en Shadow House, en presencia del señor Segundus, el señor Honeyfoot y Henry Woodhope.

3.- Florilegium, epitome y skimmer son términos que designan partes de hechizos. En los siglos XIII y XIV, en Inglaterra, los duendes solían agregar a su magia exhortaciones a santos cristianos elegidos al azar. Los duendes estaban desconcertados por la doctrina cristiana, pero sentían fascinación por los santos, a los que consideraban poderosos seres mágicos cuyo patrocinio podía ser muy útil. Estas exhortaciones se llamaban florilegia (literalmente, colecciones de flores), y los duendes las enseñaban a sus señores cristianos. Cuando en Inglaterra se implantó el protestantismo y los santos cayeron en desgracia, los florilegia degeneraron en retahílas de palabras mágicas sin sentido, mezcladas con fragmentos de otros conjuros que los magos agregaban, con la esperanza de que alguno surtiera efecto. Un epitome es una forma de hechizo muy condensada que se inserta en otro hechizo para aumentar su fuerza o ampliar su efecto. En este caso, un epitome de preservación y liberación tiene por objeto proteger al mago de la persona invocada. Skimmer es una palabra de un dialecto del norte de Inglaterra que significa «pulir» o «abrillantar». En magia, un skimmer es un aderezo de palabras o fórmulas. Un skimmer de súplica incita a la persona invocada a ayudar al mago.

4.- El último elemento de un hechizo de invocación eficaz es temporal. El mago debe indicar al invocado cuándo debe aparecer. De lo contrario, como observó en cierta ocasión el propio Strange, la persona invocada puede presentarse en cualquier momento y creer que ya ha cumplido. Un cabo de vela es un medio muy conveniente: el mago indica al invocado que debe aparecer cuando se apague la llama.

5.- El caos de los cuervos y el viento se describe también en el relato de la hija del guanero de Newcastle. Véase capítulo 39, nota 1.

68. «Sí»

1.- Un número sorprendente de reyes y príncipes de Tierra de Duendes han sido humanos. John Uskglass, Stephen Black y Alessandro Simonelli no son sino tres de ellos. En general, los duendes son seres irremisiblemente perezosos. Aunque amigos del ceremonial y el fasto, detestan el duro trabajo de gobierno.

69. STRANGIANOS Y NORRELIANOS

1.- Durante años, las gentes de Clun decían que si en invierno, en una noche de luna llena, te ponías de puntillas al lado de un árbol determinado y torcías el cuello para mirar por entre las ramas de otro árbol, podías ver Ashfair a lo lejos. Al claro de luna y bajo la nieve, la casa aparecía misteriosa, perdida y solitaria. Pero, con el tiempo, los árboles crecieron y ya no volvió a se Ashfair.

2. -Esto no es insólito, como lo demuestra el siguiente pasaje de El Mago Moderno (otoño de 1812). «¿Dónde está la casa de Pale? ¿Dónde la de Stokesey? ¿Por qué nadie las ha visto? La casa de Pale estaba en Warwick. Se sabía hasta en qué calle. La casa de Stokesey se hallaba situada frente a la catedral de Exeter. ¿Dónde está el castillo del Rey Cuervo en Newcastle? Todos los que lo vieron decían que no había en todo el mundo edificio más bello y suntuoso; pero ¿lo ha visto alguien en la Edad Moderna? ¿Existe constancia de que fuera destruido? No. Sencillamente, se desvaneció. Todas estas casas existen en algún sitio, pero cuando el mago se va o muere, desaparecen. Él puede entrar y salir a placer, pero nadie más es capaz de encontrarlas.»

3.- Muchos de los nuevos magos solicitaron a lord Liverpool y a los ministros autorización para ir en busca de Strange y Norrell. Algunos, muy previsores, acompañaban su solicitud con listas de los pertrechos, mágicos y mundanos, que estimaban necesarios y que confiaban en que el gobierno les procurase amablemente. Un tal Beech de Plymouth pedía que se le prestaran los dragones de Inniskilling.

4.- Esta calumnia no fue totalmente disipada hasta que la propia Arabella Strange regresó a Inglaterra a primeros de junio de 1817.

5.- Son muy pocos los magos modernos que no se declaran strangianos o norrellianos, siendo el propio John Childermass la única excepción destacable. Cuando le preguntan, dice ser, en cierta medida, las dos cosas. Como esto equivale a pretender ser liberal y conservador al mismo tiempo, nadie entiende lo que quiere decir.